SAN JUAN BOSCO

OBRAS FUNDAMENTALES

EDICIÓN DIRIGIDA POR

JUAN CANALS PUJOL

Y

ANTONIO MARTÍNEZ AZCONA

ESTUDIO INTRODUCTORIO DE

PEDRO BRAIDO

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID · MCMLXXVIII

© Biblioteca de Autores Cristianos, de EDICA, S. A. Madrid 1978
Mateo Inurria, 15. Madrid
Depósito legal: M. 32962-1978
ISBN 84-220-0878-5
Impreso en España. Printed in Spain

EQUIPO DE REDACCION

Selección e introducciones: JUAN CANALS PUJOL

Traducción y compulsación crítica: ANTONIO MARTÍNEZ AZCONA, del Seminario de Salesianidad Martí-Codolar (Barcelona)

Resumen de las memorias biográficas de San Juan Bosco: JUAN SANTAEULARIA GUITART

Introducciones a los documentos pedagógicos: PEDRO CASTELLVÍ MASJUÁN, doctor en Pedagogía

Estudio introductorio: PEDRO BRAIDO, ex rector magnífico y catedrático de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma

Con el asesoramiento del CENTRO DE ESTUDIOS DON BOSCO, de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma

A los devotos del
gran Apóstol de la juventud
y estudiosos de su obra.

INDICE GENERAL

Págs.

ESTUDIO INTRODUCTORIO XI
Notas previas 3
Bibliografía general 11
Abreviaturas 17
Cronología 19

PRIMERA PARTE: **Biografías** 69

1. Luis Comollo 71
2. Domingo Savio 120
3. Miguel Magone 223
4. Francisco Besucco 267
5. Memorias del Oratorio (obra autobiográfica) 341

SEGUNDA PARTE: **Producción pedagógica** 497

1. El joven cristiano 503
2. Introducción al plan de reglamento 545
3. Recuerdos a los directores 548
4. El sistema preventivo en la educación de la juventud 557
5. Reglamento para las casas 567
6. Carta-circular sobre los castigos 595
7. Carta al Oratorio sobre el espíritu de familia 609
8. Sobre los jóvenes artesanos 621

TERCERA PARTE: **Fundador** 629

1. Sociedad de San Francisco de Sales 631
2. Hijas de María Auxiliadora 684
3. Cooperadores Salesianos 726
4. Antiguos alumnos 739
5. Devotos de María Auxiliadora 749
6. Primeros misioneros salesianos 776
7. Actividad editorial 788

INDICE ANALÍTICO 803
INDICE ALFABÉTICO 815

Estudio introductorio

LOS ESCRITOS EN LA EXPERIENCIA PEDAGOGICA DE DON BOSCO

Por Pietro Braido



«... PARA LA CRISTIANA EDUCACION E INSTRUCCION, ESPECIALMENTE, DE LA JUVENTUD POBRE Y ABANDONADA» *

El volumen de las *Deliberaciones del Capítulo General de la Pía Sociedad Salesiana* (la primera asamblea representativa oficial, otoño 1877) inicia la lista de participantes («nombre de cada uno, con los respectivos títulos») de esta manera:

«1. Sacerdote JUAN BOSCO, fundador y Rector Mayor de la Congregación; autor de numerosos libros, publicados en bien, especialmente, de la juventud» [1].

Consciente o inconscientemente, este «carnet de identidad» de San Juan Bosco hace referencia a una realidad claramente unificadora: a los jóvenes, *especialmente*, a la que se subordina y en la que se contiene implícitamente su otra gran pasión: la «clase popular», como entonces se decía.

Ante estos dos grupos, juventud y pueblo, don Bosco se presenta con varios títulos: 1) *fundador*, no sólo de una institución de educadores, sino, más aún, de diversos movimientos y estructuras; todo ello concreción de lo que fue el más antiguo de sus proyectos: la «salvación» espiritual y física, individual y social, de quienes consideró siempre más necesitados de ayuda por ser los más débiles y desprovistos, no ya desde el punto de vista económico y social, cultural y profesional, sino también desde el punto de vista moral y religioso;

2) *rector*, o sea, no sólo dirigente, sino hombre entregado del todo al cuidado de almas y cuerpos, maestro, educador, padre y amigo;

3) y, además, no de ocasión precisamente, *escritor*. Autor de libros edificantes, amenos, biográficos, catequísticos, históricos, amén de legislador y maestro de educadores; «ideólogo» de alguna manera. Porque la actividad literaria de don Bosco, verdaderamente ingente si se tienen en cuenta otras variadí-

* El texto está tomado de una carta de don Bosco al arzobispo de Quito (Ecuador) del 6 de diciembre de 1887 (E. CERIA, *Epistolario di S. Giovanni Bosco*, vol. IV [Torino 1959] p.387). Con toda probabilidad es la última vez que don Bosco expresaba la esencia de su misión con esta fórmula característica; por aquellas fechas ya estaba acabado, y pocos días después se metía en cama para no levantarse más.

[1] G. Bosco, *Opere edite* XXIX (1877-1878) (Roma 1977) p.388.

simas formas de actividad que constituyeron su ocupación principal [2], debe considerarse parte integrante de un todo homogéneo, no ya con respecto a los objetivos y a las orientaciones, sino también en la inspiración y en los métodos.

En realidad, la actividad global de don Bosco —y su «estilo» peculiar: el «sistema preventivo»— no puede reducirse a un determinado aspecto particular, sólo filantrópico, cultural, moral, pastoral o disciplinar. Todo lo contrario: se proyecta en todas direcciones de un modo unitario y respetando, a la vez, todas las «dimensiones» fundamentales.

En el vértice se encuentra, sin ninguna duda, la intencionalidad religiosa, la solicitud por el reino de Dios, el gozo de la gracia, la «salvación del alma». Pero no es menos sólido y patente el interés por la base material: a los jóvenes que conduce al paraíso (léanse las *Memorias del Oratorio* y mírese más allá del moralismo y pietismo de las biografías), don Bosco ha ofrecido, ante todo, alojamiento, comida y vestido: «pan y trabajo». Y entre estos dos extremos tiene cabida todo lo demás, no por cierto menos destacado ni apreciado, a saber: el estudio, la formación profesional, el tiempo libre en provecho de la salud y de la alegría, el camino hacia la madurez y la libertad responsable; añádanse la sensibilidad espiritual y el llamamiento sin rodeos a una generosa entrega vocacional, y, por último, los centros y las obras, con grupos estables de formadores, que garantizan la continuidad y expansión en proporciones cada vez más vastas. Por esto se ha dicho con toda verdad que el *método preventivo* «es propiamente el método del amor de Dios, un amor de padre, maestro, amigo y sacerdote a la vez, que, vigilando, instruyendo, divirtiendo y santificando, previene el mal y prepara y hace el bien» [3].

Parece ser que en los últimos años del santo llegó a predominar, y no sin razón, la fórmula *espíritu salesiano;* quizá porque se la consideraba más apta para expresar la complejidad de la acción de don Bosco y de sus continuadores, su peculiaridad de estilo, la variedad de sus expresiones, esto es: el modo de ser y de comportarse, cierto tipo de vida religiosa, una determinada praxis educativa, un acento particular en el anuncio

[2] Un minucioso y completo elenco de los escritos de don Bosco, excluyendo sólo los inéditos, se puede hallar en el volumen de P. STELLA *(Gli scritti a stampa di San Giovanni Bosco* [Roma 1977], 176 págs.). Están distribuidos cronológicamente en tres series: I: *Libros y opúsculos.* II: *Cartas circulares, programas, llamamientos, certificados, cédulas, cartelones.* III: *Boletín Salesiano.*

[3] M. BARRERA. *San Giovanni Bosco, il grande educatore dei tempi moderni:* La Civiltà Cattolica, Quad. 2013 (5 maggio 1934) 236.

evangélico, una singular atención también a los valores humanos: todo a la vez: una espiritualidad, una pastoral, una pedagogía y una técnica de vida disciplinada y gozosa.

Lo encontramos descrito en fórmulas sencillas, pero profundamente significativas, en dos cartas de 1885. «Estoy preparando una carta para don Costamagna —escribe a don Juan Cagliero el 6 de agosto—, y para tu norma te comunico que tratará en particular sobre el Espíritu Salesiano *(sic)* que queremos introducir en las casas de América: caridad, paciencia, dulzura, nunca reproches humillantes, nunca castigos, hacer bien a cuantos más se pueda, a nadie mal. Y esto vale para los salesianos, para los alumnos o cualesquiera otros, y para la gente de casa o de fuera» [4].

Puntualmente, cuatro días después, el 10 de agosto, sale la carta para el *querido y siempre amado don Costamagna:* «Quisiera dar a todos personalmente una conferencia sobre el espíritu Salesiano *(sic)* que debe animar nuestras acciones y todas nuestras palabras. El sistema preventivo sea siempre nuestra característica: nunca castigos penales, nunca palabras humillantes, evitar reproches severos en presencia de otros. En las aulas resuenen palabras de dulzura, de caridad y de paciencia. Nunca expresiones mordaces ni bofetones fuertes o ligeros. Usense castigos negativos y siempre de manera que los reprendidos queden más amigos que antes, sin que en ningún caso tengan que alejarse humillados de nuestro lado... Cada Salesiano arréglese para ser amigo de todos, no busque venganzas, sea fácil en perdonar y no vuelva sobre cosas ya perdonadas... La dulzura al hablar, al actuar y al avisar lo gana todo y gana a todos... Dad a todos mucha libertad y mucha confianza» [5].

Puede verse aquí, programada a escala casi mundial, aquella síntesis de lo humano y lo divino, de lo profano y lo sagrado, de lo razonable y lo afectivo, que C. Danna, profesor de literatura italiana en la Universidad, ya en 1849, había captado con feliz intuición en la primitiva obra de don Bosco, en el Oratorio de Valdocco de Turín.

«El reúne —escribe— en los días festivos allí, en aquel recinto de las afueras, unos 400 ó 500 jovencitos mayores de ocho años, para alejarles de los peligros y del vagabundeo, e instruirles en las máximas de la moral cristiana. Lo hace entreteniéndoles con agradables y sanas diversiones, después de haber asistido a los ejercicios de cristiana piedad realizados en

[4] E. Ceria, *Epistolario*... IV, p.328.
[5] E. Ceria, *Epistolario*... IV p.332-333.

forma edificantísima, siendo él, a la vez, pontífice y diácono, maestro y predicador, padre y hermano. Les enseña, además, la Historia Sagrada y la eclesiástica, el Catecismo, los principios de la aritmética; los ejercita en el sistema métrico decimal y, a los que no saben, les enseña a leer y escribir. Todo esto de cara a la educación moral e intelectual. Pero no descuida la educación física, dejando que en el patio cercano al Oratorio, vallado debidamente, se desarrollen y aumenten su vigor corporal con ejercicios gimnásticos o con el uso de los zancos y columpios. El cebo con que atrae a aquella numerosa muchachada, más que el premio de alguna estampa, o un número de rifa y, alguna que otra vez, cualquier bocadillo, lo constituye su rostro siempre sereno y siempre atento a hacer llegar a aquellas almas jóvenes la luz de la verdad y del mutuo aprecio» [6].

Es algo complejo y singular, que no fluye solamente de la persona de don Bosco y de sus instituciones, sino que, partiendo de una experiencia vital, por fuerza, se convierte en reflexión, proposición o fórmula, que él constantemente trasvasa a sus escritos, cualquiera que sea la finalidad inmediata que se proponga, la ocasión o el modo que adopte.

Esto es lo que intentaré aclarar a continuación con la mayor brevedad [7].

1. Por encima de los escritos, la experiencia vital

Desde el punto de vista cronológico, los escritos acompañan, sin solución de continuidad prácticamente, toda la vida de don Bosco. El catálogo que nos ofrece P. Stella va de 1844 a 1888, sin interrupción. Con todo, sería totalmente erróneo pensar que los escritos del santo pueden ser considerados como una representación apropiada y, por lo mismo, como la exhaustiva interpretación y teorización de su vida.

Y esto por efecto, como mínimo, de dos factores: de la misma estructura personal o mentalidad de don Bosco y de la peculiaridad de su experiencia.

[6] C. Danna, *Cronichetta: Giornale della Società d'istruzione e d'educazione* I (1849) p.459.

[7] Sobre aspectos análogos del mismo tema, cf. P. Braido, *Significato e limiti della presenza del sistema educativo di Don Bosco nei suoi scritti*, en el volumen: S. G. Bosco, *Scritti sul sistema preventivo nell'educazione della gioventù* (Brescia 1965) p.XI-LVII; y R. Farina, *Leggere Don Bosco oggi. La formazione permanente interpella gli Istituti religiosi*, a cura di Pietro Brocardo (Torino 1976) p.349-404.

En orden al primer aspecto, no hace falta perfilar una tipología. De hecho, históricamente, don Bosco ha sido un formidable hombre de acción, con alergia a las especulaciones teóricas, asediado por concretos problemas culturales, morales, religiosos y de tipo asistencial, que le planteaban en su mundo los jóvenes y el pueblo, y constantemente orientado en la dirección y búsqueda de las soluciones más funcionales, más rápidas y eficaces. No le quitan el sueño los problemas del pensamiento, las construcciones conceptuales, la verdad científica y la coherencia lógica. Le preocupan y movilizan las situaciones, las realidades, las personas; y su solicitud por personas y situaciones toma una dirección muy precisa, la de las soluciones operativas. Es lo que se exige a sí mismo y exige a los demás. Podría aplicársele a casi todo su modo de ser lo que él mismo, humilde y humorísticamente, se atribuyó respecto a la vida espiritual en contraste con el fervor religioso de un sacerdote amigo: «... Es al revés que yo, que camino como los topos, siempre hundido en la tierra»[8]. «Dentro de ocho o diez días escribidme y explicadme las dificultades que encontráis —escribe a un director—; pero decidme al mismo tiempo vuestro parecer sobre el modo de superarlas»[9]. Sería muy oportuno leerse los diecinueve volúmenes de las *Memorias biográficas* compiladas por G. B. Lemoyne, A. Amadei y E. Ceria, y recorrer el *Epistolario* entero; pero ya encontramos un testimonio elocuente en las *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales,* las cuales describen, entre otras cosas, el origen y desarrollo de sus primeras iniciativas e instituciones, pastorales y educativas; no son fruto de una previa programación teórica, sino respuesta rápida de una mente vivaz y un corazón ardiente ante las exigencias de la vida, ante la llamada de los hechos[10].

Don Bosco, por consiguiente, no es precisamente el redactor de un «Manifiesto», el autor de una ideología, sino más bien el iniciador de un movimiento. Su acción incluirá, naturalmente, instituciones concretas con sus respectivas normas,

[8] Carta a la condesa Gabriela Corsi, 12 de agosto de 1871 (E. Ceria, *Epistolario...* II [Turín 1956)] p.173).

[9] Carta a don Juan B. Lemoyne, director del colegio de Lanzo turinés, 19 octubre 1874 (E. Ceria, *Epistolario...* II p.413).

[10] Desde esta perspectiva—aplicable a toda su actividad—parece que debe interpretarse la espontánea reacción de don Bosco a la petición de información sobre su sistema educativo y espiritual que le hizo el rector del seminario mayor de Montpellier (2 julio 1886): «Quieren que exponga mi método... Pero... ¡si ni yo mismo lo sé! Siempre he ido adelante como el Señor me inspiraba y exigían las circunstancias» (E. Ceria, *Memorie biografiche di San Giovanni Bosco* XVIII [Turín 1937] p.126-128; la carta del rector Dupuy, p.655-657).

pero la experiencia humana y religiosa vivida, y comunicada a los demás, va mucho más allá de los cuadros teóricos, jurídicos y descriptivos. Cuenta, por encima de todo, su personalidad inconfundible, de tal riqueza humana y espiritual, que suscita doquiera admiración, entusiasmo y amor (en ocasión de graves enfermedades se dieron casos de jóvenes y de adultos que ofrecieron su vida por la del padre); y que es a la vez tan sencilla, humilde y bondadosa, que no causaba temor ni alejaba a ninguno. Resultan así comprensibles las exageraciones, a veces retóricas, de que le hicieron objeto, y cierto «fenómeno de amplificación y universalización», en vida y *post mortem*, de que nos habla P. Stella [11].

De su personalidad queda como contagiado el ambiente y empapado todo su «sistema» o «método», cosa nada fácil de hacer ver por escrito. Apunta con toda propiedad E. Valentini: «Imaginemos que un sacerdote que vivió totalmente apartado y ajeno a las obras fundadas por don Bosco, llega a conocer sus escritos y los estudia a fondo; si decidiera llevarlos a la práctica en una institución parecida, creemos que muy difícilmente lograría infundir en ella la forma de vida espiritual realizada por el santo» [12].

«Aunque su pensamiento haya entrado ya en la historia de la pedagogía —añade otro estudioso, refiriéndose particularmente al 'sistema preventivo'—, fatalmente resultará estéril cualquier intento de reconstruir su apostolado educativo tomando como punto exclusivo de referencia sus escritos, aun los pedagógicos...; al revés, quien quiera captar todo alcance profundo e histórico de esos mismos escritos pedagógicos, necesitará tomar como punto de referencia la actividad global, teórica y práctica, incluso la ordinariamente no considerada como educativa, del santo piamontés» [13].

Y una vez leídos y meditados todos los escritos de don Bosco, habría que seguir consultando la abundante documentación existente que nos permite establecer un contacto casi físico con la experiencia que se vivió día a día: *Crónicas*, *Cuadernos* de memorias, recuerdos, testimonios, redactados por sus colaboradores, alumnos, amigos y admiradores. Contemplaríamos en ellos a don Bosco en medio de sus sacerdotes y coadjutores y,

[11] P. Stella, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, I: *Vita e opere* (Zürich 1968) p.229.

[12] E. Valentini, *Nuovi studi su Don Bosco*: Rivista di pedagogia e scienze religiose 6 (1968) 247.

[13] G. Calandra, *La pedagogia italiana dell'Ottocento*, en *Enciclopedia La Pedagogia* VIII (Milán 1972) p.805.

sobre todo, rodeado de sus muchachos en el patio, en las excursiones (podrían llamarse épicas las de cada año por las vacaciones de octubre), en la iglesia, en la clase, en el taller; a un don Bosco que desafía a sus chicos a correr, que conversa con ellos y les dice «unas palabras al oído»; que cierra la jornada del trabajo escolar o del taller con las típicas e imprescindibles «buenas noches», hechas de notas de la realidad, de narraciones, ejemplos, sueños, profecías, exhortaciones morales, noticias y hasta de alguna breve amenaza, seguido todo a continuación de una gran calma; contemplaríamos a don Bosco que reza, predica, catequiza, confiesa y recibe a individuos o a pequeños grupos en su humilde despacho, que aconseja y anima; a un don Bosco embarcado en viajes frecuentemente largos y extenuantes para buscar, pedir y agradecer, pero que no se olvida de sus chicos, que les escribe cartas, no raramente terminadas con largas listas de saludos nominales.

Naturalmente, de todo no se desprenderá una teoría absolutamente diáfana y convincente. Don Bosco es, en numerosos aspectos, hijo de su tiempo, nacido y formado en plena restauración católica (1815-1844), con una determinada raigambre cultural, sobre todo en lo ético; sólo un realismo sin desmayos y una voluntad excepcional, en orden a adaptarse a los tiempos, le hacen superar, sin vacilaciones paralizadoras ni indiscriminados bloqueos nostálgicos, los momentos fuertes de la evolución política (y en parte religiosa) de Italia, especialmente sobre todo entre los años 1848 a 1870. Un estudio más profundo y detallado probablemente ayudaría a localizar mejor sus progresos y anticipaciones; pero tanto en el aspecto positivo como en el negativo, su experiencia global (y seguramente, en forma más marcada, la experiencia reflejada en los escritos) arrastraría consigo hasta la muerte (1888) herencias y rasgos que no sería difícil relacionar con fuertes condicionamientos ambientales y de los tiempos que le tocó vivir.

2. La experiencia vivida, recogida en los escritos

Pero de esta experiencia nos queda, ciertamente, un buen testimonio en los escritos, no precisamente casuales ni intemporales, del propio don Bosco. Todos, sin excepción, cuentan para el caso. Porque, a su entera actividad —pastoral, didáctica, catequística, civilizadora, organizadora—, parece que puede aplicarse sin forzar nada cuanto A. Caviglia afirma de su acción propiamente educativa:

«La pedagogía y la intención pedagógica están presentes en todas las obras de don Bosco sin excepción... El es, por encima de todo y siempre, educador. Ante sus ojos, escriba lo que sea y a quien sea, siempre se presenta la imagen de la muchedumbre de jóvenes del pueblo, y a ellos se dirige el escrito, cualquiera que sea la forma literaria que adopte» [14].

Se les clasifique a esos escritos de un modo u otro [15], por su intención o inspiración, directa o indirectamente están «todos marcados de celo apostólico, y dirigidos a la promoción cultural de la juventud» [16]. Es más, aun aquellos no del todo elaborados por el propio don Bosco, hasta el punto de que P. Stella quiere que se entresaquen de los otros *los escritos más personales* [17], corresponden a convicciones conscientes del santo y expresan adecuadamente sus concepciones religiosas, ascéticas, pedagógicas y pastorales; así lo explica el mismo Stella al referirse a obras menos originales literariamente: «Son quizá más límpidas algunas páginas que don Bosco incorpora a sus escritos tomados a la letra de otros autores, son quizá más fluidas las que hace redactar, por ejemplo, a don Bonetti que las elaboradas por su propia mano; pero en general todas ellas están en sintonía perfecta con él: es decir, van de acuerdo con sus convicciones y su forma de expresarse, especialmente con la forma que adopta cuando no se siente oprimido por el pensamiento de escribir para publicar» [18].

Es evidente, a todas luces, la utilidad de tener a mano aquellos escritos que, por su excepcional riqueza de contenido, expresan con mayor amplitud, profundidad e inmediatez la experiencia de don Bosco; experiencia que él confió a sus continuadores con el expreso encargo de prolongarla fiel y fecundamente en el tiempo y en el espacio. Pertenecen, sin ningún género de dudas, a esta categoría los *Recuerdos confidenciales* a los directores, el opúsculo sobre el *sistema preventivo* y la *carta de Roma* de 1884. Y ocupan un puesto de privile-

[14] A. CAVIGLIA, *Nota introduttiva* al volumen I p.1ª: *Storia Sacra: Opere e scritti editi e inediti di «Don Bosco»* (Turín 1929) p.XIII.

[15] P. STELLA, en un capítulo sobre *Don Bosco escritor y editor*, trata en diversos párrafos de las siguientes categorías de escritos: 1. Obras escolares. 2. Escritos amenos y representaciones escénicas. 3. Escritos hagiográficos. 4. Escritos biográficos y narraciones con fondo histórico. 5. Opúsculos de instrucción religiosa y de oración. 6. Escritos referentes al Oratorio y a la Obra Salesiana (en el I vol.: *Vita e opere, de Don Bosco nella storia della religiosità cattolica* p.230-237).

[16] Formula este juicio el recensor de *La Storia d'Italia:* La Civiltà Cattolica (1857) serie III vol.5 p.482.

[17] P. STELLA, *Don Bosco nella storia...* I p.244-245.

[18] P. STELLA, *Don Bosco nella storia...* I p.241-242.

gio las *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales,* encaminadas, podría decirse, a infundir alma, es decir, un tono de garantía sobrenatural y de clima familiar, a una institución a la que otros escritos, fundamentales también, han de conferir más adelante consistencia estructural y jurídica, como son las *Constituciones,* seguidas, a los tres años de la aprobación definitiva, de los *esquemas* preparatorios del I Capítulo General de la Congregación Salesiana (1877) y de las *Deliberaciones* emanadas del mismo Capítulo, publicadas al año siguiente (pero sólo las que se refieren a la *vida común,* a la *moralidad,* a la *economía* y a las *inspectorías)* [19].

Pero, si bien es cierto que los escritos surgen al socaire de una experiencia verdaderamente amplia, en desarrollo al menos parcialmente y vinculada al devenir de hechos culturales situados en la historia, no habría que renunciar a una clasificación, siquiera aproximada, basada en la pura sucesión cronológica. Porque reflejaría la intención dominante en los intereses de don Bosco, hombre empeñado con todas sus fuerzas en dar una respuesta efectiva a las necesidades del ambiente y de las instituciones.

Pueden proponerse como mínimo, a modo de hipótesis, las etapas fundamentales siguientes: *a)* el breve período anterior a 1848, caracterizado por los escritos histórico-didácticos y de devoción (p.ej., la *Historia eclesiástica,* la *Historia sagrada, El joven cristiano); b)* el que empieza en 1848 con el aumento de las libertades civiles y la vivacidad de la prensa y del proselitismo anticatólico, que supuso un concienzudo trabajo en libros, opúsculos y periódicos, de tonos polémicos y apologéticos verdaderamente valientes *(Avisos a los católicos, La Iglesia católica-apostólica-romana, El católico instruido,* las *Lecturas Católicas* y la misma *Historia de Italia,* ya que en el prólogo de ésta declara que «exponer la verdad histórica, insinuar el amor a la virtud, la fuga del vicio y el respeto a la religión, fue el objetivo final de cada página»); *c)* la época de las biografías juveniles, sobre todo de Domingo Savio a Francisco Besucco (1859-1864), modelos de un despertar vocacional y

[19] *Capitolo Generale della Congregazione Salesiana da convocarsi in Lanzo nel prossimo settembre 1877* (Torino 1877) p.24; *Deliberazioni del Capitolo Generale della Pia Società Salesiana tenuto in Lanzo-Torinese nel settembre 1877* (Torino 1878) p.96; G. Bosco, *Opere edite* (Roma 1977) XXVIII (1876-1877) p. 313-336 y XXIX (1877-1878) p.377-472. Como apéndice a la «Distinción» III *(Moralidad)* de las *Deliberaciones,* algunas páginas se dedican al *teatro;* de entrada se dice: «El teatro puede reportar grandes ventajas a la juventud cuando no tienda más que a alegrar, educar e instruir a los jóvenes cuanto se pueda en lo moral» (p.56 = 432).

colegial; *d)* por último, la fase más larga e intensa, la de 1863 a 1888, de fundación (hasta 1875), y de estabilización y consolidación (a partir de 1875) de las principales estructuras pastorales y educativas en las dos direcciones más destacadas: en la de organización y reglamentación jurídicas *(Constituciones, Reglamentos, Deliberaciones* de los cuatro primeros Capítulos Generales), y en la de animación religiosa y pedagógica *(Recuerdos confidenciales,* diversos escritos sobre el sistema preventivo y el espíritu salesiano, circulares, escritos marianos, evocaciones históricas de los orígenes y desarrollo del Oratorio y de la Sociedad Salesiana).

3. Un criterio de lectura

Si se aceptan las dos series de consideraciones que acabamos de exponer, será fácil reconocer que todos los escritos de don Bosco (y sobre don Bosco) pueden constituir una preciosa e indispensable fuente de información; información preciosa sobre su actividad compleja y típica, pastoral y pedagógica en favor de los jóvenes y del pueblo. Pero con una condición: que sean leídos e interpretados con la intención con que fueron escritos, es decir, como *parte* inseparable de una *experiencia;* una experiencia unitaria y orgánica, no sólo por una coherencia lógica y sistemática, sino incluso en sentido vital e histórico. En pocas palabras; los escritos de don Bosco exigen un continuo confrontamiento: entre ellos y, sobre todo y antes que nada, con la vida de su autor [20]. Entre las componentes vitales habría que tener en cuenta, naturalmente, el ambiente, el clima y el «estilo», que es de una forma diáfana y gozosa, amistosa y familiar.

Más que por una larga disertación hermenéutica, vamos a ilustrar la idea con el recurso a lo concreto. Se trata de un breve escrito, una carta, que desde algún punto de vista pudiera parecer ingenua, formal y hasta convencional, pero que, si se la «sitúa» correctamente, viene a ser como el núcleo de un entero «sistema» de pedagogía y pastoral. Su contexto lo constituye, propiamente, una vida totalmente entregada humana y religiosamente a los demás con sencillez radical, con una amplísima y previsora inteligencia y una simpática apertura de corazón. Quien la escribe no es un niño ni un sentimental decadente, sino un hombre de sesenta años, en la cumbre de

[20] Una buena biografía de don Bosco parece indispensable al principio de cualquier estudio sobre el mismo.

su madurez, saturado de problemas de administración, de organización y de gobierno, y situado en el centro de complicadas relaciones sociales. Esta carta, del 3 de enero de 1876, no pretende ser programática, es una sencilla respuesta a las felicitaciones de Navidad y Año Nuevo, si bien en parte tiene el tono de un aguinaldo o consigna espiritual para el nuevo año.

«*Mis buenos amigos Director, Maestros, Profesores y Alumnos:* Dejadme decir, y que nadie se ofenda, que todos sois unos ladrones; no me cansaré de repetirlo: me lo habéis robado todo. Cuando estuve en Lanzo, resulté alucinado por vuestra benevolencia y amabilidad, e hicisteis prisionero mi entendimiento con vuestra piedad; sólo me quedaba este pobre corazón, de cuyos afectos también os apoderasteis entonces enteramente. Y ahora, con vuestra carta firmada por 200 manos amigas y queridísimas, os habéis hecho del todo con el corazón mismo, al que ya, en consecuencia, nada le queda suyo como no sea un vivo deseo de amaros en el Señor, de haceros bien, de salvaros a todos el alma. Este generoso rasgo de afecto me invita a haceros cuanto antes otra visita, que espero no haya que retrasar. Quiero que en tal ocasión todos estemos de veras alegres de alma y cuerpo, sin ofender al Señor, para que vea el mundo que se puede estar corporal y espiritualmente muy contentos sin ofender a Dios. Por lo tanto, os agradezco cordialísimamente cuanto habéis hecho por mí y no dejaré de recordaros cada día en la santa misa; rogaré a la divina bondad que os conceda salud para estudiar, fortaleza para combatir las tentaciones y, lo que más cuenta, la gracia de vivir y morir en la paz del Señor...» [21].

No es nada difícil encontrar referencias, explícitas e implícitas, a toda la praxis e ideología de don Bosco, a sus fines y contenidos, medios y métodos, modos y técnicas; sobre todo al estilo del corazón, del amor que busca sin rodeos el bien total del joven, al estilo de la «presencia». Don Bosco vive lo que había soñado desde la infancia, como él mismo escribe en las *Memorias del Oratorio* (que fueron redactadas en los años 1873-1876). Dice:

«Mientras tanto, yo pensaba siempre en adelantar en los estudios. Veía a varios buenos sacerdotes que trabajaban en el sagrado ministerio; pero no podía acomodarme a un trato familiar con ellos. Me ocurrió a menudo encontrarme por la calle con mi párroco y su vicario. Los saludaba de lejos y, cuando estaba más cerca, les hacía una reverencia. Pero ellos

[21] E. Ceria, *Epistolario*... III (Turín 1958) p.5.

me devolvían el saludo de un modo seco y cortés, y seguían su camino. Muchas veces, llorando, decía para mí, y también a los otros: —Si yo fuera cura, me comportaría de otro modo: disfrutaría acercándome a los niños, conversando con ellos, dándoles buenos consejos. ¡Qué feliz sería si pudiera charlar un poco con mi párroco! »[22].

Viene espontánea la comparación con otra carta dirigida a un muchacho que, a juzgar por edad y estudios, se estaría preparando a la primera comunión:

«... Pero yo desearía —y esto constituye el núcleo de la breve carta— que ya desde ahora comenzases a prepararte y, por lo tanto, a ser especialmente ejemplar en practicar: 1.° Obediencia a tus padres y a los demás superiores, sin presentar dificultades a ningún mandato suyo. 2.° Puntualidad en el cumplimiento de tus deberes, especialmente de estudio, sin que tengan que insistir para que los cumplas. 3.° Gran aprecio a todo lo que se refiere a la vida de piedad. En consecuencia, has de hacer bien la señal de la cruz, rezar de rodillas, en actitud devota y asistir con ejemplaridad a los actos de iglesia»[23].

No es, salta a la vista, un lenguaje de circunstancias, y, mucho menos, excepcional en el ámbito del sistema espiritual y educativo de don Bosco. Y en cuanto a los contenidos morales y religiosos, los tocantes al propio comportamiento y a la piedad, los escritos, sobre todo, no dejan en modo alguno defraudado al lector; es más, hasta podrían causar, por razón de estos temas, sorpresa y provocar un cierto rechazo; pero deben comprenderse y colocarse con naturalidad en el conjunto de la experiencia global y, sobre todo, han de ser contemplados en sus íntimas conexiones con otros sólidos elementos de método y estilo, repensados y vividos. Todo ello, por supuesto, ha de ser interpretado con referencia al propio don Bosco, a su mentalidad, a su ambiente y a su tiempo.

En ningún escrito ha pretendido don Bosco proporcionar una construcción sistemática, lógicamente indiscutible y perfectamente equilibrada; y mucho menos acabada definitivamente y plenamente satisfactoria. Ha buscado, simplemente, ofrecer elementos válidos de una experiencia más amplia; enriquecida día a día incluso bajo la presión de las circunstancias e indefinidamente perfectible, si bien con una cierta homogeneidad y de rasgos característicos permanentes.

[22] S. G. Bosco. *Memorie dell'Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1815 al 1855* (Turín 1946) p.44.

[23] Carta al joven Manuel Fassati, 3 de septiembre de 1861 (E. Ceria, *Epistolario*... I [Turín 1955] p.209).

4. Algunas orientaciones

El criterio general que acabamos de enunciar puede ser eventualmente concretado, en especial con relación a algunos puntos clave y, quizás, problemáticos del entero «sistema» pedagógico-pastoral del santo. No se quiere con ello «dirigir» la lectura de los escritos, como condicionándola; pero sí, en lo posible, facilitarla o al menos no falsearla, mucho más por ser necesariamente incompleta (por fuerza, pues muchos textos inéditos esperan aún la publicación) y realizada, por supuesto, a modo de simple selección.

En primer lugar, no debe extrañar que a los escritos de don Bosco se les note atravesados, del principio al fin, de una clara preocupación llamémosla, justamente, *preventiva*. Pero es que los mismos escritos responden a esta preocupación fundamental, pues se proponen proteger a los jóvenes y al pueblo, defender su fe contra la incredulidad y la herejía, adelantarse a sus dudas y dificultades, preservar de la ignorancia, proporcionar instrucción y capacidad de reaccionar, suscitar en ellos firmes convicciones y comportamientos valerosos; y prepararles para la vida y para sus exigencias, a plazo fijo, en todos los aspectos: en el religioso y en el moral, en el profesional y social.

Impresionarán ciertamente al lector los aspectos *negativos* de este afán de prevenir; son una realidad robusta en la praxis y en la reflexión del gran pedagogo, vinculada a su formación, al temperamento, al ambiente, al tiempo, amén de a sus enraizadas convicciones. Bastará aludir a dos documentos muy representativos, preparatorios o derivados del I Capítulo General, que vino a ser «la asamblea constituyente» de la Congregación:

«*Estudio (alumnos)*.—Téngase el máximo cuidado de que los alumnos no pasen el tiempo en ocio, aunque no se les ha de hacer estudiar más de lo que cada uno pueda... La exactitud en el horario, la observancia de la disciplina, los oportunos paseos sin paradas y no demasiado largos, las vacaciones más bien reducidas, y aun éstas combinadas con estudios de afición, son cosas que deben tenerse bien presentes».

«*Libros de texto*.—Por regla general, los libros de texto sean escritos o corregidos por salesianos, o personas de reconocida seguridad moral y criterio religioso. Cuando la autoridad escolar imponga algún libro, adópteselo sin más en nuestras escuelas; pero, si este libro contuviera máximas contrarias a la religión o a las costumbres, no sea puesto nunca en manos de los aumnos. En tal situación se resuelva el caso dictando en

clase, transformando el libro en manuscrito, omitiendo o rectificando aquellas partes, períodos o expresiones que se consideren peligrosos o simplemente inoportunos para los jóvenes... Vigílense igualmente los libros-premio. Es preferible dar un libro menos vistoso, pero bueno, que otro codiciado y llamativo, pero que contenga máximas o principios perjudiciales a quien va a recibirlo» [24].

«*Moralidad entre los alumnos.*—Cunde la moralidad entre los alumnos en la misma proporción en que resplandece en los salesianos... La puntualidad en el horario, la solvencia de cada uno en su propio cargo son semilla de buenas costumbres entre los alumnos... En el recreo, prefiéranse los juegos en que predomina la destreza de la persona; suprímanse, en cambio, aquellos que suponen tocarse o besos, o caricias u otros gestos que se los pueda señalar como contrarios a la buena educación; todos vayan de acuerdo en impedir que los alumnos se pongan las manos encima» [25].

Pero el significado de la palabra «preventivo», en don Bosco, no puede reducirse a estos aspectos ni en la teoría ni en la práctica. Pues no sólo los fines y contenidos son, en él, en definitiva, *positivos* y *constructivos*, sino también los medios y los métodos. «Las formas afables, la razón, la amabilidad y una vigilancia atenta a todo, son los únicos medios usados para conseguir la disciplina y la moralidad entre los alumnos» [26]. Hay que iluminar, enriquecer, desarrollar «virtudes» para un itinerario de vida comprometido y valiente, como emblemáticamente dice *al católico lector* al inicio de un opúsculo

[24] *Capitolo Generale... da convocarsi...*: ibíd., p.317-318. Las propuestas contenidas en los esquemas preparados por don Bosco fueron aprobadas casi a la letra en el Capítulo, con notables añadiduras y ampliaciones: cf. *Deliberazioni...*: ibíd., p.391-393 y 394-396. Significativas parecen algunas disposiciones sobre los *Libros de texto y premios:* «8. Téngase gran diligencia en tener lejos de los alumnos cualquier clase de diarios y de libros malos y peligrosos, o simplemente sospechosos al respecto. 9. No se aconseje nunca la lectura de novelas de cualquier clase, ni se facilite el tenerlas a mano. En caso de necesidad, procúrese proporcionar ediciones expurgadas... 11. Vigílese atentamente sobre los libros de premio, y dése la preferencia a los publicados por nosotros; hágase así con el fin de tener mayor seguridad de que no contienen frases contrarias a las buenas costumbres o a la religión...» (*Deliberazioni...*: ibíd., p.395-396).

[25] *Capitolo Generale... da convocarsi...*: ibíd., p.320-321. El esquema terminaba con la siguiente pregunta: «En la práctica, ¿qué se podría añadir?» (p.321). El texto fue íntegramente aprobado por el Capítulo, que añadió disposiciones numerosas y detalladas (cf. *Deliberazioni...*: ibíd., p.50-53).

[26] Carta al príncipe Gabrielli, presidente del «Ospizio di S. Michele a Ripa», de Roma, verano de 1879 (E. CERIA, *Epistolario...* III p.481-482). La «vigilancia muy característica» debería ser, precisamente, la del sistema «preventivo», es decir, no represivo ni policial, como entonces se pensaba que debía emplearse en un correccional: «motivo por el cual—precisa don Bosco—en nuestras casas se usa un sistema de disciplina muy especial, que nosotros llamamos sistema preventivo, en el cual nunca se usan ni castigos ni amenazas» (ibíd.).

sobre los *Fundamentos de la religión católica*, de 1850. «Pueblos católicos, abrid los ojos; se os tienden gravísimas asechanzas cuando intentan alejaros de la única santa religión que es la Iglesia de Jesucristo... Por lo pronto leed atentamente los siguientes avisos; bien impresos en vuestro corazón, serán suficientes para preservaros del error. Cuanto se expone aquí con brevedad, os será explicado con mayor amplitud en un libro a propósito» [27].

Reflexiones parecidas debieran hacerse sobre la tensión entre lo humano y lo divino, entre el tiempo y la eternidad, y sobre los bienes celestiales y valores terrenos; tanto en lo tocante a los escritos como en la vida y actividad de don Bosco. Sería, por otra parte, del todo superfluo ponerse a documentar la aspiración al cielo, al paraíso, que impregna toda la producción escrita del santo educador, desde *El joven cristiano* a las biografías y los mismos documentos constitucionales. Pero sería también lamentable fallo olvidar las largas páginas sobre el estudio, sobre el trabajo, sobre la alegría y la amistad. Bastarán aquí dos párrafos epistolares que, con trazo rápido, confirman lo que escribe con precisión E. Valentini: «Al observar el espíritu de don Bosco en concreto, encontramos que es a la vez una pedagogía, un humanismo y una espiritualidad» [28].

«*A nuestros jóvenes del Oratorio.*—Darás las 'buenas noches' a nuestros queridos y amados jóvenes. Les dirás que estén contentos y sean buenos chicos. Desde aquí los encomiendo a todos al Señor y pido para cada uno tres S, todas ellas con mayúscula [Santidad, Salud, Sabiduría]. El domingo celebraré por todos vosotros, queridos jóvenes, la santa misa en este santuario; vosotros, si me queréis, haced también por mí la santa comunión. También ruego por los que están de exámenes» [29]. «Los que vengan a entregarme dinero o a tratar de lo que interesa al bien de las almas, que vengan a cualquier hora, pues serán siempre bien recibidos. El que venga para cumplimientos, que él mismo se dé las gracias y se dispense» [30].

Por otra parte, hay pruebas para afirmar que el conjunto

[27] G. Bosco, *Opere edite* IV (1849-1853) (Roma 1976) p.3-6.

[28] E. Valentini, *Spiritualità e umanesimo nella pedagogia di don Bosco:* Salesianum 20 (1958) 417.

[29] Carta a don Rúa, agosto de 1873 (E. Ceria, *Epistolario*... II p.295). Las tres S indican un conocido trinomio, familiar a los colaboradores y a los jóvenes: Salud, Sabiduría, Santidad.

[30] Carta a la condesa Gabriela Corsi, 18 de agosto de 1871, de quien será huésped durante unas breves vacaciones (aparentemente, porque le esperan problemas sobre las relaciones entre la Santa Sede y el Gobierno italiano para el nombramiento de los obispos) (E. Ceria, *Epistolario*... II p.175). «Este va a ser mi veraneo más largo desde tiempo inmemorial», había escrito anteriormente a la misma condesa en carta del 12 de agosto (E. Ceria, *Epistolario*... II p.172).

en sí de los escritos de don Bosco, por su extensión, finalidad y por los «géneros» que adopta, reflejan de alguna manera la completa gama de urgencias de un «humanismo cristiano» cabal, aunque fuertemente «situado». No es éste el momento de insistir en ello. Pero conviene recordar que en el elenco bibliográfico no parecen solamente biografías edificantes, libros de devoción, constituciones y reglamentos de asociaciones religiosas, sino también un probable *Enólogo italiano* (1846), *Il sistema metrico decimale ridotto a semplicità* (1849), un *Regolamento di Società di mutuo soccorso* (1850), el almanaque anual *Il Galantuomo* o *Il Galantuomo e le sue avventure* (desde 1853), una *Raccolta di curiosi avvenimenti contemporanei* (1854), *Novella amena d'un vecchio soldato di Napoleone* (1862), *Il cercatore della fortuna* (1864), *La casa della fortuna (Rappresentazione drammatica)* (1865), *Regole pel teatrino* (1871)...

Por último, quizás se encuentre el criterio de lectura más equilibrado y equilibrante —no por el aspecto formal, sino por su contenido—, en lo que es el concepto central de la total experiencia espiritual, educativa y pastoral de don Bosco: *el amor* en todas sus ricas vibraciones. «Este sistema se apoya por entero en la razón, la religión y la amabilidad» [31]; porque «en todo joven, aun el más desgraciado —permítasenos esta alusión a un texto no escrito, pero conservado por el biógrafo—, se da un punto accesible al bien: el primer deber del educador es hallar este punto, esta fibra sensible del corazón, y aprovecharla para su bien» [32]. Es lo que él mismo ha sugerido siempre: «Di a todos que los amo de corazón en el Señor, que cada día ruego por ellos en la santa misa pidiendo para que tengan siempre buena salud, progresen en los estudios y alcancen la verdadera riqueza: el santo temor de Dios» [33].

[31] *Il sistema preventivo nella educazione della gioventù* (G. Bosco, *Opere edite* XXIX p.4).

[32] G. B. Lemoyne, *Memorie Biografiche di Don Giovanni Bosco* V (San Benigno Canavese 1905) p.367. Pero esta misma convicción es expresada en otra parte con relación a todos los hombres; más aún, lo empuja a potenciar sus iniciativas de escritor popular: «Pienso, decía en mi interior —escribe en el prólogo de la *Vita di San Pietro* (1856)— que en el hombre razonable no existe una maldad tal que le indisponga contra hombres que han hecho a los pueblos enorme bien espiritual y temporal; que han llevado una vida santa y laboriosa al máximo; que siempre fueron venerados por todos los buenos y en todo tiempo, y que, a menudo, para promover la gloria de Dios y el provecho del prójimo, defendieron la religión y la propia autoridad con su sangre» (G. Bosco, *Opere edite* VIII [1856] [Roma 1976] p.295-296). Tampoco se excluye un intento de «captatio benevolentiae».

[33] Carta a don Francesia, director del colegio de Varazze (Liguria), 10 de enero de 1876 (E. Ceria, *Epistolario*... III p.6).

Y ese amor se convierte necesariamente, en la vida y en los escritos, en anhelo de acercarse, de adaptarse, de comprender y hacerse comprender. Porque éstos son documentos de la pedagogía del amor, no sólo en sus contenidos, sino, ante todo y sobre todo, en la forma. «Don Bosco tuvo, como pocos, al escribir y al hablar, *la voluntad de lo fácil*... Esta *voluntad de lo fácil* no se reduce únicamente a la sencillez y llaneza popular de la expresión; marca también el mismo contenido, llevándole al escritor a escoger solamente aquello que pueden captar los jóvenes y el pueblo menudo, o encontrar interesante, y a excluir toda idea o noticia que resulte superior a su capacidad o aptitud mental» [34]. «*La voluntad de lo fácil* y el esfuerzo por una comunicación familiar son dotes especiales de todo escrito suyo; a estos rasgos sacrifica toda lícita ambición de escritor» [35].

Fue éste su propósito varias veces declarado explícitamente. «Debo adelantarme a decir —advierte en el citado prólogo a la *Vita di San Pietro, Principe degli Apostoli*— que yo escribo para el pueblo, y que, por ello, apartándome de rebuscamientos de estilo y de toda discusión dudosa e inútil, me esforzaré en reducir la forma y la materia a toda la simplicidad que permita la exactitud de la historia, sin perder, desde luego, de vista la teología y las reglas de nuestro idioma italiano» [36]. «Para ser más fácilmente entendido —había escrito, a propósito de matemáticas, presentando «al público» (jóvenes y adultos del pueblo) «un compendio sencillo y claro, y adaptado a la capacidad de todo lector»— algunas veces me he separado de la precisión del lenguaje de la aritmética, preocupándome por encima de todo ser comprendido y de nada más» [37]. No es una actitud puramente didáctica; es una voluntad claramente educativa, en los contenidos y en los métodos. Se les puede aplicar legítimamente a todas sus fatigas de compilador de libros y autor de escritos de todo género, cuanto confiesa, en el correspondiente prólogo, haber hecho y haberse propuesto al escribir la *Historia Sagrada* (1847): «Traté, pues, de compilar, un curso de Historia Sagrada que, mientras, de una parte, contenga todas las noticias más importantes de los libros sagrados sin

[34] A. CAVIGLIA, *Nota introductiva* al volumen I p.1.ª: *Storia sacra*, en *Opere e scritti*... p.XIII.

[35] A. CAVIGLIA, *Discorso introduttivo* al volumen III: *Storia d'Italia*, en *Opere e scritti*... (Turín 1935) p.XIX.

[36] G. BOSCO, *Opere edite* VIII p.299.

[37] G. BOSCO, *Il sistema metrico decimale ridotto a semplicità preceduto dalle quattro operazioni dell'aritmetica ad uso degli artigiani e della gente di campagna* (Turín 1849), en *Opere edite* IV (Roma 1976) p.3-4.

peligro de despertar ideas inoportunas, se lo pueda, de otra, presentar a un joven cualquiera diciéndole simplemente: toma y lee. A fin de conseguirlo, conté a varios jóvenes de todo nivel, uno a uno, todos los hechos de la Sagrada Biblia, tomando nota detallada de la impresión que les hacía la narración y del efecto que producía después... En cada página observé siempre este principio: iluminar la mente para mejorar el corazón y, como se expresa un prestigioso maestro, popularizar al máximo la ciencia de la Sagrada Biblia» [38].

5. Invitación a la innovación creativa

El análisis se podría continuar casi indefinidamente. En esta dirección, y en otras parecidas, la creciente disponibilidad de escritos de don Bosco y sobre don Bosco podría favorecer interesantes investigaciones, de gran provecho incluso para la historia religiosa y civil de su tiempo, y no sólo con una finalidad evocadora, sino en función decididamente previsora y programadora del futuro.

Y también este intento vendría a ser parte esencial de una investigación más profunda sobre don Bosco, sacerdote, educador, fundador, escritor; más aún, probablemente revelaría el aspecto más significativo de su experiencia *preventiva,* que implica en definitiva tensión hacia adelante, proyección hacia el futuro. «El, con su mirada, abraza el futuro como si estuviese presente», observa el primer gran biógrafo [39]. «En estas cosas —en el plano de las empresas técnicas y educativas— don Bosco quiere estar siempre a la vanguardia del progreso»: es su confesión en otoño de 1883 a Aquiles Ratti, el futuro papa Pío XI, que le visita en Valdocco [40].

Esta actitud se la encuentra tan en la base de su modo de hacer, que constituye un universal principio metodológico, por el que se descubre el «sentido» histórico de todo su mensaje.

Don Bosco no se propuso, ciertamente, estar a la vanguardia en el campo de la ideología, de la teología o de la filosofía: los atisbos e innovaciones en estas materias son totalmente ajenos a su mentalidad. En los escritos, por lo tanto,

[38] G. Bosco, *Storia Sacra per uso delle scuole utile ad ogni stato di persone arricchita di analoghe incisioni* (Turín 1847), en *Opere edite* III (1847-1848) (Roma 1976) p.6-7.

[39] G. B. Lemoyne, *Memorie biografiche del Venerabile Don Giovanni Bosco* VII (Turín 1909) p.584.

[40] E. Ceria, *Memorie biografiche di S. G. Bosco* XVI (Turín 1935) p.321.

no será difícil encontrar abundantes testimonios a favor de la fidelidad a la tradición eclesial, del magisterio pontificio y de la obediencia a las autoridades constituidas. Pero en cuanto a los fines educativos y pastorales, él se reconoce exacta y permanentemente en la fórmula sintética y precisa que expresó un cronista de los primeros tiempos: «Se nombró a otra persona benemérita, el sacerdote don Bosco, quien acoge en el Oratorio de San Francisco de Sales unos 300 jóvenes; allí los catequiza, los instruye y los ejercita en juegos gimnásticos» [41]. «Fin principal de las Casas de la Congregación —estampará como en forma constitucional en el *Reglamento*, publicado en otoño de 1877— es socorrer y ayudar al prójimo, especialmente con la educación de la juventud, formándola en los años más peligrosos, instruyéndola en las ciencias y las artes, y encaminándola a la práctica de la religión y de la virtud» [42].

En otro orden de cosas, pero con no menor continuidad y firmeza, don Bosco es un incurable realista que practica el primero lo que aconseja a los demás: «hay que emplear toda la sencillez de la paloma, pero no olvidar la prudencia de la serpiente» [43] y, por ejemplo, en cuanto a tomar posición en la vida civil y política, recomienda a los suyos «conocer y adaptarse a nuestros tiempos» [44], dando una de las numerosas muestras sobre ello en esta carta al presidente del Consejo de Ministros italiano Giovanni Lanza: «Le escribo con confianza y le aseguro que, mientras me profeso sacerdote católico y unido al que es Cabeza de la Religión católica, siempre me he mostrado muy unido al gobierno, a cuyos súbditos he dedicado constantemente mis pobres posibilidades, mis fuerzas y la vida entera» [45].

En todo lo demás —medios, instituciones, proyectos concretos, fórmulas prácticas de toda clase y en todos los campos—, como en una sorprendente *coincidentia oppositorum*, se atiene al principio de atreverse a todo, sin vacilaciones ni

[41] *Atti della Società. Breve rendiconto delle tornate del Comitato Centrale*: Giornale della Società d'istruzione e d'educazione I (1849) 240.

[42] *Regolamento per le case della Società di S. Francesco di Sales*, p.2.ª c.1 a.1. en G. Bosco, *Opere edite* XXIX p.155.

[43] Carta al rosminiano P. Gilardi, 15 de abril de 1850 (E. CERIA, *Epistolario*... I p.32).

[44] *Crónica* manuscrita del III Capítulo General de la Sociedad Salesiana (1883) (en el Archivo Central Salesiano).

[45] Carta de 11 de febrero de 1872 (E. CERIA, *Epistolario*... II p.195). La acompañaba un memorial con este título: «Pensamientos de un sacerdote piamontés sobre la cuestión pendiente entre el Ministerio de Cultos y los nuevos obispos nombrados por Su Santidad en 1871».

marcha atrás. Es un hábito personal, propiamente; pero se convierte explícitamente en regla inspiradora de todo el «sistema». «Donde la habilidad y la voluntad decidida pueden conseguir algo en orden a la gloria de Dios, yo me lanzo con todas mis fuerzas» [46]. «La empresa es ardua y gigantesca; pero, si se pueden conseguir colaboradores y darse a conocer como se merece, por mi parte me entregaré a ello *totis viribus*» [47]. Se entregará con todas sus fuerzas de inteligencia, de voluntad, de imaginación, sostenidas por una fe sin límites. En verdad podía escribir a uno de los colaboradores de más confianza: «Tú eres músico, yo soy poeta de profesión» [48]. «En las cosas que pueden ser para bien de la juventud en peligro o sirven para ganar almas para Dios, yo me lanzo adelante y llego a la temeridad» [49].

Su preocupación por *prevenir* acaba por asumir el aspecto de una perfecta disponibilidad hacia la auténtica *utopía*. Va más allá del método. Es una «mentalidad» abarcadora, de carácter operativo, que se emplea a fondo en el continuo esfuerzo de adaptar y readaptar su previsión. En el horizonte de la fe, significa esperar contra toda esperanza; creer, si es el caso, hasta en el milagro. Todo esto implicará no pocas operaciones: comprender los tiempos (pero no de un modo puramente estático y conformista), adaptarse dinámicamente a ellos y, en cuanto es posible, anticiparse incluso a ellos. Es un modo original de «estar en el mundo», todo un estilo de «existencia cristiana».

El esfuerzo de interpretación de los escritos de don Bosco deberá tener muy en cuenta esta peculiaridad radical de su personalidad y, lo que le es inseparable, de su mensaje. No todo está en ellos, en sus escritos; pero el conjunto presentaría lagunas sin ellos; ellos, a su vez, deben ser leídos y comprendidos en el todo.

Roma, 25 de octubre de 1977.

[46] Carta al caballero M. Gonella, 26 de mayo de 1867 (E. CERIA, *Epistolario*... I p.463).

[47] Carta a monseñor Chilardi, obispo de Mondoví, marzo de 1869 (E. CERIA, *Epistolario*... II p.15).

[48] Carta a don Juan Cagliero, 13 de julio de 1876 (E. CERIA, *Epistolario*... III p.72). Lo repetirá al obispo de Fréjus y Tolón, al año siguiente, después de haber expuesto varios proyectos: «Su Excelencia dirá que yo tengo una cabeza poética» (carta de 3 de agosto de 1877: E. CERIA, *Epistolario*... III p.204).

[49] Carta a Carlos Vespignani, 11 de abril de 1877 (E. CERIA, *Epistolario*... III p.166).

NOTAS PREVIAS, BIBLIOGRAFIA GENERAL Y CRONOLOGIA

NOTAS PREVIAS

Al agotarse la segunda edición de *Biografías y escritos de San Juan Bosco,* de la BAC, se pensó en una obra nueva que incluyese los escritos principales del santo.

Se impuso la necesidad de escoger obras que fueran claramente fundamentales, de cuidar una fiel y ágil traducción de las mismas y de acompañar cada una con una introducción breve y apropiada.

Selección de las obras

Elegir fue una operación arriesgada. El criterio que se siguió no fue estadístico, es decir, una obra-muestra por cada género literario que el santo adoptó, sino la búsqueda de las obras originales de mayor significado que recogieran la *vida del mismo autor, su reflexión pedagógica* y *la estructura y espíritu de sus instituciones.* Aunque todo vaya muy entremezclado a causa del temperamento práctico de don Bosco, las tres secciones de este volumen corresponden a los tres niveles que acabamos de apuntar.

Las cinco biografías nos parecen un conjunto que se impone como algo bien trabado, ya que incluye, sucesivamente, una obra de juventud, una trilogía, muy característica de su madurez, sobre tres adolescentes, trilogía que nos da al vivo el ambiente de la «Casa del Oratorio» en el decenio 1854-64, y, finalmente, las *Memorias del Oratorio,* que vienen a ser una verdadera autobiografía, por más que sólo alcancen hasta los cuarenta años de don Bosco. Estas *Memorias,* por otra parte, presentan, además, un interés particular, pues vienen a ser como una mirada del santo desde la experiencia de sus sesenta años sobre su misión carismática.

Es patente la desigualdad de los elementos que componen la tercera parte de esta selección. Por un lado, los densos códigos en que don Bosco define los tres grupos de su gran familia, además de un compendio sobre la devoción a María Auxiliadora; por otro lado, algunos documentos de pocas páginas (pláticas o breves escritos) que parecen menos consistentes, pero que son de lo más válido que se conserva para representar campos de actividad apostólica en que don Bosco trabajó intensamente.

En cuanto a los escritos pedagógicos, nos remitimos a la presentación global de la segunda parte.

Limitaciones de esta selección

Somos conscientes de que, al intentar ofrecer una imagen de don Bosco a través de sus mejores escritos, se realiza una inevitable reducción, o varias a la vez, con el riesgo de deformar su figura. No es pasar solamente de la persona viva (con todo lo que fue, abarcó y sigue viviendo en sus instituciones) a su obra escrita; es tener que limitarnos, además, en principio, a sólo obras publicadas, y de éstas, que suman unas veinte mil páginas, a menos de una vigésima parte. Advertimos, con todo, que se ha hecho excepción con las interesantes *Memorias* del santo y algunas cartas y discursos que él no publicó.

Quien compare, por otra parte, las obras incluidas con las excluidas podrá constatar que se ha dado cierta preferencia a lo que supone vida, acción directa y organización por encima de obras que son tratados, textos, compendios o compilaciones... Creemos que así se esquiva, en lo posible, lo que hubiera sido otra deformación del santo: porque el apóstol que fue don Bosco, activo y dialogante con toda clase de personas, educador y organizador, no puede quedar reducido por una mala selección de sus escritos a un autor de libros de texto, de vidas de santos o de opúsculos apologéticos.

De paso, quede constancia de que, si don Bosco se puso a escribir libros populares, fue únicamente para ampliar su hablar sencillo con los jóvenes y el pueblo, sobre todo sirviéndose del modesto recurso mensual de las *Lecturas Católicas*.

La novedad de este volumen, de *Obras fundamentales de San Juan Bosco*, está en que reúne en breve espacio doce obras muy diversas que salieron en humildes volúmenes separados. Entre ellas destacamos la presencia de los tres códigos que el santo fundador dio a los tres grupos de su familia. Puede comprobarse que sus sencillas normas, por exigencias canónicas, no son muy distintas de las que rigen otros institutos religiosos. Pero hay que reconocer que han sido la norma espiritual de congregaciones que en un siglo alcanzaron un gran desarrollo. Cosa semejante habría que decir, en cuanto a asociación seglar, de la Unión de los Cooperadores.

Quizás se eche de menos alguna muestra de las obras apologéticas a que aludíamos poco ha, frente a los errores de valdenses y protestantes, obras que nos dan una vivaz faceta apos-

tólica. Pero ya se expresó que no parecen ser de lo más significativo, y, por otra parte, no tienen cabida en un volumen reducido como éste. En rigor se trata, en su mayoría, de obras ocasionales, a veces menos espontáneas, o de divulgación de la doctrina de la Iglesia, insistiendo en algún punto controvertido de su apostolicidad, su estructura jerárquica o su praxis sacramental.

Punto y aparte reclama la ausencia casi total de los tres millares largos de cartas que se conservan del santo. Reflejan un complejo impresionante de relaciones y de verdaderas amistades de toda categoría, con las que trata variadísimas cuestiones. Son escritos en que brilla la intuición y la sobriedad con que soluciona los más impensados asuntos. Llama la atención la gran reserva que el santo mantiene sobre su interioridad y las breves y certeras exhortaciones a la virtud y a la confianza en Dios.

Una muestra adecuada de este ingente material, que no encajaría demasiado entre las *Obras fundamentales,* culminada por el *Testamento espiritual* del santo, todavía sin publicar íntegramente, requeriría un volumen distinto, que podría ser complemento del presente, pues nos ofrecería el don Bosco de cada día, envuelto, sin perder la calma y el buen humor, en un alud de deudas y otras mil preocupaciones.

Obras enteras

Desde un principio excluimos el plan de hacer una antología o colección de breves textos extraídos de diversas obras y ordenados cronológica o sistemáticamente. Combinando diversos fragmentos, podría llegarse a una síntesis que el autor ni siquiera soñó.

Optamos por recoger obras enteras: en cada una se encuentran todas las luces y sombras que dejó el santo autor. Y así, constatando sus aciertos, incluso literarios, en las biografías y algún otro escrito, podemos notar que don Bosco, como escritor, se siente un poco incómodo aun en sus mejores obras. El se halla en su elemento cuando habla con espontaneidad a sus jóvenes y a quienes se interesan por ellos.

Se mueve a gusto en medio de la vida y sólo acude al escrito, y con más dificultad aún a redactar un libro, por verdadera necesidad. Es consciente de que no puede dedicar a este menester el tiempo que convendría.

Ordenación cronológica de los escritos de esta selección

Hemos distribuido el material en tres bloques, ordenados según el tiempo de redacción, salvo el tercero, en que se ha seguido un orden más bien lógico.

Damos a continuación, con todo, una lista de todos los escritos, ordenada según la fecha de la primera edición (o redacción en caso de no haber sido editados en vida del santo). Irán en cursiva los títulos que formaron un libro aparte, y entre paréntesis el año de alguna edición posterior que ha sido utilizada por nosotros, como se dirá en las respectivas introducciones.

1. 1844 (1884): *Vida de Luis Comollo.*
2. 1847 (1891): *El joven cristiano.*
3. 1854: Introducción al plan de Reglamento para el Oratorio.
4. 1859 (1878): *Vida de Domingo Savio.*
5. 1861 (1880): *Vida de Miguel Magone.*
6. 1864 (1886): *Vida de Francisco Besucco.*
7. 1869 (1881): *Asociación de devotos de María Auxiliadora.*
8. 1871 (1886): Recuerdos confidenciales a los directores.
9. 1873-1878: *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales* (ed. 1946).
10. 1874 (1877): *Constituciones de los Salesianos.*
11. 1875: Sermón de despedida y recuerdos a los misioneros.
12. 1876 (1877): *Cooperadores Salesianos.*
13. 1877: *El sistema preventivo en la educación de la juventud.*
14. 1877: *Reglamento para las casas.*
15. 1878: *Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora.*
16. 1880-1884: Dos parlamentos a los antiguos alumnos salesianos.
17. 1883: Carta-circular sobre los castigos.
18. 1884: Carta al Oratorio, del 10 de mayo de 1884, desde Roma.
19. 1885-1886: Sobre la difusión de los buenos libros.
20. 1887: Deliberaciones sobre los jóvenes artesanos.

Géneros literarios

Consideraremos primero los libros, y después los escritos menores.

La lista de todos los libros se halla distribuida en la *Cronología*, al final de las noticias de cada año. Así quedan ambientados y situados en el contexto de la vida del autor. Puede verse la clasificación del conjunto de las obras cuando al final del presente volumen se habla de la *actividad editorial* de don Bosco.

Se observará que en la presente selección no hay representación alguna ni de los cinco libros escolares, ni de los seis amenos, ni de las veintisiete vidas de santos, porque entendemos que son obras extractadas de otros autores.

De las trece biografías y narraciones de fondo histórico, reproducimos las cuatro de la primera parte.

Los cuarenta y un libros de instrucción religiosa y oración quedan aquí representados por dos: *El joven cristiano* y *Asociación de devotos de María Auxiliadora*.

De las treinta y una publicaciones referentes a la Obra Salesiana, recogemos cinco: *Constituciones de los Salesianos, Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora, Reglamento de los Cooperadores, Reglamento para las casas* y *Sistema preventivo*.

De las obras más personales (no publicadas en la vida del santo) incluimos las *Memorias del Oratorio* y algunas cartas referentes a las HMA (Hijas de María Auxiliadora).

En cuanto a escritos menores, podríamos inventariar:

1. Cartas: al Oratorio desde Roma, al Comité de la Exposición Nacional y las referentes a HMA.
2. Discursos: a las HMA, a los misioneros y a los antiguos alumnos.
3. Circulares: sobre los castigos y sobre la difusión de los buenos libros.
4. Recuerdos: a los directores y a los misioneros.
5. Reglamentos: para las casas, una introducción de 1854, para los artesanos (cf. también: *Domingo Savio* c.17).
6. Sueños: Carta al Oratorio (Roma, 10 de mayo de 1884) y varios en *Memorias del Oratorio* (números 6, 12, 13 nota, 25, 43, y notas de los números 43, 51 y 53).

Por su amenidad ordenaríamos las biografías según esta

preferencia: *Memorias del Oratorio, Magone, Savio, Comollo* y *Besucco.*

Literariamente destacan estos escritos: *Carta al Oratorio, Carta-circular sobre los castigos, Difusión de los buenos libros, Introducción al plan de reglamento, El sistema preventivo, Recuerdos confidenciales a los directores.*

En cuanto a la vivacidad de expresión, señalamos los *Dos parlamentos a los antiguos alumnos,* la *Despedida de los misioneros,* la *Reclamación al Comité de la Exposición Nacional de 1884.*

Traducción: dificultades y criterios

Traducir a don Bosco no es tan fácil como podría parecer a primera vista. Por su escribir rápido. Por su costumbre de atender más al fondo que a la forma. Por sus resabios clásicos, que le hacen montar a veces, sin pretenderlo, largos y complicados períodos de sentido zigzagueante. Por sus construcciones al sentido, donde la idea está clara, pero la fórmula es imperfecta.

Sabemos que don Bosco, cuando pudo, limó mucho sus escritos, pero de ordinario fue principalmente en beneficio de la diafanidad de su pensamiento.

Al presentar nuestras propias traducciones y al revisar las que incluimos de otros autores, nos hemos permitido, y creemos que es de agradecer por estar más acorde con los gustos literarios del día, romper los grandes períodos y desmontar las frases excesivamente complicadas, conservando, eso sí, intacto, hasta en sus matices, el pensamiento del escritor. Hemos dado al lenguaje dialogal una presentación moderna de aparte y guión. Y, lógicamente, en cuanto nos ha sido posible, hemos unificado criterios ortográficos (puntuación, mayúsculas, etc.) en toda la obra.

Las traducciones ajenas han sido revisadas y compulsadas línea a línea, teniendo a la vista los textos italianos más seguros. En consecuencia, hemos subsanado algunas omisiones y hemos introducido alguna que otra modificación exigida, a nuestro juicio, por la exactitud y la fidelidad al texto original.

Ha sido un trabajo largo e ilusionado, por medio del cual esperamos haber ofrecido al lector buena parte de la sencillez y vivacidad que don Bosco supo poner en sus escritos, sobre todo en los dedicados a los jóvenes.

Introducciones y notas

Las introducciones que preceden a cada obra, más que un análisis de contenidos, fuentes o relaciones con autores contemporáneos, son una sencilla ambientación de cada escrito en la vida y actividad del santo, con una fugaz alusión a la situación actual del tema.

No son fruto de investigación original, sino divulgación seria fundada en la breve bibliografía que cierra cada introducción. Por ello se ha prescindido en general de acompañar las introducciones con notas a pie de página.

Destacar en *letra cursiva* los párrafos que consideramos más importantes en el texto del santo nos ha parecido de utilidad para el lector que dispone de poco tiempo y, a la vez, una forma de ponderar determinados pasos sin recargar el texto con notas.

Las notas que acompañan el texto son del propio don Bosco, salvo contadísimas, que advertiremos caso por caso con la sigla NdE.

En dos libros especialmente importantes hemos hecho excepción, añadiendo a casi todos los capítulos un complemento histórico. Se trata de la *Vida de Domingo Savio* y de las *Memorias del Oratorio,* como se explicará en las respectivas introducciones.

En resumen, tanto las introducciones como las notas se han reducido al mínimo indispensable, para dar el máximo espacio a la palabra del santo.

* * *

Para terminar, expresamos nuestra gratitud a don Pedro Braido, ex rector magnífico de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma y profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación, que añadió a sus importantes responsabilidades la de preparar la introducción general de este volumen.

Agradecemos a don Pedro Stella y a don Rafael Farina, del Centro de Estudios Don Bosco, de la misma Universidad, sus numerosas sugerencias y facilidades para el trabajo. Recordamos también a don Gregorio Aranda, bibliotecario de la Casa Generalicia, y a don Vandelino Fenyö, archivero general de la Congregación, por su disponibilidad en toda circunstancia.

Agradecemos la contribución de D. E. Valentini y de D. Angel García; de las Hnas. Giselda Capetti y María Ester

Posada, en cuanto se refiere a su Instituto de Hijas de María Auxiliadora.

No olvidamos las valiosas sugerencias que, por escrito, nos hicieron los PP. J. Aubry, J. Borrego, A. Calero de los Ríos, P. Ciccarelli, F. Desramant, M. Echamendi y G. Favini, SDB, ni la aportación al aspecto gráfico de los salesianos Euniciano Martín y Jordi Clot.

En fin, damos las gracias a las comunidades salesianas de Plaza Fernando Reyes, Martí-Codolar y Horta (Barcelona) y a la del PAS (Roma) por el cariño con que han alentado los diversos pasos de este volumen.

JUAN CANALS-ANTONIO MARTÍNEZ

BIBLIOGRAFIA GENERAL ESCOGIDA

1. Bibliografías

Damos por orden cronológico las principales, sobre todo porque ofrecen, cada vez con mayor precisión, el elenco de las obras impresas de don Bosco, elenco que se halla en los números 1, 3, 4, 6, 7 y 8.

1. P. Ricaldone, *Don Bosco educador* II (Buenos Aires 1954). Los escritos publicados por don Bosco son reseñados en p.419-429, y los escritos sobre don Bosco, clasificados por lenguas, en p.431-459. Original italiano: Colle Don Bosco 1951.

2. F. Desramaut, *Les Mémories de G. B. Lemoyne. Étude d'un ouvrage fondamental sur la jeunesse de Saint Jean Bosco* (Lyón 1962). Bibliografía en p.9-23: la época, el santo y su obra, con una valoración de las biografías más importantes y de las *Memorias biográficas* con sus fuentes.

3. P. Braido, *San Giovanni Bosco. Scritti sul Sistema Preventivo* (Brescia 1965). Elenco de las obras de don Bosco editadas, p.XV-XXV.

4. F. Desramaut, *Don Bosco et la vie spirituelle* (París 1967). Elenco de todas las obras editadas por don Bosco y de una selección de escritos sobre él en p.335-358. Trad. italiana (Turín 1970).

5. E. Valentini-A. Rodino, *Dizionario biografico dei Salesiani* (Turín 1969). Contiene una brevísima bibliografía general, pero señala la referente a cada uno de los salesianos fallecidos antes de 1869. Interesante, sobre todo respecto a los que trataron con don Bosco.

6. G. Bosco, *Opere edite*. Ristampa anastatica (Roma 1975). Fascículo-prospecto que da, en 7 páginas, la lista de obras, ordenadas cronológicamente, contenidas en los 37 volúmenes de la primera serie.

7. R. Farina, *Leggere don Bosco oggi: La formazione permanente interpella gli istituti religiosi*. A cura di P. Brocardo (Turín 1976) p.349-404. En las p.358-360 se da la lista de las obras de don Bosco contenidas en la edición anastática, clasificadas en seis secciones temáticas.

8. P. Stella, *Gli scritti a stampa di san Giovanni Bosco*: Centro Studi Don Bosco. Studi storici 2 (Roma 1977). Elenco completo de los escritos de don Bosco editados por él en el curso de su vida, con noticias de todas sus publicaciones (series 1, 2, 3 de la edición anastática. Véase más adelante: apartado 3), comprendidas las anónimas, dudosas, atribuidas o atribuibles, con informes detallados de toda edición, transformación, traducción, etc.

2. Fuentes y obras básicas

1. Archivo General Salesiano. Via della Pisana, 1111, Roma.

2. Centro Studi Don Bosco. Piazza dell'Ateneo Salesiano, 1, Roma.

3. El *Bollettino Salesiano*, iniciado en 1877, aunque precedido en dos años por el repertorio *Bibliofilo cattolico*, es fundamental como primer vehículo de la palabra y actividad de don Bosco en sus últimos años, escrito bajo su próxima dirección. La edición castellana empezó en 1886, aunque desde 1881 hubo una efímera edición argentina. Ya en 1879 empezó también la edición francesa: las tres se hacían en Turín.

4. De importancia capital para el conocimiento de la personalidad

del santo es la documentación de los *procesos diocesanos y apostólicos de su causa de beatificación*. Por la relación que tuvieron con él interesa también la documentación de los procesos de don Cafasso, madre Mazzarello, Domingo Savio y don Miguel Rúa.

5. G. B. LEMOYNE-E. CERIA-A. AMADEI, *Memorie biografiche di san Giovanni Bosco* (S. Benigno Canavese 1898; Turín 1939), 19 vols. con más de 16.000 págs.; E. FOGLIO, *Indice analitico delle Memorie biografiche* (Turín 1948), 620 págs.

Es la biografía más amplia y fundamental del santo. Su redacción fue iniciada por don G. B. Lemoyne y recogida en principio en 44 blocs de pruebas de imprenta. G. B. Lemoyne, nacido en 1839, se hizo salesiano en 1864, siendo ya sacerdote, y fue secretario de don Bosco y del Consejo Generalicio desde 1883 hasta su muerte, en 1916. Preparó la edición de las MB desde el vol. 1 (1898) hasta el 9 (1917).

Los volúmenes 11-19 fueron publicados por E. CERIA (1870-1957), desde 1930 a 1939, año en que A. AMADEI publicó, al final de todos, el décimo, de unas 1.400 págs., en parte ya preparado por G. B. Lemoyne.

Es una obra que ensambla testimonios recogidos desde 1859 por diversos salesianos que crecieron junto al santo. Como hemos dicho, ha sido publicada por tres autores a lo largo de cuarenta y un años. Es un rico arsenal de noticias y documentos al que han acudido directa o indirectamente los biógrafos de don Bosco posteriores a 1898.

Desramaut (*Bibliografías* 2) ha hecho el análisis de la redacción del volumen 1, que abarca la vida del santo, desde su nacimiento hasta el sacerdocio (1815-1841), y ha comprobado la meticulosidad del biógrafo en recoger todos los testimonios, elaborando una historia no crítica, sino edificante y fiel. Son de interés también las páginas de G. FAVINI, *Don G. B. Lemoyne, primo grande biografo di Don Bosco* (Turín 1974). El trabajo crítico de las MB seguirá haciéndose con los demás volúmenes, confrontándolos con las agendas de los salesianos testigos y cronistas que fueron su base.

En resumen: las MB son un arsenal de diversa calidad crítica. Sus abundantes elementos son fuente imprescindible para conocer a fondo al santo.

6. Para el conocimiento crítico de don Bosco es importante la obra que reseñamos a continuación y que deberíamos citar en casi todas las introducciones:

P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*. I: Vida y obras. II: Mentalidad y espiritualidad. III (en preparación): Influjos y resonancias (Zürich 1968-1969).

El primer volumen estudia sintéticamente los pasos-clave de su vida y acción, con una lograda penetración del ambiente histórico y de la psicología del santo.

El segundo presenta su mentalidad religiosa y su espiritualidad, analizándola respecto a los temas principales de la vida cristiana. Hacia el fin presenta un largo capítulo sobre los salesianos, otro sobre las bases religiosas de su sistema educativo y un apéndice sobre los sueños de don Bosco.

3. EDICIONES DE LAS OBRAS DEL SANTO

G. BOSCO, *Opere edite*. Ristampa anastatica a cura del Centro Studi Don Bosco (Roma 1976-1977), 37 vols. Esta reimpresión fotomecánica de cuanto el santo escribió y editó constituye un paso importante en orden a facilitar el estudio de su producción impresa, hoy difícil de

encontrar. La primera serie, de 37 vols., abarca todos los libros y opúsculos (algunos en diversas ediciones cuando han variado notablemente), con un total de más de 19.000 páginas. La segunda serie (circulares, programas, avisos) y la tercera serie (artículos en el Boletín Salesiano) ocuparán 4 volúmenes más.

R. FARINA (*Bibliografías* 7) relata los pasos dados para publicar las obras de don Bosco. Con anterioridad a la edición anastática sólo se había logrado editar una pequeña parte:

A. CAVIGLIA (1868-1943), *Opere e scritti editi e inediti di Don Bosco nuovamente pubblicati e riveduti secondo le edizioni originali e manoscritti superstiti* (Turín 1929-1965). He aquí el contenido de los 6 volúmenes editados, los dos primeros divididos en dos partes:

I/1: *Storia sacra* (1929). I/2: *Storia ecclesiastica* (1929).
II/1-2: *Le vite dei Papi* (1932).
III: *La storia d'Italia* (1932).
IV: *La Vita di Domenico Savio*, e lo studio *Savio Domenico e Don Bosco* (1943).
V: *Il primo libro di don Bosco «Cenni sulla vita di Luigi Comollo» e «Il Magone Michele» una classica esperienza educativa* (1965).
VI: *La vita di Besucco Francesco. Testo e studio* (1965).

Se han publicado, además, estos manuscritos:

E. CERIA, *San Giovanni Bosco. Memorie dell'Oratorio di San Francesco di Sales. 1815-1855* (Turín 1946).

E. CERIA, *Epistolario di San Giovanni Bosco* (Turín 1956-1959), 4 vols.

C. ROMERO, *I sogni di don Bosco*. Ed. Critica. Presentazione di P. Stella (Turín 1978). Contiene diez sueños escritos o corregidos personalmente por DB.

Señalamos estas antologías importantes:

J. AUBRY, *Giovanni Bosco. Scritti spirituali*. Introd., scelta di testi e note a cura di... (Roma 1976), 2 vols.

P. BRAIDO, *San Giovanni Bosco. Scritti sul sistema preventivo nell'educazione della gioventù*. Introd., present. e indici a cura di... (Brescia 1965).

F. DESRAMAUT, *Saint Jean Bosco. Textes pédagogiques* traduits e présentés par... (Namur 1958).

R. FIERRO, *Biografía y escritos de San Juan Bosco* (Madrid ²1967).

4. BIOGRAFÍAS PRINCIPALES

Véase una valoración general, especialmente de las escritas en italiano y francés, de F. DESRAMAUT (*Bibliografías* 2). Nombramos por orden alfabético las más difundidas y las de mayor interés para hispanoparlantes:

A. AMADEI, *Don Bosco e il suo apostolato* (Turín 1940), 2 vols.

A. AUFFRAY, *Un grande educador, San Juan Bosco* (Buenos Aires 1949).

E. BIANCO-C. DE AMBROGIO, *Don Bosco, un amigo* (Madrid 1966).

J. BONETTI, *Cinque lustri dell'Oratorio Salesiano fondato dal sac. D. Giovanni Bosco* (Turín 1892). Español (Buenos Aires ²1965).

H. Bosco, *San Juan Bosco* (Barcelona 1961).
E. Ceria, *San G. Bosco nella vita e nelle opere* (Turín ²1949).
E. Egaña, *Vida de San Juan Bosco* (Sevilla ⁷1953).
J. B. Francesia, *Don Bosco, amigo de las almas* (Buenos Aires 1944).
G. Joergensen, *Don Bosco*. Trad. A. Cojazzi (Turín 1929).
G. B. Lemoyne, *Vida del beato Juan Bosco* (Barcelona 1930).
G. B. Lemoyne, *Vita di san G. Bosco*. A cura di A. Amadei (Turín 1935), 2 vols.
G. B. Lemoyne-R. Fierro, *Vida de San Juan Bosco* (Madrid 1957).
C. Ortuzar, *Don Bosco. Amenos y preciosos documentos sobre su santa vida y admirables obras* (Barcelona 1890).
C. Salotti, *Il Santo Giovanni Bosco* (Turín ⁵1950).
L. C. Sheppard, *Don Bosco* (Barcelona 1959).
L. von Matt, *Don Bosco*. Ilustraciones de... Texto H. Bosco (Madrid 1965).
H. Wast, *Las aventuras de don Bosco* (Burgos 1952), 2 vols.

5. Estudios (cf. también introd. de la segunda parte: *Pedagogía*)

R. Alberdi, *Una ciudad para un Santo. Los orígenes de la obra salesiana en Barcelona* (Barcelona 1966).
P. Bargellini, *El Santo del trabajo* (Madrid 1961).
M. Bargoni, *La madre de don Bosco* (Madrid 1956).
G. B. Borino, *Don Bosco. Sei scritti e un modo di vederlo* (Turín 1938).
S. Caselle, *Cascinali e contadini in Monferrato. I Bosco di Chieri nel secolo XVIII*. Introd. P. Stella (Roma 1974).
A. Caviglia, *Don Bosco. Profilo storico* (Turín 1934).
E. Ceria, *Don Bosco con Dios* (Barcelona ²1956).
F. Crispolti, *Don Bosco* (Turín 1911).
Don Bosco nell'augusta parola dei Papi (Turín 1966).
L. Deambrogio, *Le passeggiate autunnali di don Bosco per i colli monferrini* (Castelnuovo Don Bosco 1975).
G. Favini, *Virtù e glorie di san Giovanni Bosco esaltato da Pio XI, cardinali, vescovi e vari oratori* (Turín 1934).
Joergensen-Huysmans-Coppee, *Don Bosco. Trittico* (Turín 1929).
G. B. Lemoyne, *Historia amena y edificante de la vida de Margarita Bosco* (Barcelona 1889).
M. Midali, *Spiritualità dell'azione. Contributo per un approfondimento*. A cura di... (Roma 1977).
C. Pera, *I doni dello Spirito Santo nell'anima del Beato Giovanni Bosco* (Turín 1930).
M. Spinola, obispo de Milo, *Don Bosco y su obra* (Barcelona 1884). En apéndice, tres artículos de Félix Sardá y Salvany.
E. Valentini, *La spiritualità salesiana di Don Bosco:* Estado actual de los estudios de teología espiritual (Barcelona 1957) p.531-571.
F. Villanueva-R. Fierro, *Los sueños de Don Bosco* (Madrid 1958).

6. La obra de don Bosco

Don Bosco en el mundo (Turín 1965). Anuario estadístico con varios estudios divulgativos.
L. Castano, *Santità salesiana. Profili dei santi e servi di Dio della Famiglia di San Giovanni Bosco* (Turín 1966).

M. WIRTH, *Don Bosco y los salesianos. Ciento cincuenta años de historia* (Barcelona 1971). Síntesis breve y concienzuda, acompañada de buena bibliografía, en solas 418 págs.

E. CERIA, *Annali della Società Salesiana* (Turín 1941-1951), 4 vols. Amplia historia de la Congregación, de cerca de 3.000 págs., que alcanza hasta 1921. El primer volumen es una excelente aproximación a cada una de las actividades de don Bosco hasta su muerte.

Colloqui sulla vita salesiana. En los volúmenes de esta colección se recogen estudios científicos de un grupo de expertos que suelen reunirse anualmente para profundizar sobre un tema determinado:

1. *La vita di preghiera del religioso salesiano* (Turín 1969).
2. *La missione salesiana nella Chiesa* (Turín 1970).
3. *Il servizio salesiano ai giovani* (Turín 1971).
4. *La comunità salesiana* (Turín 1973).
5. *La Famiglia Salesiana* (Turín 1974).
6. *Il Cooperatore nella società contemporanea* (Turín 1975).
7. *L'impegno della Famiglia Salesiana per la giustizia* (Turín 1976).
8. *La comunicazione e la Famiglia Salesiana* (Turín 1977).

ABREVIATURAS

DB	=	don Bosco.
MB	=	*Memorie Biografiche (Bibliografía* 2.5).
Orat.	=	Oratorio.
SFSales	=	San Francisco de Sales.
PSSalesiana	=	Pía Sociedad Salesiana.
Soc.	=	Sociedad.
Bol.Sales	=	*Boletín Salesiano (Bibliografía* 2.3).
Cap.Gral	=	Capítulo General.
Congr	=	Congregación.
HMA	=	Hijas de María Auxiliadora (Salesianas).
Coops	=	Cooperadores Salesianos.
A.Alumnos	=	Antiguos Alumnos o Ex alumnos.
María Aux	=	María Auxiliadora.
SJEvang	=	San Juan Evangelista (iglesia edificada por DB en Turín).
Card	=	cardenal.
Arzob	=	arzobispo.
Mons	=	monseñor.
apco	=	apostólico.
sdo, sda	=	sagrado, sagrada.
E.Espir	=	Ejercicios espirituales.
NdA	=	Nota del autor.
NdE	=	Nota del editor.
vol. c. p. n. s.	=	volumen, capítulo, página, número, siguiente.
l.c.	=	lugar citado.
MO	=	*Memorias del Oratorio.*
Epistolario	=	E. CERIA, *Epistolario di San Giovanni Bosco* (Turín 1956-1959), 4 vols.
Annali	=	E. CERIA, *Annali della Società Salesiana* (Turín 1941-1951), 4 vols.
Const	=	Constituciones (o Reglas de un instituto religioso).
Lect.Cat	=	*Lecturas Católicas* (cf. p.818).
Stella 1,987	=	P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica (Bibliografía* 2.6) vol.1 p.987.
Caviglia	=	A. CAVIGLIA, *Studio* «*Savio Domenico e Don Bosco*» (cf. *Bibliografía* 3).
SP	=	Sumario del proceso... sobre... Domingo Savio.
Savio 15	=	*Biografía de Domingo Savio* capítulo 15, según la edición que publicamos. De igual manera abreviaremos las citas de los capítulos de las biografías de *Comollo, Magone* y *Besucco.*



CRONOLOGIA DE SAN JUAN BOSCO

Consideramos este trabajo nuevo e interesante.

Nuevo, porque la cronología más extensa que conocemos es un apéndice de nueve páginas, extraído de la biografía redactada por don Lemoyne en dos volúmenes, que se halla al final de la obra de G. FAVINI, *Virtù e glorie di San Giovanni Bosco* (Turín 1934). Otras que conocemos, incluido el índice de las *Memorias biográficas*, no pasan de cuatro páginas. En la obra *Con Don Bosco ogni giorno. Calendario Salesiano* (Turín 1961) se sitúan los hechos de don Bosco y su gran familia, de cualquier año que sean, sobre una agenda de conmemoraciones anuales.

Aquí hemos intentado colocar en la línea histórica, año por año, mes por mes, día a día, una lista apretada de hechos y publicaciones del santo, en cuanto se podían fechar exacta o aproximadamente. Cada noticia queda ambientada por las que le caen cercanas. Resultado final: el lector tiene a mano aquí una verdadera y útil biografía telegráfica del santo.

Entre los años 1846 y 1860, al final de cada uno, se indica el número de internos de la Casa del Oratorio. No se consigna ya posteriormente porque se estabilizan en unos 650. Los datos difícilmente son exactos, dadas las divergencias en la documentación de que se dispone; pero, en todo caso, son un índice más de la agobiante actividad del santo. También damos, desde 1859, el número de profesos salesianos, de acuerdo con las últimas investigaciones.

El número de cartas publicadas en el *Epistolario* y los libros y opúsculos editados cada año, según el índice de la edición anastática, dan fe de su trabajo de escritor.

Estas páginas son, en su mayor parte, compendio del paciente trabajo del P. Joan Santaculària Guitart, S. D. B., que ha extraído exhaustivamente las referencias fechadas contenidas en los 19 volúmenes de las *Memorias biográficas* de San Juan Bosco, las ha ordenado y las ha recogido en 453 folios mecanografiados. Cada referencia suele ocupar dos líneas con este contenido: fecha, lugar, asunto y cita de las MB. Se han inventariado unas 10.000 referencias.

En lo que respecta a la juventud del santo, se han rectificado las fechas de acuerdo con las investigaciones de Klein, Mo-

lineris y Stella. Las pocas modificaciones de fechas posteriores proceden de otras obras que citamos en la *Bibliografía*.

Hemos intentado concentrar las referencias. En concreto: proyectos de obras o de viajes, subvenciones, empréstitos, rifas, compraventas, etc., suelen ir respaldados por abundante correspondencia; pero nosotros nos limitamos al hecho principal.

Después de haberlas reseñado por primera vez, y salvo los casos en que se dan hechos o personajes relevantes, dejamos de mencionar las fiestas habituales, como la de San F. de Sales, catequesis cuaresmales y de Pascua, fiesta de San Luis, de la Inmaculada, Navidad... Recordamos, en cambio, año por año, los ejercicios de DB en Lanzo y su estancia en I Becchi para la fiesta del Rosario, ya que intentamos recoger todos sus desplazamientos, aunque algunas veces sólo en forma esquemática, en obsequio a la brevedad.

En cuanto al contenido, hemos preferido las noticias más concretas en su gran variedad y hemos querido evitar la mención de milagros parecidos, reiterados anuncios de muertes, etc. Anotamos buena parte de los sueños, designándolos simplemente por la imagen más característica del relato, aunque esta escueta mención resulte un poco chocante alguna vez.

No hemos silenciado los momentos más destacados de las divergencias vividas con el al principio gran amigo suyo Mons. Gastaldi, divergencias nacidas a partir del momento mismo en que, a propuesta de DB, Mons. Gastaldi fue nombrado por Pío IX arzobispo de Turín (septiembre 1871). Los frecuentes roces habidos a lo largo de once años (Monseñor murió en marzo de 1883) fueron quizá la prueba más dura sufrida por el santo en toda su vida. En 1882 Mons. Gastaldi y don Bosco se avinieron al arreglo amistoso decidido por la Santa Sede. Esclarecer la heroica virtud del santo en estas divergencias prolongó el proceso de beatificación (cf. año 1922) y retrasó la publicación del volumen X de las MB, en el que se narran estas dificultades (cf. mayo 1891), hasta después de la aparición del XIX y último tomo de las mismas.

Advertimos, finalmente, que nuestro libro trata simplemente de presentar los escritos de un santo que, antes que nada, fue un hombre de acción. Para percatarse bien de lo que supuso en DB la actividad apostólica, aconsejamos al lector que recorra, siquiera someramente, las páginas que siguen, sobre todo desde 1870 a su muerte, en 1888. Así entenderá también por qué hemos consignado al final de cada año las obras que publi-

có durante él, porque las consideramos como una faceta más de su enorme dinamismo.

Nos adelantamos a pedir excusa de los errores que, a pesar del esfuerzo dedicado, puedan hallarse entre tantos datos. Agradeceremos nos sean señalados por los lectores para eventuales correcciones.

Bibliografía

J. SANTAEULARIA, *Referències cronològiques* de les *Memorie Biografiche* di san Giovanni Bosco. 453 folios mecanografiados (Sabadell 1974-77).
J. KLEIN-E. VALENTINI, *Una rettificazione cronologica delle Memorie di San Giovanni Bosco:* Salesianum 17 (1955) 581-610.
M. MOLINERIS, *Don Bosco inedito* (Colle Don Bosco 1974).
ID., *Vita episodica di don Bosco* (Colle Don Bosco 1974).
F. GIRAUDI, *L'Oratorio di Don Bosco. Inizio e progressivo sviluppo edilizio della Casa Madre dei Salesiani di Torino* (Turín ²1935).
ID., *Il Santuario di Maria Ausiliatrice, chiesa madre dei Salesiani di Don Bosco in Torino* (Turín 1948).
Dati statistici sull'evoluzione nel tempo e sulla situazione attuale dei salesiani e delle loro opere (Roma 1971).

(MB1) (= lo que sigue es tema del vol. 1 de las *Memorias Biográficas*. Cf. Bibliografía 2.5).

1774. Febrero 4: Nace en Castelnuovo Francisco Bosco, padre del santo.

1778. Abril 1: Nace en Capriglio Margarita Occhiena, madre del santo.

1805: Primeras nupcias de Francisco Bosco con Margarita Cagliero, nacida en 1773.

1808. Febrero 3: Nace Antonio, hermanastro del santo.

1811. Febrero 2: Muere Margarita Cagliero.

1812. Junio 6: Segundas nupcias de Francisco Bosco, con Margarita Occhiena.

1813. Abril 8: Nace José, hermano del santo.

1815. Agosto 16: Nace Juan Bosco, el futuro santo. En I Becchi, caserío de Murialdo, aldea de Castelnuovo de Asti, que desde el 14 de febrero de 1930 se llamará Castelnuovo don Bosco. Es bautizado al día siguiente por don José Festa, recibiendo los nombres de Juan y Melchor.

1817. Mayo 11: Muere Francisco Bosco, dejando a su madre (Margarita Zucca, nacida en 1752) y a sus tres hijos al cuidado de la viuda, Margarita Occhiena.

1812: Juanito Bosco pastorea la vaca en I Becchi; cambia el pan con Segundo Matta.

1823: Aprende, de un payés, a deletrear.

1824. Noviembre 3: Va a Capriglio a recibir clase de don José Lacqua, sacerdote, cuya ama de llaves es Mariana (= Juana María) Occhiena, tía del santo.

1825. Diez años

Reúne a sus compañeros en el prado para darles catecismo. ¿Tras la fiesta de San Pedro? *Sueño de los nueve-diez años.—Noviembre:* Asistencia irregular a las clases de Capriglio.

1826. Febrero 8: Empieza la catequesis parroquial.—*11:* Muere la abuela paterna, Margarita Zucca.—*Marzo 26:* Pascua. *Primera comunión.*—*Abril :* Misión del año santo. Imposible en esta fecha el encuentro con don Calosso (cf. 5/11/1829).—*Mayo:* Por primera vez habla de vocación.—*Octubre 3:* Muere don José Sismondo, párroco de Castelnuovo.—*Invierno:* En Serra de Buttigliera sirve en la vaquería de Cámpora a un amo llamado Turco.

1827. Julio: Don Bartolomé Dassano, nuevo párroco de Castelnuovo.—*Verano:* En Murialdo, dos veces, interrumpe un baile público.

1828. Febrero: A sus doce años y medio es admitido como peón labrador en la casa Moglia, de Moncucco, hasta noviembre de 1829.—*Invierno:* Lecciones de don Francisco Cottino, párroco de Moncucco. Luis Moglia va aumentando la paga a Juan.—*Diciembre:* Mercado en Chieri. Juan vuelve, por poco tiempo, a I Becchi.

1829. Septiembre: Don Nicolás Moglia, hermano de Luis, le da clase en vacaciones. Juan Calosso, de sesenta y nueve años, capellán de Murialdo.—*Octubre 31:* El tío Miguel Occhiena le hace volver a I Becchi.—*Noviembre 5:* Juan se encuentra con don Calosso.—*9:* Domingo. La madre habla y llega a un acuerdo con el sacerdote.—*10:* Juan empieza la gramática italiana con don Calosso.—*Navidades:* Juan empieza a estudiar latín.

1830. Quince años

Marzo: Ante la insistencia de Antonio, Juan trabaja en el campo.—*Abril 11:* Pascua. Juan empieza a traducir del latín y a estar la jornada entera con don Calosso.—*Septiembre:* Juan duerme también en la casa de don Calosso.—*Octubre?:* Primer encuentro con el seminarista José Cafasso (1811-1860).—*Noviembre 21:* Muere don Calosso.—*Diciembre:* Breve estancia en Capriglio. División definitiva de los bienes paternos. Juan vuelve a la casa que habitan su madre y su hermano José.

1831: Frecuenta la escuela pública de Castelnuovo y reside en casa de Juan Roberto, sastre y músico. Son sus maestros el vicario Manuel Virano, que en abril es cambiado, y su sustituto, don Nicolás Moglia, de setenta y cinco años, con prevenciones contra Juan.—*Marzo 23:* Antonio se casa con Ana Rosso, de quien tendrá siete hijos, tres con descendencia.—*Abril:* Aprende de herrero en el taller de Evasio Savio.—*Primer semestre:* Sueño de los dieciséis años.—*Vacaciones:* Don Dassano procura que el vicario Ropolo le dé repaso. Juan cuidará su caballo, llegando a hacer verdaderas acrobacias sobre él. Guarda la viña del señor Turco, a quien cuenta un sueño profético.—*Octubre 16:* Gana la cucaña en Montafia.—*Noviembre 3:* Empieza a asistir a la escuela pública de Chieri. Cuando iba, explicó a Juan Filipello: «Estudiaré para sacerdote, pero no seré párroco». Pasa por tres grados en un solo curso, teniendo por profesores a Pugnetti, Valimberti y Vicente Cima. Dos veces sueña el ejercicio escolar que le pondrán. Reside en casa de Lucía Pianta, viuda de Matta. Son sus amigos Braja y Garigliano.

1832. Enero: Sorprendido en clase sin texto, recita *Nepote* de memoria.—*Abril 1:* Mons. Fransoni, nuevo arzobispo, entra en Turín.—*Noviembre:* Pasa en un año dos cursos de latinidad. Profesores: Jacinto Giusiana y Pedro Banaudi. *Sociedad de la Alegría.*

1833. Mayo 9: Su hermano José casa con Dominga Febbraro, de quien tendrá diez hijos, cuatro con descendencia.—*Agosto 4:* Es confirmado en Buttigliera de Astí.—*Septiembre 21:* Ordenación sacerdotal de José Ca-

fasso y primera misa del mismo en Castelnuovo.—*Noviembre:* Empieza el curso de humanidades con don Banaudi (muerto en Turín en 1885). Reside como mozo en el café de Juan Pianta. José Blanchard (1818-93) le da la comida que le falta. Son sus amigos Luis Comollo y el judío Jonás (bautizado el 10/8/1834).

1834: Desafío público con un saltimbanqui en Chieri.—*Abril 18:* Pide ingresar en los franciscanos de Turín.—*28:* Se le admite por unanimidad, pero un sueño y varias consultas le disuaden de ingresar.—*Junio 28:* Excursión de los alumnos con el profesor Banaudi. Se ahoga un compañero. *Noviembre:* Curso de retórica. Su profesor se llama, como él, Juan Bosco. Empieza a residir con Tomás Cumino, sastre, quien provoca una «inquisición» sobre su «magia».

1835. Veinte años

Pascua: Va a Pinerolo con su amigo Aníbal Strambio.—*Octubre 25:* Viste en Castelnuovo la sotana clerical.—*30: Ingresa en el seminario de Chieri:* primero de filosofía.—*Noviembre:* Sueña coser vestidos rotos: tratará con muchachos abandonados.

1836. Verano: En Montaldo da repaso de griego a alumnos de los padres jesuitas.—*Noviembre:* Empieza segundo de filosofía. Reencuentro con Comollo, que empieza el seminario.

1837: La lectura del *De imitatione Christi* le lleva a un mayor aprecio de los autores cristianos.—*Verano:* Visita en Cinzano al tío abuelo de Comollo, sacerdote.—*Agosto 24:* En una fiesta le ofrecen un violín para que lo toque. La gente baila y él, al llegar a casa, rompe su violín. Esto sucedió en Crivelle.—*Octubre 7:* Predica en Alfiano sobre el rosario: es su primer sermón.—*Noviembre:* Empieza primero de teología.

1838. Verano: Luis Comollo le anuncia en Cinzano su próxima muerte, y se desplaza un día a 1 Becchi. Juan Bosco en Pecetto improvisa una homilía. Nueva improvisación el 16 de agosto, en honor de San Roque, en Cinzano.—*Noviembre:* Empieza segundo de teología.

1839. Cuaresma: Ejercicios espirituales que predica el teólogo Juan Borel, que será su gran colaborador en la época heroica de su Oratorio de Turín.—*Abril 2: Muere Luis Comollo,* y el 4 se le aparece en un dormitorio general.—Grave enfermedad.—*Noviembre:* Empieza tercero de teología.

1840. Veinticinco años

Marzo 25: Recibe la tonsura y las cuatro órdenes menores.—*Mayo 5:* Bautizo de un hijo de los Moglia. Anuncia a Dorotea Moglia que llegará a noventa años (alcanzó los noventa y uno).—*Junio:* Compone un himno en honor de don Antonio Cinzano, párroco de Castelnuovo. Fin del curso escolar: le cae un rayo muy cerca. Cursa cuarto de teología en vacaciones. *Julio 26:* En Aramengo, sermón sobre Santa Ana.—*Agosto 24:* En Castelnuovo, sermón sobre San Bartolomé.—*Septiembre 19:* Recibe el subdiaconado.—*Octubre 7:* En Avigliana predica sobre el rosario. Excursión con Francisco Giacomelli a Sagra San Miguel y ayuda en la fiesta de Bardella. *Noviembre:* Empieza el último año de teología.

1841. Marzo 27: Recibe el diaconado.—*Mayo 18:* Ultimo examen con un «plus quam optime».—*Mayo 26:* Empieza ejercicios en la Casa de la Misión de Turín.—*Junio 5: Es ordenado de sacerdote* por Mons. Fran-

soni en la capilla del palacio episcopal.—*10:* Corpus. Misa solemne en Castelnuovo, donde ejerce el ministerio unos meses.—*Octubre:* Cabalgando hacia Lavriano, sufre una caída.—*Noviembre 3: Ingresa en el Colegio Eclesiástico de Turín,* dirigido por don Guala y don Cafasso.—*Diciembre 8:* Fiesta de la Inmaculada. En la iglesia del colegio de San Francisco de Asís, encuentro con Bartolomé Garelli, *empieza su Oratorio.*

1842 (MB2)

Visita la obra del Cottolengo, quien, profetizándole su misión, le desea una sotana más recia. Acude a las cárceles y constata los efectos del abandono de la juventud.—*Marzo 25:* Sus chicos, unos treinta, entonan en público cantos a María. Entre ellos Carlos Buzzetti, que desde 1860 será su empresario constructor, y José Brosio, apodado el «bersagliere».—*29:* Tras las catequesis cuaresmales en las cárceles, comunión general de presos.—*Abril:* Empieza a redactar sermones para tandas de ejercicios.—*30:* Muere el gran apóstol de la beneficencia en Turín, San José Cottolengo.—*Junio 7:* Hace ejercicios espirituales en Lanzo, dirigido por don Cafasso.—*9:* Predica un retiro a las «Orfanelle».—*Noviembre:* Examen para licencias provisionales de confesión.—*Diciembre:* Predica en Cinzano una semana sobre el jubileo. Redacta unos propósitos sobre cómo confesará. Sus oratorianos, que oscilan entre 30 y 80, estrenan un villancico suyo, con letra de su amigo Silvio Pellico.—*Este año:* Da pasos para partir a misiones, pero es disuadido por el que es su confesor, San José Cafasso.

1843. Abril 16: Escribe unas extensas notas biográficas sobre su compañero de seminario José Burzio (cf. *Epistolario* 1,5-10).—*Junio 10:* Recibe las licencias definitivas de confesión.—*Julio:* Auxiliar de don Cafasso en los ejercicios a seglares en Lanzo.—*Octubre:* Fiesta del Rosario en I Becchi.—*Noviembre:* Empieza el tercer año del Colegio Eclesiástico. Ejerce el ministerio en la propia iglesia de San Francisco de Asís, en las cárceles, en los internados de la marquesa Barolo y en el Cottolengo, entre los alumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y en tandas de ejercicios.

1844. Julio: Hace ejercicios y queda indeciso sobre su futuro ministerio.—*29:* El señor Allamano ve en DB buenas cualidades para preceptor.—*Agosto 31:* Advierte proféticamente a la esposa del embajador de Portugal un peligro que se le presentará en el viaje.—*Septiembre:* Confiesa a un cochero que blasfemaba.—*Octubre:* Novena del Rosario en I Becchi.—*31:* Sueña una iglesia grande (María Auxiliadora).—*20:* Empieza el Oratorio en el «Refugio» de la marquesa de Barolo.—*Noviembre 1:* Los locales asignados son insuficientes para el número de sus oratorianos. *Diciembre 6:* Mons. Fransoni le faculta para transformar los locales en capilla.—*25:* Comunión general. Los oratorianos oscilan entre 80 y 200.—*Este año:* Cura al amigo Turco de Montafia con pastillas de azúcar y harina, añadiendo el rezo de la salve, receta que aplicaba en el seminario.

PRIMERA OBRA PUBLICADA: *Rasgos históricos... del clérigo Luis Comollo.*

1845. Treinta años

Cuaresma: Hasta el 23 de marzo, para el catecismo, reúne a sus oratorianos en San Pedro *ad Vincula,* adonde volverá una sola vez, el 25 de mayo, pues el 31 le llegará una prohibición absoluta.—*Abril 18:* Gregorio XVI, pontífice reinante, concede indulgencias a los promotores del

Oratorio. Algunas más el 28 de mayo.—*Junio:* Se empieza a solemnizar la fiesta de San Luis Gonzaga.

Julio 13: Ultima misa en el «Refugio». Llevará a sus oratorianos a los Molinos Dora. Ejercicios en San Ignacio. Nuevo sueño sobre su misión. *Agosto 10:* Se inaugura el *pequeño hospital* de la marquesa Barolo. Empieza a frecuentar el Oratorio Miguel Rua, que será su vicario y sucesor (nacido el 9 de junio de 1837).—*Noviembre 18:* Le prohíben hacer Oratorio en Molinos Dora. Alquila tres habitaciones en Casa Moretta, donde funcionarán escuelas nocturnas para unos 200 alumnos.—*Diciembre:* Celebra las Navidades en el Refugio; los encuentros festivos se celebran en plan itinerante, donde se puede.

OBRAS PUBLICADAS: *El devoto del Angel Custodio, Historia eclesiástica para uso de las escuelas.*

1846: Reunión de sacerdotes para cuestionar los encuentros dominicales del santo.—*Enero 3:* Se encuentra delicado.—*Marzo 2:* Le echan, con sus chicos, de Casa Moretta; es vigilado por municipales. Sus 300-400 jóvenes se concentran en el prado de los hermanos Filippi, de donde sale cada domingo a iglesias distintas: Superga, Capuchinos, Sassi..., como en excursión, por no tener donde cobijarlos. Le consideran loco e intentan internarlo.—*28:* Le llama el marqués de Cavour, que le pone dificultades, como responsable del orden público de la ciudad. Tienen un coloquio el 30, pero el rey Carlos Alberto, por medio del conde Provana de Collegno, detiene la decisión de suprimir los encuentros dominicales.—*Abril 5:* Domingo de Ramos. Es el último día en que puede usar el prado Filippi. Por la tarde, un tal Pancracio Soave le lleva a ver el cobertizo Pinardi (donde con el tiempo se alzará la casa-madre).—*10:* Viernes Santo. Monseñor Fransoni faculta que se erija en capilla el cobertizo, alquilado, de Pinardi.—*Abril 12:* Pascua. *Inauguración de la sede definitiva del Oratorio* en el cobertizo (de 20 × 6 m.) Pinardi, bendecido como capilla el día 13 por el teólogo Borel.—*Mayo 18:* Ultimátum de la marquesa Barolo: o deja el Oratorio, o deja la obra del Refugio. Enfermo de bronquios, se retira a Sassi donde es buscado para confesar al final de una tanda de ejercicios por los alumnos de las EE. CC.—*Junio 5:* Realquila a Pancracio Soave tres habitaciones de la casa del señor Pinardi, a la que estaba adosado el cobertizo-capilla. Es enviado por Mons. Fransoni a investigar sobre una presunta santa al pueblo de Viù.—*16:* Sube al solio pontificio el que será su gran bienhechor, Pío IX.

Julio: Cae enfermo. Votos de sus chicos para salvarlo de la muerte.—*Agosto:* Va a reponerse durante unos tres meses a I Becchi, desde donde se cartea con el teólogo Borel.—*Septiembre:* Excursión a Ponzano para visitar a don Lacqua.—*Noviembre 3: Con su madre se traslada,* haciendo unos 30 kilómetros a pie, *definitivamente, a Valdocco,* un gran gesto de aquella mujer, que será llamada de todos Mamá Margarita.—*8:* Se reanuda con entusiasmo el oratorio dominical. Se estrena una campana, regalo del teólogo Juan Vola.—*Diciembre 1:* Toma en realquiler a Pancracio Soave toda la casa del señor Pinardi y el patio contiguo, firmando con el teólogo Borel. Este año, los oratorianos se acercan a los cuatrocientos. Asiste a una pena capital en Alessandría. Se le aparece Comollo. Queda ciego un chico llamado Botta, que en Porta Palazzo se oponía a su predicación; pero al confesarse recupera la vista. Cura un dolor de muelas con la sola bendición.

1847 (MB3)

Demostración catequística pública de sus jóvenes.—*Febrero 2:* Los jóvenes, celebrado el carnaval, empiezan los catecismos cuaresmales, con recelo de los párrocos.—*Marzo 30:* Mons. Fransoni faculta a DB para admitir a la comunión y a la confirmación; ha de avisar, después, a las parroquias.—*Abril 1:* Jueves Santo: se erige el Viacrucis en el Oratorio, autorizado el 11/11/1846.—*11:* Premios de los catecismos cuaresmales.—*18:* Premios a la catequesis de todo el curso. Fracasaron este mes algunos intentos de acoger por la noche a jóvenes.—*Mayo:* Primera tanda de ejercicios a 20 chicos en el Oratorio. Primer acogido como interno en la «casa del Oratorio».—*21:* Primera aceptación de socios en la Compañía de San Luis, aprobada por Mons. Fransoni el 12 de abril.—*Junio:* Manifestaciones políticas; DB: no gritéis «Viva Pío IX, sino viva el Papa». *29:* Fiesta externa de San Luis. Mons. Fransoni administra la confirmación en el Oratorio a 300 jóvenes.

Julio: Compra un acordeón para sostener el canto. Ejercicios espirituales en Lanzo: se conservan sus propósitos.—*Septiembre 2:* Compra una estatua de la Consolata. Se niega a participar en manifestaciones políticas. Organiza alguna procesión entre los jóvenes.—*Octubre 2:* Paseo de todos los oratorianos a Superga. Ida de DB de vacaciones a I Becchi. Visita el Instituto de la Caridad en Stresa, desde donde ve (milagrosamente) fallos en la marcha de su Oratorio. No halla a Rosmini, fundador del Instituto de la Caridad.—*23 y 29:* Don Palazzolo y don Ponte van a convivir con DB.—*Noviembre:* Alejandro Pescarmona, de Castelnuovo, es el primer estudiante residente en el Oratorio.—*5:* Compra un armonio viejo para la capilla: *schola cantorum.—Diciembre:* Inauguración del *segundo oratorio: San Luis,* en Portanuova, confirmado por decreto diocesano del día 18. Una tormenta brevísima ayuda a DB a conseguir que le rebajen mucho el alquiler de los locales de dicho oratorio. Fue encargado de este oratorio desde 1857 a 1865 San Leonardo Murialdo.—*Este año* tiene el sueño del emparrado de rosas. Empieza a escribir el reglamento del Oratorio y, en los últimos meses, habla por la tarde con Mons. Fransoni sobre la situación político-religiosa. Los internos no pasan de dos, aunque en algún documento se hable de siete.

OBRAS PUBLICADAS: *Ejercicio de devoción a la misericordia de Dios, El joven instruido... en sus deberes... de piedad cristiana, Historia sagrada para uso de las escuelas.*

1848, Enero 1: Entra Carlos Gastini, antes aprendiz de barbero, que residirá en el Oratorio hasta octubre de 1857. Ya casado, fundará en 1870 la unión de A. Alumnos. DB le profetizó que llegaría a los setenta años.—*Febrero 17:* Decreto de emancipación de los valdenses.—*Marzo 4:* Carlos Alberto firma el estatuto liberal. Grandes manifestaciones antes y después. DB se abstiene, y lo justifica ante Roberto D'Azeglio el 27 de febrero.—*9:* Compra la casa Moretta.—*10:* Inicia los viacrucis cuaresmales.—*13:* El hervor político vacía sus catecismos: DB se ingenia.—*29:* Mons. Fransoni va a Suiza a causa de los insultos del día 24, al salir de un tedéum por la expulsión de los austríacos de Milán. Un domingo por la tarde sufre un atentado de arcabuz.—*Abril 20:* Por primera vez DB lava los pies a doce jóvenes el jueves santo.—*23. Pascua:* Diálogo catequístico en público.—*Junio:* DB interviene con todo el Oratorio en la fiesta de la Consolata. En la procesión de San Luis, del Oratorio, participan Gustavo y Camilo Cavour.

Julio 4: Sale el diario católico *L'Armonia*, poco después del liberal *La Gazzetta del Popolo* (16 de junio). Los jóvenes hacen ejercicios espirituales en régimen de internado. Hay fiebre de guerra. DB no quiere intervenir en manifestaciones: escisión del equipo que le ayuda.—*Agosto 15:* Premios a los oratorianos; asiste el pedagogo Aporti. Ataques de la prensa izquierdista a DB, quien hace una visita al ministro Gioberti. *Septiembre 8:* DB, al dar la comunión a unos 600 chicos, multiplica prodigiosamente las formas (milagro que se repite en 1854, 64 y 85). A fin de mes predica en Corio.—*Octubre 8:* Don Cinzano bendice en I Becchi la capilla del Rosario (decreto del 27 de septiembre). Acompañan a DB 15 jóvenes. Este curso empiezan Reviglio, Ascanio Savio de Castelnuovo, seminarista, y José Brosio. Entre los jóvenes existe una opinión de que DB lee en las conciencias.—*Noviembre 23-25:* Pío IX escapa a Gaeta hasta el 12/4/1850.—*Diciembre 4:* Compra ante notario la casa Moretta (cf. 9 marzo).—*Este año* se cierra el seminario de Turín. El Oratorio suple las aulas del seminario. DB da clase de moral a varios sacerdotes. DB no acepta la propuesta de federarse con otros oratorios. Los internos son unos 15. Entre ellos, Carlos Gastini, que un día encuentra bajo la almohada un papelito: «¿Y si murieras esta noche?» Sufriendo DB un atentado, la bala le pasa entre brazo y pecho.

OBRA PUBLICADA: *El cristiano guiado a la virtud y civismo... según San Vicente de Paúl: Reflexiones para todos los días del mes de julio.*

1849: Se ha de colocar en el primer trimestre de este año la «resurrección» del joven Carlos, para confesarse, que DB recordó emocionado en la cuaresma de 1865.—*Enero 18:* Muere en Castelnuovo el hermanastro Antonio.—*Febrero 5:* Recibe del rey 200 liras, y 100 de los obispos. Organiza el periódico *L'Amico della Gioventù*. Por escasez de suscripciones, lo fusiona, a los ocho meses, con *L'Istitutore del Popolo*.—*Marzo 8:* Necesita dinero y vende parte de casa Moretta.—*25:* Colecta de 33 liras en el Oratorio para el papa, que está en Gaeta, y que son agradecidas por el nuncio el 2 de mayo.—*Abril:* Son cerrados los seminarios.—*1:* Contrato de alquiler de toda la casa Pinardi, por tres años.—*10:* Vende otra parte de casa Moretta.—*Mayo:* Demostración de sus jóvenes sobre historia sagrada.—*Junio 22:* Escritura legal del alquiler de toda la propiedad Pinardi. Firma el teólogo Borel; DB, sin solvencia económica, se limita a firmar como testigo.—*23:* Carlos Gastini y Félix Reviglio regalan a DB dos corazones de plata el día de su santo: así nace la clásica fiesta salesiana del director de la casa.

Julio: DB hace ejercicios espirituales y, además, organiza dos tandas en Moncalieri para sus jóvenes. Este verano adapta un extremo de casa Pinardi como teatro; y empieza a preparar a cuatro que desean ser sus colaboradores: Buzzetti, Gastini, Bellia y Reviglio, con los que en septiembre va a I Becchi, en cuyas cercanías sufre un atraco de un antiguo oratoriano, que termina con la confesión. Va a Ranello, donde conoce a Angel Savio, que entrará el año siguiente en el Oratorio.—*Octubre 12:* Retorna a Turín.—*24:* Pasada la borrasca política, reapertura del *Oratorio del Angel Custodio*, que en 1866 pasó a la parroquia de Santa Julia, que entonces se creaba. Conflictos con pandillas de mozalbetes.—*Noviembre 4:* Domingo. Multiplicación de castañas, que alcanzan a unos 600 chicos.—*5:* Ingresa Carlos Tomatis, de veinte años. Residirá hasta 1871: alumno y profesor de dibujo, pintó la figura de Domingo Savio.—*18:* Don Giacomelli, que más tarde sería su confesor hasta la muerte, va a vivir con él durante dos años.—*Diciembre 16:* Domingo. Representación de la obra *Sistema métrico*. Anuncia ejercicios espirituales para jóvenes turineses,

que tendrán lugar en la iglesia de la Misericordia a partir del 22.—*Este año*, hacia el final, tenía unos 30 internos con incipiente reglamento; los jóvenes le vieron resplandeciente mientras predicaba (1850?). Sólo se conservan 23 de las cartas que el santo pudo escribir hasta estas fechas; la más antigua es de 1835.

OBRA PUBLICADA: *El sistema métrico decimal simplificado y las cuatro operaciones de aritmética.*

1850. Treinta y cinco años (MB4)

Enero: Una comisión gubernamental visita el Oratorio para entregarle un subsidio. Habla favorablemente al Senado Ignacio Pallavicini, así como los senadores Sclopis y el conde de Collegno, el 1 de marzo.—*26:* Monseñor Fransoni, expatriado, pasa a Pianezza, donde DB lo visita alguna vez.—*Febrero 18:* Empiezan los catecismos cuaresmales.—*Marzo 4:* El Oratorio no asiste a la manifestación del Estatuto.—*15:* Mons. Fransoni entra de nuevo en la ciudad.—*28-31:* Jueves santo y Pascua. DB y sus oratorianos cubren la salida de Mons. Fransoni de la catedral, frente a los que le silban.—*Abril 12:* Pío IX vuelve a Roma.—*Mayo 4:* Monseñor Fransoni, prisionero en la ciudadela hasta el 2 de junio.—*13:* Se establece en Turín la primera conferencia de San Vicente de Paúl, colaborando DB.—*Junio 1:* Vende parte del terreno de casa Moretta.—*20:* Gracias a un préstamo de Rosmini, compra el campo donde levantará la iglesia de María Auxiliadora en 1863.—*23:* El teólogo Cárpano compone en honor de DB el canto «Andiamo, compagni».

Julio: Funda la Sociedad de Mutuo Socorro, que en 1853 se fusionará con la Conferencia de San Vicente de Paúl.—*21:* Fiesta del reparto de rosarios recibidos del papa.—*Agosto 6-7:* Mons. Fransoni, confinado en Fenestrelle.—*14:* Mientras una manifestación se dirige contra el Oratorio, hay quien la detiene: «DB es amigo del pueblo».—*Septiembre:* Ejercicios espirituales para jóvenes.—*17:* Es recibido por Rosmini en Stresa. En el viaje convierte al cochero. Encuentro con el historiador Farini y con el literato Manzoni.—*28:* Favores de Roma a los colaboradores de DB. Mons. Fransoni, expatriado en Lyón, donde morirá el 26/3/1862. Varios jóvenes van con DB a I Becchi.—*Octubre 6:* En grave crisis económica por la guerra, DB vende algún terreno adquirido.—*26:* DB vuelve a Turín.—*Noviembre 4:* Ingresa, para vivir con DB, Angel Savio.—*28:* Va a Milán a predicar el jubileo: ausencia de dieciocho días.—*Diciembre 31:* Sueña el estado de las conciencias de sus chicos.—*Este año* los internos son unos 50, de los cuales 12 son estudiantes (entre ellos Miguel Rúa, ayudante en el Oratorio San Luis) que van a clase a casa del señor Bonzanino y de don Picco. Colabora con Mamá Margarita en los trabajos de la casa su hermana «Marianna». Este año DB reconcilia a un masón, el cual le entrega una lista. Dos individuos le atacan con un puñal en la plaza del Castillo. Se conservan nueve cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Sociedad de mutuo socorro, erigida en el Oratorio de San Francisco de Sales; La Iglesia católica, apostólica, romana es la verdadera Iglesia: Avisos a los católicos.*

1851: Habla a sus jóvenes del porvenir glorioso del Oratorio. Anuncia a don Cafasso: «No le quedan más de diez años de vida» (murió en 1860).—*Febrero 2:* Vestición clerical (facultada por Mons. Fransoni el 23/10) de José Buzzetti, Reviglio, Bellia y Gastini, que empiezan en seguida la filosofía.—*18:* Roma concede indulgencia plenaria a cada oratoriano el último domingo de mes.—*19:* Acta notarial de la compra de la Casa Pinardi (unos 4.000 m²); Rosmini le presta 20.000 liras y don Ca-

fasso le proporciona el resto, 10.000.—*Mayo:* Se ponen los fundamentos de la iglesia de San Francisco de Sales. Predica una semana en Pettinengo, volviendo por Biella y el santuario de Oropa.—*Junio 18:* Vende al señor Coriasco otra porción de casa Moretta.—*30:* El municipio aprueba los planos de la iglesia de San Francisco de Sales (28 × 12 m.).

Julio: Hace ejercicios espirituales en Lanzo.—*2:* Primera piedra de la iglesia. Presentes 500 jóvenes; aportaciones oficiales y de obispos.—*Octubre 2-10:* Dos subvenciones civiles de 10.000 y 1.000 liras.—*23:* Condonados los derechos de permiso de construcción.—*Noviembre 2:* Ha predicado sobre los difuntos, y vuelve de Castelnuovo con Juan Turchi y Juan Cagliero, que se sorprende de la pobreza de la casa de DB.—*20:* Vende otro trozo de terreno por falta de dinero. Contratos de trabajo a favor de sus jóvenes.—*Diciembre 9:* Autorización para organizar una rifa benéfica, la primera. En su vida organizará nueve grandes rifas.—*Este año* DB muestra el crucifijo a Mamá Margarita, desalentada por los estropicios de los chicos. Anuncia la muerte de un congregante de San Luis. Hay unos 30 internos. Se conservan 12 cartas.

1852: Se intenta socavar el apostolado de DB alejando de él a los chicos mayores.—*Enero 16:* Circular a favor de la rifa benéfica.—*Febrero 16:* Gustavo Cavour escribe a DB que se le condonarán los gastos postales.—*25:* Catecismos cuaresmales: forma sus propios catequistas.—*Marzo:* El municipio le presta un local para la exposición de los premios de la rifa, pero el rey mismo le paga el alquiler de 200 liras. La exposición se abre el 19.—*31: Decreto diocesano: DB es el único director de los tres oratorios:* de San Francisco de Sales, San Luis y Angel Custodio; el decreto fue autenticado el 12/5/1868.—*Abril 26:* Explota un polvorín cerca de Valdocco, según profetizó un año antes el alumno artesano Gabriel Fassio.—*Mayo 11:* La comisión de la rifa ofrece la mitad de los ingresos para la Obra del Cottolengo, afectada por la explosión.—*16:* Demostración pública de los progresos escolares de los oratorianos.—*22:* Bendición de la campana destinada a la iglesia de San Francisco de Sales.—*Junio 5:* Reunión con DB de unos doce de sus muchachos (Rúa, Francesia, Cagliero...), que convienen en reunirse al cabo de un año.—*20:* El párroco de Borgo Dora Agustín Gattino bendice la iglesia de S. F. de Sales.

Julio: El obispo de Biella visita el Oratorio. DB hace sus ejercicios anuales.—*12:* Proclamación de los premios de la lotería.—*Agosto:* Construcción del edificio para el internado.—*Septiembre:* Ejercicios en Giaveno de los jóvenes del Oratorio. Visita a monseñor Moreno, obispo de Ivrea, que el día 4 acepta el plan de DB de las *Lecturas católicas,* a iniciar en 1853.—*23:* Parte con algunos jóvenes a I Becchi.—*24:* Miguel Rúa va a vivir definitivamente al Oratorio.—*Octubre 3:* Vesticiones clericales en I Becchi: Rocchietti y Rúa.—*11:* La Orden de San Mauricio y Lázaro le entrega 500 liras. Le dejan los cuatro que recibieron la sotana el 2/2/1851: Gastini, por salud; otros dos se hacen oblatos, y un cuarto se retira también.—*Noviembre 4:* Camilo Cavour es nombrado presidente del Consejo de ministros.—*20:* Tres obreros quedan heridos al desplomarse los andamios.—*Diciembre 2:* Hundimiento del edificio en construcción, que estaba a punto de cubrir.—*17:* Permiso de Roma para leer libros prohibidos.—*Este año,* discusiones con protestantes, que serían muy frecuentes hasta 1855. Aparece por primera vez el misterioso perro Gris. Le defenderá en lo sucesivo en no pocos casos de peligro. Hay unos 36 internos.

1853. Enero 26: Acta notarial: Los únicos propietarios de la casa Pinardi son don Cafasso y don Bosco.—*Marzo:* Empiezan a publicarse

las *Lecturas católicas:* entregas mensuales de obras de divulgación religiosa en defensa de la verdad católica.—*21:* El municipio suspende la construcción del edificio por creerlo sin suficiente solidez; los trabajos proseguirán en mayo.—*Abril 12:* El periódico católico de Turín *L'Armonia* anuncia una nueva rifa de DB.—*Mayo 16:* DB va a San Vito con un grupo de cantores.—*Junio 26:* Preside la fiesta de San Luis Mons. Artico, obispo de Asti, perseguido.

Agosto: Discute con un valdense y otro desconocido; le amenazan por publicar las *Lecturas católicas*. Un día entra en el Oratorio un loco que quiere matar a DB.—*22:* Pasa unos días en Villastellone.—*Septiembre 20:* Visita en su torre al profesor Mateo Picco. Gana a una panda de mozalbetes que apedreaba a los transeúntes. Va con varios jóvenes a I Becchi: vestición de sotana de Francesia (este salesiano, que se distinguió en las letras, asistirá a la beatificación del fundador).—*Octubre 1:* Toma en alquiler la entera casa Bellezza, incluida la taberna Giardiniera. En enero siguiente conseguirá que la habiten buenos inquilinos (no la podrá adquirir hasta el 8/3/1884). En una reunión de sacerdotes anima a difundir las *Lecturas católicas*. Construida ya la mitad del nuevo edificio. Empieza a funcionar *el primer taller: la zapatería.*—*Noviembre:* Empieza a funcionar el *taller de sastrería.* En la taberna «Cuor d'Oro», atentado con castañas y vino envenenado. Otro atentado poco después a bastonazos. *1:* Un grupo de chicos en la plaza Manuel Filiberto aclama a DB.—*30:* Pío IX le agradece el envío de las *Lecturas católicas.*—*Diciembre 22:* Entra en el Oratorio Juan Anfossi, que llegará a ser canónigo.—*Este año,* Juan Turco, atacado de fiebre muy alta, invoca a San Luis, según el consejo de DB, y queda totalmente curado. Los internos llegan a 76. Se conservan 18 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Avisos a los católicos. El católico instruido en la religión: diálogo de un padre con sus hijos. Noticias históricas del milagro del Stmo. Sacramento en Turín: IV Centenario. Hechos contemporáneos expuestos en forma de diálogo. Drama: Una disputa entre un abogado y un ministro protestante. Vida infeliz de un nuevo apóstata.*

1854 (MB5)

Enero 26: Un grupo de jóvenes (Rocchietti, Artiglia, Cagliero y Rúa) se proponen *un ejercicio de caridad con DB,* hasta llegar a una promesa y voto: se llamarán *salesianos*. Un domingo, dos personajes, uno con pistola, le intiman a no publicar las *Lecturas Católicas.*—*Marzo:* Sueño de las veintidós lunas (cf. 24/12/1855).—*Abril 10:* Acta notarial de venta a los rosminianos de un campo (que después, en 1863, volvería a comprar para construir la iglesia de María Auxiliadora) a fin de pagar sus deudas. Un domingo, el ministro Urbano Rattazzi visita el Oratorio: conversación larga y útil, después de un sermón.—*Mayo 12-13:* Ayudas económicas de Rattazzi y del alcalde.—*24:* Extracción de los premios de la rifa benéfica.—*24-28:* Cuarenta Horas y octavario en el Oratorio. Empieza el *taller de encuadernación.* DB anuncia el cólera, que empieza el 30 de julio. Los jóvenes se ofrecen a ayudar: huyan del pecado y sean devotos de la Virgen.

Julio: Ejercicios en Lanzo, con Miguel Rúa. Cólera en Turín.—*Agosto 14:* Don Alasonatti entra en el Oratorio: será el brazo derecho de DB, como administrador del Oratorio, hasta su muerte (7/10/1865). Ya era sacerdote y se entregó con gran abnegación a las obras de DB. Grave enfermedad de Juan Cagliero. Visión profética de DB.—*Septiembre:* Entran en el internado varios huérfanos a consecuencia del cólera:

Pedro Enria, que será con los años el solícito enfermero de DB.—*Octubre:* Los alcaldes de Pinerolo y Turín agradecen la ayuda de los jóvenes de DB a las víctimas del cólera.—*29:* Entran nuevos alumnos: Domingo Savio entre ellos, que le había visitado en I Becchi el 2, y José Bongiovanni.—*Noviembre 2:* Pide permiso para una nueva rifa.—*13:* Ley de enseñanza Casati.—*22:* Vestición clerical de Juan Cagliero.—*28:* Decreto de confiscación de bienes eclesiásticos. Anuncia grandes funerales en la corte: el 12 y 20 de enero morirán la reina madre y la reina consorte; el 11 de febrero, un hermano del rey, y el 17 de mayo, un infante. El perro Gris le salva de dos hombres que intentan apresarle atándolo con una manta.—*Diciembre 8:* El Oratorio celebra la definición del dogma de la Inmaculada.—*Este año* viven en el Oratorio unas 115 personas: 35 estudiantes, unos 80 artesanos y varios seminaristas y colaboradores. Se conservan 19 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Conversión de una valdense: hecho contemporáneo. Colección de curiosos hechos contemporáneos. El jubileo y prácticas de devoción para visitar las iglesias.*

1855. Cuarenta años

Enero 23: Escribe al municipio pidiendo ayuda para los internos huérfanos del cólera.—*Febrero:* Predica en Villastellone un octavario.—*20:* El marqués Fassati paga a los oratorianos el desayuno al fin del carnaval. En la misa nadie se acerca a comulgar: surge en Domingo Savio la idea de organizar un grupo (futura compañía de la Inmaculada) para que el hecho no se repita.—*Marzo 7: L'Armonia* publica la conversión de jóvenes protestantes en el Oratorio.—*21:* El conde Cays, ejemplar abogado que moriría salesiano, acepta ser tesorero de una nueva rifa.—*25:* Miguel Rúa emite sus votos anuales en manos de DB.—*Abril:* Predica ejercicios a los presos de La Generala. Los acompaña sin vigilancia en una excursión a Stupinigi.—*Mayo 29:* A pesar de las cartas enviadas por DB, el rey firma la ley de supresión de conventos, aprobada el 2 de marzo.—*Junio 29:* La ley exige un título oficial para enseñar.—*30:* Muere en Stresa el conocido y discutido filósofo Antonio Rosmini, fundador del Instituto de la Caridad, amigo y bienhechor de DB.

Julio 11: Proclamación de los premios de la rifa. En Lanzo, ejercicios con algunos jóvenes.—*Agosto 14:* Don Alasonatti acepta, por disposición de DB, a un joven salido de la cárcel.—*27: L'Armonia* notifica que el 18 abjuraron en el Oratorio algunos protestantes. En Carraglio, DB descansa unos días en casa del conde Galleani d'Agliano.—*Octubre:* Con la *banda musical* (creada este año) y sus chicos va a I Becchi. Nuevos alumnos: Camilo Gavio, gran amigo de Domingo Savio. Francesia será el profesor de la tercera gimnasial en el Oratorio: el primer año en que se dan *clases a estudiantes* en el mismo internado.—*Diciembre 24:* Muere Segundo Gurgo, según anunció DB en marzo del año anterior: *primer alumno que muere* en el Oratorio. Gran impresión.—*29:* Muerte de Camilo Gavio.—*Este año* residen en la Casa del Oratorio unos 150 chicos, de los que 63 son estudiantes. Se conservan 30 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Manera fácil de aprender la historia sagrada. Conversaciones entre un abogado y un cura rural sobre la confesión. La fuerza de la buena educación. Curioso episodio contemporáneo. Vida de San Martín, obispo de Tours. Historia de Italia para la juventud.*

1856. Enero: En Varigi predica una difícil misión: quedaban seguidores de un tal Grignaschi.—*Febrero 22:* Roma le concede varias indulgencias plenarias.—*Marzo:* Emprende la construcción del segundo cuerpo

del edificio del internado: se derriba la casa Pinardi y trabajan Carlos y José Buzzetti.—*Abril 18, 19, 24:* Diálogo con el ingeniero valdense Prina-Carpani.—*Mayo 9:* El ministro Rattazzi le envía un subsidio de mil liras.—*11:* Se establecen en el Oratorio las Conferencias de San Vicente de Paúl.—*20:* Muere en Marmorito Juan Massaglia, amigo de Domingo Savio.—*Junio &:* Fundación (oficial) de la Compañía de la Inmaculada por Domingo Savio.—*15:* Regresa de Crimea el ejército piamontés, donde había antiguos alumnos del Oratorio.

Julio 14-25: Ejercicios espirituales de los jóvenes en Lanzo. La madrugada del último día cae un rayo en la habitación de DB. Sale ileso. Tedéum en Turín el 27.—*Agosto 22:* Se hunde el edificio en construcción por ser defectuosos los materiales.—*Septiembre 30:* Pide al ministro de la guerra ropa de invierno. Es atendido, y repite la instancia en años siguientes.—*Octubre:* Acaba la estructura del nuevo edificio del Oratorio. Empieza el nuevo curso impartiéndose en casa primera, segunda y tercera gimnasial. Se añaden a las clases, hasta 1859, los estudiantes del Cottolengo.—*Noviembre 11:* Entra en el Oratorio Francisco Cerruti: será con el tiempo miembro del Consejo Superior Salesiano.—*25:* Muere mamá Margarita: en los últimos diez años, habiendo dejado su casita, hijos y nietos, ha servido a los jóvenes pobres al lado de su hijo sacerdote. Empiezan también las clases diurnas de grado elemental para externos.—*Este año* se inicia el taller de *carpintería;* los internos se acercan a los 170. Se conservan 24 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *La llave del paraíso para la práctica de los deberes del buen cristiano. Vida de San Pancracio mártir; su santuario, en Pianezza. Vida de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles y primer Papa. Avisos a las jóvenes cristianas, de Mons. Strambi: Dorotea, modelo de virtud.*

1857. Enero 4: Constituye la comisión promotora de la rifa. Va a Génova a difundir las *Lecturas Católicas* y ponerse en contacto con la obra de don Montebruno.—*Marzo 2:* Los catecismos cuaresmales son diarios en los tres oratorios.—*9: Muere en Mondonio Domingo Savio.* Dejó el Oratorio el día 1.—*Mayo 16:* DB afirma: «La obediencia y la confianza en el director espiritual son la clave de la santidad de Savio».—*Junio 6:* Es ordenado sacerdote Félix Reviglio, formado por DB.—*26:* Visita del cardenal Gaude. Este mes DB convierte a un protestante en presencia de su pastor.—*22:* Muere en el Oratorio «Marianna» Occhiena.

Julio: Conversación con Rattazzi sobre la sociedad que DB pensaba fundar.—*6:* Extracción pública de los números de la rifa.—*13:* DB invita a Domingo Ruffino (más tarde será del Consejo Generalicio Salesiano) a vivir en el Oratorio.—*18:* Decreto ministerial: se precisan títulos para enseñar.—*26:* DB hace el catálogo de las obras que ha impreso hasta la fecha.—*Septiembre 7:* La Virgen revela al joven Zucca algunos avisos para personas del Oratorio. Vestición clerical de Juan Bonetti.—*Octubre 3:* Pío IX agradece a DB el obsequio de la *Historia de Italia.*—*5:* Desde I Becchi, los jóvenes van a visitar la tumba de Domingo Savio en Mondonio.—*6-7:* Retorna a Turín por Buttigliera, Andezeno y Chieri.—*Noviembre: Ingresa Miguel Magone.* Vestición clerical de Celestino Durando. DB asegura ante el municipio de Castelnuovo su derecho a votar. Predica durante diez días en Saliceto-Langhe.—*Diciembre 8:* Asiste con algunos jóvenes a la reunión general de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Se crea la Compañía del Stmo. Sacramento. A fin de año da a cada uno un aguinaldo espiritual.—*Este año* protege al sacerdote Thea de Ivrea, buscado por la autoridad civil. Es llamado a asistir a un ajusticiado que

revive breves horas. Los internos pasan algo de 200: 121 estudiantes, 78 artesanos, seminaristas. Se conservan 22 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Dos conferencias entre dos ministros protestantes y un sacerdote católico sobre el purgatorio y los sufragios. Vida de San Pablo Apóstol, Doctor de las gentes. Vida de los sumos pontífices santos Lino, Cleto y Clemente. Idem Anacleto, Evaristo y Alejandro I. Idem Sixto, Telesforo, Higinio, Pío I. Apéndice: el apologista San Justino. Vida de San Policarpo y su discípulo San Ireneo.*

1858 (MB6)

Enero 12: Hallándose sin dinero, manda rezar a los jóvenes y en la calle recibe la suma que necesitaba.—*Febrero 2:* Se organiza la Compañía del Pequeño Clero.—*12:* Entra en el Oratorio Santiago Costamagna (futuro misionero y obispo).—*18: DB sale para Roma* (viaje 1.º) con don Rúa. En Génova visita la obra de don Montebruno.—*20:* Livorno.—*21:* Civitavecchia. En Roma reside en casa del conde de Maistre. Visita a varios cardenales, iglesias y oratorios. Audiencias pontificias en *marzo 9* y *21* y en *abril 6:* el Papa le retorna las Constituciones con algunas anotaciones.—*16:* Regresa a Turín.—*26:* Los jóvenes empiezan sus ejercicios espirituales.—*Mayo 22:* Carta del cardenal vicario a favor de las *Lecturas Católicas.*—*Junio 24:* Merienda-obsequio del Papa en la fiesta de los tres oratorios.

Julio: DB hace ejercicios espirituales con don Cafasso.—*Septiembre:* Excursión de los jóvenes a la Madonna di Campagna.—*30:* A I Becchi con sus chicos para quince días.—*Octubre 15:* Pide a la Obra de San Pablo dos mil liras para arreglar la iglesia de S. F. de Sales.—*Diciembre 19:* Primera misa de José Rocchietti, el segundo oratoriano sacerdote. *31:* Anuncia una muerte.—*Este año* entra en el Oratorio Pablo Albera (que será su segundo sucesor). Bajo la iglesia de S. F. de Sales se construye un comedor para internos, que son unos 250. Se conservan 19 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Vida de los sumos pontífices santos Aniceto, Sotero, Eleuterio, Víctor y Ceferino. El mes de mayo, consagrado a María Inmaculada a uso del pueblo. Vademécum cristiano o avisos importantes para la propia salvación. Vida del sumo pontífice San Calixto I.*

1859. Enero 21: Muere Miguel Magone.—Marzo 11: Con la ayuda de don Cafasso devuelve 15.000 liras a los rosminianos.—*20:* Se crea la Compañía de San José entre los artesanos.—*Abril 20:* DB aconseja a Jacinto Mazzucco que encomiende sus ojos a Domingo Savio.—*Mayo:* Atiende en confesión a un grupo de soldados franceses.—*26:* Extracción de los números de la rifa. Este mes bendice un jardín: la plaga de insectos desaparece en un día.

Agosto: Ejercicios en Lanzo.—*30:* Come con la familia Cravosio y predice la vocación religiosa de una hija.—*31:* El rey le hace llegar una limosna. Este mes predicó en Cambiano.—*Octubre 1-2:* Fiestas del Rosario en I Becchi.—*3-13: Campamento volante de sus jóvenes.—15:* Visitan en Mondonio la tumba de Domingo Savio.—*16:* Regresan a Turín. Este mes anuncia a Domingo Ruffino los años que vivirá.—*Noviembre: Las cinco clases* de gimnasio, unos 200 alumnos, *todas ya en el Oratorio.—9:* Adhesión a Pío IX firmada por cuantos residen en el Oratorio.—*13:* Ley de educación Casati: Problemas para el Oratorio.—*Diciembre:* Tras el anuncio del día 9, *el 18, reunión para expresar la adhesión a la Sociedad Salesiana,* que empieza con 14 miembros.—*Este año* el número de internos llega a 320. Se conservan 21 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Vida del joven Domingo Savio, alumno del Oratorio de S. F. de Sales. Vida del sumo pontífice San Urbano I. Vidas de los sumos pontífices santos Ponciano, Antero y Fabián. La persecución de Decio y el pontificado de San Cornelio papa.*

1860. Cuarenta y cinco años

La masonería declara la guerra a DB. Le llaman la atención por sus profecías en el *Hombre de bien*, o almanaque de las *Lecturas Católicas*.—*Enero 7:* Pío IX, en un breve, anima a DB a seguir trabajando por la Iglesia.—*15:* Un joven hebreo es bautizado en el Oratorio.—*Febrero 13:* DB introduce el italiano en el habla familiar del Oratorio.—*Marzo 22:* El ministerio del Trabajo concede a DB billete gratuito por un año en ferrocarril.

Abril: Anuncia a Gastini: «Llegarás a setenta años».—*7:* DB prevé la muerte de algunos chicos.—*11:* Envía una carta con 710 firmas y con 163,4 liras al papa.—*25:* En privado, DB predice un hecho político y una muerte.—*Mayo 1-2:* Admisión de nuevos salesianos: Pablo Albera.—*6:* En Bérgamo predica al clero.—*18:* Predice al joven Ruffino el trabajo apostólico que le espera.—*21:* Visita al Card. Corsi, de Pisa, exiliado en Turín. Autógrafo de Pío IX, que agradece su fidelidad.—*24:* Públicamente predice la muerte de un joven. En el almanaque había impreso en esta fecha por primera vez: «Bienaventurada Virgen Auxiliadora».—*26:* Vigilia de Pentecostés. Primero de los once registros que sufrió el Oratorio. Tres inspectores de la seguridad pública con 18 guardias. DB lo había soñado tres días antes y había retirado los documentos comprometedores. El 28 avisa a don Cafasso el peligro: registro en el colegio eclesiástico el 6 de junio.—*Junio 2:* Ordenación sacerdotal de Angel Savio. *L'Armonia:* DB no está en prisión, como se hace correr.—*9:* Segundo registro. DB llega cuando ya ha empezado. Lo realiza el ministerio de Instrucción. Dura siete horas.—*11:* Los salesianos firman las Constituciones y las envían para su aprobación a Mons. Fransoni.—*23:* Enfermo desde el 11, muere San José Cafasso. Habló con DB el 22.

Julio 4: Curación instantánea del seminarista Luis Castellano al invocar a Domingo Savio. Funeral en el Oratorio por don Cafasso. Elogio fúnebre de DB.—*14:* El Card. Corsi se despide, agradecido, de DB. Tras siete horas de espera, DB se entrevista con el ministro del Interior Farini y su secretario Spaventa. Nueva visita, el 16, con intervención de Camilo Cavour. Acto de compra de la propiedad Filippi, pagando la mitad el comendador Cotta.—*29: Ordenación sacerdotal de Miguel Rúa.—Agosto 5:* Primera misa solemne. DB explica el sueño de las catorce mesas.—*6:* Dice a cada uno el lugar que ocupaba en el sueño.—*15:* Predica la Asunción en Strambino.—*30:* Ante distinguida concurrencia lee el elogio fúnebre de trigésima de don Cafasso en San Francisco de Asís.—*Septiembre:* El caballero Federico Oreglia, que tendrá serias responsabilidades colaborando con DB y al fin se hará jesuita, decide vivir con DB.

Octubre 1: Predice el porvenir del reino de Nápoles.—*8:* DB y sus chicos comen con don Cinzano, párroco de Castelnuovo.—*9:* Empieza la larga gira del campamento volante.—*14:* El Card. Gaude escribe a DB sobre las Constituciones.—*17:* En Pino Torinese es huésped de la familia Ghivarello, cuyo hijo será salesiano.—*28:* DB predice el porvenir de dos jóvenes y, tres días después, de varios.—*Noviembre 4:* Se abre el curso, con 150 alumnos, en Giaveno, primera fundación aceptada por DB en agosto.—*10:* DB cura inesperadamente al joven Modesto Davico. Ha ingresado en el Oratorio José Rollini, quien años después decorará la

cúpula de María Auxiliadora. Este mes, Francisco Dalmazzo comprobó que DB multiplicó los 20 panes de una canasta, dando a 400 jóvenes y dejando 20: esto le decidirá a no dejar la Casa. Será el primer párroco de la iglesia del Sagrado Corazón, de Roma.—*Diciembre:* DB da ejercicios espirituales en Saluggia.—*24:* DB explica una gracia de Domingo Savio.—*26-30:* Sueña las conciencias de los jóvenes y su remedio: confesión y comunión frecuentes.—*Este año* los internos son unos 470. Los salesianos son unos 20. Se conservan 26 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Vida y martirio de los sumos pontífices santos Lucio y Esteban I. El pontificado de San Sixto II y las glorias de San Lorenzo mártir. Biografía del sacerdote José Cafasso en dos elogios fúnebres. Angelina, o la joven formada en la verdadera devoción a María Santísima.*

1861 (MB7)

Enero 10: Se comprueba que DB lee en las conciencias, y el 26 DB declara que intuye mejor por la mañana que por la tarde.—*Febrero 4:* DB predica ejercicios espirituales en el seminario de Bérgamo.—*9:* Al regresar al Oratorio reprende a los culpables que, estando en Bérgamo, «ha visto» faltar. Explica el *cómo* el día 10, en que anuncia a Dalmazzo: «Tú vivirás cuarenta y nueve años».—*15:* El municipio autoriza las modificaciones viales pedidas por DB.—*Marzo 14:* Estando en Fossano escribe a don Alasonatti previniéndole sobre la conducta de algunos. Se ha constituido una *comisión que anota los hechos de DB* y se reúne con frecuencia variable. Ingresa en el Oratorio Julio Barberis; será director espiritual de la congregación y maestro de novicios largo tiempo.

Abril 3-5: Sueña un paseo por el paraíso: lo explica los días 7-9.—*21:* DB se queja de no conocer ya a todos.—*Mayo 1:* Sueño de la rueda, que explica del 2 al 5.—*15:* Contrato de ampliación del edificio.—*19:* Francisco Serra fotografía a DB confesando entre varios jóvenes.—*24:* En el almanaque había hecho imprimir: «La Virgen Sma., con el título bien merecido de auxilio de los cristianos». Primera misa solemne de Juan Turchi.—*30:* Todo el Oratorio va a la procesión del Corpus cuando el Gobierno había prohibido a las autoridades civiles que participaran.—*Junio 6:* Muerte de Camilo Cavour, anunciada por DB un año antes.—*10:* DB habla confidencialmente de hechos extraordinarios acaecidos en el Oratorio.—*18:* Explica el sueño del pañuelo, tenido el 14 de mayo. Retorna al buen camino a un sacerdote. Un sábado ve a un mono sobre un chico que no se quería confesar.

Durante el verano, el edificio del internado se amplía con un tercer piso: una gran sala de estudio general para 500 alumnos (admirado por lord Palmerston), que pasaba a ser teatro durante el carnaval.—*Agosto 4:* Predice el futuro a Domingo Ruffino.—*14:* Va a Montemagno a celebrar la Asunción.—*Septiembre 4:* Advierte a los salesianos sobre el comportamiento político.—*15:* Predica en la consagración de la parroquia de Santa María la Mayor, de Vercelli. Se inicia el *taller de tipografía.*

Octubre 4: Misa en Chieri. Por Buttigliera llega a Becchi.—*6:* Fiesta del Rosario.—*7:* Empieza la gran excursión, que termina el 19. Los alumnos de Giaveno llegan a 210 y subirán hasta 240.—*Noviembre 9:* Vende un trozo de terreno a Jaime Berlaita, campo del que hizo desfilar el año siguiente una plaga de orugas, como atestiguó don Rúa.—*11:* A Provera, enfermo de pulmonía, DB le deja escoger... y sana.—*Diciembre 8:* Bendición de una imagen de María como pararrayos del pabellón central del Oratorio.—*24:* Confesión espectacular de un joven que rehusaba confe-

sarse con DB.—*25:* Escribe al papa Pío IX. Unos días en cama hasta el 31: aguinaldo individual.—*Este año* son unos 600 los internos en el Oratorio. Los salesianos son unos 20. Se conservan 18 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Una familia de mártires: Marta, Mario, Audifaz, Habacuc: Santuario de Caselette. Apunte biográfico del joven Miguel Magone, alumno del Oratorio de S. F. de Sales. El pontificado de San Dionisio. Apéndice sobre San Gregorio Taumaturgo.*

1862. Enero 9: Al atardecer, un globo de fuego, después de visitar en el dormitorio a tres que hablaban mal, aparece sobre el Oratorio. DB explica el hecho el día 12.—*13:* Pío IX escribe a DB: su fidelidad le consuela. Concede a DB las gracias pedidas.—*18:* DB consigue que un valdense permita a su hija ser católica.—*31:* Avisa a Juan Cagliero: «Dispersa a los que, ocultos en un extremo de la casa, juegan dinero». Este mes se ha inaugurado oficialmente (cf. sept. 61) la tipografía, con permiso del 31 de diciembre.—*Febrero:* Muchos días es molestado por el diablo, incluso en Ivrea, en los días 18-27. Este mes anuncia dos muertes en el Oratorio con el intervalo de dos meses.—*Marzo 12:* El Card. Corsi, de Pisa, regala una casulla a DB.—*23:* Exposición de objetos de una nueva rifa.—*26: Muere en Lyón Mons. Luis Fransoni.* El inspector de estudios pide a DB la lista de profesores y el número de alumnos.

Abril 16: En Borgaro muere Luis Fornasio. «No es el anunciado», dice DB, quien el 17 concreta: «Empieza con M».—*25:* Muere de improviso Víctor Maestro, con los detalles predichos por DB.—*Mayo 3:* Roma concede a DB la facultad de absolver casos reservados.—*10:* Escribe al canónigo Valinotti para precisar la propiedad de las *Lecturas Católicas*. Empezadas en colaboración con el obispo de Ivrea, hace saber a éste su delegado, que se encargaba de la distribución, que en adelante todo partirá del Oratorio, y quiere liquidar las cuentas: empieza una fastidiosa discusión, en que intervendrá el conde Cays como mediador (cf. abril 1867).—*14.* Veintidós salesianos emiten votos trienales.—*22:* Ayuda a retornar a la Iglesia al ex sacerdote Andrés Taranelli.—*23:* Ha muerto Luis Marchisio, que salió enfermo el 18 de abril: antes de acabar el mes, como DB había anunciado el 4 de mayo.—*24:* DB habla de la aparición, en marzo, de la Virgen cerca de Spoleto: un precedente de los pasos de DB en la propagación del título de María Auxiliadora.—*30:* DB explica el famoso sueño de las dos columnas: la Eucaristía y la Virgen Auxiliadora. Había prometido contarlo el día 26.—*Junio 14:* Ordenación sacerdotal de Fusero, Cagliero y Francesia.—*19:* Se concede a DB permiso para construir, a lo largo de vía Giardiniera, un nuevo pabellón destinado a talleres y dormitorios.

Julio 1: DB anuncia: uno morirá este mes.—*2:* Exposición de objetos de una rifa.—*6:* Explica un sueño: un caballo rojo, la educación de las jóvenes y la marquesa de Barolo.—*15:* Va a hacer ejercicios espirituales en Lanzo.—*18:* Asiste, estando a 100 kilómetros de distancia, a la muerte de Bernardo Casalegno en Chieri: la muerte anunciada.—*20:* Tres chicos escapan del Oratorio para nadar. Reciben misteriosas bofetadas. Este mes, el alcalde de Turín invita a los de la provincia a participar en la rifa de DB. Por primera vez, las *Lecturas Católicas* se imprimen en el Oratorio.—*Agosto 3:* Regala a Domingo Ruffino una simbólica corona de espinas: sufrirá mucho.—*20-22:* Explica el sueño de la serpiente y la cuerda (del 15).—*Septiembre 8:* Predica en Montemagno.—*30:* Extracción oficial de premios de la rifa.

Octubre 2: Llega a I Becchi. Escribe a Rattazzi: convendría crear un internado para niños de seis a doce años.—*5:* Fiesta del Rosario.—*6:* Em-

pieza una gran excursión: concluye en Turín el 18. El 13 anuncia que uno ha muerto en Turín: efectivamente, fue Rosario Pappalardo. Este mes llega al Oratorio don Pestarino, sacerdote de Mornese que dirigió el grupo de las que serán después las primeras Hermanas. Se hizo salesiano, aunque sin dejar su pueblo.—*Noviembre 2:* Con don Angel Savio va a predicar a un pueblo de la diócesis de Alba.—*19:* En Sommariva DB obsequia a la señora que le hospeda con un prodigioso florecer de un rosal.—*Diciembre 1:* Urbano Rattazzi dimite.—*6:* DB empieza a pensar en una nueva iglesia.—*8:* DB dice a Cagliero: «Hasta ahora hemos honrado a la Inmaculada; en adelante, a la Auxiliadora».—*11:* El ministro Selmi anuncia una inspección de los estudios del Oratorio.—*12:* Muere en I Becchi José, el hermano de DB.—*13:* El párroco de San Simón y San Judas facilita al Oratorio los santos óleos.—*20:* Ordenación de José Bongiovanni. DB predice una muerte el día de Navidad. Muere en la tarde del 24 José Blangino, de diez años, enfermo desde el 22.—*28:* Uno pide consejo a DB. Respuesta de DB: «Llevas tres años en pecado mortal». Este mes los salesianos dejan el seminario de Giaveno. Rocchietti, que deja la Congregación a causa de la salud, seguirá allí como director espiritual. Anuncia a Pablo Albera una iglesia grande dedicada a María Auxiliadora.—*Este año* se ha iniciado el *taller de herreros y mecánicos:* los artesanos son unos 300; los externos, 500. Los salesianos son 22. Se conservan 37 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Los pontificados de San Félix y San Eutiquiano, papas mártires. Una preciosa palabra a los jóvenes y a las jóvenes. Apuntes históricos: vida de la Beata Catalina De Mattei de Racconigi. Novela amena de un viejo soldado de Napoleón I. Resumen de la doctrina cristiana católica.*

1863. Enero 6-7: Consigna para el año: comentario del sueño del elefante, del día 4.—*Febrero 1:* Súplica a la autoridad para levantar una nueva iglesia: circulares pidiendo ayuda.—*8:* Recibe el presbiterado José Fagnano, que destacará entre los primeros misioneros.—*11:* Compra a los rosminianos el terreno de casi dos mil metros cuadrados que necesita para la nueva iglesia.—*21:* Le envían la gran obra de Moroni, por la que DB se había interesado mucho.

Abril 18: Pide al marqués Fassati tres mil liras que le urgen para pagar el pan.—*25:* Declara que lee en las conciencias.—*Mayo:* Empieza la explanación para la iglesia de María Auxiliadora. Informe injusto tras dos días de inspección de las escuelas del Oratorio. DB, previendo el golpe, va a defenderse ante el ministro.

Julio: Sueño: en un cesto hay un mensaje para cada joven. Pasan a recogerlo. Queda uno solo: «Muerte». Hace llegar al papa una carta. Sorprende al pontífice, que contesta el 15.—*20:* De ejercicios en Lanzo, se biloca en Turín.—*6:* Los maestros salesianos superan brillantemente el examen de ingreso a la Universidad.—*Agosto:* Unos cien chicos tienen clases de repaso en el Oratorio.—*2:* Ingresa Francisco Besucco. Al santuario de Oropa, a Biella; predica en Montemagno.—*Septiembre 15-20:* Cinco salesianos alcanzan el diploma universitario de profesor.

Octubre 4: Fiestas del Rosario en I Becchi.—*6:* Gran excursión hasta el 17, día en que cura a una sorda. Agradecida, pagará 15 jornadas de los albañiles. Vestición clerical de Domingo Belmonte, futuro miembro del Consejo.—*20:* Apertura oficial del colegio de Mirabello, con 90 internos. Empezó el 2. Su director es don Rúa.—*Noviembre 1:* Empieza a publicarse *L'Unità Cattolica,* periódico dirigido por el sacerdote Jaime Margotti. DB ha soñado la muerte de un joven.—*13:* Sueño del pozo:

serpiente en su interior.—*Diciembre 9:* DB presenta a los obispos del Piamonte un informe sobre la propaganda protestante. Visita Mirabello, pernoctando en Giarole.—*18:* Recibe una carta de recomendación a favor de la P. S. Salesiana del obispo de Acqui; el 27 anterior la recibió del de Cúneo: debe reunir cuantas más pueda para que Roma apruebe la Congregación salesiana.—*Este año* los salesianos son 22. Se conservan 49 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *El pontificado de San Cayo, papa y mártir. Idem de San Marcelino y San Marcelo, papas y mártires.*

1864: Se termina el pabellón llamado de «Casa Audisio», de clases y más dormitorios.—*Enero 9:* Santa muerte de Francisco Besucco.—*19:* Muere la marquesa de Barolo.—*30:* El enfermero sella un sobre que contiene los anuncios de DB sobre nuevas muertes.—*Febrero 6:* Se examinan con éxito 27 estudiantes de DB en el seminario.—*11:* Después de otras comendaticias, llega, por fin, la de la archidiócesis de Turín.—*12:* Constituciones y comendaticias son enviadas a Roma, donde el 18 son entregadas para su estudio al P. Savini, carmelita.—*2:* El canónigo Gastaldi, futuro arzobispo de Turín, le presta 5.000 liras por veinte años para ayudarle en la construcción de la iglesia de María Auxiliadora.—*Marzo 1:* Agregación del Oratorio al Apostolado de la Oración.—*23-25:* Centralización en el Oratorio de la distribución de las *Lecturas Católicas*. *27 y 30:* Se confirman las predicciones de DB sobre varias muertes.

Abril 6: El P. Savini da su parecer sobre las Constituciones.—*13:* Sueño sobre el lienzo y los cuervos: no todos aprovecharon los ejercicios espirituales.—*20:* Envía al municipio las estadísticas escolares pedidas el 10. Hacia el fin de este mes, terminada la excavación, DB coloca privadamente la primera piedra del templo de María Auxiliadora; quiere dar una propina al constructor, y sólo dispone de 40 céntimos.—*Mayo 1: L'Unità Cattolica* da esta noticia: Pío IX ha dado una limosna de 500 liras para la nueva iglesia.—*Junio:* DB está enfermo de los ojos hace varios meses y cura el 10 por intercesión de Besucco.—*30:* Trata con el municipio de Lanzo de un nuevo colegio.

Julio 1: Pío IX alaba a los salesianos que se consolidan.—*18:* Va a Lanzo a ejercicios.—*23: «Decretum laudis» de la Sociedad Salesiana.*—*Agosto 13:* Llega con don Cagliero a Montemagno y promete la lluvia, que, contra todo indicio, se produce el 15.—*23:* Acta notarial de la compra de 971 m² cercanos que pertenecían al seminario.—*28:* Asiste en Boves a la toma de posesión de un nuevo párroco.—*Septiembre:* Pide al municipio regularice Vía Cottolengo y le conceda más agua para las obras. El canónigo Gastaldi admira la santidad de DB.

Octubre 3: Celebrada la fiesta del Rosario en I Becchi, empieza la gran excursión, que llega hasta Génova y Mornese (día 8). En Lerma se gana al sacerdote Juan Bautista Lemoyne, que será su biógrafo.—*13:* Carta de Pío IX a DB: se alegra del crecimiento de su Sociedad.—*15:* Don Domingo Ruffino, director, y don Francisco Provera, administrador, llegan a Lanzo para poner en marcha el colegio.—*17:* Fin de la gran excursión.—*18:* Maravillosamente puede pagar una factura.—*22:* Sueña la marcha por un gran valle y, al término, una montaña.—*Noviembre:* Celebra en Mirabello la fiesta de San Carlos y visita después la casa de Lanzo.—*22:* Se representa *La casa de la fortuna,* obra de DB.—*Diciembre 26-27:* DB en Vercelli. Este mes ha encargado al maestro de Vecchi de la *banda musical.* El gran misionero Comboni visita el Oratorio. Se imprime el catálogo de la *librería* del Oratorio. Los salesianos son 29. De este año quedan 42 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Episodios amenos contemporáneos extractados de documentos públicos. El pastorcillo de los Alpes, o vida del joven Francisco Besucco, de Argentera.*

1865. Cincuenta años (MB8)

Enero 16: Con Vda. Bellezza acuerdan suprimir la Vía Giardiniera y así puede regularizar el interior de la Casa Madre. Explica el sueño de la perdiz y de la codorniz.—*17:* Visita la casa de Lanzo.—*19:* Habla de la elección democrática de los alumnos de mejor conducta.—*Febrero 1:* Sueña un águila sobre un joven: profetiza un muerto este mes.—*6:* Sueña: un gato arrebata las flores que los jóvenes llevan en la mano.—*24:* Estuvo unos días en Cúneo. Soñó: unos monstruos en el patio. Intercambio de cartas con Pío IX.—*Marzo 16:* Muere Antonio Ferraris: lo anunció el 3; el 4 añadió: su inicial es F.—*17:* El ministro del Interior Lanza llama a DB para explorar las posibles relaciones con Roma.—*20:* A DB se le niegan las dimisorias, es decir, que pueda presentar, sin más, sus clérigos a ser ordenados a un obispo.

Abril 14: De Florencia es enviado a Roma el abogado Vegezzi para tratar las relaciones Iglesia-Estado, en que colabora DB.—*24-25:* Organización de una nueva rifa.—*27:* Solemne colocación de la *piedra angular de la iglesia de María Auxiliadora,* presente el príncipe Amadeo.—*Mayo 1:* Sueño: las distracciones en la oración.—*4:* El príncipe Amadeo regala al Oratorio sus aparatos de gimnasia.—*30:* Sueño de los obsequios ofrecidos a María.—*31:* Visita la casa de Mirabello y cura a don Cerruti.—*Junio 11:* DB predica en Pino Torinese la primera misa de José Lazzero, futuro consejero general.—*13:* Primera piedra de la casa de Mornese.—*23:* Velada del onomástico de DB.

Julio 16: Muere Domingo Ruffino a los veinticinco años. En atención al párroco Albert, DB seguirá encargándose del colegio de Lanzo, a pesar de las diferencias con el ayuntamiento.—*Agosto 2-3:* En Gozzano visita al obispo de Novara y le habla de las vocaciones.—*16:* Montemagno. DB cumple los cincuenta años con la familia Fassati.—*19:* Inspección sanitaria del Oratorio: quieren reducir a quinientos los internos.

Octubre 7: Muere don Alasonatti. Hasta el 20 viaja por Milán, Brescia, Lonigo, Padua, Venecia (y Bolonia?) en pro de las obras de la iglesia de María Auxiliadora.—*29:* Nuevo Consejo Generalicio: don Rúa, prefecto; don Juan Francesia, director espiritual; Celestino Durando, consejero tercero. Francisco Bodrato, maestro de cuarenta y dos años, escribe a DB: «Me pongo en sus manos» (se hace salesiano; murió provincial en Argentina).—*Noviembre:* DB decide que en los dos meses próximos vayan haciendo los votos perpetuos los que están preparados: el primero, en el día 10, es don Lemoyne.—*22:* Visita Mirabello, y, después, en Tortona, al obispo. Don Lemoyne, nuevo director de Lanzo, sustituye a don Bonetti, enfermo.—*Diciembre 10:* Pablo Albera y Augusto Croserio se diploman como profesores de gimnasio; tesis doctoral de Francesia.—*11:* Por Génova a Florencia, pasando el 13 por Pisa: audiencia del Card. Corsi.—*Este año* se contaban cerca de 700 internos. Los salesianos son 48. Se conservan 57 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *La casa de la fortuna. Diálogos sobre la institución del jubileo. La paz de la Iglesia o los pontificados de San Eusebio y Melquíades. Vida de la Beata María de los Angeles.*

1866. Enero 1: Sueño del molino y de la inundación. DB va a Lanzo. *11:* En Mirabello, profesiones perpetuas y trienales.—*Febrero 5:* Muere en Borgo Cornalese su gran amigo y bienhechor el conde De Maistre.

a los setenta y seis años. DB asiste a su agonía. DB va a Milán.—*22:* El canónigo Gastaldi pagará el cuadro de los mártires turineses en la iglesia de María Auxiliadora.—*24:* Carta de Pío IX alentándole en sus obras.—*26:* Insiste ante el municipio: debe corregirse la calle de María Auxiliadora (cf. sept. 1864).—*Marzo 10:* Regresa del viaje de cuestación, pasando el 8 por Cremona.—*16:* Se le concede un año de plazo para conseguir títulos para el personal docente.—*19:* Exposición de premios de la nueva rifa.

Abril 29: Publica una gracia de María Auxiliadora en *L'Unità Cattolica,* que es controvertida el 13 de mayo.—*Mayo 14:* Se aloja en el Oratorio, hasta el 7 de noviembre, Mons. Pedro Rota, obispo de Guastalla, exiliado.—*Junio 21-22:* Celebra en Mirabello la fiesta de San Luis. Sale de la casa Provera sin abrir ninguna puerta.—*23:* Es firmada una ley contra las casas religiosas.—*24:* Habla a don Lemoyne del plan de fundar Hermanas.

Julio 4: Muere santamente Ernesto Saccardi, alumno de Mirabello, en la casa de Turín, acompañado por DB, quien lo refiere todo a su madre (*Epistolario* 1,408-410). Descansa unos días en Lanzo.—*Agosto 2 y 29:* Tandas de ejercicios en Trofarello para salesianos.—*Septiembre 23:* Domingo. Se coloca el último ladrillo en la cúpula de María Auxiliadora. Este mes, en Bérgamo ha visitado al obispo, Mons. Speranza, y predicado ejercicios a los seminaristas.

Octubre 7: Fiesta del Rosario en I Becchi. En Moriondo, camino de Moncucco, se le aparece el Gris.—*21-23:* Predica un triduo mariano en Neive (Alba).—*Noviembre 15:* Visita al Card. Angelis, exiliado en Turín. Le anuncia que pronto volverá a su sede (así es, el 23, en que va a despedirse de DB).—*16:* Para pagar 4.000 liras de la iglesia de María Auxiliadora se obra un prodigio.—*18:* En Murello.—*19:* En Lanzo.—*21:* En Mondonio, nueva sepultura de Domingo Savio.—*Diciembre 12:* En Florencia bendice a un hijo sordo de Luisa Casaglia, resucita al ahijado de la marquesa Uguccioni-Gherardi, visita al ministro Bettino Ricasoli, afirmándose sacerdote por encima de todo.—*19:* En Bolonia.—*20:* Regresa a Turín. Francisco Cerruti es ordenado sacerdote.—*24:* Víctor Manuel II regala al Oratorio dos cabras monteses cazadas.—Este mes un delegado de policía dialoga con DB sobre sus predicciones de muertes. Ante su verificación se hace salesiano. Es Angel Piccono, futuro misionero en Argentina y México. Predice a Agustín Parigi que no morirá sin ver la beatificación del Cottolengo. Los salesianos son 48. Se conservan 82 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Card. Wiseman. La perla escondida. Valentín o la vocación impedida. ¿Quién es don Ambrosio?: Diálogo entre un barbero y un teólogo.*

1867. Enero 6: L'Unità Cattolica del 8 refiere el bautizo de tres jóvenes protestantes en el Oratorio.—*7:* Con don Francesia, DB empieza un viaje a Roma (viaje segundo), donde se halla ya el 9.—*12:* Audiencia: el papa le manda escribir las *Memorias del Oratorio.*—*16:* Un hijo del marqués de De Maistre, bendecido por DB, mejora rápidamente.—*19:* Nueva audiencia.—*26-27:* Una de las varias «visitas espirituales» que realiza al Oratorio.—*31:* Visita el colegio escolapio Nazareno.—*Febrero 5:* Nueva audiencia papal.—*8:* Con los ex reyes de Nápoles.—*21:* Otra audiencia papal.—*22:* Pío IX anuncia varios nombramientos de obispos (en que ha intervenido DB).—*26:* Predice cómo morirá la marquesa Vitelleschi. Sale hacia Fermo y se aloja con el Card. De Angelis.—*27:* Celebra en el seminario y recibe un homenaje.—*29:* En Forlí visita al obispo. Pasa

por Bolonia.—*Marzo 1:* Acogida triunfal en Turín. Circular: favores de Pío IX a los bienhechores del Oratorio.—*27:* Pío IX preconiza al canónigo Gastaldi obispo de Saluzzo.

Abril 1: Extracción de números premiados de una rifa.—*15:* Tras larguísimas discusiones (cf. abril 1862), el obispo de Ivrea, Mons. Moreno, acepta la propuesta del conde Cays para liquidar con DB las *Lecturas Católicas.*—*24:* Cura a un niño cojo y sordomudo.—*29:* La Congregación del Indice comunica a la curia de Turín la censura sobre *El centenario de San Pedro,* obra de DB. El informe procedía del P. Pío Delicati, con fecha del 21 de marzo. En Vercelli bendice y cura a una enferma.—*Mayo 3:* Predica en Caramagna y cura a una mujer con muletas. Predice el futuro de varias personas y algunas vocaciones religiosas.—*26:* Entra en Turín el nuevo *arzobispo Mons. Riccardi,* gran amigo de DB, pero menos en cuanto le habló de fundar una congregación.—*29:* El joven Juan Bautista Ravello atestigua su curación de fiebres malignas por la bendición de DB.—*Junio 1:* DB explica a sus hijos las gracias alcanzadas por medio de sus bendiciones.—*16:* Explica el sueño tenido el 29 de mayo.—*27:* Entrega a don Cagliero una carta para el papa.

Julio 9: Visita Mirabello.—*22:* Pío IX responde a la carta del 27 anterior animándole al apostolado juvenil.—*29:* Va a descansar en Bricherasio.—*Agosto 5:* Predica las instrucciones de los ejercicios espirituales a los salesianos en Trofarello y retorna el 11 a Turín.—*Septiembre 3:* DB proyecta publicar una colección de clásicos, de los que el día 7 recita varios párrafos.—*8:* El vicepárroco de Acqui comunica a DB la curación de una endemoniada. DB la explica el día 9.—*16:* Unas «buenas noches» famosas: DB reprende en público a seis chicos que dan mal ejemplo.—*23-28:* Ejercicios de los salesianos en Trofarello. Predican DB y don Rúa.

Octubre 6: Fiesta del Rosario en I Becchi. Don Cinzano, párroco, cura de sordera tras una novena a María Auxiliadora. Va a Milán y Casale, alojándose en la casa de los condes Callori.—*Noviembre 13-16:* En Mirabello.—*18:* En Lanzo.—*21:* Bendición de la estatua de María Auxiliadora en la cúpula de la nueva iglesia.—*25:* Pasa tres días en Milán. *Diciembre 2-4:* En Cumiana con el señor Collegno.—*7:* En Acqui visita el sepulcro del obispo fallecido.—*9-15:* En Mornese recibe limosnas para María Auxiliadora y bendice la capilla del colegio. Termina muy cansado. *31:* Predice para 1868 la muerte de tres jóvenes, peste, hambre y guerra. *Este año* los salesianos eran 44. Se conservan 101 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Vida de San José. El centenario de San Pedro Apóstol. Societas Sancti Francisci Salesii.* (No traducimos los títulos de las obras que DB editó en latín o francés).

1868 (MB9)

Enero 7: Escribe a don Bonetti dando un aguinaldo espiritual para cada habitante del colegio de Mirabello.—*10:* El ejército concede mantas de lana a los internos de DB.—*19:* El obispo de Casale reconoce la Congregación salesiana como diocesana.—*Febrero 23:* Visita Mirabello y anuncia: el mal de garganta de don Garino durará hasta el 23 de marzo. Va a Lanzo.—*Marzo 29:* Mons. Riccardi confirma a varios jóvenes en la iglesia de S. F. de Sales.

Abril: DB suprime las vacaciones de semana santa y acorta las de verano. Durante estos meses va recibiendo cartas laudatorias de diversos obispo respecto a su Congregación.—*18:* Sueña sobre el infierno, con mandato de comunicarlo a los jóvenes.—*Mayo 1:* Sueña una parra nacida en el patio del Oratorio.—*5:* Compra notarial de terrenos próximos a la

iglesia de María Auxiliadora (será completada el 29 de junio).—*12:* La curia turinesa autentifica que DB es director de los tres oratorios, como declaró Mons. Fransoni el 31/3/1852.—*21:* Ascensión. Bendición de las cinco campanas.—*22:* Pío IX concede varias indulgencias con relación a la iglesia de María Auxiliadora.—*26: L'Unità Cattolica* habla de un joven muerto según una predicción de DB.—*26:* DB predica en Alba al clero un fervoroso sermón sobre San Felipe Neri, donde retrata su propio celo.—*Junio 3:* Compra una tipografía que venderá poco después. *9:* Mons. Alejandro Riccardi, arzobispo de Turín, *consagra la iglesia de María Auxiliadora.* Participan del 6 al 17 los alumnos de Lanzo y de Mirabello.—*13:* Peregrinación de un grupo de Mornese. Gracias de la Virgen.—*14:* Festival gimnástico.—*17:* Muere don José Bongiovanni.—*19-30:* Es huésped del Oratorio Mons. Pedro Rota, obispo de Guastalla.

Julio 19: Ordenación de don Dalmazzo.—*25:* DB en Fenestrelle.—*26:* Predica en la iglesia de Puy.—*27:* En Usseaux encuentra al seminarista José Ronchail (que se hará salesiano y será director en Nice y París), y cura a sus dos hermanas.—*29:* Anuncia a don Rúa, con grave peritonitis: «curarás».—*Agosto 2:* Pablo Albera, sacerdote. DB hace ejercicios en San Ignacio de Lanzo.—*30:* Un globo de luz blanca se pasea sobre el Oratorio.—*Septiembre 13-19:* Ejercicios en Trofarello.—*19:* Nuevos sacerdotes: Santiago Costamagna y José Fagnano, pioneros de las misiones de América.—*22:* Roma le niega, por ahora, la aprobación de la Sociedad Salesiana.—*21-26:* Ejercicios en Trofarello.—*23:* Carta del papa: gozo por la consagración de la iglesia de María Auxiliadora.

Octubre 1: Entra Ronchail en el Oratorio.—*4-9:* DB en I Becchi: hace mal tiempo.—*30:* Sueño: la luna anuncia la muerte de un joven.—*Noviembre 19:* El Oratorio inaugura su horno de pan. El ministro Menabrea llama a DB a Florencia para una entrevista.—*Diciembre 28:* Envía al arzobispo la tercera edición de *El centenario de San Pedro,* con una carta.—*30:* Muere, a los ochenta y cuatro años, el banquero comendador José Antonio Cotta, insigne bienhechor de DB.—*Este año* los salesianos llegaron a 58. Se conservan 95 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Los papas, de San Pedro a Pío IX. Noticias históricas del santuario de Nuestra Señora de Pieve (Ponzone). Notitia brevis Societatis S. F. Salesii. El católico con sus prácticas de piedad. Severino. Maravillas de la Madre de Dios con el título Auxilio de los Cristianos. Vida de San Juan Bautista. Vida del joven Ernesto Saccardi* (fragmento). *Recuerdo de una solemnidad en honor de María Auxiliadora.*

1869. Enero 2: Un prodigio de la misericordia de Dios en la iglesia de María Auxiliadora.—*7:* DB hace testamento: don Rúa es su heredero universal.—*9:* Sale el primer volumen de la Biblioteca de la Juventud Italiana.—*8:* DB llega a Florencia, y el 15, a Roma (viaje 3.º).—*23:* Audiencia pontificia. Estos días cura al sobrino del Card. Berardi, la podagra del Card. Antonelli y la pulmonía de Mons. Svegliati.—*Febrero 7:* Audiencia pontificia de dos horas, y otra el 19, de una hora.—*Marzo 1: Aprobación pontificia de la Sociedad Salesiana.*—*5:* Tras pasar por Florencia, llega a Turín, donde el teólogo Borel, enfermo, se levanta para escuchar del mismo DB la noticia de la aprobación, y se acuesta de nuevo.—*6:* Confiesa todo el día.—*14:* Asiste a la comida oficial por el natalicio de Víctor Manuel. Visita Mirabello y cuenta un sueño: los años que vivirá cada uno.—*16:* Pío IX concede indulgencias para un decenio al santuario de María Auxiliadora.—*31:* Visita Lanzo.

Abril 3: Sale de Lanzo, tras explicar el sueño de la confesión y de los lazos.—*19-21:* Visita Mornese: proyecto sobre las Hijas de María.—

Mayo 15: Curación de una ciega.—*22:* Curación extraordinaria de un oficial del ejército.—*29:* En Lanzo cura a seis jóvenes enfermos de viruela.

Julio 17: Muerte en Lessone del joven Carlos de Lorenzo, predicha por DB.—*30:* Compra un terreno cercano al Oratorio. Ejercicios en San Ignacio. Visita Lanzo y Mirabello.—*Agosto:* Sin ser llamado, va a confesar a César Bardi, moribundo.—*Septiembre:* Predica las instrucciones en los ejercicios de Trofarello: primera tanda, 13-18; segunda, a partir del 20. *20:* El señor Oreglia, gran colaborador, parte para Roma para hacerse jesuita.

Octubre 3: Fiesta del Rosario en I Becchi. Este mes, don Francesia y otros salesianos fundan la casa de Cherasco.—*Noviembre 23:* Se niega el regio exequátur a la Sociedad Salesiana, más por puntillos jurídicos que por oposición concreta.—*Diciembre 8:* Gozo en el Oratorio por la apertura del concilio Vaticano I.—*19:* Muerte de Juan Bonelli, ex franciscano, que había entrado en el Oratorio, predicha por DB. Navidad: Bautismo de dos argelinos enviados por el Card. Lavigérie, ingresados el 7 de octubre.—*Este año,* los salesianos llegaron a 62. Se conservan 79 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *La Iglesia católica y su jerarquía. Asociación de devotos de María Auxiliadora. Angelina, o la huérfana de los Apeninos. Los concilios generales de la Iglesia católica.*

1870. Cincuenta y cinco años

Enero: Empieza a publicarse el *elenco anual de los salesianos.*—*5:* Profecía solemne: el porvenir de París, Roma y la Iglesia.—*20:* Sale para Roma (viaje 4.º).—*24:* En Florencia.—*Febrero 8:* Mañana y tarde, audiencia. Le dice el papa: «Los enemigos de DB lo son también del papa».—*12:* Segunda audiencia. El papa le pide una casa en Roma. DB le refiere un sueño profético.—*21:* Tercera audiencia, hora y media: revelación del futuro.—*22:* Hacia Florencia.—*25:* Llega a Turín, visitada espiritualmente desde Roma.—*Marzo 14-20:* Visita Lanzo, Mirabello y Cherasco.—*30:* Compra terrenos para edificar la iglesia de San Juan Evangelista.

Abril 1: Muere Augusto Croserio, de veintiséis años, como anunció DB la víspera.—*5:* Breve de Pío IX: La asociación de devotos de María Auxiliadora pasa a ser archicofradía.—*Mayo 2:* Compra un huerto vecino al Oratorio.—*9:* En Mornese asiste a la primera misa de un sobrino de don Pestarino.—*24:* Curación de José Moreno de una rotura complicada de un hueso.—*Junio 14:* Requerido en Gobernación, DB explica las normas de admisión y despido en el Oratorio.—*16:* Comunica a don Bonetti que dejará Mirabello y se irá a Borgo San Martino.—*17:* Concierto en el patio del Oratorio para poder pagar el órgano que se inaugurará el 30 de agosto.—*20:* Firma en Alassio la aceptación del colegio.—*24:* Le felicita un grupo de antiguos alumnos al terminar la misa.

Agosto 24: Envía 2.500 circulares a sus bienhechores.—*Septiembre 12:* Pide al papa las dimisorias para los que han ingresado después de cumplir los catorce años. Se le conceden *para siete casos.*—*12-17:* Ejercicios a salesianos en Lanzo.—*18:* Ordenación en Mirabello de don Domingo Belmonte, que con el tiempo sería prefecto general.—*19-24:* Segunda tanda de ejercicios en Lanzo.—*20:* Caída de Roma: Porta Pía. El antiguo convento de Observantes de Alassio se transformará en casa salesiana, que DB visitará veinte veces. Consultado por el papa, DB responde: «El centinela de Israel no se mueva de su lugar».

Octubre 6: Compra terrenos para edificar S. J. Evangelista.—*7:* Vuelto de I Becchi, empiezan las prácticas para construir la iglesia.—*16: Muere*

el arzobispo Alejandro Riccardi.—Noviembre 11: Compra más terrenos para S. J. Evangelista.—*Diciembre 17:* Julio Barberis, sacerdote.—*23:* DB defiende ante el municipio a los médicos que atendieron a sus internos en la viruela.—*Este año* vio una vez más al perro Gris. Los salesianos son 61. Quedan 86 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Nueve días... a la Madre de Dios... Auxilio de los Cristianos.* J. B. LEMOYNE, *Biografía del joven José Mazzarello.*

1871 (MB10)

Las casas salesianas son cinco: Turín, Borgo San Martino, Lanzo, Alassio, Cherasco (y sólo en verano: Trofarello).—*Enero 20:* Terrenos de S. J. Evangelista.—*21:* Siguen las dificultades para la venta de una tipografía (3-6-1868) hasta el 21-3-1872.—*31:* Envía a los directores los *Recuerdos,* que en 1863 había enviado a don Rúa. Este mes Josefina Razzetti es curada mientras ve en sueños a DB.—*Febrero 2:* Contrato de DB con Carlos Buzzetti: construirá el coro y dos sacristías laterales en la iglesia de María Auxiliadora.—*11:* Escribe a los alumnos del Lanzo refiriendo un sueño.—*22:* Va a Varazze con don Savio para tratar de un nuevo colegio.—*Marzo 4:* Sueña: el diablo en el patio.—*29:* Nombra albaceas a don Rúa y don Cagliero.—*31:* Don Pestarino ha adquirido en Mornese la casa Carante para ampliar el colegio en construcción.

Abril 17: Roma amplía el número de dimisorias que DB puede conceder. DB propone, a mediados de mes, al Consejo Superior Salesiano, la creación de un instituto de religiosas. Hacia fin de mes DB va a Mornese.—*24:* En la fiesta de María Auxiliadora, año centenario de Lepanto, se estrena el himno *Saepe dum Christi,* de Cagliero, cantado por los alumnos de los cinco colegios. Curación portentosa de un niño ciego. Hacia fin de mes, el Consejo acepta la fundación de religiosas.—*Junio 22:* Entrevista en Florencia con el ministro Lanza para el sondeo oficioso sobre unos cien nuevos obispos. Había sido llamado el 20.—*27:* Pío IX dice a la condesa Matilde de Romelley: «DB es el tesoro de Italia».—*28:* DB en Roma (viaje 5.º). Audiencia papal: Iglesia y Estado. El papa aprueba el proyecto de fundar religiosas.—Nuevo encuentro con Lanza.

Julio: A principios de mes DB regresa de Roma.—*22:* El municipio de Turín le cede un terreno para construir la parroquia de San Segundo. *29:* Anuncia al alcalde de Cherasco que se retirará de la población por falta de higiene.—*Agosto 1-3:* Visita Borgo San Martino.—*6:* En San Ignacio de Lanzo: dos semanas de ejercicios a seglares.—*20:* Recibe en Turín la visita de dos obispos extranjeros.—*21-30:* En Nizza, por un encargo del papa prepara una lista de nuevos obispos.—*Septiembre 6-7:* En Génova, para la fundación de Marassi.—*11:* Llamado a Florencia por el ministro Lanza, sigue a Roma (viaje 6.º), donde está el 13.—*15:* De nuevo en Florencia.—*16:* Regresa a Turín: Monseñor Gastaldi le espera en el Oratorio.—*17:* Confiesa normalmente a los jóvenes.—*18:* A Lanzo, con los salesianos ejercitantes.—*23:* Termina la primera tanda.—*25-30:* Segunda tanda.—*25:* El alcalde de Turín agradece a DB haya acogido a los huérfanos del incendio de San Salvario.

Octubre 2: Fiesta del Rosario en I Becchi.—*4: L'Unità Cattolica* anuncia que Mons. Gastaldi es el nuevo arzobispo de Turín. Este mes se abre la casa de Varazze.—*26:* Reunión para tratar de lanzar la *Biblioteca della gioventù.* Don Albera y dos salesianos más salen para fundar en Marassi (Génova).—*Noviembre 26:* Toma posesión de la catedral de Turín el *nuevo arzobispo, Mons. Lorenzo Gastaldi.*—*27:* Mons. Manacorda, obispo

de Fossano.—*Diciembre 2:* DB, a Génova, estando el día 3 en Marassi, y el 4 en Varazze.—*6:* Cae enfermo de gravedad: no regresará a Turín hasta el 15 de febrero.—*22:* Confirma el propio testamento, y el 27 añade una nota confidencial.—*Este año,* o el siguiente, tiene el primer sueño misionero referido a don Lemoyne y a don Barberis en 1876. Los salesianos son 77. Se conservan 70 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Aparición de la Stma. Virgen en la montaña de la Salette. Corona de los Siete Dolores de María. Hechos amenos de la vida de Pío IX.*

1872. Enero 1: Muere la marquesa Vitelleschi, como predijera DB en febrero de 1867.—*3:* DB sigue enfermo en Varazze desde el 6 de diciembre.—*14:* Empieza a levantarse breve tiempo de la cama.—*24:* Baja al primer piso.—*30:* Se traslada a Alassio.—*Febrero 10:* Pasa un día en el palacio episcopal de Albenga, y de ahí a Varazze.—*12:* Saluda en Savona al obispo.—*15:* Regresa a Turín.—*16:* Fiesta de acción de gracias.—*29:* Elección de las primeras superioras en Mornese.—*Marzo 17:* Una familia húngara abjura del protestantismo en el Oratorio.

Abril 10: El municipio favorece a DB en una expropiación para edificar S. J. Evangelista.—*23:* Mons. Gastaldi pide oficialmente a DB que acepte dirigir el colegio de Valsalice.—*Mayo 1:* Pío IX, con un autógrafo, agradece a DB su intervención en los nombramientos y subvenciones de los obispos.—*19:* Se inaugura en el patio del Oratorio una tómbola benéfica.—*20:* Escribe al ministro Lanza sobre las subvenciones a los nuevos obispos.—*Junio: Il Ficcanaso,* revista satírica, empieza la novela *Don Broschi.* DB es defendido por don Maximiliano Bardessono.

Julio 3: L'Unità Cattolica anuncia que DB se hace cargo del colegio de Valsalice; Mons. Gastaldi lo recomienda el día 6.—*7:* Al terminar los ejercicios, explica un sueño sobre quiénes no los han hecho bien.—*16:* Se halla en Génova para tratar de fundar en Sampierdarena.—*21:* El arquitecto Fromento añade un oratorio y habitaciones para sacerdotes en el proyecto de la parroquia de San Segundo.—*Agosto 5: Vestición y primeras profesiones en Mornese de las Hijas de María Auxiliadora* (salesianas).—*5-17:* En Lanzo, con los seglares, de ejercicios.—*19:* Pasa unos días en Nizza en casa de la condesa Corsi.—*27:* El cardenal Berardi le anima a pedir de nuevo la aprobación definitiva de la Sociedad Salesiana.—*Septiembre:* Pasa unos días en Vignale, con los condes Callori.—*16-28:* DB preside en Lanzo dos tandas de ejercicios para salesianos.

Octubre 5: Celebra el Rosario en I Becchi.—*11:* En Costigliole.—*15-16:* En Peveragno.—*19:* En Mondoví, Chiusa de Pesio, Cúneo, Fossano.—*24:* Empieza un molesto diálogo con Mons. Gastaldi sobre las dimisorias. Este mes redacta una *Memoria:* utilidad de las tipografías en las casas de beneficencia.—*Noviembre 5:* Escribe a Angel Lago, farmacéutico, que se hará salesiano y será el fidelísimo secretario de don Rúa.—*7:* En las «buenas noches» habla de dos expulsiones: por mala conducta y por guardar dinero sin permiso.—*29:* Visita Lanzo.—*Diciembre:* Visita la casa de Sampierdarena.—*25:* Monseñor Gastaldi alaba la Pía Sociedad y la recomienda a la Santa Sede, con tal que se someta a la jurisdicción diocesana.—*Este año* ha anunciado a Luis Nai su futuro al término de los ejercicios espirituales de los estudiantes: ha visto una llamecita sobre su cabeza (fue provincial salesiano en Palestina y Chile). Los salesianos son 103. Se conservan 75 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Sociedad de San Francisco de Sales: Año 1872. Fundamentos de la religión católica.*

1873. Enero 21: Una circular de Mons. Gastaldi a los obispos de

Piamonte, poco favorable a DB, suscita respuestas a favor del mismo.—*13:* Compra más terreno para S. J. Evangelista. Pide a la superiora de Santa Ana mande dos hermanas a Mornese para orientar a las Hijas de María Auxiliadora.—*Febrero 18:* Con don Berto parte para Roma (viaje 7.º). Pasa por Piacenza, Parma, Bolonia y Florencia.—*24:* Llega a Roma. Trata con el Card. Antonelli y el ministro Lanza sobre la ley de garantías y las asignaciones a los obispos.—*25 y 27:* Audiencias del papa.—*Marzo 18:* Ultima audiencia.—*22:* Parte y pasa por Florencia, Módena, Bolonia y, quizás, Milán.—*29:* Llega a Turín.

Abril 23: En ejercicios ha visto en las conciencias como en un libro abierto.—*26-29:* Visita Alassio y Sampierdarena.—*Mayo 24:* Inicia un sueño profético.—*Junio 24:* Termina dicho sueño.

Julio 3: En Mornese.—*8:* Afirma que sólo aconseja el sacerdocio a los que ciertamente ve llamados por Dios.—*14:* Envía copias del sueño profético de mayo y junio a Francisco José I de Austria.—*Agosto 18:* La Sagrada Congregación escribe a Mons. Gastaldi sobre la situación jurídica de los salesianos.—*27-30:* En Montemagno con los marqueses Fassati.—*Septiembre 4:* Predica en Racconigi.—*5:* En Cúneo.—*8:* DB en Niza: muere en Turín, a los setenta y dos años, su gran amigo el teólogo Juan Borel: el Oratorio participa en sus exequias.—*15-20 y 22-27:* Tandas de ejercicios en Lanzo.

Octubre 4: Compra definitiva de la casa Coriasco.—*4:* DB sufre una multa de 3.500 liras por haber organizado una rifa ilegal.—*5:* Fiesta del Rosario en I Becchi.—*11:* En Nizza Monferrato.—*12:* Es nombrado árcade romano; escribe al ministro Vigliani sobre las asignaciones a los obispos.—*14:* En Vignale y Niza.—*18:* En Turín. Este mes, a Bernardo Vacchina, a quien ve por primera vez, manifiesta todos los pecados. Salesiano después, trabajó mucho en la Patagonia, al lado de don Cagliero.—*Noviembre 11:* Explica un sueño del día 8: visita el dormitorio y lee las conciencias.—*26:* En Sampierdarena cambia con don Albera su dolor de muelas para poder realizar una visita.—*28:* En Borgo San Martino.—*29:* Llega a media tarde al Oratorio. Explica un sueño: potencia y misericordia divinas.—*Diciembre 6:* Regresa tras unos días en Lanzo.—*7:* Explica cómo lee el interior de las conciencias.—*29:* Parte con don Berto.—*30:* Llega a Roma (viaje 8.º).—*31:* Visita al ministro Vigliani y al Card. Antonelli.—*Este año* los salesianos son 138. Se conservan 107 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Regulae Societatis S. F. Salesii. De Societate S. F. Salesii brevis notitia.*

1874: DB permanecerá en Roma hasta el 14 de abril: fracasará su gestión entre la Iglesia y el Estado sobre la asignación a los obispos, entre el alboroto de los periódicos, por el veto de Prusia, en marzo. En cambio, conseguirá el 3 de abril la *aprobación definitiva de las Constituciones salesianas;* el decreto será retirado por don Berto el día 13. Audiencias del papa el 5 de enero y el 8 de abril.—*Enero 28:* Mons. Gastaldi nombra a DB socio fundador de la Academia de Historia Eclesiástica Subalpina; pero el *9 de febrero* manda a Roma una carta con sus reservas sobre la Sociedad Salesiana, matizadas por DB el día 24.—*14:* DB recibe el diploma de árcade romano.—*Marzo 19:* DB predica el panegírico en la iglesia de San José de Roma.

Abril 13: Muere en Turín el salesiano don Francisco Provera, miembro del Consejo, a los treinta y ocho años.—*15:* Pasa por Florencia.—*16:* Ya en Turín, reúne a los salesianos.—*18:* Visita a monseñor Gastaldi, quien el 19, domingo, celebra la misa de comunión en la fiesta del retorno de DB.—*27:* DB en Alessandría.—*Mayo 10-13:* En Alassio y

Sampierdarena.—*15:* Muere en Mornese el primer director de las Hijas de María Auxiliadora, don D. Pestarino. Este mes, al confesarse con DB después de cuarenta años, se cura un médico epiléptico.—*Junio 4:* Corpus. Curación de un joven lisiado gracias a María Auxiliadora; ídem, joven lisiada, el día 9.—*9-12:* Visita Sampierdarena, Varazze, Alassio, dejando observaciones escritas.—*15:* Asiste al funeral de trigésima por don Pestarino. Primer Capítulo general de las Hijas de María Auxiliadora. Es elegida madre general María D. Mazzarello, la cofundadora, que será canonizada.—*24:* En Turín, velada del onomástico de DB. Monseñor Gastaldi señala las exageraciones expresadas en el himno.—*Julio 12:* María Auxiliadora cura a una madre de familia.—*25-29:* Sampierdarena, Sestri Ponente, Génova.—*Agosto 5:* En San Ignacio de Lanzo: circular invitando a hacer ejercicios espirituales a maestros, que será «inspeccionada» por Mons. Gastaldi.—*Septiembre 14-18 y 21-26:* DB en los ejercicios espirituales de los salesianos en Lanzo.—*24:* Interesan a DB por unas misiones en Australia.

Octubre: DB celebra el Rosario en I Becchi.—*4:* César Chiala, sacerdote. Morirá muy joven, habiendo publicado las cartas de los primeros misioneros.—*10:* El sacerdote Antonio Espinosa le propone, por carta, fundar en Argentina.—*18:* En Nizza se ve lleno de luz el lugar donde descansa DB.—*Noviembre 7:* Don Julio Barberis es nombrado primer maestro de novicios. Varias cartas con la Argentina.—*19:* Explica cómo ve las muertes próximas: como unos caminos que se cortan.—*21:* Testamento ológrafo de DB. Monseñor Gastaldi anuncia en una pastoral: se reemprende la parroquia de San Segundo.—*Diciembre 4:* Don Luis Guanella (hoy Beato) escribe a DB: «No comprendo cómo Mons. Gastaldi me impide hacerme salesiano».—*12:* Desde Nice, donde con don Ronchail prepara una fundación, va a Alassio el 15, y el 19 a Sampierdarena.—*22:* DB informa al Consejo del proyecto de fundar en Argentina. *24:* Mons. Gastaldi declara caducadas las facultades de sus antecesores y propias respecto a la Sociedad Salesiana.—*30:* DB escribe al papa sobre estas dificultades.—*Este año,* los salesianos son 148. Se conservan 128 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Maximino. Apuntes históricos sobre la Congregación de S. F. Sales. Regulae Societatis S. F. Salesii* (dos ediciones en la imprenta de Propaganda Fide). *Congregación de Obispos y Regulares sobre la aprobación de las Constituciones.* Id., *Consulta sobre una congregación particular. Unión cristiana. Regulae Societatis S. F. Salesii iuxta approbationis decretum 3 aprilis 1874. Sociedad de S. F. Sales: Año 1874.*

1875. Sesenta años (MB11)

Enero: Mientras confiesa, le viene la idea de impulsar las vocaciones tardías.—*13:* La Sagrada Congregación de Obispos y Regulares comunica a Mons. Gastaldi que la Sociedad Salesiana ha sido definitivamente aprobada.—*28:* Informa a los directores que habrá misiones en América.—*Febrero 5:* Circular sobre las futuras misiones.—*14:* Primera piedra del edificio de Sampierdarena.—*17:* Parte por la noche con don Berto a Roma (viaje 9.º).—*22:* Audiencia con Pío IX, que alaba la Unión de Cooperadores.—*Marzo 12:* Nueva audiencia.—*15:* Sueño clarificador sobre las vocaciones adultas.—*16:* Deja Roma y pernocta en el palacio episcopal de Orvieto.—*17-20:* En Florencia.—*20-22:* Bolonia, Módena y Milán.—*24:* En Turín.

Abril 18: Envía al Card. Berardi siete cartas de obispos favorables a las vocaciones tardías y a los cooperadores.—*Mayo 4 y 6:* Explica el

sueño del caballo (del 25 de abril).—*7:* Elude la pregunta de Berto y Barberis: ¿cómo conoce las conciencias?—*12:* En unas «buenas noches» da como definitivo el plan de dos fundaciones en la Argentina.—*Junio 7-22:* Visita Sampierdarena, Varazze y Alassio.

Julio 5: El Card. Berardi visita el Oratorio, y el 6 habla largamente con DB.—*28:* Escribe a don Ceccarelli para preparar los viajes de los misioneros.—*30:* Breve pontificio que concede indulgencias a insignes bienhechores salesianos como si fueran terciarios.—*Agosto 15:* Visitan a DB Mons. Andrés Scotton y el canónigo José Sarto, futuro San Pío X, quienes, después de comer con DB, deben tomar algo más en una fonda.—*21:* En Mornese asiste al fin de los ejercicios espirituales de las Hijas de María Auxiliadora, para quienes ha adquirido una casa en Turín.—*28:* En Mornese, profesión perpetua de M. Mazzarello y otras siete hermanas, y vestición de 15 postulantes.—*29:* En Ovada, donde celebra el centenario de San Pablo de la Cruz, concluye las Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora.—*Septiembre 16:* La Santa Sede no concede los privilegios solicitados por la Sociedad Salesiana.—*18-26:* En Lanzo, conferencias de aplicación de las Constituciones.—*29:* DB dice a monseñor Gastaldi: «Empezaré la obra de las vocaciones tardías en otra diócesis».

Octubre 27: En la novena de Todos los Santos invita a los jóvenes a imitar a Savio, Magone y Besucco.—*31:* La curia diocesana de Turín da el *placet* para una casa de Salesianas en la ciudad.—*Noviembre 1:* Audiencia del papa a la primera expedición misionera. Este mes han vestido la sotana 48 novicios.—*9:* Don Ronchail y otros tres salesianos inician la fundación en Nice. Víctor Manuel condona la multa de octubre de 1873, reducida a 1.500 liras por el Tribunal de Apelación en febrero de 1875.—*11:* Despedida de la *primera expedición misionera.* Sale para Génova, donde embarcará el 14.—*17:* DB en Varazze.—*19:* En Albenga.—*20:* En Nice, inaugurada el 21.—*27-30:* Alassio.—*Diciembre 6:* Regresa tarde al Oratorio y habla a la comunidad.—*14:* Llegan a Buenos Aires los primeros misioneros.—*21:* Llegan los designados a San Nicolás de los Arroyos. Ultimos días: la curia de Turín no renueva a DB las licencias de confesión.—*27:* DB va a Borgo San Martino, donde a una anciana que lleva dos años sin andar le anuncia: «El domingo irá usted a misa».—*Este año* los salesianos son 171. Se conservan 125 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Asociación de obras buenas. El jubileo de 1875. María Auxiliadora: narración de algunas gracias. Obra de María Auxiliadora para las vocaciones al estado eclesiástico. Reglas o Constituciones de la Sociedad de S. F. de Sales* (primera edición italiana). *Sagrada Congregación de Obispos y Regulares: Consulta para una congregación especial.*

1876 (MB12)

Enero 1: Recuerda que Rattazzi intervino en la formulación de algunos artículos de las Constituciones salesianas.—*7:* Grandes proyectos editoriales.—*23:* El obispo de Acqui aprueba oficialmente a las Salesianas. DB explica un sueño: siembra y gallinas. Las vocaciones tardías prosperarán.—*Febrero 2:* Afirma que todo paso de la Congregación ha sido aconsejado por un hecho sobrenatural.—*8:* Anuncia la formación acelerada de las vocaciones tardías, que reglamentará el 27 de marzo.—*9:* Don Cibrario y otros tres salesianos salen para fundar en Vallecrosia.—*20:* DB llega a Nice, donde Mons. Mermillod, vicario apostólico de Ginebra, dará la conferencia salesiana.—*Marzo 4:* Ya en Turín, DB escribe la súplica a Pío IX para que apruebe a los cooperadores y la obra de las

vocaciones tardías.—*29:* Llegan a Valdocco, para fundar casa, siete Hijas de María Auxiliadora.—*31:* Habla a los artesanos de la vocación de coadjutor salesiano.

Abril 5: Llega a Roma (viaje 10.º) con don Berto.—*7:* Sueña: una hiena quiere destrozarle.—*14:* Discurso de ingreso en la Academia de los arcades: un sermón de la pasión.—*15:* Audiencia pontificia: las misiones. *21:* Consigue del papa el privilegio de ordenación *extra tempora*.—*23:* Por primera vez en el Oratorio se empieza este día el mes de María Auxiliadora.—*Mayo 3:* El papa concede dispensa de testimoniales a los alumnos de DB que van al noviciado.—*9:* Breves pontificios: *Aprobadas la Unión de Cooperadores salesianos y la Obra de las vocaciones tardías*.—*11:* Nueva audiencia papal.—*15:* Desde Pisa DB llega a Génova y se hospeda en Sampierdarena.—*31:* Visita en Villafranca d'Asti a don Messidonio, ex alumno enfermo.—*Junio 4:* Bautismo de un joven protestante. *21:* Muere en el Oratorio la mamá de don Rúa, que ha servido abnegadamente a los chicos de DB, como antes hiciera Mamá Margarita.—*28:* Muere el salesiano don Chiala.—*30:* DB explica el sueño de la fe, nuestro escudo y victoria.

Julio 6: Permiso de la Santa Sede de erigir un noviciado en Argentina.—*12:* DB presenta el reglamento de los cooperadores.—*20:* En Alassio.—*25-27:* En Sampierdarena.—*29:* Regresa a Turín. Este mes, el obispo de Concepción (Chile) le pide una fundación. DB le contesta el 29.—*Agosto 6:* Asiste en Lanzo a la inauguración del ferrocarril entre los 400 invitados que tienen la recepción en el colegio salesiano. Dialoga con los ministros Depretis, Nicotera y Zanardelli.—*14:* Anuncia que en cincuenta años los salesianos llegarán a diez mil (en 1926, los salesianos eran 5.920).—*Septiembre 10-18 y 19-28:* Tandas de ejercicios en Lanzo.—*12:* Ofrecen a DB la torre Antonelliana, el monumento que, por su altura, es característico de Turín.—*12:* Dos breves de Pío IX extienden las facultades de DB.—*27:* En confesión, le dice todos los pecados al futuro gran apóstol de los leprosos Miguel Unia. Acababa de llegar de su pueblo y, con sus veintisiete años, entraba como vocación tardía.

Octubre 1-7: Tercera tanda. Sueño de la filoxera.—*13:* En Vignale.—*19:* En Nice.—*27:* Recuerda públicamente los tiempos de Domingo Savio.—*29:* El papa le envía 5.000 liras para la segunda expedición misionera y desea que se haga cargo de los Conceptinos (cf. 20/6/1877), congregación fundada veinte años antes para la asistencia de los enfermos, y ahora en crisis, con sólo 50 hermanos repartidos en tres casas, siendo la principal la de Roma.—*Noviembre 6:* Ya sacerdote, pero muy enfermo, entra en el Oratorio José Vespignani, impresionado por las dotes proféticas de DB. Será activísimo provincial en Argentina y después consejero profesional general.—*7:* Parten los salesianos que van a fundar en Albano y Ariccia.—*7:* Solemne despedida de la segunda expedición: DB y 23 misioneros son recibidos en audiencia por el papa el día 9 (viaje 11.º a Roma).—*10:* Audiencia particular de DB.—*16:* Acompaña a los misioneros a la *estación* de Génova, pues zarparán en Burdeos.—*18:* DB pasa a don Sala su dolor de muelas.—*21-23:* En Borgo San Martino.—*Diciembre 4-7:* Visita Lanzo, donde tiene el sueño del paraíso, que cuenta el 22.—*31:* Parte para Roma.—*Este año*, con firmes palabras, despide a Agustina Simbeni, una visionaria acogida en la casa de las Hermanas de Mornese. Los salesianos son 191. Se conservan 150 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Cooperadores salesianos, o modo de favorecer las buenas costumbres* (otra edición en 1877).

1877 (MB13)

Enero 1: DB llega a Roma.—*9 y 11:* Audiencias pontificias (también el 21, estando el papa enfermo, en su habitación; viaje 12.º a Roma).—*16:* Visita la casa de Albano.—*29:* Deja Roma y va a Magliano.—*Febrero 2-3:* En Florencia, en casa Uguccioni.—*6:* La Congregación de Obispos y Regulares nombra a DB visitador de los Conceptinos.—*18:* DB come y habla con los novicios.—*19:* DB afirma que tiene 24 peticiones de fundar en Francia.—*21:* Sale en dirección a Sampierdarena, Varazze, Vallecrosia, Ventimiglia.—*28:* Sale de Nice a Marsella. Este mes, Mons. Gastaldi reparte a cardenales y otros el folleto *El arzobispo de Turín y la Congregación Salesiana.*—*Marzo 12:* DB inaugura en Nice el Patronato de San Pedro y explica los comienzos de la obra. Para esta ocasión ha redactado su tratadito sobre el *sistema preventivo.*—*23-24:* En Sampierdarena. Este mes condona la deuda y declara gratuito en adelante a Antonio Aime, que se hará salesiano y trabajará con gran celo en Barcelona, donde será provincial por breve tiempo, para seguir con el mismo cargo en Colombia.

Abril 30: Visita Mendrisio, del cantón Ticino, posible fundación.—*Mayo 1:* Encuentro en Turín con Mons. Dupanloup.—*13:* Mons. Gastaldi da el permiso para edificar la iglesia de S. J. Evangelista.—*18:* La curia de Turín critica la edición de *La nubecilla del Carmelo:* una colección de gracias de María Auxiliadora no reconocidas por la autoridad diocesana.—*23:* DB habla a 300 peregrinos franceses que visitan el Oratorio.—*24:* Pasa diez días en el Oratorio don Pablo Taroni, director espiritual del seminario de Faenza; le dice DB: «Por salvar un alma me quitaría el sombrero ante el demonio».—*26:* Entra en el Oratorio el conde Cays: el 23 fue testigo de la curación inmediata de una sordomuda.—*Junio 1:* DB recibe en Génova a Mons. Aneiros, arzobispo de Buenos Aires.—*8:* DB lo acompaña a Roma (viaje 13.º).—*10:* En la audiencia a los periodistas católicos, DB está presente como editor de las *Lecturas Católicas,* y así puede hablar al papa sobre los Conceptinos. Es el último encuentro con Pío IX.—*20:* El papa encarga al Card. Randi del asunto de los Conceptinos, lo comunica a DB y éste envía al papa una relación: ya no intervino más con estos religiosos.—*23:* Desde Ancona, con monseñor Aneiros, visita Loreto.—*24:* Mons. Gastaldi no permite a monseñor Aneiros pontificar en el Oratorio, donde el prelado argentino es festejado los días 26-30.

Julio 3: En el Oratorio se representa *La Patagonia,* de don Lemoyne.—*4:* DB va a Borgo San Martino.—*5:* DB confía la máquina de fabricar papel de Mathi al genovés señor Varetti.—*6:* DB pasa a Alassio.—*11:* Mons. Rosati pide a DB funde en La Spezia. DB acepta.—*17:* Dejando Nice, DB despide a Mons. Aneiros al zarpar de Marsella. Le anuncia que llegará doce días más tarde de lo previsto: así sucedió.—*22:* En Sampierdarena: DB se encuentra enfermo.—*Agosto 10:* Comenta la finalidad del *Boletín Salesiano,* que sale por primera vez.—*24:* La curia de Turín prohíbe decir misa a don Perenchio, que el 17 había pedido ingresar salesiano. DB da explicaciones el 7 de septiembre.—*25:* El Card. Bilio firma las bases para fundar en Magliano Sabino.—*26:* Mons. Gastaldi suspende a don Lazzero de confesión por dieciocho días, y escribe al cardenal Ferrieri acusando a DB de autonomía, de no pedir testimoniales. Este mes DB sueña la casa de La Navarre.—*Septiembre 5:* Apertura del I Capítulo general en Lanzo, con 23 miembros: hasta el 5 de octubre.—*14:* La Sagrada Congregación de Obispos y Regulares responde a DB sobre

la compra de un antiguo convento en Nizza Monferrato, fue refrendada por Mons. Sciandra, obispo de Acqui, el 27.—*19:* El conde Cays viste la sotana.—*28:* DB explica el sueño de las confituras. Este mes implanta una tipografía en Sampierdarena. Las Hermanas se establecen en Nice.

Octubre 7: Fiesta del Rosario en I Becchi.—*15:* Mons. Gastaldi publica anónimo *El arzobispo de Turín y la Congregación Salesiana,* en que reviven las dificultades.—*21:* El señor Gazzolo comunica a DB que le han concedido diez pasajes gratuitos para los misioneros.—*26:* Desde Costigliole, donde busca dinero, escribe a don Ronchail sobre la fundación de Saint Cyr y La Navarre.—*28:* Por primera vez anuncia DB un triduo de preparación al curso. Este mes ha enviado tres salesianos a Cannes: una escuela parroquial.—*Noviembre 1:* Circular sobre las decisiones del I Capítulo general.—*5-6:* Lectura pública del reglamento de la casa.—*6:* Despedida en Mornese de la *primera expedición de seis Hermanas misioneras.*—*7:* Despedida en Turín de la tercera expedición: 18 misioneros: Costamagna, Vespignani...—*13:* DB los recibe en Génova cuando ya vuelven de Roma.—*14:* Mons. Gastaldi pone condiciones para ordenar al conde Cays, y el 15 advierte a DB una anormal publicación de las indulgencias en favor de los Cooperadores.—*22:* En Borgo San Martino predice a don Albera que será su segundo (... sucesor, como recordó bien don Rinaldi, que fue el tercero).—*Diciembre 8:* Profesión perpetua del conde Cays.—*15:* El arzobispo de Génova Mons. Magnasco aprueba los Cooperadores en su diócesis.—*19:* DB visita la nueva fundación de La Spezia.—*22:* Llega a Roma (viaje 14.º), tercera vez este año, con don Berto.—*Este año* los salesianos llegan a 241. Se conservan 139 cartas (cf. MOLINERIS, *DB inédito,* p.423-426.477).

OBRAS PUBLICADAS: *Capítulo General de la Congregación Salesiana a convocar en Lanzo. Inauguración del Patronato de San Pedro en Nice (con el sistema preventivo). La nubecilla del Carmelo. Obra de María Auxiliadora para las vocaciones al estado eclesiástico. Reglamento del Oratorio de S. F. de Sales para los externos. Reglamento de las casas de la Sociedad de S. F. de Sales. Reglas... de la Sociedad de S. F. de Sales* (2.ª ed. ital.). *Sociedad de S. F. de Sales: Año 1877.*

1878. Enero 6: César Cantú escribe a DB contento de ser cooperador.—*9:* Muere Víctor Manuel II.—*27:* En Roma desde el 22 de diciembre, no pudiendo hablar con el papa, le envía un memorial pidiendo honorificencias para algunos bienhechores.—*29:* Conferencia para cooperadores. Este mes, el *Boletín Salesiano* publica una aclaración sobre un opúsculo de un antiguo alumno contra Mons. Gastaldi, salido en noviembre anterior.—*Febrero 7: Fallece Pío IX,* y DB, el 12, visita la capilla ardiente.—*20:* El Card. Pecci, nuevo papa: León XIII. DB asiste el 23 a la primera audiencia pública.—*27:* Mons. Gastaldi publica una pastoral: la parroquia de San Segundo sea un monumento a la memoria de Pío IX. *Marzo 3:* Coronación de León XIII.—*5:* El cardenal Oreglia de Santo Stefano, hermano del que fue salesiano antes de hacerse jesuita, se hace acompañar por DB, quien así puede saludar al nuevo papa.—*10:* DB solicita la aprobación del texto litúrgico de la bendición de María Auxiliadora: será aprobado el 18 mayo.—*11:* Breve a favor de la archicofradía de María Auxiliadora.—*16:* Primera audiencia de León XIII a DB.—*23:* Escribe a don Bonetti que prepare una biografía del nuevo papa para las *Lecturas Católicas.*—*30:* En Sampierdarena. Con don Rúa sale para la Costa Azul.—*31:* Llega a Nice.

Abril 5: Contrato en Fréjus de cesión del orfanato de La Navarre y Saint Cyr.—*6:* El prefecto de Turín, tras una inspección de sanidad, en-

vía a DB un pliego de normas higiénicas.—*12:* El Card. Ferrieri anuncia a DB: anulados los privilegios concedidos por Pío IX a los salesianos.—*19:* Sampierdarena: sueña con dos perros feroces.—*24:* Regresa al Oratorio.—*Mayo 4-5:* Dos visitas a Mons. Gastaldi.—*8:* Escribe al cardenal Franchi sobre la iglesia de S. J. Evangelista, la parroquia de San Segundo y el recuerdo de Pío IX.—*12:* Invita a Mons. Gastaldi a confirmar en el Oratorio.—*13:* La prefectura manda cerrar el Oratorio por motivos sanitarios.—*19:* Intento de robo en la iglesia de María Auxiliadora.—*24:* Bendice y sana a la madre de Felicita Torretta, que dejará a su hija hacerse religiosa.—*Junio 2:* Mons. Gastaldi imparte la confirmación en el Oratorio.—*13:* Contrato definitivo para la casa de Marsella. *15:* DB dispuesto a la visita sanitaria anunciada el 12.—*25:* La Congregación de Obispos y Regulares no admite el recurso de DB sobre no haber guardado los tiempos para el noviciado del conde Cays.—*28:* Las Hermanas inauguran casa en Chieri, con el visto bueno de Mons. Gastaldi del día 29.—*29:* Los salesianos abren una obra en Lucca.

Julio 5: Llegan los primeros salesianos a La Navarre: inauguración oficial el 8.—*5:* Los novicios pasan el verano en el chalé del barón Bianco de Barbania, en Caselle.—*17:* DB da carta blanca a José Rossi, el primer salesiano admitido por el Consejo constituido en diciembre de 1859, como proveedor general.—*20:* Mons. Gastaldi prohíbe a DB publicar cualquier noticia sobre la iglesia de S. J. Evangelista y la memoria de Pío IX.—*23:* Escribe al ministro Zanardelli, sucesor de Crispi, sobre la pedagogía preventiva.—*25:* Pasa unos días con los novicios en Caselle. *29:* Escrito de la Congregación de Obispos y Regulares: el conde Cays pide la subsanación del noviciado y de la profesión.—Este mes anuncia a un salesiano que su madre, entonces grave, vivirá algunos años.—*Agosto 1:* El Card. Mónaco, en nombre de León XIII, pide limosnas a toda la Iglesia para el templo del Sagrado Corazón en Roma (que más tarde será confiado a DB).—*4:* Evasio Garrone, a sus dieciocho años, ingresa en el Oratorio; DB le adivina sus pecados y su futuro.—*10:* Mons. Gastaldi limita la acción litúrgica en la capilla de las Hermanas de Chieri.—*14:* Colocación de la piedra angular de la iglesia de S. J. Evangelista.—*16:* Visita a las Hermanas en Mornese; ejercicios espirituales de ocho días.—*15 y 30:* Carteo con el Card. Bilio sobre los privilegios: el tiempo no es favorable.—*Septiembre 1:* Apertura de la escuela profesional de Almagro (Buenos Aires).—*18:* Breve de León XIII de aliento para las misiones salesianas.—*19:* Compra el palacio de Ca' Pesaro, para fundar en Este.—*20:* Mons. Gastaldi ordena al conde Cays.—*22:* DB asiste a su primera misa en Sampierdarena.—*23:* Regresa al Oratorio.—*24:* Delega en don Bonetti la dirección espiritual de las Hermanas de Chieri.—*26:* En Lanzo.

Octubre 5: Llegan las primeras Hermanas a La Navarre.—*6:* Fiesta del Rosario en I Becchi.—*14:* Bilocación en Saint Rambert d'Albon, asegurando a Adela Clément, que no le conoce, la curación del hijo.—*24:* Sueño: efectos de las vacaciones.—*27:* Bendición de la iglesia restaurada de Nizza Monferrato.—*31:* El consejo provincial exige a DB el cierre de las escuelas de externos: no reúnen las condiciones debidas.—Este mes, madre e hija Caló-Carducci, de Bari, le visitan, se hacen cooperadoras y ofrecen su casa para una fundación.—*Noviembre 1:* Pide permiso para enseñar sin títulos en el Oratorio durante tres años.—*6-30:* Don Rúa y el conde Cays, a París: posible fundación.—*8:* DB presenta a los cardenales la biografía de León XIII. Envía al prefecto de Turín los nombres de los profesores del Oratorio con sus títulos.—*23:* El Card. Nina le envía dos mil liras del papa.—*Diciembre 2:* Permiso ofi-

cial para organizar una rifa pro iglesia S. J. Evangelista.—*3:* Don Oddenino denuncia a Mons. Gastaldi el celo abusivo de las Hermanas de Chieri.—*7:* DB habla en la despedida de la cuarta expedición misionera. Forman parte también diez Hermanas.—*8:* Carta-presentación de las Constituciones impresas de las Hermanas.—*30:* Emprende viaje a Roma. Génova y Marsella.—Este mes, Garrone y Franchini le ven levantado, a distancia del suelo, mientras le ayudan a misa (Garrone lo verá así dos veces más: salesiano, sacerdote en 1889, será gran misionero-médico en Argentina).—*Este año* los salesianos son 300.—Se conservan 207 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Deliberaciones del Capítulo general de la P. S. Salesiana en Lanzo, septiembre 1877. La más hermosa flor del Colegio Apostólico, o elección de León XIII. Reglas o Constituciones para el Instituto de las Hijas de M. A. Sociedad de S. F. Sales: Año 1878.*

1879 (MB14)

Enero 1: Circular sobre la rifa en beneficio del Oratorio. Otra en el *Boletín Salesiano.*—*5:* En Niza.—*7:* Por Fréjus, a Marsella.—*11:* Diciendo a la Santísima Virgen: «¡Ea, comencemos!», cura un paralítico. Esta noticia remueve la ciudad. Acude a DB un gran gentío.—*27:* En Aix, un modo ingenioso y atrevido de pedir limosna: Quiere «vender», al que le ha invitado, los cubiertos que se ha metido en el bolsillo.—*29:* En Saint Cyr.—*30:* Tolón. Cura a una señora. De noche llega a Hyères. Es visitado por el doctor D'Espiney (que publicará una de las primeras biografías de DB en vida) y cura al conde Villeneuve.—Este mes, de acuerdo con el obispo de Marsella, ha pedido a Roma erigir un noviciado en Francia.—*Febrero 2:* Pasa por Niza.—*5:* Por Vallecrosia a Alassio.—*6-7:* Reunión de directores. DB anuncia la creación de cuatro inspectorías o provincias religiosas salesianas.—*12:* Mons. Gastaldi suspende de confesión a don Bonetti, conflicto que durará varios años.—*16-19:* En Sampierdarena.—*20-21:* La Spezia.—*22:* Visita al obispo en Sarzana y parte para Lucca: varias curaciones y conferencia el 26.—*28:* Sale para Roma (viaje 15.º).—*Marzo 1-28:* DB en Roma.—*5:* Visita al Card. Nina, secretario de Estado.—*7:* Circular a los cooperadores.—*15:* Audiencia con el ministro Depretis, presidente del Consejo, sobre las escuelas del Oratorio.—*20 tarde:* Audiencia pontificia.—*24:* A pesar de que sus ojos están enfermos, DB visita el seminario de Magliano.—*26:* El Card. Nina es nombrado protector de la Congregación Salesiana.—*28:* Sale para Florencia.—*31:* Hacia Bolonia. Este mes DB ha redactado e impreso el estado de la Congregación para la Santa Sede y los directores.—Ha salido un folleto anónimo contrario a Mons. Gastaldi: *La cuestión rosminiana y el arzobispo de Turín.*

Abril 1: Visita al arzobispo de Bolonia.—*2:* A Este.—*4:* Conferencia a cooperadores.—*5:* Celebra en la catedral de Padua.—*6-9:* Milán.—*9:* Turín.—*15:* Escribe a Aníbal Strambio, cónsul en Marsella, recomendándole la naciente obra salesiana en la ciudad.—*Mayo 2:* Mons. Gastaldi retorna oficialmente las licencias a don Bonetti si no vuelve a Chieri.—*9:* DB explica un sueño: dificultades en afrontar la vocación.—*13:* Monseñor Rota premia la vida de San Pedro escrita por DB.—*15:* Pasan por el Oratorio 220 peregrinos franceses que llegan de Roma. Este día, el doctor D'Espiney certifica la curación de la vizcondesa de Villeneuve tras la visita de DB el 5 de febrero. Llega al Oratorio el decreto del consejo escolar provincial: clausurar las escuelas del Oratorio. DB, el 18, apela en contra.—*22:* Ascensión: bautizo del joven valdense Coucarda.—*23:* Conferencia a los cooperadores de Turín.—*24:* Partícipa en

la fiesta de María Auxiliadora la vizcondesa de Villeneuve.—*27:* Llamado por monseñor Gastaldi el 26, DB escucha la condición: que don Bonetti no vuelva a Chieri.—*29:* En apuros económicos, DB consigue un préstamo de cien mil liras sobre la finca de Caselle.—*Junio 10:* Las Hermanas empiezan la obra de Saint Cyr.—*23:* Llega el decreto de clausura de las escuelas del Oratorio. DB firma, pero apela el 23 al ministro, notificando al prefecto de la ciudad que es inviable el plazo de cuatro días.—*25:* Un jurado dictamina para DB el premio ofrecido por monseñor Ceccarelli a la mejor biografía de San Pedro.—*29:* Visita el Oratorio el obispo de Acireale.

Julio 2: Tregua al cierre de las escuelas del Oratorio.—*5:* Se inaugura San Benigno Canavese: vacaciones de 50 novicios.—*8:* DB telegrafía a la casa real a favor de los 300 estudiantes. Todo queda en suspenso. El mismo día cae el ministerio.—*20:* DB redacta la lista de títulos oficiales del Oratorio.—*24:* El ministro contesta: Se arreglará el asunto.—*Agosto 15:* Visita a las Hermanas en Niza-Monferrato.—*16:* En Roma se pone la primera piedra del templo del Sagrado Corazón, más tarde confiado a DB.—*17:* Fiesta de los antiguos alumnos.—*21:* DB asiste en Niza a unos ejercicios espirituales de señoras.—*30:* Carta sobre premios de una rifa pro iglesia S. J. Evangelista.—*Septiembre 3-10:* Primera tanda de ejercicios en Lanzo: 250 participantes.—*17:* San Benigno Canavese es constituido noviciado. Viaja por la Liguria. Escribe al ministro de Instrucción: las del Oratorio son «escuelas paternas».

Octubre 7: Mons. Alimonda, en Roma, se pone a disposición de DB y de la Congregación Salesiana, «hija dilecta del Espíritu Santo».—*20:* Vestición religiosa en San Benigno: Felipe Rinaldi (que será su tercer sucesor), Miguel Unia, etc.—*21:* El Card. Nina: el papa ha concedido a DB un subsidio de mil liras.—*23:* Los salesianos fundan en Messina.—*28:* El ministro permite reabrir las escuelas del Oratorio, pero búsquense los títulos legales.—*Noviembre 4:* La marquesa de Castel Lentini pide entrevistarse con DB para fundar en Siracusa.—*5:* Multiplica avellanas.—*8:* Abre una casa en Brindis que sólo durará un año.—*19:* Cae el ministro de Educación Pérez, mientras Viale, de la Secretaría de Estado, felicita a DB por su acertado recurso.—*Diciembre 8:* Predice a don Dalmazzo una circunstancia de su vida.—*18:* Don Rúa, en una circular: la Patagonia ha quedado abierta a los salesianos.—*24:* Las escuelas del Oratorio, ante el Consejo de Estado, mientras la autoridad de Turín pide programas y horarios. DB responde el 11 de enero.—*Este año* los salesianos son 347. Se conservan 116 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Las clases de beneficencia del Oratorio de S. F. Sales de Turín. Sociedad de S. F. Sales: Año 1879. Exposición a la Santa Sede del estado moral y material de la P. S. Salesiana. El Oratorio de S. F. Sales. Colección de cantos para uso de las misiones.* J. B. LEMOYNE, *El arca de la alianza* (gracias de María Auxiliadora).

1880. Sesenta y cinco años

Enero 1: Circular a los cooperadores: misiones de Patagonia.—*14:* DB regresa de Nice.—*16:* Fréjus y Hyères: conferencia el 19. Sale a Tolón.—*21:* La Navarre.—*22:* Marsella (don Cagliero en Sevilla, preparando la fundación de Utrera).—*29:* Fiesta de S. F. Sales, en Marsella: DB «recoge» la afonía del solista M. Blain (quien, hecho salesiano, fue director de varias casas en Francia).—*30:* Anima a los novicios. Celebra en las Salesas. Cura a la señorita Perier, después H. M. A.—*Febrero 6:* A Saint Cyr.—*7:* La Navarre.—*20:* Conferencia a los cooperadores en Mar-

sella. Asiste el obispo Mons. Robert.—*22-23:* En Aubagne descansa en el castillo del conde Villeneuve.—*24:* En Nice hasta el 6 de marzo.—*26:* En Roma se halla indecisa la comisión sobre las escuelas del Oratorio. Este mes las Hermanas fundan en Catania. DB paga 30.000 liras en forma inesperada.—*Marzo 7:* Primera piedra de la iglesia de Vallecrosia: asisten tres obispos y DB.—*11:* Sampierdarena. Salida a Roma (viaje 16.º).—*15:* En Roma visita al Card. Alimonda.—*17:* Al Card. Jacobini (Misiones).—*18:* Al Card. Oreglia y Bartolini.—*24:* Al secretario de Estado.—*25:* A Mons. Kirby.—*28:* Al Card. Vicario: le encarga del templo del Sagrado Corazón y de un colegio adjunto.—*29:* Decretos contra religiosos en Francia.—*29-30:* Viaje a Nápoles: posible fundación.—*31:* Incendio y robo de seis mil liras en Roma a don Dalmazzo. Quinta expedición misionera.

Abril 5: Conferencia a los cooperadores. Audiencia: el papa le encarga de la construcción del templo votivo al Sagrado Corazón de Roma.—*6:* Con el Card. Nina.—*7:* Con el Card. Jacobini (Misiones).—*8:* Con el secretario de Estado.—*10:* Promemoria sobre la aceptación del templo del Sagrado Corazón.—*13:* Memoria al papa sobre las misiones salesianas, entregada el 15.—*20-23:* En Magliano.—*23:* Florencia.—*26:* Hasta el 1.º de mayo en Lucca: el 30 cura a un poseso.—*Mayo 3:* De Sampierdarena a Génova.—*7:* Llega a Turín.—*22:* Conferencia a cooperadores.—*23:* Mons. Anglesio, sucesor de San José Cottolengo oficia en la iglesia de María Auxiliadora.—*29:* DB y su consejo condenan un panfleto sobre el arzobispo de Turín y el asunto de Chieri. Este mes monseñor Gastaldi acusa a DB ante el papa de publicar «milagros» sin permiso de la curia diocesana. Se alquila una casa en Florencia para iniciar una fundación.—*Junio 4:* Conferencia a cooperadores en San Benigno.—*21:* El doctor D'Espiney escribe al conde Cays sobre la publicación de una vida de DB.—*23:* El Card. Nina escribe a DB; Mons. Gastaldi le acusa de haber rehusado una fundación.—*28:* Mons. Gastaldi informa a la Congregación del Concilio: No se trata de un castigo a don Bonetti, sino de una providencia. Este mes bendice y cura a una novicia de Nizza afectada en los ojos. Atenta contra DB un tal Alejandro Dasso.

Julio 1: Conferencia a cooperadores en Borgo San Martino. Presiden Mons. Ferré y DB.—*7:* Escribe a don Dalmazzo sobre la compra de terrenos junto al Sagrado Corazón de Roma.—*8:* Sueña lluvias sobre el Oratorio: espinas, capullos, flores y rosas, al fin, después de cuatro truenos.—*14:* Escribe al papa: los privilegios son necesarios en misiones, sobre todo el *extra tempus*.—*18:* La Congregación de Ritos se pronuncia sobre la publicación de milagros de María Auxiliadora.—*25-29:* Reunión de antiguos alumnos seglares y sacerdotes.—*27:* El ministro Viale: el escrito de DB sobre las escuelas del Oratorio es suficiente y positivo.—*28:* Mons. Gastaldi escribe al general de los jesuitas lamentándose que se haya declarado antirrosminiano.—*31:* DB al cardenal vicario: la parroquia del Sagrado Corazón queda confiada a don Dalmazzo.—*Agosto 10:* Explica a los novicios un sueño reciente: un convite misterioso.—*11:* Concedido el *extra tempus* para los misioneros.—*17:* Compra de casa Nelva, junto al Oratorio de Turín.—*18:* En Turín, un delegado gubernativo secuestra las galeradas del *Boletín Salesiano*. DB reclama ante el procurador.—*20:* En Nizza-Monferrato, II Capítulo general de las Hermanas.—*Septiembre 21:* DB predice: los salesianos no serán expulsados de Francia. Este mes, II Capítulo general de los salesianos. Las Hermanas llegan a Borgomasino (Ivrea).

Octubre 8: Estando en Lanzo, acepta la fundación de Mogliano Véneto.—*12:* Mons. Gastaldi visita de improviso San Benigno, y el 22 es-

cribe a DB: hubo pocas atenciones.—*22:* Las Hermanas abren casa en Bronte (Sicilia) y, durante el mes, en Este, Penango y Melazzo (Acqui).—*Noviembre 1:* En San Benigno dice el Consejo: «Nada pasará a las casas de Francia».—*27:* El ministro Cairoli concede una subvención a DB. Este mes anuncia la curación del pie enfermo a Ursulina Rinaldi, futura hermana.—*Diciembre 3, 4, 6:* Una carta de la Congregación del Concilio, llevada a la curia de Turín, es primero rechazada, después aceptada y, por último, mandada a DB.—*18:* Se firma la convención sobre la iglesia del Sagrado Corazón entre el Card. Vicario y la Congregación Salesiana.—*21, 24, 29:* Siguen los problemas de la curia de Turín con don Bonetti. Este mes, en Turín, un presunto asesino de DB pierde su pistola en el sofá mientras habla con el santo.—*Este año,* Garibaldi, en el triunfo de Milán, dice: «No voy a Turín porque allí está DB». Los salesianos son 405. Se conservan 123 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Lecturas amenas y edificantes, o biografías salesianas. Sociedad de S. F. Sales: Año 1880.*

1881 (MB15)

Enero 20: En Turín, sexta expedición misionera.—*31:* DB escribe a don Costamagna, elegido primer inspector en América.—*Febrero 3:* Los misioneros zarpan de Génova.—*9-25:* DB, en Marsella.—*22:* Primera fundación en España: Utrera (Sevilla).—*Marzo 1:* Visita la familia Colle, cuyo hijo único está grave.—*4:* La señora Flandrin, de Marsella, testifica su curación por la bendición de María Auxiliadora.—*4:* DB da una conferencia en Tolón.—*4:* Los salesianos empiezan a trabajar en Florencia.—*8:* Llega a Nice.—*12:* Conferencia a los Cooperadores.—*19: Cannes.*—*27:* Vallecrosia.—*31:* Cura en Ventimiglia al hijo de la señora Moreno. Este mes anuncia la muerte de M. Mazzarello.

Abril 1: Llega a San Remo.—*3:* Muere en Tolón el joven Luis Colle. *10:* Conferencia a los cooperadores en San Remo.—*16:* En Florencia.—*17:* Visita al arzobispo y el oratorio de don Confortola.—*20:* Roma (viaje 17.º).—*23:* Audiencia: las obras de la Sociedad Salesiana. Este mes, regalando una medalla, consigue reconciliar un matrimonio genovés desavenido durante doce años.—*Mayo 12:* Reunión de cooperadores en Tor de' Specchi: preside el Card. Alimonda.—*13:* Llega a Florencia.—*14:* En Nizza-Monferrato muere santamente madre María Mazzarello, cofundadora de las Hermanas.—*16:* Regresa a Turín.—*19:* Conferencia a los cooperadores en la iglesia de S. F. Sales.—*23:* Conferencia a las cooperadoras.—*27:* En una misa, a la que asisten los condes Colle, tiene la visión del hijo Luis, fallecido el 1 de abril. Luis se le aparecerá, según está documentado, más de veinte veces.—*Junio 16:* Suplica al papa un título para el conde Colle.—*17:* DB describe una gracia conseguida por José Rosso al invocar a María Auxiliadora.

Julio 1: DB aclara el asunto de las escuelas del Oratorio.—*12:* Don Dalmazzo es nombrado párroco del Sagrado Corazón de Roma, confirmado el 3 de *agosto.*—*10:* Monseñor Gastaldi ofrece ayuda a DB para el templo del Sagrado Corazón.—*12:* El Capítulo general de las Hermanas elige como superiora a M. Catalina Daghero.—*Septiembre 10:* Sueña en San Benigno el porvenir de la Congregación.

Octubre 4: Escribe al conde Colle sobre la preparación de la biografía de Luis.—*9:* El obispo de Parma recomienda a un huérfano: Pablo Ubaldi (cf. junio 1885).—*Noviembre 2:* Vestición clerical de 45 novicios.—*10:* En el sínodo diocesano, Mons. Gastaldi habla poco favorablemente de la Pía Sociedad.—*16:* DB, en San Benigno.—*17:* Confe-

rencia a los cooperadores en Casale.—*20:* Se abre la casa salesiana de Faenza.—*22:* En Turín, primera piedra de la nueva tipografía.—*29:* Escribe al conde Colle sobre la biografía de Luis.—*Diciembre 8:* Inauguración de los nuevos locales de la casa salesiana de Florencia.—*10:* Conferencia a los cooperadores y despedida de la séptima expedición misionera.—*17:* Resolución de los cardenales sobre las cuestiones con monseñor Gastaldi.—*21:* El papa se interesa por el asunto. Solución el día 22.—*22:* Un decreto real termina la controversia sobre las escuelas del Oratorio.—*23:* Monseñor Gastaldi prohíbe que feliciten a DB los seminaristas ex alumnos.—*31:* Sueño sobre las Hermanas.—*Este año* los salesianos son 452. Se conservan 132 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Breve noticia sobre el fin de la P. S. Salesiana. Biografías de salesianos fallecidos en 1880. Excmo. Consejero de Estado. Exposición del sacerdote Juan Bosco a los Emmos. Cards. de la Sda. Congr. del Concilio. Favores y gracias espirituales de la Santa Sede a la Pía Sociedad.*

1882. Enero: DB viaja a Lyón.—*27:* Llega a Marsella.—*31:* La Sagrada Congregación del Concilio comunica a Mons. Gastaldi algunas determinaciones sobre don Bonetti, y el Card. Nina declara que la curia de Turín no debe actuar sobre unos opúsculos de que es acusado DB.—*Febrero 2:* En Mathi explota la caldera de la máquina que produce papel, propiedad de DB (cf. julio 1877).—*4:* DB llega a Toulouse.—*11:* En Marsella cura a un joven de una pústula maligna.—*21:* Tolón. DB visita a los condes Colle.—*20:* Anuncia una prueba a un joven sacerdote de Saint Cyr: muere repentinamente su madre al poco tiempo.—*21:* Monseñor Gastaldi paga una puerta de la iglesia de S. J. Evangelista.—*Marzo 4:* DB pasa de la Navarre a Cuers: una gran multitud le obliga a detenerse hasta el 6.—*9:* En Cannes cura a una joven protestante de veinte años.—*17:* En Nice visita a la joven católica polaca Rohland en una pensión protestante y la cura.—*30:* En Génova, una gran multitud acude a la conferencia para cooperadores. DB se manifiesta muy exigente en el deber de dar limosna. Lo mismo al día siguiente, cuando le consulta un confesor de un hombre muy rico.

Abril 3: Conferencia a los cooperadores en Camogli. Idem en La Spezia el 4-5; el 8, en Lucca, y el 9, en Florencia.—*12:* Llega a Roma (viaje 18.ª).—*18:* Recibe una fuerte limosna, providencial ante las facturas que le asediaban.—*25:* Audiencia con el papa: cuarenta y cinco minutos.—*27:* DB da la conferencia a los cooperadores en Tor de' Specchi. Interviene el Card. Alimonda.—*Mayo 9:* Visita a los cardenales Nina y Alimonda; va a Magliano.—*13:* Visita al obispo de Rímini y la casa de Faenza, donde el 14 celebra en la catedral, visita el seminario y, por la tarde, habla a 300 jóvenes.—*15:* En Bolonia, camino de Turín, presiente, conmovido, la muerte del joven aspirante Franchino, que, otro S. Luis, fallece el 16.—*21:* En Turín, conferencia a los cooperadores.—*24:* Fiesta de María Auxiliadora, presentes los condes Colle.—*30:* Escribe al papa: no puede ir a Roma, pero don Dalmazzo tiene plenos poderes en el litigio con la curia diocesana.—*Junio 15:* Firma de la concordia sobre don Bonetti entre el canónigo Colomiatti y don Dalmazzo.—*17:* Se suspenden temporalmente, por falta de medios, las obras del Sagrado Corazón de Roma.—*23:* El Card. Nina envía a DB, comentado, el texto auténtico de la concordia.

Julio 3-5: Inauguración del órgano del templo de S. J. Evangelista.—*11:* Mons. Gastaldi comunica a DB que le concede su perdón y su paz.—*18:* DB devuelve a Mons. Gastaldi dos cartas anteriores, que eran ame-

nazas de suspensión: así se va cumpliendo lo prescrito por Roma sobre las largas divergencias.—*29:* Escribe a don Dalmazzo: hay que tramitar un vicariato en la Patagonia. Este mes cura en Borgo San Martino al salesiano Juan Brigatti.—*Agosto 4:* DB escribe al Card. Nina: «Monseñor Gastaldi está dispuesto a consagrar la iglesia de S. J. Evangelista».—*Septiembre 3-4:* Manda al Card. protector la lista de los 94 privilegios solicitados.

Octubre 4: Tras una semana de enfermedad, en que DB le acompaña, muere el conde Cays, salesiano.—*12:* Doña Dorotea de Chopitea escribe a DB para que funde en Barcelona.—*28:* Mons. Gastaldi *consagra la iglesia de S. J. Evangelista.* DB dirige la palabra al pueblo.—*29:* DB encuentra al joven Malan, de veinte años, sobre cuya cabeza ha visto una llama, signo de vocación: será salesiano, misionero y obispo en el Brasil.—*Noviembre 8:* Inauguración de la casa de Mogliano Véneto.—*Diciembre 16:* El abate Rostand de Antibes escribe a don Ronchail: DB, en Tolón, curó a un joven en febrero.—*18:* Don Dalmazzo a DB: el papa pide pausa en el asunto de los privilegios.—*28:* DB felicita a cada uno de los directores.—*Este año* los salesianos son 482. Se conservan 140 cartas.

Obras publicadas: *El arpa católica o colección de cantos sagrados* (tres colecciones). *Biografías 1881. Biographie du jeune Louis Fleury Antoine Colle. Deliberaciones del II Capítulo general de la P. S. Salesiana.*

1883 (MB16)

Enero 2: Don Berto asegura que DB curó a una posesa.—*17:* Sueño: consejos de don Provera (cf. abril 1874). Invita a Mons. Dusmet a pagar 14,74 liras, pero prescindiendo de la coma, precio del encargo de varias partituras de don Cagliero. El obispo (de Catania) le complace.—*29:* DB escribe una rica circular *sobre los castigos:* no fue publicada hasta 1935.—*30:* Desea despedirse (previendo el 25 de marzo) de Mons. Gastaldi: no lo consigue.—*31:* Tras confesar por la mañana, sale para Génova, dejando un anillo para don Cagliero (anuncio de que será obispo).—*Febrero 1:* En Varazze.—*13:* Habla en Vallecrosia con el obispo. El perro «Gris», no visto desde octubre de 1866, les guía un trecho.—*24:* En Nice visita al obispo. Cae en el agua al atravesar una riera.—*Marzo 2:* En Cannes desayuna con un anciano alejado de la vida cristiana: DB le impresiona.—*5:* Convive unos días con los condes Colle.—*7:* Bendice el nuevo edificio de La Navarre.—*9:* Cura a Félix Rougier, fundador de la congregación del Espíritu Santo.—*16:* Gran fiesta al llegar DB a Marsella.—*25:* En Turín, de improviso, *muere Mons. Gastaldi.*

Abril 2: DB parte de Marsella a Avignon, donde cortan pedazos de su sotana.—*6-12:* En Lyón.—*14:* Habla a la Sociedad Geográfica sobre la Patagonia.—*18:* Llega a París.—*26:* Curación de una niña sordomuda.—*29:* DB predica en la Magdalena. Este mes cura de ronquera al gran gregorianista dom Mocquerau.—*Mayo 5:* Parte de París a Lilla.—*10:* Banquete en honor de DB, organizado por la dirección de obras católicas.—*11:* Noticia de un ex zuavo pontificio curado por las oraciones de DB, quien en Roubaix pregunta a la familia Niel el coste del banquete que le da.—*16:* Deja Lilla y predica en la catedral de Amiens.—*17:* Predica en San Agustín de París.—*18:* Celebra en el palacio Lambert, ante la familia Czartoryski.—*20:* Cura a la fundadora de las Hermanitas de la Asunción. Visita de Víctor Hugo. Más curaciones.—*22:* Le escribe el

ex diputado Letèvre Portalis; su esposa se recupera tras la bendición de DB.—*26:* Deja París y pasa tres días en Dijon.—*30:* En Dôle, con la familia De Maistre.—*31:* Llega a Turín. Conferencia a los cooperadores.—*Junio 2:* Conferencia a las cooperadoras.—*8: L'Unità Cattolica* explica cómo Manuel Bert corrigió su *Manuale civique* gracias a su conversación con DB.—*20:* DB publica los esquemas para el III Capítulo general.

Julio 10: Salen los primeros salesianos de Montevideo para fundar en Río de Janeiro.—*11:* Decreto absolutorio de don Bonetti, conclusivo del pleito con Mons. Gastaldi.—*19:* Composición amistosa, por intervención de DB, entre los Menores Observantes y Marietti sobre la edición de las obras completas de San Buenaventura.—*13:* A las siete de la tarde parte con don Rúa a Frohsdorf, donde el 15 bendice al conde de Chambord, pretendiente al trono de Francia, enfermo grave.—*19:* Fiesta en Turín de los antiguos alumnos sacerdotes: DB ya ha regresado.—*Agosto 9:* El Card. Alimonda, nuevo arzobispo de Turín.—*24:* Muere el conde de Chambord.—*27:* El Card. Simeoni erige dos territorios en la Patagonia confiados a los salesianos.—*30:* DB sueña las misiones de América, acompañado de Luis Colle. Este mes DB ha viajado a Pistoya, hablado en San Benigno a los salesianos coadjutores y profetizado las futuras actividades a don Bellamy (fundó en París y Argelia).—*Septiembre 1-7:* III Capítulo general en Valsalice con 35 capitulares.—*9:* Un cambio político detiene los insistentes ataques de la prensa contra los salesianos de Faenza.—*15:* El Card. Simeoni escribe a DB sobre los nombramientos para la Patagonia: don Cagliero y don Fagnano. Este mes, el príncipe Czartorylski visita el Oratorio.

Octubre: Visita el Oratorio don Aquiles Ratti, futuro Pío XI: permaneció dos días.—*31:* DB escribe al presidente de la Argentina, general Roca, sobre la creación de dos vicariatos apostólicos.—*Noviembre 5:* El papa, en audiencia a don Cagliero, le recomienda la salud de DB.—*10:* Despedida de la octava expedición misionera encabezada por don Costamagna.—*16:* Decreto de erección del provicariato y la prefectura apostólica en la Patagonia.—*18:* El Card. Alimonda hace su ingreso en forma privada en la catedral de Turín.—*20:* Don Cagliero es nombrado vicario apostólico de Patagonia.—*21:* Conferencia a los cooperadores en Casale. DB ha llegado de Borgo San Martino gracias a dos ferroviarios que se han avenido a subirlo en un mercancías: son premiados con larga vida: ochenta y siete y noventa y dos años.—*Diciembre 20:* Bendice a una niña de nueve años, muda y paralítica; queda curada.—*Este año* los salesianos son 520. Se conservan 66 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Biografías de los salesianos difuntos en 1882.*

1884 (MB17)

Enero 1: Visita el Oratorio Mons. Caverot, arzobispo de Lyón.—*15:* Visita, como arzobispo de Turín, del Card. Alimonda, quien el 29 asiste a la fiesta de S. F. de Sales.—*Febrero 1:* DB no se encuentra bien. Debe meterse en cama.—*2:* Mons. Freppel, en la Cámara de Diputados de París, al tratarse la cuestión social, recuerda la reciente visita de DB.—*3:* DB se agrava y recibe el viático.—*13:* Sueño: Santos Pedro y Pablo. Anuncia algunas muertes.—*14:* Con don Lemoyne sale a pasear.—*15:* Apertura de la casa de Sarriá (Barcelona).—*18:* Prepara una circular por si muriera.—*21:* Pide ayuda a los condes Colle para comprar, por fin, la casa Bellezza, vecina al Oratorio. Así se realiza el 8 de marzo.—*28:* Da plenos poderes a don Rúa al anunciar al Consejo un nuevo viaje a Francia por agobio de deudas, viaje desaconsejado el 29 por el doctor Albertotti.

Este mismo día hace testamento, mientras el Card. Alimonda recomienda los privilegios que solicitan los salesianos.—*Marzo 1:* Llega a Alassio, donde DB cuenta haber convertido en 1850 a un masón que amenazaba con dos pistolas a quien le hablara de confesión.—*4:* Llega a Nice y es visitado por el doctor D'Espiney. El municipio de Faenza aprueba la fundación de los salesianos.—*10:* En Nice cura a un niño ciego. Da la conferencia a los cooperadores.—*15:* Llega a Marsella tras pasar por Fréjus.—*23:* El cardenal vicario bendice el presbiterio del templo del Sagrado Corazón de Roma. En Marsella visita a DB el doctor Combal, cuya hija curó DB el año anterior.—*25:* El Card. Ferrieri, atacado de parálisis, se muestra a favor de los privilegios.—*26:* En Tolón visita a los condes Colle.—*27:* En La Navarre.—*30-31:* En Castiglia, donde anuncia y consigue la lluvia.

Abril 1: En Antibes.—*2:* Nice: conferencia a cooperadores.—*6:* Sampierdarena.—*8:* DB recuerda los mejores tiempos del Oratorio.—*10:* La Spezia: conferencia a los cooperadores.—*16:* Ya en Roma (viaje 19.º), visita a varios cardenales: Consolini, el 17; Jacobini, el 18; Parocchi, vicario, el 25.—*26:* Se abre en Turín la Exposición Nacional de Industria, a la que concurre DB con un amplio pabellón sobre el entero proceso de preparación del libro.—*27:* Una fiebre ataca a DB: dura tres días.—*27:* Se autoriza a DB una rifa a favor de las obras del Sagrado Corazón.—*Mayo 3:* Insiste al Card. Alimonda para conseguir los privilegios.—*8:* Conferencia en Tor de'Specchi a los cooperadores, presente el cardenal vicario.—*9:* Audiencia de León XIII, quien, cariñoso, le habla de las fundaciones y los privilegios; él mismo será su protector.—*10: Carta al Oratorio sobre el espíritu de familia*, anunciada a don Rúa el día 6.—*14:* Sale de Roma y equivoca el tren. En Orte toma el directo para Florencia, adonde llega el 15, a las seis de la madrugada.—*17:* Pasa por Bolonia y llega a Turín.—*20:* En San Benigno nombra secretario particular suyo a Carlos Viglietti.—*22: L'Unità Cattolica* proclama reina de las máquinas de la Exposición Nacional de Turín la presentada por DB en el ramo del libro.—*23:* Conferencia de DB a los cooperadores en la iglesia de María Auxiliadora.—*24:* Asiste el príncipe Czartoryski a la fiesta de María Auxiliadora: una conversión.—*31:* El obispo de Lieja pide una fundación en su ciudad: también la desea el papa.—*Junio 10:* DB, al abogado Blanchard: «¿Practica usted la religión que tan elocuentemente defiende?»; el abogado llora y promete.—*24:* Fiesta de San Juan. Entre ilustres convidados, el conde Colle recibe el título de comendador de San Gregorio. Al final llega para saludar a DB el Card. Alimonda.—*28: Decreto de comunicación de los privilegios.*

Julio 5: Escribe al conde Colle: DB siempre tiene los bolsillos vacíos.—*9:* Cuatro truenos anuncian la llegada al Oratorio del documento de los privilegios.—*13-17:* Reuniones de antiguos alumnos: seglares y sacerdotes.—*19:* DB va a Pinerolo a pasar una temporada con el obispo Mons. Chiesa. Sueño sobre la pureza.—*22:* Pasa a Valsalice con los ejercitantes salesianos.—*Septiembre 1:* DB dice a don Lemoyne: «Hay que quemar los documentos de las cuestiones con Mons. Gastaldi» (1871-83).—*2:* Se halla en San Benigno.—*3:* Multiplicación de avellanas.—*4:* Don Lazzero, consejero profesional.—*12:* Es aprobado el escudo de la Congregación.—*14:* El doctor Fissore visita a DB, a quien se le hinchan las piernas.—*29:* El Card. Alimonda ruega al papa que don Cagliero sea consagrado obispo: lo pide su misión.—*29-30:* Sueña dar consejos a sacerdotes. Este mes ha soñado sobre sus colaboradores y ha escrito su testamento.

Octubre 9-10: Sueña visitar al papa.—*14:* Roma le faculta para cele-

brar misas votivas por su débil vista.—*25:* Carta de protesta de DB porque se va a dar un premio injusto a su participación en la Exposición Nacional.—*28:* Ve a cada salesiano con un estandarte donde lleva escrito los años que va a vivir.—*29:* Sueña los peligros para la P. S. Salesiana.—*30:* El papa nombra a don Cagliero obispo titular de Mâgida.—*Noviembre 12:* Apertura de la casa de Faenza.—*30:* El Card. Nina escribe al Card. Alimonda: «El papa está satisfecho de la noticia de que don Rúa haya sido nombrado vicario de DB» (tema de la reunión del Consejo Superior del 28 de octubre).—*Diciembre 7:* *Consagración episcopal de don Cagliero* en el templo de María Auxiliadora de Turín.—*8:* En Roma, Mons. Manacorda bendice la piedra angular del templo del Sagrado Corazón.—*31:* Consagración de la iglesia de María Auxiliadora en Nizza-Monferrato. Este mes, don Albera sistematiza una fundación en París.—*Este año* los salesianos son 554. Se conservan 83 cartas.

1885. Setenta años

Enero 8: Visita al teólogo Leonardo Murialdo, moribundo: «Debe hacer crecer esta planta» (los josefinos). Le bendice y cura rápidamente. Este amigo de DB también ha sido canonizado.—*25:* Incendio en el taller de encuadernación: DB no pierde la serenidad. Pocas horas después recibe diez mil liras.—*31:* Sueño de DB sobre las misiones de América con Luis Colle.—*Febrero 1:* Ordenaciones a cargo de Mons. Cagliero en el templo de María Auxiliadora.—*14:* Mons. Cagliero zarpa desde Marsella con una nueva expedición misionera. Es la novena: 6 hermanas y 18 salesianos.—*15:* El superior general de los Hermanos de las Escuelas Cristianas entrega 20.000 liras para el templo del Sagrado Corazón.—*28:* «Il Corriere della Sera» de Milán da la noticia de la muerte de DB. Otros diarios la repiten, mientras otros la desmienten.—*Marzo 13:* DB encuentra en la portería a algunos que preguntan por su muerte: hasta este punto llega el interés general por cuanto se refiere a DB.—*24:* Contra el parecer de los médicos, DB emprende viaje a Francia: Sampierdarena, Alassio, Vallecrosia. En Nice come con el conde de Montigny, a quien entrega el título de conde romano.

Abril 1: En Tolón visita a los condes Colle, siempre generosos. Curación instantánea de una paralítica. Este mismo día escribe a DB don Oberti desde Utrera: Mons. Spínola nos es de gran ayuda.—*4:* De Tolón a Marsella.—*6-8:* Sueño de tres noches con abundantes consejos.—*10:* Cura a una mujer paralítica en Marsella.—*15:* En Faenza, el patio de los salesianos es atacado con balas de fusil.—*17:* Para poder dar la conferencia a los cooperadores, DB traspasa su jaqueca a Viglietti.—*20:* Uno que estaba enfermo desde hacía cinco años puede asistir a la misa de DB, que deja Marsella y pasa por Tolón.—*21-28:* En Nice: el 27, banquete-homenaje del Círculo Católico.—*28:* De Nice a Alassio. Este mes en Marsella ha visto al diablo activo en el colegio: anuncia un retiro y confiesa mucho.—*Mayo 1:* Cura de congestión cerebral a un niño de cinco años. Otras dos curaciones instantáneas.—*2:* De Varazze a Sampierdarena.—*6:* Regresa a Turín.—*7-8:* Visita y misa con los duques de Norfolk, cuyo hijito, el 23, podrá dar unos pasos.—*24:* Con solas 20 formas puede dar la comunión a unas 200 personas.—*28:* Viglietti recoge de labios de DB el relato del encuentro con Víctor Hugo (mayo 1883).—*31:* DB aprueba el voto de los habitantes de Cúnico, que han sufrido el pedrisco catorce años seguidos, si se ven cinco años sin él: consiguen, tras el voto, cosechas excelentes.—*Junio 1:* DB en la conferencia a los cooperadores en el templo de María Auxiliadora.—*1:* Los salesianos llegan a Sao Paulo,

del Brasil.—*2:* Cura a un niño ciego.—*4:* Asiste a la misa de DB una joven francesa, libre ya del mal espíritu que la apartaba de todo acto de culto.—*9:* El Card. Lavigérie visita el Oratorio.—*23-24:* Onomástica de DB: es obsequiado con un retrato de Mamá Margarita, obra de Rollini. Anuncia al joven Ubaldi, que le felicita en griego: «Haremos de ti un profesor de universidad» (se hizo salesiano, y lo fue en la Católica de Milán). Este mes llega al Oratorio el príncipe Czartorvski: quiere conocer de cerca la vida salesiana.

Julio 7: Sueño: el ángel de las misiones.—*15:* Debe trasladarse a Mathi: necesita aire fresco.—*17:* Sueña: el Oratorio para niñas en Turín.—*26-30:* Pasa de Mathi a Turín: encuentros con los antiguos alumnos seglares y sacerdotes.—*Agosto 7:* Visitan el Oratorio el Card. Alimonda y Mons. Calabiana, arzobispo de Milán.—*22:* Va por última vez a Nizza-Monferrato: el 23 asiste a vesticiones y profesiones y da su última plática a un buen grupo de hermanas.—*24:* Va a San Benigno hasta el 31: explica a sus íntimos que un día se ha visto en la misa envuelto en vivísima luz, seguida de fuerte tiniebla: «Se acerca mi muerte».—*Septiembre 16:* Se le presenta en Valsalice una señora curada el 5 de agosto, que ha recaído por faltar a su promesa.—*17:* Habla sobre el *Boletín Salesiano*.—*29:* Alguien intenta quemar los andamios del templo del Sagrado Corazón de Roma.—*24:* Anuncia al Consejo que nombrará a don Rúa como vicario con derecho a sucesión.

Octubre 4: Fiesta del Rosario en San Benigno: profesión de 45 novicios.—*11:* Allí mismo, vestición de unos 60 novicios.—*22:* Sepultura de don O'Donnellan: sueño sobre el mismo. Muerte anunciada del joven Accornero.—*31:* Explica a don Lemoyne: «Veo una llama sobre un chico, y es índice de vocación».—*Noviembre 13:* Don Viglietti refiere cómo DB leyó una conciencia.—*Diciembre 7:* La señora Mercier, protestante, de Nice, escribe a DB y le pide oraciones.—*8:* DB manda una circular a la Congregación: «Don Rúa es vicario con derecho a sucesión».—*13:* DB habla a los jóvenes: al fin reparte avellanas.—*31:* DB, muy agotado, da la consigna para el próximo año. Cuando rezan el padrenuestro por el que morirá primero, todos creen que será DB.—*Este año* los salesianos son 593. Se conservan 51 cartas.

OBRAS PUBLICADAS: *Breve noticia sobre el fin de la Pía Sociedad Salesiana. Biografía de los salesianos fallecidos en 1883-1884.*

1886 (MB18)

Enero 3 y 31: Dos veces multiplica avellanas.—*14:* El salesiano Festa anota las predicaciones que DB hace hablando con algunos alumnos.—*29:* El Card. Alimonda bendice la capilla privada de DB. Este mismo día (y el 6 de febrero) DB se bifoca en Barcelona acompañando a don Branda, el director de los Talleres de Sarriá, por el colegio.—*Febrero 10:* Recita de memoria fragmentos griegos aprendidos en 1836.—*25:* Explica a Viglietti dos sueños: en la catedral, el viacrucis.—*Marzo 1:* Sueña ver en I Becchi a Mamá Margarita.—*5:* El ministro Silvela escribe a DB: «Funde en Madrid». DB contesta el 17.—*12:* DB empieza su viaje hacia Barcelona. Se detiene en Sampierdarena, donde multiplica unas 40 medallas, pues alcanzan para un millar de personas.—*17:* En Varazze y Alassio, donde anuncia el futuro a dos bachilleres que le llevan a la estación: «Serán un gran médico y un gran matemático».—*20:* En Nice.—*27:* En Cannes: visita a la hermana del zar.—*29:* Cura a una enferma.—*30:* En Tolón: con los condes Colle.—*31:* Llega a Marsella: en cada ciudad, agobio de multitudes y numerosas audiencias.

Abril 2: Llega don Rúa para acompañarle desde Marsella. DB bendice y cura a Elisa Blanch, alienada mental.—*7:* A las cuatro de la madrugada, DB llega en tren a Port-Bou, donde le esperan don Branda y el señor Sunyer. Gran recibimiento en la estación de Barcelona. Come en casa de doña Dorotea de Chopitea; al atardecer llega a Sarriá.—*9-10:* Sueño sobre las misiones salesianas.—*11:* Visita de la corporación municipal.—*12:* Cura al antiguo alumno Jaime Gherna.—*13:* Visita de Sardá y Salvany. Cura a una paralítica.—*14:* Visita el colegio de RR. MM. del Sagrado Corazón. *15:* Reunión con los cooperadores y Asociación de Católicos.—*16:* Bendice y cura a varios.—*17:* El nuncio de Madrid, Rampolla, insiste en la petición de Silvela (cf. 5 marzo); responde el 22.—*18:* Domingo. Una gran multitud desea ver a DB; se establece un horario de visitas y bendiciones.—*19:* Pide a Turín gran cantidad de medallas.—*20:* Visita de los obispos doctor Morgades, de Vich, y doctor Catalá, de Barcelona.—*21:* Celebra en el palacio Comillas, donde bendice y calma a una obsesa; visita el colegio de Loreto, donde cura a una hermana paralizada. Se reúne con 250 miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl.—*22:* Jueves santo: visita algunos monumentos.—*23:* Día de intimidad: recorre con detalle la casa.—*24:* Celebra en el oratorio de Narciso de Pascual. Recomienzan las visitas.—*26:* Da muchas comuniones: son muy numerosos los visitantes.—*27:* Recibe a los seminaristas de Barcelona.—*28:* Cura a una mujer.—*29:* Visita a Oscar Pascual. Curaciones en Sarriá. *30:* Conferencia del doctor Juliá en la iglesia de Belén; la multitud rodea a DB.—*Mayo 1:* Misa en la iglesia de Belén. Manuel Pascual le regala una campana para el templo de Roma.—*2:* Come con el obispo.—*3:* Visita a la familia Martí-Codolar y su parque de la Granja Vieja de Horta.—*4:* Con la familia Pons; visita a los padres jesuitas.—*5:* En la iglesia de la Merced: donación a DB de la cumbre del Tibidabo.—*6:* Sale por la tarde de Sarriá; pernocta en casa Carles, de Gerona.—*7:* Llega a Montpellier. Nueva visita del doctor Combal: es un milagro que DB se mantenga, y con tanta actividad, deshecho como está.—*10:* Pasa por Valence.—*12:* Hacia Grenoble.—*16:* Llega a Turín. Velada de recibimiento.—*18:* Le visita el Card. Alimonda.—*24:* Gran multitud en la fiesta de María Auxiliadora.—*30:* El «Diario de Barcelona» habla de la capilla al Sagrado Corazón erigida en el Tibidabo (gracias al celo de doña Dorotea Chopitea).—*31:* Carta convocatoria del IV Capítulo general. Este mes, el Card. Parocchi, protector desde el 17 de abril, da la conferencia a los cooperadores en Tor de'Specchi, Roma. Mientras DB estaba en Barcelona, se formó la décima expedición misionera.—*Junio 7:* Con don Viglietti empieza DB los paseos por la tarde.—*23:* DB recibe la visita del presidente del Perú con su hijo: le pide una fundación en su país (tendrá lugar en 1891).—*24:* Corpus y onomástica de DB: don Lemoyne le obsequia con una biografía de Mamá Margarita.

Julio 5: Visita de los Czartoryski, padre e hijo. Se traslada a Valsalice hasta el 15.—*11 y 15:* Encuentros con los antiguos alumnos, seglares y sacerdotes. Tras el último, va a Pinerolo.—*Agosto 1:* Muere en Nice el ingeniero, gran amigo de DB, señor Levrot.—*8:* En Pinerolo explica un sueño sobre las riquezas.—*13:* Retorna a Turín.—*14:* Recibe providencialmente una buena cantidad.—*25:* En San Benigno preside una tanda de ejercicios: los miembros del IV Capítulo general.—*Septiembre 1-7:* Sesiones del IV Capítulo general, en Valsalice, con 68 capitulares.—*4:* Se trata el tema de la formación profesional.—*11:* DB llega a Milán después del mediodía. Visita al arzobispo.—*12:* Domingo. En Nuestra Señora de las Gracias, de Milán, el misionero don Lasagna da la conferencia a los cooperadores. Preside DB y asisten unas 8.000 personas. Cura

a una niña sorda. DB, agobiado por las audiencias.—*13:* Con don Viglietti vuelve a Valsalice.—*27:* Retorna a Turín, pero el 29 va a San Benigno.

Octubre 3: Predica tras la profesión de 53 novicios.—*15:* DB publica 100.000 ejemplares de una circular en cinco lenguas para pedir por los misioneros.—*Noviembre 1:* El embajador de Colombia ante la Santa Sede pide a DB una fundación en su país.—*4:* El señor Suttil escribe a DB contándole una curación obrada por DB en persona.—*15:* El emperador del Brasil visita la obra salesiana de Sao Paulo.—*19:* DB en la reunión del Consejo señala la necesidad de títulos universitarios.—*21:* Circular sobre las conclusiones del IV Capítulo general.—*30:* Distribución de premios en Valsalice, presentes el Card. Alimonda, DB y el teólogo Margotti.—*Diciembre 2:* Se despide el grupo de 26 misioneros presididos por don Lasagna, a quien DB entrega una cajita con un anillo (será obispo siete años después): es la undécima expedición misionera.—*8:* Ultima edición de los *Consejos confidenciales a los directores.*—*9:* En Marsella, la nieta del señor Olive cura al contacto con el bonete de DB.—*24:* Predice al novicio Olive, gravísivo, que curará.—*25:* Se inaugura un comedor aparte para el Consejo Superior.—*27:* Por primera vez, los artesanos celebran el onomástico exacto de DB: S. J. Evangelista. Se canta a DB el «Andiamo, compagni», compuesto en junio de 1850. Los salesianos son 632. Sólo se conservan 21 cartas.

1887. Enero 4: Sueña la curación de Luis Olive.—*5:* El nuncio de Madrid, Rampolla, insiste sobre una fundación (17/4/1886).—*10:* Luis Olive mejora; su padre, que llegó el 28 pasado, se vuelve a casa.—*20:* El canónigo Grana de Roccabruna testifica que DB profetizó descendencia a un matrimonio que llevaba dieciocho años sin hijos.—*22:* Confiesa a los alumnos de la quinta gimnasial: nota la ausencia de uno de ellos.—*22:* Coloquio particular con don Luis Guanella, hoy Beato.—*Febrero 3:* Asiste a la conferencia de cooperadores en la iglesia de S. J. Evangelista.—*21:* Salen de Almagro (Buenos Aires) los salesianos, que llegarán a Concepción (Chile) el 6 siguiente.—*Marzo 2-3:* Sueña las misiones de Río Negro.—*4:* Recibe la limosna de las cantidades que necesitaba.—*7:* Escribe al presidente del Ecuador.—*24:* Sueño de la vendimia.—*29:* Don Costamagna escribe contando un accidente de Mons. Cagliero en los Andes.

Abril 3: DB dice que un sueño sobre el infierno no le dejó dormir.—*20:* Con don Rúa y don Viglietti a Sampierdarena.—*24:* En La Spezia: profetiza 11 hijos a una mujer que pone en sus brazos a uno que será salesiano.—*25:* Por Pisa a Florencia.—*28:* Sale para Arezzo.—*30:* Llega a Roma (último viaje).—*Mayo 5:* Salen los músicos del Oratorio de Turín para la consagración del templo del Sagrado Corazón de Roma.—*12:* DB cura el brazo paralizado de una señora, y la sordera a un clérigo del seminario Pío.—*19:* Audiencia pontificia. Bendice a la familia Pecci.—*14:* Consagración del templo del Sagrado Corazón.—*15:* Misa emocionada de DB en el altar de María Auxiliadora del nuevo templo de Roma.—*18:* Sale de Roma.—*19:* Se aloja en el palacio episcopal de Pisa.—*20:* Llega a Turín al atardecer.—*23:* Don Rúa da la conferencia a los cooperadores.—*23:* El duque de Norfolk pasa por el Oratorio; larga audiencia con DB.—*24:* Clara Louvet, constante bienhechora de DB, celebra la fiesta de María Auxiliadora en Turín; milagro de la lisiada, que deja las muletas por imperativo de don Viglietti.—*Junio 9:* El canónigo de Torrione Canavese atestigua en el Oratorio la curación de una niña por la bendición de DB.—*23:* DB retorna de Valsalice al Oratorio para celebrar su onomástica.

Julio 4: DB se traslada a Lanzo por prescripción médica.—*21:* Los

salesianos llegan a Puntarenas.—*Agosto 10:* Distribución de premios en Lanzo en presencia de DB.—*15:* Cumple setenta y dos años: su salud es débil.—*19:* Se traslada a Valsalice: ejercicios de aspirantes. Este mes, una hermana ve diez minutos a DB erguido, en éxtasis, cosa imposible por sus achaques. Lo mismo ve don Lemoyne.—*Septiembre 13:* DB anuncia a don Barberis: «Yo cuidaré de Valsalice» (así profetizaba el lugar de su sepultura).

Octubre 2: DB retorna a Turín.—*11:* Un francés, que sufría alienación mental, cura tras oír la misa de DB.—*13:* Visitan a DB el obispo de Evreux y la peregrinación Harmel.—*15:* Los salesianos llegan a Trento.—*16:* Huésnedes de DB: Mons. Sogaro, apóstol de los negros, y la familia Martí-Codolar, de Barcelona.—*20:* Vestición de 94 novicios en Foglizzo: el conde Colle ha pagado las sotanas.—*24:* En sueños, con don Cafasso, visita las casas. Afirma que, más que la muerte, le preocupan las deudas del templo del Sagrado Corazón de Roma.—*Noviembre 4:* Ultima circular pidiendo ayuda para las misiones.—*Diciembre 6:* Despedida de la duodécima expedición misionera destinada al Ecuador.—*7:* Mons. Cagliero, vuelto de América por impulso interior, le presenta tres abogados chilenos: DB cura la mano de uno de ellos.—*16:* DB recita autores clásicos en su paseo vespertino.—*17:* Confiesa por última vez a 30 jóvenes de las clases superiores.—*20:* Dicta a Viglietti unas máximas que escribe en estampas para los bienhechores; al mediodía tiene la última audiencia y, por la tarde, el último paseo.—*23:* Le visita el Card. Alimonda. DB se confiesa, como de costumbre, con don Giacomelli.—*24:* Don Rabagliati Evasio (gran misionero en Chile y, a favor de los leprosos, en Colombia), le comenta por carta a DB la vocación del sacerdote chileno Camilo Ortúzar, que, en una visita a los santuarios de Europa, acudió a DB, quien le prometió, si se hacía salesiano, que tendría pan, trabajo y paraíso. Se le encargó del *Boletín Salesiano* en español, y murió en Nice de solo cuarenta y seis años.—*24:* Don Cagliero administra a DB la extremaunción. DB quiere morir sin una moneda en los bolsillos.—*27:* DB se agrava, pero aún pide noticias sobre la Congregación. Don Rúa notifica en una circular la prohibición médica de visitas.—*31:* Empieza una ligera mejoría.—*Este año* los salesianos son 715. Se conservan 35 cartas (en diversos años habría que añadir las 213 en francés, que se hallan en el *Epistolario*, y las numerosas aparecidas después de esta publicación).

OBRAS PUBLICADAS: *Deliberaciones del II Capítulo general de las H. M. A. Deliberaciones del III y IV Capítulo general de la P. S. Salesiana.* Impreso en 1888: *Elenchus privilegiorum seu facultatum et gratiarum spiritualium quibus politur Societas S. F. Salesii...*

1888. Enero 1: Muere el conde Colle.—*3:* DB parece mejorar.—*8:* Visita a DB el duque de Norfolk. DB dicta un mensaje para el *Baletín Salesiano.*—*11:* El papa, en audiencia a un grupo de piamonteses, se interesa por DB.—*15:* DB bromea sobre su enfermedad.—*22:* Crece la debilidad de DB: visitas de los médicos.—*24:* DB se agrava. Le visita Mons. Richard, arzobispo de París.—*27:* DB, a veces, delira.—*29:* Ultima comunión.—*30:* Telegrama del Ecuador: el 28 llegaron a Quito los primeros salesianos. Este mismo día, el papa habla de DB a un grupo de argentinos. DB ya no habla. Le acompañan la mano para que dé las últimas bendiciones. Entra en agonía.—*31:* A las cuatro treinta de la madrugada, poco después del *Angelus, don Bosco muere.* Si en las últimas semanas era constante noticia el estado de su salud, ahora, por todos los medios de comunicación, se notifica su muerte a todas partes y llegan

abundantísimas las cartas y telegramas de pésame. A la misma hora, en Garessio, sor Filomena Cravosio, dominica, ve a DB radiante; DB le comunica que está curada, cosa que la religiosa comprueba al instante. También a la misma hora se aparece DB al párroco de Sénas (Arras) y, luminoso, le dice que ha sido escuchado: conseguida la conversión implorada.

Febrero 1: Al tocar el cadáver de DB, Luis Orione, joven que ofreció su vida por DB, futuro fundador y siervo de Dios, ve curado al instante su dedo de un grave corte, y Enriqueta Grimaldi, su grave tumor.—*2:* El cadáver de DB, en la iglesia de María Auxiliadora. Funerales. Cura instantáneamente a una H. M. A. ciega.—*4:* Llega el permiso para sepultarle en Valsalice, como se hace el día 6.—*7:* Reunión del Consejo Superior: cómo dar los pasos para la canonización de DB.—*8:* Lo mismo desea desde Roma el Card. Parocchi, a quien el papa comunica el día 11 que don Rúa queda confirmado sucesor de DB.—*21:* Don Rúa visita al papa.—*Marzo 3:* Funeral de trigésima: histórico sermón del Card. Alimonda.

1889 (MB19)

Julio 16: Don Rúa manda una circular a los obispos de Piamonte y Liguria consultando sobre la causa de beatificación de DB.—*Agosto 16:* Idem, pidiendo información sobre las gracias que se le atribuyan.

1890. Enero 31: Don Rúa suplica al arzobispo de Turín la introducción de la causa de DB, que se inicia el 4 de junio.

1891. Abril 9: Se reanuda la causa.—*Mayo 24:* Retractación del canónigo Chiuso por la parte que tuvo en las divergencias de Mons. Gastaldi con DB, en la sobremesa de la fiesta de María Auxiliadora (MB 18,867).

1893. Noviembre 9: El nuevo arzobispo David Riccardi nombra otros tres jueces para la causa de beatificación de DB.

1896. Junio 8: Se concluye el examen de testigos de la causa.

1898. Octubre 25: Edicto del Card. Richelmy: deben presentarse todos los escritos de DB a la curia diocesana.—*Agosto 15:* Se publica el primero de los 19 volúmenes de las *Memorias biográficas* de DB (fecha del prólogo).—*Septiembre 18:* Se inaugura el monumento a DB en Castelnuovo, su pueblo natal.

1900. Junio 5: Se constituye el tribunal que dictaminará sobre los escritos de DB.

1901. Enero 30: Terminan las 18 sesiones de examen de escritos.

1904. Junio 4: Termina el proceso de «non cultu» en Roma.

1906. Julio 29: Curación en Giaveno de sor Provina Negro, H. M. A., incapaz de recibir alimento, milagro reconocido para la beatificación.—*Agosto 22:* Decreto de Roma aprobatorio de los escritos de don Bosco.

1907. Julio 23: Pío X decreta la introducción de la causa: *Don Bosco es venerable.* Este mismo día aparece a sor Teresa Valsé-Pantellini: le anuncia la curación de una Hija de María Auxiliadora.

1908. Julio 8: El papa ratifica la iniciación del proceso.

1911. Enero 13: Se prorroga el examen de testigos de la causa.

1913: De Turín se envía a Roma el proceso sobre la fama de santidad.

1915: Primera piedra del santuario de María Auxiliadora en I Becchi, junto a la casa natal de DB.

1916. Febrero 12: Primera sesión de la continuación del proceso apostólico.

1917. Octubre 13-15: Reconocimiento canónico en Valsalice de los restos de don Bosco.

1919. Julio 17: En Castel San Giovanni, curación de Teresa Callegari

de una poliartritis infecciosa, con numerosas complicaciones, que le llevaron al borde de la muerte. Segundo milagro reconocido para la beatificación.

1920. Mayo 23: Inauguración del gran monumento a DB en la plaza de María Auxiliadora de Turín.

1922. Julio 4: Se da por concluida la detallada información de las relaciones de DB con monseñor Gastaldi, cuestión que complicó notablemente la causa de beatificación.

1927. Febrero 20: Decreto de la heroicidad de virtudes.

1929. Marzo 19: Aprobación de los dos milagros.—*Abril 21:* Decreto «de tuto».—*Junio 2: Beatificación de don Bosco:* sus reliquias habían sido reconocidas el 16 de mayo.—*3:* Audiencia papal a la familia salesiana en el patio de San Dámaso.—*9:* Las reliquias de don Bosco vuelven de Valsalice a la iglesia de María Auxiliadora de Turín en un solemnísimo y popular homenaje.—*16:* Se inaugura en I Becchi un monumento de la Unión de Maestros.—*Diciembre 20:* La encíclica *Mens nostra*, sobre los ejercicios espirituales, recuerda a don Bosco y a don Cafasso: Pío XI ha recordado frecuentísimamente a todo grupo de personas la ejemplaridad del nuevo beato.

1930. Febrero 14: Decreto estatal por el que Castelnuovo d'Asti se llamará en adelante Castelnuovo Don Bosco.—*Junio 18:* Decreto de reasunción de la causa.

1931. Febrero: En Rímini, en un par de horas, cura de broncopulmonía y flebitis infectiva a Ana Marcolini, de setenta y cuatro años. Primer milagro reconocido para la canonización.—*Mayo 6:* En la basílica de Turín, junto a la urna del beato, cura instantáneamente de artritis crónica de rodillas y pies a Catalina Lanfranchi Pilenga, enfermedad que se le había ido complicando a lo largo de veintisiete años. Segundo milagro reconocido para la canonización.

1933. Noviembre 19: Aprobación de los dos milagros.—*Diciembre 3:* Decreto «de tuto».

1934. Abril 1: En la Pascua conclusiva del Año Santo, *Pío XI canoniza a San Juan Bosco.*—*2:* Recepción en el Campidoglio, con asistencia de Mussolini.—*3:* Audiencia papal a la familia salesiana.—*22:* Lápida en el café Blanehard, de Chieri, donde Juan Bosco fue mocito de café.

1936. Enero 31: Inauguración de la estatua de DB en la basílica vaticana (cerca de la cúpula, encima de la estatua en bronce de San Pedro).—*Marzo 25:* La fiesta litúrgica de DB es extendida a la Iglesia universal.

1938. Junio 8-9: Se inaugura la gran ampliación y embellecimiento de la basílica de María Auxiliadora de Turín.

1939. Enero 17: Sale el volumen 19 de las MB; el último de la extensa biografía de DB (fecha del prólogo).—*Septiembre 14:* Volumen 10 de las MB, el último en aparecer, por historiar las dificultades con Mons. Gastaldi (fecha de la aprobación eclesiástica del volumen).

1944: Patrono (en España) de la cinematografía.

1946. Enero 31: Patrono (en España) de la formación profesional.

Mayo 24: Pío XII lo declara patrono de los editores católicos de Italia.

1950. Abril 13: Patrono de la Unión Nacional de Cooperativas de España.

1953. Junio: El «Boletín Salesiano» español registra que el reciente Congreso Internacional de Ilusionistas, reunido en Segovia, lo ha proclamado su patrono.

1958. Enero 17: Pío XII lo declara patrono de los aprendices italianos.

1959. Abril 21: Inauguración oficial de la ciudad de Brasilia. San Juan Bosco es uno de sus patronos, porque la vio en sueños.—*Mayo 11:* Solemnísimo homenaje del clero y pueblo, presididos por Juan XXIII, a las reliquias de San Pío X (a su vuelta de Venecia) y de San Juan Bosco (antes de volver a Turín, tras su presencia en la inauguración del templo en su honor en Roma-Cinecittà) en la plaza de San Pedro.—*Octubre 16:* Juan XXIII lo declara patrono de los aprendices de Colombia.

1960. Abril 22: Idem de los aprendices españoles.

1961. Junio 11: Primera piedra del grandioso templo a DB que se erigirá en I Becchi.—*Octubre 29:* Se inaugura el templo del Tibidabo, de Barcelona, profetizado por don Bosco.

1962. Enero 31: DB, patrono de las provincias de Santa Cruz y Tierra de Fuego.

1965. Agosto 16: Al cumplirse ciento cincuenta años del nacimiento de San Juan Bosco se inaugura, con una eucaristía televisada, presidida por el rector mayor don Luis Ricceri, la amplia cripta del templo de DB en I Becchi.

1966: DB es declarado oficialmente patrono de la Patagonia.

1972. Octubre 29: Es beatificado don Miguel Rúa, brazo derecho, vicario y primer sucesor de San Juan Bosco.

1973. Mayo 24: Pablo VI eleva a Universidad Pontificia el Ateneo Salesiano de Roma con el «motu proprio» *Magisterium vitae,* que señala al centro de estudios este fin: «Promover, con la ciencia, la formación de los futuros formadores de los demás, según el peculiar espíritu del santo fundador, llamado *sistema preventivo,* y que, por una particular disposición de Dios, toma su naturaleza y fuerza del Evangelio».

1976-77: Se editan las obras completas del santo en 37 volúmenes.

JUAN SANTAEULARIA-JUAN CANALS

PRIMERA PARTE

BIOGRAFIAS

1. Luis Comollo.
2. Domingo Savio.
3. Miguel Magone.
4. Francisco Besucco.
5. Memorias del Oratorio (obra autobiográfica).

1. *BIOGRAFIA DE LUIS COMOLLO*

Don Bosco y el género biográfico

El librito sobre Comollo constituye la primera obra publicada por don Bosco. Pertenece al género biográfico, género en que el santo explaya mejor su personalidad de escritor: en cada biografiado nos da su propia visión de la vida cristiana desde una nueva perspectiva.

Es interesante el conjunto de biografías, breves y sencillas, pero profundas, que compuso el santo. Son las siguientes:

Sobre un compañero ejemplar: Luis Comollo (1844).

Sobre su santo maestro y confesor, San José Cafasso, al recoger en unas *Lecturas Católicas*, de noviembre de 1860, dos elogios fúnebres temidos por el mismo don Bosco, uno en el Oratorio, otro en el Colegio Eclesiástico.

Sobre varios alumnos, especialmente (1859) sobre Santo Domingo Savio.

Finalmente, en cierto modo, su propia autobiografía, hasta 1855: las *Memorias del Oratorio*, redactadas entre 1873 y 1878.

Los límites de este volumen no nos han permitido incluir ninguno de los dos largos elogios fúnebres sobre su santo confesor, de gran interés para conocer a este santo varón y hacerse cargo de cómo don Bosco lo «canonizó» ya entonces, en cuanto pudo. Pero el librito que los contiene no trata, como ocurre en las biografías de los tres jóvenes, de la acción personal del mismo don Bosco.

Hacia el fin de su vida (1882), preparó la biografía de Luis Antonio Fleury Colle, hijo de un gran bienhechor francés de Tolón. A este muchacho de dieciséis años y medio lo trató sólo un día en vísperas de su prematura muerte. El libro, cuya primera edición se hizo en francés, fue redactado por don De Barruel. El tono y estilo no es de don Bosco, aunque en algún momento nos dé la impresión de escuchar sus advertencias.

Un buen contraste con las biografías que acabamos de enumerar lo forman dos novelas biográficas con algún elemento real, que llevan por título *Pedro* (1855) y *Valentín* (1866). La personalidad de estos dos protagonistas apenas se dibuja, ante el relieve de las tesis expresadas por el subtítulo de cada obra: *La fuerza de la buena educación* y los desastres de *la vocación contrariada*, respectivamente. Un drama y una tragedia que lle-

van la intención de dos sermones directos, servidos en forma de novela, y en donde el género narrativo es lo de menos, tanto en el aspecto literario como en el psicológico.

Pero volvamos a la biografía objeto de esta introducción.

Luis Comollo (1817-1839)

Era dos años más joven que don Bosco. Fueron compañeros en Chieri desde noviembre de 1833 hasta la muerte de Comollo, ocurrida en abril de 1839. Estudiaron, con un curso de diferencia, primero en la escuela pública y, desde noviembre de 1836, en el seminario, donde Bosco llevaba ya un año.

El libro sobre Comollo salió anónimo en 1844, a los cinco años de la muerte del ejemplar seminarista y a los tres años de la ordenación sacerdotal de Juan Bosco, el cual estaba a punto de concluir su estancia en el Colegio Eclesiástico de Turín, a sus veintinueve años.

La obra tiene, por lo tanto, cierto sabor autobiográfico de juventud. Podemos decir que es inmediata a la muerte del amigo íntimo. Al describir las diversas etapas de la vida del santo joven, el novel autor nos va comunicando sus esquemas mentales, su ideología, sus valores, sus devociones y sus opciones pastorales, precisamente cuando está dando cima a su formación apostólica.

Esta obra tiene cierta afinidad con el informe que el mismo don Bosco hizo sobre otro compañero ejemplar, del mismo seminario, también fallecido, de nombre José Burzio, informe fechado el 16 de abril de 1843, que puede verse en el *Epistolario* (I 5-10).

Elaboración del libro

En el Archivo Salesiano se encuentran los apuntes que el seminarista Bosco tomó el mismo año de la muerte del compañero Comollo y un borrador de su biografía, que sufriría cambios antes de pasar a la prensa. Bosco deseaba que la escribiera alguien con más autoridad y preparación literaria que él. Pero sus compañeros acabaron por vencer su indecisión, y en el prólogo no deja de expresar y lucir sus preocupaciones literarias. Quiso, al menos, que los superiores del seminario revisaran y limaran la obra, como en efecto lo hicieron respecto a nombres concretos de personas que Comollo había declarado en peligro de condenación (MB 2,194-198).

Don Bosco quiere hacer historia y sacar de ella lección. Recoge testimonios y los ordena, haciendo que aparezcan con la máxima claridad los ejemplos que se deducen de los hechos. Prescinde casi por completo de toda preocupación literaria y descriptiva, absorbido como está por el deseo de mostrar las virtudes de su ejemplar amigo.

En la forma de presentar el cuadro de las virtudes de Comollo, en las insistencias y comentarios, y, en fin, en todo el ritmo que da a la obra, se descubre este mensaje del autor: presentar un modelo de ascética realista y recia, de una piedad intensamente sacramental y mariana, en el que el pensamiento del juicio de Dios y la alegría no han encontrado todavía el maravilloso equilibrio que aparecerá, después, en las vidas de Savio, Magone y Besucco.

Santa amistad

En la narración de los años de Chieri, la conducta de Comollo es una constante invitación a la mansedumbre y a la oración intensa, especialmente para el innominado *amigo,* que es el autor, fuerte y extravertido por temperamento. El aprecio de muchos rasgos de Comollo no le quita a Bosco su distinto modo de ver ciertas efusiones de fervor del biografiado o los excesivos temores del mismo a los juicios de Dios.

Transcribimos la valoración de Stella *(Don Bosco* I 82): «Las virtudes 'no realmente extraordinarias, pero sí cumplidamente maduras' (c.3), que don Bosco admiró en el amigo, contienen ya en germen la afirmación de que precisamente en ellas consiste la santidad de los jóvenes. Luis Comollo fue uno de los ejemplares que don Bosco se complacía en presentar, y su biografía fue uno de los textos de lectura espiritual del Oratorio *(Savio* c.17). Pero quizás también deba don Bosco al influjo de Comollo su afán algo excesivo hacia el ascetismo en el seminario y la tendencia a ciertas rigideces ascéticas y a ciertas desconfianzas que sugerían los libros de entonces, y que él veía practicadas por quien, para él, era un Luis Gonzaga redivivo, admirado e imitado con verdadera emulación».

Nuestra edición

En vida del santo, este libro tuvo cuatro ediciones, en los años 1844, 1854, 1867 y 1884. Esta última se amplió nota-

blemente, dobló el número de capítulos y cambió sensiblemente el estilo por haber intervenido otra mano. Además, esta última edición presenta una singular novedad: trae, minuciosamente, el relato de la temerosa aparición del difunto Comollo a los seminaristas de Chieri, que sólo había mencionado en las anteriores. Don Bosco la había redactado ya algunos años antes al escribir las *Memorias del Oratorio*.

La otra aparición aludida en el capítulo 7 (conocimiento inmediato de su muerte en el mismo momento de producirse) puede leerse en las *Memorias Biográficas* (I 469).

Tratándose del primer libro de don Bosco, hemos preferido limitarnos a traducir la primera edición. No nos consta que exista otra traducción en castellano. Hemos añadido, en nota, tomados de la cuarta, el prólogo y el relato de la famosa aparición.

Bibliografía

CAVIGLIA, A.: *Il primo libro di don Bosco: Opere e scritti editi e inediti di don Bosco V* (Turín 1965).

STELLA, P., *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica* I (Zürich 1968) p.49.78-82.

DESRAMAUT, F., *Les Memorie I di GB. Lemoyne. Étude d'un ouvrage fondamental sur la jeunesse de Saint Jean Bosco* (Lyon 1962) p.100-113.

BOSCO, J., *Biografía del joven Luis Antonio Fleury Colle* (Montevideo ²1954). Trad. de J. Chiacchio Bruno.

BOSCO, J., *Pedro, o la fuerza de la buena educación*: Biblioteca Horas Serenas 16 (Barcelona ⁵1951).

BOSCO, J., *Valentín, o la vocación contrariada. Tres lirios del Oratorio Salesiano* (Barcelona ³1912).

RASGOS BIOGRAFICOS DEL CLERIGO LUIS COMOLLO,

MUERTO EN EL SEMINARIO DE CHIERI, ADMIRADO POR TODOS A CAUSA DE SUS SINGULARES VIRTUDES, ESCRITOS POR UN COMPAÑERO SUYO (Turín, Tip. Speirani e Ferrero, 1844)

A LOS SEMINARISTAS DE CHIERI *

Puesto que la ejemplaridad que encierran las buenas acciones tiene mucha mayor fuerza que cualquier discurso por elegante que sea, creo hará al caso el bosquejo de la vida de aquel que, habiendo vivido precisamente en el mismo lugar y bajo la misma disciplina que vosotros, os podrá servir de auténtico modelo en el empeño de haceros dignos del fin sublime a que aspiráis y de llegar a ser ejemplares ministros en la viña del Señor.

Confieso que, a la obra que os presento, van a faltarle dos cosas importantes: el estilo depurado y la elegancia del lenguaje; y ésta es precisamente la razón por la que la retrasé hasta este momento, ya que confiaba en que una pluma mejor cortada que la mía se hiciese cargo de la empresa. Pero como

* Edición de 1884: *Al lector.*

Puesto que *la ejemplaridad que encierran las buenas acciones tiene mucha más fuerza que cualquier discurso,* por elegante que sea, creo hará al caso el bosquejo de la vida de un joven que, en breve tiempo, practicó tales virtudes, que puede ser propuesto como modelo a cuantos cristianos se preocupan de su propia salvación. No van a encontrarse aquí cosas extraordinarias; pero todo lo hizo con perfección, de modo que al joven Comollo se le pueden aplicar aquellas palabras del Espíritu Santo: *Quien teme a Dios no descuida ningún medio* de cuantos puedan contribuir a avanzar por el camino de la virtud.

Vanse a exponer en estas páginas muchos hechos y pocas reflexiones, dejando que cada cual extraiga por su cuenta las aplicaciones que crea oportunas para su propio estado.

Casi todo cuanto va a leerse fue puesto por escrito al tiempo de la muerte del biografiado, y ya publicado en el año 1844; y me es muy grato poder asegurar con toda certeza que cuanto he escrito es verdad. Se trata de hechos y dichos vistos u oídos por mí mismo o recogidos de personas de cuya fe no tengo motivo alguno de duda.

Más aún; los superiores que por aquel entonces regían el seminario de Chieri quisieron repasar personalmente el original y corregir cualquier detalle, por pequeño que fuese, que no estuviese de acuerdo con la realidad.

Se advierte que esta edición no es simplemente una reproducción de las precedentes; en efecto, contiene no pocas noticias que entonces no se consideró oportuno publicar, amén de otras más que no conocimos sino después.

Que leas de buena gana estas páginas, cristiano lector; y si encima las meditas un tanto, *encontrarás modo no sólo de entretenerte agradablemente, sino también de ayudarte a forjar un plan de vida verdaderamente ejemplar.*

Y si, al recorrer este escrito, te decides a imitar alguna de las virtudes que se van a considerar, que des gloria a Dios. A El solo, mientras le ruego por ti, ofrendo estas pocas páginas.

mi espera no dio fruto, me determiné yo mismo al fin a realizarla lo mejor posible. Lo hice, de una parte, vencido por los frecuentes ruegos de muchos de mis colegas y, por otra, persuadido de que el cariño que siempre mostrasteis a este excepcional compañero y vuestra común indulgencia os inducirían a perdonar, y hasta a suplir, las mezquindades de mi ingenio.

Mas, si no me es dado deleitaros con filigranas literarias, me consuela, empero, y mucho, estar en condiciones de aseguraros con toda sinceridad que *lo que consigno por escrito son hechos verdaderamente ocurridos;* cosas a cuyo conocimiento llegué a través de personas dignas de todo crédito, o que yo mismo vi u oí, y de las que vosotros personalmente podréis juzgar, ya que en no pocos casos fuisteis testigos oculares.

Y si, al recorrer este escrito, os decidís a imitar algunas de las virtudes que se van a considerar, que deis gloria a Dios. A El solo, mientras ruego por vosotros, ofrendo el esfuerzo que me he tenido que imponer.

CAPITULO I

Niñez de Comollo

Nació Luis Comollo el 7 de abril de 1817, en el término de Cinzano, en la aldehuela llamada Pra, del matrimonio Carlos y Juana; éstos, si bien no son de condición muy distinguida, poseen, en cambio, bienes de mayor aprecio que las riquezas, como son el temor de Dios y el sello de una auténtica religiosidad.

La naturaleza dotó a nuestro Luis de un alma buena, de un corazón sumiso y de una índole dócil y llena de mansedumbre. No había llegado apenas al uso de razón y ya se veían germinar pujantes en él aquellas primeras semillas de piedad y devoción que después tan admirablemente desarrollaría a lo largo de su vida. En cuanto logró aprender los nombres de Jesús y María, los hizo objeto de su ternura y reverencia; en él no asomó aquel disgusto o desgana por la oración tan propio de los chicos, sino que, cuanto más se alargaban los rezos, tanto más contento y feliz se consideraba.

Aprendió con facilidad a leer y escribir, y se sirvió de ello en beneficio espiritual propio y ajeno. En efecto, principalmente en los días festivos, cuando los niños de su edad iban de un lado para otro buscando entretenimientos, él, re-

uniendo a algunos a su alrededor, se entretenía con ellos leyendo o explicándoles lo poco que sabía, o narrándoles algún ejemplo edificante.

Esto le atrajo el aprecio y la veneración de cuantos le conocían, de suerte que, cuando estaba él presente, ninguno osaba prorrumpir en expresiones ligeras o menos honestas, y, si inadvertidamente alguno se descuidaba, en seguida otro le llamaba la atención: *Cuidado, que te puede oír Luis;* y, si él se presentaba de improviso, sin más cesaba cualquier conversación menos decente. Cuando oía palabras que desdecían de la religión o de las buenas costumbres: *No digáis eso*—interrumpía con afabilidad—, *eso no está bien en boca de un joven cristiano.*

Dada su condición familiar, a veces tenía que acompañar animales al pasto; pero siempre los conducía donde no hubiera personas de diverso sexo; tomaba un libro piadoso entre las manos y lo leía a solas o con quien le hiciera compañía.

Con este tenor de vida, a la vez que edificaba a sus compañeros, suscitaba la admiración de las personas mayores, las cuales quedaban *asombradas* de que se viera *tanta virtud en un joven de tan poca edad.*

«Tenía un hijo—confesaba un señor—con el que no sabía qué partido tomar; le había tratado con dulzura y con rigor, y todo en vano. Se me ocurrió mandarle que fuese con Luis, por si él conseguía volverlo algo más dócil; así no me causaría tan amargos disgustos. El muchacho, al principio, se mostraba remiso a frecuentar la compañía de quien sabía no iba a compartir sus puntos de vista; pero pronto, atraído por las cualidades de Comollo, se hizo su amigo e imitador, hasta tal punto que, aun ahora, se le nota la docilidad y buena crianza aprendidas de alma tan selecta».

Mostraba una singular obediencia a sus padres. Atento siempre y pronto a cuanto se le indicase, vivía pendiente de cualquier insinuación suya. Y hasta *se las arreglaba solícitamente para anticiparse a sus mandatos.*

Si sobrevenían sequías, pedriscos o pérdidas de reses, y sus padres se afligían, era él, Luis, quien les hacía aceptar todos estos acontecimientos como un favor del cielo: «Estas cosas también nos son necesarias—solía decir—; cada vez que el Señor nos pone una mano encima, tiene un rasgo de bondad para con nosotros, porque es prueba de que se acuerda de nosotros y de que quiere que nosotros nos acordemos de El».

Jamás se alejaba de sus padres sin su expreso permiso. Hasta tal punto era cumplidor en esto, que una vez que fue a pa-

sar un rato con unos parientes, como se hiciese tarde porque éstos lo entretenían para poder disfrutar de su amabilidad y de su trato agradable, él se retiró a un rincón y se echó a llorar al verse obligado a desobedecer; cuando llegó a su casa, pidió perdón de una desobediencia que había cometido contra su voluntad.

A veces, con todo, se ausentaba de la compañía de los demás; lo hacía para acogerse a un lugar retirado donde rezar y entregarse a la meditación. «Más de una vez lo vi—confesaba una persona que creció junto a él—comer aprisa, despachar con rapidez los deberes que tenía entre manos y, bajo cualquier pretexto, mientras los otros se entregaban a las distracciones, ir él a esconderse en la cabaña de la viña si estaba en el campo, o en el pajar si se encontraba en casa, para allí entregarse a la oración vocal o a la lectura de algún libro de meditación. ¡Tan cierto es que Dios 'conduce a los rústicos por entre los terrones y sube a los indoctos a las sublimidades de la virtud'! »

A estos gérmenes de virtud se unían estrechamente los elementos de la verdadera devoción y una inclinación grande por las cosas santas.

Lo demostró ya en su primera confesión. Hecho el examen con todo esmero, se presentó al confesor; en su presencia, de una parte por la confusión que le producía el acto, unida a la reverencia al sacramento, y de otra por la preocupación que le causaban sus culpas (si es que culpa alguna podía darse allí), se sintió asaltado por tan gran dolor, que se deshizo en un mar de lágrimas y fue menester ayudarle a empezar y a continuar la confesión. Con igual edificación de los presentes recibió la primera comunión. Demostraría en adelante gran inclinación hacia estos dos sacramentos; al recibirlos experimentaba un gran consuelo, y no desaprovechaba ocasión de acercarse a ellos.

Dado que no se contentaba con la sola comunión sacramental, por más que se le permitiera hacerla con frecuencia, encontró en la comunión espiritual un buen modo de remediar esta necesidad. De ella solía afirmar en los tiempos de seminario: «Fue por influjo del libro del insigne San Alfonso María de Ligorio, titulado *Visita al Santísimo Sacramento*, como yo aprendí a hacer *la comunión espiritual;* puedo afirmar que esta práctica *ha sido mi fuerza en los peligros a lo largo de los años en que anduve vestido de seglar*».

Añadía, a la comunión espiritual y sacramental, frecuentes visitas a Jesús Sacramentado; de tal modo se sentía encendido en su amor, que con frecuencia pasaba horas enteras desahogándose con su amado Señor en tiernos y fervorosos afectos.

A menudo había de entrar en la iglesia con el fin de cumplir los encargos que le hacía su tío, el párroco, y en no pocos casos él mismo iba bajo cualquier pretexto; mas nunca se volvía sin entretenerse algún tiempo con su Señor y encomendarse a su amada Madre, la Virgen María.

No había fiesta, lección de catecismo, sermón u otra cualquiera función de iglesia en que no tuviese alguna participación, contento siempre y alegre de prestar los servicios de que se sentía capaz.

El hecho de que Comollo se viese *libre de las niñerías propias de su edad* y se mostrase *sufrido y calmo ante cualquier cosa* que le ocurriese, y se le viese *siempre modesto y afable con los iguales, obediente y respetuoso con todos los superiores, del todo entregado a la piedad* y dispuesto en todo momento a ejercer en la iglesia cualquier misión que se le encomendase, era presagio de que el Señor le encaminaba a un estado de mayor perfección. Sobre este punto ya había consultado más de una vez a su director espiritual; y como al fin se le respondiese que, por lo que se adivinaba, el Señor lo llamaba a pertenecer al estado eclesiástico, él experimentó un gran contento, ya que ésa era precisamente su determinación.

Su tío, el párroco de Cinzano, de quien Luis iba poco a poco copiando virtudes, al ver un retoño tan vigoroso y que tantos frutos prometía, decidió por su parte secundarle en sus decisiones. Le llamó, en consecuencia, un día y le dijo:

—¿Tienes, pues, firme voluntad de hacerte sacerdote?

—¡No aspiro a ninguna otra cosa!

—¿Y qué razón das?

—Que, siendo los sacerdotes los encargados de abrir la puerta del cielo a los demás, guardo la esperanza de abrírmela también a mí mismo.

Con esta finalidad se le envió a Caselle, cerca de Cirié, para que hiciese el curso de gramática; allí perfeccionó las virtudes que hemos apuntado y causó gran admiración a cuantos, de un modo u otro, pudieron conocerlo; se ejercitó de modo particular en el espíritu de mortificación.

De pequeño ya se había acostumbrado a ofrecer a la Virgen florecillas, consistentes en privarse de aquella porción de manjar o fruta que le entregaban para tomar con el pan: «Esto —decía—se lo tengo que regalar a la Virgen»; pero en Caselle fue más allá, pues, aparte de que cada semana hacía ayunos en honor de María, en las comidas mismas y en las cenas se levantaba no pocas veces en el momento mejor de la refección y se alejaba de la mesa bajo cualquier pretexto; y bastaba que sir-

viesen un plato de su particular gusto para que no lo tomase; todo por amor a la Virgen.

CAPITULO II

Va a Chieri a estudiar

Al comienzo del curso 1835-1836 oí decir al dueño de la pensión de Chieri en la que yo residía: «Me han informado que a casa de fulano va a venir *un estudiante santo*». Me sonreí y tomé la cosa a broma. «Sin embargo, es verdad—añadió—; se trata, según parece, del sobrino del párroco de Cinzano, un joven de señalada virtud».

No tomé muy en cuenta estas palabras, pero un episodio significativo me las trajo puntualmente a la memoria.

Hacía días que veía a un estudiante (cuyo nombre no me era conocido) conduciéndose por las calles con tal compostura y modestia, y tan amable y cortés con los que conversaban con él, que me producía auténtica admiración. Y aún creció más mi maravilla cuando pude observar lo ejemplarmente que se comportaba *en clase: apenas llegaba a ella, se iba a su puesto, y ya no se movía como no fuese para atender a sus deberes.*

Es costumbre de estudiantes entretenerse hasta la entrada en clase con bromas, juegos y saltos, a veces peligrosos. A Comollo le invitaban a tomar parte; pero él se excusaba confesando que no tenía costumbre, que carecía de destreza. Pero, en una ocasión, un compañero se le acercó y, de palabra y con desconsiderados empujones, pretendió obligarle a tomar parte en unos saltos descomunales: «Mi querido amigo—respondió Luis dulcemente—, no tengo ninguna práctica; me expongo a cometer una torpeza». Despechado el compañero impertinente, y deduciendo que nada iba a obtener, con insolencia intolerable le largó un solemne bofetón. A mí se me pusieron los pelos de punta. Comoquiera que el ofensor era inferior en fuerza y en edad al ofendido, estaba a la espera de que éste le diese su merecido. Pero fue muy otra la reacción de Comollo; vuelto a quien le ofendió, se contentó con decirle: «Si con esto te basta, puedes irte; yo no le doy más importancia».

Este episodio me hizo recordar lo que ya tenía oído: que había un estudiante santo en clase. Al preguntar por su pueblo y su nombre, caí por fin en la cuenta de que, efectivamente, se trataba de aquel joven de quien se hicieran tantos elogios.

En cuanto a su posterior conducta en punto a diligencia en los estudios, no encuentro mejor modo de expresarla que consignando al pie de la letra las palabras que uno de sus profesores tuvo a bien escribirme:

«Desde luego, usted se encontró en mejores condiciones que yo para darse cuenta del carácter e índole del estupendo joven que fue Comollo, pues lo tuvo como condiscípulo y pudo observarlo de cerca. Así y todo, con gusto le remito en esta carta el juicio que me mereció a partir de los dos años (1835-1836) en que fue alumno mío en retórica, cuando estaba estudiando humanidades en el colegio de Chieri.

»*Fue Comollo un joven de ingenio, adornado, además, por la naturaleza de un temperamento amable. Entregóse al estudio con admirable diligencia, lo mismo que a la piedad,* y en todo demostró una gran avidez por adquirir conocimientos; y era tan escrupulosamente cumplidor de sus deberes, que no recuerdo haberle tenido que llamar la tención por nada ni una sola vez. *Se le hubiera podido poner a todos los jóvenes como modelo,* dada su conducta intachable, su obediencia y docilidad; yo mismo formulé el más halagüeño de los pronósticos cuando me enteré de que había abrazado la carrera eclesiástica. Nunca vi que riñera con ninguno de sus compañeros; al contrario, pude observar que a las burlas y a las injurias respondía con afabilidad y con paciencia.

»Lo imaginaba yo destinado a aliviar la vejez de su venerable tío, el párroco de Cinzano, quien lo amaba con ternura y le había depositado en el corazón las semillas de tan raras y singulares virtudes. Esto explica que la noticia de su muerte me afectara dolorosamente. Sólo me resigné ante el pensamiento de que, prematuramente y en breve tiempo, había hecho en la virtud un largo camino. Quizás quiso Dios llamarle pronto a sí, porque lo encontraba, a pesar de su corta edad, provisto de grandes méritos. Hemos de acatar su divina voluntad.

»Me pide usted subraye lo que haya podido ver de singular en él. *¿Qué mayor rasgo de singularidad que el de su equilibrio y constancia a una edad en que lo que suele dominar es precisamente la ligereza y la inestabilidad?* Del primero al último día de mis clases, a lo largo de dos cursos, *siempre fue igual a sí mismo, siempre bueno, siempre empeñado en ejercitar su virtud, su piedad y su diligencia».*

Así se expresó su profesor.

No practicaba menos estas virtudes fuera de clase:

«Pude observar en el joven Comollo—dice el dueño de la pensión—un conjunto de virtudes propias, más que de chicos

de su edad, de personas que han tenido que esforzarse mucho tiempo en ellas. *Era de humor siempre igual, alegre, imperturbable ante cualquier suceso;* jamás daba a entender lo que le gustaba más; se contentaba con lo que se le servía y nunca se le oyó decir: 'Esto está soso, aquello está salado; hace demasiado frío, hace demasiado calor'. Jamás dejó caer de sus labios palabra que no fuese honesta y comedida. Hablaba de buena gana de temas religiosos, y si alguno los introducía sin que viniese al caso en conversaciones y relatos, exigía siempre que, de los ministros sagrados, se hablase con la mayor reverencia y respeto.

»Amante del recogimiento, en ningún caso se ausentaba sin permiso y sin antes haber manifestado el tiempo y motivo de su ausencia y el lugar adonde se había dirigido.

»El tiempo que habitó en esta casa resultó de gran estímulo para que todos viviesen virtuosamente; y sintieron de veras que, por tener que tomar la sotana, hubiera de abandonar esta pensión para ingresar en el seminario, ya que, al perderlo, se privaban de un nada común modelo de virtud».

También yo puedo aducir el mismo testimonio, ya que, en las muchas ocasiones que traté con él, no le oí quejarse de las inclemencias del tiempo y de las estaciones, ni del mucho trabajo o del mucho estudio; al contrario, que si tenía un rato libre, acudía en seguida a un compañero para que le resolviese dificultades o tratar con él de cosas de estudio y de piedad.

No era menor su empeño en lo tocante a observancia religiosa y en el cuidado de cuanto se relacionaba con la piedad. Expongo a continuación lo que escribió el director espiritual del colegio, quien, por cierto, pudo conocerlo íntimamente:

«Me pide usted noticias de un hijo del que guardo gratísima memoria. Se las doy con muchísimo gusto.

»No es Comollo persona sobre la que, al tener que aportar mi testimonio laudatorio, haya yo de disimular nada, ni tampoco, por otra parte, exagerar. Sabe usted perfectamente que *perteneció a este grupo de estudiantes que se distinguen de los demás por su entrega al estudio y a la piedad.* Pero aun dentro de este grupo, de entre sus compañeros, *destacó y fue el primero*... Siento que también tengamos que lamentar la muerte de nuestro prefecto de estudios, pues él hubiera dado los mejores informes sobre su aplicación y su conducta dentro y fuera del colegio.

»Por lo que a mí se refiere, le aseguro que no le hube de amonestar ni por la más mínima falta. Y dado que fue siempre puntual en las reuniones que en las congregaciones se tenían,

atento a lo que se predicaba, devoto cuando asistía a la misa y a los oficios divinos, asiduo en la recepción de los sacramentos de la comunión y confesión, y verdaderamente diligente en todos los deberes de piedad y muy ejemplar en cualquier acto de virtud, yo gustosamente lo hubiese *propuesto a todos los estudiantes como espejo y modelo de virtudes.*

»Durante el año de retórica, y en cuanto fue compatible con sus estudios, se le confió un cargo; cosa que sólo con estudiantes muy notables en estudio y piedad suele hacerse.

»Se acariciaba entonces la ilusión, que también se acaricia ahora, de poder tener estudiantes de las características que demostró poseer Comollo. Recordaba a San Luis en su nombre, y no parecía sino que andaba empeñado en llevar a la práctica muchas de las virtudes de aquel santo. De ningún otro estudiante de cuantos se me han pedido informes los he dado con tanto agrado. Podría afirmar de él todo lo bueno que se puede decir de un joven. *Fue arrebatado de este mundo para que la maldad no desviara sus propósitos.* Espero que en el cielo rece por mí». Hasta aquí su director espiritual.

No sabría qué añadir a las declaraciones que preceden, a no ser lo poco que pude observar en su conducta externa.

Los domingos, tan pronto como terminaban los ejercicios de piedad que tenían lugar en la capilla de la congregación, en vez de irse de paseo o entregarse a alguna otra diversión, marchaba en seguida al catecismo de niños que se daba en la iglesia de los jesuitas, y asistía al mismo y a todas las otras funciones.

Aquella misma ilusión por ver y oír, tan propia de quienes del campo pasan a la ciudad y que, por otra parte, era cosa tan natural a su edad, no sé si como resultado de un meritorio esfuerzo o por una índole feliz donada por la naturaleza, el caso es que en él parecía haber quedado extinguida.

En consecuencia, sus idas y venidas al colegio las realizaba con el mayor recogimiento; nunca iba de aquí para allá con su mirada, y menos con su persona, a no ser que se tratase de rendir saludo a los superiores, a los templos o a las estatuas de la Virgen; entonces no se dio nunca que pasara delante sin quitarse respetuosamente el sombrero.

Me aconteció en más de una ocasión ir con él, acompañándole, y ver que se quitaba el sombrero sin saber yo el porqué; mas, si miraba atentamente alrededor, descubría, más o menos cercana, puesta en la pared, la imagen de la Virgen María.

A finales del curso de retórica se me ocurrió hacerle unas preguntas sobre los aspectos más notables y los monumentos de mayor importancia de la ciudad; él respondió que no se ha-

bía informado en absoluto, ni más ni menos que si hubiese estado fuera de ella.

Pero cuanto menos atento andaba a los sucesos y quehaceres temporales, tanto más impuesto e instruido se mostraba en lo concerniente a la iglesia. No había exposición de las Cuarenta Horas o celebración alguna religiosa de la que él no estuviese enterado o a la que, si el tiempo se lo permitía, no asistiese. Tenía hecho un horario para la oración, la lectura espiritual y la visita a Jesús Sacramentado, y lo observaba con toda escrupulosidad.

Por exigencias de mis obligaciones, durante unos cuantos meses hube de acudir a la catedral a una hora determinada; pues aquélla era precisamente la hora que Comollo dedicaba a entretenerse con el Señor. Celebro poder describir su compostura. Estábase en un ángulo lo más cercano posible al altar, arrodillado, con las manos juntas y entrelazadas un poco hacia adelante, con la cabeza un tanto inclinada, con los ojos bajos y absolutamente inmóvil; se había hecho insensible a cualquier voz y a cualquier ruido.

Alguna vez, cumplido mi encargo, decidí invitarle a que me acompañase a la vuelta; para ello le hacía señales con la cabeza, pasaba cerca de él, tosía a ver si reaccionaba, pero nada conseguía hasta que no lo tocaba; y entonces se estremecía como si volviese de un sueño y, aunque a disgusto, accedía a mi invitación.

En los días de clase ayudaba con ilusión a todas las misas que podía; en los de vacaciones era lo más común que ayudase a cuatro o cinco.

Pero, aunque se concentraba tanto en las cosas del espíritu, jamás se le vio con rostro ensombrecido y triste; al contrario, siempre se mostraba sonriente y, como él vivía contento, alegraba a los otros con la dulzura de su conversación. Solía decir que le complacían sobre manera aquellas palabras del profeta David: *Servid al Señor con alegría.* Hablaba a gusto de historia y de poesía, y de las dificultades del italiano y del latín; pero en plan sumiso y jovial, de suerte que, si bien expresaba su propia opinión, daba a entender que la sometía al parecer de los demás.

Se había buscado un compañero de especial confianza para tratar con él de cosas espirituales; conversar y ocuparse de esto constituía para él un gran consuelo. *Se transfiguraba al hablar del inmenso amor de Jesucristo al entregársenos como alimento en la comunión. Cuando su conversación recaía sobre la Virgen María, se le notaba transido de ternura* y, en cuanto acaba-

ba de contar o de oír alguna gracia por ella dispensada en favor del cuerpo humano, se le encendía el rostro y hasta rompía, a veces, en lágrimas exclamando: «Si tanto se preocupa María de este cuerpo miserable, ¿qué no hará en favor de las almas de quienes le invocan?»

Era tanto el aprecio que sentía por las cosas de la religión, que no sólo no sufría que se hablase con desprecio de ellas, pero ni siquiera con indiferencia. Yo mismo empleé en broma unas palabras de la Sagrada Escritura; pues él me reprendió con viveza y me dijo que no había que jugar con las palabras del Señor.

Si alguno se disponía a contar algo sobre curas, en seguida interrumpía y dejaba en claro que, de ellos, o se debe hablar bien o no hablar, por ser ministros de Dios.

De este modo, Luis se iba preparando a la vestición clerical. Cuando se refería a ella, se ponía contento y le acometía una gran alegría. «Pero ¿es posible—solía exclamar—que yo, un pobre guardián de bueyes, pueda convertirme en pastor de almas? Y, sin embargo, hacia ninguna otra cosa siento inclinación, hacia ahí tira mi voluntad, eso es lo que me aconseja el confesor; ¡sólo mis pecados están en contra! Haré los exámenes, y el resultado dirá cuál es la voluntad de Dios sobre mi porvenir». Además se encomendaba frecuentemente a las oraciones de algunos de sus compañeros, para que el Señor le iluminase y le diera a entender si era o no llamado al estado eclesiástico.

De esta suerte, *estimado por sus compañeros, amado de los superiores, honrado y tenido por todos como verdadero modelo de virtud*, acabó el curso de retórica. Era el año 1836.

CAPITULO III

Viste la sotana. Entra en el seminario de Chieri

Aprobó el correspondiente examen y se preparó para la toma de sotana.

No sé de qué palabras echar mano para expresar cabalmente la ternura que hubo de experimentar en aquella ocasión. Rezaba y hacía rezar a otros; ayunaba, prorrumpía en frecuentes lágrimas, se estaba mucho tiempo en la iglesia.

Llegado, al fin, el día de su fiesta—así llamaba él al de su vestición clerical—, no sin haber recibido antes los sacramentos

de la confesión y comunión, más contento que si hubiese sido promovido a la más honrosa de las dignidades, *penetrado todo él del temor de Dios, concentrado únicamente en lo sobrenatural y tan recogido y modesto que parecía un ángel,* fue revestido del tan respetado y deseado hábito eclesiástico.

Siempre recordaría aquel día. Solía decir que fue entonces cuando su carácter sufrió un cambio total, pues, *de pensativo y triste, pasó a ser alegre y jovial;* y cada vez que le venía aquella fecha a la memoria, sentía que el corazón se le inundaba de alegría.

Entre tanto llegó el día en que se abrió el seminario, y, desde que entró en él, *campearon allí aquellas sus virtudes, que, si no eran realmente extraordinarias, sí que eran cumplidamente maduras.*

Tenía leído en la vida de San Alfonso que este santo había hecho voto de no perder nunca el tiempo. Esto había causado en Comollo una profunda admiración, y se esforzaba con todo empeño en imitarlo. De ahí que, nada más penetrar en el seminario, se dio con tanta generosidad a las cosas de estudio y piedad, que no despreciaba medio ni ocasión de alcanzar *el objetivo que se había prefijado: aprovechar meticulosamente el tiempo.*

No había sonado la campana, y ya había dejado lo que tenía entre manos para responder a la voz de Dios—así llamaba él al toque—que le llamaba a cumplir con su deber. Me aseguró muchas veces que, en cuanto oía la campana, le era imposible continuar en lo que estaba haciendo y no acertaba en nada. Tanto había profundizado en la virtud de la obediencia.

Y dejo lo que se refiere a los superiores, a quienes obedecía ciegamente sin averiguar porqués y razones de cuanto se le había ordenado. Hasta con los mismos compañeros suyos que hacían de vigilantes, aunque fueran sus iguales, se mostraba atento y dócil, siguiendo sus indicaciones y consejos exactamente como si fueran sus superiores.

Dada la señal para el estudio, acudía con toda puntualidad. Profundamente concentrado, se entregaba a él de tal manera, que parecía insensible a cualquier ruido, a cualquier broma, a cualquier ligereza de los compañeros, y nada de su persona se movía hasta que la campana volvía a sonar. Un día en que un compañero pasó por detrás y le tiró el abrigo al suelo, él se limitó a decirle con un simple gesto que no lo hiciese más. El compañero, molesto y con el rostro alterado, reaccionó diciéndole palabras ofensivas. Comollo volvió a poner las manos sobre el

pupitre y, absolutamente tranquilo, se puso a estudiar como si nada hubiese ocurrido.

Demostraba verdadero afán por volver sobre puntos de las asignaturas durante los recreos, en los círculos y en el tiempo dedicado al paseo. Aún más, mientras estudiaba él solo, iba tomando nota en su memoria de todos aquellos pasajes que no había entendido bien; lo hacía para poder después preguntarlos a un compañero de confianza y entenderlos lo mejor posible con su explicación.

Si bien gustaba de animar sus conversaciones con ocurrencias aprovechables y algún que otro relato, siempre observó aquella loable norma de urbanidad: «Calla cuando otro habla». Y, consiguientemente, aconteció en más de una ocasión que se interrumpió a media palabra para que los otros pudiesen explicarse libremente.

Detestaba todo espíritu de crítica y murmuración acerca de las conductas ajenas. Hablaba sobre los superiores, pero siempre con reverencia y respeto. Opinaba sobre los compañeros, pero siempre con moderación y caridad. Y hacía también sus comentarios sobre el horario, sobre las constituciones y reglamentos del seminario y sobre los guisos de la cocina, mas con muestras de estar satisfecho y contento. Puedo afirmar, en consecuencia, que a lo largo de los dos años y medio que lo traté en el seminario, jamás le oí una sola palabra que estuviese en contra de aquel principio que él llevaba dijo en su mente: *De los demás, o hablar bien o no hablar.* Si se veía, empero, en la necesidad de emitir un juicio sobre el comportamiento de los otros, se esforzaba en mirarlo desde el mejor punto de vista, pues decía haber aprendido de su tío que, si una acción ofrece cien aspectos, y noventa y nueve de ellos son malos y uno bueno, se le ha de tomar por el lado bueno y ha de ser dada por buena. Por el contrario, al hablar de sí mismo silenciaba cuanto pudiese redundar en su honor, y no aludía, ni poco ni mucho, a cargos, honores o premios que hubiese podido obtener; y si alguno se ponía a alabarlo, él tomaba a broma el elogio, buscando así la humillación cuando le exaltaban los demás.

Aquellas hermosas flores de virtud que vimos tenía cuando andaba entre terrones y ovejas, muy lejos de ajarse con los años, *alcanzaron, al llegar los tiempos de estudiante, toda su belleza y cumplida perfección.*

En cuanto se oía la señal para la oración o para cualquier otra función sagrada, inmediatamente se ponía en camino con la mayor diligencia; y, bien compuesto y en medio de un pro-

fundo y edificante recogimiento de todos sus sentidos, se preparaba para entrar en conversación con Dios. Nunca se vio en él el menor asomo de disgusto por tener que acudir a la iglesia o a cualquier otro lugar para asistir a actos devotos. Al revés, que, cada mañana, al primer toque de campana, inmediatamente abandonaba el lecho; realizado cuanto era del caso, bajaba a la iglesia un cuarto de hora antes de tiempo y preparaba el alma para la oración.

Se solía dispensar a los seminaristas del santo rosario en los días festivos y aun los laborables si asistían a funciones solemnes de iglesia. Comollo no acertó nunca a privarse de tan particular devoción; al contrario, que, tan pronto acababan dichos actos, y mientras el resto de compañeros no pensaban en otra cosa que en darse a los entretenimientos de costumbre, él, con otro compañero suyo, se retiraba a pagar, como él decía, sus deudas a la Virgen María con el rezo del santo rosario.

Siempre fue amante y devoto de Jesús sacramentado. Amén de hacerle frecuentes visitas y de comulgar espiritualmente, no desaprovechaba ocasión de recibirlo sacramentalmente. Hacía esto con gran edificación de los circunstantes. Se preparaba con un día de riguroso ayuno en honor de la Virgen. Después de la confesión, no quería oír hablar de otra cosa que de la grandeza, la bondad y el amor de aquel Señor que al día siguiente iba a recibir. Llegado el momento de acercarse al comulgatorio, veíalo yo absorto en altos y devotos pensamientos, y, con toda la persona en la mayor compostura, el paso grave y los ojos bajos, y no sin sentir frecuentes sacudidas de emoción, se acercaba a recibir al Santo de los santos. Vuelto a su sitio, parecía fuera de sí: tan vivamente conmovido se le veía y de tan profunda devoción estaba penetrado. Rezaba, pero su rezo venía interrumpido por sollozos, gemidos internos y lágrimas, y no dominaba aquella tierna conmoción hasta que, acabada la misa, se daba principio al canto de maitines.

Como le dijera yo, en más de una ocasión, que tenía que frenar aquellos actos de devoción externa, porque eran de mal ver, me respondió: *Siento tal presión de alegría en el corazón, que, si no me desahogo, pienso que no voy a poder respirar.* «El día en que comulgo—decía otras veces—, me encuentro tan repleto de dulzura y de contento, que me siento incapaz de entenderlo, y menos de explicarlo».

Dedúcese de todo esto claramente que Comollo se encontraba muy avanzado en el camino de la perfección; ya que *aquellos movimientos de tierna devoción, de dulzura y de ale-*

gría eran resultado de su fe viva y de su caridad inflamada, virtudes que lo guiaban en todas sus acciones y que hasta este punto se le habían enraizado en el alma.

Con esta devoción interna se enlazaba estrechamente una mortificación ejemplar de todos sus sentidos exteriores. Tan modesto era en sus ojos, que le ocurrió frecuentemente, en visitas a jardines y fincas de recreo, no haber visto en lo más mínimo nada de cuanto los demás habían encontrado verdaderamente notable. Nunca se le iba la vista de acá para allá. Comenzada una conversación edificante con su compañero, la proseguía todo el tiempo sin reparar en cuanto acaecía a su alrededor. Hasta ocurrió una vez que, habiéndole preguntado su acompañante a la vuelta del paseo si había visto a su padre que, pasando al lado, le había dirigido un saludo, contestó no haberse dado cuenta de nada.

Veníanle a visitar a menudo unas primas suyas de Chieri. Se convirtió esto para él en una verdadera cruz, al tener que tratar a personas de diferente sexo. De ahí que, cumplido lo que la delicadeza y la obligación exigían, les recomendaba con buenas maneras que le viniesen a ver lo menos posible, y se despedía sin más. Le preguntaron una vez si aquellas sus parientes eran mayores o todavía pequeñas, y si eran muy guapas. Les respondió que por la sombra le parecían ya mayores, pero que nada más sabía, porque nunca les había mirado a la cara. ¡Ejemplo digno de imitarse por quienes aspiran al estado eclesiástico o ya pertenecen a él!

Había cogido la costumbre de poner una pierna sobre la otra y de apoyarse, si le venía bien, sobre los codos en el estudio, en el comedor y en la clase. Pero, por amor a la virtud, se propuso corregirse incluso de esto. En efecto, rogó insistentemente a un compañero suyo que, tan pronto lo viese en esas posiciones, lo amonestase con acritud y se lo afease, y que le impusiese una penitencia particular. De aquí le vino aquella compostura exterior con la que, en la iglesia, en el estudio y en la clase, admiraba y edificaba a cuantos lo contemplaban.

En la comida, se mortificaba a diario. Por lo general, era el momento de mayor apetito cuando se abstenía. Sentado en la mesa era increíblemente parco. Bebía poco vino, y aguado. De cuando en cuando dejaba plato y vino, y se contentaba con tomar pan mojado con agua; daba como razón que le iba mejor para la salud del cuerpo, pero lo hacía, en realidad, por espíritu de mortificación. Advertido una vez de que semejante régimen de alimentación le podría acarrear dolores de cabeza y de estómago, respondió: *A mí me basta con que no dañe al alma.* El

sábado de cada semana ayunaba en honor de la Virgen. En las vigilias y durante la cuaresma, el ayuno lo cumplía con tanto rigor, incluso antes de que se considerase obligado por edad, que *un compañero de comedor dijo más de una vez que Comollo se estaba suicidando.*

Estos son los principales actos externos de penitencia que llegaron a conocimiento mío. De ellos se podrá inferir fácilmente los sentimientos que propiamente nutría Comollo en su corazón. Ya que, si es verdad que las acciones exteriores son redundancia de lo que ocurre en el interior, habrá que convenir en que *el ánimo de Comollo tenía que estar de continuo ocupado en tiernos afectos de amor de Dios, en encendida caridad hacia el prójimo y en grandes deseos de padecer por amor al Señor.*

«La vida de Comollo en el seminario—afirma uno de sus superiores—fue en todo momento una prueba estupenda de lo que realmente era él: exactísimo siempre en el cumplimiento de sus deberes de estudio y de piedad, absolutamente ejemplar en su conducta moral, de tal suerte que, en todo su porte, se transparentaba su natural dócil y obediente, lleno de respeto y de religiosidad. *Tenía agrado en su hablar; de ahí que, si uno experimentaba tristeza, en entrando a conversar con él se sentía aliviado.* Siempre modesto y edificante en las palabras y en el trato, hasta los más reacios se sentían en la obligación de aceptar que para ellos era un modelo de modestia y de virtud; uno de sus compañeros hubo de decir de Comollo que constituía para él un auténtico sermón, que era verdadera miel que suavizaba y endulzaba los corazones y los más rudos impulsos. Otro compañero afirmó varias veces que, proponiéndose ser santo con todas sus fuerzas, para conseguirlo no había visto modo mejor que seguir las huellas de Comollo, y, si bien se contemplaba a mucha distancia de él, ya estaba contento de haber echado a andar para imitarlo».

En vacaciones, su conducta moral era la misma que en el seminario, es decir: asiduo en la recepción de los sacramentos y en la asistencia a las funciones sagradas, y en impartir catecismo a los niños (cosa que ya hacía cuando vestía de paisano) en la parroquia y hasta en la misma calle si los encontraba.

He aquí el horario que él mismo expuso por carta a un amigo suyo:

«Se me han pasado ya dos meses de vacaciones, los cuales, por cierto, a pesar del calor excesivo que ha hecho, han sentado muy bien a mi salud corporal. Ya me estudié las páginas de ética y lógica que nos saltamos durante el curso. Con gusto estu-

diaría la historia sacra de Flavio Josefo, que me aconsejaste; pero empecé la historia de las herejías y no me va a dar tiempo. Por lo demás, mi vida aquí hasta ahora es un ameno paraíso terrenal, pues salto, río, estudio, leo, canto, y no quisiera sino que también estuvieses tú para llevarme la batuta. En la comida, en los momentos de ocio y durante el paseo, disfruto de la compañía de mi tío, el cual, aunque va decayendo por los años, siempre se muestra alegre y chistoso y me cuenta mil cosas a cual más interesante, que, por cierto, me producen verdadera alegría.

»Espero que nos veremos en el día convenido. Que sigas alegre. Demuestra que me quieres rezando por mí al Señor, etc.»

Dado que era muy inclinado a las cosas del ministerio eclesiástico, disfrutaba lo indecible cuando se podía ocupar en ellas; lo que era prueba innegable de que el Señor le llamaba realmente al estado a que él aspiraba.

Su tío, párroco, por cultivar tan buen terreno y secundar tales inclinaciones de su sobrino, le encargó un sermón en honor de la Stma. Virgen. He aquí cómo expresa sus sentimientos al respecto, en carta escrita al mismo compañero:

«He de hablarte también de otra tarea que, si bien me produce un gran consuelo, por otra parte me causa confusión. Me ha encargado mi tío el sermón en honor de la asunción de la Virgen. *Hablar de esta mi Madre tan querida me colma de alegría el corazón.* Mas, conociendo mi insuficiencia, me doy perfecta cuenta de lo lejos que estoy de poder tejer dignamente los elogios de tan gran Señora. En cualquier caso, dispuesto estoy a obedecer apoyándome en la misma ayuda de quien debo ensalzar. Lo tengo ya escrito y medianamente estudiado. El lunes próximo me tendrás ahí para que me lo oigas recitar. Hazme cuantas observaciones estimes del caso en lo que toca a la declamación y al contenido.

»Encomiéndame al ángel custodio para que tenga buen viaje. Adiós».

Tengo en mi poder dicho sermón: la composición, por más que se haya servido de otros autores, es realmente obra suya. En él aparecen expresados todos aquellos afectos hacia la Virgen de que tenía lleno el corazón. A la hora de pronunciarlo, le salió admirablemente bien. «En el momento de comparecer ante el pueblo—escribió después—, sentí que me fallaban las fuerzas y la voz, y que las rodillas se negaban a sostenerme; pero tan pronto como la Virgen me echó una mano, me sentí vigoroso y fuerte; así que empecé, proseguí y acabé sin el me-

nor tropiezo. María lo hizo, y no yo; a ella se la ha de alabar, y no a mí».

Fui algunos meses después a Cinzano y pregunté a varias personas qué les había parecido el sermón de Comollo. Todas se expresaban laudatoriamente. Su tío dijo que veía la acción de Dios en su sobrino. «Sermón de santo», me respondió otro. *Semejaba un ángel en aquel púlpito*—afirmaba un tercero—, *tal era su modestia y la claridad con que razonaba.* Otros exclamaban: «¡Qué hermoso modo de predicar!», e intentaban repetir los pensamientos y las palabras mismas que conservaban en su memoria.

Es indudable que hubiera sido mucho el bien que hubiera podido hacer en la viña del Señor un cultivador de tan grandes cualidades. Todo ello daba pie a las ilusiones que se forjaba su anciano tío, a las esperanzas de sus padres y a cuantos deseos acerca de él manifestaban todos sus paisanos, sus superiores y sus compañeros. Dios, empero, lo debió de ver bastante maduro para El. Y para que la malicia del mundo no le pudiese mudar el pensamiento, queriendo recompensar su buena voluntad, lo llamó a disfrutar de los méritos adquiridos y de aquellos, aún mayores, que ambicionaba adquirir.

CAPITULO IV

Circunstancias que precedieron a su enfermedad

No es mi intención atribuir un valor sobrenatural a las cosas que voy a relatar. Simplemente expondré los hechos como ocurrieron, con escrupulosa exactitud, dejando que cada lector opine como mejor le parezca.

Corría el año 1838 y estaba yo con él, un día de vacaciones de otoño, observando desde una colina la menguada cosecha que traía el campo.

—El año que viene—empecé yo—el Señor nos concederá una vendimia más abundante y obtendremos un vino mejor.

—Tú lo beberás—me respondió.

—¿A qué viene eso?—reaccioné.

—A que yo espero beber del mejor que existe.

Habiéndole insistido que se expresase con mayor claridad, acabó por decir que sentía grandísimos deseos de ir a gustar la ambrosía de los bienaventurados.

Al final de las mismas vacaciones fue a Turín y paró durante

algunos días en casa de una persona, por cierto de muy buen criterio, y cuyas palabras resalto y transcribo:

«Quedamos todos admirados extraordinariamente de la modestia de nuestro buen Luis. *Cortés, afable y sencillo, respiraba piedad en todo lo que hacía, principalmente al rezar; parecía un San Luis.* Era nuestro deseo que permaneciera algún tiempo más con nosotros; pero él mostró una decidida voluntad de partir. Al despedirlo, le dije:

—Adiós, quizá ya no nos veamos más.

—Efectivamente—respondió él—, ya no nos veremos más.

—Mas no lo digo por ti precisamente—añadí—, sino por mí, por mi edad avanzada, que a ti te deseo y auguro que vengas a celebrar misa, recién ordenado.

Entonces él, con llaneza y seguridad, concluyó:

—Yo no llegaré a cantar misa. El próximo año usted estará aún aquí y yo no. Entre tanto, encomiéndeme al Señor. ¡Adiós!

Estas últimas palabras, pronunciadas con tan clara intención por persona que tanto amábamos, nos causaron a todos una viva emoción, y solíamos decir después con frecuencia: '¿No será que nuestro buen Luis sabe algo de su próxima muerte?' Más adelante, cuando se nos anunció que había fallecido, no pudimos menos de exclamar: '¡Y tanto que lo sabía con tiempo!'».

A este anuncio yo le presto completa fe, puesto que personas diversas me lo han contado con los mismos detalles.

Acabadas dichas vacaciones y cuando venía de vuelta al seminario, llegó a aquel punto del camino en que se pierde de vista su pueblo. Se paró y dijo a su padre que le acompañaba:

—No puedo quitar los ojos de Cinzano.

Como le preguntara su padre qué era lo que tanto miraba y si sentía disgusto de volver al seminario, respondió:

—Todo lo contrario, que estoy deseando llegar cuanto antes a aquel lugar de paz. Lo que miro es nuestro pueblo Cinzano, al que estoy contemplando por última vez.

Habiéndole preguntado de nuevo si no se encontraba bien, si quería volverse a casa, respondió:

—De ninguna de las maneras. Me encuentro perfectamente bien. ¡Adelante con alegría, que Dios nos espera!

«Estas palabras—dice su padre—las hemos repetido muchas veces en casa. Aun ahora, cada vez que paso por aquel lugar, a duras penas puedo contener las lágrimas».

Conocía yo este episodio antes de que muriera Comollo.

Y, sin embargo, y a pesar de estos presentimientos del fin

de su vida mortal, que había exteriorizado en circunstancias diferentes, Comollo, con su tranquilidad de costumbre, con su calma imperturbable y siempre igual, continuó aplicándose asiduamente a sus deberes de estudio y piedad; hasta el punto que, como el año anterior, en el examen de mitad de curso obtuvo el premio que se entrega en cada clase al alumno de más virtud y ciencia.

Yo observaba todos sus movimientos y me daba cuenta de que, en la oración y en todo lo relacionado con la piedad, andaba más diligente de lo ordinario. Disfrutaba conversando frecuentemente sobre los mártires de Tonkin.

—Han sido verdaderos mártires—decía—. Dieron su vida por la salvación de las ovejas descarriadas... ¡Qué gloria no tendrán en el cielo!

Exclamaba otras veces:

—¡Oh, si al menos pudiera oír, aunque sin mérito alguno, al salir de este mundo, aquellas palabras consoladoras del Señor: *¡Bien, siervo fiel!*

Discurría sobre el paraíso con verdaderos transportes de gozo. He aquí una de sus muchas reflexiones al respecto:

«No raramente me ocurre estar solo, o no poder conciliar el sueño; pues precisamente cuando me encuentro en este estado es cuando yo me dedico a darme a amenos y deliciosísimos paseos. Me imagino que estoy en una alta montaña, desde cuya cima me es dado descubrir todas las bellezas de la naturaleza. Contemplo el mar, la tierra firme, regiones y ciudades diversas, y todo cuanto de magnífico hay en ellas. Elevo los ojos a continuación hacia el cielo sereno, y veo el firmamento, que, cuajado de estrellas, constituye el más grandioso de los espectáculos. Añado a todo esto una música suave, a voces y de instrumentos, que hace exultar de gozo a las montañas y a los valles. Y mientras deleito mi mente con estas representaciones de mi invención, me vuelvo hacia otra parte, alzo los ojos, y he aquí que me encuentro ante la ciudad de Dios. La contemplo desde fuera, me aproximo, y penetro en ella... Fácil es de imaginar la de cosas que a continuación hago desfilar por mi imaginación».

Y, contando ese su paseo, narraba las cosas más curiosas y edificantes que él se imaginaba ver en las estancias del paraíso.

Fue precisamente este año cuando yo le arranqué el secreto de cómo hacía para conseguir largas oraciones sin la menor distracción.

—¿Quieres que te lo diga? Tan pronto me pongo en ora-

ción, surge allá adentro una imagen material que te hará reír. Cierro los ojos y, con el pensamiento, me siento transportado a una gran sala adornada con arte extraordinario; al fondo de la misma destaca un trono majestuoso en que se sienta el Omnipotente, y tras él se sitúan todos los infinitos coros de los bienaventurados; pues allí me prosterno yo y, con todo el respeto de que soy capaz, hago mi oración.

Todo esto demuestra, según las reglas de los maestros de espíritu, hasta qué punto la mente de Comollo estaba despegada de las cosas sensibles y en qué medida era capaz de dominar a voluntad sus facultades intelectuales.

Tenía por costumbre leer, durante la misa, en los días laborables, las meditaciones sobre el infierno del padre Pinamonti.

—A lo largo de este año—me dijo en más de una ocasión—, he ido leyendo en la iglesia meditaciones sobre el infierno. Las acabé de leer, pero las vuelvo a empezar de nuevo. Aunque el tema sea triste y cause temor, insisto en su lectura; así, considerando mientras vivo la intensidad de aquellas penas, no las tendré que experimentar después de muerto.

Vivamente penetrado de estos sentimientos, practicó también, durante la cuaresma de este año, los ejercicios espirituales. Al terminarlos, como si ya nada hubiese de esperar de este mundo, daba a entender que los ejercicios espirituales constituían el mayor de los favores que el Señor le habría podido hacer.

—Es ésta la gracia más grande—decía a sus compañeros efusivamente—que Dios puede conceder a un cristiano; pues le suministra un medio extraordinario de ocuparse a conciencia y con toda comodidad de los asuntos de su alma; con el concurso, además, de mil circunstancias favorables, como son: las meditaciones, las instrucciones, las lecturas, los buenos ejemplos... ¡Qué bien te portas, Señor, con nosotros! ¡Qué enorme ingratitud la de quienes no corresponden a tamañas bondades de Dios!

De esta suerte, mientras se iba él perfeccionando en virtudes y se enriquecía su alma de méritos, se aproximaba el tiempo—que él vio con anticipación, según parece, en varias ocasiones—en que debía recibir la recompensa.

CAPITULO V

Cae enfermo. Muere

Era razón que un alma tan pura y tan adornada de hermosas virtudes como la de Comollo no tuviera ningún miedo al acercarse la muerte. Y, con todo, experimentó grandes temores. Pues ¿qué ha de ocurrirle al pecador, si las almas buenas tienen tanto miedo, cuando haya de presentarse ante Dios para rendirle cuenta de sus obras?

Era el 25 de marzo de 1839, día de la Anunciación de la Virgen, cuando yo, al marchar corredor adelante hacia la capilla [1], me di cuenta de que él me estaba esperando. Al preguntarle cómo había pasado la noche, me respondió que para él todo había acabado.

Quedé profundamente sorprendido. Tanto más que la noche anterior habíamos paseado un rato juntos y se sentía perfectamente bien. Preguntado sobre el motivo, respondió:

—Siento que el frío ha invadido todos mis miembros; me duele la cabeza y no va el estómago; a pesar de todo, no es el mal físico el que me preocupa, lo que sí realmente me preocupa—decía esto con voz grave—es tener que presentarme ante el juicio de Dios.

Mientras le iba yo diciendo que no se apurase, que aún estaba todo eso lejos y que había tiempo de prepararse, entramos en la iglesia. Todavía pudo oír la santa misa; al final sintió que sus fuerzas le venían a menos y hubo, en consecuencia, de meterse en cama.

Tan pronto como terminaron los actos de la iglesia, fui a visitarlo en su propia habitación. Al verme entre los que le estaban acompañando, hizo señal de que me acercase y, obligándome a inclinar hacia él la cabeza, como si fuera a confiarme algo muy importante, empezó a hablarme de este modo:

—Decías que aún está lejos, que tiempo hay de prepararme antes de partir. Pues no es así. Sé de cierto que me he de presentar en seguida ante la presencia de Dios. El tiempo que resta para prepararme es bien poco. ¿Qué más quieres que te diga? Nos tendremos que separar.

Yo le exhortaba a estar tranquilo, a que no se pusiera nervioso con semejantes ideas.

—No me inquieto ni me pongo nervioso—me respondió—;

[1] Toda esta minuciosa narración es de un compañero suyo, quien la escribió, parte, durante la enfermedad; parte, poco después de su muerte.

únicamente pienso que he de comparecer en aquel gran juicio, en aquel juicio inapelable, y eso es lo que agita mi mundo interior.

Estas palabras me impresionaron profundamente y me hicieron pensar; por eso quería estar siempre bien enterado de cómo se encontraba. Cada vez que le visitaba me repetía las mismas palabras: «Se acerca el momento en que me he de presentar ante el juicio de Dios. Nos tendremos que separar». En el curso de la enfermedad me las repitió unas quince veces, y se las fue repitiendo también a muchos de los compañeros que subían a visitarlo.

Me dijo además que su enfermedad había que entenderla al revés de lo que dijeran los médicos, y que medicinas y operaciones no le producirían ningún alivio. Y así ocurrió, en efecto.

Todas estas manifestaciones atribuíalas yo, al principio, a su temor al juicio de Dios, pero como viese que se iban cumpliendo paso a paso, las comuniqué a alguno de mis compañeros y, por fin, al propio director espiritual: éste, sí bien, de momento, no las tuvo muy en cuenta, al ir comprobando los hechos quedó profundamente maravillado.

Entre tanto, Comollo, el lunes, se quedó en cama con fiebre. El martes y el miércoles los pasó levantado, pero siempre triste y melancólico, y absorto en el pensamiento del juicio de Dios. Al atardecer del miércoles se metió definitivamente en cama para no levantarse más. A lo largo del jueves, viernes y sábado de la misma semana (semana santa de aquel año), se le practicaron tres sangrías, tomó diversas medicinas y sudó copiosamente; pero no obtuvo alivio alguno. Cuando fui a visitarlo el sábado por la mañana, víspera de Pascua de Resurrección, me dijo:

—Ya que vamos a tener que separarnos y dentro de poco me voy a presentar ante Dios, quisiera que me velases esta noche. Yo mismo pediré el permiso, y seguro que me dirán que sí.

Hablé yo mismo con el director, quien, al ver que aparecían síntomas de agravamiento, me autorizó a pasar con él la noche del 30 de marzo, anterior al solemne domingo de Resurrección. Hacia las ocho me di cuenta de que la fiebre le subía bruscamente, y hacia las ocho y cuarto, la calentura se hizo tan convulsiva y violenta que perdió el uso de la razón. Al principio se lamentaba en alta voz, como si algo espantoso lo aterrorizara; al cabo de media hora, volviendo un poco en sí y mirando a los que estaban presentes, prorrumpió en esta ex-

clamación: «¡Ay, el juicio!» Y, a continuación, comenzó a agitarse de tal modo, que apenas los cinco o seis que estábamos allí podíamos mantenerlo en el lecho.

Esta agitación duraría sus buenas tres horas, al cabo de las cuales volvió completamente en sí. Se estuvo un buen espacio de tiempo pensativo, como ocupado en importantes reflexiones, y, finalmente, deponiendo aquel aire de tristeza y terror por los juicios divinos que desde días atrás venía padeciendo, se mostró completamente tranquilo y sereno. Sonreía, daba respuesta a cuanto se le preguntaba. Se le dijo que de dónde procedía tal cambio, ya que antes se mostraba tan triste y ahora tan afable y jovial. Ante estas palabras quedó de momento desconcertado, pero, tomando precauciones para que ningún otro lo oyese, empezó a hablar a solas con uno de los presentes:

«Hasta ahora tenía miedo de morir por temor a los juicios divinos. Me aterrorizaban. Mas ahora estoy tranquilo; es debido a lo siguiente, que te expongo con toda confianza:

»Mientras me sentía terriblemente agitado por temor al juicio de Dios, me pareció ser llevado en un instante a un valle grande y profundo, en el que lo desapacible del ambiente y la furia del viento arruinaban las fuerzas y el vigor de quien por allí acertase a pasar. En la mitad del valle, a modo de horno, había un profundo abismo del que salían grandiosas llamaradas...

»A su vista, espantado, me puse a gritar, pues temía precipitarme en aquel torbellino. Como es natural, me volví con la intención de huir. Pero he aquí que una innumerable turba de monstruos, de diferentes y espantosos aspectos, trataban de arrastrarme allá abajo. Entonces grité con fuerza y, todo confuso, sin saber qué me hacía, me persigné.

»A la vista de la señal de la cruz, los monstruos intentaban inclinar las cabezas, pero no podían; y el resultado fue que, entre grandes contorsiones, se alejaron algo de mí. Pero ni aun así me era posible huir y librarme de aquel lugar de maldición; hasta que, al fin, vi un puñado de formidables guerreros que venían en mi ayuda. Asaltaron vigorosamente a los monstruos, los cuales, o resultaron despedazados o tendidos por tierra, o se dieron a vergonzosa fuga.

»Libre de tan gran apuro, reemprendí la marcha a través de aquel espacioso valle hasta alcanzar el pie de la alta montaña. Pero sólo se podía subir por una escalera, y los peldaños estaban ocupados por serpientes dispuestas a devorar a quien lo intentara. Veía que no había más solución que ascender por ella, y, sin embargo, no me decidía por miedo a que aquellas

serpientes me devorasen. Mas he aquí que, mientras me hallaba sumido en estas angustias y las fuerzas me iban faltando, aparece una señora, sin duda alguna *la Madre de Dios,* vestida de gran pompa, que *me toma de la mano,* me hace poner de pie *y, diciéndome que le siga y haciéndome de guía, comienza a subir la escalera.* Tan pronto como ponía sus pies en los peldaños, todos aquellos reptiles volvían sus mortíferas cabezas en otra dirección, y sólo nos miraban de nuevo cuando nos encontrábamos suficientemente lejos. Al llegar a la cima me encontré en un jardín deliciosamente, donde vi cosas que nunca pude imaginar que existiesen.

»*Esto sosegó mi corazón y me produjo tal tranquilidad que, lejos de aguardar con miedo a la muerte, ansío que llegue en seguida para unirme al Señor.*»

Piénsese lo que se quiera del anterior relato, pero la verdad es que tanto más alegre se mostraba ahora y deseoso de comparecer ante Dios, cuanto grandes habían sido antes el miedo y el espanto de que llegase aquel momento. Nada ya de tristeza y de preocupación en su rostro; al revés, mostraba en todo instante un aspecto jovial y sonriente, hasta el punto que continuamente deseaba cantar himnos y cánticos espirituales.

Se le advirtió que, siendo Pascua aquel día, resultaba muy oportuno recibir los santos sacramentos.

—Con mucho gusto—respondió—, y ya que el Señor resucitó, más o menos a esta hora (eran las cuatro y media de la mañana), querría que también resucitase en mi corazón con la abundancia de su gracia. Nada recuerdo que pueda inquietar mi conciencia; dado, empero, el estado en que me encuentro, agradecería poder hablar con mi confesor antes de comulgar.

Surge esta observación: Un muchacho que ha vivido en el mundo, que se halla en el vigor de la edad, que sabe que dentro de poco ha de presentarse ante el juicio de Dios, dice, con sencillez, que nada le reprocha la conciencia..., que está tranquilo. Es forzoso admitir que su vida transcurrió perfectamente en regla, que su alma y su corazón son puros.

Su comunión, por lo demás, fue un espectáculo edificante y maravilloso. Terminada la confesión y hecha la preparación para recibir el santo viático, penetró en la habitación el director—que hacía de ministro—seguido de los seminaristas. No bien hubo aparecido, el enfermo, turbado, cambió de color, mudó de aspecto y santamente arrobado exclamó:

—¡Oh, qué gozosa visión y qué hermoso panorama! ¡Mira cómo resplandece aquel sol! ¡Qué de hermosas estrellas le hacen corona! ¡Cuánta gente le adora y no osan alzar la frente!

¡Ea, deja que vaya a arrodillarme junto a ellos, a adorar también yo a ese sol nunca visto hasta ahora!

Y, mientras hablaba, intentaba incorporarse y, a tirones, salir al encuentro del Stmo. Sacramento. Yo le hacía fuerza para mantenerlo en el lecho, mientras me caían lágrimas de ternura y de estupor; y no acertaba a decir ni a responderle nada. El seguía luchando por alcanzar el santo viático; y hasta que lo recibió no quedó tranquilo.

Después de comulgar estuvo algún tiempo inmóvil, enteramente concentrado en afectuosos sentimientos hacia su Señor. Al fin, como deslumbrado, exclamó:

—¡Oh, portento de amor! ¿Quién soy yo para haber sido digno de un presente tan grande! ¡Oh, exulten, sí, los ángeles del cielo! Pero más razón que ellos tengo de alegrarme, pues yo guardo en mi seno a quien ellos han de adorar postrados: Quien no puede ser abarcado por los cielos, puso su morada en mí; Dios ha querido hacer maravillas con nosotros, y nos hace rebosar de alegría.

Recitó durante bastante tiempo estas y otras jaculatorias.

Finalmente, me llamó en voz baja y me rogó que no le hablase ya más que de cosas espirituales; pues decía que, siendo tan preciosos aquellos últimos momentos de vida, los debía emplear en glorificar a su Dios, y que, por lo mismo, no había de dar respuesta alguna en adelante si se le preguntaba sobre otros temas.

Efectivamente, en lo que duraron sus crisis convulsivas, desbarraba cuando se le proponían cuestiones temporales, pero, si eran espirituales, respondía coherentemente.

Entre tanto iba empeorando. Se tuvo consulta, se recetaron medicinas, se practicaron varias pequeñas operaciones, se hizo, en suma, cuanto aconsejó el arte de médicos y cirujanos, pero sin el menor resultado. Todo ocurrió, en el modo y en las circunstancias, tal y como el enfermo lo había predicho.

Estuvo en condiciones, durante unas horas, de poder desahogarse libremente con un compañero suyo, porque los otros seminaristas se habían marchado a la catedral. Mantuvo con él una conversación, que por estar enteramente impregnada de ternura y de sentimientos piadosos transcribo aquí al pie de la letra, según me fue facilitada.

«He aquí—decía a su amigo—, he aquí cercano por fin el momento en que nos tenemos que separar por algún tiempo; escucha los recuerdos que como amigo te dejo».

Y daba un aire de intimidad a lo que iba diciendo.

«No es de buen amigo cumplir con el otro amigo sólo mien-

tras se vive, sino que se han de cumplir también los encargos hechos para después de la muerte. Por lo mismo, el pacto que hicimos, reforzado de promesas, de rezar el uno por el otro para salvarnos, quiero que quede en pie no sólo hasta que muera uno de los dos, sino hasta que muramos los dos; en consecuencia, promete y jura que has de rezar por mí mientras duren tus días en este mundo».

«Aunque me venían ganas de llorar al escuchar tales expresiones—comenta el amigo—, con todo, aguanté las lágrimas y prometí lo que se me pedía y en los términos en que se me pedía».

«Pues bien—prosiguió el enfermo—; he aquí lo que yo puedo decir respecto a ti: Aún no sabes si los días de tu vida serán pocos o muchos; pero, por más que la hora sea incierta, lo que sí es seguro es que también a ti te ha de llegar. Por lo tanto, obra de modo que tu vivir sea un continuo prepararse para la muerte y el juicio...

»Los hombres, de cuando en cuando, piensan en la muerte y están convencidos de que aquella no deseada hora acabará por llegar; pero no se preparan. El resultado es que, cuando les viene encima, se desconciertan, y que quienes mueren en esta confusión quedan eternamente confundidos. ¡Bienaventurados los que, ocupando su vida en obras buenas, se encuentran preparados para tal momento!

»*Si con el tiempo el Señor te hace guía de otras almas, inculcales el pensamiento de la muerte y del juicio y el respeto a los lugares santos, a las iglesias;* pues se ven personas, cuyo hábito las señala, que le tienen poco respeto a la casa del Señor, y así se dan casos de que hombres de pueblo y despreciadas viejecillas se conduzcan con las más santas disposiciones, mientras al ministro del santuario se le ve ausente, sin que ponga atención en que se halla en la casa del Dios viviente.

»*Has de profesar una especial devoción a María Santísima,* ya que a lo largo del tiempo que militamos en este mundo es el suyo el patrocinio de más poder de que disponemos.

»¡Ah si los hombres pudiesen persuadirse del gran consuelo que en el momento de la muerte produce el haber sido devotos de la Virgen; todos, a porfía, buscarían modos nuevos de rendirle especiales honores! Será ella precisamente la que, con su Hijo en brazos, constituirá contra el enemigo del alma nuestra auténtica defensa en la última hora. Ya puede el infierno entero declararnos la guerra; con María al lado, el triunfo será nuestro.

»No seas nunca de aquellos que, porque recitan a María al-

guna plegaria y le ofrecen cualquier mortificación, ya se creen en el derecho de ser protegidos de ella; y luego resulta que llevan una vida libre y licenciosa. Para ser de esos devotos, mejor es no serlo. Se muestran tales por pura hipocresía, para que se les ayude en la ejecución de sus planes al margen de la ley y, lo que es peor, para obtener, si fuere posible, el visto bueno sobre su desarreglada vida. *Tú sé siempre del grupo de los verdaderos devotos de la Virgen,* de los que imitan sus virtudes; de este suerte probarás los frutos de su bondad y de su amor.

»*Añade a todo esto la frecuencia de los sacramentos de la confesión y comunión.* Son ellos los instrumentos, las armas con que se hace frente a los asaltos del demonio y se sortean los escollos de este borrascoso mar del mundo.

»Por último, *mira con quién tratas, conversas y trabas amistad.* No aludo únicamente a las personas de diferente sexo y a aquellas otras del siglo, de las que, por ser para nosotros un evidente peligro, hemos de guardarnos de un modo efectivo, sino a los propios compañeros, clérigos e incluso seminaristas, porque de entre éstos *los hay malos,* otros que no son *ni malos ni buenos* y, finalmente, otros *verdaderamente buenos.* De los primeros se ha huir por encima de todo; con los segundos se ha de tratar cuando sea necesario, pero sin contraer con ellos familiaridad; son los últimos con quienes hay que relacionarse y cuyo trato reporta provecho espiritual y temporal. Es cierto que éstos suelen ser escasos, pero precisamente por eso se ha de observar la más prudente de las cautelas; y en encontrando uno, se le ha de tratar con frecuencia y establecer con él aquella espiritual familiaridad de la que tanto fruto se saca. Con los buenos serás bueno; con los malos, malo.

»Aún he de pedirte otro cosa, y lo hago de corazón; que cuando vayáis de paseo y oigas, al pasar junto a mi tumba, que los compañeros dicen: *Aquí está enterrado nuestro compañero Comollo,* tú les sugieras delicadamente, de parte mía, un padrenuestro y un *réquiem* por mí; así me veré libre de las penas del purgatorio.

»Muchas otras cosas querría decirte todavía, pero advierto que el mal va en aumento y me vence. Ruega por mí y encomiéndame también a las oraciones de nuestros amigos. Que Dios te acompañe y te bendiga. Cuando él disponga, nos volveremos a ver».

Estos sentimientos, exteriorizados en un momento en que se manifiesta lo que el corazón guarda dentro, constituyen *el retrato auténtico de su espíritu. El pensamiento de las verdades eternas, la frecuencia de los sacramentos, una devoción*

tierna a la Madre de Dios, la fuga de los malos compañeros y el trato con los que pudieran ayudarle en el estudio y la piedad fueron la razón de ser de todos sus actos.

Al atardecer del día de Pascua le sobrevino una brusca subida de fiebre, acompañada de dolorosas convulsiones. A duras penas se podía contener. Pero se encontró un medio infalible con que calmarle. Cuando, fuera de sí y agitado por el mal, se le decía simplemente: «Comollo, ¿por quién hay que sufrir?», él volvía en sí en seguida y, jovial y sonriente, como si aquellas palabras le anularan el sufrimiento, respondía: «Por Jesucristo crucificado».

En semejante estado, sin proferir siquiera un lamento a causa de la intensidad del dolor, pasó la noche entera y casi todo el día siguiente. Mientras tanto le visitaron sus padres, que reconoció muy bien y a los que recomendó resignación a la voluntad de Dios y que no le olvidasen en sus oraciones. De cuando en cuando se ponía a cantar con voz perfectamente normal y tan sostenida que se dijera hallarse en buena salud. Sus cantos eran el *Miserere*, el *Ave Maris Stella*, las letanías de la Virgen y coplas espirituales. Pero, dado que el cantar le fatigaba y le aumentaba el mal, se encontró manera de mantenerlo en silencio: fue sugerirle el rezo de cualquier oración; de este modo dejaba el canto y recitaba lo que se le había sugerido.

A las siete de la tarde del día 1 de abril, como empeorase a ojos vistas, el director espiritual estimó oportuno administrarle los santos óleos. Durante la administración no parecía sino que estaba completamente curado. Intervenía verbalmente en su debido momento, tanto que el celebrante hubo de confesar que se trataba de algo fuera de lo común. Mientras pocos momentos antes parecía estar en agonía, ahora hacía con toda exactitud de monaguillo respondiendo a todas las preces y responsorios del ritual.

Lo propio aconteció a las once y media cuando el señor rector, al observar que un frío sudor iba cubriendo su pálido rostro, le impartió la bendición papal.

Una vez recibidos los sacramentos, ya no pareció más un enfermo, sino más bien persona que descansase en el lecho. Se mostraba completamente dueño de sí mismo, sosegado, tranquilo, muy alegre. No hacía otra cosa que musitar jaculatorias a Jesús crucificado, a María Santísima y a los santos; el rector hubo de decir que no había menester de quien le recomendase el alma, porque se bastaba a sí mismo.

Una hora después de la media noche del 2 de abril pre-

guntó a uno de los que le asistían si le quedaba mucho tiempo aún. Se le respondió que una media hora.

—Queda más—añadió el enfermo.

—Sí—intervino uno, juzgando que deliraba—, queda media hora, y a continuación, a clase, a lección.

—¡Oh—comentó el enfermo, sonriendo—, bonita clase...! ¡Es algo mucho más importante lo que queda!

Preguntado por un compañero si en el cielo se acordaría de él, respondió:

—Me acordaré de todos, pero particularmente de quienes me ayuden a salir del purgatorio.

A la una y media, aunque conservaba su acostumbrada serenidad de semblante, se le vio muy decaído, hasta el punto que parecía fallarle la respiración. Poco después se repuso un tanto, recogió todas las fuerzas que le restaban y, con voz clara y con los ojos puestos en el cielo, prorrumpió en estas palabras:

«Virgen santa, Madre benigna, amada Madre de mi amado Jesús. ¡Ah! Tú que de todas las criaturas fuiste la única digna de llevarlo en tu seno puro y virginal, por el amor con que lo amaste y lo estrechaste entre tus brazos, por lo que sufriste al compartir su pobreza y cuando le contemplaste entre empellones, salivazos y azotes, y, sobre todo, muriendo entre indecibles dolores en la cruz, por todo eso, obtenme tú el don de la fortaleza, una fe viva, una esperanza firme, una ardiente caridad, juntamente con un sincero dolor de mis pecados; y a cuantos favores me obtuviste durante toda la vida, añade la gracia de que pueda tener una santa muerte. Sí, madre compasiva, asísteme en este punto en que estoy para presentar mi alma ante el tribunal de Dios. Ponme tú misma en brazos de tu divino Hijo. Si atiendes mi súplica, yo, decididamente y con confianza y apoyado en tu clemencia y bondad, por tus manos, rindo mi alma a aquella majestad suprema, cuya misericordia espero conseguir».

Estas son exactamente las palabras pronunciadas por él. Lo hizo con tal énfasis y tan poseído de su significado, que los que estaban allí se conmovieron hasta las lágrimas.

Al acabar esta fervorosa oración pareció caer en un sopor mortal, por lo que, para que no perdiese el conocimiento, le pregunté si sabía a qué edad había muerto San Luis. Avivado por esta pregunta, respondió:

—*Tenía veintitrés cumplidos. Yo muero sin tener los veintidós.*

Como se le acabasen del todo las fuerzas y le fallase el pul-

so, deduje que era llegado el último momento en que tenía que dar el último adiós al mundo y a sus compañeros. En consecuencia, comencé a sugerirle cuanto se me ocurría en circunstancias de tanta trascendencia. El, muy atento a cuanto se le decía, con la sonrisa en los labios y con los ojos fijos en un crucifijo que sostenía entre sus manos, juntas sobre el pecho, se esforzaba en repetir las palabras que le sugería.

Unos minutos antes de expirar llamó a uno de los presentes y le dijo:

—Si quieres algo para la eternidad, ¡adiós! .... yo me voy.

Estas fueron sus últimas palabras. Por habérsele tornado los labios gruesos y áspera la lengua, ya no podía repetir las jaculatorias que le sugeríamos; aun así, las recomponía y articulaba con los movimientos de los labios.

Dos diáconos que se encontraban presentes le leyeron el «Sal, alma cristiana...» Cuando terminaron, mientras lo encomendábamos a María Santísima y a los ángeles para que le valiesen ante la presencia de Dios, en el momento preciso en que pronunciábamos los nombres de Jesús y de María, sin el más leve movimiento, su hermosa alma se separó del cuerpo y marchó volando a reposar, como esperamos, en la paz del Señor.

En los últimos instantes se mantuvo continuamente sereno, con el rostro alegre y *esbozando una dulce sonrisa, como de quien resulta repentinamente sorprendido ante un espectáculo maravilloso y grato.*

Tenía veintidós años menos cinco días. Eran las dos de la noche del 2 de abril de 1839; aún no había amanecido.

Así fue la muerte del joven seminarista Luis Comollo. Había sabido arrojar las semillas de la virtud en el terreno de su corazón en medio de las ocupaciones más vulgares, las había cultivado entre las lisonjas del mundo y, tras perfeccionarlas a lo largo de casi dos años y medio de formación sacerdotal, con una penosa enfermedad las había llevado a su madurez plena. Y cuando unos se gloriaban de haberle tenido por modelo, otros por guía y consejero y no pocos por amigo leal, él los dejó a todos en el mundo y se fue, como esperamos, a protegerlos desde el cielo.

A primera vista no se ve cómo un alma como la de Comollo, de vida tan ejemplar, pudiera sentirse acobardada ante los juicios de Dios. Pero, si bien se mira, ésta suele ser la conducta que observa Dios con sus elegidos. Ellos, al pensamiento de que han de comparecer delante de aquel riguroso tribunal, se llenan de temor y espanto. Mas el mismo Dios corre en su ayuda y, en vez de convertirse ese espanto, como ocurre

en los pecadores, en violentos remordimientos y desesperación, a los justos se les trueca en ánimos, confianza y resignación hasta inundarles el alma de una dulce alegría. Precisamente es en este punto donde el justo comienza a experimentar, por las obras buenas que hizo, la compensación del ciento por uno prometida por el Evangelio. Efectivamente, las amarguras de la muerte quedan dulcificadas por una tranquilidad y calma de espíritu y por un contento y un gozo interior que avivan la fe, fortalecen la esperanza e inflaman la caridad hasta tal punto que, por decirlo de alguna manera, el mal afloja y sobreviene como anticipo una muestra de aquella felicidad que están a punto de compartir con Dios durante toda la eternidad. Esto sólo ya lo juzgo yo estímulo suficiente como para buscarse trabajos y sufrimientos en esta vida, empeñarse en tolerarnos mutuamente con paciencia y ajustar nuestras acciones a los mandamientos de Dios.

CAPITULO VI

Los funerales

Cuando se hizo de día y corrió la voz de la muerte de Comollo, todo el seminario quedó sumido en una triste desolación. Uno decía: «Para esta hora ya estará Comollo rezando por nosotros». Otro: «¡Con cuánto acierto previó su muerte!» Algunos añadían: «Supo vivir santo y morir santo». Y aun hubo quien razonó: «Si alguna vez los hombres pudieron afirmar que un alma voló del mundo al cielo, éste es el caso de Comollo».

En consecuencia, todos andaban a porfía en hacerse con cualquier objeto que le hubiese pertenecido. Este hizo lo imposible por llevarse un crucifijo; aquél, por guardarse una estampa; aquellos otros reputaron gran fortuna haber dado con alguna de sus libretas, y hasta hubo uno que, no pudiendo conseguir otra cosa, tomó su alzacuellos como recuerdo perenne de un tan amado y venerado compañero.

El rector del seminario, movido por las circunstancias que acompañaron su muerte y no sufriendo que su cadáver viniese a ser enterrado en el cementerio común, de buena mañana partió para Turín y obtuvo de las autoridades religiosas y civiles que pudiese ser enterrado en la iglesia de San Felipe, contigua al propio seminario.

El profesor de la asignatura de la mañana comenzó la clase a la hora acostumbrada; pero, al tener que empezar a explicar, observando la tristeza que todos sus oyentes tenían pintada en sus rostros, se conmovió también él profundamente y, rompiendo en llanto y sollozos, hubo de abandonar el aula al no poder pronunciar palabra.

El otro profesor vino por la tarde a clase, pero, en vez de la explicación de siempre, hizo un patético discurso sobre la muerte de Comollo. En él dijo que veía proporcionado el dolor que manifestábamos por la muerte de un compañero tan excepcional, pero que teníamos que alegrarnos en la esperanza de que una vida tan edificante y una muerte tan hermosa nos habían de procurar, de seguro, un protector en el cielo. Exhortó a todos a proponérselo como modelo de vida virtuosa y de conducta clerical ejemplar. Analizó también su muerte desde varios puntos de vista: muerte de un justo, muerte preciosa a los ojos de Dios... Y terminó recomendándonos que nunca dejáramos de recordarlo y que imitásemos sus virtudes.

El día 3 de abril, por la mañana, con la participación de todos los seminaristas, de todos los superiores y del canónigo-párroco con su clero, se acompañó procesionalmente el cadáver por la ciudad de Chieri, y después de un largo recorrido, entre cantos fúnebres y piadosos rezos, fue conducido a la ya dicha iglesia de San Felipe.

Llegados allí, con música lúgubre y con negro y pomposo aparato, el rector del seminario cantó la misa *praesente cadavere*. Cuando terminó, el féretro fue depositado en una tumba que le había sido preparada junto al lugar donde la balaustrada queda partida en dos; como si Jesús sacramentado, al que Luis había demostrado tanto amor y con el que solía entretenerse tan a gusto, quisiera tenerlo cerca también después de muerto.

A los siete días se celebró además otro funeral con el mayor aparato posible de adornos y de cirios.

Estos fueron los últimos honores que le rindieron sus condiscípulos, quienes, profundamente conmovidos, nada escatimaron a la hora de honrar a un compañero al que habían amado tanto.

CAPITULO VII

Consecuencias de su muerte

Es realmente innegable que el recuerdo de las almas buenas no acaba con la muerte, sino que lo recoge la posteridad en provecho propio. Una enfermedad y muerte así, tan hermosas y ejemplares, en las que se pudieron descubrir tales sentimientos de virtud y de piedad, despertaron, por fuerza, en muchos seminaristas el deseo de imitarlo. No pocos, en consecuencia, hicieron un esfuerzo por llevar a la práctica los consejos y avisos que les había dado Luis cuando vivía; otros, por imitar sus ejemplos y virtudes; hasta tal punto que a no pocos seminaristas que al principio no habían dado demasiadas pruebas de entusiasmo por una vocación a la que decían aspirar, ocurrida la muerte de Comollo, se les notó verdaderos esfuerzos para convertirse en modelos de virtud.

«Fue precisamente a consecuencia de la muerte de Comollo —dice un compañero suyo— cuando me decidí a llevar una vida de auténtico aspirante al sacerdocio para convertirme en verdadero eclesiástico; y por más que tal resolución haya sido hasta ahora ineficaz, no desisto, sino al revés, me empeño todos los días cada vez más en multiplicar el esfuerzo».

Y no fueron precisamente propósitos de circunstancia, ya que todavía hoy se siente allí el buen olor de las virtudes de Comollo. Prueba de ello es que el rector del seminario me confesó algunos meses atrás que «el cambio obrado en los seminaristas por la muerte de Comollo aún dura en nuestros días».

Habría que hacer notar en este punto que todo esto se produjo, principalmente, como consecuencia de dos apariciones de Comollo después de su muerte (de una de las cuales son testigos las personas de un dormitorio entero)[2], como también re-

[2] Copiamos del capítulo 14 de la edición de 1884:

«Me limitaré a exponer una, de la que fue testigo un entero dormitorio; suceso que levantó comentarios dentro y fuera del seminario. Esta extraordinaria visita la recibió un compañero, con el que Comollo había mantenido amistad mientras vivía. He aquí como el propio compañero narra el hecho:

«En nuestras relaciones de amistad, por imitar lo que habíamos leído en algunos libros, habíamos hecho el trato de rezar el uno por el otro y de que el que muriese primero tenía que traer noticias del otro mundo al que quedase vivo. Confirmamos nuestra promesa en bastantes ocasiones, aunque siempre añadíamos la condición de que si Dios lo permitía y era de su agrado. Fue como cosa de niños, sin darnos cuenta de su importancia; pero entre nosotros aquella sagrada promesa se tuvo siempre por algo serio y que había que cumplir. A lo largo de la enfermedad de Comollo se renovó varias veces

sultaría oportuno relatar algunas gracias que por intercesión suya fueron obtenidas.

Pero yo dejo a un lado todo esto y me limito a cerrar este bosquejo, o como se le quiera llamar, con dos hechos que, dada la solvencia y categoría de las personas que los relatan, en mi opinión pueden ser aceptados plenamente.

Una persona muy entregada al servicio de Dios sufría tentaciones de mucho tiempo atrás. Pero, unas veces de un modo y otras de otro, siempre había logrado superarlas. Mas un día sufrió un acoso tan violento que parecía iba a ser, desgraciadamente, vencida. Cuanto más luchaba por alejar sus malos pen-

el pacto; y cuando él murió se estaba a la espera del cumplimiento; y no sólo yo, sino también algunos compañeros que estaban en el secreto.

»Era la noche del 4 de abril, la noche siguiente al día de su entierro, y yo descansaba, juntamente con los otros alumnos de teología, en el dormitorio que da al patio por el lado de mediodía. Estaba en la cama, pero no dormía: pensaba precisamente en la promesa que nos teníamos hecha; y como si adivinara lo que iba a ocurrir, era presa de un miedo terrible.

»Al filo de medianoche oyóse un sordo rumor al fondo del corredor; rumor que se hacía más sensible, más sombrío, más agudo a medida que venía avanzando. Semejaba el ruido de un gran carro, o de un tren en marcha, o como de disparo de cañones. No sé expresarlo sino diciendo que formaba un conjunto de ruidos tan violentos y daba un miedo tan grande, que cortaba el habla a quien lo percibía. Al acercarse dejaba tras sí en sonora vibración las paredes, las bóvedas y el pavimento del corredor, hasta el punto que no parecían sino que eran hechos de planchas de hierro, sacudidas por potentísimos brazos.

»Avanzaba aquello, pero no podía adivinarse a qué distancia; se producía aquella incertidumbre que se nota cuando, de una máquina de vapor en plena marcha, no se puede deducir el punto en que se encuentra, sino que sólo se conjetura su situación por la nube de humo que se expande al viento.

»Los seminaristas se despiertan, mas ninguno puede articular palabra. El ruido viene acercándose, cada vez más espantoso. Se le siente ya junto al dormitorio. Se abre la puerta por la violencia del propio fenómeno. Continúa avanzando el fragor sin que se vea nada, salvo una lucecita de varios colores que parece el regulador del sonido. De repente se hace un inesperado silencio. Brilla la luz vivamente y se oye con toda claridad la voz de Comollo, que, llamando por su nombre al compañero tres veces consecutivas, le dice:

—Me he salvado.

»En aquel momento el dormitorio se ilumina más, el bronco rumor se vuelve otra vez más violento, como trueno que echa abajo la casa; pero he aquí que se extinguió repentinamente, desapareciendo la luz al mismo tiempo.

»Los compañeros, saltando de la cama, huyeron sin saber adónde: algunos se refugiaron en algún ángulo del dormitorio; otros se apretaron alrededor del prefecto del dormitorio, don José Fiorito, de Rívoli; todos pasaron el resto de la noche esperando ansiosamente la luz del día.

»Yo sufrí mucho; y fue tal el terror que sentí, que hubiese preferido morir en aquellos momentos. De allí me vino una grave enfermedad que me llevó al borde de la tumba; me dejó tan mal parado de salud, que no la recuperé hasta muchos años después».

Dejo en libertad a cada lector de enjuiciar como le parezca esta aparición; pero advierto por adelantado que, después de tantos años, aún quedan vivos algunos testigos del hecho. Yo me he limitado a exponerlo en todos sus detalles; pero recomiendo a todos mis jóvenes que no hagan tales promesas, porque cuando se trata de poner en relación las cosas naturales con las sobrenaturales, la pobre humanidad sufre muchísimo, particularmente en cosas que no son necesarias para la salvación.

samientos, tanto más aumentaban. Seco y árido, no acertaba a rezar. Mas he aquí que, al poner su mirada sobre el escritorio, dieron sus ojos con un objeto que había pertenecido a Comollo y que él guardaba como un grato recuerdo. '¡Bien, me puse a gritar—relata la persona interesada—: si estás en el cielo y puedes interceder por mí, pide a Dios me saque de este terrible aprieto!' ¡Algo maravilloso! No acabé de decir tales palabras y me sentí otra persona; cesó totalmente la tentación y quedé tranquilo. Desde entonces, nunca he dejado de invocar en mis necesidades a aquel que fue verdadero ángel de costumbres; él siempre me ha atendido».

El otro hecho lo transcribo tal como me lo expuso quien tomó parte y fue testigo ocular:

«Fui llamado una mañana urgentemente a hacer la recomendación del alma a un amigo mío que estaba agonizando. Llegué y lo encontré, efectivamente, en las últimas. Había perdido el sentido, los ojos los tenía vidriosos, los labios duros y bañados de frío sudor, las pulsaciones tan débiles y espaciadas que no parecía sino que de un momento a otro fuese a dar el último respiro.

»Le llamé varias veces, pero nada. No sabiendo qué hacer, rompí a llorar; y como me pasase por la mente, en circunstancia tan apurada, el recuerdo del seminarista Comollo, de cuyas virtudes tanto había oído hablar, decidí invocarlo como remedio de mi dolor. '¡Ea—dije—, si algo puedes ante el Señor, ruégale que alivie a esta alma que sufre y que la libre de las angustias de la muerte!' No había terminado de hablar y el enfermo soltó la punta de la sábana que apretaba entre sus dientes; se rehízo y comenzó a expresarse como si estuviera sano. Fue mejorando de tal modo que a los ocho días se halló completamente restablecido de una enfermedad que de sí hubiese requerido varios meses de convalecencia; inmediatamente pudo reemprender su trabajo normal».

A lo largo de este trabajo no se ha dicho gran cosa de la virtud de la *modestia*, la virtud precisamente que caracterizaba de modo particular a Luis Comollo. Su exterior tan ordenado, su conducta en todo exacta, su edificante compostura y una mortificación perfectamente lograda de todos los sentidos, y principalmente de sus ojos, llevan a la conclusión de que esta virtud de la modestia la debió de poseer en grado eminente.

Yo no creo exagerar si pienso y digo que se llevó intacta a la tumba la estola de la inocencia bautismal. Lo deduzco no sólo de su exquisito recato al hablar y tratar con personas de otro sexo, sino, sobre todo, de que no supiese a qué venían

ciertas cuestiones de los estudios de teología y de ciertas preguntas que hacía a veces y que resultaban ingenuas. Todo ello demostraba su simplicidad y pureza.

Me confirmo en mi opinión con lo que oí a su director espiritual. Al final de una larga conversación que mantuvo conmigo sobre Comollo, concluyó diciendo haber descubierto en él un verdadero ángel por su piedad y costumbres, y a un devoto de San Luis, cuyas virtudes se esforzaba en imitar.

En efecto, cada vez que mencionaba a este santo (al que, por lo demás, solía hacer especiales oraciones por la mañana y por la tarde), hablaba de él con verdaderos transportes de alegría y tenía a mucha honra llevar su mismo nombre. «Soy Luis de nombre—decía—, ¡ah si lo fuese de hecho!» Pues, si se esforzaba en copiar las virtudes de San Luis, de seguro que lo imitó en lo que constituyera la virtud característica de tan gran santo: el candor y la pureza.

De cuanto he venido diciendo fácilmente se desprende que, aunque *las virtudes de Comollo* no hayan sido precisamente extraordinarias, sí *fueron singulares y eminentes,* hasta tal punto que se le puede poner como modelo a cualquier persona religiosa o secular. Y dese por descontado que quien se proponga imitar a Comollo acabará por salir joven virtuoso, seminarista ejemplar y verdadero y digno ministro del santuario.

He aquí cuanto acerté yo a escribir del joven Luis Comollo. Certifico que, al emprender este trabajo, no me propuse otra cosa que decir sencillamente la verdad y atender a la petición que mis colegas en el sacerdocio y otras personas me habían hecho más de una vez.

Contento me vería de que una pluma mejor cortada, partiendo de estas pobres memorias mías y quitando y añadiendo lo que le viniese en gana, tejiese otro relato más completo, a la vez que más ordenado y agradable.

El autor de estas páginas entiende no darles más valor que el que proviene de la fe puramente humana.

Una trilogía característica

La época colegial de estos tres jóvenes empalma con el final de las *Memorias del Oratorio,* las cuales, a su vez, coinciden, en sus años centrales (1833-39), con los años de amistad de Bosco y Comollo.

Podemos decir que la vida de Comollo refleja el ambiente del seminario de Chieri visto por don Bosco desde sus veintinueve años de edad y tres de sacerdocio, cuando va a iniciar su despegue pastoral.

Las *Memorias del Oratorio* recogen los recuerdos de la infancia de don Bosco y del dinamismo del Oratorio, primero en los tanteos, hasta 1841, y después en sus progresos a lo largo de los tres primeros lustros, en medio de toda clase de dificultades.

Las tres biografías, en cambio, concentran la atención en la aventura espiritual de tres internos que, alentados por don Bosco, en breve tiempo (veintiocho, catorce y cinco meses, respectivamente) aprovecharon al máximo los recursos educativos de la «casa del Oratorio».

Algo reiterativo podrá aparecer transcribir tres veces los temas clásicos de la educación impartida por el santo. La repetición se ve compensada por las variadas modulaciones según las cuales reacciona la personalidad de cada alumno.

Savio es un caso claramente excepcional, una vida que se transfigura con esplendores de santidad. Por ello le dedicamos la mayor parte de esta introducción.

Magone tiene la vivacidad de un carácter fogoso y avasallador.

Besucco, con abundantes rasgos de piedad ingenua y de pueblerina candidez, da ocasión al santo para formular definitivamente sus opciones de pedagogía espiritual.

«La casa del Oratorio»

Las tres biografías reflejan la vida del internado en el decenio 1854-64, cuando don Bosco estaba entre los cuarenta y cincuenta años, sus salesianos constituían un grupo que imperceptiblemente se iba definiendo y aumentando desde cuatro

miembros a 29, y los internos del Oratorio pasaban desde un centenar a unos seiscientos.

Al empezar este decenio estaba recién edificada la iglesia de San Francisco de Sales (junio de 1852). En cambio, hacia el fin del mismo (mayo de 1863), se trabajaba en los cimientos del gran templo de María Auxiliadora.

En el intervalo ha ido ampliándose la «Casa del Oratorio», habiéndose demolido para ello la primitiva casa Pinardi (marzo de 1856) para poder albergar el creciente número de internos.

Los tres biografiados son adolescentes que llegan al Oratorio entre los doce años y los trece y medio, y mueren sin cumplir los catorce años, salvo Domingo Savio, que los sobrepasó en once meses.

Por qué ingresaron

El clero del Piamonte apreciaba grandemente la personalidad de don Bosco y su original institución. Por esto don Cugliero, don Ariccio y don Pepino se preocuparon por facilitar el ingreso en el Oratorio de sus pequeños feligreses.

Don Bosco ha sido testigo de la precaria situación de los chicos que de provincias llegaban a Turín en busca de trabajo. Desde el año 1835 a 1864, la ciudad pasa de 117.000 a 218.000 habitantes. Ante una emigración de esta envergadura, el santo decide facilitar a los jóvenes que llegan los estudios o el aprendizaje de un oficio, viendo en el internado la mejor solución.

Domingo Savio era hijo de un herrero y de una modista, que hubieron de cambiar varias veces de residencia en el intento de mejorar su condición económica. Magone es huérfano de padre, y su madre no tiene más remedio que trabajar para otros. Besucco procede de un pueblo perdido en la montaña, que vive del pastoreo y de la agricultura; su padre busca un magro complemento a sus ingresos haciendo de afilador ambulante una temporada al año.

Los tres aspiraban al sacerdocio, y la *casa* de don Bosco (a quien no gustaba tanto el nombre de colegio) era ideal como ambiente religioso, estudio serio y... reducida pensión, cubierta en bastantes casos por algún bienhechor.

La ida de los tres a la gran ciudad de Turín fue vivida por los interesados con ilusión: como quien da un gran paso en su vida, cosa que se ve especialmente en Besucco (c.15). Tén-

gase presente que eran unos 400 los habitantes de Mondonio y Argentera (hoy 290 y 140, respectivamente), que Carmagnola tenía unos 12.000 en tiempo de Magone (hoy unos 14.500).

Los tres han recibido de la familia, en cambio, una cuidadosa educación. Podría parecer lo contrario en el caso de Miguel Magone, inquieto golfillo. Sin embargo, debajo de su corteza de chico de la calle aparece su gran amor a la madre, una buena relación con el párroco y la conciencia de que aquel abandono en que vive no es camino de futuro. Esto queda confirmado por su deseo, manifestado ya antes de su «conversión», de llegar a ser sacerdote.

La personalidad de cada uno de ellos al ingresar aparece así en las biografías:

Savio: despierto, reflexivo, dueño de sí, afable y sereno, capaz de concebir y llevar a término un gran proyecto; en una palabra, maduro.

Magone: exuberante, vivo, agresivo: un gran corazón.

Besucco: aficionadísimo a la piedad, tímido, sencillo, todo asombro y buena voluntad.

El clima que respiraron

Al llegar al Oratorio les hacen impacto la alegría, la libertad y el tono festivo del patio y de los actos de iglesia; el orden y la aplicación al trabajo en las horas de estudio y taller en aquella multiforme familia, y, por encima de todo, la figura de don Bosco, cercano a la vida de cada uno, animador de aquel mundo singular con su presencia en el patio y con sus pláticas, especialmente con las de las *buenas noches,* amén del diálogo santificador de la confesión.

Deberíamos añadir la nota de austeridad espartana de aquella casa, que también asoma en las biografías (frío, quejas de la comida, ayuda de los internos a la limpieza de la casa...), nota realista que nada perturba el cuadro general.

He aquí cómo un interno, Domingo Ruffino, escribía a un amigo suyo en 1857, precisamente el año en que murió Savio y entró Magone: «Tengo la impresión de encontrarme en un paraíso terrenal, porque todos están alegres, con una alegría verdaderamente de cielo, y sobre todo cuando don Bosco se encuentra en medio de nosotros. Entonces las horas que pasamos nos parecen minutos, y todos están pendientes de sus labios como si estuvieran encantados. El es un imán para nosotros, porque apenas aparece todos corren a su alrededor y se

sienten tanto más contentos cuanto más cerca de él pueden estar» (CERIA, E., *Domenico Savio:* Biblioteca del Salesianum 11 p.66).

A este ambiente no todos llegaban tan bien dispuestos como los tres. Lo recordó Pío XI cuando, al declarar venerable a Domingo Savio, el 9 de julio de 1933, subrayó su habilidad apostólica «en medio de una juventud que la gran alma de don Bosco reunía y formaba, o sea, que iba formando, reformando y santificando, en donde había una variada mezcla de ejemplos buenos y menos buenos, de elementos ejemplares y no tanto. Pues era el gran secreto de don Bosco tender a veces la mano a elementos no buenos, con maravilla de los que no tenían su confianza en Dios y en la bondad fundamental de la criatura de Dios. Era secreto suyo alargar su mano en todas las direcciones, para sacar bien hasta del mal, exactamente como hace la mano de Dios».

Este ambiente alegre, de trabajo y oración (pero en modo alguno ñoño, sino de chicos de carne y hueso, de entre los doce y dieciocho años) despertó al máximo la capacidad de bien de los tres, a ritmos y en estilos diferentes, pero con respuestas que suscitan la admiración, contenida pero real, del santo biógrafo.

Ideario

No es lugar éste para desarrollar los principales elementos educativos que juegan en las biografías ni tampoco para analizar las variantes que ofrece cada una de ellas. Remitimos al lector interesado en profundizar estos aspectos a los estudios pormenorizados de don Alberto Caviglia. Nos contentamos ahora con estas observaciones.

Es fundamental el tríptico programático ofrecido a Besucco (c.17): alegría, estudio y piedad; ésta, a su vez, a partir de la base imprescindible de la confesión (c.19), se orienta alrededor del binomio Eucaristía-Stma. Virgen.

Cada biografía desarrolla, por otra parte, dos temas de especial importancia: la mortificación y las relaciones de amistad y apostolado con los compañeros. Temas más difusos son, a nuestro parecer, el pecado, enemigo de la alegría, contra el que todos han de mantener una guerra decidida, y la pureza, a la que se dedica entero el capítulo 9 de Magone e intencionados trazos distribuidos sabiamente en las tres biografías, como expresión de lucha y de victoria en un ambiente sano.

Retrato espiritual de cada uno

Como clave de cada personalidad podrían señalarse estas afirmaciones:

Savio (c.10s): «Ahora que he visto que uno puede ser santo también estando alegre, quiero absolutamente y tengo necesidad de ser santo». «¡Cuán feliz sería si pudiese ganar para Dios a todos mis compañeros!»

Magone (c.9): «Yo aconsejaría—dice don Bosco—muy mucho tener cuidado de no proponer más que medios sencillos, que ni asusten ni fatiguen al fiel cristiano, sobre todo si se trata de jóvenes... Atengámonos a lo fácil, pero hecho bien y con perseverancia. Este fue precisamente el camino por donde Magone subió a un maravilloso grado de perfección».

Besucco (c.29): «Tengo una cosa—decía en punto de muerte—en que siempre he pensado durante mi vida, pero nunca me hubiera imaginado que iba a apesadumbrarme tanto en el trance de mi muerte: siento el más vivo pesar porque durante mi vida no he amado al Señor como él se merece».

Estupendas son las formas gozosas por las que se entrevé la vida bienaventurada en medio de la serena agonía de estos jóvenes (cf. también la de Ernesto Saccardi, que don Bosco explica a la madre del mismo en una carta: *Epistolario* 1,408-410). El mismo lector puede descubrir y contrastar tanta belleza, expresada en forma sencilla y fascinante a la vez.

La obra del escritor

Don Bosco ha presentado tres biografías edificantes a sus jóvenes.

Biografías: es decir, ha ordenado cuanta información pudo conseguir. Don Bosco es consciente de que se ha impuesto una tarea histórica y que, por lo mismo, debe acudir a cuantos testigos pueda para narrar con la máxima objetividad.

Edificantes: con calor y claridad propone los medios con que se han formado estos modelos, no uniformes, sino distintos. Aprovecha algunas circunstancias, especialmente los diálogos, para exponer sus valoraciones prácticas.

Dirigidas a jóvenes: con gran simpatía respecto a los protagonistas, se dirige a los lectores en forma directa, con extrema sencillez de estilo y gran sentido de la medida y de la proporción, no acostumbrada en los escritores piadosos de su tiem-

po. El estilo de don Bosco contrasta también con las páginas que recoge de don Picco y de don Zattini al final de las dos primeras biografías, y contrasta más aún con toda la primera parte de Besucco, escrita por el arcipreste de Argentera. Dentro de la tendencia «romántica», que también salpica a don Bosco, el santo se desenvuelve con encomiable discreción.

En cada una de ellas emerge una personalidad diferente, y el tono del relato responde a la personalidad del protagonista. En la vida de Savio es patente la veneración hacia quien es considerado santo y avanza más allá de las indicaciones recibidas. En las pocas páginas sobre Miguel Magone brilla una enorme simpatía hacia ese muchacho de gran corazón, reflejada en el ritmo rápido de verdadera aventura que imprime al relato. En la biografía de Besucco, la inicial comprensión, sonriente y cariñosa, ante la ingenuidad natural del buen montañés, da paso a la sorpresa al descubrir en él, al final, una profunda vivencia del amor de Dios.

Esta trilogía mantiene hoy su interés respecto a quien tenga responsabilidad en la educación de adolescentes. Nos descubre una capacidad considerable de interiorización desde los más tiernos años, cuando las conciencias son iluminadas y caldeadas por un corazón que cree de veras en el amor que Dios les tiene y en la generosidad de los muchachos.

CUADRO COMPARATIVO DE DATOS REFERENTES A LOS ALUMNOS BIOGRAFIADOS POR DON BOSCO

	Domingo Savio		Miguel Magone		Francisco Besucco	
	Años	*Meses*	*Años*	*Meses*	*Años*	*Meses*
Fecha de nacimiento	1842	abril 2	1845	septiembre 19	1850	marzo 1
Fecha de ingreso en el Oratorio de Turín	1854	octubre 29	1857	noviembre	1863	agosto 2
Edad que tenían al ingresar	12 a.	7 m.	12 a.	2 m.	13 a.	5 m.
Meses que vivieron en el internado		28 m.		14 m.		5 m.
Edad que tenían al morir	14 a.	11 m.	13 a.	4 m.	13 a.	10 m.
Fecha en que murieron	1857	marzo 9	1859	enero 21	1864	enero 9
Los internos en el Oratorio eran entonces	200		300		650	
Y los salesianos eran en total	4		14		29	
Meses hasta la publicación de la biografía ... ... (transcurridos desde la muerte de cada uno)	22		32		5	

Valor literario e histórico de su biografía

La vida de Domingo Savio es una de las más preciosas reliquias de don Bosco: tanto es lo que puso de sí mismo, ciertamente sin pretenderlo. La escribió con amor de predilección, y repasó además las diversas ediciones, retocando la forma para dejar cada vez más transparente su pensamiento. Así salió una pequeña obra maestra.

Un santo tan joven y tan amable encontró el biógrafo que necesitaba. En ninguno de sus numerosos escritos hace don Bosco literatura; aquí, más que en ningún otro, emplea un lenguaje y un estilo que se acerca al de los evangelistas: simplicidad, candor, espontaneidad, nada de artificios retóricos ni sutiles conceptos; ni siquiera guardó un orden sistemático o cronológico. Narra cosas por él vistas (como director, confesor, predicador...) u oídas de personas bien informadas. Su único afán es decirlas de una manera bien clara. Pero desde el principio al fin domina la unción que brota del alma, y que subyuga.

Durante el proceso apostólico surgió la cuestión de la historicidad de la obra. Impugnáronse algunos hechos y hasta se pretendió entrever en el conjunto una composición ideal, un «contra-*Emilio*», con la intención de presentar un modelo juvenil. Pío XI encargó la solución de la controversia a la *sección histórica* que él había creado para asesoramiento de la Sagrada Congregación de Ritos. Las indagaciones hechas llegaron a conclusiones tan positivas sobre este punto, que luego, al tener que dilucidar ciertas dificultades presentadas por el promotor de la fe (el llamado «abogado del diablo»), podía el abogado de la causa aducir tranquilamente los testimonios sacados de la vida como de segura fuente histórica.

Cronología

Con el fin de ofrecer reunidos los principales detalles de la vida de este santo joven, hemos extractado de la obra de Molineris y hemos puesto en orden las diversas fechas conservadas, completándolas con las de sus padres y hermanos. Domingo fue el segundo de diez hijos. El primero y tercero murieron a poco de nacer. A la muerte de Domingo quedaron cinco; otros dos nacerían más tarde.

1815. Noviembre 8: Nace Carlos Savio, padre del santo, en Ranello. Viudo, y habiendo colocado a sus hijos, a sus sesenta y tres años, don Bosco lo recibió en el Oratorio de Turín, donde moriría el 16 de diciembre de 1891.

1820. Febrero 2: Nace en Cerretto d'Asti Brigida Gaiato, madre del santo.

1840. Marzo 2: Matrimonio de ambos, que se instalan en Mondonio (donde morirá Brígida el 14 de julio de 1871).—*Noviembre 3-18:* Nace y muere el primer hijo, Domingo Carlos.

1841: El matrimonio se traslada a Riva de Chieri.

1842. Abril 2: A las nueve de la mañana nace, en San Juan de Riva, junto a Chieri, Domingo José Carlos, segundo hijo, bautizado a las cinco de la tarde.

1843. Noviembre: La familia se traslada a Murialdo, aldea de Castelnuovo, donde había nacido don Bosco.

1844. Febrero 15-16: Nace y muere Carlos, tercer hijo.

1845. Julio 6: Nace Ramonina, cuarto hijo, muerta en 1913.

1847: Nace María, quinto hijo, que muere en 1859.

1848. Noviembre 3: Domingo empieza a cursar las tres clases elementales en Murialdo. Su profesor es el capellán Juan Zucca (1818-78).

1849. Abril 8: Primera comunión, en Castelnuovo.

1850: Nace Juan, sexto hijo, que muere de accidente en 1894. Desde octubre hasta junio de 1852, Domingo, aunque ha terminado las primeras clases elementales, no puede, por la edad y la salud, ir a otra escuela.

1852. Junio 21: Empieza a ir a clase a Castelnuovo, recorriendo unos 16 Km. diarios. Cursa cuarta elemental con don Alejandro Allora. Le invita a bañarse José Zucca, nacido en 1843, alumno del Oratorio de Turín (1856-59), muerto en 1928.

1853. Febrero: La familia se instala en Mondonio. Profesor, don José Cugliero.—*Abril 13:* Es confirmado en Castelnuovo.—*20:* Nace Guillermo, séptimo hijo, que frecuentará el Oratorio algunos períodos, de 1861 a 1864. Muere en 1865.

1854. Octubre 2: Encuentro con don Bosco en I Becchi. Tiene doce años y medio.—*Octubre 29:* Entra en el Oratorio, que tiene ya un centenar de internos. Acudirá para las clases de primera y segunda gimnasial a casa del señor Bonzanino.—*Diciembre 8:* Definición del dogma de la Inmaculada Concepción: Domingo se consagra a María.—Es probable que se diera en este mes el desafío de dos compañeros suyos, que él heroicamente consiguió impedir.

1855. Enero: En sus idas a clase camina despacio para defenderse menos del frío.—*Marzo:* Una plática en el Oratorio le enciende en deseos de ser santo.—*Mayo-agosto:* Primeros pasos de la Compañía de la Inmaculada (CAVIGLIA, p.450).—*Junio 24:* Escribe a don Bosco. Le pide este regalo: «Salve mi alma y hágame santo».—*Julio:* Yendo a vacaciones le acompaña una Dama majestuosa (MB 5,627). Va a Piovà con la tía materna Raimunda (MOLINERIS, p.150).—*Agosto:* Vuelve al Oratorio.—*Septiembre 6:* Domingo escribe al padre una carta, que se conserva (c.9). *Septiembre 8:* Descubre milagrosamente a una moribunda de cólera.—*Octubre:* Camilo Gavio, de quince años, entra en el Oratorio, donde morirá el 29 de diciembre. Los internos son: 80 artesanos y 35 estudiantes. Domingo está cursando, en el mismo Oratorio, la tercera gimnasial. Profesor, don Francesia.

1856. Marzo: Carteo con Juan Massaglia. Derribo de la casa Pinardi; Domingo, con sus compañeros, ayuda a retirar los escombros.—*Abril 30:*

Celestino Durando, nacido en 1840, entra en el Oratorio.—*Mayo:* Episodio del altarcito en honor de la Virgen. El hecho de no haberse presentado nadie a comulgar un día, da lugar a una propuesta de los congregantes de la Inmaculada.—*20:* Juan Massaglia, que había entrado en el Oratorio el 18-11-1853, muere en Marmorito.—*Junio 8:* Constitución oficial de la Compañía de la Inmaculada.—Consulta médica sobre la salud de Domingo; interviene el doctor Vallauri, que muere el 13 de julio.—*Julio:* Domingo adelanta sus vacaciones, pero regresa para examinarse.—*Septiembre 12:* Domingo conoce milagrosamente que su madre está grave: va a imponerle un escapulario. Nace Catalina, octavo hijo, que morirá hacia 1915. Es bautizada al día siguiente; Domingo es su padrino. Vuelve al Oratorio.—*Septiembre 29:* De vacaciones encuentra a su amigo Roeto entre Nevissano y Bardella; visita en Ranello a su compañero Angel Savio y le devuelve la salud. Va un día a Castelnuovo a saludar a don Bosco, mientras don Rúa, sin saberlo, iba a verlo, en vano, a él a Mondonio.—*Octubre:* Regresa al Oratorio. Los internos son unos 170.—*Noviembre:* Acude a casa de don Mateo Picco para cursar cuarta gimnasial. Bonetti es decurión y le toma las lecciones en casa.—*12:* Consuela a Francisco Cerruti, llegado la víspera.—*Diciembre:* Consuela a F. Ballesio, recién entrado. Con los congregantes de la Inmaculada anima a todos los internos a comulgar en Navidad.

1857. Enero: Todos los internos le votan como uno de los cuatro mejores. Insulto del joven Urbano Rattazzi, sobrino del ministro homónimo.—*Febrero:* Pasa unos ratos en la enfermería, donde anima a Mariana Occhiena, hermana de Mamá Margarita. Pide al compañero Artiglia que le vaya a comprar azúcar.—*28:* Larga conversación de despedida con don Bosco.—*Marzo 1:* Sale del Oratorio con su padre a las dos de la tarde.—*5:* En Mondonio empieza a guardar cama y a sufrir sangrías (llegaron a ser diez). Recibe el viático.—*9:* Extremaunción. Muere a las diez de la noche.—*10:* El padre escribe la noticia, y don Bosco hace un gran panegírico en las «buenas noches».—*11:* Es enterrado en Mondonio; en Turín, don Picco hace un largo elogio de su discípulo en clase.—*Abril:* Se le aparece en sueños a su padre.

1859: A fines de enero sale la primera edición de la biografía escrita por don Bosco. Muere su hermana María y nace Teresa, penúltimo vástago de la familia, que morirá en 1933, después de haber atestiguado muchos recuerdos familiares sobre Domingo.

1863: Nace Luisa, última hermana, muerta al año siguiente.

1876. Diciembre 6: Se aparece en sueños a don Bosco en Lanzo (MB 12,586-595).

1906. Octubre 29: Reconocimiento de su cadáver.

1908: Inicio del proceso diocesano informativo.

1914. Febrero 11: Comienza el proceso apostólico.—*Abril 16:* Solemnísimo discurso de Mons. Radini-Tedeschi en el Oratorio. Asiste su secretario, don Angelo Roncalli, futuro Juan XXIII (MOLINERIS, 331-334).—*Octubre 27:* Los restos de Domingo son trasladados a Turín.

1933. Julio 9: Decreto sobre la heroicidad de las virtudes: Venerable. Discurso de Pío XI y audiencia a Juan Roda (1842-1939), que, artesano en el Oratorio, fue convertido por Domingo.

1950. Marzo 5: Pío XII lo declara beato.

1954. Junio 12: El mismo papa lo declara santo.

1956. Junio 8: Patrono de los «Pueri Cantores» (cf. MOLINERIS, p.144-146; *Magone,* c.6).

Energía de carácter

Del amplísimo comentario de don Caviglia recogemos unos rasgos que enriquecen cuanto nos dice don Bosco y comenta don Ceria.

Pío XI lo subrayó en su discurso del 9 de julio de 1933: «En el nuevo venerable se da una auténtica perfección de vida cristiana, vivida con un espíritu de noble precisión».

Don Bosco ha educado a toda su familia con el trabajo y en el trabajo. Así lo formuló con gran sencillez quien, con él, fundó las Hijas de María Auxiliadora, Santa María Mazzarello: «La verdadera piedad religiosa consiste en cumplir todos nuestros deberes en su tiempo y lugar y sólo por amor del Señor» (CAVIGLIA, p.278).

«Aquel valiente»: con este sencillo apelativo escribe de él Juan Bonetti al testimoniar sobre el difunto (CAVIGLIA, p.198). Era todo un clima en el que él destacaba, como depuso monseñor Ballesio: «En el Oratorio, desde don Bosco al último de sus hijos, entre los que, por supuesto, destaca Domingo Savio, se vivía una vida rica de virtud, de piedad, de alegría, de estudio y trabajo, aunque pobrísima en comodidades. Todo por amor de Dios y esperando su ayuda y su premio. Esta era la bandera» (CAVIGLIA, p.73).

Cagliero declaró: «En los tres años que le conocí en el Oratorio, durante los cuales fui asistente y maestro, constaté que, si bien era de carácter vivo y de índole pronta y sensible, sobre todo ante las dificultades, sin embargo, nunca lo vi alterado ni sentí que se dejara llevar de la ira con actos o palabras contrarios a la mansedumbre cristiana. Al contrario, afirmo que siempre estuve convencido de que dominó tan bien su temperamento, que aparentaba ser de un natural manso y pacífico y de una dulzura admirable» (CAVIGLIA, p.202). Pueden leerse anécdotas concretas en las páginas 151, 207 y 508, de Caviglia.

Simpatía y amistad

«Amigo de todos, era correspondido por todos», afirma monseñor Piano (CAVIGLIA, p.164). Cagliero lo califica de «sociable y amabilísimo con todos los compañeros» (CAVIGLIA, p.465). Don Rúa precisa: «Era prudente en la elección de los amigos, pero después era muy fiel y constante en dar aquellas muestras de familiaridad que, sin faltar en nada a las buenas

maneras, sirven para mantener vivos los vínculos de la caridad fraterna» (CAVIGLIA, p.187).

Relación con don Bosco

Anfossi aporta al respecto un testimonio realmente interesante: «Señalo especialmente —dice—la solicitud que don Bosco ponía en sugerir cada noche al siervo de Dios Domingo consejos particularmente oportunos al mismo, consejos que el joven, por su parte, acogía con profunda veneración; a continuación, en reflexivo silencio, se retiraba al dormitorio demostrando con su compostura que les daba mucha importancia y que procuraba aprovecharlos bien» (CAVIGLIA, p.83). El clérigo Francesia, por su parte, intentaba liberar a don Bosco de aquel asedio diario, pero Domingo sabía esquivarlo (ibíd., nota).

Pío XI lo definió así el 9 de julio de 1933: «Pequeño, pero grande apóstol en todo momento. Dispuesto siempre a aprovechar las circunstancias favorables o a crearlas; haciéndose apóstol en todas las situaciones, desde la catequesis hasta la participación entusiasta en las diversiones juveniles, para llevar doquier la semilla del bien, la invitación al bien» (CAVIGLIA, p.156).

Cuatro etapas

En la biografía escrita por don Bosco aparecen cuatro momentos decisivos, cada uno de los cuales supone una nueva aceleración en su ascenso espiritual. Son a la vez índices de una madurez conseguida y arranques hacia niveles superiores.

1.° En los propósitos de la primera comunión (8 de abril de 1849) queda patente un ideal personalizado («Mis amigos serán Jesús y María») y enérgico («Antes morir que pecar»).

2.° La consagración a la Inmaculada (8 de diciembre de 1854) es un compromiso espiritual firmísimo, cuando lleva ya un mes bajo la dirección de don Bosco. Pone su propósito de ser fiel, sin claudicar en lo más mínimo, en manos de la Madre del cielo.

3.° Su decisión de hacerse santo (marzo de 1855) es la fórmula concreta y personal, alegre y apostólica, de ser «del Señor», como presagiaba su nombre. Una profunda unidad, de irradiante simpatía, está llevando a plenitud todos sus esfuerzos.

4.° Esta personalidad en formación, y rica, a la vez, de

talento y gracia, se plasma en la fundación de la Compañía de la Inmaculada. La selección de sus miembros y la redacción del reglamento, que define el compromiso, representan el esfuerzo de varios meses hasta culminar en la constitución oficial (8 de junio de 1856), al año y medio de la consagración a María.

Panegíricos cualificados

Estas etapas llevan a madurez a un muchacho de cuerpo pequeño y escasa salud, que no alcanzará los quince años, pero que adquirirá una personalidad de la cual han hablado:

DON BOSCO, el 10 de marzo de 1857, como atestigua Cagliero (CAVIGLIA, p.574): «Don Bosco anuncia la muerte conmovido, elogiando sus extraordinarias virtudes y recomendándonos que le imitemos en el amor al estudio, a la oración, a la obediencia y, especialmente, en la frecuencia de los sacramentos. Dijo que era un pequeño San Luis por el amor que tenía a la más hermosa de las virtudes cristianas, y que, como él, teníamos que empeñarnos en adquirirla. Nos quedamos maravillados de aquel pequeño y familiar panegírico y recordamos muy bien que la conducta de Savio había sido intachable y perfecta en todo hasta el heroísmo».

PIO XI, el 9 de julio de 1933, al proclamar la heroicidad de sus virtudes: «Es una vida cristiana, una perfección de vida cristiana hecha sustancialmente, como puede decirse, para reducirla a sus líneas características, de pureza, piedad y celo, de espíritu y acción apostólicos».

PIO XII, al canonizarlo el 12 de junio de 1954: «Grácil adolescente de cuerpo débil, pero de alma tensa en la pura oblación de sí al amor soberanamente delicado y exigente de Cristo. En una edad tan tierna sólo se esperaría encontrar más bien buenas y amables disposiciones de espíritu. En vez de ellas ya se descubren en él, con estupor, los caminos maravillosos de las inspiraciones de la gracia, una adhesión constante y sin reservas a las cosas del cielo, que su fe captaba con rara intensidad. En la escuela de su maestro espiritual, el gran santo don Bosco, aprendió cómo el gozo de servir a Dios y de hacerlo amar por los demás puede convertirse en un potente medio de apostolado».

¿Un nuevo tipo de santidad?

Sus escasos quince años son una novedad entre los canonizados no mártires. Los mártires son caso aparte, y vale la pena recordar por su juventud y actualidad a Santa María Goretti, muerta en 1902 antes de cumplir los doce años, y canonizada el 24 de junio de 1950.

Hasta 1954, los santos no mártires más jóvenes eran San Estanislao de Kostka, con diecisiete años y medio; Santa Juana de Arco, con diecinueve; San Luis Gonzaga, con veintitrés, San Gabriel de la Dolorosa y Santa Teresita de Lisieux, con veinticuatro.

Con Domingo Savio, la Iglesia ha reconocido la perfección de las virtudes en la adolescencia, período inestable por tantos conceptos, pero que con la gracia de Dios puede desarrollarse en la santidad.

Por encima de formas de piedad que hoy quizás parezcan poco concordes con la formación litúrgica, se destacan en Domingo, como permanentemente válidas:

la importancia insustituible de la formación familiar, mediante la cual arraiga profundamente el sentido de la oración y el horror al pecado,

y la influencia del ambiente educativo: convivencia familiar y alegre, entusiasmo por el deber, aprecio de los actos de piedad, relación confiada con el sacerdote que propone una santidad no cerrada en sí, sino simpáticamente apostólica.

Nuestra edición

Cinco veces publicó don Bosco la biografía de Savio: en enero de 1859, en abril de 1860 y en los años 1861, 1866 y 1878. En Caviglia puede verse el análisis de las ligeras variantes de cada edición. Seguimos la que Caviglia reconoce como definitiva: la quinta y última del santo educador.

Condensamos al fin de cada capítulo los complementos que don Ceria extrajo de los testimonios de los procesos canónicos. Los testigos (10 en el proceso diocesano y 18 en el apostólico) son sobre todo condiscípulos y compañeros de Domingo en el Oratorio. Le trataron, pues, en intensa convivencia familiar. Cada uno aporta detalles y matices que corroboran y amplían las noticias recogidas por don Bosco. Por amor a la brevedad nos contentamos con destacar *con letra cursiva* los

párrafos que Caviglia ha comentado especialmente en su estudio *Domingo Savio y Don Bosco*, y que Ceria resalta en sus complementos. En el original son poquísimas las palabras en cursiva: pasos en latín o algún término raro.

También hemos prescindido de los apéndices de gracias obtenidas, con que don Bosco impulsaba a acudir a la intercesión del santo joven, y de dos notas, verdaderas digresiones, en que recogió los datos biográficos de dos sacerdotes difuntos (BONGIOVANNI, c.17, y VALFRÉ, c.19. Cf. CAVIGLIA, p.478).

Respecto a las ediciones de la vida de Magone (1861, 66 y 80) y de Besucco (1864, 78 y 86), escogemos la última de cada uno, advirtiendo que son levísimas las variantes, como puede verse en la edición de Braido, a quien seguimos en la vida de Magone, mientras que en la de Besucco ha sido confrontado el volumen VI de Caviglia.

Hemos prescindido de la nota del capítulo 13 de Magone, en que se da el reglamento de la Compañía del Santísimo (cf. un reglamento semejante en Savio, c.17) y del apéndice de Besucco sobre el Santo Cristo de Argentera, centro de devoción de la comarca, apéndice que nada añade con relación a Besucco.

También en estas dos biografías hemos destacado *en cursiva* las frases que parecen de mayor interés, ya como elogio de virtudes, ya como consignas pedagógicas.

Bibliografía

CAVIGLIA, A., *Opere e scritti editi e inediti di Don Bosco* IV (Turín 1943): *Domingo Savio;* V (Turín 1965): *Luis Comollo y Miguel Magone;* VI (Turín 1965): *Francisco Besucco.*

CAVIGLIA, A., *S. Domenico Savio nel ricordo dei contemporanei* (Turín 1957).

Domenico Savio. Studi e conferenze in occasione della sua beatificazione: Biblioteca del Salesianum 11 (Turín 1950).

Il ragazzo santo. Santo Domenico Savio visto da oratori, scrittori, giornalisti (Colle don Bosco 1954).

SALOTTI, C. (abogado de la causa), *Domenico Savio* (Turín 1915).

BOSCO, G., *Santo Domenico Savio, alunno dell'Oratorio di San Francesco di Sales.* Con annotazioni e appendici per cura di don Eugenio Ceria (Turín 1954).

MOLINERIS, M., *Nuova vita di Domenico Savio. Quello che le biografie di santo Domenico Savio non dicono* (Colle Don Bosco 1974).

HERTLING, L., *Utrum pueri canonizari possint?:* Periodica de re morali... 24 (Roma 1935) 66*-73*.

TITONE, R., *Ascesi e personalità* (Turín 1956).

Enciclopedia dell'adolescenza (Brescia 1964). Especialmente: MOIOLI, G., *La santità di Domenico Savio*, p.721-740.

VIDA DEL JOVEN DOMINGO SAVIO,

ALUMNO DEL ORATORIO DE SAN FRANCISCO DE SALES

(quinta edición aumentada. Turín 1878) *

Muy queridos jóvenes:

Más de una vez me habéis pedido que os escriba algo acerca de vuestro compañero Domingo Savio; y, haciendo todo lo posible para satisfacer vuestro deseo, os presento ahora su vida, escrita con la *brevedad y sencillez* que son de vuestro agrado.

Dos obstáculos se oponían a que publicase esta obrita; en primer lugar, la crítica a que a menudo está expuesto quien escribe ciertas cosas que se relacionan con personas que viven todavía. Este inconveniente creo haberlo superado concretándome a narrar tan sólo aquello de que vosotros y yo hemos sido testigos oculares, y que *conservo escrito casi todo y firmado* por vuestra misma mano.

Es el otro obstáculo tener que hablar más de una vez de mí mismo, porque, habiendo vivido dicho joven cerca de tres años en esta casa, me veré muchas veces en la necesidad de referir hechos en los cuales he tomado parte. Creo haberlo vencido también ateniéndome al deber de historiador, según el cual, sin reparar en personas, se debe exponer la verdad de los hechos. Con todo, si notáis que alguna vez hablo de mí mismo con cierta complacencia, atribuidlo al *gran afecto* que tenía a vuestro malogrado compañero y al que os tengo a vosotros; afecto que me mueve a manifestaros hasta lo más íntimo de mi corazón, como lo haría un *padre con sus queridos hijos*.

Alguno de vosotros preguntará por qué he escrito la vida de Domingo Savio y no la de otros jóvenes que vivieron entre nosotros con fama de acendrada virtud. A la verdad, queridos míos, la divina providencia se dignó mandarnos algunos que han sido dechados de virtud, tales como Gabriel Fassio, Luis Rúa, Camilo Gavio, Juan Massaglia y otros; pero sus hechos no fueron tan *notables* como los de Savio, cuyo *tenor de vida fue claramente maravilloso*.

Por otra parte, si Dios me da salud y gracia, es mi intención recoger por escrito los hechos de estos compañeros vuestros y su virtuosa conducta, y así podréis satisfacer vuestro deseo, que es también el mío; y que, en definitiva, no es otro

* Tradujo Felipe Alcántara, S.D.B.

que, al leer sus hechos, los podáis imitar en lo que es compatible con vuestro estado.

En esta nueva edición he añadido varias cosas, que espero la harán interesante aun a aquellos que ya conocen cuanto se dio a luz en las anteriores.

Aprovechad las enseñanzas que encontréis en esta vida de vuestro amigo, y repetid en vuestro corazón lo que San Agustín decía para sí: *Si él si, ¿por qué yo no?* Si un compañero mío de mi misma edad, en el mismo colegio, expuesto a semejantes y quizás mayores peligros que yo, supo ser fiel discípulo de Cristo, ¿por qué no podré yo conseguir otro tanto? Pero acordaos que *la verdadera religión no consiste sólo en palabras;* es menester pasar a las obras. Por lo tanto, hallando cosas dignas de admiración, no os contentéis con decir: «¡Bravo! ¡Me gusta!» Decid más bien: «Voy a empeñarme en hacer lo que leo de otros y que tanto excita mi admiración y tanto me maravilla».

Que Dios os dé a vosotros y a cuantos leyeren este libro salud y gracia para sacar gran provecho de él; y *la Stma. Virgen, de la cual fue Domingo Savio ferviente devoto,* nos alcance que podamos formar un corazón solo y un alma sola para amar a nuestro Creador, que es el único digno de ser amado sobre todas las cosas y fielmente servido todos los días de nuestra vida.

De 1875, dieciocho años después de la muerte de Savio, es este hecho que se recuerda en el proceso (*Sumario del Proceso* p.395s) (MB 11,860). Había ido don Bosco a visitar a los salesianos de la casa de Albano. Mientras paseaba, viéronle corrigiendo las pruebas de una nueva edición de la *Vida.* Acercóse don Trione y le dijo el santo: «Mira, cada vez que hago este trabajo, he de pagar tributo a las lágrimas».

De orden espiritual fueron las razones y motivos del «grande afecto» que DB tenía hacia Domingo Savio. Basta recordar las palabras que dirige a los jóvenes en el prefacio de la *Vida* de Miguel Magone, donde, hablando de Savio, dice: «... La virtud nacida con él y cultivada hasta el heroísmo en el transcurso de su vida mortal».

De los cuatro «modelos de virtud» que menciona en el prólogo, el santo presentará a dos, Savio y Massaglia, en los capítulos 18 y 19. Gabriel Fassio, alumno artesano, murió a los trece años, en abril de 1851. Apenas recibió los últimos sacramentos, exclamó repentinamente ante los circunstantes: «¡Ay, Turín, lo que te va a ocurrir el 26 de abril del próximo año! Que recen a San Luis para que proteja al Oratorio y a sus moradores».

Porque era joven de ejemplares costumbres y destacada piedad, DB, que lo tenía en mucho, a las oraciones cotidianas de la comunidad añadió un padrenuestro y una oración a San Luis. La temida amenaza se cumplió al explotar un polvorín a poca distancia del Oratorio, el 26 de abril de 1852.

Luis Rúa, hermano mayor del salesiano Miguel, había muerto, el

29 de marzo de 1851, a los diecinueve años. Frecuentaba el Oratorio festivo y tenía una conducta ejemplarísima. Don Rúa dijo varias veces que DB había predicho su muerte.

La piedad y la vida ejemplar de buen número de jóvenes en el Oratorio eran admiradas por muchos. Se daban frecuentes casos de familias distinguidas que llevaban sus hijos para que recibieran buenos ejemplos.

CAPITULO I

Patria. Temperamento. Sus primeros actos de virtud

Los padres del joven cuya vida vamos a escribir fueron Carlos Savio y Brígida, pobres pero honrados vecinos de Castelnuovo de Asti [1], población que dista unos 25 kilómetros de Turín. En el año 1841, hallándose los buenos esposos en gran penuria y sin trabajo, fueron a vivir a Riva, a unos cinco kilómetros de Chieri, donde Carlos trabajó en el oficio de herrero que de joven había aprendido. Mientras vivían en este lugar [2], Dios bendijo su unión concediéndoles un hijo que había de ser su consuelo.

Nació éste el 2 de abril de 1842. Cuando lo llevaron a ser regenerado por las aguas del bautismo, le impusieron el nombre de Domingo, cosa que, si bien parece indiferente, fue, sin embargo, objeto de gran consideración por parte de nuestro joven, según veremos más adelante.

Cumplía Domingo dos años de edad cuando, por conve-

[1] Antiguamente llamábase Castelnuovo de Rivalba, porque dependía de los condes Biandrate, señores de aquel lugar.

Hacia el año 1300 fue conquistado por los de Asti, por lo cual se llamó Castelnuovo de Asti. Era a la sazón ciudad muy poblada, y sus naturales muy industriosos y dados al comercio, que sostenían con varias ciudades de Europa.

Ha sido patria de muchos hombres célebres.

El famoso Juan Argentero, llamado el *gran médico* de su siglo, nació en Castelnuovo de Asti el año 1513; escribió muchas obras de vasta erudición. Buen cristiano y muy devoto de la Santísima Virgen, erigió en su honor la capilla de la Virgen del Pueblo, en la iglesia parroquial de San Agustín de Turín. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia metropolitana con una muy honrosa inscripción que aún hoy se conserva.

Muchos otros personajes ilustraron esta ciudad. Ultimamente, el sacerdote [San] José Cafasso, varón meritísimo por su piedad, ciencia teológica y caridad para los enfermos, presos, condenados a muerte y con toda clase de menesterosos. Nació en 1811, murió en 1860.

[2] Llamábase Riva de Chieri, para distinguirlo de otros pueblos de igual nombre. Dista cuatro kilómetros de Chieri. El emperador Federico, con diploma de 1164, otorgó al conde Biandrate el dominio de Riva de Chieri. Posteriormente fue cedida a los de Asti. En el siglo XVI pasó a la casa de Saboya. Monseñor Agustín de la Chiesa, y Bonino, citan, en su *Biografía médica*, una gran lista de personajes célebres que ahí nacieron.

niencias de familia, hubieron sus padres de ir a establecerse en Murialdo, arrabal de Castelnuovo de Asti.

Toda las solicitud de los buenos padres se dirigía a la educación cristiana del hijo, que ya desde entonces formaba sus delicias, el cual, *dotado por naturaleza de un temperamento dulce y de un corazón formado para la piedad*, aprendió con extraordinaria facilidad las oraciones de la mañana y de la noche, que rezaba ya él solito cuando apenas tenía cuatro años de edad. En aquella edad de natural inconsciencia, él se mantenía en una dependencia total de su madre; y, si alguna que otra vez se independizaba de ella, era para retirarse a algún rincón de la casa y poder así a lo largo del día entregarse con más libertad a la oración.

«Pequeñito aún—afirmaban sus padres—, en esa edad en que por irreflexión natural suelen ser para sus madres de gran molestia y trabajo, pues todo lo quieren ver y tomar, y a menudo romper, nuestro Domingo *no nos dio el más pequeño disgusto*. No sólo se mostraba obediente y pronto para cualquier cosa que se le mandara, sino que se esforzaba en prevenir las cosas con las cuales sabía que nos iba a dar gusto y contento.

Cariñosísima era la acogida que hacía a su padre cuando lo veía volver a casa después del trabajo. Corría a su encuentro y, tomándole de la mano o colgándose de su cuello, le decía:

—Papa, ¡qué cansado viene! ¿No es verdad? Mientras usted trabaja tanto por mí, yo para nada sirvo sino para darle molestias; pero *rogaré a Dios para que le dé a usted salud y a mí me haga bueno*.

Y mientras esto decía, entraba con él en casa y le ofrecía la silla o el taburete para que se sentara, se detenía en su compañía y le hacía mil caricias.

—Esto—dice su padre—era un dulce alivio en mis fatigas, de modo que estaba impaciente por llegar a casa y darle un beso a mi Domingo, en quien concentraba todos los afectos de mi corazón.

Su devoción crecía en él juntamente con la edad, y desde que tuvo cuatro años no fue menester avisarle que rezara las oraciones de la mañana y de la noche, las de antes y después de comer y las del toque del *angelus*, sino que él mismo invitaba a los demás a rezarlas si, por acaso, se olvidaban de hacerlo.

Sucedió, en efecto, cierto día que, distraídos, sus padres sentáronse sin más a comer.

—Papá—dijo Domingo—, aún no hemos invocado la bendición de Dios sobre nuestros manjares.

Y, dicho esto, empezó él mismo a santiguarse y a rezar la oración que había aprendido.

En otra ocasión, un forastero hospedado en su casa se sentó a la mesa sin practicar acto alguno de religión. Domingo, no osando avisarle, retiróse triste a un rincón del aposento. Interrogado después por sus padres acerca del motivo de aquella novedad, contestó:

—Yo no me atrevo a ponerme a la mesa con uno que empieza a comer como lo hacen las bestias.

Caviglia aplica felizmente al pequeño Savio (p.9) dos expresiones usadas por el P. Ségneri en el panegírico de San Luis. El gran orador dice de Gonzaga que Cristo, cazador, más aún, depredador de almas, *lo arrebató del nido*, y así él, desde sus primeros años, quedó *presa de Dios*. Lo mismo sucedió literalmente a Domingo Savio.

El hecho con que termina el capítulo lo narra así su hermana Teresa María, nacida en 1859, viuda de Tosco (SP 44): «Recuerdo también haber oído contar a mi padre que un día vino una persona a comer a nuestra casa, y como se sentara a la mesa sin hacer la señal de la cruz, Domingo alejóse disgustado de la mesa, yéndose con el plato en la mano a comer a un rincón. Preguntóle después mi padre por qué había obrado de esta manera, y él respondió: 'Ese hombre no debe de ser cristiano, pues no hace la señal de la cruz antes de comer; por esto no está bien que estemos a su lado'».

Acabamos de ver cómo DB exalta sin más el heroísmo en la práctica de la virtud. Parecióle a alguno que a un jovencito todavía con menos de quince años faltábale, para la heroicidad de los santos, la prueba del tiempo. A esto contesta el que en esta materia es maestro de maestros Benedicto XIV. Tratando de la heroicidad de las virtudes, hace este papa dos observaciones: la primera, que el heroísmo debe medirse por las ocasiones que se ofrecen para ejercitar las virtudes, con la condición y el estado de las personas; y la segunda, que no se debe exigir heroísmo en toda clase de virtudes, sino sólo en aquellas que un siervo de Dios pudo ejercitar conforme a su estado y condición (*De SS. Beat. et Canon.* III 21 y 13).

En el proceso de Domingo Savio no le fue difícil al abogado de la causa, basándose en estos principios, demostrar que su patrocinado había ejercitado las virtudes en grado mucho más eminente que el que se suele encontrar aun en los mejores de entre los adolescentes de su misma edad, y por lo tanto, en grado heroico.

CAPITULO II

Su ejemplar conducta en Murialdo. Edificantes rasgos de virtud. Su asistencia a la escuela del pueblo

Me propongo referir en este capítulo algunos hechos que apenas se creerían si la veracidad y el carácter de quien los afirma no excluyese todo género de duda. Inserto la relación misma que el capellán de Murialdo [3] tuvo la atención de dirigirme por escrito sobre este alumno suyo muy querido.

Dice así:

«En los primeros días que llegué a este arrabal, veía a menudo a un niño de cinco años de edad que venía a la iglesia en compañía de su madre. La serenidad de su semblante, la compostura de su porte y su actitud devota llamaron la atención mía y de todos.

»Si al llegar a la iglesia la encontraba cerrada, se producía un espectáculo realmente hermoso. En vez de corretear y alborotar como hacen los niños de su edad, llegábase al umbral de la puerta, y allí, puesto de rodillas, con la cabeza inclinada y juntas las manos sobre el pecho, rezaba fervorosamente hasta que abrían la iglesia. Téngase en cuenta que, a veces, el terreno estaba embarrado, o que llovía o nevaba; mas a él nada le importaba, y se ponía igualmente a rezar de rodillas.

»Maravillado y movido de piadosa curiosidad, quise saber quién era aquel niño, y supe que era el hijo del herrero, llamado Carlos Savio.

»Cuando me veía en la calle, comenzaba desde lejos a dar señales de particular contento, y con semblante verdaderamente angelical se adelantaba respetuosamente a saludarme. Luego que comenzó a frecuentar la escuela, como estaba *dotado de mucho ingenio y era muy diligente* en el cumplimiento de sus deberes, hizo en breve tiempo notables adelantos en los estudios.

»Obligado a tratar con niños díscolos y disipados, jamás sucedió que riñera con ellos; soportaba con gran paciencia las ofensas de los compañeros y apartábase discretamente cuando presumía que podía suscitarse algún altercado. No recuerdo haberle visto jamás tomar parte en juegos peligrosos ni causar en la clase el más insignificante desorden; antes bien, invitado

[3] El capellán era en aquel entonces el presbítero don Juan Zucca, que ahora vive en su propio pueblo.

por algunos compañeros a ir a hacer burla de las personas ancianas, a tirar piedras, a robar fruta o a causar otros daños en el campo, sabía desaprobar delicadamente su conducta y se negaba a tomar parte en tan reprensibles diversiones.

»La piedad que había demostrado rezando hasta en los umbrales de la puerta de la iglesia no disminuyó con la edad. A los cinco años había ya aprendido a ayudar a misa, y lo hacía con muchísima devoción. Iba todos los días a la iglesia, y si otro quería ayudarla, oíala con la más edificante compostura. Como, a causa de sus pocos años, apenas podía trasladar el misal, era gracioso verle acercarse al altar, ponerse de puntillas, tender los brazos lo más que podía y hacer todos los esfuerzos posibles para llegar al atril. El sacerdote o los asistentes le daban el mayor placer del mundo si, en vez de trasladar el misal, se lo acercaban de modo que lo pudiese alcanzar él; entonces, gozoso, lo llevaba al otro lado del altar.

»Confesábase a menudo, y no bien supo distinguir el pan celestial del pan terreno, fue admitido a la santa comunión, que recibió con una devoción verdaderamente extraordinaria. En vista de la *obra admirable que la divina gracia iba realizando en aquel alma inocente*, decía muchas veces entre mí: '¡He aquí un niño de muy grandes esperanzas! ¡Quiera Dios que lleguen a madurez tan preciosos frutos!'»

Hasta aquí el capellán de Murialdo.

No vaya a creerse que estas y otras relaciones hayan sido compiladas por DB valiéndose de noticias orales, o, peor aún, hayan sido amañadas por él a su antojo. El santo retocó la forma para darle una digna sencillez, eliminando las cosas superfluas, pero sin alterar en ellas lo sustancial. Consérvanse aún los originales en el Archivo Salesiano, y han sido citados y unidos a las actas del proceso canónico.

El de don Zucca está bastante deteriorado por la acción del tiempo. Escribía él a DB el 5 de mayo de 1857, dos meses después de la muerte de Domingo, y comenzaba así: «Tú deseas algunas noticias acerca del recién fallecido Savio..., que vivía próximo a mi casa y frecuentaba la escuela y la iglesia... de San Pedro. De mil amores voy a complacerte» (SP 445).

Dice DB que la relación del capellán contiene cosas que apenas se creerían de no mediar el seguro testimonio de quien las afirma. Una de ellas es el ponerse a rezar en el umbral de la iglesia, siendo aún tan pequeño y con el mal tiempo que hacía. También su hermana asegura en el proceso (SP 43): «Los capellanes y las personas devotas le encontraban de rodillas a la puerta de la iglesia tiritando de frío».

Monseñor Radini-Tedeschi, obispo de Bérgamo, tenía razón al afirmar (*Por Domingo Savio* [1914] p.16): «Los cinco años son para él el principio de una precoz madurez».

Muy oportuna la observación del P. Ségneri en el citado panegírico de San Luis: «Ciertas almas, singularmente escogidas por Dios, suelen

tener no sé qué oculta virtud que interiormente les impulsa a buscarlo antes de que puedan conocerlo».

CAPITULO III

Es admitido a la primera comunión. Preparación. Recogimiento y recuerdos de aquel día

Nada faltaba a Domingo para que fuese admitido a la primera comunión. Sabía ya de memoria el pequeño catecismo, tenía conocimiento suficiente de este augusto sacramento y *ardía en deseos* de recibirlo. Sólo se oponía la edad, puesto que en las aldeas no se admitía, por lo regular, a los niños a la primera comunión sino a los doce años cumplidos. Domingo apenas tenía siete y, además de poca edad, por su cuerpo menudo aún parecía más joven; de suerte que el cura no se decidía a aceptarlo. Quiso saber también el parecer de otros sacerdotes, y éstos, teniendo en cuenta su precoz inteligencia, su instrucción y sus *vivos deseos*, dejaron de lado todas las dificultades y lo admitieron a recibir por primera vez el pan de los ángeles.

Indecible fue el *gozo* que inundó su corazón cuando se le dio esta noticia. Corrió a su casa y lo anunció con alegría a su madre. Desde aquel momento pasaba días enteros en el rezo y en la lectura de libros buenos; y estábase largos ratos en la iglesia antes y después de la misa, de modo que parecía que *su alma habitaba ya con los ángeles en el cielo.*

La víspera del día señalado para la comunión fue a su madre y le dijo:

—Mamá, mañana voy a hacer mi primera comunión; perdóneme usted todos los disgustos que le he dado en lo pasado; yo le prometo portarme muy bien de hoy en adelante, ser aplicado en la escuela, obediente, dócil y respetuoso a todo lo que usted me mande.

Y, dicho esto, se puso a llorar. La madre, que de él había recibido sólo consuelos, sintióse enternecida y, conteniendo a duras penas las lágrimas, le consoló diciéndole:

—Vete tranquilo, querido Domingo, pues todo está perdonado; pide a Dios que te conserve siempre bueno y ruega también por mí y por tu padre.

La mañana de aquel día memorable se levantó muy temprano y, vestido de su mejor traje, se fue a la iglesia; pero como la encontrase cerrada, se arrodilló en el umbral de la puer-

ta y se puso a rezar, según su costumbre, hasta que, llegando otros niños, abrieron la puerta. Con la confesión, la preparación y acción de gracias, la función duró cinco horas.

Domingo fue el primero que entró en la iglesia y el último que salió de ella. En todo este tiempo no sabía si estaba en el cielo o en la tierra. Aquel día fue siempre memorable para él, y puede considerarse como verdadero principio o, más bien, continuación de una *vida que puede servir de modelo a todo fiel cristiano.*

Algunos años después [illegible] blándome de su primera comunión, se animaba aún [illegible] con la más viva alegría.

—¡Ah! —[illegible] fue aquél el día más hermoso y [illegible]

[illegible] algunos recuerdos que conservó cuidadosamente escritos y los leía a menudo. Vinieron después a mis manos, y los incluyo aquí con toda la sencillez del original. Eran del tenor siguiente:

Propósitos que yo, Domingo Savio, hice en el año 1849 con ocasión de mi primera comunión, a los siete años de edad:

1.° Me confesaré muy a menudo y recibiré la sagrada comunión siempre que el confesor me lo permita.

2.° Quiero santificar los días de fiesta.

3.° Mis amigos serán Jesús y María.

4.° Antes morir que pecar.

Estos recuerdos, que repetía a menudo, *fueron la norma de sus actos hasta el fin de su vida.*

Si entre los lectores de este libro se hallase alguno que no hubiera recibido aún la primera comunión, yo le rogaría encarecidamente que se propusiera imitar a Domingo Savio. Recomiendo sobre todo a los padres y madres de familia y a cuantos ejercen alguna autoridad sobre la juventud, que den la mayor importancia a este acto religioso. Estad persuadidos que *la primera comunión bien hecha pone un sólido fundamento moral para toda la vida.* Difícil será encontrar persona alguna que, habiendo cumplido bien tan solemne deber, no haya observado buena y virtuosa vida.

Por el contrario, cuéntanse a millares los jóvenes díscolos que llenan de amargura y desolación a sus padres, y, si bien se mira, la raíz del mal ha estado en la escasa o ninguna preparación con que han hecho su primera comunión. Mejor es diferirla o no hacerla que hacerla mal.

DB hizo su primera comunión a los diez años, y don Cafasso a los trece, a pesar de que era de todos conocida la vida angelical y la ins-

trucción religiosa de ambos. Por el contrario, el capellán de Murialdo fue esta vez contra la corriente, admitiendo a Domingo Savio a la sagrada mesa a los siete años; pero así entraba en el espíritu del cristianismo que puso en vigor Pío X con su decreto de 8 de agosto de 1910. Establece este sumo pontífice que la edad de la discreción para la primera comunión se manifiesta cuando el niño sabe distinguir entre el pan eucarístico y el pan material.

Acerca de los propósitos que tomó entonces Domingo, escribe Salotti (*Domingo Savio* [Turín] p.18): «Son el más luminoso patrimonio que ha podido dejar en herencia a nuestra juventud». Particularmente aquel *¡Antes morir que pecar!* ha tomado ya carta de naturaleza entre las frases célebres que han pasado a la historia.

El pedir perdón a los padres la noche antes de la primera comunión era costumbre corriente en todas las familias cristianas de entonces.

El Card. Cagliero, que hizo su tercera Pascua en Castelnuovo, su tierra, cuando allí mismo hizo Domingo Savio la primera, hace resaltar en los procesos (SP 133) la admiración de sus conciudadanos «... ante la devoción con que en la Pascua de 1849 hizo Domingo su primera comunión, ya por su compostura, ya por su piedad y recogimiento, como por su edad, de siete años».

Domingo Savio, como años antes DB, hizo la primera comunión en la iglesia parroquial de Castelnuovo, pues Murialdo era una simple capellanía dependiente de la parroquia de aquella población principal. En Murialdo permaneció Domingo Savio con su familia desde 1843 hasta febrero de 1853.

CAPITULO IV

Escuela de Castelnuovo de Asti. Un episodio edificante. Sabia contestación ante un mal consejo

Cursadas las primeras clases, era preciso enviar cuanto antes a Domingo a otra parte para seguir sus estudios, pues le era imposible continuarlos en una escuela de aldea. Esto deseaba Domingo, y éste era también el anhelo de sus padres. Pero ¿cómo realizarlo, faltándoles los medios pecuniarios? Dios, supremo Señor de todas las cosas, proveerá lo necesario para que pueda este niño seguir la carrera a que lo llama.

«Si yo tuviera alas como un pajarillo—decía a veces Domingo—, quisiera volar mañana y tarde a Castelnuovo para continuar mis estudios».

Sus grandes deseos de estudiar hiciéronle llevaderas todas las dificultades, y resolvió ir a la escuela municipal de la próxima villa de Castelnuovo a pesar de que distaba unos cuatro kilómetros de su casa; y así, de sólo diez años de edad, recorría dos veces al día aquel camino; de modo que entre idas y vueltas resultaban a diario más de quince kilómetros.

Sopla a veces un viento molestísimo, abrasa el sol, los caminos están cubiertos de lodo, llueve a torrentes; no importa: Domingo soporta todas estas incomodidades y obstáculos; sabe que en esto obedece a sus padres y que es un medio para aprender la ciencia de la salvación, y eso basta para hacerle sobrellevar con alegría toda clase de trabajos.

Una persona mayor, viendo un día a Domingo que se dirigía solo al colegio, a eso de las dos de la tarde, bajo un sol abrasador, casi únicamente por darle conversación entabló con él el siguiente diálogo:

—Amiguito, ¿no tienes miedo de ir solo por este camino?

—No voy solo, señor. *Mi ángel custodio me acompaña en todos mis pasos.*

—¡Pues ha de ser pesado el camino con tanto calor, teniendo que hacerlo cuatro veces al día!

—*Nada es pesado cuando se hace por un Amo que sabe pagar bien.*

—¿Y quién es ese amo?

—Dios nuestro Señor, que paga hasta un vaso de agua que se dé por su amor.

Esta misma persona narró semejante episodio a algunos amigos suyos, y concluyó diciendo:

«Un niño que a tan tierna edad abriga tales pensamientos, ciertamente hará hablar de sí, sea cualquiera la carrera que emprenda».

Con tantas idas y venidas, alguna vez corrió serio peligro moral por causa de algunos malos compañeros.

Durante los calores del estío acostumbraban no pocos muchachos a bañarse en las lagunas, en los arroyos y estanques o en sitios análogos. El encontrarse juntos varios niños sin ropa y bañándose a veces en lugares públicos, es cosa muy peligrosa para el cuerpo, de suerte que a menudo, por desgracia, hay que lamentar la muerte de niños y aun de otras personas que perecen ahogadas. Pero el peligro es mucho mayor para el alma. ¡Cuántos jovencitos lamentan la pérdida de su inocencia, siendo la causa el haber ido a bañarse con estos compañeros a estos sitios fatales!

Varios de los condiscípulos de Domingo, no contentos con ir ellos, se empeñaron en llevarle también a él; y una vez lo lograron. Pero, habiéndosele advertido de que hacía mal en esto, mostróse profundamente pesaroso, y no pudieron ya inducirle a que volviese de nuevo, antes bien, deploró y lloró muchas veces el peligro a que había expuesto su alma y su vida.

Con todo, dos compañeros más desenvueltos y deslenguados diéronle un nuevo asalto y le dijeron:

—Domingo, ¿quieres venir a dar un paseo con nosotros?

—¿A dónde?

—Al río, a bañarnos.

—¡Ah, no!, yo no voy; no sé nadar y puedo ahogarme.

—Ven, hombre, es muy divertido; además, se refresca, da buen apetito y es saludable.

—Pero tengo miedo de ahogarme.

—¡Bah! ¡Fuera miedo! Te enseñaremos nosotros a nadar; ya verás que avanzamos como peces y damos saltos de gigante.

—Pero ¿no es pecado ir a estos lugares donde hay tantos peligros?

—¡Quita allá! ¿No ves que va todo el mundo?

—*El que todos vayan no prueba que no sea pecado.*

—Pues, si no quieres echarte al agua, ven a ver a los demás.

—Basta. Me encuentro aturdido. No sé qué decir.

—Ven, ven, no tengas cuidado; no es malo, y nosotros te libraremos de cualquier peligro.

—Antes de hacer lo que me decís, quiero pedir permiso a mamá; de lo contrario, no voy.

—¡Calla, simplón! ¡Cuidado con decírselo a tu madre, que ella a buen seguro no sólo no te dejaría ir, sino que nos delataría a nuestros padres, los cuales nos quitarían el frío sacudiéndonos la badana!

—¡Ah! Si mamá no quiere que vaya, es señal de que es malo; y por eso no voy. Y si queréis que os hable claramente, os diré que, engañado, he ido una vez, pero en adelante no iré jamás, porque en tales sitios siempre hay peligro o de ahogarse o de ofender al Señor. Ni me habléis más de nadar. Si esto no gusta a vuestros padres, no debierais hacerlo, porque el Señor castiga a los hijos que hacen cosas contrarias a lo que mandan su padre o su madre.

De esta manera, dando tan sabia respuesta a aquellos malos consejeros, Domingo evitaba un grave peligro; pues si a él se hubiese expuesto, hubiera tal vez perdido el tesoro inestimable de la inocencia, a cuya pérdida se siguen mil otras desdichas.

Su séptimo año de edad, el de su primera comunión, señaló una fecha de capital importancia en la vida espiritual de Domingo Savio. Otra fecha de singular importancia fue la de los doce años, cuando tuvo lugar su encuentro con don Bosco. El período intermedio es el que

describe el santo biógrafo en los capítulos 4, 5 y 6; tres capítulos ricos de contenido.

«Cursadas las primeras clases», escribe DB. Las cursó en Murialdo. En aquel poblado del ayuntamiento de Castelnuovo había una clase sola, subdividida en otras dos: la primera inferior y la primera superior, con un solo maestro. A ellas asistió el niño Savio hasta la edad de diez años.

A este tiempo pertenece un episodio ignorado por el escritor, pero recordado por la hermana de Domingo en el proceso como oído poco antes de su cuñado Juan Savio, contemporáneo del niño (SP 63s). Habiendo el maestro, con toda razón, castigado y golpeado a dos alumnos, conmovióse Domingo hasta derramar lágrimas y le dijo a su futuro pariente: «Habría preferido que el maestro me hubiera pegado a mí».

Las idas a Castelnuovo, descritas con tan vivos colores por DB, comenzaron el 21 de junio de 1852 y duraron hasta febrero del 1853. Esta fatiga para un niño de grácil complexión raya verdaderamente en lo heroico.

Por lo que se refiere al baño, algunos dejaban la vida en las aguas. Respecto a la moral, dice atinadamente don Caviglia (o. c., p.38): «Nadie piense en el menor enturbiamiento de conciencia. De aquel hecho no conoció Domingo la malicia, sino la existencia del peligro». Y a este propósito es oportuno traer a colación la declaración de don Rúa en el proceso (SP 291). «Tengo la convicción de que Domingo, por singular privilegio, no estaba sujeto a tentaciones contra la castidad». Después de DB, nadie, ciertamente, mejor que don Rúa conocía el alma de este jovencito angelical (cf. también MB 6,146-149; MOLINERIS, p.73-80).

CAPITULO V

Su conducta en la Escuela de Castelnuovo de Asti. Palabras de su maestro

Frecuentando Domingo esta escuela, comenzó a aprender la conducta que debía observar respecto de sus *compañeros*. Si veía a uno atento, *dócil*, respetuoso, que sabía siempre sus lecciones, cumplía bien sus deberes y merecía las alabanzas del maestro, éste era bien pronto amigo suyo. ¿Había, por el contrario, un niño *díscolo*, insolente, que descuidaba sus deberes, malhablado o que blasfemaba? Domingo huía de él como de la peste. A los que eran *algo indolentes*, los saludaba, hacíales algún favor siempre que se ofrecía el caso, pero no tenía con ellos ninguna familiaridad.

Su conducta en la escuela de Castelnuovo de Asti puede servir de *modelo a todo estudiante* que desee adelantar en las ciencias y en la virtud. A este propósito traslado aquí el concienzudo juicio de su maestro, el presbítero Alejandro Allora:

«Me es muy grato dar mi opinión acerca del niño Domingo

Savio, el cual supo en breve tiempo ganarse toda mi benevolencia y a quien he querido con la ternura de un padre. Y no puedo menos de aceptar de mil amores tu invitación, porque aún conservo fresco el recuerdo de su aplicación, conducta y virtud.

»No puedo decir muchas cosas acerca de su piedad, porque, como vivía bastante lejos de este pueblo, estaba dispensado de intervenir en las congregaciones dominicales a las que hubiera dado mucho lustre con su ejemplo.

»Concluidos los estudios de la clase primera elemental en Murialdo, pidió y obtuvo fácilmente pasar a mi clase, la segunda elemental, cabalmente el 21 de junio de 1852, día en que los estudiantes celebran la fiesta de San Luis, protector de la juventud.

»Era Domingo algo débil y delicado de complexión, *de aspecto grave y al par dulce,* con un no sé qué de agradable seriedad. Era *afable y de apacible condición y de humor siempre igual.* Guardaba constantemente en la clase y fuera de ella, en la iglesia y en todas partes, tal compostura, que el maestro sentía la más agradable impresión con sólo verle o hablarle, lo cual es para un maestro una dulce recompensa de las duras fatigas que tiene a menudo que sostener en balde en el cultivo de los áridos y mal dispuestos ánimos de ciertos alumnos. Por lo que puedo decir que Savio *fue sabio de nombre y de hechos.* Esto es, en los estudios, en la piedad, en el trato con los compañeros y en todas sus acciones.

»Desde el día primero en que entró en mi clase hasta el fin de aquel año escolástico y en los cuatro meses del curso siguiente, progresó de una manera extraordinaria en sus estudios. *Obtuvo siempre el primer puesto de su sección* y las demás distinciones honoríficas de la escuela, y casi siempre logró las mejores notas en todas las materias que se le iban enseñando. Tan felices resultados en el estudio de las ciencias no se deben solamente atribuir al talento nada común de que estaba dotado, sino también al grande amor que tenía al estudio y a la virtud.

»Es asimismo digna de especial admiración la diligencia con que procuraba cumplir los más insignificantes deberes de un estudiante cristiano, y especialmente su interés y puntualidad admirables en asistir a la escuela: de suerte que, no obstante su delicada salud, recorría diariamente unos cuatro kilómetros de camino, haciéndolos cuatro veces entre idas y vueltas.

»Esto lo hacía con maravillosa tranquilidad de ánimo y serenidad de rostro, a pesar de la crudeza del frío, de las lluvias

y de la nieve; cosa que no podía menos de ser conocida por el maestro como prueba de rara virtud. Enfermó, entre tanto, durante el mismo año escolar 1852-53, y cambiaron sus padres sucesivamente de domicilio, lo que fue para mí motivo de verdadera pena, pues no pude así seguir la educación de este querido alumno de tan grandes y halagüeñas esperanzas, que, por otra parte, se iban debilitando a medida que crecía en mí el temor de que no pudiera seguir sus estudios por falta de salud o de recursos. Mucho me alegré, pues, cuando supe que había sido admitido entre los jóvenes del Oratorio de San Francisco de Sales, puesto que así se le abría un camino para que no quedase inculto *su claro ingenio y acendrada piedad*».

Hasta aquí su maestro.

La relación de don Alejandro Allora, consignada en las actas del proceso (p.447-450), fue por él enviada a DB el 25 de agosto de 1857, el mismo año de la muerte. El biógrafo tomó de ella lo que hacía al caso, ordenando mejor la materia y mejorando la forma de expresión.

Comentario especial merecen las palabras *congregaciones dominicales*. A tenor del *Reglamento Albertino* de 1831, abolida en 1859, eran obligatorias para los alumnos las reuniones o congregaciones dominicales, de las que estaban dispensados los que residían en alejados arrabales, como precisamente le ocurría a Domingo Savio. El mismo reglamento imponía también la asistencia diaria a la misa antes de la escuela.

Después de afirmar que «casi siempre logró las mejores notas», añade el maestro: «Como atestiguan los registros escolares que aún hoy se conservan». Palabras que DB no juzgó necesarias y que, por lo mismo, omitió.

Por último, recordando hacia el fin de su relación una visita que hizo al Oratorio, «tal vez en el año 1854», dice don Allora: «Allí volví a ver a este óptimo discípulo mío dedicado al estudio, y supe que, llegado a muchacho, no había abandonado en absoluto el camino de la sabiduría y que, precisamente por sus virtudes y raros méritos en los estudios, se había captado la benevolencia de los superiores y el favor de algún bienhechor que le daba la mano para poder terminar su carrera».

CAPITULO VI

En la escuela de Mondonio[4]. Soporta una grave calumnia

Parece que la divina providencia quiso dar a entender a este niño que el mundo es un verdadero destierro y que vamos constantemente peregrinando, o dispuso, más bien, que viviese

[4] Mondonio o Mondomio, o también Mondone, es un pueblecito de unos cuatrocientos habitantes. Dista dos millas de Castelnuovo de Asti, con el que tiene fácil comunicación por medio de una carretera trazada últimamente abriendo

en diversos pueblos para que así se mostrase en muchas partes como espejo de singular virtud.

A fines del año 1852 los padres de Domingo se retiraron de Murialdo, para fijar su residencia en Mondonio, que es una pequeña aldea en los confines de Castelnuovo. Siguió allí Domingo el mismo tenor de vida que en Murialdo y Castelnuovo; por lo que tendría que repetir todo lo que de él escribieron sus anteriores maestros; y, puesto que el señor Cugliero [5], de quien fue alumno, hace de él una relación casi igual, extracto de ella algunos hechos particulares, omitiendo lo restante para no incurrir en inútiles repeticiones:

«Yo puedo decir—me escribe—que, en veinte años que trabajo en la instrucción de los niños, jamás he tenido alguno que en piedad se pudiera comparar con Domingo. Era niño en los años, pero juicioso como un hombre maduro. Su inteligencia y asiduidad en el estudio y su afabilidad le granjeaban el afecto de su maestro y lo hacían muy amable a sus compañeros. Cuando lo veía en la iglesia, quedaba maravillado al ver tanto recogimiento en un jovencito de tan tierna edad; más de una vez dije para mí: *He aquí un alma inocente que goza ya de las delicias del paraíso y que con sus afectos parece habitar con los ángeles del cielo*».

Entre los hechos que refiere su maestro es de notar, particularmente, el siguiente:

«Un día se cometió entre mis alumnos una falta, y era tal que el culpable merecía la expulsión de la escuela. Los delincuentes previnieron el golpe, y, presentándose al maestro, de común acuerdo, echaron la culpa a nuestro Domingo. Yo no llegaba a persuadirme de que fuera capaz de semejante falta, pero supieron los acusadores dar tal color de verdad a la calumnia, que hube de creerles. Entré, por lo tanto, en la escuela justamente indignado por el desorden acaecido, hablé al culpable en general y, vuelto luego a Savio, le dije:

—¿Y habías de ser tú? ¿No merecerías que te expulsara al instante de la escuela? Da gracias a Dios que es la primera vez que has hecho una cosa semejante; pero que sea también la última.

»A Domingo le habría bastado una sola palabra para disculparse y dar a conocer su inocencia; mas calló, bajó la cabeza

un túnel en la colina. Hay recuerdos de este pueblo que se remontan al 1034. Por el tratado de Cherasco pasó en 1631 al dominio de la casa de Saboya (cf. CASALIS, *Diccionario*).

[5] El sacerdote José Cugliero pasó unos años en Pino de Chieri como beneficiado, y tras una vida ejemplar descansó en el ósculo del Señor en ese mismo pueblo.

y, como si tuviera la reprensión bien merecida, no levantó los ojos.

»Pero como Dios protege a los inocentes, al día siguiente fueron descubiertos los verdaderos culpables y demostrada la inocencia de Domingo. Lleno de pesar por las reprensiones hechas al presunto culpable, le llamé aparte y le pregunté:

—Domingo, ¿por qué no me dijiste que eras inocente?

El me respondió:

—Porque, habiendo ya el culpable cometido otras faltas, tal vez hubiera sido expulsado de la escuela; en cuanto a mí, esperaba ser perdonado, siendo la primera falta de que se me acusaba. Además, *pensaba también en nuestro divino Salvador, que fue injustamente calumniado.*

»Callé entonces, pero todos admiraron la paciencia y virtud de Domingo, que había sabido devolver bien por mal hasta estar dispuesto a soportar un grave castigo en favor del calumniador».

Hasta aquí el señor Cugliero.

La relación de don Cugliero se adelantó en cuatro meses a la de don Allora (SP 450-452). Está fechada en Mondonio el 10 de abril de 1857, un mes apenas después de la muerte. DB introduce también datos de otras fuentes, tal vez orales, y aun del mismo Cugliero, de quien fue luego gran amigo y confidente.

Carlos Savio, concejal y condiscípulo de Domingo, da fe de la travesura, de la calumnia y de las relativas consecuencias. «Fui testigo presencial de este hecho. El maestro lo castigó de rodillas en medio de la clase» (PS 313 y 98). La travesura consistió en llenar la estufa de nieve y de piedras.

Salotti (l. c., p.30) descubre en la conducta de Domingo el ejercicio heroico de tres virtudes: «La humillación libremente aceptada y practicada delante de los compañeros y del maestro; la caridad para con los culpables, cuya culpa acepta; un inmenso amor a Dios, en cuyo nombre sufre pacientemente la calumnia, que le recuerda al divino Salvador injustamente acusado por los hombres».

CAPITULO VII

Mis primeras relaciones con él: interesantes anécdotas

Las cosas que voy a narrar puedo referirlas con mayor número de circunstancias, puesto que *de casi todas fui testigo ocular*, y las más de las veces acaecieron en presencia de una multitud de jóvenes, acordes en afirmarlas.

Corría el año 1854, cuando el citado don Cugliero vino a

hablarme de un alumno suyo digno de particular atención por su piedad.

—Aquí, en esta casa—me dijo—, es posible que tenga usted jóvenes que le igualen, pero difícilmente habrá quien le supere en talento y virtud. Obsérvelo usted y verá que es un San Luis.

Quedamos que me lo mandaría a Murialdo, adonde yo solía ir con los jóvenes del Oratorio para que disfrutasen algo de la campiña y, de paso, poder celebrar la novena y solemnidad de la Stma. Virgen del Rosario.

Era el primer lunes de octubre, muy temprano, cuando vi aproximárseme un niño, acompañado de su padre, para hablarme. *Su rostro alegre y su porte risueño y respetuoso* atrajeron mi atención.

—¿Quién eres?—le dije—. ¿De dónde vienes?

—Yo soy—respondió—Domingo Savio, de quien ha hablado a usted el señor Cugliero, mi maestro; venimos de Mondonio.

Lo llevé entonces aparte y, puestos a hablar de los estudios hechos y del tenor de vida que hasta entonces había llevado, pronto entramos en plena confianza, él conmigo y yo con él.

Presto advertí en aquel jovencito *un corazón en todo conforme con el espíritu del Señor*, y quedé no poco *maravillado al considerar cuánto le había ya enriquecido la divina gracia* a pesar de su tierna edad.

Después de un buen rato de conversación, y antes de que yo llamara a su padre, me dirigió estas textuales palabras:

—Y bien, ¿qué le parece? ¿Me lleva usted a Turín a estudiar?

—Ya veremos; me parece que bueno es el paño.

—¿Y para qué podrá servir el paño?

—Para hacer un hermoso traje y regalarlo al Señor.

—*Así, pues, yo soy el paño; sea usted el sastre; lléveme, pues, con usted y hará de mí el traje que desee para el Señor.*

—Mucho me temo que tu debilidad no te permita continuar los estudios.

—No tema usted; el Señor, que hasta ahora me ha dado salud y gracia, me ayudará también en adelante.

—¿Y qué piensas hacer cuando hayas terminado las clases de latinidad?

—Si me concediera el Señor tanto favor, desearía ardientemente abrazar el estado eclesiástico.

—Está bien; quiero probar si tienes suficiente capacidad para el estudio; toma este librito (un ejemplar de las *Lecturas*

Católicas), estudia esta página y mañana me la traes aprendida.

Dicho esto, dejéle en libertad para que fuera a recrearse con los demás muchachos, y púseme a hablar con su padre. No habían pasado aún ocho minutos cuando, sonriendo, se presenta Domingo y me dice:

—Si usted quiere, le doy ahora mismo la lección.

Tomé el libro y me quedé sorprendido al ver que no sólo había estudiado al pie de la letra la página que le había señalado, sino que entendía perfectamente el sentido de cuanto en ella se decía.

—Muy bien—le dije—, te has anticipado tú a estudiar la lección y yo me anticiparé en darte la contestación. Sí, te llevaré a Turín, y desde luego *te cuento ya como a uno de mis hijos;* empieza tú también desde ahora a *pedir al Señor que nos ayude a mí y a ti a cumplir su santa voluntad.*

No sabiendo cómo expresar mejor su alegría y gratitud, me tomó de la mano, me la estrechó y besó varias veces, y al fin me dijo:

—Espero portarme de tal modo, que jamás tenga que quejarse de mi conducta.

De tiempo le venía el deseo de ser sacerdote. En las actas del proceso consta una relación de Angel Savio, de Castelnuovo, clérigo de DB y más tarde misionero salesiano. Lleva fecha del 13 de diciembre de 1858. También contesta a la invitación de DB, que deseaba se le mandaran noticias de Domingo Savio. Dice entre otras cosas: «Antes de que viniera al Oratorio, yo le conocía ya como un joven de virtud no común. Varias veces me había manifestado el deseo de contarse entre los hijos del Oratorio. Preguntáronle un día por qué quería ir allá, y respondió: 'Deseo ser sacerdote para poder más fácilmente salvar mi alma y hacer un poco de bien a los demás'». DB y su Oratorio eran bien conocidos por aquellas tierras, especialmente con motivo de los paseos de otoño que daba DB con sus jóvenes.

El coloquio aquí dramatizado acontenció el 2 de octubre de 1854, junto a la casita en que nació DB, el cual se encontraba allí por la fiesta del Rosario.

CAPITULO VIII

Su llegada al Oratorio de San Francisco de Sales. Su estilo de vida al empezar

Es propio de la juventud, por su edad voluble, mudar a menudo de propósito y voluntad, sucediendo no pocas veces que

hoy quiere una cosa y mañana otra; hoy practica una virtud en grado eminente y mañana todo lo contrario. De aquí que, si no hay quien vele atentamente sobre ella, acaba con pésimos resultados una educación que hubiera sido de las más brillantes y felices. No pasó esto con nuestro Domingo, pues *todas las virtudes que vimos brotar y crecer en él en las primeras etapas de su vida, aumentaron siempre maravillosamente y crecieron todas juntas, sin que una fuese en detrimento de la otra.*

Apenas llegado a la casa del Oratorio, vino a mi cuarto para ponerse, como él decía, enteramente en manos de los superiores. Su vista se fijó al punto en un cartel que tenía escritas en grandes caracteres las siguientes palabras, que solía repetir San Francisco de Sales: *Da mihi animas, caetera tolle.* Púsose a leerlas atentamente, y como yo deseaba mucho que entendiera lo que significaban, le indiqué o, mejor, le ayudé a comprender el sentido: *¡Oh Señor! Dadme almas, y llevaos lo demás.*

Reflexionó Domingo un momento y luego añadió:

—Ya entiendo; aquí no se trata de hacer negocio con dinero, sino de *salvar almas; yo espero que también la mía entrará en este comercio.*

Su método de vida fue, por algún tiempo, el ordinario, y no se veía en él otra cosa que la observancia perfecta del reglamento de la casa. Aplicábase con empeño al estudio, atendía con ardor a todos sus deberes y *escuchaba con particular gusto los sermones.* Tenía siempre presente que la palabra de Dios es la guía del hombre en el camino del cielo; y, por lo tanto, las máximas que oía en un sermón eran para él recuerdos indelebles que jamás olvidaba.

Toda instrucción moral, todo catecismo, todo sermón, por largo que fuera, lo oía con grandísimo placer, y, si algo no entendía bien, iba luego a una u otra persona para saber su explicación. *De aquí arrancó aquella vida ejemplarísima y aquella exactitud en el cumplimiento de sus deberes, que difícilmente pueden superarse.*

Para conocer bien el reglamento del colegio, procuraba con buena maña acercarse a alguno de sus superiores; le interrogaba y le pedía luz y consejo, suplicándole que tuviese la bondad de avisarle siempre que le viese faltar a sus deberes. Ni era menos de alabar el modo de conducirse con sus compañeros. ¿Veía a alguno travieso, negligente en el cumplimiento de sus deberes o descuidado en la piedad? Domingo huía de él. ¿Veía a otro ejemplar, estudioso y diligente, alabado por el maestro? Este era en breve el amigo íntimo de Domingo.

En la proximidad de la fiesta de la Inmaculada Concepción

de María, el director acostumbraba a hacer cada noche una exhortación a los jóvenes para que procurasen celebrarla de un modo digno de la excelsa Madre de Dios, insistiendo particularmente en que cada uno de ellos pidiera a esta celestial protectora aquellas gracias que sabía le eran de mayor necesidad.

Corría el año 1854; todo el mundo cristiano se hallaba en una como espiritual agitación, ya que en Roma se trataba de definir el dogma de la Inmaculada Concepción de María. Nosotros también hacíamos cuanto permitía nuestra condición para celebrar esta solemnidad con decoro y con aprovechamiento espiritual de los jóvenes.

Domingo era uno de los que más ardían en deseos de celebrar el acontecimiento santamente.

Escribió, pues, nueve florecillas, o bien nueve actos de virtud, con el propósito de practicar uno cada día, sacado a suerte. Hizo con grandísimo consuelo de su alma *confesión general* y comulgó con el mayor recogimiento.

En la tarde de aquel día, ocho de diciembre, terminadas las funciones sagradas, fue *por consejo de su confesor* ante el altar de María, renovó allí las promesas hechas en su primera comunión, y repitió después muchas veces estas palabras:

—María, os doy mi corazón; haced que sea siempre vuestro. *Jesús y María, sed siempre mis amigos;* pero, por vuestro amor, haced que *muera mil veces antes que tenga la desgracia de cometer un solo pecado.*

De este modo, *tomando a María por sostén de su piedad, su conducta moral apareció tan edificante y adornada de tales actos de virtud, que comencé desde entonces a anotarlos* para no olvidarme de ellos.

Al llegar a este punto de la narración de la vida de Domingo, se presenta ante mí un conjunto de actos y virtudes que merece especial atención, tanto del que escribe como de quien lee; por cuya razón, y para mayor claridad, juzgo conveniente ir exponiendo las cosas, no según el orden del tiempo, sino según la analogía de los hechos que guardan entre sí especial relación o bien hacen referencia a una misma materia.

Dividiré, pues, ésta en varios capítulos, comenzando por el estudio del latín, que fue el principal motivo de su venida al Oratorio de Valdocco.

Domingo entró en el Oratorio el 29 de octubre de 1854. Nótese cómo DB dice que vino, no al colegio, sino a la «casa del Oratorio». Gustaba él de esta expresión, porque indicaba vida de familia. Precisamente al redactar en 1854 la forma definitiva de la marcha interna,

tituló aquellas reglas *Primer plan de reglamento para la casa aneja al Oratorio de San Francisco de Sales.*

Hay que distinguir, pues, entre el Oratorio y la casa del Oratorio. El primero era la fundación de 1846, para los externos; la otra, el pabellón adyacente, para internos. En el año escolástico 1854-1855, el número de internos era apenas de 65; pero el curso siguiente alcanzó los 153, y en el 1856-1857 fue de 199. Es el trienio, aunque no entero, de Domingo Savio.

Acogiéronle al llegar, o se le unieron poco después, compañeros que en la historia de la congregación salesiana llegaron a alcanzar fama, como Rúa, Cagliero, Francesia, Bonetti, Durando y Cerruti. Los cuatro primeros vestían ya hábito talar; clérigos y alumnos formaban una sola familia, tanto que se trataban de tú. Los tres primeros y el último de los nombrados, al cabo de más de medio siglo, tuvieron que presentarse para deponer en el proceso.

Del singular empeño con que toda la casa celebró solemnemente la fiesta de la Inmaculada Concepción, que en aquel año de la definición dogmática tenía el mundo entero en «una especie de agitación espiritual», hablan los testigos; de Domingo, en particular, dice Cagliero (SP 135): «Recuerdo el júbilo grandísimo que manifestaba cuando la definición de la Inmaculada Concepción, acaecida en 1854, año de su entrada en el Oratorio, y cómo rebosaba por todas partes la emoción en aquella solemnísima fiesta cuando en el Oratorio y en todo Turín hubo una iluminación general. DB nos permitió salir, y el pequeño Domingo no cabía en sí de gozo ante esta pública demostración de piedad».

Tampoco se borró de la mente de DB la impresión que le dejó en aquella ocasión el santo joven. Veintidós años más tarde, el 28 de noviembre de 1876, vigilia de la novena de preparación de la fiesta de la Inmaculada, habló de ella a los jóvenes del Oratorio, después de las oraciones de la noche. Sus palabras las tomó por escrito uno de los oyentes. He aquí una parte de su charla (MB 12,572):

«Recuerdo todavía, como si fuera hoy, aquel rostro alegre, angelical, de Domingo Savio, tan dócil, tan bueno. Vino a verme el día de antes de la novena de la Inmaculada Concepción, y tuvo conmigo un diálogo que está escrito en su *Vida,* aunque bastante más breve. El diálogo fue muy largo. Dijo él:

—Yo sé que la Virgen concede gran número de gracias a quien hace bien sus novenas.

—Y tú, ¿qué quieres hacer en esta novena en honor de la Virgen?

—Quisiera hacer muchas cosas.

—¿Por ejemplo...?

—Ante todo quiero hacer una confesión general de mi vida, para tener bien preparada mi alma. Luego procuraré cumplir exactamente las florecillas que para cada día de la novena se darán en las *buenas noches.* Quisiera además portarme de manera que pueda cada mañana recibir la santa comunión.

—¿Y no tienes nada más?

—Sí: tengo una cosa.

—¿Cuál es?

—Quiero declararle guerra a muerte al pecado mortal.

—¿Y qué más?

—Quiero pedirle mucho, mucho, a la Stma. Virgen y al Señor que me manden antes la muerte que dejarme caer en un pecado venial contra la modestia.

Diome a continuación un papelito en el que había escrito estos propósitos. Y mantuvo sus promesas, porque la Virgen Stma. le ayudaba».

Recordamos la afirmación del penúltimo párrafo de este capítulo, confirmado por don Rúa con estas palabras (SP 30s): «Recuerdo haber oído del mismo DB que estaba escribiendo la vida de un joven del Oratorio que aún vivía, y supe luego que era Domingo Savio». Esto recordaba don Rúa, expresando su opinión sobre la veracidad de la *Vida,* veracidad que, según él, «era indudable» (l. c.).

CAPITULO IX

Estudia latín. Anécdotas. Su conducta en clase. Impide un desafío. Evita un peligro

Había estudiado Domingo los principios de la gramática latina en Mondonio, por lo que, con su asidua aplicación al estudio y su capacidad no común, pudo en breve tiempo pasar a la clase cuarta, o, como decimos hoy, a la segunda de gramática latina. Cursó esta clase en la escuela del benemérito profesor señor José Bonzanino, pues en aquel entonces no se habían establecido aún en el Oratorio los estudios de enseñanza media, como lo están al presente.

Debería exponer aquí, también con las palabras de sus maestros, cuál era su conducta, su adelanto y su buen ejemplo; mas me limitaré a referir algunas cosas que en este año y en los dos siguientes fueron notadas con particular admiración por los que le conocieron.

El profesor Bonzanino, más de una vez, hubo de decir que no recordaba haber tenido alumno más atento, más dócil, más respetuoso que Savio; porque *era en todo un modelo:* en el vestido y en el peinado no tenía ninguna afectación, pero en su modesto traje y en su humilde condición presentábase siempre aseado, bien educado, cortés, de modo que hasta los compañeros de buena educación social e incluso de la nobleza, que en buen número iban a aquella escuela, *alegrábanse mucho de poder tratar con Domingo, no sólo por su ciencia y piedad, sino también por sus finos modales y agradable trato.* Y si el profesor veía a un alumno hablador, poníale al lado de Domingo, el cual se daba traza para inducirle al silencio, al estudio y al cumplimiento de sus deberes.

En el curso de este año, la vida de Domingo Savio nos presenta *un rasgo que raya en heroico y que apenas parece creíble* en tan juvenil edad.

Dos de sus condiscípulos llegaron a pelearse muy peligrosamente; comenzó la disensión por unas palabras que mutuamente se dijeron, ofensivas para sus familias; a los insultos se siguieron las villanías y, por fin, se desafiaron a hacer valer sus razones a pedradas.

Domingo llegó a descubrir aquella discordia, mas ¿cómo podía impedirla, siendo los dos rivales mayores que él en fuerza y edad? Trató de persuadirles a que desistieran de su propósito, advirtiéndoles a ambos que la venganza es contraria a la razón y a la santa ley de Dios; escribió cartas a uno y a otro; los amenazó con referir el caso al profesor y a sus padres; pero en vano: estaban sus ánimos de tal suerte exaltados, que desoían cualquier buen consejo. Además del peligro de causarse daño, ofendían gravemente a Dios. Domingo estaba sumamente intranquilo; deseaba evitar el mal y no sabía cómo; pero Dios le inspiró el medio. Los esperó al salir de la escuela, y así que pudo hablar aparte a cada uno, les dijo:

—Puesto que persistís en vuestro bárbaro empeño, os ruego que aceptéis al menos una condición.

—La aceptamos—respondieron—con tal que no impida el desafío.

—Es un bribón—replicó al punto uno de ellos.

—Yo no haré las paces—replicó el otro—hasta haberle abierto la cabeza.

Domingo temblaba al oír tan brutal altercado; con todo, deseando impedir mayores males, se contuvo y dijo:

—La condición que voy a poner no impedirá el desafío.

—¿Cuál es?

—Prefiero decírosla allá; en el punto mismo donde os queréis batir a pedradas.

—Tú te chanceas y tratas de ponernos algún estorbo.

—Iré con vosotros y no os engañaré; estad seguros.

—Tal vez querrás ir para llamar a algunos.

—Debería hacerlo, mas no lo haré. Vamos, iré con vosotros; cumplid tan sólo vuestra palabra.

Se lo prometieron, y encamináronse a los llamados *prados de la ciudadela,* fuera de la puerta Susa [6].

El odio de los contendientes era tal, que a duras penas pudo impedir Domingo que viniesen a las manos durante el corto camino que habían de andar. Llegados al lugar destinado, Domingo hizo lo que nadie jamás hubiera imaginado. Dejóles que

[6] Sobre aquellos prados se levantaron grandes edificios; el lugar en que se iba a decidir la contienda está ocupado por la iglesia parroquial de Santa Bárbara.

se pusieran a cierta distancia; y ya tenían las piedras en las manos cuando les habló así:

—Antes de que empecéis el desafío, quiero que cumpláis la condición que habéis aceptado.

Y diciendo esto, sacó un pequeño crucifijo que llevaba al cuello y, levantándolo en alto con una mano, dijo:

—Quiero que ambos a dos fijéis vuestra mirada en este crucifijo y, arrojando luego una piedra contra mí, digáis en voz alta y clara estas palabras: «Jesucristo, inocente, murió perdonando a los que le crucificaron, y yo, pecador, quiero ofenderle y vengarme bárbaramente».

Dicho esto, fue y se arrodilló ante el que se mostraba más enfurecido, diciéndole:

—Descarga sobre mí el primer golpe. Tírame una fuerte pedrada a la cabeza.

Este, que no esperaba tal propuesta, comenzó a temblar.

—No—contestó—, jamás; yo nada tengo contra ti; si alguien se atreviese a ultrajarte, yo te defendería.

Apenas Domingo oyó esto, fuese al otro y repitióle las mismas razones.

También él, desconcertado, comenzó a temblar, diciéndole que era su amigo y que no le haría daño alguno.

Domingo entonces púsose en pie y, con semblante severo y conmovido, les dijo:

—¿Cómo es que estáis los dos dispuestos a arrostrar un grave peligro en favor mío, aunque soy miserable criatura, y para salvar vuestras almas, que cuestan la sangre del Salvador, y a quien vais a perder con este pecado, no sabéis perdonaros un insulto y una injuria hecha en la escuela?

Dicho esto, calló y conservó levantado el crucifijo.

Ante este espectáculo de caridad y de valor, los dos compañeros se dieron por vencidos.

«En aquel momento, asegura uno de ellos, me sentí enternecido. Un escalofrío corrió por mis miembros, y me llené de vergüenza por haber obligado a tan buen amigo a usar medios tan extremos para impedir nuestro malvado intento. Queriéndole dar al menos una señal de agradecimiento, perdoné de todo corazón al que me había ofendido y rogué a Domingo que me indicara algún paciente y caritativo sacerdote a quien acusar mi falta. De ese modo, después de ser nuevamente amigo suyo, me reconcilié con el Señor, a quien con el odio y el deseo de venganza había ofendido gravemente».

Ejemplo es éste muy digno de ser imitado por los jóvenes cristianos siempre que les ocurra ver a sus prójimos dispuestos

a tomar venganza, o cuando sean por otros, de algún modo, ofendidos o injuriados.

Pero lo que en esta acción *honra singularmente la conducta y la caridad de Domingo* es *el silencio que supo guardar acerca de lo sucedido;* pues todo se hubiera ignorado si los mismos que tomaron parte en el hecho no lo hubiesen narrado repetidas veces.

La ida y vuelta de clase, cosa tan peligrosa para los chicos que de las aldeas van a las grandes ciudades, fue para nuestro Domingo un verdadero ejercicio de virtud. Constante en cumplir las órdenes de los superiores, iba a la escuela y volvía a casa sin escuchar ni mirar nada que fuese inconveniente para un joven cristiano. Si veía a alguno detenerse, correr, saltar, tirar piedras o pasar por donde no estaba permitido, al punto se alejaba de él.

Un día fue invitado a dar un paseo sin permiso; otra vez aconsejáronle que dejara la clase y fuera a divertirse; mas él supo siempre contestar con una negativa.

—*Mi mejor diversión*—les respondía—*es el cumplimiento de mis deberes;* y, si sois verdaderos amigos míos, debéis exhortarme a cumplirlos con exactitud y nunca descuidarlos.

Con todo, tuvo la desgracia de tener compañeros tales y que tanto le molestaron, que a punto estuvo de caer en los lazos que le tendían. Había ya resuelto cierto día irse con ellos y dejar la clase; pero, a poco de andar, reflexionó, comprendió que seguía un mal consejo, y con gran remordimiento dijo a sus perversos consejeros:

—Amigos, el deber me impone que vaya a clase, y quiero ir: *no hagamos cosas que desagraden a Dios y a nuestros superiores.* Estoy arrepentido de lo que he hecho; si me dais otra vez consejos como éste, dejaréis de ser mis amigos.

Aquellos jóvenes, escuchando el aviso de Domingo, fueron con él a clase y, en lo sucesivo, jamás pensaron en apartarle del cumplimiento de sus deberes.

Al terminar el año, Domingo mereció ser contado entre los sobresalientes por su conducta y aplicación y pasar a la clase superior. Pero a principio del tercer año de gramática, como se hallase su salud algo quebrantada, se juzgó más conveniente hacerle seguir el curso privadamente en la casa del Oratorio, para poderle prestar los debidos cuidados tanto en el descanso como en el estudio y en el recreo.

En el año de humanidades, o primero de retórica, fue enviado a las clases del benemérito profesor don Mateo Picco. Este profesor había oído hablar varias veces de las bellas cua-

lidades que adornaban a Domingo; así es que, de buen grado, lo recibió gratuitamente en su clase, que era considerada como una de las mejores entre las aprobadas en nuestra ciudad.

Muchas son las cosas edificantes dichas y hechas por Domingo durante este nuevo curso, y las iré exponiendo a medida que narre los hechos que con ella guardan relación.

Es digno de notar que el santo biógrafo, al delinear el desarrollo de la santidad de Domingo, narrando sus virtuosas acciones, arranca no, por ejemplo, de la piedad, sino del cumplimiento de sus deberes. Con este concepto comienza y cierra el capítulo.

Naturalmente que en el pensamiento de DB era no un cumplimiento cualquiera del deber, sino el cumplimiento cristiano y, por lo mismo, animado del amor habitual a Dios. Esto, que más o menos va implícito en todo el relato, lo declaran explícitamente los testigos, dos de los cuales merecen ser preferentemente citados como los más autorizados, a saber: don Rúa y el Card. Cagliero. Afirma el primero (SP 312): «Cumplía diligentemente sus deberes por amor de Dios. Estudiaba diligentemente por deber de conciencia, sin tener por mira el aventajar a sus compañeros». Dice el segundo (SP 193): «Puedo afirmar que el amor de Dios ocupaba todos sus pensamientos, afectos y actos de su corazón. Su único temor era el ofender a Dios». Precisamente el cumplimiento del deber así entendido fue el fundamento de la ascética de San Juan Bosco. Cuanto podía en Domingo el amor de Dios queda magníficamente demostrado en el hecho que llena casi el capítulo, el hecho más heroico de su vida. Tiene razón Caviglia (103) al considerarlo como «un hecho tal vez único en la historia de la santidad juvenil».

Sobre este hecho aseguraba DB que había sabido los detalles de uno de los contendientes. Cinco testigos dan fe del dramático episodio en el proceso, pero sin nombrar a los actores, cuyos nombres, indudablemente, conocían; y, en cuanto al silencio atribuido al protagonista, encontramos una confirmación en el testimonio de Mons. Anfossi, quien asegura que conoció en seguida el hecho «porque lo sabía toda la clase», no porque lo dijera él, «que callaba cuantas obras buenas hacía».

Y volviendo al ejemplar cumplimiento de sus deberes, en el año de la cuarta gimnasial, el mismo Anfossi refiere las siguientes palabras que mucho tiempo después le dijo el conde Bosco de Ruffino, uno de los nobles con quienes alternaban en aquella escuela externa los humildes hijos de DB (SP 77): «Recuerdo todavía el sitio que ocupaba Savio en la clase y cuántas veces, volviendo a él los ojos, me sentía animado a cumplir con mis deberes y a prestar atención a las explicaciones del profesor.

* * *

He aquí una carta escrita desde el Oratorio, después de haber pasado unos días de vacaciones en su casa. Lleva la fecha del 6 de septiembre de 1855:

«Querido padre: Tengo una noticia muy interesante que comunicarle. Pero antes voy a hablarle de mi salud.

Gracias a Dios, hasta el presente me he encontrado perfectamente, y ahora también me encuentro en buena salud; espero que ocurra lo mismo con usted y con toda la familia.

Mis estudios van viento en popa, y DB está cada día más contento de mí.

La noticia es que, habiendo podido estar una hora a solas con DB (hasta la fecha no había llegado a estar más de diez minutos a solas con él), le hablé de muchas cosas, entre otras de una asociación para asegurarnos contra el cólera; él me dijo que estaba apenas empezando y que, de no ser por el frío a punto de llegar, constituiría un gran desastre. También yo me he inscrito, ya que los compromisos se reducen *únicamente a oraciones*.

Le hablé también de mi hermana, como usted me lo encargó, y me dijo que se la presente usted cuando él vaya a I Becchi para la fiesta del Rosario; así podrá hacerse cargo de su capacidad para los estudios y de sus cualidades, a fin de concertar con usted lo que convenga hacer.

Nada más, sino saludarle a usted y a toda la familia, y a mi maestro don Cugliero, y también a Andrés Robino y a mi amigo Domingo Savio de Ranello.

Un abrazo de su amantísimo hijo,

DOMINGO SAVIO»

* * *

Don Bonetti declaró (SP 467-469) que durante el curso 1856-1857 recibió el encargo de tomar las lecciones de diez condiscípulos suyos más jóvenes, entre ellos de Domingo. Este se adelantaba en darlas, cosa que hacía a la perfección, pero Bonetti no tomaba nota en seguida, sino que lo dejaba para más adelante y ponía la calificación a la buena. Domingo Savio se le quejó amablemente una vez en particular; lo hizo por el temor de que al conocer sus compañeros aquellas calificaciones menos buenas pudiesen tomar mal ejemplo.

CAPITULO X

Su resolución de ser santo

Dada ya una idea de los estudios de Domingo en el curso de latinidad, hablaremos de la grande resolución que tomó de hacerse santo.

Ya hacía seis meses que se hallaba en el Oratorio cuando se hizo una plática sobre lo fácil que es llegar a ser santo. El predicador se detuvo especialmente en desarrollar tres pensamientos que causaron profunda impresión en el ánimo de Domingo: a saber: «Es voluntad de Dios que todos seamos santos; es fácil conseguirlo; a los santos les está preparado un gran premio en el cielo».

Aquella plática fue para Domingo una *chispa que inflamó su corazón en amor de Dios*. Por algunos días no dijo nada, pero estaba *menos alegre* de lo que solía, de suerte que hubimos de notarlo sus compañeros y yo. Pensando que esto

proviniese de una nueva indisposición de salud, le pregunté si sufría algún malestar.

—Al contrario—me dijo—. *Lo que sufro es un gran bienestar.*

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que *siento como un deseo y una necesidad de hacerme santo.* Nunca me hubiera imaginado yo que uno pudiese llegar a ser santo con tanta facilidad; pero *ahora que he visto que uno puede ser santo también estando alegre, quiero absolutamente y tengo absoluta necesidad de ser santo.* Dígame, pues, cómo he de conducirme para dar comienzo a esta empresa.

Alabé su propósito, pero le exhorté a que no se turbara, porque en la turbación del ánimo no se conoce la voz del Señor; antes bien, que se requería *en primer lugar una constante y moderada alegría;* le exhorté a perseverar en el cumplimiento de sus *deberes de piedad y estudio,* y que jamás dejase de tomar parte en la *recreación con sus compañeros.*

Díjele un día que quería obsequiarle con un regalo que fuese de su agrado, mas que era mi voluntad que hiciese él mismo la elección.

— *El regalo que le pido*—interrumpió prontamente—*es que me haga santo.* Quiero darme todo al Señor, al Señor para siempre; siento verdadera necesidad de hacerme santo; *y, si no me hago santo, nada hago. Dios quiere que sea santo, y yo he de hacerme tal.*

En otra ocasión en que el director quería dar una muestra de especial afecto a los jóvenes de la casa, les concedió que pidieran, por medio de un papel, cualquier cosa que estuviese a su alcance. Ya puede el lector imaginar fácilmente las ridículas y extravagantes peticiones de unos y otros. Domingo, tomando un papel, escribió estas solas palabras:

—*Pido que usted salve mi alma y me haga santo.*

Un día estaba explicando la etimología de algunas palabras. El preguntó:

—*Domingo,* ¿qué significa?

Le contestaron:

Domingo quiere decir *del Señor.*

—Vea usted—añadió al punto—si tengo razón al decirle que me haga santo; hasta el nombre dice que yo soy del Señor; luego *yo debo y quiero ser santo, y no seré feliz mientras no lo sea.*

El deseo ardiente que mostraba de ser santo no provenía de que no llevase *una vida verdaderamente santa,* sino que de-

cía esto porque *quería hacer rigurosas penitencias y estar largas horas en oración,* lo que el director le tenía prohibido por no poderlo soportar su edad ni su salud, ni tampoco sus ocupaciones.

DB dedica un capítulo entero para hablar del efecto producido por una plática en el ánimo de Domingo Savio. La plática tuvo lugar seis meses después de su entrada en el Oratorio; fue, pues, entre marzo y abril de 1855.

De los tres puntos de plática, el primero y el tercero son doctrinales; en cambio, el segundo es enteramente de un DB que habla a los jóvenes. Y para quien conoce a DB es evidente que no podía faltar el toquecito de la alegría, el «servid al Señor en santa alegría», de que habla en el prefacio de *El joven cristiano.* Por lo demás, ya a ello alude el mismo Domingo cuando dice que ha comprendido que también es posible hacerse santo estando alegres. En este caso, la alegría de DB nada tiene que ver con la manga ancha; es una alegría que excluye la tristeza; aquella tristeza de la que se ha dicho que «un santo triste es un triste santo». La lección que se desprende del último párrafo esclarece bien la idea de DB, que excluía los medios rígidos y extenuantes y apelaba a los que eran «compatibles con su edad, su salud y sus ocupaciones». La ansiedad de Domingo nacía de que quería los primeros en lugar de los segundos.

Entretanto, con aquella idea en la cabeza, iba pensativo y se mantenía apartado. No era, sin embargo, melancolía; lo demostró en la segunda respuesta que dio a DB cuando le preguntó si sufría algún malestar: «Al contrario, respondió, sufro un bienestar». No se rió, no, DB, como tal vez lo hubiese hecho algún otro, que le hubiera dicho quizá que no se preocupara, sino que le exhortó de la única manera que podía hacerlo un santo, maestro de santidad.

La ocasión de que se habla hacia el fin del capítulo fue la fiesta de San Juan Bautista (24 junio 1855), en la que celebraba DB su fiesta onomástica, si bien su santo era propiamente por San Juan Evangelista.

CAPITULO XI

Su celo por la salvación de las almas

Lo primero que se le aconsejó para llegar a ser santo fue que trabajase en ganar almas para Dios, puesto que no hay cosa más santa en esta vida que cooperar con Dios a la salvación de las almas, por las cuales derramó Jesucristo hasta la última gota de su preciosísima sangre.

Conoció Domingo la importancia de este consejo, y más de una vez se le oyó decir:

—¡Cuán feliz sería si pudiese ganar para Dios a todos mis compañeros!

No dejaba entretanto pasar ocasión de dar buenos consejos y avisar a quien dijera o hiciera cosa contraria a la santa ley de Dios. Pero lo que le causaba grande horror y *acarreaba no poco daño a su salud* era la *blasfemia* y el oír pronunciar en vano el santo nombre de Dios. Si, pues, le ocurría oír por las calles de la ciudad o en cualquier otra parte tales palabras, lleno de pesar bajaba al punto la cabeza y con corazón devoto decía:

—¡Alabado sea Jesucristo!

Pasando un día por una de las plazas de la ciudad, viole un compañero quitarse el sombrero y pronunciar en voz baja algunas palabras.

—¿Qué haces?—le dijo—. ¿Qué estás diciendo?

—¿No has oído?—respondió Domingo—; aquel carretero acaba de pronunciar en vano el santo nombre de Dios. Iría a rogarle que no volviera a repetirlo si supiera que mi aviso iba a aprovecharle; pero como temo vaya a decir cosas peores, me he limitado a quitarme el sombrero y decir: ¡Alabado sea Jesucristo!; y esto lo hago con ánimo de reparar de alguna manera la injuria hecha al nombre santo de Dios.

Admiró el compañero la piedad y el valor de Domingo; y aun ahora cuenta este episodio para honra de su amigo y edificación de los compañeros.

Al volver de clase, oyó una vez a un hombre ya entrado en años proferir una horrible blasfemia. Domingo se estremeció, bendijo al Señor en su corazón e hizo luego lo que es verdaderamente digno de admiración. Muy comedido y respetuoso, acercóse al atrevido blasfemo y le preguntó si sabría indicarle dónde estaba el Oratorio de San Francisco de Sales. El otro, al ver aquel semblante angelical, depuso su furor y le contestó:

—Muchacho, siento mucho no saberlo.

—¡Ah! Y ya que no sabe esto, ¿no podría hacerme usted otro favor?

—¿Cómo no? De mil amores.

Domingo acercósele cuanto pudo al oído y, bajito para que los otros no le oyeran, le dijo:

—*Usted me hará un gran favor si cuando se enfada se abstiene de blasfemar contra el santo nombre de Dios.*

—¡Muy bien, chico!—respondióle aquel hombre, lleno de estupor y admiración—. Tienes mucha razón; es un vicio maldito que he de vencer a toda costa.

Sucedió que un día un niño de unos nueve años, habiéndose puesto a reñir con un compañero junto a la puerta de su casa, profirió en la pelea el adorable nombre de Jesucristo. Domingo, al oírle, si bien sintió en su corazón una justa indig-

nación, con todo, con ánimo sereno, se interpuso entre ellos y los apaciguó. En seguida dijo al que había pronunciado el santo nombre de Dios en vano:

—Ven conmigo y no te arrepentirás.

Vencido el muchacho por su gentileza, condescendió. Tomóle él de la mano, llevóle a la iglesia ante el altar y le hizo arrodillarse a su lado, diciéndole:

—Pide perdón al Señor de la ofensa que le has hecho nombrándolo en vano.

Y como el niño no supiese el acto de contrición, lo recitó juntamente con él, y luego añadió:

—Di conmigo estas palabras para reparar la injuria que has hecho a Jesucristo: «¡Alabado sea Jesucristo, y que su santo nombre sea siempre alabado!»

Leía con preferencia la vida de aquellos santos que habían trabajado especialmente por la salvación de las almas. Hablaba gustoso de los misioneros que trabajaban en lejanas tierras por la conversión de las almas, y, no pudiendo enviarles socorros materiales, dirigía al Señor abundantes plegarias cada día, y, al menos una vez a la semana, ofrecía por ellos la santa comunión.

Más de una vez le oí exclamar:

—¡Cuántas almas esperan en Inglaterra nuestros auxilios! ¡Oh! *Si tuviera fuerzas y virtud, quisiera ir ahora mismo y con sermones y buen ejemplo convertirlas a todas a Dios.*

Quejábase a menudo consigo mismo, y también hablando con sus compañeros, de que muchos tengan poco celo por instruir a los niños en las verdades de la fe.

—Apenas sea clérigo—decía—quiero ir a Mondonio para reunir a todos los niños bajo un cobertizo y darles catecismo, contarles muchos ejemplos edificantes y hacerlos santos. ¡Cuántos pobres niños se condenan tal vez eternamente porque no hay quien los instruya en la fe!

Lo que decía con palabras, confirmábalo con hechos, pues, según lo permitía su edad e instrucción, enseñaba con placer el catecismo en la iglesia del Oratorio, y si alguno lo necesitaba, le daba clase y catecismo a cualquier hora del día y en cualquier día de la semana, con el único objeto de platicar de cosas espirituales y hacerle conocer cuánto importa la salvación del alma.

Un día quería un compañero indiscreto interrumpirle mientras narraba a otros un ejemplo edificante durante el recreo.

—¿Qué te importa esto a ti?—le dijo a Domingo.

—¿Qué me importa?—respondió—; *me importa, porque*

el alma de mis compañeros ha sido redimida con la sangre de Jesucristo; me importa, *porque somos todos hermanos,* y como tales debemos recíprocamente amar nuestras almas; me importa, *porque Dios recomienda que nos ayudemos unos a otros a salvarnos;* me importa, *porque si llego a salvar un alma, aseguro la salvación de la mía.*

Ni tampoco se entibiaba esta solicitud por la salvación de las almas durante las vacaciones que iba a pasar con su familia. Cualquier estampa, medalla, crucifijo, librito u otro objeto que hubiese ganado en la clase o en el catecismo, guardábalo cuidadosamente para el tiempo de vacaciones; y algunos días antes de salir del Oratorio solía pedir a los superiores que le diesen algunos de esos objetos para entretener alegremente, como él decía, a sus amigos de juego.

No bien llegaba a su aldea, veíase rodeado de muchachos de su edad, más pequeños, e incluso mayores, que *encontraban un verdadero placer en entretenerse con él.* Y distribuyéndoles luego sus regalitos en el momento oportuno, excitábalos a estar atentos a las preguntas que les hacía, ora sobre catecismo, ora sobre sus propios deberes; y así, con tan buenos modos, conseguía llevar a muchos al catecismo, al rosario y a otras prácticas de piedad.

Se me asegura que empleó no poco tiempo en instruir a un compañero.

—Si aprendes—decíalo—a hacer bien la señal de la cruz, te regalaré esta medalla, y luego te recomendaré a un sacerdote para que te dé un libro estupendo. Pero quisiera que la hicieras bien, y que mientras dices las palabras, llevaras la mano derecha desde la frente hasta el pecho, y desde el hombro izquierdo al derecho, y terminaras juntando bien las manos, diciendo: Amén.

Deseaba ardientemente que esta señal de nuestra redención se hiciera bien; él mismo hacíala muchas veces en presencia de sus amigos e invitábalos a que hicieran lo mismo. A más de la exactitud en el cumplimiento de sus más menudos deberes, encargábase del cuidado de dos hermanitos suyos, a quienes enseñaba a leer, escribir y estudiar el catecismo, rezando con ellos las oraciones de la mañana y de la noche. Llevábalos a la iglesia, les daba agua bendita y enseñábales la manera de hacer bien la señal de la cruz. El tiempo que hubiera podido pasar divirtiéndose libremente, lo pasaba contando ejemplos edificantes a sus familiares y a cuantos amigos le querían escuchar. También en su aldea solía visitar todos los días al Stmo. Sacramento, y era para él una verdadera ganancia inducir a algún compañero

a que le acompañase. Por lo que bien puede decirse que *no se le ofrecía ocasión alguna de hacer una buena obra o de dar un buen consejo que tendiese al bien de las almas, que él no la supiera aprovechar.*

Los testigos de los dos procesos fueron 28, a saber: 10 en el ordinario y 18 en el apostólico. Pues bien, en todos sus testimonios, predomina una nota: la del apostolado. Se puede leer el discurso de Pío XI, de 9 de julio de 1933, y ver cómo el avisado pontífice valoraba esta característica de Domingo Savio, que fue al mismo tiempo insigne distintivo de su maestro. El *da mihi animas, caetera tolle* nos indica un elemento esencialísimo de la espiritualidad del santo, que sería vivido intensamente por su alumno.

El ardor apostólico que, según DB, suscitaba el celo de Savio para dar catecismo a sus hermanitos y a los niños de Mondonio durante los breves períodos de vacaciones, también le llevaba, según los testigos, a colaborar en el Oratorio festivo. El testimonio más completo sobre este punto se debe al sacerdote José Melica, compañero suyo en el Oratorio desde septiembre de 1856 (SP 124): «Ordinariamente impartían el catecismo en el Oratorio, los domingos, sacerdotes del colegio eclesiástico de don Cafasso y jóvenes distinguidos de la ciudad. Domingo Savio, cuando su salud se lo permitía, les suplía. Y como casi siempre faltaba alguno de los habituales, de buena gana los sustituía, y, al hacerlo, era tan amable y bondadoso con los jóvenes externos de la ciudad, que todos lo querían por catequista».

En aquellos cuatro «me importa» de este capítulo se ven vibrar los sentimientos que animaban al santo joven en el apostolado que le inspiró DB: la gloria de Dios, los intereses de Jesús, el celo por la salvación de las almas y la ansiedad por la salvación propia. Un cuádruple impulso inicial, que en él se fue poco a poco afirmando y desarrollando.

Don Rúa se expresa así (SP 111): «Era verdaderamente admirable que en un jovencito de su edad reinara tanto celo por la gloria de Dios, hasta el punto de sentir horror y aun sufrir físicamente cuando oía blasfemar o veía de cualquier otro modo ofender la majestad de Dios».

Y aquí es oportuno contar lo que de sí mismo refiere el testigo Roda, el cual murió en Racconigi a la edad de noventa y seis años, y narraba con frecuencia un caso que la sucedió. Entrado en el Oratorio en 1854, DB le señaló como ángel custodio a Domingo Savio para que lo guiara en los primeros días y le aconsejara lo que tenía que hacer. Dejémosle a él la palabra (SP 55 y 220): «En los primeros días de mi permanencia en el Oratorio, mientras jugaba con Domingo a las bochas, me dejé vencer por la triste costumbre de blasfemar, que había contraído al vivir abandonado, sin instrucción ni educación. Apenas Domingo oyó las blasfemias, suspendió el juego, dejó escapar una palabra de doloroso estupor y, acercándose a mí, con las frases más caritativas, me aconsejó fuera en seguida a DB para confesarme. Inmediatamente lo hice. Y esta advertencia fue para mí tan saludable, que desde aquel día no volví a caer en semejante falta». Roda tenía entonces trece años. A sus setenta y cuatro fue uno de los testigos oculares del proceso apostólico. Siempre se glorió de haber sido alumno de DB.

CAPITULO XII

Varios episodios. Buenos modales en el trato con sus compañeros

El pensamiento de ganar almas para Dios lo acompañaba en todas partes. En los tiempos libres era el alma del juego, siendo de notar que, en cuanto decía o hacía, miraba constantemente el progreso moral suyo o el de su prójimo. Siempre tenía presente aquel principio de urbanidad de no interrumpir a los demás cuando están hablando; pero si los compañeros callaban, hacía recaer la conversación sobre materias de clase, como historia, aritmética, etc., y tenía a mano mil cuentecillos que hacían agradable su compañía. Si oía murmurar a alguno, luego le interrumpía con un chiste, o bien con un cuento o cosa parecida, para mover a risa y desviar así la conversación de la murmuración e impedir la ofensa de Dios entre sus compañeros.

Su semblante alegre y su temperamento vivaz le hacían querido de sus compañeros, aun de los menos amantes de la piedad; de modo que *todos gozaban departiendo con él* y aceptaban de buena gana los avisos que de vez en cuando les daba.

Un día deseaba un compañero suyo disfrazarse, y a él no le parecía bien.

—¿Te gustaría—le dijo Domingo—ser realmente como quieres aparentar, con dos cuernos en la frente, un palmo de narices y vestido encima de arlequín?

—Jamás—repitió el otro.

—Pues entonces—añadió Domingo—, si no quieres tener estas trazas, ¿por qué quieres parecer tal y afear el buen porte que Dios te ha dado?

En cierta ocasión sucedió que un hombre, en tiempo de recreo, se introdujo entre algunos jóvenes que estaban jugando y, dirigiéndose a uno de ellos, púsose a hablar en alta voz, de suerte que todos los circunstantes podían oírle; y para atraer a los demás comenzó a contar bufonadas e historietas a propósito para mover a risa. Los muchachos, movidos de la curiosidad, en breve se apiñaron a su alrededor, escuchando con avidez sus simplezas; pero, no bien se vio así rodeado, hizo caer la conversación sobre materia de religión, y comenzó a vomitar barbaridades que horrorizaban, burlándose de las cosas más santas y diciendo infamias de todas las personas eclesiásticas,

Algunos de los presentes, no pudiendo aguantar tanta impiedad y no osando refutarle, se contentaron con retirarse, en tanto que un buen número de incautos continuaba escuchándole. Llegó casualmente Domingo, y, luego que conoció de qué se trataba, venciendo todo respeto humano, dijo a sus compañeros:

—Amigos, *dejemos solo a ese desgraciado, que intenta robar nuestras almas.*

Los jóvenes, obedeciendo a la voz de tan amable y virtuoso compañero, se apartaron al punto de aquel emisario del demonio, que, al verse de tal manera abandonado de todos, se marchó para no volver.

En otra ocasión, varios jóvenes se habían propuesto ir a nadar. Esto en todas partes resulta peligroso, pero particularmente en los alrededores de Turín, en donde, a más del riesgo que corre la moralidad, encuéntranse aguas muy profundas e impetuosas, donde los jóvenes a menudo son víctimas de su afición a nadar. Lo supo Domingo, y procuró entretenerlos contándoles alguna novedad; mas cuando los vio absolutamente decididos, díjoles con resolución:

—No, yo no quiero que vayáis.

—Si no hacemos mal alguno.

—Desobedecéis a vuestros superiores y os ponéis en peligro de dar o recibir escándalo y de ahogaros; ¿y esto no es malo?

—Pero tenemos tanto calor que no podemos soportarlo.

—Si no podéis soportar el calor de este mundo, ¿podréis después sufrir el terrible calor del infierno que os vais a merecer?

Movidos por estas razones, cambiaron de intento, pusiéronse a jugar con él y, llegada la hora, fueron a la iglesia para asistir a las sagradas funciones.

Algunos jóvenes del Oratorio fundaron una asociación para preocuparse de la mejora espiritual de los compañeros díscolos. Domingo, que formaba parte de ella, era de los más celosos. Si tenía dulces, frutas, crucecitas, medallas, estampas o cosas semejantes, guardábalas para este objeto.

—¿Quién la quiere? ¿Quién la quiere?—decía en alta voz.

—Yo, yo—gritaban corriendo a su alrededor.

—Despacio, despacio—les decía—; la daré al que sepa responder mejor a una pregunta de catecismo.

Entonces preguntaba sólo a los más trastos, y no bien contestaban a algo, les hacía el regalo.

A otros los ganaba con diversos recursos; los invitaba a pasear, entraba en conversación con ellos y, si llegaba el caso,

tomaba parte en sus juegos. Se le vio en alguna ocasión con un grueso bastón en los hombros, cual otro Hércules con la clava, jugar a la rana y mostrarse entregado en cuerpo y alma a aquel juego. Pero de pronto suspendía la partida y decía al compañero:

—¿Quieres que el sábado vayamos a confesarnos?

El otro, que veía lejano el plazo, deseoso de continuar el juego, y también por darle gusto, le respondía que sí. A Domingo le bastaba esto, y continuaba jugando. Pero ya no le perdía de vista, y todos los días, bien por un motivo, bien por otro, le recordaba aquel sí, e íbale entre tanto insinuando el modo de confesarse bien. Llegado el sábado, cual cazador que ha hecho buena presa, acompañábale a la iglesia, confesábase él primero, y las más de las veces prevenía al confesor, y luego ayudaba al compañero en la acción de gracias.

Estos hechos se repetían con frecuencia y eran para él de grandísimo consuelo y de gran provecho para sus compañeros; pues sucedía, no raras veces, que *alguno que no había sacado ningún fruto del sermón oído en la iglesia, rendíase después a las piadosas insinuaciones de Domingo.*

Acontecía a veces que alguno le engañaba con buenas palabras toda la semana y, llegado el sábado, no se dejaba ver al tiempo de confesarse; pero Domingo, así que le veía de nuevo, decíale en son de chanza:

—¡Vaya pillo, buena me la hiciste!

—Pero, hombre—le respondía el otro—. Si no estaba preparado, no me sentía...

—Sí, infeliz—añadía Domingo—; has cedido al demonio que te vio muy bien dispuesto; ahora tú te encuentras mucho menos dispuesto y hasta te veo de mal humor. ¡Ea!, vamos, haz la prueba; trata de confesarte; haz un esfuerzo, confiésate bien, y ya verás la alegría que sentirás en el corazón.

Por lo regular, el que decidía confesarse volvía en seguida a Domingo con el corazón rebosando de contento.

—Es verdad—decíale—; ¡estoy contento de veras! De hoy en adelante me confesaré más a menudo.

Entre jóvenes suele ocurrirle a alguno que queda como marginado por sus compañeros, ya por rudo o ignorante, ya por tímido o por estar apesadumbrado a causa de algún disgusto. Chicos así suelen sufrir el peso del abandono cuando más necesidad tienen del consuelo de un amigo.

Esos eran los amigos de Domingo. Acercábase a ellos, alegrábalos con interesantes conversaciones, les daba buenos consejos, y más de una vez sucedió que algunos que estaban deci-

didos a entregarse al desorden mejoraron animados por las caritativas palabras del amigo.

Por esta razón, todos los que se encontraban indispuestos de salud *querían a Domingo por enfermero,* y los que se hallaban apesadumbrados y se sentían acongojados exponíanle sus cuitas. De este modo tenía siempre abierto el camino para *ejercitar la caridad con el prójimo y acrecentar sus méritos delante de Dios.*

Francisco Cerruti, que llegó a ser del Consejo Superior Salesiano, entró en el Oratorio el 8 de noviembre de 1856, y pronto experimentó la afabilidad de Domingo. De ello hizo en el proceso (SP 18) detallada narración. Recién llegado, sentíase como perdido, pensando continuamente en su madre. Un día, mientras durante el recreo hallábase pensativo apoyado en una columna del pórtico, acercósele un compañero de rostro sereno, que con dulces maneras le dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Francisco Cerruti—respondió.

—¿De dónde eres?

—De Saluggia.

—¿A qué clase vas?

—A la segunda de gramática.

—Entonces ya sabes latín... ¿Sabes de dónde viene la palabra *sonámbulo...?* Viene de *somno ambulare* (caminar durante el sueño).

—¿Pero quién eres tú que así me hablas?—preguntó fijando en su rostro la mirada.

—Soy Domingo Savio.

—¿A qué clase vas?

—A la de humanidades... Vamos a ser amigos, ¿verdad?

—Seguramente—fue la respuesta.

El testigo, referido el gracioso dialoguito, terminó así su declaración: «Desde aquel momento tuve ocasión de encontrarme muchas veces con él, aun en circunstancias íntimas, en las cuales ya desde entonces me formé un concepto de que era un santo joven».

También don Rúa hace mención de una animosa intervención del jovencito para alejar a sus compañeros de un hombre sin pudor que, penetrando en el patio y cautivando la atención de los muchachos, comenzó a despotricar contra la religión y contra los sacerdotes (SP 46). No hace falta suponer que se trate del mismo caso contado por DB, porque incidentes análogos los había de cuando en cuando; y así, don Francesia pudo atestiguar (SP 183): «Oí decir a DB que Domingo era el 'fiel guardián del Oratorio', porque con su vigilancia impedía que fraudulentamente se introdujeran entre los jóvenes personas extrañas para difundir la impiedad. Recuerdo que en aquellos tiempos, más de una vez, encontré emisarios de los protestantes, venidos expresamente al Oratorio para sembrar sus errores; uno de los más solícitos para impedirlo era el jovencito Domingo Savio». Esas intrusiones de extraños eran posibles, porque entonces el patio se diferenciaba poco de una plaza abierta. El Oratorio se encontraba casi en medio del campo.

El mismo don Francesia refiere otro hecho de singular valor que Domingo no dudó en realizar con el mismo DB para alejar el mal del Oratorio. Dice así (SP 158): «Un día me encontré al azar cerca de DB, que estaba hablando con el jovencito Domingo Savio; y no pude menos

de maravillarme al ver que éste, a quien tenía por tímido, hablaba con los brazos en jarra, diciendo con un semblante muy serio:

—Estas cosas no se deben tolerar en el Oratorio.

Y como DB le respondiera:

—Mira, veremos; ten paciencia.

El replicaba, insistiendo:

—Es un escándalo y no se puede tolerar.

Era la primera vez que veía a aquel jovencito hablar a DB casi con aire de autoridad. Y lo hacía con una persuasión tal, que era forzoso excluir que hubiera ficción ni otro motivo humano. Se trataba de un caso realmente delicado». Razón tenía don Francesia para maravillarse también al no ver aquella vez en Domingo la habitual jovialidad alabada por DB, que veía en él un poderoso auxiliar en su apostolado.

CAPITULO XIII

Su espíritu de oración. Devoción a la Virgen. El mes de María

Dios le había enriquecido, entre otros dones, con el de un *gran fervor en la oración.*

Estaba su espíritu tan *habituado a conversar con Dios* en todas partes, que, aun en medio de las más clamorosas algazaras, recogía su pensamiento y con piadosos afectos elevaba el corazón a Dios.

Cuando rezaba con los demás, parecía verdaderamente un ángel: inmóvil y bien compuesto, de rodillas, sin apoyarse en ninguna parte, con suave sonrisa en el rostro, la cabeza levemente inclinada y los ojos bajos, se le hubiera podido tomar por *otro San Luis.*

Bastaba verle para quedar edificado. El año 1854, el conde Cays fue elegido prior de la compañía de San Luis, establecida en el Oratorio. La primera vez que tomó parte en nuestras funciones vio a un jovencito que oraba en una compostura tan devota, que se sintió profundamente maravillado. Terminadas las sagradas funciones, quiso informarse y saber quién era el niño que había llamado su atención; se trataba de Domingo Savio.

Dividía casi siempre su recreo en dos partes, una de las cuales la empleaba en lecturas piadosas o en alguna oración que hacía en la iglesia con otros compañeros en sufragio de las almas del purgatorio o en honor de la Virgen.

Su devoción a la Madre de Dios era sencillamente extraordinaria. Cada día hacía una mortificación en su honor. Jamás fijaba sus ojos en personas de otro sexo; mientras iba a la es-

cuela, no solía levantar la vista. Pasaba a veces cerca de espectáculos públicos; los compañeros los devoraban con tal avidez, que ni sabían dónde estaban; preguntado Domingo si le habían gustado, contestaba que no había visto nada; por ello, un compañero enfadado le riñó diciéndole:

—Pues ¿para qué tienes los ojos, si no te sirven para mirar estas cosas?

—Quiero que me sirvan para contemplar el rostro de nuestra celestial Madre cuando, con la gracia de Dios, sea digno de ir a verla en el paraíso.

Tenía especial devoción al Corazón Inmaculado de María. Todas las veces que entraba en la iglesia iba ante su altar para pedirle que le alcanzara la gracia de guardar el corazón libre de todo afecto impuro.

—*María*—decíale—, *quiero ser siempre vuestro hijo;* haced que muera antes de cometer un pecado contrario a la virtud de la modestia.

Todos los viernes escogía un recreo para irse con algunos compañeros a rezar a la iglesia la corona de los siete dolores de María o las letanías de la Virgen de los Dolores.

No sólo era devoto de María Stma., sino que se alegraba mucho cuando podía conducir a sus condiscípulos a obsequiarla con piadosos ejercicios.

Cierto sábado invitó a un compañero para que fuera con él a rezar las vísperas de la Stma. Virgen, y como éste accediese de mala gana, diciendo que tenía frío en las manos, Domingo se sacó al punto los guantes, se los dio, y así fueron ambos a la iglesia.

Otro día de gran frío sacóse la capa que llevaba puesta a fin de prestársela a otro para que fuese contento a rezar con él en la iglesia. ¡Quién podrá dejar de admirar tan generosa piedad!

En ningún tiempo era Domingo Savio más fervoroso en su devoción a nuestra celestial Protectora como durante el mes de mayo. Se unía entonces con otros discípulos para cumplir cada día del mes alguna devoción particular, además de lo que se hacía públicamente en la iglesia. Preparó una serie de ejemplos edificantes que poco a poco fue narrando con mucho gusto para animar a otros a ser devotos de la Virgen. Hablaba de ella a menudo en tiempo de recreo, y exhortaba a todos a confesarse, a frecuentar la santa comunión, principalmente en aquel mes, y daba ejemplo él mismo, acercándose *todos los días a la mesa eucarística con tal recogimiento, que mayor no se podía desear.*

Un curioso episodio dará a conocer la ternura de su corazón en su devoción a la Virgen. Los alumnos de su dormitorio de-

cidieron hacer a sus propias expensas un hermoso altarcito que había de servir para solemnizar la clausura del mes de María. Domingo era todo actividad en esta obra, pero, cuando fueron después a recolectar la pequeña cuota con que cada uno debía contribuir, exclamó:

—¡Pues sí que estoy arreglado! Para estas cosas hace falta dinero, y yo no tengo ni un céntimo en el bolsillo. Y, no obstante, quiero contribuir con algo.

Fue, tomó un libro que le habían dado de premio y, después de pedir permiso al superior, volvió contento y dijo:

—Amigos, ya puedo concurrir también yo a honrar a la Virgen; ahí está ese libro. Sacad de él lo que podáis. Esa es mi contribución.

Al ver aquel acto tan espontáneo y generoso, los compañeros se conmovieron, y también ellos quisieron aportar libros y otros objetos. De esta manera resultó una pequeña tómbola cuyo producto fue más que suficiente para cubrir los gastos del altar.

Terminado éste, los chicos deseaban celebrar el acontecimiento lo mejor posible. Cada cual andaba muy solícito en los preparativos; mas como no pudiesen acabar para el tiempo fijado, fue menester trabajar durante la noche.

—Yo—dijo Domingo—pasaré gustoso toda la noche trabajando.

Pero sus condiscípulos le convencieron de que se acostase, pues que estaba convaleciente de una enfermedad, y como él se resistiese, al final tuvo que ir porque se lo mandaron.

—Al menos—dijo a uno de sus compañeros—venme a despertar en cuanto terminéis, para que pueda ser de los primeros en contemplarlo.

Las dos principales devociones del Oratorio eran en honor de Jesús Sacramentado y de María Inmaculada. De ellas habla DB en el capítulo 13 y 14, previas unas palabras sobre el don de oración concedido por Dios a Domingo Savio.

He aquí el testimonio del Card. Cagliero (SP 129): «El espíritu de fe y de unión con Dios era en él habitual, de manera que su vida era totalmente de fe viva, de certidumbre y sin la menor duda en su corazón sencillo y pleno de Dios. Cuanto hacía estaba acompañado de gran fe y de sentimientos divinos y sobrenaturales que le impulsaban y alentaban con admiración de cuantos éramos sus compañeros, maestros y asistentes o disfrutábamos de su conversación. No vivía más que de Dios, con Dios y para Dios».

Observa acertadamente Caviglia (275): «El alma de Savio es un caso de alma orientada desde los primeros momentos a la conciencia y plenitud de Dios. Las palabras de Cagliero y de DB nos hacen ver un alma unida a Dios en oración continua, atraída a él por una especie

de gravitación que deriva del amor y del continuo ejercicio de la presencia de Dios».

El cuadro que él nos traza de Domingo en oración nos lo presenta como una figura angelical, imagen que se repite con frecuencia en las declaraciones de los testigos. Bien lo había notado mamá Margarita, la cual dijo un día a su hijo: «Muchos jóvenes buenos tienes, mas ninguno supera a Domingo Savio». Y preguntada por qué, respondió: «Está en la iglesia como un ángel en el cielo» (MB 5,207).

Los testigos que lo vieron rezar no aciertan a expresarse de otra manera. Don José Melica (SP 123): «Yo mismo vi muchísimas veces estar completamente recogido en oración con tal y tanto fervor, que ni aún se daba cuenta de mi presencia cuando yo, como sacristán mayor, cumplía deberes de mi incumbencia». Don Cerruti (SP 126): «Lo he visto yo rezar ante el altar de la Virgen con aspecto de serafín». El Cardenal Cagliero (SP 132): «¡Cuántas veces le vi entrar en la iglesia y de cuánta edificación era para sus compañeros que, arrastrados por su ejemplo, se componían ellos también rezando con el mayor recogimiento y fervor! Se sentían al lado más que de un ángel, de un serafín de amor». Y da hasta seis nombres de compañeros de entonces que como él admiraban el ardor seráfico de Domingo en oración (SP 195).

De su devoción a la Madre de Dios habló ya DB (c.8) y hablará todavía (c.17). Domingo iba a rezar ante el altar de la Virgen que había en la iglesia de S. F. Sales, donde se recogía la comunidad para sus prácticas de piedad. Las oraciones especiales que dirigía a la Virgen eran las que DB había reunido en su *Joven cristiano:* rosario, letanías de la Dolorosa, los siete dolores, la corona al Sagrado Corazón de María y los siete gozos.

Testifica don Bongiovanni (SP 454): «Muy a menudo solía él, hablando con sus compañeros, llamar a la Stma. Virgen con el dulce nombre de Madre, y mostraba en su rostro, ora una viva alegría, ora un misterioso semblante; siempre un fervoroso interés, como de ser que ciertamente debía tener con él estrechísima relación e intimidad. De todo lo cual yo fui muchísimas veces testigo ocular». El mismo asegura que alguna vez se colocaba en lugar donde no pudiera ser visto, y desde allí lo contemplaba a su sabor cuando rezaba ante un cuadro de la Dolorosa que había en un altarcito en el dormitorio, «porque, comentaba, sentía en mi corazón un contento inexplicable».

Su maestro don Francesia asegura que era «voz común en el Oratorio que el promotor principal de la devoción que reinaba en los jóvenes de la casa por los años 1855 y 1856 era Domingo Savio, y ello era fruto de su gran celo en propagar la devoción a la Virgen» (SP 159).

CAPITULO XIV

Confesión y comunión frecuentes

Está probado por la experiencia que *el mejor apoyo de la juventud lo constituyen los sacramentos de la confesión y la comunión.* Dadme un chico que se acerque con frecuencia a estos sacramentos y lo veréis crecer en su juventud, llegar a la

edad madura y alcanzar, si Dios quiere, la más avanzada ancianidad con una conducta que servirá de ejemplo a cuantos le conozcan.

Persuádanse los jóvenes de esto para ponerlo en práctica; compréndanlo cuantos trabajan en la educación de la juventud, para que lo puedan aconsejar.

Antes de su venida al Oratorio, Domingo se acercaba a estos sacramentos una vez al mes, como se acostumbraba en las escuelas. Más tarde aumentó la frecuencia; pero como yo un día predicara esta máxima: «Si queréis, queridos jóvenes, perseverar en el camino del cielo, os aconsejo tres cosas: acercaos a menudo al sacramento de la confesión, frecuentad la santa comunión *y elegíos un confesor a quien abráis enteramente el corazón y no lo cambiéis sin necesidad*», Domingo acabó de comprender la importancia de estos consejos.

Comenzó por elegir un confesor fijo, con el cual se confesó regularmente todo el tiempo que anduvo entre nosotros; y para que pudiese su confesor formarse un juicio cabal de su conciencia, quiso, según dijimos, hacer con él la confesión general. Comenzó a confesarse de quince en quince días, después cada ocho, y a comulgar con la misma frecuencia. Como viera el confesor el gran provecho que sacaba de las cosas espirituales, aconsejóle comulgar tres veces por semana, y, al cabo del año, le permitió hacerlo diariamente.

Fue por algún tiempo dominado por los escrúpulos, razón por la cual buscaba confesarse cada cuatro días, y aún más a menudo; pero su director espiritual se lo prohibió y, por obediencia, le impuso la confesión semanal.

Tenía Domingo con él no sólo una confianza ilimitada, sino que con la mayor sencillez trataba con él de cosas de conciencia también fuera de confesión. Alguien le aconsejó que cambiara alguna vez de confesor, pero él no quiso hacerlo nunca.

«El confesor—decía—es como el médico del alma, y no se puede cambiar de médico sino por falta de confianza en sus cuidados o porque el caso es desesperado; yo no me encuentro en esas condiciones. Tengo la más completa confianza en mi confesor, el cual, con paternal bondad y solicitud, cuida del bien de mi alma; no encuentro mal alguno en mí que él no pueda curar».

Sin embargo, aconsejóle su director mismo que cambiase alguna vez, principalmente con ocasión de los ejercicios espirituales; entonces obedecía prontamente sin oponer la menor dificultad.

Domingo se sentía realmente feliz.

—Si tengo en mi corazón alguna pena—comentaba—, voy a mi confesor, y él me aconseja según la voluntad de Dios, puesto que Jesucristo mismo dijo que la voz del confesor es para nosotros la voz de Dios. Y si deseo algo especial, voy y recibo la comunión, en que se nos da el cuerpo que fue entregado por nosotros; es decir, aquel cuerpo mismo, aquella sangre, aquella alma, aquella divinidad que Jesucristo ofreció por nosotros en la cruz al Eterno Padre. *¿Qué me falta, pues, para ser feliz? Nada de este mundo. Sólo me resta gozar sin velos en el cielo de aquel mismo Dios que ahora, con los ojos de la fe, contemplo y adoro en el sacramento.*

Con tales pensamientos pasaban verdaderamente felices los días para Domingo. *De aquí provenía aquella alegría y aquel gozo celestial que se transparentaban en todas sus acciones.* No se crea que no comprendía la importancia de lo que hacía y que no tenía un estilo de vida cristiana cual conviene a quien desea comulgar frecuentemente, pues *su comportamiento era irreprensible.* Invité a sus compañeros a que me dijesen si en los tres años que estuvo entre nosotros habían notado en él algún defecto que corregir o alguna virtud que sugerirle, y todos, unánimes, *aseguraron no haber visto en él cosa que mereciese corrección ni virtud que no poseyera.*

El modo como se preparaba para recibir la santa comunión era fervoroso y edificante. La noche precedente rezaba antes de acostarse una oración con este fin y concluía siempre así: «Sea alabado y reverenciado en todo momento el santísimo y divinísimo Sacramento».

A la mañana siguiente, antes de comulgar, hacía la conveniente preparación, y después *su acción de gracias era inacabable.* Las más de las veces, si no le llamaban, se olvidaba del desayuno, del recreo y hasta en alguna ocasión de la clase, *quedándose en oración o, mejor dicho, en contemplación de la bondad divina,* que de modo tan inefable comunica a los hombres los tesoros infinitos de su misericordia. Era para él una verdadera dicha poder pasar una hora ante el sagrario. Iba a visitarlo invariablemente una vez al día por lo menos, e invitaba a otros a que le acompañasen. Su oración predilecta la constituía la corona al sagrado Corazón de Jesús en reparación de las injurias que recibe de los herejes, infieles y malos cristianos.

Para sacar de sus comuniones mayor fruto y para tener al mismo tiempo un nuevo estímulo para hacerlas cada día con mayor fervor, habíase fijado un fin particular para cada uno de ellos.

He aquí cómo distribuía sus comuniones a lo largo de la semana:

«El domingo, en honor de la Stma. Trinidad.

El lunes, por mis bienhechores espirituales y temporales.

El martes, en honor de Santo Domingo y mi ángel custodio.

El miércoles, en honor de la Virgen Dolorosa y por la conversión de los pecadores.

El jueves, en sufragio de las almas del purgatorio.

El viernes, en memoria de la pasión de nuestro Señor Jesucristo.

El sábado, en honor de la Virgen, para obtener su protección en vida y en punto de muerte».

Tomaba parte con transportes de alegría en todos los ejercicios en honor del Stmo. Sacramento. Si le acontecía encontrarse con el viático cuando era llevado a los enfermos, luego se arrodillaba en cualquier parte, y si el tiempo se lo permitía, lo acompañaba hasta que volvía a la iglesia. Un día que pasaba junto a él, mientras llovía y estaban las calles enlodadas, no habiendo mejor lugar, púsose de rodillas sobre el barro. Reprochóselo después un compañero, diciéndole que no había por qué manchar de aquel modo la ropa, y que el Señor no exigía tal cosa. El se limitó a responder:

—*Lo mismo las rodillas que los pantalones son del Señor; todo ha de servirle para darle honra y gloria.* Cuando Jesús pasa cerca de mí, no sólo me arrojaría en el barro para honrarle, sino que también *me precipitaría en un horno* para participar de ese modo de aquel fuego de caridad infinita que le llevó a instituir tan gran sacramento.

En una ocasión vio a un militar de pie en el momento mismo en que pasaba cerca de él el santo viático. No atreviéndose a invitarle a arrodillarse, sacó del bolsillo un pañuelito blanco, lo extendió en el suelo y, con una seña, le invitó a que se sirviera de él. Al principio el militar se mostró confuso y, dejando después a un lado el pañuelo, se arrodilló en medio de la calle.

En una fiesta del Corpus lo enviaron a la procesión de la parroquia vestido de monaguillo. Fue aquello para él un precioso regalo; el mayor que le podían hacer.

En este capítulo se nos delinea la vida sacramental de Domingo Savio, la cual constituye la base de la obra formativa y educativa de la pedagogía de DB.

Causanos hoy cierta maravilla que a un santito como Domingo Savio le dosifica DB la frecuencia de la comunión de la manera descrita.

Caviglia intenta una explicación, diciendo que DB quería que su santo llegase a la comunión diaria con una perfección consciente y querida, como fabricada por sus propias manos, y el punto de llegada tenía que coincidir con el punto más alto de su pureza interior (353). El mismo autor define tal conducta como «sabiduría educadora en la pedagogía del espíritu». Vale la pena pensar en esto, tanto más que nos consta que igual método siguió don Bosco también con otros jóvenes buenísimos del Oratorio, a pesar de que era defensor de la comunión frecuente y diaria.

Del fervor eucarístico de Domingo volverá el santo biógrafo a hacer seguidamente mención. En este capítulo ha querido sobre todo destacar su preparación para comulgar y su acción de gracias «ilimitada». Dice don Francesia (SP 120): «Yo lo tengo presente en mi pensamiento y recuerdo la compostura que solía guardar después de la santa comunión, y me causaba maravilla su actitud inmóvil, aun cuando el banco fuera incómodo, y esto por largo tiempo». El Card. Cagliero (SP 133): «Su exterior recogido, devoto y pío, era superior a su edad y comparable al que tienen las almas adelantadas y privilegiadas en devoción. Su aspecto era semejante a un angelito en su preparación y acción de gracias». Y don Rúa, siempre tan mesurado en la expresión de su pensamiento, juzga en general su piedad eucarística «prodigiosa para su edad».

Dedicaba la comunión de los martes a su ángel custodio, hacia el cual alimentaba desde pequeño una especial devoción que después aumentaría en el Oratorio, donde DB la promovía entre los jóvenes.

Su hermana Teresa testifica (SP 267s): «Mi hermana Ramona me contaba que, cuando era pequeñita, cayó en una balsa con peligro de ahogarse. Mi hermano se lanzó y la puso a salvo. Preguntado por alguno de los presentes cómo se las había arreglado para salvarla siendo menos corpulento que ella, respondió: 'No lo conseguí con solas mis fuerzas, sino que mientras con un brazo alcanzaba a mi hermana, con el otro era ayudado por el Angel Custodio'».

Cuando tenía pocos años rogaba insistentemente a su padre que le llevara a las fiestas de un pueblo vecino. Sucedió lo previsto: a la vuelta casi no podía andar de puro cansado. En aquellos momentos apareció un robusto joven que, dirigiéndole palabras de ánimo, se lo puso en brazos y lo llevó hasta casa. En cuanto lo dejó de pie, se esfumó sin darse a conocer. El padre quedó en la convicción de que había sido un enviado de Dios, como en otro tiempo lo fue el arcángel Rafael. Y así lo refería en los últimos años, que los pasó en el Oratorio, después del fallecimiento de su esposa y haber dado estado a sus hijos.

Otro rasgo de fervor referido por Juan Branda (SP 138s): «Puedo afirmar que la práctica que se conserva actualmente en el Oratorio de hacer la visita al Santísimo después de las comidas, fue iniciada por el siervo de Dios, el cual, de paso, solía invitar a algunos compañeros».

De los papeles de don Esteban Trione, que tanto trabajó por la causa del santo, entresacamos esta nota: «Uno de los testigos del venerable Domingo Savio, Mons. Ballesio, mientras se dirigía al tribunal eclesiástico, decíales a los otros testigos: '¡No nos creerán, nos nos creerán, cuando atestigüemos los admirables fervores eucarísticos de Domingo Savio! Y, sin embargo, no es más que la pura verdad'».

CAPITULO XV

Sus penitencias

Su edad, su poca salud, su inocencia, le hubieran, sin duda, eximido de toda penitencia; pero sabía que difícilmente puede conservar un joven la inocencia sin la penitencia; y este pensamiento hacíale ver *sembrada de rosas la senda del sufrimiento.* Y aquí no entiendo por penitencia *el soportar pacientemente las injurias y desazones,* no hablo de *la continua mortificación y recogimiento de todos sus sentidos cuando oraba, en la clase, en el estudio y en el recreo. Estas penitencias eran continuas en él;* entiendo referirme a las penitencias con que afligía su cuerpo. En su fervor habíase propuesto ayunar todos los sábados a pan y agua en honor de la bienaventurada Virgen, pero se lo impidió su confesor. Quería ayunar durante la cuaresma; pero al cabo de una semana súpolo el director de la casa y al punto se lo prohibió. Quería al menos dejar el desayuno, y también eso le fue prohibido. No se le permitían tales penitencias para que su delicada salud no se acabase de malograr. ¿Qué hacer, pues?

Como se le prohibía mortificarse en la comida, comenzó a afligir su cuerpo de otros modos: ponía astillas de madera en la cama y pedacitos de ladrillo para que se le tornara molesto el mismo reposo; quería llevar una especie de cilicio; mas todo se le prohibió igualmente. Imaginó entonces un nuevo medio: dejó que se adelantara el otoño y el invierno sin aumentar el abrigo en su lecho, de suerte que en el rigor del mes de enero no tenía más abrigo que en el verano. Una mañana que guardó cama por una indisposición, le visitó el director y, al verle hecho un ovillo, se le acercó y pudo darse cuenta de que no tenía más abrigo que una colcha muy delgada.

—¿Por qué haces eso?—le dijo—. ¿Es que quieres morirte de frío?

—No—respondió—, no me moriré de frío. *Jesús en el pesebre de Belén y cuando pendía de la cruz estaba menos abrigado que yo.*

Como se le prohibiese entonces absolutamente hacer nuevas penitencias, fuesen del género que fuesen, sin pedir permiso expresamente, sometióse al fin con pena a ese mandato.

Encontréle en cierta ocasión que iba exclamando muy afligido:

—¡Ay de mí! ¡Estoy en un verdadero aprieto! El Salvador dice que si no se hace penitencia no se podrá entrar en el paraíso, y a mí me prohíben hacerla; ¿cuál va a ser entonces mi cielo?

—*La penitencia que Dios quiere de ti*—le dije—*es la obediencia.* Obedece y ya tienes bastante.

—¿Pero es que no podría hacer alguna otra penitencia más?

—Sí, se te permite ésta: *Soportar con paciencia las injurias que te hagan, tolerar con resignación el calor, el frío, los vientos, las lluvias, el cansancio y todas las indisposiciones de salud que quiera enviarte el Señor.*

—Bien, pero todo esto hay que sufrirlo por necesidad.

—Pues *lo que haya que sufrir por necesidad, ofrécelo al Señor* y se convertirá en virtud, y ganarás muchos méritos para tu alma.

Convencido y resignado con estos consejos, se retiró tranquilo.

Bien precoz fue en Savio este espíritu de penitencia. El testigo don Juan Pastrone, capellán de Mondonio, atestigua (SP 272): «Muchas veces le oí contar a una tal Anastasia Molino que el siervo de Dios acostumbraba a mortificar su cuerpo con azotes y haciendo penoso su descanso en la cama con instrumentos de penitencia. Súpolo ella de la madre de Savio, la cual se le quejaba de esta costumbre de su hijo, porque echaba a perder mucho las sábanas». Así lo confirma su hermana (SP 45): «Recuerdo, por habérselo oído a mi padre, que tenía unos grandes deseos de hacer penitencia, para poder santificarse, como decía. A este propósito me contaba que en una ocasión fueron a visitarlo en su habitación por estar enfermo, y se dieron cuenta, sin que él lo notase, de que debajo de las sábanas tenía piedras escondidas para hacer más duro su lecho. Esto me lo solía contar mi padre, echándomelo en cara porque me quejaba de que mi cama no era bastante blanda».

Si se le hubiera permitido lo que él intentaba, su fervor le hubiera llevado a verdaderos excesos. Refiere don Cerruti (SP 265): «Tengo bien presente un hecho que nos contaba DB poco después de la muerte de Savio. Una vez, por espíritu de mortificación, intentó mantener un dedo de la mano derecha sobre una vela encendida durante el rezo de un avemaría. Hacia el final se desmayó y lo llevaron a la enfermería. DB le dio una buena reprimenda. Al contárnoslo terminó: 'No hagáis cosas de ésas sin permiso de los superiores'».

Al leer las enseñanzas de DB en esta materia, no se vaya a creer que tenía en poco las mortificaciones aflictivas y las penitencias, pues sabemos que él mismo las practicaba sin excluir el cilicio y la disciplina (MB 4,214s). Pero con los jóvenes hay que usar de prudencia, máxime cuando se les ve movidos de exceso de fervor en busca de penitencias incompatibles con su edad y salud.

Así, pues, Domingo comprendió y practicó con tanta fidelidad los consejos de su director espiritual, que Cagliero pudo atestiguar (SP 193): «Era tan mortificado en sus sentidos, que a todos nos encantaba con

la práctica constante de la paciencia, de la dulzura y de su exactitud y puntualidad en sus deberes».

CAPITULO XVI

Mortificación de los sentidos externos

Puesto cualquiera a considerar la *compostura exterior* de Domingo, advertía *tanta naturalidad,* que caía fácilmente en la tentación de imaginarlo *salido así de las manos de Dios.* Pero cuantos le conocieron de cerca y tuvieron parte en su educación pueden asegurar que era *efecto de un gran esfuerzo humano apoyado en la gracia de Dios.*

Sus ojos eran muy vivos, y tenía que hacerse no pequeña violencia para *tenerlos a raya.*

«Al principio—repitió varias veces a un amigo suyo—, cuando me impuse la obligación de dominar del todo mis miradas, tuve *no poco trabajo y hasta padecía grandes dolores de cabeza».*

La custodia de sus ojos fue tal que ninguno de cuantos le conocieron recuerda haberle visto dar una mirada que no estuviese dentro de los límites de la más rigurosa modestia.

«Los ojos—solía decir— son dos ventanas por donde entra lo que uno quiere; podemos dejar pasar por ellas a un ángel o a un demonio con sus cuernos, y hacer que uno u otro sean dueños de nuestro corazón».

Sucedió cierto día que un muchacho de fuera del Oratorio trajo consigo una revista con figuras indecentes e irreligiosas; una turba de curiosos le rodeó para mirar aquellas figuras que habrían causado asco a un turco y hasta a un pagano; acudió también Domingo, creyendo se tratase de alguna imagen devota; mas cuando vio de cerca el papel, quedó primero sorprendido y, luego, sonriendo, lo tomó y lo hizo pedazos. Espantados sus compañeros, se miraron entre sí sin decir palabra. Domingo entonces les habló así:

—¡Desgraciados! Dios nos ha dado ojos para contemplar la hermosura de las cosas creadas, y vosotros os servís de ellos para mirar estas obscenidades inventadas por gente perversa que desea manchar vuestras almas. ¿Habéis olvidado por ventura lo que tantas veces se nos ha dicho? El Salvador nos dice que una sola mirada deshonesta mancha nuestra alma; ¿y vosotros alimentáis vuestros ojos con impresos de esta clase?

—Nosotros—dijo uno de ellos—mirábamos esas figuras para reírnos.

—Sí, sí, para reíros... Y riendo de ese modo podéis caer en el infierno... Mas, si tuvierais la desgracia de caer en él, ¿continuaríais riendo?

—Pero nosotros—replicó otro—no vemos tan mal esas figuras.

—Tanto peor; pues el no ver mal mirando esas obscenidades es señal de que vuestros ojos ya están habituados a ellas; y este hábito no es disculpa del mal, antes os hace más culpables. Recordad a Job. Era un anciano y un santo, y estaba afligido por una enfermedad que le tenía tendido en un muladar, y, con todo, hizo pacto con sus ojos de no darles la más mínima libertad en cosa inmodesta.

A estas palabras todos callaron y nadie osó reconvenirle ni hacerle observación alguna.

A más de ser modesto en sus miradas, era muy medido en sus palabras. Tuviera o no razón, siempre callaba cuando otros hablaban, y hasta truncaba a veces el vocablo para dar lugar a que otros hablaran. Sus maestros y demás superiores aseguran, unánimemente, que *jamás* les *dio motivo para tener que avisarle ni aun por haber proferido una sencilla palabra fuera de tiempo,* ni en el estudio, ni la clase, ni en la iglesia, ni mientras cumplía sus deberes de estudio y de piedad; antes bien, aun en las ocasiones en que recibía un ultraje, sabía moderar su enojo y su lengua.

Un día avisó a un compañero de que se corrigiera de una costumbre mala; éste, en vez de recibir con gratitud el aviso, dejóse arrastrar a brutales excesos, le dijo mil villanías y luego se desahogó con él a puñetazos y puntapiés. Domingo pudiera haber hecho valer sus razones con los hechos, pues tenía más edad y fuerza, pero no tomó otra venganza que la del cristiano. Encendióse, es verdad, su rostro; pero, refrenando los ímpetus de la cólera, limitóse a decir estas palabras:

—Te perdono; hiciste mal; no trates a otros de este modo.

¿Y qué decir de la mortificación de los demás sentidos del cuerpo? Me limitaré a recordar algunos hechos.

En el invierno padecía de *sabañones* en las manos, y por mucho que sufriese, *jamás se le oyó palabra ni señal de queja, antes bien parecía hallarse a gusto en ello.*

—Cuanto más gordos son los sabañones—decía—, más aprovechan a nuestra salud.

Quería decir a la salud del alma.

Muchos de sus compañeros aseguran que en los grandes

fríos del invierno solía ir a la escuela a paso lento, y hacíalo por el deseo que tenía de sufrir y hacer penitencia siempre que se le ofrecía ocasión: «Muchas veces le vi, dice un compañero suyo, en lo más rígido del invierno, abrirse la piel, y aun las carnes, con una aguja o una pluma, para que las laceraciones, convirtiéndose en *llagas, le asemejaran más al divino Salvador*».

Donde hay grupos de jóvenes se dan siempre algunos descontentadizos que no encuentran nada bien; lo mismo se quejan de las funciones religiosas que de la disciplina, del descanso y de la comida; en todo encuentran alguna pega. Son éstos una verdadera cruz para sus superiores; porque el descontento de uno se comunica a los demás, y a veces con grave daño de todo el grupo.

La conducta de Domingo era, en todo, lo contrario de lo de estos tales. Jamás sus labios profirieron palabras de queja ni por los calores del estío ni por los fríos del invierno. *Siempre estaba igualmente alegre, hiciese bueno o mal tiempo;* siempre se mostraba satisfecho de todo lo que le presentaban en la mesa, y, con admirable habilidad, sabía hallar el modo de sacrificarse; cuando un manjar era censurado de los demás por demasiado cocido o crudo, o porque no tenía sal o la tenía en exceso, él se mostraba contento, diciendo que cabalmente así era como le gustaba.

Por lo regular quedábase en el comedor después de que habían salido sus compañeros y recogía los mendrugos de pan que aquéllos dejaran sobre la mesa o caídos en el suelo y comíaselos él como la cosa más sabrosa.

A los que se mostraban maravillados de esto, encubría su espíritu de penitencia diciendo:

—Los panes no se comen enteros; si están en pedazos se les ahorra no poco trabajo a los dientes.

No permitía que se echara a perder sopa, cocido o cualquier otro alimento, sin tener reparo en aprovecharlo él mismo. Y no es que lo hiciera por gula, pues muchas veces daba a sus compañeros la porción de comida que le tocaba a él.

Habiéndosele preguntado por qué se mostraba tan solícito en juntar aquellas sobras que a nadie apetecían, respondió:

—Todo cuanto tenemos en esta vida es don precioso de la mano de Dios; pero de todos los dones, después de su santa gracia, el más apreciable es el alimento, con el cual nos conserva la vida. Así que aun la más pequeña parte de este don merece nuestro agradecimiento y es verdaderamente digno de ser recogido con la más escrupulosa diligencia.

Era para él un agradable entretenimiento limpiar los zapa

tos, cepillar la ropa de sus compañeros, prestar a los enfermos los más humildes servicios, barrer o desempeñar trabajos análogos.

—Cada uno hace lo que puede—solía decir—; *yo no soy capaz de hacer grandes cosas; pero lo que puedo quiero hacerlo a mayor gloria de Dios,* y espero que el Señor, en su infinita misericordia, se dignará aceptar estos mis miserables obsequios.

Comer cosas que no eran de su gusto, abstenerse de las que le agradaban, dominar sus miradas aun en cosas indiferentes, tolerar ingratos olores, renunciar a su propia voluntad, *soportar con perfecta resignación lo que causaba algún dolor a su cuerpo o a su ánimo, eran actos de virtud en que Domingo se ejercitaba todos los días,* y podemos decir que en cada momento de su vida.

Callo, por lo tanto, muchísimos otros actos de este género; pero todos concurrían a demostrar cuán *grande era en Domingo el espíritu de penitencia, de caridad y de mortificación* de todos los sentidos de su persona, y, al mismo tiempo, cuán diligente era su virtud en *aprovecharse de las ocasiones grandes o pequeñas* y hasta de las más indiferentes, para santificarse y aumentar sus méritos delante del Señor.

Atestigua el canónigo Ballesio (SP 285): «El aspecto del siervo de Dios y su compostura eran expresión de su modestia y de su castidad».

El Card. Caglieto (SP 287): «Siempre he considerado al siervo de Dios como a un joven piadoso y bueno, y de virtud sólida, y de una piedad firme y de una pureza más firme todavía. Nosotros, sus compañeros y asistentes, le veíamos siempre circunspecto, reservado y delicadísimo en cuanto se refiere a esta hermosa y angelical virtud. Le vi muchas veces, al acostarse y levantarse, desnudarse y vestirse con tal modestia y sencillez, que tenía admirados y edificados a sus compañeros de dormitorio. Es más, me consta que los que dormían cerca y que a veces se comportaban con menos miramientos, aprendieron de él una mayor delicadeza».

«Ningún compañero se atrevía a proferir nunca palabra menos casta en presencia suya. Nadie se permitía ante él actos menos modestos o un tanto ligeros. Su porte les prevenía, avisaba y mantenía en la virtud. Difícil es decir hasta qué punto el venerable DB, que conocía su pudor angelical, lo alentó en esta virtud, considerándolo como la flor más espléndida entre otras tan hermosas que él cultivaba en su Oratorio».

Este capítulo no lo incluyó DB en la primera edición, sino que lo añadió en la siguiente.

El compañero que le vio abrirse las carnes según narra DB, fue el clérigo Juan Bautista Giácomo Piano, más tarde párroco en Turín. El se lo escribió en 1860 a DB (SP 469), quien publicó la carta casi a la letra. Sirve este detalle para afirmar una vez más cómo el santo biógrafo no dejaba, al escribir, correr la fantasía. El mismo Piano recuerda (SP 293) cómo DB había invitado a sus hijos a contarle cuanto supieran de las virtudes de Domingo.

El no despreciar los dones de Dios, razón por la cual recogía y comía con preferencia los mendrugos de pan abandonados por sus compañeros, le sugirió una iniciativa que parecería extravagante si no estuviera ennoblecido por tan alto principio sobrenatural. En la MB se menciona la *compañía de los mendrugos,* así llamada porque los asociados se proponían recoger los pedazos de pan que los chicos dejaban caer fácilmente de la mesa o sembraban por el patio. Pues bien, don Francesia informa en los procesos que esta singular asociación fue fundada por Domingo Savio (SP 263).

El Card. Cagliero, después de pasar lista a una serie de mortificaciones practicadas por Domingo, infiere de todo ello que el pequeño Domingo no era sólo un pequeño penitente, sino un émulo de las penitencias de los santos más avanzados (SP 193).

CAPITULO XVII

La compañía de la Inmaculada

Bien puede decirse que *toda la vida de Domingo fue un ejercicio de devoción a la Virgen,* pues no dejaba pasar ocasión alguna sin tributarle sus homenajes.

En el año 1854, el sumo pontífice Pío IX definía como dogma de fe la Concepción Inmaculada de María. Domingo deseaba ardientemente hacer vivo y duradero entre nosotros el recuerdo de este augusto título que la Iglesia ha dado a la Reina de los cielos.

—*Desearía*—solía decir—*hacer algo en honor de la Virgen; pero en seguida, ya que temo que me falte tiempo.*

Guiado, pues, de su ingeniosa caridad, eligió a algunos de sus mejores compañeros y los invitó a un irse con él para formar una *compañía,* que llamaron de la *Inmaculada Concepción.*

El fin que ésta se proponía era granjearse la protección de la Madre de Dios durante la vida, y de modo especial en punto de muerte.

Dos medios se proponían para ello: ejercitar y promover prácticas piadosas en honor de la Inmaculada y frecuentar la comunión.

De acuerdo con sus amigos, redactó un reglamento y, tras no pocos retoques, el 8 de junio de 1856, nueve meses antes de su muerte, lo leía con ellos ante el altar de María Santísima.

Con gusto lo inserto aquí para que pueda servir de norma a otros que quieran imitarlo.

«Nosotros, Domingo Savio, etc. (siguen los nombres de sus compañeros), para granjearnos durante la vida y en el trance de

la muerte la protección de la Virgen Inmaculada y para dedicarnos enteramente a su santo servicio, hoy, 8 del mes de junio, fortalecidos con los santos sacramentos de la confesión y comunión y resueltos a profesar hacia nuestra Madre celestial una constante y filial devoción, nos comprometemos ante su altar y con el consentimiento de nuestro director espiritual a *imitar*, en cuanto lo permitan nuestras fuerzas, *a Luis Comollo* [7], para cuyo fin nos obligamos:

1.° A observar rigurosamente *el reglamento de la casa.*

2.° *A edificar a nuestros compañeros,* amonestándoles caritativamente y exhortándoles al bien con nuestras palabras y mucho más con nuestro buen ejemplo.

3.° *A emplear escrupulosamente el tiempo.*

Y para asegurarnos la perseverancia en el estilo de vida que nos proponemos, sometemos a nuestro director el siguiente reglamento:

1. Como regla principal, prometemos una rigurosa *obediencia* a nuestros superiores, a los que nos sometemos con ilimitada confianza.

2. Nuestra primera y especial ocupación consistirá en el cumplimiento de nuestros propios *deberes.*

3. La *caridad recíproca* unirá nuestros ánimos y nos hará amar indistintamente a nuestros hermanos, a quienes avisaremos amablemente cuando parezca útil la corrección.

4. Destinaremos una *media hora semanal a reunirnos,* y después de invocar al Espíritu Santo y hecha una breve lectura espiritual, nos ocuparemos del progreso de la Compañía en la virtud y en la piedad.

5. Nos avisaremos en particular de los defectos que tengamos que *corregir.*

6. Trabajaremos para evitar cualquier disgusto entre nosotros, por pequeño que sea, y soportaremos con *paciencia* a nuestros compañeros y a las demás personas que nos resulten antipáticas.

7. No se señala ninguna oración particular, puesto que el tiempo que nos quede después de cumplidos nuestros deberes hemos de consagrarlo a lo que parezca más útil para nuestra alma.

8. Admitimos, sin embargo, estas pocas prácticas:

[7] Luis Comollo nació en Cinzano el año 1817 y murió en el año 1839 en concepto de singular virtud, en el seminario de Chieri. La vida de este esclarecido joven se imprimió por segunda vez el primer año de las *Lecturas Católicas* (NdA).

Dicha biografía precede, en este volumen, a ésta de Domingo Savio (NdE).

a) Frecuentaremos los santos *sacramentos* lo más a menudo que nos sea permitido.

b) Nos acercaremos a la mesa eucarística todos los domingos, fiestas de guardar, novenas y solemnidades de María y de los santos protectores del Oratorio.

c) Durante la semana procuraremos comulgar todos los viernes, a no ser que nos lo impida alguna grave ocupación.

9. Todos los días, especialmente al rezar el santo rosario, encomendaremos *a María* nuestra asociación, pidiéndole que nos obtenga la gracia de la perseverancia.

10. Procuraremos ofrecer todos los sábados alguna práctica especial o alguna solemnidad en honor de la Inmaculada Concepción de María.

11. Tendremos, por lo tanto, un *recogimiento* cada vez más edificante en la oración, en la lectura espiritual, en el rezo de los oficios divinos, en el estudio y en la clase.

12. Acogeremos con avidez la *palabra de Dios* y repensaremos las verdades oídas.

13. Evitaremos toda pérdida de *tiempo* para librar nuestras almas de las tentaciones que suelen acometer fuertemente en tiempo de ocio; y, por lo tanto:

14. Después de haber cumplido nuestras propias obligaciones, emplearemos el tiempo que nos quede en ocupaciones útiles, como lecturas piadosas e instructivas, o en la oración.

15. Está mandado el *recreo* o al menos recomendado después de la comida, la clase y el estudio.

16. Procuraremos manifestar *a nuestros superiores* lo que pueda ser provechoso para nuestro adelanto moral.

17. Procuraremos también hacer uso con gran moderación de *los permisos* que nos suele conceder la bondad de nuestros superiores, puesto que uno de nuestros principales fines es la exacta observancia del reglamento, quebrantado muy a menudo por el abuso de estos mismos permisos.

18. Tomaremos el alimento que nuestros superiores dispongan, *sin quejarnos* jamás de lo que nos pongan en la mesa, y procuraremos que tampoco se quejen los demás.

19. El que muestre ilusión por formar parte de esta asociación deberá, ante todo, purificar su conciencia en el sacramento de la confesión, recibir la sagrada comunión, dar luego prueba de buena conducta durante una semana, leer

atentamente estas reglas y prometer a Dios y a María Santísima Inmaculada su exacta observancia.

20. El día de su admisión, todos los socios se acercarán a la santa comunión, pidiendo a su divina majestad que obtenga al nuevo compañero la virtud de la perseverancia, de la obediencia y el verdadero amor de Dios.

21. La asociación está puesta bajo el patrocinio de la Inmaculada Concepción, de quien tomamos nombre y cuya medalla constantemente llevaremos. *Una sincera, filial e ilimitada confianza en María, un amor singularísimo y una devoción constante hacia ella nos harán superar todos los obstáculos* y ser firmes en nuestras resoluciones, rigurosos con nosotros mismos, amables con el prójimo y exactos en todo.

Aconsejamos además a los hermanos que escriban los santos nombres de Jesús y de María, primero en su corazón y su mente, y luego en sus libros y en los objetos de su uso.

Rogaremos a nuestro director que examine el reglamento y nos manifieste su parecer, asegurándole que nos atendremos todos a lo que disponga. Puede modificarlo en todo aquello que le parezca conveniente.

Que María Inmaculada, nuestra titular, bendiga nuestros esfuerzos, puesto que ella nos ha inspirado crear esta piadosa asociación; que ella aliente nuestras esperanzas, escuche nuestros votos, para que, amparados bajo su manto y fortalecidos con su protección, desafiemos las borrascas de este mar proceloso y superemos los asaltos del enemigo infernal.

De esta suerte, y por ella amparados, confiamos poder ser de edificación para nuestros compañeros, de consuelo para nuestros superiores e hijos predilectos de tan augusta Madre. Y si Dios nos concede gracia y vida para servirle en el ministerio sacerdotal, nos esforzaremos en hacerlo con el mayor celo posible.

Y desconfiando de nuestras propias fuerzas, y con una confianza ilimitada en el auxilio divino, nos atreveremos a esperar que, después del peregrinaje por este valle de lágrimas, obtendremos a la hora postrera, consolados por la presencia de María, el eterno galardón que Dios prepara a quienes le sirven en espíritu y en verdad.»

El director del Oratorio leyó este fragmento y, después de haberlo examinado atentamente, lo aprobó con las siguientes condiciones:

«1. Las mencionadas promesas no tienen fuerza de voto.

2. Ni siquiera obligan bajo pena de culpa alguna.

3. En las reuniones se propondrá alguna *obra de caridad*

externa, como la limpieza de la iglesia o la instrucción religiosa de algún niño menos instruido.

4. Se distribuirán los días de la semana de modo que *cada día comulgue alguno de los socios.*

5. *No se añadan otras prácticas piadosas* sin permiso especial de los superiores.

6. Establézcase como objeto principal el promover la devoción a la *Inmaculada Concepción y al Santísimo Sacramento.*

7. *Antes de aceptar a un aspirante, désele a leer la vida de Luis Comollo»* [8].

No hay documento que señale la fecha exacta en que comenzó la Compañía de la Inmaculada. Lo que dice DB a lo largo del capítulo 17 ha inducido a error aun a algún biógrafo de valía. El 8 de junio de 1856, «nueve meses antes de su muerte», se refiere, no al principio real, sino a la constitución oficial de la Compañía, la cual lo menos hacía un año que había comenzado. El tiempo que precedió al 8 de junio se empleó en buscar socios, afianzarse y elaborar el reglamento a base de experiencias cotidianas. El biógrafo, en efecto, dice de Savio: «Con sus amigos redactó un reglamento y, tras no pocos afanes», aquel día «lo leía con ellos». Varias incompatibilidades cronológicas impiden absolutamente colocar su origen después de 1855.

Escribe Salotti (o.c., p.89): «El acto de la fundación de la Compañía me parece a mí como el testamento espiritual de Savio; desde los artículos del reglamento me parece oír el eco de aquella alma profundamente piadosa que, impulsada por los atractivos del bien, quiere crear una legión de jóvenes que sepan vivir y mostrarse sinceramente cristianos». Por voz unánime fue elegido presidente el entonces clérigo Miguel Rúa.

Del silencioso trabajo que los socios de la Compañía realizaban en medio de los jóvenes, de acuerdo con lo que prescribe el reglamento, nos habla el Card. Cagliero, describiendo así los efectos (SP 289): «Recuerdo que entre los jóvenes más buenos había un verdadero afán para ejercitarse en la virtud de un modo extraordinario, como hacer una mortificación el sábado, usar pequeños cilicios en el brazo, abstenerse del postre, rezar con una compostura especial y, con la santa obediencia, practicar de modo especial la castidad, haciendo de ella voto temporal y según la capacidad de nuestra edad».

[8] El autor inserta aquí los rasgos biográficos de José Bongiovanni, huérfano que, a los diecisiete años, entró en el Oratorio en 1854. Murió siendo sacerdote salesiano unos días después de la consagración de la iglesia de María Auxiliadora, que tuvo lugar el 9 de junio de 1868. En la larga nota sólo se dice con relación a Domingo que él, Bongiovanni, fue «uno de sus más eficaces colaboradores» en la fundación de la Compañía de la Inmaculada. Por esto reducimos la nota del santo autor a esta sencilla mención (NdE).

CAPITULO XVIII

Sus amigos: su trato con Camilo Gavio

Todos eran amigos de Domingo; el que no le quería, por lo menos le respetaba por sus virtudes. El, por otra parte, *sabía quedar bien con todos.* Tan firme estaba en la virtud que se le aconsejó entretenerse con algunos jóvenes algo díscolos para ver si lograba ganarlos para Dios. El se aprovechaba del recreo, de los juegos y de conversaciones, aun indiferentes, para sacar provecho espiritual.

Sin embargo, sus mejores amigos eran los socios de la Compañía de la Inmaculada, con los que, como ya se ha dicho, se reunía, bien para tener encuentros espirituales, bien para hacer ejercicios piadosos. Estas reuniones o encuentros teníanse con licencia de los superiores, pero asistían sólo los jóvenes y ellos mismos las regulaban. Tratábase en ellas del modo de celebrar las novenas y las solemnidades principales; se fijaban las comuniones que cada uno debía hacer en determinados días de la semana, se repartían entre ellos a los compañeros en los que se veía una mayor necesidad de ayuda moral, y *cada uno protegía a su cliente* y empleaba todos los medios que la caridad cristiana le sugería para encaminarle a la virtud.

Domingo era de los más animosos, y puede decirse que en estas conferencias *llevaba la voz cantante.*

Podría citar aquí a varios compañeros de Domingo que tomaban parte en ellas y que lo trataron a menudo, pero la prudencia aconseja no nombrarlos, pues todavía viven. Solamente haré mención de dos, de Camilo Gavio, de Tortona, y de Juan Massaglia, de Marmorito.

Gavio no vivió más que algunos meses entre nosotros, pero tan corto tiempo bastó para dejar santa memoria entre sus compañeros.

Su luminosa piedad y sus disposiciones para la pintura y escultura habían movido al municipio de aquella ciudad a ayudarle, enviándolo a Turín para que siguiese los estudios de arte. Había Gavio sufrido una grave enfermedad en su casa, y cuando vino al Oratorio, ya sea por hallarse lejos del pueblo y de los suyos o ya por encontrarse en compañía de muchachos desconocidos, el caso es que se encontraba arrinconado,

observando cómo los demás se divertían, absorto en sus pensamientos.

Lo vio Savio y no tardó mucho en acercarse a él para consolarle. Mantuvieron el siguiente diálogo:

—¡Hola, amigo! Se ve que no conoces a nadie, ¿verdad?

—Pues sí. Pero me divierto viendo jugar a los otros.

—¿Cómo te llamas?

—Camilo Gavio, de Tortona.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince cumplidos.

—¿Qué te pasa que estás tan triste? ¿Te encuentras enfermo?

—Sí; he estado gravemente enfermo: un ataque de corazón me llevó al borde del sepulcro y aún no me he curado del todo.

—Desearás curar, ¿verdad?

—Hombre, estoy completamente resignado a la voluntad de Dios.

Estas últimas palabras demostraban que Gavio era un joven de piedad nada común y constituyeron un verdadero consuelo para el corazón de Domingo. En consecuencia, reanudó el diálogo con toda confianza:

—*Quien desea hacer la voluntad de Dios desea santificarse.* Entonces tú deseas ser santo, ¿verdad?

—Sí, ésta es mi gran ilusión.

—Muy bien; así aumentaremos el número de nuestros amigos y tomarás parte con nosotros en nuestros esfuerzos para santificarnos.

—Es algo muy hermoso; pero no sé qué he de hacer.

—Te lo voy a decir en pocas palabras: que sepas que aquí *nosotros hacemos consistir la santidad en estar muy alegres. Procuramos por encima de todo huir del pecado, como de un gran enemigo que nos roba la gracia de Dios y la paz del corazón. En segundo lugar, tratamos de cumplir exactamente nuestros deberes y frecuentar las prácticas de piedad. Empieza desde hoy a escribir como recuerdo la frase:* «Servir a Dios con alegría».

Esta conversación fue como un bálsamo para las penas de Gavio, que experimentó un verdadero consuelo. Desde aquel día fue amigo íntimo de Domingo y fiel imitador de sus virtudes. Pero la enfermedad que le había llevado al borde del sepulcro, y que no había desaparecido por completo, al cabo de dos meses apareció nuevamente y, a pesar de los recursos

de la medicina y la solicitud de sus amigos, no fue posible hallar remedio. Algunos días después, habiendo recibido con gran edificación los últimos sacramentos, entregaba su alma al Creador el 29 de diciembre de 1855.

Domingo fue varias veces a visitarle durante el curso de la enfermedad y se ofreció a pasar las noches velando junto a su lecho, cosa que no le fue permitida.

Cuando supo que había expirado, quiso verle por última vez y, ante su cadáver, decía conmovido:

—Adiós, Gavio; estoy íntimamente persuadido de que has volado al cielo; prepárame, pues, un sitio para mí. Siempre serás mi amigo, pero mientras Dios me diere vida rogaré por el descanso de tu alma.

Después, con otros compañeros, se fue a rezar el oficio de difuntos en la capilla ardiente; durante el día se rezaron otras oraciones; por último, invitó a alguno de sus mejores condiscípulos a que hicieran la santa comunión, y él mismo la recibió varias veces por el descanso del alma de su malogrado amigo.

Entre otras cosas, dijo a sus compañeros:

—Amigos, no podemos olvidarnos del alma de Gavio. Yo confío que a estas horas está gozando de la gloria del cielo; con todo, no cesemos de orar por el descanso de su alma. Dios hará de modo que cuanto hagamos por él lo hagan después otros por nosotros.

Los dos capítulos 18 y 19 se unen con el 17. Es la breve, edificante y patética historia de dos amistades, donde resaltan las dos funciones principales de la Compañía, a saber: el provecho espiritual de sus socios y el apostolado del buen ejemplo y de la acción. Cagliero hace así la presentación de los dos amigos de Savio (SP 59): «Sociable y cariñosísimo con todos los compañeros, tenía Domingo especial relación con los más buenos, particularmente con Gavio y Massaglia, también compañeros míos, conocidísimos en el Oratorio por su destacada piedad religiosa y amor al deber, y por su ejemplar observancia del reglamento; y con ellos sentíase más llevado y enfervorizado por el deseo de hacerse santo». «Dos amigos de Savio, dice Caviglia (460), que brillan en dos cuadros diferentes de tamaño y figura, pero de la misma tonalidad».

«Amigos particulares» de Savio y miembros de la Compañía eran también Rúa, Bonetti, Bongiovanni, Angel Savio, Reano, Vaschetti, Marcellino, según lo declaran en sus testificaciones, y a ellos hay que añadir Ballesio, Melica y Cerruti, amigos suyos aun antes de entrar en la Compañía, ya que a ella dieron su nombre después de la muerte de Savio. También estos tres se cuentan entre los testigos del proceso.

Don Bonetti, en una relación escrita a DB poco después de la muerte de Domingo (SP 431), escribe: «Cuando se trataba de hacer algo que redundara en honor y gloria de Dios y bien espiritual de los com-

pañeros, no era nunca el último en dar su consentimiento y aprobación. A este fin hablaba de suerte que parecía un doctorcito».

Un hecho demuestra la eficacia del apostolado de Domingo en la Compañía y por medio de la Compañía. Lo cuenta don Bongiovanni en una relación como la que acabamos de citar (SP 480s): «DB había obtenido de la Santa Sede la facultad de administrar la comunión en la iglesia del Oratorio en la misa de medianoche de Navidad». Ya varias veces había manifestado el vivísimo deseo de ver a todos los jóvenes de la casa confesarse y comulgar en alguna solemnidad, consuelo que hacía tiempo no le daban, pero que se le proporcionó en la Navidad de 1856. Narra, pues, Bongiovanni: «Creyó Domingo que era llegada la oportunidad de cumplir en esta fecha el justísimo y santo anhelo de su director espiritual, y así se lo dijo a uno de los compañeros para que hablara de ello en la conferencia. Rehusó aparecer como autor y promotor de tan hermosa idea, prefiriendo la gloria que se había de dar a Dios, y que quedara escondida su labor a los ojos de los hombres. Y, dicho y hecho. La propuesta, acogida por mayoría de votos, despertó general interés, y se llevó a la práctica. Distribuyéndose en varias listas los nombres de los chicos de la casa. Diose una a cada uno de los socios, los cuales debían luego tomarse interés por cada uno de los de la lista a ellos confiada. Y nosotros le vimos ya desde aquella tarde desplegar un celo tan activo para ganar a los suyos, que su ejemplo fue para nosotros el más eficaz, el más enérgico acicate para animarnos cuando se nos entibiaba el entusiasmo. Y, ciertamente, debemos atribuir a su obra el que aquella tarde y, más aún, al día siguiente, el resultado fuese espléndido».

CAPITULO XIX

Su amistad con Juan Massaglia

Más largas e íntimas fueron las relaciones de Domingo con Juan Massaglia, de Marmorito, pueblo poco distante de Mondonio.

Vinieron ambos contemporáneamente al Oratorio; eran de pueblos vecinos y ambos tenían deseos de abrazar el estado eclesiástico y firme propósito de santificarse.

—No basta—decía cierto día Domingo a su amigo—, no basta decir que queremos abrazar el estado eclesiástico, es menester tratar de conseguir las virtudes necesarias para este estado.

—Verdad es—respondió su amigo—; pero si ponemos de nuestra parte todo lo que podemos, Dios no dejará de darnos las gracias y las fuerzas para hacernos dignos de favor tan grande como es el de ser ministros de Jesucristo.

Llegado el tiempo pascual, hicieron, como los demás jó-

venes, los ejercicios espirituales con gran edificación de todos. Acabados los ejercicios, dijo Domingo a su compañero:

—Quiero que seamos amigos, verdaderos amigos en las cosas del alma, y para conseguirlo, de ahora en adelante hemos de ser el uno monitor del otro en cuanto pueda contribuir a nuestra aprovechamiento espiritual. Pues bien, si adviertes alguna imperfección en mí, me deberás avisar para que pueda enmendarme, y si ves que está a mi alcance alguna obra buena, no dejes de indicármelo.

—Con mucho gusto lo haré, aunque veo que no lo necesitas; pero tú sí que has de hacer eso conmigo, pues sabes que por mi edad, mis estudios y mis circunstancias me encuentro expuesto a mayores peligros que tú.

—Dejémonos de cumplidos y ayudémonos mutuamente a santificarnos.

Desde entonces *Domingo y Massaglia fueron unos auténticos amigos, y su amistad fue duradera, por fundarse en la virtud, puesto que trabajaban a porfía en ayudarse con el ejemplo y los consejos para evitar el mal y practicar el bien.*

Al terminar el año escolar y pasados los exámenes, dióse permiso a los alumnos de la casa para que fuesen a pasar las vacaciones con sus padres o con otra persona de la familia.

Algunos, estimulados por el deseo de adelantar en los estudios y atender a los ejercicios de piedad, prefirieron quedarse en el Oratorio; entre éstos estaban Savio y Massaglia. Sabiendo yo con qué ansias los esperaban sus padres y la necesidad que tenían de restablecer sus fuerzas, les dije:

—¿Cómo es que no vais algunos días con vuestros padres?

Ellos, entonces, en vez de contestarme, se echaron a reír.

—¿Qué queréis decir con esas risas?

—Ya sabemos—respondió Domingo—que nuestros padres nos aguardan con ilusión; también nosotros los queremos a ellos e iríamos de buena gana a visitarlos. Pero el pajarillo, mientras está en la jaula, no goza de libertad, es cierto; mas, en cambio, vive seguro de las garras del halcón. Fuera de la jaula vuela, sí, por donde quiere, pero al instante menos pensado es presa del halcón infernal.

Con todo, y en bien de su salud, juzgué muy conveniente enviarlos a pasar algunos días en sus casas. Accedieron, mas sólo por obediencia, y sólo permanecieron estrictamente el tiempo que se les había fijado.

Si quisiera escribir los ejemplos de virtud de Massaglia, sería menester repetir muchas de las cosas dichas sobre Domingo Savio, a quien él imitó fielmente mientras vivió. Go-

zaba de una buena salud y daba excelentes esperanzas en los estudios. Concluido el curso de humanidades, rindió exámenes con muy buen resultado y vistió el hábito clerical. Pero ese hábito que tanto apreciaba apenas si pudo llevarlo por algunos meses. Enfermó de un catarro que no parecía más que un ligero resfriado, por lo que ni siquiera quiso interrumpir sus estudios; mas, como sus padres deseaban someterle a una cura radical, le obligaron a interrumpir los estudios y se lo llevaron a casa.

Durante este tiempo escribió a Domingo la siguiente carta:

«Querido amigo:

Mi intención era permanecer solamente algunos días en casa y volver en seguida al Oratorio: ésa fue la razón por la que dejé todos mis trastos de estudiante por ahí; pero veo que las cosas van despacio y que la curación de mi enfermedad es cada día más incierta. El médico dice que voy mejorando, pero a mí me parece que estoy peor. Habrá que ver quién tiene razón. Querido Domingo: *de lo que siento gran pena es de hallarme lejos de ti y del Oratorio* y de no tener facilidades para hacer las prácticas de piedad. Solamente *me consuela el recuerdo de aquellos días que, juntos, nos preparábamos y acercábamos a recibir la santa comunión.*

Estoy seguro, sin embargo, de que, si bien estamos separados con el cuerpo, de ninguna manera lo estamos con el espíritu.

Te ruego, entretanto, que tengas la bondad de ir a la sala de estudio y de hacer una visita policíaca a mi pupitre. Encontrarás allí algunos cuadernos y, a su lado, a mi amigo el Kempis, o sea, la *Imitación de Cristo*. Haz de todo un paquete y envíamelo. Fíjate bien que se trata de un libro escrito en latín; pues, si bien me agrada la traducción, no pasa de ser una traducción, en la cual no encuentro tanto agrado como en el original latino.

Ya estoy harto de no hacer nada; y encima el médico me ha prohibido estudiar. Doy muchas vueltas por mi cuarto y a menudo digo entre mí: ¿Saldré de ésta? ¿Volveré a ver a mis amigos? ¿No será ésta la última enfermedad? Sólo Dios sabe lo que ha de ser. Yo creo estar preparado para acatar la santa y amable voluntad de Dios.

Si se te ocurre algún buen consejo, no te lo guardes. Dime cómo andas de salud, y no te olvides de mí en tus oraciones, particularmente a la hora de la comunión. ¡Animo! No me olvides delante del Señor, que, si no podemos vivir largo tiempo aquí en la tierra, sí que podremos estar un día felices en dulce compañía durante una eternidad bienaventurada.

Recuerdos a nuestros amigos, especialmente a los hermanos de la Compañía de la Inmaculada.

El Señor sea contigo y cuenta siempre con tu afmo.,

JUAN MASSAGLIA.»

Domingo cumplió fielmente el encargo de su amigo y, con el paquete que le pedía, le envía la siguiente carta:

«Querido Massaglia:

Tu carta me ha dado una gran alegría. Por ella veo que aún vives, pues desde tu partida no había tenido noticias tuyas y estaba en dudas de si rezar por ti un gloriapatri o un responso. Ahí van los objetos que me pides. Sólo te hago saber que el Kempis es, sí, muy buen amigo, pero que se murió y que hace tiempo que no se mueve de su sitio. Es menester, por lo mismo, que tú te hagas el encontradizo con él, le sacudas el polvo y lo leas, haciendo después lo posible por poner en práctica cuanto halles en él.

Suspiras por la comodidad que aquí tenemos a la hora de cumplir nuestras devociones; no te falta razón; cuando yo voy a Mondonio me ocurre prácticamente lo mismo. Para suplir esta deficiencia, yo procuraba todos los días hacer una visita al Santísimo Sacramento, haciéndome acompañar de cuantos amigos podía. Además de la *Imitación,* leía el *Tesoro escondido en la santa misa,* de San Leonardo de Porto Maurizio. Si te parece, haz tú lo mismo.

Me dices que ignoras si volverás a verme en el Oratorio; pues bien, que sepas que *este bendito cacharro de mi cuerpo anda también bastante estropeado,* y todo me hace presagiar que me acerco rápidamente al término de mis estudios y de mi vida.

Comoquiera que sea, podemos quedar en lo siguiente: roguemos el uno por el otro para que podamos ambos tener una buena muerte. El que llegue primero al paraíso,

le cogerá sitio al otro, y cuando éste suba a buscarlo, él le alargará la mano para introducirlo en el cielo.

Dios nos conserve siempre en su santa gracia y *nos ayude a hacernos santos, pero pronto santos, porque temo que nos va a faltar tiempo.*

Todos nuestros amigos suspiran por tu vuelta al Oratorio y te saludan afectuosamente en el Señor.

Yo, por mi parte, con cariño de hermano, me declaro siempre tuyo afmo.,

DOMINGO SAVIO».

La enfermedad de Massaglia, al principio, parecía leve, y varias veces se creyó completamente curado. Pero pronto volvió a recaer hasta llegar casi inesperadamente a los últimos extremos.

«Tuvo tiempo—me escribió el teólogo Valfré, su director espiritual durante las vacaciones—de recibir con la mayor ejemplaridad todos los auxilios de nuestra santa religión, y murió con la muerte del justo que deja el mundo para volar al cielo».

Con la pérdida de este amigo, Domingo quedó profundamente afligido y, *aunque resignado a la divina voluntad, le lloró por varios días. Esta fue la vez primera que vi aquel rostro angelical entristecido y bañado en lágrimas.* Su único consuelo fue orar y hacer que todos orasen por su amigo difunto. Se le oyó exclamar más de una vez: «Querido Massaglia, tú has muerto, pero confío que ya estás en el cielo en compañía de Gavio; y ¿cuándo iré yo a unirme con vosotros en la inmensa felicidad de los cielos?»

Todo el tiempo que Domingo sobrevivió a su amigo lo tuvo presente en sus prácticas de piedad, y solía decir que no podía oír la santa misa o hacer los ejercicios de devoción sin encomendar a Dios su alma, ya que tanto bien le había hecho él durante su vida.

Esta pérdida fue muy dolorosa para el corazón sensible de Domingo, y su salud misma quedó notablemente alterada.

Estas dos joyas de cartas cruzadas entre Domingo y Massaglia, que tan bien nos descubren el alma de los dos amigos, no tienen fecha. Don Caviglia señala como probable los finales de marzo o principios de abril de 1856. Dejó Massaglia tan edificante y viva memoria de sí en el pueblo, que la habitación en que había expirado el «santo joven» se conservaba aún, al cabo de más de ochenta años, en su estado primitivo (CAVIGLIA, p.479).

Massaglia dice a su amigo que salude «a los socios de la Compañía de la Inmaculada». Ahora bien, si se tiene en cuenta que murió el 20

de mayo de 1856, unos meses después de haber abandonado el Oratorio, es fuerza deducir que el 8 de junio de 1856 la Compañía existía ya de alguna manera (cf. c.17).

En la carta de Massaglia, que, al decir del Card. Salotti, «no se lee sin lágrimas» (o. c., p.207) hace resaltar don Caviglia: «El tono de tristeza que lo envuelve va unido a una ternura de afecto tan profundo y sensible cuanto más próximo a ser el último latido del corazón» (480). Por el contrario, la contestación de Savio, rezumando serenidad y buen humor, refleja el estilo de DB.

CAPITULO XX

Gracias especiales y hechos extraordinarios

Hasta aquí he referido cosas que no ofrecen nada de extraordinario, a no ser que *llamemos extraordinara una conducta normalmente buena, que siempre fue perfeccionándose con una vida inocente, con obras de penitencia y ejercicios de piedad. También se podrían llamar extraordinarias su fe viva, su firme esperanza, su inflamada caridad y la perseverancia en el bien hasta el fin de la vida.*

Pero debo exponer ahora gracias especiales y algunos hechos no comunes que a lo mejor sean objeto de alguna crítica, por cuya razón juzgo oportuno hacer notar al lector que cuanto aquí refiero tiene completa *semejanza con hechos referidos en la Biblia y en la vida de los santos;* refiero lo que he visto con mis propios ojos, y aseguro que escribo escrupulosamente la verdad, remitiéndome enteramente al juicio del discreto lector.

He aquí lo ocurrido:

Muchas de las veces que Domingo iba a la iglesia, especialmente en los días que recibía la santa comunión o estaba expuesto el Santísimo Sacramento, *quedábase como arrobado,* de suerte que, si no se le llamaba para cumplir sus deberes, de ordinario permanecía allí por muy largo tiempo. Acaeció, pues, que cierto día no apareció en el desayuno ni en clase, ni siquiera a la hora de la comida, sin que nadie pudiese decir dónde se encontraba; tampoco estaba en el estudio ni en la cama. Informóse de lo que pasaba el director de la casa, y se le ocurrió a éste que estaría en la iglesia, como en otras ocasiones había acontecido. Efectivamente; va a la iglesia, se dirige al coro y lo halla allí, inmóvil como una estatua. Tenía un pie sobre otro y apoyada una mano sobre el atril del antifonario, mientras que la otra la tenía junto a su pecho. Su rostro estaba dirigido hacia el

sagrario y fijo en él. Llámale, y no responde. Sacúdele, y entonces se vuelve para mirarle, y exclama:

—*¡Ah! ¿Ya se ha acabado la misa?*

—Mira—le dice el director, presentándole el reloj—, ya son las dos.

Entonces *pidió perdón* de aquella transgresión de las reglas de la casa, y el director le mandó a comer, diciéndole:

—Si alguien te pregunta de dónde vienes, dile que de cumplir una orden mía.

Esto le dijo para evitar las preguntas importunas que le harían sin duda sus compañeros.

Otro día acababa yo de dar gracias después de la misa; ya iba a salir de la sacristía, cuando oí en el coro una voz como de uno que dialogaba. Voy a ver, y hallo a Domingo que hablaba y luego callaba, como si diese lugar a contestación; entre otras cosas entendí claramente estas palabras: «Sí, Dios mío, os lo he dicho y os lo vuelvo a repetir: *os amo y quiero seguir amándoos hasta la muerte. Si veis que he de ofenderos, mandadme la muerte; sí, antes morir que pecar*».

Le pregunté qué hacía en aquellos instantes, y él, con toda sencillez, me respondió:

—¡Pobre de mí! Es que a veces *me asaltan tales distracciones* que me hacen perder el hilo de mi oración, y me parece ver cosas tan bellas que *se me pasan las horas en un instante*.

Un día entró en mi cuarto y me dijo:

—Pronto, venga conmigo, que se ofrece ocasión de hacer una obra buena.

—¿Adónde quieres llevarme?—le pregunté.

—Vamos, pronto—añadió—. Vamos en seguida.

No me decidía del todo. Pero como él insistiese, y como yo hubiera experimentado *en otras ocasiones* la importancia de estas invitaciones, condescendí. Le sigo, sale de casa, se dirige por una calle adelante, y luego por otra, sin detenerse ni decir palabra. Al fin se para; sube una escalera, llega al tercer piso y agita fuertemente la campanilla.

—Aquí es donde usted tiene que entrar—me dijo, y se marchó sin más.

Se abre la puerta.

—¡Oh! ¡Pronto!—me dicen—; de lo contrario no va a haber tiempo. Mi esposo tuvo la desgracia de hacerse protestante. Ahora se encuentra en trance de muerte y pide, por piedad, morir como buen católico.

Me dirigí en seguida al lecho del enfermo, que mostraba grandes deseos de reconciliarse con Dios, y, arreglados con la

mayor presteza los negocios del alma, llegó el cura de la parroquia de San Agustín, que había sido llamado poco antes, y apenas le hubo administrado el sacramento de los enfermos con una sola unción, el enfermo pasó a mejor vida.

Más tarde quise preguntar a Domingo cómo había sabido que en aquella casa había un enfermo, *pero a él le dolió mi pregunta y echóse a llorar.* Desde entonces jamás se lo volví a preguntar.

La inocencia de vida, el amor a Dios, el deseo de las cosas celestiales habían elevado de tal modo el espíritu de Domingo, que bien se puede decir que estaba habitualmente absorto en Dios. A veces interrumpía el recreo, dirigía a otra parte su mirada y poníase a pasear a solas. Preguntándole por qué dejaba así a sus compañeros, respondía:

—*Me sobrecogen esas benditas distracciones. Me parece que sobre mi cabeza se abre el cielo,* y tengo que apartarme de mis compañeros por no decir cosas que tal vez se tomarían a broma.

Otro día hablábase durante el recreo del gran premio que Dios tiene preparado a los que conservan la estola de la inocencia; y, entre otras cosas, decían: «Los inocentes son los que en el cielo están más cerca del Salvador y le cantan especiales himnos de gloria por toda la eternidad». Bastó esto para levantar su espíritu a Dios y para que quedase inmóvil, abandonándose como muerto en brazos de uno de los presentes.

Tales arrobamientos le sucedían en el estudio, mientras iba a clase y volvía de ella y aun durante la misma clase.

Hablaba muy a menudo del sumo pontífice, dando a entender cuán grande era su deseo de poderle ver antes de morir, y aseguró repetidas veces que tenía cosas de gran importancia que comunicarle.

Como repitiera a menudo estas palabras, le pregunté que era aquello de tanto importancia para decir al papa.

—Si pudiera hablar con él, le diría que, en medio de las grandes tribulaciones que le aguardan, no deje de trabajar con *particular solicitud por Inglaterra. Dios prepara un gran triunfo en aquel reino.*

—¿Y en qué te fundas para decirlo?

—Se lo diré, pero no quisiera que hablara usted de esto a otros, porque me expondría a que se burlasen de mí. Con todo, si va a Roma, dígaselo a Pío IX. Oiga, pues: «Una mañana, mientras daba gracias después de la comunión, me sobrevino una fuerte distracción y parecióme ver una vastísima llanura llena de gente y envuelta en densas tinieblas. Caminaban, pero como quien perdió el camino y no ve dónde fija las plantas.

»Esta región—díjome uno que estaba a mi lado—es Inglaterra; iba a preguntarle otras cosas cuando vi al Sumo Pontífice Pío IX tal como lo había contemplado en algunos cuadros. Vestía majestuosamente y, llevando en sus manos una antorcha esplendorosa, avanzaba entre aquella inmensa muchedumbre de personas.

»A medida que iba avanzando, las tinieblas desaparecían con el resplandor de la antorcha, y la gente quedaba inundada de tanta luz como en pleno mediodía». «Esta luz—díjome el amigo—es la religión católica, que debe iluminar Inglaterra».

En el año 1858, cuando yo fui a Roma, referí esto al sumo pontífice, el cual me escuchó con bondad y agrado.

—Esto—dijo el papa—me confirma en el propósito de trabajar infatigablemente en favor de Inglaterra, que ya es el objeto de todas mis solicitudes. Este relato, si es que no es algo más, lo he de tomar, por lo menos, por consejo de un alma piadosa.

Omito otros hechos semejantes, dándome por satisfecho con los narrados, y dejo a otros que los publiquen cuando lo crean conveniente para mayor gloria de Dios.

En este capítulo, DB da a conocer algunos dones carismáticos o gracias sobrenaturales que son muestra ordinaria de la santidad. Para juzgar rectamente la seriedad de cuanto va expuesto puede ayudarnos esta declaración de don Rúa (SP 323): «Domingo, dada su humildad, observaba diligentemente aquel aviso: *'Bueno es ocultar el secreto del rey'*. Por esto, que yo sepa, jamás habló con nadie de sus dones sobrenaturales, excepto con su director espiritual, a quien, por obediencia y, más aún, por su gran confianza, no se lo podía ocultar.»

A más de los aquí consignados, otros hechos extraordinarios acontecieron, omitidos en la *Vida,* pero que DB advierte ya que los ha dejado escritos aparte. Atesta y afirma Cagliero (SP 23): «Sé también que DB dejó otras memorias de hechos extraordinarios de este santo jovencito que no han podido ser halladas.»

Cuanto al hecho del hereje moribundo, la hermana, en el proceso, después de contarlo, añade (SP 319s): «Cuando DB me contó este hecho, añadía que jamás había podido comprender cómo el siervo de Dios hubiese sabido guiarle en la oscuridad de la noche a través de las calles de Turín, que ciertamente debían de serle desconocidas. Y concluía diciendo: '¡Se ve que Domingo era un jovencito santo que sabía muchísimo más de lo que parecía!'»

* * *

Otro hecho análogo, omitido por DB, pero atestiguado en los procesos, es éste. Dice DB que cuando se dejó llevar a la cabecera de aquel moribundo, condescendió porque «ya otras veces había experimentado la importancia de aquellas invitaciones». Una de ellas fue el 8 de septiembre de 1855. DB se la contó a Cagliero y a algunos otros (SP 223). Domingo, en compañía de otros compañeros, ofrecióse a DB para asistir

a los atacados de cólera morbo, que de nuevo había hecho su aparición. Un día se detuvo ante una casa de la calle Cottolengo, preguntó al dueño si había alguna persona atacada de cólera, y como el dueño respondiera negativamente, Domingo insistió y rogó, por favor, que lo mirara atentamente, porque en la casa tenía que haber una enferma.

Y tenía razón. Una pobre mujer iba a trabajar a la casa de la mañana a la noche, y el dueño había puesto a su disposición un cuartucho en el desván, donde dejaba su ropa y comía. La noche anterior no bajó como solía, pero nadie había reparado en ello. Asaltada allí por el cólera, ni fuerzas tenía para pedir socorro. El dueño, cediendo a las instancias del joven, le hizo visitar toda la casa, hasta que, al llegar a aquel tugurio, encontró a la pobre mujer moribunda. En seguida llamaron a un sacerdote, el cual apenas si tuvo tiempo de confesarla y administrarle la extremaunción.

* * *

Durante el proceso, su hermana Teresa dio detallado testimonio de uno de los hechos omitidos por DB. Dijo así:

«Ya desde pequeña oí contar a mi padre y a mis parientes y vecinos un hecho que nunca pude olvidar. Un día mi hermano Domingo, ya alumno de DB, se presentó a su director y le dijo:

—¿Quiere hacerme un favor? Deme un día de permiso.

—¿A dónde quieres ir?

—A casa, porque mi madre está muy delicada y la Virgen la quiere curar.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿O es que te han escrito?

—No, nadie me ha dicho nada. Pero yo lo sé igualmente.

Don Bosco, que ya conocía la virtud de Domingo, concedió importancia a sus palabras y le contestó:

—Puedes irte en seguida. Aquí tienes el dinero para el viaje hasta Castelnuovo. Desde ahí, hasta Mondonio, ya no hay combinación. Tendrás que ir a pie. Pero si encuentras algún vehículo ahí tienes dinero suficiente.

Y marchó.

Mi madre, alma de Dios, se encontraba en un momento muy apurado, sufriendo dolores indecibles. Las vecinas, siempre prontas para aliviar estos sufrimientos, no sabían qué hacer. El trance era serio. Mi padre entonces se decidió a ir a Buttigliera de Asti en busca del doctor Girola... Llegaba ya al cruce del camino que lleva a Buttigliera cuando se encontró con mi hermano Domingo, niño aún, que venía a Mondonio. Mi padre, sobresaltado, le pregunta:

—¿A dónde vas?

—Voy a ver a mamá, que está enferma.

Mi padre, que no hubiera querido verle entonces en Mondonio, le respondió:

—Antes pasa por Ranello, por casa del abuelo.

(Ranello es una aldehuela entre Castelnuovo y Mondonio). Y dicho esto se marchó en seguida, por la prisa que tenía.

Mi hermano, impulsado, ciertamente, por una fuerza interior, llegó a mi casa. Mi madre, en cuanto lo ve, le saluda, pero se apresura a decirle:

—Ve, hijo mío; vete ahora con estos vecinos. Más tarde te llamaré.

Pero Domingo no se da por enterado. Salta rápidamente sobre la cama, abraza fuertemente a la madre, la besa y exclama:

—Ahora me voy, pero antes quería abrazarte.

Y, en efecto, se retiró en seguida. Apenas Domingo la dejó, cesaron, sin más, los dolores de la madre. Cuando el doctor llegó con el padre, ya estaba todo resuelto. Con gran maravilla supieron que mamá, apenas le había abrazado su hijo, se había puesto mejor. Entretanto, mientras los vecinos la atendían con mil cuidados, le vieron al cuello una cinta verde, a la cual estaba unido un pedacito de seda doblado y cosido como un escapulario. Entonces comprendieron todos que mi hermano, al abrazarla, le había puesto al cuello aquella cinta. Mi madre, mientras vivió, llevó siempre encima aquella preciada reliquia, que había sido su salvación.

Domingo, cuando llegó al colegio, presentóse en seguida a DB para agradecerle el permiso recibido, y añadió:

—Mi madre está perfectamente bien. La ha curado la Virgen que le he puesto al cuello.

* * *

«Meses más tarde, antes de morir Domingo, volviendo a abrazar a mamá, le dijo:

—Aquel escapulario que le puse al cuello cuando estaba en peligro, le recomiendo que lo conserve y lo preste a las mujeres que se encuentren en su estado. Préstelo de balde, sin pretender ganancia; como la salvó a usted, salvará a las demás.

Yo sé que tanto mi madre —sigue hablando Teresa—, mientras estuvo en vida, como los demás de la familia después, tuvieron ocasión de prestar el escapulario a mujeres de Mondonio y de los pueblos circunvecinos, y siempre oí decir que se vieron eficazmente ayudadas.

Yo misma he aprovechado aquella cinta querida. Mi hermana, que había venido expresamente a Turín para atenderme; mi marido, las amigas y los vecinos, todos, estaban con gran ansiedad por mi vida; pero esta mi hermana escribió en seguida a mi hermano Juan para que buscase la preciosa reliquia; él se puso en movimiento, fue de pueblo en pueblo, hasta que logró dar con el sagrado recuerdo. Cuando me lo pusieron al cuello, me encontraba tan postrada de fuerzas que nadie tenía la menor esperanza de mi curación; pero bastó la presencia de aquel lazo y escapulario para que al instante recobrase la salud y la vida. Este objeto milagroso fue tan solicitado, entró en tantas casas, estuvo puesto sobre el pecho de tantas madres que se hallaban en peligro de muerte, que ya no me ha sido devuelto, lo que para mí constituye una verdadera contrariedad.»

Esta relación, que se conserva en el Archivo de la Sociedad Salesiana, fue transcrita y dirigida por la interesada a Pío X en su carta postulatoria del 27 de febrero de 1912. En el proceso, en un interrogatorio suplementario de noviembre de 1915, hizo ella amplia exposición del hecho, añadiendo algún detalle más; por ejemplo, que su hermano Juan le llevó el escapulario a las diez del 31 de diciembre de 1877.

La sorprendente visita de Domingo a su madre tuvo lugar el 12 de septiembre de 1856. Es la fecha del nacimiento de su hermana Catalina. Por este rasgo de amor filial, Domingo es invocado por las madres a punto de dar a luz.

* * *

El hecho más notable de este capítulo 20 es el éxtasis eucarístico de seis horas. DB, único testigo, lo reveló tan sólo después de la muerte de Domingo.

Punto muy importante es también el que trata de Inglaterra. Pío IX había establecido allí la jerarquía católica en 1850. Fue un acontecimiento del que no se acababa de hablar, augurando el retorno de la isla de los santos al seno de la Iglesia romana. Ciertamente que la imaginación corría demasiado; pero no es menos cierto que, a partir de entonces, las conversiones fueron multiplicándose cada vez más, de lo cual DB no dejaba de informar a sus hijos. En aquel clima de ardientes esperanzas floreció la visión del santo.

DB había ya manifestado su intención de ir a Roma, como lo recuerda don Rúa (SP 126). El «gran triunfo» no debía ser necesariamente un gran golpe de escena; pero puede decirse que se vislumbraba ya en el horizonte el crecido número de conversiones. Y ¡qué conversiones! Los católicos ingleses, que a comienzo del siglo XIX eran unos 160.000, alcanzan hoy el número de tres millones.

CAPITULO XXI

Sus pensamientos sobre la muerte y cómo se preparó santamente a ella

El que ha leído lo que hasta aquí hemos escrito sobre el joven Domingo Savio habrá echado de ver que *toda su vida fue ya una continua preparación para la muerte.* Consideraba la Compañía de la Inmaculada como un medio eficaz para asegurarse la protección de la Virgen en trance de muerte. Todos preveían que la de Savio no iba a tardar.

No sé si Dios le reveló el día y las circunstancias, o si sólo tuvo un piadoso presentimiento. Lo cierto es que *habló de ella mucho antes de que llegara, y lo hizo con tal precisión de circunstancias, que mejor no hubiese podido hacerse después de su misma muerte.*

En vista de su mal estado de salud, se le prodigaron toda clase de cuidados para frenarle un tanto en sus estudios y en los ejercicios de piedad; con todo, bien por su natural debilidad o por otras incomodidades personales, o por la continua tensión de su espíritu, el caso es que las fuerzas le iban disminuyendo de día en día. El mismo se daba cuenta y exclamaba a veces:

—*Tengo que correr, de lo contrario la noche me va a sorprender en el camino.*

Quería decir que el tiempo que le quedaba era poco y que, por lo mismo, tenía que andar con diligencia a la hora de las buenas obras, antes de que le sobreviniese la muerte.

Acostúmbrase en el Oratorio a hacer una vez al mes el ejercicio de la buena muerte. Consiste en acercarse a los sacramen-

tos de la confesión y a la comunión como si se tratase de los últimos de la vida.

El sumo pontífice Pío IX, en su bondad, se dignó enriquecer estas prácticas con muchas indulgencias. Domingo practicaba este ejercicio con tal recogimiento, que no cabía pensar en otro mayor. Al fin de la sagrada función se suele rezar un padrenuestro por aquel de los presentes que muera primero. Un día Domingo, chanceándose, dijo:

—En vez de decir por el que muera primero, que digan por Domingo Savio, que será el primero en morir.

Y esto lo repitió varias veces.

A fines de abril del año 1856, se presentó Domingo al director y le preguntó qué debía hacer para celebrar santamente *el mes de María.*

—Podrías celebrarlo—respondióle—, *cumpliendo exactamente tus deberes y contando cada día a tus compañeros un ejemplo edificante en honor de María; procura conducirte, además, de tal modo, que cada día puedas recibir la santa comunión.*

—Trataré de hacerlo puntualmente; pero ¿qué gracia he de pedirle?

—Le pedirás a la Virgen Santísima que te alcance de Dios salud y gracia para hacerte santo.

—Que me ayude a hacerme santo y que me ayude a tener una santa muerte; y que en los últimos momentos de mi vida me asista y me conduzca al cielo.

Y, en efecto, *mostró Domingo tanto fervor en aquel mes, que parecía un ángel vestido de carne humana.* Si algo escribía, era sobre María; si estudiaba, cantaba o iba a clase, todo lo hacía en honor de María, y siempre tenía a punto un ejemplo para referirlo durante el recreo en este o aquel corrillo de compañeros.

Díjole un día uno de éstos:

—Si todo te lo haces este año, ¿qué te va a quedar para el que viene?

—Eso corre de mi cuenta—respondió—; este año quiero hacer todo lo que pueda, y el venidero, si aún vivo, ya te lo diré.

Intenté poner en juego todos los medios para hacerle recuperar la salud y dispuse que se sometiera a una *consulta de médicos. Todos admiraron su jovialidad de carácter, su agilidad mental y la madurez de juicio que mostraba en sus respuestas.* El doctor Francisco Vallauri, de feliz memoria, uno de los que intervino en la consulta, exclamó profundamente admirado:

—*¡Qué perla de muchacho!*

—¿Cuál es el origen de la enfermedad que lo va consumiendo días tras día?—pregunté.

—*Su complexión delicada, el precoz desarrollo de su inteligencia y la continua tensión de su espíritu son como limas* que van desgastando insensiblemente sus fuerzas vitales.

—¿Y cuál es el mejor medio de curarlo?

—*Lo mejor será dejarlo ir al paraíso,* pues se le ve estar muy preparado; mas lo único que podría prolongarle la vida sería alejarle enteramente de los estudios por algún tiempo y entretenerle en ocupaciones materiales adecuadas a sus fuerzas.

De aquí en adelante, es decir, «en los últimos nueve meses», domina en Domingo el presentimiento del no lejano fin. El mes de mayo que precedió a estos nueve meses fue, cual ninguno, un mes de fervores marianos. Según Anfossi (SP 147), pertenece al mayo de 1856 el simpático episodio del altarcito en el dormitorio con el ofrecimiento de un libro a falta de dinero (c.13). Unas palabras del Card. Cagliero nos demuestran el empeño general de los jóvenes del Oratorio en hacer bien aquel mes de María y la parte que en ello tuvo Domingo (SP 136): «Recuerdo que durante el mes de María había en él un verdadero empeño de piedad y devoción hacia la Stma. Virgen, procurando que en cada clase y en cada dormitorio se construyera un altarcito adornado de flores, con su correspondiente lamparilla que ardiera noche y día, símbolo del amor que ardía en su corazón. El aceite se adquiría con pequeñas ofertas de los alumnos. Aquel mes todas sus conversaciones versaban sobre la bondad y las virtudes de la Virgen; y, por iniciativa suya, cada domingo por la noche uno se encargaba de tejer, en su respectivo dormitorio, las glorias de María». Esto confirma el testimonio ya citado de don Francesia sobre el movimiento de fervor mariano suscitado en este tiempo por obra de Domingo.

¿Cuándo fue la consulta de médicos? Podemos deducirlo por la mención que hace DB de uno de ellos, el doctor Vallauri. Este insigne bienhechor del Oratorio falleció el 13 de julio de 1856; de aquí que la consulta pudiera haber sido en junio. El consejo de los médicos fue «alejarle enteramente de los estudios durante algún tiempo y entretenerle en ocupaciones materiales». No cabe duda de que DB cumpliría esta prescripción, tanto más que o habían comenzado o estaban para comenzar las vacaciones.

El doctor Vallauri, excelente médico y óptimo cristiano, excluyó, al decir de don Francesia (SP 24), que el régimen de mortificación hubiese perjudicado a su salud; atribuía la enfermedad a un gran amor a Dios. Añade Cagliero (SP 60) que no enfermó ni siquiera «por exceso de aplicación al estudio», pues el joven «vivió siempre obediente y ordenado bajo la paternal vigilancia de DB, que le prohibió toda exageración o cosa dañosa». También don Rúa (SP 114) recuerda «la vigilante atención que para con él tenía DB, el cual, conociendo su espíritu de obediencia, se informaba a menudo de su salud y del modo de conducirse en cuanto a la comida y al descanso». En resumen, enfermedad específica no parece que la hubiera, según resulta del juicio de los doctores.

CAPITULO XXII

Cuidados que prodigaba a los enfermos. Deja el Oratorio: palabras en tal ocasión

Como no se hallaba tan falto de fuerzas que necesitase guardar cama continuamente, a veces iba a clase o al estudio, y otras se entretenía en trabajos de la casa. Y una de las cosas en que se ocupaba con más gusto era en servir a los compañeros que estaban enfermos.

—No tengo ningún mérito ante Dios—decía—visitando o asistiendo a los enfermos, pues lo hago con demasiado gusto; es más, para mí resulta un agradable entretenimiento.

Y mientras les prestaba servicios corporales, se ingeniaba con mucho tino en sugerirles siempre algo espiritual.

—Este *cacharro* de cuerpo—decía a un compañero que estaba indispuesto—no ha de durar eternamente, ¿no es verdad? Es menester dejarlo destruir poco a poco hasta que lo lleven a la tumba. Entonces, amigo mío, libre ya el alma de lazos corporales, volará gloriosa al cielo y gozará allí de salud y de dicha interminables.

Sucedió que un compañero rehusaba tomar una medicina porque era amarga.

—¡Ay, amiguito!—le dijo Domingo—, debemos tomar cualquier remedio, puesto que haciéndolo obedecemos a Dios, el cual estableció las medicinas y los médicos porque son necesarios para recuperar la salud perdida. Y si sentimos repugnancia en el gusto, mayor será el mérito para nuestra alma. Por otra parte, *¿crees que esta bebida es tan amarga como la hiel y el vinagre con que fue acibarado Jesús en la cruz?*

Palabras así dichas, con su maravillosa naturalidad, conseguían que nadie pusiera dificultades. Si bien la salud de Savio estuviese realmente quebrantada, con todo, el tener que ir a casa es lo que más le contrariaba; pues sentía mucho interrumpir los estudios y renunciar a las acostumbradas prácticas de piedad. Algunos meses antes lo mandé a su familia; pero estuvo sólo unos días, muy pronto lo vi comparecer de nuevo por el Oratorio.

Lo confieso. *El pesar era recíproco.* Yo hubiera deseado a toda costa que permaneciera en el Oratorio, pues *sentía por él el afecto de un padre por su hijo predilecto.* Pero el consejo de los médicos era que se fuese a su pueblo, y yo deseaba cum-

plirlo, mayormente por haberse manifestado en él, desde hacía algunos días, una tos obstinada.

Se avisó, pues, al padre, y fijamos la salida para el primero de marzo de 1857.

Domingo se resignó a esta determinación, pero sólo como un sacrificio a Dios.

—¿Por qué—le preguntaron—vas a tu casa de tan mala gana, cuando debieras alegrarte de poder disfrutar de tus amados padres?

—Porque desearía acabar mis días en el Oratorio—respondió.

—Te vas a casa y, cuando te hayas restablecido, vuelves.

—Ah, eso sí que no. Ya no volveré más.

La víspera de su salida no podía apartarlo de mi lado. Siempre tenía algo que preguntarme. Entre otras cosas me dijo:

—¿Cuál es el mejor método de que puede echar mano un enfermo para alcanzar méritos delante de Dios?

—Ofrecerle con frecuencia sus sufrimientos.

—¿Y ninguna otra cosa más?

—Ofrendarle su vida.

—¿Puedo estar seguro de que mis pecados han sido perdonados?

—Te aseguro, en nombre de Dios, que tus pecados te han sido perdonados.

—¿Puedo estar seguro de que me salvaré?

—Sí; contando con la divina misericordia, la cual no te ha de faltar, puedes estar seguro de salvarte.

—Y si el demonio me viniese a tentar, ¿qué he de responderle?

—Respóndele que tu alma la tienes vendida a Jesucristo y que él te la compró con su sangre; y si se empeña en ponerte dificultades, pregúntale a ver qué es lo que él hizo por ella, cuando Jesucristo derramó toda su sangre por librarla del infierno y llevarla consigo al paraíso.

—*Desde el cielo, ¿habrá manera de que pueda ver a mis compañeros del Oratorio y a mis padres?*

—Sí; desde el paraíso verás la marcha del Oratorio y a tus padres también, y cuanto se refiera a ellos, y mil otras cosas mucho más agradables aún.

—*¿Podré bajar alguna vez a visitarlos?*

—Sí que podrás venir, siempre que ello redunde en mayor gloria de Dios.

Así se entretuvo con estas y otras muchísimas preguntas, *como el que ya tiene un pie en los umbrales del paraíso* y se

preocupa, antes de entrar, de informarse bien de cuanto hay dentro.

Buen remedio hubiera sido mandar al joven a respirar los aires natales, y en ello pensaba DB; pero se daba cuenta de que el tenerse que alejar del Oratorio había de causar en Domingo una depresión de ánimo capaz de agravar su dolencia. Por esto, en la primera mitad de septiembre, el joven se encontraba todavía en el Oratorio; en efecto, el 12 hizo la escapadita a Mondonio, cuando voló a curar a su madre. Pero hacia fines del mes lo mandó, según lo atestiguan don Rúa y don Cagliero (SP 354.288).

Acostumbraba DB todos los años ir a I Becchi con un grupo de jóvenes para la novena y fiesta del Rosario, que se celebraba el primer domingo de octubre. En 1856 fueron también con él los clérigos Rúa y Cagliero. Domingo Savio se encontraba ya en Mondonio. Allá fue don Rúa con un compañero para visitarlo; mas no lo encontró, porque él, a su vez, había marchado a ver a DB en I Becchi.

Andaba el jovencito de camino cuando se tropezó con Cagliero, que iba a Castelnuovo, el cual se quedó de una pieza como a la vista de una aparición. Oigamos la descripción que nos hace en el proceso: «Recuerdo muy bien aquel encuentro, que se me quedó impreso como si fuera ahora. Al verlo ya desde lejos, me pareció ver a un angelito, según estaba de sonriente y era su aspecto angelical; con su rostro pálido, sus ojos azules y su faz celestial. Y dije para mí: 'He aquí un ángel en carne humana, como San Luis'. Y si hubiera habido otro pequeño Tobías acompañado por Azarías, creo que no se hubiera podido distinguir, hubieran sido dos ángeles que mutuamente se acompañaban».

Poco se detuvo en la casa paterna. La nostalgia del Oratorio lo devolvió al dulce nido. «A poco me lo vi comparecer en el Oratorio», escribe DB.

Después de su vuelta, tuvo el primer contacto con Cerruti (cf. nota c.12), que se convirtió en intimidad personal. Testigo tan calificado pudo afirmar sobre los últimos momentos de la vida de Domingo (SP 277) que, «a pesar de lo débil y extenuado que se encontraba, cumplía sus deberes sin proferir jamás una palabra de queja; antes, al contrario, mostraba siempre constante hilaridad». Observó también cuán equilibrado era en todo (SP 246): «Equilibrio que no era en él simplemente natural, sino que provenía de un abandono pleno y entero en su superior DB, en quien había puesto toda su confianza».

CAPITULO XXIII

Se despide de sus compañeros

La mañana del día de su partida hizo con sus compañeros el ejercicio de la buena muerte; *confesó y comulgó con tales muestras de devoción, que, habiendo yo sido testigo, no sé cómo expresarlo.*

—Es menester—decía—que haga bien este ejercicio, por-

que será para mí verdaderamente el de mi buena muerte y, si muero por el camino, ya habré recibido los sacramentos.

El resto de la mañana lo pasó arreglando sus cosas. Preparó el baúl, colocando cada objeto como si jamás lo tuviera que volver a tocar. Fue después a despedirse de cada uno de sus compañeros: a éste le daba un buen consejo; a aquél le exhortaba a corregirse de tal defecto y animaba al otro a que perseverase en la virtud. A uno a quien debía diez céntimos le llamó y le dijo:

—Oye, vamos a arreglar nuestras cuentas; de lo contrario, tendré alguna dificultad al ajustarlas con Dios.

Habló a los socios de la Compañía de la Inmaculada, y con las más vivas expresiones los animó a ser constantes en las promesas que habían hecho a María Stma. y en poner en ella toda la confianza.

A punto de salir, me llama y me dice textualmente:

—Puesto que no quiere usted estos mis cuatro huesos, me veo obligado a llevármelos a Mondonio. Por cuatro días que le iban a estorbar a usted...; luego, todo se habría acabado; con todo, *¡hágase siempre la voluntad de Dios!* Si va a Roma, no olvide el encargo que le di para el Papa acerca de Inglaterra. Ruegue a Dios para que yo tenga una buena muerte. Nos volveremos a ver en el cielo.

Habíamos llegado a la puerta por donde debía salir y aún me tenía fuertemente asido por la mano. En ese momento se vuelve a sus compañeros que le rodean, y les dice:

—¡Adiós, queridos compañeros, adiós a todos! Rogad por mí. *Hasta vernos allí donde siempre estaremos con el Señor.*

Estaba yo a la puerta del patio cuando veo que vuelve atrás y me dice:

—Hágame un regalo para que lo pueda conservar como un recuerdo suyo.

—Tú mismo. Di qué te agrada y en seguida te lo regalaré. ¿Quieres un libro?

—No. Algo mejor.

—¿Quieres dinero para el viaje?

—Eso precisamente. Dinero, pero del viaje para la eternidad. Usted dijo que había conseguido del papa algunas indulgencias plenarias para el punto de muerte; póngame, pues, a mí también en el número de los que pueden participar de dichas indulgencias.

—Sí, hijo mío; también te incluiré a ti en ese número; iré en seguida a poner tu nombre en la lista.

Después de esto dejó el Oratorio, donde había estado cerca

de tres años *con tanta satisfacción suya como edificación de sus compañeros y de sus mismos superiores*. Lo dejaba para no volver más. Todos quedamos maravillados de tan insólita despedida. Sabíamos que padecía muchos achaques; pero como siempre le veíamos en pie, no hacíamos gran caso de su enfermedad. Además *tenía constantemente un semblante alegre, de tal suerte que nadie se imaginaba que estuviese tan mal de salud*. Y, si bien aquella despedida nos había entristecido, sin embargo, abrigábamos la esperanza de volverlo a ver, después de algún tiempo, entre nosotros. Pero no fue así, pues *estaba maduro para el cielo*. En el breve curso de su vida habíase ganado la merced de los justos igual que si hubiese llegado a edad avanzada; el Señor queríale llamar a su seno en la flor de los años, para librarlo de los peligros en que las almas, aun las mejores, a menudo naufragan.

Nuestro santo autor, que demasiadas veces no se preocupaba de precisar fechas, recordará en este capítulo 24, con todas sus letras, el día, la hora y todas las circunstancias de la partida, fijada con el padre de Domingo para el primero de marzo (1857). ¡Pobre! Dejar el Oratorio era para él, sobre todo, dejar a DB, y éste fue el sacrificio de los sacrificios.

La escena de la separación es de las que no se leen sin sentirse vivamente conmovido.

De aquella mañana, Cagliero, que contaba a la sazón diecinueve años, habla como si la tuviera presente (SP 60): «Lo vi levantarse pálido, sí, pero sonriente y sereno, y en perfecta unión y conformidad con Dios, y me dije: '¡Qué alma tan hermosa! ¡Qué preciosidad de muchacho! Tiene el aspecto de un ángel; es pequeño, pero gran santo'».

De aquel día escribe Angel Savio en la relación de 13 de diciembre de 1858, ya citada y alegada en los procesos (SP 454): «Vino para darme el último abrazo. Díjome: 'Allí dejo mi ropa; no la necesito. Entrégasela a DB o a quien venga por ella'. Estaba todo arreglado, como si ya no tuviera que tocarlo jamás. Luego, estrechándome fuertemente la mano, me dijo con vivo afecto: 'Ruega por mí. Tal vez no nos veremos más en esta vida. Adiós'. Partió, y no lo vi más; pero el recuerdo de sus últimas palabras jamás me abandonó y, cuando me dieron la triste noticia de su muerte, no pude menos de exclamar: '¡Era un santo!'».

Su maestro, el clérigo Francesia, en el momento de la partida estaba paseando bajo los pórticos cuando vio que corría a su encuentro para darle el último adiós. Declaró en el proceso (SP 360) y más tarde escribió al cardenal Salotti (o.c., p.217): «¡Yo no le daba la menor importancia a aquella salida; pues ya otras veces su delicada salud le había obligado a salir de Turín con destino a Mondonio. ¡Cuál no sería, pues, mi estupor al vérmelo delante y, todo sonriente, saludarme y encomendarse a mis oraciones! De momento no pensé en que fuera mal presagio. Pero, cuando unos días después, DB nos anunció su muerte, exclamé: '¡De modo que fue la suya la despedida hasta el paraíso!' Y casi sentí remordimiento de no haber extremado mi benevolencia y afecto en el momento de partir».

DB termina el capítulo sin hacer mención de los sentimientos que

experimentó su corazón al contemplar al querido discípulo, que, al lado del autor de sus días, iba paso a paso alejándose para siempre de él y del Oratorio en aquella tarde dominical. Mas ya había expresado su pena en aquellas pocas líneas del capítulo precedente en que dice: «Lo confieso; el pesar era recíproco; yo hubiera deseado que, a toda costa, se quedara en el Oratorio, pues mi afecto hacia él era el de un padre para con un hijo amantísimo. Pero tal era el consejo de los médicos».

Nos parece providencial el hecho de que Domingo fuese a morir a su casa. De haber muerto en el Oratorio, su cadáver habría sido enterrado en la zona común del cementerio de Turín, donde al cabo de pocos años, sus restos se hubiesen confundido con los de otros en una misma fosa. Ahora bien, para la validez del proceso de beatificación y canonización, la imposibilidad de hacer un reconocimiento oficial del cuerpo hubiese constituido un grave tropiezo. Es cierto que en casos así puede darse una dispensa de la autoridad apostólica, pero, sí se piensa en las dificultades que surgieron cuando el proceso de Domingo Savio, la falta de su cuerpo habría añadido impedimentos de consecuencias imprevisibles. Por el contrario, en Mondonio, el peligro fue evitado con facilidad.

CAPITULO XXIV

Se agrava su enfermedad. Se confiesa por última vez. Recibe el viático. Hechos edificantes

Partió nuestro Domingo de Turín el día primero de marzo, a las dos de la tarde, acompañado de su padre. Su viaje fue feliz; más aún, pareció que el movimiento del coche, la sucesión de panoramas y la compañía de sus padres le habían sentado bien; por lo cual, ya en la casa paterna, a lo largo de cuatro días no necesitó guardar cama. Pero como se viese que le disminuían las fuerzas y el apetito y que la tos iba en aumento, se creyó conveniente hacerlo visitar por el médico. Este halló el mal mucho más grave de lo que parecía. Mandóle que, nada más llegar a casa, se metiese en cama y, creyendo que se trataba de una inflamación, le aplicó sangrías.

Es propio de la edad juvenil experimentar grande aprensión por las sangrías, por eso el cirujano, antes de empezar, exhortó a que volviera a otro lado la vista, tuviera paciencia y cobrara ánimos. Pero él se echó a reír y dijo:

—¿Qué es una pequeña punzada en comparación de los clavos que pusieron en las manos y en los pies de nuestro inocentísimo Salvador?

Y con la mayor calma, chanceándose y sin dar muestras de la menor turbación, miró todo el tiempo que duró la operación cómo brotaba la sangre de sus venas.

Después de algunas sangrías pareció que la enfermedad me-

joraba de aspecto. Así lo aseguró el médico y así lo creían los padres; pero Domingo pensaba muy diversamente; y, persuadido de que era mucho mejor recibir con anticipación los sacramentos que exponerse a morir sin ellos, llamó a su padre y le dijo:

—Papá, buena cosa será que también consultemos al médico del cielo. Deseo confesarme y recibir la santa comunión.

Sus padres, que también creían que la enfermedad estaba en franca mejoría, oyeron con dolor esta propuesta, y, sólo por complacerle, fueron a llamar al cura para que lo confesase. Vino sin tardanza, lo confesó y, también por complacerle, le trajo el santo viático. Ya se puede imaginar cuál fue la devoción y el recogimiento de Domingo. *Todas las veces que se acercaba a recibir los santos sacramentos parecía un San Luis.* Ahora, al pensar que aquélla era la última comunión de su vida, ¿cómo expresar el fervor, los arranques y tiernos sentimientos que saldrían de aquel inocente corazón hacia su amado Jesús?

Trajo entonces a la memoria las promesas que hizo en el día de su primera comunión. Repitió muchas veces:

—¡Sí, sí, oh Jesús, oh María, vosotros seréis ahora y siempre los amigos de mi alma! Lo repito y lo digo mil veces: Antes morir que pecar.

Cuando acabó de dar gracias, dijo muy tranquilo:

—Ahora estoy contento. Verdad es que aún me queda un largo viaje hacia la eternidad; pero, estando Jesús conmigo, nada tengo que temer. ¡Oh, decidlo siempre, decidlo a todos: *Quien tiene a Jesús como amigo y compañero, no tiene nada que temer, ni siquiera la muerte!*

Edificante fue su paciencia en sobrellevar todas las incomodidades sufridas en el curso de su vida; pero en esta última enfermedad dio muestras de ser todo un modelo de santidad.

Hacía lo posible por valerse él en todo.

—Mientras pueda—decía—, quiero disminuir las molestias a mis queridos padres. Ya han pasado ellos demasiados trabajos y afanes por mi culpa. Si pudiese, al menos, recompensarlos de algún modo...

Tomaba, sin la menor repugnancia, cuantas medicinas le administraban, por desagradables que fuesen. Se sometió a diez sangrías sin mostrar la menor oposición.

Después de cuatro días de enfermedad, el médico se felicitó con el enfermo, y dijo a sus padres:

—Demos gracias a Dios. La cosa va bien. La enfermedad está prácticamente vencida; sólo es menester una convalecencia bien llevada.

Alegráronse con tales palabras los padres. Pero Domingo sonrióse y dijo:

—Ya he vencido al mundo; sólo es menester llevar bien mi juicio ante Dios.

Así que hubo salido el médico, sin hacerse ilusiones por lo que acababa de decir, pidió que le fuesen administrados los santos óleos. También esta vez condescendieron sus padres por complacerle, pues que ni ellos ni el párroco veían peligro próximo de muerte; antes bien, la serenidad de su semblante y la jovialidad de sus palabras daban motivo para creer que iba realmente mejorando. Mas él, fuese movido por sentimientos de devoción o inspirado por voz divina que le hablaba al corazón, contaba los días y horas que le restaban de vida como se calculan las operaciones aritméticas, y empleaba cada instante en preparar su comparecencia ante Dios.

Antes de recibir los santos óleos, hizo esta oración:

—*¡Oh Señor!, perdonad mis pecados; os amo y os quiero amar eternamente.* Este sacramento, que por vuestra infinita misericordia permitís que reciba, borre de mi alma todos los pecados que he cometido con los oídos, con los ojos, con la boca, con las manos y con los pies; *que mi alma y mi cuerpo sean santificados por los méritos de vuestra pasión. Amén.*

Respondía a todo en voz clara y con tanta precisión en sus juicios, que lo hubiéramos considerado en perfecto estado de salud.

Era el 9 de marzo, día cuarto de su enfermedad y último de su vida.

Había sufrido diez sangrías, aparte de aplicarle otros remedios, y sus fuerzas estaban completamente postradas, por cuya razón diósele la bendición papal. El mismo recitó el acto de dolor y fue respondiendo a todas las preces del sacerdote. Cuando oyó que con aquel acto religioso el papa le otorgaba la bendición apostólica con indulgencia plenaria, experimentó la mayor consolación.

—¡Sean dadas gracias a Dios!—dijo repetidas veces—. Le sean dadas por siempre.

Volvióse luego al crucifijo y repitió estos versos que le habían sido muy familiares durante el curso de la vida:

Integra, ¡oh Dios!, mi libertad te entrego,
las potencias del alma, el cuerpo mío;
te lo doy todo, porque todo es tuyo,
y sin reserva a tu querer me fío.

Los dos capítulos 24 y 25 contienen casi el diario de los últimos ocho días vividos por Domingo. Las informaciones las obtuvo su santo biógrafo de palabra y por escrito de testigos oculares, especialmente del párroco y del padre. «Era el párroco, dice don Rúa (SP 355), quien nos mandaba las noticias. Sintiendo gran aprecio por el jovencito, lo consideraba como un regalo precioso de Dios a la parroquia, y por eso con gran solicitud informaba a DB del curso de la enfermedad. Por él y por el padre, que pocos días después de la muerte del hijo vino a visitar a DB, se supieron los detalles tan edificantes de su muerte, que DB consigna en la biografía».

Una circunstancia ignorada por DB refirió en el proceso (SP 98.105) la señora Anastasia Molino, que, siendo vecina de la casa, asistió al enfermo y estuvo presente en su muerte: «Fueron a verle algunos chicos, y él les distribuyó nueces y avellanas, recomendándoles que, una vez comido el fruto, le devolvieran las cáscaras. Preguntándole qué quería hacer con ellas, respondió: 'Ponérmelas en la cama y hacer así un poquito de penitencia'. La buena mujer le replicó que, estando enfermo, ya hacía penitencia. Mas él insistió: 'A nuestro Señor lo pusieron en una cruz e hizo más penitencia que nosotros'. Y luego puso esas cáscaras entre la sábana y su cuerpo».

CAPITULO XXV

Sus últimos momentos y su preciosa muerte

Es verdad de fe que el hombre recoge en trance de muerte el fruto de sus buenas obras. *Lo que siembre el hombre, eso recogerá.* Si durante la vida sembró buenas obras, en aquellos últimos momentos cosechará frutos de consolación; con todo, sucede a veces que almas buenas, después de una vida santa, se llenan de terror y espanto al acercarse la hora de la muerte. Acontece esto por adorable decreto del Señor, que quiere purgar estas almas de las pequeñas manchas que por ventura contrajeron durante la vida, y hacer así más hermosa su corona de gloria en el cielo.

En Domingo no sucedió así. Creo yo que Dios quiso darle aquel ciento por uno que en las almas justas precede a la gloria del cielo. En efecto, *la inocencia conservada hasta los últimos momentos de su vida; su fe viva y sus plegarias continuas, las largas penitencias, la vida entera sembrada de tribulaciones,* sin duda le merecieron aquel tan envidiable consuelo en el punto de la muerte.

La veía acercarse con la tranquilidad de un alma inocente. Parecía que ni siquiera experimentaba su cuerpo las angustias y afanes de ese momento supremo debidos a los esfuerzos que el alma hace, naturalmente, para romper las ataduras del cuerpo.

En fin, la muerte de Domingo *podía llamarse con más propiedad reposo que muerte*. Era *la tarde del 9 de marzo de 1857*, y ya había recibido los auxilios todos de nuestra santa religión. Quien lo oyera hablar y lo viera tan sereno, creería que estaba en la cama para descansar. Su rostro alegre, sus ojos, llenos aún de vida, y el pleno uso de sus facultades dejaba maravillados a cuantos le contemplaban, y nadie, excepto él, estaba persuadido de que se hallaba próximo el fin.

Hora y media antes de exhalar el último aliento, el párroco le vino a visitar y se quedó observando con gran admiración cómo él mismo se recomendaba el alma. Decía frecuentes y prolongadas jaculatorias, que *expresaban su vivo deseo de subir pronto al cielo*.

—¿Qué se ha de hacer para recomendar el alma a un agonizante como éste?—dijo el párroco.

Y después de haber rezado algunas oraciones con él, iba a salir, cuando Domingo le llamó y le dijo:

—Señor cura, antes de irse, tenga la bondad de darme un recuerdo.

—Por mi parte—respondió—no sabría qué recuerdo darte.

—Algún recuerdo que me consuele.

—Como no sea que te acuerdes de la pasión de nuestro Señor...

—¡Sean dadas gracias a Dios! La pasión de nuestro Señor Jesucristo esté siempre en mi mente, en mi boca y en mi corazón. ¡Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía! ¡Jesús, José y María, expire en vuestros brazos en paz el alma mía!

Después de estas palabras se adormeció y descansó una media hora. Al despertar, se volvió hacia sus padres y dijo:

—Papá, ya es el momento.

—Aquí estoy, hijo mío. ¿Qué necesitas?

—Querido papá. Este es el instante. Tome usted *El joven cristiano* [9] y léame las letanías de la buena muerte.

A estas palabras su madre rompió a llorar y se alejó del aposento. Se le partía al padre el corazón de dolor, y las lágrimas le ahogaban la voz. Con todo, cobró ánimos y empezó a leer las preces. Domingo repetía con voz clara y distinta todas y cada una de las palabras; pero, al final de cada invocación,

[9] Con este nombre indicaba un libro [escrito por el propio San Juan Bosco] dirigido particularmente a la juventud y cuyo título es *El joven* [cristiano] *provisto para la práctica de sus deberes y de los ejercicios de la piedad cristiana*... (NdA). La primera parte de este libro fundamental de DB, precedida de una breve introducción nuestra, puede verse más adelante en el presente volumen (NdE).

intentaba decir por su cuenta: «Jesús misericordioso, tened piedad de mí! »

Cuando llegó a aquellas palabras: «Finalmente, cuando mi alma comparezca ante Vos y vea por vez primera el esplendor de vuestra majestad, no la arrojéis, Señor, de vuestra presencia; dignaos acogerla en el seno amoroso de vuestra misericordia, para que eternamente cante vuestras alabanzas...», añadió:

—Pues bien, cabalmente *es esto lo que yo deseo, papá: cantar eternamente las alabanzas del Señor.*

Pareció después conciliar de nuevo el sueño o ensimismarse en la meditación de algo importante. A poco despertó y con voz clara y alegre dijo:

—Adiós, papá, adiós; el señor cura quiso decirme algo más y no lo recuerdo... ¡Oh! Pero... ¡qué cosa tan hermosa veo!

Diciendo esto y sonriendo con celestial semblante, expiró con las manos cruzadas sobre el pecho, sin hacer el más pequeño movimiento.

¡Sí, alma fiel, vuela a tu Creador! Abiertos están los cielos; los ángeles y los santos te han preparado una gran fiesta; *Jesús, a quien tanto amaste, te invita y te llama diciendo: ¡Ven, siervo bueno y fiel, ven! Tú combatiste, y alcanzaste la victoria, ¡ven ahora a tomar posesión de un gozo que no tendrá fin!* ¡Entra en el gozo de tu Señor!

De todos los testigos del proceso sólo la señora Molino asistió a la muerte. Así evocaba los lejanos recuerdos (SP 344): «Vi a menudo al jovencito durante su última enfermedad. En los últimos días, agravándose el mal y viendo a su madre afligida, infundíale valor diciéndole: 'No llore usted, mamá, que me voy al paraíso'. Decía también que veía a la Virgen y a los santos. Yo estuve presente en sus últimos momentos, y recuerdo que, mientras un buen viejo le leía la recomendación del alma, tenía sus ojos fijos en él, acompañando con el corazón las oraciones. Estaban también presentes su padre y su madre. Expiró plácidamente».

En la memoria de la buena mujer se desdobló la figura del padre, saliendo a escena «un buen viejo», que no era sino el mismo padre, que por aquel entonces contaba cuarenta y dos años.

CAPITULO XXVI

Comunicación de su muerte. Palabras del profesor don Picco a sus alumnos

Cuando el padre de Domingo le oyó proferir palabras en la forma que dejamos dicha y le vio doblar después la cabeza

como para descansar, creyó que de nuevo se hubiese dormido. Dejóle, pues, por algunos instantes en aquella posición; pero, al llamarle, se dio cuenta de que había expirado.

Ya puede cada uno imaginar la desolación de sus padres por la pérdida de un hijo que *unía, a la inocencia y a la piedad, las más bellas cualidades para hacerse amar.*

También nosotros aquí, en la casa del Oratorio, estábamos pendientes de las noticias de tan venerado amigo y compañero. Por fin recibí una carta de su padre que empezaba así: «Con lágrimas en los ojos le comunico la más dolorosa noticia: mi querido hijo *Domingo, discípulo suyo, cual cándido lirio y cual otro San Luis Gonzaga,* entregó su alma al Señor ayer tarde, 9 del corriente mes de marzo, después de haber recibido del modo más consolador los santos sacramentos y la bendición papal».

Esta noticia sumió en la mayor consternación a sus compañeros. Unos lloraban en él la pérdida de un amigo y de un consejero fiel, otros suspiraban por haber perdido un modelo de verdadera piedad. Hubo algunos que se reunieron para orar por el descanso de su alma; pero el mayor número no se cansaba de decir que *era un santo* y que a aquella hora ya se hallaría gozando de la gloria del paraíso. Otros, finalmente, comenzaron desde entonces a *encomendarse a él como a un protector* ante Dios; y todos a porfía querían obtener algunos de los objetos que le habían pertenecido.

Cuando llegó la triste noticia a oídos de su profesor don Mateo Picco, quedó profundamente afligido. Y luego que estuvieron reunidos todos sus alumnos, lleno de emoción, se la comunicó con estas palabras:

«No ha mucho, queridos jóvenes, que, hablándoos yo de la caducidad de la vida humana, os hacía notar que la muerte no perdona ni siquiera vuestra edad florida, y os traía como ejemplo que dos años hace, en estos mismos días, frecuentaba esta clase y estaba aquí presente, escuchándome, un joven lleno de salud y vigor, el cual, después de una ausencia de pocos días, pasaba de esta vida a la otra, llorado por sus parientes y amigos [León Cocchis, fallecido el 25/3/1855, a los 15 años].

»Cuando os hablaba de caso tan doloroso, muy lejos estaba de pensar que también el presente año había de ser enlutado con un duelo semejante, y que este ejemplo iba a renovarse muy pronto en uno de los que me escuchaban. Sí, queridos míos, he de daros una dolorosa noticia.

»La guadaña de la muerte segaba anteayer la vida de *uno de vuestros compañeros más virtuosos,* del buen jovencito Do-

mingo Savio. Quizás recordéis que en los últimos días de clase le molestaba una tos maligna; de ahí que ninguno de vosotros se extrañase, ni mucho menos, de que se viese obligado a faltar a clase. Para poder curarse mejor o previendo, como repetidamente lo confió a alguno, su próxima muerte, él secundó el consejo de los médicos y de sus superiores y marchó a su pueblo. Allí la enfermedad se agravó rápidamente, y, a los cuatro días, entregó su alma al Creador.

»He leído la carta en que el desconsolado padre da la triste noticia. En su sencillez hacía tal pintura de su muerte, pues *era un ángel*, que me conmovió hasta derramar lágrimas. El padre no halla expresión más propia para alabar a su amado hijo que llamarle *otro San Luis Gonzaga, así por la santidad de vida como por la resignación en su dichosa muerte*. Os aseguro que siento mucho que haya frecuentado tan poco tiempo mi clase y que en este breve tiempo su poca salud no me haya permitido conocerlo ni tratarlo más allá de lo que permite una clase algo numerosa.

»Por esto dejo a sus superiores el describiros la santidad de sus sentimientos y el fervor de su piedad; y a sus compañeros y amigos, que a diario vivían a su lado y lo trataban familiarmente, el hablaros de la modestia de sus costumbres, de su comportamiento general y de la delicadeza en sus conversaciones; y a sus padres, que os digan de su obediencia, de su gran respeto y de su mucha docilidad.

»¿Y qué podré yo deciros que no sepáis vosotros? Pero lo que os recordaré es que siempre fue de alabar por su compostura y mesura en la clase, por su diligencia y exactitud en el cumplimiento de sus deberes y por la continua atención a mis explicaciones; y ¡cuán dichoso sería yo si cada uno de vosotros se propusiera seguir tan santo ejemplo!

»Antes que su edad y estudios le permitieran frecuentar nuestra clase ya había oído yo encomiarlo como a uno de los alumnos más aplicados y virtuosos del Oratorio, donde había sido recibido hace tres años. Tal era su ardor en el estudio, tan rápidos los progresos hechos en las primeras clases de latinidad, que experimenté vivo deseo de contarlo entre mis alumnos, pues era grande la esperanza que cifraba en la agudeza de su ingenio. Aun antes de haberlo recibido en mi clase, lo había anunciado yo a alguno de mis discípulos como un émulo con el que podían ir a porfía no menos en estudio que en virtud. Y en mis frecuentes visitas al Oratorio, al notar aquella su fisonomía tan dulce, que vosotros mismos contemplasteis, vien-

do aquellos ojos tan inocentes, jamás le miraba sin que me sintiese movido a amarle y a admirarle.

»Por cierto, que no desmintió las bellas esperanzas de entonces mientras asistió a mi clase a lo largo de este año escolástico. A vosotros apelo, queridísimos jóvenes; habéis sido testigos de su recogimiento y aplicación, no sólo en el tiempo en que le llamó el deber a escucharme, sino cuando la mayor parte de los jóvenes, aunque dóciles y diligentes, no tienen escrúpulo en distraerse. Vosotros, que fuisteis sus compañeros, no sólo de clase, sino también en las tareas ordinarias de cada día, podréis decir si por ventura le visteis alguna vez olvidado de sus deberes.

»Aún me parece verlo, con aquella modestia que le caracterizaba, entrando en clase, ocupando su asiento; mientras llegaban sus compañeros, lejos de entregarse a las charlas propias de su edad, repasaba su lección, tomaba apuntes o bien se entretenía en alguna lectura útil; y comenzada la clase, ¡cuán grande era la atención de aquel rostro angelical, pendiente de mis palabras! No debe, pues, causar maravilla que, a pesar de sus pocos años, no obstante su maltrecha salud, sacase buen provecho su ingenio de los estudios. Una prueba de ello es que entre un número considerable de jóvenes de ingenio más que mediano y por más que la enfermedad, que acabaría por llevarle a la tumba, le minase la salud y le impusiese inevitables ausencias, sin embargo, obtuvo casi siempre los primeros puestos.

»Pero una cosa particularmente despertaba mi atención y me admiraba; era el ver cómo *estaba su mente juvenil unida a Dios* y cuán fervoroso era en la oración; pues es cosa sabida que aun los jóvenes menos disipados, llevados de su natural vivacidad y de las distracciones propias de vuestra edad, ponen muy poca atención y casi ningún afecto en las oraciones que les invitan a rezar. En consecuencia, en buena parte de esas oraciones no intervienen más que los labios y la voz.

»Y si así son de defectuosas las oraciones de los jóvenes habidas en el silencio y en la quietud de la iglesia, o las que rezan cada día en la propia habitación, vosotros mismos, amados jóvenes, os percataréis fácilmente de lo que ocurre con las que rezamos antes y después de la clase.

»Pues, cabalmente, de estas oraciones de clase saco el fervor de nuestro Domingo en la piedad y la unión de su alma con Dios. ¡Cuántas veces le observé con su mirada vuelta al cielo que tan presto había de ser su morada, recogiendo todos sus sentimientos para ofrecerlos al Señor y a su Madre bendi-

tísima, con aquella abundancia de afectos que requieren tales preces!

»Y estos afectos, queridísimos jóvenes, eran los que después le animaban al cumplimiento de sus deberes, eran los que santificaban todos sus actos y todas sus palabras; los que dirigían toda su vida únicamente a dar mayor gloria a Dios. ¡Oh, dichosos los jóvenes que en tales conceptos se inspiran! Serán felices en esta vida y en la otra, y harán dichosos a los padres que los educan, a los maestros que los instruyen y a cuantos trabajan por su bienestar.

»Amadísimos jóvenes, la vida es un don preciosísimo que Dios nos ofrece para proporcionarnos así ocasión de alcanzar méritos para el cielo; y lo será efectivamente si todo lo que hacemos es tal que se pueda ofrecer al supremo Dador, como lo hacía nuestro Domingo.

»Pero ¿qué diremos del joven que se olvida totalmente del fin a que Dios le destinó, que nunca halla ocasión para levantar su alma al Creador, que en su corazón no fomenta ningún afecto hacia él? Más aún, ¿cómo calificar al joven que por sistema esquiva tales sentimientos o los sofoca tan pronto como asoman en su corazón?

»Reflexionad un momento sobre la vida y el fin santo de este queridísimo compañero vuestro, y sobre la envidiable dicha que seguramente goza; y, volviendo después con el pensamiento a vosotros mismos, examinad y ved cuánto os falta para asemejaros a él y cuáles quisierais ser si, como a él le ocurrió, hubierais de presentaros ahora mismo ante el tribunal de Dios, donde se os pedirá estrecha cuenta hasta de la más leve falta.

»*Tomadle como modelo, imitad sus virtudes, haced que vuestra alma sea como la suya, pura y limpia a los ojos de Dios,* para que, al inesperado llamamiento que pronto o tarde, pero inexcusablemente, nos ha de hacer, podamos responder con la *alegría en el semblante y la sonrisa en los labios,* como lo hizo este *angelical* condiscípulo vuestro.

»Escuchad, para terminar, lo que constituiría mi ilusión: Si llego a constatar una notable mejora en la conducta y en la aplicación de mis alumnos, y un mayor aprecio de la piedad, lo reputaré como un efecto de los santos ejemplos de nuestro Domingo y una gracia conseguida por su intercesión, como paga a los que, por breve tiempo, nos cupo la suerte de ser sus compañeros o, en mi caso, su profesor».

Así, el digno profesor Mateo Picco manifestaba a sus alumnos la profunda y dolorosa impresión que le había producido la noticia de la muerte de su querido alumno Domingo Savio.

CAPITULO XXVII

Imitación de sus virtudes. Muchos se encomiendan a su intercesión y son escuchados. Conclusión

Quien haya leído lo escrito hasta aquí acerca de Domingo Savio, no encontrará extraño que Dios se dignara favorecerle con especiales dones e hiciera resplandecer de muchas maneras sus virtudes.

No eran pocos los que en vida se esforzaban por seguir fielmente sus consejos y sus ejemplos y en imitar sus virtudes; muchos también los que, movidos de su ejemplar conducta, de su santidad y de la inocencia de sus costumbres, se encomendaban a sus oraciones. Se cuenta de no pocas gracias alcanzadas por las plegarias del joven Savio cuando aún estaba aquí abajo; mas *la veneración y confianza en él creció extraordinariamente cuando hubo muerto.*

No bien se tuvo noticia de su fallecimiento, muchos de sus compañeros *comenzaron a aclamarle como a santo.* Reuniéronse para rezar las letanías de difuntos y, en vez de decir, «ruega por él», es decir, «Santa María, ruega por su eterno descanso», respondían «... ruega por nosotros». Porque, decían, Savio ya goza de la gloria del paraíso y no ha menester de nuestras oraciones.

Y añadían otros: «Si Domingo, que *llevó una vida tan pura y tan santa,* no ha ido derecho al paraíso, ¿quién podrá ir allá?» Esta es la razón por la que varios compañeros y amigos que sentían una gran admiración por las virtudes que había practicado durante su vida, comenzaron desde entonces a tomarlo como *modelo de su conducta* y a *encomendarse a él como protector.*

Cada día llegaban noticias de gracias, tanto corporales como espirituales. Sé de un joven que padecía fuertes dolores de muelas, hasta quedar casi fuera de sí, que, al encomendarse a su compañero Domingo Savio, mediante una breve oración, se sintió mejorado al instante y hasta ahora no se ha visto afectado de tan insoportable dolor.

Muchos son los que, al encomendarse a él para que los librara de calenturas, fueron escuchados. Yo mismo fui testigo de uno que instantáneamente obtuvo la gracia de verse libre de una fiebre muy alta [10].

[10] Esta veneración y confianza en el joven Savio creció en gran manera después de que el padre de Domingo hubo hecho un interesante relato que estaba

Conservo no pocas relaciones de gracias obtenidas por intercesión de Savio, pero, si bien el carácter y autoridad de las personas que testifican estos hechos son por cualquier concepto dignas de fe, sin embargo, por vivir aún, estimo mejor omitirlas por ahora y me he de contentar con referir aquí una gracia extraordinaria obtenida por un estudiante de filosofía, compañero de clase de Domingo.

En el año 1858 se sentía este joven muy quebrantado de salud, hasta el punto de que hubo de interrumpir el curso de filosofía sujetándose a muchas curas sin poder al final rendir examen. Estaba muy deseoso de examinarse por Todos los Santos, pues evitaba de este modo la pérdida de un año. Pero, al aumentar sus molestias, iba día a día perdiendo la esperanza. Fue a pasar el otoño, parte con sus padres, en el pueblo, y parte con unos amigos, en el campo. Y hasta llegó a creer que había mejorado de salud; mas cuando regresó a Turín, apenas volvió a estudiar recayó, quedando peor que antes:

«Ya se aproximaban los exámenes y hallábase mi salud en deplorable estado. Los dolores de estómago y de cabeza me quitaban toda esperanza de poder rendir el deseado examen, que para mí era de la mayor importancia. Animado por lo que oía contar de mi compañero Domingo, quise encomendarme también a él, haciendo una novena en su honor. Entre las oraciones que me había propuesto rezar, una era ésta: 'Querido compañero, que por gran dicha y consuelo mío fuiste mi condiscípulo durante un año entero; tú, que conmigo ibas santamente a porfía en ser el primero de la clase, bien sabes la necesidad

pronto a confirmar en cualquier lugar y ante cualquier persona. Es como sigue:

«La pérdida de mi hijo—dice—me produjo profunda aflicción, aumentada por el deseo de saber cuál sería su suerte en la otra vida. Quiso Dios consolarme; un mes, poco más o menos, después de su muerte, estaba una noche desde largo rato en la cama sin poder conciliar el sueño, cuando me pareció que se abría el techo de la habitación en que dormía, y he aquí que, rodeado de vivísima luz, se me apareció Domingo con el rostro risueño y alegre, pero con aspecto majestuoso e imponente. Ante aquel espectáculo tan sorprendente, quedé fuera de mí.

—¡Oh Domingo—exclamé—, Domingo mío! ¿Cómo estás? ¿Dónde estás? ¿Estás ya en el cielo?

—Sí, padre mío—me respondió—, estoy ciertamente en el cielo.

—¡Ah!—le repliqué—; si tanta merced te ha hecho el Señor y gozas ya de la felicidad del paraíso, ruega por tus hermanos y hermanas para que puedan un día ir contigo.

—Sí, sí, padre mío—respondió—; rogaré por ellos para que puedan venir también un día a gozar de la inmensa felicidad del cielo.

—Ruega también por mí y por tu madre, para que nos podamos salvar todos y encontrarnos un día juntos en el paraíso.

—Sí, sí, lo haré.

Esto dijo, y desapareció. Y tornóse mi aposento tan oscuro como antes».

El padre asegura que expone simplemente la verdad y afirma que ni antes ni después, ni velando ni durmiendo, tuvo el consuelo de una aparición semejante.

que tengo de rendir este examen. Ruégote, pues, que me alcances del Señor la salud necesaria para que me pueda preparar'.

»No había aún transcurrido el quinto día de la novena, cuando mi salud comenzó a mejorar tan notable y rápidamente, que pude en seguida empezar a estudiar y aprendí con extraordinaria facilidad las materias prescritas y presentarme a examen. Y este favor no se redujo a aquellas circunstancias solamente, pues que al presente gozo de buena salud, cosa que no me ocurría desde hace más de un año.

»Reconozco que esta gracia la obtuve del Señor por mediación de este compañero mío: amigo mientras vivía en la tierra y protector ahora que goza de la gloria del cielo. Hace ya más de dos meses que obtuve la gracia, y mi salud sigue siendo buena con gran consuelo y provecho mío».

Con este testimonio doy fin a la vida de Domingo Savio, dejando para otra ocasión, si es el caso, imprimir otros en forma de apéndice en el modo que parezca de mayor gloria de Dios y provecho de las almas.

Ahora, lector amigo, puesto que tan benévolo has sido en leer lo escrito sobre este virtuoso joven, quisiera que llegaras conmigo a una conclusión tal, que sea de verdadera utilidad para mí, para ti y para todos cuantos puedan leer este librito; quisiera, en una palabra, que nos diésemos con ánimo resuelto a imitar al joven Domingo en todas aquellas virtudes que dicen con nuestro estado. En su sencillez, él *vivió una vida dichosa, inocente, llena de virtudes, que fue coronada después con una muerte santa.* Imitémosle en la vida, y tendremos asegurada una muerte semejante a la suya.

Pero no dejemos de imitarle en la frecuencia del sacramento de *la confesión,* que *fue su punto de apoyo en la práctica constante de la virtud y guía segura que le condujo a tan glorioso término.* Acerquémonos con frecuencia y con las debidas disposiciones a este baño saludable a lo largo de nuestra vida, sin dejar de reflexionar sobre las confesiones pasadas para ver si han sido bien hechas; y, si viéramos la necesidad, corrijamos los defectos de que hayan podido adolecer.

Me parece que éste es el medio más seguro para vivir días felices en medio de las penas de la vida y ver llegar con calma el momento de la muerte. Entonces, con la alegría en el rostro y la paz en el corazón, iremos al encuentro de nuestro Señor Jesucristo, que nos recibirá benigno para juzgarnos conforme a su gran misericordia y conducirnos, como espero para mí y para ti, lector, de las miserias de la vida, a la dichosa eternidad,

donde podremos alabarle y bendecirle por todos los siglos. Así sea.

La conclusión del libro, que quiere ser la explicación de cuanto constituyó la santidad de Domingo Savio, sugiere a don Caviglia (589) la siguiente observación: «En esta síntesis, exquisitamente espiritual e históricamente verdadera, DB se esconde a sí mismo, es decir, oculta la parte que personalmente le correspondió en la educación de la santidad de su angelical alumno. Nosotros no podemos permitirlo. La maravillosa figura de Domingo santo es obra de colaboración; después de la gracia de Dios, que damos siempre por sobreentendida, intervienen en el proceso de santificación el joven y su maestro, en perfecta concordancia y correspondencia, con total entrega del discípulo e inteligente dirección del maestro; se dio además una particular afinidad de espíritu entre los dos, de suerte que aquel alumno estaba hecho para aquella escuela y pudo reflejar, en consecuencia, el espíritu de un tal maestro; es decir: Domingo Savio salió a medida de DB, y DB a medida de Domingo Savio. El educador de santos afirma aquí que esta colaboración se realizó especialmente en la confesión, y nosotros debemos aceptar su palabra, ya que es el único competente para decirlo. Y como fue él y sólo él quien trabajó aquella alma en la intimidad de aquellos coloquios sagrados y secretos de la dirección espiritual, no podemos menos de reconocer que la santidad de Savio fue guiada y sostenida por DB, y que es, en una palabra, fruto de su labor».

Don Bosco, ya desde 1864, había intentado dar a su santito más digna sepultura; tenía ya a punto el epitafio por él compuesto en estos términos.

AQUI DESCANSA EN PAZ
DOMINGO SAVIO
nacido en Riva de Chieri el 2 abril 1842.
Pasada en la virtud la niñez en Castelnuovo de Asti,
sirvió a Dios tres años con fidelidad y candor
en el Oratorio de San Francisco de Sales, en Turín,
y murió santamente en Mondonio el 9 marzo 1857.

Siendo convicción general que es predilecto del Señor,
sus despojos mortales fueron aquí trasladados
el ..... 1864, por el cariño de sus amigos
y de los que, habiendo experimentado los efectos
de su celestial protección, agradecidos y ansiosos, esperan
la palabra del oráculo infalible de nuestra santa madre la Iglesia.

Como se ve, el santo pronosticaba claramente su beatificación y canonización. A este propósito nos place reproducir la síntesis que presenta don Caviglia del pensamiento de San Juan Bosco (584): «DB tenía a Domingo Savio por santo. Muchas veces se le oyó decir que, si hubiera dependido de él, por el íntimo conocimiento que tenía de las virtudes del siervo de Dios, lo habría proclamado santo, y que de esta su íntima persuasión había hablado también con Pío IX (SP, FRANCESIA, p.397). O con otras palabras: «No tendría dificultad, si fuera papa, de declarar santo a Domingo Savio» (SP, FRANCESIA, p.376). «Nos repetía, dice la *Crónica* de don Domingo Ruffino, que juzgaba las virtu-

des de Savio en nada inferiores a las de San Luis Gonzaga. Y no sólo lo proponía repetidamente (entiéndase, en aquellos primeros años de que habla la *Crónica*) a la imitación de los jóvenes, sino aun afirmó más de una vez que él estaba convencido de que Domingo Savio había emulado al mismo San Luis, y que *por eso la Iglesia un día lo elevaría al honor de los altares*».

APUNTES BIOGRÁFICOS DEL JOVEN

MIGUEL MAGONE

ALUMNO DEL ORATORIO DE SAN FRANCISCO DE SALES

por JUAN BOSCO, presbítero

(tercera edición, Turín 1880)

Queridos jóvenes:

Uno de los que entre vosotros esperaba con más ilusión la publicación de la vida de Domingo Savio fue Miguel Magone. Solía ingeniarse para obtener de unos y de otros las noticias particulares que se contaban de aquel *modelo de virtud,* y luego *se ponía a imitarlo con todas sus fuerzas.* Pero su verdadera ilusión era tener reunidas y escritas juntas las virtudes de quien *había elegido por su modelo.* Pues no había apenas podido leer unas cuantas páginas cuando el Señor, poniendo fin a su vida mortal, lo llamó también a él a gozar, como esperamos fundadamente, de la paz de los justos en unión del amigo a quien se propuso imitar.

La vida singular y, si queréis, un poco romántica de Magone despertó en vosotros el deseo de tenerla también impresa, por lo que me lo pedisteis repetidamente. Movido de vuestro ruego y del *afecto* que también yo nutría hacia el que fue nuestro común amigo, y persuadido asimismo de que un trabajillo de estas características, además de resultaros agradable, podría ser *de provecho para vuestras almas,* me decidí a daros cumplida satisfacción; habiendo tomado buena nota de cuanto ocurrió ante nuestros mismos ojos, os lo presento todo impreso ahora en este breve libro.

En la vida de *Domingo Savio* pudisteis observar cómo *la virtud nació con él y cómo la cultivó hasta el heroísmo a lo largo de su vida.*

En ésta de Magone, en cambio, nos vamos a encontrar con un jovencito que, *abandonado y sin guía,* corría riesgo de emprender el camino del vicio; pero que, en seguida que oyó el amoroso llamamiento del Señor, *correspondió tan generosamente a la gracia divina que dejó maravillados* a todos cuantos lo conocieron. Quedó en claro una vez más cuán prodigiosos son los efectos de la gracia de Dios en quien se esfuerza por corresponder.

En este libro vais a encontrar bastantes acciones que admirar y muchas que imitar, y, de paso, podréis someter a vues-

tra consideración determinados dichos y hechos, a todas luces *superiores a un chico de catorce años.* Pero, precisamente porque éstas son *cosas nada comunes,* me parecieron dignas de ser escritas. Todo el que me lea, por otra parte, puede estar seguro de la verdad de lo escrito, ya que mi trabajo no fue otro que el de ordenar y dar forma biográfica a lo ocurrido a la vista de muchos testigos. En cualquier momento se podría interrogar a estas personas sobre lo que yo aquí expongo.

He añadido, en esta tercera edición, algunos hechos que me eran desconocidos cuando publiqué la primera y a cuyo conocimiento llegué después a través de fuentes seguras.

La Providencia, que alecciona al hombre llamando a su tribunal lo mismo a viejos caducos que a imberbes jóvenes, nos conceda el gran favor de encontrarnos debidamente preparados en aquel momento del que ha de depender nuestra eternidad feliz o desgraciada.

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo nos ayude en la vida y en la muerte, y esté con nosotros a lo largo del camino que conduce al cielo. Así sea.

CAPITULO I

Un encuentro realmente interesante

Regresaba yo una tarde de otoño de Sommariva del Bosco, y, para tomar el tren que tenía que conducirme a Turín, tuve que esperar más de una hora en la estación de Carmagnola. Eran las siete. Estaba nublado. Una espesa niebla se resolvía en finísima lluvia. Contribuía todo de tal manera a aumentar la oscuridad, que a un paso de distancia no se podía distinguir a un ser viviente. La mortecina claridad que despedían las luces de la estación se sumía en la oscuridad poco más allá del andén. Sólo un grupo de muchachos llamaba poderosamente la atención: jugaban, gritaban, atronaban los oídos de los pasajeros que estábamos allí. Los gritos: *¡espera!, ¡agárralo!, ¡huye!, ¡persigue a aquél!, ¡coge a ése!* llegaban hasta nosotros perfectísimamente. Pero entre toda la gritería percibíase claramente *una voz que se imponía a todas las demás.* Era como la voz de un capitán, que todos repetían y todos obedecían tajantemente.

Me entró en seguida una enorme curiosidad por conocer a

quien con tanto ardor y tanta pericia era capaz de dirigir el juego en medio de tan gran alboroto. Viendo que, en un momento dado, se habían reunido todos alrededor del que les hacía de jefe, aproveché la ocasión por los pelos y de un salto me coloqué en medio de ellos.

Todos huyeron espantados; todos menos él, que se quedó firme, dándome la cara. Avanza hacia mí, pone los brazos en jarras y me dice con aire de mandamás:

—¿Quién es usted para atreverse a mezclarse en nuestros juegos?

—Soy un amigo tuyo.

—¿Y qué es lo que pretende de nosotros?

—Pues, si no os sabe mal, que me dejéis jugar y divertirme contigo y con tus amigos.

—Pero ¿quién es usted? No tengo el gusto de conocerlo.

—Ya te lo he dicho: *un amigo tuyo, que deseo entretenerme* con vosotros. ¿Y tú quién eres?

—¿Quién soy yo? *Soy—añadió con voz sonora y firme—Miguel Magone, el general del juego.*

Entre tanto, los otros mozalbetes, que de pánico habían salido de estampía, fueron volviendo uno tras otro y colocándose a nuestro alrededor. Después de dirigir la palabra brevemente a cada uno de ellos, me volví de nuevo a Magone y continué:

—Querido Magone, ¿cuántos años tienes?

—Trece.

—¿Vas a confesarte alguna vez?

—Pues sí—respondió, riendo.

—¿Has hecho ya la primera comunión?

—Sí que la hice.

—¿Aprendes algún oficio?

—*El de no hacer nada.*

—Pero, con todo, alguna cosa estarás haciendo.

—Ir a la escuela.

—¿A qué clase vas?

—A la tercera elemental.

—¿Vive tu padre?

—No; murió.

—¿Y tu madre?

—Sí, mi madre sí que vive. Trabaja para otros y hace lo imposible por darnos de comer a mí y a mis hermanos. Pero nosotros *la traemos por la calle de la amargura.*

—¿Y qué piensas hacer más adelante?

—Algo tendré que hacer, pero aún no me ha pasado nada por la cabeza.

La franqueza con que se expresaba y el buen juicio que demostraba en sus palabras me hicieron ver el *gran peligro que corría aquel muchacho si continuaba abandonado de aquel modo.* Por otra parte, me daba cuenta de que *si aquel brío y aquel carácter emprendedor eran sometidos a una buena educación, podían dar mucho de sí.* En consecuencia, reemprendí el diálogo:

—Querido Magone, ¿no serías capaz de dejar esta vida de vago y ponerte a aprender un arte o un oficio, e incluso hacer estudios?

—¡Claro que lo sería! —respondió conmovido—; esta condenada vida que llevo no me hace ninguna gracia. Algunos compañeros míos ya están en la cárcel, y me temo que lo mismo me va a pasar a mí; pero ¿qué quiere usted que haga?: mi padre murió, mi madre no tiene cuartos, *¿quién será el que me ayude?*

—Mira, esta misma noche dirígele una fervorosa oración a nuestro Padre que está en los cielos. Hazlo de corazón y espera. El pensará en mí, en ti y en todos.

En aquel momento la campana de la estación dio su último toque, y yo hube de marchar sin falta.

—Toma—le dije—, toma esta medalla y mañana preséntate al vicario de la parroquia, don Ariccio. Dile que el cura que te la regaló desea informes sobre tu conducta.

Tomó con respeto la medalla y volvió a preguntar:

—Pero ¿cómo se llama usted? ¿De dónde viene? ¿Le conoce a usted el señor vicario?

Estas y otras preguntas que el pobre Magone seguía haciendo las dejé sin contestar. El tren partía y tuve que subir al coche que me devolvía a Turín.

CAPITULO II

Su vida anterior y su llegada al Oratorio de San Francisco de Sales

El hecho mismo de no conocer en absoluto al cura que le había dirigido la palabra suscitó en Magone unas ganas locas de saber quién era.

Así que, no teniendo paciencia para aguardar hasta el día

siguiente, marchó inmediatamente a ver al canónigo Ariccio, y le contó enardecido todo lo que le había pasado. El vicario se hizo cargo a la primera del asunto, y un día después, por carta, me hacía la crónica con sus pelos y señales de la vida y heroicidades de nuestro general.

«El joven Magone—escribía—es un pobre chico, huérfano de padre. La madre, por tener que dedicarse a ganar el pan de la familia, no puede cuidar de él, y el resultado es que se pasa todo el santo día por calles y plazas entre golfos. Posee una *inteligencia nada común,* pero por enredón y distraído le han tenido que expulsar varias veces de clase. Con todo, la tercera elemental la ha aprobado bastante bien.

»En cuanto a moral, yo creo que se trata de un chico de *buen corazón,* y que *sus costumbres son sencillas; pero es duro de domar.* En la escuela y en el catecismo se convierte en el *alborotador universal.* Cuando él no está, todo es paz y tranquilidad; cuando él se marcha, nos hace a todos el gran favor.

»Su edad, su pobreza, sus buenas cualidades y, particularmente, su ingenio, le hacen digno de caritativa atención. Nació el 19 de septiembre de 1845.»

Con estos informes por delante, me determiné a recibirle entre los chicos de esta casa a fin de que pudiese estudiar o aprender un oficio. En cuanto recibió la carta de aceptación, le entró a nuestro candidato una impaciencia terrible por venir a Turín. Se imaginaba, por lo visto, que iba a encontrarse aquí las delicias del paraíso terrenal y que todos los tesoros de esta capital iban a ser suyos.

Apenas si habían pasado unos días y me lo veo aparecer.

—Bueno, aquí me tiene—dice, corriendo hacia mí—. Soy el Magone aquel con quien usted se topó en la estación de Carmagnola.

—Ya lo sabía. Y qué, ¿traes buenas intenciones?

—Creo que sí; por lo menos *no me falta buena voluntad.*

—Hombre, si vienes de verdad en buen plan, te agradeceré muchísimo que *no me pongas en revolución toda la casa.*

—Puede usted estar tranquilo; no pienso darle el menor disgusto. En el pasado, mi vida no ha sido lo que se dice ejemplar; mas en el futuro va a ser otra cosa. Dos compañeros míos ya están en chirona, y yo...

—No te desanimes y dime si prefieres hacer estudios o aprender un oficio.

—Haré lo que usted diga, pero, puestos a elegir, prefiero estudiar.

—Pues en el caso de que te ponga a estudiar, ¿qué harías al terminar?

—Si un pillo como yo...—e inclinó la cabeza y se puso a reír.

—Bueno, termina la frase. Si un pillo como tú..., ¿qué?

—*Si un pillo como yo cambiase tanto que pudiese llegar a ser cura, de muy buena gana me haría.*

—Ya veremos qué es lo que puede salir de un trasto como tú. De momento, pues, te pondré a estudiar. Y en cuanto a eso de ser cura u otra cosa, dependerá de ti, de tu provecho en los estudios y de tu comportamiento, y de si das o no señales de ser llamado al estado eclesiástico.

—*Si es cuestión de voluntad, le aseguro que no estará descontento de mí.*

Como primera medida, *se le asignó un compañero que le hiciera de ángel custodio.* Es costumbre en esta casa, cuando entra algún joven de moralidad sospechosa o no bien conocida, confiarlo a los cuidados de un alumno antiguo y seguro. Este lo vigila e incluso lo corrige si se hace necesario. La tutela dura mientras el nuevo no está en condiciones de reunirse con los demás compañeros sin peligro alguno. Sin darse cuenta Magone, de la manera más natural y caritativa, aquel compañero no le perdía nunca de vista, estaba a su lado en la clase, en el estudio, en el recreo; bromeaba con él, jugaba con él. Pero a cada momento le tenía que estar diciendo:

—¡Bah, Magone, déjate de esas conversaciones! ¡No digas esas palabrotas! ¡No sueltes cada dos por tres el nombre de Dios!

El, aunque frecuentemente se le subía la sangre a la cabeza, acababa por decir:

—¡Tienes razón! Has hecho bien en avisarme; eres un buen chico. Si te hubiera conocido antes no hubiese contraído esa pésima costumbre que ahora me cuesta tanto vencer.

Durante los primeros días, para él no existía otra cosa en el mundo que el juego. Cantar, gritar, correr, saltar, alborotar era lo único que satisfacía su índole fogosa y viva. Y cuando su compañero le decía: «Magone, que han tocado al estudio, a la clase, a la iglesia», o cosas parecidas, el pobre chico dirigía una última mirada resignada a las pelotas y a los campos de juego y, sin mayor resistencia, iba a donde el deber lo llamaba.

Era, en cambio, todo un espectáculo contemplarlo cuando

la campana ponía fin a una ocupación a la que seguía recreo. *¡Ni que saliera de la boca de un cañón!* En un santiamén pisaba todos los rincones del patio. Los juegos que suponían destreza corporal le encantaban. Le apasionaba sobre todo el juego que nosotros llamamos *barra rota,* y llegó en él a hacerse el amo.

De esta suerte encontró que, mezclando los deberes escolares con recreos, la nueva vida que acababa de estrenar no estaba mal del todo.

CAPITULO III

Dificultades y reforma moral

Llevaba cosa de un mes nuestro Miguel en el Oratorio, y todo le servía para pasarlo bien. Con tal de tener un campo en que saltar a su gusto, ya era feliz. Y no reflexionaba en que *la verdadera alegría procede* del corazón, *de una conciencia en paz.*

Cuando he aquí que, sin más, comenzó a perder aquella su ilusión por el deporte. Se le notaba un tanto pensativo. Si jugaba era porque le invitaban. El compañero que le hacía de ángel custodio se dio cuenta del cambio, y aprovechó la primera ocasión:

—Oye, Magone—le dijo—, veo de unos días a esta parte que no estás tan alegre como otras veces. ¿Te encuentras enfermo?

—De ninguna manera. Me siento estupendamente.

—Entonces, ¿de dónde te viene esta tristeza?

—De ver cómo mis compañeros toman parte en las prácticas de piedad. *El verlos rezar y acercarse alegres a la confesión y comunión me produce continua tristeza.*

—¡Pues, chico, yo no comprendo cómo la devoción de los otros tenga que producirte tristeza a ti!

—Y, sin embargo, la razón es bien sencilla. Resulta que mis compañeros, que ya son buenos, al practicar la religión se hacen mejores todavía; mientras que yo, por ser un mal bicho, no puedo tomar parte; el resultado es que todo esto me produce gran remordimiento e inquietud.

—¡Pues sí...! Razonas como un verdadero crío. Si lo que te fastidia es la felicidad de tus compañeros, ¿quién te impi-

de seguir su ejemplo? Y si lo que tienes ahí dentro son remordimientos de conciencia, ¡sacúdetelos de encima!

—Sí..., sacúdetelos..., sacúdetelos... ¡Qué pronto se dice! Si tú estuvieras en mi pellejo, veríamos qué harías... —y al llegar a este punto, profundamente alterado, movió la cabeza en señal de rabia y huyó a la sacristía.

El amigo le siguió y, cuando lo tuvo al alcance, continuó:

—¿Por qué me huyes, Magone? Cuéntame tu pena. Quizás esté en condiciones de sugerirte algún remedio.

—Tienes razón. Pero es que *estoy hecho un lío.*

—Por grande que sea el lío ese, hay modo de desenredarlo.

—Pero ¿cómo puedo estar en paz si parece que *tengo mil diablos en el cuerpo?*

—Nada, hombre, no te apures. Arrímate a un confesionario y ábrele al confesor tu conciencia, que él sabe bien de qué pie cojeas. Eso es, ni más ni menos, lo que hacemos todos cuando nos encontramos en apuros. Ahí tienes la explicación de por qué andamos tan contentos.

—No es mala solución, pero..., pero es que...—y rompió a llorar.

Pasaron algunos días y su melancolía se fue trocando en profunda tristeza. Hasta el mismo juego se le hacía insoportable. Ni una sonrisa en sus labios. Ocurría frecuentemente que, mientras sus compañeros se entregaban a los juegos en cuerpo y alma, él se escondía en un rincón y *se sumía en sus pensamientos; a veces acababa llorando.*

Yo estaba muy al tanto de todo. Un día, al fin, lo hice llamar y le dije:

—Mi querido Magone, desearía pedirte un favor, pero no me haría ninguna gracia que me dieses calabaza.

—Diga, diga—respondió fogosamente—. ¡Lo que usted quiera!

—Pues lo que quiero de ti es que me dejes unos momentos ser dueño de tu corazón y que me expliques esa tristeza que últimamente te atormenta.

—Sí, va tiene usted razón, pero..., pero es que estoy desesperado y no sé qué hacer.

Y al decir esto se puso a llorar a lágrima viva.

Dejé que se desahogase; luego, bromeando, añadí:

—¡Pues vaya! ¿Con que eres tú aquel Magone, general en jefe de toda la banda de Carmagnola? ¡Pues menudo general! Ni siquiera eres capaz de decir con palabras lo que te apena el corazón.

—Ya quiero decirlo, pero es que *no sé por dónde empezar.*

—Di una sola palabra, y lo demás es asunto mío.

—*¡Tengo embrollada la conciencia!*

—Ya es suficiente. Te entiendo perfectamente. Necesitaba que tú soltases esto para poder decirte yo lo demás. No entremos ahora en asuntos de conciencia. Unicamente te daré algunas normas para que puedas ir poniendo las cosas en su sitio. Mira: si tu conciencia está en regla por lo que toca al pasado, basta con que te prepares a confesar debidamente cuanto no haya ido bien desde la última confesión. Pero, si por temor o por la razón que sea dejaste de confesar algo, o si alguna de tus confesiones falló por no tener las condiciones debidas, entonces arranca de cuando te confesaste bien y echa fuera todo lo que te molesta.

—¡Eso es lo difícil! ¿Cómo voy a acordarme de cuanto hice varios años atrás?

—Tiene fácil arreglo. Con que digas al confesor que algo ha de ser repasado de tu vida anterior, tomará él el hilo de tus cosas con sus dedos, irá tirando y no tendrás tú otra cosa que hacer más que decir sí o no, si muchas veces o pocas veces.

CAPITULO IV

Hace su confesión y comienza a frecuentar los sacramentos

Magone pasó todo aquel día preparando su examen de conciencia. Por la noche no quiso ir a la cama sin antes confesarse; tanto le urgía ajustar las cuentas de su alma.

—El Señor—decía—está bien claro que me ha aguardado mucho tiempo; no es tan seguro que me espere hasta mañana; por lo mismo, si puedo confesarme esta noche, no hay razón para diferirlo un día. Por otra parte, *cuanto antes rompa con el demonio, mejor.*

Hizo, pues, la confesión con mucha compunción. La hubo de interrumpir varias veces por causa de las lágrimas. Al terminar dijo al confesor, antes de alejarse:

—¿Cree usted que se habrán perdonado mis pecados? Si esta noche me muriera, ¿me salvaría?

—Estate tranquilo—se le respondió—. El Señor te esperó hasta este momento porque quería darte tiempo de hacer una buena confesión. *Puedes estar completamente seguro de*

que te perdonó todos tus pecados. Si, en sus adorables decretos, te llamase esta noche a la eternidad, te salvarías.

Profundamente conmovido, dijo que era inmensamente feliz. Rompió de nuevo a llorar y, finalmente, subió a descansar. Fue aquélla, para él, *una noche agitada y llena de emociones*. Más tarde expresaría a algunos de sus compañeros las ideas que durante aquellas horas ocuparon su mente.

«Es realmente difícil expresar los afectos que embargaron mi pobre corazón a lo largo de aquella noche inolvidable. Casi no pude descansar en toda ella. Si me quedaba durante algunos momentos adormecido, en seguida la imaginación me hacía ver un infierno abierto, repleto de demonios. Pero al instante me desembarazaba de esta tétrica visión pensando en que mis pecados habían sido perdonados; a continuación, me imaginaba ver una muchedumbre de ángeles que me mostraba el paraíso diciendo: *Ahí tienes el cielo que te espera si eres perseverante y cumples tus propósitos*.

»Llegado a lo que debía haber sido la mitad de mi descanso en el lecho, me sentí tan lleno de alegría, de emoción y de diversos afectos, que, para desfogarme, me levanté, me hinqué de rodillas y repetí varias veces estas palabras: '¡Oh, qué desgraciados son los que pecan!; pero más aún los que permanecen en pecado. Estoy completamente seguro de que, si estos desdichados gustaran unos momentos siquiera el consuelo que sienten los que están en gracia de Dios, al punto irían todos a confesarse para aplacar a Dios y dar tregua a los remordimientos de su conciencia, y así gozar de la paz de corazón. ¡Pecado, pecado! ¡Qué verdugo eres de quienes te dejan entrar en su corazón! Dios mío, *en lo que resta de vida no he de ofenderte más;* al contrario, que te he de amar con toda mi alma y *si tengo la desgracia de caer en cualquier falta, por pequeña que sea, iré inmediatamente a confesarme*'».

Así expresaba nuestro Magone su pena de haber ofendido a Dios y de ese modo se comprometía a cumplir sus propósitos de serle siempre fiel.

En efecto, *comenzó a frecuentar los sacramentos* de la confesión y comunión; y aquellas mismas prácticas de piedad que hasta entonces le habían producido hastío, ahora las repetía una y otra vez con verdadero gozo. Es más, experimentaba tal gusto al confesarse, y se confesaba tan frecuentemente, que el confesor hubo de frenarlo para impedir que cayese en escrúpulos. Porque es ésta una enfermedad que muy fácilmente se declara en el corazón de los jóvenes cuando deciden entregarse del todo al Señor; los daños que causa son realmente graves,

pues de ella se vale el demonio para conturbar la mente, intranquilizar el corazón y volver difícil la práctica de la religión.

No es raro que vuelvan a vivir malamente quienes ya se habían adentrado mucho en el camino de la virtud.

El medio más sencillo de escapar de esa calamidad consiste en una obediencia sin límites al confesor. Si él nos dice que una cosa es mala, hemos de hacer lo imposible por no cometerla. Pero, en cambio, si nos asegura que en esto o aquello no hay nada de particular, entonces se ha de seguir su consejo y continuar sin miedo adelante, alegremente y con el corazón en paz. En resumen: que *la obediencia al confesor es la manera más eficaz de escapar a los escrúpulos y de perseverar en la gracia de Dios.*

CAPITULO V

Una palabra a la juventud

Las inquietudes y angustias a que estuvo sujeto el joven Magone, de una parte, y de otra, la franqueza y decisión con que él acometió el arreglo de las cosas de su alma, me brinda una buena ocasión, amadísimos jóvenes, para ofreceros unas cuantas reflexiones que estimo muy útiles para vuestras almas.

Consideradlas como prueba de afecto de un amigo que desea ardientemente vuestra salvación eterna.

Lo primero de todo, haced cuanto podáis por no caer en pecado; pero, si por desgracia caéis, de ninguna de las maneras os habéis de dejar seducir por el demonio para callarlo en confesión. Tened en cuenta que el confesor ha recibido de Dios poder para perdonaros cualquier clase y cualquier cantidad de pecados. Cuanto más grandes sean las culpas confesadas mayor será el gozo que el confesor experimentará en su corazón, pues él sabe que aún es mayor la misericordia divina en cuya virtud os ofrece el perdón y os aplica los méritos infinitos de la preciosa sangre de Cristo. *Con la sangre de Cristo el confesor está en condiciones de lavar cualquier mancha de vuestra alma.* Queridos jóvenes, no olvidéis que el confesor es un padre que desea ardientemente haceros el bien por todos los medios a su alcance y que busca ahorraros toda suerte de males. *No tengáis miedo de perder su estima al confesarle faltas graves* o de que vaya a contárselas a otros. Porque la verdad es que por nada

del mundo puede el confesor decir lo más mínimo de lo oído en confesión; así hubiera de perder la propia vida, no podría él, en absoluto, comunicar la más mínima noticia de lo que oyó al confesar. Es más: os puedo asegurar que tanto más crecerá su confianza en vosotros cuanto más sinceros seáis y más os fiéis de él, y, por otra parte, tanto mejor se encontrará en condiciones de ofreceros los consejos y avisos más convenientes para vuestras almas.

He querido deciros estas cosas para que en ningún caso os dejéis engañar por el demonio callando por vergüenza el pecado que sea en confesión. Os aseguro, queridos jóvenes, que la mano me tiembla ante la consideración del gran número de cristianos que se encaminan a la eterna condenación nada más que por haber callado o por no haber expuesto sinceramente en la confesión determinadas faltas. Si, por casualidad, alguno de vosotros, al revisar su vida pasada, se da cuenta de que ocultó voluntariamente algún pecado, o simplemente abriga dudas sobre la validez de alguna confesión, yo le diría: «Amigo mío, por amor a Jesucristo y a la preciosa sangre que derramó para salvarte, arregla, te lo suplico, tu conciencia, *la primera vez que vayas a confesarte; todo eso que te inquieta, manifiéstalo como si estuvieses en punto de muerte*. Y si no sabes por dónde empezar, dile simplemente al confesor que hay algo en tu vida pasada que te intranquiliza. Con esto tendrá suficiente. Bastará con que tú, a continuación, colabores respondiendo a sus preguntas, y te aseguro que todo quedará en regla».

Presentaos con frecuencia a vuestro confesor; rezad por él; poned en práctica sus consejos. Y una vez hayáis elegido el confesor más a propósito, a vuestro juicio, para atender a las necesidades de vuestra alma, no lo cambiéis sino por verdadera necesidad. Mientras no os hagáis con un confesor fijo, en el que poner enteramente vuestra confianza, echaréis de menos un verdadero amigo para las cosas del alma. Contad también con las oraciones del confesor: él cada día tiene presentes a sus penitentes en la santa misa y ruega a Dios que les conceda la gracia de hacer buenas confesiones y la perseverancia en el bien. Pues vosotros, por vuestra parte, rezad también por él.

Sin embargo, sin escrúpulo alguno, podéis acudir a otro confesor si vosotros o él cambiáis de domicilio y cuando os resulte muy penoso acudir a él por estar enfermo o porque en determinada solemnidad es mucha la gente que aguarda para confesarse con él. Asimismo, si tuvieseis en la conciencia algo que no os atrevéis a decir al confesor ordinario, antes de co-

meter un sacrilegio, preferible es mil veces cambiar de confesor.

Y si fuere a parar este mi escrito a manos de quien la Providencia destinó a escuchar confesiones de jóvenes, querría pedirle humildemente me permitiese decirle, omitiendo otras cosas, lo siguiente:

1.° Habéis de *acoger con amabilidad a toda suerte de penitentes, pero de manera particular a los jóvenes.* Echadles una mano a la hora de exponer el estado de su conciencia; insistid en que vayan a confesarse frecuentemente. Es éste el mejor de los medios para mantenerles alejados del pecado. Poned en juego todos vuestros recursos para que pongan en práctica los avisos que les podáis dar, encaminados a que no vuelvan a caer. Corregidlos con bondad, y jamás les riñáis; como les riñáis, o no volverán a confesarse con vosotros, u os callarán aquello por lo que les reñís.

2.° En cuanto os hayáis ganado su confianza, *averiguad con prudencia si las confesiones pasadas fueron buenas,* pues autores célebres en moral y ascética y de larga experiencia, y especialmente una determinada persona de autoridad que tiene todas las garantías de estar en lo cierto, todos ellos, están de acuerdo en que, por lo general, las primeras confesiones de los jóvenes, si no son nulas, son al menos defectuosas, o por falta de instrucción, o por omisión voluntaria de algo que se había de confesar. Invítese al joven a que se haga perfecto cargo de su conciencia, sobre todo en lo tocante al espacio de tiempo que va de los siete a los diez o doce años. A esa edad se tiene ya conocimiento de la gravedad de ciertas cosas, mas no se les da importancia, o bien se ignora el modo de confesarlas. El confesor obre con mucha prudencia y con una gran delicadeza, pero no deje de hacer algunas preguntas en relación con la virtud de la modestia.

Quisiera hablar largamente de esta cuestión, pero lo dejo estar por no sentar cátedra de maestro en algo en que me considero pobre y humilde discípulo. Aquí dejo dichas esas pocas palabras, porque creo en el Señor que pueden resultar útiles *para el bien de la juventud;* en bien de ella *he decidido emplear todo el tiempo que Dios tenga a bien concederme en este mundo.* Pero volvamos a Magone.

CAPITULO VI

Gran interés de Magone por las prácticas de piedad

A la frecuencia de los sacramentos de la confesión y comunión, supo unir un gran espíritu de fe, una ejemplar solicitud y una edificante compostura en todos los actos de piedad. *En los recreos siguió pareciendo un caballo desbocado,* de ahí que en la iglesia no encontrara de momento una postura que le satisficiese, pero poco a poco alcanzó tal *recogimiento* como para poderlo proponer de *modelo a cualquier cristiano fervoroso.* Se preparaba a fondo el examen de la confesión. A la hora de confesarse, dejaba que los demás pasasen delante de él y, todo recogido y sin impacientarse, esperaba el tiempo que fuese necesario para acercarse sin prisas al confesor. En alguna ocasión se pudo observar que aguantó hasta cuatro o cinco horas, recogido, inmóvil y de rodillas sobre el suelo, a la espera de poder confesarse. Un compañero, cierta vez, probó a imitarlo; pero al cabo de dos horas caía desfallecido: nunca más pretendería imitarlo en aquella penitencia. Dados sus pocos años, *de no haber visto esto con mis propios ojos, me resultaría casi increíble.* Escuchaba con gran contento cuanto se solía narrar acerca de Domingo Savio; de cuando en cuando se acercaba a los sacramentos de la confesión y comunión y trataba de imitarlo con todas sus fuerzas. Cuando llegó a esta nuestra casa, estar en la iglesia resultaba para él algo casi insoportable; empero, a los pocos meses, experimentaba gran gozo en las funciones religiosas, por largas que fuesen. «Lo que se hace en la iglesia —decía— se hace por Dios, y lo que por Dios se hace, nunca se pierde».

Se había dado cierto día la señal para entrar en la iglesia, y el compañero que estaba jugando con él le instaba a terminar la partida. El respondió:

—Continuaría si tú me pagases lo que me paga el Señor.

Ante esta salida, calló el otro, y marcharon juntos a cumplir sus deberes religiosos.

En otra ocasión le preguntó otro compañero:

—¿No te resultan pesadas las funciones de iglesia cuando se alargan mucho?

—¡Ni que fueras un chiquillo!—respondió—. Te ocurre a ti ahora lo que a mí antes. ¡No te das cuenta de lo que realmente vale la pena! ¿No caes en que la iglesia es la casa del Señor? *Tanta mayor esperanza tendremos después de estar con*

él en la iglesia triunfante del paraíso cuanto más permanezcamos ahora en su casa de este mundo. Si dicen que con el uso se adquiere derecho sobre las cosas temporales, ¿por qué no ha de ocurtir algo parecido en las cosas del espíritu? Por consiguiente: al permanecer en la casa temporal del Señor en este mundo, ya nos hacemos con el derecho de ir un día a estar con él en el cielo.

Tras la acostumbrada acción de gracias, después de la confesión y comunión y al acabar las funciones sagradas, solía quedarse ante los altares de Jesús sacramentado y de la Virgen para hacer alguna oración especial. Hasta tal punto se le veía atento, concentrado y bien compuesto, que *parecía encontrarse completamente ajeno a las cosas del mundo exterior.* A veces los compañeros, cuando salían de la iglesia, al pasar cerca, tropezaban con él y hasta, en algún caso, se enredaron en sus pies y lo pisotearon. Mas él, como si nada, continuaba adelante en sus rezos y en su meditación.

Tenía en mucha estima los objetos de devoción: las medallas, crucecitas y estampas eran muy veneradas por él. Si en un momento dado se daba cuenta de que estaban distribuyendo la comunión, o recitando alguna oración, o cantando un cántico sagrado, lo mismo dentro de la iglesia que fuera de ella, él inmediatamente interrumpía la partida de juego y acudía a intervenir en aquel canto y en aquel acto de piedad.

Le gustaba mucho cantar, y como *tenía una voz muy timbrada y agradable,* se entregó también al estudio de la música. No pasó mucho tiempo y ya había adquirido conocimientos suficientes para poder intervenir en funciones solemnes y públicas. Pero hacía constar, y lo dejó escrito, que *prefería no haber despegado los labios ni haber pronunciado nunca una sola palabra a no ser a mayor gloria de Dios.* «El caso es, decía, que esta mi bendita lengua no se portó en el pasado como debiera. ¡Ah, si en el futuro pudiese remediar el pasado!»

En un cuadernillo suyo, entre otros propósitos, se encontró éste: «¡Ah, Dios mío, que esta mi lengua se me quede seca en la boca antes que proferir una sola palabra que a vos os desagrade!»

En el año 1858 tomaba parte en la novena de Navidad que se estaba celebrando en un monasterio de esta capital. Al salir, una tarde, ponderaban los compañeros lo bien que había actuado Magone en la parte que le había tocado cantar. El, entristecido, se retiró aparte. Preguntado el porqué, se echó a llorar:

—He trabajado inútilmente, porque al sentir complacencia durante el canto perdí la mitad del mérito; y ahora vuestros

elogios me acaban de quitar la otra mitad; total, que a mí no me queda otra cosa que la fatiga del esfuerzo.

CAPITULO VII

Exactitud en el cumplimiento de sus deberes

Su natural fogoso, su imaginación ardiente y un corazón extremadamente afectuoso le inclinaban a ser ligero y hasta, a primera vista, disipado. Pero, llegado el momento, sabía contenerse y ser dueño de sí mismo. El recreo, eso sí, ya se ha dicho, lo hacía a ciencia y conciencia. No había palmo del amplio patio de esta casa que a los pocos minutos no fuese alcanzado por los pies de Magone, ni cabía imaginar un juego en el que él no destacase; pero tan pronto sonaba la señal para el estudio, para la clase, para el descanso o para ir al comedor o a la iglesia, él dejaba lo que tenía entre manos y se apresuraba a cumplir con su deber. Era una auténtica maravilla observar cómo aquel muchacho que era el alma del juego y que a todos ponía en movimiento, como si llevase una máquina dentro, se las arreglaba para llegar, también el primero, adonde el deber lo llamaba.

En cuanto al cumplimiento de sus deberes de clase, creo oportuno traer aquí el ponderado juicio de su profesor de latín, don Juan Francesia:

«Con verdadero gusto —escribe—expondré aquí mi opinión sobre las virtudes de mi querido discípulo Magone. Le tuve a mi cargo todo el curso 1857-58 y parte del siguiente. Que yo recuerde, nada hubo de particular durante su primer curso de latín. Se portó bien en todo momento. Con su esfuerzo y aplicación durante las clases, hizo dos años en uno, así que, al final de este curso, mereció que lo admitiésemos al tercero. Esto sólo, ya demuestra su inteligencia nada común.

»No recuerdo haberle tenido que reprender nunca por mal comportamiento; al revés, que siempre *estaba muy quieto en clase, a pesar de su vivacidad, de la que daba buenas pruebas durante los recreos.* Además, me consta que, habiendo estrechado amistad con los mejores condiscípulos, se esmeraba en imitar sus ejemplos. Cuando empezamos el segundo año (1858-59), me encontré rodeado de una hermosa corona de jóvenes alegres, decididamente de acuerdo en no perder ni un minuto de tiempo, pues querían entregarse totalmente a los estudios.

Pues bien, Miguel Magone era de los mejores. Por otra parte, me maravillé no poco del cambio radical que hizo entonces; en lo moral y en lo físico; y adoptó una no acostumbrada gravedad, que ponía cierta *seriedad en su rostro y en su mirada,* lo cual era una prueba de que en *su interior se entregaba a graves reflexiones.* Pienso que este cambio exterior se debía al decidido propósito que hizo de entregarse en cuerpo y alma a la piedad. El caso es que se le podría proponer como *verdadero modelo de virtud.*

»¡Aún me parece verte, mi malogrado discípulo, en aquella actitud recogida, en la que me escuchabas a mí, tu maestro, que no era sino un pobre discípulo de tu virtud! No parecía sino que se había despojado del viejo Adán. Al contemplarlo tan diligente en sus deberes y tan ajeno a las distracciones propias de su edad, se le hubiera podido aplicar aquel verso de Dante:

Sotto biondi capei canuta mente.
('Bajo rubios cabellos, mente madura')

»Recuerdo que en cierta ocasión, para ver hasta dónde alcanzaba la atención y aprovechamiento de mi querido discípulo, le invité a medir un dístico que acababa de dictar:

—Es que sé muy *poco*—respondió modestamente Miguel.

—Pues veamos cuánto es ese *poco*—le dije.

»¡Sí, *poco*...! ¡Lo hizo tan perfectamente que yo y sus asombrados compañeros no pudimos menos de tributarle un prolongado aplauso. Desde entonces el *poco* de Magone se convirtió en algo proverbial en la clase; con él significábamos de qué era capaz un alumno que se esforzaba en la atención y en el estudio». Hasta aquí el profesor.

En los demás deberes era también absolutamente ejemplar. Había el director de la casa insistido en que todo momento de tiempo es un tesoro. «Luego —iba repitiendo él— quien pierde un momento de tiempo, pierde un tesoro».

Dominado por esta idea, no dejaba pasar instante sin sacarle a sus fuerzas todo el rendimiento posible. Tengo a mi vista las notas de conducta y aplicación de todas y cada una de las semanas correspondientes al tiempo que estuvo entre nosotros. Al principio, la *conducta* fue regularcilla; después buena, y en seguida casi óptima. *No habían transcurrido tres meses, y ya era óptima; y lo seguiría siendo por todo el tiempo* que vivió entre nosotros.

Por Pascua de aquel año (1858) practicó los ejercicios es-

pirituales con gran edificación de sus compañeros y verdadero consuelo de su corazón. Pudo realizar lo que había sido de siempre un vivo deseo suyo: hacer una confesión general. Al acabar, formuló por escrito algunos propósitos con intención de obligarse de por vida.

Entre otras cosas, se proponía, nada menos, hacer voto de no perder un momento de tiempo. No le fue permitido.

—Al menos—dijo—, concédaseme prometerle al Señor que observaré siempre una conducta ejemplar.

—Concedido, siempre y cuando dicha promesa no tenga fuerza de voto—le respondió el director.

Fue por entonces cuando él mismo se hizo un cuadernillo para apuntar con tiempo el propósito que con toda decisión quería llevar a la práctica cada día de la semana.

«Con la ayuda de Dios —escribió— y la protección de la Virgen quiero comportarme: El domingo, muy bien; el lunes, muy bien; el martes, etc.»

Cada mañana, en consecuencia, su ocupación primera consistía en echar una ojeada al cuadernillo, y a lo largo del día leía y renovaba repetidamente la promesa de portarse bien. Y cuando, a su juicio, había cometido la más pequeña transgresión, la purgaba imponiéndose a sí mismo voluntarias penitencias, como renunciar a un rato de recreo, privarse de algo de comida, recitar alguna oración o cosa parecida.

Este cuadernillo lo encontraron después de su muerte sus compañeros, y quedaron profundamente edificados de las santas industrias a que acudía para avanzar en la virtud.

Era su propósito hacerlo todo a la perfección. Por lo mismo, en cuanto tocaba la campana para volver a las ocupaciones, él, inmediatamente, suspendía el juego; interrumpía la conversación truncando incluso la palabra; dejaba la pluma con el renglón a medio terminar y volaba presuroso adonde el deber le llamaba. Solía comentar:

—Admito que terminando lo que tengo entre manos no haría nada malo; pero no encuentro ninguna satisfacción en hacerlo; al revés, me desazono. Experimento particular placer en ir cumpliendo uno a uno mis deberes, según mis superiores y la voz de la campana me los señalan.

El cumplimiento perfecto de sus deberes no le impedía tener aquellos detalles de cortesía que la buena educación y la caridad aconsejan. De ahí que se prestara de mil amores a escribir las cartas de quien lo precisase, a limpiarle a otro los vestidos, ayudar a traer agua, hacer camas, barrer, servir a la mesa, prestar sus pelotas y objetos de juego a quien los necesitase,

enseñar el catecismo y el canto, etc.; todas eran cosas que constituían para él un auténtico placer, por lo que se ofrecía para ello siempre que se presentaba la ocasión.

CAPITULO VIII

Devoción a la Santísima Virgen

Es preciso decirlo: *la devoción a la Stma. Virgen es el apoyo de todo cristiano; pero muy particularmente de los jóvenes;* en nombre de ella, así lo dice el Espíritu Santo: *Si uno es pequeño, venga a mí.*

Nuestro Magone conoció esta importante verdad, y he aquí el modo providencial por el que se sintió invitado a ponerla en práctica.

Cierto día le regalaron una estampa de la Virgen, a cuyo pie se leía: *Venid, hijos míos, y escuchad. Yo os enseñaré el temor de Dios.* El comenzó a pensar seriamente sobre esta invitación; después escribió una carta a su director; en ella le decía que *la Virgen le había hecho oír su voz, que le llamaba a hacerse bueno,* y que ella misma quería señalarle el modo de temer a Dios, de amarlo y de servirlo.

Por lo tanto, empezó a fijarse a sí mismo unas florecillas, que después, sin falta, llevaba a la práctica en honor de la que él comenzó a honrar con los títulos de Madre celeste, divina Maestra, Pastora compasiva.

He aquí los rasgos principales de una devoción filial que él, cada vez con más fervor, practicaba en honor de María.

Cada domingo recibía la santa comunión por aquella alma del purgatorio que mayormente hubiese sentido devoción por la Virgen. Perdonaba de buena gana cualquier ofensa, en honor de María. *El frío, el calor, la desgana, el cansancio, la sed, el sudor y cualesquiera otras incomodidades* por el estilo, propias del tiempo y de las estaciones, *él las convertía en flores y las ofrecía a Dios por manos de su tierna Madre celeste.*

Antes de comenzar a estudiar o a escribir, en el dormitorio o en la clase, sacaba de un libro una estampa de la Virgen en que se podía leer: «Virgen Madre, ayúdame siempre en los estudios».

Vez por vez se encomendaba a ella antes de cualquier trabajo intelectual:

—Yo, cuando encuentro alguna dificultad en los estudios, acudo a mi divina Maestra, y ella siempre me la resuelve.

Un día, un compañero suyo le felicitaba por la buena nota de su ejercicio de clase.

—No me has de felicitar a mí—repuso—, sino a María, que me ayudó y me hizo conocer cosas que en la vida hubiera sabido yo por mi cuenta.

Para poder tener siempre a la vista algún objeto que, durante las ocupaciones ordinarias, le recordase el patrocinio de María, escribía donde le venía mejor: *Sede de la sabiduría, ruega por mí.*

Así que en sus libros, en las pastas de sus cuadernos, sobre el pupitre, sobre los bancos, en la silla y en cualquier sitio a propósito para escribir a pluma o a tiza, se leía: *Sede de la sabiduría, ruega por mí.*

En el mes de mayo de aquel año 1858 se propuso hacer cuanto estuviese a su alcance para honrar a la Virgen. *El control que a lo largo de todo aquel mes mantuvo de sus ojos y lengua y de todos sus sentidos fue perfecto.* Hasta llegó a proponerse renunciar a una parte del recreo, ayunar y pasar algún rato de la noche en oración; pero se le prohibió todo esto por no ser propio de su edad.

Cuando acababa el mes, se presentó al director y le dijo:

—Si a usted le parece bien, quisiera hacer algo muy hermoso en honor de la Madre de Dios. Sé que San Luis agradó mucho a la Virgen porque, de niño, le consagró su castidad. También yo querría ofrecerle este obsequio, y, por lo mismo, *es mi deseo hacer voto de ser sacerdote y de observar perpetua castidad.*

Le replicó el director que no tenía todavía edad para formular votos de tanta importancia.

—Bien—le interrumpió él—, y, sin embargo, siento un gran deseo de entregarme enteramente a María. Estoy seguro de que, si me consagro a ella, ella misma me ayudará a cumplir mis compromisos.

—Lo que tienes que hacer en vez del voto—le aconsejó el director—es limitarte a formular una simple *promesa: abrazarías el estado eclesiástico en el caso de que*, al final de tus estudios de latín, *se vea claro que has sido llamado a él.* Y en cuanto a la castidad, nada de voto; en su lugar, la promesa al Señor de *ser en adelante muy exigente contigo mismo en acciones, palabras y hasta en los chistes* más mínimos que puedan atentar contra esta virtud. Cada día invoca a la Virgen con alguna oración especial para que te ayude a mantener esta promesa.

Le satisfizo esta propuesta y, con mucha ilusión, se comprometió a aprovechar cualquier ocasión para ponerla en práctica.

CAPITULO IX

Su empeño y diligencia en conservar la virtud de la pureza

Además de los consejos prácticos anteriores, había recibido algunos otros recuerdos, a los que dio mucha importancia y que él llamaba padres, custodios y hasta policías de la pureza.

Encontramos esos recuerdos en la carta con que respondió a un compañero suyo, a finales del mismo mes de mayo. Preguntaba el amigo por escrito que cómo se las arreglaba para conservar la reina de las virtudes, la pureza. El propio amigo me entregó la carta. Entresaco lo que sigue:

«Para darte cumplida respuesta, debiera hablar personalmente contigo y decirte de palabra cosas que no es conveniente poner por escrito. Me limitaré a exponerte aquí los más importantes avisos recibidos de mi director; con ellos me asegura que podré conservar la más hermosa de las virtudes.

»Un día me entregó un papel en que decía: 'Lee y practica'. Lo abrí y decía: *Cinco consejos que San Felipe Neri daba a los jóvenes para conservar la virtud de la pureza:* Huir de los malos compañeros. No alimentar con delicadeza el cuerpo. Fuga del ocio. Oración frecuente. Recibir a menudo los sacramentos, especialmente el de la confesión.

»Esto que aquí aparece brevemente expuesto, el director, en otras ocasiones, me lo comentó ampliamente, y te ofrezco su pensamiento tal como se lo oí a él mismo:

»1.° *Ponte con completa confianza bajo la protección de María.* Confía en ella y espera en ella. No se sabe de nadie en el mundo que haya acudido confiadamente a ella y no haya sido escuchado. Ella constituirá tu baluarte durante los asaltos que sin duda ha de desencadenar contra ti el demonio.

»2.° Tan pronto te sientas tentado, ponte a hacer algo inmediatamente. *El ocio y la modestia no pueden estar juntos.* Lo que significa que, si evitas el ocio, de paso vencerás las tentaciones contra esta virtud.

»3.° Besa repetidamente *la medalla o el crucifijo* y haz la señal de la cruz con viva fe diciendo: 'Jesús, José y María, ayudadme a salvar el alma mía'. Estos tres nombres son de lo más terrible y formidable contra el demonio.

»4.° Si todavía continuase el peligro, *acude a la Virgen y* rézale la plegaria que la misma Iglesia nos propone: 'Santa María, Madre de Dios, ruega por mí, pecador'.

»5.° Además de no alimentar con excesiva delicadeza el cuerpo y de *controlar los sentidos,* especialmente el de la vista, abstente de toda clase de malas lecturas. Es más, si alguna lectura indiferente te resulta, *a ti* en particular, de peligro, interrúmpela al punto. En cambio, aplícate a la lectura de buenos libros; entre ellos, prefiere los que hablan de María y del Santísimo Sacramento.

»6.° *Huye de los malos compañeros* y busca a los buenos, que serán aquellos a quienes por su buena conducta alaban los superiores. Conversa de buena gana con esos últimos, juega con ellos y procura además imitarlos en el modo de hablar, en el cumplimiento de los deberes y, más en concreto, en las prácticas de piedad.

»7.° *Confiesa y comulga con la mayor frecuencia* que te permita el confesor, y, en cuanto sea compatible con tus ocupaciones, visita a menudo al Señor en la Eucaristía».

Estos son los siete consejos que Magone llamaba los siete policías de María, destinados a guardar la virtud de la pureza. Para sacar de ellos motivos particulares de fervor, los iba practicando, sucesivamente, uno por semana, añadiendo alguna cosa más en honor de María. Así, el primer consejo iba unido a la consideración del primer gozo de María en el cielo, y esto era para el domingo. El segundo consejo, al segundo gozo, para el lunes, y así sucesivamente. Terminada la semana, a la semana siguiente combinaba los siete consejos con los siete dolores de la Virgen, de modo que el domingo tocaba el primer consejo y el primer dolor, e igualmente en los restantes días.

Puede que alguno diga que semejantes prácticas resultan un tanto ñoñas, pero yo opino que, puesto que el esplendor de esta virtud de que venimos hablando se puede empañar y perder con cualquier soplo de tentación, por pequeño que sea, de igual manera, cualquier medio que contribuya a conservarlo se ha de tener en mucho aprecio. En este orden de cosas yo aconsejaría muy mucho tener cuidado en *no proponer más que medios sencillos, que ni asusten ni fatiguen al fiel cristiano, sobre todo si se trata de jóvenes.* Los ayunos, las oraciones largas y otras prácticas duras por el estilo, acaban por no cumplirse o se hacen de mal humor y de cualquier manera. *Atengámonos a lo fácil, pero hecho bien y con perseverancia.* Este, precisamente, fue *el camino por donde Magone subió a un maravilloso grado de perfección.*

CAPITULO X

Ingeniosos rasgos de caridad hacia el prójimo

Al espíritu de viva fe, de fervor y de devoción a la Santísima Virgen María, juntaba Magone una *inteligente y activa caridad hacia sus compañeros*. Se daba cuenta de que, en el ejercicio de esta virtud, estriba *el medio más eficaz para crecer en el amor de Dios;* de ahí que, muy sabiamente, no desaprovechase ocasión de ponerla en práctica. En las partidas de juego tomaba parte con tanto entusiasmo, que ni él mismo sabía si se encontraba en el cielo o en la tierra; pero en cuanto veía a un compañero parado y con ganas de jugar, le cedía inmediatamente sus objetos de juego, y se iba, feliz, en busca de otro entretenimiento. Yo mismo observé en varias ocasiones cómo interrumpía el juego a canicas o a bochas para ofrecérselas a otros, o cómo descendía de los zancos para que montase un compañero al que él mismo ayudaba con las mejores maneras y entrenaba para que disfrutase sin el menor peligro.

¿Que uno andaba triste? Luego se le acercaba él, le tomaba la mano, le trataba con cariño y le contaba mil cosas. Cuando acertaba a dar con los motivos de la tristeza, se ponía a animarlo con buenas palabras y, si se terciaba, se metía a mediador entre el compañero y el superior, o quien fuese, para ver de arreglar el asunto.

Se sentía verdaderamente feliz cuando podía explicar una dificultad a cualquiera, servirle el agua, hacerle la cama, serle útil en algo.

Tenía un compañero que, en invierno, por sufrir de sabañones, no podía hacer recreo ni copiar sus trabajos, cosas ambas que el chico deseaba muy de veras. Pues Magone le escribía gustosamente los ejercicios y se los pasaba a limpio para que pudiese entregarlos al profesor. Además le ayudaba a desnudarse y a ponerse en cama, y, para colmo, llegó a regalarle sus propios guantes, por ver si de esa manera, al menos, se defendía mejor del frío.

¿Se puede pedir más de un chico de sus años? Fogoso como era de temperamento, ocurría a veces que se dejaba llevar involuntariamente del genio; pero bastaba con decirle: «Bah, Magone, que ésa no es venganza de cristianos», para que en seguida se calmase y humillase, y fuera espontáneamente a pedir perdón al compañero y a decirle que no se escandalizara de su conducta. Y, si bien es cierto que durante los primeros meses

en el Oratorio hubo de ser corregido por sus arranques de genio, también lo es que, *a fuerza de voluntad, llegó a vencerse hasta convertirse en pacificador de sus propios compañeros.* En efecto, tan pronto como surgía una pelea cualquiera, él, por más que fuese algo más *pequeño de estatura,* se interponía entre los que reñían y, de palabra o por la fuerza, trataba de calmarlos.

—¡Un poco de cabeza, señores! —decía—. Tenemos que obrar por razón, no a lo bruto.

Añadía otras veces:

—Si en cuanto Dios se sintiese ofendido echase mano de la fuerza, ¿dónde estaríamos muchos de nosotros...? Luego, si Dios, que es omnipotente, usa de misericordia cuando es ofendido y perdona a quien le hiere, ¿por qué nosotros, miserables gusanos, no hemos de ser razonables y no hemos de tolerar un desaire y hasta un insulto sin pensar en vengarnos inmediatamente?

A otros decía:

—Si somos todos hijos de Dios, todos somos hermanos. Por lo mismo, vengarse del prójimo es dejar de ser hijo de Dios y hacerse, por el odio, hermano de Satanás.

Enseñaba muy a gusto el catecismo. Se ofrecía con la mejor voluntad para atender a los enfermos, e insistía en pasar las noches junto a su lecho cuando necesitaban a alguien. Un compañero, conmovido por los cuidados que repetidamente le había prodigado, le dijo:

—¿Qué puedo hacer por ti, querido Magone, para pagarte las muchas molestias que te has tomado por mí?

—Algo muy sencillo—respondió—. Ofrece una sola vez tus sufrimientos al Señor en penitencia de mis pecados.

Otro compañero, por distraído, había dado más de un disgusto a los superiores. Pues se lo encomendaron encarecidamente a Magone: a ver si él lograba algún cambio en su conducta. Miguel puso manos a la obra. Comienza por hacérselo amigo. Se pone de su parte en los juegos, le hace regalos, le manda recados por escrito; de este modo, sin mentar para nada las cosas de religión, consigue intimar con él.

Aprovechando la oportunidad que le brindaba la fiesta de San Miguel, Magone le dice:

—Dentro de tres días es la fiesta de mi patrono: tendrías que hacerme un regalo.

—¡Claro que te lo haré! Lo que no me ha hecho ninguna gracia es que me lo hayas recordado tú, pues intentaba darte una sorpresa.

—Me he adelantado yo porque querría que el regalo fuera de mi gusto.

—¡Bueno, tú mismo! Haré lo que sea por complacerte.

—Así que, ¿estás decidido?

—Pues sí.

—¿Aunque te cueste algún sacrificio?

—Aunque me cueste. Te doy mi palabra.

—Pues me gustaría que el día de San Miguel me regalases una buena confesión; y, si te sientes preparado, una buena comunión también.

En fuerza de las repetidas promesas, el compañero no osó oponerse a aquel proyecto amistoso; se atuvo a lo prometido, y los tres días que quedaban para la fiesta los empleó en especiales ejercicios de devoción.

Magone se desvivía para llevar al compañero a prepararse para aquella fiesta espiritual. El día fijado, los dos juntos se acercaron a los sacramentos con gran satisfacción de los superiores y edificación de todos los compañeros.

Magone pasó todo aquel día en santa alegría con su amigo. Al atardecer le dijo:

—No ha estado mal la cosa. Yo he quedado realmente contento. ¡De verdad me has dado un alegrón! Y tú, ¿no has quedado satisfecho del día?

—Satisfechísimo, particularmente porque me he preparado muy bien. Te agradezco la invitación que me hiciste. Si aún tuvieses algún consejo que darme, encantado te lo aceptaré.

—Pues sí que lo tengo; porque solamente ha pasado la mitad de la fiesta. Aún falta la otra mitad, y me gustaría que tu regalo fuese entero. Querido amigo, de un tiempo a esta parte tu conducta no es la que debiera. Tu modo de entender la vida de colegio no convence a los superiores y, en cambio, aflige a tus padres y resulta un engaño para ti mismo. A ti, en efecto, te quita la paz del corazón y, para colmo, al final de todo, habrás de responder a Dios del tiempo que pierdes. En adelante, pues, déjate de hacer el vago; lo que no quita que puedas entregarte a la alegría con tal que no descuides tus obligaciones de estudiante.

El compañero, sólo vencido a medias hasta entonces, quedó suyo por completo, se convirtió en amigo fiel de Magone, se dio a imitarlo en el cumplimiento de los deberes y, ahora, tanto por su aplicación como por su conducta, constituye un auténtico consuelo para cuantos le tratan.

He querido referir este hecho con todas sus circunstancias para que resplandezca en su verdadera intensidad la cari-

dad de Magone, y también porque quise que constara íntegra la relación que me hizo el compañero en cuestión.

CAPITULO XI

Pintorescas ocurrencias de Magone

Todo lo relatado hasta aquí son cosas sencillas y fáciles de imitar. Añadiré a continuación unos cuantos hechos y dichos interesantes; dignos, por su amenidad y gracia, más bien de admiración que de imitación. No obstante, que sirvan, de paso, para poner una vez más de relieve *la bondad de corazón y la valentía apostólica* de nuestro simpático joven.

Entre otros muchos, he aquí algunos de los que yo mismo fui testigo. Estaba, en cierta ocasión, en plena charla con sus compañeros, cuando algunos de ellos hicieron derivar la conversación hacia temas que un chico bien educado y cristiano no puede tocar. Magone escuchó unas cuantas palabras y, sin más, se llevó los dedos a la boca y produjo un tal silbido, que hizo retemblar la caja craneal de todos los que estaban allí.

—¿Pero qué haces?—le dijo uno—. ¿Es que estás loco?

La contestación de Magone fue dar otro silbido más fuerte.

—¿Dónde tienes la educación?—respingó el otro—. ¿Es éste modo de tratar a nadie?

Magone entonces contestó:

—Si vosotros hacéis el loco hablando mal, ¿no lo puedo hacer yo para impedir vuestras malas conversaciones? Si os saltáis las normas de urbanidad tratando de estas cosas, ¿no voy a poder saltármelas yo para evitarlo?

«Aquellas palabras—confiesa uno de aquellos compañeros—hicieron en nosotros el efecto de un buen sermón. Nos miramos unos a otros, y nadie pudo seguir hablando. Se trataba de murmuraciones. En adelante, si veíamos a Magone entre nosotros, nos guardábamos muy bien de soltar ciertas expresiones; no fuera a ponernos en conmoción nuestros cerebros con uno de sus temibles silbidos».

Acompañando en cierta ocasión por la ciudad a su superior, llegó a la plaza del Castillo, donde oyó blasfemar a un golfo que pronunciaba indignamente el santo nombre de Dios. Aquellas palabras le sacaron de quicio. Sin pensar para nada en el

lugar ni en el peligro, se acerca en dos saltos al blasfemo y le propina dos sonoras bofetadas, mientras le increpa:

—¿Así se trata el nombre de Dios?

Pero el mozalbete, que era más grande que él, sin darse a reflexiones morales, azuzado por sus compañeros e irritado por lo que suponía aquella pública ofensa y por la sangre que le brotaba de las narices, arremetió furiosamente contra Magone. Allí hubo de todo: patadas, puñetazos, bofetones..., y en tanta abundancia que a ninguno de los dos le quedaba tiempo de respiro. Afortunadamente, corrió el superior, que se interpuso entre ambos para poner paz, y aunque no fue nada fácil, consiguió finalmente establecerla a gusto de los dos. Cuando Magone fue dueño de sí, se percató de su imprudencia al tratar de corregir tan poco amablemente a aquel deslenguado. Se arrepintió de su arranque de genio y resolvió ser más cauto en adelante y contentarse, en estos casos, con amigables reconvenciones.

Otra vez, estaban sus camaradas haciendo comentarios sobre la eternidad del infierno cuando se le ocurrió decir a uno de ellos en plan de chanza:

—¡Bueno, nada de ir allí, naturalmente; pero si vamos, paciencia!

Miguel, como si nada hubiera oído, se alejó del corro y se fue corriendo a buscar una cerilla. Volvió, la encendió y, comoquiera que el compañero que había pronunciado la frase tenía las manos a la espalda, ni corto ni perezoso le aplicó la llama a un dedo.

—Pero ¿qué haces, bruto?—gritó en seguida el interesado—. ¿Pero estás loco?

—Nada de loco—comentó él—; sólo quería ver hasta dónde alcanza tu heroica paciencia. Si tan capaz eres de soportar las penas del infierno por toda una eternidad, no veo por qué no puedas aguantar por un instante una cerilla.

Soltaron todos la carcajada, mientras comentaba el chamuscado en alta voz:

—Sí, chico, se debe estar bastante mal en el infierno.

Otros compañeros quisieron, una mañana, llevárselo consigo e irse a confesar a otro lugar y con un confesor desconocido; alegaban para ello mil pretextos.

—No—les contestó—; sin permiso de los superiores no voy a ninguna parte. Además que no soy ningún bandido. Los bandidos siempre están temblando de temor a que los reconozca la policía; de ahí que anden en lugares y entre personas desconocidos. Yo tengo mi confesor, y a él se lo cuento

todo, lo gordo y lo pequeño, sin ningún miedo. Vuestro plan de ir a confesaros a otra parte demuestra o que las habéis hecho muy gordas o que tenéis en poco a vuestro confesor; en cualquier caso no hacéis bien en escapar de casa sin permiso. Si lo que deseáis es cambiar de confesor, yo os aconsejo ir, como iría yo, a cualquiera de los sacerdotes que los sábados y días de fiesta vienen a escuchar confesiones de chicos en el Oratorio.

En todo el tiempo que anduvo entre nosotros, sólo una vez fue de vacaciones a su casa. Después, y a pesar de mi insistencia, no hubo manera de hacerle volver, por más que su madre y su familia, a los que amaba tiernamente, le estuvieran esperando. Cuando se le preguntaba el motivo, él, bromeando, esquivaba siempre la contestación.

Un día acabó por descubrir el secreto a un compañero suyo:

—Ya fui una vez—le dijo—, pero en adelante, como no me obliguen, no volveré más.

—¿Y por qué razón?—inquirió el compañero.

—Porque allí continúan los peligros de siempre. Los lugares, las diversiones y los compañeros me arrastran a la vida de antaño, y a mí no me gusta.

—Es que se ha de ir con buena voluntad y se han de poner en práctica los avisos que dan los superiores antes de salir.

—La buena voluntad es una niebla que se desvanece entre las manos en cuanto me alejo del Oratorio. Los avisos me son útiles durante algunos días; después los amigos me los hacen olvidar.

—¡Vaya! Según esa teoría tuya, nadie debiera ir a casa de vacaciones ni a ver a sus propios padres.

—Según mi teoría, que vaya, si quiere, de vacaciones quien se sienta en condiciones de vencer los peligros; yo, por mi parte, no tengo bastante suerte, y opino además que, si pudiésemos vernos por dentro unos a otros los compañeros, nos daríamos perfecta cuenta de que muchos parten con alas de ángel hacia sus casas y vuelven con cuernos de demonio.

Solía venir a visitar a Magone uno de sus amigos de otro tiempo. Magone andaba buscando el modo de ganarlo para el bien; pero aquél, amén de resistirse con otras excusas, un día le objetó que conocía a una persona nada practicante en cosas de religión y que, sin embargo, se la veía estupendamente de salud, bien gorda y bien fuerte. Miguel lo tomó por la mano y se lo llevó al patio, donde el carretero descargaba materiales de construcción, y le habló así:

—¿Ves ese mulo? Ahí lo tienes tan gordo y tan rollizo, y,

que yo sepa, nunca se confesó ni fue a una iglesia. ¿Y te empeñas en ser un animal como ése, sin alma ni razón? Ya ves su destino: trabajar para el amo todos los días de su vida y, al final, acabar convertido en estiércol de sus campos.

El amigo calló, mortificado, y se guardó mucho en adelante de esgrimir este tipo de argumentos para eximirse de sus deberes religiosos.

Podría traer otras muchas anécdotas de esta clase, pero las omito. Basten las narradas para darse perfecta idea de la *bondad de su corazón* y de la enemiga que sentía contra el mal, hasta el punto de caer en *excesos de celo por tratar de impedir la ofensa de Dios.*

CAPITULO XII

Vacaciones en Castelnuovo de Asti. Virtudes que practicó entonces

Como quiera que nuestro Miguel iba a disgusto de vacaciones a su casa, decidí enviarlo a Murialdo, pequeña aldea perteneciente a Castelnuovo de Asti, para que se restableciese un tanto de sus fatigas del curso. Con alguna frecuencia suelen ir allá a disfrutar del campo aquellos chicos de este Oratorio que no tienen parientes o sitio a propósito para pasar las vacaciones de otoño.

Como premio y en atención a su buena conducta, decidí adelantar la salida y elegírmelo como compañero, junto con algunos otros. Durante el camino tuve ocasión de departir largamente con el simpático joven, *y pude descubrir en él un grado de virtud para mi inesperado.* Paso por alto las interesantes y en verdad edificantes conversaciones mantenidas con él en aquella ocasión. Me limito únicamente a exponer hechos que nos revelan nuevas virtudes de su alma; de modo particular, la virtud de la gratitud.

Nos cogió la lluvia por el camino, y llegamos a Chieri completamente empapados de agua. Fuimos a refugiarnos a casa del caballero Marcos Gonella, quien, por cierto, acostumbraba a acoger con gran bondad a nuestros jóvenes a la ida o vuelta de Castelnuovo.

En pocos momentos nos proporcionó ropa para cambiarnos, y a continuación improvisó toda una comida de gran se-

ñor, a la que nosotros correspondimos con un apetito digno del caso.

Después de descansar un buen rato, reanudamos la marcha. Habíamos caminado un buen espacio cuando Magone comenzó a quedarse atrás. Un compañero que se le acercó por creerlo muy cansado, notó que hablaba en voz baja.

—Magone, tú estás cansado, ¿no es cierto?—le dijo—. Tus piernas acusan la fatiga del viaje.

—¡De cansado, nada! Me atrevería a llegar hasta Milán.

—¿Y qué andas murmurando? Pues se te oye hablar solo.

—Voy rezando el rosario a la Virgen por ese señor que nos ha tratado tan bien. Al no tener otra manera de recompensarlo, rezo al Señor y a la Virgen para que ellos derramen copiosamente sus bendiciones sobre su casa y les devuelvan cien veces lo hecho por nosotros.

Conviene hacer notar, de paso, que *semejantes pruebas de gratitud las daba aun por los más pequeños favores;* sobre todo para con sus bienhechores personales se mostraba particularmente sensible. Si no temiese fatigar al lector, traería algunas cartas y algunos papeles de los muchos que me escribió para exteriorizarme su gratitud por haberlo acogido en esta casa. Solamente apuntaré una cosa: había tomado por costumbre hacer a diario una visita y recitar además cada mañana un padrenuestro, avemaría y gloria por cuantos de un modo u otro le hubiesen hecho beneficios.

Muchas veces me estrechaba afectuosamente la mano y, mirándome con los ojos bañados en lágrimas, me decía:

—*No sé cómo expresarle mi agradecimiento por la gran caridad que me hizo aceptándome en el Oratorio.* Trataré de pagárselo con mi conducta ejemplar y rogándole a Dios que le bendiga a usted y todas sus empresas.

Mencionaba con ilusión a sus maestros y a todas aquellas personas que habían contribuido a que viniese al Oratorio, y también a cuantos de un modo u otro le seguían prestando ayuda. Lo hacía con gran respeto, sin *avergonzarse nunca ni de su pobreza ni de su gratitud.*

Me duele—se le oyó decir más de una vez—no contar con medios para demostrar mi gratitud como quisiera; pero, eso sí, me doy perfecta cuenta de todo el bien que se me hace: no soy de los que se olvidan de sus bienhechores. Mientras viva pediré yo por los míos, para que el Señor los recompense con largueza.

Estos mismos sentimientos expresó en otra ocasión hacia el párroco de Castelnuovo de Asti cuando éste invitó a nues-

tros jóvenes a una agradable comida. Por la tarde me dijo:

—Si le parece, mañana ofreceré la comunión por el señor cura, que nos ha proporcionado un día tan estupendo.

No sólo se le permitió hacerlo a él, sino que se invitó a los demás a seguir su ejemplo; costumbre, por lo demás, seguida en nuestra casa en favor de los bienhechores.

Cuando las vacaciones de Murialdo, pude observar también otro rasgo de virtud digno, a mi juicio, de ser referido aquí.

Un día, nuestros jóvenes fueron a divertirse al bosque vecino: quién buscaba castañas; quiénes setas; otros nueces; algunos se dedicaban a amontonar hojas, etc. Era un modo agradable de pasar el tiempo. Estaban todos entregados a estas diversiones cuando Miguel se separó de ellos y, muy callandito, volvió a la casa parroquial. Uno, al verlo, le siguió, pensando que pudiese estar enfermo. Miguel, seguro de no ser notado, entra en la casa, evita el encuentro con cualquier otra persona y va derechamente a la iglesia. Su seguidor lo encontraría en ella solo, de rodillas ante el Santísimo Sacramento, en envidiable oración. Preguntado después sobre el motivo de aquella inesperada ausencia, contestó con franqueza:

—Tengo verdadero miedo de caer en pecado. De ahí mis visitas a Jesús Sacramentado para suplicarle ayuda y fortaleza con que perseverar en su santa gracia.

Por aquellos mismos días ocurrió también otro episodio que hace al caso. Una noche, cuando nuestros chicos se iban a dormir, oí que alguien lloraba. Me acerco con cuidado a la ventana y descubro a Miguel, en un ángulo de la era, mirando a la luna y llorando entre suspiros.

—¿Qué te ocurre, Miguel? ¿Te sientes mal?—le digo.

El, que creía estar solo, se turbó y no acertaba a responder. Pero, al insistir yo, contestó con estas precisas palabras:

—Lloro al observar cómo la luna aparece con inalterable regularidad después de tantos siglos para alumbrar en medio de las tinieblas de la noche, sin permitirse jamás una desobediencia al Creador; yo, en cambio, dotado de razón, que debiera haber sido exacto cumplidor de las leyes de Dios, le he desobedecido mil veces y le ofendí de mil maneras a pesar de mis pocos años.

Dicho esto, se puso a llorar de nuevo. Lo consolé lo mejor que pude, se calmó poco a poco y se fue a descansar.

Causa, ciertamente, admiración encontrar un juicio y un

criterio de tanta altura en un muchacho de catorce años escasos; no obstante, ésa es la realidad. Podría aducir otros muchos hechos: todos ellos prueban la capacidad de Magone para formular reflexiones muy superiores a su edad y su facilidad para *descubrir en todo la mano del Creador y la obligación de toda criatura de prestarle obediencia.*

CAPITULO XIII

Su preparación a la muerte

Después de las vacaciones de Castelnuovo de Asti, nuestro Miguel vivió unos tres meses. Era más bien *pequeño de cuerpo, pero sano y robusto. De ingenio despierto* y de buena inteligencia, hubiese podido seguir con éxito cualquier carrera. Era *muy estudioso,* y se le veía progresar a ojos vistas. Tocante a la piedad, llegó a tal grado que *a sus años no había nada que quitar ni poner para poderlo convertir en modelo de la juventud.* Nervioso, pero bueno y devoto, tenía en mucho aprecio los pequeños actos de devoción. Los hacía con alegría, con naturalidad y sin caer en escrúpulos. El resultado era que, *por su piedad, su aplicación y su trato amable, todos le querían mucho. Y por su carácter vivo y su compañerismo se había convertido en el ídolo del juego.*

¡Ojalá que un modelo así, de vida cristiana, hubiese permanecido en este mundo hasta la más avanzada vejez, porque, tanto *en el estado sacerdotal,* al que se sentía inclinado, *como en el estado seglar, hubiese reportado grandes bienes a la religión y a la sociedad!* Pero Dios tuvo otros planes y decidió tomar esta flor del jardín de la Iglesia militante para trasladarla a la Iglesia triunfante.

El propio Magone, sin sospechar la muerte que lo acechaba, se iba preparando con un *estilo de vida cada vez más ejemplar.*

La novena de la Inmaculada la celebró particularmente con gran fervor; conservamos escritos los propósitos a cumplir que se fijó para aquellos días. Son de este estilo:

«Yo, Miguel Magone, quiero hacer bien esta novena y me propongo:

»1.° Despegar mi corazón de todas las cosas del mundo para entregarlo a la Virgen.

»2.° Hacer una confesión general para tener mi conciencia tranquila a la hora de la muerte.

»3.° Dejar cada mañana el desayuno en penitencia de mis pecados o recitar los siete gozos de la Virgen para merecer su patrocinio durante mi agonía.

»4.° De acuerdo con el confesor, comulgar diariamente.

»5.° Narrar a mis compañeros todos los días un ejemplo en honor de la Virgen.

»6.° Pondré estos propósitos, escritos, al pie de la imagen de la Virgen, y, por el hecho de hacerlo, entenderé consagrarme todo a ella. En lo sucesivo es mi voluntad pertenecerle enteramente, hasta el último instante de mi existencia».

Todo ello se le permitió hacer, salvo la confesión general, pues la había hecho poco tiempo atrás. Y en vez de dejar el desayuno se le aconsejó que recitara diariamente una oración por las almas del purgatorio.

Realmente *causó asombro la conducta de Magone durante los días de la novena. Era presa de una alegría extraordinaria.* Andaba siempre atareado en contar ejemplos edificantes y en que otros se los contasen; y en reunir a cuantos compañeros podía para llevarlos a rezar ante el sagrario y ante el altar de la Virgen. Durante la novena iba regalando, con gran desprendimiento, frutas, caramelos, comestibles, folletos, estampas, medallas, crucifijos y otras cosas que le habían regalado a él. Los regalaba a ciertos compañeros un tanto disipados. Y lo hacía, bien para premiarles porque iban mejorando de conducta a lo largo de la novena, o para comprometerlos a que participasen en los ejercicios de piedad que les proponía.

Con parecido fervor celebró la novena y fiesta de Navidad.

—Quiero—decía al comenzar la novena—echar mano de todos los medios para hacer bien esta novena, y confío en que Dios use conmigo de su misericordia y en que el Niño-Dios también nazca en mi corazón con sus gracias.

El último día del año, el director de la casa estaba sugiriendo a todos los jóvenes que dieran gracias a Dios por los beneficios recibidos a lo largo del año a punto de terminar. Y los animaba a comprometerse a pasar el año que empezaba en gracia de Dios. «Porque—añadía—quizás para alguno de nosotros sea el último». Y mientras pronunciaba esta frase tenía puesta la mano sobre el más cercano de todos: Magone.

—Entendido—dijo éste lleno de estupor—. Se ve que me toca a mí hacer las maletas para la eternidad. De acuerdo. Las tendré preparadas.

Tales palabras excitaron la hilaridad de todos; pero los compañeros tomaron buena nota, y Magone se cuidó de recordar de cuando en cuando aquella extraña broma. A pesar de ello, *su alegría y jovialidad no sufrieron en lo más mínimo*, y siguió como si nada cumpliendo sus obligaciones con absoluta ejemplaridad.

Entretanto se acercaba el último día de su vida, y Dios quería dárselo a entender más claramente.

El 16 de enero, domingo, los jóvenes que componían la compañía del Santísimo, a la que pertenecía Magone, comenzaron su reunión como cualquier día festivo. Hechas las acostumbradas oraciones y la lectura prescrita, y dados los avisos del caso, uno de los asistentes tomó la bolsa de las florecillas (esto es, de las papeletas con las máximas que se proponían para ser practicadas en la semana siguiente), y fue ofreciéndolas a todos. Cada uno extrajo la que le cupo en suerte. Magone, a su vez, saca una y encuentra escritas en ella estas solemnes palabras: «En el juicio me encontraré a solas con Dios». Las lee y, profundamente impresionado, lo comunica a sus compañeros, diciendo:

—Es, pienso yo, un aviso de Dios; como una cita para que me vaya preparando.

Luego buscó al superior y le enseñó la papeleta ansiosamente, repitiendo que para él aquello era la llamada de Dios, que le citaba a comparecer ante él. El superior le exhortó a estar tranquilo y a prepararse no en virtud del contenido de la papeleta, sino en fuerza de las recomendaciones hechas por Cristo a todos en el Evangelio de estar siempre preparados.

—¡Bien, sí; pero dígame cuánto he de vivir todavía!

—Viviremos todos hasta que Dios lo quiera.

—Mas yo, ¿viviré el año entero o no?—dijo nervioso y algo conmovido.

—¡Calma, no te inquietes! Nuestra vida la tenemos en las manos del Señor, y él es un padre bueno. El sabrá hasta cuándo convenga conservárnosla. Por otra parte, para salvarse, no es menester saber cuándo hemos de morir, sino estar preparados con buenas obras.

—Entonces—comentó tristemente—, si usted no quiere decírmelo, es señal de que está próximo mi fin.

—No creo que esté tan próximo—dijo el director—; pero,

puestos en ese caso, *¿tanto miedo tienes de hacerle una visita a la Virgen en el cielo?*

—Tiene usted razón.

Y recuperando su jovialidad de siempre, se fue a jugar.

El lunes, el martes y la mañana del miércoles se mostró constantemente de buen humor, sin delatar cambio alguno en su salud, desempeñando a la perfección sus deberes. Mas, después de la comida del miércoles, ya lo observé parado debajo del balcón, ocupado en ver cómo jugaban los otros, pero sin participar él. *Aquello no había ocurrido nunca.* Era señal clara de que no andaba bien de salud.

CAPITULO XIV

Su enfermedad y circunstancias que la acompañaron

La tarde del miércoles, 19 de enero de 1859, yo mismo le pregunté si le pasaba algo. Me respondió que nada, que únicamente las lombrices, su enfermedad de siempre, le molestaban más de lo ordinario. Nos limitamos a darle de beber una medicina apropiada. Se fue a dormir y pasó tranquilo la noche.

A la mañana siguiente se levantó a la hora de todos; tomó parte en las prácticas de piedad e hizo con algunos más la comunión por los agonizantes, según costumbre suya de todos los jueves. Mas al ir a tomar parte en los juegos, ya no pudo; se sentía muy cansado: las lombrices no le dejaban respirar.

Se le aplicaron algunas medicinas clásicas en este tipo de enfermedades y fue visitado por el médico. Al no encontrar ningún síntoma de enfermedad, el doctor ordenó continuar el mismo tratamiento. Su madre, que se encontraba en Turín, vino a verlo y manifestó que su hijo venía padeciendo desde niño del mismo mal, y que las medicinas aplicadas eran precisamente las que ella había empleado otras veces.

El viernes por la mañana intentó levantarse con la ilusión de hacer la comunión, según su costumbre, en honor de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, para obtener una buena muerte. Mas no se le permitió, pues había empeorado. Como hubiese evacuado muchas lombrices, se le ordenó seguir con las mismas medicinas, añadiendo algún otro específico para facilitarle la respiración.

Hasta aquí ningún síntoma de peligro se había presentado. El peligro comenzó a aparecer hacia las dos de la tarde, cuando lo fui a visitar y reparé en que a la dificultad de respiración se había añadido la tos, y en que la expectoración se teñía de sangre. Preguntado cómo se encontraba, contestó no sentir otro mal que cierta opresión de estómago, producida por las lombrices del intestino. Pero yo me di perfecta cuenta de que la enfermedad cambiaba de rumbo y se agravaba peligrosamente. Por esto, y por no exponernos a errar en la administración de medicinas, llamamos inmediatamente al médico. Mientras llegaba, su madre, buena cristiana, le dijo:

—Miguel, mientras viene el médico, ¿no crees que podrías confesarte?

—Como quiera, mamá. Confesé ayer mismo por la mañana y comulgué; pero como veo que la enfermedad es grave, con gusto volveré a confesar.

Se preparó durante unos instantes e hizo su confesión. A continuación, con semblante sereno, me dijo, chanceando, en presencia de su madre:

—¿No será esto, más que un ejercicio de la buena muerte, una preparación para la mía?

—¿Qué prefieres—le interrumpí yo—: curar o irte al cielo?

—El Señor sabe lo que más me conviene. Que sea lo que él quiera.

—¿Y si el Señor te diese a elegir entre sanar o ir al paraíso?

—¿Quién es tan tonto para no elegir el paraíso?

—*¿Deseas, pues, irte al cielo?*

—Sí, lo deseo. *Con toda el alma. De un tiempo a esta parte se lo pido continuamente a Dios.*

—De depender de ti, ¿cuándo te irías?

—Ahora mismo, si ésa fuese la voluntad de Dios.

—Bien. Digamos todos: 'En la vida y en la muerte, y siempre, hágase la santa y adorable voluntad de Dios'.

Llegó en aquel preciso momento el médico y halló que, efectivamente, la enfermedad había cambiado de aspecto.

—Está mal la cosa —observó—. Se trata de un derrame de sangre en el estómago; no sé si lo podremos atajar.

Se hizo cuanto la ciencia aconseja en tales casos: sangrías, bebidas especiales, de todo se echó mano en un esfuerzo por detener la sangre, que, peligrosamente, le dificultaba la respiración. Todo fue inútil.

A las nueve de aquella noche, 21 de enero de 1859, él

mismo expresó deseos de recibir la comunión antes de morir.

—Con tanta mayor razón cuanto que esta mañana no pude hacerlo—dijo.

Estaba impaciente por recibir a aquel Jesús que de tiempo atrás venía acogiendo en su pecho con una frecuencia ejemplar.

En el momento de empezar el rito de la administración me dijo en presencia de todos:

—Recomiéndeme a las oraciones de mis compañeros. Que recen para que Jesucristo resulte de verdad para mí viático y compañero hacia la eternidad.

Recibida la sagrada hostia, dio gracias con uno de los asistentes.

Pasado un cuarto de hora, dejó de recitar las oraciones que se le sugerían y, al no pronunciar palabra, temimos le hubiera sobrevenido algún desfallecimiento repentino. Pero, a los pocos minutos, risueño y como en broma, nos hizo señal de que le escucháramos. Dijo:

—En la papeleta aquella del domingo pasado había una equivocación. Decía: 'En el juicio estarás a solas con Dios'. No es cierto. No estaré solo. Estará también la Virgen conmigo, que me asistirá. No tengo ya ningún miedo. Que sea cuando quiera. *La Madre de Dios me acompañará personalmente en el juicio.*

CAPITULO XV

Sus últimos momentos y su preciosa muerte

Eran las diez de la noche, y la enfermedad se agravaba por momentos. En consecuencia, ante el temor de que muriese aquella misma noche, resolvimos que el sacerdote Zattini, un clérigo y un joven enfermero pasasen con él la primera mitad de la noche, y don Alasonatti [1], prefecto de la casa, otro clérigo y otro enfermero, la otra mitad, hasta que amaneciese. En cuanto a mí, no sospechando un peligro inmediato, dije al enfermo:

[1] Este virtuoso sacerdote, tras una vida consumida del modo más ejemplar en el sagrado ministerio y en múltiples obras de caridad, después de una larga enfermedad, moría en Lanzo el 8 de octubre de 1865.

Se está escribiendo en estos momentos una biografía suya; esperamos que resulte grata a sus amigos y a cuantas personas tengan a bien leerla.

—Magone, trata de descansar un poco. Yo me voy a la habitación, pero volveré en seguida.

—No—me respondió—, no me deje.

—Sólo voy a rezar un poco el breviario y en seguida me tendrás a tu lado.

—Vuelva lo antes que pueda.

Dejé encargo al marchar de que me llamaran al menor peligro. Lo amaba entrañablemente y deseaba encontrarme a su lado en el momento de la muerte.

No había aún llegado a mi cuarto y me dicen que vuelva inmediatamente. El enfermo parecía entrar en agonía.

Efectivamente era así; el mal avanzaba inexorablemente. En vista de ello, don Agustín Zattini le administra la extremaunción.

El enfermo se hallaba en plena lucidez de mente. Intervino, respondiendo, en todas las partes del rito de administración de este sacramento. Es más, se empeñó en añadir por su cuenta algunas jaculatorias a cada unción. Recuerdo que, al ungirle la boca, dijo: «Dios mío, si hubieses extirpado esa lengua mía la primera vez que te ofendí, ¡qué afortunado me consideraría en este momento! ¡Cuántos pecados menos tendría! Dios mío, perdóname cuantas faltas cometí con la boca: me arrepiento de ellas con todo el corazón».

A la unción de las manos, añadió:

—¡Cuántos puñetazos di a mis compañeros con estas mismas manos! Dios mío, perdóname estos pecados y ayuda a mis compañeros a ser mejores que yo.

Terminada la administración del sacramento, le dije si llamábamos a su madre, pues se había ido a descansar un poco a una habitación porque tampoco creía que la enfermedad fuese grave.

—No—respondió—, mejor es que no la llamen. ¡Pobre madre mía! Me quiere tanto que sufriría demasiado al verme morir, y eso me daría mucha pena. ¡Que el Señor la bendiga! Cuando me encuentre en el cielo he de rezar mucho por ella.

Se le exhortó a que se tranquilizase un poco y se preparara a recibir la bendición papal con indulgencia plenaria. A lo largo de su vida había mostrado un gran aprecio por todas las prácticas religiosas enriquecidas con indulgencias y había hecho todo lo que estaba en su mano por beneficiarse de ellas. De ahí que recibiera con verdadera ilusión la proposición de recibir la bendición papal.

Tomó parte en todas las oraciones que la acompañan, y él mismo quiso recitar el acto de dolor. Pronunciaba las pala-

bras con tanta unción y penetrado de tan vivos sentimientos de fe, que todos los circundantes nos conmovimos hasta derramar lágrimas.

Luego, viéndole como con deseos de dormir, lo dejamos tranquilo; pero despertó a los pocos momentos. Estábamos asombrados del caso: *el pulso indicaba que estaba a las puertas de la muerte, y, sin embargo, su aire sereno, su jovialidad y el perfecto estado de su razón eran de una persona en completa salud.* Y no es que él no sintiese molestia alguna, pues la trabajosa respiración que se produce cuando se rompe una víscera ocasiona un sufrimiento general; lo que pasaba es que nuestro Miguel había pedido a Dios tener en esta vida el purgatorio debido a sus pecados para así poder ir a la gloria sin tropiezo alguno. Este pensamiento era lo que le hacía sufrir con alegría. Es más; *el mismo mal, que normalmente debiera haberle producido angustia y sofoco, le causaba gozo y alegría.*

En fin, que, por especial favor de nuestro Señor Jesucristo, *no sólo parecía insensible al mal, sino que incluso experimentaba grandes consuelos en los mismos sufrimientos.* Ni era preciso sugerirle pensamientos piadosos, porque él mismo, de cuando en cuando, se ponía a rezar jaculatorias.

Eran las once menos cuarto cuando, llamándome por mi nombre, me dijo:

—Llegó el momento. Ayúdeme.

—Estate tranquilo —le respondí—; no me apartaré de tu lado hasta que te vayas con el Señor a la gloria. Pero ya que hablas de irte de este mundo, ¿no quieres despedirte de tu madre?

—No, no quiero ocasionarle tanto dolor.

—¿Y no me encargas nada para ella?

—Sí; dígale a mi madre que perdone todos los disgustos que le di a lo largo de mi vida, pues yo estoy arrepentido. Dígale que la quiero mucho, que siga adelante en su vida ejemplar. Que yo muero contento; que me voy de este mundo con el Señor y la Virgen y que la estaré esperando allá arriba en el paraíso.

Estas palabras hicieron saltar las lágrimas a todos los presentes. Yo, animándome, y para ocupar en santos pensamientos aquellos momentos preciosos, de cuando en cuando le hacía preguntas:

—¿Quieres que diga algo a tus compañeros de tu parte?

—*Que se esfuercen en hacer buenas confesiones.*

—De cuanto hayas podido hacer en tu vida, ¿qué es lo que te produce en este momento más alegría?

—Lo que hice en honor de la Virgen. Sí, ésta es la mayor de las alegrías. *¡Oh María, qué felices son tus devotos en punto de muerte!* Pero—continuó—una cosa me inquieta: cuando mi alma se separe del cuerpo y esté a punto de entrar en el cielo, ¿qué tengo que hacer? ¿A quién he de acudir?

—Si la Virgen ha resuelto acompañarte en el juicio, déjale hacer a ella. Pero, antes de que vayas al cielo, querría hacerte un encargo.

—Diga usted; haré lo imposible por darle gusto.

—Cuando estés en el paraíso y veas a la Virgen María, salúdale humilde y respetuosamente de mi parte y de parte de cuantos vivimos en esta casa. Ruégale que tenga a bien bendecirnos, que nos acoja a todos bajo su protección poderosa y haga de modo que ninguno de los que estamos aquí, o de los que la Providencia ha de mandar a esta casa, se condene.

—Con mucho gusto cumpliré este encargo. ¿Algo más?

—De momento nada más. Ahora descansa un poco.

Efectivamente, parecía dormir. Pero por más que conservase el uso de la palabra y se le viese tranquilo, su pulso señalaba una muerte próxima. En vista de ello, comenzamos a recitar el *Sal, alma cristiana*. Estábamos a la mitad de la lectura y, como si despertara de un profundo sueño, me dice con el rostro sereno y la sonrisa en los labios:

—Dentro de unos momentos cumpliré su encargo. Lo haré muy bien, ya verá. *Diga a mis compañeros que los espero en el cielo.*

A continuación, estrechó entre sus manos el crucifijo, lo besó tres veces y pronunció sus últimas palabras: «Jesús, José y María, entrego en vuestras manos el alma mía».

Y, dibujando sus labios una sonrisa, expiró.

Aquella afortunada alma abandonaba este mundo para volar al cielo, como piadosamente esperamos, a las once de la noche del 21 de enero de 1859. Apenas si tenía catorce años.

No hubo propiamente agonía. Ni siquiera se le notó agitación alguna, pena o sofoco, o sufrimiento de los que suelen acompañar la terrible separación de alma y cuerpo. Yo no sabría cómo llamar la muerte de Magone, a no ser que dijera haber sido como *un sueño de dicha* que le transportó de los dolores de esta vida a la feliz eternidad.

Los presentes llorábamos más por emoción que por pena, pues, si a todos nos dolía su separación, todos envidiábamos su suerte.

Don Zattini, al que me referí más arriba, dejando que rebosasen los afectos de su corazón, pronunció estas graves palabras:

—¡Oh muerte! ¡Tú no eres castigo para las almas inocentes, sino la mano bienhechora que les abre las puertas de los goces imperecederos! ¡Ojalá pudiese yo estar en tu lugar, mi querido Magone! En este momento, tu alma habrá pasado ya el juicio de Dios y, llevada de la mano de María, estará llegando a la gloria inmensa del cielo. Querido Magone: ¡que seas eternamente feliz! Encomiéndanos a nosotros, pues que también nosotros, en prenda de amistad, elevaremos preces al Señor para asegurar aún más tu eterno descanso.

CAPITULO XVI

Exequias. Funeral de trigésima. Conclusión

Muy temprano la madre de Miguel se acercó a la habitación de su hijo para enterarse de su estado. ¡Cuál no fue su dolor cuando se le dijo que había muerto! Aquella cristiana mujer se quedó un momento inmóvil, sin acertar a decir palabra ni a respirar. Por fin prorrumpió en estos lamentos:

—Gran Dios, tú eres Señor de todo... Querido Miguel, te ha tocado morir... Toda la vida lloraré en ti la pérdida de un hijo; mas le doy gracias a Dios porque te concedió morir en este lugar en medio de tantas atenciones y con una muerte tan preciosa a los ojos del Señor. Descansa en paz con Dios, reza por tu madre, que tanto te quiso en esta vida, y que ahora, que te cree en el cielo, te ama más todavía. Mientras viva no dejaré de pedir por el eterno descanso de tu alma, y día vendrá, así lo espero, en que también yo iré a reunirme contigo en la patria de los bienaventurados.

Dicho esto, rompió a llorar copiosamente, y se fue en seguida a la iglesia para buscar consuelo en la oración.

La pérdida de este compañero produjo una extraordinaria y dolorosa impresión en cuantos habían tenido la suerte de conocerlo. Pues, si de una parte era muy conocido por sus cualidades físicas y morales, de otra *se le apreciaba y veneraba muchísimo, dadas las raras virtudes que adornaban su alma.*

Se puede decir que, el día siguiente a la muerte, los compañeros lo emplearon enteramente en actos de devoción por el eterno descanso del amigo. Sólo encontraban consuelo en el

rezo del rosario y del oficio de difuntos, y en la confesión y comunión. Todos lloraban en él al amigo, y cada uno buscaba alivio en este pensamiento: *Magone, en estos momentos, ya estará con Domingo Savio en el cielo.*

El impacto causado en los compañeros de clase y en su propio profesor, don Francesia, lo expresó éste con las siguientes palabras:

«Al día siguiente de la muerte de Magone, acudí a clase. Era sábado y tocaba trabajo de prueba. El puesto de Magone estaba allí, vacío, y me decía que había perdido un alumno, pero que, de seguro, había un ciudadano más en el cielo. Me sentí profundamente conmovido. Los alumnos, a su vez, se encontraban consternados, y, en medio del silencio de todos, no se me ocurrió decir más que estas palabras: Ha muerto.

»La clase entera rompió a llorar de golpe. *Todos le querían. ¿Quién no iba a querer a un chico de tan hermosas virtudes?* Después de muerto, se pudo ver la reputación que había alcanzado entre sus compañeros de muchacho piadoso. Todos se disputaban ahora las hojas de sus trabajos. Hasta un colega mío se sintió muy feliz de poder hacerse con un cuadernillo suyo, al que pegó una firma recortada de un ejercicio de examen del año anterior. Yo mismo también, *movido por la perfección con que había ejercitado sus virtudes, no dudé de invocarle con confianza en mis necesidades: si he de decir la verdad, nunca me falló su intercesión.*

»Acepta, tú que *te comportaste como un verdadero ángel,* el testimonio de mi más sentida gratitud, y ten a bien interceder por este tu maestro ante el trono del Señor. Deposita en mi corazón una centella siquiera de *tu gran humildad.*

»¡Querido Miguel, a quien tanto apreciábamos; sigue interesándote por tus compañeros, que, por cierto, fueron muchos y muy buenos; haz que todos nos podamos volver a abrazar en el paraíso! » Hasta aquí su maestro.

En prueba del gran afecto que todos le profesábamos, le hicimos un funeral, dentro de nuestra pobreza, lo más solemne posible.

Entre cirios encendidos, cánticos sagrados y marchas fúnebres de banda, acompañamos sus despojos mortales a la última morada; y, entre rezos por su eterno descanso, le dimos el último adiós. Nos queda la esperanza de volverlo a encontrar en una patria mejor.

Al cabo de un mes celebramos el funeral de trigésima. El padre Zattini, célebre orador, tejió, en una oración fúnebre vibrante y patética, el elogio del joven Magone. Siento no po-

derla insertar entera, por razón de brevedad; me contentaré con copiar los últimos párrafos, que, por otra parte, van a constituir el remate de estos rasgos biográficos.

Después de haber expuesto, en forma oratoria, las virtudes principales que adornaban el alma de Magone, y haber invitado a sus entristecidos y apesadumbrados compañeros a no olvidarlo, es más, a recordarlo con frecuentes oraciones y a *imitar su conducta ejemplar,* dijo:

«Esos ejemplos durante su vida, y esas palabras en punto de muerte, es lo mejor que nos ha dejado nuestro común amigo, Miguel Magone, de Carmagnola.

»¡Ya no está entre nosotros! La muerte ha dejado vacío su sitio aquí, *en la iglesia,* a donde venía a rezar y donde él *se sumergía en sabrosa oración y en una paz profunda.* ¡Pues ya no está! Con su desaparición repentina, él nos prueba que no hay astro que no se apague, ni tesoro que no se disipe, ni alma que no sea llamada a cuentas. No hace sino treinta días que entregábamos a la tierra sus amados restos. Si me hubiera tocado estar presente, hubiese tomado, como se acostumbraba en el pueblo de Dios, unas cuantas hierbas de los bordes de la fosa y, echándolas al aire, hacia atrás, hubiera prorrumpido, como el hijo de Judá, con triste acento, en estas palabras: *'Florecerán como las hierbas de los campos'.* ¡Que de tus huesos, querido Magone, broten otros jóvenes amables que resuciten tu recuerdo, que renueven tu ejemplo y que multipliquen tus virtudes!

»¡Adiós!, por última vez, ¡oh dulce, amable y fiel amigo nuestro, bueno y valeroso Miguel! ¡Adiós! Tú, que constituías una bella esperanza para esa mujer admirable, *tu madre,* que por ti derrama lágrimas, más por fuerza de su amor cristiano que por exigencias de carne y de sangre... Tú, que habías hecho forjarse ilusiones a *tu padre adoptivo, que te acogió en el nombre del Dios providente y te atrajo a este dulce y bendito hogar, donde pudiste aprender tanto y tan pronto del amor a Dios y del ejercicio de la virtud...* Tú, amigo de tus compañeros, respetuoso para con tus superiores, dócil con los maestros, benévolo con todos. Tú, que soñabas en el sacerdocio..., en el que quizás hubieras llegado a ser maestro y ejemplo de la celestial sabiduría... Tú, al partir, dejas en nuestro corazón un vacío... y una herida. Pero, si nos abandonaste o, más bien, la muerte te arrebató a nuestro afecto..., ¿no habrá sido porque necesitábamos lecciones de esta muerte? Sí, las necesitábamos todos: los fervorosos, los distraídos y los descuidados; las ne-

cesitaban los negligentes y los dormidos, los perezosos y los débiles, los tibios y los frívolos.

»¡Ah! Te pedimos que nos des ahora una prueba de que te encuentras ya en la mansión de la gloria, en la patria bienaventurada de los vivos. Haznos saber, con tu intercesión, que te hallas en estos momentos junto a las fuentes, o mejor, junto al mar de la gracia, y que *tu hermosa voz, mezclada a la de los coros angélicos,* está alegrando los oídos de Dios.

»Alcánzanos celo, amor, caridad...; obtennos la gracia de ser buenos, castos, devotos, ejemplares..., de morir contentos y serenos, tranquilos y confiados en la misericordia de Dios. Obtennos que la muerte no nos moleste con sus tormentos, sino que nos respete como te respetó a ti. Ruega por nosotros en unión de aquellos otros jóvenes angelicales de esta casa que se te adelantaron en el seno de Dios; como son Camilo Gavio, Gabriel Fassio, Luis Rúa, Domingo Savio, Juan Massaglia y, juntamente con ellos, intercede sobre todo por el que es padre amado de esta casa. No te olvidaremos jamás. Te recordaremos perpetuamente en nuestras oraciones hasta que nos sea dado reunirnos contigo más allá de las estrellas.

»¡Bendito sea Dios, que te dio la existencia, te la conservó, y te la aumentó y te la quitó! ¡Bendito sea aquel que quita la vida y la devuelve!»

El pastorcillo de los Alpes, o sea, vida del joven *FRANCISCO BESUCCO*, de Argentera, por el sacerdote Juan Bosco (tercera edición, Turín 1886) *

Muy queridos jóvenes:

Cuando me disponía a escribir la vida de un compañero vuestro, la muerte inesperada de Francisco Besucco me hizo suspender este trabajo para ocuparme de él mismo. Para satisfacer las vivas instancias de sus coterráneos y amigos, y para secundar vuestras peticiones, pensé en recoger las noticias más interesantes de este vuestro llorado compañero y en presentároslas ordenadas en un librito, persuadido de hacer cosa de vuestra utilidad y agrado.

Podría preguntar alguien en qué fuentes bebí las noticias para aseguraros que las cosas aquí narradas realmente sucedieron.

Satisfaré vuestro deseo en pocas palabras. Para los años en que el joven Besucco vivió en su pueblo, me atuve a la relación que me enviaron su párroco, su maestro, sus padres y amigos. Se puede decir que no he hecho más que ordenar las memorias que con este fin me remitieron. Para el tiempo en que vivió entre nosotros, procuré reunir con esmero las cosas sucedidas en presencia de testigos oculares; cosas todas escritas y firmadas por personas dignas de fe.

Es verdad que hay hechos que causan asombro al lector; pero ésta es precisamente la razón por la que los narro con especial empeño, pues, si fueran cosas de poca monta, no merecerían siquiera ser publicadas. Cuando notéis que este jovencito muestra en sus conversaciones un grado de ciencia ordinariamente superior a su edad, debéis considerar que la *gran diligencia de Besucco en aprender, su feliz memoria en retener las cosas oídas y leídas y el modo especial con que Dios le favoreció con sus luces, contribuyeron poderosamente a enriquecerlo con conocimientos ciertamente «superiores a su edad»*.

Os ruego que tengáis presente una cosa respecto a mí mismo. Notaréis quizás demasiada complacencia al exponer las relaciones que ambos mantuvimos. Es verdad, y pido benévola comprensión; ved en mí al padre que habla de un hijo tierna-

* Traducción de Jerónimo Chiacchio Bruno, S. D. B.

mente amado; a *un padre que da libre curso a los paternales afectos mientras habla a sus amados hijos,* a quienes abre enteramente el corazón *para* satisfacer su petición y también *instruirlos en la práctica de la virtud, de la que Besucco alcanzó a ser modelo.*

Leed, pues, estas páginas, queridísimos jóvenes, y si al leerlas os sentís movidos a huir de algún vicio o a practicar alguna virtud, dad de ello gracias a Dios, único dador de los verdaderos bienes.

El Señor nos bendiga a todos y nos conserve en su santa gracia aquí en la tierra, para que podamos un día bendecirlo eternamente en el cielo.

CAPITULO I

Primera educación del niño Besucco. Patria. Padres

Si alguna vez te encaminaras, amigo lector, desde Cúneo hacia las altas cordilleras de los Alpes, después de un largo, empinado y fatigoso camino, llegarías a la elevada cumbre de las mismas, donde, en una especie de altiplano, se te presenta a la vista uno de los más amenos y pintorescos paisajes. Ves hacia el norte una de las crestas más altas de los Alpes, el monte de la Magdalena, así llamado por tradición por estos lugareños, que creen que la santa, desde Marsella, fue a vivir entre estas montañas casi inhabitables. La parte superior de este monte forma una ancha llanura donde se explaya un lago muy extenso, del cual nace el río Estura.

Hacia el oeste, tu mirada se pierde en un largo, ancho y profundo valle, llamado valle de los Bajos Alpes, que pertenece ya al territorio francés. Observando hacia el este, se deleita tu vista en una multitud de cerros, de variadas alturas, que casi en gradería semicircular descienden hacia Cúneo y Saluzzo. Hacia el sur, en fin, y precisamente a ochenta metros de los confines con Francia, pero siempre en el mismo plano, se extiende la alpestre aldea de Argentera, patria del pastorcillo Francisco Besucco, cuya vida me propongo escribir.

Nació en una humilde casa de este pueblo, de pobres, pero honestos y piadosos padres, el primero de marzo de 1850. Su padre se llamaba Mateo, y su madre, Rosa. Considerando su pobre condición, se dirigieron al párroco, que era arcipreste, para que lo bautizara y lo recibiera como ahijado.

Regía entonces con celo la parroquia de Argentera el actual arcipreste don Francisco Pepino, que de buena gana aceptó la piadosa petición. Madrina fue la madre del mismo arcipreste, Ana, mujer de vida ejemplar y que jamás se rehusaba a obras de caridad. Por orden expresa de sus padres se le puso en el bautismo el nombre del padrino, Francisco, al cual quiso agregar el arcipreste el del santo del día de su nacimiento, San Albino.

Desde que nuestro jovencito llegó a la edad en que pudo ser admitido a la santa comunión, no dejó nunca en este día, primero de marzo, de acercarse a los santos sacramentos, y, en cuanto le era posible, pasaba todo el día en obras de cristiana piedad.

Conociendo su madre cuánto importa comenzar desde temprano la buena educación de los hijos, no escatimaba cuidados para insinuar sólidos principios de piedad en el tierno corazón de su querido hijito. Los nombres de Jesús y de María fueron las primeras palabras que procuró hacerle aprender. A menudo, mirándolo en el rostro y pensando en los años futuros de Francisco, temblaba ante los graves peligros a que suelen estar expuestos los jovencitos, y exclamaba conmovida:

—Querido Francisquito, yo te amo mucho, pero mucho más que tu cuerpo amo tu alma. *¡Quisiera verte muerto antes que verte ofender a Dios! ¡Oh, si me dieras el consuelo de verte siempre en gracia de Dios!*

Estas y otras expresiones semejantes eran el alimento cotidiano que conformaba el espíritu de este niño, que, contra toda expectativa, crecía robusto en edad y, al mismo tiempo, en gracia ante todos. Educado en estos sentimientos, fácil es suponer cuántos consuelos daría Francisco a toda la familia. Tanto sus padres como sus hermanos gozan en poder atestiguar que, desde que comenzó a hablar, se complacía en pronunciar a menudo los santos nombres de Jesús y de María, que fueron los primeros bien proferidos por aquella inocente lengua.

Desde su más tierna edad manifestó gran placer en aprender oraciones y cantos devotos, que gustaba corear con su familia. Era una delicia ver con cuánto gozo en todas las fiestas, antes de las vísperas, se unía a los fieles para cantar las glorias de Jesús y de María. Parecía entonces no caber en sí de contento.

El amor a la oración parecía nacido con él. Desde la edad de sólo tres años, según atestiguan sus padres, hermanos y hermanas, jamás hubo que llamarle para el rezo, pues él mismo lo

pedía. Mañana y tarde, a la hora acostumbrada, se arrodillaba y rezaba solo las breves oraciones que ya había aprendido, y no se levantaba hasta haber aprendido alguna más.

CAPITULO II

Muerte de la madrina. Amor a las cosas de iglesia. Amor a la oración

El niño Besucco amaba tiernamente a su madrina, a la que, tanto por sus regalillos como por sus muestras de especial benevolencia, consideraba como una segunda madre. Contaba tan sólo cuatro año cuando Ana Pepino cayó gravemente enferma. Su cariñoso ahijado pedía a menudo permiso para poder visitarla, rezaba por ella y le hacía mil caricias. Parece que desde tiempo atrás tuvo señales extraordinarias de la muerte de su madrina, que falleció el 9 de mayo de 1853.

A pesar de su tierna edad, desde aquel día comenzó a rezar mañana y tarde un padrenuestro por la difunta madrina, costumbre que conservó siempre. Lo aseguró muchas veces él mismo: «Me acuerdo de mi madrina y rezo cada día por ella, aunque tengo mucha esperanza de que ya goce de la gloria del paraíso». Y precisamente por esta sentida piedad que Francisco mostraba hacia su querida madre, el arcipreste lo amó con predilección y lo protegió cuanto le fue posible.

Cuando Francisco veía a los de su familia rezando, al punto adoptaba una compostura devota, alzando los ojos y las inocentes manos al cielo, como presagio de los grandes favores que sobre él había de volcar la misericordia de Dios.

Por la mañana, contra la costumbre general de los niños, no quería probar bocado sin haber rezado antes sus oraciones. Llevado desde la edad de tres años a la iglesia, jamás aconteció que fuese de estorbo para los fieles; antes bien, procuraba imitar las actitudes devotas que en ellos notaba. Y así sucedía a menudo que quienes lo veían dotado de estas sorprendentes disposiciones, decían: *Parece increíble tanta compostura en un niño de esa edad.*

Se prestaba con gusto para todos los oficios de la iglesia, a tal punto que *parecía nacido para complacer a todos,* aun con gran incomodidad suya. En efecto, muchas veces en invierno acaccía que, por la cantidad de nieve caída, no podía acudir nadie a la única misa del párroco para ayudarle. Tan sólo el intré-

pido Francisco, arrostrando con valor todo peligro, se hacía camino con las manos y pies en medio de la nieve y llegaba a la iglesia. A primera vista se le habría tomado por un animal que caminaba, o mejor, se revolcaba entre la nieve, cuya altura superaba en mucho la suya.

Mateo Valorso, testigo ocular, asevera que, a mediados del mes de enero de 1863, llamado por el párroco para ayudarle la misa, en el momento en que encendía las velas de altar, con gran sorpresa, vio entrar en la iglesia a alguien que a duras penas ostentaba rasgos humanos. Y cuál no fue su asombro al descubrir en aquel valiente a nuestro Francisco, que, contento por el feliz éxito de sus esfuerzos, exclamó:

—¡Al fin llegué!

Ayudó, en efecto, la misa y después dijo sonriendo al párroco:

—Esta vale por dos, y la he oído con doble atención, y estoy muy contento por ello. Seguiré viniendo a toda costa.

¿Cómo no amar a niño tan simpático?

Con estas disposiciones crecía el niño en edad y en gracia ante Dios y los hombres. A los cinco años sabía ya perfectamente las oraciones de la mañana y de la noche, que rezaba todos los días con la familia, y siguió esta costumbre mientras estuvo en la casa paterna.

Al mismo tiempo que se mostraba ansioso de rezar, se le veía también diligente en aprender oraciones o jaculatorias. Bastaba que Francisco oyera a alguien rezar una oración que aún no conociera, para que no lo dejase tranquilo hasta haberla aprendido; luego, lleno de alegría, como si hubiera hallado un tesoro, la enseñaba a los de casa. Y entonces gozaba mucho viendo que su nueva oración había entrado en la costumbre de su familia, o que era rezada por sus compañeros. Las dos que copiamos a continuación eran, por así decir, sus Maitines y Completas.

Tan pronto como despertaba, hecha la señal de la cruz, bajaba de la cama rezando en voz alta y aun cantando la siguiente oración:

«Al cielo encarama, — ¡oh alma!, tu vuelo;
con todo tu anhelo — invoca al Señor;
ama al que te ama, — no al mundo traidor.
Piensa que te has de morir — y tu cuerpo ha de pudrir.
Esfuerza tus preces — rezando a María tres veces».

Como en los primeros años no podía comprender el significado de esta oración, importunaba al padre, a la madre o a

algún otro para que se la explicaran. Cuando llegó a entenderla, dijo: «Ahora la rezaré con mayor devoción». Con el tiempo, esta oración se convirtió en su regla de conducta.

Por la noche, yendo a dormir, rezaba, como por la mañana, con viva expresión, la siguiente:

> «A acostarme voy; no sé — si ya me levantaré.
> Cuatro cosas pediré: — confesión, comunión,
> el óleo santo y la bendición papal.
> En el nombre del Padre y del Hijo — y del Espíritu santo».

Sentía un gusto especial en hablar de cosas de religión y de los ejemplos de virtud practicados por otros, que trataba al punto de imitar. Si alguna vez estaba algo triste y se le quería alegrar, bastaba hablarle de cosas espirituales, o del provecho que podía lograr frecuentando la escuela.

CAPITULO III

Su obediencia. Un buen consejo. Trabaja en el campo

«La obediencia de Francisco a las órdenes de sus padres, dice el párroco, era tan pronta, que a menudo se anticipaba a sus deseos; jamás se negó a obedecer, y ni siquiera advirtieron la más ligera indolencia en cumplir sus mandatos».

Afirman sus hermanas que no pocas veces, habiendo ellas diferido un tanto la ejecución de las órdenes de sus padres, por inadvertencia o por estar ocupadas en otros quehaceres, fueron siempre reprendidas por su hermanito. Y en actitud suplicante, exclamaba en tales circunstancias:

—Vamos; hace ya media hora que mamá os mandó aquello, ¿y aún esperáis para llevarlo a cabo? *No está bien disgustar a quien nos quiere tanto.*

Por otra parte, era todo amor y dulzura para sus hermanos y hermanas, no ofendiéndolos nunca, ni aun cuando era reprendido por ellos. Se complacía en divertirse ordinariamente en su compañía, porque pensaba que de ellos sólo podía aprender cosas buenas. Les confiaba sus pensamientos, y hasta les pedía que repararan en sus defectos. «Siento—dice el párroco—no poder describir aquí la gran armonía que reinaba en esta familia, compuesta entonces de ocho personas, que eran verdaderos modelos en todo, tanto por su recogimiento en casa como por su devoción y asistencia a las funciones sagradas».

Cinco años hace (1858-59), debiendo partir para el servicio militar su hermano mayor Juan, no cesaba Francisco de darle santos consejos para que se conservara bueno como era en casa.

—Procura—concluía—ser verdadero devoto de María Santísima. Ella ciertamente te ayudará. Yo, por mi parte, no dejaré de rezar por ti. Dentro de poco te escribiremos.

Todo esto lo decía Francisco, de nueve años apenas. Luego, dirigiéndose a los padres, que en aquel hijo perdían el brazo más fuerte para los trabajos del campo, les decía:

—Vosotros lloráis, pero Dios nos consolará de otro modo conservándonos la salud y ayudándonos en nuestros trabajos. Yo haré todo lo posible para ayudaros.

¿Qué ayuda podía prestar él para las duras faenas del campo? Y, sin embargo, fue así: con gran asombro de todos realizaba en forma extraordinaria los trabajos que se le confiaban, y hasta quería emprender muchos otros que los padres creían incompatibles con sus fuerzas.

En medio de los trabajos del campo conservaba siempre inalterable su jovialidad, no obstante el cansancio, inseparable del ahínco que ponía en los mismos. Si alguna vez su padre le decía por broma:

—Francisco, parece que estás muy cansado.

El respondía riendo:

—¡Ah!, creo que estos trabajos no están hechos para mí. Mi padrino me repite siempre que estudie. ¡Quién sabe si no me ayudará!

No pasaba día sin que hablara en familia de su deseo de asistir a la escuela. Iba a ella en el invierno, pero no se dispensaba jamás de los trabajos domésticos, como lamentablemente suelen hacer los niños de su edad para dedicarse a los juegos en las horas libres del estudio.

En el capítulo siguiente describiremos su tenor de vida cuando frecuentó la escuela de Argentera.

CAPITULO IV

Episodios y conducta de Francisco en la escuela

Aunque los padres de Francisco tenían mucha necesidad de sus servicios, con todo, persuadidos de que la instrucción

en las ciencias es un medio eficacísimo para aprender la religión, lo enviaron desde pequeño a la escuela.

He aquí su conducta como escolar: levantábase temprano por la mañana, rezando su oración: «Al cielo encarama, etc.», deteniéndose a menudo para meditar su significado. Una vez en pie, solo o con la familia, rezaba largas oraciones; después estudiaba hasta el momento de ir a la escuela, acabada la cual volvía solícito a su casa para atender a algunos trabajos de la familia. Su aprovechamiento en la clase corría parejas con su diligencia, *y si bien no demostraba gran ingenio, supliéndolo con su esmero en los deberes y con el buen empleo del tiempo en hacer los ejercicios y estudiar las lecciones, logró muy notables progresos.*

El maestro había prohibido en general a sus alumnos vagar por los establos durante el invierno.

En esto, Besucco fue causa de admiración para todos. No sólo se abstuvo escrupulosamente de ello, sino que, con su ejemplo, arrastró a muchos compañeros, quienes lo imitaron, con gran ventaja de la ciencia y de la moralidad, y con no menor satisfacción del maestro, Antonio Valorso, de los padres y de los alumnos.

Raramente salía de casa después de comer, y se había olvidado casi por completo de ello algunos meses antes de venir al Oratorio.

Esparcido por unos instantes su juvenil temperamento, volvía a estudiar hasta que llegara la hora de la escuela, y en ella, según testimonio del citado maestro, mostró siempre la mayor diligencia y atención a cuanto se enseñaba, y un respeto inalterable. Se esforzaba en ayudar al maestro a enseñar a leer a los principiantes, y lo hacía con desenvoltura y edificación. En todo el tiempo que frecuentó la escuela municipal fue mirado por los compañeros como ejemplo de morigeración y diligencia. Habían concebido tan gran estima de Francisco que se cuidaban aun de pronunciar palabras chabacanas en su presencia. Estaban convencidos de que lo había de desaprobar y hacer severas reprensiones, como aconteció no pocas veces. Y si alguno más joven que él le pedía alguna repetición fuera de clase, la hacía con todo gusto, y le animaba a pedírsela a menudo. Pero al mismo tiempo no dejaba nunca de alimentar su espíritu con saludables avisos y de incitarlo a la devoción.

Pláceme todavía transcribir literalmente algunos hechos entresacados de la relación hecha por su celoso maestro:

«Siempre que se promovían peleas entre sus condiscípu-

los, se lanzaba al punto entre ellos para apaciguarlos. 'Si somos amigos—les decía—, no está bien que nos golpeemos; menos aún por bagatelas que no tienen importancia alguna; querámonos bien, sepamos compadecernos los unos a los otros, como manda el Señor'. Estas y otras parecidas palabras eran suficientes de ordinario para poner paz entre los compañeros litigantes. Si se daba cuenta de que sus palabras no bastaban para apaciguarlos, los abandonaba al instante.

»Cuando oía la señal para ir a la clase o a las funciones sagradas, invitaba a los compañeros a dejar los juegos. Jugando un día a las bochas, oyó que la campana los llamaba al catecismo. Francisco dijo al punto:

»—Compañeros, vamos al catecismo; terminaremos el partido después de las funciones parroquiales.

»Dicho esto, desapareció de su vista. Terminadas las funciones, se reunió con los compañeros, a quienes reprochó dulcemente haber perdido esa práctica de piedad y de instrucción; luego, para hacérselos más amigos aún, les compró cerezas. Ante tales muestras de generosidad y de cortesía, aquellos compañeros prometieron que en adelante no descuidarían las cosas de religión por atender a los juegos.

»Si por casualidad oía palabras indecentes, se mostraba al punto mortificado; a continuación se alejaba del malhablado o le hacía un severo reproche. Con frecuencia se le oyó decir:

»—Queridos compañeros, no digáis tales palabras. Ofendéis a Dios y escandalizáis a otros.

»Aseguran sus mismos compañeros que Francisco les invitaba a menudo a hacer alguna visita al Santísimo Sacramento y a María Santísima, y que siempre se prestaba de buen grado a ayudarles en todo lo concerniente a la escuela.

»Otras veces, oyendo tocar el avemaría, decía: 'Ea, amigos, recemos el Angelus, y luego seguiremos nuestras diversiones'. La misma invitación les dirigía en los días de vacaciones para que asistieran a la santa misa.

»En calidad de maestro de Argentera debo declarar, para la mayor gloria de Dios, que el piadoso jovencito Besucco, en los cinco años que frecuentó mi escuela, *nunca se dejó aventajar por nadie en la puntual asistencia a las clases.* Cuando notaba que algunos compañeros se mostraban negligentes, sabía amonestarlos de tal modo que, casi sin advertirlo ellos, se hacían más diligentes.

»En la clase, su compostura no podía ser mejor, tanto en guardar silencio como en la atención constante a cuanto se enseñaba. Presentábase además gustoso para enseñar a leer

a los más pequeños, y lo hacía con tanto comedimiento y amabilidad, que era muy querido y respetado por ellos». (Hasta aquí, el maestro.)

CAPITULO V

Vida de familia. Pensamiento nocturno

No bien volvía de la escuela, corría a abrazar a sus padres, mostrándose pronto a sus indicaciones hasta la hora de comer. En la frugal mesa no encontraba nunca motivo de queja por la cantidad o la calidad de los alimentos. En todos sus actos no manifestaba su propio querer, y si notaba que algunos de la familia no estaban satisfechos en sus deseos, les decía:

—Cuando seáis dueños, obraréis conforme a vuestro gusto; pero ahora debemos conformarnos con la voluntad de nuestros queridos padres. Somos pobres, y no podemos vivir y aparecer como ricos. A mí no me importa ver a mis compañeros bien vestidos, aun no pudiendo yo ostentar hermosos trajes. La mejor vestidura que podemos desear es la gracia de Dios.

Tenía sumo respeto a sus padres; los amaba con el más tierno amor filial, les obedecía ciegamente, y no cesaba nunca de encarecer cuanto hacían por él. Y ellos lo amaban tanto que sentían desazón cuando no lo tenían en su compañía. Cuando sus hermanos y hermanas, por diversión o por otro motivo, le decían:

—Francisco, tienes razón para estar contento, porque eres el benjamín de todos.

—Sí, es verdad—respondía—, pero yo pondré siempre empeño en ser bueno y en merecer su cariño y el vuestro.

Y era tan cierto esto que, recibiendo algún regalillo o ganando alguna moneda por favores prestados, en llegando a casa ponía su ganancia en manos de sus padres o la compartía con sus hermanos y hermanas, diciendo:

—¡Mirad cuánto os quiero!

Por la tarde, estando en su casa, de la que no salía sino rarísimas veces por no juntarse con otros compañeros, empleaba el tiempo divirtiéndose con sus familiares, estudiaba sus lecciones o cumplía con otro deber escolar. Después, a una hora determinada, invitaba a todos a rezar la tercera parte del rosario con las oraciones de costumbre, alargándolas por el vivo deseo de entretenerse con Dios, rezando muchos padre-

nuestros. No se olvidaba nunca de rezar alguna oración especial para obtener la salud de su padre y de sus hermanos, que durante el invierno vivían fuera del pueblo para ganar con el trabajo de sus manos el sustento de la familia.

—¡Quién sabe—decía a menudo llorando—cuánto frío sufrirá nuestro padre por nosotros! ¡Qué cansado estará! Y nosotros tan tranquilos aquí, comiendo el fruto de sus sudores. ¡Ah, recemos al menos por él!

Hablaba todos los días de su padre ausente y, por así decir, le acompañaba continuamente con el pensamiento en sus viajes por todas partes.

En las horas de la tarde solía también leer libros piadosos que conseguía de su padrino o de su maestro, quienes de buen grado se los proporcionaban. Muchas veces, durante el día o al anochecer, viendo la casa llena de gente, les decía:

—¡Mirad qué hermoso ejemplo encontré en este libro!

Y lo leía en voz alta y sonora, de modo que parecía un predicador.

Cuando caía en sus manos la vida de un piadoso jovencito, era éste su libro favorito y se convertía en el tema de sus conversaciones y de su imitación.

—¡Oh si pudiera llegar a ser tan bueno como éste, qué afortunado sería! ¿No es verdad, querida mamá?

«Hace dos años—dice el párroco—*leyó la vida de San Luis Gonzaga, y desde entonces comenzó a imitarlo, especialmente en ocultar las buenas acciones que hacía.* Pero algunos meses después, habiéndosele regalado la vida de Domingo Savio y la de Miguel Magone, especialmente al leer la vida de este último, decía con gozo:

—He hallado el verdadero retrato de mi irreflexión; si por lo menos *me concediera Dios el poder corregirme de mis defectos e imitar la buena conducta y el santo fin de 'mi querido Magone'*—como lo llamaba.

»Y de aquí nació, continúa el párroco, una ilusión extraordinaria por hacerse explicar el modo como debía imitar a aquel jovencito, y me preguntó si no era posible que ingresara en este mismo internado, en el cual pensaba que progresaría mucho en virtud. Este es el fruto principal que nuestro Besucco obtuvo de la lectura de buenos libros. Quiera Dios que todos mis niños parroquianos se dedicaran a estas buenas lecturas. Serían, por cierto, de gran consuelo para sus padres.»

Así como, por la mañana, Francisco invitaba a su inocente alma a elevarse al cielo, también por la noche se entrete-

nía con algún piadoso pensamiento cuando reinaban las tinieblas. Interrogado muchas veces qué hacía una vez acostado, respondía:

—Me imagino estar en el sepulcro, y entonces el primer pensamiento que acude a mi mente es éste: ¿Qué sería de ti si cayeras en el sepulcro del infierno? Asustado por esta reflexión, me pongo a rezar de todo corazón a Jesús, a María, a San José y a mi ángel de la guarda, y no termino hasta que me duermo. ¡Oh cuántos buenos propósitos hago por la noche en la cama ante el temor de condenarme! *Si me despierto durante la noche, continúo rezando, y me causa mucho pesar si el sueño me sorprende de nuevo.*

CAPITULO VI

Besucco y su párroco. Dichos. Práctica de la confesión

Aunque nuestro Besucco, ya desde niño, fue objeto de predileción por parte del Señor, debemos decir, sin embargo, que la vigilancia de sus padres, su buena índole, el cuidado amoroso que de él tuvo su propio párroco, contribuyeron poderosamente al feliz resultado de su educación moral. Niñito aún, era ya llevado por sus padres a la iglesia; lo tomaban de la mano, le ayudaban a hacer bien la señal de la cruz, le indicaban el modo y el lugar donde debía arrodillarse y lo atendían con el mayor cariño.

Cuando estuvo en condiciones, fue llevado por ellos mismos a confesarse. Y movido por el ejemplo y los consejos y exhortaciones de sus padres, se aficionó desde pequeño a este sacramento, y lejos de tener la ordinaria aprensión o especie de repugnancia que los niños suelen experimentar al presentarse a una persona de autoridad, sentía, en cambio, el más vivo placer.

Pero el feliz éxito en la formación de este jovencito es debido en la mayor parte a su propio párroco, don Francisco Pepino. Este ejemplar sacerdote empleaba con celo sus fuerzas y sus bienes en favor de sus parroquianos. Persuadido de que *no se pueden tener buenos fieles si no se educa bien a la juventud*, nada escatimaba que pudiese aprovechar a los niños. Les enseñaba catecismo en cualquier estación y tiempo del año, los ejercitaba en las ceremonias de la santa misa; les daba también clase, y no raras veces iba a su busca en sus

propias casas, a los trabajos y a los mismos lugares de pastoreo. Cuando daba con algún niño que mostraba aptitud para el estudio o la piedad, hacía de él objeto especial de sus cuidados.

Y así, apenas notó las bendiciones que el Señor derramaba copiosamente en nuestro Besucco, ya no le perdió de vista, y quiso darle personalmente las primeras lecciones de catecismo y prepararle a su tiempo a la primera confesión. Con modos amables y propios de un tierno padre, se ganó su corazón de tal manera que el jovencito hallaba sus delicias en conversar con su amado padrino o en escuchar de sus labios alguna palabra de aliento o de piedad.

Lo eligió por confesor fijo y se confesó con él durante todo el tiempo que vivió en Argentera. El párroco le aconsejó cambiar alguna vez de confesor, y aun le brindó la ocasión, pero Francisco le suplicaba que lo confesara siempre él.

—Con usted—decía—, querido padrino, tengo toda la confianza. Usted conoce mi corazón. Yo le manifiesto siempre mis secretos. Lo quiero mucho porque usted hace mucho bien a mi alma.

Creo que *la fortuna más grande para un jovencito es la elección de un confesor fijo a quien abra su corazón;* un confesor que cuide de su alma y que con amabilidad y caridad lo anime a acercarse con frecuencia a este sacramento.

No solamente nuestro Francisco estaba sujeto a su párroco en las cosas de confesión, sino también en todo lo que podía contribuir a su bien espiritual y temporal. Un simple consejo, y hasta un solo deseo manifestado por su padrino, era para él una orden que cuidadosamente cumplía con gozo.

Era, además, sumamente graciosa y edificante la manera con que frecuentaba este sacramento. Algunos días antes hablaba de su próxima confesión, asegurando a sus hermanos y hermanas que esa vez quería sacar de ella mucho fruto. Se encomendaba a ellos, principalmente en sus primeros años, para que le enseñaran a confesarse bien; les preguntaba cómo hacían para conocer las faltas cometidas y para recordar los pecados del largo espacio de casi un mes. *Se asombraba grandemente de que, después de confesarse, se pudiese ofender de nuevo a Dios, a quien se había prometido fidelidad.*

—¡Qué bueno es Dios—decía—al perdonarnos nuestros pecados a pesar de nuestra infidelidad en cumplir los propósitos hechos; pero cuánto mayor la ingratitud que de continuo le mostramos por tantos beneficios recibidos! ¡Ah!, deberíamos temblar al solo pensamiento de nuestras infidelidades. Por

mi parte, *estoy dispuesto a hacer y padecer cualquier cosa antes que ofenderle nuevamente.*

La tarde que precedía a su confesión preguntaba al padre si tenía en la mañana siguiente algún trabajo urgente. Y al preguntarle la razón, le decía que tendría gusto en ir a confesarse. De buena gana asentía siempre el padre, y Francisco pasaba casi toda la noche rezando y examinándose a fin de prepararse mejor, aunque su vida era una continua preparación. A la mañana siguiente, sin hablar más con nadie, se dirigía a la iglesia, donde, con el mayor recogimiento, se preparaba para el gran acto. Dejaba siempre que se confesaran las personas que, según juzgaba, tenían poco tiempo para permanecer en la iglesia.

«Esta condescendencia para con los otros, especialmente en el rigor del invierno, me obligó no pocas veces—dice el párroco—a llamarlo yo mismo al confesionario, pues lo veía todo aterido de frío. Preguntándosele alguna vez la razón de su larga espera antes de confesarse, decía:

—Yo puedo esperar, porque mis padres no me reprochan el tiempo pasado en la iglesia; pero quizás los otros podrían fastidiarse, o recibir alguna riña en casa, y más aún las mujeres que tienen hijos».

Los hermanos y hermanas le decían alguna vez en broma:

—Vas a menudo a confesarte para esquivar el trabajo.

—Cuando vosotros vayáis a confesaros—respondía—, gustosamente os supliré en todo lo que pueda. ¡Oh, sí! Id en buena hora a menudo, que estoy muy contento de ello.

Y entonces, a fuer de maestro de espíritu, agregaba:

—La pereza que se siente alguna vez, esa irresolución de confesarse, el diferirlo de un día para otro, no son más que tentaciones del demonio. Sabiendo él qué poderoso y eficaz remedio es la confesión frecuente para corregirnos de nuestros defectos, hace cuanto puede para alejarnos de ella. ¡Oh!, cuando se trata de hacer el bien tenemos siempre miedo del mundo; al fin y al cabo no es el mundo quien deberá juzgarnos después de la muerte; es Dios quien habrá de juzgarnos, y a él solo, y no a otro, hemos de dar cuenta de nuestras obras, y menos al mundo; sólo de él debemos esperar la recompensa eterna.

—Después de confesarme—decía otras veces a sus familiares—experimento tanta alegría que desearía hasta morir para librarme del peligro de ofender nuevamente a Dios.

El día en que se acercaba a los santos sacramentos se pri-

vaba casi siempre de toda diversión. Interrogado por el párroco por qué lo hacía así, respondió:

—Hoy no debo contentar mi cuerpo, porque Jesús ha hecho gozar de muchos y muy dulces consuelos a mi alma. Lo que me apena es el no poder agradecer a mi Jesús sacramentado los beneficios continuos que me prodiga.

Pasaba este día en santo recogimiento, y en cuanto le era posible, en la iglesia. Sé de buena tinta que para prepararse mejor para recibir dignamente los santos sacramentos, el buen Francisco solía decir:

—Esta confesión puede ser la última de mi vida, y quiero hacerla como si realmente fuera la última.

CAPITULO VII

La santa misa. Su fervor. Lleva el rebaño a las montañas

No creo fuera de lugar el hacer notar que los padres de Francisco lo dejaban en plena libertad para ir a oír cada día la santa misa; antes bien, pareciéndoles que alguna vez dudara sobre si ir o no, por temor de descuidar algún trabajo, ellos mismos lo mandaban. Y entonces, muy contento de ello, solía decir a sus padres:

—¡Oh!, estad seguros de que el tiempo empleado en oír la santa misa se compensará abundantemente a lo largo del día, porque Dios es buen remunerador y yo trabajaré con mucho mayor gusto.

Si alguna mañana no podía oírla, solía rezar en compensación esta popular oración, muy divulgada en aquel pueblo, que había aprendido ya a la edad de cuatro años:

«El toque de la misa — ya dio la campana;
San Marcos celebra, — los ángeles cantan,
el niño Dios ofrece — el vino y el agua;
Jesús, dame parte — en la misa de esta mañana».

El padre de Francisco solía preguntarle en broma cómo había de pasar aquel día sin misa, y él respondía con la mayor llaneza:

—Dios me ayudará lo mismo, porque ya dije mi oración, y luego rezaré un poco más esta noche.

Creía muy fácilmente en las afirmaciones de los demás; y a veces sus compañeros, como diversión, le hacían creer las

cosas más inverosímiles. Cuando advertía la burla, él mismo la celebraba. Nunca dio muestras de vanagloria por el aprecio en que era tenido por sus padres, por sus conocidos y por el párroco.

—Suerte que no me conocen—decía en cierta ocasión—, porque de otro modo no me querrían tanto.

El aprovechamiento en el estudio, que lo hacía superior a sus compañeros, lejos de inducirlo a despreciarlos, le servía para usar con ellos la mayor indulgencia posible cuando daban las lecciones. Si alguna vez era reprendido por alguna niñería, fuese o no culpable, respondía compungido:

—No lo haré más y seré bueno. Me reprendéis, pero sé que me compadecéis.

Y corría a abrazar y acariciar a sus padres, casi siempre con las lágrimas en los ojos. Pero ellos jamás tuvieron motivo para castigarle.

Durante el verano se dedicaba con la familia a los trabajos del campo, y gozaba cuando podía aliviar un poco a sus hermanos y hermanas en lo que le permitían sus fuerzas.

No queriendo estar en ocio ni aun cuando descansaba, hacía recaer la conversación en temas de religión, o bien interrogaba al padre sobre alguna duda o punto oscuro en materia espiritual.

Yendo al campo, o viniendo de él, se ocupaba con gusto en rezar. «Muy a menudo me aconteció a mí y a otros—dice el párroco—encontrarlo en el camino *tan absorto en la oración que ni siquiera se daba cuenta de nuestra presencia*».

Si fuera de casa se hallaba en algún peligro u ocasión de escandalizarse por imprecaciones o blasfemias oídas, o por malas conversaciones que no podía evitar, hacía al punto la señal de la cruz, o bien decía: «Bendito sea Dios, bendito sea su santo nombre». Y si le era posible iniciaba otras conversaciones. Advertido cierta vez por sus padres de que se guardase de seguir las máximas de algunos perversos compañeros, les respondió:

—*Preferiría que se me secase la lengua antes que servirme de ella para desagradar a mi Dios.*

Cuando conducía las ovejas al pasto, no se olvidaba de llevar siempre consigo algún buen libro de religión o de ciencia, que procuraba leer en presencia de otros compañeros si gustaban de escucharlo; de lo contrario, lo hacía a solas o *se ocupaba en la oración, cumpliendo a pie juntillas el mandato del Salvador de rezar sin interrupción.*

Para proveer el necesario sustento a la familia, el padre de

Francisco tomó a su cuidado el ganado comunal, y, de vez en cuando, especialmente en los días festivos, encargaba de él también a su hijo, a fin de que los demás hermanos, por lo menos en alguna fiesta, pudieran intervenir en las funciones parroquiales. El obediente Francisco aceptaba de buen grado el encargo, diciendo:

—Ya que no puedo este día tomar parte en las funciones sagradas, procuraré santificarlo de algún otro modo. Tú, entretanto—decía a su hermano—, recuérdame en la iglesia.

Llegada la hora de las funciones sagradas, solía conducir el rebaño a un lugar seguro, y después, formando una cruz sobre un objeto cualquiera, se arrodillaba ante ella rezando o leyendo. A veces se ocultaba en una cueva de la montaña, y, postrado ante una imagen sagrada que siempre conservaba en un libro de piedad, rezaba las mismas oraciones que en la iglesia; luego hacía el viacrucis. Al atardecer cantaba solo las vísperas, rezaba la tercera parte del rosario, y era para él motivo de gran fiesta el encontrar compañeros que le ayudaran a alabar a Dios. En estos actos fue sorprendido a veces, por sus compañeros, en oración y meditación tan fervorosa que *su semblante parecía el de un ángel.*

Cuando hallaba compañeros serviciales, les rogaba que dieran una mirada a sus ovejas, añadiendo que tenía algo que hacer, y se alejaba por un rato. Ellos, sabiendo cuál era su costumbre, generalmente se prestaban gustosos.

Más tarde recordaba con gran placer los lugares de pastoreo de Roburento y de Dreco, montañas a cuyas laderas solía llevar el rebaño a pastar.

—En las soledades de Roburento—solía decir—yo mismo hallaba también mis delicias. Dirigía los ojos a aquellos profundos despeñaderos que llevaban mi vista a una especie de oscura sima, y esto me recordaba los lóbregos abismos y eternas oscuridades del infierno. Algún pájaro que se remontaba a veces desde los profundos valles sobre mi cabeza me hacía pensar en que debemos levantar los afectos del corazón desde la tierra a Dios. Mirando cómo el sol asomaba por la mañana, me decía: 'He aquí nuestra venida al mundo'. El declinar de la tarde me anunciaba la brevedad y el fin de la vida, que llega sin que nos demos cuenta. Cuando me ponía a mirar las altas cimas de la Magdalena y de los otros montes, blancos por la nieve, pensaba en la inocencia de la vida, que nos encumbra hacia Dios y nos hace merecer sus gracias, sus bendiciones, el gran premio del paraíso. Después de estas y otras consideraciones, me internaba en algún monte y me ponía a cantar loores

a María Santísima. Era éste para mí uno de los momentos más deliciosos, pues, al cantar, el eco de las concavidades de las montañas repetía mi voz, y yo gozaba como si los ángeles del cielo me ayudaran a cantar las glorias de la gran Madre de Dios.

Estos eran los sentimientos que ocupaban el corazón del piadoso pastorcillo cuando llevaba las ovejas a la montaña y no podía, por lo tanto, tomar parte en las funciones sagradas de la iglesia.

Pero al atardecer, en cuanto llegaba a su casa, después de tomar algún bocado, corría al punto a la iglesia, para compensar —son sus palabras— la falta de devoción de aquel día. ¡Oh, cuántas excusas no habrá pedido en aquellas visitas a Jesús Sacramentado!

No dejaba de hacer la señal de la cruz y de rezar alguna oración cuando pasaba delante de una iglesia, y más aún si estaba el Stmo. Sacramento.

Y si, como en primavera y otoño, no tenía que cuidar sino el rebaño de la familia, entonces, de acuerdo con sus padres, conducía las ovejas a casa o se las encargaba a otros compañeros para acudir a las funciones parroquiales.

¡Oh!, ¿por qué no imitarán todos estas santas industrias de nuestro Francisco para no faltar ni a los deberes de religión ni a los quehaceres de casa? Lamentablemente se advierte que, por fútiles motivos, muchos se dispensan de asistir a las funciones parroquiales en los días festivos. El ejemplo de este buen jovencito preste eficacia a las recomendaciones de los sacerdotes que predican e inculcan la santificación de las fiestas.

CAPITULO VIII

Conversaciones. Compostura en la iglesia. Visita al Santísimo Sacramento

En las conversaciones y recreos con sus compañeros, Francisco era sumamente alegre. Prefería de ordinario las diversiones que acostumbran el cuerpo a la fatiga, y solía decir a sus compañeros y a sus padres:

—Como he de hacer algún día el servicio militar, me ejercito desde ahora, y ciertamente podré resultar un buen 'bersagliere'.

Huía de los altercados y, con tal de evitarlos, soportaba no raras veces insultos y aun malos tratos. Con frecuencia,

para no enzarzarse en alguna reyerta, abandonaba a sus indiscretos compañeros y se volvía presuroso a casa. El mismo cuidado tuvo siempre en huir de toda conversación que pudiera redundar en descrédito de alguien, y aprovechaba, en cambio, las ocasiones que se presentaban para alabar las virtudes del prójimo.

Cuando se le corregía de alguna chiquillada, nunca se ofendía, ni tampoco respondía bruscamente, sino que, bajando la cabeza, manifestaba su agradecimiento; solía decir: «Esta corrección es señal del amor que me tienen». Oyendo en los recreos la señal de la campana para la clase, la misa, las funciones sagradas, o la voz de sus padres que lo llamaban para que fuera a casa, no interponía dilaciones, y decía:

—Estas llamadas son otras tantas voces de Dios que me piden una pronta obediencia.

Ya desde niño, como se dijo antes, comenzó a mostrar Francisco un extraordinario respeto y veneración a la casa de Dios. Tan pronto como llegaba al umbral de la misma, aparecía en su rostro la gravedad de la compostura que conviene al lugar santo. Deseando llegar primero a la sacristía para ayudar la santa misa, corría alguna vez sin darse cuenta por la iglesia; pero bastaba la simple mirada del párroco o de otra persona para hacerle comprender su inconsideración. Y al punto se imponía por ello alguna penitencia: una visita al Stmo. Sacramento, o el estar a solas en la iglesia durante un tiempo notable rezando en posición incómoda, o con los brazos en cruz, o con las manos debajo de las rodillas.

«¡Cuántas porfías—dice el párroco—tuve que presenciar en la sacristía entre nuestro Francisco y otros niños para ser elegidos para el servicio del altar! No raras veces, para poner a prueba su virtud y para evitar la tacha de parcialidad, por ser mi ahijado, prefería a otro, aunque hubieran llegado juntos a la iglesia. Quedaba, es cierto, un tanto confundido, y aun lloroso; pero, lejos de mostrarse ofendido, lo veía estar con igual devoción durante la santa misa».

—Bien—decía a sus compañeros—, ya me desquitaré de esta mortificación; mañana llegaré yo primero.

Y casi siempre lo lograba. Estas fueron las únicas contiendas que tuvo con sus compañeros. Desde entonces, animados por el ejemplo de Francisco, muchos siguen mostrando el mismo celo que les infundió para ayudar la santa misa.

Por lo general, cuando ayudaba a misa, estaba con las manos juntas y con la vista fija en el sagrario, o en el celebrante, o bien leyendo algún libro piadoso. Enternecía el solo verle

ofrecer las vinajeras. Sus labios estaban en continuo movimiento de oración mientras sus manos servían en el altar. Se le veía con los ojos bajos, con semblante recogido y paso grave cumplir su oficio como si fuera ya un clérigo perfectamente adoctrinado en las ceremonias de la iglesia.

No contento Francisco con tributar a Jesús sacramentado todo el honor que podía, se daba maña porque también lo honrasen sus compañeros. En todas las fiestas iba a la sacristía a pedir libros de devoción, preparados al efecto, para distribuirlos entre sus compañeros; así oirían con devoción la santa misa y no se distraerían durante las vísperas.

—¿Qué te pasa, querido, que lloras tanto?—le preguntó no pocas veces el párroco.

—Tengo motivo sobrado para llorar—respondía—, pues algunos no quieren aceptar el libro, y yo sé que no lo tienen, y los veo mirar aquí y allá sin rezar.

Sólo se consolaba cuando le pedían libros.

Se prestaba de buena gana para todos los menesteres de iglesia. Proveía el fuego para la bendición, el agua y el vino para la santa misa; y antes de que comenzaran, tenía el sorprendente cuidado de fijarse si nada faltaba para el decoro de las funciones. Podría decirse que Francisco se había trasplantado a la casa del Señor.

Costumbre suya era no sólo intervenir cada día en las funciones parroquiales, sino hacer también todos los días la visita al Stmo. Sacramento. Iba luego a postrarse ante el altar consagrado a María Stma., donde a menudo pasaba largas horas. No sólo el párroco, sino muchos de sus coterráneos aseguran haberlo visto en esas visitas con porte tan devoto, que parecía extático. Rezaba todos los días el *Acordaos*, un *avemaría* y la invocación *Santa María, Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros*. Divulgó entre sus compañeros esta oración y se empeñó en que la aprendieran y rezaran a menudo.

En las solemnidades, y a menudo aun en los días de trabajo, además de la visita acostumbrada le gustaba rezar las oraciones de la noche en la iglesia y todas las demás oraciones de su predilección que, por olvido o por imposibilidad, había dejado en el transcurso de la semana, con la consiguiente *admiración de quienes lo observaban, al descubrir tanta virtud en un niño de tan tierna edad.*

pañaban. Numerosa era la concurrencia, y todos admiraban la extraordinaria devoción que sobresalía en nuestro Francisco.

Cuando el párroco tenía necesidad de auxilios especiales en el desempeño de sus deberes, para animar a algún enfermo a confesarse, o prepararlo para recibir el viático, *lo encomendaba todo a las oraciones de Francisco,* y estaba seguro del resultado favorable.

Sucedió, en efecto, un caso singular: un señor conocido de todos como descuidado en las cosas del alma, en su última enfermedad no quería reconciliarse con Dios. Pero, con general asombro, se rindió muy pronto después que el párroco lo encomendó a las oraciones de Francisco.

CAPITULO X

Da clase de catecismo. El joven Valorso

Como faltara el catequista que solía enseñar catecismo a los niños en los días festivos, Francisco hizo sus veces durante cuatro años. Tal era el empeño y la solicitud que ponía en la enseñanza, que los mismos niños lo deseaban y le profesaban mucho respeto. En vista de esto, hacía ya tres años que había sido elegido por el párroco para dar catecismo durante la cuaresma a una clase numerosa. Concluida la clase, en lugar de ir a jugar con sus compañeros, los invitaba a escuchar la explicación catequística que se daba a los más adultos. En estas instrucciones, como en todos los sermones, estaba siempre pendiente de los labios del sacerdote. Sucedió no pocas veces que, después de haber escuchado la predicación, preguntaba aparte al párroco cómo debía hacer para poner en práctica las cosas oídas.

Llegado a casa, solía contar a sus padres y a toda la familia lo que había oído en la iglesia. Y quedaban muy asombrados todos al ver cómo un niño de tan tierna edad recordaba tantas cosas.

En esta como en las demás prácticas religiosas, seguía a otro compañero, primo suyo de Argentera, llamado Esteban Valorso, que murió en 1861. Su muerte fue muy sentida en todo el pueblo, porque era realmente piadoso. «Reuní entonces—narra el párroco—a varios niños y les pregunté si había alguno entre ellos que se animara a suplir a este llorado y piadoso

CAPITULO IX

El Cristo bendito. El rosario. La presencia de Dios

Parécenos oportuno recordar aquí la gran devoción que Francisco profesaba al milagroso crucifijo que desde tiempo inmemorial se venera en la cofradía de los Disciplinantes de Argentera, Sambucco, Pietra Porzio, Ponte Bernardo y Bersezio.

Gran concurso de gente acude a venerar este crucifijo en todas las estaciones del año, para alcanzar la fertilidad de los campos en ocasión de sequía o de lluvias muy prolongadas. Muy raramente sus rogativas no logran los favores pedidos. Aún no podía el piadoso niño pronunciar las dos palabras *Cristo bendito* (nombre que se da al milagroso crucifijo), y ya pedía a sus padres un padrenuestro al Cristo bendito.

Había nacido con él esta devoción. Además de sus frecuentes visitas, rezó en las tardes de verano por tres años (1861-62-63), en la misma cofradía, el rosario. Por satisfacer su piadoso deseo de rezar el rosario y por oír todos los días la santa misa, se olvidaba a veces de comer o de cenar, diciendo que prefería pensar primero en su alma que en su cuerpo. Habíase hecho tan habitual en él esta mortificación para dedicarse a las prácticas de piedad, que sus mismos padres cuidaban mucho de no facilitarle ocasión para ello.

Terminado el rezo del rosario, Francisco no salía de la iglesia con los demás, sino que permanecía aún en ella un tiempo notable para satisfacer su ardiente deseo de honrar a Dios y a su Stma. Madre. Creíase obligado a ello porque se veía favorecido por Dios de un modo especial, como muchas veces lo manifestó a su párroco, aseverando además que sentía siempre hallarse realmente en la presencia de Dios.

El pensamiento de la presencia de Dios se le hizo tan familiar en los últimos años de su vida, que podía decirse que se hallaba en continua unión con él.

«Ahora que Francisco ya no está entre nosotros, escribe su párroco, nos parece, sin embargo, verlo en su lugar junto a los altares, dirigiendo los rezos parroquiales. ¡Tan habituados estábamos a verlo en todos los actos de piedad cristiana! »

En el año 1860 se le pidió su cooperación en la *Pía Obra de la devoción a María Stma.* en el mes de mayo, y él accedió con gusto. Todas las tardes de este mes rezaba públicamente la tercera parte del rosario, después de las oraciones ordinarias y particulares que él rezaba con voz clara y que los fieles acom-

jovencito en la diligencia y en la práctica de los ejercicios de piedad. Miráronse unos a otros unos instantes, y luego todas las miradas se dirigieron a Francisco, quien, sonrojado por su modestia, pero con ánimo resuelto, se adelantó hacia mí diciendo:

—Heme aquí pronto a hacer las veces de mi primo en las prácticas de piedad que usted me indique. Prometo y quiero esforzarme cuanto pueda por emular el esmero que ponía en el servicio de la iglesia mi difunto primo, y con el favor de Dios, aun intentaré aventajarle. Llevo sus vestidos, que me fueron regalados, y espero vestirme también con todas sus virtudes.

»Y comenzó en seguida su piadosa misión, invitando a sus compañeros a hacer una novena en honor de María Stma., ante su altar, por el alma de Valorso, asistiendo cada día a la santa misa. ¿Quién hubiera dicho que pronto se debería hacer una segunda novena en aquel mismo altar en sufragio del alma del que tal cosa había realizado?»

He querido mencionar este hecho para dar a conocer la plena docilidad de nuestro Francisco a todo lo que podía redundar en honor de Dios y en provecho de las almas de los difuntos.

CAPITULO XI

La Santa Infancia. El viacrucis. Fuga de los malos compañeros

En el año 1857 se hizo inscribir en la *Pía Obra de la Santa Infancia.* Gozaba mucho por ello, aunque una espina le atormentaba el alma: no contar con los pocos céntimos que cada uno debía pagar mensualmente. Lo advirtió el párroco, y pronto lo libró de toda angustia proporcionándole lo necesario; y lo hacía gustoso para premiarle por su conducta, digna de toda loa. Le agradaba leer los *Anales,* y se conmovía viendo la piadosa solicitud y maña que se daban muchos niños para cooperar a la obra.

Algunas veces Francisco lloraba de dolor al pensar que no podía suministrar a aquellos pobres niños infieles el socorro que hubiera deseado. Y para compensar la escasez de sus medios materiales, ofrecía a Dios fervorosas plegarias por el bien de esta obra, y le buscaba suscriptores, narrando, especialmente a sus compañeros, muchos casos de niños así salvados.

En el año 1858, vencido todo respeto humano, agregó a sus devociones la de hacer en todas las fiestas el *viacrucis,* después de la misa parroquial. Y continuó en su práctica hasta que partió para el Oratorio.

Pero aconteció que la admirable devoción con que hacía este ejercicio, no pocas veces le hizo objeto de desprecio de algunos compañeros. Su conducta poco cristiana hallaba en la devoción de Francisco un amargo reproche; y por ello, tachándolo de hipócrita y mojigato, fraguaron contra él una especie de persecución con el fin de enfriarlo en el ejercicio de sus encomiables prácticas de piedad.

Pero, animado por sus padres y confortado por el confesor, no se preocupó de nada, y despreciando las habladurías y risas de los malos, huía hasta de su encuentro, y continuó denodadamente practicando el viacrucis con gran edificación y provecho de los numerosos fieles que a él asistían.

Desde entonces solía decir a sus hermanas que ya no reparaba en los chismes del mundo, y les recomendaba que tampoco se dejaran intimidar en la práctica del bien. Respondían ellas que no faltaba quien lo apodase de frailuco, santurrón, etc. Y él replicaba:

—¿Sabéis por qué me desprecia tanto el mundo? Porque estoy decidido a no pertenecerle más. Estamos en la tierra para agradar y servir únicamente a Dios, y no para agradar y servir al mundo. Preocupémonos, pues, de ganar el paraíso, que ésa es la finalidad por la cual Dios nos deja en el mundo.

Con estos santos pensamientos en su mente y en sus labios, cuando oía que alguna persona desaprobaba el bien que hacía, por toda respuesta le volvía las espaldas y se retiraba a su casa. Ponía en práctica así lo que decía cada mañana al levantarse: *Ama al que te ama, no al mundo traidor.* El mundo maligno no le amaba, porque Francisco tenía el corazón despegado del mundo.

En las conversaciones familiares que el párroco se complacía en entablar con él, preguntábale muchas veces si retardaría mucho el día tan deseado en que él también pudiera recibir la santa comunión.

—Quizás pronto—respondía el párroco—si estudias bien el catecismo y si me das siempre buenas pruebas de tu adelanto en la virtud.

Transcurrieron pocos meses y el casto jovencito, cual otro José, en premio de su virtud, mereció ser admitido a las nupcias del Cordero inmaculado, sin tener en cuenta su tierna edad de ocho años y seis meses.

En la primavera de 1858, hallábase Francisco con dos niños un poco menores que él cuidando del rebaño de ovejas en una campiña cercana al pueblo, y aquellos infelices cometieron actos inmodestos en su presencia. Ofendido Francisco por tan mal proceder, los reprendió acremente diciendo:

—Si no queréis daros buen ejemplo, al menos no os deis escándalo. ¿Os atreveríais a hacer esas cosas en presencia de nuestro arcipreste o de nuestros padres? Si no os animáis a hacerlas ante los hombres, ¿cómo lo osáis en la presencia de Dios?

Pero advirtiendo que sus palabras eran inútiles, se apartó de aquella perversa compañía. Uno de aquellos desgraciados, empero, viendo que huía, corrió tras él para inducirle al mal. Al darse cuenta de ello, se detuvo Francisco y se defendió del seductor a puntapiés, puñetazos y bofetadas. Y no pudiendo librarse del peligro ni aun con ese medio, se sirvió de otro que es más para admirar que para imitar. Se acercó a un montón de piedras y le gritó:

—¡O te alejas o te rompo la cabeza!

Dicho esto comenzó a lanzar furiosamente piedras con todas sus fuerzas contra el enemigo de su alma. El compañero se alejó, después de recibir no ligeras contusiones en la cara, en las espaldas y en la cabeza.

Asustado Francisco del riesgo corrido, volvióse presuroso a casa para ponerse en salvo y agradecer a Dios que lo había librado de tan grave peligro.

«Quien narró este hecho—dice el párroco—lo presenció desde el principio al fin, desde un lugar distante apenas cincuenta metros; y quiso hacerlo para ver hasta dónde llegaba la virtud de Francisco».

CAPITULO XII

La primera comunión. Frecuencia de este sacramento

Supo el párroco lo ocurrido, y al preguntarle sobre ello al día siguiente, Francisco respondió conmovido:

—La gracia de Dios me libró de aquella peligrosa ocasión; y no me juntaré jamás con tales compañeros.

Como premio por el valor demostrado en este peligroso lance, le aseguró el párroco que cuanto antes sería admitido a la primera comunión.

Muy contento por la promesa, comenzó a prepararse desde ese día evitando toda falta advertida, por pequeña que fuese, y practicando las virtudes compatibles con su estado. A menudo, con gran sencillez, pedía al párroco y a sus padres que le ayudaran para tan importante acto.

—Cuando me acerque a recibir la sagrada comunión—les decía—me imaginaré recibir a Jesús sacramentado de las manos de María Santísima, a la cual me encomiendo ahora con mayor fervor.

Y encargó encarecidamente a un compañero muy piadoso que le vigilara con atención para no cometer irreverencia alguna.

Su preparación no podía ser, por cierto, mayor, pues de las declaraciones escritas de sus parientes, del maestro y del mismo párroco consta que nuestro Francisco, mientras vivió con su familia, *no realizó nada que pudiera juzgarse pecado venial* deliberado. La primera y más esencial preparación para su primera comunión fue la hermosa estola de la inocencia.

Cuando hubo comulgado parecía extático: su rostro cambió de color, su semblante transparentaba la alegría que inundaba su corazón; los actos de amor dirigidos a Jesús sacramentado en aquella ocasión serían proporcionados al esmero y diligencia en prepararse para recibirlo.

Desde este tiempo comenzó a confesarse mensualmente; comulgaba cuando se lo permitía el confesor. En sus últimos años ayudaba a los más pequeños a prepararse y a hacer la acción de gracias después de comulgar.

Después que había comulgado, oía la santa misa, absorto en la contemplación de la infinita dignación de Jesús, como él decía; no leía ni aun el libro de piedad acostumbrado, sino que, con la cabeza entre las manos, empleaba aquel precioso tiempo en actos continuos de amor a Dios.

Antes de retirarse de la iglesia, se dirigía con otros compañeros al altar de María Stma. para agradecerle la protección que le había dispensado, y rezaba con voz clara y conmovida el *Acordaos* y otras prolijas oraciones. Y fue precisamente en esta hoguera donde nuestro *Francisco se encendió tanto en amor de Dios, que ya nada deseaba en este mundo fuera de hacer su santa y divina voluntad.*

—Al considerar que cuando comulgo siento tan vivos deseos de rezar—decía—, quedo como fuera de mí. Me parece hablar personalmente con el mismo Jesús.

Y bien podía decirle: *Habla, Señor, que tu siervo te escucha.*

Su corazón estaba vacío de las cosas del mundo, y Dios lo colmaba de sus gracias. El día de la comunión lo pasaba únicamente en la iglesia y en su casa, e invitaba también a algunos amigos a ir con él a la iglesia, al atardecer, a fin de terminar bien aquella feliz jornada.

En los últimos años se le animó a frecuentar la sagrada comunión cada domingo, y aun entre semana cuando ocurría alguna fiesta; pero no se atrevía a comulgar sin haberse confesado antes. Tan grande era su humildad, que nunca se creía bastante purificado; pero, ante cualquier indicación del confesor, dejaba de lado toda perplejidad y le obedecía dócil y ciegamente en todo.

CAPITULO XIII

Mortificaciones. Penitencias. Cómo custodiaba sus sentidos. Su aprovechamiento en la escuela

Todas estas notables virtudes estaban firmemente respaldadas, por así decirlo, por un continuo espíritu de mortificación. Ya desde niño solía ayunar severamente una buena parte de la cuaresma. Y decía a los familiares que no veían bien estos ayunos en tan tierna edad:

—No se va al paraíso sin mortificación; por esto, viejos y jóvenes, si quieren entrar en él, deben seguir el camino de la mortificación. Y esta mortificación es necesaria a los niños, ya sea para satisfacer a Dios por tantos disgustos que le ocasionan con sus frecuentes faltas, ya sea también para acostumbrarlos a una vida mortificada, tan necesaria a todos para salvarse. Me decís a menudo que tengo muchos defectos; también por eso quiero ayunar.

Estas y otras parecidas eran las sabias reflexiones de Francisco, según lo atestiguan ampliamente sus padres, hermanos y hermanas.

Guiado por el mismo espíritu de mortificación, sabía custodiar los ojos de las miradas peligrosas; los oídos, de las conversaciones que no condicen con el cristiano, y la lengua, de las palabras inconsideradas. Si alguna vez, por inadvertencia, se le escapaban algunas palabras algo impropias, se imponía alguna penitencia, haciendo con la lengua muchas cruces en el suelo. Testigos oculares fueron no pocas veces sus propios padres, que le sorprendieron en este voluntario ejercicio de mor-

tificación. Preguntáronle un día si era ésta la penitencia que le había impuesto el confesor:

—No—respondió ingenuamente—; pero viendo que mi lengua se desliza fácilmente en expresiones no convenientes, quiero arrastrarla voluntariamente por el fango para que no me arrastre ella al fuego eterno. Hago también esta penitencia para que Dios me conceda la gracia de poder ir al lugar adonde prometió enviarme mi padrino a fin de que pueda estudiar.

Y como si todas estas santas industrias no fueran suficientes para librarlo de la terrible corrupción que se nota en las conversaciones, el piadoso jovencito, en los últimos años que pasó en familia, muy raramente se juntaba con los compañeros, y cuando andaba con ellos, tenía cuidado de elegir sólo a aquellos con quienes su virtud no corriera peligro.

Día a día crecía más y más en él el vivo deseo de ir al Oratorio de San Francisco de Sales [1]; pero se le presentaba una dificultad. Para ser recibidos como estudiantes en esta casa es menester que los jovencitos hayan hecho al menos los cursos elementales que se requieren para la primera de latinidad. Pero las clases del pueblo llegaban tan sólo a la primera, y en parte, a la segunda elemental. ¿Cómo superar, pues, esta dificultad? La buena conducta de Besucco y la caridad del párroco allanaron todo obstáculo. No titubeó éste en añadir a sus ocupaciones parroquiales también el peso de la clase diaria a Besucco y a otros niños de halagüeñas esperanzas. Francisco saltó de gozo a la invitación del amado padrino, y, con el consentimien-

[1] La palabra *Oratorio* se toma en varios sentidos. Si se considera como una reunión festiva, significa un lugar destinado a recrear a los niños con agradables juegos, después que han cumplido con sus deberes de religión. Hay varios de esta clase en Turín: el Oratorio de San Francisco de Sales, en Valdocco; el de San José, en San Salvario; el de San Luis, en la avenida de los Plátanos; el del Santo Angel Custodio, en Vanchiglia; el de San Martín, junto a los molinos municipales.

Llámanse oratorios feriales las escuelas diurnas y nocturnas que se dan en los lugares mencionados a lo largo de la semana para los jovencitos que por falta de medios, o por mal trajeados, no pueden frecuentar las escuelas de la ciudad.

Tomada la palabra Oratorio en un sentido más amplio, se entiende *la casa de Valdocco*, de Turín, conocida con el nombre *de San Francisco de Sales*. Los jovencitos pueden ser recibidos en ella como artesanos o como estudiantes. Los artesanos deben haber cumplido los doce años y no pasar de los dieciocho; ser huérfanos de padre y madre; completamente pobres y abandonados. Los estudiantes no pueden ser recibidos si no han hecho bien al menos la tercera elemental y no se distinguen notablemente por su ingenio y moralidad.

La instrucción moral y científica, la admisión a las clases y diversiones y la aceptación para el internado, en el caso de los artesanos, son gratuitas. Se reciben también gratuitamente estudiantes para el curso de latinidad, con la condición de que, como se dijo, sean altamente recomendables por su moralidad y aptitud para el estudio, y dejen constancia de que no pueden pagar ni toda ni parte de la pensión regular, que sería de 24 francos mensuales.

to de sus padres, comenzó a asistir a las clases con renovado fervor y diligencia, correspondiendo así al favor que se le hacía.

Cuál fuese su aprovechamiento lo demostró al haber sido admitido luego a la primera de latinidad. Muchas veces, con los ojos arrasados de lágrimas, prorrumpía en expresiones como ésta de agradecimiento a su párroco:

—¿Cómo podré yo pagarle la caridad que tuvo conmigo?

Se había comprometido, por ello, a postrarse cada día indefectiblemente ante el altar de María Stma., antes de ir a clase; y allí, con la confianza de un hijo, se encomendaba a la Sede de la Sabiduría, y rogaba por sí mismo y por quien lo instruía.

«No sé cuáles serían entonces los coloquios de nuestro Francisco—dice el párroco—; lo cierto es que muchas veces salía de la iglesia con los ojos bañados por las lágrimas, efecto indudable de la conmoción experimentada. Y si le preguntaba el motivo de esa emoción, respondía:

—Vengo de rezar a María Santísima por usted, querido padrino, para que le alcance de Dios la recompensa que yo no puedo darle.

»Ni siquiera una vez me dio motivo de reproche por negligencia durante todo el tiempo que asistió a mi clase—afirma el mismo párroco—, pues hacía cuanto le era posible para corresponder a los desvelos de quien lo instruía».

CAPITULO XIV

Deseo y determinación de ir al Oratorio de San Francisco de Sales

Por este tiempo recibí una carta del párroco, recomendándome a un parroquiano suyo, de conducta ejemplar, pobre en bienes materiales, pero muy rico en virtudes. «Este niño—decía—es desde hace varios años mi delicia y mi auxilio en las cosas de la parroquia. Ayudar la misa, tomar parte en las funciones de la iglesia, dar catecismo a los más pequeños, rezar con gran fervor, frecuentar con ejemplaridad los santos sacramentos, es, resumiendo, lo que hace constantemente. De buena gana me privo de él, con la esperanza de que llegue a ser un ministro del Señor».

Deseando cooperar a la educación de tan amable jovencito, de buen grado lo acepté en esta casa. Me lo había recomendado también el señor Eysautier, lugarteniente de las guardias rea-

les, y me lo había recomendado como modelo en el estudio y en su conducta moral. «Cuando le di la noticia—narra el párroco—, el inocente jovencito sólo pudo responder con sus lágrimas, que expresaban toda su alegría y su agradecimiento».

Pero surgió aún otra grave dificultad para llevar a cabo su anhelado designio: me refiero a la pobreza de sus padres, que luchaban entre las buenas disposiciones de su hijo y su insuficiencia de medios humanos. En este doloroso estado de incertidumbre, el párroco lo exhortó a hacer frecuentes visitas a Jesús sacramentado y a María Stma., rogándoles con insistencia que declarasen cuál era su voluntad al respecto. «Pero pídeles, le dije, que te manifiesten tu vocación de un modo claro, a fin de que no yerres en un asunto de tanta importancia».

Dios escuchó estos inocentes ruegos. Una mañana, después de haber comulgado, yendo a clase, parecía más contento que de costumbre.

—Y bien—le dijo el párroco—, ¿qué buenas me traes esta mañana, Francisco? ¿Recibiste ya respuesta a tus súplicas?

—Sí que las recibí esta vez, y mire en qué forma. Después de la comunión *prometí firmemente servir a Dios para siempre y con todo el corazón,* ofrecimiento que repetí varias veces. Rogué también a María Santísima que me ayudase en este trance. Y me pareció oír estas palabras que me inundaron de inmensa alegría: *Animo, Francisco, que tu deseo será satisfecho.*

Tan seguro estaba de haber oído esta respuesta, que repetidas veces la confirmó aún en presencia de toda su familia y sin variación alguna. Desde entonces solía decir:

—Tengo la certeza de que iré adonde usted, querido padrino, quiere enviarme, porque ésta es la voluntad de Dios.

Y si alguna vez sus padres ponían en duda su consentimiento, exclamaba:

—¡Oh, por caridad, no interfiráis mi destino, porque, de lo contrario, seré un joven desgraciado!

Y se encomendaba, ora a la madre, ora al hermano y a las hermanas, ora al párroco y a otras personas para que procuraran obtener con sus observaciones el beneplácito del padre, el cual, por otra parte, deseaba en su interior satisfacer las justas ansias de su hijo. En su proceder se veía bien clara la voluntad del Señor, que llamaba a Francisco a su viña.

A fines de mayo de 1863, por disposición manifiesta de la divina providencia, desaparecidas todas las dificultades surgidas, los padres determinaron enviar a Francisco al Oratorio. Desde este momento expresaba su alegría a los padres diciendo:

—Soy un hijo con suerte. ¡Qué feliz soy! Estad seguros de que os daré sólo consuelos con mi conducta.

«Redoblando su fervor en la piedad y en el estudio, escribe el párroco, progresó tanto en el mes de junio y julio como apenas lo hubiera logrado en un año. El mismo Francisco lo advirtió y decía:

—Usted, señor arcipreste, me dice que está contento de mí; y yo mismo no sé explicar cómo aprendo las lecciones en tan breve tiempo; es ésta una señal evidente de que en esto hago la voluntad de Dios.

—¿Y qué recompensa me darás—añadía el arcipreste—por cuanto hago por ti? Has de saber que quiero una paga muy abundante.

—Sí, por cierto; le prometo rezar a menudo a Dios y a María Santísima para que le prodiguen las gracias que desea. Puede estar seguro de que jamás lo olvidaré, como tampoco olvidaré a quienes dentro de poco me harán de padres.

La gratitud era una de las prendas características de este amable niño.

Estábamos en el último día de julio, víspera de la partida de nuestro buen Francisco para el Oratorio. Por la mañana se acercó por última vez, en Argentera, a los santos sacramentos. «Con lágrimas en los ojos lo vi por última vez, dice el párroco, mirar el confesonario y los altares, quién sabe con qué presentimiento. Una alegría insólita encendió su rostro después de la comunión. El fervor y el largo tiempo empleado en la acción de gracias compensaron abundantemente, por cierto, las muchas comuniones que creía iba a hacer aún en esta iglesia.

»Todo ese día fue de fiesta para nuestro Francisco; y la emoción me impide describir la tiernísima escena que se desarrolló en mi cuarto. En presencia de su padre, mi querido ahijado, de rodillas, se deshacía en actos de gratitud por los beneficios, magnificados por él, asegurándome que su agradecimiento sería eterno y que pondría en práctica todos los avisos que le había dado.

»En casa parecía vivir fuera de este mundo, y exclamaba a menudo:

—¡Qué feliz y afortunado soy! ¡Cómo debo agradecer a Dios por haberme favorecido con esta suerte!

»Se despidió también de todos sus parientes, quienes quedaron asombrados al verlo tan contento.

—Tal vez—le decían—te sentirás después aburrido y triste al verte lejos de tus padres, y acaso no te siente bien el clima caluroso de Turín en verano.

—No, no temáis por mí; en cuanto a mis padres, hermanos y hermanas, se alegrarán con tal que reciban siempre buenas noticias mías; procuraré consolarlos con mis cartas. No temo partir ni sufrir tristeza, porque tengo la certeza de hallar en aquel lugar todo lo que me hace falta para estar contento. Imaginaos además cuánta alegría sentiré al estar seguro de permanecer en el Oratorio, si el solo deseo y la esperanza de ir me ponen fuera de mí por la dicha. *Sólo os recomiendo que recéis por mí para que pueda hacer siempre la voluntad de Dios.*

»Encontrándome por la calle aquel mismo día, me dijo enternecido por la emoción:

—¡Cuánto me apena tener que abandonarlo, pero trataré de consolarlo enviándole buenas noticias mías.

»No pudo conciliar el sueño aquella noche por su alegría, y la pasó en continua oración y unión con Dios».

CAPITULO XV

Episodios de su viaje a Turín

Por la mañana, bien temprano, dio el postrer adiós a su querida mamá, a los hermanos y hermanas, que lloraban, mientras que con semblante sereno y tranquilo, aunque conmovido, animaba a todos a la perfecta conformidad con la voluntad de Dios. Sólo prorrumpió en copioso llanto cuando se encomendó a sus oraciones para corresponder siempre a la voz de Dios, que lo llamaba para sí. Su padrino lo saludó con estas últimas palabras:

—¡Oh, sí, vete, amabilísimo Francisco, que aquel Dios que de un modo maravilloso te quita ahora de nuestras terrenas miradas, lo hace para trasladarte a aquel mismo Oratorio en donde podrás santificarte emulando las virtudes que ya llevaron al paraíso a los afortunados jóvenes Domingo Savio y Miguel Magone, en cuya vida y muerte preciosa bebiste en los últimos meses que pasaste entre nosotros ese ardiente deseo que te conduce al providencial Oratorio de San Francisco de Sales!

Con un pequeño equipaje, el padre acompañó a Francisco a Turín; partieron el primero de agosto de 1863. A medida que se alejaban de Argentera, el buen papá preguntaba de vez en cuando a su hijo si no sentía abandonar a su pueblo, a la fami-

lia, y especialmente a su madre. Francisco le respondía siempre:

—Estoy persuadido de que, yendo a Turín, cumplo con la voluntad de Dios, y cuanto más me alejo de casa, tanto más crece en mí el contento.

Después de estas breves respuestas, Francisco seguía rezando. Aseguró el padre que el viaje de su hijo desde Argentera hasta Turín fue una casi continua oración.

El 2 de agosto llegaron a Cúneo hacia las dos de la mañana. Pasando ante el palacio episcopal, preguntó Francisco:

—¿De quién es esta hermosa casa?

—Es del obispo—le respondió.

Mostró entonces deseos de detenerse un momento, y así lo hizo. El padre siguió caminando, y, al volverse, vio a su hijo de rodillas, junto a la puerta del palacio.

—¿Oué haces?—le dijo.

—Pido a Dios por el señor obispo, para que él también me ayude a ser aceptado en el Oratorio de Turín y pueda un día contarme entre sus clérigos, y ser útil así para mí y para los otros.

Llegados a Turín, el padre le señalaba las maravillas de esta capital. Después de observar las calles simétricas, las plazas bien trazadas y espaciosas, los pórticos altos y majestuosos, las galerías magníficamente adornadas con variados y preciosos objetos nunca vistos; después de admirar la altura y elegancia de los edificios, el mismo padre creía hallarse en otro mundo y decía lleno de asombro:

—¿Qué dices de esto, Francisco? ¿No te parece hallarte de veras en el cielo?

—Todo esto me importa poco—respondió Francisco sonriendo—, pues nada llenará de gozo mi corazón hasta no ser recibido en el bendito Oratorio al cual fui enviado.

Entró finalmente en aquel lugar tan ansiado, y exclamó lleno de alegría:

—¡Ahora sí que llegué!

Y con una breve oración dio gracias a Dios y a la Stma. Virgen por el buen viaje realizado y por sus deseos cumplidos.

El padre se mostró conmovido hasta las lágrimas al despedirse, pero Francisco lo confortó diciendo:

—No se preocupe por mí; el Señor no dejará de ayudarnos; cada día rezaré por toda nuestra familia.

Más conmovido aún el padre, le dijo:

—¿Te hace falta alguna cosa?

—Sí, querido papá; agradezca a mi padrino todo el cuidado que se tomó por mí, y asegúrele que jamás me olvidaré de

sus beneficios, y que con la asiduidad en el estudio y con mi buena conducta haré que esté contento de mí. Dígales a los de casa que *soy plenamente feliz, y que he encontrado mi cielo.*

CAPITULO XVI

Tenor de vida en el Oratorio. Primer diálogo

Todo lo expuesto hasta aquí acerca del jovencito Besucco forma, por así decir, la primera parte de su vida, y en ello me atuve a las noticias que me envió quien lo conoció, trató y vivió con él en su pueblo. Lo que voy a narrar con respecto a su nuevo tenor de vida en el Oratorio formará la segunda parte. Pero aquí contaré cosas todas oídas y vistas con mis propios oídos y ojos, o bien referidas por centenares de jovencitos que fueron sus compañeros durante todo el tiempo que vivió entre nosotros. Me serví particularmente de una larga y detallada *narración hecha por el padre Ruffino*, profesor y director de las clases de esta casa, quien tuvo tiempo y ocasión de conocer y reunir los continuos rasgos de virtud practicados por nuestro Besucco.

Por largo tiempo, pues, había deseado ardientemente hallarse en el Oratorio; pero cuando se encontró de hecho, quedó como *aturdido. Más de setecientos jovencitos eran sus amigos y compañeros* en el recreo, en el comedor, en el dormitorio, en la iglesia, en la clase y en el estudio. Le parecía imposible que tantos muchachos pudieran vivir juntos en una sola casa sin producir un desorden indecible. *Acosaba a todos a preguntas, y de todo pedía la razón*, la explicación. Todo aviso dado por los superiores, toda inscripción en las paredes, eran para él *objeto de lectura y meditación y de profunda reflexión.*

Había pasado ya algunos días en el Oratorio, y yo no lo había visto aún; sólo sabía de él lo que el arcipreste Pepino me había comunicado por carta. Cierto día me hallaba en el recreo entre los jóvenes de la casa cuando vi a un jovencito vestido a lo montañés, de mediana estatura, de tosco aspecto y algo pecoso. Con los ojos desmesuradamente abiertos contemplaba cómo se divertían sus compañeros. Cuando su mirada se encontró con la mía, sonrió respetuosamente y se dirigió adonde yo me hallaba.

—¿Quién eres tú?—le dije sonriendo.

—Soy Francisco Besucco, de Argentera.

—¿Cuántos años tienes?

—Pronto cumpliré los catorce.

—¿Has venido para estudiar o para aprender un oficio?

—Deseo ardientemente estudiar.

—¿Qué clase has hecho ya?

—He cursado las clases elementales de mi pueblo.

—¿Qué intención te mueve a continuar tus estudios y no a aprender un oficio?

—¡Ah! *Mi deseo más vivo y más grande es poder abrazar el estado eclesiástico.*

—¿Y quién te dio este consejo?

—*Siempre lo tuve en mi corazón, y siempre pedí al Señor que me ayudara a realizar mi aspiración.*

—¿Has pedido ya consejo a alguno?

—Sí; he hablado ya muchas veces de ello con mi padrino; sí, con mi padrino...

Dicho esto, se conmovió y le asomaron las lágrimas.

—¿Quién es tu padrino?

—Mi padrino es el párroco, el arcipreste de Argentera, que tanto me quiere. Me enseñó catecismo, me dio clase, vestido, alimento. Es tan bueno, me hizo tantos beneficios y, después de haberme dado clase casi dos años, me recomendó a usted para que me recibiera en el Oratorio. ¡Qué bueno es mi padrino, cuánto me quiere!

Y se echó a llorar nuevamente. Esta sensibilidad por los beneficios recibidos, *este afecto a su bienhechor me hizo concebir una buena idea de la índole y de la bondad de corazón del jovencito.* Recordé entonces también las hermosas recomendaciones que me habían llegado de su párroco y del lugarteniente Evsautier, y me dije al punto:

—*Este jovencito dará con el estudio excelente resultado en su educación moral;* puesto que la experiencia ha probado que la gratitud en los niños es casi siempre presagio de un venturoso porvenir: por el contrario, los que fácilmente olvidan los favores recibidos y los cuidados que se les prodigaron, permanecen insensibles a los avisos, a los consejos, a la religión, y son, por lo mismo, difíciles de educar y es incierto su resultado.

Dije, por lo tanto, a Francisco:

—Me alegra mucho el gran afecto que tienes a tu padrino, pero no te afanes. Amalo en el Señor, reza por él; y si quieres hacerle cosa verdaderamente grata, procura que tu comportamiento sea tal que siempre pueda enviarle buenas noticias tuyas, o que, viniendo él a Turín, quede satisfecho de tu apro-

vechamiento y de tu conducta. Entre tanto, ve a jugar con tus compañeros.

Enjugándose las lágrimas, me saludó con una afectuosa sonrisa y se fue a tomar parte en los juegos con sus compañeros.

CAPITULO XVII

Alegría

En su humildad, Francisco juzgaba a todos sus compañeros más virtuosos que él, y le parecía que, comparado con ellos, era un pillo. Por eso, pocos días después lo vi nuevamente venir a mi encuentro algo turbado.

—¿Qué tienes, mi buen Besucco?—le pregunté.

—Me hallo aquí entre tantos compañeros buenos, y quisiera hacerme como ellos; pero no sé cómo, y necesito que usted me ayude.

—Te ayudaré con todos los medios que me sean posibles. Si quieres hacerte bueno, practica sólo tres cosas, y todo irá bien.

—¿Y cuáles son esas tres cosas?

—Helas aquí: *alegría, estudio, piedad. Este es el gran programa,* y si lo pones en práctica, podrás vivir feliz y hacer mucho bien a tu alma.

—Alegría... alegría... Estoy demasiado alegre. Si estar alegre basta para hacerme bueno, me pasaré jugando de la mañana a la noche. ¿Estará bien así?

—No de la mañana a la noche, sino tan sólo en las horas en que está permitido el recreo.

Francisco tomó la sugerencia demasiado a la letra, y persuadido de hacer cosa verdaderamente grata a Dios divirtiéndose, se mostraba siempre impaciente por el tiempo libre para aprovecharlo con este fin. Pero ¿qué sucedió? Como no era diestro en ciertos ejercicios de recreación, a menudo tropezaba y caía aquí y allá. Quería andar en zancos, y helo ahí rodar por tierra; subía a las paralelas, y se daba un tumbo. ¿Jugaba a las bochas? Pues las arrojaba a las piernas de los otros y embarullaba todas las diversiones. Por lo cual, las topadas, los porrazos, los revolcones eran el ordinario fin y remate de sus juegos.

Un día se me acercó cojeando y cariacontecido.

—¿Qué te pasa, Besucco?—le dije.

—Tengo el cuerpo todo magullado—me respondió.

—¿Qué te ha ocurrido?

—No estoy hecho a las diversiones de esta casa, por lo cual me caigo de continuo, tropezando con la cabeza, los brazos o las piernas. Ayer, sin más, di con el rostro de un compañero y nos ensangrentamos las narices.

—¡Pobrecito! Un poco de cuidado y moderación...

—Pero usted me dijo que el recreo agrada al Señor, y yo quisiera adiestrarme en todos los juegos de mis compañeros.

—No tomes las cosas así, querido. Los juegos y diversiones deben aprenderse poco a poco, a medida que te vayas haciendo apto para ello, pero siempre de forma que sean realmente un pasatiempo y nunca un perjuicio para el cuerpo.

Comprendió así Francisco que el juego debe ser moderado y servir para levantar el espíritu; de lo contrario, es perjudicial para la misma salud corporal. En adelante, pues, siguió tomando parte de buena gana en la recreación, pero con gran prudencia; más aún, cuando el recreo era algo prolongado, interrumpía sus juegos para conversar con algún compañero más estudioso, o para informarse de las reglas y disciplina de la casa, o para cumplir algún ejercicio de piedad.

Aprendió además un secreto para beneficiarse a sí mismo y beneficiar a sus compañeros en los mismos recreos: dar buenos consejos y avisos, con modales corteses, cuando se ofreciera la ocasión, como solía hacer en su pueblo, pero en un radio mucho más restringido; *entreverando sus recreos con conversaciones morales o relativas a las asignaturas, nuestro Besucco se convirtió en breve en modelo de piedad y estudio.*

CAPITULO XVIII

Estudio y diligencia

Leyó cierto día Besucco en un letrero de mi cuarto esta sentencia: «Cada momento de tiempo es un tesoro».

—No entiendo—me observó con ansiedad—qué significan estas palabras. ¿Cómo podemos ganar en cada momento un tesoro?

—Es así realmente. En cada momento de tiempo podemos adquirir algún conocimiento científico o religioso, podemos practicar alguna virtud, hacer un acto de amor de Dios; cosas todas que ante el Señor son otros tantos tesoros que nos servirán en el tiempo y en la eternidad.

No dijo nada más, pero escribió aquel dicho en un pedazo de papel, y luego añadió:

—He entendido.

Comprendió cuán precioso es el tiempo y, recordando las recomendaciones de su párroco, dijo:

—Mi padrino ya me había dicho también que el tiempo es muy precioso y que debemos emplearlo bien comenzando desde la niñez.

Puedo decir para gloria de Dios que en todo el tiempo que pasó en esta casa nunca hubimos de avisarle de nada o de animarlo al cumplimiento de sus obligaciones.

Hay costumbre en esta casa de asignar y leer todos los sábados las notas que cada jovencito ha merecido en el estudio y en la conducta durante la semana. Las notas de Besucco fueron siempre iguales: todas «optime», es decir, diez.

Tocada la campana para ir al estudio, a él se dirigía inmediatamente sin detenerse ya un instante. Y era hermoso verlo allí, siempre recogido, estudiar y escribir con la avidez de quien hace la cosa de su mayor gusto. Por ningún motivo se movía de su lugar y, por largo que fuera el tiempo de estudio, nadie lo veía levantar la vista de sus libros y cuadernos.

Uno de sus grandes temores era el de transgredir los reglamentos contra su voluntad; por lo cual, principalmente en los primeros días, preguntaba a menudo si se podía hacer esto o aquello. Preguntó una vez, por ejemplo, con santa sencillez, si era lícito escribir en el estudio, creyendo que allí sólo se pudiera estudiar. Otra vez preguntó si en tiempo de estudio estaba permitido poner en orden los libros.

Al exacto empleo del tiempo agregó Francisco el invocar el auxilio del Señor. A veces lo veían sus compañeros, durante el estudio, hacer la señal de la santa cruz, alzar los ojos al cielo y rezar. Cuando le preguntaban la razón, decía:

—Como a menudo hallo dificultad en aprender, me encomiendo al Señor para que me ayude.

Había leído en la vida de Miguel Magone que antes de sus estudios decía siempre: «María, Sede de la Sabiduría, ruega por mí». Y quiso hacer otro tanto. Escribió estas palabras en sus libros y cuadernos y en algunos retazos de papel que usaba como registros. Escribía también sobre estos billetitos a sus compañeros, y en el borde superior de las hojas o en papelito aparte anotaba siempre el precioso saludo a su Madre celestial, como solía llamarla. En un papel dirigido a un compañero leo lo siguiente:

«Me preguntaste cómo puedo estar en la segunda clase de

gramática cuando, normalmente, apenas si me corresponde la primera. Te respondo francamente que es ésta una bendición especial del Señor, que me da salud y fuerza. Me valí además de tres secretos que encontré y practiqué con gran provecho mío, y son:

»Primero: No perder jamás un instante de tiempo en las cosas de clase o de estudio.

»Segundo: En los días libres y en en los que hay recreos prolongados, después de media hora voy a estudiar, o bien converso acerca de temas escolares con otros compañeros más adelantados que yo en el estudio.

»Tercero: Cada mañana, antes de salir de la iglesia, digo un padrenuestro y un avemaría a San José. Fue éste para mí el medio eficaz que me hizo adelantar en los estudios, y desde que comencé a rezarlos, tuve siempre mayor facilidad para aprender las lecciones y para superar las dificultades con que a cada paso tropiezo en las materias de clase. Haz tú otro tanto —concluía la cartita—y quedarás ciertamente contento de ello».

No debe, pues, asombrar si con tanta diligencia hizo progresos tan rápidos en la clase. Cuando llegó a Valdocco se temía mucho que pudiera continuar en la 1.ª de latinidad; pero al cabo de sólo dos meses obtenía notas satisfactorias. En la clase estaba siempre pendiente de los labios del maestro, quien nunca tuvo que amonestarlo por estar distraído.

Lo que dije acerca de la diligencia de Besucco en materia de estudio, se debe extender a todos sus deberes, aun los mínimos: *era ejemplar en todo*. Se le había encargado de barrer el dormitorio, y causaba admiración la exactitud con que lo hacía, sin dar muestras de que le pesara el *cargo*.

Cuando por enfermedad no pudo ya levantarse de la cama, pidió excusas al asistente porque no podía cumplir ya su habitual oficio, y agradeció vivamente al compañero que lo suplió en aquella humilde tarea.

Besucco vino al Oratorio con un fin determinado, *y jamás perdía de vista el blanco de sus aspiraciones:* dedicarse por entero a Dios en el estado eclesiástico; y para ello *se esforzaba por adelantar en ciencia y virtud*.

Conversando un día con un compañero sobre los propios estudios y acerca del fin que los había traído a esta casa, Besucco expresó su pensar, y luego concluyó:

—En resumidas cuentas, mi propósito es hacerme sacerdote; y con el auxilio del Señor, pondré el mayor empeño para poder conseguirlo.

CAPITULO XIX

La confesión

Dígase cuanto se quiera acerca de los diversos sistemas de educación; pero yo no encuentro base segura sino en la frecuencia de la confesión y de la comunión; y no creo exagerar afirmando que, sin estos dos elementos, la moralidad queda descartada.

Besucco, como hemos dicho, desde temprano fue preparado y encaminado a la frecuencia de ambos sacramentos. En el Oratorio creció su buena voluntad y fervor en practicarlos.

En los primeros días de la novena de la Natividad de María Stma. se presentó a su director y le dijo:

—Quisiera hacer bien esta novena, y entre otras cosas deseo hacer la confesión general.

Después de oír los motivos que a ello lo determinaban, el director le expresó que no veía la necesidad de tal confesión, y agregó:

—Puedes quedar tranquilo, tanto más cuanto ya la hiciste otras veces con tu párroco.

—Sí—replicó—, ya la hice con ocasión de mi primera comunión, y también cuando hubo ejercicios espirituales en mi pueblo; pero *como quiero poner mi alma en manos de usted, deseo abrirle por entero mi conciencia,* para que me conozca mejor y pueda darme con mayor seguridad los consejos que me ayuden a salvar mi alma.

Accedió el director; lo alabó por la elección de un confesor fijo; le exhortó a estimar al confesor, a rezar por él y a manifestarle siempre lo que inquietase su conciencia. Luego le ayudó a hacer la ansiada confesión general. Realizó este acto con las más conmovedoras muestras de dolor por el pasado y de propósitos para el porvenir, si bien, como todos lo pueden juzgar, consta que *en su vida jamás cometió una acción que se pueda llamar pecado mortal.*

Elegido el confesor, no lo cambió más durante todo el tiempo que el Señor lo conservó entre nosotros. Tenía plena confianza en él, lo consultaba aun fuera de confesión, rezaba por él y gozaba inmensamente cuando podía recibir de él algún buen consejo para regla de su vida.

Escribió un día una carta a un compañero que le había manifestado el deseo de ir al Oratorio. Le recomendaba en ella rezar al Señor para alcanzar esa gracia, y luego le sugirió

algunas prácticas de piedad, como el viacrucis; pero sobre todo lo exhortó a confesarse cada ocho días y a comulgar varias veces a la semana.

Mientras alabo grandemente a Besucco por este comportamiento, recomiendo vivamente a todos, pero de un modo especial a la juventud, que desde pequeños se *elijan un confesor fijo,* y que no lo cambien nunca sino en caso de necesidad. Evítese el defecto de algunos que cambian de confesor casi cada vez que se confiesan, o que, debiendo confesar cosas de mayor relieve, acuden a otro, para luego volver al confesor anterior. Obrando de este modo no cometen pecado alguno, pero no tendrán jamás un guía seguro que conozca debidamente el estado de su conciencia. Les pasaría lo que al enfermo que cambiara de médico a cada visita. Difícilmente podría el médico conocer el mal que aqueja al enfermo, y dudaría, por lo tanto, al prescribir los remedios oportunos.

Y si por casualidad este librito fuese leído por quien está destinado por la divina providencia a la educación de la juventud, le recomendaría encarecidamente en el Señor tres cosas: Inculquen, en primer lugar, con celo, *la frecuente confesión, como apoyo de la inestable edad juvenil,* brindando todos los medios que pueden facilitar la asiduidad a este sacramento. Insistan, en segundo lugar, en la gran utilidad de *elegir un confesor estable,* que no ha de cambiarse sin necesidad; pero haya, por otra parte, disponibilidad de confesores para que cada uno pueda elegir a quien le parezca más apropiado para el bien de su alma. Tengan siempre presente, empero, que quien cambia de confesor no obra mal, y que es mejor cambiarlo mil veces antes que callar un pecado.

No dejen, en tercer término, de *recordar frecuentemente el gran sigilo de la confesión.* Digan explícitamente que el confesor está obligado por un secreto natural, eclesiástico, divino y civil, por el cual, por ningún motivo, a costa de cualquier mal, hasta de la misma muerte, puede manifestar a nadie cosas oídas en confesión, o servirse de ellas; que el confesor no se sorprende ni disminuye el afecto a nadie por graves que sean las cosas que oye en confesión, y que, por el contrario, aumenta su aprecio por el penitente.

Así como el médico, cuando descubre toda la gravedad del mal, se alegra en su corazón porque puede aplicarle entonces el remedio oportuno, así también pasa con el confesor, médico de nuestra alma, y en nombre de Dios, al impartirnos la absolución, sana todas las llagas del alma.

Estoy convencido de que si se recomiendan y explican de-

bidamente estas cosas, serán grandes los resultados morales que se obtendrán entre los jovencitos y se comprobará con los hechos *qué elemento maravilloso de moralidad posee la religión católica en el sacramento de la penitencia.*

CAPITULO XX

La santa comunión

El segundo apoyo de la juventud es la santa comunión. ¡Felices los jóvenes que desde temprano comienzan a acercarse con frecuencia y con las debidas disposiciones a este sacramento!

Besucco había sido instruido por sus padres y por el párroco acerca del modo de comulgar a menudo y con fruto, y le habían animado a hacerlo. Mientras estuvo en su pueblo, solía comulgar cada semana; luego, todos los días festivos, y también una que otra vez durante la semana y, en algunas novenas, también todos los días.

Aun cuando su alma inocente y su ejemplarísima conducta lo hacían digno de la comunión frecuente, le parecía, sin embargo, que no era digno. Crecieron sus aprensiones cuando una persona llegada a esta casa le dijo a Besucco que era mejor comulgar más raramente para hacerlo con una preparación más larga y con mayor fervor.

Presentóse un día a un superior suyo y le expuso todas sus inquietudes. Trató éste de tranquilizarlo, diciéndole:

—¿No das muy a menudo el pan material a tu cuerpo?

—Sí, ciertamente.

—Si con tanta frecuencia damos el pan material al cuerpo, que sólo ha de vivir por un tiempo en este mundo, ¿por qué no hemos de dar a menudo, y aun diariamente, el pan espiritual —que es la santa comunión—al alma? (SAN AGUSTÍN).

—Pero me parece que no soy bastante bueno como para comulgar tan a menudo.

—Precisamente para hacerte más bueno conviene que recibas con frecuencia la santa comunión. Jesús no invitó a los santos a alimentarse con su cuerpo, sino a los débiles, a los cansados, o sea, a los que aborrecen el pecado, pero que por su fragilidad se hallan en grave peligro de recaer. *Venid a mí*—dice—*vosotros los que estáis fatigados y oprimidos, y yo os aliviaré.*

—Pero me parece que, si se fuera más raramente, se haría la comunión con más devoción.

—No podría asegurarlo; lo cierto es que la práctica enseña a hacer bien las cosas, y quien hace a menudo una cosa, aprende a hacerla como es debido; del mismo modo, quien comulga con frecuencia aprende a recibir bien la comunión.

—Pero quien come raras veces come con mayor apetito.

—Quien come raras veces y pasa muchos días sin tomar alimento, o cae extenuado por la debilidad, o muere de hambre, o corre peligro de sufrir una indigestión fatal en su primera comida.

—Si es así, en adelante procuraré comulgar con mucha frecuencia, porque reconozco realmente que es un medio poderoso para hacerme bueno.

—*Hazlo con la frecuencia que te prescriba tu confesor.*

—Me dijo que comulgara todas las veces que nada me inquiete la conciencia.

—Bien; sigue este consejo. Entretanto, quiero hacerte notar que nuestro Señor Jesucristo nos invita a comer su cuerpo y beber su sangre siempre que nos hallemos en necesidad espiritual, y en este mundo la padecemos continuamente. Llegó a decir: *Si no comiereis mi cuerpo y no bebiereis mi sangre, no tendréis la vida en vosotros.* Por este motivo, en tiempo de los apóstoles los cristianos perseveraban en la oración y en la participación del pan eucarístico. En los primeros siglos, todos los que oían la santa misa hacían la comunión, y quien oía diariamente la misa, también comulgaba diariamente. Por último, la Iglesia católica, representada en el concilio de Trento, recomienda a los cristianos asistir lo más a menudo que les sea posible al santo sacrificio de la misa, y, entre otras, tiene estas hermosas expresiones: 'El santo concilio desea sumamente que en todas las misas que oyen los fieles hagan la comunión no sólo espiritual, sino también sacramentalmente, para que sea en ellos más copioso el fruto que proviene de este augustísimo sacrificio' (sesión 22 c.6).

CAPITULO XXI

Adoración al Santísimo Sacramento

Francisco manifestaba su gran amor al Santísimo Sacramento no sólo con la frecuente comunión, sino en todas las

ocasiones que se le presentaban. Ya vimos cómo en su pueblo se prestaba con el mayor gusto para acompañar el viático. Apenas oía el toque de las campanas, pedía al punto permiso a sus padres, que gustosos se lo daban; y después volaba a la iglesia para prestar los servicios compatibles con su edad. Tocar la campanilla, llevar el cirial o la sombrilla, rezar el *Confiteor,* el *Miserere* o el *Tedéum* eran sus delicias.

Se ocupaba también en su pueblo con agrado en ayudar a los compañeros más jóvenes o menos instruidos a disponerse para comulgar dignamente y hacer la debida acción de gracias.

Llegado al Oratorio, continuó en su fervor, y entre otras cosas tomó la muy loable costumbre de hacer cada día una breve visita al Santísimo Sacramento. Se le veía a menudo instar a algún sacerdote o clérigo a que reuniera a algunos jóvenes y los llevara a la iglesia a rezar alguna oración particular ante Jesús sacramentado.

Era en verdad edificante su industria para llevar consigo a la iglesia a algún compañero. Un día invitó a uno diciéndole:

—Ven conmigo a rezar un padrenuestro a Jesús sacramentado, que está solito en el sagrario.

El compañero, que estaba entregado de lleno a sus pasatiempos, respondió que no quería. Besucco fue igualmente solo. Pero aquel compañero, arrepentido de haberse negado a una invitación tan amable de su virtuoso amigo, al día siguiente se le acercó y le dijo:

—Ayer me invitaste a acompañarte a la iglesia y no quise ir; hoy te invito yo para que me acompañes a hacer lo que ayer no quise.

—No te apenes por ello—respondió riendo Besucco—, pues ya hice tu parte y la mía: dije tres padrenuestros por mí, y luego tres por ti, a Jesús sacramentado. Con todo, te acompaño con mucho gusto ahora y siempre que lo desees.

Más de una vez tuve que ir a la iglesia, después de la cena, para cumplir algún deber mío, mientras los jóvenes de la casa se hallaban en el patio en alegre y animada recreación. No teniendo a mano ninguna luz, tropecé contra algo que me pareció un costal de trigo, con peligro próximo de caer de bruces. ¿Y cuál no fue mi sorpresa cuando me di cuenta de haberme topado con el devoto Francisco, que en un escondite, detrás del altar, pero muy cerca de él, *rezaba a su amado Jesús, en medio de las tinieblas de la noche, pidién-*

dole sus luces celestiales para conocer la verdad, para hacerse cada día mejor, para hacerse santo?

Ayudaba también de muy buen grado a la santa misa. Preparar el altar, encender las velas, servir las vinajeras, ayudar al sacerdote a revestirse eran cosas de su mayor gusto. Pero cuando algún otro deseaba ayudarla, se mostraba igualmente contento, y la oía con gran recogimiento. Quienes lo vieron asistir a la santa misa o a la bendición de la tarde, están contestes en afirmar que no era posible mirarlo sin sentirse conmovidos y edificados por el fervor que traslucía al rezar y por la compostura exterior.

Ansiaba además vivamente leer libros y entonar cánticos cuyo tema fuese el Santísimo Sacramento. Entre las numerosas jaculatorias que rezaba a lo largo del día, la más familiar era ésta: «Alabanza y acción de gracias en todo momento al santísimo y divinísimo Sacramento».

Con esta hermosa jaculatoria—decía—gano cien días de indulgencia cada vez que la digo, y además quedo libre al punto de todos los malos pensamientos que me asaltan. Esta jaculatoria es para mí un martillo con el cual, a no dudarlo, le rompo los cuernos al demonio cuando viene a tentarme.

CAPITULO XXII

Espíritu de oración

Harto difícil es conseguir que los jovencitos se aficionen a la oración. Su edad voluble mira con aversión y tiene por enorme peso todo lo que requiere seria atención de la mente. ¡Dichoso el que, enseñado desde su niñez, ha llegado a tomar gusto a la oración! Estará siempre abierto para él el manantial de las divinas bendiciones.

Besucco fue de este número. La asistencia que le prestaron sus padres ya desde sus tiernos años, el cuidado de su maestro, y especialmente el de su párroco, produjeron el ansiado fruto en él. No estaba acostumbrado a meditar, pero hacía muchas oraciones vocales. Pronunciaba las palabras clara y distintamente, las articulaba de tal modo que parecía que hablaba con el Señor, con la Santísima Virgen o con el santo a quien dirigía sus oraciones.

Por la mañana, dada la señal de levantarse, se vestía pron-

tamente, y una vez terminado su aseo, bajaba en seguida a la iglesia o se arrodillaba junto a la cama para rezar hasta que la campana indicara que se debía ir a otra parte. En la iglesia era ejemplar su puntualidad; se colocaba junto a los compañeros y en los lugares donde no fuera distraído, y le causaba profunda pena el ver charlar a alguien o mostrar un comportamiento disipado. Cierto día, al salir de la iglesia, fue en seguida en busca de uno que se había portado de tal forma. Cuando lo halló, le recordó y afeó su proceder, y le inculcó que estuviese en el lugar santo con más recogimiento.

Profesaba especial afecto a María Santísima. En la novena de su Natividad mostraba un fervor particular hacia ella. El director solía dar cada tarde una florecilla para practicar en su honor. Besucco no sólo la tenía en gran consideración, sino que se preocupaba de que también otros la practicaran. Para no olvidarla la escribía en un cuaderno:

—De este modo—decía—tendré a fin de año un hermoso ramillete de obsequios para ofrecer a María.

La repetía durante el día y la recordaba a sus compañeros.

Quiso saber el lugar preciso donde Domingo Savio rezaba de rodillas en el altar de la Virgen María. Y allí iba a rezar con gran recogimiento y consuelo de su corazón.

—¡Oh si pudiera pasarme desde la mañana hasta la noche rezando en este lugar—solía decir—; con cuánto gusto lo haría! Porque me parece que el mismo Domingo reza conmigo y que contesta a mis oraciones, y que su fervor se transfunde en mi corazón.

Generalmente era el último en salir de la iglesia, ya que solía detenerse un rato ante la imagen de María Santísima. Y esto le hacía perder a menudo el desayuno, con gran estupor de los que veían a este jovencito de catorce años, sano y robusto, olvidar el alimento corporal para cuidar del alimento espiritual de la oración.

A menudo, especialmente en los días de vacaciones, iba con algunos compañeros a la iglesia para rezar los siete gozos o los siete dolores de María, las letanías o la corona espiritual a Jesús sacramentado. Y jamás quiso ceder a otros el placer de leer en voz alta esas oraciones.

Los viernes, si le era posible, hacía o al menos leía el viacrucis, que era su práctica de piedad preferida.

—*El viacrucis*—solía decir—*es para mí una chispa de fuego que me incita a rezar, y me da ánimo para soportar cualquier cosa por amor de Dios.*

Amaba tanto la oración y tan habituado estaba a ella que, apenas quedaba solo o desocupado un momento, al punto se ponía a rezar. Con frecuencia lo hacía en el mismo recreo, y como llevado por movimientos involuntarios, cambiaba a veces los nombres de los juegos por jaculatorias.

Viendo un día a un superior que se le acercaba, quiso saludarle por su nombre y le dijo: «¡Oh santa María!» En otra ocasión, queriendo llamar a un compañero con quien se divertía, profirió en voz alta: «¡Oh padrenuestro!» Estas cosas, mientras despertaban, por un lado, la hilaridad entre los compañeros, mostraban, por otro, *cuánto se deleitaba su corazón en la oración y qué dominio poseía sobre sí para recogerse y elevar su espíritu al Señor. Y esto, según los maestros de espíritu, señala un grado de encumbrada perfección que raramente se halla en las personas de virtud consumada.*

Por la noche, rezadas las oraciones en común, iba al dormitorio, donde, arrodillado sobre la incómoda tapa de su baúl, pasaba un cuarto de hora, y aun media hora, haciendo oración. Pero, avisado de que esto causaba molestias a sus compañeros, que estaban descansando, acortó la duración y se esforzaba por acostarse al mismo tiempo que los demás. Con todo, ya en la cama, juntaba las manos sobre el pecho y rezaba hasta que lo vencía el sueño. Si se despertaba durante la noche, poníase a rezar al punto por las almas del purgatorio, y experimentaba disgusto cuando debía interrumpir su oración, sorprendido por el sueño.

—Me apena mucho—decía a un amigo—el no poder permanecer largo tiempo en la cama sin dormirme. Soy realmente miserable. ¡Cuánto bien haría a las almas del purgatorio si pudiera rezar como deseo!

En suma: si examinamos el espíritu de oración de este jovencito, podemos decir que *siguió literalmente el precepto del Salvador, que ordenó orar sin interrupción, pues pasaba los días y las noches en continua oración.*

CAPITULO XXIII

Sus penitencias

Hablar de penitencia a los jovencitos, generalmente, es asustarlos. Mas *cuando el amor de Dios se apodera de un corazón, nada del mundo ni padecimiento alguno lo aflige;*

antes bien, las penas de la vida le son de consuelo. De ese mismo corazón tierno surge el noble pensamiento de que se sufre por un gran motivo, y que está reservada una gloriosa recompensa en la eternidad feliz a los sufrimientos de la vida.

Se ha podido ver ya cuánto ansiara sufrir nuestro Besucco, como lo demostró desde sus primeros años; pues en el Oratorio redobló su ardor. Presentóse un día al superior y le dijo:

—Estoy muy angustiado, pues el Señor dice en el Evangelio que no se puede ir al paraíso sino con la inocencia o con la penitencia. Con la inocencia ya no puedo ir, porque la perdí; es necesario, por tanto, que vaya con la penitencia.

Respondióle el superior que tomara por penitencia la diligencia en el estudio, la atención en clase, la obediencia a los superiores, el soportar las molestias de la vida, como el frío, el calor, el viento, el hambre, la sed, etc.

—Pero esto se sufre por necesidad—añadió.

—*Si lo que se sufre por necesidad lo haces por amor de Dios, te servirá de verdadera penitencia, agradará al Señor y será meritorio para tu alma.*

Tranquilizóse por entonces, pero continuó pidiendo siempre permiso para ayunar, para dejar todo o en parte el desayuno por la mañana, para poner objetos que le causaran dolor debajo de los vestidos o en la cama: cosas todas que siempre le fueron negadas.

En la vigilia de Todos los Santos pidió como especial favor ayunar a pan y agua; pero se le cambió esta mortificación con la sola abstención del desayuno. Y esto le causó gran placer, «porque—decía—podré así imitar en algo a los santos del cielo, que por el camino de los padecimientos llegaron a salvar sus almas».

Huelga hablar de la vigilancia que ejercía sobre sus sentidos exteriores, y especialmente sobre los ojos. Quien lo ha observado por largo tiempo en la compostura de su persona, en el trato con los compañeros, en la modestia en casa y fuera de ella, no vacila en afirmar que puede proponerse a la juventud como modelo acabado de mortificación y de ejemplaridad exterior.

Estándole prohibidas las penitencias corporales, obtuvo el poder hacerlas de otra clase, ejerciendo los trabajos más humildes de la casa. El cumplir los encargos de los compañeros, llevarles agua, limpiarles el calzado, servir la mesa cuando se le permitía, barrer el comedor y el dormitorio, acarrear la basura, transportar bultos y baúles cuando podía con ellos, eran

cosas que realizaba con alegría y con gran satisfacción. Ejemplos dignos de ser imitados por ciertos jovencitos que, por hallarse lejos de su casa, se avergüenzan de hacer un encargo o prestar un servicio en cosas compatibles con su estado. No faltan a veces jovencitos que hasta tienen vergüenza de acompañar a sus propios padres por su humilde modo de vestir. ¡Cómo si el hallarse fuera de casa cambiara su condición, haciéndoles olvidar los deberes de piedad, de respeto y de obediencia para con sus padres, y de caridad para con todos!

Pero estas pequeñas mortificaciones contentaron por poco tiempo a nuestro Besucco. Deseaba mortificarse más. Se le oyó alguna vez lamentarse porque en su casa hacía mayores penitencias sin menoscabo de su salud. Respondíale siempre el superior que la verdadera penitencia no consiste en hacer lo que nos agrada a nosotros, sino lo que agrada al Señor y sirve para promover su gloria.

—*Sé obediente*—agregaba—*y diligente en tus deberes, ten mucha caridad con tus compañeros, soporta sus defectos, dales buenos avisos y consejos, y harás cosa mucho más grata al Señor que cualquier otro sacrificio.*

Tomando al pie de la letra aquello de que debía soportar con paciencia el frío de la estación, dejó arreciar el invierno sin vestirse como convenía. Un día lo vi muy pálido, y al preguntarle si se sentía mal, me dijo:

—No, estoy muy bien.

Pero al tomarlo de la mano me di cuenta de que no tenía más que una chaqueta de verano, y nos hallábamos ya en la novena de Navidad.

—¿No tienes ropas de invierno?—le pregunté.

—Sí que las tengo, pero en el dormitorio.

—¿Por qué no te las pones?

—Pues... por el motivo que usted sabe: para *soportar el frío del invierno por amor de Dios.*

—Ve inmediatamente a abrigarte; procura defenderte del mejor modo posible del rigor de la estación, y si te hace falta algo, pídelo, que se te proveerá.

A pesar de esta recomendación, no se pudo impedir un exceso que originó quizás la enfermedad que lo llevó a la tumba, como narraremos más adelante.

CAPITULO XXIV

Hechos y dichos particulares

Hay en la vida de Besucco dichos y hechos que no tienen relación directa con lo expuesto hasta el presente, y que por ello se consignan aquí aparte. Comienzo por sus conversaciones. En ellas *era muy reservado, pero jovial y chistoso.* Narraba con todo placer sus andanzas de zagal, cuando conducía ovejas y cabras a pastar. Hablaba de los matorrales, de los pastos, de las concavidades, de las cavernas, de los despeñaderos de las montañas de Roburento y de Drego, como de otras tantas maravillas del mundo.

Tenía algunos proverbios que para él eran verdades incontrastables. Cuando quería animar a alguno a que no se apegara a las cosas del mundo y a que pensara más en las del cielo, decía: *A quien mira a la tierra—como la cabra—es muy difícil que el cielo se le abra.*

Cierto día, un compañero, al tratar cuestiones de religión, soltó no leves desatinos. Como nuestro Besucco era más joven y no contaba con la instrucción suficiente, callaba, pero se hallaba muy inquieto y molesto. Al fin, animándose, dijo risueñamente a los presentes:

—Oíd: leí en el diccionario una frase que reza: *Zapatero a tus zapatos,* que viene a ser lo que decía mi padre: *No te metas en camisa de once varas.*

Comprendieron todos a dónde iba a parar la pulla; calló-se el indiscreto hablador, y todos admiraron la perspicacia y prudencia de nuestro jovencito.

Siempre acataba contento las disposiciones de los superiores; nunca se quejaba del horario de la casa, de lo servido en la mesa, de las disposiciones escolares y cosas semejantes. Todo lo hallaba a su gusto. Preguntósele cómo podía estar siempre contento de todo, y respondió:

—Soy de carne y hueso, como los demás, pero deseo hacerlo todo para la gloria de Dios; por lo tanto, lo que no me agrada a mí, agradará ciertamente al Señor. He aquí por qué tengo siempre igual motivo para estar contento.

Sucedió una vez que algunos compañeros llegados hacía poco al Oratorio no podían acostumbrarse al nuevo género de vida. Francisco los animaba diciendo:

—Si nos tocara ir al servicio militar, ¿podríamos hacer-

nos un horario a nuestro gusto? ¿Podríamos acostarnos o levantarnos cuando quisiéramos o ir libremente a paseo?

—No, ciertamente—respondieron—; pero un poco de libertad...

—Somos seguramente libres si hacemos la voluntad de Dios, y tan sólo somos verdaderos esclavos cuando cometemos el pecado, porque entonces somos esclavos de nuestro mayor enemigo, el demonio.

—Pero en mi casa comía y dormía mejor—terció uno.

—Aun siendo verdad lo que afirmas, es decir, que en tu casa comieras más y durmieras mejor, debes saber que alimentabas a dos grandes enemigos: el ocio y la gula. Debo hacerte notar, además, que no hemos nacido para dormir y comer como las cabras y las ovejas, sino para trabajar por la gloria de Dios, y que debemos huir del ocio, que es el padre de todos los vicios. ¿No has oído, por lo demás, lo que nos dijo nuestro superior?

—No lo recuerdo.

—Ayer nos dijo, entre otras cosas, que acepta de buena gana a los jóvenes en su casa, pero desea que ninguno se quede en ella por fuerza. Acabó diciendo: 'Quien no esté contento, que me lo diga, y procuraré complacerlo; quien no quiera permanecer en esta casa, es dueño de irse, pero no siembre el descontento; permanezca de buena gana'.

—Yo iría a otra parte, pero hay que pagar, y mis padres no pueden.

—Mayor motivo para mostrarte contento; si no pagas, deberías estar más agradecido que los otros, ya que: *A caballo regalado no le mires el diente.* Por lo tanto, queridos compañeros, convenzámonos de que estamos en una casa de la Providencia: unos pagan poco; otros, nada. ¿Dónde podríamos tener otro tanto a este precio?

—Es verdad cuanto dices, pero si pudiésemos disfrutar de una buena mesa...

—Ya que suspiras por una buena mesa, te voy a sugerir un medio para lograrla: paga pensión para sentarte a la mesa de los superiores.

—Pero yo no tengo dinero para tanto...

—Entonces sosiégate y quédate contento con lo que nos dan de comer: tanto más que los otros compañeros se hallan satisfechos. Si queréis, amigos míos, que os hable claramente, os diré que *jóvenes robustos como nosotros no debemos apetecer una vida regalada; a fuer de buenos cristianos, debemos apetecer un poco de penitencia si ansiamos ir al paraíso,*

debemos mortificar a tiempo esta ruin gula. Creedme que es éste un medio facilísimo de merecernos las bendiciones del Señor y ganar méritos para el cielo.

Con estas y otras frases parecidas conseguía confortar a sus compañeros y se les presentaba como *modelo en las reglas de la urbanidad y de la caridad cristiana.*

Solía siempre escribir en los cuadernos y libros proverbios o sentencias morales que oía. En sus cartas era más explícito aún, y creo hacer cosa grata incluyendo algunas, cuyos originales me fueron amablemente prestados por los destinatarios.

CAPITULO XXV

Sus cartas

Las cartas son muestra admirable de la bondad de corazón y, al mismo tiempo, de la piedad sincera de nuestro Besucco.

Es muy raro, aun en personas entradas en años, el escribir cartas sin respeto humano y sazonadas de pensamientos religiosos y morales, como debería hacer en realidad todo cristiano; pero esto acontece mucho más raramente entre los jóvenes. Y yo quisiera, amadísimos jóvenes, que cada uno de vosotros evitase ese género de cartas que no tienen nada de sagrado, al punto que podrían ser enviadas a los mismos paganos. No procedáis así; sirvámonos de este medio maravilloso para comunicar nuestros pensamientos y proyectos a los que están lejos de nosotros; pero que se note siempre en la correspondencia que somos cristianos y no falte jamás un pensamiento moral. Por eso precisamente inserto algunas cartas del jovencito Besucco, que, por su sencillez y afectuosidad, juzgo que os agradarán.

La primera va dirigida a su padrino, párroco de Argentera, y lleva la fecha del 27 de septiembre de 1863. Le informa de la felicidad de que goza en el Oratorio y le agradece el haberle enviado a esta casa. La carta es del tenor siguiente:

«Muy querido padrino:

Le participo, querido padrino, que mis compañeros hace ya cuatro días que fueron a sus casas para pasar unos veinte días de vacaciones. Me alegro de que puedan divertirse a sus anchas; pero yo gozo más que ellos,

porque ahora tengo tiempo de escribirle esta carta, que espero será también de su agrado.

Ante todo le digo que no hallo palabras para expresarle mi agradecimiento por los beneficios que le debo. Además de los favores que me prodigó, especialmente al darme lecciones en su casa, me enseñó muchas cosas buenas, espirituales y temporales, que me ayudan eficazmente. Pero el mayor de estos favores fue el mandarme a esta Casa, donde no me falta nada para el alma ni para el cuerpo. Agradezco cada vez más al Señor que me haya concedido tal beneficio prefiriéndome a tantos otros jovencitos. Pídale de todas veras que me conceda la gracia de corresponder a tantas muestras de su celestial bondad. *Ahora soy plenamente feliz en este lugar; nada tengo que desear; mis anhelos han sido colmados.*

Agradezco a usted y a los otros bienhechores todos los objetos que me enviaron. La semana pasada esperaba tener la dicha de verle por aquí en Turín, para que pudiese hablar con mis superiores sobre mi conducta. Paciencia; el Señor quiso diferirme este consuelo.

Por su carta me he enterado de que mis familiares lloraban al oír leer la mía. Dígales que tienen motivos para alegrarse y no para llorar, porque soy plenamente feliz. Le agradezco los preciosos avisos que me da, y le aseguro que hasta el presente he hecho todo lo posible para ponerlos en práctica. Agradézcale en mi nombre a mi hermana la comunión que hizo expresamente por mí. Creo que esto me ha ayudado mucho en mis estudios, pues me parece casi imposible haber podido en tiempo tan breve pasar a la segunda clase de latinidad.

Le pido que salude a mis padres y les diga que recen por mí, pero que no se preocupen, porque gozo de buena salud; nada me falta; en una palabra, soy feliz. Perdóneme si he tardado en escribirle; en los días pasados he tenido mucho que hacer para prepararme para los exámenes, que resultaron mucho mejor de lo que esperaba. Deseo ardientemente mostrarle mi gratitud; y no pudiendo de otro modo, procuraré pagarle en parte suplicando al Señor que le conceda salud y días felices.

Deme su santa bendición y considéreme siempre su afectísimo ahijado

FRANCISCO BESUCCO.»

El padre de Francisco, afilador de profesión, pasaba lo mejor del año trabajando el campo y cuidando del ganado en Argentera; pero en otoño se dirigía a otros pueblos para ganar el pan para sí y para su familia ejerciendo su oficio. El 26 de octubre, Francisco le escribe una carta, en la cual, subrayando su alegría por hallarse en Turín, da rienda suelta a sus tiernos afectos filiales del modo siguiente:

«Muy querido padre:

Se acerca el tiempo en que usted, queridísimo papá, ha de salir a buscar trabajo y ganar lo necesario para sostener a la familia. No puedo, como sería mi deseo, acompañarle en esos viajes, pero le seguiré siempre con mi pensamiento y con la oración. Le aseguro que todos los días pido al Señor le dé salud y su santa bendición.

Mi padrino estuvo aquí en el Oratorio, lo cual me causó un gran contento. Entre otras cosas me dijo que tiene usted miedo de que yo padezca hambre. No; quédese tranquilo, que tengo pan en gran abundancia; si guardase el que me sobra, al fin de cada semana podría hacer una abundante sopa de pan. Debe saber que comemos cuatro veces al día, y siempre a discreción; en el almuerzo se nos da sopa y un plato; en la cena, sopa. Antes se nos daba vino a diario; pero habiendo subido tanto, lo bebemos en los días festivos. Pierda cuidado, pues nada tengo que desear, que ya he logrado cuanto apetecía.

Le comunico con agrado dos cosas: una, que mis superiores se muestran contentos de mí, y yo lo estoy más de ellos. La otra es la visita del arzobispo de Sássari. Vino a hacer una visita al director. Visitó la casa, se entretuvo mucho con los jóvenes y tuve el placer de besarle la mano y de recibir su santa bendición.

Querido papá, salude a todos los de la casa, y especialmente a mi querida mamá. Déle noticias mías a mi padrino, y agradézcale siempre todo lo que ha hecho por mí. Que tenga buen éxito en su recorrido, y si se detiene en algún pueblo, hágamelo saber y le enviaré al punto noticias mías.

Rece también por mí, que siempre seré de todo corazón su afmo. hijo

FRANCISCO.»

Desde la visita de su padrino, deseaba vivamente recibir alguna carta de él. Fueron satisfechos sus deseos en una carta en la que el celoso arcipreste le daba varios consejos para su bien espiritual y temporal. Francisco le contesta expresando su alegría; da gracias y le promete poner en práctica sus avisos.

La carta del 23 de noviembre de 1863 es del tenor siguiente:

«Muy querido padrino:

El día 14 de este mes recibí su carta. Puede imaginarse qué consuelo experimenté. Pasé de gran fiesta todo el día en que recibí su carta. La leí y releí varias veces, y cuanto más la leo, más grande es la voluntad que siento de estudiar y hacerme mejor. Comprendo ahora qué gran beneficio me hizo enviándome a este Oratorio. No puedo desahogar el agradecimiento de mi corazón sino yendo a la iglesia a rezar por mis bienhechores, y especialmente por usted; y para no perder el tiempo de estudio, voy a rezar durante el recreo. Por otra parte, no puedo quedarme mucho tiempo en la iglesia, porque, si bien hallo mayor gozo en el estudio y en la oración que en las diversiones, *debo pasar,* no obstante, *con los demás el tiempo de recreo, pues así lo han mandado los superiores, como cosa útil y necesaria para el estudio y la salud.*

Al presente comenzaron ya todas las clases; y desde la mañana hasta la tarde, entre clase, estudio, clase de canto llano, de música, prácticas religiosas y diversiones, no me queda ya un minuto de tiempo para pensar en mi existencia.

Con gran alegría me visita a menudo el lugarteniente Evsautier; hace unos días me trajo un frac tan hermoso, que, si usted me lo viese puesto, me tomaría por un caballero.

Me recomendó usted que me buscase un buen compañero, y lo he hallado al punto. Me aventaja en el estudio, y también es harto más virtuoso. Tan pronto como nos conocimos, trabamos una gran amistad. Entre nosotros no se habla sino de estudio y de piedad. Le gusta a él también el recreo, pero después de haber dado unos brincos, nos ponemos a pasear, discurriendo de cosas de estudios. El Señor me ayuda palpablemente; en los ejercicios de precedencia voy adelantando cada vez más; *de*

noventa que somos en el aula, unos quince me llevan la delantera.

Me consuela mucho el saber que mis compañeros me recuerdan; dígales que los quiero mucho, y que se entreguen con diligencia al estudio y a la piedad.

Le agradezco la hermosa carta que me ha escrito, y procuraré poner en práctica los avisos en ella contenidos. Deseo ardientemente hacerme bueno, porque sé que Dios tiene preparado un gran premio para mí y para los que lo aman y sirven en esta vida. Perdóneme si he tardado en escribirle y si no he puesto en práctica los avisos que usted me ha dado, querido bienhechor. Le ruego se sirva saludar a todos los de casa, y no pudiendo enviarle por su medio saludos para mi padre, se los mando directamente con el corazón, rezando a Dios por él.

Hágase en todo la voluntad de Dios y jamás la mía, mientras me profeso en los corazones amabilísimos de Jesús y de María, de S. S. Ilma. muy afectísimo ahijado

FRANCISCO BESUCCO.»

En la carta enviada a su párroco y con la misma fecha, Francisco incluía otra dirigida a un amigo y virtuoso primo suyo, por nombre Antonio Beltrandi, de Argentera.

El orden, el lenguaje y los pensamientos de la misma son dignos de ser publicados aquí como modelo de las cartas que pueden escribirse mutuamente dos buenos jovencitos. Es como sigue:

«Queridísimo compañero Antonio:

¡Qué grata noticia me dio acerca de ti mi padrino! Me escribió diciéndome que tú también debes emprender los estudios como lo he hecho yo. Te diré que es éste un óptimo pensamiento y serás muy afortunado si logras llevarlo a efecto. Y ya que nuestro caritativo arcipreste está dispuesto a darte clase, procura recompensarlo con la diligencia en tus deberes. Entrégate al estudio, pero pon junto a él la oración y la devoción, pues es el único medio de salir airoso en esta empresa y quedar contento. Me regocija el pensamiento de que el año próximo serás mi compañero en esta casa.

Los recuerdos que puedo darte se reducen a uno solo: *obediencia y sumisión* a tus padres y al señor arcipreste.

Te recomiendo además el *buen ejemplo* hacia tus compañeros.

Debo pedirte asimismo un favor, y es que en este invierno hagas el viacrucis después de las funciones sagradas, como lo hacía yo cuando estaba en mi pueblo. Procura promover esta práctica de piedad y serás bendecido por el Señor.

El tiempo es precioso, procura emplearlo bien; si te queda alguna hora libre, reúne algunos niños y hazles repetir la lección de doctrina cristiana que se enseñó el domingo anterior. Es éste un medio muy eficaz para merecer las bendiciones del Señor. Cuando me escriba mi padrino dile que envíe noticias tuyas, y así me hallaré cada vez más seguro de tu buena voluntad.

Actualmente me hallo muy ocupado. Querido amigo, ¡qué gran pesar experimento al pensar en el tiempo que he perdido en vano, y que hubiera podido emplear en el estudio y en otras buenas obras!

Creo que tomarás a bien mi carta, y si algo te disgusta, te pido perdón. Haz cuanto puedas para que el año venidero podamos ser compañeros aquí en Turín, si así es del agrado del Señor.

Adiós, querido Antonio; reza por mí.

Tu affmo. amigo

FRANCISCO BESUCCO.»

CAPITULO XXVI

Ultima carta. Pensamientos a su madre

En las cartas hasta aquí transcritas se manifiesta la gran piedad que llenaba el corazón de Francisco; cada expresión, cada escrito es un conjunto de tiernos afectos y de santos pensamientos. Parece, no obstante, que *a medida que se acercaba el fin de su vida, se encendía más aún el amor a Dios.* Antes bien, por ciertas expresiones, parece que tenía algún presentimiento de ello. Su mismo padrino, al recibir su última carta, exclamó: «Mi ahijado me quiere abandonar; Dios lo quiere consigo».

La transcribo por entero como acabado modelo de carta para desear cristianamente un feliz año nuevo. Lleva la fecha del 28 de diciembre de 1863.

«Queridísimo padrino:

Cualquier joven bien educado cometería, ciertamente, un acto de ingratitud altamente reprobable si en estos días no escribiese a sus padres y bienhechores, deseándoles felicidad y bendiciones. Pero ¿qué sentimientos no debo manifestar yo hacia usted, mi querido e insigne benefactor? Desde el día en que nací comenzó a beneficiarme y a cuidar de mi alma. Los primeros conocimientos de la ciencia, de la piedad y del temor de Dios, a usted se los debo. Si cursé algunas clases, si pude huir de tantos peligros para el alma, todo es obra de sus consejos, de sus cuidados y desvelos.

¿Cómo podré recompensarlo dignamente? No pudiendo de otro modo, procuraré manifestarle mi constante gratitud conservando impreso en mi mente el recuerdo de los beneficios recibidos, y en estos pocos días, con todas mis fuerzas le deseo las copiosas bendiciones del cielo con un buen fin del año presente y un buen principio del año nuevo.

Es muy antiguo el proverbio que dice: *Quien bien comienza, está a mitad del camino;* por eso yo quisiera comenzar bien este año, y empezarlo con la voluntad del Señor y continuarlo según su santa voluntad.

Al presente van bien mis estudios; la conducta en el estudio, en el dormitorio, en la piedad, fue siempre *optime.* He tenido noticias de mi padre y de mi hermano, quienes gozan de buena salud. Deles esta noticia a los de casa, que ciertamente se alegrarán de ello. Dígales que no se preocupen por mí; estoy bien y nada me falta.

Le ruego también me haga el favor de saludar a mi buen maestro, el señor Antonio Valorso, y dígale que le pido perdón por las desobediencias y los disgustos que tantas veces le ocasioné cuando frecuentaba su clase.

Finalmente, renuevo la protesta de no pasar ningún día sin pedir a Dios que le conserve la salud y le conceda larga vida. Querido padrino, perdóneme usted también los disgustos que le he ocasionado; sígame ayudando con sus consejos. No deseo más que hacerme bueno y corregirme de mis muchos defectos. Hágase siempre la voluntad de Dios, y no la mía.

Con gran respeto y afecto me profeso su muy agradecido ahijado

FRANCISCO BESUCCO.»

Junto con la carta dirigida a su padrino iba un saludo para su madre, que es el último de sus escritos, y que puede considerarse como el testamento o las últimas palabras escritas a sus padres.

«Muy querida mamá:

Estamos a fin de año, y Dios me ayudó a pasarlo bien. Más aún, puedo decir que este año fue para mí una continua serie de favores celestiales. Al paso que le deseo buen fin para estos breves días, que aún nos quedan, pido al Señor que le conceda un buen comienzo del año nuevo, colmado de toda clase de bienes espirituales y temporales. La Stma. Virgen María le obtenga de su divino Hijo larga vida y días felices.

Recibí hoy una carta de papá, por la cual supe que tanto él como mi hermano gozan de buena salud, lo que me causó gran consuelo. Le envío aquí la lista de algunos objetos que aún me hacen falta.

Querida mamá, le he dado hartos trabajos cuando aún estaba en casa, y se los doy aún ahora...; pero me esforzaré por compensarlo todo con mi buena conducta y con mis oraciones. Le ruego que procure hacer estudiar a mi hermana María, pues con la ciencia podrá instruirse mejor en la religión.

¡Adiós, querida mamá, adiós! Ofrezcamos al Señor nuestras acciones y nuestros corazones, y encomendémosle de un modo especial la salvación de nuestras almas. Hágase siempre la voluntad de Dios.

Presente mis parabienes a todos los de casa; rece por mí, que de corazón me profeso su affmo. hijo

FRANCISCO.»

Por estas últimas cartas se ve con claridad que el corazón de Besucco no parecía ya de este mundo, sino de quien camina con los pies sobre la tierra y tiene ya el alma con Dios, del cual quería hablar y escribir continuamente.

Con el fervor de las cosas de piedad, crecía también el ansia por alejarse del mundo. *Si pudiera,* decía a veces, *quisiera separar el alma del cuerpo para gustar mejor qué es amar a Dios.* Decía también: «Si no estuviese prohibido, quisiera privarme de todo alimento para gozar plenamente el gran placer que se experimenta al padecer por el Señor. ¡Qué gran consuelo habrán sentido los mártires al morir por la fe».

En suma, con las palabras y con los hechos manifestaba lo que ya decía San Pablo: *Deseo desintegrarme para poder estar con mi Señor glorificado. Dios veía el gran amor que reinaba hacia él en aquel pequeño corazón,* y para que la malicia del mundo no cambiara su inteligencia, quiso llamarlo a sí permitiendo que un *excesivo amor de las penitencias* fuese en cierto modo la ocasión.

CAPITULO XXVII

Penitencia inoportuna y principio de su enfermedad

Había leído en la vida de Domingo Savio cómo éste, un año, dejó imprudentemente llegar el rigor de la estación sin abrigarse convenientemente en la cama. Besucco lo quiso imitar, y pensando que la orden dada de arroparse bien se limitaba a lo que llevaba puesto durante el día, juzgóse con libertad de mortificarse durante la noche. Sin decir nada, se proveyó de mantas como sus compañeros; mas, en lugar de cubrirse con ellas, las dobló y las puso debajo de la almohada.

La cosa siguió así hasta los primeros días de enero, cuando una mañana estaba aterido de tal forma, que no pudo levantarse con los demás. Enterados los superiores de que Besucco estaba en cama indispuesto, fue enviado el enfermero de la casa a visitarlo y averiguar qué necesitaba. Acercándosele, le preguntó qué le pasaba.

—Nada, nada—le respondió Besucco.

—Si no tienes nada, ¿por qué te quedas en cama?

—Estoy así... un poco indispuesto.

Entre tanto, el enfermero se acerca para arreglarle la ropa de la cama y se da cuenta de que no tenía más que una colcha de verano sobre el lecho.

—Y tus mantas, Besucco, ¿dónde están?

—Aquí, debajo de la almohada.

—¿Por qué haces esto?

—¡Oh, no es nada!... Cuando Jesús colgaba de la cruz no estaba mejor cubierto que yo.

Se conoció al punto que el mal de Besucco no era ligero; por lo cual, inmediatamente, fue llevado a la enfermería.

Se hizo llamar en seguida al médico, quien al principio no juzgó grave la enfermedad, considerándola sólo un simple enfriamiento. Pero notó al día siguiente que, lejos de ceder, ame-

nazaba una congestión catarral al estómago, y que, por lo tanto, la enfermedad cobraba una gravedad peligrosa. Se le aplicaron los remedios ordinarios de purgantes, vomitivos, algunas sangrías y pociones diferentes, pero no se pudo obtener resultado alguno favorable.

Preguntándosele un día por qué había cometido semejante disparate, respondió:

—Me apena que esto haya desagradado a mis superiores; pero confío, por otra parte, en que *el Señor aceptará esta pequeña penitencia en expiación de mis pecados.*

—Pero ¿y las consecuencias de tu imprudencia?

—Las consecuencias las dejo todas en las manos del Señor; cualquier cosa que pueda sucederle a este cuerpo mío no me preocupa, con tal que todo redunde en la mayor gloria de Dios y en bien de mi alma.

CAPITULO XXVIII

Resignación en su mal. Dichos edificantes

Su enfermedad duró sólo ocho días, que fueron para él otros tantos ejercicios, y, para sus compañeros, *ejemplos de paciencia y cristiana resignación.*

El mal le dificultaba la respiración, ocasionándole un agudo y continuado dolor de cabeza. Fue sometido a muchas y dolorosas operaciones quirúrgicas; se le administraron diversos remedios enérgicos. Pero todas estas medidas, todos estos cuidados no sirvieron para aliviar su mal, y sólo hicieron resplandecer su admirable paciencia. Jamás dio muestras de enojo o de queja. Alguna vez se le decía:

—Este remedio es desagradable, ¿no es cierto?

—Si fuese una bebida dulce—respondía—, esta mi boca ruin quedaría satisfecha; pero es justo que haga un poco de mortificación por las glotonerías pasadas.

Se le preguntaba otras veces:

—Besucco, ¿sufres mucho, verdad?

—Algo padezco, pero ¿qué es esto en comparación de lo que debería padecer por mis pecados? Por otra parte, debo aseguraros que *estoy tan contento que nunca me hubiera imaginado que se experimentara tanta alegría al padecer por amor de Dios.*

A todo el que le prestaba algún servicio, le daba las gracias de corazón, diciéndole al punto:

—El Señor le recompense la caridad que tiene conmigo.

No sabiendo cómo expresar su gratitud al enfermero, le dijo muchas veces:

—El Señor le pague por mí; y si llego a ir al paraíso, le pediré que le ayude y bendiga.

Un día le preguntó el enfermero si no tenía miedo de morir.

—Querido enfermero—le respondió—, si el Señor quisiera llevarme con él al paraíso, mucho me alegraría obedecer a su llamada; pero temo no estar preparado. Sin embargo, todo lo espero de su infinita misericordia, y me encomiendo de corazón a María Stma., a San Luis Gonzaga, a Domingo Savio, y con la protección de tales valedores, espero lograr una buena muerte.

Habían transcurrido tan sólo cuatro días de su enfermedad cuando el médico comenzó a temer por la vida de nuestro Francisco. Para comenzar a hablar de este último trance, le dije:

—Mi querido Francisco, ¿te agradaría ir al paraíso?

—Imagínese si me agradaría. Pero es menester ganármelo.

—Supón que se trate de elegir entre sanar o ir al paraíso, ¿qué elegirías?

—Son dos cosas distintas: vivir para el Señor, o morir para unirse con él. Lo primero me agrada, pero más me agrada lo segundo. Pero ¿quién me asegura el paraíso después de tantos pecados cometidos?

—Al hacerte esta proposición, yo supongo que estás seguro de ir al cielo; que, si se tratara de ir a otra parte, no quiero que por ahora me abandones.

—¿Cómo podré merecerme el paraíso?

—Te lo merecerás por los méritos de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo.

—¿Iré, pues, al paraíso?

—¿Qué duda cabe? Se entiende cuando le agrade al Señor.

Entonces dio una mirada a los presentes, y frotándose las manos, dijo con alegría:

—El contrato está hecho: el paraíso, y no otra cosa, y no a otro lugar. No se me hable ya más que del paraíso.

—Estoy contento de que manifiestes este deseo ardiente de ir al paraíso, mas quiero que estés pronto a hacer la santa voluntad de Dios...

Interrumpió mis palabras diciendo:

—Sí, sí, hágase la santa voluntad de Dios en todo, en el cielo y en la tierra.

En el quinto día de la enfermedad pidió él mismo los santos sacramentos. Quería hacer la confesión general; pero le fue negada, pues no tenía ninguna necesidad de ella, sobre todo habiéndola hecho unos meses antes. Sin embargo, se preparó para su última confesión con un fervor singular, y se mostraba muy conmovido. Después de confesarse quedó muy alegre, y decía a quien lo atendía:

—En el pasado prometí al Señor mil veces no ofenderle más, y no mantuve mi palabra. Hoy he renovado esta promesa, y espero ser fiel hasta la muerte.

En la tarde de aquel día se le preguntó si tenía alguna recomendación para alguien.

—¡Oh, sí!—respondió—; dígales a todos que recen por mí, para que sea breve mi purgatorio.

—¿Qué quieres que les diga *a tus compañeros* de tu parte?

—Dígales que *huyan del escándalo y que procuren hacer siempre buenas confesiones.*

—¿Y a los clérigos?

—Dígales a los clérigos que den buenos ejemplos a los jóvenes y que se ingenien para darles siempre buenos avisos y consejos cuando se les presente la ocasión.

—¿Y a tus superiores?

—Dígales a mis superiores que les agradezco la caridad que han tenido conmigo; que sigan trabajando para ganar muchas almas. Y que, cuando esté en el paraíso, rezaré por ellos al Señor.

—Y a mí, ¿qué me dices?

A estas palabras se enterneció, y mirando fijamente, continuó:

—A usted le pido que me ayude a salvar el alma. Desde hace mucho tiempo vengo rezando al Señor para que me haga morir en manos de usted. Le ruego que cumpla esta obra de caridad y me asista hasta los últimos momentos de mi vida.

Le aseguré que no lo abandonaría, curase o continuara enfermo, y mucho más si hubiese peligro de muerte. Después de esto mostróse muy alegre y no se preocupó más que de prepararse para recibir el santo viático.

CAPITULO XXIX

Recibe el viático. Otros dichos edificantes. Un pesar

Nos hallamos en el sexto día de su enfermedad, 8 de enero, cuando él mismo pidió la santa comunión.

—¡Con qué gusto iría a hacerla con mis compañeros en la iglesia—decía—, pues ya van ocho días que no recibo a mi querido Jesús!

Mientras se preparaba para comulgar, preguntó a quien le asistía qué quería decir viático.

—Viático—le respondió—quiere decir provisión y compañero de viaje.

—¡Oh, qué hermosa provisión que tengo en el pan de los ángeles para el camino que estoy para emprender!

—No sólo tendrás este pan celestial—se le dijo—, sino también al mismo Jesús, que será tu auxilio y compañero en el gran viaje que preparas hacia tu eternidad.

—Si Jesús es mi amigo y compañero, ya nada tengo que temer; más aún, todo lo he de esperar de su gran misericordia. Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Hizo luego la preparación, y no hubo necesidad de que otro le ayudara, porque él mismo rezaba ordenadamente una tras otra sus oraciones acostumbradas. Recibió la santa hostia con tales muestras de piedad, que son más para imaginarlo que para describirlo.

Después de comulgar se puso a hacer la acción de gracias. Preguntándosele si necesitaba algo, respondía solamente:

—Recemos.

Después de una prolongada acción de gracias, llamó a los presentes y les recomendó que sólo le hablaran del paraíso.

En este momento fue visitado por el ecónomo de la casa, y esto le causó gran contento:

—*¡Oh, don Savio!*—dijo riendo—. *Esta vez me voy al paraíso.*

—Animo, y pongamos en manos del Señor la vida y la muerte; iremos al paraíso, pero cuando Dios quiera.

—¡Al paraíso, don Savio! Y perdóneme los disgustos que le he dado; rece por mí, y cuando me halle en el paraíso, yo rezaré también al Señor por usted.

Algún tiempo después, viéndole tranquilo, le pregunté si tenía algún encargo para su arcipreste. A tal pregunta se mostró conmovido, y respondió:

—El arcipreste me hizo mucho bien; hizo cuanto pudo para salvarme; hágale saber que nunca olvidé sus avisos. Ya no tendré el consuelo de verlo en este mundo; mas espero ir al paraíso y rezar a la Santísima Virgen para que le ayude a conservar buenos a todos mis compañeros, y así un día lo pueda ver con todos sus parroquianos en el cielo.

Al decir esto, la emoción le cortó la palabra. Después que descansó un rato, le pregunté si no deseaba ver a sus padres.

—No los podré ver más—respondió—, porque están muy lejos, son pobres y no pueden pagar el viaje. Mi papá está fuera de casa trabajando en su oficio. Hágales saber que muero resignado, alegre y contento. Que recen por mí; espero ir al paraíso, donde los aguardo a todos... A mi madre...

E interrumpió sus palabras.

Unas horas después le pregunté:

—¿Tienes algún encargo para tu madre?

—Dígale a mi mamá que su oración fue escuchada por Dios. Muchas veces me dijo: 'Querido Paquito, yo deseo que vivas largos años en este mundo; mas deseo mil veces que mueras antes que verte enemigo de Dios por el pecado'. *Espero que mis pecados me habrán sido perdonados, confío en que soy amigo de Dios y que pronto iré a gozar de él* por toda la eternidad. ¡Oh Dios mío, bendice a mi madre, dale el valor para soportar con resignación la noticia de mi muerte! Haz que la pueda ver con toda la familia en el paraíso, donde gozaremos de tu gloria.

Quería seguir hablando, pero le obligué a callar para que descansara un rato.

En la tarde del octavo día, habiéndose agravado su mal, se decidió administrarle los santos óleos. Al preguntársele si deseaba recibir la extremaunción, exclamó:

—Sí, la deseo con toda el alma.

—¿No tienes ninguna cosa que te turbe la conciencia?

—¡Ah, sí! Tengo una cosa que me apena mucho y que mucho me remuerde.

—¿Qué es? ¿Quieres decirla en confesión?

—*Tengo una cosa en que siempre he pensado durante mi vida;* pero nunca me hubiera imaginado que iba a apesadumbrarme tanto en el trance de la muerte.

—¿Qué es lo que te ocasiona tal desazón?

—*Siento el más vivo pesar porque durante mi vida no he amado al Señor como él se merece.*

—No te dé cuidado eso, porque en este mundo nunca podremos amar al Señor como se merece. Basta que hagamos en

esta vida lo que podamos; el lugar donde amaremos al Señor como debemos es el paraíso. Allí lo veremos como él es en sí mismo; conoceremos y gustaremos su bondad, su gloria, su amor. ¡Afortunado tú, que dentro de breves instantes tendrás esta inefable ventura! Ahora prepárate para recibir la extremaunción, sacramento que quita los rastros de los pecados y que nos da aun la salud corporal si es para bien del alma.

—En cuanto a la salud del cuerpo—dijo el joven—no se hable más; eso sí, pido perdón de mis pecados y espero que me serán perdonados enteramente; más aún, confío en que podré obtener también la remisión de la pena que debería soportar por los mismos en el purgatorio.

CAPITULO XXX

Recibe la extremaunción. Sus jaculatorias en esta ocasión

Dispuesto todo para el último sacramento que recibe el hombre en esta vida mortal, quiso rezar Francisco el *Yo pecador* y las otras oraciones pertinentes a este sacramento, diciendo una jaculatoria especial en la unción de cada sentido.

Se la administró el sacerdote don Alasonatti, prefecto de la casa. Cuando llegó a la unción de los ojos, el piadoso enfermo se puso a decir: «¡Oh Dios mío!, perdonadme todas las malas miradas y todas las cosas leídas y que no debía leer».

A la unción de los oídos: «¡Oh Dios mío!, perdonadme todo lo que he oído con estas orejas y que era contrario a vuestra santa ley. Haced que cerrándose para siempre al mundo, se abran luego para oír la voz que me llamará a gozar de vuestra gloria».

A la unción de la nariz: «Perdonadme, Señor, todas las satisfacciones que he dado a mi olfato».

A la unción de la boca: «¡Oh Dios mío!, perdonadme la gula y todas las palabras que de algún modo os hayan causado disgusto. Haced que esta lengua pueda pronto cantar vuestros loores por toda la eternidad».

A este punto, el prefecto quedó vivamente conmovido y exclamó:

—*¡Qué hermosos pensamientos! Asombran en un jovencito de tan corta edad.*

Continuó luego la administración del sacramento. Al ungirle las manos, dijo el sacerdote: «Por esta santa unción y su

piadosísima misericordia, perdónete Dios todo pecado cometido por el tacto». El enfermo agregó:

—¡Oh gran Dios, cubrid con el velo de vuestra misericordia y borrad, por los méritos de las llagas de vuestras manos, todos los pecados que he cometido con obras en toda la carrera de mi vida!

A la unción de los pies: «Perdonadme, Señor, los pecados que he cometido con estos pies cuando fui adonde no debía ir, o no yendo adonde me llamaban mis deberes. Perdóneme vuestra misericordia los pecados que he cometido en pensamientos, palabras, obras y omisiones».

Varias veces se le dijo que bastaba decir estas jaculatorias con el corazón, y que el Señor no le pedía esos grandes esfuerzos para rezar en alta voz. Callaba entonces unos instantes, pero luego continuaba en el mismo tono de antes. Al fin se mostró tan cansado y su pulso era tan débil, que pensamos que estaba para exhalar el último suspiro. Poco después se recobró un tanto, y en presencia de muchos dirigió estas palabras al superior:

—He pedido mucho a la Santísima Virgen que me hiciese morir en un día dedicado a ella, y espero ser oído. ¿Qué más podría pedir al Señor?

Para secundar su piadosa pregunta se le respondió:

—Pídele aún al Señor te conceda hacer todo el purgatorio en este mundo, de modo que, al morir, tu alma vuele en seguida al paraíso.

—¡Oh, sí—dijo—, lo pido de todas veras! Deme su bendición; espero que el Señor me hará padecer en este mundo hasta que haya hecho todo mi purgatorio, y así, al separarse mi alma del cuerpo, suba inmediatamente al paraíso.

Y parece que el Señor lo escuchó, porque tuvo leve mejoría, y su vida se prolongó aún cerca de veinticuatro horas.

CAPITULO XXXI

Un hecho maravilloso. Dos visitas. Su preciosa muerte

El sábado 9 de enero fue el último día de nuestro querido Besucco. Conservó perfecto uso de los sentidos y de la razón todo el día. Quería rezar continuamente, pero se le prohibió que se fatigara mucho.

—¡Oh! —dijo—; que al menos alguno rece junto a mí, y así repetiré con el corazón lo que él diga con sus palabras.

Para satisfacer su ardiente deseo, fue necesario que alguno rezase oraciones o al menos jaculatorias junto a su cama. Entre quienes lo visitaron aquel día había un compañero suyo un tanto disipado.

—Besucco—le preguntó—, ¿cómo te hallas?

—Querido amigo, me hallo al fin de mi vida; reza por mí en estos últimos momentos. Pero piensa que tú también te deberás ver un día en similar estado. ¡Oh, qué contento estarás si has hecho obras buenas! Pero, si no cambias de vida, ¡cuánto te pesará en punto de muerte!

Aquel compañero se echó a llorar, y desde entonces comenzó a preocuparse más seriamente por las cosas del alma, y aun hoy lleva buena conducta.

A las diez de la noche fue visitado por el señor Eysautier, lugarteniente de las guardias de S. M., en compañía de su esposa. Había influido para que viniera al Oratorio y le había hecho muchos beneficios. Besucco se mostró muy contento y dio vivas muestras de gratitud. El bizarro militar, al ver la alegría que traslucía aquel rostro, los signos de devoción que daba y la asistencia amorosa de que era objeto, quedó profundamente conmovido y dijo:

—*El morir de este modo es un verdadero placer,* y yo también quisiera hallarme en semejante estado.

Luego, dirigiendo la palabra al enfermo, le dijo:

—Querido Paquito, cuando te halles en el paraíso, reza también por mí y por mi esposa.

Pero, más conmovido aún, no pudo seguir hablando, y dando el postrer adiós al enfermo se retiró.

A esto de las diez y media pareció que sólo le quedaban pocos minutos de vida. Sacó entonces las manos de entre las mantas e intentó tenderlas hacia lo alto. Yo se las tomé y junté para que las apoyara nuevamente en el lecho. Pero las separó y las extendió de nuevo hacia lo alto con aire risueño y con los ojos fijos, como quien mira a un objeto que le causa sumo consuelo. Pensando que quizás quería el crucifijo, se lo puse entre las manos; él lo tomó, y lo besó, y lo volvió a dejar caer sobre el lecho, elevando nuevamente con ímpetu de alegría las manos. En aquellos instantes su cara aparecía lozana y sonrosada más que en el estado normal de salud. Parecía que su rostro destellaba tal hermosura, tal esplendor, que eclipsó todas las demás luces de la enfermería. Su faz despedía tan viva luz que el sol de mediodía hubiera semejado negra sombra. Todos los pre-

sentes, en número de diez, quedaron no sólo asustados, sino aturdidos, atónitos, y en profundo silencio contemplaban el semblante de Besucco, que irradiaba una claridad parecida a la de la luz eléctrica, lo que les obligó a bajar la mirada.

Creció la admiración de todos cuando el enfermo, levantando un tanto la cabeza y extendiendo las manos cuanto podía, como quien estrecha la de una persona querida, comenzó a cantar con voz sonora y festiva:

«Load a María, — ¡oh lenguas fieles!;
resuene en los cielos — la grata armonía».

Luego hizo repetidos esfuerzos por alzar más su cuerpo, que de hecho se iba elevando, mientras, alargando las manos unidas piadosamente, se puso a cantar de nuevo:

«¡Oh Jesús, de amor encendido!
Yo quisiera no haberte ofendido.
¡Oh Jesús, mi bien y mi amor!
Nunca más ofenderte, Señor».

Y continuó cantando:

«Perdón, Jesús, piedad;
antes la muerte — que volver a ofenderte».

Permanecimos todos en silencio, vueltas las miradas hacia el enfermo, que parecía haberse trocado en un ángel con los ángeles del cielo. Para aliviar la tensión, el director dijo:

—Yo creo que en este momento *nuestro Besucco recibe alguna gracia extraordinaria del Señor o de su celestial Madre,* de quien fue devoto en vida. Quizás haya venido ella misma a invitar a su alma para llevársela consigo al cielo.

El sacerdote Alasonatti dijo:

—Nadie tiene por qué asustarse. Este joven está en comunicación con Dios.

Besucco continuó cantando, pero sus palabras salían truncadas y mutiladas; parecían las de quien responde a amorosas preguntas. Sólo pude recoger éstas: «¡Rey del cielo! ..., tan hermoso..., soy un pobre pecador... A vos entrego mi corazón... Dadme vuestro amor... Mi amado y buen Señor...»

Luego volvióse a acostar naturalmente en su lecho. Cesó la luz maravillosa, y su rostro volvió a ser el de antes. Reaparecieron las otras luces, y el enfermo no daba ya señales de vida. Reparando en que no se rezaba ya ni le sugerían jaculatorias, se volvió a mí, diciendo:

—Ayúdeme; recemos. Jesús, José y María, asistidme en esta mi agonía. Jesús, José y María, expire con vosotros en paz el alma mía.

Eran las once cuando quiso hablar, pero, no pudiendo, murmuró estas palabras:

—¡El crucifijo!

Entendía al decir esto la bendición del crucifijo con la indulgencia plenaria en punto de muerte, cosa que había pedido muchas veces y que yo le había prometido.

Habiéndole dado la última bendición, el prefecto comenzó a rezar el *Sal, alma cristiana,* mientras los demás oraban de rodillas. A las once y cuarto, Besucco, mirándome fijamente, *se esforzó por esbozar una sonrisa en forma de saludo; luego levantó los ojos al cielo, indicando que se iba.* Pocos instantes después, dejando su cuerpo, el alma volaba radiante, como fundadamente esperamos, a gozar de la gloria celestial en compañía de los que, con la inocencia de la vida, han servido a Dios en este mundo y ahora lo gozan y bendicen por toda la eternidad.

CAPITULO XXXII

Sufragios y sepultura de Francisco

No se puede expresar el dolor y el pesar que produjo en toda la casa la pérdida de tan querido amigo. Se rezaron en aquel momento muchas oraciones junto a su mismo lecho. Por la mañana se difundió la noticia entre sus compañeros, quienes, para hallar algún alivio a su aflicción y como tributo al amigo difunto, se reunieron en la iglesia para rezar en sufragio de su alma, por si acaso aún lo necesitaba. Muchos hicieron la santa comunión con este mismo fin. Rosario, oficio, oraciones en común y en privado, comuniones, misa, todas las prácticas de piedad de aquel día festivo fueron ofrecidas a Dios por el eterno descanso del alma del buen Francisco.

Sucedió aquel día otra cosa singular. Tan agraciado estaba el rostro de Francisco y tan sonrosado que de ningún modo parecía el de un muerto. Hay más: *ni aun sano mostró nunca asomos de aquella extraordinaria belleza.* Los mismos compañeros, lejos de experimentar el temor que generalmente infunden los muertos, iban ansiosamente a verle, y todos salían diciendo que realmente parecía un ángel del cielo. Este es el

motivo por el que en el retrato tomado después de su muerte presenta rasgos más gentiles y graciosos que en vida. Los que hallaban objetos que de cualquier modo habían pertenecido a Besucco, a porfía querían conservarlos como el más grato recuerdo. Era voz común en el Oratorio que había volado al cielo.

—Ya no tiene necesidad de nuestras oraciones—decía uno—; a esta hora está gozando de la gloria del paraíso.

—Sí, cierto—añadía otro—; ya goza de la vista de Dios y ruega por nosotros.

—Yo creo—concluía un tercero—que Besucco tiene ya un trono de gloria en el cielo y que implora las divinas bendiciones para sus compañeros y amigos.

Al día siguiente, 11 de enero, sus compañeros cantaron la misa por su alma aquí en el Oratorio; muchos hicieron la santa comunión a mayor gloria de Dios y por el eterno descanso del alma de Francisco, por si tenía aún necesidad de algún sufragio. Terminados los oficios fúnebres, sus apesadumbrados condiscípulos lo acompañaron a la parroquia y luego al camposanto.

El sitio que ocupa está señalado con el número 147 en la fila del oeste.

CAPITULO XXXIII

Conmoción en Argentera y veneración al joven Besucco

Las virtudes que resplandecieron en este joven maravilloso por espacio de casi catorce años en Argentera cobraron mayor brillo aún cuando dejó este mundo y se difundió la noticia de su preciosa muerte. El sacerdote Francisco Pepino me envió una relación conmovedora de *cosas en que asoma lo sobrenatural.* La conservo celosamente para tiempo más oportuno y me limitaré a reproducir algunos trozos.

«Cuando se supo la noticia de la grave enfermedad de nuestro Francisco—escribe—, se hicieron públicas oraciones por él, cantándose la misa con la bendición del Santísimo Sacramento y la oración por un enfermo. Llegaba después la noticia de su muerte, la noche del 13 corrió pronto de boca en boca, y poco después Francisco era aclamado por doquiera *modelo de juventud cristiana.* No es para descrita la aflicción que embargó a los padres y bienhechores de este amado jovencito,

que con su ejemplar conducta dio siempre consuelos a todos y nunca molestó a nadie.

»La hermana menor de Francisco, de nombre María, anunció evidentemente su muerte, asegurando que hacia la medianoche del 9 al 10, estando en la cama con su madre, sintió un fuerte ruido en el cuarto superior, donde solía dormir Francisco. Oyó claramente echar un puñado de arena en el piso, y por temor de que la madre por tal rumor llegase a recelar la muerte de Francisco, la entretuvo con conversaciones en voz alta, desusadas en aquella niña.

»Movidos otros por la santidad de Francisco, no dudaron en encomendarse a él para obtener favores celestiales, con el éxito más halagüeño.»

No quiero discutir los hechos que aquí se exponen; sólo quiero cumplir con la misión del historiador, remitiéndome a cualquier observación del benévolo lector. Sigo, pues, con otras partes de la mencionada relación.

«En el mes de febrero, un niño de casi dos años se hallaba en serio peligro de vida; juzgando desesperado el caso, sus padres lo encomendaron a nuestro Besucco, cuyas virtudes enaltecía todo el mundo. Prometieron que, si el niño curaba, lo animarían a la práctica del santo viacrucis, a imitación de Francisco. El niño curó en poquísimo tiempo, y goza ahora de perfecta salud.

»Días hace—continúa el párroco—, encomendé yo mismo a las oraciones del amado jovencito a un padre de familia gravemente enfermo; al mismo tiempo lo encomendé a Jesús sacramentado, a cuyo honor y gloria vive consagrado como cantor. Omito los nombres de estas personas únicamente para salvarlas de alguna crítica indiscreta. El enfermo empezó en seguida a mejorar, y pocos días después estaba perfectamente curado.

»La hermana mayor de Francisco, llamada Ana, casada en el mes de marzo, sintiéndose molestada por un grave malestar que no la dejaba descansar ni de día ni de noche, en un momento de mayor desolación exclamó:

—Querido Paquito, ayúdame en esta grave necesidad; obtenme un poco de alivio.

»Dicho y hecho. Desde aquella noche comenzó a reposar bien, y siguió descansando tranquilamente.

»Animada por el feliz resultado de su oración, encomendóse nuevamente a Francisco para que la socorriera en un momento en que su vida corría serio peligro, y fue atendida más de lo que esperaba.

»Y yo, que relato lo sucedido a otros, para mayor gloria de Dios, debo señalar que, acostumbrado a encomendarme a las oraciones de mi ahijado cuando aún vivía, con mayor confianza recurrí a él después de su muerte, y así alcancé señalados favores en diversas circunstancias».

CAPITULO XXXIV

Conclusión

Doy término aquí a la vida de Francisco Besucco. Tendría aún otras cosas que referir sobre este virtuoso jovencito; pero como podrían dar motivo a *críticas por parte de quienes no quieren reconocer las maravillas del Señor en sus siervos,* me reservo el publicarlas en tiempos más oportunos si la divina bondad me concede gracia y vida.

Entretanto, amado lector, antes de terminar este libro, quisiera que tomáramos juntos una resolución que a los dos nos fuera provechosa. Cierto es que más tarde o más temprano la muerte nos sorprenderá a los dos y quizás la tengamos más cerca de lo que imaginamos. Cierto es igualmente que, si no hacemos obras buenas durante la vida, no podremos recoger su fruto en punto de muerte ni esperar de Dios recompensa alguna. Ahora bien, comoquiera que la divina providencia nos da tiempo para prepararnos para este último momento, ocupémoslo y empleémoslo en obras buenas, y ten por cierto que recogeremos a su tiempo el premio merecido.

No faltará, en verdad, quien se ría de nosotros porque no nos mostramos despreocupados en materia de religión. No paremos mientes en tales habladurías. Quien así habla se engaña y se traiciona a sí mismo y traiciona a quien lo escucha. Si queremos ser sabios ante Dios, no debemos temer el ser tenidos por necios por el mundo, pues Jesucristo nos asegura que la sabiduría del mundo es necedad ante Dios. *Solamente la práctica constante de la religión puede hacernos felices en el tiempo y en la eternidad.* Quien no trabaja en verano no tiene derecho a gozar durante el invierno; y así, quien no practica la virtud durante la vida no puede esperar recompensa alguna después de la muerte.

¡Animo!, cristiano lector; hagamos obras buenas mientras tengamos tiempo; los padecimientos son breves, y lo que se goza dura eternamente. Yo invocaré las bendiciones de Dios

sobre ti, y tú ruega al Señor para que tenga misericordia de mí, a fin de que, después de haber hablado de la virtud, del modo de practicarla y de la gran recompensa que Dios tiene reservada en la otra vida, no me acontezca la terrible desgracia de descuidarla, con daño irreparable de mi salvación.

El Señor te ayude a ti y me ayude a mí a perseverar en el cumplimiento de sus preceptos todos los días de nuestra vida para que podamos un día ir a gozar en el cielo del grande y sumo bien por los siglos de los siglos. Así sea.

5. *LAS «MEMORIAS DEL ORATORIO»*

Por qué fueron escritas

En 1858, la primera vez que don Bosco fue a Roma, Pío IX, que ya tenía de él alguna noticia, después de haberle oído explicar cómo había surgido la obra de sus oratorios festivos, intuyó que en ella habían intervenido elementos sobrenaturales, y quiso ser informado de todo. Entonces don Bosco le hizo una relación detallada. Al fin de la misma, el papa le recomendó que, vuelto a Turín, escribiera los sueños y todo el progreso de la obra en forma minuciosa y en su sentido literal, y que dicho escrito fuese conservado como patrimonio de la congregación para conocimiento y norma de sus hijos (MB 5,882).

Nueve años después, en 1867, volvió a hablar con el papa, quien, recordando cuanto le había dicho la otra vez, quiso saber si lo había tenido en cuenta. Don Bosco no tuvo más remedio que contestarle que las ocupaciones se lo habían impedido. Al oírlo, el papa insistió: «Bien; si es así, deje cualquier otra ocupación y póngase a escribir. Ahora ya no es sólo un consejo, sino un mandato. No puede usted hacerse cargo ahora del gran bien que proporcionará a sus hijos» (MB 8,587). A este mandato aluden las primeras líneas del santo.

Cómo y cuándo fueron escritas

Existe el original repleto de adiciones al margen y entre líneas, todo de puño y letra del santo. Ocupa tres cuadernos de 295 y 204 mm., con un total de 180 páginas. Fue escrito, con toda probabilidad, entre 1873 y 1875.

El secretario particular de don Bosco, don Joaquín Berto, sacó una copia fidelísima en seis cuadernos del mismo tamaño. Sobre ella el santo hizo nuevos retoques. Antes de acabar 1878, esta copia estaba prácticamente terminada (excepto las treinta última páginas, que fueron transcritas del original por otra mano treinta y cinco años después). También las modificaciones de don Bosco sobre esta copia fueron tenidas en cuenta en la *Historia del Oratorio*, que desde principio de 1879 fue publicándose mes tras mes en el *Boletín Salesiano* (cf., para

más precisiones, DESRAMAUT, F., citado en la bibliografía).

Los rasgos del texto y las sucesivas correcciones del santo indican una redacción hecha muy aprisa y en medio de numerosas interrupciones.

Qué se propuso don Bosco

El título responde perfectamente al contenido. No se trata de una autobiografía, sino de las *Memorias del Oratorio,* donde el protagonismo del autor, con todo, es evidente. Tiene como introducción el primer sueño y siguen, bastante equilibradas en mole, las tres *décadas:* Primera, estudios básicos, elementales y medios (años 1825 a 1835). Segunda, estudios sacerdotales (años 1835 a 1845). Tercera, inicios y sucesivos emplazamientos del Oratorio, llegada a Valdocco y asentamiento definitivo (1845-1855).

En las primeras líneas se expone la triple finalidad del relato: servir de norma para superar dificultades que se puedan presentar en el futuro; dejar testimonio de que Dios lo ha dispuesto todo y proporcionar motivos de gozo por las aventuras vividas por el fundador y padre. Sin este clima de familia, sin verdadera sintonía con el autor, estas páginas no pueden ser bien leídas. Por ello don Bosco no quiso de ninguna manera que tuvieran publicidad fuera del ámbito salesiano. Son los recuerdos de los orígenes de la familia, en cuya lectura el cariño debe estar por encima de toda curiosidad crítica y psicológica.

Anotaciones al estilo

La narración es vivaz. Los momentos-clave son escenificados en diálogos animadísimos. Se complace en la vida, el movimiento y los grupos. Sólo brevísimamente alude a los propios estados emocionales, aunque la orfandad y la dura inseguridad hasta los quince años y el año de peregrinación hasta conseguir la casa Pinardi queden presentados con trazos magistrales.

Siente la falta de familiaridad y de trato directo entre sacerdotes y jóvenes, desde su infancia hasta el término de sus estudios en Chieri. Necesita la amistad no sólo de los iguales, sino, sobre todo, de un guía cercano. En los demás palpa también la necesidad del sacerdote amigo, especialmente al ponerse

en contacto con las numerosas dificultades de adaptación que experimentaban los jóvenes emigrados al llegar a la gran ciudad de Turín. El amor a la juventud abandonada se presenta, en la obra, como el *leit-motiv*.

A partir del número 12 de la tercera década, la narración decae algo, pero el último capítulo, sobre el enigmático perro Gris, corona con un inesperado rasgo de amenidad y maravilla toda la obra. Este final, curioso y sugerente para el que se coloque en la intención del narrador, cierra el tercer decenio de «cosas sobrenaturales» que acompañaron la fundación del Oratorio.

El primer plano

El título es, exactamente, *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales*. El contenido se coloca entre la autobiografía y la historia de la congregación salesiana. Don Bosco tiene, en primer plano, el *oratorio*, es decir, la reunión de muchachos en los días festivos, preludiada ya en I Becchi, en la Sociedad de la Alegría de Chieri y en los encuentros dominicales en la iglesia de San Francisco de Asís del Colegio Eclesiástico de Turín, donde inmediatamente después de ordenado completa su formación sacerdotal.

Tras penosa peregrinación encuentra, por fin, una sede estable en casa Pinardi. Una vez adquirida, procede inmediatamente a edificar la iglesia de San Francisco de Sales y la casa del Oratorio, que primero será simple residencia y, después, colegio-escuela profesional.

Todo va abriéndose paso a través de inmensas dificultades: la obra no es de hombres, sino de Dios, que la asienta sobre el sacrificio y sobre la esperanza contra toda esperanza de quien, como Abrahán, iba a ser padre de multitudes.

Durante el quinquenio 1873-1878, don Bosco, con sesenta años ricos de experiencias, alcanza la cumbre de sus posibilidades en cuanto a realizaciones conseguidas y a reflexión sobre las mismas: inicio de las Hijas de María Auxiliadora en 1872; aprobación de las constituciones de los salesianos en 1874; primera expedición misionera en 1875; aprobación pontificia de la Unión de Cooperadores en 1876... Los fallos cronológicos, relativos a sucesos ocurridos entre veinte y cincuenta años antes de ser reseñados, que, como el lector verá, son algo frecuentes y hoy ya completamente subsanados, quedan sobrada-

mente compensados por la profundidad y perspectiva que cobran al presentarlos el santo desde su cumplida madurez.

La presente edición

Don Bosco dejó el mandato expreso de que estas *Memorias* no fueran publicadas; pero al ser canonizado (1934), el santo pasa a ser patrimonio universal y, por lo tanto, también sus obras. De ahí que sus hijos no hayan visto el menor inconveniente, sino todo lo contrario, en la publicación del manuscrito.

Efectivamente, fueron cuidadosamente publicadas en italiano por EUGENIO CERIA, historiador de la congregación salesiana, en 1946, y también en castellano, en 1955 (BAC 135).

Conservamos la numeración original, aunque añadimos otra, continuada a lo largo de toda la obra, entre corchetes. Reducimos las notas de Ceria a lo esencial y las ponemos al final de cada capítulo a modo de complemento para no interrumpir la lectura. La traducción ha sido debidamente compulsada al preparar el presente volumen.

Bibliografía

JUAN BOSCO, *Memorie per l'Oratorio e per la Congregazione salesiana*. Manuscrito original y copia de don Joaquín Berto, en el Archivo Salesiano (Via della Pisana 1111, Roma).

CERIA, E., *San Giovanni Bosco. Memorie dell'Oratorio di San Francesco di Sales. Dal 1815 al 1855* (Torino 1946).

DESRAMAUT, F., *Les Mémoires I de Giovanni Battista Lemoyne. Étude d'un ouvrage fondamental sur la jeunesse de saint Jean Bosco* (Lyon 1962).

KLEIN, J.-VALENTINI, E., *Una rettificazione cronologica delle «Memorie di san Giovanni Bosco»*: Salesianum 17 (1955) 581-610.

MEMORIAS PARA EL ORATORIO Y PARA LA CONGREGACION SALESIANA

(Edición de EUGENIO CERIA, con el título «*San Juan Bosco, Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales.* De 1815 a 1855» [Turín, SEI, 1946]) *

[1] Muchas veces me pidieron pusiera por escrito las memorias del Oratorio de San Francisco de Sales, y, aunque no podía negarme a la autoridad de quien me lo aconsejaba, sin embargo, no me resolví a ocuparme decididamente de ello porque debía hablar de mí mismo demasiado a menudo. Mas ahora se añade el mandato de una persona de suma autoridad, mandato que no me es dado eludir, y, en consecuencia, me decido a exponer detalles confidenciales que pueden dar luz o ser de alguna utilidad para percatarse de la finalidad que la divina providencia se dignó asignar a la Sociedad de San Francisco de Sales.

Quede claro que escribo únicamente para mis queridísimos hijos salesianos, CON PROHIBICIÓN DE DAR PUBLICIDAD A ESTAS COSAS, LO MISMO ANTES QUE DESPUÉS DE MI MUERTE.

¿Para qué servirá, pues, este trabajo? Servirá de norma para superar las dificultades futuras, aprendiendo lecciones del pasado; servirá para dar a conocer cómo Dios condujo él mismo todas las cosas en cada momento; servirá de ameno entretenimiento para mis hijos cuando lean las andanzas en que anduvo metido su padre; y lo leerán con mayor gusto cuando, llamado por Dios a rendir cuenta de mis actos, ya no esté yo entre ellos. Compadecedme si encontráis hechos expuestos con demasiada complacencia y quizá aparente vanidad. *Se trata de un padre que goza contando sus cosas a sus hijos queridos, mientras ellos, a su vez, se gozarán al saber las aventuras del que tanto les amó y tanto se afanó trabajando por su provecho espiritual y material en lo poco y en lo mucho.*

Presento estas memorias divididas en décadas, o períodos de diez años, porque en cada una de ellas tuvo lugar un notable y sensible desarrollo de nuestra institución.

Hijos míos, cuando, después de mi muerte, leáis estas memorias, acordaos de que tuvisteis un padre cariñoso, que os

* Traducción de Basilio Bustillo, S. D. B.

las dejó antes de morir en prenda de su cariño paternal; y al recordarme, rogad a Dios por el descanso eterno de mi alma.

Don Bosco mismo, al final del número 6, dirá que era el papa la «persona de suma autoridad». Sus intervenciones han sido mencionadas al principio de nuestra introducción.

[2] DIEZ AÑOS DE INFANCIA. MUERTE DEL PADRE. PENURIAS FAMILIARES. LA MADRE, EN VIUDEZ.

Nací el día consagrado a la Asunción de María al cielo del año 1815 [propiamente el 16 de agosto], en Murialdo, aldea de Castelnuovo de Asti. Mi madre se llamaba Margarita Occhiena, y era natural de Capriglio; y mi padre, Francisco; eran campesinos que ganaban honradamente el pan de cada día con el trabajo y el ahorro.

Mi padre, casi únicamente con sus sudores, proporcionaba sustento a la abuelita, septuagenaria y achacosa, y a tres niños, el mayor de los cuales, Antonio, era hijo del primer matrimonio; José era el segundo, y Juan, el más pequeño, que soy yo; además había dos jornaleros del campo.

[3] *No tenía yo aún dos años cuando Dios nuestro Señor permitió en su misericordia que nos turbara una grave desgracia.* Un día, el amado padre, en plena robustez, en la flor de la edad, deseoso de educar cristianamente a sus hijos, de vuelta del trabajo, enteramente sudado, entró descuidadamente en la bodega, subterránea y fría. El enfriamiento sufrido se manifestó hacia el anochecer por una fiebre alta, precursora de gran resfriado. Todos los cuidados resultaron inútiles, y en pocos días se puso a las puertas de la muerte. Confortado con todos los auxilios de la religión, después de recomendar a mi madre confianza en Dios, expiraba, a la edad de treinta y cuatro años, el 12 de mayo de 1817.

No sé qué fue de mí en aquellas tristes circunstancias. Sólo recuerdo, y *es el primer hecho de la vida del que guardo memoria,* que todos salían de la habitación del difunto y que yo quería permanecer en ella a toda costa.

—Ven, Juan; ven conmigo—repetía mi afligida madre.

—Si no viene papá, no quiero ir—respondía yo.

—Pobre hijo—añadió mi madre—, ven conmigo; *ya no tienes padre.*

Y dicho esto, rompió a llorar; me cogió de la mano y me

llevó a otra parte, mientras *lloraba yo viéndola llorar a ella.* Y es que, en aquella edad, no podía ciertamente comprender *cuán grande desgracia es la pérdida del padre.*

[4] Este hecho sumió a la familia en una gran consternación. Había que mantener a cinco personas; las cosechas del año, nuestro único recurso, se perdieron por causa de una terrible sequía; los comestibles alcanzaron precios fabulosos. El trigo se pagó hasta 25 francos [liras] la hémina [de 23 litros]; el maíz, a 16 francos. Algunos testigos contemporáneos me aseguran que los mendigos pedían con ansia un poco de salvado con que suplir el cocido de garbanzos o judías para alimentarse. Se encontraban personas muertas en los prados con la boca llena de hierbas, con las que habían intentado aplacar su hambre canina.

Me contó mi madre muchas veces que alimentó la familia mientras tuvo con qué hacerlo; después entregó una cantidad de dinero a un vecino, llamado Bernardo Cavallo, para que fuese en busca de comestibles. Rondó éste por varios mercados, mas nada pudo encontrar ni a precios abusivos. Volvió al cabo de dos días, hacia el anochecer; todos le esperaban, pero cuando dijo que venía con el dinero en el bolsillo y que no traía nada, el miedo se apoderó de todos, ya que, dado el escaso alimento que habían tomado aquel día, eran de temer las funestas consecuencias del hambre para aquella noche.

Mi madre, sin apurarse, pidió prestado a los vecinos algo que comer, pero ninguno pudo ayudarla.

—Mi marido—añadió entonces—me dijo antes de morir que tuviera confianza en Dios. Venid, hijitos míos, pongámonos de rodillas y recemos.

Tras una corta plegaria, se levantó y dijo:

—Para casos extraordinarios, medios extraordinarios.

Fue entonces a la cuadra, en compañía del señor Cavallo, mató un becerro y, haciendo cocer una parte a toda prisa, logró aplacar el hambre de la extenuada familia. Días más tarde pudo proveerse de cereales, a precios enormes, traídos de muy lejos.

Puede imaginarse lo que sufriría y se cansaría mi madre durante año tan calamitoso. Pero con trabajo infatigable y gran economía, sacando partido a los recursos más insignificantes, junto con alguna ayuda verdaderamente providencial, se pudo salvar aquella crisis de víveres. Mi propia madre me contó muchas veces estos hechos y me los confirmaron parien-

tes y amigos. Pasada aquella terrible penuria y alcanzada una mejor situación económica, alguien propuso a mi madre un matrimonio ventajoso, pero ella replicó siempre:

—Dios me dio un marido y me lo quitó; tres hijos me dejó el marido al morir, y yo sería una madre cruel si les abandonase en el preciso momento en que me necesitan.

Le dijeron que sus hijos quedarían bajo un buen tutor, el cual se ocuparía de todo.

—Un tutor—contestó la generosa mujer—es un amigo, mientras que la madre de mis hijos soy yo; no los abandonaré jamás así me ofrezcan todo el oro del mundo.

[5] *Su mayor cuidado fue instruir a los hijos en la religión, enseñarles a obedecer y tenerlos ocupados en trabajos compatibles con su edad.* Era yo muy pequeño, y ella misma me enseñaba a rezar; cuando ya fui capaz de unirme a mis hermanos, me ponía con ellos de rodillas por la mañana y por la noche y, todos juntos, rezábamos las oraciones y la tercera parte del rosario. *Recuerdo que ella me preparó para mi primera confesión: me acompañó a la iglesia, se confesó antes que yo, me recomendó al confesor y después me ayudó a dar gracias.* Siguió ayudándome hasta que me juzgó capaz de hacerlo dignamente yo solo.

Así llegué a los nueve años. Quería mi madre enviarme a la escuela, pero le asustaba la distancia, ya que estábamos a cinco kilómetros del pueblo de Castelnuovo. Mi hermano Antonio se oponía a que fuera a la escuela. Se arbitró una solución: durante el invierno iría a clase a Capriglio, pueblecito próximo donde aprendí a leer y a escribir. Mi maestro era un sacerdote muy piadoso que se llamaba José Lacqua; fue muy amable conmigo y puso mucho interés en mi instrucción, y sobre todo en mi educación cristiana. Durante el verano contentaría a mi hermano trabajando en el campo.

Castelnuvo de Asti en aquel tiempo (y, desde el 14/2/1930, Castelnuovo Don Bosco), es un municipio de unos 4.000 habitantes, distante unos 28 km. de Turín. Dichos habitantes están repartidos en una población central y cuatro aldeas llamadas Bardella, Nevissano, Ranello y Murialdo. A ésta pertenece el caserío de I Becchi (a 4,5 km. de Castelnuovo), nombre debido a una familia que lo había habitado.

Hoy hasta su topografía ha cambiado por la grande remoción de tierra que ha sufrido para poder construirse el gigantesco edificio o serie de edificios que han surgido para honrar la cuna del fundador. Su nombre es hoy «Colle Don Bosco».

Los cónyuges Bernardo Semería y señora, próximos parientes del famoso barnabita padre Antonio Semería, y por consejo de éste, legaron su cuantiosa fortuna con este fin. Esto tiene un curioso antecedente: en uno de los acostumbrados sueños de don Bosco. En 1886 soñó que Mamá Margarita le conducía hasta una altura a poca distancia de la casita, y desde allí contemplaban madre e hijo la llanura próxima, mientras iban discurriendo sobre el bien que se podría hacer en pro de aquellas tierras... Claro que de esto nada sabían don Bernardo y su señora.

Al día siguiente contó el sueño, y dijo que aquel paraje le parecía oportunísimo para una gran fundación salesiana, por tratarse de un punto céntrico de muchas aldeas sin iglesias.

Pues bien, he aquí que, yendo un día el rector mayor don Pedro Ricaldone con el ecónomo general don Fidel Giraudi, buscando dónde emplazar una obra para la cual Bernardo Semería ofrecía generosamente los medios, sin recordar para nada el sueño, eligieron precisamente la colina. (Para más detalles del sueño, véanse las MB 19,382-383.)

* * *

El 31 de enero de 1940 evocó Pío XII la familia de I Becchi en oración al dirigirse a las familias cristianas: «Imaginaos a la joven viuda, de rodillas, con sus tres hijos, rezando las oraciones de la mañana y de la noche; miradles, como tres angelitos, vestidos con sus trajes domingueros, los que ella sacó con todo cuidado del armario; vedles en marcha hacia la aldea de Murialdo para oír la santa misa. Por la tarde, tras la frugal comida, en donde los únicos pasteles eran el pan bendito, helos en torno de ella. Les recuerda los mandamientos de Dios y de la Iglesia, las grandes lecciones del catecismo, los medios para salvarse; les cuenta después, con toda la poesía de las almas puras y la imaginación popular, la trágica historia de Caín el malo y de Abel el bueno, la muerte en cruz del buen Jesús para salvarnos a nosotros. ¿Quién medirá la enorme influencia de las primeras lecciones de la madre?»

[6] Un sueño.

Tuve por entonces un sueño que me quedó profundamente grabado en la mente para toda la vida. En el sueño me pareció estar junto a mi casa, en un paraje bastante espacioso, donde había reunida una muchedumbre de chiquillos en pleno juego. Unos reían, otros jugaban, muchos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias, *me metí en medio de ellos para hacerlos callar a puñetazos e insultos*. En aquel momento apareció un hombre muy respetable, de varonil aspecto, noblemente vestido. Un blanco manto le cubría de arriba abajo; pero su rostro era luminoso, tanto que no se podía fijar en él la mirada. *Me*

llamó por mi nombre y me mandó ponerme al frente de aquellos muchachos, añadiendo estas palabras:

—*No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte, pues, ahora mismo a enseñarles la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud.*

Aturdido y espantado, dije que yo era un pobre muchacho ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En aquel momento, los muchachos cesaron en sus riñas, alborotos y blasfemias y rodearon al que hablaba. Sin saber casi lo que me decía, añadí:

—¿Quién sois vos para mandarme estos imposibles?

—Precisamente *porque esto te parece imposible, debes convertirlo en posible por la obediencia y la adquisición de la ciencia.*

—¿En dónde? ¿Cómo podré adquirir la ciencia?

—Yo te daré la Maestra, bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad.

—Pero ¿quién sois vos que me habláis de este modo?

—Yo soy el Hijo de aquella a quien tu madre te acostumbró a saludar tres veces al día.

—Mi madre me dice que no me junte con los que no conozco sin su permiso; decidme, por tanto, vuestro nombre.

—Mi nombre pregúntaselo a mi Madre.

En aquel momento vi junto a él una Señora de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada uno de sus puntos fuera una estrella refulgente. La cual, viéndome cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercase a ella, y tomándome bondadosamente de la mano:

—Mira—me dijo.

Al mirar me di cuenta de que aquellos muchachos habían escapado, y vi en su lugar una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y varios otros animales.

—*He aquí tu campo, he aquí en donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que veas que ocurre en estos momentos con estos animales, lo deberás tú hacer con mis hijos.*

Volví entonces la mirada, y, *en vez de los animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderillos* que, haciendo fiestas al Hombre y a la Señora, seguían saltando y bailando a su alrededor.

En aquel momento, siempre en sueños, me eché a llorar.

Pedí que se me hablase de modo que pudiera comprender, pues no alcanzaba a entender qué quería representar todo aquello. Entonces *ella me puso la mano sobre la cabeza y me dijo:*

—*A su debido tiempo todo lo comprenderás.*

Dicho esto, un ruido me despertó y desapareció la visión.

Quedé muy aturdido. Me parecía que tenía deshechas las manos por los puñetazos que había dado y que me dolía la cara por las bofetadas recibidas; y después, aquel personaje y aquella señora de tal modo llenaron mi mente, por lo dicho y oído, que ya no pude reanudar el sueño aquella noche.

Por la mañana conté en seguida aquel sueño; primero a mis hermanos, que se echaron a reír, y luego a mi madre y a la abuela. Cada uno lo interpretaba a su manera. Mi hermano José recía: «Tú serás pastor de cabras, ovejas y otros animales». Mi madre: «¡Quién sabe si un día serás sacerdote!» Antonio, con dureza: «Tal vez, capitán de bandoleros». Pero la abuela, analfabeta del todo, con ribetes de teólogo, dio la sentencia definitiva: *No hay que hacer caso de los sueños.*

Yo era de la opinión de mi abuela, pero nunca pude echar en olvido aquel sueño. Lo que expondré a continuación dará explicación de ello. Y yo no hablé más de esto, y mis parientes no le dieron la menor importancia. Pero cuando en el año 1858 fui a Roma para tratar con el papa sobre la Congregación salesiana, él me hizo exponerle con detalle todas las cosas que tuvieran alguna apariencia de sobrenatural. Entonces conté, por primera vez, el sueño que tuve de los nueve a los diez años. *El papa me mandó que lo escribiera literal y detalladamente, y lo dejara para alentar a los hijos de la Congregación;* ésta era precisamente la finalidad de aquel viaje a Roma.

Escribe Lemoyne (MB 1,254-256): «La palabra *sueño* y don Bosco son correlativos. En efecto, es admirable la repetición casi continua en él de este fenómeno durante setenta años [...]. La bondad del Señor ya se sirvió de los sueños en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, y en el curso de la vida de muchos santos, para confortar, aconsejar y mandar; a través de ellos dejó oír su voz profética, ora de amenaza, ora de esperanza, ora de premio para los individuos o para las naciones [...]. La vida de don Bosco es una trama de sueños tan maravillosos, que no se comprende sin la asistencia divina directa, so pena, naturalmente de que hubiese sido un estulto, un iluso, un engañador o un vanidoso. Los que vivieron a su lado durante treinta y cuarenta años, no vieron nunca en él la menor señal de querer ganar el aprecio de los suyos haciéndose pasar por un privilegiado con dotes sobrenaturales. Don Bosco era humilde, y la humildad aborrece la mentira».

Para mayor ilustración sobre los sueños de don Bosco, con-

súltense: MB 17, 7-13; CERIA, E., *Don Bosco con Dios* (Barcelona 1956) p.216-226; STELLA, P., *Don Bosco nella storia...* (Zürich 1969) II p.507-569.

La colección más completa de los sueños de don Bosco, extractada de las MB, es de F. VILLANUEVA y R. FIERRO, *Los sueños de don Bosco* (Madrid 1958). Recoge 153 sueños en 636 páginas.

Recientemente han sido publicados diez sueños, no contenidos en las *Memorias del Oratorio, manuscritos del santo*: C. ROMERO. *I sogni di Don Bosco*. Ed. crítica (Turín 1978).

Década primera: 1825-1835

[7] 1. Primeros juegos. Predicador. Saltimbanqui. Los nidos.

Muchas veces me habéis preguntado a qué edad comencé a preocuparme de los niños. A los diez años hacía lo que era compatible con esa edad: una especie de oratorio festivo. Escuchad. *Era yo aún muy pequeño y ya estudiaba el carácter de mis compañeros.* Miraba a uno a la cara, y ordinariamente descubría los propósitos que tenía en el corazón. Por esto *los de mi edad me querían y me respetaban mucho.* Todos me elegían para juez o para amigo. *Por mi parte, hacía bien a quien podía, y mal a ninguno.* Los compañeros me querían con ellos, para que, en caso de pelea, me pusiera de su parte. Porque, aunque era pequeño de estatura, tenía fuerza y coraje para meter miedo a compañeros de mi edad; de tal forma que, si había pelea, disputas, riñas de cualquier género, yo era el árbitro de los contendientes, y todos aceptaban de buen grado la sentencia que yo dictaba.

Pero lo que les reunía junto a mí y les arrebataba hasta la locura eran mis narraciones. Los ejemplos que oía en los sermones o en el catecismo, la lectura de libros, como *Los Pares de Francia, Guerino Meschino, Bertoldo y Bertoldino,* me prestaban argumentos.

Tan pronto me veían mis compañeros, corrían en tropel para que les contase algo, yo que apenas entendía lo que leía. A ellos se unían algunas personas mayores, y sucedía que a veces, yendo o viniendo de Castelnuovo, u otras en un campo o en un prado, me veía rodeado de centenares de personas que acudían a escuchar a un pobre chiquillo que, salvo un poquito de memoria, estaba en ayunas de toda ciencia, por más que entre ellos pasase por un doctor. *En el país de los ciegos, el tuerto es rey.*

Durante la estación invernal me reclamaban en los establos para que les contara historietas. Allí se reunía gente de toda edad y condición, y todos disfrutaban escuchando inmóviles durante cinco o seis horas al pobre lector de *Los Pares de Francia,* que *hablaba como si fuera un orador,* de pie sobre un banco para que todos le vieran y oyesen. Y como se decía que

iban a escuchar el sermón, empezaba y terminaba las narraciones con la señal de la cruz y el rezo del avemaría (1826).

[8] Durante la primavera, en los días festivos sobre todo, se reunían los del vecindario y algunos forasteros. Entonces la cosa iba más en serio. Entretenía a todos con algunos juegos que había aprendido de otros. Había a menudo, en ferias y mercados, charlatanes y volatineros a quienes yo iba a ver. Observaba atentamente sus más pequeñas proezas y volvía a casa y las repetía hasta aprenderlas. Imaginaos los golpes, revolcones, caídas y volteretas a que me exponía vez por vez.

¿Lo creeréis? A mis once años hacía juegos de manos, daba el salto mortal, hacía la golondrina, caminaba con las manos, andaba, saltaba y bailaba sobre la cuerda como un profesional.

Por lo que se hacía los días de fiesta lo comprenderéis fácilmente.

Había en I Becchi un prado en donde crecían entonces algunos árboles, de los que todavía queda un peral que en aquel tiempo me sirvió de mucho. Ataba a este árbol una cuerda que anudaba en otro más distante. Después, una mesita con la bolsa y una alfombra en el suelo para dar los saltos. Cuando todo estaba preparado y el público ansioso por lo que iba a venir, entonces invitaba a todos a rezar la tercera parte del rosario, tras la cual se cantaba una letrilla religiosa. Acabado esto, subía a una silla y predicaba o, mejor dicho, repetía lo que recordaba de la explicación del evangelio que había oído por la mañana en la iglesia; o también contaba hechos y ejemplos oídos o leídos en algún libro. Terminado el sermón, se rezaba un poco y en seguida venían las diversiones.

En aquel momento hubierais visto al orador, como antes dije, convertirse en un charlatán de profesión. Hacer la golondrina, ejecutar el salto mortal, caminar con las manos en el suelo y los pies en alto, echarme a continuación al hombro las alforjas y tragarme monedas para después sacarlas de la punta de la nariz de este o del otro espectador; multiplicar pelotas y huevos, cambiar el agua en vino, matar y despedazar un pollo para hacerle luego resucitar y cantar mejor que antes, eran los entretenimientos ordinarios. Andaba sobre la cuerda como por un sendero: saltaba, bailaba, me colgaba, ora de un pie, ora de los dos: ya con las dos manos, ya con una sola. Tras algunas horas de diversión, cuando yo estaba bien cansado, cesaban los juegos, se hacía una breve oración y cada uno volvía a lo suyo. Quedaban fuera de estas reuniones los que hubieran blas-

fumado, hablado mal o no quisieran tomar parte en las prácticas religiosas.

Al llegar aquí, diréis algunos: «Para ir a las ferias y mercados, para oír a los charlatanes, para preparar cuanto se necesita para tales diversiones, hace falta dinero; ¿de dónde salía?» Yo podía proporcionármelo de mil diversos modos. Las moneditas que mi madre u otros me daban para divertirme o para golosinas, las propinas, los regalos, todo lo guardaba para eso. Tenía además una gran pericia para cazar pájaros con la trampa, la jaula, la liga y los lazos; y sabía mucho de nidos. Cuando había recogido unos cuantos, encontraba manera de venderlos convenientemente. Las setas, las hierbas colorantes y el brezo constituían para mí también otra fuente de ingresos.

Vosotros me preguntaréis si mi madre estaba contenta de que yo llevase una vida tan disipada y de que perdiese el tiempo haciendo de saltimbanqui. Habéis de saber que *mi madre me quería mucho y yo le tenía una confianza tan ilimitada, que no me hubiera atrevido a mover un pie sin su consentimiento. Ella lo sabía todo, todo lo observaba y me dejaba hacer.* Es más, si necesitaba alguna cosa, me la proporcionaba con gusto. Los mismos compañeros y, en general, todos los espectadores, me daban de buena gana cuanto necesitaba para procurarles los ansiados pasatiempos.

> *El* juego de la golondrina *es un ejercicio atlético difícil. Se clava en el suelo verticalmente una pértiga; el gimnasta la coge fuertemente con la mano izquierda a la altura del pecho, mientras con la derecha la agarra a unos treinta centímetros más abajo, poniendo el codo sobre la cadera, teniendo así un punto de apoyo para las piernas, que se echan hacia afuera recogidas o separadas (cola de la golondrina) y en ángulo recto con la pértiga. El cuerpo permanece extendido rígidamente en perfecta línea horizontal. Entonces el gimnasta, separando los pies, imprime al cuerpo un impulso que le permite dar dos o tres vueltas alrededor del palo.*

[9] 2. PRIMERA COMUNIÓN. SERMONES DE SANTA MISIÓN. DON CALOSSO. A LA ESCUELA DE MURIALDO.

A la edad de once años fui admitido a la primera comunión. Me sabía entero el pequeño catecismo; pero, de ordinario, ninguno era admitido a la primera comunión si no tenía doce años. Además, a mí, dada la distancia de la iglesia [unos 5 km.], no me conocía el párroco y me debía limitar exclusivamente a la instrucción religiosa de mi buena madre. Y como no quería

que siguiera creciendo sin realizar este gran acto de nuestra santa religión, ella misma se las arregló para prepararme como mejor pudo y supo. Me envió al catecismo todos los días de cuaresma; después fui examinado y aprobado, y se fijó el día en que todos los niños debían cumplir con pascua [26 marzo 1826].

Era imposible evitar la distracción en medio de la multitud. Mi madre procuró acompañarme varios días; durante la cuaresma, me había ayudado a confesarme tres veces.

—Juanito mío—me repitió varias veces—, Dios te va a dar un gran regalo; procura prepararte bien, confesarte y no callar nada en la confesión. *Confiésalo todo, arrepentido de todo, y promete a nuestro Señor ser mejor en lo porvenir.*

Todo lo prometí; si después he sido fiel, Dios lo sabe.

En casa me hacía rezar, leer un libro devoto y me daba además aquellos consejos que una madre ingeniosa tiene siempre a punto para bien de sus hijos.

Aquella mañana no me dejó hablar con nadie, me acompañó a la sagrada mesa e hizo conmigo la preparación y acción de gracias, que el vicario, de nombre don Sismondo, dirigía alternando con todos en alta voz. No quiso que durante aquel día me ocupase en ningún trabajo material, sino que lo empleara en leer y en rezar. Entre otras muchas cosas, me repitió mi madre muchas veces estas palabras:

—Querido hijo mío: éste es un día muy grande para ti. Estoy persuadida de que Dios ha tomado verdadera posesión de tu corazón. Prométele que harás cuanto puedas para conservarte bueno hasta el fin de la vida. En lo sucesivo, comulga con frecuencia, pero guárdate bien de hacer sacrilegios. *Dilo todo en confesión; sé siempre obediente, ve de buen grado al catecismo y a los sermones; pero, por amor de Dios, huye como de la peste de los que tienen malas conversaciones.*

Recordé los avisos de mi buena madre y procuré ponerlos en práctica, y me parece que *desde aquel día hubo alguna mejora en mi vida, sobre todo en la obediencia y en la sumisión a los demás, que al principio me costaba mucho*, ya que siempre quería oponer mis pueriles objeciones a cualquier mandato o consejo.

Me apenaba la falta de una iglesia o capilla adonde ir a rezar y a cantar con mis compañeros. Para oír un sermón o para ir al catecismo tenía que andar cerca de diez kilómetros entre ida y vuelta a Castelnuovo o a la aldea de Buttigliera. Por eso mis coterráneos venían gustosos a oír mis sermones de saltimbanqui.

En aquel año de 1826 [1829], con motivo de una santa misión que hubo en la aldea de Buttigliera, tuve ocasión de oír varios sermones. La nombradía de los predicadores atraía a las gentes de todas partes. Yo mismo iba en compañía de otros muchos. Después de una instrucción y una meditación, al caer de la tarde los oyentes volvían a sus casas.

Una de aquellas tardes del mes de abril [noviembre] volvía a casa en medio de una gran multitud, e iba entre nosotros un cierto don Calosso, de Chieri, hombre muy piadoso, que, aunque curvado por los años, hacía aquel largo trecho de camino para ir a escuchar a los misioneros. Era el capellán de la aldea de Murialdo. Al ver a un *muchacho de baja estatura, con la cabeza descubierta y el cabello recio y ensortijado, que iba con gran silencio en medio de los demás,* puso sus ojos sobre mí y empezó a hablarme de esta manera:

—Hijo mío, ¿de dónde vienes? ¿Acaso has ido tú también a la misión?

—Sí, señor. He oído también los sermones de los misioneros.

—¡Pues sí que habrás podido entender mucho! De seguro que tu madre te hubiera predicado mejor. ¿No te parece?

—Es cierto. Mi madre me dice a menudo cosas muy bonitas. Pero eso no quita que yo no vaya *con gusto a oír a los misioneros, y creo haberlos entendido muy bien.*

—Si me sabes decir cuatro palabras de los sermones de esta tarde, te doy una propina.

—Dígame si quiere que le hable del primer sermón o del segundo.

—Sobre el que quieras, con tal que me digas cuatro cosas. ¿Te acuerdas de qué trató el primer sermón?

—Trató de la necesidad de entregarse a Dios y de no dejar para más adelante la conversión.

—Pero, en resumen, ¿qué se dijo?—añadió el venerable anciano algo maravillado.

—Lo recuerdo bastante bien y, si quiere, se lo digo entero.

Y, sin más, comencé con el exordio, y seguí a continuación con los tres puntos, a saber: que el que difiere su conversión corre gran peligro de que le falte el tiempo, o la gracia, o la voluntad. El me dejó hablar por más de media hora, rodeado de toda la gente; después empezó a preguntarme:

—¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres? ¿Has ido mucho a la escuela?

—Me llamo Juan Bosco, mi padre murió cuando yo era muy niño. Mi madre es viuda, con cinco personas que mantener. He aprendido a leer y a escribir un poco.

—¿Has estudiado el *Donato,* es decir, la gramática?

—No sé qué es eso.

—¿Te gustaría estudiar?

—¡Muchísimo!

—¿Quién te lo impide?

—Mi hermano Antonio.

—¿Y por qué Antonio no te deja estudiar?

—Porque como a él no le gustaba ir a la escuela, dice que no quiere que otros pierdan el tiempo estudiando como él lo perdía; pero, si yo pudiese ir, sí que estudiaría y no perdería el tiempo.

—¿Y para qué quisieras estudiar?

—Para hacerme sacerdote.

—*¿Y por qué quieres ser sacerdote?*

—*Para acercarme a hablar y enseñar la religión a tantos compañeros míos que no son malos, pero que se hacen tales porque nadie se ocupa de ellos.*

Mi franqueza y, diría, mi audacia en el hablar causó gran impresión en aquel santo sacerdote, que, mientras yo hablaba, no me quitaba los ojos de encima. Llegados entre tanto a un determinado punto del camino en que era menester separarnos, me dejó diciendo:

—¡Animo!; yo pensaré en ti y en tus estudios. Ven a verme con tu madre el domingo, y todo lo arreglaremos.

[10] Fui, en efecto, al domingo siguiente [9 noviembre 1829] con mi madre, y se convino en que él mismo me daría clase un rato cada día, a fin de que trabajase el resto en el campo para condescender con mi hermano Antonio. Este se conformó fácilmente, ya que todo esto debía empezar después del verano, cuando ya no hay mucho trabajo en el campo.

Me puse en seguida en las manos de don Calosso, que sólo hacía unos meses que había venido a aquella capellanía. Me di a conocer a él tal como era. Le manifestaba con naturalidad mis deseos, mis pensamientos y mis acciones. Esto le agradó mucho, porque así me podía guiar con más conocimiento de la realidad en lo espiritual y en lo temporal.

Y así conocí cuánto vale un director fijo, un amigo fiel del alma, pues hasta entonces no lo había tenido. Me prohibió en seguida, entre otras cosas, una penitencia que yo acostumbraba

a hacer y que no era proporcionada a mi edad y condición. Me animó a frecuentar la confesión y comunión, y me enseñó a hacer cada día una breve meditación y un poco de lectura espiritual. Los domingos pasaba con él todo el tiempo que podía. *De este modo comencé a gustar la vida espiritual,* ya que hasta entonces obraba más bien materialmente y como las máquinas, que hacen las cosas sin saber por qué.

Hacia mediados de septiembre comencé regularmente los estudios de la gramática italiana, que aprendí pronto y practiqué con oportunas redacciones. Por Navidad empecé el Donato, y por Pascua ya traducía del latín al italiano, y viceversa. Durante todo aquel tiempo no dejé los acostumbrados entretenimientos festivos en el prado, o en el establo durante el invierno. Todo cuanto mi maestro hacía o decía, la más mínima de sus palabras, me servían para entretener a mi auditorio.

Veía el cielo abierto, pues había logrado mis deseos, cuando una nueva tribulación, más aún, un grave infortunio echó abajo todas mis ilusiones.

Como dijimos en la introducción, a don Bosco a veces le fallan las fechas en estas *Memorias,* en parte por la sencilla razón de que las escribía a vuela pluma para sus hijos y no valía la pena de hacer esfuerzos de precisión cronológica. Con todo, nosotros introducimos las correcciones de Klein-Valentini para dejar más exactos los pasos de la infancia del santo (cf. *Cronología*).

En efecto, en las páginas anteriores tenemos un caso muy claro. Pues está demostrado documentalmente que don Juan Calosso sólo empezó a ser capellán de Murialdo en octubre de 1829, y que el primer día de la misión en Buttigliera (a mitad de camino entre I Becchi y Castelnuovo, aunque hacia la derecha) fue el 5 de noviembre de 1829.

[11] 3. Los libros y la azada. Una noticia mala y otra buena. Muerte de don Calosso.

Mientras duró el invierno y los trabajos de campo no urgían, mi hermano Antonio dejó que me dedicara a las tareas de la escuela, pero en cuanto llegó la primavera comenzó a quejarse, diciendo que él debía consumir su vida en trabajos pesados, mientras que yo perdía el tiempo haciendo el señorito. Tras vivas discusiones conmigo y con mi madre, se determinó, para tener paz en casa, que por la mañana iría temprano a la escuela, y el resto del día lo emplearía en trabajos materiales. Pero ¿cómo estudiaría las lecciones? ¿Cuándo haría las traducciones?

Oíd. La ida y vuelta de la escuela me proporcionaba algún tiempo para estudiar. En cuanto llegaba a casa, agarraba la azada en una mano y en la otra la gramática, y, camino del trabajo, estudiaba: *qui, quae, quod*, etc., hasta que llegaba al tajo; allí daba una mirada nostálgica a la gramática, la colocaba en un rincón, y me disponía a cavar, a escardar o a recoger hierbas con los demás, según necesidad. A la hora en que los demás merendaban, yo me iba aparte, y mientras en una mano tenía el pan que comía, con la otra mano sostenía el libro y estudiaba. La misma operación hacía al volver a casa. Y para hacer mis deberes escritos, el único tiempo de que disponía era durante las comidas y las cenas, más algún hurto hecho al sueño.

Mas, a pesar de tanto trabajo y de tan buena voluntad, mi hermano Antonio no se daba por satisfecho. Un día, delante de mi madre y, después, delante de mi hermano José, dijo con tono imperativo:

—¡Ya he aguantado bastante! ¡Quiero acabar con tanta gramática! Yo me hice grande y fuerte, y nunca vi un libro.

Dominado en aquel momento por el pesar y la rabia, respondí lo que no debía:

—¡Pues mal hecho!—le dije—. ¿No tienes ahí a nuestro burro que es más grande que tú y tampoco fue a la escuela? ¿Quieres ser tú como él?

A tales palabras se puso furioso y, gracias a mis piernas, que, por cierto, me solían obedecer bastante bien, pude ponerme a salvo de una lluvia de golpes y pescozones.

Mi madre estaba afligidísima. Yo lloraba, el capellán sentía gran pena. Aquel digno ministro del Señor, enterado de los conflictos de mi casa, me llamó un día y me dijo:

—Has puesto en mí tu confianza, y no quiero que esto sea en vano. Deja a ese bendito hermano tuyo, vente conmigo y tendrás un padre amoroso.

Comuniqué en seguida a mi madre la caritativa oferta, y hubo una gran alegría en la familia. Hacia el mes de abril comencé a vivir con el capellán de Murialdo, y sólo iba a casa por la noche, para dormir. Nadie puede imaginar mi gran alegría. *Don Calosso se convirtió para mí en un ídolo. Le quería más que a un padre, rezaba por él y le servía con ilusión en todo.* Además era un placer tomarse molestias por él y, diría, dar la vida por complacerle. Adelantaba más en un día con ese sacerdote que una semana en casa. Y aquel hombre de Dios me apreciaba tanto, que me dijo varias veces:

—No te preocupes de tu porvenir; mientras yo viva, nada te ha de faltar; y, si muero, también proveeré.

Mis cosas marchaban con increíble suerte. Me consideraba feliz en todo y nada del mundo deseaba, cuando un desastre truncó el camino de mis esperanzas.

Una mañana de abril de 1828 [noviembre de 1830], don Calosso me mandó a un recado a mi casa; apenas había llegado, cuando una persona, corriendo, jadeante, me indica que vuelva inmediatamente junto al sacerdote, pues había sido atacado de un mal grave y preguntaba por mí. Más que correr, volé junto a mi bienhechor, al que encontré en la cama, privado del habla. Sufría un ataque apoplético. Me conoció, quiso hablar, pero no pudo articular palabra. Me dio la llave del dinero, haciendo gestos de que no la entregase a nadie. Tras dos días de agonía, el alma de aquel santo sacerdote volaba al seno del Creador [21 noviembre 1830]. *Con él morían todas mis esperanzas.*

Siempre he rezado por aquel mi insigne bienhechor, y jamás dejaré de hacerlo mientras viva.

Llegaron los herederos de don Calosso y les entregué la llave y todo.

Don Bosco ha callado en este capítulo el mayor de sus conflictos. Las vejaciones del hermanastro y el peligro de peores consecuencias obligaron a la madre a tomar la gravísima determinación de sacar a Juan de la casa y mandarle a hacer de peón en una casa de campo. Esta penosa situación duró casi dos años: desde febrero de 1828 hasta noviembre de 1829. Lemoyne escribe sobre esto (MB 1,190). «Tenía Juan inteligencia y corazón grandes; era obediente por virtud, pero no se sometía por su natural inclinación. El más pobre se siente en su casa señor, como el rey en su trono. Y Dios hará con él lo que hizo con Moisés [...]. Juan es también preparado con un largo ejercicio de humildad heroica; tiene que salir de su propia casa y servir en casa ajena durante dos años; y él era de una condición tal que sentía todo el peso de la humillación».

Entregué la llave y todo: Frase genérica, más elocuente que la expresión real: todo lo que estaba bajo aquella llave. Eran unas 6.000 liras: alrededor de un millón de pesetas de 1977. ¡Todo un capital para el pobre hijo de mamá Margarita! Este lacónico párrafo merecería figurar al lado de muchas otras expresiones sencillas y sublimes que han pasado a la historia.

[12] 4. Don Cafasso. Incertidumbre. División de los bienes familiares. A la escuela de Castelnuovo de Asti. Músico. Sastre.

Aquel año, la divina providencia me relacionó con un nuevo bienhechor: don José Cafasso, de Castelnuovo de Asti.

Era el segundo domingo de octubre de 1827 [probablemente de 1830] y celebraban los habitantes de Murialdo la maternidad de la Stma. Virgen, solemnidad principal de la población. Unos estaban en las faenas de la casa o de la iglesia, mientras otros se convertían en espectadores o tomaban parte en juegos y pasatiempos diversos.

A uno solo vi alejado de todo espectáculo. Era un clérigo pequeño de estatura, de ojos brillantes, aire afable y rostro angelical. Se apoyaba contra la puerta de la iglesia. Quedé como subyugado con su figura, y aunque yo rozaba apenas los doce [quince] años, sin embargo, movido por el deseo de hablarle, me acerqué y le dije:

—Señor cura, ¿quiere ver algún espectáculo de nuestra fiesta? Yo le acompañaré con gusto adonde desee.

Me hizo una señal para que me acercase y empezó a preguntarme por mis años, por mis estudios; si había recibido la primera comunión, con qué frecuencia me confesaba, adónde iba al catecismo y cosas semejantes. Quedé como encantado de aquella manera edificante de hablar; respondí gustoso a todas las preguntas; después, casi para agradecer su amabilidad, repetí mi ofrecimiento de acompañarle a visitar cualquier espectáculo o novedad.

—*Mi querido amigo*—dijo él—: *los espectáculos de los sacerdotes son las funciones de la iglesia;* cuanto más devotamente se celebran, tanto más agradables resultan. Nuestras novedades son las prácticas de la religión, que son siempre nuevas, y por eso hay que frecuentarlas con asiduidad; yo sólo espero a que abran la iglesia para poder entrar.

Me animé a seguir la conversación, y añadí:

—Es verdad lo que usted dice; pero *hay tiempo para todo: tiempo para la iglesia y tiempo para divertirse.*

El se puso a reír. Y terminó con estas memorables palabras, que fueron como el programa de las acciones de toda su vida:

—*Quien abraza el estado eclesiástico se entrega al Señor, y nada de cuanto tuvo en el mundo debe preocuparle, sino aquello que puede servir para la gloria de Dios y provecho de las almas.*

Entonces, admiradísimo, quise saber el nombre del clérigo, cuyas palabras y porte publicaban tan a las claras el espíritu del Señor. Supe que era el clérigo José Cafasso, estudiante de primer curso de teología, del cual ya había oído hablar en diversas ocasiones como de un espejo de virtudes.

La muerte de don Calosso fue para mí un desastre irrepa-

rable. Lloraba sin consuelo por el bienhechor fallecido. Cuando estaba despierto pensaba en él; soñaba con él cuando dormía; tan adelante fueron las cosas, que mi madre, temiendo por mi salud, me mandó por algún tiempo con mi abuelo a Capriglio.

En aquel tiempo tuve otro sueño, en el cual *se me reprendía ásperamente por haber puesto mi esperanza en los hombres, y no en la bondad del Padre celestial.*

Mientras tanto, yo pensaba siempre en adelantar en los estudios. Veía a varios buenos sacerdotes que trabajaban en el sagrado ministerio; pero no podía acomodarme a un trato familiar con ellos. Me ocurrió a menudo encontrarme por la calle con mi párroco y su vicario. Los saludaba desde lejos y, cuando estaba más cerca, les hacía una reverencia. Pero ellos me devolvían el saludo de un modo seco y cortés y seguían su camino. Muchas veces, llorando, decía para mí y también a los otros:

—*Si yo fuera cura,* me comportaría de otro modo: *disfrutaría acercándome a los niños, conversando con ellos, dándoles buenos consejos.* ¡Qué feliz sería si pudiese charlar un poco con mi párroco! Con don Calosso tenía esta suerte. ¡Y que ahora no la tenga ya!

Mi madre, viéndome siempre afligido a causa de las dificultades que se oponían a mis estudios, desesperando de obtener el consentimiento de Antonio, que ya pasaba de los veinte años, determinó hacer la división de los bienes paternos. Había una gran dificultad, ya que José y yo éramos menores de edad y precisaba hacer muchas diligencias y soportar gastos considerables. Con todo, en poco tiempo se realizó aquella determinación.

Así que la familia se redujo a mi madre y a mi hermano José, que quiso vivir conmigo sin dividir las partes. Mi abuela había muerto hacía unos años [11 febrero 1826].

Cierto que, con aquella división, se me quitaba un gran peso de encima y se me daba plena libertad para seguir los estudios; pero para cumplir las formalidades de la ley se precisaron varios meses, con lo que no pude ir a las escuelas públicas de Castelnuovo hasta cerca de Navidad de 1828, cuando yo tenía trece años [1830, a los quince].

[13] La entrada en una escuela pública, con un maestro nuevo, después de haber estudiado en privado, fue para mí desconcertante: tuve casi que comenzar la gramática italiana para pasar luego a la latina. Durante algún tiempo iba desde casa todos los días a la escuela del pueblo; pero en lo más crudo del

invierno me resultaba casi imposible. Entre las dos idas y las dos vueltas hacía casi cerca de veinte kilómetros al día. Así que me pusieron a pensión con un buen hombre que se llamaba Juan Roberto, sastre de profesión, muy aficionado al canto gregoriano y a la música vocal. Como tenía bastante buena voz, me di con ardor al arte musical, de modo que en pocos meses logré formar parte del coro y ejecutar los solos con éxito.

Deseando además ocupar las horas libres en alguna otra cosa, me puse a hacer de sastre. En poquísimo tiempo aprendí a pegar botones, a hacer ojales, costuras simples y dobles; aprendí a cortar calzoncillos, camisas, pantalones, chalecos, y me parecía que era ya todo un señor sastre.

Mi amo, al verme adelantar en su oficio, me hizo propuestas bastante ventajosas para que me quedara a trabajar definitivamente con él. Pero mis planes eran muy otros: yo quería adelantar en los estudios. Por esto, mientras me ocupaba en muchas cosas para evitar el ocio, hacía todos los esfuerzos posibles para alcanzar el fin principal.

Durante aquel año tropecé con algún peligro por parte de ciertos compañeros. Querían llevarme a jugar durante las horas de clase y, como yo sacara la excusa de que no tenía dinero, me sugerían la forma de reunirlo robando a mi amo y también a mi madre. Para animarme a ello, me decía uno de ellos:

—Amigo, ya es hora de que despiertes; hay que aprender a vivir en este mundo. Quien tiene los ojos vendados no sabe por dónde camina. ¡Ea!, apáñate para tener dinero, y gozarás también tú de las diversiones de tus compañeros.

Recuerdo que respondí así:

—No entiendo lo que quieres decir: pero me parece que con tus palabras me aconsejas el juego y el robo. Pero ¿tú no rezas cada día: el séptimo, no hurtar? El que roba es un ladrón, y los ladrones acaban mal. Además que mi madre me quiere mucho, y si le pido dinero para cosas que no estén mal, me lo dará. Sin su permiso nunca he hecho nada; no quiero comenzar ahora a desobedecerla. Si tus compañeros hacen esto, no son buenos. Si no lo hacen, y lo aconsejan a los otros, son unos granujas y unos malvados.

Estas palabras corrieron de boca en boca, y nadie se atrevió a hacerme tan indignas propuestas. Es más, mi respuesta llegó a oídos del profesor, que desde entonces me apreció más; lo supieron también los padres de muchos jovencitos, y aconsejaban por esto a sus hijos que viniesen conmigo. De esta forma *pude fácilmente elegir un grupo de amigos que me querían y obedecían como los de Murialdo.*

Mis cosas iban tomando muy buen cariz cuando un nuevo incidente vino a trastornarlas. El señor Virano, mi profesor, fue nombrado párroco de Mondonio, en la diócesis de Asti. En abril de aquel año 1831, nuestro querido maestro tomaba posesión de su parroquia, y le sustituía otro [Nicolás Moglia], que, con su incapacidad para la disciplina, casi echó a perder cuanto había aprendido en los meses anteriores.

El sueño en que se le reprendió por no haber puesto su esperanza en el Padre celestial y sí en los hombres, es probablemente el que se lee en MB 1,244. Juan contó a su paisano José Turco haber visto en sueños a una gran Señora que conducía un inmenso rebaño y que, acercándose a él y llamándole por su nombre, le había dicho: «Mira, Juanito, todo este rebaño lo entrego a tus cuidados». El, asustado, preguntó: «Pero ¿cómo voy a hacer para cuidar de tantas ovejas y corderitos? ¿Dónde encontrarles pastos?» A lo cual replicó la Señora: «¡No temas; yo te ayudaré».

[14] 5. Escuela de Chieri. Bondad del profesorado. Los cuatro primeros cursos de gramática.

Después de perder tanto tiempo, finalmente se tomó la decisión de que fuera a Chieri para dedicarme seriamente al estudio. Era el año 1831 [3 de noviembre]. Quien se ha criado entre bosques y no ha visto más que un pueblecillo provinciano, queda muy impresionado ante cualquier novedad. Estaba de huésped en casa de una paisana: Lucía Matta, viuda con un solo hijo, la cual vivía en aquella ciudad para atenderle y vigilarle.

La primera persona a quien conocí fue al sacerdote don Eustaquio Valimberti, de santa memoria. El me dio muchos y buenos consejos para mantenerme alejado de los peligros; me invitaba a ayudarle a misa, lo que le daba ocasión para hacerme algunas sugerencias. El mismo me presentó al prefecto de la escuela [padre Sibilla, dominico] y me hizo trabar conocimiento con otros profesores.

Como los estudios hechos hasta entonces eran de todo un poco, que equivalían a casi nada, me aconsejaron entrar en la clase sexta [que hoy correspondería a cuarto de básica]. El maestro de entonces, el teólogo Pugnetti, también de grata memoria, tuvo para conmigo mucha caridad. Me ayudaba en la escuela, me invitaba a ir a su casa y, compadecido de mi edad y de mi buena voluntad, no ahorraba nada de cuanto pudiera ayu-

darme. Por mi edad y mi corpulencia parecía un pilastrón en medio de mis compañeros, aún niños.

Ansioso de sacarme de aquella situación, después de estar dos meses en la clase sexta y habiendo conquistado el primer puesto, fui admitido a examen y pasado a la clase quinta. Entré con gusto en la nueva clase, porque los condiscípulos eran algo mayores y tenía además como profesor al querido don Valimberti. Dos meses después, tras haber logrado varias veces ser el primero de la clase, fui admitido a otro examen por vía de excepción, y pasé así a la clase cuarta [que corresponde al sexto de básica].

El profesor de la clase era José Cima, hombre severo en la disciplina. Cuando vio comparecer en su aula, a mitad de curso, a un alumno tan alto y corpulento como él, dijo bromeando delante de todos:

—He aquí o un enorme talento o un topo. ¿Qué opináis?

Aturdido ante tal presentación, respondí:

—Algo de las dos cosas. *Un pobre muchacho que tiene buena voluntad para cumplir su deber y progresar en los estudios.*

Esas palabras fueron de su agrado, y respondió con insólita afabilidad:

—Si usted tiene buena voluntad, ha caído en buenas manos; no le dejaré sin trabajo. Anímese y, si alguna dificultad encuentra, dígamelo en seguida, que yo se la allanaré.

Se lo agradecí de corazón.

Dos meses hacía que estaba en aquella clase cuando ocurrió un pequeño incidente que dio algo que hablar sobre mí. Explicaba un día el profesor la vida de Agesilao, escrita por Cornelio Nepote. Aquel día no tenía yo mi libro y, para disimular mi olvido, sostenía abierto ante mí el *Donato*. Los compañeros se dieron cuenta de ello. Empezó uno a reír, siguió otro, hasta que cundió el desorden en la clase.

—¿Qué sucede?—dijo el profesor—; ¿qué sucede? Díganlo en seguida.

Y como todas las miradas se dirigiesen hacia mí, me mandó hacer la construcción gramatical del párrafo y repetir su misma explicación. Me puse de pie y, siempre con el *Donato* en la mano, repetí de memoria el texto, la construcción gramatical y la explicación. Los compañeros, casi instintivamente, aplaudieron, entre gritos de admiración. Imposible explicar el furor del profesor, ya que era aquella la primera vez en que, según él, le fallaba la disciplina. Me largó un pescozón que esquivé agachando la cabeza; después, con la mano sobre mi *Donato*,

hizo explicar a los vecinos la razón de aquel desorden. Ellos dijeron:

—Bosco, con el *Donato* en las manos, ha leído y explicado como si tuviera el libro de Cornelio.

Reparó el profesor en el *Donato*, me hizo continuar dos períodos más, y después me dijo:

—Le perdono su olvido por su feliz memoria. Es usted afortunado; procure servirse bien de ella.

Al fin de aquel año escolar, 1831-32, pasé, con buenas calificaciones, a la tercera [séptima de EGB].

Lucía Matta no habitaba en Chieri, pero permanecía allí durante el curso escolar para atender a su hijo estudiante. Mamá Margarita colocó en su casa a Juan por la pensión de 21 liras mensuales. La cantidad era elevada para sus escasas entradas. Por lo tanto, Juan debería suplir prestando diversos servicios que una mujer no podía realizar convenientemente, y la madre de Juan supliría la diferencia, bien con dinero, bien con género, principalmente cereales. Pero muy pronto comprendió la dueña que el joven que tenía en su casa era un tesoro y de él se sirvió en provecho de su hijo, quedando tan contenta que le perdonó en compensación toda la pensión.

Por lo que toca a la numeración de clases, entonces la hacían en orden decreciente: sexta, quinta, cuarta, etc., es decir, lo que hoy llamamos cuarto, quinto, sexto, etc., de EGB. Total, que Juan Bosco, con sus dieciséis años cumplidos, al principio de curso fue puesto entre niños de nueve o diez, lo que le valdría, ciertamente, más de una burla de algún chiquillo.

Don Bosco tuvo una memoria felicísima. Ya lo había demostrado con el sermón recitado a don Calosso. El mismo decía que le era igual leer que retener. En edad avanzada divertía a veces a los secretarios, tras largas horas de audiencia, recitándoles cantos de Dante o de Tasso. Pocos meses antes de morir, yendo en coche con don Rúa y conversando sobre cierto punto de historia sagrada, en el que se había inspirado Metastasio, repitió escenas enteras del poeta, que, ciertamente, no había vuelto a leer desde los tiempos de Chieri.

[15] 6. Los compañeros. Sociedad de la Alegría. Deberes cristianos.

En estas cuatro primeras clases aprendí, bien que a mi costa, a tratar con los *compañeros*. Yo les tenía divididos en tres categorías: *buenos, indiferentes y malos*. A estos últimos debía evitarlos del todo y siempre, apenas los localizara; con los indiferentes bastaba un trato de cortesía y convivencia; con los buenos podía entablar amistad, siempre y cuando fueran verdaderamente tales.

Como en la ciudad no conocía a ninguno, me impuse la regla de no tener familiaridad con nadie. Sin embargo, hube de luchar, y no poco, con los que no conocía del todo. Unos se empeñaban en llevarme al teatro, otros al juego, algunos a nadar. Incluso a robar fruta a los huertos o al campo.

Hasta hubo un descarado que me aconsejó robar a mi patrona un objeto de valor para comprarnos caramelos. Me fui liberando de aquella caterva de desgraciados, huyendo totalmente de su compañía tan pronto como los descubría. De ordinario respondía que mi madre me había confiado a mi patrona y que por el mucho cariño que mi madre tenía a ella, no quería yo ir a ninguna parte ni hacer nada sin el consentimiento de la buena Lucía, que ése era su nombre.

Mi fiel obediencia a la señora Lucía me resultó útil; porque por ello me confió con gran placer a su único hijo [1], de carácter vivaracho, muy amigo de jugar y poco de estudiar. Me encargó le repasara las lecciones, aun cuando era de un curso superior al mío. Yo me preocupé de él como de un hermano. *Por las buenas, con algún regalillo, con entretenimientos caseros y, sobre todo, llevándolo a las funciones religiosas, le hice bastante dócil, aplicado y obediente,* al extremo de que, al cabo de seis meses, era ya tan bueno y aplicado que complacía al profesor hasta el punto de obtener premios de honor en la clase. La madre quedó tan satisfecha que, en pago, me perdonó del todo la pensión mensual.

Y como quiera que los compañeros que querían arrastrarme al desorden eran los más descuidados en sus deberes, también ellos empezaron a venir conmigo, para que hiciera el favor de dictarles o prestarles los temas escolares. Disgustó tal proceder al profesor, pues mi equivocada benevolencia favorecía su pereza, y me lo prohibió severamente. Acudí entonces a un medio más ventajoso, es decir: explicarles las dificultades y ayudar también a los más atrasados. Así agradaba a todos y me ganaba el bienquerer y el cariño de los compañeros. Empezaron a venir para jugar, luego para oír historietas y para hacer los deberes escolares y, finalmente, venían porque sí, como los de Murialdo y Castelnuovo.

Para darles algún nombre, acostumbrábamos a denominar aquellas reuniones *Sociedad de la Alegría*, nombre que venía al pelo, ya que era obligación estricta de cada uno buscar buenos libros y suscitar conversaciones y pasatiempos que pudieran contribuir a estar alegres; por el contrario, estaba prohibido

[1] Juan Bautista Matta, de Castelnuovo de Asti; fue durante muchos años alcalde de su pueblo, y es actualmente [1875] droguero.

todo lo que ocasionara tristeza, de modo especial las cosas contrarias a la ley del Señor. En consecuencia, era inmediatamente expulsado de la *Sociedad* el blasfemo, el que pronunciase el nombre de Dios en vano o tuviera conversaciones malas.

Así, *colocado a la cabeza de una multitud de compañeros*, se pusieron de común acuerdo estas bases: 1.ª Todo miembro de la *Sociedad de la Alegría* debe evitar toda conversación y toda acción que desdiga de un buen cristiano. 2.ª Exactitud en el cumplimiento de los deberes escolares y religiosos.

Todo esto contribuyó a granjearme el aprecio, al extremo de que en 1832 *mis compañeros me honraban como a capitán de un pequeño ejército*. Por todas partes me reclamaban para animar las diversiones, hacerme cargo de alumnos en sus propias casas, y también para dar clase y hacer repasos a domicilio. De este modo me facilitaba la divina providencia la adquisición de cuanto necesitaba para ropas, objetos de clase y demás, sin ocasionar ninguna molestia a mi familia.

En la organización de la *Sociedad de la Alegría*, de la que él era presidente nato, aunque no se habló nunca de presidencias, aparecen en él las cualidades características: celo apostólico vivo y sagaz, genio organizador y, sobre todo, el *espíritu* que informará después su obra educativa: en fin, los gérmenes del hombre futuro.

Henri Gheon, en su *Saint Jean Bosco* (París, Les grands coeurs, p.73), al contemplar al joven estudiante a la cabeza de aquella cuadrilla de condiscípulos, escribe: «Se ha calzado ya las sandalias del apóstol; no le falta más que enfundarse la túnica; después, nada lo detendrá.»

[16] 7. Buenos compañeros y prácticas de piedad.

Entre los que componían la *Sociedad de la Alegría* encontré a algunos verdaderamente ejemplares. Merecen ser nombrados de entre ellos Guillermo Garigliano, de Poirino, y Pablo Braia, de Chieri. Estos tomaban parte con gusto en los juegos, con tal que primero se hicieran los deberes escolares. A los dos les gustaba el retiro y la piedad, y constantemente me daban buenos consejos. Los días festivos, después de la reunión reglamentaria del colegio, íbamos a la iglesia de San Antonio, en donde los jesuitas tenían una catequesis estupenda, amenizada con algunos ejemplos, que aún guardo en la memoria.

Durante la semana, la *Sociedad de la Alegría* se reunía en casa de uno de los socios para hablar de religión. A esta re-

unión iba libremente el que quería; Garigliano y Braia eran de los más asiduos. Nos entreteníamos un poco en ameno recreo, con charlas piadosas, lecturas religiosas, oraciones, dándonos buenos consejos y avisándonos de los defectos personales que uno hubiese observado o de los que hubiera oído hablar a alguien.

Sin que entonces lo supiese, practicábamos aquel aviso sublime: «Dichoso quien tiene un monitor», y aquello de Pitágoras: «Si no tienes un amigo que te corrija las faltas, paga un enemigo para que te haga este servicio». A más de estos amistosos entretenimientos, íbamos a oír sermones, a confesarnos y a recibir la santa comunión.

Bueno será os recuerde aquí que en *aquel tiempo la religión formaba parte fundamental de la educación.* Al profesor que aun en broma dijera alguna palabra indecorosa o irreverente, se le privaba inmediatamente del cargo. Y si eso sucedía con los profesores, ¡imaginad la severidad que se empleaba con los alumnos indisciplinados y escandalosos!

Todos los días de la semana se oía la santa misa; al empezar la clase se rezaba devotamente el ofrecimiento de obras seguido del avemaría; al acabar, la acción de gracias seguida también del avemaría. Los días festivos se reunían los alumnos en la iglesia de la congregación. Mientras llegaban los jóvenes se hacía una lectura espiritual, a la que seguía el oficio de la Virgen; después la misa, y luego la explicación del Evangelio. Por la tarde, catecismo, vísperas e instrucción. Todos debían recibir los santos sacramentos, y para impedir la negligencia en tan importantes deberes había obligación de presentar, una vez al mes, la cédula de confesión. Quien no hubiese cumplido con este deber no podía presentarse a examen de fin de curso, aunque fuera de los primeros de la clase. Esta severa disciplina producía maravillosos efectos. Se pasaban los años sin oír una blasfemia o una mala conversación. Los alumnos eran dóciles y respetuosos en clase y en casa. Sucedía a menudo que en las clases, numerosísimas por cierto, aprobaban todos al fin de curso. Mis condiscípulos de tercero, cuarto y quinto aprobaron todos.

Para mí, el acontecimiento más importante fue la elección de un confesor fijo en la persona del teólogo Maloria, canónigo de la colegiata de Chieri. Me recibía siempre con bondad cuantas veces iba a él. Es más, me animaba a confesar y comulgar con la mayor frecuencia. Era raro encontrar quien animase a la frecuencia de sacramentos. No recuerdo que ninguno de mis maestros me lo aconsejase. El que iba a confesar y

comulgar más de una vez al mes, era tenido por uno de los más virtuosos, y muchos confesores no lo permitían. *Yo creo que debo a mi confesor el no haber sido arrastrado por los compañeros a ciertos desórdenes que los jóvenes inexpertos han de lamentar muy a menudo en los grandes centros escolares.*

Durante estos años no olvidé a mis amigos de Murialdo; mantuve siempre relación con ellos, y de cuando en cuando los visitaba los jueves. En las vacaciones de otoño, *apenas sabían de mi llegada, venían a mi encuentro desde lejos, y siempre la convertían en una auténtica fiesta.* También entre ellos se introdujo la *Sociedad de la Alegría,* en la que se apuntaban todos los que durante el año se había distinguido por su conducta moral; por el contrario, se daba de baja a los que se hubiesen portado mal, sobre todo si habían blasfemado o sostenido malas conversaciones.

[17] 8. Humanidades y retórica. Luis Comollo.

Terminados los cursos básicos, nos visitó el magistrado de la reforma, abogado, el profesor don José Gazzano, hombre de grandes méritos. Fue muy benévolo conmigo, y me quedó tan buen recuerdo de él y sentí por él tal gratitud, que de allí arrancaron la amistad y trato íntimo que mantuvimos siempre. Aquel buenísimo sacerdote vive todavía [1873] en Moltedo Superior, cerca de Oneglia, lugar de su nacimiento, y entre sus muchas obras de caridad fundó una beca en nuestro colegio de Alassio [1 de marzo de 1872] para un jovencito que desee seguir la carrera eclesiástica.

Aquellos exámenes fueron muy rigurosos; sin embargo, mis cuarenta y cinco condiscípulos pasaron todos a la clase superior, que corresponde al último curso de básica. Yo estuve a punto de ser suspendido por haber dejado copiar el tema a otro. Si aprobé, se lo debo a la protección de mi venerado profesor, el padre Giusiana, dominico, que logró pudiese hacer yo un nuevo ejercicio, el cual me salió tan bien que obtuve la máxima calificación.

Había entonces la saludable costumbre de que en cada curso el municipio premiase al menos a un alumno con la dispensa de la matrícula, que era de doce francos. Para obtener este favor era preciso sacar sobresaliente en los exámenes y en la conducta moral. A mí me favoreció siempre la suerte; así que en todos los cursos estuve libre de pago.

Aquel año perdí uno de los compañeros más queridos. El

joven Pablo Braia, mi querido e íntimo amigo, tras una larga enfermedad; modelo acabado de piedad, de resignación y de fe viva, moría el día ... del año ... [10 julio 1832], marchando así a juntarse con San Luis, de quien se mostró devoto fiel toda su vida.

Fue una pena para todo el colegio; a su entierro asistieron todos los compañeros. Y muchos, durante largo tiempo, iban los días de vacación a comulgar, a rezar el oficio de la Santísima Virgen o la tercera parte del rosario por el eterno descanso del alma del amigo fallecido. Mas Dios se dignó compensar esta pérdida con otro compañero de la misma virtud, pero aún más notable por sus obras. Fue éste Luis Comollo, del cual hablaré en seguida.

Terminé, pues, el año de humanidades [último de básica] con bastante éxito, en forma tal que mis profesores, especialmente el doctor Pedro Banaudi, me aconsejaron pidiera examen para pasar a filosofía; y lo aprobé; pero, como me gustaba el estudio de las letras, pensé que me iría bien seguir los estudios con regularidad y hacer la retórica en el curso 1834-35.

[18] Precisamente aquel año comenzaron mis relaciones con Comollo.

La vida de este excelente compañero ya fue escrita aparte, y la pueden leer todos cuando quieran; anotaré aquí un hecho que fue ocasión de que le conociera entre los estudiantes de humanidades.

Se comentaba entre los alumnos de retórica que en aquel año se nos añadiría un alumno santo, y se decía que era sobrino del cura de Cinzano, sacerdote anciano, pero muy conocido por su santa vida. Yo deseaba conocer al joven, mas no sabía su nombre. Un suceso me lo puso al alcance. Estaba muy en boga entonces el peligroso juego del *fil derecho* a la hora de entrar en la escuela. Los más disipados y menos amigos del estudio eran de ordinario los que más afición le tenían.

Hacía algunos días que veía a un tímido joven, como de unos quince años, que, al llegar a la escuela, escogía un lugar y, sin preocuparse del griterío de los demás, se ponía a leer o estudiar. Un compañero insolente se le acercó, le tomó por un brazo y pretendía que también él se pusiera a saltar.

—No sé—respondió el otro humildemente y mortificado—. No sé: nunca he jugado a estos juegos.

—Pues has de venir; de lo contrario, te obligaré yo a patadas y bofetones.

—Puedes pegarme lo que quieras, pero no sé, no puedo y no quiero.

El mal educado y perverso condiscípulo, agarrándolo por el brazo, lo arrastró y le dio un par de bofetones que resonaron por toda la escuela. *Ante aquel espectáculo sentí hervir la sangre en mis venas,* y esperaba que el ofendido, lógicamente, se vengase, tanto más cuanto que el ultrajado era mucho mayor que el otro en estatura y en edad. Pero cuál no fue mi maravilla cuando el joven desconocido, con la cara enrojecida y casi lívida, y echando una mirada de compasión a su ofensor, le dijo solamente:

—Si con esto te das por satisfecho, dalo por terminado; yo te perdono.

Aquel acto heroico dejó en mí ganas de saber su nombre; era Luis Comollo, sobrino del cura de Cinzano, de quien tantos encomios se habían oído.

Desde entonces le tuve por amigo íntimo, y puedo decir que de él aprendí a vivir como buen cristiano. Puse toda mi confianza en él, y él en mí. Nos necesitábamos mutuamente. Yo necesitaba su ayuda espiritual, y él la mía corporal, ya que Comollo, por su gran timidez, nunca intentaba la propia defensa ni contra los insultos de los malos, mientras que *yo era temido por todos los compañeros, aun mayores en edad y estatura, por mi fuerza y coraje.* Lo había hecho patente un día con ciertos individuos que querían burlarse de Comollo y pegarle, así como a otro joven llamado Antonio Candelo, un caso clásico éste de chico bonachón. Quería yo intervenir en favor de ellos, y la ocasión no se hizo esperar. Viendo un día a aquellos inocentes maltratados, dije en alta voz:

—¡Ay de los que se burlen de éstos!

Muchos de los más altos y descarados se juntaron en defensa común, amenazándome a mí mismo, al mismo tiempo que sonaban dos bofetadas en la cara de Comollo. En aquel instante me olvidé de mí mismo y, *echando mano, no de la razón, sino de la fuerza bruta,* al no encontrar a mi alcance ni una silla ni un palo, agarré por los hombros a un condiscípulo y me serví de él como de un garrote para golpear a mis enemigos. Cuatro cayeron tendidos por el suelo, y los otros huyeron gritando y pidiendo socorro. Mas... ¡ay! En aquel momento entró en el aula el profesor, y al ver en el aire brazos y piernas en medio de un vocerío de padre y muy señor mío, se puso a gritar dando palmadas a derecha e izquierda.

Iba a descargar la tempestad sobre mí, pero hizo que le contaran antes la causa del jaleo; y entonces dispuso que se repitiera la escena o, mejor, la prueba de aquella fuerza mía. Rió el profesor, rieron todos los alumnos, y fue tal la admiración, que no se pensó más en el castigo que me había merecido.

Comollo me daba lecciones bien diferentes.

—Amigo mío—me dijo apenas pudimos hablar a solas—, me espanta tu fuerza; pero, créeme, Dios no te la dio para destrozar a tus compañeros. El quiere que nos amemos los unos a los otros, que nos perdonemos y devolvamos bien a los que nos hacen mal.

Admirado de la caridad de mi amigo, me puse en sus manos, dejándome guiar a donde quería y como quería. De acuerdo con mi amigo Garigliano, íbamos juntos a confesar, comulgar y a hacer la meditación, la lectura espiritual, la visita al Santísimo y a ayudar la santa misa. Sabía insinuarse con tanta bondad, dulzura y cortesía que era imposible rechazar sus invitaciones.

Recuerdo que un día, conversando con un compañero, pasé de largo por delante de una iglesia sin descubrirme la cabeza. El me dijo en seguida con gracia:

—Juan, estás tan atento en tratar a los hombres que te olvidas hasta de la casa del Señor.

Don Bosco publicó anónima la vida de Comollo (que por razones cronológicas va en primer término en este volumen) el año 1844. Diez años más tarde la reimprimió en las *Lecturas Católicas*, enero de 1854, estampando su firma. Don Caviglia, al estudiar a fondo esta biografía de Comollo, decía con aire de gran convicción que encontraba en ella admirablemente formulado en sus principios básicos todo el programa de don Bosco; a este propósito leemos en sus apuntes: «El espíritu que a través de don Bosco condujo a la santidad a los jovencitos por él educados, y celebrados en sus escritos, es el mismo que se aprecia en los dos jóvenes Comollo y Bosco». Y añade: «No se puede entender la juventud de don Bosco y el desarrollo de su carácter, ni mucho menos su vida presacerdotal, si no es asociando e injertando la figura, la obra y el alma de Comollo: es decir, sin el conocimiento de Comollo».

El *fil derecho* es un juego infantil: los muchachos saltan uno tras otro sobre un compañero que esté encorvado, y a quien a veces dan un talonazo o espolique.

Don Bosco dio pruebas de extraordinaria fuerza en varias ocasiones a lo largo de su vida; hasta los últimos años. Véase MB 4,705; 6,215; 8,955; 16,636; 17,205; 18,479 y 490.

[19] 9. MOCITO DE CAFÉ. ONOMÁSTICA DEL PROFESOR. UNA DESGRACIA.

Tras estos detalles de la vida escolar, contaré algunos sucesos que pueden servir de amena diversión. El año de humanidades cambié de pensión, ya para estar más cerca de mi profesor don Banaudi, ya para condescender con un amigo de mi familia llamado Juan Pianta, que abría aquel año un café en la ciudad de Chieri. Aquel hospedaje era ciertamente bastante peligroso; pero, viviendo con buenos cristianos y continuando las relaciones con compañeros ejemplares, pude seguir adelante sin daños morales.

Como los deberes escolares me dejaban mucho tiempo libre, parte lo dedicaba a leer los clásicos italianos y latinos, y parte a fabricar licores y confituras. Al cabo de medio año estaba en condiciones de preparar café y chocolate, y dominaba los secretos y las fórmulas que me permitían confeccionar toda clase de dulces, licores, helados y refrescos. Mi amo comenzó dándome albergue gratuito, y al considerar lo útil que podría serle para su negocio, me hizo proposiciones ventajosas con tal de que dejase todas las demás ocupaciones para dedicarme totalmente a aquel oficio. Pero yo trabajaba en ello sólo por gusto y diversión, y mi intención era la de seguir los estudios.

[20] El profesor Banaudi era un verdadero modelo de maestro. *Había llegado a hacerse respetar y amar por todos los alumnos sin imponer nunca un castigo. Amaba a todos como a hijos, y ellos le correspondían como a un tierno padre.*

Se determinó hacerle un regalo en el día de su onomástico para testimoniarle nuestro aprecio. A tal efecto acordamos preparar composiciones en verso y en prosa y presentarle algunos obsequios que nosotros juzgamos serían de su agrado. La fiesta resultó espléndida, y no es para decir la alegría del maestro, que, para demostrarnos su satisfacción, nos llevó a comer al campo. Resultó un día felicísimo. Profesor y alumnos formaban un solo corazón y todos buscaban la manera de manifestar la alegría de su espíritu. A la vuelta, antes de llegar a la ciudad de Chieri, el profesor se encontró con un forastero al que hubo de acompañar, dejándonos a nosotros solos durante un corto trecho de camino. En aquel momento se acercaron algunos compañeros de clases superiores y nos invitaron a bañarnos en un lugar llamado la *Fuente Roja,* a unos

dos kilómetros y medio de Chieri. Yo, con algunos compañeros más, me opuse, pero inútilmente. Algunos vinieron conmigo a casa, y los otros se empeñaron en irse a nadar. ¡Desgraciada determinación! Pocas horas después de llegar nosotros a casa, vinieron corriendo, espantados y jadeantes, primero uno, y luego los demás, diciendo:

—¿Sabéis? Felipe N., el que tanto insistió para que fuéramos a nadar, se ha ahogado.

—¿Cómo?—preguntamos todos al primero—. ¡Pero si se le tenía por un gran nadador!

—¿Qué queréis que os diga?—siguió otro—. Para animarnos a sumergirnos en el agua, confiado en su pericia y no conociendo los remolinos de la peligrosa *Fuente Roja,* se tiró el primero. Esperábamos que volviera a la superficie, pero nos equivocamos. Nos pusimos a gritar, vino gente, se emplearon muchos medios, y, después de hora y media, no sin arriesgarse alguno, se logró sacar fuera el cadáver.

Aquella desgracia causó en todos profunda tristeza; y ni en aquel año ni en el siguiente (1835) se oyó hablar de ir a nadar. Hace algún tiempo me encontré con alguno de aquellos antiguos amigos y recordamos con verdadero dolor la desgracia sufrida por el infeliz compañero en el remolino de la *Fuente Roja.*

El hospedaje en el café Pianta resultaba peligroso por la clientela. El 10 de mayo de 1888 se encontraron en Chieri los sacerdotes salesianos Bonetti, Francesia y Berto con Juan Pianta, el cual les declaró cuanto sigue, y que ellos mismos escribieron en seguida: «Era imposible encontrarse con otro joven mejor que Juan Bosco. Todas las mañanitas iba a la iglesia de San Antonio para ayudar varias misas. Era de una caridad admirable para con mi madre, vieja y achacosa, que vivía con nosotros. A menudo pasaba las noches en claro estudiando. Yo me lo encontraba por la mañana con la luz encendida, leyendo y escribiendo.» Pianta no dijo nada —¡eso no!— sobre el *hermoso* aposento donde Juan pasaba estas noches. Don Lemoyne (MB 1,289) nos lo describe así: «Un hueco estrecho encima de un horno pequeño, construido para cocer pasteles, y al que se subía por una escalerilla, era su dormitorio; a poco que se estirase en el camastro, asomaban sus pies, no sólo fuera del incómodo jergón, sino del mismo hueco-habitación». El 22 de abril de 1934 se colocó una lápida conmemorativa de los sacrificios del heroico joven, en la que se recuerda también al otro inquilino, Blanchard, frutero, que a veces acallaba su hambre. Las autoridades y el pueblo honraron con su presencia la memoria del joven y admirable huésped de Chieri de cien años antes.

[21] 10. El hebreo Jonás.

Durante el año de humanidades, estando todavía en el café de Juan Pianta, entablé amistad con un joven hebreo llamado Jonás. Frisaba en los dieciocho años, era de hermosísimo aspecto y cantaba con una voz preciosa. Jugaba bien al billar, y como nos conocíamos de encontrarnos en la librería de un tal Elías, apenas llegaba al café preguntaba por mí. Yo le tenía gran cariño, y él, a su vez, sentía por mí una gran amistad. Rato libre que tenía, venía a pasarlo conmigo en mi aposento; nos entreteníamos cantando, tocando el piano, leyendo y relatando mil historias. Un día tomó parte en una reyerta que podría acarrearle tristes consecuencias, por lo que corrió a aconsejarse conmigo.

—Mi querido Jonás—le dije—: si fueras cristiano, te acompañaría en seguida a confesarte, pero esto no te es posible.

—También nosotros vamos a confesarnos si queremos.

—Os vais a confesar, pero vuestro confesor no está obligado al secreto, no tiene poder para perdonar los pecados ni puede administrar ningún sacramento.

—Si quieres acompañarme, iré a confesarme con un sacerdote.

—Yo te podría acompañar, pero se requiere una larga preparación.

—¿Cuál?

La confesión perdona los pecados cometidos después del bautismo. Por lo tanto, si tú quieres recibir cualquier sacramento, se precisa recibir el bautismo primero.

—¿Qué debo hacer para recibir el bautismo?

—Instruirte en la religión cristiana, creer en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Entonces sí podrías recibir el bautismo.

—¿Y qué ventajas me traería el bautismo?

—El bautismo te borra el pecado original y todos los pecados actuales, te abre la puerta para recibir otros sacramentos; en fin, te hace hijo de Dios y heredero del paraíso.

—Los judíos, ¿no nos podemos salvar entonces?

—No, querido Jonás. Después de la venida de Jesucristo, los judíos no pueden salvarse sin creer en él.

—¡Pobre de mí si mi madre llega a enterarse de que quiero hacerme cristiano!

—No temas; Dios es el Señor de los corazones, y si te

llama para hacerte cristiano, él hará de modo que tu madre se conforme o proveerá de otro modo al bien de tu alma.

—Tú que me aprecias tanto, si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

—Empezaría por instruirme en la religión cristiana; mientras tanto, Dios abriría los caminos para cuanto deba hacerse en lo porvenir. Toma, pues, el catecismo elemental y empieza a estudiarlo. Ruega a Dios que te ilumine y te haga conocer la verdad.

Desde aquel día empezó a aficionarse al estudio de la fe cristiana. Venía al café y, después de echar una partida al billar, me buscaba para conversar sobre religión y catecismo.

En pocos meses aprendió la señal de la cruz, el padrenuestro, el avemaría, el credo y las verdades principales de la fe. Estaba contentísimo de ello y cada día que pasaba mejoraba en su conducta y en sus conversaciones.

Era huérfano de padre desde niño. La madre, de nombre Raquel, había tenido alguna noticia vaga, pero no sabía nada seguro. La cosa se descubrió así: un día, haciéndole la cama, encontró el catecismo que su hijo había dejado inadvertidamente entre el colchón y el jergón. Se puso a gritar por toda la casa, llevó el catecismo al rabino y, sospechando lo que sucedía, corrió presurosa al encuentro de Bosco, de quien había oído hablar muchas veces a su propio hijo.

Imaginaos el tipo de la misma fealdad y tendréis una idea de la madre de Jonás: tuerta, dura de oído, de nariz abultada, sin dientes, labios gruesos, boca torcida, de barbilla larga y puntiaguda y una voz que parecía un gruñido. Los judíos solían llamarla la bruja Lilit [cf. Is 34,14; Job 18,15], nombre con el que ellos indican lo más feo. Su aparición me espantó, y antes de que pudiera rehacerme, empezó a decir:

—Sepa usted que se equivoca completamente; usted ha sido el que pervirtió a mi Jonás; lo ha deshonrado ante todos; no sé qué va a ser de él. Temo que se haga cristiano, y usted será el culpable.

Comprendí entonces quién era y de qué hablaba. Le expuse con toda calma que debía estar satisfecha y dar gracias a quien hacía el bien a su hijo.

—¿Qué bien? ¿Es que es algún bien hacerle a uno renegar de su religión?

—Cálmese, buena señora—le dije—, y escúcheme. Yo no he buscado a su hijo Jonás; nos hemos encontrado sin más en la tienda del librero Elías. Nos hicimos amigos sin saber cómo; él me aprecia y yo lo aprecio también mucho, y como amigo

suyo de verdad deseo que salve su alma y que pueda conocer la religión fuera de la cual no hay salvación para nadie. Advierta bien que yo le he dado un libro a su hijo diciéndole únicamente que conozca nuestra religión y que, si él se hace cristiano, no abandona la religión hebrea, sino que la perfecciona.

—Si él se hace cristiano, deberá dejar a nuestros profetas, pues los cristianos no admiten a Abrahán, Isaac y Jacob, ni a Moisés ni a los profetas.

—Nosotros creemos en todos los santos patriarcas y en todos los profetas de la Biblia. Sus escritos, sus palabras, sus profecías constituyen el fundamento de la fe cristiana.

—Si estuviera aquí nuestro rabino, él sabría responderle. Yo no sé ni la *Mishná* ni el *Ghemará* (las dos partes del *Talmud*); pero ¿qué será de mi pobre Jonás?

Dicho esto, se fue. Sería largo contar aquí los muchos ataques que me dirigieron la madre, el rabino y los parientes de Jonás. Y no hubo amenaza ni violencia que no empleasen también contra el animoso joven. Todo lo soportó, y siguió instruyéndose en la fe. Como peligraba su vida en familia, se vio obligado a abandonar su casa y vivió casi de limosna. Pero muchos le socorrieron. Y para que todo procediera con la debida prudencia, recomendé a mi amigo a un sabio sacerdote que le prodigó cuidados paternales. Cuando estuvo bien instruido en religión y se decidió a hacerse cristiano, se celebró una gran fiesta, que fue de edificación para toda la ciudad y de estímulo para otros judíos, algunos de los cuales abrazaron más tarde el cristianismo.

Los padrinos fueron los esposos Carlos y Octavia Bertinetti, los cuales proveyeron al neófito de cuanto necesitaba, de forma que, hecho cristiano, pudo ganarse honestamente el pan con su trabajo. El nombre que se le puso fue Luis.

Consta en los registros parroquiales de Chieri que Jacob Levi Bolmida, quizá familiarmente Jonás, fue bautizado en la catedral el 10 de agosto de 1834, siendo padrino Jacinto Bolmida y madrina Octavia María Bertinetti.

El convertido vivió como buen cristiano y mantuvo siempre amistad y reconocimiento con el amigo. Hasta 1880 visitaba a don Bosco en el Oratorio. Tal vez la fuerza de los argumentos no hubiera surtido efecto por sí sola; sin embargo, las virtudes practicadas de modo admirable por su querido paisano, le acabaron por convencer.

Los esposos Bertinetti hicieron a don Bosco heredero universal, lo que dio motivo a la obra salesiana de Chieri.

[22] 11. JUEGO DE MANOS. PRESTIDIGITADOR. MAGIA. TIENE QUE DAR EXPLICACIONES.

Además de mis estudios y de diversos entretenimientos, como el canto, el piano, la declamación, el teatro, etc., a los que me entregaba con toda el alma, había aprendido otros varios juegos.

Los naipes, las bolas, las chapas, los zancos, los saltos, las carreras, eran diversiones que me gustaban mucho y en las que, si no era consumado maestro, tampoco era mediocre. Muchos los había aprendido en Murialdo, otros en Chieri; y si en los prados de Murialdo era un aprendiz principiante, ahora ya podía competir con profesionales. Todo esto maravillaba no poco, ya que, como en aquella época apenas se conocían tales habilidades, parecían cosas del otro mundo. ¿Qué decir de los juegos de manos? A menudo daba sesiones en público y en privado, y como la memoria me favorecía bastante, me sabía al pie de la letra grandes párrafos de los clásicos, particularmente en verso. Estaba tan familiarizado con Dante, Petrarca, Tasso, Parini, Monti y otros que podía citarlos a capricho como si fueran cosa mía. Por eso me resultaba realmente fácil improvisar sobre cualquier tema. En aquellas diversiones, en aquellos espectáculos, a veces cantaba, a veces tocaba o componía versos que se tenían por obras de arte, pero que en realidad no eran más que trozos de autores adaptados al tema propuesto. Por esto nunca di mis composiciones a otros, y alguna que escribí procuré echarla al fuego. Crecía la maravilla en los juegos de manos. Ver salir de una cajita pelotas y más pelotas, todas más gordas que la misma caja; sacar de una bolsita huevos y más huevos, eran cosas que dejaban a todos boquiabiertos. Cuando me veían recoger las voluminosas pelotas de la punta de la nariz de los asistentes y adivinar el dinero de los bolsillos ajenos; cuando, al tocar con solo los dedos se reducían a polvo monedas de cualquier metal, o se hacía aparecer a todo el auditorio bajo un horrible aspecto y hasta sin cabezas, entonces algunos comenzaron a pensar si no sería yo un brujo, ya que no podía realizar tamañas cosas sin intervención del demonio.

Contribuyó a acrecentar esta fama el amo de mi casa, Tomás Cumino. Era éste un fervoroso cristiano y hombre de buen humor. Yo me aprovechaba de su carácter y, diría, de su simpleza, para hacérselas de todos los colores. Un día había preparado, con mucho cuidado, un pollo en gelatina para ob-

sequiar a los huéspedes en su día onomástico. Llevó el plato a la mesa, pero al destaparlo saltó afuera un gallo que, aleteando, cacareaba escandalosamente. Otra vez preparó un cazuela de macarrones, y, después de haberlos cocido bastante tiempo, cuando fue a echarlos en el plato salieron puro salvado. Muchas veces llenaba la botella de vino, y, al echarlo en el vaso, lo encontraba agua clara; pero se decidía a beberse esa agua y se le había trocado otra vez en vino. Convertir las confituras en rebanadas de pan, el dinero de la bolsa en piezas inútiles de lata roñosa, el sombrero en cofia, y nueces y avellanas en saquitos de guijarros, eran transmutaciones la mar de frecuentes.

El bueno de Tomás no sabía a qué carta quedarse. «Los hombres—decía para sí—no pueden hacer tales cosas; Dios no pierde el tiempo en cosas inútiles; luego el demonio anda por medio». Como no se atrevía a comentarlo con los de casa, se aconsejó con un sacerdote vecino, don Bertinetti. Y como éste también barruntase algo de magia en todo aquello, decidió contárselo al delegado del obispo en la escuela, que lo era por entonces un respetable eclesiástico, el canónigo Burzio, arcipreste y párroco de la catedral.

Era éste un señor muy instruido, piadoso y prudente a la vez; sin decir nada a nadie, me llamó «a dar explicaciones». Llegué a su casa en un momento en que rezaba el breviario, y, mirándome sonriente, me hizo sentar para que esperara un poco. Por fin me dijo que le siguiera a un saloncito, y una vez allí empezó a preguntarme, con palabras corteses, pero con aspecto severo:

—Hijo mío, estoy muy contento de tu aplicación y de la conducta que has observado hasta ahora; pero se cuentan ya tantas cosas de ti... Me dicen que conoces el pensamiento ajeno, que adivinas el dinero que los demás llevan en sus bolsillos, que haces ver blanco lo negro y lo negro blanco, que sabes las cosas mucho tiempo antes de que sucedan, y más por el estilo. Das mucho que hablar, y alguien ha llegado a sospechar que te sirves de la magia y que en tus obras pueda haber intervención del diablo. Dime, pues: ¿Quién te enseñó todas estas ciencias? ¿Adónde fuiste a aprenderlas? Dímelo con toda confianza; te doy mi palabra que únicamente me serviré de ello para tu bien.

Con mucha naturalidad le pedí cinco minutos de tiempo para responder y le invité a que me dijera la hora exacta. Metió una mano en el bolsillo y no encontró el reloj.

—Si no tiene el reloj—añadí—, al menos deme una moneda de cinco céntimos.

Registró todos los bolsillos y no encontró su cartera.

—Bribón—empezó a gritar colérico—, o tú sirves al demonio o el demonio te sirve a ti. Me has robado el reloj y la cartera. Ya no puedo callar; estoy obligado a denunciarte, y aún no sé cómo me aguanto y no te propino una buena paliza.

Pero al contemplarme tranquilo y sonriente, se calmó un tanto y comenzó a decir:

—Bueno. Vamos a tomar las cosas con calma. Venga, explícame tus misterios. ¿Cómo te las has arreglado para que mi reloj y mi cartera se me escapasen del bolsillo sin darme yo cuenta? ¿Y adónde diablos han ido a parar esos objetos?

—Señor arcipreste—empecé a decirle respetuosamente—, se lo explicaré en pocas palabras: todo es habilidad de manos, inteligencia previa o cosa preparada.

—¿Qué tiene que ver la inteligencia con esa desaparición de mi reloj y mi cartera?

—Se lo explico en dos palabras: al llegar a su casa, estaba usted dando una limosna a una necesitada y dejó la cartera sobre un reclinatorio. Al pasar luego de una habitación a otra, depositó el reloj sobre la mesita. Y yo escondí ambas cosas, y mientras usted pensaba que llevaba consigo tales objetos, resulta que estaban bajo esta pantalla.

Y diciendo esto, levanté la pantalla y aparecieron los dos objetos que, según él, el demonio ya había llevado a otra parte.

Rióse mucho el buen canónigo; me pidió que le hiciera algunos otros juegos de destreza, y, cuando supo el modo cómo se hacían aparecer y desaparecer los objetos, quedó muy satisfecho, me hizo un regalo y concluyó:

—Ve y di a tus amigos que la ignorancia es el pasmo de los ingenuos.

Durante el curso 1834-35, el vicario de Castelnuovo había colocado a Juan a pensión, por ocho liras mensuales, con los esposos Cumino, que vivían a poca distancia de la iglesia de San Antonio. El amo, sastre, le puso a dormir en una cochera suya, con la obligación de trabajar algo en la viña y cuidarse de un jumento. Don Cafasso, que también estuvo allí cuatro años, alcanzó para Juan mejores condiciones algunos meses después.

[23] 12. LA CARRERA. EL SALTO. LA VARITA MÁGICA. EN LA PUNTA DEL ÁRBOL.

Demostrado que en mis habilidades no había nada de magia, de nuevo me entregué a reunir a mis compañeros y a divertirles como antes. Sucedió por entonces que algunos levantaban hasta las nubes a cierto saltimbanqui que había dado un espectáculo público de carrera a pie, recorriendo la ciudad de Chieri de una punta a otra en dos minutos y medio, casi el mismo tiempo que emplea un tren a gran velocidad. Sin medir las consecuencias de mis palabras, dije que yo me desafiaba con el charlatán. Un compañero imprudente fue a contárselo a él, y héteme metido en un desafío: *¡Un estudiante desafía a un corredor de profesión!*

El lugar escogido fue la alameda de la Puerta de Turín. La apuesta era de 20 francos. Como yo no tenía tal cantidad, varios amigos que pertenecían a la *Sociedad de la Alegría* me ayudaron. Asistía una enorme multitud. Comenzó la carrera, y mi rival me cogió algunos pasos de ventaja. Pero en seguida gané terreno y le dejé tan atrás, que se paró a la mitad de la carrera, dándome por ganada la partida.

—Te desafío a saltar—dijo—; pero hemos de apostar cuarenta francos, o más, si quieres.

Aceptamos el desafío, y como le tocase a él la elección del lugar, fijó el salto: consistía en saltar un canal hasta el muro de contención. Saltó él primero, y llegó a poner los pies junto al muro justamente. De esta manera, al no poder saltar más allá, yo podía perder, pero no ganar. Mas el ingenio vino en mi ayuda. Di el mismo salto, pero apoyé las manos sobre el parapeto o muro y caí de la otra parte. Me dieron un gran aplauso.

—Te desafío otra vez. Escoge el juego de destreza que prefieras.

Acepté y elegí el de la varita mágica, apostando 80 francos. Tomé, pues, una varita, puse un sombrero en su extremo y apoyé la otra extremidad en la palma de la mano. Después, sin tocarla con la otra, la hice saltar hasta la punta del dedo meñique, del anular, del medio, del índice, del pulgar; la pasé por la muñeca, por el codo, sobre los hombros, a la barbilla, a los labios, a la nariz, a la frente; luego, deshaciendo el camino, volvió otra vez a la palma de la mano.

—No creas que voy a perder—dijo el rival—; éste es mi juego.

Tomó la misma varita, y con maravillosa destreza la hizo caminar hasta los labios, en donde chocó con la nariz, un poco larga, y, al perder el equilibrio, no tuvo más remedio que cogerla con la mano, porque se le caía al suelo.

El infeliz, viendo que le volaba su dinero, exclamó casi furioso:

—Paso por todo, menos por que me gane un estudiante. Pongo los cien francos que tengo. Los ganará aquel de los dos que coloque sus pies más cerca de la punta de aquel árbol.

Señalaba un olmo que había junto a la alameda. Aceptamos también esta vez. En cierto modo hasta nos hubiese gustado que ganase, pues nos daba lástima y no queríamos arruinarlo. Sube primero él, olmo arriba; llega con los pies a tal altura, que a poco más que hubiera subido se hubiese doblado el árbol, cayendo a tierra el que intentase encaramarse más arriba. Todos convenían en que no era posible subir más alto. Lo intenté. Subí cuanto fue posible sin doblar el árbol; después, agarrándome en el árbol a dos manos, levanté el cuerpo y puse los pies un metro más arriba que mi contrincante.

¿Quién podrá nunca expresar los aplausos de la multitud, la alegría de mis compañeros, la rabia del saltimbanqui y mi orgullo por haber resultado vencedor, no de unos condiscípulos, sino de un campeón de charlatanes? En medio de su gran desolación, quisimos proporcionarle un consuelo. Compadecidos de la desgracia de aquel infeliz, le dijimos que nosotros le devolvíamos su dinero si aceptaba una condición: pagarnos una comida en la fonda de Muletto. Aceptó agradecido. Fuimos en número de veintidós: ¡tantos eran mis partidarios! La comida costó 25 francos, y 215 fueron los que le devolvimos.

Fue aquel un jueves de gran alegría. Y yo me cubrí de gloria por haber ganado en destreza a todo un profesional. Los compañeros, contentísimos, porque se divirtieron a más no poder con el espectáculo y el banquete final. También debió de quedar contento el charlatán, que volvió a ver en sus manos casi todo su dinero y gozó también de la comida. Al despedirse, dio las gracias a todos diciendo:

—Devolviéndome el dinero me evitáis la ruina. Os lo agradezco de corazón. Guardaré de vosotros grata memoria. Pero en la vida me volveré a desafiar con un estudiante.

La gran destreza que debió de alcanzar don Bosco, en sus años mozos en el manejo de la varita mágica puede deducirse de que a sus setenta años, en 1885, muy acabado de salud, repitió la proeza de un modo impecable con un bastoncito (cf. MB 1,315). La cantidad de francos que da don Bosco es del todo segura.

En efecto: el secretario, en la copia puso 45, leyendo mal el 25 del original. Y don Bosco, al revisar la copia, volvió a poner 25. Corrigió también el 195 que había calculado el secretario por el 215 inicial. Por lo tanto, los 240 francos totales ganados al saltimbanqui eran bien ciertos.

El volumen de las apuestas no era despreciable. Recuérdense las mensualidades que le tocaba pagar como pensión. Estos 240 francos o liras de entonces, hoy, en 1977, equivaldrían a unas 40.000 pesetas.

[24] 13. ESTUDIO DE LOS CLÁSICOS.

Al verme pasar el tiempo tan disipado, diréis que necesariamente debía de descuidar los estudios. No os oculto que habría podido estudiar más, pero recordad que con atender en clase tenía suficiente para aprender lo necesario. Tanto más cuanto que entonces yo no distinguía entre leer y estudiar, y podía repetir fácilmente el argumento de un libro leído o expuesto por otro. Además, como mi madre me había acostumbrado a dormir más bien poco, podía emplear dos tercios de la noche en leer libros a mi placer y dedicar casi todo el día a trabajos de mi libre elección, como dar repasos o lecciones particulares, cosas que, aunque me prestaba a hacerlas por caridad o por amistad, no pocos me las pagaban.

Había por aquel tiempo en Chieri un librero judío de nombre Elías, con quien me relacioné asociándome a la lectura de los clásicos italianos. Pagaba un sueldo por cada volumen, que devolvía después de leído. Leía en un día un volumen de la Biblioteca Popular. El año último de básica lo empleé en la lectura de los autores italianos; en el de retórica, me di a estudiar los clásicos latinos, y comencé a leer a Cornelio Nepote, Cicerón, Salustio, Quinto Curcio, Tito Livio, Cornelio Tácito, Ovidio, Virgilio, Horacio y otros. Yo leía aquellos libros por diversión y me gustaban como si los entendiese totalmente. Sólo más tarde me di cuenta de que no era cierto, puesto que, ordenado sacerdote, habiéndome puesto a explicar a otros aquellas celebridades clásicas, entendí que sólo después de mucho estudio y gran preparación se alcanza el sentido justo y su calidad literaria.

Pero los deberes escolares, las ocupaciones de los repasos, el mucho leer, requerían el día y una gran parte de la noche. Varias veces me sucedió que me cogía la hora de levantarme con las *Décadas,* de Tito Livio, entre las manos, cuya lectura había empezado la noche anterior. Esto arruinó de tal forma mi salud, que durante varios años mi vida parecía estar al borde de la tumba. Por eso siempre aconsejaré hacer lo que pueda,

y no más. La noche se hizo para descansar, y, fuera del caso de necesidad, nadie debe dedicarse a estudios después de cenar. Un hombre robusto resistirá durante algún tiempo, pero acabará por dañar más o menos su salud.

La Biblioteca Popular era una colección de obras clásicas italianas, griegas y latinas traducidas. La editaba José Pomba, de Turín. Los volúmenes, de bolsillo, con cubiertas en rojo claro, eran siempre de 160 páginas. La impresión, apretada pero clara, en cuerpo tipográfico del 7.

Por lo que toca al dominio del latín por parte del santo, recordaremos esta anécdota. En 1882, el cardenal Nina, secretario de Estado, al alabar a don Bosco por un escrito latino presentado a la Santa Sede, le preguntó si había cursado estudios literarios. Respondió que había leído todos los clásicos latinos con los mejores comentarios, y empezó a citar nombres de autores y títulos de obras, hasta que el prelado le interrumpió diciendo que lo haría saber al papa, ya que León XIII, poco antes, habiendo leído aquel latín y pareciéndole elegante, juzgó imposible que fuese de don Bosco, a quien creía ajeno a los estudios clásicos (MB 15,430).

[25] 14. Preparación para la elección de estado.

Mientras tanto, se acercaba el final del curso de retórica, época en que los estudiantes acostumbran a decidir su vocación. El sueño de Murialdo estaba siempre fijo en mi mente; es más, se me había repetido otras veces de un modo bastante más claro, por lo cual, si quería prestarle fe, debía elegir el estado eclesiástico, hacia el que sentía, en efecto, inclinación; pero la poca fe que daba a los sueños, mi estilo de vida, ciertos hábitos de mi corazón y la falta absoluta de las virtudes necesarias para este estado, hacían dudosa y bastante difícil tal deliberación.

¡Oh, si entonces hubiese tenido un guía que se hubiese ocupado de mi porvenir! Hubiera sido para mí un gran tesoro; pero este tesoro me faltó. Tenía un buen confesor, que pensaba en hacerme un buen cristiano, pero que en cosas de vocación no quiso inmiscuirse nunca.

Aconsejándome conmigo mismo, después de haber leído algún buen libro, decidí entrar en la orden franciscana. «Si me hago sacerdote secular, pensaba para mí, mi vocación corre riesgo de naufragio. Abrazaré el estado eclesiástico, renunciaré al mundo, entraré en el claustro, *me daré al estudio, a la meditación, y así, en la soledad, podré combatir las pasiones, especialmente la soberbia, que ha echado hondas raíces en mi corazón*». Hice, pues, la demanda a los conventuales reforma-

dos, sufrí el correspondiente examen, me aceptaron, y todo quedó a punto para entrar en el convento de la Paz, en Chieri.

Pocos días antes del fijado para mi entrada, tuve un sueño bastante extraño. Me pareció ver una multitud de aquellos religiosos con los hábitos rotos, corriendo en sentido contrario los unos de los otros. Uno de ellos vino a decirme: «Tú buscas la paz, y aquí no vas a encontrarla. Observa la actitud de tus hermanos. *Dios te prepara otro lugar: otra mies*».

Quería hacer alguna pregunta a aquel religioso, pero un rumor me despertó, y ya no oí nada más. Expuse todo a mi confesor, el cual no quiso oír hablar ni de sueños ni de frailes.

—En este asunto—respondióme—preciso es que cada uno siga sus inclinaciones y no los consejos de los otros.

Sucedió entre tanto algo que me impidió efectuar aquel mi proyecto. Como los obstáculos eran muchos y duraderos, resolví exponer la cosa al amigo Comollo. El me aconsejó hiciera una novena, durante la cual escribiría a su tío, párroco arcipreste. El último día de la novena, en compañía de mi inolvidable amigo, confesé y comulgué. Oí después una misa y ayudé otra en el altar de Nuestra Señora de las Gracias, en la catedral. De vuelta a casa encontramos una carta de don Comollo, concebida en estos términos: «Considerado atentamente todo lo expuesto, aconsejaría a tu compañero no entrar en un convento; tome la sotana y, mientras sigue los estudios, conocerá mejor lo que Dios quiere de él. No tema perder la vocación, ya que con el recogimiento y las prácticas de piedad superará todos los obstáculos».

Seguí aquel consejo y me apliqué seriamente a cuanto pudiera ayudarme para vestir la sotana. Después del examen de retórica, sufrí el de la toma de hábito clerical en Chieri, precisamente en las actuales habitaciones de la casa de Carlos Bertinetti, que al morir nos dejó en herencia, y que tenía alquiladas el arcipreste canónigo Burzio: aquel año los exámenes no fueron en Turín, según costumbre, a causa del cólera que amenazaba a nuestros pueblos.

Quiero hacer notar aquí una cosa que da a conocer claramente hasta qué punto se cultivaba el espíritu de piedad en el colegio de Chieri. Durante los cuatro años en que frecuenté aquellas escuelas, no recuerdo haber oído una conversación o una sola palabra contra las buenas costumbres o contra la religión. Terminado el curso de retórica, de los veinticinco alumnos que componían la clase, veintiuno abrazaron el estado eclesiástico, tres se hicieron médicos y uno comerciante.

Vuelto a casa para pasar las vacaciones, *dejé de hacer el*

charlatán y me di a las buenas lecturas, que, para vergüenza mía lo digo, había descuidado hasta entonces. *Seguí ocupándome de los niños, entreteniéndoles con historietas, agradables recreos y cantos religiosos;* es más, observando que muchos eran ya mayorcitos, pero muy ignorantes de las verdades de la fe, me apresuré a enseñarles, en primer lugar, las oraciones de cada día y otras cosas importantes en aquella edad. *Era aquello una especie de oratorio al que acudían unos cincuenta muchachos, que me obedecían y me querían como a un padre.*

Hizo la solicitud para entrar en el convento franciscano en marzo de 1834. Sufrió el examen de vocación en Turín, en el convento de Santa María de los Angeles, el 18 de abril, y fue aceptado el 28 del mismo mes, según resulta del registro de los postulantes, en donde consta que estaba adornado de todos los requisitos necesarios y que fue admitido por unanimidad.

Recogemos aquí (MB 1,296) las palabras de Mamá Margarita a su hijo, cuando fue informada por el párroco de Castelnuovo don Dassano de los proyectos que él acariciaba:

«Te aconsejo muy mucho que examines el paso que vas a dar y que, después, sigas tu vocación sin preocuparte en absoluto de nadie. Pon por delante de todo la salvación de tu alma. El párroco me pedía que te disuadiese de esta decisión, teniendo en cuenta la necesidad que de ti pudiera tener yo en el porvenir. Pero yo te digo: En asunto así no entro, porque está Dios por encima de todo. No tienes por qué preocuparte de mí. Nada quiero de ti, nada espero de ti. Tenlo siempre presente: Nací pobre, he vivido pobre y quiero morir pobre. Más aún, te lo aseguro: si te decidieras por el clero secular y, por desgracia, llegaras a ser rico, ni una vez pondría los pies en tu casa. No lo olvides».

Don Bosco, a sus setenta años, conservaba intacta en su memoria la impresión profunda que le produjo su madre al decir estas palabras, y aún resonaba en sus oídos el tono enérgico de su voz. Estos recuerdos le conmovían hasta las lágrimas.

«Juan —escribe Lemoyne— fue a despedirse de los superiores del colegio [equivalente a un instituto nacional de hoy]. El doctor teólogo Bosco y otros conspicuos personajes nos contaron que fue algo maravilloso ver cómo Juan había sabido ganarse no sólo el corazón de sus compañeros, sino también el del prefecto de estudios, el del director espiritual y el de cada uno de los profesores, los cuales le tenían tan grande afecto, que siempre quisieron tenerlo como amigo y confidente. Su profesor de retórica (el ya mencionado homónimo suyo Juan Bosco, doctor en letras y profesor en la Universidad de Turín) quiso, al terminar el curso, que Juan fuese su amigo y le tutease. Baste esto para demostrar el aprecio que dispensaron al pobre campesino de I Becchi. La razón de esto fue su virtud y un algo que sobresalía en todas sus acciones y lo hacía aún más amable. Aunque activo y emprendedor, era lento y reposado en el obrar; rico de ideas y de una gran facilidad para exponerlas oportunamente; era parco de palabras, especialmente con los superiores. Así le conocimos durante muchos años y así era de joven» (MB 1,364s).

Década segunda: 1835-1845

[26] 1. Imposición de la sotana. Plan de vida.

Tomada la resolución de abrazar el estado eclesiástico y sufrido el examen de ingreso, empecé a prepararme para aquel día tan importante, ya que estaba persuadido de que de *la elección de estado depende ordinariamente la eterna salvación o la eterna perdición.*

Encomendé a varios amigos que rezaran por mí. Hice una novena, y el día de San Rafael (25 de octubre de 1835) me acerqué a los santos sacramentos. El teólogo Cinzano, cura y vicario foráneo de mi parroquia, bendijo la sotana y me la impuso antes de la misa mayor.

Cuando me mandó quitarme los vestidos del siglo con aquellas palabras: «Que el Señor te despoje del hombre viejo y de sus actos», dije en mi corazón: *¡Oh cuánta ropa vieja he de quitar! Dios mío, destruid, sí, en mí todas mis malas costumbres.*

Después, cuando añadió, al darme el alzacuello: «Revístate el Señor del nuevo hombre, que Dios creó en justicia y santidad verdadera», me sentí conmovido y añadí en mi corazón: *«Sí, ¡oh Dios mío!, haced que en este momento vista yo un hombre nuevo, es decir, que desde ese momento empiece una vida nueva, todo según vuestro divino querer, y que la justicia y la santidad sean el objeto constante de mis pensamientos, de mis palabras y de mis obras. Así sea. ¡Oh María!, sed mi salvación».*

Terminada la fiesta religiosa, quiso mi buen párroco hacerme un obsequio que resultó completamente profano, pues se empeñó en llevarme a la fiesta de San Rafael arcángel, que se celebraba en Bardella, pequeña aldea de Castelnuovo. El pretendía hacerme un cumplido con aquella fiesta, pero aquello no era para mí. Yo iba a parecer un muñeco disfrazado que se presentaba en público para que lo vieran. A más, tras varias semanas de preparación para el día suspirado, ¿cómo iba a encontrarme a gusto, después en la comida, entre gente de toda condición y sexo allí reunida para reír, bromear, comer, beber y divertirse, gente cuya mayor parte buscaba entretenimientos, bailes y partidas de todo género? ¿Qué trato podía tener aquella gente con uno que por la mañana del mismo día había vestido el hábito de santidad para entregarse del todo al Señor?

Mi párroco se dio cuenta de ello, y a la vuelta a casa me preguntó por qué en un día de alegría general me había mostrado yo tan retraído y pensativo. Respondí, con toda sinceridad, que la función celebrada por la mañana en la iglesia no concordaba ni en género, ni en número, ni en caso con lo de la tarde. «Es más—añadí—, el haber visto sacerdotes haciendo el bufón en medio de los convidados y un tanto alegrillos por el vino, casi ha hecho nacer en mí aversión hacia la vocación. Si supiera que había de ser un sacerdote de ésos, preferiría quitarme esta sotana y vivir como un pobre seglar, pero buen cristiano».

—El mundo es así—me respondió el sacerdote—, y hay que tomarlo como es. Conviene ver el mal para conocerlo y evitarlo. Nadie llegó a ser guerrero valeroso sin aprender el manejo de las armas. Así hemos de hacer nosotros, los que sostenemos continuo combate contra los enemigos de las almas.

Callé entonces, pero dije dentro de mi corazón:

—*No iré nunca a comidas de fiestas, a no ser que me vea obligado por funciones religiosas.*

[27] Después de aquella jornada debía ocuparme de mí mismo. La vida llevada hasta entonces había que reformarla radicalmente. No es que hubiese sido en los años anteriores propiamente malo, pero sí disipado, vanidoso y muy metido en partidas, juegos, pasatiempos y cosas semejantes, que por el momento alegran, pero que no llenan el corazón.

Para trazarme un tenor de vida estable y no olvidarlo, escribí los siguientes propósitos:

1) En lo venidero nunca tomaré parte en espectáculos públicos, en ferias y mercados, ni iré a ver bailes y teatros; y, en cuanto me sea posible, no iré a las comidas que se suelen dar en tales ocasiones.

2) No haré más juegos de manos, ni de destreza, ni de cuerda, ni actuaré de saltimbanqui ni de prestidigitador; no tocaré más el violín ni iré más de caza. Considero todas estas cosas contrarias a la gravedad y espíritu eclesiásticos.

3) Amaré y practicaré el retiro y la templanza en el comer y beber, y no tomaré más descanso que las horas estrictamente necesarias para la salud.

4) Así como en el pasado serví al mundo con lecturas profanas, así en lo porvenir procuraré servir a Dios dándome a lecturas de libros religiosos.

5) Combatiré con todas mis fuerzas toda lectura, todo pensamiento, toda conversación, toda palabra y obra, y todo

cuanto pueda ir contra la virtud de la castidad. Por el contrario, practicaré cuanto pueda contribuir a conservar esta virtud, por insignificante que sea.

6) Además de las prácticas ordinarias de piedad, no dejaré de hacer todos los días un poco de meditación y un poco de lectura espiritual.

7) Contaré cada día algún ejemplo o máxima edificante en bien del prójimo. Esto lo haré con los compañeros, con los amigos, con los parientes y, cuando no tenga con quien, con mi madre.

Estos son los propósitos de cuando tomé la sotana; y, a fin de que se me quedaran bien impresos, fui ante una imagen de la Stma. Virgen, los leí y, después de orar, prometí formalmente a la celestial Bienhechora guardarlos aun a costa de cualquier sacrificio.

Este reglamento de aprendizaje clerical ponía el sello a la preparación recogida y fervorosa y a los piadosos sentimientos con que había acompañado la ceremonia de la vestición de sotana. Es el programa de una vida, como muy bien dice el docto salesiano don Sixto Colombo, «llena de Dios, vivida en la más íntima conversación con él, enteramente disciplinada en las obras y pensamientos, angelicalmente pura».

[28] 2. Hacia el seminario.

El día 30 de octubre de 1835 debía estar en el seminario. El escaso equipo de ropa estaba preparado. Todos mis parientes se mostraban contentos, y yo más que ellos. Sólo a mi madre se la veía pensativa, y no me perdía de vista como si tuviese que decirme alguna cosa. La víspera de la partida por la tarde me llamó y me dijo estas memorables palabras:

—Querido Juan, ya has vestido la sotana de sacerdote. Como madre experimento un gran consuelo en tener un hijo seminarista. Pero acuérdate de que no es el hábito lo que honra a tu estado, sino la práctica de la virtud. Si alguna vez llegases a dudar de tu vocación, ¡por amor de Dios!, no deshonres ese hábito. Quítatelo en seguida. Prefiero tener un pobre campesino a un hijo sacerdote descuidado en sus deberes. Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen; cuando comenzaste los estudios, te recomendé la devoción a esta nuestra madre; ahora te digo *que seas todo suyo; ama a los compañeros devotos de María;* y, si llegas a sacerdote, recomienda y propaga siempre la devoción a María.

Al terminar estas palabras, mi madre estaba conmovida, y yo lloraba.

—Madre—respondí—, le agradezco todo lo que usted ha hecho y dicho por mí; sus palabras no caen en el vacío, y serán todo un tesoro a lo largo de mi vida.

Por la mañana temprano fui a Chieri, y por la tarde del mismo día entré en el seminario.

Después de saludar a los superiores y de arreglarme la cama, me puse a pasear con el amigo Garigliano por dormitorios y corredores, y al fin bajamos al patio. Alzando los ojos hacia un reloj de sol, leí esta inscripción: *Afflictis lentae, celeres gaudentibus horae* [Las horas pasan lentas para los desgraciados, y volando para los que son felices].

—Esto es—dije a mi amigo—: he aquí nuestro programa; hemos de estar siempre alegres, y pasará el tiempo de prisa.

Al día siguiente comenzó un retiro de tres días y procuré hacerlo lo mejor posible. Hacia el final, me presenté al profesor de filosofía, que era el teólogo Ternavasio de Bra, y le pedí alguna norma de vida para cumplir con mis deberes y ganarme la benevolencia de mis superiores.

—*Una sola cosa*—me respondió el digno sacerdote—: *el exacto cumplimiento del deber*.

Tomé este consejo como base y me entregué con toda el alma a la observancia del reglamento del seminario. En cuanto a puntualidad no hacía diferencia ninguna, tanto nos llamase la campana al estudio como a la iglesia, al recreo como al comedor o al dormitorio. Esta exactitud me ganó el aprecio de los compañeros y de los superiores de tal manera, que los seis años de seminario [1835-41] constituyeron para mí un período muy feliz de mi vida.

Al partir hacia el seminario, párroco y feligreses le ayudaron generosamente, quienes de una, quienes de otra manera, con prendas diversas. En cuanto a la pensión, el teólogo Guala, de quien pronto se hablará, movido por el vicario de Castelnuovo don Cinzano, a sugerencia de don Cafasso, hizo valer su gran influencia sobre el arzobispo Fransoni para obtener que entrase gratuitamente en el seminario, al menos el primer año.

[29] 3. La vida en el seminario.

Los días de seminario son poco más o menos siempre lo mismo, por lo que describiré las cosas en general, especificando solamente algunos hechos particulares. Empezaré por los superiores.

Yo quería mucho a mis superiores, y ellos fueron siempre muy buenos conmigo; pero mi corazón no estaba satisfecho. Era costumbre visitar al rector [don Sebastián Mottura] y a los otros superiores al volver de vacaciones y al marchar a ellas. Nadie iba a hablar más con ellos, como no les llamasen para darles alguna reprimenda. Uno de los superiores, por turno, vigilaba durante la semana en el refectorio y en los paseos, y nada más. ¡Cuántas veces hubiera querido hablarles, pedirles consejo o aclaración de dudas, y no podía hacerlo!; es más, si algún superior pasaba entre los seminaristas, todos, sin saber el porqué, huían precipitadamente de él como de un perro sarnoso. Esto avivaba en mi corazón los deseos de ser cuanto antes *sacerdote para meterme en medio de los jóvenes, estar con ellos y ayudarles en todo.*

En cuanto a los compañeros, me atuve al consejo de mi querida madre, es decir, que me junté con los devotos de María y amantes del estudio y de la piedad. Debo decir, para guía de quien entra en un seminario, que allí hay muchos clérigos de virtud sin tacha, pero que también los hay peligrosos. No pocos jóvenes, sin preocuparse de su vocación, van al seminario sin poseer el espíritu y la voluntad del buen seminarista. Es más; recuerdo haber oído a algunos compañeros conversaciones realmente malas. Y una vez, al registrar a algunos alumnos, les encontraron libros impíos y obscenos de todo género. Es cierto que semejantes compañeros, o dejaban espontáneamente la sotana, o eran despedidos del seminario tan pronto como se les descubría. Pero entre tanto constituían la peste para los buenos y para los malos.

Para evitar el peligro de tales compañeros, elegí a algunos que eran públicamente conocidos como modelos de virtud. Estos eran Guillermo Garigliano, Juan Giacomelli, de Avigliana, y, más tarde, Luis Comollo. Estos tres compañeros fueron para mí un verdadero tesoro.

Las prácticas de piedad se cumplían verdaderamente bien. Todas las mañanas teníamos misa, meditación y la tercera parte del rosario; durante la comida, lectura edificante. Por entonces se leía la *Historia eclesiástica,* de Bercastel; la confesión era obligatoria cada quince días, pero quien lo deseara podía hacerla cada sábado. En cambio, la santa comunión sólo se podía recibir los domingos o en especiales solemnidades. Algunas veces se la recibía durante la semana, mas para ello había que buscar un subterfugio: había que elegir la hora del desayuno e irse, medio a escondidas, a la contigua iglesia de San Felipe, comulgar y volver a juntarse con los compañeros en el momen-

to en que entraban en el estudio o en la clase. Esta infracción del horario estaba prohibida, pero los superiores consentían tácitamente, ya que lo sabían y, a veces, lo veían y no decían nada. De este modo pude frecuentar bastantes veces la *comunión, de la que puedo decir que fue el alimento principal de mi vocación.* Ya se ha remediado este defecto en la vida de piedad desde que, por disposición del arzobispo Gastaldi, se ordenaron las cosas de forma que cada mañana se pudieran acercar a la comunión cuantos quisiesen hacerlo.

[30] DIVERSIONES Y RECREOS.

El pasatiempo más común durante el tiempo libre era el conocido juego del marro; al principio tomé parte en él con mucho gusto, pero como este juego se aproximaba mucho al de los saltimbanquis, a los que había renunciado totalmente, quise renunciar también a éste. En ciertos días había permiso para jugar a la baraja, y también tomé parte durante algún tiempo. Pero aquí tropezaba igualmente con la mezcla de lo dulce y lo amargo. Aunque no era un gran jugador, sin embargo, tenía tal suerte, que ganaba casi siempre. Al acabar las partidas tenía las manos llenas de dinero, pero, al ver a mis compañeros tristes por lo que habían perdido, yo me ponía más triste que ellos. Añádase que prestaba tal atención al juego, que después no me era posible ni rezar ni estudiar, pues siempre tenía la imaginación ocupada por el rey de copas, la sota de espadas y el as de oros o de bastos. Tomé, pues, la determinación de no participar en este juego, lo que ya había hecho con algunos otros. Esto lo hice hacia la mitad del segundo año de filosofía, en 1836.

Cuando la recreación era más larga que de ordinario, se amenizaba con algún paseo que los seminaristas daban por los pintorescos lugares que circundan la ciudad de Chieri. Aquellos paseos eran también ventajosos para el estudio, pues todos procuraban ejercitarse en temas escolares, bien preguntando al compañero, bien respondiendo a preguntas. Fuera del tiempo de paseo propiamente dicho, todos podían distraerse departiendo con los amigos en el seminario, o discurriendo sobre temas interesantes o sobre cuestiones de estudios o de piedad.

Durante las horas de recreo, en casa, a veces nos reuníamos en el refectorio para hacer lo que llamábamos círculo de estudios. Allí uno preguntaba sobre lo que no sabía o lo que no había entendido en la explicación o en el texto; me gusta-

ba mucho, y me era muy últil para el estudio, para la piedad y para la salud. Llamaba la atención por el modo de preguntar Comollo, que entró en el seminario un año después de mí. Un tal Domingo Peretti, actualmente párroco de Buttigliera [Buttigliera Alta, de 1850 a 1893], tenía mucha facilidad y respondía siempre. Garigliano era un excelente oyente: sólo hacía algunas reflexiones. *Yo era el presidente y juez inapelable.* Como en nuestras charlas salían ciertas cuestiones a las que ninguno de nosotros sabíamos responder, nos dividíamos las dificultades. Al cabo de un tiempo determinado debía aportar cada cual la solución de la dificultad de que se había hecho cargo.

Mi recreo era frecuentemente interrumpido por Comollo. Me cogía de la sotana y, diciéndome que le acompañase, me conducía a la capilla para hacer la visita al Stmo. Sacramento, por los agonizantes, o a rezar el rosario o el oficio de la Virgen en sufragio de las almas del purgatorio. *Este maravilloso compañero fue para mí una bendición.* Sabía avisarme en su tiempo oportuno. Me corregía y consolaba; pero con tal tacto y tanta caridad, que hasta me consideraba feliz en darle motivos para que lo hiciese, pues era todo un placer ser corregido por él. Trataba con él familiarmente, e instintivamente me sentía inclinado a imitarlo y, aunque a mil leguas de él en la virtud, ciertamente le debo el no haber sido arrastrado por los disipados y la perseverancia en mi vocación.

En una sola cosa ni siquiera intenté imitarle. En la mortificación. No acababa de comprender que un joven de diecinueve años tuviese que ayunar rigurosamente durante toda la cuaresma y otros tiempos mandados por la Iglesia; y ayunar todos los sábados en honor de la Stma. Virgen, renunciar a menudo al desayuno de la mañana, comer a veces a pan y agua y soportar cualquier desprecio e injuria, sin dar la más mínima señal de resentimiento. Todo esto me desconcertaba. Pero, al verle cumplir tan exactamente los deberes de estudio y piedad, no podía menos de reconocer en aquel compañero un ideal de amistad, una invitación al bien, un modelo de virtud para quien ha de vivir en un seminario.

El sacerdote Juan Giacomelli fue siempre muy querido por don Bosco y su confesor desde 1873, después de la muerte del teólogo Golzio, que sucedió en este ministerio a San José Cafasso, fallecido en 1860. Giacomelli sería uno de los testigos del proceso informativo.

[31] 4. LAS VACACIONES.

Las vacaciones suelen ser un gran peligro para los seminaristas, tanto más en aquel tiempo, en que duraban cuatro meses y medio. Yo empleaba el tiempo en leer y escribir, pero como no sabía aún sacarle partido, perdía mucho sin fruto. Buscaba el modo de entretenerme con algún trabajo manual. Hacía husos, clavijas, trompos, bochas o bolas al torno; cosía sotanas, cortaba o cosía zapatos; trabajaba el hierro, la madera. Aún existe en mi casa de Murialdo un escritorio y una mesa con algunas sillas que recuerdan las obras maestras de aquellas mis vacaciones. Me ocupaba también en segar hierba en el prado, en recoger trigo en el campo, en deshijar y desnietar las vides, vendimiar, sacar el vino y cosas semejantes. Me ocupaba también de mis jóvenes de siempre, pero esto no lo podía hacer más que en los días festivos. *Experimenté una gran satisfacción enseñando el catecismo a muchos amigos míos que tenían ya sus dieciséis o diecisiete años, y estaban en ayunas de las verdades de la fe. Igualmente me puse a enseñar*, y con buen resultado, a leer y a escribir, ya que el deseo, más diré, la fiebre de aprender, me traía jovencitos de todas las edades. Las clases eran gratuitas, pero les exigía asiduidad, atención y la confesión mensual. Al principio hubo algunos que, por no someterse a estas condiciones, dejaron la clase. Esto sirvió de escarmiento y animó a los otros.

También comencé a predicar, con el permiso y la supervisión de mi párroco. Prediqué sobre el rosario en el pueblo de Alfiano, en las vacaciones que siguieron al segundo año de filosofía. Sobre San Bartolomé apóstol, después del primero de teología, en Castelnuovo de Asti; sobre la Natividad de María, en Capriglio. Desconozco cuál fuese el fruto. Pero en todas partes se me alababa; así que la vanagloria me fue ganando hasta que sufrí el siguiente desengaño: un día, después de haber pronunciado el sermón sobre el nacimiento de María, pregunté a uno que parecía de los más inteligentes acerca del sermón que tanto elogiaba, y me respondió:

—Su sermón fue sobre las pobrecitas ánimas del purgatorio.

¡Y yo había predicado las glorias de María!

En Alfiano quise saber el parecer del párroco, persona de mucha piedad y doctrina, don José Pelato, y le rogué me dijera su parecer sobre el sermón.

—Su sermón—me respondió—fue realmente bonito, orde-

nado, expuesto en buen lenguaje, con pensamientos de la Escritura; si sigue así, puede tener éxito en la predicación.

—¿Habrá comprendido el pueblo?

—Poco. Mi hermano sacerdote, yo y poquísimos más.

—¿Cómo es posible que no se entiendan cosas tan sencillas?

—A usted le parecen fáciles, pero para el pueblo son bastante difíciles. Desgranar la historia sagrada, volar con razonamientos sobre el tejido de hechos de la historia eclesiástica, son cosas que el pueblo no entiende.

—Entonces, ¿qué me aconseja hacer?

—Abandonar el lenguaje y el desarrollo del tema según los clásicos, hablar en dialecto donde se pueda, o aun en lengua italiana, pero popularmente, popularmente, popularmente. Y más que a doctos razonamientos, *aténgase a los ejemplos, a las semejanzas, a los apólogos sencillos y prácticos. Recuerde siempre que el pueblo entiende poco* y que nunca se le explican bastante las verdades de la fe.

Ese paternal consejo me sirvió de norma toda mi vida. Aún conservo, para vergüenza mía, aquellos discursos, en los que al presente no descubro más que vanagloria y afectación. Dios *misericordioso dispuso que recibiera aquella lección; lección provechosa para los sermones, el catecismo, las instrucciones y para escribir, a lo que ya entonces me dedicaba.*

Don Boscó aprovechó la lección de sencillez en la oratoria. En efecto. Tenemos un sermón suyo sobre la Asunción y otro sobre la Natividad de María, escritos en piamontés (hasta fines del siglo pasado se predicaba mucho en piamontés; los mismos obispos usaban a veces el dialecto). Tenemos también dos panegíricos del Rosario y de la Natividad de María que verdaderamente están bien hechos y que tal vez sean los aquí mencionados: lenguaje escogido, períodos largos y bien montados, grave elegancia, sin retórica. Revelan grandes aptitudes literarias, no cultivadas después.

Don Caviglia (*Don Bosco. Semblanza histórica* p.77,79) enjuicia así a don Bosco escritor: «Escribe sencillo y claro, con orden y reposadamente, con objetividad; quiere decir siempre algo y hacerse entender [...]. Para conseguir su objetivo de divulgación popular y juvenil, escogió y cultivó la búsqueda de lo sencillo y la preocupación por una comunicación familiar y popular; o sea, por la máxima sencillez en todo tema dirigido al pueblo y a los jovencitos: un carácter popular en el mejor sentido, y también en el más completo, de la palabra».

[32] 5. Un banquete. El violín. La caza.

Cuando hace poco decía que las vacaciones son peligrosas, me refería precisamente a mí. A un pobre clérigo le sucede a menudo encontrarse, sin darse cuenta, en graves peligros. Soy testigo de ello.

Un año fui invitado a una comida de fiestas en casa de unos parientes. No quería ir, pero como se adujera que allí no había ningún clérigo para ayudar en la iglesia y un tío mío insistiera, creí conveniente condescender, y fui. Terminadas las funciones sagradas, en las que tomé parte ayudando y cantando, fuimos a comer. La primera parte de la comida transcurrió sin el menor incidente; pero cuando el vino empezó a hacer sus efectos, comenzaron a emplear ciertos vocablos que un clérigo no podía tolerar. Intenté hacer alguna observación, pero mi voz quedó ahogada. No sabiendo qué partido tomar, opté por ausentarme; me levanté de la mesa y tomé el sombrero para irme; pero mi tío se opuso. Otro empezó a hablar peor y a insultar a todos los comensales. De las palabras se pasó a los hechos: alborotos, amenazas, vasos, botellas, platos, cucharas, tenedores y, al fin, los cuchillos, fueron haciendo acto de presencia hasta producir una horrible batahola. En aquel momento yo no tuve otro recurso que poner pies en polvorosa. Llegado a casa, renové de todo corazón el propósito, ya hecho varias veces, de vivir retirado si no quería caer.

Un hecho de otro género, pero también desagradable, me sucedió en Crivelle, vecindario de Buttigliera.

Habiendo de celebrar la fiesta de San Bartolomé, fui invitado por otro tío mío a asistir con el fin de ayudar a las funciones sagradas, cantar y tocar el violín, que había sido para mí un instrumento muy querido, y que ya había abandonado. En la iglesia todo fue muy bien. La comida era en casa de aquel tío mío, prioste de la fiesta, y hasta entonces no había ocurrido nada de particular. Terminada la comida, los comensales me invitaron a ejecutar alguna pieza a título de pasatiempo. Me negué.

—Por lo menos—dijo un músico—acompáñeme usted. Yo tocaré la primera voz y usted haga la segunda.

¡Desgraciado de mí! No supe rehusar y me puse a tocar. Toqué un buen rato, hasta que oí un cuchicheo y ritmo de pies que indicaba gente en movimiento. Me acerqué a la ventana y contemplé un buen grupo de personas en el patio bai-

lando alegremente al son de mi violín. Imposible expresar con palabras el enfado que me invadió en aquel momento.

—¿Cómo?—dije a los comensales—; yo, que grito siempre contra estos espectáculos, ¿tengo que convertirme en su promotor? Esto no se volverá a repetir.

Entregué el violín. Fui a mi casa e hice mil pedazos el mío. Y no me serví más de este instrumento aun cuando se presentaron ocasiones y conveniencias en las funciones sagradas.

Un episodio más que me sucedió yendo de caza.

Cogía nidos durante el verano, y en otoño cazaba con liga, con la trampa, la lazada y a veces con la escopeta. Una mañana me puse a perseguir una liebre y, corriendo de campo en campo, de viña en viña, atravesé valles y colinas durante varias horas; llegué, finalmente, a tiro del animal; de un disparo le deshice las costillas, tanto que el pobre animalito cayó, dejándome abatido el verlo muerto. A la descarga acudieron mis compañeros, y mientras ellos se alegraban por la pieza cobrada, eché una mirada sobre mí mismo y advertí que estaba en mangas de camisa, sin sotana y con un sombrero de paja, por lo que parecía un contrabandista; y esto en un lugar a más de cinco kilómetros de mi casa. Quedé mortificadísimo, me excusé ante los compañeros del escándalo dado por aquella forma de vestir, volví en seguida a casa, y renuncié de nuevo y definitivamente a toda suerte de cacerías. Esta vez mantuve la palabra, con la ayuda de Dios. Que él me perdone aquel escándalo.

Estos tres hechos fueron para mí una terrible lección, y desde entonces me entregué con mejores propósitos a la vida recogida y quedé persuadido del todo de que el que quiera darse plenamente al Señor ha de renunciar completamente a las diversiones mundanas. Es cierto que, a menudo, éstas no son pecaminosas; pero también es cierto que, por las conversaciones que se tienen, por la manera de vestir, de hablar y de comportarse, contienen siempre algún riesgo de ruina para la virtud, especialmente para la delicadísima virtud de la castidad.

[33] Amistad con Luis Comollo.

Mientras Dios conservó en vida a este incomparable compañero, estuvimos siempre muy compenetrados. Durante las vacaciones iba muchas veces yo a verle, y muchas venía también él a verme a mí. Nos escribíamos frecuentemente. Veía en él a un joven santo. Yo le quería por sus raras virtudes; y él a mí porque le ayudaba en los estudios eclesiásticos; y, ade-

más, cuando estaba junto a él me esforzaba por imitarle de algún modo. Durante unas vacaciones vino a pasar un día conmigo, cuando mis parientes andaban de siega por el campo. Me dio a leer un sermón que él había de pronunciar en la próxima fiesta de la Asunción de María. Luego lo recitó acompañando las palabras con el gesto. Después de algunas horas de agradable entretenimiento, nos acordamos de que era hora de comer. Estábamos solos en casa. ¿Qué hacer?

—Nada, resuelto; yo encenderé—dijo Comollo—el fuego. Tú preparas el puchero, y coceremos lo que se presente.

—Muy bien—respondí—; pero vayamos primero a coger un pollo a la era y tendremos carne y caldo. Es ni más ni menos lo que me ha dicho mi madre.

Pronto conseguimos echar la mano a un pollo. Pero después, ¿quién lo mataba? Ninguno de los dos se atrevía. Para llegar a una conclusión convincente, se decidió que Comollo sostuviese el animal por el cuello sobre un tronco de madera, mientras yo se lo cortaba con una hoz despuntada. Descargué el golpe. La cabeza cayó por el suelo. Los dos, espantados, afligidos, nos echamos hacia atrás.

—¡Si seremos exagerados!—dijo repuesto Comollo—; el Señor ha dicho que nos sirvamos de los animales de la tierra para nuestro bien, ¿por qué, pues, tantos remilgos?

Y sin más problemas, recogimos el animal y, desplumado y cocido, nos lo comimos.

Debía ir yo a Cinzano para oír el sermón de Comollo el día de la Asunción. Pero habiéndoseme encargado también a mí hacer el mismo sermón en otra parte, fui al día siguiente. Daba gusto oír las alabanzas que de todas las bocas salían sobre el sermón de Comollo. Aque día (16 de agosto) era la fiesta de San Roque, que suele llamarse de la comida de la *piñata* [olla], o de la cocina, porque los parientes y amigos suelen aprovechar este día para invitarse recíprocamente a comer y divertirse con algún entretenimiento público. Con tal motivo sucedió un episodio que demuestra hasta dónde llegaba mi audacia.

Se esperó al predicador de aquella solemnidad; era ya la hora de subir al púlpito, y no llegaba. Para sacar al párroco de Cinzano de aquel apuro, iba yo de unos a otros, entre los muchos párrocos allí reunidos, rogando e insistiendo para que alguno predicase algo a los innumerables fieles que llenaban la iglesia. Ninguno quería aceptar. Cansados de mis repetidas invitaciones, me respondieron ásperamente:

—Pero, ¿tú qué te has creído? ¿Que improvisar un ser-

món sobre San Roque es como beberse un vaso de vino? En vez de molestar a los otros, ¿por qué no lo haces tú?

Todos aplaudieron aquellas palabras. Mortificado y herido en el amor propio, respondí:

—Yo no me atrevía; pero ya que ustedes no se animan, acepto.

Se cantó en la iglesia un himno sagrado para que pudiera preparar algo; subí al púlpito, e hice un sermón que siempre dijeron que fue el mejor de cuantos pronuncié antes y después.

En aquellas vacaciones, y en una ocasión parecida (1838), salí un día de paseo con mi amigo Comollo hasta una colina desde donde se divisa una vasta extensión de campos, prados y viñedos.

—Mira, Luis—empecé a decirle—, ¡qué mala cosecha la de este año! ¡Pobres campesinos! Tanto trabajo, y para nada.

—Es la mano del Señor—respondió—que pesa sobre nosotros. Créeme; nuestros pecados son la causa.

—Espero que el año próximo el Señor nos dará frutos más abundantes.

—También yo lo espero, sobre todo para los que todavía vivan y puedan gozarlos.

—Calla, y déjate de pensamientos tristes; por este año, paciencia; el que viene habrá mejor vendimia y haremos mejor vino.

—Tú lo beberás.

—¿Es que tú piensas seguir bebiendo tu agua de siempre?

—Yo espero que beberé un vino bastante mejor.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mira, no insistas. El Señor sabe lo que se hace.

—No pregunto esto. Lo que pregunto es qué quieres decir con esas palabras: *Yo espero que beberé un vino bastante mejor.* ¿Quieres acaso irte al paraíso?

—Aunque no estoy del todo seguro de ir al paraíso después de mi muerte, tengo, sin embargo, fundada esperanza, y de un tiempo a esta parte siento un deseo tan vivo de ir a gustar la felicidad de los bienaventurados, que me parece imposible puedan ser muchos los días de mi vida.

Comollo decía esto con el rostro iluminado, gozando aún de óptima salud y mientras se preparaba para volver al seminario.

[34] 6. UN PACTO POCO PRUDENTE.

Lo más memorable de cuanto precedió y acompañó a la preciosa muerte de este querido amigo se escribió aparte, y quien lo desee puede leerlo a su gusto. No quiero omitir, con todo, un suceso que dio mucho que hablar y del que apenas se hace mención en los *Rasgos biográficos* ya publicados. Es el siguiente:

Dada la amistad y la confianza ilimitada existente entre mí y Comollo, acostumbrábamos a hablar de lo que podía ocurrir en cualquier momento de nuestra separación en caso de muerte. Un día, después de haber leído un largo trozo de la vida de los santos, dijimos, medio en broma, medio en serio, que sería un gran consuelo el que aquel de nosotros que muriese primero trajese noticias de su suerte. Habiendo vuelto varias veces sobre este asunto, hicimos este trato: «El primero que muera de nosotros, si Dios se lo permite, dará noticia de su salvación al superviviente».

No advertía yo la importancia de tal promesa, y confieso que hubo mucho de ligereza y, desde luego, a nadie aconsejaré que repita la experiencia. Sin embargo, hicimos la promesa y la repetimos varias veces, especialmente con ocasión de la última enfermedad de Comollo. Es más, sus últimas palabras y su última mirada confirmaron que quedaba en pie el compromiso. No pocos compañeros lo sabían.

El 2 de abril de 1839 moría Comollo; al día siguiente, por la tarde, con toda solemnidad, se le daba sepultura en la iglesia de San Felipe. Los que estaban en el secreto esperaban con ansias a ver si se cumplía lo prometido. Y yo muchísimo más que ellos, pues creía que ello sería de gran consuelo para mí en medio de mi desolación.

Aquella noche estaba yo ya en cama, en un dormitorio de unos veinte seminaristas, extraordinariamente agitado y persuadido de que aquella noche se cumpliría la promesa, cuando hacia las once y media se comenzó a oír un sordo rumor por los corredores. Parecía como si un enorme carretón, arrastrado por muchos caballos, se acercase a las puertas del dormitorio. El ruido se tornaba por momentos más tétrico, a modo de trueno. Espantados los seminaristas, saltaron de sus camas para reunirse todos y animarse mutuamente. Entonces fue cuando, en medio de aquel trueno violento y temeroso, se oyó la voz de Comollo que repitió hasta tres veces:

—¡Bosco, Bosco, Bosco: me he salvado!

Todos oyeron el rumor. Algunos oyeron las voces, mas sin entenderlas. Pero hubo quien las entendió igual que yo; prueba de ello es que durante mucho tiempo se repitieron por el seminario. Fue la primera vez que recuerdo haber tenido miedo; un miedo y espanto tales que caí enfermo de gravedad hasta llegar a las puertas de la muerte.

A nadie le aconsejaría cosa semejante. Dios es omnipotente y misericordioso. Generalmente no escucha pactos de este tipo; pero, en su infinita misericordia, permite que se cumplan en casos como el presente.

Para cuanto se refiere a Comollo, léase la biografía escrita por don Bosco, la primera obra incluida en este volumen.

[35] 7. Premio. Encargado de la sacristía. El teólogo Borel.

En el seminario fui afortunado y gocé siempre del aprecio de mis compañeros y superiores. En los exámenes semestrales se solía dar un premio de sesenta francos en cada curso al que obtuviera las mejores calificaciones por estudio y comportamiento. Dios me bendijo mucho, pues en los seis años que pasé en el seminario siempre me lo dieron a mí. Durante el segundo curso de teología me encargaron de la sacristía, oficio de poca importancia, pero que constituía una preciosa muestra de benevolencia de los superiores, ya que llevaba anejos otros sesenta francos. Así reunía ya la mitad de la pensión, y el caritativo don Cafasso proveía el resto. El sacristán debía cuidar de la limpieza de la iglesia, de la sacristía, del altar, de la lámpara y las velas y de los ornamentos y objetos necesarios para el culto.

Durante este curso tuve la buena suerte de conocer *a uno de los más celosos ministros del santuario*, pues vino a predicar los ejercicios espirituales al seminario. *Entró en la sacristía con rostro alegre y palabras de chanza, pero adornadas de pensamientos morales*. Al observar su preparación y acción de gracias antes y después de la misa, y su porte y fervor al celebrarla, advertí en seguida que se trataba de un digno sacerdote, como en efecto lo era el teólogo Borel, de Turín. Cuando comenzó sus sermones y se admiró la sencillez, la vivacidad, la claridad y el fuego de su caridad, que se traducía en sus palabras, todos iban repitiendo que era un santo.

En efecto, todos lo buscaban para confesarse con él, tratar sobre la vocación y tener algún recuerdo suyo.

También yo quise irle con los asuntos de mi alma.

Como le pidiera algún medio seguro para conservar el espíritu de la vocación durante el curso, y especialmente durante las vacaciones, me dijo estas memorables palabras:

—*Con el recogimiento y la comunión frecuente se perfecciona y se conserva la vocación y se forma un verdadero eclesiástico.*

Los ejercicios espirituales del teólogo Borel hicieron época en el seminario. Varios años después aún se repetían las máximas espirituales que él había formulado en público o en privado.

> Don Juan Borel fue un verdadero y auténtico salesiano, anterior a los de la primera hora. Estas mismas *Memorias* nos ofrecerán nuevas ocasiones de admirarle. Hacemos su presentación con las palabras del que fue muchos años ecónomo general de los salesianos, don Fidel Giraudi (*L'Oratorio di don Bosco* [Turín ²1935] p.65): «A pesar de estar muy ocupado en la institución del Refugio, las cárceles del Estado y muchos otros lugares de la ciudad, aún encontraba tiempo aquel hombre, pequeño de estatura, pero de alma grande y generosa, para ir a trabajar en el Oratorio. Robaba horas al sueño para ir a confesar. Negaba al cuerpo, cansado ya de tantos trabajos, el necesario descanso, para ir a predicar a los muchachos de don Bosco por las tardes de los días festivos, a fin de evitarle al propio don Bosco al menos este trabajo. Al recordar los méritos del teólogo Borel, exclama Lemoyne en las MB: 'Eterna alabanza sea dada a este sacerdote incomparable'. Su recuerdo está inmortalizado en el Oratorio en un medallón de bronce, sobre una lápida de mármol bajo los pórticos, junto al lugar del antiguo cobertizo-capilla Pinardi, que fue testigo de su celo».
>
> Murió el 8 de septiembre de 1873, a los setenta y dos años.

[36] 8. Los estudios.

Respecto a los estudios, fui víctima de un error que me hubiese traído funestas consecuencias de no haberme dado cuenta gracias a un hecho que (juzgo) providencial. Acostumbrado a la lectura de los clásicos a lo largo de todo el bachillerato, y hecho a las figuras enfáticas de la mitología y de las fábulas paganas, no encontraba ningún gusto en los escritos ascéticos. Llegué a estar persuadido de que el buen lenguaje y la elocuencia no se podía conciliar con la religión. Las mismas obras de los santos padres me parecían producto de ingenios harto limitados, hecha excepción de los principios religiosos que ellos exponían con fuerza y claridad.

Hacia el principio del segundo año de filosofía fui un día

a hacer la visita al Santísimo Sacramento y, por no tener a mano el devocionario, tomé la *Imitación de Cristo* y leí un capítulo sobre el Santísimo Sacramento. Al considerar atentamente la sublimidad del pensamiento y el modo claro y, al mismo tiempo, ordenado y elocuente con que quedaban expuestas las grandes verdades, dije para mí: «El autor de este libro era un hombre docto». Seguí una y otra vez leyendo aquel libro de oro, y no tardé en darme cuenta de que uno solo de sus versículos contenía más doctrina y moral que todos los gruesos volúmenes de los clásicos antiguos. A este libro debo el haber cesado en la lectura profana.

Después me di a leer a Calmet, en su *Historia del Antiguo y Nuevo Testamento;* a Flavio Josefo, en *Antigüedades judías* y en la *Guerra judía;* después, a monseñor Marchetti, en *Razonamientos sobre la religión;* a Frayssinous, Balmes, Zucconi y muchos otros autores religiosos. Saboreé la lectura de la *Historia eclesiástica,* de Fleury, ignorando entonces que no convenía leerlo. Con mayor fruto aún leí las obras de Cavalca, de Passavanti, Ségneri y toda la *Historia de la Iglesia,* de Henrion.

Tal vez diréis que leyendo tanto no podía atender gran cosa a los estudios. No fue así. Mi memoria seguía favoreciéndome, y con solo leer el texto y oír la explicación de la clase me bastaba para cumplir mi deber. Así que todas las horas de estudio las podía dedicar a lecturas diversas. Los superiores lo sabían y me dejaban hacer. Tenía mucho empeño en el estudio del griego. Había ya aprendido los primeros elementos en el curso eclesiástico y estudiado la gramática y hecho las primeras traducciones con auxilio del diccionario. Se presentó además una ocasión que me fue muy provechosa al respecto. Por la amenaza del cólera del año 1836, los jesuitas de Turín anticiparon el traslado de los internos del colegio del Carmen a Montaldo. Esta anticipación exigía doble personal docente, ya que, aunque se ausentasen los internos, debían atender en el colegio a los externos. Don Cafasso, que había sido consultado, me propuso para una clase de griego. Esto me empujó al estudio serio de esa lengua para ser capaz de enseñarla. Además, fue para mí una gran ventaja, que aproveché debidamente, encontrar en la Compañía al padre Bini, profundo conocedor del griego. En sólo cuatro meses me hizo traducir casi todo el Nuevo Testamento, los dos primeros libros de Homero y algunas odas de Píndaro y Anacreonte. Aquel digno sacerdote, admirado de mi buena voluntad, continuó ayudándome, y durante cuatro años leía, semana tras

semana, la composición griega o la traducción que yo le remitía; él hacía la corrección pertinente y me devolvía el trabajo con las observaciones del caso. De esta manera pude llegar a traducir griego como si tradujera latín.

También durante este tiempo estudié francés y elementos de hebreo. *Después del latín y el italiano, éstas fueron mis lenguas predilectas: hebreo, griego y francés.*

[37] 9. Sagradas Ordenes. Sacerdocio.

Al año de la muerte de Comollo (1839), recibí la tonsura y las cuatro órdenes menores, en tercero ya de teología (25 de marzo de 1840). Después de aquel curso me vino la idea de intentar lo que rara vez era permitido: adelantar un curso durante el verano. A tal fin, sin decir nada a nadie, me presenté yo solo al arzobispo Fransoni y le pedí me dejara estudiar los tratados correspondientes al cuarto curso durante el verano, para así dar por acabado el quinquenio de teología en el curso escolar siguiente, 1840-41. Aducía mi avanzada edad de veinticuatro años cumplidos.

Aquel santo prelado me acogió con mucha bondad y, visto el éxito de los exámenes hasta entonces sufridos en el seminario, me concedió el favor implorado, con la condición de que me presentase a examen de todos los tratados correspondientes al curso que yo deseaba adelantar. El teólogo Cinzano, vicario de mi parroquia, fue el encargado de llevar a cabo la voluntad del superior. Estudiando, logré terminar en dos meses los tratados prescritos y, por las cuatro témporas de otoño, fui admitido al subdiaconado (19 de septiembre de 1840).

Ahora que sé las virtudes que se requieren para este importantísimo paso, estoy convencido de que yo no estaba lo suficientemente preparado; pero, no teniendo quien se cuidase directamente de mi vocación, me aconsejé con don Cafasso, el cual me dijo que siguiera adelante y fiase en su palabra. Durante los diez días de los ejercicios espirituales, hechos en la casa de la Misión, de Turín, hice la confesión general para que el confesor pudiese tener una idea clara de mi conciencia y me diera consejos a propósito. Deseaba terminar mis estudios, pero temblaba al pensar que me ataba por toda la vida; por eso no quise tomar una decisión definitiva sin antes tener el pleno consentimiento del confesor.

Desde entonces me empeñé en practicar el consejo del teólogo Borel: «Con el recogimiento y la frecuente comunión, la

vocación se conserva y se perfecciona». De vuelta en el seminario, pasé a quinto curso y me hicieron prefecto, que es el cargo más alto a que puede llegar un seminarista.

El sábado 27 de marzo de 1841 recibí el diaconado, y fui ordenado sacerdote por las témporas de verano.

Día de verdadera pena fue aquel en que hube de abandonar el seminario. Los superiores me querían y me habían dado continuas pruebas de benevolencia. Yo también quería mucho a mis compañeros. Se puede decir que yo vivía para ellos y ellos para mí. Si uno necesitaba afeitarse o hacerse la coronilla, recurría a Bosco. Si otro deseaba un bonete o necesitaba dar un cosido o remendar una sotana, acudía a Bosco. Por esto me resultó dolorosísima aquella separación. Dejaba un lugar en donde había vivido seis años, donde había recibido educación, ciencia, espíritu eclesiástico y cuantas muestras de bondad y cariño se puedan desear.

El día de mi ordenación (5 de junio de 1841) era vigilia de la Santísima Trinidad; celebré la primera misa en la iglesia de San Francisco de Asís, aneja al Colegio Eclesiástico. del que era director de estudios don Cafasso.

Me esperaban ansiosamente en mi pueblo, en donde hacía muchos años no se había celebrado primera misa alguna; pero preferí celebrarla en Turín, sin ruido ni distracciones, y puedo decir que ese día fue el más hermoso de mi vida. En el *Memento* de aquella inolvidable misa procuré recordar devotamente a todos mis profesores, bienhechores espirituales y temporales, y de modo más señalado a don Calosso, al que siempre recordé como grande e insigne bienhechor.

El lunes fui a celebrar a la iglesia de la Santísima Virgen de la Consolata, para agradecer a la Virgen los innumerables favores que me había obtenido de su divino hijo Jesús. El martes fui a Chieri, y celebré la misa en Santo Domingo, en donde todavía vivía mi antiguo profesor el padre Giusiana, que me atendió con afecto paternal. Durante toda la misa estuvo el buen profesor llorando de emoción. Pasé a su lado el día entero, que fue verdaderamente de cielo. El jueves, solemnidad del Corpus Christi, contenté a mis paisanos. Canté la misa y presidí la procesión. El párroco invitó a comer a mis parientes, al clero y a los principales del lugar. Todos tomaron parte en aquella alegría, ya que yo era muy querido de mis paisanos, y cada uno de ellos se alegraba con cuanto pudiera constituir un bien para mí. Por la noche volví finalmente a mi casa.

Pero cuando estuve próximo a ella y contemplé el lugar

del sueño que tuve alrededor de los nueve años, no pude contener las lágrimas y exclamé: «¡Cuán maravillosos son los designios de la divina providencia! Verdaderamente es Dios quien sacó de la tierra a un pobre chiquillo para colocarlo entre los primeros de su pueblo».

Copiamos de un cuadernito de apuntes suyo, que se conserva, estas notas de los ejercicios espirituales que empezaron el 26 de mayo de 1841:

«Conclusiones sacadas de los ejercicios hechos como preparación a la celebración de mi primera misa.

El sacerdote no va solo al cielo ni va solo al infierno. Si obra bien, irá al cielo con las almas que salve con su buen ejemplo. Si obra mal, y da escándalo, irá a la perdición con las almas condenadas por su escándalo.

Por lo tanto, me empeñaré en guardar los siguientes propósitos:

1) No haré paseos sino por necesidad grave: visitas a enfermos, etc.

2) Ocuparé rigurosamente bien el tiempo.

3) Padecer, trabajar, humillarme en todo y siempre, cuando se trate de salvar almas.

4) La caridad y la dulzura de San Francisco de Sales serán mi norma.

5) Siempre estaré contento de la comida que se me presente, con tal que no sea nociva para la salud.

6) Beberé vino aguado y sólo como medicina, es decir, cuando lo reclame la salud.

7) El trabajo es un arma poderosa contra los enemigos del alma; por ello no daré al cuerpo más de cinco horas de sueño cada noche. Durante el día, especialmente después de la comida, no tomaré ningún descanso. Haré alguna excepción en caso de enfermedad.

8) Destinaré cada día algún tiempo a la meditación y a la lectura espiritual. Durante el día haré una breve visita o al menos una oración al Stmo. Sacramento. Tendré un cuarto de hora, al menos, de preparación y otro cuarto de hora de acción de gracias al celebrar la santa misa.

9) No conversaré con mujeres fuera del caso de oírlas en confesión u otra necesidad espiritual».

Don Lemoyne oyó decir varias veces a don Bosco, conmovido, que su madre, cuando estuvo a solas con él en I Becchi, después de su misa en Castelnuovo, le dijo: «Ya eres sacerdote, dices misa; de hoy en adelante estarás más cerca de Jesucristo. Recuerda que empezar a decir misa quiere decir empezar a sufrir. No te darás cuenta en seguida, pero poco a poco verás que tu madre te dijo la verdad. Estoy segura de que cada día rezarás por mí, esté viva o muerta: esto me basta. Tú, de hoy en adelante, piensa sólo en la salvación de las almas, y no pienses en mí» (MB 1,521-522).

[38] 10. PRIMICIAS DEL SAGRADO MINISTERIO. SERMÓN EN LAVRIANO, JUAN BRINA.

Aquel año (1841), al faltar vicario de mi parroquia (Castelnuovo), lo suplí yo durante cinco meses. Experimentaba el mayor placer del mundo en el trabajo parroquial. Predicaba todos los domingos, visitaba a los enfermos, les administraba los santos sacramentos, excepto la confesión, pues aún no había sufrido el examen; asistía a los entierros, llevaba al día los libros parroquiales, extendía certificados de pobreza o lo que fuese.

Pero mi delicia era enseñar catecismo a los niños, entretenerme con ellos, hablar con ellos. Muchas veces me venían a visitar desde Murialdo, y al volver a casa iba siempre rodeado de ellos. Cuando ellos llegaban a sus aldeas, se hacían, a su vez, nuevos amigos: el resultado era que, al salir de la casa parroquial, iba siempre acompañado de una tropa de chicos, y adondequiera que fuese, marchaba envuelto en una nube de amiguitos la mar de contentos.

Como tenía mucha facilidad para exponer la palabra de Dios, era a menudo buscado para predicar y hacer panegíricos en los pueblos vecinos. Me invitaron en San Benigno de Lavriano, hacia el final de octubre de aquel año, para que les dirigiese la palabra. Condescendí de buen grado, porque era aquel el pueblo de mi amigo y compañero don Juan Grassino, hoy párroco de Scalenghe. Deseaba dar brillo a aquella solemnidad, y para ello preparé y escribí un sermón en piamontés, pero pulido; lo estudié bien, persuadido de la fama que iba a conquistar. Pero Dios quiso dar una terrible lección a mi vanagloria. Como era día festivo y debía celebrar la misa antes de partir, a una hora cómoda para mi parroquia, fue preciso emplear un caballo para llegar a tiempo al sermón de Lavriano. Recorrida la mitad del camino al trote y al galope, llegué al valle de Casalborgone, entre Cinzano y Bersano, cuando he aquí que, de repente, de un campo sembrado de maíz, se levantó una bandada de pájaros, cuyo revoloteo espantó a mi caballo, el cual se lanzó a correr desbocado a campo traviesa por prados y cultivos. Me mantuve un rato sobre la silla, mas al darme cuenta de que ésta se escurría bajo el vientre del animal, intenté una maniobra de equitación; pero la silla, fuera de su sitio, me lanzó al aire y fui a caer sobre un montón de piedra picada.

Un hombre, desde la colina cercana, observó el desgracia-

do accidente y vino en mi ayuda con un criado suyo, y, al encontrarme sin sentido, me llevó a su casa y me puso en la mejor cama que tenía. Me prodigaron caritativos cuidados; después de una hora, volví en mí, y advertí que estaba en casa ajena.

—No se apure—dijo mi huésped—; no se preocupe por estar en casa ajena. Aquí no le faltará de nada. Ya he mandado a buscar al médico, y otro hombre fue en seguimiento del caballo. Soy un campesino, pero provisto de cuanto hace falta. ¿Se encuentra muy mal?

—Dios le premie tanta caridad, buen amigo. No creo que sea cosa grave; tal vez alguna costilla rota, pues no puedo mover la espalda. ¿En dónde estoy?

—Está usted en la colina de Bersano, en casa de Juan Calosso, de apodo *Brina,* para servirle. También yo he rodado por el mundo y he necesitado de los demás. ¡Ah, cuántas aventuras me han sucedido yendo por ferias y mercados!

—Cuénteme algo mientras esperamos al médico.

—Pues tendría mucho que contar. Ahí va una muestra:

«Hace algunos años fui, por otoño, a Asti con mi borriquilla a hacer provisiones para el invierno. A la vuelta, y cuando llegué a los valles de Murialdo, mi pobre animal, demasiado cargado, cayó en un barrizal y quedó inmóvil en medio del camino. Todos mis esfuerzos para levantarlo fueron inútiles. Era ya medianoche, con un tiempo oscuro y lluvioso. No sabiendo qué hacer, me puse a gritar pidiendo auxilio. Unos minutos después, ya me habían oído en la casa vecina. Acudieron un seminarista y su hermano y otros dos hombres, llevando teas encendidas. Me ayudaron a descargar la burra y a sacarla del fango, y me condujeron con todo lo mío a su casa. Estaba medio muerto y completamente manchado de barro. Me limpiaron, me reanimaron con una cena estupenda y a continuación me ofrecieron una blanda cama. Por la mañana, antes de partir, quise pagar como correspondía, y el seminarista lo rehusó diciendo:

—¿No puede darse que un día necesitemos de usted?»

Al llegar aquí me sentí conmovido, tanto que el otro se dio cuenta de mis lágrimas.

—¿Se siente mal?—me dijo.

—No—respondí—; me gustó tanto ese relato que me conmovió.

—¡Si yo pudiese hacer algo por aquella buena familia...! ¡Qué buena gente era!

—¿Sabe usted su nombre?

—La familia Bosco, apodada los *Boschetti*. Pero ¿por qué se emociona usted tanto? ¿Tal vez la conoce usted? ¿Vive aún aquel clérigo?

—Aquel clérigo, mi buen amigo, es el sacerdote a quien usted paga con creces lo que por usted hizo. Es el mismo que ha traído a su casa y colocado en esta cama. La divina providencia ha querido hacernos conocer con este hecho que el que da recibe.

Fácil es de imaginar la maravilla, la alegría de aquel buen cristiano y mía al ver que, en medio de la desgracia, Dios me había hecho caer en manos de un amigo. Su mujer, su hermana y otros parientes y amigos sintieron gran alegría al saber que estaba en casa aquel de quien tantas veces habían oído hablar. Me dispensaron toda clase de atenciones. Llegado al poco tiempo el médico, vio que no había habido rotura alguna; así que en pocos días pude ponerme en camino de vuelta para mi pueblo con el mismo caballo. Juan Brina me acompañó hasta casa, y mientras vivió conservamos una estrecha amistad.

Después de este aviso tomé la firme resolución de preparar en lo sucesivo mis sermones a la mayor gloria de Dios, y no para aparecer docto y literato.

[39] 11. Colegio eclesiástico de San Francisco de Asís.

Al acabar aquellas vacaciones se me ofrecieron tres empleos: el de preceptor en una casa de un señor genovés con la paga de mil francos al año; el de capellán de Murialdo, en donde los buenos campesinos, por el vivo deseo de tenerme con ellos, doblaban la paga de los capellanes anteriores, y, finalmente, el de vicario de Castelnuovo, mi parroquia. Antes de tomar una determinación definitiva hice un viaje a Turín con la intención de pedir consejo a don *Cafasso, quien, desde hacía varios años, era mi guía en lo espiritual y en lo temporal.* Aquel santo sacerdote lo escuchó todo, los ofrecimientos de buenos estipendios, las insistencias de parientes y amigos y mis grandes deseos de trabajar. Pero, sin dudar en lo más mínimo, me dijo estas palabras:

—Lo que usted necesita es estudiar moral y predicación. Renuncie por ahora a toda propuesta y véngase conmigo al Colegio Eclesiástico.

Seguí con gusto el sabio consejo, y el 3 de noviembre de 1841 entré en el mencionado colegio. Se puede afirmar que

el Colegio Eclesiástico viene a ser un complemento de los estudios teológicos, por cuanto en nuestros seminarios sólo se estudia la dogmática especulativa y, en moral, las cuestiones disputadas. *Pero allí se aprendía a ser sacerdote.* La meditación, la lectura espiritual, dos conferencias diarias y lecciones de predicación, en medio de una vida tranquila y de facilidades para estudiar y leer buenos autores, constituían las ocupaciones a las que cada uno debía entregarse a fondo.

Dos hombres muy conocidos en aquel entonces estaban a la cabeza de esta utilísima institución: el teólogo Luis Guala y don José Cafasso. El teólogo Guala era el fundador de la obra; hombre desinteresado, rico en ciencia y prudencia y muy emprendedor, se dio en alma y vida a todos en tiempo del gobierno de Napoleón I. Para que los jóvenes levitas, una vez terminados los cursos del seminario, pudieran aprender la vida práctica del sagrado ministerio, fundó aquel bendito hogar que ha hecho mucho bien a la Iglesia; especialmente extirpando las últimas raíces de jansenismo que aún se conservaban entre nosotros. Entre otras cuestiones se agitaba mucho entre nosotros la del probabilismo y del probabiliorismo. A la cabeza de éste estaban Alassia, Antoine y otros autores rigurosos, cuya práctica, la del probabiliorismo, puede conducir al jansenismo.

Los probabilistas seguían la doctrina de San Alfonso, hoy ya proclamado doctor de la santa madre Iglesia (23 de marzo de 1871), y cuya autoridad ha quedado así refrendada por el Papa, ya que la Iglesia proclamó que se pueden enseñar, predicar y practicar sus doctrinas, en las cuales no hay nada que merezca censura.

El teólogo Guala se situó firme en medio de los dos partidos y, poniendo como centro de las dos opiniones la caridad de nuestro Señor Jesucristo, logró que se acercasen ambos extremos. Las cosas llegaron a tan buen punto que, gracias al teólogo Guala, San Alfonso se convirtió en nuestro maestro, con las ventajas tanto tiempo deseadas: los saludables efectos los experimentamos hoy.

Don Cafasso era el brazo derecho del teólogo Guala. Con su virtud a toda prueba, con su calma prodigiosa, su perspicacia y prudencia, pudo suavizar las asperezas que aún quedaban en algunos de los probabilioristas contra los seguidores de San Alfonso.

Una verdadera mina de oro se escondía a su vez en el sacerdote turinés teólogo Félix Golzio, perteneciente también al Colegio Eclesiástico. Hizo poco ruido en su modesta vida;

[38] 10. PRIMICIAS DEL SAGRADO MINISTERIO. SERMÓN EN LAVRIANO, JUAN BRINA.

Aquel año (1841), al faltar vicario de mi parroquia (Castelnuovo), lo suplí yo durante cinco meses. Experimentaba el mayor placer del mundo en el trabajo parroquial. Predicaba todos los domingos, visitaba a los enfermos, les administraba los santos sacramentos, excepto la confesión, pues aún no había sufrido el examen; asistía a los entierros, llevaba al día los libros parroquiales, extendía certificados de pobreza o lo que fuese.

Pero mi delicia era enseñar catecismo a los niños, entretenerme con ellos, hablar con ellos. Muchas veces me venían a visitar desde Murialdo, y al volver a casa iba siempre rodeado de ellos. Cuando ellos llegaban a sus aldeas, se hacían, a su vez, nuevos amigos: el resultado era que, al salir de la casa parroquial, iba siempre acompañado de una tropa de chicos, y adondequiera que fuese, marchaba envuelto en una nube de amiguitos la mar de contentos.

Como tenía mucha facilidad para exponer la palabra de Dios, era a menudo buscado para predicar y hacer panegíricos en los pueblos vecinos. Me invitaron en San Benigno de Lavriano, hacia el final de octubre de aquel año, para que les dirigiese la palabra. Condescendí de buen grado, porque era aquel el pueblo de mi amigo y compañero don Juan Grassino, hoy párroco de Scalenghe. Deseaba dar brillo a aquella solemnidad, y para ello preparé y escribí un sermón en piamontés, pero pulido; lo estudié bien, persuadido de la fama que iba a conquistar. Pero Dios quiso dar una terrible lección a mi vanagloria. Como era día festivo y debía celebrar la misa antes de partir, a una hora cómoda para mi parroquia, fue preciso emplear un caballo para llegar a tiempo al sermón de Lavriano. Recorrida la mitad del camino al trote y al galope, llegué al valle de Casalborgone, entre Cinzano y Bersano, cuando he aquí que, de repente, de un campo sembrado de maíz, se levantó una bandada de pájaros, cuyo revoloteo espantó a mi caballo, el cual se lanzó a correr desbocado a campo traviesa por prados y cultivos. Me mantuve un rato sobre la silla, mas al darme cuenta de que ésta se escurría bajo el vientre del animal, intenté una maniobra de equitación; pero la silla, fuera de su sitio, me lanzó al aire y fui a caer sobre un montón de piedra picada.

Un hombre, desde la colina cercana, observó el desgracia-

do accidente y vino en mi ayuda con un criado suyo, y, al encontrarme sin sentido, me llevó a su casa y me puso en la mejor cama que tenía. Me prodigaron caritativos cuidados; después de una hora, volví en mí, y advertí que estaba en casa ajena.

—No se apure—dijo mi huésped—; no se preocupe por estar en casa ajena. Aquí no le faltará de nada. Ya he mandado a buscar al médico, y otro hombre fue en seguimiento del caballo. Soy un campesino, pero provisto de cuanto hace falta. ¿Se encuentra muy mal?

—Dios le premie tanta caridad, buen amigo. No creo que sea cosa grave; tal vez alguna costilla rota, pues no puedo mover la espalda. ¿En dónde estoy?

—Está usted en la colina de Bersano, en casa de Juan Calosso, de apodo *Brina,* para servirle. También yo he rodado por el mundo y he necesitado de los demás. ¡Ah, cuántas aventuras me han sucedido yendo por ferias y mercados!

—Cuénteme algo mientras esperamos al médico.

—Pues tendría mucho que contar. Ahí va una muestra:

«Hace algunos años fui, por otoño, a Asti con mi borriquilla a hacer provisiones para el invierno. A la vuelta, y cuando llegué a los valles de Murialdo, mi pobre animal, demasiado cargado, cayó en un barrizal y quedó inmóvil en medio del camino. Todos mis esfuerzos para levantarlo fueron inútiles. Era ya medianoche, con un tiempo oscuro y lluvioso. No sabiendo qué hacer, me puse a gritar pidiendo auxilio. Unos minutos después, ya me habían oído en la casa vecina. Acudieron un seminarista y su hermano y otros dos hombres, llevando teas encendidas. Me ayudaron a descargar la burra y a sacarla del fango, y me condujeron con todo lo mío a su casa. Estaba medio muerto y completamente manchado de barro. Me limpiaron, me reanimaron con una cena estupenda y a continuación me ofrecieron una blanda cama. Por la mañana, antes de partir, quise pagar como correspondía, y el seminarista lo rehusó diciendo:

—¿No puede darse que un día necesitemos de usted?»

Al llegar aquí me sentí conmovido, tanto que el otro se dio cuenta de mis lágrimas.

—¿Se siente mal?—me dijo.

—No—respondí—; me gustó tanto ese relato que me conmovió.

—¡Si yo pudiese hacer algo por aquella buena familia...! ¡Qué buena gente era!

—¿Sabe usted su nombre?

pero con su trabajo incansable, su humildad y su saber era un verdadero apoyo o, por mejor decir, el brazo derecho de don Guala y don Cafasso.

Las cárceles, los hospitales, los púlpitos y las instituciones benéficas, los enfermos en sus propias casas, las ciudades y los pueblos, los palacios de los grandes y los tugurios de los pobres experimentaron los saludables efectos del celo de estas tres lumbreras del clero turinés.

Estos eran los tres modelos que la divina providencia me ponía delante. A mí sólo me quedaba seguir sus huellas, su doctrina y su virtud.

Don Cafasso, que desde seis años atrás era mi mentor, fue también mi director espiritual y, si he hecho algún bien, a este digno eclesiástico se lo debo, pues puse en sus manos todas mis aspiraciones, todas mis decisiones y todas mis actuaciones.

Empezó primero por llevarme a las cárceles, en donde aprendí en seguida a conocer cuán grande es la malicia y la miseria de los hombres. Me horroricé al contemplar cantidad de muchachos, de doce a dieciocho años, sanos y robustos, de ingenio despierto, que estaban allí ociosos, roídos por los insectos y faltos en absoluto del alimento espiritual y material. En estos infelices estaban personificados el oprobio de la patria, el deshonor de la familia y su propia infamia. Pero ¡cuál no fue mi asombro y mi sorpresa cuando me di cuenta de que muchos de ellos salían con propósito firme de una vida mejor y que luego volvían a ser conducidos al lugar de castigo de donde habían salido pocos días antes!

En esas ocasiones constaté que algunos volvían a la cárcel porque estaban abandonados a sí mismos. «¡Quién sabe—decía para mí—si estos muchachos tuvieran fuera un amigo que se preocupase de ellos y los atendiese e instruyese en la religión los días festivos, quién sabe si no se mantendrían alejados de su ruina, o por lo menos si no se reduciría el número de los que vuelven a la cárcel!»

Comuniqué mi pensamiento a don Cafasso y, con su consejo y su luz, me puse a estudiar la manera de llevarlo a cabo, dejando el éxito en manos del Señor, sin el cual resultan vanos todos los esfuerzos de los hombres.

El *jansenismo* es un complejo de doctrinas rígidas respecto a la gracia, al libre albedrío y a las condiciones para recibir los sacramentos, junto con una cierta hostilidad a la autoridad del papa. Deriva de Cornelio Jansenio. Durante la dominación napoleónica se había visto reforzado en el Piamonte. En el tiempo de que habla don Bosco aún tenía allí alguna fuerza.

El *probabilismo* y el *probabiliorismo* son dos sistemas de teología moral. El *primero* enseña que es lícita una acción que sea válidamente probable, es decir, apoyada en tales razones o autores que merezca la aprobación de una persona prudente; mientras que el *probabiliorismo* enseña que no es lícito seguir una opinión probable cuando hay otra más probable. Alassia y Antoine, aquí mencionados, eran probabilioristas y jansenizantes. Tanto en moral como en ascética, don Bosco debe mucho a San Alfonso.

El teólogo Félix Golzio, como ya hemos dicho, sucedió como confesor de don Bosco a don Cafasso, fallecido en 1860. Estaba persuadido de que Dios conducía a su penitente por caminos extraordinarios, y aprobaba su método de dirección espiritual. Rigió el Colegio Eclesiástico desde 1867 hasta la clausura del mismo, ordenada por monseñor Gastaldi en 1876.

[40] 12. FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN Y PRINCIPIO DEL ORATORIO FESTIVO.

Apenas entré en el colegio de San Francisco, en seguida *me encontré con una bandada de jovencitos que me acompañaban por calles y plazas* hasta la misma sacristía de la iglesia del colegio. Pero no podía cuidarme de ellos directamente por falta de local. Un feliz encuentro me ofreció la ocasión para intentar llevar a la práctica el *proyecto en favor de los jóvenes errantes por las calles de la ciudad, especialmente de los salidos de las cárceles.*

El día solemne de la Inmaculada Concepción de María, el 8 de diciembre de 1841, estaba, a la hora establecida, revistiéndome de los ornamentos sagrados para celebrar la santa misa. El sacristán José Comotti, al ver un jovencito en un rincón, le invitó a que me ayudara la misa.

—No sé hacerlo—respondió él, muy avergonzado.

—Ven—dijo el otro—, tienes que ayudar.

—No sé—contestó el jovencito—; no lo he hecho nunca.

—Eres un animal—le dijo el sacristán muy furioso—. Si no sabes ayudar, ¿entonces a qué vienes aquí?—y, diciendo esto, agarró el mango del plumero y la emprendió a golpes contra las espaldas y la cabeza del pobre chico.

—Pero ¿qué haces?—grité yo en alta voz—. ¿Por qué le pegas de ese modo? ¿Qué te ha hecho?

—¿A qué viene a la sacristía si no sabe ayudar a misa?

—Haces mal.

—¿Y a usted qué le importa?

—Me importa mucho; se trata de un amigo mío; llámalo en seguida, que voy a hablar con él.

Se puso a llamarlo:

—¡Oye, pillo! —y corriendo tras él y asegurándole mejor trato, lo condujo de nuevo.

Llegó temblando y llorando el pobre chico por los palos recibidos.

—¿Has oído ya misa?—le dije con la mayor amabilidad que pude.

—No—respondió.

—Ven y la oirás; después querría hablarte de un negocio que te va a gustar.

Accedió sin mayor dificultad. Era mi deseo quitarle la mala impresión recibida del sacristán.

Celebrada la santa misa y terminada la acción de gracias, llevé al muchacho al coro. Asegurándole que no tenía por qué temer más palos, con la cara sonriente empecé a preguntarle como sigue:

—Amigo, ¿cómo te llamas?

—Bartolomé Garelli.

—¿De qué pueblo eres?

—De Asti.

—¿Vive tu padre?

—No; murió ya.

—¿Y tu madre?

—También murió.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿Sabes leer y escribir?

—No sé nada.

—¿Has hecho ya la primera comunión?

—Todavía no.

—¿Te has confesado?

—Sí, cuando era pequeño.

—Y ahora, ¿vas al catecismo?

—No me atrevo.

—¿Por qué?

—Porque los compañeros pequeños saben el catecismo, y yo, tan mayor, no sé nada. Por eso tengo vergüenza de ir a la catequesis.

—Y si yo te diera catecismo aparte, ¿vendrías?

—Vendría con mucho gusto.

—¿Te gustaría que fuese aquí mismo?

—Vendría con gusto, siempre que no me pegasen.

—Estate tranquilo, nadie te tocará: serás amigo mío y tendrás que vértelas sólo conmigo. ¿Cuándo quieres que empecemos nuestro catecismo?

—Cuando le plazca.
—¿Esta tarde?
—Sí.
—¿Quieres ahora mismo?
—Pues sí, ahora mismo; con mucho gusto.

Me levanté e hice la señal de la cruz para empezar, pero mi alumno no la hacía porque no sabía hacerla. En aquella primera lección me entretuve en enseñarle a hacer la señal de la cruz y en darle a conocer a Dios creador y el fin para que nos creó. Aunque de flaca memoria, en pocos domingos, dada su asiduidad y atención, logró aprender las cosas necesarias para hacer una buena confesión y poco después haría su primera comunión.

A este primer alumno se unieron otros; durante aquel invierno me limité a algunos mayorcitos que necesitaban una catequesis especial y, sobre todo, a los que salían de las cárceles. *Entonces palpé por mí mismo que, si los jóvenes salidos de lugares de castigo encontraban una mano bienhechora que se preocupara de ellos, les asistiera en los días festivos, les buscara colocación con buenos patronos y les visitara durante la semana, estos jóvenes se daban a una vida honrada, olvidaban el pasado y resultaban, al fin, buenos cristianos y dignos ciudadanos. Este es el origen de nuestro Oratorio, que, con la bendición del Señor, tomó tal incremento como yo nunca hubiera podido imaginar.*

Don Lemoyne (MB 2,76) dice que el santo, tras el «no sé nada», prosiguió así el diálogo: «—¿Sabes cantar? —No. —¿Sabes silbar? Y entonces el chico sonrió». Las dos preguntas de DB y la sonrisa del chico fueron recogidas de labios del Santo por D. Ruffino en su *Crónica 1* (1860) p. 29. Brillan ahí a la vez la intuición psicológica y pedagógica de don Bosco y una señal de la confianza conquistada.

Garelli condujo luego a otros al catecismo y lo frecuentó algún tiempo, pero se ignora hasta cuándo. Lemoyne afirma que don Anfossi, siendo seminarista en el Oratorio, y otros le vieron por allí después de 1855. Posteriormente se perdió su rastro. «Garelli aparece a los ojos de don Bosco como la llamada de toda la juventud necesitada y desatendida» (VEUILLOT, F., *Saint Jean Bosco et les Salésiens* [Paris 1943] p.22).

Cuando en 1868 buscaba don Bosco cartas de apoyo de los prelados para obtener la aprobación pontificia de la Congregación salesiana, incluía en las peticiones que les hacía un resumen histórico de la misma, que empezaba así: *Esta Sociedad al principio era una simple catequesis.* Era, en efecto, el catecismo que empezó el 8 de diciembre de 1841 y continuó en la misma iglesia, y que de allí pasó a otros lugares, con la colaboración de laicos y eclesiásticos, y con la aprobación arzobispal, bajo la dirección del santo.

El mismo pondera una circunstancia de ese primer catecismo. Después de la señal de la cruz, rezó el avemaría, y el 8 de diciembre de 1885 reveló la eficacia de esta oración. Daba una conferencia en el Oratorio a los socios reunidos y se expresó así: «Todas las bendiciones que nos han llovido del cielo son el fruto del avemaría rezada con fervor y recta intención junto con el jovencito Bartolomé Garelli en la iglesia de San Francisco de Asís» (MB 17,510).

Por este motivo, los salesianos fechan el origen de la Sociedad el 8 de diciembre de 1841.

[41] 13. El Oratorio en 1842.

Durante aquel invierno me preocupé de consolidar el incipiente Oratorio. Aunque mi finalidad era recoger solamente a los chicos en mayor peligro, y con preferencia los salidos de las cárceles, sin embargo, para poner cimientos donde apoyar la disciplina y la moralidad, invité a otros de buena conducta y ya instruidos. Ellos me ayudaban a guardar el orden, y a leer, y a cantar cantos religiosos; por esto, desde entonces me di cuenta de que las reuniones dominicales sin cierta cantidad de libros de canto y de lectura amena eran un cuerpo sin alma.

Por la fiesta de la Purificación (2 de febrero de 1842), que entonces era fiesta de precepto, tenía ya una veintena de niños, con los que pudimos cantar por vez primera el *Load a María*. Para la fiesta de la Anunciación éramos ya treinta. Aquel día se hizo una fiestecilla. Por la mañana, los alumnos recibieron los santos sacramentos; por la tarde se cantó una letrilla, y después del catecismo se explicó un ejemplo a modo de sermón. Como el coro en que hasta entonces nos habíamos reunido resultaba estrecho, nos cambiamos a la capilla próxima a la sacristía.

Aquel oratorio se organizaba del siguiente modo: todos los días festivos se daban facilidades para acercarse a los sacramentos de la confesión y comunión; pero además se determinaba un sábado y un domingo al mes para atender de un modo particular a la práctica de estos sacramentos. Por la tarde, a una hora determinada, se cantaba una copla y se daba catecismo; después se explicaba un ejemplo y se distribuía cualquier cosilla, bien a todos, o bien por suerte.

Entre los jóvenes que frecuentaban el Oratorio hay que señalar a José Buzzetti, que fue constante en la asistencia de un modo ejemplar [posteriormente se hizo salesiano]. De tal manera se aficionó a don Bosco y a aquellas reuniones dominicales, que rehusó volver a su casa con la familia (en Caronno

Ghiringhello), como hacían sus otros hermanos y amigos. Se distinguían también sus hermanos Carlos, Angel y Josué; Juan Gariboldi y su hermano, peones entonces y hoy maestros de obras.

En general, el Oratorio se componía de picapedreros, albañiles, estucadores, adoquinadores, enyesadores y otros que venían de pueblos lejanos. Como no conocían las iglesias ni a nadie que los acompañara, estaban expuestos a todos los peligros de perversión, especialmente en los días festivos.

El buen teólogo Guala y don Cafasso se mostraban contentos de que existiesen aquellas reuniones de muchachos y me facilitaban de buena gana estampas, folletos, opúsculos, medallas y crucifijos para regalos. Alguna vez me dieron también con qué vestir a algunos de los más necesitados y con qué alimentar a otros durante varias semanas hasta que conseguían ganarse el sustento. Más aún, como creció bastante el número, me concedieron poder reunir alguna vez mi pequeño ejército en el patio contiguo para jugar. De haberlo permitido el espacio, hubiésemos llegado en seguida a varios centenares, pero nos tuvimos que conformar con unos 80.

Cuando se acercaban a los santos sacramentos, el mismo teólogo Guala o don Cafasso solían venir a hacernos una visita y contarnos algún episodio edificante. El teólogo Guala proyectaba que se hiciese una buena fiesta en honor de Santa Ana, patrona de los albañiles, y, después de la función religiosa de la mañana, les invitó a todos a desayunar con él. Se reunieron casi un centenar en la gran sala de conferencias. Allí sirvieron a todos a discreción café, leche, chocolate, panecillos, pastas y otros dulces que tanto gustan a los chicos. ¡Es de imaginar el buen recuerdo que dejó aquella fiesta, y que hubiesen venido muchos más de haberlo permitido el local!

Dedicaba todo el domingo a asistir a mis jovencitos; durante la semana iba a visitarles en pleno trabajo, en talleres y fábricas. Esto les entusiasmaba a los chicos, al ver que había un amigo que se preocupaba de ellos; y lo veían muy bien los patronos, los cuales se complacían en tener bajo su disciplina a jóvenes que estaban atendidos durante la semana, y sobre todo en los días de fiesta, que son los más peligrosos.

Los sábados iba a las cárceles con los bolsillos llenos de tabaco, de frutas o de panecillos, con el objeto de conquistar a aquellos chicos que tenían la desgracia de ser encarcelados, y asistirlos así de alguna manera, y hacérmelos amigos y lograr que vinieran al Oratorio cuando salieran de aquel lugar de castigo.

[42] 14. MINISTERIO SACERDOTAL. ACEPTACIÓN DE UN CARGO EN EL REFUGIO (SEPTIEMBRE DE 1844).

Por aquel tiempo comencé a predicar en público en algunas iglesias de Turín, en el hospital de la Caridad, en el asilo de las Virtudes, en las cárceles, en el colegio de San Francisco de Paula; dirigía triduos, novenas, ejercicios espirituales. Terminados los dos años de moral, sufrí examen de confesión [10 de junio de 1843], y así pude cuidarme con mayor provecho de la disciplina, la moralidad y el bien de las almas de mis jóvenes en las cárceles, en el Oratorio y donde fuese menester.

Me resultaba consolador ver durante la semana, y principalmente en días festivos, mi confesonario rodeado de cuarenta o cincuenta muchachos que aguardaban horas y horas a la espera de poder confesarse. Esta fue la vida normal en el Oratorio durante casi tres años, es decir, hasta octubre de 1844.

Mientras tanto, la Providencia nos iba preparando novedades, cambios y también tribulaciones.

Al acabar los tres cursos de moral debía decidirme por un ministerio determinado. El anciano, y ya sin fuerzas, tío de Comollo, don José Comollo, cura párroco de Cinzano, me rogaba, de acuerdo con el obispo, que le ayudase como ecónomo de su parroquia, ya que no podía regirla por su edad y sus achaques. Pero el teólogo Guala me dictó la carta de agradecimiento al arzobispo Fransoni, mientras me buscaba otro sitio.

Un día me llamó don Cafasso y me dijo:

—Ya ha acabado usted sus estudios; ahora, a trabajar. En los tiempos que corremos, la mies es abundante. ¿A qué se siente más inclinado?

—A lo que usted me indique.

—Hay tres empleos para usted: vicario en Buttigliera de Asti, repetidor de moral aquí en el colegio y director del pequeño hospital, vecino al Refugio. ¿Qué elige?

—Lo que usted juzgue conveniente.

—¿No se inclina más a una cosa que a otra?

—*Mi inclinación es hacia la juventud. Usted haga de mí lo que quiera; veré la voluntad del Señor en su consejo.*

—¿Qué es lo que llena en este momento su corazón, qué se agita en su mente?

—*En este momento me parece encontrarme en medio de una multitud de muchachos que me piden ayuda.*

—Pues entonces márchese de vacaciones una semanita. A la vuelta, ya le diré su destino.

Después de las vacaciones, don Cafasso dejó pasar como una semana sin decirme nada; tampoco yo le pregunté nada.

—¿Por qué no me pregunta por su destino?—me dijo un día.

—Porque quiero ver la voluntad de Dios en su deliberación y no quiero poner nada de mi parte.

—Líe su hato y vaya con el teólogo Borel; será usted el director del pequeño hospital de Santa Filomena; trabajará también en la obra del Refugio; mientras, Dios le hará ver lo que deba hacer en pro de la juventud.

Parecía a primera vista que tal consejo se oponía a mis inclinaciones, pues la dirección de un hospital y predicar y confesar en una institución de más de cuatrocientas jovencitas no me habían de dejar tiempo para otras ocupaciones. Sin embargo, éste era el designio del cielo, como pronto lo advertí.

Desde el primer momento en que conocí al teólogo Borel vi en él a un sacerdote santo, modelo digno de admiración y de imitación. Cuando podía entretenerme con él, recibía lecciones de celo sacerdotal, buenos consejos y estímulo al bien. Durante los tres años que pasé en el colegio me había invitado muchas veces a que le ayudase en las funciones sagradas, a confesar y predicar junto a él, de modo que mi nuevo campo de trabajo me era conocido y en cierto modo familiar. Hablamos mucho diversas veces sobre el horario que teníamos que seguir para podernos ayudar mutuamente en las visitas a las cárceles, en el cumplimiento del cargo que se nos había confiado y, al mismo tiempo, poder atender a los jóvenes, cuya moralidad y abandono reclamaban cada vez con más insistencia el cuidado del sacerdote. Pero ¿cómo hacerlo? ¿En dónde recoger a aquellos jovencitos?

—La habitación—dijo el teólogo Borel—a usted destinada podrá servir durante algún tiempo para reunir a los chicos que hoy van a San Francisco de Asís. Cuando tengamos que irnos al edificio preparado para los sacerdotes, junto al pequeño hospital, entonces encontraremos otro sitio mejor.

En el Colegio Eclesiástico los estudios duraban dos cursos; pero a los que más se distinguían por su piedad y aplicación se les concedía pasar un año más, favor que el teólogo Guala concedió a don Bosco. Le nombraron repetidor extraordinario, y se hizo cargo a la vez de algunos alumnos residentes, de más cortos alcances.

La marquesa Julieta Colbert, viuda del marqués Tancreto Fal-

letti de Barolo, había fundado alrededor del llamado Refugio, en el barrio de Valdocco, un grupo de instituciones. El Refugio (hoy Instituto) Barolo es un gran colegio de niñas, colocado entre la Pequeña Casa de la Divina Providencia y el Oratorio salesiano: tres obras grandiosas, una junto a otra, en la calle Cottolengo; su emplazamiento en la misma zona, entonces suburbio de la ciudad, inclina a pensar en un designio providencial para honrar la tierra santificada con la sangre de los mártires de la legión Tebea. El teólogo Borel era entonces el director espiritual del Refugio. En 1844 la marquesa hacía construir al lado un pequeño hospital para niñas enfermas, llamado de Santa Filomena.

[43] 15. Otro sueño.

El segundo domingo de octubre de aquel año (1844) tenía que anunciar a mis chicos que el Oratorio pasaría a Valdocco. Pero la incertidumbre del lugar, de los medios y de las personas me tenía preocupado. La víspera fui a dormir con el corazón inquieto. Aquella noche tuve otro sueño que parece ser un apéndice del que tuve en I Becchi cuando tenía nueve años. Creo oportuno exponerlo con detalle.

Soñé, pues, que estaba en medio de una multitud de lobos, zorros, cabritos, corderos, ovejas, carneros, perros y pájaros. Todos juntos hacían un ruido, un alboroto, o, mejor, una batahola capaz de espantar al más intrépido. Iba a huir, cuando una señora muy bien vestida a guisa de pastorcilla, me indicó que siguiera y acompañase aquel extraño rebaño; mientras, ella se ponía al frente. Anduvimos vagando por varios lugares; *hicimos tres estaciones o paradas*. A cada parada, muchos de aquellos animales, cuyo número cada vez aumentaba más, se convertían en corderos. Después de andar mucho, me encontré en un prado, en donde aquellos animales corrían y se alimentaban juntos, sin que los unos intentasen dañar a los otros.

Agotado de puro cansancio, quise sentarme junto al camino vecino: pero la pastorcilla me insistió que siguiera andando. Después de un corto trecho de camino me encontré en un patio grande, rodeado de pórticos y a cuyo extremo se levantaba una iglesia. En aquel momento me di cuenta de que las cuatro quintas partes de aquellos animales ya se habían convertido en corderos. A este punto llegaron algunos pastorcillos para custodiarlos, pero estaban poco tiempo y se marchaban. Entonces sucedió algo maravilloso: no pocos de los corderos se convertían en pastores, que crecían y se cuidaban del resto del rebaño. Como aumentaba mucho el número de pastores, fueron dividiéndose y marchando a diferentes pastos, para recoger otros

animales de otro origen y guiarlos a otros apriscos. Yo quería marcharme de allí, porque me pareció que era hora ya de celebrar misa; pero la pastora me invitó a mirar hacia el mediodía. Miré y vi un campo sembrado de maíz, patatas, coles, remolachas, lechugas y muchas otras verduras.

—Mira de nuevo—me dijo la majestuosa señora.

Miré otra vez. Entonces vi una iglesia alta y grandiosa. Un coro orquestal, música instrumental y vocal me invitaban a cantar la misa. En el interior de la iglesia había una franja blanca en la que estaba escrito con caracteres cubitales: *Esta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria.*

Siempre en sueño, pregunté a la pastora que en dónde me encontraba; qué querían decir aquel andar y detenerse, aquella casa, una iglesia y después otra iglesia.

—Todo lo comprenderás cuando con los ojos materiales veas realizado lo que ahora contemplas con los ojos del entendimiento.

Y como me pareciera que estaba despierto, dije:

—Yo veo claro y veo con los ojos materiales. Sé adónde voy y qué hago.

En aquel momento sonó la campana del avemaría en la iglesia de San Francisco, y me desperté.

Esto duró casi toda la noche; lo acompañaron muchas circunstancias. Entonces entendí poco de su significado, porque no le daba gran crédito; pero comprendí poco a poco las cosas según se iban realizando. Más tarde me sirvió, juntamente con otro nuevo sueño, de programa en mis decisiones.

Después del primer sueño, de los nueve a diez años [6] tuvo don Bosco otros seis más, que concurrieron a aclarar gradualmente el cumplimiento de aquél. Ya hemos hablado de dos: uno a los dieciséis años [12], cuando tuvo promesa de medios materiales, y otro a los diecinueve [25], con el mandato terminante de ocuparse de la juventud.

Siguieron otros dos no mencionados en estas *Memorias:* uno a los veinte años, en el que se le indicó la clase de jóvenes a él destinada (MB 1,382), y otro a los veintidós, señalándole su primer campo de acción en Turín (MB 1,382). Los dos últimos son el que acaba de referirse y el que se pone a continuación, que es aquel a que se refiere don Bosco en la última línea de este mismo capítulo.

No lo contó hasta el 2 de febrero de 1875; a don Barberis y a don Lemoyne, que lo escribieron en seguida (MB 2,298). «Me pareció encontrarme en una llanura llena de una inmensa muchedumbre de jóvenes. Unos reñían, otros blasfemaban. Aquí se robaba, allá se ofendían las buenas costumbres. Se veía por los aires una nube de piedras arrojadas por los que trababan batallas

entre sí. Eran jóvenes abandonados y corrompidos. Estaba para huir de allí, cuando vi a mi lado a una señora que me dijo:

—Introdúcete entre estos jóvenes y trabaja.

Yo avancé, pero ¿qué hacer? No había un local donde recogerse; quería hacerles el bien, y me dirigí a personas que miraban desde lejos y que podían serme de valiosa ayuda. Pero ninguno prestaba oídos y nadie me echaba una mano. Volvíme a la señora, y ella me dijo:

—¡Mira ese lugar!

Y me hizo ver un gran prado.

—Pero aquí no hay más que un prado—dije yo.

Ella respondió:

—Mi Hijo y los apóstoles no tuvieron un palmo de tierra en donde reclinar la cabeza.

Me decidí a empezar a trabajar en aquel prado: avisando, predicando, confesando; pero vi que para la mayor parte resultaba inútil todo esfuerzo si no encontraba un recinto con algún edificio para recogerlos y albergar a los que habían sido totalmente abandonados por sus padres y despreciados y rechazados por la sociedad. Entonces aquella señora me condujo un poco más hacia el norte y me dijo:

—¡Observa!

Miré y vi una iglesia pequeña y baja, un reducido patio y un número grande de jóvenes. Reemprendí mi trabajo. Pero, como la iglesia resultase estrecha, acudí otra vez a la Señora, que me hizo ver otra bastante mayor y con un edificio al lado. Después, llevándome junto a una parcela de terreno cultivado, casi delante mismo de la fachada de la segunda iglesia, añadióme:

—En este lugar, en donde los gloriosos mártires de Turín Aventor y Octavio sufrieron su martirio, en esta tierra que fue bañada y santificada por su sangre, yo quiero que Dios sea honrado de modo muy particular.

Así diciendo, adelantó un pie hasta ponerlo en el punto exacto donde tuvo lugar el martirio, y me lo indicó con precisión. Quería yo poner una señal para encontrarlo cuando volviese por allí, pero no hallé nada: ni un papelito, ni una piedra; con todo, lo fijé en la memoria con toda exactitud. Corresponde exactamente al ángulo interior de la capilla de los Santos Mártires, llamada después de Santa Ana, del lado del evangelio de la iglesia de María Auxiliadora. Mientras tanto yo me veía rodeado de un número inmenso, y siempre en aumento, de jóvenes; y mirando a la señora, crecían los medios y el local; y vi después una grandísima iglesia, precisamente en el lugar en donde me había hecho ver que acaeció el martirio de los santos de la legión Tebea, con muchos edificios alrededor y con un hermoso monumento en el medio. Mientras sucedía todo esto, siempre soñando, tenía como colaboradores sacerdotes que me ayudaban en un principio, pero que después huían. Buscaba con grandes trabajos el atraérmelos, y ellos se iban poco después y me dejaban solo. Entonces me volví de nuevo a aquella señora, la cual me dijo:

—¿Quieres saber cómo hacer para que no se te vayan más? Toma esta cinta y átasela a su cabeza.

Tomé con reverencia la cinta blanca de su mano y vi que sobre ella estaba escrita una palabra: *Obediencia*. Ensayé en

seguida lo que la señora me indicó, y comencé a ceñir la cabeza de algunos de mis colaboradores voluntarios con la cinta, y pronto vi un cambio grande y en verdad sorprendente. Este cambio se hacía cada vez más patente, según yo iba cumpliendo el consejo que se me había dado, ya que aquéllos dieron de lado el deseo de irse a otra parte y se quedaron, al fin, conmigo. Así se constituyó la Sociedad salesiana».

[44] 16. Traslado del Oratorio junto al Refugio.

El segundo domingo de octubre, consagrado a la Maternidad de María, comuniqué a mis jovencitos el traslado del Oratorio junto al Refugio. Al primer momento se asustaron un poco, pero cuando les dije que allí nos aguardaba un amplio local, todo él para nosotros, para cantar, correr, saltar y divertirse, quedaron contentos, y aguardaban con impaciencia el domingo siguiente para contemplar las novedades que se iban imaginando.

El tercer domingo de octubre, día dedicado a la Pureza de la Virgen María, una turba de jovenzuelos de diversa edad y condición corría, poco después de mediodía, hacia Valdocco buscando el nuevo Oratorio.

—¿Dónde está el oratorio? ¿Dónde vive don Bosco?—preguntaban por todas partes.

Nadie sabía responderles, pues en aquel vecindario no se había oído hablar nunca ni de don Bosco ni del Oratorio. Los chicos, creyéndose burlados, alzaban la voz e insistían en sus pretensiones; los vecinos, a su vez, se creían insultados, y oponían amenazas y golpes. Las cosas comenzaron a tomar mal cariz, cuando el teólogo Borel y yo, oyendo desde el Refugio el alboroto, salimos a ver qué pasaba. Al aparecer nosotros cesaron el ruido y los altercados. Corrieron en grupo hacia nosotros y preguntaron en dónde estaba el Oratorio. Se les dijo que el verdadero Oratorio no estaba todavía acabado, pero que mientras tanto nos arreglaríamos con mi habitación, que, como era espaciosa, nos vendría bien. En efecto, aquel domingo las cosas fueron bastante bien; pero al domingo siguiente, como a los viejos se unieron algunos del vecindario, no supe dónde meterlos. La habitación, el corredor y las escaleras, todo estaba atestado de chicos. El día de Todos los Santos me puse a confesar con el teólogo Borel, y todos querían confesarse; pero ¿cómo hacer si éramos dos confesores para más de doscientos chicos? Uno se empeñaba en encender fuego, y otro se daba prisa en apagarlo. Este llevaba leña, aquel agua; tubos, tenazas, pale-

tas, cántaros, palanganas, sillas, zapatos, libros, todo quedaba en admirable confusión por querer ordenar y arreglar las cosas.

—Así no se puede seguir—dijo el buen teólogo—; hay que buscar un lugar más a propósito.

Sin embargo, aún hubimos de utilizar otros seis días festivos aquel estrecho local, que no era otro que la habitación que está encima del vestíbulo correspondiente a la primera puerta de entrada en el Refugio. En el entretanto se habló con el arzobispo Fransoni, el cual se percató de la importancia del proyecto.

—Seguid adelante—nos dijo—, haced cuanto juzguéis oportuno para el bien de las almas. Os doy cuantas facultades os sean necesarias. Hablad con la marquesa Barolo. Quizás ella os facilite otro local más cómodo. Pero decidme: ¿No podrían acudir estos chicos a sus propias parroquias?

—Los más de ellos son emigrantes y sólo pasan en Turín una parte del año. Ni siquiera saben cuál es su parroquia. Muchos son gente harapienta, que hablan dialectos difíciles y, por lo mismo, que entienden poco y se hacen difícilmente entender. Algunos, además, son ya de cierta edad y rehúsan mezclarse en las explicaciones con los pequeños.

—En consecuencia—replicó el arzobispo—se necesita un lugar aparte, destinado a ellos. Adelante, pues. Os bendigo a vosotros y vuestros planes. Os ayudaré todo lo que pueda; tenedme al tanto y en todo momento haré lo que esté en mi mano.

En efecto, se habló con la marquesa Barolo y, comoquiera que hasta finales de agosto del año siguiente no se abriría el pequeño hospital, la caritativa dama estuvo de acuerdo en que convirtiésemos en capilla dos habitaciones destinadas a salas de estar para los sacerdotes del Refugio que, con el tiempo, debían instalarse en aquel edificio.

Por lo tanto, para ir al nuevo Oratorio se pasaba por donde actualmente está la puerta del hospital; y, por el callejón que separa la obra del Cottolengo del edificio citado, se iba hasta la actual habitación de los sacerdotes, y por la escalera interior se subía a la tercera planta.

Aquel era el sitio elegido por la divina Providencia para la primera iglesia del Oratorio. Comenzó a llamarse de *San Francisco de Sales por tres razones:* primera, porque *la marquesa Barolo tenía intención de fundar una congregación* sacerdotal bajo este título, y por esto había hecho pintar a este santo a la entrada del local, como todavía se contempla; segunda, porque como *nuestro ministerio entre los jóvenes exigía gran cal-*

ma y mansedumbre, nos habíamos puesto bajo la protección del santo, a fin de que nos obtuviese de Dios la gracia de poder imitarle en su extraordinaria dulzura y en la conquista de las almas. Una tercera razón era la de ponernos bajo la protección de este santo, para que nos ayudase desde el cielo a imitarle en el combate contra los errores de la religión, especialmente del *protestantismo,* que empezaba a insinuarse insidiosamente en nuestros pueblos, y principalmente en la ciudad de Turín.

En consecuencia, el año 1844, el día 8 de diciembre, dedicado a la Inmaculada Concepción de María, con la autorización del arzobispo, en un día verdaderamente invernal, mientras caía una copiosa nevada, se bendijo la suspirada capilla, se celebró la santa misa y confesaron y comulgaron algunos chicos. Yo celebré aquella función emocionado hasta derramar lágrimas, porque veía ya de una forma que me parecía estable la obra del Oratorio; *su fin no era otro que el de tener alegremente ocupada a la juventud desatendida y en peligro, después de cumplir sus deberes religiosos en la iglesia.*

En el reglamento de 1847, publicado hacia 1852, exponiendo el fin de la obra de los oratorios, dice don Bosco: «Este oratorio se puso bajo la protección de San Francisco de Sales, porque los que quieran dedicarse a este género de vida deben tomar a este santo como modelo de caridad y buenas maneras, que son las fuentes de donde manan los frutos que se esperan de la obra de los oratorios» (MB 3,91). Está de acuerdo con el cuarto propósito tomado en su primera misa.

[45] 17. El Oratorio en San Martín de los Molinos. Dificultades. La mano del Señor.

En la capilla aneja al edificio del pequeño hospital de Santa Filomena, el Oratorio se iba encarrilando. Los días festivos acudían muchos jovencitos para confesar y comulgar. Después de misa se daba una breve explicación del Evangelio. Por la tarde, catecismo, canto de coplas religiosas, breve instrucción, letanías de la Virgen y bendición. Durante los intervalos, se entretenía a los muchachos agradablemente con juegos diversos. Estos se hacían en la calleja que aún existe entre el monasterio de las Magdalenas y la vía pública. Allí pasamos siete meses, y nos creíamos haber encontrado el paraíso en la tierra cuando nos vimos obligados a abandonar aquel albergue acogedor para irnos en busca de otro.

La marquesa Barolo, aunque veía con buenos ojos toda obra

de caridad, como se acercaba la apertura de su pequeño hospital (se abrió el 10 de agosto de 1845), decidió que nuestro Oratorio desapareciese de allí. La verdad es que el local destinado a capilla, escuela o recreo de los jóvenes no tenía comunicación alguna con el interior del establecimiento; hasta las mismas persianas estaban fijas y vueltas hacia arriba. Sin embargo, no hubo más remedio que obedecer. Se presentó una razonada instancia al municipio de Turín y, gracias a la recomendación del arzobispo Fransoni, conseguimos que el Oratorio se trasladase a la iglesia de San Martín de los Molinos.

Y hete aquí que un domingo del mes de julio se carga con los bancos, reclinatorios, candelabros y alguna que otra silla, con luces, cuadros y demás, y, llevando cada uno el objeto de que era capaz, a manera de una emigración popular, entre la algazara, la risa y la pena, fuimos a establecer nuestro cuartel general en el lugar concedido.

El teólogo Borel hizo un discurso de ocasión, lo mismo a la partida que a la llegada a la nueva iglesia.

Aquel digno ministro del altar, en un lenguaje popular muy suyo, dijo lo siguiente:

«Las coles, queridos jóvenes, si no se trasplantan, no se hacen grandes y hermosas. Pues lo mismo ocurre con nuestro Oratorio. Hasta ahora ha ido pasando de lugar en lugar; pero en cada sitio en que se plantó, logró un buen incremento, y con gran ventaja para los jóvenes. San Francisco de Asís lo vio empezar como una catequesis, amenizada con algún que otro canto; allí no se podía hacer más. El Refugio fue como una parada de esas que hacen los trenes y que sirvió para que nuestros jóvenes no careciesen, en aquellos meses escasos, de la ayuda espiritual que suponen las confesiones, el catecismo, las charlas y los entretenimientos agradables.

»Junto al pequeño hospital del Refugio comenzó propiamente un verdadero oratorio, y nos parecía que habíamos encontrado ya la paz completa, nuestro lugar definitivo; pero la divina providencia dispuso que tuviéramos que desalojar aquel edificio y venir aquí, a San Martín. ¿Y estaremos aquí mucho tiempo? No lo sabemos; esperamos que sí, pero sea ello como quiera, nosotros tenemos fe en nuestro Oratorio y, como en el caso de las coles trasplantadas, irá en aumento el número de jóvenes que aman la virtud, crecerá el interés por el canto y la música, y por las escuelas nocturnas, y aun por las diurnas.

»¿Estaremos, pues, aquí mucho tiempo?

»Demos de lado a los pensamientos tristes y pongámonos por completo en las manos del Señor, que él cuidará de nos-

otros. Una cosa es clara: que él nos bendice, nos ayuda y nos provee. El pensará en el lugar conveniente para promover su gloria y el bien de nuestras almas.

»Pero como las gracias del Señor forman como una especie de cadena, de suerte que un anillo se une a otro anillo, así, si nosotros aprovechamos las primeras gracias, podemos estar seguros de que nos concederá otras mayores; y, si nosotros secundamos los fines propios del Oratorio, caminaremos de virtud en virtud hasta llegar a la patria feliz, en donde la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo dará a cada uno el premio que se merezca».

A aquella solemne función asistió un gran número de muchachos y se cantó un *tedéum* en acción de gracias con verdadera emoción.

Aquí las prácticas de piedad se tenían como en el Refugio. Pero no se podía celebrar misa ni dar la bendición por la tarde. Por consiguiente, *no se podía dar la comunión, que es el elemento básico de nuestra institución.* El mismo recreo era más bien pobre, paralizado a menudo porque los muchachos debían jugar en la calle y en la plazuela delante de la iglesia, por donde pasaban a menudo peatones, carros, caballos y carretones. Como no podíamos tener otra cosa mejor, dábamos gracias al cielo por cuanto nos había concedido hasta entonces en espera de un lugar mejor; pero sobrevinieron nuevos trastornos.

Como los molineros, los mozos y empleados no pudiesen soportar los saltos, los cantos, y menos aún la algazara de nuestros chicos, se alarmaron y de común acuerdo presentaron sus quejas ante el municipio. Fue por entonces cuando empezó a decirse que aquellas reuniones de jóvenes eran peligrosas y que podían producirse de un momento a otro motines y revueltas. Al decir esto se apoyaban en la obediencia pronta con que ellos ejecutaban la más pequeña indicación de su superior. Añadíase, sin razón, que los muchachos causaban muchos desperfectos en la iglesia y fuera de ella, y en el adoquinado, y no parecía sino que Turín se iba a venir abajo porque nosotros nos reuniéramos en aquel lugar.

Fue el colmo de nuestros males una carta escrita por un secretario de los Molinos al alcalde de Turín, en la que se recogían toda clase de rumores sin la menor base y se decía, abultando los daños imaginarios [1], que era imposible a las fa-

[1] El alcalde mandó inspeccionar el lugar y encontraron los muros, el adoquinado exterior, el pavimento y todas las cosas de la iglesia completamente en regla. El único desperfecto consistía en que un chico había hecho una pequeña raya en las paredes con un clavito.

milias que se dedicaban a aquellos trabajos poder desempeñar sus obligaciones y gozar de tranquilidad. Se llegó a decir que aquello era un semillero de inmoralidad. El alcalde, aunque persuadido de lo infundado del informe, escribió una violenta carta [el 18 de noviembre de 1845], en virtud de la cual el Oratorio debía trasladarse inmediatamente a otro sitio. ¡Duelo general, lamentos inútiles! Total: tuvimos que irnos.

Bueno es advertir que el secretario, llamado... (no debe publicarse nunca), autor de la famosa carta, fue la última vez que escribió, ya que, atacado de un fuerte temblor en la mano derecha, bajó a la tumba tres años después. Dios dispuso que su hijo quedase abandonado en medio de la calle y se viera obligado a pedir pan y asilo en el internado que más tarde se abrió en Valdocco.

Para fechar los cambios de sede del Oratorio en los años 1845 y 1846, véase la Cronología.

[46] 18. EL ORATORIO EN SAN PEDRO AD VÍNCULA. LA CRIADA DEL CAPELLÁN. UNA CARTA. UN ACCIDENTE LAMENTABLE.

Comoquiera que el alcalde y, en general, el municipio, estaban convencidos de la inconsistencia de cuanto se escribía contra nosotros, bastó una simple instancia, y la recomendación del arzobispo, para que pudiéramos reunirnos en el patio y en la capilla del Santo Cristo, llamado vulgarmente San Pedro ad Víncula; así que, después de dos meses en San Martín, tuvimos que cambiarnos con amarga pena a otro lugar que, por lo demás, nos resultaba mejor. Los anchos pórticos, el patio espacioso y la iglesia, muy apta para las funciones sagradas, excitaron el entusiasmo de los jóvenes, que se pusieron locos de alegría.

Pero había allí un terrible rival por nosotros ignorado. Y no fue éste ningún muerto, de los que en gran número reposaban en los próximos sepulcros, sino un vivo, la criada del capellán. Apenas empezó a oír los cantos y las voces [el 25 de mayo de 1845] y también, naturalmente, el barullo de la muchachada, salió fuera de casa hecha una furia y, con la cofia de través y los brazos en jarras, se puso a apostrofar a toda aquella juventud en pleno juego.

Chillaban a la vez que ella, una chiquilla, un perro, un gato y todo un gallinero, de modo que parecía iba a estallar allí

toda una guerra europea. Intenté calmarla, dándole a entender que aquellos chicos no tenían ninguna mala intención; que, si se divertían, no cometían con ello el menor pecado. Entonces ella se volvió contra mí y me tocó aguantar lo mío.

En aquel momento juzgué que lo más oportuno era interrumpir el recreo, dar un poco de catecismo y, después de rezar el rosario en la iglesia, marcharnos, con la esperanza de encontrar más paz al domingo siguiente.

Pues ocurrió todo lo contrario. Cuando, al atardecer, llegó el capellán, la buena criada lo abordó, y después de llamar a don Bosco y a sus muchachos profanadores de los lugares santos y cosas peores, obligó a su señor amo a escribir una carta al municipio. Escribió éste al dictado, pero con tal aspereza, que inmediatamente se dio orden de captura contra cualquiera de nosotros que volviera por allí.

Es doloroso decirlo, pero fue aquélla la última carta del capellán don Tesio. La escribió el lunes, y horas más tarde, víctima de un ataque apoplético, moría casi de repente [28 de mayo]. Días después la sirvienta corría la misma suerte.

Estas cosas se divulgaron e impresionaron profundamente a los jóvenes y a cuantos supieron el desenlace. El afán de acudir y de enterarse de los tristes sucesos fue grande en todos; pero al prohibirse las reuniones en San Pedro ad Víncula y no habiendo podido avisar con tiempo el cambio, nadie estaba en condiciones de saber, ni yo mismo, dónde tendría lugar la reunión siguiente.

[47] 19. El Oratorio en casa Moretta.

El domingo siguiente a la prohibición, fue a San Pedro ad Víncula una multitud de chicos por no habérseles podido avisar previamente. Al encontrar todo cerrado, se llegaron en masa a mi habitación, junto al Refugio. ¿Qué hacer? Me encontraba con un montón de útiles de iglesia y de juego, *y una turba de jóvenes que seguía mis pasos adondequiera que fuese, y yo no contaba con un palmo de terreno donde poderlos reunir.*

Ocultando mis penas, aparentaba buen humor con todos y les divertía, anticipándoles las mil maravillas del nuevo Oratorio, que por aquel entonces no existía en ninguna parte más que en mi mente y en los designios de Dios. Con el fin de entretenerlos de algún modo en los días de fiesta, los llevaba algunas veces a Sassi, otras a la Virgen del Pilón, o a la Virgen

del Campo, o al monte de los Capuchinos, y hasta nos largábamos a Superga.

Por la mañana procuraba celebrar misa en aquellas iglesias, explicándoles también el Evangelio; por la tarde había un poco de catecismo, cantos de coplas y algún que otro relato; después de alguna vuelta por los alrededores, pascábamos hasta que llegaba la hora de volver a casa. Parecía que esta situación difícil iba a reducir a puro humo cualquier plan de oratorio. Y, sin embargo, increíblemente, aumentaba de un modo extraordinario el número de los que acudían.

Entre tanto ya estábamos en el mes de noviembre (1845), tiempo nada a propósito para paseos o caminatas fuera de la ciudad. De acuerdo con el teólogo Borel, tomamos en alquiler tres habitaciones de la casa de don Moretta, que está próxima y casi enfrente de la iglesia actual de María Auxiliadora. Hoy aquella casa, a fuerza de reparaciones, casi se ha convertido en otra. En ella pasamos cuatro meses, angustiados por las estrecheces del lugar, pero contentos por poder recoger al menos en aquellas habitacioncitas a nuestros alumnos y poder instruirlos y darles facilidades, sobre todo, para confesarse. Aún más, allí, aquel invierno, comenzamos las escuelas nocturnas.

Era la primera vez que en nuestra tierra se hablaba de tal género de escuela. Por esto se habló mucho de ello; unos en favor, otros en contra.

Fue precisamente por aquel tiempo cuando se propagaron habladurías muy extrañas. *Unos calificaban a don Bosco de revolucionario, otros lo tomaban por loco o hereje.* Pensaban así: El Oratorio lo que hace es alejar a los chicos de las parroquias; por consiguiente, el párroco se encontrará con la iglesia vacía y no podrá conocer a unos chicos de quienes habrá de dar cuenta a Dios. Lo que tiene que hacer don Bosco es enviarlos a sus parroquias y dejarse de reunirlos fuera de ellas.

Así me hablaban dos respetables párrocos de la ciudad que me visitaron en nombre de sus colegas.

—Los jóvenes que yo reúno—les respondí—no disminuyen la asistencia a las parroquias, puesto que ninguno de ellos o muy pocos tienen párroco o parroquia.

—¿Por qué?

—Porque los más son forasteros y están en esta ciudad totalmente incontrolados por parte de sus padres; o han venido en busca de un trabajo que no pudieron encontrar. Los que de ordinario frecuentan mis reuniones son saboyanos, suizos, de Biella, de Novara, de Lombardía, del valle de Aosta.

—¿Y no podría mandar a estos jovencitos a sus respectivas parroquias?

—No saben cuáles son.

—¿Y por qué no se lo indica usted?

—No es posible. La lejanía de la patria, la diversidad de lenguajes, la inseguridad del domicilio y el desconocimiento de los lugares, hacen difícil, por no decir imposible, el acudir a las parroquias. Además, muchos de ellos son ya crecidos: están entre los dieciocho, los veinte y aun los veinticinco años de edad y son ignorantes en religión. ¿Quién les va a convencer de que vayan a mezclarse con chiquillos de ocho o diez años mucho más instruidos que ellos?

—¿No podría usted acompañarles e ir a darles catecismo en las mismas iglesias parroquiales?

—Podría ir a una parroquia, pero no a todas. Esto se podría arreglar en el caso de que cada párroco quisiera preocuparse de venir personalmente o de enviar a alguien para que se hiciese cargo de estos chicos y se los llevase a las respectivas parroquias. Pero aun esto resulta difícil, porque no pocos de ellos son ligeros y también traviesos, y vienen únicamente atraídos por nuestros paseos y diversiones, y sólo así se determinan a asistir también al catecismo y a las demás prácticas de piedad. Luego sería conveniente que cada parroquia tuviera además un lugar adecuado en donde reunir y entretener a chicos de esta edad en agradable esparcimiento.

—Esto es imposible. Ni existen locales ni se encuentran sacerdotes que dispongan del domingo para esto.

—¿Entonces?

—Entonces, haga lo que le parezca. Mientras, nosotros deliberaremos lo que convenga hacer.

Se agitó entre los párrocos de Turín la cuestión de si se debían promover o rechazar los oratorios. Hubo quien se declaró en pro y quien en contra. El cura de Borgo Dora, don Agustín Gattino, en compañía del teólogo Ponzati, cura de San Agustín, me trajo la respuesta en estos términos:

—Los párrocos de Turín, reunidos según costumbre, se ocuparon de la conveniencia de los oratorios. Pesados los pros y los contras, ante la imposibilidad de que cada párroco pueda montar un oratorio en su parroquia, animan al sacerdote Bosco a continuar mientras no se tome una decisión en contra.

Entre tanto llegaba la primavera de 1846. La casa Moretta estaba habitada por otros inquilinos, bastante numerosos, quienes, aturdidos por el alboroto y el ruido continuo del ir y venir de los jóvenes, se quejaron al dueño, haciendo constar que, si

no se acababa inmediatamente con aquellas reuniones, se marcharían todos. Con lo que el buen sacerdote Moretta se vio obligado a comunicarnos [2 marzo 1846] que nos buscáramos en seguida otro lugar donde reunirnos, si queríamos que nuestro oratorio siguiese con vida.

Ya en el Refugio, a finales de 1844, habían comenzado a hacer algo así como escuelas nocturnas. Los domingos, después de las funciones, y otros días por la tarde, menos los sábados y las fiestas de precepto, iban muchos jóvenes a la habitación de don Bosco y del teólogo Borel, los cuales convertían su cuarto en escuela y enseñaban a leer, a escribir y cuentas. El lector puede imaginarse su esfuerzo considerando la hora de la clase y el número y calidad de los alumnos.

En casa de Moretta, don Bosco perfeccionó un poco tales clases, ya que había más comodidad.

Don Bosco repetirá más adelante que sus escuelas nocturnas fueron las primeras en cuanto al tiempo. En 1934, los Hermanos de las Escuelas Cristianas reclamaron para sí esta prioridad. En las MB 17,850-852 se trata esta cuestión. He aquí la conclusión. Si se trata de escuelas nocturnas regulares, bien montadas, no hay duda de que los hermanos precedieron a don Bosco en algunos meses; en efecto, las empezaron en enero de 1846, con personal técnico. Si, por el contrario, se trata de escuelas nocturnas sin más, tampoco hay duda: don Bosco precede a los hermanos porque las abrió en noviembre de 1845 para los obreros de las fábricas, de las canteras y del campo que se pasaban el día trabajando.

[48] 20. El Oratorio en un prado. Paseo a Superga.

Con gran pena, y no pequeños inconvenientes para nuestras reuniones, en marzo de 1846 nos vimos obligados a abandonar la casa Moretta y a tomar en arriendo un prado de los hermanos Filippi, en donde actualmente existe una fundición de hierro. Allí me encontré a cielo descubierto, en pleno prado cercado de un pobre seto, que dejaba paso libre a quien desease entrar. Los jóvenes, que ya eran de trescientos a cuatrocientos, encontraron su paraíso terrenal en aquel nuevo oratorio, que por techo y paredes tenía la bóveda del cielo. Pero ¿cómo realizar prácticas de piedad en aquel lugar? Hacíamos el catecismo a la buena de Dios, se rezaban oraciones y se cantaban vísperas; después el teólogo Borel o yo subíamos a un ribazo o sobre una silla, y teníamos nuestra plática a los muchachos, que se acercaban ansiosos a escucharnos.

Las confesiones tenían lugar del siguiente modo: los días de fiesta, muy de mañana, ya estaba yo en el prado, en donde

encontraba a varios aguardándome. Me sentaba en la linde y oía la confesión a unos, mientras los otros se preparaban o daban gracias; tras lo cual la mayoría reanudaba sus juegos. A cierta hora de la mañana se tocaba una trompeta, y los jóvenes se congregaban; a un segundo toque se hacía silencio; ello permitía hablar y avisar adónde íbamos a oír la santa misa y a hacer la comunión. A veces, como ya dije, nos dirigíamos a la Virgen del Camino, a la iglesia de la Consolata, o a Stupinigi, o a aquellos otros lugares ya mencionados.

Como hacíamos frecuentes caminatas hasta lugares lejanos, relataré una que se hizo a Superga, para que por ella se entienda cómo solíamos organizarnos.

Reunidos los jóvenes en el prado, se les daba tiempo para jugar a las bochas, a las chapas, etc.; luego se tocaba un tambor, y después una trompeta, y con ello se anunciaba la reunión y la partida. Teníamos buen cuidado de que todos oyesen misa primero, y, poco después de las nueve, salíamos hacia Superga. Unos llevaban cestos de pan, otros queso, o embutido, o fruta, y otras cosas necesarias para pasar el día. Se guardaba silencio hasta las afueras de la ciudad; después empezaba el alboroto: cantos, gritos, pero siempre en fila y en orden. Al llegar a los pies de la subida que conduce a aquella basílica, me encontré con que me tenían preparado un caballito estupendo, con sus arreos y todo, enviado por el sacerdote Anselmetti, cura de aquella parroquia. Allí mismo recibí una misiva del teólogo Borel, que nos había precedido, en la que decía: «Venga tranquilo con nuestros queridos jóvenes; la sopa, el cocido y el vino están preparados.»

Monté a caballo y, sin más, leí en alta voz la carta. Todos se arremolinaron alrededor y, enterados de su contenido, estallaron a la vez en aplausos, ovaciones, gritos, algazara y cantos. Unos cogían al caballo por las orejas, otros por el belfo o por la cola, topando unas veces con el pobre animal y otras con el que lo cabalgaba. El manso animal lo soportaba todo pacíficamente, dando señales de una paciencia mayor que la del que iba encima. En medio de aquel alboroto hacíamos oír nuestra música, consistente en un tambor, una trompeta y una guitarra. Todo desafinaba, pero servía para hacer ruido; y bastaban las voces de los jóvenes para que se produjera una maravillosa armonía.

Cansados de reír, bromear, cantar y desgañitarnos, llegamos a la meta. Los jovencitos, como estaban sudorosos, se recogieron en el patio del santuario, y en seguida se les proveyó de lo necesario para apagar su voraz apetito. Después de descan-

sar, los reuní a todos y les conté detalladamente la historia maravillosa de la basílica, la de las tumbas reales de la cripta y la de la Academia Eclesiástica, allí erigida por Carlos Alberto y promovida por los obispos de los Estados sardos.

El teólogo Guillermo Audisio, que era el presidente, pagó generosamente la sopa y el cocido para todos los huéspedes. El párroco regaló el vino y la fruta. Se dio un par de horas para visitar los locales, y después nos reunimos en la iglesia en la que ya había mucha gente. A las tres de la tarde les hice un sermoncito desde un púlpito; después, algunos de buena voz cantaron el *Tantum ergo;* lo que por la novedad de las voces blancas causó la admiración de todos.

A las seis soltamos algunos globos aerostáticos, y en seguida, con vivas manifestaciones de gratitud a quienes nos habían agasajado, emprendimos el regreso hacia Turín. Los mismos cantos, risas y carreras de antes, unidos a veces a plegarias, ocuparon nuestro camino.

Llegados a la ciudad, si alguno pasaba cerca de su casa, abandonaba la fila y se iba. Cuando yo llegué al Refugio, aún venían conmigo siete u ocho jóvenes de los más robustos, portando los utensilios empleados aquel día.

[49] 21. El marqués de Cavour y sus amenazas. Nuevos trastornos para el Oratorio.

No es posible explicar el entusiasmo que los paseos suscitaban en los jovencitos. Y contentos con aquella mezcla de devociones, juegos y paseos, se me encariñaban de forma tal, que no solamente eran obedientísimos a mis órdenes, sino que estaban deseando les confiase cualquier cosa para ejecutarla. Un día, un guardia, al ver que imponía silencio con un solo gesto de la mano a unos cuatrocientos jovencitos que saltaban y alborotaban en el prado, se puso a gritar:

—*Si este cura fuera general, podría combatir contra el más poderoso ejército del mundo.*

Verdaderamente la obediencia y el afecto de mis chicos llegaba a extremos increíbles.

Por otra parte, esto dio ocasión de renovar las habladurías de que don Bosco podía desencadenar una revolución con sus jóvenes en el momento que se lo propusiera. Tan ridícula afirmación volvió a encontrar eco en las autoridades locales, especialmente en el marqués [Miguel Benso] de Cavour, padre de los célebres Camilo y Gustavo, y que entonces era *vicario*

de la ciudad, que equivalía a jefe del poder urbano. Mandó que me personara en el palacio municipal y, tras largo razonamiento—sobre las patrañas que se me imputaban sin ningún fundamento—, concluyó diciendo:

—Señor cura, acepte mi consejo. No se meta con esos granujas. No harán más que dar disgustos a usted y a la autoridad pública. Se me ha asegurado que esas reuniones son peligrosas y, de consiguiente, no puedo tolerarlas.

—*Yo no tengo, señor marqués—le respondí—, más miras que las de mejorar la suerte de estos pobres hijos del pueblo. No pido dinero, sólo un lugar en donde poder reunirlos. Espero de este modo disminuir el número de los golfos y de los delincuentes que acaban en las cárceles.*

—Se equivoca, señor cura; se cansa en balde. Yo no puedo asignar un local teniendo por seguro que tales reuniones resultan peligrosas; además, ¿en dónde encontraría usted medios para pagar alquileres y hacer frente a tantos gastos como le ocasionarían estos vagabundos? Le repito que no puedo permitir tales concentraciones.

—Los resultados obtenidos, señor marqués, me aseguran que mi trabajo no es estéril. Muchos jovencitos totalmente abandonados fueron recogidos, librados de los peligros, orientados hacia algún oficio, y ya no volvieron más a entrar en la cárcel. Hasta ahora los medios materiales no me han faltado: están en las manos de Dios, quien a veces se sirve de instrumentos menguados para cumplir sublimes designios.

—Lo siento. Obedezca sin más; no me es posible permitir esas reuniones.

—No es por mí, señor marqués, sino por el bien de tantos jovencitos abandonados, que tal vez tendrían un triste fin.

—¡No insista! Nada de objeciones. Es una orden. Y yo debo y quiero impedirlo. ¿No sabe que está prohibida cualquier reunión para la que no se tenga legítimo permiso?

—Mis reuniones no tienen finalidad política. Enseño el catecismo a los muchachos pobres, y lo hago con el permiso del señor arzobispo.

—El arzobispo, ¿está enterado de todo?

—Totalmente informado; nunca di un paso sin su consentimiento.

—Así y todo, yo no puedo permitir semejantes aglomeraciones.

—Creo, señor marqués, que usted no querrá prohibirme dar catecismo con la autorización de mi prelado.

—Y si el arzobispo le dijera que desistiese de esa su ridícula empresa, ¿pondría usted alguna dificultad?

—¡Absolutamente ninguna! Comencé y he seguido hasta el presente con la venia de mi superior eclesiástico; una simple indicación suya sería para mí una orden.

—Retírese. Hablaré con el arzobispo. Pero no se obstine ante sus órdenes, porque me obligaría a tomar medidas de que no querría echar mano.

Llegadas las cosas a este punto, creí que ya no tendría más quebraderos de cabeza por algún tiempo. Pero ¡cuál no sería mi estupor cuando, al llegar a casa, me encontré con una carta de los hermanos Filippi en la que se me echaba del local que me habían alquilado!

—Sus muchachos—me decían—pisotean incesantemente nuestro prado y van a echar a perder las raíces de la hierba. Con gusto le perdonamos el alquiler vencido, con tal de que dentro de quince días deje libre el terreno. No nos es posible darle más tiempo.

Corrió la voz de las dificultades por que íbamos atravesando, y varios amigos me insistían en que abandonase una empresa que, según ellos decían, era del todo inútil. Otros, al verme muy pensativo y siempre rodeado de chiquillos, empezaron a decir si no me había vuelto loco.

Un día, el teólogo Borel, en presencia del sacerdote Sebastián Pacchiotti y otros, comenzó a decirme:

—Antes de exponernos a perderlo todo, es mejor salvar alguna cosa. Dejemos a todos los jóvenes que tenemos y quedémonos únicamente con una veintena de los más pequeños. Mientras seguimos enseñándoles el catecismo, Dios nos abrirá camino y nos ofrecerá oportunidad de hacer algo más.

—No es preciso—le respondí—aguardar nuevas oportunidades. El sitio está preparado; tenemos un patio espacioso, una casa con muchos niños, con pórticos, iglesia, sacerdotes, clérigos, todo a nuestra disposición.

—Pero ¿dónde está todo eso?—interrumpió el teólogo.

—No sé dónde está, pero ciertamente existe y es nuestro.

Entonces el teólogo Borel empezó a llorar y exclamó:

—¡Pobre don Bosco! ¡Se le ha trastornado la cabeza!

Me tomó de la mano, me la besó y se marchó con don Sebastián Pacchiotti dejándome solo en mi habitación.

[50] 22. DESPIDO DEL REFUGIO. NUEVA ACUSACIÓN DE LOCURA.

Las muchas cosas que se decían sobre don Bosco empezaron a inquietar a la marquesa de Barolo, tanto más que el municipio de Turín se oponía a mis proyectos. Vino un día ella a mi despacho y empezó a hablarme así:

—Estoy muy contenta del interés que se toma por mis instituciones. Le agradezco su gran trabajo para introducir en ellas cantos religiosos, el canto gregoriano, la música, la aritmética e incluso el sistema métrico.

—No me lo agradezca. El deber de un sacerdote es trabajar. Dios lo pagará todo; por favor, no le dé demasiada importancia.

—Quería decirle a usted que me duele mucho el que la multiplicidad de sus ocupaciones hayan quebrantado su salud. No es posible seguir con la dirección de mis obras y estar al frente de estos muchachos abandonados. Tanto más que ahora ha crecido desmesuradamente su número. Yo le propondría que sólo se ocupase de lo que realmente es su obligación, es decir, de mi pequeño hospital, y no de ir a las cárceles y al Cottolengo; y que suspenda en absoluto su preocupación por los chicos. ¿Qué me dice a esto?

—Señora marquesa: Dios me ayudó hasta ahora y no dejará de ayudarme en adelante. No se preocupe de lo que haya que hacer: entre don Pacchiotti, el teólogo Borel y un servidor lo haremos todo.

—Pero yo no puedo consentir que usted se mate. Tantas y tan variadas ocupaciones, quiera usted o no, van en detrimento de su salud y de mis instituciones. Y, además, las voces que corren sobre su salud mental, la oposición de las autoridades locales, me obligan a aconsejarle...

—Diga, señora marquesa.

—En fin, o deja usted la obra de sus muchachos o la del Refugio. Piénselo y ya me responderá.

—Mi respuesta está pensada. Usted tiene dinero y encontrará fácilmente cuantos sacerdotes quiera para sus obras. No ocurre lo mismo con mis pobres chicos. Si ahora yo me retiro, todo se vendrá abajo; por lo tanto, seguiré haciendo lo que pueda en el Refugio, aunque cese oficialmente en el cargo, pero me daré de lleno al cuidado de mis muchachos abandonados.

—¿Y de qué va a vivir usted?

—Dios me ayudó siempre y me ayudará también en lo sucesivo.

—Pero usted no tiene salud, y su cabeza no le rige; se engolfará en deudas; vendrá a mí, y yo le aseguro desde ahora que no le he de dar ni un céntimo para sus chicos. Acepte mi consejo de madre. Seguiré pasándole la paga, y hasta se la aumentaré si quiere. Váyase a pasar uno, tres, cinco años en cualquier parte; descanse; cuando esté restablecido vuelva al Refugio, y será siempre bien recibido; de lo contrario, me pone en la desagradable necesidad de despedirle de mi fundación. Piénselo seriamente.

—Señora marquesa, lo tengo pensado. *Mi vida la tengo consagrada al bien de la juventud. Agradezco sus ofrecimientos, pero no me puedo alejar del camino que la Providencia me trazó.*

—¿Así que prefiere usted sus golfos a mis instituciones? Si es así, dese por despedido desde ese momento. Hoy mismo le buscaré sustituto.

Le hice ver que un despido tan precipitado podría hacer suponer motivos poco honrosos para ella y para mí; era mejor obrar con calma y guardar entre nosotros la misma caridad que los dos quisiéramos haber tenido al ser juzgados por el Señor.

—Entonces—concluyó—le daré tres meses; acabados éstos, pondrá en otras manos la dirección de mi pequeño hospital.

Acepté el despido, abandonándome a lo que Dios quisiera de mí.

Entre tanto se imponía cada vez más el rumor de que don Bosco se había vuelto loco. Mis amigos estaban pesarosos; otros reían, el arzobispo dejaba hacer, don Cafasso me aconsejaba contemporizar, el teólogo Borel callaba. Así es que *todos mis colaboradores me dejaron solo con mis cuatrocientos muchachos.*

En tal ocasión, algunas personas respetables se propusieron cuidar de mi salud.

—Este don Bosco—decía uno de ellos—tiene ideas fijas que le conducirán inevitablemente a la locura: le convendrían unos días de clínica. Llevémosle al manicomio, y allí, con las debidas atenciones, se hará cuanto aconseje la prudencia.

Encargaron a dos de venirme a buscar en coche y de que me llevaran al manicomio. Los dos mensajeros me saludaron cortésmente. Después de preguntarme por mi salud, por el Oratorio, por el futuro edificio y la iglesia, lanzaron un profundo suspiro y prorrumpieron:

—¡Es verdad!

Me invitaron a continuación a ir con ellos para dar un paseo.

—Un poco de aire te hará bien: ven; tenemos el coche a punto. Iremos juntos y tendremos tiempo de hablar. Me di cuenta entonces de su juego y, sin darme por enterado, les acompañé hasta el carruaje. Insistí en que entraran ellos los primeros a tomar asiento. Y en lugar de entrar yo también, cerré de un golpe la portezuela y grité al cochero:

—¡De prisa, al galope! ¡Al manicomio, en donde aguardan a estos dos curas!

Los encargados del plan de encerrar a don Bosco fueron los teólogos Vicente Ponzati, párroco de San Agustín y Luis Nasi. Ciertamente obraron con rectitud de intención y por motivos de caridad. Nasi, especialmente, se mantuvo siempre muy amigo de don Bosco y continuó ayudándole en el catecismo, en la predicación y en la música.

[51] 23. Por fin, traslado al actual Oratorio de San Francisco de Sales, en Valdocco.

Mientras sucedía lo anteriormente narrado, llegó el último domingo en que se me permitía tener el Oratorio en el prado (5 de abril de 1846). Yo lo ocultaba; pero todos sabían mis preocupaciones y mis espinas. *Al atardecer de aquel día, contemplaba la multitud de chiquillos que se divertían y consideraba la mies abundante que iba madurando para el sagrado ministerio.* Por lo cual, al verme tan solo a la hora de entregarme a ese trabajo, falto de operarios y agotado de fuerzas, en estado deplorable de salud y sin saber dónde poder reunir en lo sucesivo mis muchachos, me sentí profundamente conturbado.

Me retiré a un lado, me puse a pasear a solas y, quizás por primera vez, me conmoví hasta llorar. Mientras paseaba, alcé los ojos al cielo y exclamé:

—*¡Dios mío! ¿por qué no me señalas de una vez el lugar en que quieres que recoja estos chicos? Dámelo a conocer y dime qué he de hacer yo.*

Terminaba esta súplica cuando llegó un sujeto, llamado Pancracio Soave, que me dijo tartamudeando:

—¿Es cierto que usted busca un sitio para montar un laboratorio?

—Un laboratorio, no: ¡un oratorio!

—Yo no sé lo que va de un oratorio a un laboratorio. Lo cierto es que aquí hay un terreno. Venga y véalo usted mismo.

Es propiedad del señor Francisco Pinardi, buena persona, por cierto. Anímese y hará un buen negocio.

En aquel momento precisamente llegó un fiel compañero mío de seminario, don Pedro Merla, fundador de una obra pía, conocida bajo el nombre de *Familia de San Pedro*. Trabajaba celosamente en el sagrado ministerio, y había comenzado su institución con el objeto de remediar el triste abandono en que se encuentran tantas muchachas o mujeres desgraciadas que, después de pasar por la cárcel, de ordinario se encuentran rechazadas por la sociedad, y aun por los buenos, en forma que les resulta casi imposible encontrar quien les quiera dar pan y trabajo. Cuando a aquel digno sacerdote le quedaba un rato libre, venía con gusto a ayudar a su amigo, a quien de ordinario encontraba solo en medio de una multitud de muchachos.

—¿Qué te pasa?—me dijo apenas me vio—. Nunca te vi tan triste. ¿Alguna desgracia?

—Desgracia no, pero apuro sí, y muy grande. Hoy es el último día que me puedo quedar en este prado. Ya es tarde y no cuento más que con dos horas; he de decir a estos hijos míos en dónde hay que reunirse el próximo domingo y yo mismo no lo sé. Ahí está ese buen hombre que dice existir un local que tal vez me convenga. Echame una mano. Hazte cargo de toda esta chiquillería que juega, que voy a ver qué es y vuelvo en seguida.

Llegado al lugar indicado, vi una casucha de una sola planta, con la escalera y galería carcomida, rodeada de huertos, prados y campos.

Intenté subir por la escalera, pero Pinardi y Pancracio me dijeron:

—No. El sitio que le cederíamos a usted está ahí detrás.

Era un cobertizo alargado, que por un lado se apoyaba contra la pared y, por el otro, terminaba a la altura de cerca de un metro desde el suelo. Pudiera servir, en caso de necesidad, para almacén o leñera. Al entrar tuve que agachar la cabeza para no pegar en el techo.

—No me sirve: es demasiado bajo—dije.

—Lo haré arreglar a su gusto—repuso complaciente Pinardi—. Excavaré, pondré unos escalones y un pavimento. Porque yo deseo muchísimo que usted establezca aquí su laboratorio.

—Que no es un laboratorio, sino un oratorio, una iglesia para reunir a los jovencitos.

—Con más razón entonces. De buena gana me ofrezco a hacerlo. Vamos a hacer un trato. Soy cantor, y vendré a ayu-

darle: traeré dos sillas, una para mí y la otra para mi mujer. Tengo además una lámpara en mi casa. También se la traeré.

Aquel hombre honrado parecía delirar de alegría porque iba a tener una iglesia en su casa.

—Le agradezco, amigo mío, su generosidad y su buen deseo. Acepto sus ofrecimientos. Si puede usted rebajar el pavimento al menos unos dos palmos, ¡de acuerdo! Pero ¿cuánto pide?

—Trescientos francos. Me ofrecen más, pero lo prefiero a usted porque piensa dedicar este lugar en beneficio público y de la religión.

—Le doy trescientos veinte, con tal que me deje también la faja de terreno que está junto a él para que puedan hacer recreo los chicos y que el domingo próximo pueda ya venir con ellos.

—Entendido. Trato hecho. Venga, pues: todo estará a punto. No busque más.

Corrí en seguida hacia mis jovencitos. Les reuní a mi alrededor y me puse a gritar:

—¡Animo, hijos míos! Ya tenemos un Oratorio más seguro. Habrá iglesia, sacristía, locales para clases y terreno de juego. El domingo que viene iremos al nuevo oratorio que está allá, en casa Pinardi.

Y con el dedo les señalaba el lugar.

Aquellas palabras fueron acogidas con un entusiasmo delirante. Unos corrían y cantaban de alegría; otros se habían quedado inmóviles; algunos daban voces que eran más bien chillidos y aullidos, conmovidos como quien experimenta una gran alegría y no sabe cómo manifestarla. En un arranque de emoción y llenos de profunda gratitud hacia la Stma. Virgen, que había acogido favorablemente las plegarias hechas aquella misma mañana en la iglesia de la Virgen del Campo, nos arrodillamos por última vez en el prado y rezamos el santo rosario; tras el cual todos se marcharon a su casa. Así se daba el último saludo a aquel lugar que todos queríamos por necesidad, pero que, con la esperanza de otro mejor, abandonábamos sin pena.

Al domingo siguiente, solemnidad de la Pascua, 12 de abril, llevamos con nosotros todos los enseres de iglesia y juegos y nos fuimos a tomar posesión del nuevo local.

Don Bosco habló a sus salesianos de su primera noticia de la casa Pinardi el 10 de mayo de 1864, en una conferencia que el diácono Bonetti resumió inmediatamente después. El apunte se conserva en nuestros archivos.

A principios de 1846 vio en sueños una casita situada no lejos

del Refugio donde habitaba y que estaba destinada para él y para sus jóvenes. A la mañana siguiente dijo, sin más, al teólogo Borel: «¡Ahora ya hay casa!»

El buen teólogo le preguntó que en dónde. Se lo dijo. Fue a verla. Pero, ¡ay!, constató que se trataba de una casa infame. Mortificado, exclamó: «¡Son ilusiones diabólicas!» Y avergonzado de sí mismo por prestar tan pronto fe, sin volver a hablar del asunto, don Bosco siguió con el oratorio ambulante.

Pero he aquí que de nuevo se le mostró a don Bosco la misma casa. Volvió por aquellos lugares a la mañana siguiente, y lloraba no pudiendo persuadirse de tener que ir a un lugar de deshonra. Dijo: «Es hora de rogar al Señor se digne iluminarme y sacarnos de este apuro».

He aquí que por tercera vez vuelve a ver la misma casa. Entonces oyó una voz que le dijo: «No tengas miedo de ir. ¿No sabes que Dios puede enriquecer a su pueblo con los despojos de los egipcios?»

Quedó entonces satisfecho y buscaba la manera de hacerse con la casa indicada, cuando tuvo lugar el despido del prado y la oferta de Pinardi.

Década tercera: 1846-1856

[52] 1. La nueva iglesia.

Aunque la nueva iglesia era una auténtica miseria, sin embargo, como había un alquiler con un contrato formal, nos libraba de la inquietud de tener que emigrar en cualquier instante a otro sitio con graves trastornos. Además, a mí se me antojaba que era verdaderamente el sitio en donde yo había visto, en sueños, escrito: *Esta es mi casa: de aquí saldrá mi gloria;* pero las disposiciones del cielo no acababan ahí. No era pequeña la dificultad que resultaba de encontrarnos junto a una casa de inmoralidad; dificultad también había por parte de la taberna «La Jardinera», actualmente llamada casa Bellezza, en donde, especialmente los días festivos, se reunía la gente alegre de la ciudad.

Al poco tiempo pudimos vencer las dificultades y comenzar a celebrar regularmente las reuniones con nuestros chicos.

Terminados los trabajos, el arzobispo, el 10 de abril, concedía la facultad de bendecir y dedicar al culto divino aquel modesto local. Esto sucedía el 12 de abril de 1846, domingo [de Pascua]. El mismo arzobispo, para demostrar su satisfacción, renovó la facultad que nos había concedido antes cuando estábamos en el Refugio: poder cantar la misa, celebrar triduos, novenas y ejercicios espirituales, administrar la confirmación, la santa comunión y, también, poder cumplir con el precepto pascual. Todo esto extensivo a cuantos frecuentaban nuestra institución.

El hecho de disponer de un local fijo, las benemerencias del arzobispo, la solemnidad de las funciones, la música, la noticia de que poseíamos un patio de juegos, atraían a muchachos de todas partes. Algunos sacerdotes comenzaron a volver. Entre los que prestaban colaboración destacaron don José Trivero, el teólogo Jacinto Cárpano, el teólogo José Vola, el teólogo Roberto Murialdo y el intrépido teólogo Borel.

Las funciones se celebraban del siguiente modo: Los días de fiesta se abría la iglesia muy temprano; empezaban las confesiones; éstas duraban hasta la hora de misa. La misa estaba anunciada para las ocho, pero comoquiera que teníamos que atender a los muchos chicos que querían confesarse, frecuentemente se retrasaba hasta las nueve, y aun más tarde. Algunos

de los sacerdotes, cuando estaban, dirigían las oraciones y se hacían cargo de la masa. En la misa comulgaban cuantos querían. Terminada la misa y quitados los ornamentos, subía yo a un púlpito, nada alto por cierto, a explicar el Evangelio. Por aquel entonces, en vez de homilía, comenzamos a narrar ordenadamente la historia sagrada. Estos relatos hechos en forma sencilla y popular, y revestidos con datos de las costumbres de los tiempos y de los lugares correspondientes, y completados con los nombres geográficos y su versión actual, agradaban muchísimo al juvenil auditorio, y a los adultos y a los propios sacerdotes presentes.

Después de la plática venía la clase, que duraba hasta el mediodía.

A la una de la tarde comenzaba el recreo, con bochas, zancos, fusiles y espadas de madera, y con los primeros aparatos de gimnasia. A las dos y media empezaba el catecismo. La ignorancia era, en general, grandísima. Muchas veces me sucedió empezar el canto del avemaría y, entre cerca de cuatrocientos jóvenes allí presentes, si yo callaba, no encontraba ni uno capaz de continuar.

Terminado el catecismo, como todavía no se podían cantar las vísperas, se rezaba el rosario. Más tarde empezamos a cantar el *Ave maris stella;* después el *Magníficat;* más adelante el *Dixit Dominus;* luego los otros salmos y, al fin, alguna que otra antífona, hasta llegar a ser capaces de cantar al cabo de un año todas las vísperas de la Virgen. Y como remate de estas prácticas se tenía una breve instrucción, consistente de ordinario en un ejemplo, en el que se hacía resaltar un vicio o una virtud. Todo acababa con el canto de las letanías y la bendición del Stmo. Sacramento.

[53] Al salir de la iglesia empezaba el tiempo libre, durante el cual cada uno podía entretenerse a su gusto. Uno seguía la clase de catecismo, otro la de canto o lectura; pero la mayor parte de los chicos se entregaba a saltar, correr y divertirse en diversos juegos y pasatiempos. Los que se reunían con intención de saltar, hacer carreras y dedicarse a juegos de manos o de habilidad sobre cuerdas y barras, como yo todo eso lo había aprendido en mis tiempos de saltimbanqui, lo practicaban bajo mi disciplina. Así podía frenar de alguna manera a aquella multitud de la que en buena parte se podía decir también: *Son como borriquillos y mulos que no tienen seso* [Sal 31,9].

Por otra parte, he de decir que, en medio de tan gran ig-

norancia, pude admirar siempre un gran respeto por las cosas de la Iglesia y ministros sagrados, y una gran inclinación por aprender las verdades religiosas.

Es más, yo me servía de aquellos recreos, tan movidos, para buscar ocasión de insinuar a mis muchachos pensamientos espirituales e invitarles a que frecuentaran los sacramentos. A unos, con una palabrita al oído, les recomendaba más obediencia, una mayor puntualidad en sus deberes; a otros, que frecuentasen el catecismo y se viniesen a confesar; y cosas semejantes. Para mí aquellas diversiones eran un modo eficaz de hacerme con una multitud de jóvenes que, cada sábado por la tarde o cada domingo por la mañana, viniesen a confesarse con el mejor deseo del mundo.

A veces apartaba de los mismos juegos a algunos para llevármelos al confesonario, pues me había percatado de que andaban un tanto rezagados en el cumplimiento de tan importante deber. Contaré un hecho de entre muchos. Había insinuado muchas veces a uno que cumpliese con Pascua; cada domingo me lo prometía, pero no acababa de cumplir. Un día de fiesta, terminadas las funciones sagradas, se puso a jugar con frenesí. Mientras corría y saltaba por todas partes, todo bañado de sudor, y con tal entusiasmo que no sabía si estaba en este mundo o en el otro, lo llamé a toda prisa rogándole que viniera conmigo a la sacristía, pues me iba a hacer un encargo. El quiso venir tal como estaba, en mangas de camisa.

—No—le dije—; ponte la chaquetilla y ven.

Ya en la sacristía, lo conduje al coro, y entonces le espeté:

—Arrodíllate en este reclinatorio.

Lo hizo, pero con ademán de tomarlo y llevarlo a otro sitio.

—No—añadí—; el reclinatorio déjalo donde está.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Pues confesarte.

—No estoy preparado.

—Esto ya lo sé.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces, que te prepares y te confesaré después.

—Bueno, no está mal la cosa—exclamó—; en realidad tenía necesidad de ello, verdadera necesidad; de lo contrario, no hubiera venido aún a confesarme por miedo a mis compañeros.

Mientras yo recé una parte del breviario, él se preparó algo; después se confesó de buena gana y dio gracias con mucha devoción. A partir de aquel momento fue uno de los más asiduos en el cumplimiento de los deberes religiosos. Cuando

él contaba la anécdota a sus compañeros, solía terminar diciendo:

—Don Bosco empleó una buena estratagema para cazar al pájaro y meterlo en la jaula.

Cuando anochecía, un toque de campana reunía a todos en en la iglesia. Allí se hacía un poco de oración o se rezaba el rosario con el ángelus, y terminaba todo con el canto del *Alabado siempre sea el Simo. Sacramento.*

Al salir de la iglesia me ponía en medio de ellos y les acompañaba entre cantos y algazara. Cuando, subiendo, llegábamos hasta la plaza del Rondó, se cantaba una estrofa de una canción religiosa, se citaban entre sí para el siguiente domingo y, dándonos unos a otros las buenas noches, cada cual se marchaba a su casa.

En el momento de irse del Oratorio se producía una escena singular. Al salir de la iglesia, todos, formando un grupo daban mil veces las buenas noches sin acertar a separarse. Yo les decía:

—Id a casa; se hace de noche; os aguardan los padres.

Inútilmente. Era preciso dejarles seguir reunidos; entonces, seis de los más robustos formaban con sus brazos una especie de silla, sobre la cual, como sobre un trono, me tenía yo que sentar por fuerza. Se ordenaban en varias filas, y con don Bosco sobre aquel palco de brazos, que destacaba así por encima de los de mayor estatura, caminaban cantando, riendo y aplaudiendo hasta la plaza llamada *el Rondó.* Se cantaban todavía allí algunas canciones; terminaban con el canto solemne del *Lodato sempre sia.*

Se hacía después un gran silencio, y yo entonces podía hacerme oír y augurar a todos una buena noche y una buena semana. Todos respondían a pleno pulmón: «¡Buenas noches!»

En aquel momento se me bajaba del trono; íbanse todos a sus propias casas, y solamente algunos de los mayores me acompañaban a la mía, medio muerto de cansancio.

Por lo que toca a la inscripción: «Esta es mi casa; de aquí saldrá mi gloria», parece ser que don Bosco vio la inscripción latina en tres lugares, en tres ocasiones y en tres formas algo diferentes.

La vio por primera vez en la «alta y grandiosa iglesia» del sueño narrado anteriormente, escrita con caracteres cubitales: «Aquí está mi casa; de aquí saldrá mi gloria».

La segunda vez le pareció verla en la capilla Pinardi de esta forma: «Esta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria». Y creyó entonces que aquél era el lugar que se le había mostrado en el otro sueño.

Pero treinta años más tarde, cuando ya existía la iglesia de María Auxiliadora, releyendo la copia de estas memorias, escribió al margen: «Pero las disposiciones del cielo no acaban ahí». La tercera vez había leído sobre el frontispicio de una casa capaz para doscientos jóvenes, que aún no existía (que más tarde se levantó junto a la iglesia de San Francisco de Sales): «Aquí radica mi poder, y de aquí y de ahí saldrá mi gloria». Este «de aquí y de ahí» eran una y otra parte de la calle, llamada de La Jardinera, que pasaba por el medio y que fue suprimida en 1865, después de haber empezado a construir la iglesia de María Auxiliadora: en efecto, de un lado estaba el naciente oratorio, y del otro, el campo donde luego se erigió el templo mayor (MB 3,456).

Los sueños indicaban, por lo que se ve, en conjunto, a la obra total. Por lo tanto, los puntos exactos correspondientes a cada uno de ellos podían variar dentro del perímetro de la obra.

[54] 2. Otra vez Cavour. Tribunal de cuentas. Guardia cívica.

A pesar del orden, la disciplina y la tranquilidad de nuestro Oratorio, el marqués de Cavour, teniente-alcalde de gobernación de la ciudad, seguía en el empeño de acabar con nuestras reuniones porque las juzgaba peligrosas. Cuando supo que yo siempre había procedido con el consentimiento del arzobispo, reunió el tribunal de orden público en el palacio episcopal, por encontrarse algo enfermo el prelado.

Estaba formado este tribunal por una selección de concejales, en cuyas manos se concentraba todo el poder civil. El presidente del tribunal, llamado jefe de orden público, tenía más poder que el alcalde.

—Cuando yo vi a todos aquellos magnates—me dijo más tarde el arzobispo—reunirse en esta sala, me pareció que se iba a celebrar el juicio universal.

Se disputó mucho en pro y en contra, y concluyóse en que aquellas reuniones debían impedirse y desbaratarse totalmente, porque comprometían la tranquilidad pública. Formaba parte del tribunal el conde José Provana de Collegno, insigne bienhechor nuestro, y entonces ministro de hacienda del rey Carlos Alberto. Varias veces me había dado subvenciones de su propio bolsillo, y también de parte del soberano, pues este príncipe oía con verdadero gusto hablar del Oratorio, y cuando se celebraba alguna solemnidad, leía siempre gustoso la relación que yo le mandaba escrita o que el referido conde le hacía verbalmente. Diversas veces me hizo saber que él, el soberano, apreciaba mucho esta actividad del ministerio eclesiástico, que com-

paraba él con las misiones en el extranjero, y que expresaba vivo deseo de que se establecieran instituciones similares en todas las ciudades y lugares de su Estado. Por Año Nuevo solía enviarme un regalo de trescientas liras con estas palabras: «Para los pilluelos de don Bosco». Y cuando supo que el tribunal de orden público amenazaba con prohibir nuestras reuniones, encargó a dicho conde les comunicara su voluntad con estas palabras:

—Es mi intención que estas reuniones dominicales sean protegidas y favorecidas; si hubiese peligro de desórdenes, estúdiese el modo de prevenirlos y evitarlos.

Pues bien, el conde Collegno, que asistió en silencio a toda aquella viva discusión, cuando vio que se proponía la orden de dispersión y disolución definitiva, se levantó, pidió la palabra *y comunicó la intención del soberano y la protección que el rey quería dispensar a aquella minúscula institución.*

Ante tales palabras, calló Cavour y todo el tribunal, y me mandaron llamar de nuevo a toda prisa, y en tono amenazador y llamándome terco, terminó Cavour con estas palabras claramente permisivas:

—No quiero el mal de nadie. Usted trabaja con buena intención, pero lo que hace está lleno de peligros, y como yo tengo obligación de velar por el orden público, haré que le vigilen a usted y sus reuniones. A la más mínima cosa que le pueda comprometer, dispersaré inmediatamente a sus pilluelos, y usted me tendrá que dar cuenta de cuanto ocurra.

Fueran las agitaciones en que anduvo envuelto, fuera la enfermedad que ya le minaba, el hecho es que aquélla resultó ser la última vez que Cavour estuvo en el palacio municipal. Atacado de gota, tuvo que sufrir mucho, y en poco tiempo bajó a la tumba [15 de junio de 1850].

Pero durante los seis meses que aún vivió [entiéndase en el cargo, o sea, hasta 17 de junio de 1847] enviaba cada domingo algunos guardias municipales para pasar con nosotros todo el día, vigilando cuanto ocurría en la iglesia o fuera de ella.

—Y bien—dijo el marqués de Cavour a uno de aquellos guardias en cierta ocasión—. ¿Qué habéis visto y oído en medio de aquella gentuza?

—*Señor marqués, hemos visto una multitud de muchachos que se divierten de mil maneras; en la iglesia hemos oído sermones que meten miedo. Dijeron tales cosas sobre el infierno y los demonios que me entraron ganas de ir a confesar.*

—¿Y de política?

—De política, nada; aquellos críos no entenderían una palabra. Opino que digieren mejor el tema de los panecillos; en eso todos están en condición de ser los primeros.

Una vez muerto Cavour, no hubo nadie en el ayuntamiento que nos ocasionase la menor molestia; es más, cuantas veces se presentó ocasión hasta 1877, el municipio de Turín nos favoreció siempre.

> Don Barberis, en una crónica particular, bajo la fecha del 27 de diciembre de 1877, al referir una conversación sostenida por don Bosco sobre los principios del Oratorio, escribe que le dijo entre otras cosas: «¡Qué cuadro era ver varios centenares de jóvenes sentados, atentos y pendientes de mis labios, y seis municipales de uniforme, bien derechos y colocados de dos en dos en tres puntos diversos de la iglesia, con los brazos cruzados y oyendo también ellos el sermón! ¡Me venían de perlas para la asistencia de los jóvenes, aunque lo cierto es que estaban allí para asistirme [vigilarme] a mí! ¡Escena conmovedora la de los guardias cuando, con el revés de la mano, se secaban furtivamente las lágrimas o se tapaban el rostro con el pañuelo para que no se advirtiera su emoción; o contemplarles de rodillas entre los jóvenes, aguardando su turno frente a mi confesonario! Porque yo hacía los sermones más para ellos que para mis chicos, desarrollando con intención ciertos argumentos de los novísimos: pecado, muerte, juicio, infierno» (MB 13,402).

[55] 3. Escuela dominical. Escuela nocturna.

Ya cuando estaba en la iglesia de San Francisco de Asís advertí la necesidad de una escuela, pues hay jóvenes bastante avanzados en edad que ignoran totalmente las verdades de la fe. Para éstos, la enseñanza verbal resulta larga y, de ordinario, enojosa, por lo que fácilmente la abandonan. Se hizo la prueba de darles algo de clase, pero no prosperó por falta de local y de maestros que nos quisiesen ayudar. En el Refugio, y más tarde en la casa de Moretta, comenzamos una escuela dominical estable, e incluso una escuela nocturna regular cuando se llegó a Valdocco.

Para obtener un buen resultado se acometía una sola materia de enseñanza por vez. Por ejemplo, un domingo o dos se empleaba en dar o repasar el alfabeto o las sílabas; a continuación se echaba mano del catecismo elemental, y en él se les hacía silabear y leer hasta que fuesen capaces de entender una o dos de las primeras preguntas del catecismo; ésta era la lección para la semana siguiente. Y cuando lle-

gaba el domingo, se hacía repetir la misma materia, añadiendo nuevas preguntas y respuestas. De esta forma pude conseguir que algunos llegaran en ocho días festivos a leer y a aprender por sí mismos páginas enteras del catecismo. Con esto ganamos tiempo, ya que los mayorcitos hubieran necesitado, de no haber aprendido a leer, bastante tiempo antes de alcanzar la suficiente instrucción para poder confesarse.

La asistencia a las clases dominicales beneficiaba a muchos; pero no bastaba, pues no pocos, de cortísimo ingenio, olvidaban durante la semana lo aprendido el domingo anterior. Fue entonces cuando introdujimos las escuelas nocturnas, que, comenzadas en el Refugio, continuaron con una mayor regularidad en casa Moretta, y que ahora, en Valdocco, mejoraban notablemente al poder disponer de un local estable.

Estas escuelas nocturnas producían sus resultados; animaban a los jovencitos a venir al Oratorio para instruirse en las letras, de las que sentían gran necesidad y, al mismo tiempo, nos ofrecían la oportunidad de instruirles en religión, que era la finalidad de nuestra institución.

Pero ¿de dónde sacar tantos maestros si casi cada día nos veíamos obligados a añadir nuevas clases? Para resolver el problema, me puse a preparar a cierto número de jóvenes. Les enseñaba yo a ellos italiano, latín, francés y aritmética sin cobrarles nada, pero tenían la obligación de venir a ayudarme a enseñar el catecismo y dar la clase dominical y nocturna. Estos mis maestrillos, unos ocho o diez entonces, fueron en aumento, y de ellos nació la sección de estudiantes.

Cuando estaba en el colegio de San Francisco de Asís, tuve entre mis chicos a Juan Coriasco, hoy maestro carpintero; Félix Vergnano, ahora negociante en pasamanería, y Delfín Paolo. Este último es ahora profesor de curso técnico. En el Refugio tuve a Antonio Melanotte, ahora droguero; Juan Melanotte, confitero; Félix Ferrero, corredor; Pedro Ferrero, cajista; Juan Piola, carpintero, patrón de taller. A éstos se unieron Luis Genta, Víctor Mogna y otros, que no fueron constantes. Tenía que gastar mucho tiempo y mucho dinero, y, generalmente, cuando estaban en condiciones de ayudarme, la mayor parte me abandonaban.

A éstos se añadieron varios piadosos señores de Turín. Fueron constantes el señor José Gagliardi, quincallero; José Fino, de la misma profesión; Víctor Ritner, joyero, y otros. Los sacerdotes me ayudaban especialmente celebrando la misa, predicando e impartiendo catecismo a los mayorcitos.

[56] La falta de libros constituía toda una dificultad, porque, aprendido el catecismo elemental, ya no disponíamos de texto alguno. Examiné todos los compendios de historia sagrada que se usaban en las escuelas, pero no encontré ninguno que resolviese satisfactoriamente mi problema. Les faltaba sencillez, traían a cuento hechos inoportunos y eran largas sus preguntas y fuera de lugar. Además, no pocos estaban expuestos de tal forma que ponían en peligro la inocencia de los muchachos. Además, todos se preocupaban bien poco de subrayar los puntos que han de servir de fundamento a las verdades de la fe. Dígase lo mismo de los ejemplos que hacían referencia al culto externo, al purgatorio, a la confesión y a la eucaristía y demás.

A fin de subsanar esta deficiencia en la educación de aquel entonces, me entregué en cuerpo y alma a la redacción de una historia sagrada que, a más de poseer facilidad de dicción y sencillez de estilo, estuviese libre de los mencionados defectos. Este es el motivo que me movió a escribir e imprimir la titulada *Historia sagrada para uso de las escuelas*. No podía garantizar un trabajo de calidad literaria, pero trabajé con toda ilusión por servir a la juventud.

Después de algunos meses de clase hicimos una pública demostración de lo que nuestros alumnos habían aprendido en las lecciones de los domingos. Los alumnos fueron interrogados sobre toda la historia sagrada y sobre la geografía relacionada con ella, siguiendo un cuestionario. Estaban como espectadores el célebre abate Aporti, Boncompagni, el teólogo Pedro Baricco y el profesor José Raynieri: todos aplaudieron la experiencia.

Animados por los progresos conseguidos en las clases dominicales y nocturnas, se añadieron clases de aritmética y dibujo a la de lectura y escritura. Era la primera vez que en nuestro país tenían lugar semejantes clases. Muchos profesores y otros distinguidos personajes venían con frecuencia a visitarlas. El mismo municipio envió una comisión, con el comendador José Dupré a la cabeza, encargada exclusivamente de comprobar si los tan decantados resultados de las escuelas nocturnas eran una realidad. Ellos mismos preguntaron sobre pronunciación, contabilidad y declamación, y no podían comprender cómo jóvenes del todo iletrados hasta los dieciocho y veinte años pudiesen adelantar tanto en educación e instrucción en pocos meses. Al contemplar aquel nutrido grupo de jóvenes, ya mayores, que, en vez de pasarse las noches vagando por las calles, se juntaban para instruirse,

aquellos señores salieron entusiasmados. Cuando informaron al ayuntamiento en pleno, se nos asignó como subvención una anualidad de trescientos francos, que se estuvo cobrando hasta 1878, en que, sin que se haya podido saber el porqué, nos la suprimieron para dársela a otra institución.

El caballero Gonella, cuyo celo y caridad dejaron en Turín glorioso e imperecedero recuerdo, era entonces director de la obra *La mendicidad instruida.* También él vino varias veces a vernos, y al año siguiente, 1847, introdujo el mismo tipo de enseñanza, con los mismos métodos, en la obra confiada a sus cuidados. Al contarles nosotros a los administradores de esta obra cómo funcionaba todo, después de haber deliberado, nos otorgaron una ayuda de mil francos para nuestras escuelas. Luego, el ayuntamiento hizo algo parecido y, en el espacio de pocos años, las escuelas nocturnas se habían propagado por las principales ciudades del Piamonte.

[57] Pronto surgió una nueva necesidad. Precisábamos de un devocionario adaptado a los tiempos. Son innumerables los que, salidos de muy buenas plumas, corren por las manos de todos, pero, en general, están hechos para personas de cierta cultura, y tanto sirven para católicos como para judíos y protestantes. Al ver cómo la peligrosa herejía se iba infiltrando cada día más, procuré compilar un libro adaptado a la juventud y a la altura de sus conocimientos religiosos, basado en la Biblia, y que expusiese los fundamentos de la religión católica lo más breve y claramente posible. Este sería *El joven cristiano.*

Lo mismo me pasaba con la enseñanza de la aritmética y del sistema métrico. Cierto que no sería obligatorio el empleo del sistema hasta el año 1850; pero empezó a introducirse en las escuelas en 1846; más aún, introducido oficialmente en las escuelas, faltarían, ciertamente, libros de texto. Para llenar este vacío lancé mi librito titulado *El sistema métrico decimal simplificado,* etc.

[58] 4. Enfermedad. Curación. Decisión de residir en Valdocco.

El enorme trabajo que tenía en las cárceles, en el Cottolengo, en el Refugio, en el Oratorio y en las escuelas, me obligaban a trabajar de noche si quería redactar las mencionadas obritas, que necesitaba sin falta. Por ello, mi salud, ya de

por sí bastante delicada, se quebrantó de tal forma que los médicos me aconsejaron abandonar toda ocupación. El teólogo Borel, que me apreciaba mucho, me envió para reponerme a pasar una temporada con el cura de Sassi (a los pies de Superga). Descansaba durante la semana, y el domingo ya estaba en el Oratorio trabajando. Pero no era suficiente. Los jovencitos venían a visitarme en grupos. A ellos se añadieron los del propio pueblo. Total: *que ellos me molestaban a mí más que si estuviese en Turín, y yo a ellos, pobres, los llevaba de cabeza.*

No sólo los que frecuentaban el Oratorio acudían, se puede decir que cada día, a Sassi, sino, además, los alumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

He aquí, al caso, un episodio entre muchos. Habían predicado los ejercicios espirituales a los alumnos de las escuelas (municipales) de Santa Bárbara, dirigidas por esos religiosos. Como muchos solían confesarse conmigo, al acabarlos fueron en grupo a buscarme al Oratorio. Pero como no me encontraron, vinieron a Sassi, que está a cuatro kilómetros de Turín. El tiempo era lluvioso, y comoquiera que los chicos no conocían bien el camino, anduvieron vagando por campos, prados y viñas en busca de don Bosco. Llegaron, por fin, en número de unos cuatrocientos, deshechos por el cansancio y el hambre, empapados en sudor y cubiertos de barro, pidiendo confesarse.

—Nosotros—decían—hemos hecho ejercicios, queremos mejorar, y hemos pensado hacer una confesión general; venimos con permiso de nuestros maestros.

Se les aconsejó volver en seguida al colegio para evitar la ansiedad de sus maestros y sus padres, pero respondían suplicando que querían confesarse. Nos pusimos a confesar los tres sacerdotes del lugar y yo; pero hacían falta al menos quince confesores.

Mas ¿cómo aliviar, o mejor acallar, el hambre de aquella multitud? El buen párroco, el actualmente teólogo Abbondioli, dio a aquella fatigada turba todas sus provisiones: pan, polenta, alubias, arroz, patatas, queso, fruta..., todo lo preparó como pudo y se lo dio.

¡Qué desconcierto luego en el colegio cuando llegaron los predicadores, los maestros y algunas personalidades invitadas para la clausura de los ejercicios, la misa y la comunión general y no encontraron ningún alumno! Fue un verdadero desbarajuste. Naturalmente, se tomaron las medidas pertinentes para que no se repitiese el caso.

En cuanto a mí, de vuelta a casa, víctima del agotamiento, me llevaron a la cama. La enfermedad se manifestó en forma de bronquitis, a la que se añadió tos y una inflamación peligrosa. En ocho días me puse a la muerte. Recibí el santo viático y los santos óleos. *Pienso que en aquel momento estaba preparado para morir; sentía abandonar a mis chicos, pero estaba contento, porque acabaría mis días después de haber dado forma estable al Oratorio.*

[59] Al esparcirse la noticia de que mi enfermedad era grave, se produjeron tales muestras de sentimiento que no es posible explicar. Constantemente llamaban a la puerta hileras de jovencitos llorosos, que preguntaban por mi enfermedad. Cuantas más noticias les daban, más insistían en sus preguntas. Yo oía los diálogos que tenían con el criado, y me emocionaba. Después supe de qué fue capaz el afecto de mis jóvenes. Espontáneamente rezaban, ayunaban, oían misa, ofrecían sus comuniones. Se alternaban para pasar la noche y el día en oración ante la imagen de la Consolata. Por la mañana encendían velas, y hasta última hora de la tarde había siempre un número considerable de ellos rezando y suplicando a la augusta Madre de Dios que conservase a su pobre don Bosco.

Algunos hicieron voto de rezar el rosario entero durante un mes; otros, durante un año, y hasta llegó a darse que algunos lo hicieron por toda la vida; tampoco faltaron quienes prometieran ayunar a pan y agua durante meses, años y mientras vivieran. Me consta que hubo albañiles, peones, que ayunaron a pan y agua semanas enteras, aun sin disminuir sus pesados trabajos de la mañana a la tarde. Más aún, si tenían un rato libre, iban presurosos a pasarlo delante del Santísimo Sacramento.

Dios los oyó. Era sábado por la tarde, y se veía que la noche iba a ser la última de mi vida. Así lo afirmaron los médicos que se reunieron en consulta, y así lo pensaba yo, que me veía totalmente falto de fuerzas y perdiendo continuamente sangre. Pero, entrada la noche, sentí que me vencía el sueño. Dormí. Al despertar me encontré fuera de peligro. Cuando por la mañana me visitaron los doctores Botta y Cafasso, me dijeron que fuera a dar gracias a nuestra Señora de la Consolata por el favor alcanzado.

Mis muchachos no lo creían si no me veían, y me vieron a poco ir con un bastoncito al Oratorio con una emoción fácil

de imaginar y difícil de describir. Se cantó un tedéum y el entusiasmo y las aclamaciones fueron indescriptibles.

Una de las primeras medidas fue cambiar en algo posible los votos y promesas que aquellos jóvenes habían hecho sin la debida reflexión cuando yo estaba en peligro de muerte.

Esta enfermedad tuvo lugar a primeros de julio de 1846, precisamente cuando debía abandonar el Refugio y trasladarme a otro lugar.

Me fui a pasar algunos meses de convalecencia a casa, en Murialdo. Hubiera podido prolongar más tiempo mi estancia en el pueblo natal, pero empezaron a venir de visita grupos de jovencitos, y ya no había manera de disfrutar de reposo y tranquilidad. Todos me aconsejaban que pasase al menos un año fuera de Turín, en lugares desconocidos, para recuperar así la primitiva salud. Don Cafasso y el arzobispo eran del mismo parecer. Pero como ello me resultaba demasiado penoso, me consintieron volver al Oratorio, con la obligación de no confesar ni predicar en el espacio de dos años. Desobedecí. De vuelta al Oratorio volví a trabajar como antes, y durante veintisiete años [cf. Cronología, diciembre 1871] no necesité de médicos ni de medicinas. Esto me ha convencido de que *no es el trabajo lo que daña a la salud* corporal.

[60] 5. Residencia definitiva en Valdocco.

Pasados algunos meses de convalecencia con la familia, pensé que podía volver a estar con mis queridos hijos, de los que cada día venía alguno a verme o me escribía. Pero ¿dónde alojarme ahora, habiendo sido despedido del Refugio? ¿Cómo sostener una obra que cada día suponía más gastos y más trabajo? ¿Cómo iba a hacer frente a mis gastos y a los de las personas que me eran indispensables?

Quedaron por entonces libres, en la casa Pinardi, dos habitaciones, y las alquilamos para vivienda de mi madre y mía.

—Madre—le dije un día—, tendré que trasladarme a vivir a Valdocco; por razón de los que viven en aquella casa, no puedo llevar conmigo a nadie más que usted.

Comprendió ella la fuerza de mis razones, y añadió en seguida:

—Si crees que es del agrado del Señor, dispuesta estoy a partir al momento.

Mi madre hacía un enorme sacrificio, porque en la familia,

aunque no fuese rica, era, sin embargo, la dueña de todo, amada por todos y considerada como reina por pequeños y grandes.

Enviamos por delante algunas cosas de las más necesarias, que, con las que ya tenía yo en el Refugio, sirvieron para hacer algo acogedora la nueva vivienda. Mi madre llenó el canasto de ropa blanca y puso en él otros objetos indispensables; yo tomé mi breviario, un misal, algunos libros y mis apuntes de mayor utilidad. Esto era toda nuestra fortuna. Salimos a pie de I Becchi hacia Turín. Hicimos una corta parada en Chieri y, por la tarde del 3 de noviembre de 1846, llegamos a Valdocco.

Al vernos en aquellas habitaciones faltas de todo, dijo bromeando mi madre:

—En casa todo eran preocupaciones para disponer y administrar; aquí estaré más tranquila, pues no tengo a quien mandar ni dinero que gastar.

¿Cómo hacer para vivir, comer, pagar el alquiler y atender a tantos chicos que continuamente pedían pan, calzado y vestido para poder ir al trabajo? Hicimos traer de casa un poco de vino, maíz, judías, trigo y cosas semejantes. Para hacer frente a los primeros gastos, mi madre había vendido un pedazo de tierra y una viña. Se hizo llevar su ajuar de boda, que había guardado celosamente íntegro hasta entonces. Algunos de sus vestidos sirvieron para hacer casullas; con la lencería se hicieron amitos, purificadores, roquetes, albas y manteles. Todo pasó por las manos de la señora Margarita de Gastaldi [madre del que llegó a ser arzobispo de Turín], que desde entonces colaboraba en el funcionamiento del Oratorio.

Tenía también mi madre algún anillo y un collarcito de oro; lo vendió en seguida para comprar galones y adornos para los ornamentos sagrados. Una noche, mi madre, que siempre estaba de buen humor, cantaba riendo:

—¡Ay del mundo si nos mira, forasteros y sin lira!

Arregladas las cosas de casa, alquilé otra habitación más, que se destinó a sacristía. Como no podía tener locales para clases, durante algún tiempo las di en la cocina y en mi habitación; pero los alumnos, verdaderos pilluelos, o lo dejaban todo patas arriba o, peor, lo echaban todo a perder. Se empezaron algunas clases en la sacristía, en el coro y en otros sitios de la iglesia; pero las voces, el griterío, el canto, el ir y venir de unos estorbaba a los otros. Algunos meses más tarde pudimos alquilar dos nuevas habitaciones y organizar

mejor nuestras escuelas nocturnas. Como ya hemos dicho, durante el invierno 1846-47 nuestras escuelas obtuvieron un resultado realmente convincente [1]. Teníamos un promedio de trescientos alumnos cada noche. Además de la atención que dedicábamos a la cultura general, teníamos clases de canto gregoriano y música vocal, cosas ambas que fueron siempre cultivadas por nosotros.

[61] 6. Reglamento para los Oratorios. Compañía y fiesta de San Luis. Visita de monseñor Fransoni.

Una vez establecida la morada en Valdocco, me entregué con toda el alma a promover todo aquello que pudiese contribuir a mantener la unidad en el espíritu, en la disciplina y en la administración. Antes que nada confeccioné un reglamento [cf. MB 3,98-108] en que simplemente expuse lo que ya se practicaba en el Oratorio y lo que convenía seguir haciendo para lograr un modo uniforme de actuar. Como éste se halla impreso aparte, puede cada cual leerlo a su gusto. La ventaja de este breve reglamento fue muy notable: todos sabían lo que tenían que hacer, y como se acostumbraba dejar a cada cual la responsabilidad de su cargo, todos se preocupaban por conocer y cumplir su obligación. Muchos obispos y párrocos lo pidieron y estudiaron, y se esforzaron por introducir la obra de los oratorios en los pueblos y ciudades de sus respectivas diócesis.

Establecidas las bases orgánicas para la disciplina y administración del Oratorio, era preciso estimular la piedad con prácticas fijas y uniformes. Esto se logró con la institución de la Compañía de San Luis; terminados los reglamentos dentro de los límites propios de la juventud, los presenté al arzobispo, que los leyó personalmente y los dio luego a leer a otros para que los estudiasen y le dijesen su parecer. Finalmente, los alabó y aprobó, concediendo indulgencias particulares con fecha de... [12 abril 1847]. Este reglamento de la Compañía de San Luis se halla en folleto aparte.

La Compañía de San Luis despertó gran entusiasmo entre

[1] No se olvide que las primeras escuelas nocturnas que se abrieron en Turín son las de casa Moretta, en noviembre de 1845. No podíamos tener más de doscientos alumnos en tres habitaciones o clases. El éxito obtenido nos movió a abrirlas también al año siguiente tan pronto como nos establecimos en Valdocco. Entre los que ayudaban a las escuelas nocturnas y preparaban a los jóvenes para la declamación y pequeñas representaciones teatrales, hay que recordar al profesor teólogo Chiaves, don Musso y al teólogo Jacinto Cárpano.

nuestros jóvenes. Todos querían inscribirse en ella. Para conseguirlo, se exigían dos condiciones: buena conducta en la iglesia y fuera de ella, evitar las malas conversaciones y frecuentar los sacramentos. No tardó en advertirse una gran mejora en las costumbres.

[62] Para animar a los jóvenes a celebrar los seis domingos en honor de San Luis, se compró una estatua del santo, se hizo una bandera y dábamos a los jóvenes facilidad para confesarse a cualquier hora del día, de la tarde o de la noche. Además, como casi ninguno de ellos había recibido la confirmación, se les preparó para este sacramento, que recibirían el día de la fiesta del santo.

La concurrencia fue numerosísima. La preparación fue posible gracias a la ayuda de varios sacerdotes y caballeros. Para la fiesta del santo todo estuvo a punto [2]. Era la primera vez que una función de esta categoría se celebraba en el Oratorio, y también la primera vez que venía a visitarnos el arzobispo. Junto a la capillita, se preparó una especie de dosel, bajo el cual se colocó el prelado. Yo leí unas palabras de ocasión. A continuación algunos jóvenes pusieron en escena la comedia corta titulada *Un cabo de Napoleón,* del teólogo Cárpano. El protagonista era un gracioso cabo que, con mil gracias, expresaba su maravilla ante la grandiosidad de aquella fiesta. Produjo gran regocijo y muchas risas y fue un ameno esparcimiento para el arzobispo, que manifestó no haber reído nunca tanto en su vida. Estuvo muy cordial con todos y expresó su satisfacción por la buena marcha de aquella obra; hizo grandes elogios y nos animó a continuar adelante. Finalmente, nos agradeció las cariñosa acogida que le habíamos dispensado.

Celebró la santa misa y repartió la comunión a más de trescientos jovencitos, y a continuación administró el sacramento de la confirmación.

Cuando le colocaron la mitra, sin pensar que no estaba precisamente en la catedral, levantó la cabeza y chocó con ella en el techo de la capilla. Esto excitó la hilaridad suya y la de todos los asistentes. Con frecuencia, y con su buen humor, recordaría a lo largo de su vida, en reuniones, aquel simpático episodio, que el abate Rosmini comparó con los que ocurren en tierras de misiones.

[2] Entre los que se inscribieron como socios de honor de la compañía, cabe señalar al filósofo presbítero Antonio Rosmini; al arcipreste Pedro de Gaudenzi, actualmente obispo de Vigevano; a Camilo y Gustavo Cavour; al cardenal Antonucci, arzobispo de Ancona, a S. S. Pío IX, al cardenal Antonelli y otros muchos.

Conviene saber que para asistir al señor arzobispo en las funciones sagradas vinieron dos canónigos de la catedral y otros varios sacerdotes. Acabada la función, se hizo una especie de acta, en la que se anotaron los nombres de cuantos habían recibido el sacramento, de quién se lo había administrado, de los padrinos y el lugar y la fecha. Después se confeccionaron los correspondientes certificados y, agrupados por parroquias, se llevaron a la curia eclesiástica para que los remitiesen a los respectivos párrocos.

[63] 7. Empieza el colegio. Primeros residentes.

Mientras se organizaban los medios para poder impartir la instrucción religiosa y la cultura general, apareció otra necesidad imperiosa que había que afrontar: no pocos jovencitos de Turín y forasteros se mostraban llenos de buena voluntad para entregarse a la vida honesta y laboriosa; pero, invitados a que la emprendieran de verdad, solían responder que no tenían pan ni ropa, ni casa donde morar, al menos durante algún tiempo. Para alojar a unos cuantos siquiera que no sabían adónde ir a dormir, se había adaptado un pajar, en que se podía pasar la noche sobre camastros de paja. Pero varias veces nos encontramos con que algunos se habían llevado las sábanas, otros las mantas y hasta hubo quienes robaron la misma paja y la vendieron.

Sucedió entonces que una tarde lluviosa de mayo de 1847 se presentó hacia el anochecer un jovencito como de unos quince años, totalmente calado. Pedía pan y alojamiento. Mi madre lo recibió en la cocina, lo arrimó al fuego y, mientras se calentaba y secaba la ropa, le dio sopa y pan para que restaurara sus fuerzas. Entre tanto yo le preguntaba si había ido a la escuela, si tenía padres y en qué oficio trabajaba. El respondió:

—Soy un pobre huérfano venido del valle de Sesia en busca de trabajo. Tenía tres francos, pero los he gastado antes de que pudiera ganar nada, y ahora no tengo nada ni a nadie.

—¿Has hecho la primera comunión?

—Todavía no.

—¿Estás confirmado?

—No.

—¿Te has confesado?

— Alguna vez.

—Y ahora, ¿adónde vas?

—Pues no lo sé; le pido que, por favor, me dejen pasar la noche en cualquier rincón de esta casa.

Dicho esto se echó a llorar. Mi madre lloraba también. Yo estaba conmovido.

—Si supiese que no eres un ladronzuelo, te ayudaría. Pero otros se me han llevado parte de las mantas y tú me vas a llevar las que quedan.

—No, señor. Esté usted tranquilo: soy pobre, pero no he robado nunca nada.

—Si quieres—intervino mi madre—, yo le prepararé para que pase esta noche, y mañana Dios dirá.

—¿Y en dónde?

—Aquí mismo, en la cocina.

—Se nos va a llevar hasta los pucheros.

—Yo me las arreglaré para que no ocurra.

La buena mujer, ayudada por el huerfanito, salió fuera, recogió algunos trozos de ladrillos, y con ellos hizo cuatro pequeñas pilastras en la cocina; colocó encima algunos tableros, y puso encima un jergón, preparando así la primera cama del Oratorio. Mi buena madre hízole después un sermoncito sobre la necesidad del trabajo, sobre la honradez y sobre la religión. Al final le invitó a rezar las oraciones.

—No las sé.

—Las rezarás con nosotros—y así se hizo.

Para que todo quedase bien seguro, se cerró con llave la cocina y no abrimos hasta la mañana siguiente. Este fue nuestro primer residente. A éste se le juntó en seguida otro, y luego otros; pero, por falta de sitio, aquel año tuvimos que limitarnos a dos. Corría el año 1847.

Al advertir que para muchos chicos era inútil todo apostolado si no se les daba asilo, me apresuré a tomar otras habitaciones en alquiler, aunque fuese a precio exorbitante.

Entre tanto se pudo iniciar la clase de canto llano y música vocal. Como era la primera vez que la música se enseñaba en clase a muchos alumnos a un tiempo, hubo una gran curiosidad por conocer el método que se aplicaba. Los famosos maestros Luis Rossi, José Blanchi, Cerrutti y el canónigo Luis Nasi venían gustosos cada noche a asistir a mis lecciones. Estaba en evidente contradicción aquello con el Evangelio, puesto que éste dice que el discípulo no puede estar sobre el maestro: y yo, que no sabía una millonésima parte de lo que sabían aquellas celebridades, pasaba como maestro a sus ojos. Ellos, naturalmente, venían a observar cómo se practicaba aquel nuevo

método de enseñanza, que no es otro que el que actualmente aplicamos en nuestros colegios. Hasta entonces, el alumno que desease aprender música tenía que buscarse un maestro particular.

[64] 8. ORATORIO DE SAN LUIS. CASA MORETTA. TERRENO DEL SEMINARIO.

Cuanto mayor era nuestra solicitud por promover la cultura, tanto más, a su vez, iban aumentando los alumnos. En los días festivos, apenas si una parte de ellos cabían en la iglesia a la hora de las funciones sagradas; y lo mismo ocurría en el patio de recreo. Así que, siempre de acuerdo con el teólogo Borel, y a fin de hacer frente a la creciente necesidad, decidimos abrir un nuevo oratorio en otro sector de la ciudad. Con esa intención, tomamos en alquiler una casa en la Puerta Nueva, en el paseo del Rey, comúnmente llamado paseo de los Plátanos, por los árboles que lo flanquean.

Para conseguir la casa hubo que sostener una verdadera lucha con sus habitantes. Estaba ocupado por lavanderas, que creían iba a llegar el fin del mundo si tenían que abandonar su antigua morada; pero, tratadas a las buenas y dándoles la debida indemnización, se pudieron arreglar las cosas sin que los beligerantes llegaran a la guerra. Era propietaria de aquel lugar y del correspondiente patio la señora Vaglienti, que luego dejaría heredero al caballero José Turvano. El alquiler supuso 450 francos. El Oratorio se llamó de San Luis Gonzaga, título que todavía conserva.

La inauguración la llevamos a cabo el teólogo Borel y yo el día de la Inmaculada Concepción del año 1847. El número de jóvenes que acudió fue realmente grande, quedando de paso algo aliviadas las filas del Oratorio de Valdocco, hasta entonces excesivamente compactas. La dirección de aquel oratorio fue confiada al teólogo Jacinto Cárpano, que trabajó allí algunos años con absoluto desinterés. El mismo reglamento que teníamos en Valdocco se aplicó en San Luis, sin introducir ninguna variación.

En este mismo otoño, con el deseo de dar cobijo al gran número de muchachos que pedían ayuda, se compró toda la casa Moretta. Pero al empezar los trabajos para adaptarla a nuestras necesidades, comprobamos que los muros no resistirían, por lo que se juzgó oportuno revenderla, tanto más cuanto que se nos ofreció un precio ventajoso.

Adquirimos entonces también un pedazo de terreno (38 áreas) del seminario de Turín, que es el lugar en donde más tarde se construyeron la iglesia de María Auxiliadora y los talleres de nuestros artesanos.

[65] 9. AUMENTAN LOS ARTESANOS. SU RÉGIMEN DE VIDA. LAS «BUENAS NOCHES». CONCESIONES DEL ARZOBISPO. EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Durante este año, los asuntos políticos y el ambiente público experimentaron un cambio cuyo desenlace no se puede todavía prever. Carlos Alberto concedió la Constitución [4 de marzo de 1848]. Muchos se creían que la Constitución permitía también libertad para hacer a capricho el bien o el mal. Apoyaban su aserto en que se había permitido la emancipación de judíos y protestantes, y pretendían que ya no había diferencia entre catolicismo y otros credos. Este principio podía aceptarse en política, pero no en religión [3].

Mientras tanto, una especie de locura se apoderaba de la juventud. Derramada por calles y plazas, se despachaba a placer contra el clero y contra la religión. Yo mismo sufrí varios atentados en casa y en la calle. Un día, mientras daba el catecismo, entró una bala de fusil por la ventana, perforándome la sotana entre el brazo y las costillas, e hizo una gran desconchadura en la pared. Otra vez, un sujeto bastante conocido, estando yo en medio de una multitud de niños, a pleno día, me agredió con un largo cuchillo en la mano. Por milagro, corriendo a toda prisa, pude huir y esconderme en mi habitación. El teólogo Borel se salvó también prodigiosamente de un pistoletazo y una cuchillada, una vez en que le confundieron conmigo. Resultaba, en consecuencia, muy difícil tener a raya a una juventud que vivía en tal ambiente.

En tal confusión de ideas y pensamientos, sin embargo, en cuanto pudimos tener otras habitaciones se aumentó el número de los artesanos, que llegó a ser de quince; eran todos ellos muchachos abandonados y en peligro [1847].

No obstante, las dificultades eran muchas. Como todavía no existían talleres en el colegio, nuestros alumnos iban al tra-

[3] El 20 de diciembre de 1847, Carlos Alberto, rey del Piamonte y de los Estados sardos, recibió un escrito firmado por 600 ciudadanos ilustres, eclesiásticos en su mayoría, que pedían la célebre emancipación. Se exponían las razones, pero no se atendía a las expresiones heréticas que la misma súplica encerraba en punto de religión. A partir de este momento, los judíos salieron del *ghetto* y consiguieron un gran poder económico.

bajo y a clase a la ciudad, con serios peligros morales para ellos, pues los compañeros con que se encontraban, las conversaciones que oían y cuanto veían frustraban todo lo que practicaban y aprendían en el Oratorio.

Fue entonces cuando comencé a hacerles una brevísima platiquita por la noche, después de las oraciones, con el fin de exponer o confirmar alguna verdad que tal vez hubiese surgido a lo largo del día en las conversaciones.

Lo que sucedía entre los artesanos, era también de lamentar entre los estudiantes. Porque, debido a las varias clases en que estaban divididos los más adelantados, tenían que ir los que estudiaban gramática a casa del profesor José Bonzanino, y los que estudiaban retórica, con el profesor don Mateo Picco. Eran unas óptimas escuelas, pero la ida y la vuelta estaban llenas de peligros. El año 1856, por fin, se establecieron de una manera permanente las clases y los talleres en la casa del Oratorio, con grandes ventajas para todos.

[66] Había en aquel entonces tal confusión de ideas y tal desorden, que no podía fiarse uno ni de las gentes de servicio; así que todos los trabajos domésticos los teníamos que hacer mi madre y yo; cocinar, preparar la mesa, barrer, partir leña, cortar y hacer calzoncillos, camisas, pantalones, chalecos, toallas, sábanas, con los consiguientes remiendos, era cosa de mi personal incumbencia. Pero estas cosas no dejaban de tener su ventaja moral, ya que con mayor facilidad podía alcanzar a los jóvenes con mis consejos o con una palabra amiga cuando les tenía a mano al servirles el pan, la sopa u otra cosa. Con todo, como era necesario contar con alguien que me ayudase en los quehaceres domésticos y escolares del Oratorio, empecé a llevarme conmigo a algunos al campo, y a otros a veranear a Castelnuovo, mi pueblo; unos venían a comer conmigo; otros acudían por la tarde a leer o escribir alguna cosa, lo que siempre hacíamos de modo que les fuese de antídoto contra las venenosas opiniones del tiempo. Eso lo hice con mayor o menor asiduidad desde 1841 a 1848. *Pero, con todos esos procedimientos, trataba yo de conseguir también una finalidad particular, que no era otra que la de estudiar, conocer y escoger a aquellos individuos que tuviesen cierta aptitud y propensión a la vida común, y admitirlos así conmigo en casa.*

Con ese mismo fin ensayé aquel año (1848) una pequeña tanda de ejercicios espirituales. Reuní unos cincuenta en el Oratorio. Comían todos conmigo y, por no haber camas para todos, algunos se iban a dormir a sus casas y volvían por la mañana.

La ida y vuelta a su casa les hacía perder casi todo el fruto de los sermones e instrucciones que en semejantes ocasiones solía hacerles. Los ejercicios empezaron el domingo por la tarde, y terminaron el sábado a la misma hora. Fue muy bien la cosa. Muchos, con los que se había trabajado largo tiempo sin fruto, ahora se dieron de lleno a la vida virtuosa. Algunos siguieron la vocación religiosa; otros permanecieron en el siglo, pero fueron modelos de asiduidad a los oratorios [4].

De esto último se hablará, aparte, en la historia de la Sociedad salesiana. También por ese tiempo algunos párrocos, especialmente el de Borgodora, y los del Carmen y San Agustín, se volvieron a quejar al arzobispo de que se administrasen los sacramentos en los oratorios. Por esta razón, el arzobispo dictó unas normas por las que nos daba amplia facultad para preparar niños a la confirmación y a la comunión, y para que pudiesen cumplir el precepto pascual si frecuentaban el Oratorio. Renovaba, además, la facultad de hacer todas las funciones religiosas que suelen hacerse en las parroquias. Estas iglesias, decía el arzobispo, para estos jóvenes forasteros y abandonados, serán como sus iglesias parroquiales mientras permanezcan en Turín.

En un *Resumen histórico sobre la Congregación de San Francisco de Sales y algunas aclaraciones* (Roma, Poliglota, 1874), don Bosco muestra uno de los resultados de tal perversión cuando escribe: «Aquel año (1848), un espíritu de revolución se levantó contra las órdenes religiosas y contra el clero y todas las autoridades de la Iglesia. Esta explosión de furor y de desprecio contra la religión llevaba consigo la consecuencia de alejar a la juventud de las buenas costumbres, de la piedad y de la vocación al estado eclesiástico. Mientras los institutos religiosos se iban dispersando y los sacerdotes eran vilipendiados —unos encarcelados, confinados otros—, ¿cómo cultivar el espíritu de vocación?» Y, sin embargo, debía, en aquel tiempo tan adverso, preparar los fundamentos en que levantar una nueva congregación religiosa. Mas he aquí lo que añade en el mismo lugar: «En aquel tiempo hizo Dios conocer de manera clara un nuevo género de milicia que quería escoger; no entre las familias acomodadas, debido a que, en general, por mandar a sus hijos a las escuelas públicas o a los grandes colegios, pronto perdían toda idea y cualquier inclinación a ese estado. Los que manejaban la azada y el martillo eran los que iban a ser escogidos para ocupar un puesto glorioso entre los que se encaminaban al estado eclesiástico». Precisamente así fue obrando él en su Oratorio.

[4] Jacinto Arnaud, Sansoldi, los dos ya fallecidos; José Buzzetti, Nicolás Galesio, Juan Constantino, también fallecido; Santiago Cerrutti, difunto; Carlos Gastini [promotor en 1870 de la Asociación de Antiguos Alumnos], Juan Gravano, Domingo Borgialli, difunto, se cuentan entre los que hicieron los primeros ejercicios aquel año, y que fueron siempre en el mundo buenos cristianos.

[67] 10. PROGRESOS EN MÚSICA. PROCESIÓN A LA CONSOLATA. ASIGNACIÓN DEL MUNICIPIO Y DE LA «OBRA DE LA MENDICIDAD». EL JUEVES SANTO: EL LAVATORIO DE LOS PIES.

Los peligros a que los jovencitos estaban expuestos en punto a religión y moralidad nos obligaban a unos mayores esfuerzos para tutelarlos, así que pareció conveniente añadir, a las clases nocturnas y diurnas y a la de música vocal, la enseñanza de piano y órgano y la de música instrumental. De esta suerte me vi convertido en maestro de canto y banda, de piano y órgano, sin haber nunca sido propiamente alumno de nada de eso. La buena voluntad lo suplía todo. Después de haber preparado bien las mejores voces blancas del Oratorio, empezamos a hacer funciones en casa, luego en la ciudad, en Rívoli, Moncalieri, Chieri y otros lugares. El canónigo Nasi y don Miguel Angel Chiatellino se prestaban de muy buen grado a enseñar a nuestros músicos, a acompañarlos y dirigirlos en las actuaciones por diversos pueblos; y, como hasta entonces no se habían oído en el coro conjuntos de voces blancas, resultaban los solos, los «duettos» y los corales de una tan gran novedad, que por todas partes se hablaba de nuestra música y, a porfía, nos invitaban a que nuestros cantores tomasen parte en diversas solemnidades. El canónigo Luis Nasi y don Miguel Angel Chiatellino eran los que ordinariamente acompañaban a nuestra naciente sociedad filarmónica.

Teníamos por costumbre celebrar cada año una función religiosa en la Consolata, pero esta vez se fue hasta allí en procesión desde el Oratorio. El canto por la calle y la música en la iglesia atrajeron una innumerable muchedumbre. Se celebró la misa y se dio la sagrada comunión; hice después una plática de ocasión en la cripta, y, a continuación, los oblatos de María nos improvisaron un suculento desayuno en los claustros del santuario.

De este modo se iba venciendo el respeto humano, aumentaba el número de jóvenes ganados para nuestras actividades y se tenía oportunidad de inculcar a su debido tiempo las buenas costumbres, el respeto a la autoridad y la frecuencia de los sacramentos. Todo esto, que resultaba muy nuevo, daba mucho que hablar.

También durante este año el municipio de Turín mandó una comisión, compuesta por el caballero Pedro Ropolo del Capello, llamado Moncalvo, y el comendador Dupré, para que se enterasen bien de cuanto la voz común divulgaba de una

manera confusa. Quedaron satisfechísimos; y hecho el debido informe, se nos concedió una ayuda de mil francos, acompañada de una carta muy elogiosa. Desde aquel año, el municipio nos asignaría una subvención anual que duraría hasta el 1878. En este año nos fueron denegados los trescientos francos que dicha comisión nos asignara para pago de la luz de las clases nocturnas en favor de los hijos del pueblo.

La *Obra de la Mendicidad*, que había introducido nuestros métodos de clase nocturna y de música, me mandó también una delegación presidida por el caballero Gonella, con el fin de efectuar una visita. Con gran satisfacción de nuestra parte, nos fue concedida una nueva ayuda de mil francos. Cada año solíamos ir a visitar todos juntos los monumentos del jueves santo; pero, debido a algunas burlas o, mejor, desprecios de que éramos objeto, muchos no se atrevían a juntarse con sus compañeros. Para animar a nuestros jóvenes a superar el respeto humano, aquel año por primera vez fuimos procesionalmente, cantando el *Stabat Mater* y el *Miserere*. Entonces se pudo comprobar que jóvenes de toda edad y condición se iban incorporando sin miedo a nuestras filas en gran cantidad. Todo transcurrió con orden y tranquilidad.

Por la tarde se celebró por vez primera la función del mandato. Para ello se escogieron doce jovencitos, a quienes se les suele llamar los doce apóstoles. Después del lavatorio según el ritual, se dio una plática a todo el pueblo. A continuación invité a los doce apóstoles a una cena frugal, obsequiándoles, además, con un regalito, que todos se llevaron a su casa muy contentos.

Al año siguiente, además, se erigió canónicamente el viacrucis [1 abril 1847], bendiciéndose las estaciones con gran solemnidad. En cada estación se decían unas palabras y se cantaba una copla religiosa adecuada.

Así se iba consolidando nuestro humilde Oratorio. Entre tanto ocurrían graves acontecimientos públicos que debían cambiar el aspecto de la política de Italia y aun del mundo [revolución del 1848].

[68] 11. El año 1849. Clausura de los seminarios. La casa Pinardi. El óbolo de San Pedro. Los rosarios de Pío IX. Oratorio del Angel Custodio. Visita de diputados.

Este año fue particularmente memorable. La guerra del Piamonte contra Austria, empezada el año anterior, había conmovido a Italia entera. Las escuelas públicas estaban cerradas; los seminarios, especialmente el de Chieri y el de Turín, se habían clausurado y estaban ocupados por los militares; consiguientemente, los clérigos de nuestra diócesis andaban sin maestros y sin lugar donde reunirse.

Fue entonces cuando, para poder tener al menos el consuelo de hacer algo para mitigar la calamidad pública, nos decidimos a alquilar toda la casa Pinardi. Los inquilinos pusieron el grito en el cielo. Amenazaron a mi madre, a mí y al mismo propietario. Tuvimos que hacer un buen desembolso de dinero, pero al fin se logró que el edificio entero quedara a nuestra disposición. De esta suerte, aquel nido de iniquidad, que hacía veinte años estaba al servicio del infierno, quedó en nuestro poder. Ocupaba toda el área que actualmente ocupa el patio que hay entre la iglesia de María Auxiliadora y la casa que está detrás. De esta forma pudimos aumentar nuestras clases, ampliar la iglesia y duplicar el terreno de juego; el número de jóvenes internos llegó a treinta. Pero el fin principal de esta operación era el estar en condiciones de recoger, como de hecho se recogieron, a los clérigos de la diócesis. Se puede decir que *el Oratorio fue durante casi veinte años el seminario diocesano.*

[69] A fines de 1848, los acontecimientos políticos obligaron al Santo Padre Pío IX a huir de Roma y refugiarse en Gaeta. Este gran pontífice había usado con nosotros de gran benevolencia. Al esparcirse la voz de que se encontraba en estrecheces económicas, se abrió en Turín una colecta bajo el título de *óbolo de San Pedro.* Una comisión compuesta por el canónigo Francisco Valinotti y el marqués Gustavo Cavour vino al Oratorio. Nuestra colecta alcanzó los 33 francos. Era poca cosa, pero nosotros la hicimos particularmente grata al Santo Padre adjuntando una dedicatoria que resultó muy de su gusto. Manifestó su complacencia con una carta dirigida al cardenal Antonucci, entonces nuncio en Turín y ahora arzobispo de Ancona, en la que le encargaba transmitirnos lo mucho que

le había consolado no sólo la ofrenda, sino, sobre todo, los sentimientos con que la habíamos acompañado.

Finalmente, con su bendición apostólica, nos enviaba un paquete de sesenta docenas de rosarios, que serían distribuidos solemnemente el 20 de julio de aquel mismo año [1850]. Véanse el librito impreso en aquella ocasión, los diversos periódicos y la carta del cardenal Antonucci, nuncio en Turín.

[70] En vista del número creciente de jovencitos de la ciudad que acudían a los oratorios, fue menester pensar en fundar un tercero, y fue éste el oratorio del Santo Angel de la Guarda, en Vanchiglia, no muy distante del lugar en donde, por especial cooperación de la marquesa Barolo, surgiría después la parroquia de Santa Julia.

El sacerdote Juan Cochi había fundado hacía varios años aquel oratorio con un fin algo semejante al nuestro. Con todo, encendido en amor patrio, determinó adiestrar a sus alumnos en el manejo del fusil para, luego, ponerse a su cabeza y marchar, como lo hizo, contra los austríacos.

Aquel oratorio permaneció cerrado un año. Después lo alquilamos nosotros, y se confió su dirección al teólogo Juan Vola, de grata memoria. Permanecería abierto hasta el año 1871, en que fue trasladado junto a la iglesia parroquial [de Santa Julia]. La marquesa Barolo dejó un legado para este fin, con la expresa condición de que local y capilla se destinasen a jóvenes pertenecientes a la parroquia, cosa que efectivamente se cumple.

En aquella época nos honraron con su presencia una comisión de senadores, que vinieron al Oratorio juntamente con otra enviada por el Ministerio del Interior. Todo lo vieron, en medio de una gran cordialidad; como resultado, entregaron un amplio informe a la Cámara de Diputados. Eso fue causa de una larga y viva polémica que se puede leer en la *Gazzetta Piamontese* del 29 de marzo de 1850. La Cámara de Diputados concedió a nuestros jóvenes ayuda de trescientos francos; Urbano Rattazzi, entonces ministro del Interior, por su parte, acordó concedernos la suma de dos mil francos. Consúltense los documentos.

Por fin tuve la dicha de que uno de mis alumnos vistiera la sotana: Ascanio Savio, actual director del Refugio, fue el primer clérigo del Oratorio; vistió la sotana a fines de octubre de aquel año.

Con relación al óbolo de San Pedro, se conserva en nuestros archivos un folleto titulado *Notas breves sobre la fiesta celebrada*

con ocasión de la distribución del obsequio enviado por Pío IX a los jóvenes de los Oratorios de Turín (Turín 1850). Dice *Oratorios*, en plural, porque también el oratorio de San Luis contribuyó a enviar el óbolo. Los rosarios, aunque numerosos, no fueron suficientes, y fue preciso comprar más.

Rohrbacher, en su *Historia Universal de la Iglesia* (v.15 p.558, 6.ª ed. it.), después de enunciar algunos hechos conmovedores de personas humildes para socorrer al pontífice, recuerda también la aportación del Oratorio de don Bosco con estas palabras: «Más significativo aún es el caso de ciertos jovencitos verdaderamente necesitados y artesanos de oficio, que, economizando cada día unos céntimos, llegaron a reunir la pequeña suma de 33 francos y la remitieron a los organizadores de la colecta con una carta conmovedora». Cf. también MB 3,510-513.

[71] 12. Manifestaciones patrióticas.

Un hecho nuevo vino a ocasionar en aquellos días no pocos inconvenientes a nuestras actividades. Pretendíase que nuestro humilde Oratorio tomase parte en las públicas manifestaciones que venían repitiéndose bajo el nombre de «fiestas nacionales». Los que tomaban parte en ellas y querían mostrarse ante todo como amantes de la unidad italiana, se abrían en raya los cabellos sobre la frente y se los dejaban caer ensortijados hacia atrás; se vestían una casaca impecable de varios colores y con la bandera nacional, y se colocaban una escarapela azul sobre el pecho. Así vestidos, se manifestaban multitudinariamente cantando himnos a la unidad italiana.

El marqués Roberto de Azeglio, promotor principal de tales actos, nos invitó formalmente, y, a pesar de haberlo yo rehusado, nos proveyó de cuanto hacía falta para que pudiésemos hacer un buen papel entre los demás. Nos había designado un puesto en la plaza Vittorio, junto a las instituciones de todo nombre, fin y condición.

¿Qué hacer? Rehusar era declararse enemigo de Italia; condescender significaba la aceptación de principios que yo juzgaba de funestas consecuencias.

—Señor marqués—respondíle—; ésta, que viene a ser mi familia, estos jóvenes de la ciudad que aquí se reúnen en torno a mí, no son un ente moral; haría yo el ridículo si pretendiera adueñarme de una institución que pertenece del todo a la caridad ciudadana.

—Tanto mejor. Sepa la caridad ciudadana que esta obra naciente no es contraria a las nuevas ideas; eso le favorecerá: aumentarán las limosnas; el municipio y yo mismo nos comportaremos dadivosamente con usted.

—Señor marqués, mi propósito de mantenerme apartado de cuanto se refiere a la política es firme. Ni a favor ni en contra.

—Entonces, ¿qué pretende usted con su obra?

—*Hacer el poco bien que pueda a los jovencitos abandonados, empleando todas mis fuerzas para que, en lo religioso, sean buenos cristianos, y honrados ciudadanos en lo social.*

—Lo comprendo todo; pero usted se equivoca de medio a medio; si se empeña en mantenerse en esta dirección, todos le abandonarán y su obra será imposible. Es necesario estudiar el mundo, conocerlo y colocar las instituciones antiguas y modernas a la altura de los tiempos.

—Agradezco su benevolencia y los consejos que me da. *Mándeme cualquier cosa en la que el sacerdote pueda ejercitar la caridad, y verá pronto cómo sacrifico vida y hacienda. Pero ahora y siempre quiero mantenerme al margen de la política.*

Aquel político renombrado me despidió cortésmente, y desde entonces nunca más hubo relación entre nosotros. Tras él, otros seglares y eclesiásticos me abandonaron. Más aún, después del hecho que voy a narrar, quedé prácticamente solo.

Los principios del *liberalismo* eran, para algunos, la solución de todos los problemas políticos. «Don Bosco amaba sinceramente a su patria, pero por sus relaciones y, sobre todo, por las conversaciones que mantenía frecuentemente con el arzobispo, veía lo que otros no veían, es decir, que ciertas armas se estaban afilando contra la Iglesia so pretexto de patriotismo: su reserva se inspiraba, por tanto, en profundas razones. Por lo demás, creía hacer bastante recogiendo jóvenes abandonados para entregarlos a la patria convertidos en buenos ciudadanos» (CERIA, E., *San Juan Bosco en la vida y en las obras* [Turín ²1949] p.98).

Los que conocen la vida de don Bosco saben que él también intervino en asuntos relacionados con la política; pero no con la política de partido, de la cual dijo don Bosco: «Jamás ningún partido me hará suyo». Se trataba de la gran política, la que tenía por miras los intereses unidos del Estado y de la Iglesia; intervino en ella porque fue invitado, más aún, rogado por ambas partes, y obró en todo y por todo como un sacerdote.

Escribió monseñor Bonomelli, obispo de Cremona (*Cuestiones religiosas, morales, sociales del día* v.1 p.310. Milán, Cogliatti): «Un día, no hace muchos años, me entretenía familiarmente con aquel hombre de Dios llamado Juan Bosco, verdadero apóstol de la juventud y cuyo nombre bendecimos. Con sus maneras sencillas llenas de tacto y sentido práctico, me dijo estas precisas palabras, que nunca olvidaré: 'En 1848 me di cuenta de que, si quería hacer algún bien, tenía que alejarme de toda política. Siempre me he guardado de ella, y así he podido hacer algo y no he encontrado obstáculos; es más, encontré ayuda en donde menos lo esperaba'. Esta regla es fruto de la experiencia, y no necesita comentarios».

[72] 13. Un hecho concreto.

El domingo siguiente a la manifestación política antes descrita, estaba yo, hacia las dos de la tarde, en el patio con mis jóvenes; uno de ellos leía la *Armonía.* De pronto, los sacerdotes que solían ayudarme en el sagrado ministerio se presentaron en bloque con su insignia y escarapela y la bandera tricolor, portando un periódico, bajo todo punto censurable, llamado *Opinión.* Uno de ellos, respetable por su celo y doctrina, se dirige a mí y, viendo al que a mi lado tenía entre las manos la *Armonía,* comenzó a decir:

—Pero ¡qué vergüenza! ¡Ya es tiempo de acabar con estas ñoñerías!

Dicho esto, le arrebató al otro el periódico de las manos, lo hizo mil pedazos, lo tiró por tierra y, escupiendo encima, lo pisoteó y pateó cien veces. Pasado el primer ímpetu de desahogo político, se me acercó.

—Este sí que es un buen periódico—dijo acercándome la *Opinión* a la cara—; éste y ninguno más es el que deben leer los ciudadanos verdaderos y patriotas.

Quedé desconcertado ante aquellas maneras de hablar y de obrar, y, no queriendo aumentar el escándalo en un lugar donde había que dar buen ejemplo, me limité a rogarle a él y a sus compañeros que tratáramos aquellos asuntos en privado y entre nosotros solamente.

—No, señor—replicó—; no son estas cosas para hacerse en privado ni en secreto, sino que hay que sacarlas a la luz del día.

En aquel preciso momento, la campana nos llamó a todos a la iglesia, y, para colmo, aquel día, uno de aquellos eclesiásticos tenía a su cargo el sermoncito que solía hacerse a esa hora a mis pobres chicos del Oratorio: una plática moral. Pero en aquella ocasión resultó verdaderamente inmoral: las palabras *libertad, emancipación, independencia* fueron las que resonaron durante todo el tiempo que duró el sermón.

Estaba yo nerviosísimo en la sacristía buscando la manera de intervenir y frenar aquel desorden; pero el predicador abandonó en seguida la iglesia y, no bien se dio la bendición con el Santísimo, invitó a los otros sacerdotes y a los jóvenes a unirse a él; y entonando a pleno pulmón himnos patrióticos y haciendo ondear frenéticamente la bandera, marcharon en desfile hasta los alrededores del monte de los Capuchinos. Allí se compro-

metieron formalmente a no volver más al Oratorio si no iba a funcionar según su punto de vista político.

Se sucedían estas cosas unas a otras sin que yo pudiese exponer mi modo de ver ni aducir mis razones. Pero no me arredré a la hora de cumplir con mi deber. Hice decir a aquellos sacerdotes que les prohibía severamente volver al Oratorio; y a los jóvenes, que se me debían presentar uno por uno antes de entrar de nuevo. La cosa salió bien. Ninguno de los sacerdotes intentó reintegrarse, y los jóvenes pidieron disculpa alegando que los habían engañado, y prometieron sujetarse a la obediencia y disciplina.

[73] 14. Nuevas dificultades. Un consuelo. El abate Rosmini y el arcipreste De Gaudenzi.

Pero el caso es que *me quedé solo*. Cada día festivo empezaba confesando desde muy temprano y celebraba misa a las nueve; predicaba a continuación y atendía más tarde a las clases de canto y de literatura hasta la hora de comer. Por las tardes: recreo, catecismo, vísperas, plática y bendición; luego, más recreo y canto, y clase hasta que se hacía de noche.

Entre semana atendía a mis artesanos y daba clase de bachillerato a unos diez jovencitos durante el día; por la noche tenía francés, aritmética, canto llano, música vocal, piano y órgano. *No sé cómo pude resistir tanto. ¡Dios me ayudó!* Encontré, sin embargo, en aquellos momentos un gran auxilio y un gran apoyo en el teólogo Borel. Aquel maravilloso sacerdote, a pesar de estar agobiado por otras gravísimas ocupaciones del sagrado ministerio, aprovechaba cualquier minuto libre para echarme una mano. No pocas veces robaba horas al sueño para ponerse a confesar a los jóvenes, negando el reposo necesario a su cuerpo cansado de tanto predicar.

Esta crítica situación duró hasta que pudieron ayudarme el clérigo Savio, Bellia, Vacchetta, de quienes, por otra parte, me vi privado muy pronto, ya que, siguiendo las indicaciones de otros, sin decir palabra, se marcharon para ingresar en los oblatos de María.

Uno de aquellos días festivos recibí la visita de dos sacerdotes a quienes creo oportuno nombrar. Estaba todo en movimiento, antes de ponerse en orden las clases para empezar el catecismo, cuando se presentaron dos eclesiásticos que venían, sin darse la menor importancia, a felicitarme y pedir noticias so-

bre el origen y métodos de nuestra institución. Por única respuesta les dije:

—Tengan la bondad de ayudarme un poco. Usted vaya al coro y cuídese de los mayorcitos; a usted—dije al más alto de los dos—le encargo de esta clase, que es la de los más inquietos.

Al darme cuenta de que explicaban de maravilla el catecismo, rogué a uno que dirigiera una platiquita a nuestros jóvenes, y al otro, que nos diera la bendición con el Santísimo. Ambos aceptaron con mucho gusto.

El sacerdote de menor estatura era el abate Antonio Rosmini, fundador del Instituto de la Caridad; el otro, el canónigo arcipreste De Gaudenzi, ahora obispo de Vigevano; en lo sucesivo, los dos se mostrarían no sólo amigos, sino, más aún, bienhechores de esta casa.

[74] 15. Compra de la casa Pinardi y la casa Bellezza. Año 1850.

El año 1849 fue espinoso y estéril, pese a nuestro esfuerzo y a muchos sacrificios; pero sirvió de preparación para el año 1850, menos borrascoso y mucho más fecundo en buenos resultados.

Comencemos por la casa Pinardi.

Los que habían sido desalojados de la casa no nos dejaban vivir en paz.

—¿No da rabia—iban diciendo—que una casa de juego y diversión tenga que ir a parar a las manos de un cura intolerante?

Le ofrecieron a Pinardi un alquiler casi el doble que el nuestro. Pero él sentía un gran remordimiento de obtener aún mayores beneficios por negocios inmorales; por lo que en varias ocasiones me propuso su venta. Sus pretensiones económicas eran realmente exorbitantes: pedía 80.000 francos por un edificio cuyo valor no llegaba ni a la tercera parte.

Dios quiso demostrar que es el dueño de los corazones; he aquí el modo:

Un día de fiesta, el teólogo Borel estaba predicando; yo me encontraba a la puerta del patio para impedir aglomeraciones. Pues en ese momento preciso se me presenta el señor Pinardi y me dice:

—¡Se acabó! Ya es hora de que don Bosco me compre la casa.

—¡Sí, señor; se acabó! Pero también es hora de que el señor Pinardi me la venda por su precio justo. En ese caso, se la compro en seguida.

—Se la venderé, pero por su verdadero precio.

—¿Y cuál es?

—El que siempre dije.

—Ese no se lo puedo dar.

—Haga su oferta, pues.

—No me atrevo.

—¿Por qué razón?

—Porque usted se ha puesto muy exigente, y no quiero ofenderle.

—Pues ofrezca lo que se le ocurra.

—¿Me la dará usted por lo que realmente vale?

—Se la daré, palabra de honor.

—Choque la mano y se lo digo.

—¿Cuánto?

—La hice valorar por un amigo suyo y mío [el arquitecto Spezia], y me aseguró que, en el estado actual, se pueden pagar de veintiséis a veintiocho mil francos. Pero yo, para acabar de una vez, le doy los treinta mil.

—¿Y le regalará también un alfiler de quinientos francos a mi mujer?

—Pues sí.

—Y pago al contado, ¿eh?

—Pues al contado.

—¿Cuándo hacemos la escritura?

—Cuando a usted le venga mejor.

—De mañana en quince días pagando en el acto.

—De acuerdo.

—¡Cien mil francos de multa al que se eche atrás!

—¡Cien mil francos de multa al que se eche atrás!

[75] El negocio se cerró en cinco minutos. Pero ¿de dónde sacar tal cantidad en tan poco tiempo?

Comenzó entonces el hermoso juego de la divina providencia.

Aquella misma tarde, don Cafasso, cosa insólita en los días de fiesta, me viene a ver y me comunica que una persona piadosa, la condesa Casazza-Riccardi, le había encargado de entregarme una limosna de diez mil francos para que la emplease yo a mayor gloria de Dios en lo que mejor me pareciese. Al día siguiente llegó un religioso rosminiano que venía a Turín para poner a rédito veinte mil francos y me pedía consejo. Le

propuse que me los prestara para la compra hecha a Pinardi; y de este modo se juntó la cantidad necesaria. Los tres mil francos de gastos complementarios los aportó el caballero Cotta, en cuyo banco se firmó la suspirada escritura [19 febrero 1851].

Asegurada así la adquisición del edificio, luego se pensó en el otro, en el de «La Jardinera». Era ésta una taberna en donde acostumbraban a reunirse los días festivos los amigos de la juerga. Organillos, pífanos, clarinetes, guitarras, violines, bajos, contrabajos y cantos de todo género no paraban de oírse en todo el día; es más, frecuentemente se reunían todos de una vez para sus conciertos. Como el edificio de la casa Bellezza estaba separado por el simple muro de nuestro patio, sucedía que nuestros cánticos en la capilla quedaban ahogados por los gritos, el alboroto y el ruido de botellas de «La Jardinera». A más, era un continuo ir y venir por delante de la casa Pinardi hacia «La Jardinera». Difícilmente puede uno imaginarse nuestras molestias y el peligro que ello suponía para nuestros jóvenes.

Para aliviarnos de tan graves inconvenientes, intenté comprar el edificio, pero sin éxito. Entonces quise alquilarlo, cosa a que se avenía la dueña; pero la que llevaba la taberna exigía una indemnización a todas luces excesiva. Para llegar a un acuerdo propuse hacerme cargo no sólo del alquiler del local de la taberna, sino además de todo el material y mobiliario de la misma: mesas, mostrador, cocina, etc.; y comprometiéndome a pagarlo todo a buen precio, por fin, pude disponer libremente del local, que destiné en seguida a otra cosa. De esta suerte se eliminaba el segundo foco de maldad que aún existía en Valdocco cerca de la casa Pinardi.

[76] 16. La iglesia de San Francisco de Sales.

Eliminadas las penalidades que nos causaban la casa Pinardi y «La Jardinera», era necesario pensar en una iglesia más decorosa para el culto y mejor adaptada a las crecientes necesidades. La antigua, a la verdad, había sido agrandada y correspondía al actual emplazamiento del comedor de los superiores (1875); pero era incómoda, por su escasa capacidad y poca altura. Como para entrar había que descender unos peldaños, en el invierno y cuando llovía se nos inundaba; en cambio, en el verano, nos sofocábamos por el calor y el insoportable tufillo. De ahí que no era raro que se desmayase alguno y hubiese que sacarlo fuera medio asfixiado.

Se necesitaba, por lo mismo, construir un edificio más proporcionado al número de jóvenes y más ventilado e higiénico. El caballero Blachier hizo un proyecto cuya ejecución nos proporcionó la actual iglesia de San Francisco y el edificio que limita con el patio que hay al lado de la iglesia. El empresario fue el señor Federico Bocca. Cavados los cimientos, se procedió a la bendición de la primera piedra el 20 de julio de 1851. El caballero José Cotta la colocó en su sitio. El canónigo Moreno, ecónomo general [del Real Economato], la bendijo. El célebre padre Barrera, conmovido a la vista de la multitud que había acudido, subió sobre un montón de tierra e improvisó un elocuente discurso de ocasión. Empezó con estas textuales palabras: «Señores, la piedra que acabamos de bendecir y colocar en los cimientos de esta iglesia tiene dos grandes significados. Significa el granito de mostaza que se convertirá en místico árbol en el que vendrán a refugiarse muchos niños; y significa también que esta obra está fundamentada sobre la piedra angular de Jesucristo, contra la cual en vano maquinarán los enemigos de la fe». Demostró después ambas proposiciones con gran satisfacción de los oyentes, que tenían por inspirado al elocuente predicador.

He aquí el acta (cópiese el acta de la solemnidad). [No fue incluida ni hallada nunca.]

Aquellas fiestas tan sonadas atraían a jovencitos de todas partes de la ciudad, y a cualquier hora del día venían en cantidad; algunos pedían que los alojáramos en nuestra casa. El número de residentes pasó aquel año de cincuenta, y empezamos en casa con algún taller, ya que cada vez se advertían mejor los inconvenientes de que los jóvenes salieran a trabajar fuera.

[77] Ya empezaba a surgir el ansiado edificio, cuando me percaté de que los fondos económicos estaban a cero. Había juntado treinta y cinco mil francos con la venta de algunos inmuebles, pero habían desaparecido como hielo fundido por el sol. El Economato nos asignó nueve mil francos, que haría efectivos cuando la obra estuviese a punto de acabar. El obispo de Biella monseñor Pedro Losana, dándose cuenta de que el nuevo edificio y toda aquella institución iban a ser de particular provecho para los muchachos albañiles de Biella, escribió una circular a sus párrocos en la que les invitaba a aportar su óbolo. He aquí la circular:

«Muy reverendo señor:

El piadoso e insigne sacerdote don Juan Bosco, animado de una caridad verdaderamente angelical, empezó a recoger, los días festivos, en Turín, a cuantos jóvenes encontraba abandonados y sin rumbo por las calles y las plazas del grande y popular sector que cae entre Borgo Dora y el Martinetto, y a reunirlos en un lugar a propósito para entretenerlos honestamente y darles una instrucción y una educación cristiana. Fue tan grande su santo empeño, que la capilla local se hizo insuficiente para su obra, tanto que actualmente no sería capaz de contener más de un tercio de los seiscientos y pico que allá acuden. Impulsado por el deseo de un mayor bien, ha tomado sobre sus hombros la empresa de construir otra iglesia adecuada a las necesidades de su obra, y por eso hace una llamada a la caridad de los fieles católicos a fin de poder hacer frente a los cuantiosos gastos que se han de hacer para su construcción.

Así, pues, con particular confianza recurre a esta provincia y a esta diócesis por mi medio, teniendo en cuenta que de los seiscientos muchachos que en torno suyo se reúnen y frecuentan su Oratorio, más de un tercio (unos doscientos) son de Biella, algunos de los cuales tiene recogidos en su propia casa, proveyéndolos de cuanto necesitan para alimentarse y vestirse, y en donde, además, pueden aprender un oficio. No sólo reclama de nosotros la caridad que le prestemos ayuda, sino la propia justicia; de ahí que suplique a su reverencia haga sabedores a sus buenos feligreses de un asunto de tanto interés; recurra a los más pudientes, y destine un día festivo para que se haga una colecta en la iglesia a tal fin. El producto envíelo lo antes posible a la curia en forma segura, indicando la cantidad recolectada y el lugar de procedencia.

Si los hijos de las tinieblas, por otra parte, intentan abrir un templo y enseñar el error con perjuicio espiritual de sus hermanos, ¿vamos a ser menos decididos los hijos de la luz, que no abramos también allí mismo una iglesia en beneficio propio y de los demás, y, sobre todo, de unos compatriotas nuestros?

Con la viva esperanza, por tanto, de poder cuanto antes, con las ofertas que nos vengan, aportar una apreciable ayuda a la empresa de ese conocido hombre de Dios, y al mismo tiempo una pública prueba de la piedad agradecida de mis diocesanos hacia una obra tan santa y tan útil como necesaria en los tiempos que corren, aprovecho esta oportunidad para reiterarme con la mayor estima y afecto su humilde servidor en Cristo

† Juan Pedro, Obispo».

Biella, 13 de septiembre de 1851.

[78] La colecta llegó a mil francos. Mas éstos eran una gota de agua en el mar, así que se organizó una lotería a base de objetos provenientes de regalos. Era la primera vez que acudía a la pública caridad por este procedimiento, que, por cierto, obtuvo una acogida muy favorable. Nos llegaron 3.300 regalos.

El sumo pontífice, el rey, la reina, la reina madre y, en general, toda la corte, se distinguieron por sus obsequios. Se ven-

dieron todos los billetes en absoluto (a cincuenta céntimos cada uno); y cuando se hizo el sorteo público en el palacio de la ciudad, hubo quienes buscaban billetes ofreciendo hasta cinco francos por uno, sin poderlos encontrar (se pueden transcribir las bases de aquella rifa):

1) Será recibido con gratitud cualquier objeto de arte o artesanía; esto es, trabajos recamados y de malla, cuadros, libros, cortes de traje, telas y cosas semejantes.
2) En el momento de entregar el objeto se extenderá un recibo en el que se hará constar la calidad del regalo y el nombre del donante, a no ser que se quisiere conservar el anonimato.
3) Los billetes de la rifa serán emitidos en número proporcionado al valor de los objetos y en los límites que señalan las leyes; es decir, con una cuarta parte de beneficios.
4) Los billetes serán cortados de una matriz y llevarán la firma de dos miembros de la comisión. Su precio será de cincuenta céntimos.
5) Se hará pública exposición de todos los objetos en el próximo mes de marzo, y durará por espacio de un mes al menos. Se dará aviso en la *Gaceta Oficial del Reino* del tiempo y lugar de la citada exposición. También se indicará el día en que públicamente ha de tener lugar el sorteo.
6) Se sacará un número cada vez. Si por equivocación salieran dos números a un tiempo, no se leerán, sino que se volverán a introducir en la urna.
7) Se extraerán tantos números cuantos sean los premios a sortear. El primer número sacado será premiado con el objeto correspondiente, señalado también con el número uno; así el segundo, y sucesivamente, hasta que se hayan sacado tantos números cuantos sean los premios.
8) En el *Diario Oficial del Reino* se publicarán los números premiados, y a los tres días se comenzará su distribución.
9) Los números premiados no presentados después de los tres meses quedarán caducados a favor del Oratorio.

Muchos de los que sacaban algún premio lo dejaron con sumo gusto en favor de la iglesia. Lo cual supuso un nuevo beneficio. Es verdad que todo reportó grandes gastos, pero en limpio se obtuvieron 26.000 francos [unos cinco millones de pesetas de 1977].

[79] 17. Explosión en el polvorín. Gabriel Fassio. Bendición de la nueva iglesia.

Durante la exposición pública de los objetos se produjo la explosión del polvorín situado junto al cementerio de San Pedro ad Víncula. La sacudida fue horrible y violenta. Muchos edificios, cercanos y aun lejanos, sufrieron grave daño. Hubo veintiocho víctimas entre los trabajadores; y hubiera sido mucho

mayor el daño si un sargento llamado Sacchi no cortara con gran riesgo de su propia vida la comunicación del fuego a una cantidad mayor de pólvora, que hubiera podido destruir toda la ciudad de Turín. El Oratorio, que era de una construcción endeble, experimentó graves daños. Los diputados nos remitieron trescientas liras de limosna para ayudarnos a repararlos.

Quiero a este propósito traer a cuento una anécdota que se refiere a nuestro joven artesano Gabriel Fassio. El año anterior le había atacado una enfermedad que lo puso a las puertas de la muerte. En los momentos de delirio exclamaba:

—¡Ay de Turín! ¡Ay de Turín!

Sus compañeros le decían:

—Pero ¿por qué?

—Porque le amenaza un gran desastre.

—¿Qué desastre?

—Un terremoto terrible.

—¿Y cuándo ocurrirá?

—El año que viene. ¡Oh, ay de Turín el 26 de abril!

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Rezar a San Luis que proteja al Oratorio y a los que lo habitan.

Fue entonces cuando, a petición de los jovencitos de la casa, se añadió por la mañana y por la tarde en las oraciones en común un pater, ave y gloria a este santo. En efecto, nuestra casa fue poco perjudicada en comparación con el peligro, y los jóvenes que residían en ella no sufrieron ningún daño personal.

[80] Mientras, la construcción de la iglesia de San Francisco de Sales iba adelante en medio de una actividad increíble, y en el espacio de once meses se dio cima a la empresa. El 20 de junio de 1852 fue dedicada al culto, con una fiesta que para nosotros resultó algo extraordinario. A la entrada del patio se levantó un arco de altura colosal. En él estaba escrito en letras cubitales: «En letras de oro purísimo—escribamos por doquier: —¡dure por siempre ese día!»

Y por todas partes se oían estos versos, a los que había puesto música el maestro José Blanchi, de grata memoria:

«Volverá el sol de su ocaso
otra vez hasta su oriente,
y de nuevo hasta su fuente
el riachuelo volverá,
antes que olvidar nosotros
esta fecha: la alegría
y hermosura de este día
para siempre vivirá».

Y se recitó y cantó con gran entusiasmo la composición:

«Cual pajarillo que busca
de rama en rama su nido...»

Muchos periódicos se ocuparon de la fiesta.

El primero de julio del mismo año empezó a funcionar una *Sociedad de Socorros Mutuos* con el objeto de impedir que nuestros jóvenes se inscribieran en la llamada *Sociedad de Obreros*, la cual, desde sus principios, no disimuló sus fundamentos antirreligiosos. Véase el folleto impreso. Cumplió a maravilla sus objetivos. Más tarde esta sociedad nuestra se cambió en una conferencia adherida a las de San Vicente de Paúl, y todavía existe.

Acabada la iglesia, era menester proveerla de los muebles y objetos pertinentes. No nos faltó la caridad cristiana. El comendador José Dupré tomó a su cargo el adornar y embellecer la capilla que se dedicó a San Luis, y compró el altar de mármol que todavía adorna aquella iglesia. Otro bienhechor pagó el coro en el que se colocó el órgano para las celebraciones festivas. El señor Miguel Scannagatti aportó un juego completo de candelabros; el marqués Fassati se encargó del altar de la Virgen y trajo también otro juego de candelabros de bronce, y aún pagó además la imagen de María. Todos los gastos del púlpito corrieron por cuenta de don Cafasso. El altar mayor fue cosa del doctor Francisco Vallauri, con ayuda de su hijo, sacerdote, don Pedro. En resumen: que la nueva iglesia, en poco tiempo, se encontró con cuanto era más indispensable para la celebración de funciones sagradas.

[81] 18. El año 1852.

Con la nueva iglesia de San Francisco de Sales, provista de sacristía y campanario, se facilitaba a los jovencitos que lo deseasen la asistencia a las funciones sagradas en los días festivos y a las clases nocturnas y diurnas. Pero ¿cómo atender a la multitud de pobres muchachos que pedían cobijo como fuese? Tanto más cuanto que la explosión del polvorín del año anterior había arruinado el antiguo edificio. En momento de tan angustiosa necesidad se tomó el acuerdo de añadir un nuevo brazo al edificio. A fin de poder aprovechar todavía el local viejo, se comenzó el nuevo por la parte

más alejada, a saber, desde el final del actual refectorio hasta la fundición de los tipos de imprenta.

Los trabajos progresaron con rapidez, y, aunque el otoño se nos echaba encima, se llegó a punto de cubrir. Estaba ya colocada toda la armadura de madera, los listones clavados y las tejas amontonadas sobre las vigas para su colocación, cuando violentos aguaceros interrumpieron el trabajo. El agua cayó durante varios días y noches y, empapándolo todo, arrastró consigo la argamasa reciente hasta dejar desnudos y al descubierto los ladrillos y las piedras de los muros.

Sería la medianoche y estábamos todos descansando, cuando se oyó un rumor violento que cada vez se hacía más intenso y espantoso. Despiertan todos y, sin saber qué pasa, llenos de miedo y envolviéndose en mantas y en sábanas, salen del dormitorio y huyen en confusión, sin saber adónde, pero con gran prisa, para escapar del peligro que se venía encima. Crece el desorden y el espanto; la estructura del techo y las tejas caen con inmenso estruendo, juntamente con los muros, que se desploman encima.

Dado que la construcción se apoyaba sobre el muro viejo del antiguo edificio, se temió que quedasen todos aplastados bajo las ruinas: pero no hubo que lamentar otra cosa que el espantoso ruido, sin que se produjeran desgracias personales.

Amaneció, y llegaron, para efectuar una inspección, algunos ingenieros del ayuntamiento. El caballero Gavetti, al ver una gran pilastra que por haberse movido un tanto se inclinaba peligrosamente sobre un dormitorio, exclamó:

—¡Id a dar gracias a nuestra Señora de la Consolata! Esa columna se sostiene por verdadero milagro y, de haber caído, hubiese sepultado en sus ruinas a don Bosco con los treinta jovencitos que dormían ahí abajo.

Como los trabajos eran a destajo, el mayor perjuicio fue para el contratista. Nuestras pérdidas se valoraron en unos diez mil francos. El siniestro aconteció a media noche del día 2 de diciembre de 1852.

En medio de las vicisitudes que afligen a la pobre humanidad, siempre está pronta la mano bienhechora del Señor para mitigar nuestra desgracia. Si aquel siniestro hubiese ocurrido dos horas antes, hubiera sepultado a los alumnos de las escuelas nocturnas. En efecto: acabadas las clases hacia las diez, antes de marcharse, unos trescientos de ellos anduvieron más de media hora por los locales en construcción. Poco después ocurriría el derrumbamiento.

Lo avanzado de la estación no permitía, no digo terminar, pero ni siquiera volver a empezar los trabajos del edificio en ruinas. Entretanto, ¿cómo resolver nuestra estrechez de espacio? ¿Cómo arreglárnoslas con tan gran número de jóvenes en un local tan pequeño y, además, medio arruinado? Se hizo de la necesidad virtud. La antigua iglesia, después de apuntalar bien sus muros, la convertimos en dormitorio. Las clases las trasladamos a la iglesia nueva, de modo que un mismo local los días festivos hacía de iglesia y de clases durante la semana.

También durante este año se construyó el campanario que remata la iglesia de San Francisco de Sales; y el bienhechor señor Miguel Scannagatti regaló un hermoso juego de candeleros para el altar mayor, que constituyen aún uno de los ornamentos más hermosos de la iglesia.

[82] Año 1853.

Apenas el tiempo lo permitió, nos pusimos de nuevo a levantar el edificio que se había venido abajo. Los trabajos avanzaron con ritmo rápido, de forma que en octubre ya se les había dado cima. Nos dimos buena prisa en ocuparlo, ya que sentíamos apremiante necesidad de una mayor holgura. Yo, por primera vez, pisé entonces el aposento que Dios me concede habitar todavía. Las escuelas, el comedor y el dormitorio pudieron montarse con toda normalidad y cómodamente, por lo que el número de internos llegó a sesenta y cinco.

Sin llegando regalos de parte de nuestros bienhechores. El caballero José Dupré, a sus expensas, colocó la balaustrada de mármol del altar de San Luis; se embelleció todo el altar y se estucó toda la capilla. El marqués Domingo Fassati regaló la pequeña balaustrada del altar de la Virgen y un juego de candelabros de bronce dorado para el mismo altar. El conde Carlos Cays, insigne binhechor nuestro, por segunda vez prior de la Compañía de San Luis, saldó una deuda que arrastrábamos de doce mil francos al panadero, que comenzaba a poner dificultades en el suministro de pan. Compró además una campana, cosa que dio lugar a una simpática fiesta. El teólogo Gattino, nuestro párroco, de grata memoria, la bendijo, teniendo después una platiquilla a la muchedumbre venida de la ciudad. Tras la función sagrada se representó una comedia que resultó muy divertida para to-

dos; el mismo señor conde Cays regaló una rica tela, de la que salieron el actual baldaquino y otros adornos más para la iglesia.

Dotada así la iglesia con cierto decoro, se pudo, por fin, satisfacer de una vez los deseos de muchos con la exposición de las cuarenta horas. No había riqueza de adornos, pero sí un extraordinario concurso de fieles. Para secundar el fervor religioso y dar comodidad de satisfacer la propia devoción, a continuación de las cuarenta horas se predicó un octavario, exclusivamente dedicado a preparar a la multitud para la confesión. Aquel concurso extraordinario de gente hizo que las cuarenta horas y su correspondiente octavario se organizara en años sucesivos con la consiguiente participación, realmente extraordinaria, en sacramentos y demás prácticas de piedad.

[83] Lecturas católicas.

En el mes de marzo de este mismo año [1853] se comenzó la publicación periódica de las *Lecturas Católicas*. En el 1847, cuando se dio libertad de cultos, se hizo necesario este antídoto para ofrecérselo a los fieles cristianos en general, y especialmente a la juventud. Con aquel decreto del Gobierno, éste parecía entender que daba libertad a todos los credos, pero sin detrimento del catolicismo. Mas los protestantes no lo entendieron así, y empezaron a hacer propaganda con todos los medios a su alcance. Tres diarios *(La buona Novella, La luce Evangelica, Il rogantino Piemontese)* y muchos libros, bíblicos y no bíblicos, eran medios con que intentaban ganar nuevos prosélitos. A éstos añadían ofrecer dinero, buscar empleos, suministrar trabajo y ofrecer diversas ventajas, vestidos y comestibles a quienes acudían a sus escuelas o frecuentaban sus conferencias, o simplemente aparecían por su templo.

El Gobierno lo sabía todo y dejaba hacer: con su silencio los protegía eficazmente. Añádase que los protestantes estaban preparados y dotados de medios materiales y culturales, mientras que los católicos, confiados en las leyes civiles que hasta entonces les habían protegido y defendido, apenas si disponían de algún diario y de alguna que otra obra clásica de erudición; pero no tenían un solo periódico ni un solo libro que estuviesen propiamente al alcance del pueblo humilde.

En estas circunstancias, para hacer frente a esta necesidad, empecé por redactar unos cuadros sinópticos sobre la Iglesia católica; más adelante, unas octavillas tituladas *Recuerdos para los católicos,* que se repartían entre jóvenes y adultos, particularmente con ocasión de ejercicios espirituales y misiones. Aquellas páginas y aquellos opúsculos fueron acogidos con vivo interés por el público, y en poco tiempo se distribuyeron muchos miles. Esto me persuadió de la conveniencia de arbitrar un medio popular que facilitase el conocimiento de los fundamentos del catolicismo. En consecuencia, reimprimí el folleto *Avisos para los católicos,* que pretende alertar a los católicos para que no se dejen coger en la red de los herejes. La venta fue realmente extraordinaria; en dos años se difundieron más de doscientos mil ejemplares. Ello entusiasmó a los buenos, pero enfureció a los protestantes, que se creían los únicos amos en este terreno.

Me pareció entonces que era cosa urgente preparar y publicar libros destinados al pueblo, y se me ocurrió la idea de las *Lecturas Católicas.* A punto unos cuantos números, quise publicarlos en seguida. Pero surgió una dificultad absolutamente inimaginable. Ningún obispo se atrevía a tomarlas bajo su responsabilidad. El de Vercelli, el de Biella, el de Casale, invitados, rehusaron diciendo que era cosa peligrosa lanzarse a la batalla contra los protestantes. Monseñor Fransoni, a la sazón residente en Lyón, aprobó y recomendó la empresa, pero nadie quiso asumir ni siquiera el riesgo de la censura eclesiástica. El canónigo Zappata, vicario general, fue el único que, a petición del arzobispo, revisó la mitad de un fascículo; pero a poco, me devolvía el manuscrito diciendo: «Ahí tiene su trabajo; yo no quiero responsabilidades; lo acaecido a Ximenes y a Palma está muy reciente [5]. Usted desafía y ataca al enemigo de frente, mas yo prefiero batirme cuando hay tiempo aún para retirarse».

De acuerdo con el vicario general, escribí todo esto al arzobispo, el cual me respondió adjuntando una carta para presentar a monseñor Moreno, obispo de Ivrea. En ella rogaba a aquel prelado que aceptase bajo su protección la publicación en proyecto y la avalara con su aprobación y su autoridad. Monseñor Moreno se prestó de buena gana a colaborar; delegó al abogado Pinoli, su vicario general, para que efectuase la censura, el cual, sin embargo, no puso el

[5] El sacerdote Ximenes, director de un periódico católico *Il Labaro* de Roma, fue asesinado. Palma, secretario pontificio y escritor que colaboraba en *Il Contemporaneo,* acabó de un arcabuzazo en las mismas salas del Quirinal.

nombre del censor. Pronto se estudió un plan, y el primero de marzo de 1853 salió el primer número, titulado *El católico instruido,* etc.

El título de este fascículo era: *El católico instruido en su religión. Charlas de un padre de familia con sus hijos sobre cuestiones actuales, con un epílogo* del sacerdote Juan Bosco. Salió en seis entregas, de marzo a agosto. Don Bosco reunió poco después los tomitos en un solo volumen de 452 páginas. Era un tratado popular sobre la religión verdadera. Refutaba los errores, la impiedad y las contradicciones de los ministros protestantes y valdenses, demostrando su mala fe y las tergiversaciones que cometían de los textos bíblicos; resumía además la vida de los fundadores de la reforma. En la edición de 1883, revisada y notablemente modificada, cambió el título por el de *El católico en el siglo. La Civilità Cattolica* 3 (1883) 81, dijo: «Libro pequeño de tamaño, pero lleno todo él de jugo y sustancia de doctrina católica». Tres años después salió la traducción francesa, y más tarde la española. La lectura de este libro explica por qué llamaron a don Bosco «martillo de los protestantes».

[84] Año 1854.

Las *Lecturas Católicas* tuvieron una acogida entusiástica y el número de sus lectores fue extraordinario; pero en seguida se desataron las iras de los protestantes. Probaron a combatirlas con sus periódicos y sus *Lecturas evangélicas,* pero no encontraron lectores. Entonces dirigieron toda clase de ataques contra el pobre don Bosco. Uno después de otro venían a disputar con él persuadidos de que no podría resistir sus razones: los curas católicos eran muy ignorantes y en dos palabras se los podía confundir.

Así, pues, venían a enfrentarse conmigo unas veces en solitario y otras varios a la vez. Yo siempre los atendí, y les recomendaba que las dificultades que ellos no sabían resolver se las presentasen a sus propios ministros e hicieran después el favor de darme la respuesta. Vino a visitarme Amadeo Bert, después Meille, el evangelista Pugno y muchos otros. Pero no pudieron conseguir que yo dejase de hablar ni de imprimir nuestras *Lecturas.* Todo esto acrecentó su rabia.

Creo hará al caso referir algún hecho relativo a este asunto.

Un domingo del mes de enero, por la tarde, me anunciaron a dos señores que venían para hablarme. Entraron y, después de una inacabable serie de cumplimientos y lisonjas, uno de ellos comenzó a decir:

—Usted, señor teólogo, recibió de la naturaleza un gran

don: el de hacerse leer y entender del pueblo; por ello le pedimos emplee este precioso don en cosas útiles para la humanidad, en el fomento, por ejemplo, de las ciencias, de las artes y del comercio.

—Eso es exactamente lo que me propongo con las *Lecturas Católicas,* y me entrego a ello con toda el alma.

—Pues sería mucho mejor que se ocupara en publicar otro tipo de libros para la juventud, como, por ejemplo, una historia de la antigüedad, o un tratado de geografía, de física o de geometría, pero no las *Lecturas Católicas.*

—¿Y por qué no estas *Lecturas?*

—Porque es un trabajo ya hecho y vuelto a hacer por otros muchos.

—Sí; este tipo de trabajos lo hicieron ya otros muchos, pero en libros de erudición, y no en fascículos al alcance del pueblo, que es lo que precisamente intento yo con mis *Lecturas Católicas.*

—Pero este trabajo no tiene que producirle a usted ningún beneficio; en cambio, si siguiera nuestro consejo, lograría además unos buenos ingresos para esa maravillosa institución que la Providencia le ha confiado. Mire, aquí tiene usted algo (eran cuatro billetes de mil francos); no será la última limosna. Es más, recibirá otras mayores.

—¿Y a qué viene tanto dinero?

—Se lo entregamos para ayudarle a emprender la publicación de las obras que le hemos dicho, y para ayudar a esa su institución nunca bastante alabada.

—No se ofendan ustedes, señores, si les devuelvo su dinero. Por ahora no me es posible dedicarme a ese tipo de trabajos, sino sólo a las *Lecturas Católicas.*

—Pero si es un trabajo inútil...

—Pues si es un trabajo inútil, ¿por qué les preocupa a ustedes? ¿Por qué gastan dinero en hacerme desistir?

—Usted no se da cuenta de lo que hace, pues al rechazar nuestra oferta daña a su propia obra y se expone a determinadas consecuencias, a ciertos peligros...

—Señores, adivino lo que ustedes quieren decirme; mas les advierto con toda franqueza que *ante la verdad no temo a nadie; cuando me hice sacerdote, me consagré al bien de la Iglesia y de la pobre humanidad;* en consecuencia, es mi propósito continuar publicando, en la medida de mis pocas fuerzas, las *Lecturas Católicas.*

—Usted comete un error—replicaron con la voz y el rostro alterados mientras se ponían de pie—, y encima de equi-

vocarse, nos está insultando; además, ¡quién sabe lo que le puede ocurrir!, y—en tono de amenaza—, si sale de su casa, ¿cree usted que tiene todas las de volver?

—Ustedes, señores, no conocen a los sacerdotes católicos. Mientras viven trabajan por cumplir con su deber. Y si en medio de su trabajo y por este motivo tuvieran que morir, sería para ellos la máxima fortuna y la mayor de las glorias.

Estaban en aquel momento los dos tan irritados que me entró miedo de que me pusieran sus manos encima.

Me levanté y, colocando la silla entre nosotros, les dije:

—No temo sus amenazas. Si intentasen emplear la fuerza, me costaría muy poco repelerla; pero la *fuerza del sacerdote está en la paciencia y el perdón*. En fin, por las buenas, tengan la bondad de salir de aquí.

Dando un rodeo a la silla, abrí la puerta de la habitación y dije:

—Buzzetti, acompaña a estos señores hasta la cancela, pues no conocen bien la salida.

Quedaron confundidos ante aquella intimación y añadieron:

—Nos volveremos a ver en mejor ocasión—y salieron de allí con la cara y los ojos inflamados de rabia.

El hecho fue publicado por algunos periódicos, concretamente por la *Armonía*.

[85] Atentados personales.

Parecía existir todo un plan secreto contra mí, urdido por los protestantes o la masonería. Contaré brevemente algunos hechos.

Una noche, mientras estaba dando clase a los jóvenes, se presentaron dos hombres y, pidiendo hablar conmigo, me invitaron a ir inmediatamente al «Corazón de Oro» para asistir a un moribundo. Quise acudir al instante, pero pensé en hacerme acompañar de algunos de los mayorcitos.

—No hace falta—me dijeron—que moleste usted a estos chicos. Ya le acompañaremos nosotros hasta la casa del enfermo, y lo volveremos aquí. El enfermo se puede asustar al verlos.

—No se preocupen de eso—añadí yo—; mis alumnos aprovecharán para dar un paseíto y se limitarán después a quedarse al pie de la escalera mientras yo esté con el enfermo.

Pero, llegados a la casa del «Corazón de Oro», me dijeron:

—Pase un momento. Descanse un poco. Entretanto iremos a avisar al enfermo de que ha llegado usted.

Me condujeron a una habitación de la planta baja, en donde había unos cuantos juerguistas que, después de haber cenado, estaban comiéndose unas castañas. Me acogieron entre grandes encomios y alabanzas, y se empeñaron en que tomara castañas con ellos. Yo rehusé alegando que acababa de cenar.

—Por lo menos beberá un vaso de vino con nosotros—dijeron—. Le gustará. Es de la parte de Asti.

—Muchísimas gracias, pero no acostumbro a beber fuera de las comidas; me sentaría mal.

—Un vasito no le hará a usted ningún daño.

Y diciendo esto, ponen vino a todos. Al llegar a mí, cambiaron de botella y de vaso. Me di cuenta entonces de su perversa maniobra. Pero a pesar de ello tomé el vaso en la mano y brindé. Pero en vez de beber, intenté colocarlo sobre la mesa.

—Eso que usted hace es un desprecio—dijo uno.

—Es más, es un insulto—añadió otro—; usted nos ofende.

—No me apetece, no quiero y no puedo beber.

—Usted beberá a toda costa.

Dicho esto, me cogió uno por el hombro izquierdo y otro por el derecho, mientras decían:

—No podemos tolerar un insulto así. Beberá de grado o por fuerza.

—Si os empeñáis, beberé; pero dejadme hacer. Y ya que no puedo beber yo, se lo daré a mis muchachos para que lo beban en mi lugar.

Al decir esto, di un largo paso hacia la puerta y la abrí invitando a mis jóvenes a entrar.

—No hace falta; no hace falta que beba nadie. Esté usted tranquilo. Vamos en seguida a avisar al enfermo. Estos, que se aguarden ahí abajo en la escalera.

A continuación me condujeron a una habitación del segundo piso, en donde, en lugar de un enfermo, vi acostado al mismo que me había venido a llamar, el cual, después de haber aguantado algunas preguntas, soltó una risotada, diciendo:

—Me confesaré mañana por la mañana.

Me marché en seguida y volví a mi trabajo.

Una persona amiga hizo algunas averiguaciones sobre las

personas que me habían llamado y sobre sus intenciones, y pudo asegurarme que cierto sujeto les había pagado una suculenta cena con la condición de que me hicieran beber un poco de vino que él les había preparado.

Las diversas publicaciones de don Bosco en defensa de la verdad católica estaban redactadas de acuerdo con la moderación y la caridad cristianas. En el epílogo de *El católico instruido* se dirigía a los ministros protestantes diciéndoles: «Estas son las palabras de un hermano vuestro que os ama, y os ama bastante más de lo que vosotros creéis. Palabra de un hermano que ofrece toda su persona y cuanto pueda tener en este mundo por vuestro bien». A pesar de todo, sus escritos enfurecían a sus enemigos.

En la *Colección de hechos curiosos contemporáneos,* referente a los protestantes (abril 1854), escribía: «Nuestro fin al publicar esta *Colección* es, entre otros, el de informar a nuestros lectores que los protestantes se han molestado mucho por otros hechos ya publicados sobre ellos. Lo vienen demostrando con palabras, con cartas privadas y en las propias páginas de sus periódicos. Esperábamos que pusieran de relieve algún error publicado por nosotros, pero no fue así. Todas sus palabras, escritos y publicaciones no fueron más que un tejido de groserías y de injurias; en esto les concedemos de buen grado la victoria, sin que tratemos de añadir una palabra. Por eso hemos tenido siempre el máximo empeño en no publicar nada contrario a la caridad que debemos tener con todos nuestros lectores; nos guardaremos muy bien de alusiones personales, pero perseguiremos el error dondequiera se esconda».

[86] Agresión. Lluvia de garrotazos.

Parecen fábulas los atentados que voy narrando, pero, por desgracia, son dolorosas historias que tuvieron muchos testigos. He aquí otro más sorprendente todavía.

Una tarde de agosto, sobre las seis, estaba yo en la cancela que daba al patio del Oratorio, rodeado de mis jóvenes, cuando se oyó un grito desesperado: «¡Un asesino, un asesino!» Y, efectivamente, hete aquí un individuo, por cierto bastante conocido por mí, y a quien había hecho favores, que corría furioso hacia mí en mangas de camisa y con un largo cuchillo en las manos.

—¿Dónde está don Bosco, dónde está don Bosco?—iba diciendo.

Todos se dispersaron a la desbandada, mientras él la emprendió detrás de un clérigo a quien confundió conmigo. Cuando se percató de su error, furioso volvió sus pasos contra mí, y yo apenas si tuve tiempo de huir escaleras arriba, a refu-

giarme en mi habitación vieja, y justamente había dado la vuelta a la llave cuando llegó el desgraciado. Golpeaba, gritaba, mordía las barras de hierro para abrirla, pero inútilmente: yo estaba seguro. Mis jóvenes querían hacer frente a aquel miserable y hacerlo trizas, pero se lo prohibí y me obedecieron. Se avisó a la fuerza pública, a la policía, a los carabineros, pero no se pudo obtener nada hasta las nueve y media de la noche, hora en que dos carabineros detuvieron a aquel desalmado y lo llevaron al cuartelillo.

Al día siguiente, el jefe de policía me envió un agente para preguntarme si perdonaba al criminal. Contesté que sí, que yo perdonaba aquella y todas las injurias; pero que, en nombre de la ley, recomendaba a las autoridades que defendieran mejor las personas y las moradas de los ciudadanos. ¿Quién lo iba a creer? A la misma hora en que tuvo lugar la agresión, estaba aquel sujeto al día siguiente, a poca distancia, esperando a que yo saliese de casa.

Un amigo mío, viendo que no podía esperar nada de la autoridad, intentó hablar con el miserable.

—A mí me han pagado—contestó—; denme lo que me dan los otros y me iré en paz.

Se le pagaron ochenta francos para que saldara un alquiler vencido, y se le dieron otros ochenta más para que se buscara una vivienda lejos de Valdocco. Así se terminó aquella primera comedia.

Pero no fue cosa tan sencilla lo de la comedia segunda.

Un mes después, más o menos, del suceso narrado, en la tarde de un domingo, me llamaron urgentemente desde casa Sardi, cerca del Refugio, para que confesara a una enferma que, según decían, estaba a punto de morir. A causa de los hechos precedentes invité a algunos de mis jóvenes mayorcitos a que me acompañaran.

—No hace falta—se me dijo—; nosotros le acompañaremos. Deje a esos jóvenes en sus juegos.

Esto fue una razón más para no salir solo. Coloqué a algunos en la calle, al pie de la escalera, y José Buzzetti y Jacinto Arnaud quedaron en el rellano del primer piso, a poca distancia de la puerta de la enferma.

Entré y vi a una mujer que estaba jadeante, como si fuese a dar el último suspiro. Invité a los presentes, en número de cuatro, a que se alejaran para poder hablar de cosas del alma.

—Antes de confesarme—empezó a decir a grandes vo-

ces—quiero que aquel bribón que está enfrente se retracte de las calumnias con que me ha difamado.

—De ningún modo.

—¡Silencio!—gritó un tercero, poniéndose de pie. Y los dos se pusieron de pie.

«Que sí», «que no», «que te casco», «que te hago trizas» fueron expresiones que, subrayadas por horrendas imprecaciones, contribuyeron a que se armara un alboroto infernal en aquella habitación. En medio de aquel infierno se apagan las luces, aumentan los gritos y comienza una lluvia de bastonazos dirigidos hacia donde yo estaba sentado. En seguida adiviné el juego, que no consistía nada más que en hacérmelo pasar muy mal. No teniendo tiempo para pensar y menos aún para reflexionar, el instinto me guió; cogí la silla, me la puse sobre la cabeza y, recibiendo los bastonazos que descargaban furiosamente sobre la silla, caminé bajo aquella especie de escudo en dirección a la salida.

Habiendo podido escapar de aquel antro de Satanás, me lancé en brazos de mis jóvenes, que, al oír el ruido y los gritos, intentaban a toda costa entrar dentro. No recibí ninguna herida grave, pero sí que me alcanzó un bastonazo en el pulgar de la mano izquierda, que tenía apoyado en el respaldo de la silla; se me llevaron la uña con la mitad de la falange, como se puede ver por la cicatriz que aún conservo. Con todo, lo peor fue el susto.

Nunca pude saber el verdadero motivo de tales vejaciones, pero parece que todo fue urdido para atentar contra mi vida o, al menos, para hacerme desistir de calumniar, según decían ellos, a los protestantes.

[87] El perro «Gris».

El perro *Gris* fue ocasión de muchas conversaciones y de no pocas hipótesis. Muchos de vosotros lo habéis visto y hasta acariciado. Pero en este momento, dando de lado a las peregrinas historias que sobre él se cuentan, yo expondré la pura verdad.

Los frecuentes atentados de que era objeto me aconsejaban no ir solo a Turín, ni tampoco volver. En aquel tiempo, el manicomio era el edificio más cercano al Oratorio; todo lo demás eran terrenos llenos de espinos y acacias.

Una tarde oscura, a hora ya algo avanzada, volvía yo completamente solo, y no sin algo de miedo, cuando veo junto

a mí un perrazo que, a primera vista, me espantó; mas, al no amenazarme agresivamente, sino, al contrario, al hacerme fiestas como si fuera yo su dueño, nos pusimos pronto en buenas relaciones y me acompañó hasta el Oratorio. Algo parecido sucedió muchas otras veces; de modo que puedo decir que el *Gris* me ha prestado importantes servicios. Expondré algunos.

A fines de noviembre de 1854, en una tarde oscura y lluviosa, volvía de la ciudad y, para andar lo menos posible por despoblado, venía por el camino que desde la Consolata va hasta el Cottolengo. A un cierto punto advertí que dos hombres caminaban a poca distancia de mí. Aceleraban o retardaban su paso cada vez que yo aceleraba o retrasaba el mío. Cuando intenté pasar a la otra parte, para evitar el encuentro, ellos, hábilmente, se me colocaron delante; quise desandar camino, pero no me fue posible, porque ellos repentinamente dieron unos saltos atrás y, sin decir palabra, me echaron una manta encima. Hice cuanto pude por no dejarme envolver, pero todo fue inútil; aún más, uno se empeñaba en amordazarme con un pañuelo. Yo quise gritar, pero inútilmente. En aquel momento preciso apareció el *Gris*, y aullando como un oso, se abalanzó con las patas delanteras contra uno y con la boca abierta contra el otro, de modo que tenían que envolver al perro antes que a mí.

—¡Llame a ese perro!—se pusieron a gritar con espanto.

—Lo llamaré; pero no os metáis con los transeúntes.

—Pero ¡pronto!—exclamaban.

El *Gris* continuaba aullando como un lobo o como un oso enfurecido. Reemprendieron ellos su camino, y el *Gris*, siempre a mi lado, me acompañó hasta llegar al Cottolengo. Rehecho del susto y entonado con un buen vaso de vino que me ofreció la caridad de aquella casa, detalle que suele tener siempre a punto en honor de sus huéspedes, me volví al Oratorio bien escoltado.

Las tardes en que no iba acompañado de nadie, tan pronto como dejaba atrás las últimas edificaciones veía aparecer al *Gris* por un lado del camino. Muchas veces los jóvenes del Oratorio pudieron verlo, y hasta en una ocasión les sirvió de entretenimiento. Efectivamente, en cierta ocasión vieron entrar un perro en el patio. Unos querían golpearle y otros estaban a punto de emprenderla a pedradas contra él.

—No le molestéis—dijo Buzzetti—. Es el perro de don Bosco.

Entonces todos se pusieron a acariciarle de mil modos y

lo acompañaron hasta el comedor, donde estaba yo con algunos clérigos y sacerdotes y con mi madre. Ante la inesperada visita, quedaron todos estupefactos.

—No tengáis miedo—les dije—, es mi *Gris;* dejadlo que se acerque.

En efecto, después de dar una vuelta a la mesa, se puso a mi lado muy contento. Yo lo acaricié y le ofrecí comida, pan y cocido; pero él rehusó. Aún más, ni siquiera quiso olfatearlo.

—Entonces, ¿qué quieres?—le dije.

El se limitó a sacudir las orejas y mover la cola.

—Come o bebe, o estate quieto—concluí.

Continuó entonces sus muestras de complacencia y apoyó la cabeza sobre mis rodillas, como si quisiera hablarme y darme las buenas noches; después, con gran sorpresa y no poca alegría, los chicos lo acompañaron fuera. Recuerdo que aquella noche había llegado yo tarde a casa y que un amigo me había traído en su coche.

La última vez que vi al *Gris* fue el año 1866, cuando desde Murialdo iba a Moncucco, a casa de Luis Moglia, mi amigo [cf. Cronología, año 1828]. Como el párroco de Buttigliera me hubiese entretenido, se me hizo tarde y la noche me sorprendió en camino.

—¡Oh, si estuviese aquí mi *Gris!*—pensé para mí—. ¡Qué bien me vendría!

Dicho esto, subí a un prado para gozar del último rayo de luz. En aquel momento preciso apareció el *Gris* entre grandes muestras de alegría y me acompañó el trecho de camino que me quedaba, unos tres kilómetros. Llegado a casa de mi amigo, que me estaba esperando, me advirtieron que diera una vuelta para que mi perro no se peleara con dos grandes perros de la casa.

—Se harían pedazos entre ellos—dijo Moglia.

Hablé con toda la familia, fuimos después a cenar, y a mi compañero se le dejó descansar en un rincón de la sala. Terminada la cena, dijo mi amigo:

—Habrá que dar de cenar a tu perro.

Tomó algo de comida, se la llevó, pero no lo encontró, por más que lo buscó en todos los rincones de la sala y de la casa. Todos quedaron asombrados, porque no se había abierto ni la puerta ni la ventana, ni los perros de la casa habían dado la menor alarma. Se repitieron las pesquisas por las habitaciones superiores, pero nadie pudo encontrarlo.

Esta es la última noticia que tuve del perro, animal que

ha sido objeto de tantas preguntas y de tantas discusiones. *Yo nunca pude conocer el dueño. Sólo sé que aquel animal fue para mí una auténtica providencia en los muchos peligros en que me encontré.*

Escritas ya estas *Memorias,* volvió a ver el misterioso animal en 1883, mientras en la oscuridad de la noche volvía de Ventimiglia a Vallecrosia (MB 18,8). Habló de ello varias veces y en diferentes lugares. Entre otros, oyeron la narración su biógrafo doctor D'Espiney (MB 18,10) y don Segundo Gay, cura de San Silvestre, en Asti, como atestiguó en su relación del 17 de octubre de 1908.

Contaba este encuentro el mismo año 1883 a una familia de cooperadores de Marsella. La señora, extasiada, observó que aquel perro debería tener para entonces bastantes más años de los que suelen alcanzar los perros. Y don Bosco respondió: «Quizás fuera el hijo o el nieto del otro». Pero lo dijo riendo y en tono de broma, para eludir la cuestión. Probablemente el *Gris* no tendría genealogía.

Ghéon (o.c., p.141) escribe: «La Providencia puede servirse de un perro. Un ángel tiene posibilidad de hacer surgir su forma. Lo menos que se puede decir es que este animal supo rastrear la santidad y ponerse decididamente a su favor».

SEGUNDA PARTE

PRODUCCION PEDAGOGICA

1. El joven cristiano.
2. Introducción a un plan de reglamento.
3. Recuerdos a los directores.
4. El sistema preventivo en la educación de la juventud.
5. Reglamento para las casas.
6. Carta-circular sobre los castigos.
7. Carta al Oratorio sobre el espíritu de familia.
8. Sobre los jóvenes artesanos.

Producción pedagógica

En esta sección incluimos algunos escritos de don Bosco que podríamos considerar estrictamente pedagógicos. Decimos esto porque nos parece que es muy difícil hacer en él una distinción entre escritos pedagógicos y no pedagógicos. Prácticamente todas sus obras y la mayoría de las tres mil cartas que E. Ceria recoge en los cuatro volúmenes del *Epistolario,* tienen una orientación educativa, incluso, de alguna manera, las de tipo administrativo.

Desde muy pequeño, don Bosco se sintió con vocación de educador. Esta ya aparece en las circunstancias que provocaron el célebre sueño de los nueve años, reproducido con todo detalle en las *Memorias del Oratorio* (n.6), y en los juegos organizados entre los compañeros de infancia y adolescencia. Esta preocupación pedagógica la refleja don Bosco en toda su actividad de apóstol, particularmente en la fundación y gobierno de la Congregación salesiana. Es natural, pues, que se encuentre en la temática fundamental de los cuatro capítulos generales de la Congregación convocados en vida suya.

Aunque admitimos en todo lo que significa la tesis del padre Braido: de que fue sacerdote antes que educador, de que su opción sacerdotal era más esencial en su vida que su actuación educativa, de que su formación fue por encima de todo clerical, en vista a la cura de almas *(Scritti...* XXIX y, sobre todo, *Il sistema preventivo...* p.86-94), sin embargo, como dice Braido en los lugares citados, esa cura de almas la realizó siempre desde un punto de vista netamente educativo y dirigida especialmente a los jóvenes.

De ahí que sea difícil hacer una selección de obras exclusivamente pedagógicas, sobre todo teniendo en cuenta que el santo nunca se propuso componer un tratado sistemático de educación para sus colaboradores, y menos todavía para dejarlo a la posteridad. Por esto su pensamiento pedagógico se ha de buscar en la producción escrita, y quizá más todavía a través de su conducta educativa. Muchas veces está contenido en sus *buenas noches,* que recogieron sus colaboradores o los propios jóvenes, o en sus conversaciones y diálogos, no pocos de los cuales logró recopilar su secretario don Lemoyne y que hoy encontramos en los Archivos de la Congregación salesiana,

apuntes que fueron la base de los 19 volúmenes de las *Memorias biográficas* del santo.

Con todo, hay una serie de obritas que recogen en forma más explícita y sistemática su pensamiento pedagógico.

De éstas hemos recogido algunas. A todas luces han de entrar indiscutiblemente en la selección el *Opúsculo sobre el sistema preventivo* y *La carta de Roma de 1884,* que son considerados como los escritos fundamentales de la pedagogía del santo. Sobre los demás documentos incluidos admitimos que cabe discrepar de nuestro parecer. Aunque opinamos que tienen la suficiente entidad pedagógica para ser ofrecidos al lector como expresión de los principios educativos de don Bosco.

Las obras que hemos elegido

Advertimos en primer lugar que las ofrecemos, no precisamente en orden de importancia, sino en orden cronológico, porque entendemos que así aparece mejor la evolución progresiva del pensamiento del santo. Vamos a presentarlas brevemente. Son las ocho siguientes:

1. Empezamos con una obra de piedad: *El joven cristiano.* Nos ha llevado a incluirla el juicio ponderado del historiador de don Bosco padre Stella *(Valori spirituali...* p.19s). Si bien es un libro de piedad, está concebido desde una perspectiva educativa y es la única obra de esta sección escrita directamente para los jóvenes. Fue publicada en 1847, cuando don Bosco, todavía joven, llevaba pocos años entre los muchachos. De ahí que refleje su espíritu genuino y original, sin reelaboraciones posteriores ni intervención de otras manos.

Además, toda la primera parte contiene una serie de reflexiones que, aunque escritas con intención religiosa para ayudar a los jóvenes a la adquisición de la virtud, están pensadas teniendo en cuenta la idiosincrasia juvenil de aquel tiempo y, por lo tanto, con estructura intencionalmente educativa.

Por eso, con razón, Stella lo considera como un documento educativo de primera importancia; a nosotros nos ha parecido muy interesante su inserción entre las *Obras fundamentales* de don Bosco, sobre todo si se tiene en cuenta que no es fácil hallar ejemplares de esta obra.

2. Publicamos a continuación la *Introducción al plan de reglamento,* por lo que tiene de esquema y síntesis histórico-educativa del pensamiento de don Bosco. Viene a ser un pró-

logo, no sólo de los reglamentos, sino de todos los demás documentos educativos.

3. Siguen los *Recuerdos a los directores,* escritos en el primer momento de expansión de su obra, cuando siente la necesidad de dejar unas orientaciones a quienes han de hacer sus veces como padres de nuevas comunidades educadoras. En ellos se contiene ya en germen la temática del sistema preventivo con sus tres características fundamentales (razón, religión y amor) y con el espíritu de familia que aparecerá, sobre todo, en el sueño de 1884.

4. El tratadito sobre el *Sistema preventivo en la educación de la juventud* fue publicado en 1877. Es el documento más sistemático de todos los que escribió don Bosco. En él se contienen ya, de una manera orgánica, las características fundamentales que se desarrollarán después en otros documentos.

Lo podemos considerar la primera expresión pública de los principios de su pedagogía. En efecto, no lo dedica exclusivamente a sus colaboradores, sino que busca un objetivo más amplio, ya que fue publicado en un opúsculo conmemorativo, para que sus bienhechores y amigos pudieran conocer el estilo de su actuación con los jóvenes.

5. Del mismo año es el *Reglamento para las casas de la Sociedad de San Francisco de Sales,* síntesis de otros reglamentos y fruto de la experiencia en los centros fundados por el santo. Fue elaborado con mucha calma y después de confrontar los diversos puntos de vista de sus colaboradores. Es una nueva faceta de la pedagogía de don Bosco: junto al espíritu de familia y confiada espontaneidad aparece una disciplina reglamentada, indispensable en centros de numeroso alumnado.

6. Los dos documentos que siguen son, con toda probabilidad, los más originales del santo. *La circular sobre los castigos* se centra menos en los castigos propiamente dichos que en los aspectos teóricos de la corrección como ayuda al muchacho en su desarrollo personal desde el punto de vista de la disciplina preventiva.

7. La *Carta de Roma de 1884* viene a ser como el testamento pedagógico de don Bosco. Resulta casi un poema, a veces melancólico, a veces vibrante, en el que asoman sus ideas sobre el estilo educativo, centrado en la amabilidad y en el espíritu de familia, tan fomentado por él en sus obras.

8. Incluimos en último lugar un documento *sobre los artesanos.* Fue elaborado en el cuarto capítulo general de la Congregación, presidido por don Bosco. Aunque no se puede presentar como obra exclusivamente suya, condensa su pensamien-

to y experiencia en un campo tan típico de su actividad como es la formación profesional. Publicado bajo su autoridad, ciertamente reconoció sus páginas como algo suyo.

Bibliografía

P. BRAIDO, *San Giovanni Bosco. Scritti sul sistema preventivo nell'educazione della gioventù* (Brescia 1965).
ID., *Don Bosco* (Brescia 1957).
ID., *Il sistema preventivo di Don Bosco* (Zürich ²1964). En esta obra se presentan, antes de la del autor, las valoraciones de muchos otros sobre la personalidad del santo como educador y teórico de la educación.
ID., *Il sistema educativo di don Bosco* (Turín ³1962).
P. BRAIDO y otros, *Don Bosco, educatore oggi* (Turín ²1963).
B. FASCIE, *Del metodo educativo di don Bosco, fonti e commenti* (Turín 1931).
P. RICALDONE, *Don Bosco, educatore* (Colle Don Bosco 1951). Trad. española (Buenos Aires 1954).
P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica* II (Zürich 1969) p.441-474.
Il sistema educativo di don Bosco tra pedagogia antica e nuova. Atti del convegno europeo... (Turín 1974). Trad. española (Madrid 1975).
R. FIERRO, *El sistema educativo de Don Bosco en las pedagogías general y especiales* (Madrid ³1953).
ID., *La pedagogía social de Don Bosco:* CSIC. Instituto San José de Calasanz de Pedagogía. A.14 (Madrid 1949).

Véase además la bibliografía particular de los documentos que siguen, en especial los artículos de P. BRAIDO y de E. VALENTINI, publicados en las revistas «Salesianum», «Orientamenti Pedagogici» y «Rivista di Pedagogia e Scienze Religiose».

PEDRO CASTELVÍ

1. *EL JOVEN CRISTIANO*

Libro importante

El 3 de julio de 1847, la curia arzobispal de Turín daba la aprobación a un libro firmado en el prólogo por el sacerdote Juan Bosco, que sería con el tiempo todo un éxito editorial: *El joven instruido en la práctica de sus deberes en los ejercicios de la piedad cristiana...*

Para abreviar, usaremos normalmente el título breve adoptado por la traducción española desde 1940: *El joven cristiano,* que responde bastante bien al contenido.

Cuarenta y un años después, al morir el santo, la obra había alcanzado 118 ediciones en italiano, dos en francés, varias españolas y estaba ultimándose la portuguesa.

Tanto el prólogo, lleno de afecto a los jóvenes, como la primera parte *(Cosas necesarias a un joven para ser virtuoso),* son de gran interés para conocer cómo don Bosco presentaba a los jóvenes las líneas maestras de la vida cristiana. Las otras dos partes, en cambio *(Ejercicios particulares de piedad cristiana* y *Extractos del Oficio Divino y Cancionero sagrado),* tienen un interés menor. Nuestra reflexión y edición se van a limitar a la primera parte.

Aquel sacerdote de treinta y dos años, que había empezado a reunir jóvenes turineses desde el 8 de diciembre de 1841 y que, tras múltiples peripecias, había conseguido casa definitiva para sus encuentros el 12 de abril de 1846, ofrecía un año después un vademécum espiritual que sería empleado por centenares de miles de jóvenes a lo largo de un siglo.

Distribución de la materia

Estas son las secciones de la primera parte:

1.ª Cosas necesarias a un joven para llegar a ser virtuoso.
2.ª Cosas de que debe huir especialmente la juventud.
3.ª Siete consideraciones para cada día de la semana.
4.ª Los seis domingos y la novena de San Luis Gonzaga.
5.ª Sobre la vocación.

Así se encuentran ordenadas en la edición última en vida

del santo. Esta edición, respecto a la primera, presenta los siguientes cambios: la sección segunda tiene un nuevo capítulo, el séptimo, sobre *la pureza,* al que sigue el octavo, sobre la *devoción a María Santísima,* que antes se hallaba al final de la tercera sección. También faltaba en la primera edición la breve sección quinta *sobre la vocación.* Los dos nuevos capítulos aparecieron en 1878.

El autor dio especial importancia a la sección cuarta: San Luis, como plasmación del ideal propuesto. Por ello prefiere colocarlo en esta primera parte, y no entre los diversos ejercicios de piedad. Pero es forzoso prescindir aquí de estas páginas, ya que el mismo don Bosco nos ha presentado figuras más cercanas de este ideal de santidad en las biografías de su compañero Comollo y de sus tres alumnos, biografías que hemos recogido anteriormente.

Es de interés anotar que sólo en las dos primeras secciones es aducido hasta nueve veces San Luis como ejemplo de los puntos tratados. También se menciona dos veces a Comollo, cuyos rasgos biográficos don Bosco había dado a la imprenta tres años antes.

¿Se trata de una simple compilación?

Pedro Stella señala obras de varios autores que han sido empleadas por don Bosco al redactar su obra. Libros de este tipo siempre se hicieron a partir de otros anteriores.

«Las fuentes seguidas—según dicho autor—por don Bosco son:

1) Gobinet, maestro del llamamiento a la virtud en la edad juvenil: *Instruction de la jeunesse en la pieté chrétienne* (París-Lyon 1822).

2) *Guida angelica, ossiano pratiche istruzioni per la gioventù... per un sacerdote secolare milanese* (Turín 1767). Es un repertorio de enseñanzas prácticas y fáciles sobre la obediencia y conducta virtuosa fácilmente accesibles a los jóvenes y, de hecho, ya practicadas por ellos.

3) De Mattei, sólido presentador de la santidad del joven Luis Gonzaga. *Considerazioni per celebrare con frutto le sei domeniche e la novena di San Luigi* (Novara, hacia 1840).

4) San Alfonso de Ligorio, doctor de la necesidad de salvar el alma. *Máximas eternas. Preparación para la muerte. La verdadera esposa de Jesucristo* (Turín 1845-1848).

5) San Francisco de Sales, original y animoso presen-

tador de la visión del cielo. *La Filotea. Introducción a la vida devota* (Venecia 1748).

6) E. IAIS (fuente probable), afectivo y delicado al dirigirse con expresiones sencillas e intuitivas a la primera infancia. *L'amico dei fanciulli ovvero libretto d'istruzione e di preghiera* (Turín 1847).

7) ZAMA-MELLINI (fuente probable), incisivo en los coloquios de *Jesús al corazón del joven* (Roma 1833).

8) La experiencia personal de don Bosco, las relaciones con Comollo, la enseñanza de la *Doctrina cristiana para uso de la diócesis de Turín* (Turín 1844), el patrimonio de ideas y expresiones adquiridas en la preparación de otros escritos.

Nova et vetera han confluido en la construcción, con un nuevo espíritu, de la trama de *El joven cristiano*» (STELLA, p.78s).

Valores espirituales

Partiendo del amor generoso de Dios, que ama con predilección a los jóvenes, don Bosco dice dos veces en el prólogo que desea ofrecerles un método de vida cristiana.

Insiste en que la religión es la verdadera fuente de felicidad y, por ello, hay que desenmascarar el engaño común de que la devoción es un fastidio para la vida juvenil. Se ha de servir al Señor con alegría. Falta alegría porque falta gracia. La confesión devuelve la alegría y, en consecuencia, ésta rebosa en quienes se entregan a la virtud con ilusión y generosidad. Es fácil, por lo tanto, hacerse santo.

Las virtudes más subrayadas son el amor de Dios, juntamente con el amor al prójimo, el despego de los bienes terrenos, el espíritu de penitencia y mortificación y el espíritu de oración. El santo afirma que la obediencia es la primera virtud del joven, y la pureza, la virtud más hermosa.

¿Qué medios se proponen en este «método» de vida cristiana? Después de subravar la importancia de la instrucción religiosa, insiste en las prácticas de piedad y en las diversas devociones, en particular, en la devoción a la Stma. Virgen, y quiere que los jóvenes estén siempre ocupados en sus deberes, o en el juego y el canto.

Extraordinariamente práctico, recuerda los frecuentes ejemplos que Dios nos ofrece a lo largo de la vida, especialmente a través de los santos que practicaron la virtud desde la infancia.

Es un acierto singular de este «método» el lugar dado a la

elección de estado: pocas páginas, que, colocadas al final de este conjunto de consejos, orientan decididamente al porvenir los esfuerzos de los jóvenes.

Documento clave de don Bosco

Dice Stella (p.81): «La importancia de *El joven cristiano* es capital. En este fruto de la primera actividad sacerdotal y literaria de don Bosco ya encontramos desplegado el programa de santidad juvenil que ha concebido y formulado. Con el paso de los años, la experiencia de educador, los acontecimientos, la actividad literaria, le llevarán a más profunda meditación y clarificación de algunos aspectos, pero en *El joven cristiano* ya está la semilla, o mejor, la planta, desarrollada en sus principales ramificaciones.

«*El joven cristiano* es, en verdad, el programa y pregón de la espiritualidad propuesta por don Bosco a los jóvenes, programa al que se mantiene fiel hasta el fin de su vida. En su esquematismo y simplicidad, en la aparente desconexión de sus elementos, se descubre efectivamente el método de santidad o de perfección cristiana del que don Bosco fue maestro y promotor».

Nuestra edición

Ofrecemos la edición primera, de 1847, usando el volumen II de *Opere edite* en edición anastática de 1976. La hemos comparado con la edición 121ª, que coincide con la última revisada por don Bosco. Nos ha parecido que será útil a muchos lectores señalar las variantes introducidas por el mismo autor en esta obra importante tantas veces editada.

Para facilitar la lectura hemos procedido así:

1) Ponemos en nota sólo los párrafos cambiados. Cada nota es el párrafo de 1891 que sustituye el de 1847, comprendido entre el asterisco (*) y el número de llamada.

2) Las expresiones de 1847 suprimidas en 1891 van entre paréntesis normal ( ). En el texto original sólo había un paréntesis, que hemos sustituido por un par de comas.

3) Intercalamos en el texto, pero entre corchetes [ ], las frases totalmente nuevas de 1891 con relación al texto de 1847.

Por lo tanto:

La edición de 1847 se consigue prescindiendo de las notas y de los párrafos entre corchetes.

La edición de 1891 prescinde de los paréntesis normales y sustituye las frases que siguen a cada asterisco por la nota correspondiente.

El original usaba *letra cursiva* para las frases latinas, que sólo daremos traducidas. Nosotros usaremos *letra cursiva* para destacar las frases que nos parecen más características del santo.

Bibliografía

P. STELLA, *Valori spirituali nel «Giovane provveduto» di San Giovanni Bosco* (Roma 1970).

J. BOSCO, SAN, *El joven cristiano instruido en sus deberes y en los ejercicios de la piedad cristiana* (Barcelona [15]1958).

EL JOVEN PROVISTO PARA LA PRACTICA DE SUS DEBERES Y DE LOS EJERCICIOS DE LA PIEDAD CRISTIANA.

Y PARA EL REZO DEL OFICIO DE LA STMA. VIRGEN Y DE LAS (PRINCIPALES) VÍSPERAS DEL AÑO [ENTERO Y DEL OFICIO DE DIFUNTOS], CON UN APÉNDICE-SELECCIÓN DE CANTOS SAGRADOS, ETC. [POR EL SACERDOTE JUAN BOSCO. 121 ed.]. Turín [1891]. Tipografía *Paravia y Comp.[1] (1847).

A la juventud [1]

Dos son los ardides principales con que el demonio suele alejar a los jóvenes de la virtud. El primero consiste en persuadirles de que el servicio del Señor exige una vida melancólica y privada de toda diversión y placer. No es así, queridos jóvenes. Voy a indicaros *un plan de vida cristiana que os pueda mantener alegres y contentos,* haciéndoos conocer al mismo tiempo cuáles son las verdaderas diversiones y los verdaderos placeres, para que podáis exclamar con el santo profeta David: *Sirvamos al Señor con santa alegría.* Tal es el objeto de este libro: mostraros cómo servir al Señor manteniéndoos siempre alegres.

El segundo ardid del demonio consiste en haceros concebir una *falsa esperanza de larga vida,* con facilidades para convertiros en la vejez o en punto de muerte. Estad atentos, queridos hijos, porque muchos sufrieron este engaño. ¿Quién nos asegura que llegaremos a viejos? Se habría de pactar con la muerte que espere hasta entonces; pero vida y muerte están en manos de Dios, que dispone de ellas según su beneplácito.

Aun cuando Dios os concediera larga vida, escuchad, sin embargo, su advertencia: *El camino que el hombre empieza en la juventud, lo sigue en la vejez hasta la muerte.* Es decir: si empezamos de jóvenes una vida ejemplar, seremos ejemplares en la edad madura y nuestra muerte será santa y principio de eterna felicidad.

Si, por el contrario, los vicios empiezan a dominarnos desde la juventud, es muy probable que nos esclavicen en cualquier

[1] y librería salesiana.

edad hasta la muerte, triste preludio de una eternidad terrible.

Para que no os suceda esta desgracia, os presento *un método de vida alegre y fácil,* pero suficiente para poder ser el consuelo de vuestros padres, el honor de vuestra patria, *buenos ciudadanos en la tierra y, después, moradores felices del cielo.*

Este librito está dividido en tres partes: hallaréis en la primera lo que debéis hacer y evitar para comportaros como buenos cristianos. En la segunda se hallan abundantes devociones particulares [tal como suelen practicarse en las parroquias y en las casas de educación]. En la última se contiene el oficio de la Stma. Virgen, con las principales vísperas del año [y el oficio de difuntos. Al final hallaréis un diálogo sobre los fundamentos de nuestra santa religión católica de acuerdo con las presentes necesidades] y una selección de cánticos sagrados.

Queridos jóvenes, os amo *a todos de corazón [2] y *me basta con que seáis jóvenes para que os ame extraordinariamente.* Os aseguro que encontraréis libros dirigidos a vosotros por personas más virtuosas y sabias que yo en mucho, pero difícilmente podréis encontrar quien os ame más que yo en Jesucristo y que más desee vuestra felicidad. [En vuestro corazón conserváis aún el tesoro de la virtud; poseyéndolo, lo tenéis todo; pero, si lo perdéis, os convertís en los más infelices del mundo]. El Señor esté con vosotros y os conceda que, practicando estas sencillas indicaciones, podáis *conseguir la salvación de vuestra alma y aumentar de esta suerte la gloria de Dios, único objetivo de esta compilación.

Vivid contentos, y que el Señor esté con vosotros. Affmo. en Jesucristo

JUAN BOSCO, Pbro. [3]

[2] con todo el corazón.

[3] aumentar la gloria de Dios y conseguir la salvación del alma, fin supremo para el que fuimos creados. El cielo os conceda largos años de vida feliz, y el santo temor de Dios sea siempre la gran riqueza que os llene de bienes celestiales en el tiempo y en la eternidad.

Primera parte

[A] *Lo que necesita un joven para alcanzar la virtud*

ARTICULO 1

Conocimiento de Dios [2]

Levantad los ojos, queridos hijos míos, y observad cuanto existe en el cielo y en la tierra. El sol, la luna, las estrellas, el aire, el agua, el fuego, cosas son todas que en otro tiempo no existían. [Nunca nada se dio la existencia a sí mismo]. Pero hay un Dios que existe eternamente y que con su omnipotencia las sacó de la nada creándolas. Por este motivo lo llamamos creador.

Este Dios, que siempre ha existido y siempre existirá, después de haber creado todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, dio existencia al hombre, que es la más [noble y] perfecta de todas las criaturas visibles. Así que nuestros oídos, ojos, boca, lengua, manos y pies son dones del Señor.

El hombre se distingue de los demás animales principalmente por poseer un alma que piensa, raciocina y conoce lo que es bueno y lo que es malo. Esta alma *no muere [4] con el cuerpo, sino que, cuando éste es llevado al sepulcro, aquélla empieza otra vida que nunca ha de acabar. Si hizo el bien, será siempre feliz con Dios en el paraíso, *que es un lugar donde se gozan todos los bienes [5]; si obra el mal, será castigada terriblemente en el infierno, donde sufrirá por siempre [el fuego y] toda clase de penas.

Pensad, pues, queridos hijos, que *todos vosotros habéis sido creados para el paraíso* y que Dios experimenta una gran pena cuando se ve obligado a mandar a alguien al infierno.

*¡Oh!, cuánto os ama el Señor y desea que practiquéis obras buenas para poder haceros partícipes de *su gloria en el paraíso* [6].

[4] siendo puro espíritu, no puede morir.
[5] donde gozará de todo bien para siempre.
[6] aquella grande felicidad preparada para todos en el cielo por toda la eternidad.

ARTICULO 2

El Señor ama de un modo especial a los jóvenes [3]

Persuadidos, queridos jóvenes, de que *todos hemos sido creados para el paraíso, debemos dirigir todas nuestras acciones a este fin.* A ello debe movernos *de modo especial el gran amor que Dios nos tiene [7].

Y aunque es verdad que ama en general a todos los hombres, por ser ellos obra de sus manos, sin embargo, profesa un afecto especial a los jóvenes, ya que *encuentra sus delicias en habitar con ellos.* (Por lo tanto, vosotros sois la delicia y predilección del Dios que os creó.) *El os ama porque estáis aún a tiempo para hacer muchas obras buenas;* os ama porque os halláis en una edad sencilla, humilde, inocente y, por lo general, no habéis sido todavía presa infeliz del enemigo infernal.

Parecidas muestas de especial benevolencia *mostró también el Salvador por los niños [8]. Afirma que considera hecho a él mismo cuanto se haga a los niños.

Amenaza terriblemente a los que con palabras o hechos os dan escándalo. Estas son sus palabras: *Si alguno escandalizare a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería que se le atara al cuello una piedra de molino y fuera echado al profundo del mar.* Se complacía en que los niños lo siguieran, los llamaba para que se acercaran, los *besaba [9] y les daba su bendición. [*Dejad*—decía—, *dejad que los niños vengan a mí,* demostrando así clarísimamente cómo vosotros, los jóvenes, sois las delicias de su corazón.]

Puesto que el Señor os ama tanto a vuestra edad, ¿no debierais formular un firme propósito de corresponderle, haciendo cuanto le agrade y procurando evitar lo que pudiera disgustarle?

[7] el premio que Dios nos ofrece y el castigo con que nos amenaza; pero debe animarnos mucho más a amarle y servirle el gran amor que nos tiene.
[8] os dio por su parte el divino Salvador.
[9] abrazaba

ARTICULO 3

La salvación del cristiano depende ordinariamente de los años de la juventud [4]

Dos son los lugares que en la otra vida tenemos preparados: el infierno para los malos, donde se sufre todo mal, y el paraíso para los buenos, donde se disfruta de todo bien. Pero el Señor os advierte que, si comenzáis a ser buenos en la juventud, lo seréis en el resto de la vida, que será coronada con una felicidad de gloria. Al contrario, una mala vida, empezada en la juventud, fácilmente duraría hasta la muerte y acabaría por introduciros inevitablemente en el infierno.

Por consiguiente, cuando veáis hombres de edad avanzada dados a los vicios de la embriaguez, del juego o de la blasfemia, podéis creer en general que han adquirido esos malos hábitos desde la juventud. *El hombre sigue en la vejez el mismo camino que emprendió en la adolescencia.* ¡Ah, hijo mío! —dice el Señor—. *Acuérdate de tu creador en los días de tu juventud.*

Y en otro pasaje llama *bienaventurado el hombre que desde su adolescencia empezó a llevar el yugo de sus mandamientos.*

Los santos han conocido esta verdad, especialmente Santa Rosa de Lima y San Luis Gonzaga, quienes, habiendo comenzado a servir fervorosamente a Dios desde la más tierna edad, no encontraron placer más tarde sino en las cosas de Dios, llegando así a ser grandes santos. Lo mismo puede decirse del hijo de Tobías, el cual fue en todo y siempre obediente y sumiso a sus padres; y, al morir ellos, él siguió viviendo virtuosamente hasta la muerte.

Pero algunos dirán: «Si empezamos a servir ahora al Señor, nuestra vida será triste y melancólica». De ninguna manera. Puedo contestaros que quien vivirá en la tristeza será el que sirva al demonio, pues, por más que se esfuerce en mostrarse contento, el corazón le llorará diciéndole: «Eres infeliz porque eres enemigo de Dios». ¿Quién más afable y feliz que San Luis Gonzaga? ¿Quién más alegre (y de mejor humor) que San Felipe Neri? No obstante, sus vidas fueron un continuo ejercicio de todas las virtudes.

Animo, pues, hijos míos, comenzad todos a *practicar la virtud [10] y (yo os aseguro que) vuestro corazón estará alegre

[10] servir a nuestro Dios de bondad

y contento y experimentaréis cuán dulce [y agradable] es servir al Señor.

ARTICULO 4

La primera virtud del joven es la obediencia a sus padres y superiores [5]

Así como una tierna planta, aunque esté colocada en un jardín bien cultivado, tiene necesidad de un soporte hasta que alcance cierto grosor, de lo contrario se tuerce y se desarrolla defectuosamente, así vosotros, *amados jóvenes, os doblegaréis seguramente al mal si no os dejáis conducir por quien tiene el encargo de *dirigiros* [11].

Encontráis esta guía en la persona de vuestros padres [y en los que hacen sus veces], a quienes debéis obedecer dócilmente. *Honra a tu padre y a tu madre y tendrás larga vida en la tierra,* dice el Señor. Pero ¿cómo se les ha de honrar? Con la obediencia, el respeto y la debida asistencia.

OBEDIENCIA. — Cuando os manden alguna cosa, hacedla prontamente, sin mostraros remolones. Evitad comportaros como los que, protestando, levantan los hombros, menean la cabeza y, lo que es peor, contestan con insolencia. Estos hacen una injuria grande a sus padres y al mismo Dios, que por medio de ellos manifiesta su voluntad. Nuestro Salvador, a pesar de ser todopoderoso, *para enseñarnos a obedecer se sometió [12] en todo a la Santísima Virgen y a San José, ejerciendo el humilde oficio de artesano *[y les estaba sometido]*. Para obedecer después a su Padre celestial, se ofreció a morir entre tormentos en la cruz. *[Se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz].*

RESPETO.—Tened además un respeto grande al padre y a la madre, y no emprendáis nada sin su permiso, ni os mostréis nunca impacientes en su presencia, ni manifestéis sus defectos. San Luis no hacía nada sin permiso y, cuando no estaban sus padres en casa, pedía permiso a sus [mismos] sirvientes.

El joven Luis Comollo se vio una vez obligado a permanecer fuera de su casa más de lo que le habían permitido; en cuanto volvió, pidió perdón con humildes lágrimas de una desobediencia cometida involuntariamente.

[11] vuestra educación y del bien de vuestra alma.
[12] quiso enseñarnos a obedecer sometiéndose

ASISTENCIA.—Hay que asistir a los propios padres en sus necesidades, no sólo con los trabajos domésticos de que seáis capaces, sino sobre todo entregándoles cualquier dinero, regalo u objeto que llegue a vuestras manos o haciendo de ellos el uso que os indiquen. *Rogad a Dios por ellos [13] por la mañana y por la noche para que les conceda todo bien espiritual y temporal.

Lo que estoy diciendo de vuestros padres se ha de aplicar también a vuestros superiores, eclesiásticos y seglares, incluso a los maestros; de ellos habéis de recibir de buena gana, con humildad y respeto, sus instrucciones, consejos y correcciones, *convencidos de que todo lo hacen para [14] vuestro mayor bien; la obediencia prestada a vuestros superiores tenedla por prestada a Jesucristo, a la Virgen y a San Luis.

Dos cosas os recomiendo con toda el alma. Primera: *ser sinceros con las personas mayores,* no ocultando nunca vuestras faltas con disimulo o, lo que sería peor, negando haberlas cometido. Decid siempre con franqueza la verdad, porque las mentiras (además de ofender a Dios) nos hacen hijos del diablo, príncipe de la mentira, y harán que perdáis la confianza y la reputación cuando vuestros superiores y compañeros lleguen a descubrir la verdad.

Segunda: *tomad como regla de vida y de conducta los consejos y advertencias de los superiores.* Dichosos vosotros si así lo hacéis; vuestros días serán felices y todas vuestras acciones serán siempre acertadas y ejemplares. Concluyo diciéndoos: *Dadme un joven obediente y llegará a santo. El que no es obediente no tiene ninguna virtud* [15].

ARTICULO 5

Respeto a los lugares sagrados y a los ministros del Señor [6]

La obediencia y el respeto a vuestros superiores debe extenderse a los templos y a los actos de religión.

Como cristianos, por lo tanto, debemos venerar cuanto se relaciona con esa condición nuestra, especialmente la iglesia, que es llamada templo del Señor, lugar de santidad, casa de

[13] Es también estricto deber de un joven rezar por sus padres
[14] porque cualquier orden suya mira a
[15] El joven obediente se hará santo, el desobediente ha tomado el camino que le lleva a la perdición.

oración, en la que todo lo que le pidamos lo conseguiremos. Queridos hijos míos, ¡qué alegría tan grande proporcionaréis a Jesucristo, qué buen ejemplo daréis al prójimo si os mantenéis allí con devoción y recogimiento!

*Luego que lleguéis, sin correr ni hacer ruido, tomad agua bendita [16] y, puestos de rodillas, adorad a la Santísima Trinidad, diciendo tres veces: Gloria al Padre...

Si aún no es la hora de los santos oficios, rezad los siete gozos de María, o haced cualquier otra práctica de piedad. No os riáis en la iglesia ni habléis si no es necesario. Una sonrisa o una palabra bastan a veces para escandalizar y distraer a los que están asistiendo a las funciones. San Estanislao de Kostka estaba en la iglesia con tanta devoción que a veces no sentía que le llamaban o que sus servidores le tocaban el hombro para advertirle de que ya era hora de volver a casa.

Os recomiendo además mucho respeto a los sacerdotes y religiosos. Recibid con veneración sus consejos, descubríos en señal de reverencia cuando los encontréis, y Dios os libre sobre todo de ofenderles con vuestras acciones o palabras. Como ciertos jóvenes se burlaran del profeta Eliseo diciéndole motes, Dios los castigó: hizo salir de un bosque vecino unos osos que, echándose sobre ellos, destrozaron a cuarenta y dos. Al que no respeta a los sagrados ministros les amenaza un serio castigo del Señor.

Al hablar de ellos, haced lo que Luis Comollo solía decir: *De los sagrados ministros, o hablar bien o no hablar.*

Por último, os advierto que *no os avergoncéis de aparecer cristianos aun fuera del templo.* Por tanto, cuando paséis delante de iglesias o imágenes de la Virgen o de los santos, descubríos en señal de veneración. De este modo os mostraréis buenos cristianos y el Señor os colmará de bendiciones por el buen ejemplo que dais al prójimo.

ARTICULO 6

Lectura espiritual y palabra de Dios [7]

Además de vuestra oración de la mañana y de la noche, os recomiendo dediquéis algún tiempo a leer algún libro de co-

[16] Cuando entréis en la iglesia, evitad el correr o hacer ruido. Tomad, en cambio, el agua bendita, haced la debida reverencia al altar, id al lugar que os corresponda

sas espirituales, como la *Imitación de Cristo,* la *Filotea,* de San Francisco de Sales; la *Preparación para la muerte,* de San Alfonso; *Jesús al corazón del joven,* vidas de santos u otros semejantes.

*Si leéis algún párrafo de estos libros, serán muchas las ventajas que consigáis [17] para vuestra alma. Doble será vuestro mérito delante de Dios si, además, contáis lo leído a otros o leéis para otros, principalmente si no saben leer.

Pero, *al mismo tiempo que os recomiendo las buenas lecturas, me siento en el deber de amonestaros encarecidamente que huyáis como de la peste de los libros malos o de la prensa inmoral.* Por lo tanto, echad inmediatamente lejos de vosotros, como si se tratase de un vaso de veneno, todo libro pernicioso, todo periódico u hoja en que se hable mal de la religión o de sus ministros o contengan cosas inmorales o deshonestas.

En casos así debéis imitar a los cristianos de Efeso, cuando oyeron a San Pablo predicar sobre el daño que causaban los malos libros. Aquellos creyentes fervorosos se apresuraron a llevarlos a brazadas a la plaza pública para hacer con ellos una hoguera, juzgando preferible dar a las llamas todos los libros del mundo antes que exponer sus propias almas al peligro de caer en el fuego eterno del infierno.

Así como nuestro cuerpo se debilita y muere si no lo alimentamos, igual sucede con nuestra alma si no le damos su alimento. *La comida de nuestra alma es la palabra de Dios,* es decir, los sermones, la explicación del Evangelio y el catecismo. Poned gran interés, por lo mismo, para llegar a tiempo a la iglesia, estad en ella con la máxima atención y tratad de aplicaros a vosotros las cosas que corresponden a vuestro estado.

Os recomiendo mucho que participéis en el catecismo. No os excuséis diciendo: «Ya me dieron el pase definitivo cuando la primera comunión». Es ahora cuando vuestra alma necesita más el alimento, como lo necesita vuestro cuerpo, y si priváis a vuestra alma de este alimento, os ponéis en riesgo de gravísimo daño espiritual.

Guardaos también del ardid del demonio, el cual os insinuará: «Esto lo dice el predicador por Fulano, aquello le va bien a Zutano». No, queridos míos: el predicador habla para todos vosotros, y a todos y a cada uno de vosotros entiende aplicar las verdades que va exponiendo. Además, lo que no sirva para corregiros [del pasado] os servirá para preservaros del pecado [en el futuro].

[17] De la lectura de estos libros sacaréis enormes ventajas

Cuando hayáis oído algún sermón, procurad recordarlo durante el día. Más aún; por la noche, antes de acostaros, deteneos un momento para reflexionar sobre lo que habéis oído.

Os ruego que hagáis todo lo posible por cumplir todos estos deberes en vuestras parroquias, ya que es vuestro párroco quien ha recibido de parte de Dios el encargo de cuidar de vuestra alma en particular.

[B] *De qué debe huir especialmente la juventud*

ARTICULO 1

Fuga del ocio [8]

El lazo principal que el demonio tiende a la juventud es el ocio, fuente funesta de todos los vicios. Convenceos, pues, queridos míos, de que *el hombre ha nacido para el trabajo, y cuando lo rehúye, está fuera de su centro y corre gran riesgo de ofender a Dios.* [Dice el Espíritu Santo: *El ocio es el padre de todos los vicios,* y la ocupación los combate y vence a todos.]

El mayor tormento de los condenados en el infierno proviene de haber pasado en el ocio el tiempo que Dios les había dado para salvarse. Al contrario, no hay cosa que más consuele a los bienaventurados en el paraíso que el (pensar que un poco de) tiempo empleado para [la gloria de] Dios (les consiguió un bien eterno).

No pretendo con esto que estéis ocupados de la mañana a la noche sin descanso alguno, *porque hay muchas cosas que al mismo tiempo que os entretienen pueden deleitaros bien y muy provechosamente [18].

Reúnen estas condiciones el estudio de la historia, de la geografía, de las artes mecánicas y liberales, y otros estudios o trabajos domésticos, los cuales, mientras os distraen, os proporcionan conocimientos útiles y honestos y son del agrado de vuestros superiores. Por lo demás, podéis también divertiros con juegos y entretenimientos lícitos que os deleiten de verdad (y no os fatiguen).

Pero nunca os deis a estas diversiones sin el debido permiso. *Dad preferencia a las que requieren la agilidad del cuerpo, por más útiles para la salud.* Lejos de vosotros engaños, trampas, pequeños fraudes o ciertas habilidades de manos o agudezas que con frecuencia son causa de discordias y faltas de caridad contra los compañeros. Cuando juguéis, converséis

[18] porque yo os quiero, y admito de buena gana que tengáis aquellas diversiones que no son pecado. Sin embargo, he de recomendaros los entretenimientos que, mientras sirven de recreación, pueden reportaros alguna utilidad.

u os entretengáis de cualquier otra manera, elevad alguna vez la mente al Señor y ofrecedle las mismas diversiones a su mayor gloria. [*Hacedlo todo a mayor gloria de Dios,* escribe San Pablo.]

Interrogado una vez San Luis, mientras jugaba alegremente con sus amigos, qué haría si se le apareciese un ángel para advertirle que, pasado un cuarto de hora, había de comparecer ante el severo tribunal de Dios, respondió sin vacilar que continuaría jugando. «Porque estoy seguro—añadió—de que estos juegos agradan al Señor».

Lo que os recomiendo con mayor insistencia en vuestros recreos y pasatiempos es que huyáis (lo más que podáis), como de la peste, de los malos compañeros.

ARTICULO 2

Fuga de los malos compañeros [9]

Hay tres clases de compañeros: buenos, malos y los que no son del todo malos ni tampoco buenos. Con los primeros podréis trabar amistad, sacaréis de ello mucho provecho; con los últimos tratad cuando sea necesario, pero sin llegar a la familiaridad. Los malos deben ser totalmente evitados.

Pero ¿quiénes son estos malos compañeros? Fijaos bien y conoceréis quiénes son. Todos aquellos que en vuestra presencia no se ruborizan de tener conversaciones obscenas, de proferir palabras equívocas y escandalosas o murmuraciones, mentiras, juramentos e imprecaciones (blasfemias), o que tratan de alejaros de las cosas de iglesia *y de haceros faltar a vuestros deberes [19], son compañeros malos, ministros de Satanás, de quienes debéis huir más que de la peste y del mismo diablo. ¡Ah! Con lágrimas os suplico que detestéis y evitéis semejantes compañías.

Escuchad la voz del Señor, que dice: *El que se junta al hombre virtuoso, saldrá virtuoso, pero el amigo del vicioso se pervertirá.* Huid del mal compañero como de la *mordedura de una serpiente venenosa.* En una palabra, si os juntáis con los buenos, puedo deciros que con los buenos iréis al cielo; por el contrario, si os juntáis con los malos, iréis empeorando, con [el peligro de] la pérdida irreparable de vuestra alma.

[19] os aconsejan robar, desobedecer a vuestros padres o saltaros alguna orden suya, todos ésos

Alguno dirá: «Son tantos los malos compañeros que sería preciso abandonar el mundo para huir de todos ellos». Cierto; son muchos los malos compañeros, y por esto os recomiendo insistentemente que huyáis de ellos. Y si por evitarlos os quedaseis solos, tendríais en vuestra compañía a Jesucristo, a María y a vuestro ángel custodio. ¿Pueden encontrarse mejores compañeros que éstos?

No obstante, es posible hallar compañeros buenos; son los que frecuentan los sacramentos [de la confesión y comunión], participan en las funciones de la iglesia y [con la palabra y con el ejemplo] os animan al cumplimiento de vuestros deberes y *no tienen conversaciones que ofenden [20] a Dios. Estrechad vuestras relaciones con éstos y obtendréis gran provecho. David y Jonatás empezaron a tratarse mutuamente y acabaron siendo buenos amigos, con grandes ventajas recíprocas, pues mutuamente se animaban en la práctica de la virtud.

ARTICULO 3

Evitar las malas conversaciones [10]

¡Cuántos jóvenes se encuentran en el infierno a causa de las malas conversaciones! Ya San Pablo proclamaba esta verdad cuando decía que las cosas impuras *no debían ni nombrarse entre cristianos,* porque *las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.* Pasa con las conversaciones lo que con los alimentos: por bien preparados que estén, si cae sobre ellos una sola gota de veneno, pueden causar la muerte a quien los toma. El mismo efecto tiene la conversación obscena. Una palabra, una broma bastan a veces para enseñar el mal a uno o varios *compañeros, y convertir a los que eran inocentes corderillos de Jesucristo en infelices presas del demonio [21].

Alguno dirá: «Conozco las funestas consecuencias de las malas conversaciones, pero ¿qué hacer? Me encuentro [en una casa] en una clase, en un taller, en un tienda, *he de realizar un trabajo y [22] se oyen malas conversaciones». Por desgracia, queridos jóvenes, sé que existen esos lugares, y por esto os

[20] os alejan de ofender

[21] jovencitos que, habiendo vivido como inocentes corderillos, a causa de aquellas malas conversaciones o acciones, pierden la gracia de Dios y se convierten en infelices esclavos del demonio

[22] en un sitio para trabajar donde

sugiero una norma de conducta que os permita salir de ellos sin haber ofendido a Dios.

Si son personas inferiores a vosotros, reprendedlos severamente; si se trata de personas a quienes no podéis amonestar, huid si es posible y, si no, absteneos completamente de hablar y sonreír, y decid en vuestro corazón: «Jesús mío, misericordia».

[Si, a pesar de estas precauciones, os encontráis en peligro de ofender a Dios, os daría el consejo de San Agustín: *Huye si quieres salir victorioso.* Huye, abandona el lugar, la escuela, el trabajo y la oficina; soporta cualquier mal de este mundo antes que permanecer en un lugar o tratar con personas que hacen peligrar tu salvación. Porque dice el Evangelio: *Es mejor* ser pobre, despreciado, soportar *que nos corten los pies y las manos y que nos arranquen los ojos, e ir así al paraíso,* que tener lo que deseemos en el mundo e ir después a la eterna perdición.]

*No faltará quien[23] salga con ironías o se burle de vosotros. No importa. Tiempo vendrá en que las risas y burlas de los malvados se cambiarán en el llanto del infierno, mientras que el desprecio de los buenos se trocará en la consoladora alegría del paraíso. *Vuestra tristeza se convertirá en gozo.* Manteniéndoos *fieles de esta manera por la causa del[24] Señor, conseguiréis que vuestros mismos adversarios se vean obligados a tener en cuenta vuestra virtud; de esta suerte, ya no se atreverán a molestaros con sus perversas razones.

Nadie se atrevía a proferir palabras malsonantes en presencia de San Luis Gonzaga; y si se estaban pronunciando cuando se acercaba, cortaban diciendo: «Silencio, que viene Luis».

ARTICULO 4

Evitar el escándalo [11]

*Cuando el demonio no consigue seducir a un joven, se sirve de los escandalosos[25]. ¡Con cuán enormes pecados gra-

[23] puede darse que alguno
[24] fieles al
[25] La palabra escándalo quiere decir tropiezo, y se llama escandaloso a quien con palabras o hechos es ocasión de ofensa a Dios para los demás. El escándalo es un pecado enorme, porque roba las almas a Dios, almas que él ha creado para el paraíso y que rescató con la preciosa sangre de Jesucristo; el escandaloso las roba para ponérselas en las manos al demonio, que las llevará al infierno. Por todo esto, al escandaloso se le puede llamar verdadero ministro de Satanás.

van su conciencia aquellos jóvenes que en la iglesia, en las calles, en las escuelas o en medio de cualquier ocupación dan escándalo.

Ante Dios se hacen culpables de tantos pecados cuantas han sido las personas que sufrieron escándalo de ellos. ¿Y qué decir de aquellos que llegan al extremo de enseñar la maldad a los que aún son inocentes? Escuchen estos desgraciados la sentencia del Salvador. Habiendo tomado de la mano a un niño y dirigiéndose a la multitud que escuchaba, dijo: *¡Ay de quien escandalice a un pequeño [que cree en mí]! Por desgracia, se dan escándalos en el mundo, pero ¡ay de aquel que los da!: mejor le fuera que le atasen al cuello una piedra de molino y lo arrojaran a lo profundo del mar.*

Si se suprimieran los escándalos en el mundo, ¡cuántos que caminan a su perdición, al infierno, caminarían hacia el paraíso! Estad en guardia contra esta raza perversa, y huid de ellos como del demonio. Una niña de tierna edad, al oír una conversación escandalosa, dijo al que la tenía: «Huye de aquí, diablo maldito».

Si vosotros, queridos amigos míos, queréis ser verdaderos amigos de Jesucristo* y reparar el gran mal que hacen a las almas los escandalosos, procurad dar buen ejemplo [26]. Por lo tanto, sean vuestras conversaciones buenas y modestas; estad con devoción en la iglesia y sed obedientes y respetuosos con vuestros superiores. ¡Cuántas almas os imitarán y avanzarán por la senda del paraíso! Además, vosotros tendréis la seguridad de alcanzarlo, porque [com dice San Agustín] el que procura la salvación de un alma puede esperar confiadamente la salvación de la propia.

Estas son las principales cosas que vosotros, queridos jóvenes, debéis evitar en este mundo: son pocas, pero si os atenéis a lo dicho alcanzaréis una conducta ejemplar y cristiana. [Felices vosotros si huís de todo eso; os aseguro que ciertamente conseguiréis vuestra eterna salvación.]

[26] y de María, debéis no sólo huir de los escandalosos, sino que, además, os habéis de esforzar en reparar con el ejemplo el mal que ellos hacen a las almas.

ARTICULO 5

Conducta a observar en las tentaciones [12]

Aun a vuestros pocos años [amados jóvenes] el demonio os tiende lazos para *robaros el alma [27]. Por eso debéis estar en vela, para no caer cuando seáis tentados, es decir, cuando el demonio os sugiera el mal.

Muchísimo os ayudará a preservaros de las tentaciones *el manteneros lejos [28] de las ocasiones y de las conversaciones escandalosas, y de los espectáculos públicos, donde no hay nada bueno y *donde con frecuencia se aprende siempre algo malo [29].

Procurad estar siempre ocupados [en cosas del arte, o con el estudio, o con el canto o tocando instrumentos musicales]; y cuando no sepáis qué hacer, pintad imágenes o montad cuadros, o al menos pasad el tiempo en honesta diversión, de acuerdo, como es lógico, con vuestros padres. [«*Procura*—dice San Jerónimo—*que el demonio no te encuentre nunca desocupado*».]

Cuando os sintáis tentados, no esperéis a que el demonio se apodere de vuestro corazón, sino que habéis de hacer algo en seguida para libraros de él, ya por medio del trabajo, ya con la oración. Si persiste la tentación, haced la señal de la cruz, besad algún objeto bendecido, diciendo: [«María, Auxilio de los cristianos, ruega por mí»], «Luis santo, haz que no ofenda a mi Dios».

Os menciono a este santo porque la Iglesia lo ha propuesto como protector especial de los jóvenes. En efecto, él, para librarse de las tentaciones, huía de cualquier ocasión; frecuentemente ayunaba a pan y agua; se azotaba hasta derramar sangre, de suerte que llegaba a manchar sus vestidos, la pared y el suelo. Así llegó obtener completa victoria en las tentaciones. Y así la obtendréis también vosotros si le imitáis al menos en la mortificación de los sentidos, especialmente en la modestia, y si le invocáis de corazón cuando os sintáis tentados.

[27] haceros caer en pecado y así reduciros a esclavos suyos y enemigos de Dios.
[28] huir
[29] el alma sufre siempre algún daño

ARTICULO 6

Astucias de que se vale el demonio para engañar a la juventud [13]

El primer lazo que suele el demonio tender [para perjudicar] a vuestra alma consiste en poneros delante de los ojos la imposibilidad de manteneros en el difícil camino de la virtud y alejaros siempre de los placeres a lo largo de cuarenta, cincuenta o sesenta años que os promete de vida.

A esta sugestión del demonio contestad: «¿Quién me asegura que llegaré a esta edad? Mi vida está en las manos del Señor, y éste puede ser mi último día. ¡Cuántos [de mi edad] se encontraban ayer alegres, sanos y de buen humor, y hoy los llevan al sepulcro! [¡Cuántos compañeros míos han desaparecido de este mundo en la flor de la edad! ¿Y por qué no podría sucederme lo mismo?]

Y aun cuando debiésemos pasar fatigas algunos años por el Señor, ¿no quedarían sobradamente compensadas con una gloria y felicidad eternas en el paraíso?

Por lo demás, vemos que *los que viven en gracia de Dios están siempre alegres e, incluso en las aflicciones, tienen el corazón contento.* Por el contrario, los que se entregan a los placeres viven descontentos [e inquietos] y se esfuerzan en hallar la paz en sus pasatiempos, pero son cada día más desgraciados. *No hay paz para los malos* [dice el Señor].

Quizá alguno insista: «Somos jóvenes; si empezamos a pensar en la eternidad y en el infierno, nos volveremos melancólicos y acabaremos por trastornarnos la cabeza».

No niego que el pensamiento de la eternidad feliz o desgraciada, de un suplicio sin fin, es un pensamiento trágico y espantoso, pero decidme: *Si el solo pensar en el infierno os trastorna la cabeza, ¿qué será caer en él?* Mejor es pensarlo ahora y no caer más tarde, porque es claro que si lo pensamos a menudo conseguiremos evitarlo.

Fijaos, por otra parte, que si es triste el pensamiento del infierno, la esperanza del paraíso, donde se gozan todos los bienes, nos llena de consuelo. Por eso los santos, pensando seriamente en la eternidad de las penas, vivían muy alegres y con la firme confianza de que Dios les ayudaría a evitarlas y a llegar, al fin, a la posesión de los bienes infinitos que prepara a quienes le sirven.

Valor, pues, queridos míos; *haced la prueba de servir al Señor, y ya veréis *la satisfacción de vuestro corazón* [29 bis].

ARTICULO 7

La más bella de todas las virtudes [14]

Toda virtud en los jóvenes es un precioso adorno que los hace amables a Dios y a los hombres. Pero la virtud reina, la virtud angélica, la santa pureza, es un tesoro de tal precio, que los jóvenes que la poseen se hacen semejantes a los ángeles de Dios, aunque sean hombres mortales en la tierra. *Serán como los ángeles de Dios:* son palabras del Salvador. Esta virtud es como el centro a cuyo alrededor se reúnen y conservan todos los bienes y, si, por desgracia, se pierde, todas las demás virtudes están perdidas. *Con ella me llegaron todos los bienes,* dice el Señor.

Pero esta virtud que os convierte, queridos jóvenes, en otros tantos ángeles del cielo, *virtud que tanto agrada a Jesús y a María, es sumamente envidiada por el enemigo de las almas;* por esto suele daros terribles asaltos, para hacérosla perder, o al menos para que la manchéis. Por este motivo yo os sugiero algunas normas o armas con las que conseguiréis ciertamente conservarla y rechazar al enemigo tentador. *El arma principal consiste en alejarse de los peligros.* La pureza es un diamante de gran valor. Si, llevando un gran tesoro, lo exponéis a la vista de un ladrón, corréis grave riesgo de ser asesinados. San Gregorio Magno declaró que *desea ser robado el que lleva su tesoro a la vista de todo el mundo.*

Además de la fuga de los peligros, practicad la *frecuencia de la confesión, sinceramente hecha, y de la comunión devota,* evitando a todas aquellas personas que con obras o palabras menosprecien esta virtud.

Para prevenir los asaltos del demonio, acordaos del aviso de Jesús: *Esta clase de domonios*—es decir, la tentación contra la pureza—*no se vencen sino con el ayuno y la oración. Con el ayuno, o sea, con la mortificación de los sentidos,* poniendo freno a los ojos y a la gula, huyendo del ocio, dando al cuerpo el reposo estrictamente necesario. Jesucristo nos recomienda que acudamos a la *oración;* pero se trata de una oración hecha

[29 bis] cuán dulce y suave es su servicio y con cuánta alegría inundará vuestro corazón en el tiempo y en la eternidad.

con fe y fervor, en la que *no se ha de cesar hasta que la tentación sea vencida.*

Tenéis además un arma formidable en las jaculatorias, invocando los nombres de Jesús, José y María. Por lo tanto, decid a menudo: «Jesús mío, misericordia. Jesús, sálvame. María, concebida sin pecado, ruega por mí que en ti confío. María, Auxilio de los cristianos, ruega por mí. Sagrado Corazón de María, sé la salvación del alma mía. Corazón de mi Jesús, no quiero ofenderte más».

Ayuda, además, besar el santo crucifijo, o la medalla o el escapulario de la Virgen. Pero, si todas estas armas no bastaran para dejar esta maligna tentación, entonces *recurrid al arma invencible de la presencia de Dios.* Estamos en las manos de Dios, quien, como dueño absoluto de nuestra vida, puede mandarnos la muerte en cualquier momento. ¿Cómo nos atreveremos, pues, a ofenderle en su presencia?

El patriarca José, siendo esclavo en Egipto, fue provocado a cometer una acción infame; pero en seguida respondió a quien lo tentaba: *¿Cómo puedo cometer tal cosa en presencia de mi Señor?* Añadid por vuestra cuenta: «¿Cómo voy a dejarme inducir a cometer este pecado en presencia de Dios, del Dios creador, del Dios salvador, de aquel Dios que puede privarme instantáneamente de la vida? ¿Y voy a hacerlo en la presencia de Dios, que, mientras le ofendo, puede mandarme a las penas eternas del infierno?» Es imposible que pueda ser nadie vencido durante las tentaciones si, mientras se encuentra en ese peligro, emplea el recurso de la presencia de Dios.

ARTICULO 8

Devoción a María Santísima [15]

La devoción a María Stma. es una gran defensa [y un arma poderosa contra las asechanzas del enemigo]. Oíd cómo ella nos invita: *El que sea pequeño, que venga a mí.* [El que se halla abandonado, que acuda a mí, que encontrará una madre amorosa que cuide de él]. María nos asegura que, *si somos devotos suyos,* [nos cubrirá con su manto], *nos colmará de bendiciones en este mundo y nos asegurará el paraíso. Los que me glorifican tendrán la vida eterna.* [Amad, pues, a esta Madre celestial, acudid a ella con toda el alma]. Estad ciertos de que *todas las gracias que pidáis a tan buena Madre se os con-*

cederán, con tal de que no pidáis nada en perjuicio de vuestra alma.

Por lo demás, le tenéis que pedir tres gracias insistentemente y de modo particular; gracias absolutamente necesarias para todos, pero especialmente a vosotros en vuestra juventud.

La primera es la de que os ayude a *no cometer nunca un pecado mortal en vuestra vida.* Quiero que esta gracia la pidáis [y obtengáis] a cualquier precio por la intercesión de María, pues de nada os serviría cualquier otra sin ésta.

¿Sabéis qué es caer en pecado mortal? Es renunciar a ser hijos de Dios para hacernos hijos de Satanás. Es perder la hermosura que nos hace como los ángeles a los ojos de Dios y pasar a ser en su presencia como demonios. Es perder todos los méritos adquiridos para la vida eterna; es quedar suspendidos con un hilo delgadísimo sobre la boca del infierno; es ofender incalificablemente la bondad infinita, el peor mal de cuantos pueden imaginarse. De nada os servirían todas las demás gracias que le podáis pedir si no consiguierais la de no caer nunca en pecado mortal. Es una gracia que debéis pedir por la mañana y por la noche, y en todos vuestros momentos de oración.

La segunda gracia que debéis pedir es la de *conservar la santa y preciosa virtud de la pureza,* [de la que os he hablado ya]. Si conserváis esta virtud tan hermosa, seréis muy semejantes a los ángeles del paraíso, y vuestro ángel custodio os considerará como hermanos y disfrutará verdaderamente de vuestra compañía.

Y puesto que me preocupa gran cosa que todos vosotros conservéis esta virtud, [además de lo dicho] os indico algunos medios para preservarla del veneno que pudiera contaminarla. En primer lugar, huid del trato con personas de diverso sexo. Entendedme bien: quiero decir que *los jóvenes no deben tener ninguna familiaridad con las jóvenes.* De lo contrario, esta hermosa virtud se expone a grandes peligros.

Un medio que ayuda muchísimo a la conservación de esta virtud es *la guarda de los sentidos, particularmente la vista.* Evitad todo exceso en el comer y beber, evitad los teatros, los bailes y diversiones parecidas, que son la ruina de las costumbres. Porque los ojos son las ventanas por las que el pecado se abre camino a nuestro corazón y por donde el diablo toma posesión de nuestra alma. Por lo tanto, no os detengáis nunca en mirar cosas que sean, aun de lejos, contrarias a la modestia. San Luis Gonzaga quería que ni siquiera sus pies fueran vistos al levantarse y acostarse. No se permitía mirar al rostro de su

propia madre. Dos años estuvo en la corte de España como paje de honor, y jamás se fijó en el rostro de la reina.

Otro joven, a quien se le preguntó por qué era tan recatado en sus miradas, respondió: «He resuelto no mirar cara de mujer alguna, para fijarlos por primera vez, si no soy indigno, en el bellísimo rostro de la Madre de pureza, María Santísima».

En tercer lugar, *huid de la compañía de los jóvenes que tengan malas conversaciones,* es decir, que traten temas de los que no hablarían en presencia de vuestros padres o de personas serias. Manteneos lejos de tales individuos, aunque sean [vuestros amigos o] vuestros parientes. Os puedo asegurar que la compañía de un demonio no os acarrearía tanto daño como esta gente.

De aquí se deduce la necesidad de la *tercera gracia,* que también os ayudará muchísimo a conservar la virtud de la pureza, gracia que no es otra que la de *huir de los malos compañeros.* ¡Felices vosotros, queridos hijos míos, si evitáis la compañía de los malvados! Si os comportáis de esta suerte, podéis estar seguros de avanzar por la senda del paraíso; de lo contrario, corréis grave riesgo de perderos eternamente.

Por eso, cuando os topéis con compañeros que profieren blasfemias, que desprecian las cosas de religión o buscan alejaros de la iglesia, o, lo que es peor, que pronuncian palabras contrarias a la modestia, alejaos de ellos como de la peste, seguros de que *cuanto más limpias sean vuestras miradas y vuestras conversaciones, tanto más María se complacerá en vosotros* y tanto mayores serán las gracias que os obtenga de Jesucristo, su Hijo y nuestro Redentor.

Estas gracias son las más necesarias a vuestra edad; bastan para encaminaros por la senda que os ha de hacer hombres respetables en la edad madura, prueba segura, a su vez, de la gloria eterna que María [por su intercesión] consigue infaliblemente a sus devotos.

¿Qué obsequios le ofreceréis vosotros a ella para obtener estas gracias? No hace falta gran cosa. *El que pueda [30] rece el rosario, pero no se olvide nadie de rezar cada día *tres avemarías* y gloriapatris con la jaculatoria: *Madre querida, Virgen María, haced que yo salve el alma mía.*

[30] El que no puede hacer más

ARTICULO 9

Consejos a los jóvenes que pertenecen a alguna asociación piadosa o a algún oratorio festivo [16]

Si tenéis la suerte de pertenecer a alguna asociación piadosa o a algún oratorio festivo, procurad participar puntualmente en sus actividades y observad con exactitud (todas) aquellas normas (que os den los superiores). Os recomiendo por encima de todo un profundo respeto a los responsables, procurando pedirles permiso siempre que hayáis de ausentaros.

En la iglesia manteneos con particular compostura y silencio, leyendo o escuchando algún libro de devoción mientras esperáis la hora de las funciones. Cuando éstas empiecen, *cantad las alabanzas del Señor con alegría interior y recogimiento.* Para confesar y comulgar preferid siempre (vuestra) asociación u oratorio, porque esto contribuirá mucho a dar buen ejemplo y a animar a los demás a la frecuencia de los sacramentos. [Mas, si se trata de la comunión pascual, debéis hacerla en la propia parroquia; más aún, siempre que os venga bien, procurad acercaros a los sacramentos en vuestra misma parroquia para buen ejemplo del prójimo].

Si, además, tuvierais en vuestro oratorio la suerte de disfrutar de algunas diversiones en los días festivos, tomad parte en ellas de buena gana, evitando las riñas, los motes, o dar muestras de descontento por los juegos que os asignen.

Cuando oigáis algo impropio de aquel lugar, *corred en seguida, y en secreto, a [31] avisar al superior para que *evite los males que pudieran seguirse [32].

Sería una cosa estupenda que los más adelantados contaran algún ejemplo [edificante] a los demás. Sed sinceros al hablar, y huid de la mentira, porque, si os descubren, además de ofender a Dios, quedaréis deshonrados ante vuestros compañeros y superiores. Os invito también a que *tengáis una confianza filial en el director,* recurriendo al mismo cuando surja alguna duda de conciencia. Tened también gran respeto a todos los demás superiores (y especialmente si son sacerdotes). Al encontrarlos, descubríos en seguida (y besadles respetuosamente la mano). Cuando habléis con ellos, contestad a sus preguntas con palabras sinceras y humildes.

Los que sean elegidos para hacer de cantores, monaguillos

[31] procurad
[32] impida lo que pueda llegar a ser ofensa de Dios.

o cosa parecida, tengan buen cuidado en mostrarse como los más ejemplares y celosos en (cuanto se refiere a) las prácticas de piedad. A todos, en fin, *os recomiendo gran exactitud en la observancia del reglamento, y que vayáis a porfía por ser los más devotos, modestos y puntuales en los deberes religiosos.*

[C] *Siete consideraciones para cada día de la semana [17]*

Como quiera que tengo grandes deseos de que cada día podáis hacer un poco de lectura espiritual, y como veo que no todos han de tener a mano libros a propósito, he preparado para vosotros siete breves consideraciones, una por cada día de la semana, lo que resultará muy práctico para los que no tengan libro.

Para empezar, poneos de rodillas y decid: «Dios mío, me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; concededme la gracia de conocer bien las verdades que voy a meditar. Virgen María, Madre de Jesús, ruega por mí».

Primera consideración para el domingo: fin del hombre [18]

1) Considera, hijo mío, que Dios te ha creado a su imagen, y te ha dado este cuerpo y esta alma sin ningún mérito tuyo.

En el bautismo te hizo su hijo. Te amó y te ama como un tierno padre, y te creó para este último fin: conocerle, amarle y servirle en esta vida, y [de esa manera] hacerte feliz en el paraíso. Por lo tanto, no te hallas en el mundo sólo para divertirte, comer, beber y dormir y enriquecerte, como (hacen) los animales, sino que tu fin es *amar a tu Dios [33] y salvar tu alma.

*Si obras así [34], ¡qué grande consuelo tendrás en la hora de la muerte! Por el contrario, si no procuras servir a Dios, cuántos remordimientos tendrás al fin de tus días, cuando descubras que las riquezas y los placeres *no hicieron sino apesa-

[33] sin comparación más noble y más sublime, ya que es amar y servir a Dios

[34] Si en el curso de la vida tienes siempre presente este gran fin

dumbrar tu corazón. Te apenará haber perdido tanto tiempo sin ninguna ventaja [35] para tu alma.

Hijo mío, *guárdate bien de ser de aquellos que sólo piensan en *placeres y diversiones, y que en aquel momento irán* [36] *a la eterna perdición.*

Un secretario del rey de Inglaterra decía al morir: «¡Infeliz de mí! Gasté gran cantidad de papel en escribir cartas de mi príncipe, y no he gastado una sola hoja para anotar mis pecados y hacer una buena confesión».

2) *Has de considerar también que [37], si salvas el alma, todo habrá ido bien y serás eternamente feliz; pero, si la pierdes, pierdes alma y cuerpo, Dios y paraíso, y quedas para siempre condenado.

No imites la locura de los que dicen: «Cometo este pecado, pero ya me confesaré después». Ten presente que Dios maldice al que peca con la esperanza del perdón: *Maldito el hombre que peca con la esperanza.* Todos los que se hallan en el infierno tenían la esperanza de enmendarse más tarde, pero ahora son desgraciados sin remisión. ¿Estás seguro de que tendrás tiempo para confesarte? ¿Quién te garantiza que no vas a morir inmediatamente después del pecado y de que tu alma no sea precipitada en el infierno? ¿Y no te parece además una locura herirte con la confianza de que después te cure un médico? Por lo tanto, *deja [38] el pecado, que es el peor de los males y que [alejándote de tu fin] te priva de todos los bienes.

3) [Aquí quiero llamar tu atención sobre un lazo terrible con el que el demonio apresa y lleva a la perdición a muchos cristianos: pasa por que se aprendan las cosas de religión, pero con tal que no las pongan en práctica. Saben esos cristianos que fueron creados por Dios para amarlo y servirlo, y, mientras tanto, dan la impresión de que únicamente buscan su perdición eterna]. De hecho, ¡cuántas personas hay en el mundo que piensan en cualquier cosa menos en salvarse! Si le sugiero a un joven la frecuencia de sacramentos, que se dé un poco a la oración cada día, responde: «Tengo otras cosas que hacer, tengo que trabajar, he de divertirme». ¡Infeliz! ¿Y no tienes un alma [que salvar]? Por lo cual, [joven cristiano que lees

[35] que tú has buscado con tanta avidez, no sirven más que para amargar tu corazón y descubrirte el mal que has causado

[36] satisfacer su cuerpo con obras, conversaciones y diversiones malas. Porque, en el último momento de la vida, se encontrarán en grave riesgo de ir

[37] Se ve aún más la importancia de este fin si reflexionas en que de él depende tu salvación o perdición;

[38] no hagas caso de la engañosa ilusión de darte a Dios más adelante; ahora mismo detesta y aborrece

esas reflexiones, procura no dejarte engañar tan fácilmente por el demonio, promete al Señor que] cuanto hagas, digas o pienses en adelante, ha de ser todo para tu alma, porque resultaría la mayor *imprudencia pensar[39] seriamente en lo que va a terminar tan pronto y pensar tan poco en la eternidad, que nunca acaba. San Luis podía haber gozado de placeres, riquezas y honores, pero renunció a todo diciendo: *¿De qué me sirve todo esto para la eternidad?*

Discurre también tú de este modo: «Tengo un alma. Si la pierdo, lo he perdido todo. Si ganara el mundo entero y se condenara mi alma, ¿de qué me serviría? [*¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si es con daño de su alma?*] Si llego a ser un gran personaje, o llego a ser rico, o alcanzo fama de sabio conociendo todas artes y ciencias, la mecánica y la música, pero pierdo el alma, ¿de qué me sirve?» De nada te serviría toda la sabiduría de Salomón si, en definitiva, te condenas.

**Por lo tanto, el alma debe ser*[40] *el único objetivo de mis acciones. Está en cuestión ser siempre feliz o desgraciado. Nada importa tanto como salvar el alma.*

Dios mío, perdonad mis pecados y haced que nunca suceda la desgracia de ofenderos; al contrario, que yo pueda [amaros y] serviros fielmente en adelante. María, esperanza mía, intercede por mí.

Lunes: el pecado mortal [19]

1) *¡Hijo mío, si conocieras el disparate que haces cuando cometes un pecado mortal!* Das las espaldas a Dios, que te creó y que tantos beneficios te ha hecho; desprecias su gracia y su amistad. Quien peca, dice de hecho al Señor: «¡Vete lejos, no quiero conocerte, ni servirte, ni reconocerte como Señor! ¡No te obedeceré! ¡Mi dios va a ser aquel placer, aquella venganza, aquel enfado, aquella mala conversación, aquella blasfemia!» ¿Puede imaginarse una ingratitud más monstruosa que ésta? Pues bien, hijo mío: ¡hiciste todo esto cuando ofendiste al Señor...!

2) Esta ingratitud la sentirás aún más cuando reflexiones en que, *para pecar, utilizas las mismas cosas que Dios te dio.* Dios te dotó de oídos, de ojos y boca, de lengua, de manos

[39] locura dedicarte

[40] Grábate esta conclusión: He sido creado por Dios para salvar el alma, y quiero salvarla cueste lo que cueste, y he de conseguir que en adelante amar a Dios y salvar el alma sea

y de pies, y tú lo utilizas todo para ofenderle. Escucha lo que dice el Señor: «Hijo, yo te creé de la nada y te di cuanto tienes ahora. *Estabas condenado a muerte por el pecado y yo quise morir por ti; y para salvarte derramé toda mi sangre; ¿y tú quieres aún [41] ofenderme? ¿Quién no siente su corazón herido por haber cometido una injuria tan enorme contra un Dios tan bueno y generoso, valiéndose de criaturas tan miserables como nosotros?

3) Has de considerar, en tercer lugar, que ese Dios, si bien bondadoso, queda, sin embargo, muy disgustado cuando se le ofende. Por lo cual, [cuanto más tiempo vivas en pecado, tanto más aumentas y provocas la ira de Dios contra ti. Por consiguiente], debes tener un gran temor de que tus pecados lleguen a tal número que te acarreen el abandono de Dios: *Castigaré cuando los pecados lleguen al colmo*. No es que vaya a faltarte la misericordia divina, pero te faltará el tiempo para pedir perdón, porque *no merece misericordia quien abusa de la misericordia del Señor* (para ofenderle). ¿Cuántos, viviendo en pecado, esperaban arrepentirse y, mientras tanto, vino la muerte, [les faltó tiempo para arreglar las cosas de su conciencia] y ahora se hallan [irremisiblemente] perdidos?

Temo te suceda lo mismo a ti. Después de que el Señor te perdonó tantos pecados, tienes motivos para temer que con otro pecado mortal más la ira divina te fulmine y te mande al infierno.

Dale gracias de que hasta este momento te haya esperado, y toma ahora una firme resolución: «Señor, ya os he ofendido demasiado, no quiero gastar la vida que me queda en ofenderos más; la emplearé en amaros y en llorar mis culpas. Me arrepiento de todo corazón. Jesús mío, os quiero amar. Ayudadme, Virgen Santísima; Madre de mi Jesús, socorredme. Así sea».

Martes: la muerte [20]

1) La muerte es la separación de alma y cuerpo, que lleva consigo el definitivo abandono de las cosas de este mundo. Considera, por lo tanto, hijo mío, que tu alma deberá separarse de tu cuerpo; mas tú no sabes dónde ocurrirá esta separación. No sabes si ocurrirá en la cama, en el trabajo, en la calle o en

[41] Te hice nacer en la verdadera religión, te di el santo bautismo. Pude haberte dejado morir cuando te hallabas en pecado; y, sin embargo, te conservé en vida por no mandarte al infierno; y tú, olvidado de tantos beneficios, ¿intentas servirte de los dones que puse en tus manos para

cualquier otra parte. La rotura de una vena, un catarro, una trombosis, una fiebre, una infección, [una caída,] un terremoto, un rayo, cualquiera de estas cosas es suficiente para quitarte la vida. Esto puede suceder dentro de un año, de un mes, de una semana, de una hora o, quizás, apenas terminada la lectura de esta consideración. ¡Cuántos se acostaron por la noche [en buena salud] y fueron encontrados muertos por la mañana! ¡Cuántos, víctimas de un accidente, murieron instantáneamente! Y después, ¿a dónde fueron? Si estaban en gracia de Dios, dichosos ellos, serán eternamente felices; en caso contrario, se perderán para siempre. Y tú, hijo mío, *si tuvieses que morir ahora mismo, ¿qué sería de tu alma?* ¡Ay de ti si no estás preparado! Quien hoy no está preparado para morir bien, corre grave peligro de morir mal.

2) Por más que sean inciertos el lugar y la hora de la muerte, es seguro que la muerte llegará. [Cabe esperar que tu hora final no te llegue en forma repentina o violenta, sino lentamente y en una enfermedad ordinaria.] Vendrá, por lo tanto, un día en que, tendido en el lecho, te hallarás en trance de pasar a la eternidad, asistido por un sacerdote que te recomendará el alma, teniendo a un lado el crucifijo y al otro una candela encendida; alrededor, tus familiares estarán llorando.

Sentirás la cabeza dolorida, los ojos oscurecidos, la lengua abrasada, la garganta ahogada, el pecho oprimido, la sangre como helada, la carne consumida, el corazón deshecho. Salida tu alma con tu último aliento, tu cuerpo, revestido de una sencilla mortaja, será echado a una fosa para consumirse rápidamente. Los gusanos y ratones devorarán tus carnes, y no quedará de ti otra cosa que cuatro huesos descarnados y un poco de polvo infecto. Abre una tumba y mira lo que queda de un joven rico, de un hombre ambicioso y encumbrado.

Lee, hijo, *esto y prepárate a tener una buena muerte [42]. Ahora bien: el demonio, para inducirte a pecar, *pasa esto por encima y excusa [43] la culpa diciéndote que no es tan malo aquel placer, aquella desobediencia, aquel saltarse la misa en los días festivos; pero en el momento de la muerte, te descubrirá la gravedad de [estos y todos] los pecados tuyos y te los colocará delante de los ojos. Entre tanto, ¿qué harás tú, entonces, cuando te halles a punto de partir para la eternidad? ¡Ay de quien se encuentre en desgracia de Dios en aquel momento!

3) Considera que *el punto de muerte es el instante del*

[42] atentamente, y ten presente que éste es un hecho histórico que se aplica a todos y que también se aplicará a ti.
[43] quisiera distraerte de este pensamiento y excusar

que depende tu eterna salvación o tu eterna condenación. Próximo a morir, a sellar tus labios, a la luz de aquella candela, ¡cuántas cosas aparecerán claras! Dos veces encienden delante de nosotros una candela: al ser bautizados y en punto de muerte. La primera vez nos descubre [por decirlo así, nos hace conocer] los mandamientos de la ley de Dios; la segunda nos hace ver si los hemos observado. Por lo tanto, hijo mío, a la luz de esa candela, verás si amaste a Dios o lo despreciaste, si honraste su santo nombre o lo blasfemaste; verás las fiestas profanadas, las misas no oídas, las desobediencias a tus superiores, el escándalo a tus compañeros; te darás cuenta y verás la soberbia y orgullo que te lisonjearon, verás... ¡Dios mío!, todo lo verás en aquel momento en que ante tus ojos se abre el camino de la eternidad: «momento del que depende la eternidad»: una eternidad de gloria o de pena.

¿Entiendes todo esto? En efecto: de aquel momento depende ir (para siempre) al paraíso o al infierno, ser siempre feliz o siempre desgraciado, ser siempre hijo de Dios o siempre esclavo del demonio; gozar para siempre con los ángeles y los santos en el cielo o gemir y arder para siempre con los condenados en el infierno.

Teme mucho por tu alma, y piensa que de una vida buena depende una buena muerte y una eternidad de gloria; por lo cual, [no lo difieras más, sino prepárate desde ahora y] haz una buena confesión [ajustando bien las cuentas de tu conciencia] y prometiendo al Señor que perdonarás a tus enemigos, que repararás el escándalo dado, que serás obediente, que no perderás más el tiempo, que santificarás las fiestas y que cumplirás los deberes de tu estado.

Mientras tanto, de rodillas ante tu Señor, dile con todo tu corazón: «Señor mío, desde este momento me convierto a vos; os amo, quiero serviros hasta la muerte. Virgen Santísima, Madre mía, ayúdame en aquel momento [terrible]. ¡Jesús, José y María, expire en vuestros brazos en paz el alma mía!»

Miércoles: el juicio [21]

1) [Por juicio entendemos la sentencia que el Salvador dará al fin de nuestra vida y con la que fijará la suerte de cada uno por toda la eternidad.]

Apenas haya salido el alma del cuerpo, en seguida com-

parecerá ante el divino Juez. Lo que hace más terrible esta comparecencia es que el alma se encuentra sola ante un Dios al que ha despreciado y el cual conoce todos los pensamientos y todos los secretos de su corazón. ¿Qué podrás llevar contigo? Llevarás sólo el bien y el mal que obraste en tu vida: *cada uno dará cuenta de lo que hizo, tanto de lo bueno como de lo malo.* No valdrán ni excusas ni pretextos.

[San Agustín, hablando de esta terrible comparecencia, dice: «Cuando tú, hombre, comparezcas ante el Creador para ser juzgado], verás en un lugar elevado a un juez disgustado; a un lado, los pecados que te acusan; a otro, los demonios dispuestos a cumplir la condena; en tu interior, una conciencia que te agita y te atormenta, y, abajo, un infierno a punto de tragarte. En esta angustia, ¿a dónde irás a refugiarte? ¡Feliz de ti, hijo mío, si obraste el bien en tu vida!» Mientras, el Juez divino abre el libro de la conciencia y comienza el dictamen. «Ha empezado la sesión judicial y se han abierto los libros».

2) Entonces dirá el Juez inapelable: «¿Quién eres tú?». «Yo soy un cristiano», responderás. «Bien—proseguirá—; si tú eres cristiano, vamos a ver si has actuado como tal». Partiendo de aquí empezará a recordarte las promesas del bautismo, con las que renunciaste al demonio, al mundo y a la carne; te recordará las gracias que te concedió, los sacramentos que frecuentaste, los sermones, pláticas y avisos de los confesores, las correcciones de los padres: todo será presentado ante tu vista. «Pero tú—dirá el Juez divino—, a pesar de tantos dones y de tantas gracias, ¡qué mal correspondiste a tu profesión! Llegada la edad en que apenas empezabas a conocerme, empezaste a ofenderme con mentiras, faltas de respeto en la iglesia, desobediencias a tus padres y con muchas transgresiones a tus deberes. Y si, al menos, con el crecer de los años, hubieras regulado mejor tus acciones...; pero con la edad aumentaste el desprecio a mi ley: misas perdidas, profanación de los días festivos, blasfemias, [abstinencias no cumplidas], confesiones mal hechas, comuniones tal vez sacrílegas, escándalo dado a tus compañeros: todo esto hiciste en vez de servirme».

Entonces se dirigirá disgustadísimo al escandaloso y le dirá: «¿Ves aquella alma que camina por la senda del pecado? Pues fuiste tú, con tus conversaciones escandalosas, quien le insinuaste la maldad. [Tú,] como cristiano, debieras haber enseñado con el buen ejemplo a tus compañeros el camino del paraíso; pero traicionaste mi sangre, y les enseñaste el camino de la perdición.

¿Ves aquella alma que se encuentra allá abajo en el infierno? Fuiste tú el que, con pérfidos consejos, me la robó y entregó al demonio, causándole así la eterna perdición. Que ahora pague tu alma por la que perdiste con tu escándalo: Reclamaré tu alma en vez de la suya».

Hijo mío, ¿qué te parece este examen? ¿Qué te dice tu conciencia? Estás a tiempo; pide perdón a Dios por tus pecados y prométele sinceramente no ofenderle más, y **cuando hayas de sufrir calor, frío, hambre, sed o las enfermedades o disgustos, súfrelo todo por el Señor, como penitencia de los pecados que cometiste»* [44].

3) En vista del examen riguroso que el Juez divino hará al pecador, éste intentará buscar cualquier excusa o pretexto, diciendo que no había pensado que se le hiciera un examen tan riguroso. Pero se le responderá: «¿No oíste aquel sermón, [aquella lección de catecismo], no leíste en aquel libro que yo iba a pedirte cuenta de todo?» El alma acudirá a la misericordia divina, pero no habrá ya misericordia para ella [porque no la merece quien tanto tiempo abusó de la misericordia y] con la muerte termina el tiempo de la misericordia. Acudirá a los ángeles, a los santos y a la Virgen María; ella, en nombre de todos, responderá: «¿Ahora pides mi ayuda? Como no me quisiste por Madre en vida, no te reconozco ahora por hijo; no te conozco».

El pecador, no hallando escapatoria posible, gritará a las montañas y a las piedras para que se le echen encima, mas no se moverán; invocará al infierno, y lo verá abierto a sus pies. Es el instante en que el Juez inexorable proferirá la tremenda sentencia: «¡Lejos, hijo infiel, de mí! Mi Padre celestial te ha maldecido, yo te maldigo; vete al fuego eterno a sufrir y gemir por toda la (interminable) eternidad: *id, malditos, al fuego eterno».*

*Proferidas estas palabras, el alma [45] caerá en manos de los demonios, que la arrastrarán y golpearán despeñándola en aquellos abismos de penas y miserias y tormentos eternos.

[44] comienza desde ahora una vida de buen cristiano para prepararte un bagaje de buenas obras para el día en que tengas que comparecer ante el tribunal de Jesucristo.

[45] aquella alma desgraciada, antes de alejarse para siempre de Dios, † dirigirá su última mirada al cielo y, en el colmo de su desesperación, dirá: «Adiós, compañeros y amigos, que habitáis el reino de la gloria; adiós, padre y madre, hermanos y hermanas, vosotros gozaréis por siempre, mientras que yo seré por siempre atormentado. Adiós, ángel custodio, ángeles y santos todos del paraíso, ya no volveré a veros más. Adiós, mi Salvador; adiós, santa cruz; adiós, sangre derramada inútilmente por mí: no os volveré a ver más. En este momento ceso de ser hijo de Dios y seré para siempre esclavo de los demonios en el infierno» †. Entonces esta alma infeliz [N. del e.: para el párrafo comprendido entre las ††, véase nota 49].

¿No temes que dicten contra ti una sentencia parecida? Por amor de Jesús y de María, prepárate con buenas obras a oír una sentencia favorable, y acuérdate de que lo que tiene de espantosa la sentencia proferida contra el pecador, tiene de consoladora la invitación que Jesús hará al joven que vive cristianamente: «Ven—le dirá—, *ven a poseer la gloria que te tengo preparada*. Tú me serviste [por un poco de tiempo], ahora gozarás por siempre: *entra en el gozo de tu Señor*».

Jesús mío, concédeme la gracia de poder ser uno de estos afortunados. Virgen María, ayúdame, protégeme en la vida y en la muerte, y especialmente cuando haya de presentarme ante tu Hijo divino para ser juzgado.

Jueves: el infierno [22]

1) El infierno es un lugar destinado por la divina justicia para castigar con suplicios eternos a los que mueren en pecado mortal. La primera pena que los condenados sufrirán en el infierno es *la de encontrarse en un abismo de fuego [46]. Fuego en los ojos, fuego en la boca, fuego en todas partes.

Cada sentido sufrirá su propia pena: los ojos quedarán oscurecidos por el humo y las tinieblas, y, al mismo tiempo, aterrorizados por la visión de los demonios y demás condenados. Los oídos, día y noche, escucharán continuos alaridos, quejas y blasfemias. El olfato será atormentado al máximo por el hedor del azufre y del alquitrán ardiente. La boca será abrasada por una ardentísima sed y un hambre canina. El rico epulón, en medio de los tormentos, alzó su mirada y pidió como gracia suprema una gota de agua; esta gota le fue negada. Por lo tanto, aquellos infelices, devorados por la sed y el hambre, atormentados por el fuego, llorarán y gritarán y se desesperarán. *¡Infierno, infierno, qué infelices son los que en ti caen!* ¿Qué dices a todo esto, hijo mío? *Si debieras morir en este momento, ¿a dónde irías a parar? Si ahora no puedes resistir la débil llama de una vela bajo el dedo, ni aguantas una chispa de fuego en tus manos sin dar un grito, ¿cómo podrás soportar aquellas llamas por toda la eternidad?*

2) Piensa, hijo mío, en el remordimiento que experimentará la conciencia de los condenados. [Sufrirán un infierno en la memoria, en el entendimiento y en la voluntad.] Se acor-

[46] la pena de los sentidos, que son atormentados por un fuego que abrasa horriblemente, sin disminuir nunca.

darán constantemente del motivo por el que se perdieron, es decir, por un placer, por un desahogo de la pasión: éste es aquel *gusano que nunca muere*. Pensarán en el tiempo que Dios les concedió para evitar su eterna condenación, en los buenos ejemplos de los compañeros, en los propósitos hechos y no cumplidos. *Y esto lo verán cuando ya no habrá remedio posible [47].

La voluntad ya no tendrá nunca más lo que desea; por el contrario, sufrirá todos los males. El entendimiento comprenderá el gran bien que ha perdido, *es decir, el paraíso [48]. ¿Quién podrá resistir tantos tormentos?

3) Hijo mío, que ahora no te preocupas por la pérdida de Dios y el paraíso, conocerás toda su ceguera cuando veas a tantos compañeros tuyos, más ignorantes y pobres que tú, triunfar y gozar del reino de los cielos, mientras tú, maldecido por Dios, eres echado fuera de aquella patria feliz, alejado de su posesión y de la compañía de la Virgen (de los ángeles) y de los santos.

Por lo tanto, haz penitencia; no esperes a cuando no haya tiempo, entrégate a Dios. Quizás sea esta la última llamada y, si no correspondes a ella, quizás Dios te abandone y te deje caer en la profundidad de aquellos suplicios eternos: «¡De las penas del infierno, líbranos, Señor!»

Viernes: eternidad de las penas [23]

1) Considera, hijo, que, si vas al infierno, ya no saldrás más. Allí se sufren todas las penas, y todas por siempre. Pasarán cien, mil años de tu estancia, y el infierno estará empezando; pasarán cien mil, cien millones, mil millones de años y de siglos, y el infierno seguirá empezando.

Si un ángel llevara a los condenados la noticia de que Dios quiere salvarlos cuando hayan pasado tantos millones de siglos cuantos son las gotas de agua, las hojas de los árboles y los granos de arena en el mar y en la tierra, esta noticia les daría un enorme consuelo, de manera que podrían decir: «Es cierto que tendrán que pasar tantos siglos, pero un día terminarán».

[47] Pensarán en los sermones escuchados, en los avisos del confesor, en las buenas inspiraciones que les movieron a dejar el pecado y, al darse cuenta de que ya no hay remedio, prorrumpirán en alaridos de desesperación.

[48] El alma, separada del cuerpo y presentada al divino tribunal, ha visto la belleza de Dios, ha llegado a comprender toda su bondad, puede decirse que por un momento ha contemplado el esplendor del paraíso, ha oído los dulcísimos cantos de los ángeles y de los santos. ¡Qué dolor ver lo que ha perdido para siempre!

Pero pasarán todos estos siglos, y todos los tiempos imaginables, y el infierno estará empezando siempre.

Cada condenado estaría dispuesto a hacer un pacto con Dios: «Señor, aumentad cuanto queráis esta pena mía, sometedme a estos tormentos todo el tiempo que queráis, pues basta la esperanza de que ha de venir un momento en que acaben». Pero, no; este término, [esta esperanza] nunca se dará.

2) ¡Si al menos el pobre condenado pudiera engañarse diciendo: «¿Quién sabe si un día Dios no se compadecerá de mí y me sacará de este abismo?» Pero no [; ni siquiera podrá tener nunca esta ilusión], el condenado verá escrita siempre en su propio rostro la sentencia de su eternidad desgraciada.

Preguntará: «Pero, estas penas, este fuego, estos gritos, ¿nunca terminarán para mí?» La respuesta será clara: «No, nunca jamás; durarán siempre». Siempre, por toda la eternidad. Siempre (jamás, eternidad) verá escrito sobre aquellas llamas que abrasan. Siempre... sobre la punta de las espadas que le atraviesan; siempre... sobre los demonios que lo atormenten; siempre... sobre las puertas que no se abrirán jamás. [¡Eternidad, abismo sin fondo! ¡Mar sin orillas y caverna sin salida! ¿Quién no temblará pensando en ti?] *¡Maldito pecado! ¡Qué tremendos suplicios preparas al que te comete! ¡Nunca más, nunca más pecados en mi vida!*

3) Lo que te debe llenar de espanto es pensar que este horno terrible está abierto a tus pies y que basta un solo pecado mortal par que caigas en él. (¿Qué podrás hacer o decir en medio de aquellas llamas, lejos de tu Dios, privado para siempre del paraíso?) [49]

Hijo mío, ¿comprendes bien estas cosas? Una pena eterna por un solo pecado mortal. *Usa, pues, todos los medios para evitarlo [50]. *Si la conciencia te remuerde por algún pecado, vete en seguida a confesarte para empezar una vida ejemplar;* practica los medios que te sugiera el confesor; si es necesario, haz una confesión general, promete huir las ocasiones peligrosas, los malos compañeros, y, si Dios te llama a dejar el mundo, obedécele con prontitud.

Cuanto se haga para escapar de una eternidad de penas es

[49] N. del e.: La edición de 1891 traslada de este punto al lugar indicado en la nota 45 todo un párrafo de la primera edición: es el que está entre †† en dicha nota.

[50] que cometes con tanta facilidad. Una blasfemia, una profanación de los días festivos, un robo, una enemistad, una murmuración, una mala acción, una conversación, un pensamiento obsceno basta para condenarte a las penas del infierno. Por lo tanto, hijo mío, escucha lo que voy a decirte:

poco; no es nada: *No puede llamarse excesiva la seguridad cuando está en peligro la eternidad* (San Bernardo). ¡Cuántos [en la flor de la edad] abandonaron el mundo, la patria, los parientes y se han ido a sepultar en las grutas y en los desiertos, viviendo sólo a pan y agua, más aún, de solas raíces, y todo para escapar del infierno!

¿Y tú qué haces? Después de haber merecido el infierno tantas veces con el pecado, ¿qué haces tú? Póstrate a los pies de tu Dios, y dile: Señor, aquí me tienes, dispuesto a hacer lo que quieras. [No pecaré más en mi vida, ya te ofendí demasiado. Dame cualquier adversidad en esta vida, con tal que llegue a salvar mi alma.]

Sábado: el paraíso [24]

1) Cuanto más espanta la consideración del infierno, tanto más consuela pensar en el paraíso que Dios prepara [a los que le sirven en esta vida]. Para hacerte una idea del mismo, considera una noche serena. ¡Qué hermoso es el cielo, con tanta multitud y variedad de estrellas! Añade la vista de un día espléndido, en que el resplandor del sol no impida la visión clara de la Luna y de las estrellas.

Imagina cuanto pueda encontrarse en el mar y en la tierra, en todas las naciones y ciudades, en las cortes de grandes reyes y monarcas de la tierra... Añade a lo dicho las bebidas más exquisitas, las comidas más sabrosas, las músicas más agradables, las armonías más suaves; [pues bien,] todo este conjunto no es nada si se compara con la excelencia del paraíso. ¡Cuán deseable y amable es aquel lugar donde se goza todo bien! El bienaventurado no podrá menos de exclamar: *Quedaré saturado de la gloria de mi Señor.*

2) Considera, después, la alegría que experimentará el alma al entrar en el paraíso. Saldrán a recibirle sus parientes y amigos. Verá el esplendor, la belleza y la multitud de los querubines y serafines, y de todos los ángeles y santos que a millones y millones alaban y bendicen a su Creador; el coro de los apóstoles, el inmenso número de los mártires, de los confesores, de las vírgenes..., y *encontrará allí una gran multitud de jóvenes que, por haber conservado la virtud de la pureza, cantan a Dios un himno que los otros no pueden aprender.* ¡Cuánto gozan en aquel reino los bienaventurados! Viven siempre alegres, sin enfermedades, sin disgustos ni preocupaciones que enturbien su alegría y su felicidad.

3) Observa además, hijo mío, que *los bienes descritos hasta ahora no significan nada si se comparan con el gran consuelo que se experimenta en la visión de Dios.* Es él, precisamente, el que consuela a los bienaventurados con su amable mirada y el que derrama en sus corazones un mar de dichas.

Como el sol ilumina y hermosea todo el mundo, así Dios, con su presencia, ilumina todo el paraíso y llena a sus felices moradores de inenarrables alegrías. [En él, como en un espejo, tú veras todas las cosas, disfrutarás de todos los placeres de la mente y del corazón. San Pedro, que en el monte Tabor vio una sola vez el rostro de Jesús radiante de luz, se sintió lleno de tal dulzura que exclamó fuera de sí: *Señor, ¡qué bien se está aquí!* El se hubiera quedado allí para siempre. ¡Qué delicia será contemplar, no un instante, sino siempre, y gozar de aquel rostro que enamora a los ángeles y santos, que llena de hermosura a todo el paraíso! Y la hermosura y amabilidad de María, ¡qué gozo no proporcionará al corazón de los que se salvaron! *¡Cuán amables son, Señor, tus moradas!*]

Por todo esto, todos los coros de ángeles y santos cantarán alabanzas a Dios diciendo: *¡Santo, santo, santo es el Señor del universo! A él el honor y la gloria por los siglos de los siglos.*

¡Valor, pues, hijo mío! Tendrás que sufrir algo en este mundo, mas no importa: *el premio que te espera en el paraíso compensará infinitamente cuanto hayas de sufrir en la vida presente.* ¡Qué gran consuelo sentirás al encontrarte en el cielo en compañía de los parientes, de los amigos, de los santos y bienaventurados, pudiendo decir con toda verdad: *Estaré siempre con el Señor!*

Entonces *bendecirás el momento en que dejaste el pecado, hiciste una buena confesión y comenzaste a frecuentar los sacramentos;* bendecirás el día en que, dejando los [malos] compañeros, te entregaste a la virtud, y lleno de gratitud te dirigirás a Dios, cuyas alabanzas y gloria cantarás por los siglos de los siglos. Así sea.

[D] *El joven en la elección de estado [25]*

Dios, en sus eternos designios, destina a cada uno a un género de vida y le da las gracias necesarias a este estado. Como en cualquier otra circunstancia, el cristiano debe en ésta, que es importantísima, investigar cuál sea la divina voluntad, imitando a Jesucristo, que proclamaba *haber venido*

a cumplir la voluntad de su eterno Padre. Es de mucha importancia, por lo tanto, hijo mío, acertar en este paso, con el fin de no embarcarse en negocios para los que el Señor no te eligió.

A algunas personas, favorecidas de modo singular, les manifestó Dios en forma extraordinaria a qué estado las llamaba. Pero tú no aspires a tanto. Conténtate con la seguridad de que el Señor te dirigirá por el recto camino, según acostumbra actuar su providencia, siempre y cuando no descuides los medios oportunos para una prudente determinación.

Medio fundamental es pasar en la inocencia la infancia y la juventud; o reparar con una penitencia sincera los años que, por desgracia, se hayan pasado en el pecado.

Otro medio es la oración humilde y perseverante. Te convendrá repetir con San Pablo: *Señor, ¿qué queréis que haga?* O con Samuel: *Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.* O con el salmista: *Enséñame a hacer tu voluntad, pues eres mi Dios,* u otras semejantes expresiones de confianza.

Y *cuando llegue el momento de tomar una decisión, dirígete a Dios con especiales y frecuentes oraciones;* asiste a una misa con esta intención; aplica a este fin alguna comunión; haz alguna novena o triduo, practica alguna abstinencia, visita algún insigne santuario.

Acude también a María, que es la Madre del buen consejo; a San José, su esposo, fidelísimo a los mandatos de Dios; al ángel custodio y a tus santos protectores.

Sería muy conveniente, en lo posible, antes de tomar decisión tan importante, hacer unos ejercicios espirituales o algún día de retiro.

Propónte seguir la voluntad de Dios suceda lo que suceda, aunque los mundanos desaprueben tal determinación.

Si tus padres u otras personas de autoridad quisieran desviarte del camino al que Dios te llama, recuerda que es ahí donde debe practicarse el aviso del Señor de *obedecer antes a Dios que a los hombres.* No dejes, por supuesto, de respetar y amar a los que te contrarían; respóndeles y trátales con mansedumbre, pero sin poner en riesgo los supremos intereses de tu alma. Aconséjate sobre el modo de proceder, y confía en quien todo lo puede. *Consulta con personas piadosas y sabias, especialmente con el confesor, declarándoles llanamente tu situación y tus disposiciones.*

El joven, fiel a su vocación [26]

Cuando San Francisco de Sales manifestó a sus padres que Dios le llamaba al sacerdocio, contestáronle que, como primogénito de la familia, había de ser su apoyo y sostén; que tal inclinación al estado eclesiástico era efecto de una devoción indiscreta y que también podría santificarse en el siglo. Es más, para obligarle en cierta manera a seguir sus intenciones le propusieron un matrimonio noble y ventajoso.

Pero nada pudo disuadirlo de su santo propósito. Siempre colocó la voluntad de Dios por delante de la de sus padres, a quienes amaba con ternura y respetaba profundamente, y prefirió renunciar a todas las ventajas temporales antes que dejar de corresponder a la gracia de la vocación. Sus padres, aunque tenían alguna idea equivocada por sus preocupaciones mundanas, eran personas ejemplares y pronto encontraron motivos para alegrarse de la resolución del hijo.

Oración a la Santísima Virgen para conocer la propia vocación [27]

Vedme a vuestros pies, Virgen bondadosa, para conseguir de vos la gracia importantísima de acertar en mi elección de estado. No busco otra cosa que cumplir perfectamente la voluntad de vuestro Hijo a lo largo de mi vida. *Deseo ardientemente escoger aquel estado en que me sienta más feliz a la hora de la muerte.*

Madre del buen consejo, hacedme oír vuestra voz de tal manera que aleje toda duda de mi mente. Pues que sois la Madre de mi Salvador, os corresponde también ser la madre de mi salvación. Si vos no me dais un rayo del Sol divino, ¿qué luz me podrá alumbrar? Si vos, Madre de la divina Sabiduría, no me instruís, ¿quién va a ser mi maestra?

Oíd, pues, ¡oh María!, mis humildes plegarias. Ayudadme a vencer mis dudas y vacilaciones y mantenedme en el camino recto que conduce a la vida eterna, pues sois la Madre del Amor hermoso, de la Sabiduría y de la santa esperanza, en quien se hallan los frutos del honor y la santidad.

Padrenuestro, avemaría y gloriapatri.

2. *INTRODUCCION A UN «PLAN DE REGLAMENTO»*

En el Archivo General Salesiano se halla (132: *Oratorio*) un manuscrito de don Bosco de hacia el año 1854, es decir, cuando llevaba trece años de contacto con los muchachos; en él aparecen dos páginas que pueden considerarse introductorias de cualquier ordenación disciplinar de su Oratorio y de sus colegios.

Con esta introducción queda descartada cualquier eventual interpretación legalista de los reglamentos que irán surgiendo gradualmente en la marcha de sus instituciones, de los que hablaremos más adelante al presentar el *Reglamento* de 1877.

La *Introducción* que comentamos presenta unas consideraciones generales y unos datos históricos sobre el inicio y primer desarrollo del Oratorio. Nos ha parecido interesante incluirla, porque refleja el talante profundamente religioso de toda la pedagogía de don Bosco, y en cierta manera resume lo que el santo ha querido expresar a lo largo de sus *Memorias del Oratorio*. Pero, sobre todo, porque presenta de una manera plástica y sencilla su opción radical de dedicar todas sus energías al servicio de los jóvenes para acercarlos a Dios y hacer de ellos buenos cristianos.

Situamos aquí el documento, y no el apartado correspondiente al *Reglamento*, por no tratarse de un reglamento en sentido estricto, sino de lo que pensaba don Bosco sobre su acción entre los jóvenes en el contexto de los primeros años de su actividad.

Traducimos el texto italiano que publica el padre Braido en la antología citada al introducir esta sección.

PLAN DE REGLAMENTO PARA EL ORATORIO MASCULINO DE SAN FRANCISCO DE SALES EN TURIN, EN LA BARRIADA DE VALDOCCO

INTRODUCCIÓN [BRAIDO, P., *Scritti...* 360-362]

Para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (Jn 11,52).

Las palabras del Evangelio que nos revelan que el divino Salvador ha venido del cielo a la tierra para reunir a todos los hijos de Dios, dispersos en las diferentes partes de la tierra, me parece que se pueden aplicar literalmente a la juventud de nuestros días. *Esta porción de la sociedad humana, la más delicada y la más preciosa, sobre la cual se fundan las esperanzas de un feliz porvenir, no es de por sí de índole perversa.* Eliminada la negligencia de los padres y el ocio y el encuentro con malos compañeros, a que están expuestos especialmente en los días festivos, *resulta muy fácil insinuar en sus tiernos corazones los principios de orden y de buenas costumbres y el respeto a las ideas religiosas;* y si se da algún caso de que ya estén viciados a aquella edad, es más por irreflexión que por malicia consumada.

Estos jóvenes necesitan verdaderamente una mano bienhechora que cuide de ellos, los cultive, los lleve a la virtud y los aleje del vicio. La dificultad está en encontrar la manera de reunirlos para poderles hablar y formarlos moralmente.

Esta fue la misión del Hijo de Dios; esto solamente lo puede hacer su santa religión. Pero esta religión, que es eterna e inmutable en sí misma, que ha sido y será siempre la maestra de los hombres, contiene una ley tan perfecta, que sabe plegarse a las vicisitudes de todos los tiempos y adaptarse a la diversa índole de todos los hombres. *Los oratorios están considerados como uno de los medios para infundir el espíritu de religión en los corazones incultos y abandonados. Estos oratorios son unas reuniones en las cuales se entretiene a la juventud con agradables y honestas diversiones.*

Ahora intentaré trazar un plan de reglamento que pueda servir de norma para llevar a cabo esta *parte del sagrado ministerio*, y de guía a las personas eclesiásticas y seglares que

con caritativa solicitud dedican a él su esfuerzo. Varias veces he puesto manos a la obra, pero he desistido por las innumerables dificultades que había que vencer. Ahora, tanto para *que se conserve la unidad de espíritu* y el mismo estilo de disciplina como para complacer a varias autorizadas personas que me lo aconsejan, me he decidido a realizar este trabajo, que, en mi intención, intenta alcanzar dichos objetivos.

Advierto, ante todo, que no pretendo establecer leyes ni preceptos; mi objeto es *exponer lo que se viene haciendo en el Oratorio masculino de San Francisco de Sales de Valdocco y cómo, en concreto, se realiza.*

Quizás se encuentren frases que den la impresión de que ando buscando mi propia gloria y honor. En realidad no se trata de eso. Atribúyase todo al *interés* que tengo *por describir las cosas como realmente han ocurrido* y cómo se encuentran en la actualidad.

Cuando me entregué a esta parcela del sagrado ministerio, *entendí consagrar todos mis esfuerzos a la mayor gloria de Dios y al bien de las almas,* y me propuse entregarme a *formar buenos ciudadanos en esta tierra, a fin de que luego fueran dignos ciudadanos del cielo.* Que Dios me ayude a poder continuar en este propósito *hasta el último aliento de mi vida.* Así sea.

3. *RECUERDOS CONFIDENCIALES A LOS DIRECTORES*

Por qué y cuándo fueron escritos

Tanto en los primeros pasos del Oratorio como cuando éste, por imperativo de las circunstancias, se convirtió en colegio-internado, don Bosco lo era todo. Los primeros colaboradores, casi todos ellos sacerdotes de la archidiócesis de Turín, le fueron abandonando, y tuvo que echar mano de algunos de sus jóvenes que vivían con él y con él se iban formando. Estos fueron sus más constantes y fieles colaboradores.

Pero todo funcionaba como una auténtica familia, en la que él era el padre y llevaba las cosas a su estilo, original y convincente, pero no sistematizado todavía por escrito.

Por eso, cuando en octubre de 1863 fundó un colegio fuera de Turín y envió a don Miguel Rúa como director, se vio en la precisión de darle por escrito unas orientaciones de buen gobierno. Iban acompañadas de la siguiente carta:

«A su amadísimo hijo don Miguel Rúa, el presbítero Juan Bosco le saluda en el Señor.

Dado que la divina providencia ha dispuesto que podamos abrir una casa destinada a promover el bien de la juventud en Mirabello, he pensado confiarte la dirección de la misma a mayor gloria de Dios.

Pero, como quiera que no puedo estar siempre a tu lado para decirte, o mejor, repetirte aquellas cosas que tú mismo has visto practicar, te será grato recibir unos avisos que puedan servirte como normas de actuación.

Te hablo como un padre cariñoso que abre el corazón a uno de sus hijos más queridos. Recíbelos, pues, como escritos que son de mi propia mano, en señal de afecto, y como expresión del deseo que tengo de que sean muchas las almas que ganes para el Señor» *(Epistolario* 1,288).

Estos consejos a don Rúa, que se recogen en las citadas páginas del *Epistolario,* son, en realidad, más breves y esquemáticos que los que reproducimos a continuación, pues fueron reelaborados en varias ocasiones por el santo y enviados a los directores que iba poniendo al frente de sus nuevas obras. Se conservan ejemplares, con algunas variantes, de 1871, 1875 (litografiada en cuatro folios), 1876 y 1886.

Contenido y estilo

Los *Recuerdos confidenciales* son una serie de consejos, numerados y divididos en diferentes apartados: contigo mismo, con los maestros, con los asistentes y encargados de los dormitorios, con los coadjutores y con las personas de servicio, con los alumnos, con los externos, con los que pertenecen a la sociedad; cosas a tener en cuenta al mandar. En cada caso tiene seis o siete consejos. Como se ve, se trata de un esquema sencillo y relativamente completo.

El estilo también es sencillo, paternal y, por lo mismo, directivo, muy propio de la época. Puede parecer, al leerlos, que presentan un aire paternalista, lógico en un padre que en cierta manera envía a sus hijos como «vicarios» de su misión paterna. Piénsese que son hijos que él ha formado en su estilo de trabajo y que, por lo tanto, han de seguir con la misma mentalidad con que vivieron en el Oratorio de San Francisco de Sales.

Muchos de esos consejos son auténticas normas de sentido común educativo, pero otros, en cambio, encierran una orientación un tanto legalista, quizá con el objeto de obtener una mayor unidad de acción en su obra, sobre todo en los inicios. Pero siempre muestran el amor auténtico de un padre que piensa antes que nada en el bien, sobre todo espiritual, de sus hijos.

Nuestra edición

Traducimos la edición oficial de 1871 tal y como la reprodujo A. Amadei (MB 10,1041-1046), con algunas modificaciones que aporta la edición de 1886, última que preparó don Bosco. Amadei las coloca a pie de página; nosotros, como ya hemos hecho en *El joven cristiano,* las insertamos entre corchetes. Aunque resulten un poco duros al lector, mantenemos los pasos del original de las formas verbales en segunda persona del singular a formas más generales en tercera del plural.

Recordamos, una vez más, que la *cursiva* es nuestra: señala los rasgos que nos parecen más típicos del pensamiento de don Bosco.

RECUERDOS CONFIDENCIALES A LOS DIRECTORES, 1871 (MB 10,1041-1046)

[Se ponen entre corchetes las añadiduras de 1886]

Contigo mismo

1) *Nada te turbe.*

2) Evita la austeridad en la comida. Que *tus mortificaciones consistan en el cumplimiento fiel de tus deberes y en soportar los defectos ajenos.* Cada noche dormirás siete horas. Se establece una hora de margen en más y en menos para ti y para los demás, en los casos en que se dé una causa razonable; resultará útil para tu salud y la de tus súbditos.

3) Celebra la santa misa y reza el breviario con recogimiento, atención y devoción. Y valga esto para ti y para cuantos de ti dependan.

4) En ningún caso omitas la meditación por la mañana y una visita al Santísimo Sacramento a lo largo del día. Lo demás, según está dispuesto en las reglas de la Sociedad.

5) *Procura más bien hacerte amar que hacerte temer. La caridad y la paciencia te acompañen constantemente* cuando mandes y cuando corrijas, y obra de tal suerte *que todos saquen por tus hechos y palabras que lo que buscas es el bien de las almas. Cuando se trate de impedir el pecado, toléralo todo.* Tus cuidados han de ir encaminados al bien espiritual, corporal e intelectual de los jóvenes que la divina providencia te confíe.

6) En los asuntos de importancia eleva siempre un momento el corazón a Dios antes de decidir. Y cuando te propongan que opines sobre una cuestión, escucha todo primero y no emitas juicio sin haber puesto bien claros los hechos [y *haber escuchado las dos partes*]. Ocurre frecuentemente que ciertas cosas parecen vigas cuando no son sino pajas.

Con los maestros

1) Procura que nada les falte a los maestros de cuanto precisen para alimentarse y vestirse. Toma nota de sus esfuerzos, y cuando caigan enfermos o simplemente se indispongan, envía en seguida a quien les sustituya en clase.

2) *Habla frecuentemente con ellos, juntos y por separado.* Entérate de si tienen excesivo trabajo, de si necesitan vestidos o libros o si pasan por cualquier sufrimiento físico o moral. Y, también, de si en sus clases tienen alumnos que necesiten correcciones o atenciones particulares por razones de disciplina o enseñanza. *Descubierta una necesidad, haz cuanto esté en ti por remediarla.*

3) En una charla a propósito, recomienda que pregunten indistintamente a todos los alumnos de la clase y que lean por turno algún que otro trabajo de cada uno. *Que huyan de toda amistad particular* y que en ningún caso introduzcan a nadie en su habitación.

4) Cuando se haya de dar avisos y consejos a los alumnos, utilícese una estancia o sala destinada al efecto.

5) Cuando se acerquen solemnidades, novenas o fiestas en honor de María Santísima o de algún santo de la región o del colegio, o la conmemoración de cualquier misterio de nuestra santa religión, anúnciese con pocas palabras, pero no se omitan nunca.

6) Vigílese para que los maestros *no expulsen nunca a los alumnos de clase* [y, si no tuviesen más remedio que hacerlo, procuren mandarlos acompañados al superior], ni *golpeen* [por ningún motivo] a los negligentes o culpables. En cuanto suceda algo grave, se ha de avisar inmediatamente al director de estudios o al superior de la casa.

7) Los maestros no ejerciten ninguna autoridad [sobre sus alumnos] fuera de la escuela; limítense a aconsejar y a avisar, o hagan, cuando más, aquellas correcciones que permite y sugiere la caridad bien entendida.

Con los asistentes y encargados de dormitorios

1) Todo lo que se ha dicho acerca de los maestros se puede, en buena parte, aplicar a los asistentes y encargados de dormitorios.

2) Cuida de que tengan tiempo y comodidad de estudiar en cuanto sea compatible con sus obligaciones [1].

3) *Entretente gustosamente con ellos para poder escuchar su parecer* en lo que se refiere a la conducta de los jóvenes que les han sido confiados. Lo más importante de sus obligaciones consiste en *llegar puntualmente a los lugares don-*

[1] Procura distribuir las ocupaciones de manera que tanto ellos como los maestros tengan tiempo y comodidad de atender a sus estudios.

de los alumnos se reúnan para el descanso, la enseñanza, el trabajo, el juego, etc.

4) Tan pronto como te des cuenta de que uno de ellos ha contraído amistades particulares con cualquier alumno, o de que peligra el cargo que se le ha confiado o su propia moralidad, con toda prudencia lo cambiarás de puesto, y si el peligro continúa, lo pondrás inmediatamente en conocimiento del superior.

5) De cuando en cuando reúne a los maestros, asistentes y encargados de dormitorios, y diles a todos que *se esfuercen por impedir las malas conversaciones* y alejar todo libro, escrito, imagen y pintura—*hic scientia est*—y todo objeto que ponga en peligro *la reina de las virtudes, la pureza.* Que den buenos consejos; que *tengan caridad con todos.*

6) Pongan empeño todos en descubrir a los alumnos peligrosos, y además en que, en cuanto se les descubra, te sean revelados sus nombres.

Con los coadjutores y personas de servicio

1) (No han de tener familiaridad con los jóvenes y) haz de modo que cada mañana puedan oír la santa misa y acercarse a los santos sacramentos, de acuerdo con las reglas de nuestra Sociedad. A las personas de servicio exhórteseles a que se confiesen cada quince días o una vez al mes.

2) *Al mandar, hazlo con gran caridad, y pruébales a todos con hechos y palabras que lo que tú deseas es su bien.* Sobre todo vigila para que no tengan familiaridades no recomendables con jóvenes o personas externas.

3) No se permita en modo alguno que las mujeres entren en los dormitorios o en la cocina, ni que traten con nadie en la casa, a no ser por motivos de caridad o de necesidad absoluta. Este artículo es de la mayor importancia.

4) Cuando surjan disputas o diferencias entre las personas de servicio, o entre los asistentes o los alumnos, o entre las personas que sean, *escucha a todos con bondad,* pero por vía ordinaria di tu parecer a cada uno de tal modo que no se entere de lo que se le dijo al otro.

5) Al frente del personal de servicio colóquese a un coadjutor de reconocida probidad, el cual supervise los trabajos y vigile su moralidad para que no se den hurtos ni se tengan malas conversaciones. Y esfuércese constantemente en impedir

que ninguno de ellos acepte comisiones para los padres o personas externas, sean las que fueren.

Con los alumnos

No se aceptarán nunca muchachos expulsados de otros colegios o de quienes conste, de cualquier modo, que son de malas costumbres. Si a pesar de las debidas precauciones alguno resultare admitido, *asígnesele inmediatamente un compañero seguro que lo atienda y no lo pierda de vista.* Si faltara a la moralidad, avísesele cuando más una vez y, si recae, sea inmediatamente enviado a casa.

2) [Procura hacerte conocer de los alumnos y conocerlos; para ello] *Pasa entre los jóvenes todo el tiempo que puedas* y deja caer al oído, cuando la necesidad te lo aconseje, aquellas afectuosas palabras que tú sabes muy bien. Este es el gran secreto que ha de hacerte dueño de los corazones.

3) Preguntarás: ¿Cuáles son estas palabras? Aquellas más o menos que en otros tiempos te fueron dichas a ti. Por ejemplo: —¿Cómo estás? —Bien. —¿Y en cosas del alma? —Así, así... —Me habrías de echar una mano en algo muy importante. ¿Me ayudarías? —Sí, pero ¿en qué? —En hacerte bueno a ti...; *o bien:* en salvar tu alma...; *o bien:* en el esfuerzo para que consigas ser uno de nuestros mejores chicos...

Si se trata de los más disipados: «—¿Cuándo te decides a empezar? —¿A qué? —A ser mi consuelo...; *o bien:* a tener la conducta de San Luis...»

Con los que flojean en la recepción de los sacramentos: —¿Cuándo quieres que le rompamos los cuernos al diablo? —¿Y cómo? —Con una buena confesión. —¿Y cuándo la quiere? —Cuanto antes.

En otros casos: —¿Cuándo organizamos una buena colada?...; *o también:* —¿Me echas una mano para romperle los cuernos al diablo? ¿Aceptas que seamos unos buenos amigos para negocios del alma?... Estas o cosas semejantes.

4) En nuestras casas, el confesor ordinario es el director; por lo mismo, que se le vea oír gustosamente en confesión a cualquiera; pero dé [amplia] libertad a todos para que se confiesen con quien más les plazca. Que se sepa bien que tú no tomas parte en las votaciones sobre comportamiento moral, y aleja diligentemente toda sospecha de que puedas servirte, ni aun recordarte, de cuanto hayas oído en confesión. Y no se

ha de ver ni asomo de parcialidad en favor de los que se confiesan con uno[2].

5) Aconséjense y promuévanse el clero infantil y las compañías de San Luis, del Santísimo y de la Inmaculada Concepción. [Demuestra benevolencia y agrado hacia los asociados.] Pero tú sólo has de ser su promotor, no el director; *has de considerar estas cosas como obras de los jóvenes,* y la dirección de las mismas se ha de encomendar al catequista, esto es, al director espiritual.

[Ed. 1875: 6) *Los aspectos odiosos y de disciplina sean confiados, en lo posible, a otros.]*

[6) Cuando llegues a descubrir alguna falta grave, llama a tu despacho al culpable o sospechoso, y de la forma más caritativa procura hacerle reconocer su error por haberla cometido; corrígele después e invítale a ajustar las cuentas de su conciencia. Con este medio, y acompañando al alumno con una benévola asistencia, se consiguieron maravillosos efectos y enmiendas, a primera vista imposibles.]

Con los externos

1) En cuanto la caridad y los deberes del propio estado lo permitan, se ha de prestar de buena gana nuestra ayuda en lo tocante a la cura de almas, por medio de la predicación, la celebración de misas [a comodidad del público,] y las confesiones, especialmente en beneficio de la parroquia dentro de cuyos límites está situada la casa. Pero *no aceptéis empleos u otros compromisos que supongan ausentarse de nuestros establecimientos* o puedan impedir los deberes encomendados a cada uno.

2) Invítese [alguna vez] por cortesía a sacerdotes externos para la predicación y demás, con ocasión de fiestas solemnes y de demostraciones musicales o de otro género. Cúrsense también estas invitaciones a los autoridades civiles y a cualquier otra persona benévola y benemérita que nos haya hecho favores o que esté en condiciones de hacérnoslos.

3) La caridad y la cortesía han de ser las notas distintivas de un director, tanto por lo que respecta al personal interno como al externo.

4) Cuando surjan problemas por cuestión de cosas ma-

[2] Prohibió esta praxis el decreto del Santo Oficio *Quod a suprema,* de 24-4-1901. Cf. su historia en Ceria, E., *Annali* 3,162-185. Cf. también cánones 890,891 y 518,2. N. del e.

teriales, cede todo lo que puedas con tal que se mantenga alejado todo pretexto de litigio o de disputa, que llevan a la pérdida de la caridad.

5) En punto a cosas espirituales, *las cuestiones se han de resolver de manera que resulten a mayor gloria de Dios.* Compromisos, honrillas, afán de venganza, amor propio, razones, pretensiones y aun el mismo honor, todo ha de ser sacrificado con tal de evitar el pecado.

6) Con todo, si el asunto fuera de mucha importancia, será bueno tomarse tiempo para rezar y consultar a persona piadosa y prudente.

Con los que pertenecen a la sociedad

1) La exacta observancia de las Reglas, y de modo particular la obediencia, son la base de todo. Pero, *si quieres que los demás te obedezcan, obedece tú a tus superiores.* Nadie es bueno para mandar si no es capaz de obedecer.

2) Ten cuidado de repartir las obligaciones de tal modo que nadie quede sobrecargado, pero procura que cada uno cumpla con fidelidad cuanto se le haya encomendado.

3) Ninguno de la Sociedad firme contratos, acepte dinero, haga préstamos o empréstitos en favor de parientes, amigos o de otras personas. Nadie conserve dinero o administre bienes temporales sin estar directamente autorizado por el superior. La observancia de este artículo mantendrá alejada la peor peste que puede darse en las congregaciones religiosas.

4) Aborrézcase como veneno la modificación de las Reglas. La puntual observancia de las mismas es mejor que cualquier cambio. *Lo mejor es enemigo de lo bueno.*

5) El estudio, el tiempo y la experiencia me han hecho tocar con la mano que la gula, el interés y la vanagloria fueron la ruina de congregaciones muy florecientes y de órdenes respetabilísimas. Los años te enseñarán verdades que ahora pueden parecerte increíbles.

[6) Máxima solicitud en promover, con las palabras y los hechos, la vida común.]

Al mandar

1) No mandes a tus subalternos cosas superiores a sus fuerzas. Y nunca han de darse órdenes que contraríen dema-

siado; al revés, has de *procurar muy mucho secundar las inclinaciones de cada uno, confiándole lo que sabes es de su mayor agrado.*

2) No se manden nunca cosas perjudiciales a la salud, o que impidan el necesario descanso, o que impliquen colisión con obligaciones o mandatos de otro superior [3].

3) *Al mandar, úsense siempre modos y palabras de caridad y mansedumbre.* Las amenazas, los enfados, más aún, las violencias han de estar siempre lejos de tus expresiones y acciones.

4) En el caso de tener que mandar cosas difíciles, o que contrarían mucho al subalterno, añádase, por ejemplo: «¿Podrías hacer esto o aquello?» O también: «Tengo algo importante que no quería cargártelo a ti, pues es difícil; pero no encuentro quien lo pueda hacer mejor que tú. ¿Te encuentras con tiempo y salud, y no te lo impide ninguna otra ocupación?» La experiencia enseña que estos modos, usados a su tiempo, son de gran eficacia.

5) Háganse todas las economías posibles, pero de ningún modo falte nada a los enfermos. Sin embargo, se ha de recordar a todos que hicimos voto de pobreza, y, por lo mismo, no nos es dado buscar ni aun desear en nada la comodidad. *Hemos de amar la pobreza y los compañeros de la pobreza.* Evítese, en consecuencia, todo gasto no absolutamente necesario en punto a vestidos, libros, muebles, viajes, etc.

Cuanto queda dicho viene a ser el testamento que dejo a los directores de las casas en particular. Si se llevan estos avisos a la práctica, yo moriré tranquilo, porque estoy seguro de que nuestra Sociedad será cada vez más floreciente ante los hombres, será bendecida por Dios y alcanzará su meta, que no es otra que la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

[3] Nunca mandes cosas que juzgues superiores a las fuerzas de los subalternos o prevés que no van a ser cumplidas. Procura evitar mandatos difíciles de aceptar; al contrario, ten el mayor interés en secundar las inclinaciones de cada uno, confiando preferentemente aquellos cargos que se saben de mayor agrado para cada uno.

4. *EL SISTEMA PREVENTIVO EN LA EDUCACION DE LA JUVENTUD*

El documento

El breve opúsculo que presentamos es el más conocido de todos los documentos educativos de don Bosco. De alguna manera es la síntesis, muy esquemática, de su pensamiento en este campo. Por esto no es de extrañar que haya sido incluido en todas las ediciones del *Reglamento de las casas de la Sociedad de San Francisco de Sales,* y que el Capítulo General Especial de la Congregación salesiana (1971-72) decidiera incluirlo como apéndice de las Constituciones renovadas.

Apareció por vez primera en 1877, en edición italiana y francesa, y en otra, bilingüe, como apéndice de un documento conmemorativo del Patronato de San Pedro, en Nice. Inmediatamente, el mismo año, fue publicado a modo de introducción en el *Reglamento de las casas.*

El documento es muy breve, y el mismo don Bosco, en la introducción, dice que se trata del índice de una obrita que está preparando, pero que nunca llegó a publicar.

No se conserva el autógrafo, pero sí copias escritas a mano, algunas de ellas con anotaciones de don Berto, su secretario, y del propio don Bosco.

Valor del documento

Stella *(Don Bosco* 2,459) sostiene que la estructura del documento es tal que nos da garantía de haber sido compuesto por el santo; pero, de paso, nos recuerda que se le ha de situar en la época y en el ambiente para el que fue escrito. Ya habían pasado los tiempos en que don Bosco sólo tenía el Oratorio. El opúsculo fue en rigor pensado para los internados que se habían ido abriendo.

Estos internados se encontraban en una situación muy especial: tenían un director que de alguna manera dependía muy directamente de don Bosco, y un grupo de colaboradores, asistentes, quizá excesivamente jóvenes, como también lo era el propio director.

En esta perspectiva situacional hay que interpretar el documento.

E. Ceria, al narrar las circunstancias de la inauguración del Patronato (MB 13,112), cuenta que la redacción le costó varios días y que lo hubo de rehacer tres o cuatro veces. Comentaría más adelante el santo: «Casi me lamentaba conmigo mismo al no encontrar a mi gusto estos escritos. Una y otra vez arrojaba a la papelera hojas enteras sin volverlas a coger; efectivamente, escribía, corregía, volvía a escribir, pasaba a limpio, tornaba a hacerlo todo por cuarta o quinta vez, y ni aun así me satisfacía el trabajo» (Crónica Barberis, 22 abril de 1877). Esto prueba que estamos ante un trabajo realmente suyo y que los conceptos que contiene fueron cuidadosamente sopesados.

Aunque el opúsculo fue preparado para la inauguración del Patronato y el concepto de «sistema preventivo», en contraposición al «represivo», aparece por primera vez en este documento, las líneas maestras que lo estructuran se encuentran ya en los escritos anteriores del santo, y sobre todo en su praxis educativa.

El núcleo del documento se encuentra en la siguiente afirmación: «Este sistema descansa por entero en la razón, la religión y en el amor *(amorevolezza):* excluye, por consiguiente, todo castigo violento y procura alejar aun los suaves».

Si fuéramos espigando en las obras de don Bosco y en su labor educadora, encontraríamos continuamente frases y pasajes en que las tres componentes (razón, religión y amor) van apareciendo como esenciales en el entramado de su tarea educativa.

El origen remoto lo encontramos en el célebre sueño de los nueve años *(Memorias del Oratorio* n.6). En él aparece pegándose con los compañeros que blasfeman, y se le indica que, para llevar a los niños a la religión, tiene que utilizar otros caminos: «No con golpes..., sino con la mansedumbre y la caridad tendrás que ganarte a estos amigos».

Don Bosco fue fiel a estas consignas ya desde su infancia. Y cuando reunía a sus amigos para entretenerlos, ponía la religión en el centro de sus reuniones, y los entretenía poniendo en juego, a la vez, su genial amabilidad y su sentido común, rico de intuiciones.

Razón, religión, amor son los ingredientes del diálogo con que se gana su primer oratoriano, Bartolomé Garelli.

Lo mismo resulta de innumerables pasajes de sus obras, a saber: libros de texto y formativos, y sobre todo biografías.

La primera parte de *El joven cristiano*, aunque se centra en la reflexión religiosa, contiene datos que hacen pensar en

la amabilidad del superior-educador, en su capacidad de juicio recto...

Pero en donde se manifiesta ya claramente su pensamiento pedagógico es en los *Recuerdos confidenciales a los directores.* Las líneas del opúsculo sobre el sistema preventivo indudablemente están, en cierto modo, presentes en ellos.

De hecho, tanto su vida como su obra escrita se centran en esta preocupación: llevar a los jóvenes a Dios mediante un trato razonable y lleno de amabilidad. Por eso el documento puede ser considerado en buena parte fruto de su personal experiencia.

Fuentes

Esto no quiere decir que su pensamiento sea totalmente original, aunque, por otra parte, sean pocas las líneas copiadas al pie de la letra de otros autores. Se puede decir, más bien, que don Bosco ha vivido de la cultura pedagógica de la época y que la ha elaborado con gran intuición para servirse de ella a la hora de plasmar este documento.

Una fuente indirecta del mismo pueden ser las ideas pedagógicas de los educadores de Port-Royal, que don Bosco no debió de leer directamente, pero que sí conoció a través de los escritos de algunos hermanos de La Salle y de autores como Fleury, Fenelon, Bossuet y Rollin. Efectivamente, en estos autores encontramos elementos importantes que se encuentran a su vez en la pedagogía de don Bosco, como la insistencia en el pecado original y la acción de la gracia, la amabilidad y dulzura del director, el conocimiento a fondo del alumno, etc.

La palabra *prevenir* la recoge de San Juan Bautista de La Salle *(Méditations* 32.ª, p.3).

El iluminismo influye en don Bosco a través de A. Blanchard *(La Scuola de' costumi.* Trad. del francés, Turín 1825) y refuerza la componente «razón», pero teniendo en cuenta que ya Blanchard corrige al iluminismo, con la idea de que la «razón» no debe ofuscar el sentido del pecado, dado el estado de germen en que se encuentra la razón del niño».

Varios pedagogos italianos pueden haber influido en don Bosco: F. Aporti *(Scritti pedagogici editi e inediti,* Turín 1845), un libro titulado *Pensieri ecclesiastici* (Marietti 1849), divulgado por el mismo don Bosco, y, finalmente, un opúsculo del barnabita A. Teppa *(Avvertimenti per gli educatori ecclesiastici della gioventù,* Turín 1868). Hubo correspondencia en-

tre este autor y don Bosco, e incluso en el Reglamento de las casas hay fragmentos que coinciden casi literalmente con la obra de Teppa, por lo que se puede pensar que dependen bastante de él.

Con todo, como ya hemos indicado antes, tanto la composición como la estructura del opúsculo parecen ser totalmente de don Bosco.

Nuestra edición

Ha sido traducida de P. Braido *(Scritti* 291-299). Stella nos dice que es la mejor edición del documento *(Don Bosco* II p.441, nota 1).

Braido ha utilizado la redacción que se encontraba en la primera edición del *Reglamento* del mismo año 1877 (reproducida en MB 13,918-923). En ella se contienen las modificaciones, breves, que se introdujeron en esta edición respecto a las anteriores.

La nota sobre el ministro de la reina de Inglaterra aparece ya desde la primera edición.

Bibliografía

P. Stella, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica* (Zürich 1969) p.441-474.
P. Braido, *Il sistema preventivo di don Bosco* (Zürich ²1964).
B. Fascie, *Del metodo educativo di don Bosco* (Turín 1931).

EL SISTEMA PREVENTIVO EN LA EDUCACION DE LA JUVENTUD (MB 13,918-923)

Muchas veces se me ha pedido exponga, de palabra o por escrito, algunos pensamientos sobre el llamado *sistema preventivo,* practicado en nuestras casas. Por falta de tiempo no he podido hasta ahora satisfacer tales deseos; mas disponiéndome en la actualidad a imprimir el Reglamento usado ordinariamente hasta el presente casi por tradición, estimo oportuno dar aquí una idea que será como el índice de una obrita que estoy preparando y que publicaré, si Dios me da vida y salud para terminarla. Hago esto movido únicamente por el deseo de *aportar mi granito de arena al difícil arte de educar a la juventud.* Diré, pues, en qué consiste el sistema preventivo y por qué debe preferirse; sus aplicaciones prácticas y sus ventajas.

1. En qué consiste el sistema preventivo y por qué debe preferirse

Dos sistemas se han usado en todos los tiempos para educar a la juventud: el preventivo y el represivo. El represivo consiste en dar a conocer las leyes a los súbditos, y vigilar después para conocer a los transgresores y aplicarles, cuando sea necesario, el correspondiente castigo. Basándose en este sistema, la palabra y la mirada del superior deben ser en todo momento, más que severas, amenazadoras. El mismo superior debe evitar toda familiaridad con los subordinados.

El director, para aumentar su autoridad, debe dejarse ver raras veces de los que de él dependen, y, por lo general, sólo cuando se trate de imponer castigos o de amenazar.

Este sistema es fácil, poco trabajoso y sirve principalmente para el ejército y, en general, para los adultos juiciosos, en condición de saber y recordar las leyes y prescripciones.

Diverso, y casi diré opuesto, es el sistema preventivo. Consiste en dar a conocer las prescripciones y reglamentos de un instituto y vigilar después de manera que los alumnos tengan siempre sobre sí el ojo vigilante del director o de los asistentes, los cuales, como padres amorosos, hablen, sirvan de guía en toda circunstancia, den consejos y corrijan con amabi-

lidad; que es como decir: consiste en poner a los niños en la imposibilidad de faltar.

Este sistema descansa por entero en la razón, en la religión y en el amor; excluye, por consiguiente, todo castigo violento y procura alejar aun los suaves.

El sistema preventivo parece preferible por las razones siguientes:

1) El alumno, avisado según este sistema, no queda avergonzado por las faltas cometidas, como acaece cuando se las refieren al superior. No se enfada por la corrección que le hacen ni por los castigos con que le amenazan, o que tal vez le imponen; porque éste va acompañado siempre de un aviso amistoso y preventivo, que lo hace razonable, y termina, ordinariamente, *por ganarle de tal manera el corazón, que él mismo comprende la necesidad del castigo y casi lo desea.*

2) *La razón más fundamental es la ligereza infantil,* por la cual fácilmente se olvidan los niños de las reglas disciplinarias y de los castigos con que van sancionadas. A esta ligereza se debe sea, a menudo, culpable el jovencito de una falta y merecedor de un castigo al que no había nunca prestado atención y del que no se acordaba en el momento de cometer la falta; y ciertamente no la habría cometido si una voz amiga se lo hubiese advertido.

3) El sistema represivo puede impedir un desorden, mas con dificultad hacer mejores a los que delinquen. Se ha observado que los alumnos no se olvidan de los castigos que se les han dado; y que, por lo general, conservan rencor, acompañado del deseo de sacudir el yugo de la autoridad y aun de tomar venganza. Parece a veces que hacen caso omiso; mas quien sigue sus pasos sabe muy bien cuán terribles son las reminiscencias de la juventud; y cómo olvidan fácilmente los castigos que les han dado los padres, mas, con mucha dificultad, los que les imponen los maestros. Algunos ha habido que después se vengaron brutalmente de castigos que les dieron cuando se educaban.

El sistema preventivo, por el contrario, *gana al alumno, el cual ve en el asistente a un bienhechor que le avisa,* desea hacerle bueno y librarle de sinsabores, de castigos y de la deshonra.

4) El sistema preventivo dispone y persuade de tal modo al alumno, que el educador podrá, en cualquier ocasión, ya sea cuando se educa, ya después, hablarle con el lenguaje del amor. *Conquistado el corazón del discípulo, el educador puede ejercer sobre él gran influencia y evisarle, aconsejarle y corregirle,*

aun después de colocado en empleos, en cargos o en ocupaciones comerciales.

Por estas y otras muchas razones, parece debe prevalecer el sistema preventivo sobre el represivo.

2. Aplicaciones del sistema preventivo

La práctica de este sistema está apoyada en las palabras de San Pablo: *La caridad es benigna y paciente... Todo lo sufre, todo lo espera y lo soporta todo* (1 Cor 13,4.7).

Por consiguiente, solamente el cristiano puede practicar con éxito el sistema preventivo. *Razón y religión son los medios de que ha de valerse continuamente el educador, enseñándolos y practicándolos si desea ser obedecido y alcanzar su fin.*

1) El director debe, en consecuencia, vivir consagrado a sus educandos y no aceptar nunca ocupaciones que le alejen de su cargo; aún más: ha de *encontrarse siempre con sus alumnos* de no impedírselo graves ocupaciones, a no ser que estén por otros debidamente asistidos.

2) Los maestros, los jefes de taller y los asistentes han de ser de acrisolada moralidad. Procuren evitar, como la peste, toda clase de aficiones o amistades particulares con los alumnos, y recuerden que el desliz de uno solo puede comprometer a un instituto educativo. *Los alumnos no han de estar nunca solos.* Siempre que sea posible, los asistentes han de llegar antes que los alumnos a los sitios donde tengan que reunirse, y estar con ellos hasta que vayan otros a sustituirlos en la asistencia; no los dejen nunca desocupados.

3) *Debe darse a los alumnos amplia libertad de saltar, correr y gritar a su gusto.* La gimnasia, la música, la declamación, el teatro, los paseos, son medios eficacísimos para conseguir la disciplina y favorecer la moralidad y la salud. Procúrese únicamente que la materia de los entretenimientos, las personas que intervienen y las conversaciones que sostengan, no sean vituperables. *Haced lo que queráis,* decía el gran amigo de la juventud San Felipe Neri; *a mí me basta con que no cometáis pecados.*

4) *La confesión y comunión frecuente y la misa diaria son las columnas que deben sostener el edificio educativo del cual se quieran tener alejados la amenaza y el palo.* No se ha de obligar jamás a los alumnos a frecuentar los santos sacramentos; pero sí se les debe animar y darles comodidad para aprovecharse de ellos. Con ocasión de los ejercicios espirituales,

triduos, novenas, pláticas y catequesis, póngase de manifiesto la belleza, sublimidad y santidad de una religión que ofrece medios tan fáciles, como son los santos sacramentos, y a la vez tan útiles para la sociedad civil, para la tranquilidad del corazón y para la salvación de las almas. Así quedarán los niños espontáneamente prendados de estas prácticas de piedad y las frecuentarán de buena gana y con placer y fruto [1].

5) Debe vigilarse con el mayor cuidado por que *no entren en una casa de educación compañeros, libros o personas que tengan malas palabras*. Un buen portero es un tesoro para una casa de educación.

6) Terminadas las oraciones de la noche, el director, o quien haga sus veces, diga siempre algunas palabras afectuosas en público a los alumnos antes de que vayan a dormir, para avisarles o aconsejarles sobre lo que han de hacer o evitar. Sáquense avisos o consejos de lo ocurrido durante el día, dentro o fuera del colegio; y no dure la platiquita más de dos o tres minutos. En ella está la clave de la moralidad y de la buena marcha y éxito de la educación. [En este párrafo quedan descritas las clásicas «buenas noches» salesianas.]

7) Téngase como pestilencial la opinión de retardar la primera comunión hasta una edad harto crecida, cuando, por lo general, el demonio se ha posesionado del corazón del jovencito con incalculable daño de su inocencia. Según la disciplina de la Iglesia primitiva, solían darse a los niños las hostias consagradas que sobraban de la comunión pascual. Esto nos hace conocer lo mucho que desea la Iglesia sean admitidos pronto los niños a la primera comunión. *Cuando un niño sabe distinguir entre Pan y pan y revela suficiente instrucción, no se mire la edad: entre el Soberano celestial a reinar en su bendita alma.*

8) Los catecismos recomiendan la comunión frecuente; San Felipe Neri la aconsejaba semanal, y aun más a menudo. El concilio Tridentino dice bien claro que desea ardientemente

[1] No hace mucho tiempo que un ministro de la reina de Inglaterra, visitando un colegio de Turín, fue conducido a una amplia sala donde estudiaban unos quinientos jóvenes. Fue grande su maravilla cuando observó tan gran multitud de chicos en perfecto silencio y sin asistentes. Se maravilló aún más al saber que a lo largo del año no se había registrado ninguna palabra que distrajera, ningún motivo para infligir ni amenazar ningún castigo. «—¿Cómo es posible obtener tanto silencio y tanta disciplina?, preguntó. Díganmelo. Y vos —añadió al secretario— tomad nota de cuanto se diga. —Señor, respondió el director del centro, el medio que usamos nosotros, no pueden usarlo ustedes. —¿Por qué? —Son arcanos revelados solamente a los católicos. —¿Cuáles son? —La frecuente confesión y comunión y la misa diaria bien oída. —Tiene usted razón, nos faltan estos medios de educación. ¿No pueden ser suplidos por otros? —Si no se usan estos recursos religiosos, hay que recurrir a las amenazas y al palo. —Tiene usted razón. Tiene usted razón. O *religión o palo*; lo contaré en Londres».

que todo fiel cristiano, cuando oye la santa misa, reciba también la comunión. Pero esta comunión no sea tan sólo espiritual, sino sacramental a ser posible, a fin de sacar mayor fruto del augusto y divino sacrificio (sesión XXII, capítulo VI).

3. Utilidad del sistema preventivo

Tal vez diga alguno que es difícil este sistema en la práctica; a lo que respondo que para los alumnos es bastante más fácil, agradable y ventajoso. Para los educadores encierra, eso sí, algunas dificultades, que disminuirán ciertamente si se entregan por entero a su misión. El educador es una persona consagrada al bien de sus discípulos, por lo que debe estar pronto a soportar cualquier contratiempo o fatiga con tal de conseguir el fin que se propone; a saber: la educación moral, intelectual y ciudadana de sus alumnos.

A las ventajas del sistema preventivo arriba expuestas se añaden aquí estas otras:

1) El alumno tendrá siempre gran respeto a su educador, recordará complacido la dirección de él recibida y considerará en todo tiempo a sus maestros y superiores como padres y hermanos suyos. Dondequiera que van alumnos así educados, son, por lo general, consuelo de las familias, útiles ciudadanos y buenos cristianos.

2) Cualquiera que sea el carácter, la índole y el estado moral de un jovencito al entrar en el colegio, los padres pueden vivir seguros de que su hijo no empeorará de conducta, antes mejorará. Muchos jovencitos que fueron por largo tiempo tormento de sus padres y hasta expulsados de correccionales, tratados según estos principios, cambiaron de manera de ser: se dieron a una vida cristiana, ocupan ahora en la sociedad honrosos puestos y son apoyo de la familia y ornamento del lugar donde viven.

3) Los alumnos maleados que, por casualidad, entraren en un colegio, no pueden dañar a sus compañeros, ni los niños buenos ser por ellos perjudicados; porque no habrá ni tiempo, ni ocasión, ni lugar a propósito; pues el asistente, a quien suponemos siempre con los niños, pondría en seguida remedio.

Una palabra sobre los castigos

¿Qué regla hay que seguir para castigar? *A ser posible, no se castigue nunca;* cuando la necesidad lo exigiere, recuérdese lo siguiente:

1) *Procure el educador hacerse amar de los alumnos si quiere hacerse temer.* Así, el no darles una muestra de benevolencia es castigo que emula, anima y jamás deprime.

2) Para los niños es castigo lo que se hace pasar por tal. Se ha observado que *una mirada no cariñosa en algunos produce mayor efecto que un bofetón.* La alabanza, cuando se obra bien, y la reprensión, en los descuidos, constituyen, ya de por sí, un gran premio o castigo.

3) *Exceptuados rarísimos casos, no se corrija ni se castigue jamás en público, sino en privado, lejos de sus compañeros y usando la mayor prudencia y la mayor paciencia para hacer comprender, valiéndose de la razón y de la religión, la falta al culpable.*

4) *El pegar, de cualquier modo que sea, poner de rodillas en posición dolorosa, tirar de las orejas y otros castigos semejantes se deben absolutamente evitar, porque están prohibidos por las leyes civiles, irritan mucho a los alumnos y rebajan al educador.*

5) Dé a conocer bien el director las reglas y premios y castigos establecidos por las normas disciplinarias, a fin de que el alumno no pueda disculparse diciendo: «No sabía que estuviera esto mandado o prohibido».

Si se practica en nuestras casas el sistema preventivo, estoy seguro de que se obtendrán maravillosos resultados sin necesidad de acudir al palo ni a otros castigos violentos. *Hace cerca de cuarenta años que trato con la juventud, y no recuerdo haber impuesto castigos de ninguna clase,* y, con la yuda de Dios, he conseguido no sólo el que los alumnos cumplieran con su deber, sino que hicieran sencillamente lo que yo deseaba; y esto de aquellos mismos que no daban apenas esperanzas de feliz éxito.

Juan Bosco, Pbro.

5. *EL REGLAMENTO PARA LAS CASAS*

Los diversos reglamentos

Se conservan distintos reglamentos escritos o al menos inspirados por don Bosco. Estos reglamentos se pueden clasificar en dos grupos:

1) Los del primer grupo tienen un carácter más bien organizativo y disciplinar. Entre ellos destacan el *Reglamento del Oratorio de San Francisco de Sales para externos* y el *Reglamento para las casas de la Sociedad de San Francisco de Sales.*

El primero, como dice el título, está destinado a los externos que acudían al Oratorio festivo, y está inspirado en los reglamentos de muchos oratorios que existían en aquella época por el norte de Italia, sobre todo en el Piamonte y Lombardía. La mayor parte de ellos tienen una fuente común: un reglamento escrito por San Carlos Borromeo.

El segundo, elaborado pensando en los internos de los colegios salesianos, fue redactado por el mismo don Bosco con la ayuda de sus colaboradores, después de mucha experiencia educativa.

2) El otro grupo está constituido por los reglamentos de las compañías o asociaciones piadosas que se fueron fundando en el Oratorio y en los colegios. Suelen ser muy breves, tienen la estructura de unos estatutos y fueron alguna vez obra de los mismos jóvenes con la ayuda del santo (cf. *Savio* c.17).

Por creer que expresa más propiamente su pensamiento pedagógico, se ha elegido para esta edición uno de los reglamentos de la primera serie, el *Reglamento de las casas.*

El porqué de un reglamento

Después de leer las páginas del opúsculo sobre el sistema preventivo, puede parecer extraño que don Bosco pensara en redactar reglamentos. Si han de dominar la religión, la razón y la amabilidad, cualquier reglamento podría parecer fuera de sitio.

Sin embargo, la historia nos dice que no fue así. Desde un principio don Bosco se preocupó de reglamentar, incluso detalladamente, la actividad tanto del Oratorio como del colegio anejo, y de determinar minuciosamente las funciones de los

distintos órganos de gobierno y, en general, de cuantas personas intervenían de alguna manera en la educación de los muchachos.

Es más, a pesar de la importancia que daba a los aspectos preventivos de la educación, a pesar de la insistencia en que la paciencia, la diligencia y mucha oración eran indispensables para cualquier educador, hizo unos reglamentos muy detallados y no toleraba la inobservancia repetida de ciertos artículos: «Estas son cosas que don Bosco no puede tolerar, porque en casa la disciplina lo es todo...» (MB 8,77).

¿Cómo explicar esta aparente contradicción? Don Bosco era un hombre exigente consigo mismo, tanto por la educación austera que le había infundido su madre como por la que había recibido en el seminario y en el colegio eclesiástico con don Guala, y principalmente con don Cafasso.

Al presentar el documento anterior hemos visto cómo influyeron en su educación las ideas de Port-Royal. Además, en el seminario de Chieri existía un influjo de los seminarios franceses de tipo disciplinarista, al estilo de San Sulpicio y del cardenal Berulle. Todo esto influyó decisivamente en su estructura mental, en la configuración de su actividad educativa.

Esto no excluye que el recuerdo negativo que de pequeño había recibido de la manera cómo los sacerdotes trataban a los niños, unido a las orientaciones más humanas de la educación que iban apareciendo en los tratados y manuales de su tiempo que él leyó, hicieran que su estructura disciplinaria se viera afectada y resultara corregida por la racionalidad y la amabilidad más profundas.

Por eso quería que sus hijos fuesen hombres muy rectos, muy observantes de la puntualidad en sus deberes, muy exactos en el cumplimiento diario de sus obligaciones, para que así pudiesen formar hombres capaces de enfrentarse con la vida con auténtico espíritu de disciplina.

Pero hay otra razón. En el opúsculo sobre el sistema preventivo dice: El sistema preventivo «consiste en dar a conocer las prescripciones y reglamentos de un instituto y vigilar después...»

Para don Bosco, prevenir es hacer que los alumnos conozcan bien sus obligaciones y darles después facilidades con amabilidad para que las cumplan. Por eso creó unos reglamentos muy claros y detallados. Y por eso mismo, a partir de 1877 hasta 1950, se leían cada curso en público para que todos supieran a qué atenerse. La lectura del reglamento era un

acto solemne de la vida de colegio, unido a la apertura oficial del curso.

El «Reglamento de las casas»

Este *Reglamento de las casas* o internados es el que don Bosco ha trabajado más. P. Braido *(Scritti* p.357) dice que desde los primeros años del internado fue pensando en él. A lo largo de los año fue completándolo y haciéndolo cada vez más diáfano, hasta llegar a un trabajo muy minucioso en los meses que precedieron a su primera edición.

Lo presentó en la tercera conferencia al primer Capítulo general de la Congregación salesiana, en septiembre de 1877. Antes lo había hecho revisar por los directores de todos los colegios, y después por don Barberis y don Rúa *(Epistolario* 3,104 y 160). Fue leído públicamente los días 5 y 6 de noviembre en presencia de todos los superiores (MB 13,25s).

Se hizo una segunda edición de 1899, muerto ya don Bosco. Las modificaciones posteriores corresponden a los capítulos generales de 1906 y 1920, y conservan el núcleo central de 1877.

Nuestra edición

Traducimos la edición de P. Braido *(Scritti* p.400-457). El texto empieza con los *artículos generales,* que a veces se han impreso como apéndice del opúsculo sobre el sistema preventivo.

No se ha traducido la *primera parte, Reglamento particular,* a excepción del capítulo XVI sobre el teatro, tema totalmente nuevo en la pedagogía de su tiempo y muy propio de don Bosco. Los demás capítulos tratan de los distintos cargos, son minuciosos y prolijos y nos parecen de menor originalidad pedagógica.

Hemos reproducido por entero la *segunda parte,* que se refiere al conjunto de la actividad de la casa. Es más original y rica desde el punto de vista educativo. Todos los capítulos, a excepción del segundo, que trata de la admisión, son orientaciones dirigidas a los jóvenes. Al lado de una serie de normas disciplinares, aparecen otras muchas referentes a actitudes profundas, urbanidad y buena educación, que expresan claramente el espíritu que don Bosco quería infundir en sus jóvenes,

REGLAMENTO PARA LAS CASAS DE LA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES. Turín, 1877 *

(BRAIDO, P., *Scritti* p.400-457)

Artículos generales

1) Todos los que desempeñan un cargo o asisten a los jóvenes que nos confía la divina providencia están autorizados para dar avisos o consejos a cualquier joven de la casa, siempre que haya razón para ello, y de un modo particular cuando se trate de *impedir la ofensa de Dios.*

2) *Procure cada uno hacerse amar si quiere hacerse temer.* Conseguirá este gran fin si con las palabras, y *más aún con los hechos,* demuestra que todos sus afanes van exclusivamente encaminados al bien espiritual y material de sus alumnos.

3) *En la asistencia, pocas palabras y muchos hechos,* y dése a los alumnos facilidad para expresar libremente sus pensamientos; pero estése atento para rectificar y también corregir las expresiones, las palabras y las acciones no conformes con la educación cristiana.

4) Los jovencitos suelen manifestar uno de estos diversos caracteres: *índole buena, ordinaria, difícil y mala.* Es estricta obligación nuestra el estudiar los medios conducentes a conciliar estos caracteres diversos para hacer bien a todos, sin que los unos puedan perjudicar a los otros.

5) Para los dotados por la naturaleza de buena índole, basta la vigilancia general, explicándoles las reglas disciplinarias y recomendando su observancia.

6) El grupo más numeroso es el de aquellos que tienen carácter ordinario, algo voluble e indiferente. Estos necesitan breves pero frecuentes recomendaciones, avisos y consejos. *Es menester estimularlos al trabajo, aun con pequeños premios,* y demostrando tener mucha confianza en ellos, sin dejar por ello de vigilarlos.

7) Mas los esfuerzos y solicitudes debe dirigirlos el educador, de modo especial, a los del último grupo: al de los dis-

* Traduio Manuel Díaz. S. D. B.

cípulos difíciles y aun díscolos. El número de éstos puede calcularse en uno por cada quince. Trabaje cada superior para conocerlos; infórmese de su conducta anterior; muéstrese amigo de ellos; *déjeles hablar mucho y hable poco él,* y sean sus conversaciones ejemplos cortitos, máximas, episodios y cosas semejantes. *Pero no los pierda jamás de vista, sin dar a conocer por esto que se desconfía de ellos.*

8) Los maestros y los asistentes observen inmediatamente, al encargarse de ellos, si falta alguno, y dado caso que falte, llámenle en seguida con el pretexto de que tienen que decirle o recomendarle algo.

9) Cuando hubiera que hacerles algún reproche, avisarlos o corregirlos, no se haga jamás en presencia de sus compañeros. Puede, con todo, aprovecharse de hechos o episodios sucedidos a otros para sacar de ellos alabanza o desaprobación que recaiga sobre aquellos de quienes hablamos.

10) Estos son los artículos preliminares de nuestro reglamento. Pero *a todos les es indispensable la paciencia, la diligencia y mucha oración, sin las cuales yo juzgo inútil todo buen reglamento.*

PRIMERA PARTE: *Reglamento particular*

[Puede verse en la obra de BRAIDO citada al describir *nuestra edición* del presente documento. He aquí el índice y el número de artículos de cada capítulo:

1. El director: 3.
2. El prefecto: 24.
3. El catequista: 22.
4. El catequista de artesanos: 8 (+ 8 sobre el sacristán).
5. El consejero escolástico: 12.
6. Los maestros de escuela: 14.
7. El maestro de taller: 8.
8. Asistentes de clase y estudio: 9.
9. El asistente de los talleres: 12.
10. Asistentes y jefes de dormitorio: 7.
11. Despensero: 5. Y recaderos: 4.
12. Los coadjutores: 8.
13. El cocinero y los ayudantes de la cocina: 9.
14. Los camareros: 10.
15. El portero: 13.

16. *El teatro:* 24. Damos entero este capítulo tan característico.
17. Reglamento para la enfermería: 14.]

CAPITULO XVI

El teatro

El teatro, hecho de acuerdo con las reglas de la moral cristiana, puede ser muy provechoso para los jóvenes, siempre que no tienda a otra cosa que a alegrar a la juventud y a educarla o instruirla en lo moral en cuanto sea posible. Para poder obtener este fin es necesario:

1) Que el argumento sea apropiado.

2) Que se excluya cuanto pueda engendrar malas costumbres.

Argumento apropiado

1) El argumento debe ser apropiado para los espectadores, es decir, debe servir de instrucción y diversión a los alumnos, sin tener en cuenta el público de fuera que pueda asistir a la representación. Los invitados y amigos que tal vez acudan, quedarán satisfechos y contentos si ven que la obra resulta útil a los colegiales y que es proporcionada a su inteligencia.

Según esto, deben excluirse las tragedias, dramas, comedias y también sainetes, en que se represente vivamente un carácter cruel, vengativo o inmoral, aunque en el desarrollo de la acción se tenga como mira corregirlo y enmendarlo.

2) Recuérdese que los jovencitos reciben en sus corazones las impresiones de las cosas vivamente representadas, y difícilmente se logra hacérselas olvidar con razones o con hechos opuestos. *Elimínense del teatro los duelos, los disparos de fusil o de pistola, las amenazas violentas y los actos crueles.* No se nombre jamás el nombre de Dios como no sea a manera de oración o de enseñanza, y menos aún se profieran blasfemias o imprecaciones con objeto de hacer después la corrección. Evítense también aquellas palabras que, dichas en otro lugar, serían consideradas como groseras o demasiado vulgares.

3) Predomine la declamación de trozos selectos de bue-

nos autores: poesía, prosa, fábulas, historia y cosas graciosas, todo lo ridículas que se quiera, con tal que no sean inmorales, y haya también música vocal e instrumental; las partes obligadas y solos, *duettos,* tercetos, cuartetos, coros... elíjanse de modo que puedan recrear y promover, al mismo tiempo, la educación y las buenas costumbres.

Cosas que hay que excluir

Entre las cosas que hay que excluir están los trajes enteramente teatrales.

1) El vestuario limítese a la transformación de los propios vestidos y a los que ya hay en las respectivas casas o que han sido regalados por alguno. Los trajes demasiado elegantes halagan el amor propio de los actores e incitan a los jovencitos a ir a los teatros públicos para satisfacer su curiosidad.

2) Otra fuente de desorden son las bebidas, los dulces, los comestibles, desayunos y meriendas, que a veces se dan a los actores o a los tramoyistas.

3) La experiencia demuestra que estas excepciones engendran vanagloria y soberbia en quienes las reciben, y envidia y humillación en los compañeros que no participan de ellas. A estos motivos hay que añadir otros más graves; por lo cual se cree oportuno establecer que los actores no sean objeto de consideraciones especiales y que en la mesa y en lo demás se les trate como a todos. Deben estar contentos con tomar parte en la diversión común como actores o como espectadores. El tener ocasión de aprender a cantar, tocar algún instrumento, practicar la declamación y cosas semejantes debe considerarse ya como suficiente premio. Si, por otra parte, alguno mereciere algún premio especial, los superiores tienen muchos medios para remunerarle debidamente.

4) Así, pues, la elección del repertorio, la moderación en el vestuario y la exclusión de las cosas arriba mencionadas son la garantía de la moralidad del teatro.

5) Los directores, por lo que a ellos toca, vigilen atentamente para que se cumplan las reglas establecidas aparte para el teatro; y recuerden que éste debe servir de distracción y de educación para los jóvenes que la divina providencia envía a nuestras casas.

6) Se invita, por lo tanto, a todos los directores y demás superiores a que envíen al inspector [= al padre provincial]

las obras dramáticas que puedan representarse según las normas arriba indicadas. El inspector coleccionará las obras ya conocidas, examinará las nuevas que le envíen y, si las encuentra aptas, las conservará, efectuando en ellas las debidas correcciones.

Deberes del encargado del teatro

1) Haya un jefe o encargado de teatro, que vez por vez informe al director de la casa de lo que se refiere a representaciones y a fijación de fechas; y que se ponga de acuerdo con él, tanto en la elección de obras como sobre qué jóvenes han de salir en ellas.

2) Escoja a los actores entre los jóvenes de mejor conducta, los cuales, para común estímulo, de cuando en cuando serán sustituidos por otros compañeros.

3) Los que ya son cantores o tocan en la banda de música no salgan en las representaciones teatrales; pero podrán declamar alguna poesía o cosas semejantes en los entreactos.

4) En cuanto sea posible, no se emplee como actores a los jefes de taller.

5) Procure que las obras sean amenas y aptas para recrear y divertir, pero siempre instructivas, morales y breves. Las obras demasiado largas, además de complicar más los ensayos, generalmente cansan al auditorio, echan a perder el mérito de la representación e incluso ocasionan fastidio.

6) Asista siempre a los ensayos, y los que se tengan por la noche no duren más allá de las diez. No permita que asistan a los ensayos quienes no intervengan en la representación. Acabado el ensayo, vigile para que,en silencio, cada uno vaya a dormir sin entretenerse con charlas, generalmente nocivas y que molestan a los que ya están durmiendo.

7) El encargado haga preparar el escenario un día antes de la representación, a fin de que no haya que trabajar en día festivo.

8) Sea exigente en adoptar un vestuario decente.

9) Para toda representación póngase de acuerdo con el maestro de canto y de banda sobre las piezas de música a ejecutar.

10) No permita a nadie, sin justo motivo, la entrada en el escenario, y menos aún en el camerino de los actores; vigile para que éstos, durante la representación, no se entreten-

gan acá y allá en coloquios particulares. Vele también para que se observe la mayor decencia posible.

11) Determine la hora de la función de manera que no perturbe el horario acostumbrado. Si ocurriese tener que cambiarlo, hable primeramente con el director de la casa.

12) Al preparar y desarmar el escenario, evite en cuanto sea posible roturas y desperfectos en vestuario y objetos de teatro.

13) No pudiendo el encargado desempeñar por sí solo todo lo prescrito en este reglamento, se le dará un ayudante: el apuntador.

14) Recomiende a los actores un tono de voz no afectado, pronunciación clara, gesto desenvuelto, decidido; esto se obtendrá fácilmente si se estudian bien los papeles.

15) Recuérdese que lo bello y peculiar de nuestras representaciones teatrales consiste en los entreactos cortos y en la declamación de composiciones preparadas o sacadas de buenos autores.

NB. En caso de necesidad, el director de escena podría encargar a un maestro, entre los estudiantes, y a un asistente, entre los artesanos, de ejercitar a sus alumnos con el estudio y declamación de alguna farsa o pequeño drama.

SEGUNDA PARTE: *Reglamento para las casas de la Congregación de San Francisco de Sales*

CAPITULO I

Fin de las casas de la Congregación de San Francisco de Sales

Fin general de las casas de la Congregación es socorrer y hacer el bien al prójimo, especialmente mediante la educación de la juventud, educándola en los años más peligrosos, instruyéndola en las ciencias y en las artes, y encaminándola a la práctica de la religión y de la virtud.

La Congregación no se cierra a ningún coto de personas, pero prefiere ocuparse de la clase media y pobre, por ser quienes más necesitan ayuda y asistencia.

Entre los jóvenes de las ciudades y pueblos, no pocos niños se encuentran en tal situación que se hace inútil todo medio moral sin alguna ayuda material. Algunos, ya avanzados en

los años, huérfanos o carentes de asistencia, porque los padres no pueden o no quieren cuidarse de ellos, sin profesión y sin instrucción, están expuestos a los peligros de un triste porvenir a no ser que encuentren quien los acoja, los encamine al trabajo, al orden y a la religión.

Para estos jóvenes, la Congregación de San Francisco de Sales abre residencias, oratorios y escuelas, especialmente en los centros más poblados, donde la necesidad suele ser mayor.

Como, por otra parte, no es posible recibir a todos los que se presentan, es preciso establecer algunas normas que sirvan para limitar la admisión a aquellos cuyas circunstancias aconsejan que se les prefiera.

CAPITULO II

La admisión

1) Todo colegio tendrá un programa o un prospecto, en el cual figurarán las condiciones de admisión según la clase de personas a que se destine; y para admitir a los jóvenes en un colegio habrá que comprobar que se cumplen en ellos tales condiciones.

2) A todos se les exigirán certificados de nacimiento, de vacunación o de haber pasado la viruela, y del estado de salud. La falta del certificado médico podrá suplirla la visita de un doctor. Se tendrá especial cuidado en no admitir entre jóvenes sanos y bien dispuestos a quienes estuvieran afectados por males repugnantes, contagiosos o por enfermedades que los hagan ineptos para el trabajo y para las obligaciones y costumbres del colegio.

3) También se procurará no admitir jóvenes u otros individuos que, por su mala conducta y máximas perversas, pudieran ser piedra de escándalo para los propios compañeros; por eso se exigirá a todos un certificado de conducta del propio párroco, y por regla general no se admitirán en nuestras casas de educación a alumnos que hubieran sido expulsados de otros colegios.

4) Si se trata de una admisión gratuita, se exigirá un certificado que demuestre que son huérfanos de padre y madre; pobres y abandonados. Si tienen hermanos, tíos u otros parientes que pueden cuidarse de ellos, están fuera de nuestro fin. Si el postulante posee alguna cosa, la traerá consigo a la casa

y será gastada en beneficio suyo, porque no es justo que disfrute de la caridad ajena quien tiene algo propio.

5) En nuestras casas de beneficencia serán aceptados preferentemente los que frecuentan nuestros oratorios festivos, porque es de la máxima importancia conocer algo la índole de los jovencitos antes de aceptarlos definitivamente en nuestras casas. *Todo joven aceptado en ellas deberá considerar a sus compañeros como hermanos, y a los superiores como a quienes hacen las veces de sus padres.*

6) En cuanto a las personas destinadas a los trabajos de la casa, además de los certificados arriba indicados, se les exigirá una declaración de adaptarse a los reglamentos y a las órdenes de los superiores en las ocupaciones y lugares que se les asignen. Por regla general, se tendrá en cuenta que tales personas no sean demasiado jóvenes.

7) Generalmente hablando, los jóvenes aceptados gratuitamente serán destinados a un oficio. Pero, dado que entre ellos se encuentran algunos a quienes ha dado Dios aptitud especial para el estudio o para una profesión liberal, nuestras casas de beneficencia se ofrecen a ayudar a estos jovencitos, aunque no puedan pagar nada o sólo una módica pensión. De este modo, estos jóvenes podrán hacer fructificar para sí y para el prójimo aquellos dones que Dios creador les ha otorgado en abundancia y no los dejarán hacerse estériles y quizá perjudiciales por falta de medios materiales y de cultura.

8) Convendrá, con todo, cuidar que tales estudios no perturben el reglamento y horario de la casa, al mismo tiempo que estos estudiantes deben proponerse ser modelos de buen ejemplo a sus compañeros, especialmente en las prácticas de piedad.

9) Pero ninguno será admitido a estudiar en las siguientes condiciones: primera, si no ha acabado el grado elemental; segunda, si no está dotado de *eminente piedad, que por regla general deberá ser comprobada por una buena conducta,* observada al menos por cierto tiempo en nuestras casas; tercera, el estudio comprenderá el curso clásico gimnasial, que abarca desde el primer curso de gimnasio a la filosofía, exclusivamente.

10) Los estudiantes estarán obligados a prestar algún servicio en la casa, como, por ejemplo, servir a la mesa, dar catecismo o cosas parecidas.

CAPITULO III

La piedad

1) Acordaos, jóvenes, de que hemos sido creados para amar y servir a Dios nuestro creador, y de que nada nos aprocharían toda la ciencia y todas las riquezas del mundo sin el temor de Dios. De este santo temor depende todo nuestro bien temporal y eterno.

2) A mantenerse en el temor de Dios contribuyen la oración, los santos sacramentos y la palabra de Dios.

3) La oración sea frecuente y fervorosa, y nunca de mala gana o molestando a los compañeros; es mejor no rezar que rezar mal. Lo primero que debéis hacer por la mañana al despertaros es la señal de la cruz y elevar el pensamiento a Dios con alguna oración jaculatoria.

4) *Elegíos un confesor fijo y descubridle todos los secretos de vuestro corazón cada ocho o quince días,* o al menos una vez al mes, como dice el *Catecismo romano;* una vez al mes harán todos el ejercicio de la buena muerte, preparándose a él con alguna plática y otra práctica de piedad.

5) Asistid devotamente a la santa misa, y no os olvidéis de hacer o escuchar cada día un poco de lectura espiritual.

6) Oíd con atención los sermones y demás instrucciones morales. Evitad el dormir, toser o hacer cualquier otro ruido durante los mismos. No salgáis nunca de los sermones sin llevaros alguna máxima que practicar durante vuestras ocupaciones, y dad mucha importancia al estudio de la religión y del catecismo.

7) Entregaos desde jóvenes a la virtud, porque el esperar a darse a Dios en edad avanzada es ponerse en gravísimo peligro de perderse eternamente. *Las virtudes que más adornan a un joven cristiano son: la modestia, la humildad, la obediencia y la caridad.*

8) Tened una devoción especial al Santísimo Sacramento, a la Santísima Virgen, a San Francisco de Sales, a San Luis Gonzaga, a San José, que son los patronos especiales de todas las casas.

9) No abracéis nunca una devoción nueva si no es con permiso de vuestro confesor, y recordad lo que decía San Felipe Neri a sus hijos: *No os carguéis con demasiadas devociones, sino sed perseverantes en las que habéis abrazado.*

CAPITULO IV

Conducta en la iglesia

La Iglesia, queridos hijos, es casa de Dios y lugar de oración.

1) Cada vez que entréis en una iglesia, tomad primero agua bendita; y una vez hecha la señal de la cruz, haced una inclinación al altar, si en él hay solamente la cruz o alguna imagen; doblad la rodilla cuando está el Santísimo Sacramento en el sagrario, y haced genuflexión doble si es que está expuesto. Pero cuidad mucho de no hacer ruido, ni charlar, ni reír. O no ir a la iglesia o estar en ella con el debido respeto. La iglesia es casa de Dios, casa de oración, de devoción y no de conversación o disipación.

2) No os detengáis a la puerta de la iglesia; no os arrodilléis nunca con una sola rodilla, apoyándoos desgarbadamente con el codo sobre la otra; no os sentéis sobre los talones como los perritos, ni os repantinguéis sobre el asiento, arqueando el cuerpo: al andar por la iglesia, no hagáis ruido al pisar, de manera que estorbéis a quien reza recogido. Recordad además que es de mala educación, apenas entrados en la iglesia, entretenerse en mirar a las personas, los objetos y las obras de arte que hay en ella, antes de hacer un acto de adoración a Dios, como también está mal hecho el estar de pie durante la misa, doblando apenas la rodilla en la elevación, como suele suceder en algunos pueblos.

3) Durante las funciones sagradas, absteneos, en lo posible, de bostezar, dormir, volveros de un lugar a otro, charlar y salir de la iglesia. Estos defectos demuestran poco interés por las cosas de Dios, y casi siempre ocasionan molestias y escándalo a los compañeros.

4) Al ir a vuestro sitio, tened cuidado de no mover los bancos o las sillas ni hacerlas crujir moviéndoos a cada momento. No escupáis jamás sobre el suelo, porque tal cosa es de mala educación y pone en peligro de resbalar a quien se arrodillare a vuestro lado.

5) Salid con recogimiento de la iglesia y no os agolpéis nunca a la puerta para salir de los primeros. Esperad a cubriros la cabeza una vez traspuesto el umbral, y guardaos de deteneros y hacer ruido cerca de la iglesia.

6) Al rezar en común no levantéis demasiado la voz, pero

tampoco lo hagáis tan bajo que no se os oiga. Las oraciones recítense pausadamente y sin precipitarse; y que no haya quien se ponga a ir más de prisa de modo que acabe cuando los demás están todavía a la mitad.

7) En el canto del oficio divino, observad las pausas marcadas por el asterisco, y no empecéis el versículo hasta que el coro o la otra parte haya terminado. Cuidad de no desentonar, gritar a todo pulmón, cantar fuera de tono o arrastrar las voces al final de los versículos o de las estrofas.

8) No suceda nunca que abráis la boca solamente para hacer ostentación de vuestra voz; pensad, por el contrario, que con el canto devoto alabáis a Dios y que a vuestra voz hacen eco los ángeles del cielo.

9) Cuando tengáis la suerte de ayudar la santa misa, atended ante todo a cuanto dice San Juan Crisóstomo: «Alrededor del sagrado altar, durante la celebración, asisten los coros de los ángeles con suma devoción y reverencia, de manera que ayudar al sacerdote en tan alto ministerio es oficio más de ángeles que de hombres».

10) Procurad, por lo tanto, conocer exactamente las ceremonias, haciendo bien las inclinaciones y genuflexiones a su debido tiempo. Y decid bien las palabras pronunciándolas con voz clara, distinta y devota.

11) No tengáis nunca las manos en los bolsillos; guardaos de reír con el compañero o mirar atrás; mirad a la balaustrada solamente a su debido tiempo, para ver si hay alguien que desea comulgar.

12) Al ir al altar y al volver, caminad pausadamente; pero procurad que el celebrante no tenga nunca que esperar.

13) Id de buena gana a confesaros y no os detengáis a dar vueltas por los corredores y por los patios durante el tiempo de las confesiones; procurad prepararos bien y estar recogidos.

14) No empujéis a los compañeros para pasar delante de ellos, sino esperad con paciencia vuestro turno, rezando o leyendo algún libro de devoción; pero sobre todo guardaos de hablar, aunque sea en voz baja.

15) En el acto de la confesión estad en la posición más cómoda para el confesor, no obligándolo a estar inclinado o incómodo; no le obliguéis a hacer preguntas al principio, sino vosotros mismos decid en seguida cuánto tiempo hace que no os habéis confesado, si cumplisteis la penitencia y si habéis comulgado; y, a continuación, haced la acusación de vuestros pecados.

16) Al acercaros a comulgar, no os amontonéis para ir más de prisa; sino id pasando poco a poco; el que sea pequeño de estatura que se ponga de pie.

17) Después de la santa comunión dedicad por lo menos un cuarto de hora a la acción de gracias.

18) *A lo largo del día, tomad la hermosa costumbre de hacer alguna visita a Jesús sacramentado. No importa que dure pocos minutos, pero que sea diaria, si es posible.*

CAPITULO V

El trabajo

1) El hombre, mis queridos jóvenes, ha nacido para trabajar. Adán fue puesto en el paraíso para que lo cultivase. El apóstol San Pablo dice que no merece comer quien no quiere trabajar.

2) Por trabajo se entiende el cumplimiento de los deberes del propio estado, ya sea de estudio, ya sea de un arte u oficio.

3) *Mediante el trabajo podéis haceros beneméritos de la sociedad, de la religión, y hacer el bien a vuestra propia alma, especialmente si ofrecéis a Dios vuestras ocupaciones diarias.*

4) Preferid siempre entre vuestras ocupaciones las que están mandadas por vuestros superiores o prescritas por la obediencia, manteniendo el principio de no omitir ninguna obligación vuestra para emprender cosas no mandadas.

5) Si sabéis alguna cosa, dad por ello gloria a Dios, que es el autor de todo bien; pero no os ensoberbezcáis, porque la soberbia es un gusano que roe y hace perder el mérito de todas vuestras obras buenas.

6) Recordad que vuestra edad es la primavera de la vida. Quien no se acostumbra al trabajo en su juventud, generalmente será un holgazán hasta la vejez, con baldón para su patria y los familiares y quizá con irreparable daño de la propia alma.

7) Quien está obligado a trabajar y no trabaja, roba a Dios y a sus superiores. Los ociosos, al fin de la vida, experimentarán grandísimos remordimientos por el tiempo perdido.

8) Comenzad siempre el trabajo, el estudio y la clase con el ofrecimiento y un avemaría; concluid con una acción de gracias. Decid bien estas pequeñas oraciones, para que el Señor

se digne guiar vuestros trabajos y vuestros estudios y podáis lucrar las indulgencias concedidas por los sumos pontífices a quien cumple estas prácticas de piedad.

9) Por la mañana, antes de empezar el trabajo, a mediodía y por la tarde, una vez acabadas vuestras ocupaciones, decid el *ángelus,* añadiéndole al atardecer un sufragio por las almas de los fieles difuntos; decidlo siempre de rodillas, excepto el sábado por la noche y el domingo, en que lo diréis de pie. El *Alégrate, Reina del cielo* se dice en el tiempo pascual, de pie.

CAPITULO VI

Conducta en la clase y en el estudio

1) *Después de la piedad, lo que más hay que recomendar es el estudio.* Por eso, la primera ocupación debe consistir en hacer los deberes escolares mandados y estudiar la lección; solamente una vez acabado esto podréis leer algún buen libro o hacer otra cosa.

2) Cuidad mucho los libros, cuadernos y cuanto os pertenece; procurad no echar borrones sobre ellos ni estropearlos de cualquier otra manera. No toméis nunca ni libros, ni papel ni cuadernos de otros. Si algo necesitáis, pedidlo por favor al compañero de al lado. No tiréis papeles bajo los pupitres y los bancos.

3) En la clase poneos de pie a la llegada del profesor o maestro; o, si tarda en llegar, no hagáis ruido, sino esperadlo sentados en silencio, repitiendo la lección o leyendo algún buen libro.

4) Procurad no llegar nunca demasiado tarde a clase. En el estudio y en la clase quitaos la gorra, y también el abrigo y la bufanda si los lleváis.

5) Si tenéis que faltar a la clase o al estudio por cualquier motivo, avisad antes al maestro; y si no podéis cumplirlo personalmente, hacedlo al menos por medio de un compañero. Al regresar de nuevo a la clase, antes de ir a vuestro sitio, dad razón de vuestra ausencia al maestro.

6) Durante la explicación, evitad la fea costumbre de cuchichear, trazar figuras sobre el libro, fabricar bolitas de papel, hacer cortes en el banco, dar muestras exageradas de admiración por las cosas oídas y, peor aún, demostrar disgusto o fastidio por la misma explicación.

7) No interrumpáis nunca la explicación con preguntas importunas y, si se os pregunta, poneos de pie en seguida, y responded sin precipitación y sin hacer esperar.

8) Sorprendidos en alguna falta, no respondáis nunca arrogantemente por muchas razones que tengáis; mostraos humillados, sí, pero contentos de haber sido avisados. No seáis nunca de aquellos que se rebelan, echan por tierra los libros y ponen la cabeza sobre el banco; actos todos que indican soberbia y mala crianza.

9) No os burléis nunca del que se equivoca o no pronuncia bien las palabras o tartamudea. Es también contra la caridad reírse de los compañeros más atrasados en la clase.

10) Trazar garabatos sobre la pizarra, escribir en ella palabras que pueden ofender o poner en ridículo a alguno, ensuciar las paredes de la clase, los mapas o cualquier otro objeto, verter la tinta o rociar de algún modo con ella el vestido de otro, son cosas que debéis evitar absolutamente.

11) Háganse con gran atención los deberes; las páginas estén bien limpias y no recortadas en las puntas, y siempre con un poco de margen.

12) Respetad a los maestros, tanto a los de vuestra clase como a los de otras. Dad especiales muestras de respeto a los que os enseñaron en años anteriores. *El agradecimiento para con quien os hizo el bien es una de las virtudes que más adornan el corazón de un joven.*

13) El horario del estudio varía según el horario de las clases, pero todos están obligados a enterarse de los cambios.

14) El estudio empieza con el rezo del ofrecimiento y del avemaría, y se concluye con la acción de gracias y otra avemaría.

15) Una vez empezado el estudio, ya no está permitido hablar, pedir o dar algo prestado, a pesar de cualquier necesidad. Evítese también el hacer ruido con el papel, con los libros, con los pies o dejando caer al suelo cualquier cosa. En caso de verdadera necesidad, se hará una señal oportuna al asistente, y se realizará todo con el mínimo trastorno.

16) Nadie se mueva o haga ruido hasta que la campanilla haya dado la señal del fin.

17) En el estudio habrá un asistente, el cual es responsable de la conducta de todos, tanto en la puntualidad en llegar como en la aplicación. En cada banco del estudio haya un decurión y un vicedecurión, que ayuden al asistente.

18) Cada domingo, al atardecer, habrá una conferencia para los estudiantes, en la cual el consejero escolástico o quien

haga sus veces leerá las notas de cada uno, haciendo una reflexión paternal que sirva de estímulo a los alumnos para progresar en el estudio y en la piedad.

19) Quien no acude asiduamente al estudio, o estorbe en él, será avisado de que, si no se corrige, será en seguida destinado a otras ocupaciones o enviado a casa de sus padres.

20) Para contribuir a la exacta ocupación, y también para que en la casa haya un lugar donde cada uno pueda leer y escribir sin ser molestado, en el estudio deberán observar todos y en todo momento riguroso silencio.

21) Quien no tiene temor de Dios, que abandone el estudio, porque trabaja en vano. *La ciencia no entrará en un alma perversa, ni habitará en un cuerpo esclavo del pecado.*

22) La virtud que hay que inculcar de un modo especial a los estudiantes es la humildad. *Un estudiante soberbio es un estúpido ignorante.* El principio de la sabiduría es el temor de Dios. *El principio de todo pecado es la soberbia* (SAN AGUSTÍN).

CAPITULO VII

Conducta en los talleres

1) Por la mañana, terminadas las prácticas de piedad, todo artesano tomará sin alborotar el desayuno, y se trasladará inmediatamente y con orden al respectivo taller, no deteniéndose ni a charlar ni a divertirse; y pondrá empeño en que nada le falte para poder ejecutar su trabajo.

2) El trabajo empezará siempre con el ofrecimiento a Dios y el avemaría. Dada la señal del fin del trabajo, se recitará la acción de gracias con el avemaría. A mediodía y a la tarde se recitará el *ángelus* antes de salir del taller.

3) En cada taller todos los aprendices han de demostrar sumisión y obediencia a los asistentes y a los maestros de taller, como a sus superiores, poniendo gran atención y diligencia en cumplir sus deberes y en aprender el oficio con el cual, más adelante, han de ganarse la vida.

4) Todo alumno esté en su propio taller y no vaya en ningún caso a los otros sin absoluta necesidad; y nunca sin el debido permiso.

5) Ninguno salga del taller sin permiso del asistente. Cuando fuere necesario mandar a alguno a un recado fuera de

casa, el asistente pedirá para ello permiso o al ecónomo o al prefecto.

6) En los talleres está prohibido beber vino, jugar, bromear, pues en ellos se debe estar para trabajar, no para divertirse.

7) Se observará un silencio riguroso, en cuanto lo permita el arte u oficio que se practica.

8) Tenga cada uno cuidado de que no se extravíen ni se estropeen las herramientas del taller.

9) *Piense cada uno que el hombre ha nacido para trabajar, y que solamente quien trabaja con amor y asiduidad tiene paz en el corazón y encuentra llevadero el cansancio.*

10) El catequista, o el asistente, leerán con voz clara estos artículos cada sábado, y se tendrá siempre copia de los mismos en el taller.

CAPITULO VIII

Comportamiento con los superiores

1) *El fundamento de toda virtud en un joven es la obediencia a sus superiores.*

La obediencia engendra y conserva todas las demás virtudes. y, si es necesaria a todos, lo es de un modo particular a la juventud. Si, por lo tanto, queréis adquirir virtudes, comenzad por la obediencia a vuestros superiores, sometiéndoos a ellos sin la mínima resistencia, como lo haríais a Dios.

2) He aquí las palabras de San Pablo sobre la obediencia: *«Obedeced a auienes se os proponen para vuestra guía y dirección, y mostraos sumisos a sus órdenes, porque ellos deben dar cuenta a Dios de vuestras almas. Obedeced no a la fuerza, sino pronta y voluntariamente, a fin de que vuestros superiores puedan cumplir sus deberes con alegría y no entre lágrimas y suspiros».*

3) Convenceos de que vuestros superiores sienten vivamente el grave deber que les obliga a promover, del mejor modo posible, vuestro aprovechamiento; y de que, al avisaros, mandaros y corregiros, no miran más que a vuestro bien.

4) *Obran mal los que no se dejan ver nunca por los superiores; es más, se esconden o escapan cuando éstos se acercan. Recordad el ejemplo de los pollitos. Los que más se acercan a la clueca, generalmente alcanzan de ella algún bocado es-*

pecial. De igual modo, los que acostumbran a acercarse a los superiores reciben siempre algún aviso o consejo particular.

5) Dadles también muestras exteriores de reverencia, que bien se las merecen, saludándoles respetuosamente al encontraros con ellos y manteniéndoos con la cabeza descubierta en su presencia.

6) Vuestra obediencia a cualquier mandato suyo sea pronta, respetuosa y alegre, y no hagáis observaciones para eximiros de lo que ellos os manden. Obedeced, aunque la cosa mandada no sea de vuestro agrado.

7) *Abridles libremente vuestro corazón viendo en ellos a padres que desean ardientemente vuestra felicidad.*

8) Escuchad con reconocimiento sus correcciones y, si fuere necesario, recibid con humildad el castigo de vuestras faltas, sin mostrar odio ni desprecio hacia ellos.

9) Huid de la compañía de aquellos que, mientras los superiores trabajan incansablemente por vosotros, censuran sus disposiciones; es esto señal de la peor de las ingratitudes.

10) Cuando algún superior os pregunte sobre la conducta de algún compañero vuestro, contestad diciendo las cosas tal como vosotros las conocéis, especialmente cuando se trata de prevenir y remediar algún mal. Callar en estas circunstancias acarrearía daño a aquel compañero y ofensa a Dios.

CAPITULO IX

Comportamiento con los compañeros

1) *Respetad a vuestros compañeros como hermanos,* y procurad edificaros los unos a los otros con el buen ejemplo.

2) Amaos todos recíprocamente, como dice el Señor, pero guardaos del escándalo. *Aquel que escandalizare con palabras, conversaciones u obras, no es un amigo, es un asesino del alma.*

3) Si podéis prestaros algún servicio o daros algún buen consejo, hacedlo de buena gana. En el recreo, acoged de buen grado en vuestra conversación a cualquier compañero sin distinción alguna, y ofrecedles gustosamente las pelotas y objetos de vuestros juegos. No habléis nunca de los defectos de vuestros compañeros, a menos que vuestros superiores os pregunten sobre ello. En este caso tened buen cuidado de no exagerar en lo que digáis.

4) Debemos reconocer que de Dios viene todo bien y

todo mal; así, pues, guardaos de burlaros de vuestros compañeros por sus defectos corporales o espirituales. Lo que hoy ridiculizáis en los demás, puede suceder que el día de mañana permita Dios que os suceda a vosotros.

5) La verdadera caridad manda soportar con paciencia los defectos ajenos y perdonar fácilmente cuando alguno os ofende; por lo tanto, no debemos insultar nunca a los demás, especialmente si son inferiores a nosotros.

CAPITULO X

Sobre la modestia

1) Por modestia se entiende un modo decente y ordenado de hablar, tratar y caminar. Esta virtud, queridos jóvenes, es uno de los más bellos adornos de vuestra edad, y debe manifestarse en toda acción y conversación vuestra.

2) El cuerpo y los vestidos deben estar limpios, la cara constantemente serena y alegre, sin mover las espaldas o el cuerpo, con ligereza, de acá para allá, excepto cuando lo exija alguna justa razón.

3) Os recomiendo la modestia en los ojos: son las ventanas a través de las cuales el demonio introduce el pecado en el corazón. El caminar sea moderado, no rápido en exceso, a no ser que la necesidad exija lo contrario; las manos, cuando no están ocupadas, manténganse en posición decente, y durante la noche, en cuanto podáis, tenedlas juntas delante del pecho.

4) No pongáis nunca las manos encima de los demás ni estéis cogidos de las manos durante los recreos, ni paseéis de bracete o con el brazo al cuello del compañero, como lo hace a veces la gente de la calle.

5) En el hablar sed modestos, no empleando nunca expresiones que puedan herir la caridad o la decencia: en vuestro estado, a vuestra edad, es más recomendable un pudoroso silencio que el promover conversaciones que generalmente revelan en vosotros atrevimiento y locuacidad.

6) No critiquéis las acciones ajenas ni os vanagloriéis de vuestras cualidades o de alguna virtud. *Recibid siempre con indiferencia la crítica y la alabanza, humillándoos ante Dios cuando se os hace algún reproche.*

7) Evitad toda acción, movimiento o palabra que tengan algo de grosero; procurad corregir a tiempo los defectos de

temperamento y esforzaos por formar en vosotros una índole apacible y constantemente regulada según los principios de la modestia cristiana.

8) Forma también parte de la modestia la manera de portarse en la mesa, pensando que el alimento se nos da, no como a los animales, solamente para satisfacer el gusto, sino más bien para mantener sano y vigoroso el cuerpo, como instrumento material que hay que emplear para conseguir la felicidad del alma.

9) Antes y después de la comida, haced los acostumbrados actos de religión, y durante la comida procurad alimentar también el espíritu, escuchando en silencio la pequeña lectura que en ella se hace.

10) No está permitido comer o beber más que las cosas que suministra el centro. Los que reciben fruta, comestibles o bebidas de cualquier clase, deberán entregarlos al superior, el cual dispondrá que se empleen con moderación.

11) *Se os recomienda encarecidamente que no estropeéis ni aun una mínima parte de sopa, pan o comida.* No olvidemos el ejemplo del Salvador, que mandó a sus apóstoles que recogieran las migajas de pan, para que no se perdieran. Quien estropeara voluntariamente alguna cosa de comida, será castigado severamente, y debe temer mucho que el Señor lo haga morir de hambre.

CAPITULO XI

Sobre la limpieza

1) Habéis de tener mucho interés por la limpieza. El aseo y el orden exterior son signos de pureza y candor del alma.

2) Huid de la necia ambición de acicalaros y arreglaros el cabello para llamar la atención, pero procurad que vuestros vestidos no estén nunca descosidos ni sucios.

3) Cortaos las uñas a su tiempo y no dejéis que crezcan demasiado largas. Ni llevéis desatados los zapatos; lavaos los pies con frecuencia, especialmente en el verano.

4) No salgáis nunca de la habitación sin dejar hecha la cama y sin limpiar y ordenar los vestidos y demás objetos personales. No pongáis zapatos viejos o cualquier otro estorbo debajo de la cama, sino dejadlos en algún desván o entregadlos a quien corresponda.

5) Acordaos cada mañana de lavaros las manos y la cara, tanto para bien de vuestra salud como para no causar repugnancia a los demás.

6) Llevad limpios los dientes; esto os librará del mal olor de boca que muchas veces tiene su origen en ellos, y de la caries o dolor de muelas que generalmente se suele producir.

7) El peinarse debe ser cosa de todas las mañanas. Para que os lleve menos tiempo y para mantener más fácilmente limpia la cabeza, llevad siempre los cabellos cortos.

8) No llevéis los dedos negros de tinta; y cuando los tengáis sucios por cualquier razón, no os los limpiéis en los vestidos, porque no está bien, ni tampoco limpiéis nunca en ellos la pluma al acabar de escribir.

CAPITULO XII

Comportamiento en la marcha de la casa

1) Por la mañana, al toque de la campanilla, dejad prontamente la cama y proceded a vestiros con toda la decencia posible, y siempre en silencio.

2) No salgáis nunca del dormitorio sin dejar hecha la cama y sin peinaros y limpiar y ordenar la ropa y todas las cosas de vuestro uso personal.

3) A la segunda señal de la campanilla, cada uno irá a su lugar en la capilla, para rezar las oraciones en común y asistir a la santa misa; o bien, a las propias ocupaciones, yendo a misa luego a la hora que se señalare.

4) Durante la celebración de la santa misa se rezan las oraciones y el santo rosario, y al final se hará una breve meditación.

5) Está prohibido mirar y registrar en la mesilla o cajón de los demás. Durante el día nadie vaya al dormitorio sin un permiso especial.

6) Guardaos bien de apropiaros las cosas de los demás, aunque sean de ínfimo valor; y si encontráis alguna cosa, entregadla en seguida a los superiores; el que se dejase engañar haciéndosela suya, será severamente castigado según la proporción del robo.

7) Las cartas e impresos que se reciben o envían, deben entregarse al superior, el cual, si lo juzga conveniente, puede leerlos libremente.

8) Está rigurosamente prohibido tener dinero en propio poder; deberá depositarse todo en manos del prefecto, quien lo administrará según las necesidades del interesado. Está también prohibido severamente hacer ningún contrato de venta, compra o intercambio, y contraer deudas con nadie sin permiso del superior.

9) Está prohibido introducir en casa o en el dormitorio a personas externas. Para hablar con parientes u otras personas, se irá al locutorio común. No os paréis nunca al lado de otros cuando estén conversando en particular. Y no entréis en los talleres o en los dormitorios de los demás, porque esto molesta grandemente a quien entra y a quien trabaja allí. Está también prohibido encerrarse en la habitación, escribir en las paredes, clavar clavos o causar desperfectos de cualquier clase. Quien por propia culpa estropease alguna cosa, está obligado a hacerla reparar a su cargo. Finalmente, está también prohibido detenerse en la habitación del portero y en la cocina, a excepción de los que tienen allí algún cargo.

10) Tened caridad con todos, compadeced los defectos ajenos, no pongáis nunca motes a nadie, ni digáis ni hagáis nunca una cosa que, si os la dijeran o hicieran a vosotros, os pudiera desagradar.

CAPITULO XIII

Comportamiento fuera de casa

1) Recordad, queridos jóvenes, que todo cristiano tiene la obligación de edificar a los demás, y que no hay predicación más eficaz que el buen ejemplo.

2) Fuera de casa, sed reservados en las miradas, en las conversaciones y en todas vuestras acciones. *Nada hay más edificante que el ver a un joven de buena conducta, quien, de paso, deja bien a la comunidad de jóvenes cristianos, bien educados, a que pertenece.*

3) Cuando tengáis que salir de paseo, o ir a clase o a otra parte, o hacer algún encargo fuera del Oratorio, no os detengáis a señalar con el dedo a nadie, ni riáis descomedidamente; mucho menos tiréis piedras u os divirtáis saltando zanjas o canales. Estas cosas indican mala educación.

4) Si os encontráis con personas que ocupan algún cargo público, descubríos la cabeza y cededles la parte más cómoda de

la calle; lo mismo haréis con los religiosos y con todas las personas constituidas en dignidad, sobre todo si vienen al Oratorio o se encontraran en él.

5) Al pasar delante de alguna iglesia o imagen religiosa, descubríos la cabeza en señal de reverencia. Y si os aconteciere pasar cerca de una iglesia en la cual se están celebrando los divinos oficios, haced silencio a la debida distancia para no estorbar a los que se hallan dentro. Al cruzaros con un cortejo fúnebre, descubríos la cabeza, recitando en voz baja una breve oración por el difunto. En caso de una procesión, estad con la cabeza descubierta hasta que acabe de pasar. Cuando os encontréis con el Stmo. Sacramento llevado a los enfermos, adoradlo con las dos rodillas en tierra.

6) Acordaos bien de que, si no os portáis bien en la iglesia, en la escuela, en el trabajo o en la calle, además de tener que dar cuenta de ello al Señor, echáis también una mancha sobre el colegio o casa a que pertenecéis.

7) Si alguna vez un compañero tuviere con vosotros conversaciones reprobables u os propusiera acciones malas, ponedlo en seguida en conocimiento del superior para recibir las necesarias normas y proceder con prudencia y sin ofender a Dios.

8) No habléis nunca mal de vuestros compañeros, de la marcha de la casa, de vuestros superiores y de sus órdenes. Cada uno es plenamente libre de quedarse o de marcharse; demostraría poca personalidad el que se quejase del lugar donde está, cuando es plenamente libre de irse al lugar a donde más le plazca.

9) Cuando se va de paseo, está prohibido pararse en la calle, entrar en tiendas, hacer visitas e ir a divertirse o alejarse de las filas de la forma que sea. Tampoco es lícito aceptar invitaciones a comer, porque nunca se dará permiso para ello.

10) Si queréis hacer un gran bien a vosotros mismos y a la casa, hablad siempre bien de ésta, buscando incluso razones para justificar cuanto hacen o disponen los superiores respecto a la buena marcha de la comunidad.

11) Ya que se exige de vosotros una razonable y espontánea obediencia a todas estas reglas, sus transgresores serán debidamente castigados, y los que las observaren, además de la recompensa que deben esperar del Señor, serán también premiados por los superiores según su perseverancia y diligencia.

CAPITULO XIV

Del paseo

1) El paseo es un ejercicio muy útil para conservar la salud; por eso no rehuséis tomar parte en él cuando las normas lo establecen.

2) Encontraos dispuestos a la hora de la salida y poneos en seguida en orden, sin hacer esperar nunca. Adviértase que no está permitido que los jóvenes de un grupo vayan con los de otro.

3) A cada grupo se le asignará un asistente, quien será responsable de los desórdenes que pudieran producirse.

4) No se deje salir a quienes no tienen el vestido y los zapatos limpios. Váyase a los lugares señalados y obedézcase en todo al asistente.

5) El paseo no sea una carrera ni se haga ninguna parada sin expreso permiso de los superiores. Los paseos ordinarios sean de una hora y media, y no duren nunca más de dos horas. Todos deben guardar la compostura en la persona, la modestia de los ojos y la gravedad en el paseo. El descuido de uno solo podría acarrear vergüenza a todo el grupo.

6) La falta que será tenida en cuenta será la de abandonar las filas. El asistente no puede dar este permiso. Quien hace compras o va a los cafés o a las tabernas merece la expulsión de la casa.

Avisos

1) Los asistentes del paseo aténganse puntualmente a los horarios de salida y de regreso.

2) No admitan, en el grupo que se les confía, a nadie que pertenezca a otro grupo.

3) Preocúpense de que los jóvenes vayan limpios en su persona y en los vestidos.

4) No conduzcan nunca a los jóvenes por dentro de la ciudad o a visitar museos, galerías, jardines, edificios, etc., sin permiso especial.

5) No permitan nunca que alguno se detenga en el camino o se aleje del asistente por ningún motivo.

6) En el caso de que alguno cometiere alguna falta, avise en seguida al director de estudios o al prefecto.

7) Piensen, finalmente, los asistentes que es grande la responsabilidad que tienen respecto a los jóvenes, ante Dios y ante los superiores.

CAPITULO XV

Comportamiento en el teatro

1) Para vuestra distracción y agradable instrucción se os conceden representaciones teatrales, pero éstas, que están destinadas a cultivar el corazón, no han de ser nunca causa de la mínima ofensa al Señor.

2) Tomad parte en ellas con alegría y agradecimiento a vuestros superiores, que os las permiten; no deis nunca señales de desaprobación cuando hubiere que esperar o sucediere algo que no sea de vuestro completo agrado.

3) El dirigirse al teatro precipitadamente, incluso con peligro de hacer daño a los compañeros, el pretender pasar delante de los demás y colocarse en el mejor sitio y no en el que a uno le ha sido señalado, el tener cubierta la cabeza durante la representación, el querer estar de pie impidiendo la vista a los demás y, con mayor razón, el gritar fuerte y el silbar del modo que sea o dar otras señales de desagrado, son cosas que hay que evitar absolutamente.

4) Apenas se levante el telón, haced inmediatamente silencio y, si no podéis ver suficientemente bien, no os obstinéis en poneros de pie molestando a los demás. Si alguno se pone de pie delante de vosotros, no le gritéis ni tratéis mal, sino avisadle de buenas maneras, y si no se da por avisado, calmaos vosotros y sufridlo con paciencia.

5) Guardaos de despreciar a quien se equivoca o no actúa bien; no deis nunca voces de desaprobación e, incluso fuera, no se lo echéis en cara de ninguna manera. Al bajar el telón, aplaudid siempre, aunque quizá no todo hubiera salido con la perfección que uno esperaba.

6) Al salir del teatro, no os aglomeréis a la puerta, sino salid en el orden que se ha señalado y cubríos bien, porque el aire del exterior es ordinariamente frío y puede hacer daño a la salud.

CAPITULO XVI

Cosas rigurosamente prohibidas en la casa

1) Estando prohibido tener dinero en casa, está igualmente prohibido cualquier clase de diversión en que se juegue dinero.

2) Está también prohibido todo juego en el que haya peligro de hacerse daño o pueda suceder algo contra la modestia.

3) El fumar o masticar tabaco está siempre prohibido bajo cualquier pretexto. El tomar rapé está permitido en los límites que establezca el superior por consejo del médico.

4) No se autorizará nunca salir con los parientes y amigos a comer o a proveerse de ropa. En caso de necesidad, pueden tomarse las medidas para comprarla hecha, o mandar que se hagan en el taller de la casa.

Tres males que deben evitarse con el máximo cuidado

Aunque cada uno debe evitar cualquier clase de pecado, con todo hay tres males que se han de evitar de modo particular porque son los más funestos para la juventud. Son éstos: 1.°, la blasfemia y el nombrar el santo nombre de Dios en vano; 2.°, la impureza; 3.°, el robo.

Creedme, hijos míos: uno solo de estos pecados es bastante para atraer las maldiciones del cielo sobre la casa. Por el contrario, teniendo alejados estos males, tenemos los más fundados motivos para esperar las bendiciones celestiales sobre nosotros y sobre nuestra comunidad entera.

Que Dios bendiga a quien observare estas reglas. Cada domingo por la tarde o cualquier otro día de la semana, el prefecto, o quien haga sus veces, leerá algún artículo de este reglamento, haciendo una breve y oportuna reflexión moral.

6. *CARTA-CIRCULAR SOBRE LOS CASTIGOS*

Todo un documento, traspapelado

Un trabajo poco conocido, no obstante su gran interés, es la carta de don Bosco sobre los castigos, fechada en la fiesta de San Francisco de Sales de 1883.

Fue totalmente ignorada hasta por la misma tradición salesiana; en 1935, E. Ceria, mientras preparaba el volumen 16 de las MB, encontró afortunadamente una copia en el archivo. Estaba escrita de puño y letra por don Rúa, incluso la firma «Sac. Giovanni Bosco».

Parece ser que ni siquiera llegó a sus destinatarios, los directores de las casas salesianas, quizás a causa del título poco atrayente, que, por cierto, no refleja el contenido, ya que más bien apuntaba a la corrección amorosa que a los castigos. Don Bosco era poco amigo de castigos. En unas *buenas noches* de agosto de 1863 lo dice con franqueza a los jóvenes: «Os lo digo claramente: aborrezco los castigos, no me gusta dar un aviso amenazando con penas a los que faltan; no es éste mi sistema» (MB 7,503).

Por esto algunos piensan que, dada la mentalidad de don Bosco, sus colaboradores metieron el documento en el archivo sin darse cuenta de la riqueza de matices que ofrecía a propósito de la corrección (P. BRAIDO, *Il sistema preventivo* p.179 nota 76).

El porqué del documento

Así lo introduce don Ceria en el *Epistolario* (4,201): «Antes de alejarse largo tiempo del Oratorio y de Italia, don Bosco dejó a don Rúa el encargo de entregar o enviar a los directores una larga carta suya sobre un punto de capital importancia en la aplicación del sistema preventivo. De intención la fechó en la fiesta de San Francisco de Sales, no sólo por ser la vigilia de su partida, sino, sobre todo, porque el argumento se refería a un tema que interpretaba el espíritu de SFS en uno de los deberes más delicados de la tarea del educador.

«Don Rúa había hecho preparar un número suficiente de copias, pero poco a poco el texto de la exhortación cayó en el

olvido. Una única copia, encontrada casualmente en 1935, nos restituyó el documento; otras tres fueron descubiertas más tarde en 1954, realizadas con gran cuidado; pero hasta la fecha no se ha podido encontrar el autógrafo, aunque hay esperanzas de dar con él. Mientras tanto, alguna copia con rasgos caligráficos de don Berto, secretario particular del santo, es prueba de que nos hallamos ante un documento original del santo pedagogo, y lo confirman, por otra parte, el contenido, el estilo y todo el planteamiento».

Valoración

Todas sus páginas subrayan en forma reiterativa la *amorevolezza,* expresión típica, verdadero tecnicismo en su léxico pedagógico, sin traducción satisfactoria al castellano. Significa a la vez: amabilidad, cariño, afecto familiar de padre y hermano mayor.

Se exhorta constantemente al educador a identificarse con la actitud paterna. Es curioso constatar cómo el tema anunciado por el título, los castigos, sólo se desarrolla en el último apartado y en forma no muy lucida, si se compara con la gran riqueza de matices sugeridos al educador. El autor, que se propuso el tema de la represión, se mantiene en tesitura de sistema preventivo en medio de la variada y difícil casuística que insinúa.

La reflexión avanza serena, cálida y majestuosa, esmaltada con alusiones bíblicas, rehuyendo análisis artificiales, por más que pudieran catalogarse en el escrito hasta diez grados de corrección. Al fin son las expresiones de un patriarca que trata de suavizar, como con ungüento, el corazón del lector.

Se notan influencias de Fenelón *(La educación de las niñas.* Trad. italiana: Florencia 1866), quizás recibidas a través de Rayneri o de Rollin (cf. E. VALENTINI, en la bibliografía conclusiva). Muchas de las ideas de don Bosco sobre la *amorevolezza* parecen concordar muy bien con Fenelón.

Apostillas

Dos años y medio después, el 6 de agosto de 1885, don Bosco escribía a don Cagliero *(Epistolario* 4,328): «Estoy preparando una carta a don Costamagna, y para tu norma te comunico que trataré en particular del Espíritu Salesiano [con

mayúsculas en el original] que queremos introducir en las casas de América: caridad, paciencia, dulzura, nunca reproches humillantes, nunca castigos; hacer bien a cuantos más se pueda, a nadie hacer mal».

La carta anunciada fue escrita cuatro días más tarde (*Epistolario* 4,332). En ella don Bosco dice que, con ocasión de los ejercicios espirituales, «quisiera dar a todos unas conferencia sobre el Espíritu Salesiano que debe animar nuestras acciones y todas nuestras palabras. El sistema preventivo sea siempre nuestra característica: nunca castigos penales, nunca palabras humillantes, evitar reproches severos en presencia de otros. En las aulas resuenen palabras de dulzura, de caridad y de paciencia. Nunca expresiones mordaces, ni bofetones fuertes o ligeros. Usense castigos negativos y siempre de manera que los reprendidos queden más amigos que antes, sin que tengan que alejarse humillados de nuestro lado... Cada salesiano arréglese para ser amigo de todos, no se vengue, sea fácil en perdonar y no vuelva sobre cosas ya perdonadas... La dulzura al hablar, al actuar y al avisar lo gana todo y gana a todos».

Es significativo que el texto elegido para el oficio litúrgico de lecturas en la fiesta del santo (31 de enero) esté formado por fragmentos de esta circular (el final de la introducción y los principios de los apartados primero y tercero).

Traducimos el texto del *Epistolario* (4,201-209), que coincide con el de Braido y de las MB 16,439-447. Como quiera que estuvo en el archivo desde que fue escrito hasta 1935, no se han producido variantes en el original.

Bibliografía

P. Braido, *Il sistema preventivo di don Bosco* (Zürich ²1964), sobre todo p.174-205.
E. Valentini, *Don Bosco y Fenelon:* Salesianum 25 (1963) p.483-488.
Id., *Don Bosco y Rollin:* Rivista di Pedagogia e Scienze Religiose 2 (1964) p.168-197.
P. Stella, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica* II (Zürich 1969) p.466-467.

CARTA-CIRCULAR SOBRE LOS CASTIGOS A INFLIGIR EN LAS CASAS SALESIANAS (Epistolario 4,201-209)

Mis queridos hijos:

A menudo, y de distintas partes, me llegan, ora preguntas, ora fervientes súplicas, con el fin de que me decida a dictar reglas a los directores, a los prefectos y a los maestros que les sirvan de norma en los casos desagradables en que fuera menester imponer algún castigo en nuestras casas. De sobra os dais cuenta de los tiempos en que vivimos, y con qué facilidad la más mínima imprudencia puede acarrearnos gravísimas consecuencias.

En mi afán de secundar vuestros ruegos, y a fin de evitarme y evitaros no pequeños sinsabores, y sobre todo para hacer el mayor bien posible a los jovencitos que la divina providencia quiso confiar a nuestros cuidados, os dirijo estos consejos y estos preceptos, que, si los practicáis, como espero, os ayudarán eficazmente en la santa y ardua tarea de educar religiosa, moral e intelectualmente.

En general, el sistema que nosotros hemos de emplear es el llamado *preventivo,* que consiste en *disponer de tal modo el ánimo de los alumnos, que sin violencias se dobleguen a nuestro querer.* Al recordaros, pues, este sistema, pretendo indicaros que no se ha de usar de *medios coercitivos,* sino de persuasión y caridad.

Aunque la humana naturaleza, demasiado inclinada al mal, tenga, a veces, necesidad de ser espoleada con la severidad, paréceme bien proponeros algunos medios, los cuales, con la ayuda de Dios, espero os han de llevar a metas consoladoras. *Ante todo, si queremos presentarnos como amigos del auténtico bien de nuestros alumnos, si queremos obligarles al cumplimiento de sus deberes, no olvidemos nunca que representamos a los padres de esta amada juventud, que fue siempre tierno objeto de mis desvelos y afanes, de mi sacerdotal ministerio y de nuestra Congregación salesiana. Si, pues, habéis de ser verdaderos padres de vuestros alumnos, es preciso que tengáis corazón de padres y jamás uséis* la reprensión y el castigo *sin razón, sin justicia, sino solamente como quien tiene que resignarse a ello por necesidad y para cumplir un doloroso deber.*

Quiero exponeros en este lugar los verdaderos motivos que

podrían induciros a la *reprensión,* cuáles los castigos que en este caso deben adoptarse y quiénes los han de aplicar[1].

1. No castiguéis nunca sino después de haber agotado otros medios

¡Cuántas veces, mis queridos hijos, en mi larga carrera, he tenido que convencerme de esta gran verdad! Es, ciertamente, más fácil irritarse que tener paciencia, amenazar a un niño que tratar de convencerlo; diría que es también más cómodo a nuestra impaciencia y soberbia castigar a los traviesos que corregirlos, soportándolos con benignidad y firmeza.

La caridad que os recomiendo es la misma que usaba San Pablo con los fieles recién convertidos; caridad que a menudo le hacía llorar y orar incesantemente cuando se le mostraban menos dóciles y no correspondían a su celo incansable.

Por consiguiente, recomiendo encarecidamente a todos los educadores que empleen antes que nada la corrección fraterna con sus hijos, haciéndola *en privado,* o, como suele decirse, «in camera caritatis». Jamás se reprenda en público, directamente; a no ser que se trate de impedir el escándalo o de repararlo, si por desgracia se hubiese dado.

Si, hecha la primera amonestación, no se advirtiera ningún provecho, acúdase a otro superior que tenga sobre el culpable influencia; y, en todo caso, recúrrase a nuestro Señor.

Yo querría que la actitud de todo salesiano fuera siempre la de Moisés: actitud de aplacar al Señor, justamente indignado contra Israel, su pueblo. He podido comprobar que raras veces surte buen efecto el castigo dado de improviso y sin haber antes usado de otros medios.

«Nada puede, dice San Gregorio, forzar un corazón, que es como plaza inexpugnable, sin el afecto y la dulzura».

Mantened firmes en buscar el bien e impedir el mal; sed, sin embargo, siempre dulces y prudentes. Sed perseverantes y amables, y veréis cómo Dios os hará dueños hasta de los corazones menos dóciles. Sé muy bien que esta perfección es muy difícil, especialmente a nuestros maestros y asistentes jóvenes... No quieren tratar a los muchachos como sería menester; no hacen más que castigarlos materialmente sin ningún resultado; o lo dejan correr todo, o les golpean sin ton ni son.

Esta es la causa de que el mal se propague, cunda el descontento entre los mejores, y que el que hizo la corrección se

[1] Cf. *Reglamento* de las Casas de la Sociedad de San Francisco de Sales.

incapacite para hacer el bien. Una vez más he de ofreceros como ejemplo mi propia experiencia.

He tropezado a menudo con caracteres tan tercos, tan reacios a toda insinuación buena, que no me daban ninguna esperanza de salvación, y sentía la necesidad de tomar medidas severas con ellos y, he aquí, que sólo por la caridad se doblegaron.

Quizá nos parezca, a veces, que tal muchacho no saca provecho de nuestras correcciones, cuando, a lo mejor, existen en su corazón óptimas disposiciones para secundarnos, y que nosotros daríamos de mano por un mal entendido rigorismo, exigiendo al culpable *grave e inmediata* reparación.

En primer lugar os diré que él tal vez cree no haber desmerecido tanto con aquel yerro, cometido más por ligereza que por malicia; más de una vez, llamados algunos de estos muchachos revoltosos, y tratados dulcemente e interrogados sobre el porqué de su indocilidad, respondieron que se mostraban tales porque la habían tomado con ellos, como suele decirse vulgarmente, o porque se veían perseguidos por este o aquel superior. Informándome, luego, sobre el caso con calma y sin ninguna prevención, hube de convencerme de que la culpa disminuía según se la examinaba, y que, en ocasiones, acababa por desaparecer del todo.

Por cuya causa he de confesar con cierto dolor que en la poca sumisión de estos muchachos tenemos nosotros nuestra parte de culpa. He comprobado repetidas veces que quienes exigían a rajatabla silencio, disciplina, exactitud y obediencia, pronta y ciega, de sus alumnos, eran, en cambio, los que conculcaban los saludables avisos que yo u otro superior les dábamos.

Estoy persuadido de que los maestros que no perdonan lo más mínimo a sus alumnos suelen perdonárselo todo a sí mismos. Por ende, si queremos aprender a mandar, aprendamos antes a obedecer, y busquemos con preferencia ser más bien amados que temidos.

Empero, cuando sea necesaria la *reprensión* y nos veamos obligados a cambiar de proceder, puesto que hay caracteres a los que se precisa domar con el rigor, sepámoslo hacer de tal modo, que no despunte ni el más leve indicio de pasión. Y aquí surge espontánea la segunda recomendación que titulo así:

2. Escoger para corregir el momento oportuno

Cada cosa a su tiempo, dice el Espíritu Santo. Yo os digo que, sobreviniendo una de estas situaciones dolorosas, se precisa gran prudencia en saber escoger el momento en que la reprensión sea saludable. Pues las enfermedades del alma exigen, al menos, parecido tratamiento que las del cuerpo. Y nada hay tan peligroso como una medicina mal aplicada o aplicada a destiempo. Un médico experimentado aguarda a que el enfermo esté en condiciones de tolerar la medicina y, en consecuencia, está a la espera del momento favorable. Momento que nosotros sólo podemos conocer por la experiencia, perfeccionada por la bondad del corazón. *Aguardad, sobre todo, a ser dueños de vosotros mismos. No dejéis transparentar que actuáis por capricho o cólera, pues entonces echaríais por tierra vuestra misma autoridad, y la sanción se tornaría perniciosa.*

Aducen aun los profanos el dicho famoso de Sócrates a uno de sus esclavos del que estaba descontento: «Si no estuviera encolerizado, te golpearía».

Nuestros alumnos, finos observadores, aunque pequeños, se dan cuenta, por ligera que sea la conmoción de nuestro rostro o del tono de voz, si es el celo por nuestro deber o el ardor de la pasión lo que enciende en nosotros aquel fuego, y entonces no es menester más para que se malogre todo el fruto del castigo. Ellos, aunque jóvenes, se dan cuenta perfectamente de que sólo la razón tiene derecho a corregir.

En segundo lugar, no castiguéis a un muchacho en el mismo momento de haber cometido su falta, no sea que, no estando aún dispuesto a confesar su culpa, ni a sofocar la pasión ni a percatarse de la importancia del castigo, se cierre herméticamente con consecuencias a menudo graves. Es necesario darle tiempo para reflexionar, para entrar dentro de sí a calibrar su yerro, y para que sienta la necesidad o la justicia del castigo y, de esta manera, se ponga en disposición de sacar algún provecho.

Siempre me hizo pensar la conducta del Señor para con San Pablo, cuando aún éste *estaba respirando iras y amenazas* contra los cristianos. Y paréceme ver en ella nuestra norma a seguir cuando nos encontremos con corazones reacios a nuestra voluntad. No lo derriba del caballo súbitamente Jesús sino después de largo caminar, después de haberle brindado ocasión de reflexionar acerca de la misión encomendada y lejos de cuantos hubieran podido azuzarle a perseverar en su resolución per-

secutoria contra los cristianos. Y así, allá, a las puertas de Damasco, se le manifiesta con todo su esplendor y autoridad. Fuerte, al par que mansamente, esclarece su razón para que conozca el error. En aquel preciso momento trocóse la índole de Saulo; y, de perseguidor de Cristo, llegó a ser el Apóstol de las gentes y vaso de elección.

Sobre este divino modelo quisiera yo calcar a mis salesianos, para que, con inspirada paciencia e ingeniosa caridad, esperaran, en nombre de Dios, el momento oportuno para corregir a sus alumnos.

3. Evitad todo asomo de pasión

Con dificultad se conserva, al castigar, la calma necesaria para alejar toda sospecha de que no se actúa para reivindicar la propia autoridad o desahogar la pasión. Y cuanto más enojados estamos, tanto menos nos percatamos de ello. El corazón de padre, de que hemos de estar adornados, condena tal proceder. Tengamos por hijos nuestros a aquellos sobre quienes hemos de ejercer algún dominio. Pongámonos a su servicio cual Jesús, que vino a obedecer y no a mandar, y avergoncémonos de cuanto pueda denotar aire dominador en nuestro porte. *No los dobleguemos con nuestra obediencia si no es para prestarles nuestro servicio con mayor placer. Así hacía Jesús: tolerando en sus apóstoles ignorancia, rusticidad y hasta la poca fidelidad; departiendo íntima y familiarmente con los pecadores, hasta el punto de causar estupor en algunos, escándalo en otros y, en los más, la santa esperanza del perdón. Jesús nos intima a que aprendamos de él a ser «mansos y humildes de corazón».*

Luego si son nuestros hijos, sofoquemos todo conato de pasión al reprender sus yerros o, al menos, moderémosla de manera que parezca dominada del todo. Evitad la agitación de ánimo, las miradas despectivas, las palabras injuriosas. Tratemos de suscitar en nosotros, en el momento de la falta, compasión y esperanza para el porvenir. Y entonces sí que seremos auténticos padres y corregiremos verdadera y eficazmente.

En circunstancias más graves es más eficaz una oración al Señor, un acto de humildad ante él, que una tempestad de palabras, las cuales, si por un lado dañan al que las profiere, por otro no reportan ninguna ventaja al que las recibe. Recordemos a nuestro divino Redentor, que perdonó a aquella ciudad que no le quiso albergar dentro de sus muros, a pesar de las reite-

radas insinuaciones de dos de sus apóstoles, que, habida cuenta de la majestad de Dios humillada, la habrían visto reducida a pavesas por justo castigo. El Espíritu Santo nos recomienda esta calma con aquellas sublimes palabras de David: *Airaos, pero no pequéis.*

Si nos lamentamos a menudo de que es estéril nuestra actividad y no cosechamos sino cardos y espinas, creédmelo, amados de mi alma: hemos de atribuirlo al defectuoso sistema de disciplina. No juzgo oportuno traeros aquí detenidamente la lección solemne y práctica que, un día, quiso Dios dar a su profeta Elías. Tenía el profeta algo de común con algunos de nosotros en el ardor por la causa de Dios y en el celo impetuoso por reprimir los escándalos que veía cundir en la casa de Israel.

Los superiores os lo podrán referir por extenso tal como se lee en el libro de los Reyes. Me limito a la última expresión, que hace tanto a nuestro caso, y es: *El Señor no está en la conmoción* (1 Re 19,11), que Santa Teresa interpretaba: *Nada te turbe.*

Nuestro querido y dulce San Francisco de Sales, bien lo sabéis, habíase trazado severa regla de no proferir palabra mientras su corazón estuviese turbado. En efecto, solía decir: «Temo perder en un cuarto de hora la poca dulzura que he procurado acumular durante veinte años gota a gota, como rocío, en el vaso de mi pobre corazón. Una abeja invierte varios meses en fabricar un poco de miel que un hombre se come de un bocado. Y además, ¿de qué sirve hablar a quien no entiende?» Reprendido un día por haber tratado con demasiada benevolencia a un joven culpable de falta grave contra su madre, dijo: *Este jovencito no estaba en condiciones de sacar provecho de mi corrección, porque el mal estado de ánimo le había privado de razón y de juicio. Una corrección agria de nada le hubiera valido; a mí, en cambio, me sería de grave daño y me hubiese sucedido lo que le acaece a los que se ahogan por salvar a otros.*

Estas palabras de nuestro admirable patrono, manso y sabio educador de corazones, he querido subrayároslas para llamar más vivamente vuestra atención, así como también para que podáis más fácilmente grabároslas en la memoria. En ocasiones puede ser muy conveniente hablar con un tercero, en presencia del culpable, acerca de la enorme desgracia de los que carecen de cordura y honor hasta obligar a que se les castigue. Es bueno se suspendan las pruebas de confianza y amistad hasta no ver en el delincuente necesidad de consuelo. Nuestro Señor me consoló repetidas veces con tan sencillo artificio. Resérvese el avergonzar en público como último recur-

so. Servíos a veces de otra persona autorizada que le avise de lo que vosotros no podríais, aunque quisierais: sánelo éste de su vergüenza y lo disponga para tornar sumiso a vuestro lado. Elegid a quien el muchacho pueda abrir, en su pena, más sinceramente el corazón, cosa que tal vez no se atreva a hacer con vosotros por temor de no ser creído o, en su orgullo, por estimarse eximido, ilegítimamente, de hacerlo.

Obren estos medios a modo de los discípulos que Jesús solía mandar delante de él para que le preparasen el camino.

Convénzasele de que no se persigue otro sometimiento que el que es razonable y necesario. Haced se condene a sí mismo, y no quedará más que mitigar la pena por él aceptada.

Réstame haceros una última recomendación, siempre en torno a este grave argumento.

Una vez hayáis conseguido granjearos aquella voluntad inflexible, os encarezco de corazón le brindéis no sólo la esperanza del perdón, sino también que pueda, con su buena conducta, cancelar la mancha que a sí mismo se atribuya por sus culpas.

4. Comportaos de tal modo que el culpable abrigue esperanzas de perdón

Es menester evitar la ansiedad y los temores suscitados por la corrección, y añadir unas palabras de consuelo. En olvidar y hacer que olviden los tristes días de sus yerros consiste el soberano arte del experto educador. No se lee que Jesús haya recordado sus desvaríos a la Magdalena. Asimismo, con suma y paternal bondad hizo confesar y lavarse a Pedro de su debilidad.

El jovencito, igualmente, quiere estar persuadido de que su superior acepta fundadas esperanzas de su enmienda y sentirse otra vez llevado de su mano por el camino de la virtud. Más se consigue con una mirada caritativa y con palabras alentadoras, que ensanchan el corazón, que con una lluvia de reproches que inquietan y reprimen su vitalidad. He presenciado verdaderas conversiones con este sistema en casos que parecían de todo punto insolubles. Sé que algunos de mis hijos predilectos no tienen reparos en manifestar abiertamente que fueron de este modo ganados para la Congregación y, consiguientemente, para Dios.

Todos los jóvenes tienen sus días malos, como los tenéis vosotros; y ¡ay si no tratamos de ayudarles a que los pasen

pronto y sin más contratiempos! A veces, con sólo dar a entender que no lo han hecho con malicia basta para evitar que recaigan en la misma falta. Serán culpables, pero desean no ser tenidos por tales. ¡Afortunados de nosotros si sabemos servirnos de tan excelente medio para modelar esos pobres corazones! Creedlo sinceramente, mis queridos hijos: este arte, que parece tan baladí y contrario a todo éxito, hará fecundo vuestro ministerio y conquistaréis corazones que fueron, o por ventura serían, largo tiempo incapaces no sólo de felices resultados, pero ni siquiera de alguna esperanza.

5. Sobre los castigos que pueden emplearse y a quién compete su empleo

Entonces, ¿nunca se ha de echar mano de los castigos?

Sé, queridos de mi alma, que el Señor gusta de compararse a una vara vigilante, para retraernos del pecado también por el temor de las penas. Por consiguiente, nosotros también podemos y debemos imitar, parca y sabiamente, la conducta de Dios trazada con tan maravillosa imagen. Usemos, pues, de esta *vara,* pero sepámoslo hacer con inteligencia, con caridad, a fin de que nuestros castigos produzcan efectos saludables.

Tengamos presente que *la fuerza bruta castiga el vicio, pero no cura al vicioso.* No se cultiva una planta con ásperos cuidados, como tampoco se educa la voluntad gravándola con un pesado yugo.

He aquí algunos castigos que yo querría fueran los únicos que se empleasen entre nosotros. Uno de los medios más eficaces de reprensión moral consiste en una mirada de disgusto, severa y triste del superior, que dé a entender al culpable, a poco corazón que tenga, que cayó en desgracia; esto le moverá, ciertamente, al arrepentimiento y a la enmienda. Corregid en privado y paternalmente. No déis excesivos reproches. Hacedles sentir el disgusto que ocasiona a sus padres y la esperanza de la recompensa; y, a la larga, se verá obligado a mostrarse agradecido y hasta generoso. Si recayere, no seamos tacaños en el perdón; amonéstesele con seriedad y con pocas palabras; de esta manera podremos ponerle delante de sus ojos su propia conducta, en contraste con los miramientos que se le tienen, echándole así en cara su poca correspondencia a tantas delicadezas, a tantos cuidados para librarlo de la deshonra y de los castigos. Nunca, empero, le dirijáis expresiones humi-

llantes; inspiradle confianza, mostrándoos prontos a olvidarlo todo apenas dé señales de mejor conducta.

En las faltas más graves se puede acudir a los siguientes castigos: poner de pie en su sitio o en mesa aparte, comer derecho en la mitad del comedor y, si llegase el caso, a la puerta del comedor. Pero, en todos estos casos, ha de servírsele al castigado la misma comida que a sus compañeros. Castigo grave es privar de recreo, mas nunca se ha de poner al sol o a la intemperie, de suerte que sufra daño alguno.

El no preguntarle un día la lección puede ser un castigo muy notable; esto, empero, no se prodigue. Y, en cualquier caso, ínstesele a hacer penitencia de otro modo por su falta.

¿Y qué diré de los *pensums* [copias]? Tal castigo es, por desgracia, demasiado frecuente. He querido enterarme de lo que al respecto dicen los más célebres educadores. Los hay que los aprueban y quienes los vituperan como cosa inútil y peligrosa; tanto para el maestro como para los discípulos. Yo os doy libertad de acción en este punto, indicándoos, sin embargo, que existe para el maestro el riesgo de cometer excesos sin ningún fruto, y, para el alumno, la ocasión de murmurar y de granjearse la ajena conmiseración por la aparente persecución del maestro. El *pensum* nada rehabilita y es siempre una vergüenza.

Sé que alguno de nuestros hermanos acostumbraba dar por *pensum* el estudio de algún fragmento de poesía o prosa y, de esta manera, obtenía una mayor atención y aprovechamiento intelectual; se verificaba ahí lo que dice San Pablo: *de todo puede sacar provecho para el bien* quien busca sólo a Dios, su gloria y la salvación de las almas. Este hermano vuestro convertía con los *pensums*. Yo creo que se trataba de una verdadera bendición de Dios y de un caso realmente raro; pero le resultaba, porque lo veían caritativo.

En cambio, nunca se use del, así llamado, *cuarto de reflexión*. No hay abismo en que no puedan precipitar al joven la rabia y la afrenta que le asaltan en castigos de este tipo. El demonio, aquí, adquiere un imperio violentísimo sobre él y le invita a graves locuras para vengarse así de quien quiso castigarle de aquel modo [2].

En los castigos hasta ahora examinados, únicamente se tu-

[2] Temiendo que en ciertos colegios, por rara excepción y absoluta necesidad, se juzgase cosa obligada usar de dicho *cuarto*, he aquí las precauciones que yo querría se tomaran:

El catequista u otro superior vaya a menudo a visitar al culpable y, con palabras caritativas y de compasión, trate de verter óleo en aquel corazón tan exacerbado. Compadézcalo e ingéniese para convencerle de que todos los supe-

vieron en cuenta las faltas contra la disciplina del colegio; pero en los casos dolorosos, en que algún alumno diese grave escándalo o cometiese pecado contra el Señor, será llevado inmediatamente al superior, el cual, según le dicte su prudencia, tomará las decisiones eficaces que el caso aconseje. Si no reacciona con todos los medios de enmienda y resulta de mal ejemplo y escándalo, sea alejado sin remisión; pero, eso sí, haciendo lo posible por salvar su honor. Puede conseguirse esto último aconsejando al joven que convenza a sus padres de que lo saquen o aconsejando sin más a los propios padres un cambio de colegio, con la esperanza de que su hijo mejore en otra parte.

Finalmente, me queda por deciros todavía de quién ha de partir la orden de castigo y cuál ha de ser el tiempo y el modo de castigar.

Siempre ha de ser el director el que dé la orden, pero sin que él aparezca. Es cosa suya la corrección privada, porque más fácilmente que los demás puede entrar en los corazones más difíciles; como también pertenece a él la corrección genérica y pública; y también le corresponde la aplicación del castigo, pero sin que, por vía ordinaria, haya de ser él quien lo intime o ejecute.

Por lo tanto, no quisiera que nadie se resolviese a castigar sin previo consejo y aprobación del director, el único a quien corresponde determinar el tiempo, el modo y la clase de castigo. Nadie se sustraiga a esta dependencia de la autoridad ni busque pretextos para eludir su supervisión[3]. No tiene que haber excusas para no cumplir regla de tanta importancia. Atengámonos todos a esta disposición que os dejo, y Dios os consolará y os bendecirá por vuestra virtud.

Recordad que la educación es empresa de corazones y que de los corazones el dueño es Dios. Nosotros no podemos nada si Dios no nos enseña el arte y no nos pone las llaves en la mano. Por consiguiente, esforcémonos mucho, con humildad y entera dependencia, en la conquista de esta plaza, que es el

riores están hondamente contristados de haber tenido que usar con él un castigo tan grave; que se disponga a pedir perdón, a hacer actos de sumisión, a pedir otra oportunidad de enmienda. Si este castigo surtiera efecto, levántesele aun antes del tiempo fijado, y de seguro se conseguirá ganar su corazón.

El castigo debe ser un remedio: ahora bien, hemos de apresurarnos a levantárselo tan pronto hayamos conseguido el doble intento de alejar el mal e impedir la recaída. Resultando así que, al perdonar, se obtiene también el efecto precioso de cicatrizar la herida hecha en el corazón del niño; que él se dé cuenta de que no ha perdido la estima de su superior y con renovados bríos se ponga a cumplir su deber.

[3] Los maestros y asistentes no saquen a ninguno fuera de la clase; pero, en caso de falta grave, envíen al culpable, acompañado, al superior.

corazón, y que siempre estuvo cerrada al rigor y a la acritud. Trabajemos por hacernos amables. Inculquemos denodadamente el sentimiento del deber, del santo temor de Dios, y veremos abrirse con admirable facilidad las puertas de miles de corazones, que se nos asociarán para cantar de consuno las alabanzas y las bendiciones de aquel a quien plugo ser nuestro modelo, nuestro camino y nuestro dechado, en todo, pero singularmente en el educación de la juventud.

Rezad por mí y creedme siempre, en el sagrado Corazón de Jesús, afectísimo padre y amigo.

JUAN BOSCO, Pbro.

Turín, fiesta de San Francisco de Sales, 29 de enero de 1883.

7. *CARTA AL ORATORIO SOBRE EL ESPIRITU DE FAMILIA*

El documento

A nuestro juicio, según dijimos, es el documento síntesis del sistema educativo de don Bosco. Para Braido es «el documento más límpido y esencial de la pedagogía del santo, uno de los más significativos de la educación cristiana» *(Orientamenti...* p. 545; cf. bibliogr.). Stella lo considera «uno de los más eficaces y ricos documentos de don Bosco» *(Don Bosco* p.469).

Podrán parecer exagerados estos juicios, pero probablemente el que lea con calma el texto intentando apoderarse de todo su contenido, encontrará una gran riqueza de doctrina pedagógica en la pluma de un hombre que dedicó toda su vida a los jóvenes para llevarlos a Dios.

El documento es una carta enviada desde Roma el 10 de mayo de 1884, al día siguiente de haberlo recibido en audiencia León XIII. El original está escrito totalmente por su secretario, don Lemoyne, menos la firma, que es de don Bosco. Desde luego, el santo no estaba ya en condiciones de escribir personalmente una carta tan larga.

Tiene la forma de un sueño, nunca sabremos si real o imaginario, pero ciertamente expresa la mente de don Bosco y, en cierta manera, resume toda su vida de educador.

Braido lo considera, como dijimos, un verdadero *poema pedagógico,* un auténtico *manifiesto* a todos los educadores que quieran buscar una forma de educación abierta hacia la persona del niño.

Nada de buscar en él rigor científico, estructuración de principios, fines, medios y métodos. Es un poema y, por lo tanto, expresa las ideas tal y como surgen del corazón y de la mente entregada incondicionalmente a la juventud. Con todo, un análisis detallado nos descubre los hilos principales de su trama.

Ocasión y motivo

No sabemos cuándo empezó don Bosco a pensar este escrito. Pero sí que se dieron unas circunstancias que favorecieron su redación.

El santo se sentía ya débil y enfermo. Era un organismo cansado, tanto por el trabajo como por la austeridad de vida. Sus últimos años habían sido muy duros para él: había tenido que emprender viajes a Francia y a Austria, por fuerza en malas condiciones para sus achaques.

En febrero de ese mismo año había tenido, además, una enfermedad grave que lo puso al borde del sepulcro. A pesar de todo, en abril decidió marchar a Roma. Le interesaba mucho, antes de dejar a sus hijos definitivamente, visitar al papa, comunicarle algunas cosas y recibir su bendición.

En todos los documentos de estos viajes, sobre todo en las cartas y en ciertas conversaciones que tuvo en París, Montpellier, Lyón y Roma, se nota una continua preocupación por los jóvenes, a los que ya no puede atender personalmente. En una entrevista concedida a un periodista del *Journal de Rome* insiste en los conceptos que después entrarán a formar parte de esta carta. Varias cartas de don Lemoyne escritas desde Roma a los colaboradores manifiestan esta constante preocupación, quizás, sobre todo, porque le consta que en algunos aspectos ya no se vive el espíritu infundido por él en sus centros educativos. Por todo ello se decide a escribir esta carta. Debió dictarla de un tirón, prácticamente, pero tras mucha reflexión personal.

Hasta el presente no se han encontrado fuentes de donde pudieran provenir estas ideas. Nos inclinamos a pensar con Braido y Stella que es el documento pedagógico más original del santo y el que representa mejor su pensamiento.

Estructura y elementos

Tiene la forma de sueño, en estilo dialogal; intervienen algunos muchachos y colaboradores de los primeros tiempos del Oratorio. La base del documento es una comparación del funcionamiento del Oratorio en los primeros tiempos con la situación del mismo en 1884. Antes, todo era alegría, entusiasmo, espontaneidad. Ahora reina un ambiente de tristeza, de desconfianza, de falta de creatividad.

Esta situación, a buen seguro exagerada intencionalmente, le lleva a hablar de dos temas muy relacionados entre sí, el de la *amorevolezza* y el de la familiaridad; temas que constituyen el núcleo de toda la carta y que se va desarrollando, con distintos matices, a lo largo de la misma, de una forma poéti-

ca y, por lo tanto, algo desordenada, pero con una gran claridad en las ideas.

Amorevolezza: «no se trata de la caridad teológica y racional, sino de una caridad bien precisa, bien definida, en un estilo inconfundible... Un estilo claro y cristalino, basado en los ejemplos de vida del mismo don Bosco» (BRAIDO, *Don Bosco* p.64): «Veo, conozco; pero esto no basta, falta *lo mejor*... Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que *se den cuenta de que se les ama*» (del sueño).

Este «lo mejor», que para ciertos educadores puede parecer una cosa sin importancia, para don Bosco es esencial. Los educadores que dejen este principio, «olvidando *lo menos,* se olvidan de *lo más,* y este más son sus propias fatigas...» (BRAIDO, o.c.).

Familiaridad: «Don Bosco, como teórico de la pedagogía, ha resuelto el binomio educador-educando, no en la relación democrática del joven en una ciudad de los muchachos, sino en la imagen de la familia. Su sistema ha nacido con la pretensión de reconstruir para los jóvenes el ambiente total e integral de la familia... Se trata de la familia de pueblo, sencilla, con relaciones de bondad, de cordialidad, de presencia, de respeto humilde por parte de los hijos, de servicio sacrificado y escondido por parte de los padres, en donde triunfa el amor *amorevolezza*» (BRAIDO, ibíd., p.66).

Nuestra edición

Está traducida directamente del *Epistolario* (4,261-269), sacada, a su vez, del original del secretario don Lemoyne (cf. MB 17,107-114). Cf. también P. BRAIDO, *Scritti* p.317-327.

Bibliografía

P. BRAIDO, *10 maggio 1884:* Orientamenti Pedagogici 6 (1959) 545-558.
ID., *Il poema dell'amore educativo;* presentazione e testo: *Don Bosco educatore oggi* (Zürich ²1963) p.77-96.
P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica* II (Zürich 1969) p.467s.
E. VALENTINI, *La pedagogia mariana di D. Bosco:* Salesianum 15 (1953) 100-164.

CARTA AL ORATORIO [SOBRE EL ESPIRITU DE FAMILIA]

Mis queridos hijos en Jesucristo:

Cerca o lejos, yo pienso siempre en vosotros. Uno solo es mi deseo, que seáis felices en el tiempo y en la eternidad. Este pensamiento y este deseo me han impulsado a escribiros esta carta. Siento, queridos míos, el peso de la distancia a que me encuentro de vosotros, y el no veros ni oiros me causa una pena que no podéis imaginar. Por eso, habría deseado escribiros estas líneas hace ya una semana, pero las continuas ocupaciones me lo impidieron. Con todo, aunque falten pocos días para mi regreso, quiero anticipar mi llegada entre vosotros, al menos, por medio de una carta, ya que no puedo hacerlo en persona. *Son palabras de quien os ama tiernamente en Jesucristo y tiene el deber de hablaros con la libertad de un padre.* Vosotros me permitiréis que así lo haga, ¿no es cierto? Y prestaréis atención y pondréis en práctica cuanto os diga.

Ya os he dicho que sois el único y continuo pensamiento de mi mente. En una de las noches pasadas, me había retirado a mi habitación y, mentras me disponía a entregarme al descanso, comencé a rezar las oraciones que me enseñó mi buena madre; y en aquel momento, no sé bien si víctima del sueño o fuera de mí por alguna distracción, me pareció que se presentaban delante de mí dos antiguos alumnos del Oratorio.

Uno de ellos se me acercó y, saludándome afectuosamente, me dijo:

—¡Oh, don Bosco! ¿Me conoce?

—Sí que te conozco—le respondí.

—¿Y se acuerda aún de mí—añadió.

—De ti y de los demás. Tú eres Valfré, y estabas en el Oratorio antes de 1870.

—Oiga—continuó aquel hombre—, ¿quiere ver a los jóvenes que estaban en el Oratorio en mis tiempos?

—Sí, házmelos ver—le contesté—; eso me proporcionará una gran alegría.

Entonces Valfré me mostró todos los jovencitos con el mismo semblante y con la misma edad y estatura de aquel tiempo. Me parecía estar en el antiguo Oratorio en tiempo de recreo. Era una escena llena de vida, de movimiento y de

alegría. Quien corría, quien saltaba, quien hacía saltar a los demás; quien jugaba a la rana, quien a bandera, quien a la pelota. En un sitio había reunido un corrillo de muchachos pendientes de los labios de un sacerdote que les contaba una historia; en otro lado había un clérigo con otro grupo jugando al «burro vuela» o a los oficios. Se cantaba, se reía por todas partes; y por doquier, sacerdotes y clérigos, y, alrededor de ellos, jovencitos que alborotaban alegremente. *Se notaba que entre jóvenes y superiores reinaba la mayor cordialidad y confianza. Yo estaba encantado al contemplar aquel espectáculo, y Valfré me dijo:*

—*Vea, la familiaridad engendra afecto, y el afecto, confianza. Esto es lo que abre los corazones, y los jóvenes lo manifiestan todo sin temor a los maestros, a los asistentes y a los superiores. Son sinceros en la confesión y fuera de ella, y se prestan con facilidad a todo lo que les quiera mandar aquel que saben que los ama.*

En tanto, se acercó a mí otro antiguo alumno que tenía la barba completamente blanca y me dijo:

—Don Bosco, ¿quiere ver ahora a los jóvenes que están actualmente en el Oratorio?

Este era José Buzzetti.

—Sí—respondí—, pues hace un mes que no lo veo.

Y me lo señaló. Vi el Oratorio y a todos vosotros que estabais en recreo. Pero *no oía ya gritos de alegría y canciones, no contemplaba aquel movimiento, aquella vida que vi en la primera escena.*

En los ademanes y en el rostro de algunos jóvenes se notaba una tristeza, una desgana, un disgusto y una desconfianza tales que causaron gran pena en mi corazón. Vi, es cierto, a muchos que corrían, que jugaban, que se movían con dichosa despreocupación; pero otros, y eran bastantes, estaban solos, apoyados en las columnas, presas de pensamientos desalentadores; otros estaban en las escaleras, en los corredores o en los poyetes que dan a la pared del jardín, para no tomar parte en el recreo común; otros paseaban lentamente, formando grupos y hablando en voz baja entre ellos, lanzando a una y otra parte miradas sospechosas y mal intencionadas; quienes sonreían, pero con una sonrisa acompañada de gestos que hacían no solamente sospechar, sino creer que San Luis habría sentido sonrojo de encontrarse en compañía de los tales; incluso entre los que jugaban había algunos tan desganados que daban a entender a las claras que no encontraban gusto alguno en el recreo.

—¿Ha visto a sus jóvenes?—me dijo aquel antiguo alumno.

—Sí que los veo—le contesté suspirando.

—¡Qué diferentes son de lo que éramos nosotros!—exclamó.

—¡Mucho! ¡Qué desgana en este recreo!

—Y de aquí proviene la frialdad de muchos para acercarse a los santos sacramentos, el descuido de las prácticas de piedad en la iglesia y en otros lugares; el estar de mala gana en un lugar donde la divina providencia los colma de todo bien corporal, espiritual e intelectual. De aquí la no correspondencia de muchos a la vocación; de aquí la ingratitud para con los superiores; de aquí los secretitos y murmuraciones, con todas las demás deplorables consecuencias.

—Comprendo—respondí yo—. Pero ¿cómo animar a estos jóvenes para que se recobre la antigua vivacidad, alegría y expansión?

—*Con la caridad.*

—*¿Con la caridad? Pero ¿es que mis jóvenes no son bastante amados? Tú sabes cuánto los amo. Tú sabes cuánto he sufrido por ellos y cuánto he tolerado, en el transcurso de cuarenta años, y cuánto tolero y sufro en la actualidad. Cuántos trabajos, cuántas humillaciones, cuántos obstáculos, cuántas persecuciones para proporcionarles pan, albergue, maestros, y especialmente para buscar la salvación de sus almas. He hecho cuanto he podido y sabido por ellos, que son el afecto de toda mi vida.*

—No me refiero a usted.

—¿De quién hablas, pues? ¿De los que hacen mis veces? ¿De los directores, de los prefectos, de los maestros, de los asistentes? ¿No ves que son mártires del estudio y del trabajo? ¿Cómo consumen los años de su juventud en favor de ellos, que son como un legado de la Providencia?

—Lo veo y lo sé; pero esto no basta; *falta lo mejor.*

—¿Qué falta, pues?

—*Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que se den cuenta de que se les ama.*

—Pero ¿no tienen ojos en la cara? ¿No tienen la luz de la inteligencia? ¿No ven que cuanto se hace en su favor se hace por su amor?

—No, lo repito: eso no basta.

—¿Qué se requiere, pues?

—*Que, al ser amados en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones infantiles, aprendan a ver el amor también en aquellas cosas que les agradan poco, como son la*

disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos y que aprendan a obrar con generosidad y amor.

—Explícate mejor.

—Observe a los jóvenes en el recreo.

Hice lo que me decía y exclamé:

—¿Qué hay de particular?

—¿Tantos años como hace que se dedica a la educación de la juventud y no comprende? Observe mejor. ¿Dónde están nuestros salesianos?

Me fijé y vi que eran muy pocos los sacerdotes y clérigos que estaban mezclados entre los jóvenes, y muchos menos los que tomaban parte en sus juegos. L*os superiores no eran ya el alma de los recreos.* La mayor parte de ellos paseaban, hablando entre sí, sin preocuparse de lo que hacían los alumnos; otros jugaban, pero sin pensar para nada en los jóvenes; otros vigilaban a la buena, pero sin advertir las faltas que se cometían; alguno que otro corregía a los infractores, pero con amenazas y raramente. Había algún salesiano que deseaba introducirse en algún grupo de jóvenes, pero vi que los muchachos buscaban la manera de alejarse de sus maestros y superiores.

Entonces mi amigo me dijo:

—*En los primeros tiempos del Oratorio, ¿usted no estaba siempre en medio de los jóvenes, especialmente en tiempo de recreo? ¿Recuerda aquellos hermosos años? Era una alegría de paraíso, una época que recordamos siempre con emoción, porque el amor lo regulaba todo, y nosotros no teníamos secretos para don Bosco.*

—¡Cierto! Entonces todo era para mí motivo de alegría, y los jóvenes iban a porfía por acercarse a mí, por hablarme, y existía una verdadera ansiedad por escuchar mis consejos y ponerlos en práctica. Ahora, en cambio, las continuas audiencias, mis múltiples ocupaciones y la falta de salud me lo impiden.

—Bien, bien; pero si usted no puede, ¿por qué sus salesianos no se convierten en sus imitadores? ¿Por qué no insiste y les exige que traten a los jóvenes como usted los trataba?

—Yo les hablo e insisto hasta cansarme, pero muchos no están decididos a arrostrar las fatigas de otros tiempos.

—Y así, *descuidando lo menos, pierden lo más; y este «más» es el fruto de sus fatigas. Que amen lo que agrada a los jóvenes, y los jóvenes amarán lo que es del gusto de los superiores. De esta manera, el trabajo les será muy llevadero. La causa del cambio presente del Oratorio es que un buen número de jóvenes no tienen confianza con los superiores. Antiguamente los*

corazones todos estaban abiertos a los superiores, por lo que los jóvenes amaban y obedecían prontamente. Pero ahora los superiores son considerados sólo como tales y no como padres, hermanos y amigos; por lo tanto, son más temidos que amados. Por eso, si se quiere hacer un solo corazón y una sola alma, por amor a Jesús, se tiene que romper esa barrera fatal de la desconfianza, que ha de ser suplantada por la confianza más cordial. Es decir: que la obediencia ha de guiar al alumno como la madre a su hijito; entonces reinará en el Oratorio la paz y la antigua alegría.

—¿Cómo hacer, pues, para romper esta barrera?

—*Familiaridad con los jóvenes, especialmente en el recreo.* Sin la familiaridad no se puede demostrar el afecto, y sin esta demostración no puede haber confianza. El que quiere ser amado es menester que demuestre qué ama. *Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras enfermedades.* ¡He aquí el maestro de la familiaridad!

El maestro al cual sólo se ve en la cátedra es un maestro y nada más: pero, si participa del recreo de los jóvenes, se convierte también en hermano.

Si a uno se le ve en el púlpito predicando, se dirá que no hace más que cumplir con su deber, pero, si se le ve diciendo en el recreo una buena palabra, habrá que reconocer que esa palabra proviene de una persona que ama.

¡Cuántas conversiones no fueron efecto de alguna de sus palabras pronunciadas de improviso al oído de un jovencito mientras se divertía! *El que sabe que es amado, ama, y el que es amado lo consigue todo, especialmente de los jóvenes.* Esta confianza establece como una corriente eléctrica entre jóvenes y superiores. Los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos. Este amor hace que los superiores puedan soportar las fatigas, los disgustos, las ingratitudes, las faltas de disciplina, las ligerezas, las negligencias de los jóvenes. *Jesucristo no quebró la caña ya rota ni apagó la mecha humeante. He aquí vuestro modelo.* Entonces no habrá quien trabaje por vanagloria; ni quien castigue por vengar su amor propio ofendido; ni quien se retire del campo de la asistencia por celo a una temida preponderancia de otros; ni quien murmure de los otros para ser amado y estimado de los jóvenes, con exclusión de todos los demás superiores, mientras, en cambio, no cosecha más que desprecio e hipócritas zalamerías; ni quien se deje robar el corazón por una criatura y, para agasajar a ésta, descuide a todos los demás jovencitos; ni quienes, por amor a la propia comodidad, menosprecien el deber de la

asistencia; ni quienes, por falso respeto humano, se abstengan de amonestar a quien necesite ser amonestado. Si existe este amor efectivo, no se buscará otra cosa más que la gloria de Dios y el bien de las almas. Cuando languidece este amor, es que las cosas no marchan bien. *¿Por qué se quiere sustituir la caridad por la frialdad de un reglamento?* ¿Por qué los superiores dejan a un lado la observancia de aquellas reglas de educación que don Bosco les dictó? Porque al sistema de prevenir, de vigilar y corregir amorosamente los desórdenes, se le quiere reemplazar por aquel otro, más fácil y más cómodo para el que manda, de promulgar la ley y hacerla cumplir mediante los castigos que encienden odios y acarrean disgustos; si se descuida el hacerlas observar, son causa de desprecio para los superiores y de desórdenes gravísimos. Y esto sucede necesariamente si falta la familiaridad. Si, por lo tanto, se desea que en el Oratorio reine la antigua felicidad, hay que poner en vigor el antiguo sistema: *El superior sea todo para todos, siempre dispuesto a escuchar toda duda o lamentación de los jóvenes, todo ojos para vigilar paternalmente su conducta, todo corazón para buscar el bien espiritual de sus subalternos y el bienestar temporal de aquellos a quienes la Providencia ha confiado a sus cuidados.*

Entonces los corazones no permanecerán cerrados y no se ocultarán ciertas cosas que causan la muerte de las almas. Sólo en caso de inmoralidad sean los superiores inflexibles. Es mejor correr el peligro de alejar de casa a un inocente que hacer que permanezca en ella un escandaloso. Los asistentes consideren como un estrechísimo deber de conciencia el referir a los superiores todas aquellas cosas que crean pueden constituir ofensa de Dios.

Entonces yo le pregunté:

—¿Y cuál es el medio principal para que triunfe semejante familiaridad y amor y confianza?

—La observancia exacta del reglamento de la Casa.

—¿Y nada más?

—*El mejor plato en una comida es la buena cara.*

Mientras mi antiguo alumno terminaba de hablar con estas palabras, yo continué contemplando con verdadero disgusto el recreo y, poco a poco, me sentí oprimido por un gran cansancio que iba en aumento. Esta opresión llegó a tal punto, que no pudiendo resistirla por más tiempo, me estremecí, despertándome sin más.

Me encontré de pie junto a mi lecho. Mis piernas estaban tan hinchadas y me dolían tanto, que no podía estar de pie.

Era ya muy tarde; por ello, me fui a la cama decidido a escribir estos renglones a mis queridos hijos.

Yo no deseo tener estos sueños, porque me producen un cansancio enorme.

Al día siguiente sentía aún un gran dolor en todos mis huesos y no veía la hora de poder descansar. Pero he aquí que, llegada la noche, apenas estuve en el lecho, comencé a soñar nuevamente.

Tenía ante mi vista el patio ocupado por los jóvenes que están actualmente en el Oratorio y, junto a mí, al mismo antiguo alumno.

Yo entonces comencé a preguntarle:

—Lo que me dijiste se lo haré saber a mis salesianos, pero ¿qué debo decir a los jóvenes del Oratorio?

El me respondió:

—Que reconozcan los trabajos que se imponen los superiores, los maestros y los asistentes por amor a ellos, pues si no fuese por labrar su bien, no se impondrían tantos sacrificios; que recuerden que la humildad es la fuente de toda tranquilidad; que sepan soportar los defectos de los demás, pues la perfección no se encuentra en el mundo, sino solamente en el paraíso; que dejen de murmurar, pues la murmuración enfría los corazones; y, sobre todo, que procuren vivir en gracia de Dios. Quien no vive en paz con Dios, no puede tener paz consigo mismo ni con los demás.

—¿Me has dicho, pues, que hay entre mis jóvenes quienes no están en paz con Dios?

—Esta es la primera causa del malestar reinante, entre otras que usted conoce, y que usted debe remediar, y que, por tanto, no voy a explicarle yo ahora. En efecto, sólo desconfía el que tiene secretos que ocultar, quien teme que estos secretos sean descubiertos, pues sabe que, de ponerse de manifiesto, se derivará de ellos una gran vergüenza y no pocas desgracias. Al mismo tiempo, si el corazón no está en paz con Dios, vive angustiado, inquieto, rebelde a toda obediencia, se irrita por nada, se cree que todo marcha mal, y como él no ama, juzga que los superiores tampoco aman.

—Pues, con todo, ¿no ves, querido mío, la frecuencia de confesiones y comuniones existentes en el Oratorio?

—*Es cierto que la frecuencia de confesiones es grande, pero lo que falta en absoluto en muchísimos jóvenes que se confiesan es la estabilidad o firmeza en los propósitos.* Se confiesan, pero siempre de las mismas faltas, de las mismas ocasiones próximas, de las mismas malas costumbres, de las mismas desobe-

diencias, de las mismas negligencias en el cumplimiento de los deberes. Así siguen durante meses y años, y algunos así llegan hasta el final de los estudios. Tales confesiones valen poco o nada; por lo tanto, no proporcionan la paz, y si un jovencito fuese llamado en tal estado ante el tribunal de Dios, se vería en un aprieto.

—Y de éstos, ¿hay muchos en el Oratorio?

—En relación con el gran número de jóvenes que hay en la casa, afortunadamente son pocos. Mira.

Y al decir esto me los señalaba.

Yo los observé uno a uno. Pero, en estos pocos, vi cosas que amargaron grandemente mi corazón. No quiero ponerlas por escrito, pero cuando esté de regreso quiero comunicarlas a cada uno de los interesados. *Ahora os diré solamente que es tiempo de rezar y de tomar firmes resoluciones;* de cumplir, no de palabra, sino de hecho, y de demostrar que los Comollo, los Domingo Savio, los Besucco y los Saccardi viven aún entre nosotros.

Por último, pregunté a aquel amigo:

—¿Tienes algo más que decirme?

—Predica a todos, *mayores y pequeños, que recuerden siempre que son hijos de María Santísima Auxiliadora.* Que ella los ha reunido aquí para librarlos de los peligros del mundo, para que se amen como hermanos y para que den gloria a Dios y a ella con su buena conducta; que es la Virgen quien les provee de pan y de cuanto necesitan para estudiar, obrando infinitos portentos y concediendo innumerables gracias. Que recuerden que están en vísperas de la fiesta de su Santísima Madre y que, con su auxilio, *debe caer la barrera de la desconfianza* que el demonio ha sabido levantar entre los jóvenes y los superiores, y de la cual sabe servirse para ruina de las almas.

—¿Y conseguiremos derribar esta barrera?

—Sí, ciertamente, con tal de que mayores y pequeños estén dispuestos a sufrir alguna pequeña mortificación por amor a María y pongan en práctica cuanto he dicho.

Entretanto yo continuaba observando a los jovencitos, y ante el espectáculo de los que veía encaminarse a su perdición eterna, sentí tal angustia en el corazón que me desperté.

Querría contaros otras muchas cosas importantísimas que vi en este sueño, pero el tiempo y las circunstancias no me lo permiten.

Concluyo: *¿Sabéis qué es lo que desea de vosotros este pobre anciano que ha consumido toda su vida buscando el bien de sus queridos jóvenes?*

Pues solamente que, observadas las debidas proporciones, vuelvan a florecer los días felices del antiguo Oratorio. Las jornadas del afecto y de la confianza entre los jóvenes y los superiores; los días del espíritu de condescendencia y de mutua tolerancia por amor a Jesucristo; los días de los corazones abiertos a la sencillez y al candor; los días de la caridad y de la verdadera alegría para todos. Necesito que me consoléis haciendo renacer en mí la esperanza y prometiéndome que haréis todo lo que deseo para el bien de vuestras almas. Vosotros no sabéis apreciar la suerte que habéis tenido al estar recogidos en el Oratorio. Os aseguro, delante de Dios, que basta que un joven entre en una casa salesiana para que la Stma. Virgen lo tome en seguida bajo su celestial protección. Pongámonos, pues, todos de acuerdo. *La caridad de los que mandan y la caridad de los que deben obedecer haga reinar entre nosotros el espíritu de San Francisco de Sales.* ¡Oh mis queridos hijos!, se acerca el tiempo en que tendré que separarme de vosotros y partir para mi eternidad.

(Nota del secretario: Al llegar aquí, don Bosco dejó de dictar; sus ojos estaban llenos de lágrimas, no a causa del disgusto, sino por la inefable ternura que se reflejaba en su rostro y en sus palabras; unos instantes después continuó.)

Por lo tanto, mi mayor deseo, queridos sacerdotes, clérigos y jóvenes, es dejaros encaminados por la senda que el Señor desea que sigáis.

Con este fin, el Santo Padre, al cual he visto el viernes, 9 de mayo, os envía de todo corazón su bendición. El día de María Auxiliadora me encontraré en vuestra compañía ante la imagen de nuestra Stma. Madre. Deseo que su fiesta se celebre con toda solemnidad; don Lazzero y don Marchisio que se encarguen de que la alegría reine también en el comedor. La festividad de María Auxiliadora debe ser el preludio de la fiesta eterna que hemos de celebrar todos juntos un día en el paraíso.

Vuestro affmo. en Jesucristo

JUAN BOSCO, Pbro.

Roma, 10 de mayo de 1884.

8. *SOBRE LOS JOVENES ARTESANOS*

El último documento de esta sección no ha sido escrito ni total ni directamente por don Bosco, sino que fue elaborado en 1886 en el cuarto Capítulo general de la Congregación salesiana.

Con todo, no podía faltar en esta obra, ya que la enseñanza profesional es de lo más característico de la Congregación. Por otra parte, aunque la redacción corresponde a un Capítulo general, el pensamiento es ciertamente del santo, que por fuerza lo hubo de inspirar y repasar antes de su publicación.

La formación profesional antes de don Bosco

Don Bosco no fue el primero en pensar en la formación profesional de los artesanos y jóvenes obreros. Todos los grandes educadores que se han preocupado de la juventud en ambientes populares, pensaron también de alguna manera en la formación profesional: San José de Calasanz y San Juan Bta. de la Salle, por ejemplo.

Ya en 1820 se habían introducido en el Piamonte las llamadas escuelas lancasterianas; los Hermanos de las Escuelas Cristianas habían fundado unas escuelas nocturnas para artesanos en 1845, y en 1849 el ayuntamiento de Turín les confiaba, a su vez, una obra municipal del mismo género. En otras ciudades italianas existían por entonces obras parecidas.

Mucho antes de don Bosco surgieron también los teóricos de las escuelas socialistas, que *programaban* el trabajo como un medio de formación en la escuela de una sociedad nueva: Robert Owen (1771-1858) y Charles Fourier (1772-1837), entre otros. Owen presenta una educación optimista, y a veces alejada de la realidad, y que él intentó llevar a la práctica en un centro de New Lenark, en Inglaterra, a partir de 1800, y en New Harmony (EE. UU.) en 1825-27. Lo mismo puede decirse de Fourier, que escribió un libro sobre la armonía entre el trabajo y el estudio. Las teorías de esos autores influirán posteriormente en el pensamiento pedagógico de Marx.

La enseñanza profesional en don Bosco

La manera de hacer de don Bosco fue totalmente distinta: primero se ocupó de los muchachos abandonados y, sólo más adelante, advirtió la necesidad de prepararlos profesionalmente.

Las fases de esta experiencia fueron varias:

1) En principio enviaba sus muchachos a distintos talleres de la ciudad; se llevaban la comida y volvían a dormir al Oratorio.

2) En un segundo momento montó unos pequeños talleres en el mismo Oratorio. Señores que tenían talleres propios en la ciudad venían a impartir sus enseñanzas a Valdocco; don Bosco, por supuesto, añadía la formación intelectual y religiosa.

3) Finalmente, viendo la serie de inconvenientes de aquel sistema, empezó a formar sus propios maestros de taller, hasta llegar a bastarse con sólo salesianos.

Los inconvenientes venían de la mentalidad imperante entre los maestros externos de que el taller, por encima de todo, debía producir, lo que hacía que abusaran de los muchachos.

La organización de los distintos talleres surgió más de las urgencias de la casa que de las demandas de los jóvenes. Así, en 1853, la zapatería y la sastrería para atender a las necesidades de los internos; los fascículos de las Lecturas Católicas dieron lugar a la encuadernación de 1854; en 1856 se fundaba la carpintería y, finalmente, en septiembre de 1861, la imprenta: fue grande la alegría de todo el Oratorio cuando salieron de una máquina vieja las primeras galeradas. El panorama se completaría con la mecánica en 1862.

A pesar de todo esto, mientras vivió don Bosco no existieron auténticas escuelas profesionales. Eran más bien talleres para formar pequeños grupos de artesanos. Precisamente el documento que presentamos puede considerarse como el punto de partida de la organización de las escuelas profesionales.

Aparte de las escuelas citadas, todas ellas situadas en el Oratorio de Valdocco, fundó otras en Génova, San Benigno Canavese, Nice, Buenos Aires y Barcelona-Sarriá. Cuando murió don Bosco sólo existían estas escuelas y dos de tipo agrícola, ambas en el sur de Francia, una para niños, otra para niñas.

El año 1976, las escuelas profesionales salesianas eran 251, con unos 57.000 alumnos. Especialidades: 165 mecánicas, 106 eléctricas, 73 gráficas, 63 de la madera, 38 agrarias, 31 delineantes. Otras: 123. Son de ingeniería técnica 93, y 15 de grado universitario.

Características de estas escuelas profesionales

Si en número fueron pocas, sin embargo, el espíritu que infundió en ellas es muy característico de don Bosco. Se refleja en el documento que presentamos y que se puede resumir así:

— formación en el trabajo y no puramente artística. En los talleres, la utilidad y el rendimiento económico es elemento formativo;

— la presencia del religioso-educador, con dedicación desinteresada y apostólica, al que ven rezar todos los días y con pleno dominio del oficio;

— la atención a la cultura general y a las manifestaciones artísticas: teatro, banda, exposiciones, etc., enriquecedoras todas de la personalidad;

— adaptación al progreso sobre la marcha: las escuelas profesionales salesianas han ido perfeccionando sus programas y subdividiéndose en especialidades;

— cierta predilección por las artes gráficas, comprensible, ya que desde el principio fueron promovidas como medio de evangelización.

El documento del cuarto Capítulo general se compone de una breve introducción y de una serie de reglas numeradas que se refieren a tres aspectos: dimensión religioso-moral, dimensión intelectual, dimensión profesional. Se trata de un documento breve, muy conciso, pero al mismo tiempo muy representativo.

Nuestra edición

Está sacado del opúsculo que contiene las deliberaciones de los Capítulos generales tercero y cuarto de la Congregación salesiana. Se halla también en MB 18,700-702.

Bibliografía

E. Ceria, *Annali della Societa Salesiana* I (Turín 1941) p.649s.
P. Braido, *Il sistema preventivo di don Bosco* (Zürich 1964) p.369-372.
L. Panfilo, *Dalla scuola di arti e mestieri di don Bosco all'attività della Formazione Professionale 1860-1915. Il ruolo dei Salesiani* (Milán 1976).
T. Dietrich, *Pedagogía socialista* (Salamanca 1976) p.99-107.

SOBRE LOS JOVENES ARTESANOS

(De «Deliberaciones de los Capítulos Generales tercero y cuarto, de la Pía Sociedad Salesiana, que tuvieron lugar en Valsalce en septiembre de 1883 y en septiembre de 1886. San Benigno Canavese, 1887». Opúsculo de 27 páginas)

Entre las principales obras de caridad que ejerce nuestra Pía Sociedad, está la de recoger e instruir en la verdad de la fe católica, en lo que sea posible, a jóvenes abandonados, para los que resulta inútil cualquier atención si no se les encamina a algún arte y oficio en un internado. En aquellas casas donde el número de los artesanos sea considerable, se podrá designar a uno de los socios, con el nombre de catequista o de consejero profesional, para que se cuide de un modo especial de ellos.

El fin que se propone la Sociedad Salesiana al acoger y educar a estos jóvenes artesanos es formarlos de manera que, al salir de nuestras casas, una vez terminado su aprendizaje, *hayan aprendido un oficio con el que ganarse honradamente la vida, se hayan educado bien en la religión y tengan los conocimientos técnicos propios de su condición.*

En consecuencia, tres dimensiones han de cuidarse en su educación: la religioso-moral, la intelectual y la profesional.

Dimensión religioso-moral

Se conseguirá una buena educación religioso-moral si se ponen en práctica las siguientes normas:

1) Procúrese que el Reglamento de las casas sea fielmente practicado.

2) Recuérdese a los alumnos con frecuencia el pensamiento de Dios y del deber, y persuádaseles de que las buenas costumbres y la práctica de la religión son requisitos necesarios a toda condición humana.

3) *Téngaseles toda clase de atenciones para que se convenzan de que son amados y apreciados de sus superiores; se conseguirá tratándoles con aquel espíritu de auténtica caridad que el santo Evangelio recomienda.*

4) Para hacer más vivo el estudio del catecismo, estableź-

case un examen de cuando en cuando, así como premios especiales para aquellos que más se aventajaron. Dichos premios se distribuirán con cierta solemnidad.

5) Sean bien formados en el canto gregoriano para que, al salir del colegio, puedan tomar parte en las funciones religiosas de las parroquias y de las cofradías.

6) Además de las compañías ya existentes, introdúzcase en lo posible la del Stmo. Sacramento para animar a la comunión frecuente.

7) Donde sea posible, estén los pequeños en locales distintos de los adultos, especialmente en el dormitorio y en el recreo.

8) Evítese el inconveniente de pasar a artesanos a los estudiantes de conducta poco satisfactoria. Si el director tuviese motivos particulares para hacer una excepción, procúrese que el interesado no siga en la misma casa, sino mándesele a otra para dedicarlo a un oficio.

9) El director tenga cada dos meses una conferencia con los asistentes y con los jefes de taller, para atender a sus eventuales observaciones y dar las normas e instrucciones oportunas para la buena marcha de los talleres. Si es necesario, acudan también los jefes externos cuando los haya.

10) En vista de la gran necesidad que hay de maestros de taller para abrir nuevas casas, y a fin de extender a mayor número de jóvenes los beneficios de la educación, procure cada hermano, con el buen ejemplo y la caridad, inspirar en los alumnos el deseo de formar parte de nuestra Sociedad, y, cuando uno sea aceptado como novicio, envíesele, aun con el sacrificio de tener que prescindir de él, a la casa de noviciado.

11) Importa mucho colocar al alumno que ha terminado su aprendizaje con un patrono bueno y cristiano, y proveerlo de una carta de presentación para su párroco.

12) Es igualmente conveniente, si fue de buena conducta, inscribirlo entre los Cooperadores salesianos y presentarlo a alguna sociedad católico-obrera.

Dimensión intelectual

Para que los alumnos artesanos consigan, en su aprendizaje profesional, el bagaje de conocimientos literarios, artísticos y técnicos que necesitan, se determina lo siguiente:

1) Tengan cada día, una vez terminado el trabajo, una hora de clase; y aquellos que lo necesitaren, otra hora más, por

la mañana, después de la misa de comunidad, hasta la hora del desayuno. En aquellos lugares en que las leyes exijan más tiempo, hay que adaptarse a lo prescrito.

2) Confecciónese un programa escolástico, que será seguido en todas nuestras casas de artesanos; indíquense asimismo libros de texto y de lectura.

3) *Realícese un examen previo con el objeto de clasificar a los jóvenes según su preparación cultural.* Su instrucción sea confiada a maestros hábiles.

4) Cada semana, un superior les dará una clase de urbanidad.

5) Ninguno sea admitido a clases especiales, como dibujo, lengua francesa, música instrumental, etc., si no tiene bien asimilada la enseñanza elemental.

6) Al final del curso haya un examen para calificar el aprovechamiento de cada uno y premiar a los más aventajados.

7) Cuando, al terminar su aprendizaje, un joven deje el colegio, entréguesele un certificado en que se haga constar con toda claridad su aprovechamiento en el oficio, su cultura y la buena conducta.

Dimensión profesional

Para que pueda ejercer su profesión con provecho, no basta que el alumno artesano conozca bien su teoría, sino que necesita haber hecho prácticas de diversos trabajos y realizarlos con habilidad. Para que conozca bien su profesión convendrá:

1) *Secundar, en lo posible, la inclinación de los jóvenes al elegir su arte u oficio.*

2) Buscar hábiles y honestos maestros, incluso con sacrificio pecuniario, a fin de que en nuestros talleres puedan realizarse los diversos trabajos con perfección.

3) El consejero profesional y el maestro dividan en cursos la serie progresiva de trabajos que constituyen el aprendizaje de un oficio, y hagan pasar a los alumnos sucesivamente por todos ellos, de modo que los alumnos, al terminar, tengan pleno conocimiento y dominio.

4) No se puede determinar la duración del aprendizaje, pues no todos los oficios exigen el mismo tiempo para aprenderlos, pero, por regla general, pueden señalarse cinco años.

5) En cada escuela profesional, con ocasión de la distribución de premios, hágase anualmente una *exposición* de los trabajos realizados por nuestros alumnos y, cada tres años, há-

gasc una exposición general en la que tomen parte todas nuestras escuelas profesionales.

Para alcanzar habilidad y destreza en la realización de los trabajos, convendrá:

a) dar semanalmente a los jóvenes dos notas distintas: de trabajo y de conducta;

b) distribuir el trabajo a destajo, fijando un tanto por ciento al joven de acuerdo con un sistema preparado por la comisión oportuna [esta norma pronto se constató contraproducente];

c) el taller del noviciado para artesanos esté bien provisto del material que necesita, para que éstos se perfeccionen en las diversas profesiones; tengan los mejores maestros salesianos.

TERCERA PARTE

FUNDADOR

1. Sociedad de San Francisco de Sales.
2. Instituto de Hijas de María Auxiliadora.
3. Cooperadores salesianos.
4. Antiguos alumnos.
5. Devotos de María Auxiliadora
6. Primeros misioneros salesianos.
7. Actividad editorial.

1. *SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES*

Realidad compenetrada con la obra de don Bosco

La historia de la Sociedad salesiana va unida a don Bosco desde su primer sueño de los nueve años.

En los salesianos adquieren expansión y continuidad las ideas del fundador. En las *Memorias del Oratorio* ya vimos sus planes en estado naciente y su acción viva y fluida, sin moldes prefabricados. Si las *Memorias* reflejan el espíritu de la Congregación, el documento-base de la Sociedad salesiana es, por su parte, el pequeño libro de las Reglas o *Constituciones,* las cuales fueron aprobadas por la Santa Sede el 3 de abril de 1874. Podrá parecer que en esas *Reglas* la vitalidad del santo queda cohibida por el esquema jurídico, lleno de artículos dedicados a la organización, semejantes a los de cualquier otro instituto. Y, sin embargo, es la obra escrita que más redacciones costó al santo. Efectivamente, a pesar del forcejeo en el ajuste a los requisitos oficiales, conserva firmes los rasgos de su personalidad espiritual.

Precede a las *Constituciones* una larga carta-introducción que ayuda a comprender el espíritu que las informa y mueve a la observancia diligente. Esta carta, libre de la concisión y la frialdad legislativa, comenta familiarmente los temas clásicos de la vida religiosa. Con todo, se resiente un tanto de la teología de su tiempo, particularmente en lo tocante al predestinacionismo en tema de vocación y de perseverancia, así como también de un cierto pesimismo al insistir en la huida del mundo. Sin embargo, dicha introducción resulta una aproximación realmente válida a las *Constituciones* y es rica en experiencia y en fervor fundacional.

La redacción de las *Constituciones* se realizó al mismo tiempo que don Bosco iba reuniendo y formando a los jóvenes que se convertirían en los primeros socios de su congregación.

Una congregación reclamada por los tiempos

La obra de don Bosco empezó propiamente el 8 de diciembre de 1841, en el Colegio Eclesiástico de Turín. Terminados

sus estudios en 1844, y pasado un año en el «Refugio» de la marquesa de Barolo, vivió un duro año de peregrinación en busca de locales para su Oratorio festivo, hasta que el 12 de abril de 1846 pudo poner pie en Valdocco, en el cobertizo anejo a la casa Pinardi. Con el tiempo, y siempre en medio de grandes apuros económicos, don Bosco iría adquiriendo la propiedad de este inmueble y la de los colindantes, hasta conseguir el imponente conjunto de la Casa Madre de Turín, presidida por la iglesia de María Auxiliadora.

El 8 de diciembre de 1847 abría el Oratorio de San Luis en Porta Nuova, y en julio de 1849, el del Angel Custodio, en Vanchiglia.

Es evidente que don Bosco no podía atender personalmente a los tres oratorios a la vez. Ni siquiera se bastaba para la multitud que acudía al principal, el de San Francisco de Sales, de Valdocco. Desde el principio contó con la ayuda de beneméritos sacerdotes y seglares, que, como es natural, tenían sus cargos, sus ocupaciones y sus planes... Su vinculación a la obra de los oratorios resultaba débil; en consecuencia, don Bosco no podía contar con ninguna de estas personas para todo y para siempre.

Hombres de gobierno y experiencia como el papa, monseñor Fransoni (arzobispo de Turín), y hasta el ministro Rattazzi, percatados del gran bien que hacía, le sugerían que fundara una sociedad religiosa, la cual debía tener por misión extender su acción beneficiosa con su mismo espíritu en otras partes y asegurar la continuidad de la obra después de su muerte.

Todas estas indicaciones no hacían sino confirmar lo que ya era persuasión del propio santo. Pero la preocupación de crear una congregación nueva se añadiría a otras muchas, no precisamente pequeñas, que ya absorbían por entonces la atención de don Bosco, como eran: atender constantemente al millar largo de chicos que se movían en sus oratorios; construir nuevos edificios donde reunir, acoger y alimentar a sus internos (de momento sólo *residentes*, en obras que pronto se convertirían en verdaderos colegios de estudiantes y artesanos, los cuales, desde 1861, se mantendrían en unos 700); llevar adelante las *Lecturas Católicas* iniciadas en 1853; seleccionar los posibles colaboradores de su obra y formarlos partiendo prácticamente de cero.

Las ilustraciones de lo alto le impulsaban también a la empresa de fundar una familia religiosa, empresa que se veía frenada por la desbandada de frailes y seminaristas en medio de

la agitación liberal, de sus decretos expoliadores y de la mala prensa dominante contra todo lo que supiera a convento.

Por cierto, era singular la situación de don Bosco ante el clero y la autoridad civil. Vencida la sorpresa inicial, por la que se le llegó a creer loco, se volvió a apreciar muchísimo su acción salvadora entre los jóvenes abandonados. Pero su apostolado aparecía precario, aventurero, desordenado, arriesgado y como algo meramente ligado a su persona; pero con pocas probabilidades de supervivencia.

Todo fue superado por el santo con invicta tenacidad a lo largo de cuarenta años de trabajo. El dirá al fin de su vida que, si hubiera visto de golpe todas las dificultades que implicaba fundar una congregación, no se hubiese sentido con fuerzas para arrostrarlas.

Primeros pasos

El primer intento de formar un grupo totalmente adicto data de 1849. En julio de aquel año empezó a preparar en latín a José Buzzetti, Gastini, Bellia y Reviglio, a los que en otoño se añadiría Angel Savio. Vistieron la sotana el 2 de febrero de 1851, pero en octubre de 1852 le dejaron todos menos el último: los dos primeros por salud, y los otros dos para integrarse en sus respectivas diócesis.

Vuelta a empezar. El 3 de octubre de 1852 visten la sotana Rocchietti y Rúa. Un año después, Francesia.

Este mismo año 1852 es importante por un documento emanado del arzobispo de Turín monseñor Fransoni y dirigido a don Juan Bosco, con fecha del 31 de marzo, en estos términos: «Juzgamos cosa justa nombraros, a todos los efectos, director y cabeza espiritual del Oratorio de San Francisco de Sales, al que queremos unir y someter los de San Luis Gonzaga y del Angel Custodio, para que la obra progrese y se amplíe en la caridad». Don Bosco había conseguido así la independencia de una posible comisión diocesana responsable de los oratorios, que intentaba formarse desde fines de 1849.

Otra fecha preliminar: el 26 de enero de 1854. Rocchietti y Rúa, Artiglia y Cagliero, que en otoño recibiría la sotana, se reúnen con don Bosco en su despacho. Dice el acta: «Se nos propuso hacer, con la ayuda del Señor y de San Francisco de Sales, una experiencia de ejercicio práctico de caridad hacia el prójimo, para llegar más tarde a una promesa y, después, si se veía posible y conveniente, convertirla en voto al Señor,

Desde aquella noche se llamó *salesianos* a los que se propusieron y se propongan tal ejercicio».

En el mismo año 1854 se incorporaba a la familia del Oratorio el sacerdote, de cuarenta y dos años, don Víctor Alasonatti, apoyo providencial para don Bosco como prefecto del internado, que por aquellas fechas iba creciendo rápidamente.

El 25 de marzo de 1855, Rúa emite votos privados ante don Bosco; poco después los hace don Alasonatti y, al año siguiente, Francesia, que es estudiante y maestro de tercero de gimnasio.

En julio de 1857, don Bosco sostiene una interesante conversación con Rattazzi. Este le da varios consejos para que su naciente sociedad no tropiece con las leyes civiles. Durante estos años (1855-57), don Bosco ha emprendido el trabajo de redactar las constituciones de aquella su sociedad, que iba creciendo imperceptiblemente. En ella, unos hacían votos privados; otros, una promesa, y otros colaboraban respondiendo a invitaciones de don Bosco, el único que apuntaba a una verdadera sociedad religiosa.

En el primer viaje a Roma (febrero-abril de 1858) tuvo tres audiencias con Pío IX. En la primera, el papa se hizo cargo del interesante apostolado que llevaba adelante aquel sacerdote turinés y le aconsejó que fundara una congregación religiosa de votos simples y que, preferiblemente, se llamara sociedad. Convenía que cuanto antes redactara unas constituciones. Don Bosco, que ya las tenía muy pensadas, se las entregaba en la segunda audiencia: eran fruto de varias elaboraciones y reelaboraciones efectuadas en los años precedentes. El papa leyó atentamente el ejemplar y se lo devolvió en la tercera audiencia, enriquecido con algunas anotaciones de su propia mano. Don Bosco prefirió esperar un poco más antes de presentarlas a la curia romana para su aprobación: convenía contrastar con la experiencia aquel código que poco a poco iba madurando. Con toda probabilidad es de este año, 1858, el manuscrito más antiguo relativo a las constituciones que se conserva en el Archivo General Salesiano, copiado por don Rúa y conteniendo enmiendas de don Bosco.

El día clave

La Sociedad salesiana empezó a existir, propiamente, el 18 de diciembre de 1859. Nueve días antes, don Bosco había convocado una reunión para plantear al grupo de veinte perso-

nas que colaboraban con él la adhesión formal a su plan de formar una comunidad. Había dado esos nueve días de tiempo para que decidieran libremente su respuesta. El acta del 18 de diciembre es expresiva; de ella sacamos lo siguiente (cf. *Annali* p.32):

«Pareció bien a los congregados organizarse en sociedad o congregación. En ella, tendiendo a la santificación propia, se proponen buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas, especialmente la de las más necesitadas de instrucción y educación». Se procedió a la elección de cargos con los que se constituiría «el cuerpo de administración de nuestra sociedad». He aquí la lista de los participantes, con los cargos asignados por votaciones sucesivas:

Juan Bosco, sac.: superior mayor;
Víctor Alasonatti, sac.: prefecto;
Angel Savio, diácono: ecónomo;
Miguel Rúa, subdiác.: dir. espir.;
Juan Cagliero: consejero 1.°;
Juan Bta. Francesia,
Francisco Provera,
Carlos Ghivarello: consejero 3.°;
José Lazzero,
Juan Bonetti: consejero 2.°;
Juan Anfossi,
Luis Marcellino,
Francisco Cerruti,
Celestino Durando,
Segundo Pettiva,
Antonio Rovetto y
César J. Bongiovanni, clérigos;
Luis Chiapale, joven seglar.

El Consejo, desde el mes siguiente, comenzó a deliberar sobre nuevas admisiones, que compensaban con creces las bajas de los que se retiraban. En junio y julio eran ordenados sacerdotes Angel Savio y Miguel Rúa. En una fecha situada entre estas dos ordenaciones, el 11 de junio de 1860, los inscritos, que ya eran 26, firmaron el ejemplar de las constituciones a presentar a monseñor Fransoni para la aprobación diocesana. Esta se retrasó más de tres años, pues el padre Durando, de la Congregación del Oratorio, asesor del arzobispo, no estaba conforme con la dispersión a que, según él, se veían sometidos los clérigos de don Bosco por tener que simultanear

el trabajo entre los jóvenes con los estudios eclesiásticos y civiles... En el entretanto, el 26 de marzo de 1862 moría monseñor Fransoni, que había comprendido a don Bosco desde el principio.

Después de una efímera presencia en la población de Giaveno, los salesianos abrían en otoño de 1863 la casa de Mirabello, con este consejo directivo: Superior, don Miguel Rúa; prefecto y ecónomo, Francisco Provera; catequista, Juan Bonetti, que sería ordenado en mayo de 1864; consejeros, Francisco Cerruti y Pablo Albera.

«Decretum laudis»

La Sociedad recién nacida necesitaba, para mayor consistencia, el refrendo público de la jerarquía. En septiembre de 1863, don Bosco reemprende las gestiones. Siendo entonces Turín sede vacante, ha de acudir al vicario capitular Zappata para la aprobación diocesana. Esta llega el 11 de febrero de 1864. Inmediatamente la manda a Roma con las cartas comendaticias de los obispos de Acqui, Cúneo, Mondoví, Susa y Casale. Constituciones y cartas se estudian diligentemente. En consecuencia, se le proponen al fundador trece observaciones que no impiden se conceda el *Decretum laudis* el 23 de julio de 1864. Pocos meses después, don Bosco recibía una cariñosa carta del papa, fechada el 13 de octubre de 1864.

Hacia la aprobación definitiva

Tras el *Decretum laudis* ya podían hacer la profesión perpetua los que estaban preparados. De los 29 profesos de entonces, diecisiete reunían ya las condiciones requeridas, por lo que fueron profesando en fechas diversas entre noviembre de 1865 y enero de 1866. Pocos meses antes había muerto el benemérito don Alassonatti, con lo que tuvo que reestructurarse el Consejo generalicio, siendo nombrados: Rúa, prefecto; Francesia, director espiritual, y Durando, consejero tercero.

Durante los primeros meses de 1868, don Bosco reúne cartas comendaticias de nuevos obispos en orden a la aprobación pontificia de la Sociedad. No resultaron satisfactorias, por diversos motivos, las de Ivrea, Pinerolo y Turín, ni tampoco se consiguió en noviembre una colectiva de los sufragáneos de Turín.

En enero de 1869, don Bosco va por tercera vez a Roma. Entrega 24 comendaticias, responde a las objeciones y vence la frialdad de los consultores con tres milagros. El primero de marzo de 1869, la Sociedad es aprobada definitivamente, pero la facultad de presentar a sus profesos para recibir órdenes de los obispos, es decir, las dimisorias, se le concede con limitación de tiempo.

El 11 de abril de 1869, don Bosco manda al Papa, que celebra sus cincuenta años de sacerdocio, un álbum firmado por 32 sacerdotes, 73 clérigos y 3.430 jóvenes.

Aprobación de las Constituciones

Aprobada la Sociedad en general, se requería un paso más: aprobar todos y cada uno de los artículos de su código, las Constituciones. Así, la Sociedad adquiriría una consistencia mucho mayor.

Emprende los trámites en el año 1872. Modifica el texto impreso en 1867 incluyendo las trece observaciones que se le hicieron en 1864 y otros elementos nuevos que aconsejó la experiencia. Monseñor Gastaldi, nuevo obispo de Turín desde el 26 de noviembre de 1871, ponía dificultades sobre la forma de realizar el noviciado y los estudios y de presentar a los socios para ser ordenados; escribe en este sentido a los obispos del Piamonte y se adelanta a informar personalmente en Roma.

Don Bosco también va a Roma el 18 de febrero de 1873. Debe preparar todo un dossier o *positio,* al que responde el consultor Bianchi con 38 observaciones, reducidas a 28 por monseñor Vitelleschi. De acuerdo con ellas, hace una segunda edición en la imprenta de Propaganda Fide.

De nuevo en Roma el 3 de febrero de 1874, conoce los nombres de quienes van a formar la comisión decisoria: los cardenales Patrizi, De Lucca, Bizzarri y Martinelli; el 7 de marzo les entrega el nuevo texto de las Constituciones y la *positio,* que incluye las comendaticias de 44 obispos y la nota de que en aquella fecha la Sociedad cuenta con 330 salesianos, 7.000 alumnos y 16 casas abiertas.

En el intervalo de las dos reuniones de la comisión (24 y 31 de marzo) prepara un reglamento del noviciado y una respuesta detallada a las dificultades señaladas por monseñor Gastaldi. La sesión del 31, que dura cuatro horas, resulta positiva. Faltaba un voto para que fuera definitiva la aprobación; el papa lo añade por su cuenta el día 3 de abril y, además,

en la audiencia que concede a don Bosco el día 8, suaviza las exigencias del noviciado y dispensa, por el momento, de la falta de edad a los consejeros de la Sociedad. El día 13 de abril se firma el decreto. En documento aparte, don Bosco recibe la facultad de expedir dimisorias por diez años. Al llegar el día 16 al Oratorio, un meteoro luminoso rubrica la importancia del paso dado.

Concesión de los privilegios

El último paso que necesitaba don Bosco para prevenir posibles tropiezos en el futuro era la consecución de los privilegios. No fue fácil, y varias veces recibió rotundas negativas. Se le pedía más tiempo de existencia, que se hiciera una relación detallada de los privilegios deseados, que no se acudiera al recurso de solicitar los mismos privilegios de otra congregación, etc.

La expansión rápida por muchas diócesis y el peligro de verse sometidos a condiciones contrarias al espíritu de la fundación pesaron decididamente, sobre todo tras la muerte de quien más se había resistido en defensa de lo que consideraba imprescriptibles atribuciones episcopales: monseñor Gastaldi.

La recomendación calurosa del cardenal Alimonda, nuevo arzobispo de Turín, fechada el 29 de febrero de 1884, no resolvió, con todo, el asunto. Hubo una fuerte resistencia por parte del cardenal prefecto de la Congregación de Obispos y Regulares. Pero, en definitiva, se impuso el parecer del papa, manifestado en la audiencia del 13 de junio. Con documento del día 28 del mismo mes, la Sociedad salesiana recibía los mismos privilegios que la congregación de los redentoristas.

A las seis de la tarde del 9 de julio de 1884, se abría en el Oratorio el sobre que contenía el decreto sobre los privilegios (firmado por el cardenal Ferrieri), en medio del estampido de cuatro singulares truenos. Don Bosco había anunciado en la misma fecha y hora, cuatro años antes, cuatro truenos y cuatro lluvias simbólicas: una de espinas, una nueva de capullos, otra de flores y, por fin, una de rosas. De nuevo la rúbrica del cielo tras largos años que fueron para don Bosco de pruebas espirituales dolorosísimas.

Entre todos los privilegios alcanzados, el más necesario, con mucho, era el que suponía la facultad de dar dimisorias, es decir, de presentar a sus miembros a recibir órdenes sagradas ante cualquier obispo sin necesidad de someterse a con-

diciones que dificultaran su vocación a la Sociedad. Con este privilegio, la Congregación salesiana se clasificaba entre las exentas.

Los salesianos, a la muerte de don Bosco, eran 773, más 276 novicios, distribuídos en 62 casas y en nueve naciones. Las estadísticas de 1976 cuentan 17.633 salesianos en 1.532 casas y 74 naciones. En otras tres naciones se hallan dispersos a causa de la persecución.

Nuestra edición

Traducimos la segunda edición italiana, que preferimos a la primera porque nos da la introducción completa tal como la han tenido los salesianos hasta las vísperas del Capítulo general especial de 1971. Hemos preferido traducir este texto y no el latino aprobado por Roma para reproducir el que don Bosco quiso poner en manos de cada salesiano, tal y como él lo dispuso.

Señalamos unos pequeños cambios, introducidos en la presente edición para hacerla más práctica:

1) Supresión de la carta de San Vicente de Paúl, del 15 de enero de 1650. Son nueve páginas anteriores al articulado.

2) Supresión del formulario de la profesión. Se trata de cinco páginas que preceden al artículo conclusivo.

3) Adición, entre corchetes, de una numeración continua que empieza con los temas de la introducción y sigue con el articulado.

4) Dos cambios de orden en los temas introductorios, conformándolo al más lógico seguido en las ediciones posteriores. En la edición de 1877, el tema [13] está tras el [8], y el [15] tras el [12].

Bibliografía

E. Ceria, *Annali della Società Salesiana. I. Dalle origini alla morte di San Giovanni Bosco* (Torino 1941).

Id., *Profili dei capitolari salesiani morti dall'anno 1865 al 1950*, con *sintesi storica della Società Salesiana e cenni storici delle Regole* (Colle Don Bosco 1951).

P. Braido, *Religiosi nuovi per il mondo del lavoro* (Roma 1961).

Las Reglas primitivas presentadas por don Bosco a Pío IX en 1858 se hallan en *MB* 5,931-940. Los textos latinos de 1874 (el aprobado y el editado con los retoques de los latinistas, en páginas enfrentadas) en *MB* 10,956-993.

Fedeltà e rinnovamento. Studi sulle Costituzioni salesiane (Roma 1974). Especialmente interesante: *Le Costituzioni Salesiane fino 1888*, P. STELLA, p.15-54.

F. DESRAMAUT, *Les Constitutions salésiennes de 1966. Commentaire historique* (Roma 1969), 2 vols. Del mismo autor se pueden hallar estudios sobre algunos capítulos de las mismas en los volúmenes en colaboración *Colloqui sulla vita salesiana* 1-7,

Después del concilio Vaticano II, en el Capítulo general especial de 1971-72, las Constituciones salesianas han sido profundamente reelaboradas, recogiendo las líneas de pensamiento de las actas de dicho Capítulo. Sobre las mismas: J. AUBRY, *Un camino que conduce al amor*. Comentario a las Constituciones renovadas (Madrid 1974).

Reglas o Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales

según el decreto de aprobación del 3 de abril de 1874
(Turín 1877)

[Introducción]

Muy queridos hijos en Jesucristo:

Nuestras Constiuciones fueron definitivamente aprobadas por la Santa Sede el 3 de abril de 1874.

Este acontecimiento debe ser saludado por nosotros como uno de los más gloriosos para nuestra Sociedad, pues él nos asegura que en *la observancia de nuestras Reglas nos apoyamos sobre bases estables, firmes y podemos decir infalibles,* puesto que infalible es el juicio del supremo jerarca de la Iglesia que las ha sancionado.

Pero, por grande que sea la importancia de esta aprobación, produciría poco fruto si tales reglas no fuesen conocidas y fielmente observadas. Para que cada uno pueda, pues, cómodamente conocerlas, leerlas, meditarlas y practicarlas he juzgado conveniente presentároslas traducidas del original.

Creo, además, de verdadera utilidad haceros notar algunos *puntos prácticos que os facilitarán el conocimiento del espíritu en que están informadas las Reglas* y os ayudarán a observarlas con amor y diligencia.

Hablo con el lenguaje del corazón y expongo brevemente lo que la experiencia me hace juzgar oportuno para vuestro provecho espiritual y para bien de toda nuestra Sociedad.

[1] Entrada en religión

De tres modos combate a los hombres el enemigo del humano linaje, a saber: con los placeres o terrenas satisfacciones, con los bienes temporales, especialmente con las riquezas, y con el abuso de la libertad. *Todo lo que hay en el mundo*—dice el apóstol San Juan—*es concupiscencia de carne, concupiscencia de ojos y soberbia de vida* (1 Jn 2,16).

¿Cómo, pues, librarnos de estas peligrosas cadenas con que incesantemente el demonio intenta aprisionarnos y arrastrarnos a la perdición? Sólo la vida religiosa nos puede suministrar las armas para combatir a estos tres enemigos formidables. El cristiano que desea asegurar la salvación de su alma, abrazando el estado religioso hace pedazos de un golpe esas cadenas y desbarata a estos enemigos.

Con el voto de castidad renuncia a todas las satisfacciones sensuales; con el de pobreza líbrase de las grandes trabas de los bienes temporales, y con el de obediencia enfrena la propia voluntad y se pone, por consiguiente, al abrigo de abusar de ella.

Por esta razón, el que abandona el mundo para entrar en una congregación religiosa se asemeja a los que en tiempo del diluvio se salvaron en el arca de Noé. Vivimos en el mundo como en un mar borrascoso, agitado por la iniquidad y la malicia, que se ven llevadas en triunfo por doquiera. *Todo el mundo está puesto en el maligno,* dice el citado apóstol (1 Jn 5,19).

El religioso es semejante al que se refugia en una nave y, entregándose al cuidado del experto capitán, descansa tranquilo aun en medio de las borrascas. Encuéntrase el religioso en una fortaleza defendida por el Señor. *Cuando el fuerte armado*—dice el Salvador—*guarda su atrio, en paz están todas las cosas que posee* (Lc 11,21).

Es tanta la paz y tranquilidad que se goza en esta mística fortaleza, que, si Dios la diese a conocer y a gustar a los que viven en el mundo, veríase a los hombres todos huir del siglo y asaltar los claustros para concluir allí sus días. «De intento —escribe San Lorenzo Justiniano—ocultó Dios la gracia del estado religioso; porque, si su felicidad fuera conocida, todos, abandonando el mundo, a porfía la abrazarían».

[2] Importancia de seguir la vocación

Dios misericordioso, infinitamente rico en gracias, señala a cada hombre su camino desde su nacimiento y, si lo sigue, puede alcanzar muy fácilmente su eterna salvación. El que toma este camino y no se separa de él, cumple sin gran esfuerzo la voluntad de Dios y encuentra la paz. De lo contrario, corre grave peligro de no obtener después las gracias necesarias para salvarse.

Por eso el padre Granada llama a la elección de estado la rueda maestra de la vida. Así como, en los relojes, rota la rue-

da maestra, queda inútil todo el mecanismo, así, en el orden de nuestra salvación, equivocado el estado, toda la vida andará errada, como dice San Gregorio Nacianceno; si nosotros queremos asegurar la salud eterna, es necesario que nos resolvamos a seguir esta divina vocación, en la que Dios nos tiene preparados particulares auxilios.

Porque, como escribe San Pablo, *cada uno tiene de Dios su propio don* (1 Cor 7,7), o, lo que es lo mismo, según explica Cornelio a Lápide, Dios da a cada uno su vocación y le indica el estado en que debe salvarse. Este es cabalmente el orden de la predestinación descrito por el mismo Apóstol con estas palabras: *A los que predestinó, a éstos también llamó, y a los que llamó, a éstos también justificó y a éstos también glorificó* (Rom 8,30).

Conviene notar, sin embargo, que el punto de la vocación es poco entendido por el mundo. Creen los mundanos que es lo mismo vivir en el estado al que Dios los llama que vivir en el elegido por su propia voluntad; y por esto son tantos los que viven malamente y se condenan. Pero la verdad es que sobre este punto estriba nuestra eterna salvación; porque a la vocación sucede la justificación, y a ésta, la bienaventuranza.

Si no sigues tu vocación, dice San Agustín, «andas bien, pero fuera de camino»; es decir: fuera del camino a que Dios te ha llamado para salvarte. Y el Señor amenaza con grandes castigos a los que vuelven las espaldas a su llamamiento para seguir los consejos de su propia inclinación, y dice por Isaías: *¡Ay de vosotros, hijos desertores!* (Is 30,1).

Los divinos llamamientos a vida más perfecta son, ciertamente, gracias especiales y muy señaladas que Dios no concede a todos; con mucha razón, pues, se indigna contra los que las desprecian. ¡Cuánto no le ofende a un príncipe el que un vasallo llamado a su palacio para servirle más de cerca, no le obedezca! ¿Y Dios no habrá de resentirse? Comenzará el castigo del desobediente aun en esta vida mortal, en la que siempre se hallará inquieto. Por esto escribió el teólogo Habert: «No sin grandes dificultades podrá éste proveer a su eterna salvación». Será muy difícil que se salve permaneciendo en el mundo.

Es notable la visión que tuvo un novicio, al cual (según escribe el padre Pinamonti en su tratado *De la vocación victoriosa),* mientras pensaba en dejar la vida religiosa, se le apareció Jesucristo sobre un trono con el rostro airado, ordenando se borrase su nombre del libro de la vida, con lo que, aterrado aquél, perseveró en su vocación. Dice el Señor: *Por cuanto*

os llamé y dijisteis que no..., yo también me reiré en vuestra muerte y os escarneceré (Prov 1,24.26); lo cual significa que Dios no oirá los ruegos de los que desprecian su voz.

Por consiguiente, cuando Dios llama a un estado más perfecto, el que no quiera poner en peligro su salvación eterna debe obedecer y cuanto antes; de lo contrario, puede sucederle lo que a aquel joven del Evangelio, que, invitado por Jesucristo a seguirle, pidió que antes le permitiese ir a despedirse de los de su casa, y Jesús le contestó que no era bueno para el reino de Dios con estas severas palabras: *Ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás es apto para el reino de Dios* (Lc 9,62).

[3] Seguir pronto la vocación

El estado religioso es un estado sublime y verdaderamente angélico. Los que por amor de Dios y de su eterna salud sienten en su corazón el deseo de abrazar este estado de perfección y de santidad, pueden creer, sin duda alguna, que tal deseo viene del cielo, porque es demasiado generoso y está muy por encima de los sentimientos de la naturaleza.

Y no teman que les falten las fuerzas necesarias para cumplir con las obligaciones que el estado religioso impone; tengan, por el contrario, gran confianza, porque Dios, que comenzó la obra, hará que tengan perfecto cumplimiento estas palabras de San Pablo: *El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo* (Flp 1,6).

Y nótese —dice el angélico doctor Santo Tomás— que «las vocaciones a vida más perfecta deben seguirse prontamente». En su *Suma Teológica* (2-2 q.189 a.10) propone la duda de si es bueno entrar en la vida religiosa sin el consentimiento de muchos y sin larga deliberación, y responde que sí, diciendo que el consejo y la deliberación se necesitan en las cosas de bondad dudosa, pero no en ésta, que es ciertamente buena, porque la tiene aconsejada Jesucristo mismo en su Evangelio. ¡Cosa singular! Los hombres del mundo, cuando alguno quiere entrar en un instituto religioso para darse a una vida más perfecta y más segura de los peligros del mundo, dicen que se requiere para tales resoluciones mucho tiempo, a fin de asegurarse de si la vocación viene verdaderamente de Dios y no del demonio.

Pero no hablan ciertamente así cuando se trata de aceptar un cargo honorífico en el mundo, en donde hay tantos peligros de perderse. Lejos de pensar así, Santo Tomás dice que la vocación religiosa debería abrazarse aunque viniese del demonio,

porque siempre debe seguirse un buen consejo aunque nos venga de un enemigo. Y San Juan Crisostomo asegura que Dios, cuando se digna hacer semejantes llamamientos, quiere que no vacilemos ni un momento siquiera en ponerlos en practica.

En otro lugar dice el mismo santo que, cuando el demonio no puede disuadir a alguno de la resolución de consagrarse a Dios, hace cuando menos todo lo posible para que difiera su realización, teniendo por gran ganancia si logra que la difiera por un solo día y hasta por una hora. Porque después de aquel día y de aquella hora vendrán nuevas ocasiones y no le será muy difícil obtener más larga dilación, hasta que el joven llamado, hallándose más débil y menos asistido de la gracia, ceda del todo y abandone la vocación.

Por esto San Jerónimo, a los que son llamados a dejar el mundo, les da este consejo: «Te ruego que te des prisa, y antes bien cortes que desates la cuerda que detiene la nave en la playa». Con esto quiere decir el santo que, así como si uno se hallase atado a un barco y en peligro de sumergirse, no se entretendría en desatar la cuerda, sino que la cortaría; así el que se halla en medio del mundo debe inmediatamente librarse de él, a fin de evitar cuanto antes el peligro de perderse, lo cual es muy fácil.

Véase lo que escribe nuestro San Francisco de Sales en sus obras sobre la vocación religiosa: «Para tener una señal de verdadera vocación, no necesitáis experimentar una constancia sensible; basta que persevere la parte superior del espíritu; por esto no debe creerse falta de verdadera vocación la persona llamada que, antes de realizarla, no siente aquellos afectos sensibles que sentía en un principio; sino que, por el contrario, siente repugnancias y desmayos que acaso le hagan vacilar, pareciéndole que todo está perdido.

»No; basta que la voluntad siga constante en no querer abandonar el divino llamamiento, que quede algún afecto hacia él. Para saber si Dios quiere que uno sea religioso, no es necesario aguardar que el mismo Dios le hable o que desde el cielo le envíe un ángel para manifestar su voluntad. Ni tampoco es necesario un examen de diez doctores para resolver si la vocación debe o no seguirse; lo que importa es corresponder a ella y acoger el primer movimiento de la gracia sin preocuparse de los disgustos o de la tibieza que puedan sobrevenir; porque, haciéndolo así, Dios procurará que todo redunde a su mayor gloria».

[4] Medios para conservar la vocación

La vocación al estado religioso puede considerarse como la perla preciosa del Evangelio, que debemos guardar con gran celo y con la mayor diligencia. El doctor de la Iglesia San Alfonso propone la práctica de tres medios para no perderla, y son: *secreto, oración y recogimiento.* He aquí lo que dice el santo:

«Ante todo, hablando en general, es necesario que la vocación se tenga secreta a todos, excepto al director espiritual; porque los demás, ordinariamente, no tienen escrúpulo de decir a los jóvenes llamados al estado religioso que en todas partes, y aun en el mundo, se puede servir a Dios. Sí, en todas partes puede servir a Dios el que no es llamado a la vida religiosa, pero no así el que, siendo llamado a ella, quiere quedarse en el mundo; es muy difícil que éste lleve buena vida y sirva a Dios.

»Especialmente, empero, conviene ocultar la vocación a los amigos y a los padres. Opinión fue de Lutero, como refiere Belarmino, que los hijos pecan entrando en la vida religiosa sin el consentimiento de sus padres; porque decía que los hijos están obligados a obedecerles en todo. Mas esta opinión ha sido comúnmente combatida por los concilios y por los Santos Padres. El concilio X de Toledo (cap. último) dijo expresamente que les es lícito a los hijos hacerse religiosos sin licencia de sus padres, siempre que hayan cumplido los catorce años. Lo mismo se decretó en el concilio Tiburtino (cap.24), y ésta es también la doctrina de San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Bernardo, Santo Tomás y otros, con San Juan Crisóstomo, el cual, hablando en términos generales, escribe: *Cuando los padres impiden las cosas espirituales, ni siquiera deben ser reconocidos como padres.*

»Muy acertadamente añade el padre Pinamonti que los padres no tienen experiencia alguna en estas cosas, antes bien suelen tener intereses temporales que les hacen aconsejar lo contrario, y por esto se convierten en enemigos. Santo Tomás, hablando de las vocaciones religiosas, dice: *Cuando se trata de la vocación, los padres no son amigos, sino enemigos, según la sentencia del Señor, que dice: 'Enemigos del hombre son sus propios domésticos'.*

»Los padres prefieren ver a sus hijos condenarse a su lado antes que salvarse lejos de ellos; por esto exclama San Bernardo: *¡Oh padre sin entrañas!, ¡oh madre cruel!, cuyo con-*

suelo es la muerte del hijo; que prefieren verlos perecer con ellos antes que reinar sin ellos. San Cirilo, comentando las palabras de Jesucristo a aquel joven indicado en el Evangelio: *Ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás es apto para el reino de Dios,* dice que el que pide tiempo para consultar su vocación con los parientes es cabalmente aquel a quien el Señor declaró no apto para el cielo: *Vuelve la vista atrás el que dilata la ejecución para conferir antes con sus parientes.*

»Por esto vemos a muchos santos salir de su casa sin decir nada a sus padres. Así lo hicieron los santos Tomás de Aquino, Francisco Javier, Felipe Neri, Luis Beltrán, santas Clara y Teresa y muchísimos otros, y sabemos que el Señor aprobó hasta con milagros estas gloriosas fugas. Cuando San Pedro de Alcántara, huyendo de la casa de su madre, a quien como viuda debía va entera obediencia, se dirigía al monasterio para hacerse religioso, un gran río le estorbaba el paso, y, encomendándose a Dios, se halló de repente trasladado a la otra orilla.

»De la misma manera, San Estanislao de Kostka, huyendo de su casa para hacerse religioso sin licencia de su padre, fue perseguido por su hermano en una carroza a todo escape, y cuando va se hallaba próximo a darle alcance, los caballos hicieron alto, y aunque fuertemente castigados, no quisieron dar ni un paso más, hasta que, vueltos en dirección a la ciudad, emprendieron la carrera a rienda suelta.

»En segundo lugar hay que tener presente que las vocaciones se conservan sólo con la *oración. El que deja la oración dejará ciertamente la vocación; es necesario orar, y orar mucho;* por esto, además de hacer media hora de oración por la mañana y por la tarde, hágase irremisiblemente todos los días la visita al Stmo. Sacramento y a María Stma. para obtener la perseverancia en la vocación, y no deje el religioso de comulgar varias veces a la semana. Medite a menudo sobre la vocación, considerando cuán grande es el favor que Dios le ha hecho llamándole a sí. Cuanto más fiel se conserve en seguirla, tanto más segura tendrá su salvación eterna; por el contrario, ¡cuán grande es el peligro de condenarse a que se expone si es infiel!

»En tercer lugar es indispensable el *recogimiento,* y éste no se podrá alcanzar sin el alejamiento de las conversaciones y diversiones del mundo. ¿Qué se requiere en el siglo para perder la vocación? Nada; bastará un día de recreo, un dicho de un amigo, una pasión poco mortificada, una aficioncilla, un pensamiento de temor, un disgusto no reprimido. El que no abandona los pasatiempos debe estar convencido de que indudable-

mente perderá la vocación. Quedará con el remordimiento de no haberla seguido, pero seguramente no la seguirá. ¡Cuántos, ay, por no reparar en esto, han perdido la vocación y después su alma! » Hasta aquí San Alfonso, doctor de la Iglesia.

[5] Ventajas temporales

Cada uno debe entrar en religión guiado únicamente por el pensamiento de asegurar su salvación eterna; sin embargo, podemos además estar tranquilos de que en esta bendita fortaleza Dios proveerá lo necesario para la vida temporal.

En las corporaciones religiosas, cada individuo es miembro de una gran familia, que tiene por cabeza a Jesucristo, representado en la persona del superior. No os preocupéis, dice él mismo, de lo que necesitáis para comer, beber y vestir. Sed solícitos únicamente del reino de los cielos y de las obras que a él conducen, y todo lo demás dejadlo al cuidado del Padre celestial. *Buscad,* son sus palabras, *buscad primeramente el reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas* (Mt 6,33).

Y, en efecto, en nuestra misma Sociedad, que nada posee, ¿nos ha faltado alguna cosa necesaria para la vida?

Con la ayuda de esta amorosa Providencia hemos podido fundar iglesias y casas, proveerlas de lo necesario y atender a los alumnos en ellas asilados. Muchos hicieron sus estudios, otros aprendieron el arte u oficio que les convenía, y esto sin que jamás haya faltado cosa alguna para albergarnos, alimentarnos y vestirnos, así en estado de salud como en tiempo de enfermedad. Es más, hemos iniciado ya las misiones en América, hecho varias expediciones de obreros evangélicos y estamos preparando otras.

Y no sólo el nuestro, sino todos los institutos religiosos y congregaciones eclesiásticas, y señaladamente las órdenes mendicantes, han experimentado siempre los amorosos cuidados de la divina providencia.

Dice un santo que, si el religioso abandona una casa, adquiere ciento, y si deja un hermano, encuentra mil. En caso de enfermedad puede fácilmente cambiar de aires y trasladarse a donde más le convenga: a la llanura, a las montañas o a orillas del mar; cosas que, estando en el mundo, no hubiéramos podido tener ni siquiera en medio de las personas más queridas.

[6] Ventajas espirituales

Pero nosotros no queremos entregarnos a Dios por los bienes miserables de la tierra; nosotros vamos en busca de los bienes espirituales, bienes no sujetos al robo y a la violencia; queremos bienes que nos sirvan para la vida futura y que un día nos pongan en posesión de los goces del cielo.

San Bernardo (en *Bienes de la vida religiosa)* nos traza un breve pero claro concepto de la vida en religión con estas palabras: *El hombre vive con mayor pureza, cae más raras veces, se levanta más pronto, anda con mayor cautela, cae sobre él más a menudo el rocío de la gracia, descansa más seguro, muere con mayor confianza, el purgatorio es más breve para él, será remunerado con mayor largueza.* Demos de ellas una breve explicación.

Vive con mayor pureza.—El hombre que se consagra a Dios en la vida religiosa se deshace de todos los embrollos y lisonjas del mundo; por eso vive con mayor pureza de corazón, de voluntad y de obras; y, por consiguiente, todas sus acciones y palabras llegan a Dios ofrecidas espontáneamente con pureza de cuerpo y limpieza de corazón; lo cual, si no imposible, es sin duda muy difícil para los que viven en el mundo.

Cae más raras veces.—La profesión religiosa no hace al hombre impecable, pero le suministra medios prácticos que impidan la caída o que la hagan más rara, y sólo en cosas ligeras, defectos o venialidades, en que las mismas almas justas caen muchas veces al día (Prov 24,16).

Se levanta más pronto.—El que vive en el mundo, si por desgracia incurre en alguna cosa grave, se halla solo y no tiene quien le ayude, y antes bien es objeto de burla y de desprecio si trata de levantarse. Por esto dice el Espíritu Santo: *¡Ay del solo, que cuando cayere no tiene quien lo levante!* (Ecle 4,10). Pero en la vida religiosa, si alguno desgraciadamente cae, pronto tiene quien le ayude: las reglas, las prácticas de piedad, el ejemplo de los hermanos, los estímulos y consejos de los superiores, todo contribuye a hacerlo levantar. *Si uno cayere, lo sostendría el otro* (Ecle 4,10). «Los hermanos ayudan a levantar al caído», dice Santo Tomás.

Anda con mayor cautela.—Vive en una fortaleza custodiada por el Señor. Mil medios vienen en su ayuda para defenderlo y asegurarle la victoria en las tentaciones.

Cae sobre él más a menudo el rocío de la gracia.—Ha renunciado al mundo con todas sus vanidades. Mediante la observancia de los votos religiosos, ocupado únicamente en lo que se refiere a la mayor gloria de Dios, merece a cada instante favores especiales y las bendiciones del cielo.

Descansa más seguro.—El que vive en el mundo, de grado o por fuerza tiene que probar a menudo las inquietudes y amarguras de que está llena la vida; pero el que se aleja de los negocios temporales, puede ocuparse libremente en el servicio del Señor, dejando el cuidado de lo presente y de lo porvenir en manos de Dios y de los superiores, que hacen sus veces. Si observa fielmente la santa regla, puede gozar de un paraíso anticipado.

Muere con mayor confianza de su eterna salvación.—Espanta a los mundanos el momento de la muerte, por el recuerdo de lo que gozaron y han de abandonar, y de lo cual muy pronto han de dar cuenta en el tribunal del Señor. Pero el que todo lo abandonó para entregarse a Dios y renunció a todos los goces de la tierra con la esperanza del premio celestial, no siente ya afición alguna a las cosas de la tierra; por esto su único deseo es salir de este valle de lágrimas para volar al seno del Creador. Además de esto, la tranquilidad de conciencia, los sacramentos y los demás consuelos religiosos que se reciben, la asistencia y oraciones de los hermanos, le harán ver en la muerte el término de aquellos trabajos que deben abrirle las puertas del cielo.

El purgatorio es más breve para él.—Las indulgencias ganadas, el mérito de los sacramentos, los sufragios que en muerte y después de ella se harán por él en toda la congregación, le aseguran que poco o nada ha de permanecer en el purgatorio. *Bienaventurados aquellos que, muertos para el mundo, mueren para el Señor* (Ap 14,13), dice el Espíritu Santo. Porque—dice San Bernardo—*sólo hay un paso de su celda al cielo.*

Será remunerado en el cielo con mayor largueza.—Si el que da un vaso de agua fresca por amor del Padre celestial tendrá su recompensa, ¿qué premio no hallará en el paraíso el que abandona el mundo, renuncia a todas las satisfacciones terrenales y da su vida y su hacienda para seguir al divino Maestro? Además, las penitencias y oraciones hechas, los sacramentos recibidos, las almas salvadas con su buen ejemplo y sus trabajos, y los muchos sufragios que se seguirán haciendo en la congregación, le colocarán sin duda en un majestuoso trono de glo-

ria, donde, en presencia de Dios, brillará como sol luminoso por toda la eternidad (Mt 13,43).

[7] Los votos

La primera vez que el sumo pontífice Pío IX habló de la Sociedad salesiana dijo estas palabras: *En toda Congregación o Sociedad religiosa son necesarios los votos para que todos los miembros estén ligados al superior con vínculos de conciencia, y éste, a su vez, con sus súbditos, a la cabeza de la Iglesia, y, por consiguiente, al mismo Dios.*

Nuestros votos, por lo tanto, pueden llamarse cuerdecillas espirituales que nos ligan a Dios y ponen en manos del superior la propia voluntad, los bienes, nuestras fuerzas físicas y morales, a fin de que entre todos hagamos un solo corazón y una sola alma, para promover la mayor gloria de Dios según nuestras constituciones, que es precisamente lo que la Iglesia nos invita a hacer cuando dice en sus oraciones: *A fin de que sea una la fe de los entendimientos y la piedad de las acciones.*

Los votos son un generoso ofrecimiento que aumenta en gran manera el mérito de nuestras obras. San Anselmo dice que una buena obra sin voto es como el fruto de una planta. El que la hace con voto, ofrece a Dios la planta y el fruto. San Buenaventura compara las obras hechas sin el voto al que ofrece el rédito, pero no el capital. Pues con el voto se ofrecen a Dios el uno y el otro; y no es esto sólo, pues todos los Santos Padres convienen en que la acción hecha con voto tiene doble mérito, porque, de un lado, está el mérito de la buena obra, y de otro, el de haber cumplido el voto.

El acto de la emisión de los votos religiosos, como nos enseña Santo Tomás, nos devuelve la inocencia bautismal; es decir, nos deja como si acabáramos de recibir el bautismo. Acostumbran también los doctores de la Iglesia a comparar con el martirio los votos religiosos, diciendo que es tanto el mérito del que hace los votos como el del que recibe el martirio, porque lo que a éstos falta en intensidad lo tienen en duración.

Pues, si los votos religiosos aumentan tanto el mérito de nuestras obras y las hacen tan agradables a Dios, debemos hacer todo lo posible para observarlos perfectamente. El que no se sienta con fuerzas para guardarlos, no debe hacerlos o, al menos, conviene que difiera su emisión hasta que sienta en su corazón un firme propósito de observarlos. De otro modo, hace a Dios una promesa necia e infiel, que no puede menos de des-

agradarle. Porque, como dice el Espíritu Santo: *Desagrada a Dios la promesa infiel y necia* (Eclc 5,3). Preparémonos, pues, bien a esta heroica consagración, y, una vez verificada, procuremos mantenerla aun a costa de prolongados y grandes sacrificios: *Cumple al Altísimo tus votos* (Sal 49,14). Así nos lo manda él mismo.

[8] Obediencia

En la verdadera obediencia está el complemento de todas las virtudes, dice San Jerónimo. «Toda la perfección religiosa consiste en la abdicación de la propia voluntad, o sea, en la práctica de la obediencia», según San Buenaventura. *El hombre obediente*, dice el Espíritu Santo, *cantará victoria* (Prov 21,28, Vulgata). San Gregorio Magno infiere de esto que *la obediencia conduce a la posesión y conservación de todas las demás virtudes.*

Pero esta obediencia debe ser según el ejemplo de nuestro Salvador, que la practicó aun en las cosas más difíciles, hasta la muerte de cruz (Flp 2,8); también nosotros, si lo exigiere la gloria de Dios, debemos obedecer hasta dar la vida. Cúmplanse, pues, con exactitud así las órdenes expresas de los superiores como las reglas de la Congregación y las costumbres especiales de cada casa.

Si, por acaso, le ocurre a alguno caer en falta, procure afablemente pedir excusa a aquel a quien hubiere desobedecido. Este acto de humildad nos ayuda a obtener inmediatamente el perdón de la falta cometida, nos alcanza gracia del Señor para lo sucesivo y nos pone en guardia para no recaer en la transgresión.

El apóstol San Pablo, al paso que encarece esta virtud, añade: *Obedeced a vuestros superiores, sed sumisos a sus órdenes, porque los superiores deben velar como si debieran dar cuenta a Dios de las cosas que se refieren al bien de vuestras almas. Y sea vuestra obediencia pronta y voluntaria, a fin de que puedan cumplir su oficio de superiores con alegría y no entre suspiros y sollozos* (Heb 13,17).

Notad bien que hacer sólo las cosas que nos agradan y complacen no es verdadera obediencia, sino halago de la propia voluntad. La verdadera obediencia, que nos hace queridos de Dios y de los superiores, consiste en hacer de buena gana cualquier cosa de las que mandan nuestras Constituciones o nues-

tros superiores: pues, como escribe San Pablo: *Dios ama al que alegremente da* (2 Cor 9,7).

Consiste asimismo en mostrarse sumiso aun en las cosas más difíciles y contrarias a nuestro amor propio, y en acometerlas con valor, aunque nos cuesten penas y sacrificios. La obediencia en estos casos es, a la verdad, más difícil, pero también mucho más meritoria, y nos conduce a la posesión del reino de los cielos, según estas palabras del Salvador: *El reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen lo arrebatan* (Mt 11,12).

Si vosotros cumplís la obediencia del modo indicado, os puedo asegurar, en nombre del Señor, que pasaréis en la Congregación una vida tranquila y feliz. Pero al mismo tiempo debo advertiros que desde el día en que, dejando a un lado la obediencia, obréis sólo según vuestro capricho, comenzaréis a sentiros pesarosos de vuestro estado.

Si en las varias congregaciones religiosas se hallan descontentos y hasta algunos para quienes la vida de comunidad es de gran peso, obsérvese con atención, y se verá que esto proviene de la falta de obediencia y sujeción de la propia voluntad. El día en que os asalte el tedio, reflexionad sobre este punto y sabed aplicaros el remedio.

[9] Pobreza

Si no dejamos el mundo por amor, un día lo tendremos que dejar por fuerza. Por lo tanto, los que en el curso de esta vida mortal lo abandonan voluntariamente, reciben gracias centuplicadas aquí en la tierra y un premio eterno en el cielo. Por el contrario, el que no tiene la resolución de hacer este sacrificio voluntario, a la fuerza lo hará en el trance de la muerte, pero sin recompensa, antes bien, con la obligación de dar estrecha cuenta de los bienes que acaso hubiere poseído.

Es verdad que *nuestras constituciones permiten la posesión y el uso de todos los derechos civiles;* pero entrando en la Congregación no se puede ya ni administrar las cosas propias ni disponer de ellas sin consentimiento del superior y en los límites por él determinados; de suerte que, en la Congregación, es uno literalmente considerado como si nada poseyera, habiéndose hecho pobre para llegar a ser rico en Jesucristo. De este modo sigue el ejemplo de nuestro Salvador, que nació en la pobreza, vivió en la privación de todos los bienes y murió desnudo en una cruz.

Oigamos lo que dice el divino Maestro: «El que no renun-

cia a todo lo que posee, no es digno de mí ni puede ser mi discípulo». Y a aquel que quiso seguirle: «Ve, le dijo, vende primero lo que posees en el siglo y dalo a los pobres, y ven y sígueme, y tendrás asegurado un tesoro en el cielo».

A sus discípulos les decía que no tuviesen más que un vestido y que no se ocupasen de lo que hubieran de necesitar para la vida durante el curso de su predicación. Y, en efecto, no se lee que Jesús, sus apóstoles o alguno de sus discípulos poseyeran en particular ni muebles, ni alhajas, ni casas, ni campos, ni haciendas, ni provisiones, ni bienes de esta naturaleza.

San Pablo dice muy claramente que los que siguen a Cristo, adondequiera que vayan y en todo lo que hagan deben estar satisfechos con el alimento estrictamente necesario para vivir y la ropa indispensable para cubrirse. *Teniendo, pues, con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, contentémonos con esto* (1 Tim 6,8).

Todo lo que excede de lo necesario para comer y vestir, es para nosotros superfluo y contrario a la vocación religiosa. Es cierto que a veces deberemos sufrir algunas privaciones en los viajes, en los trabajos o en tiempo de salud o de enfermedad; que acaso ni el vestido, ni el alimento u otras cosas serán de nuestro gusto, pero precisamente en estos casos es cuando debemos recordar que hemos hecho profesión de pobreza y que, si queremos merecer y recibir el premio, es preciso que suframos las consecuencias.

Guardémonos bien de un género de pobreza muy reprobado por San Bernardo. *Hay algunos,* dice, *que se glorían de llamarse pobres, pero evitan los compañeros de la pobreza. Otros hay que quieren ser pobres con tal que nada les falte.*

Si, por lo tanto, nuestro estado de pobreza nos da ocasión de sufrir y pasar alguna incomodidad, regocijémonos con San Pablo, que se consideraba colmado de alegría en medio de sus tribulaciones (2 Cor 7,4). O bien hagamos lo que los apóstoles, que se hallaban inundados de gozo cuando volvían del sanedrín, porque allí se habían hecho dignos de padecer desprecios por el nombre de Jesús (Act 5,41).

Es cabalmente este género de pobreza el que tiene prometido y asegurado el reino de los cielos por el divino Redentor: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos* (Mt 5,3). Indudablemente, el vivir en este estado, el alojarse de buena gana en una habitación incómoda y provista de muebles mezquinos, el usar vestidos humildes y comidas ordinarias, honra grandemente a quien ha hecho voto de pobreza, porque le hace semejante a Jesucristo.

Forma parte también de la pobreza el no causar desperfectos, el tener cuidado de los libros, de los vestidos, del calzado, el no avergonzarse de utilizar objetos ya gastados, o llevar ropas viejas, remendadas o algo deterioradas.

[10] Castidad

La virtud sumamente necesaria, la virtud grande, la virtud angélica, a la cual forman corona todas las demás, es la virtud de la castidad. El que la posee puede aplicarse las palabras del Espíritu Santo: «Me vinieron todos los bienes juntamente con ella» (Sab 7,11). *El Salvador asegura que los que poseen este tesoro inestimable se hacen semejantes a los ángeles de Dios aun en esta vida* (Mt 22,30).

Pero este cándido lirio, esta rosa delicada, esta perla inapreciable, es muy acechada por el enemigo de nuestras almas, porque sabe que, si logra arrebatárnosla, puede darse por arruinado el negocio de nuestra santificación. La luz se cambia en tinieblas, la llama en negro carbón, el ángel del cielo se convierte en satanás, y no queda ya virtud alguna.

Aquí, amados míos, creo que será de mucha utilidad para vuestras almas el haceros notar algunas cosas que, si las ponéis en práctica, os reportarán grandes ventajas y hasta creo poder asegurar que conservaréis en vosotros ésta y todas las demás virtudes. Recordadlo, pues:

1) No entréis en la Congregación sino después de haberos aconsejado con persona prudente, que os considere capaces de conservar esta virtud.

2) Evitad la familiaridad con personas de otro sexo, y nunca contraigáis amistades particulares con los jóvenes que la divina providencia confía a vuestros cuidados: caridad y buenas maneras con todos, pero nunca jamás apego sensible hacia alguno; *o no amar a ninguno, o amar a todos igualmente,* dice San Jerónimo hablando de esta materia.

3) Retiraos en seguida después de las oraciones de la noche, y no converséis con nadie hasta la mañana después de la santa misa.

4) Refrenad los sentidos del cuerpo. El Espíritu Santo dice claramente que *el cuerpo es el opresor del alma* (Sab 9,15). Por esto San Pablo se esforzaba en domarlo con severos castigos, aunque estuviere rendido por las fatigas, y escribía: *Castigo mi cuerpo y lo sujeto a servidumbre* (1 Cor 9,27). Os re-

comiendo una especial templanza en el comer y beber; el vino y la castidad no pueden estar juntos.

5) *Son escollos terribles de la castidad los lugares, las personas y las cosas del mundo. Huid diligentemente de ellas,* y manteneos lejos, no sólo con el cuerpo, sino con el pensamiento y el corazón. Yo no recuerdo haber leído ni oído narrar que un religioso haya ido a su casa y reportado ventaja alguna espiritual. Por el contrario, se cuentan por millares los que, no dándose por enterados y queriendo experimentar esta verdad por sí mismos, encontraron un amargo desengaño, y no pocos fueron infelices víctimas de su imprudencia y temeridad.

6) Vencedora de todo vicio y guarda fiel de la castidad es la exacta observancia de nuestras santas reglas, y especialmente de los votos y de las prácticas de piedad. La religión cristiana puede justamente compararse con una plaza fuerte, según estas palabras de Isaías: *Sión es la ciudad de nuestra fortaleza; el Salvador será puesto en ella por muro y por baluarte* (Is 26,1). Ahora bien, los votos y las reglas de una comunidad religiosa son como pequeños fuertes avanzados; la muralla, o sea, los baluartes de la religión, son los preceptos de Dios y de su Iglesia. El demonio, para hacerlos violar, pone por obra toda clase de industrias y de engaños; pero para inducir a los religiosos a quebrantarlos, procura antes derribar el parapeto y fuerte avanzado, es decir: las reglas y constituciones del propio instituto. Cuando el enemigo del alma quiere seducir a un religioso y lanzarlo a violar los divinos preceptos, comienza por hacerle descuidar las cosas más pequeñas, después las de mayor importancia; y así fácilmente le conduce a la violación de las leyes del Señor, verificándose lo que dice el Espíritu Santo: *El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá* (Ecle 19,1).

Pues bien, hijos queridos, seamos fieles en la exacta observancia de nuestras reglas si queremos ser fieles a los divinos preceptos, especialmente al sexto y al noveno. *Que nuestros cuidados vayan constantemente dirigidos con especial diligencia a la perfecta observancia de las prácticas de piedad, que son el fundamento y soporte de todos los institutos religiosos, y nosotros viviremos castos y como ángeles.*

[11] Caridad fraterna

No se puede amar a Dios sin amar al prójimo. El mismo precepto que nos impone el amor hacia Dios, nos impone tam-

bién el amor hacia nuestros semejantes; en la primera epístola de San Juan Evangelista (4,20s) leemos, en efecto, estas palabras: *Este mandamiento tenemos de Dios: que el que ama a Dios ame también a su hermano.* Y en el mismo lugar nos advierte este apóstol ser mentiroso el que dice que ama a Dios y después odia a su hermano: *Si alguno dijere que ama a Dios y aborreciere a su hermano, mentiroso es.*

Cuando en una comunidad reina este amor fraternal, y todos los socios se aman recíprocamente, y cada uno goza del bien del otro como si fuera propio, la casa viene a ser un paraíso; y se experimenta la verdad de estas palabras del profeta David: *Mirad cuán bueno y cuán gustoso es habitar los hermanos en unión* (Sal 132,1). Pero, en cuanto empiece a dominar el amor propio y a haber discordias y rivalidades entre los socios, no tardará aquella casa en convertirse en un infierno.. Mucho se complace el Señor en ver sus casas habitadas por hermanos que viven unidos sin más voluntad que la de servir a Dios y ayudarse con caridad los unos a los otros. Esta es la alabanza que hace San Lucas de los antiguos cristianos, a saber: todos se amaban de tal manera, que parecían tener un solo corazón y una sola alma (Act 4,32).

Lo que perjudica mucho a las comunidades religiosas es la murmuración, directamente contraria a la caridad. *El murmurador manchará su alma y será odiado de Dios y de los hombres* (Eclo 21,31).

Al contrario, ¡cuánto no edifica el religioso que habla bien del prójimo y sabe excusar a tiempo sus defectos! Procurad, por lo tanto, absteneros de toda palabra que sepa a murmuración, especialmente de vuestros compañeros, y más especialmente aún de vuestros superiores. También es murmuración, y peor aún, el interpretar mal las acciones virtuosas o decir que han sido hechas con mala intención.

Guardaos también de referir a los compañeros lo malo que otros hayan dicho de ellos, porque con esto nacen a veces rencillas y rencores tales, que duran por meses y años. ¡Oh, qué cuenta han de dar a Dios los murmuradores en las comunidades!

El que siembra discordias atrae sobre sí la ira de Dios (Prov 6,19). Si vosotros oyereis algo contra algún hermano, haced lo que dice el Espíritu Santo: *¿Oíste alguna cosa contra tu prójimo? Muera en ti* (Eclo 19,10).

Guardaos de zaherir a cualquier hermano, aunque lo hagáis por broma. Las bromas que desagradan al prójimo o le ofenden, son contrarias a la caridad. ¿Os gustaría ser puestos en

ridículo delante de otros como vosotros ponéis a vuestros hermanos?

Procurad también huir de las disputas. A veces por niñerías resultan contiendas, de las que se originan altercados, y aun injurias, que rompen la unidad y ofenden la caridad de un modo altamente deplorable.

Además, si amáis la caridad, procurad ser amables y corteses con todo género de personas. La mansedumbre es una virtud muy amada de Jesucristo. *Aprended de mí,* dice, *que soy manso* (Mt 11,29). En vuestras conversaciones y en vuestro trato, usad dulzura, no sólo con los superiores, sino con todos, y especialmente con aquellos que antes os ofendieron o que al presente os miran mal. La caridad todo lo soporta (1 Cor 13,7), de donde se deduce que no tendrá jamás verdadera caridad el que no quiera soportar los defectos ajenos. No hay hombre en esta tierra, por virtuoso que sea, que no tenga defectos. Si uno quiere, pues, que los demás soporten los suyos, comience por sobrellevar los ajenos y cumpla así la ley de Jesucristo, como escribe San Pablo: *Llevad los unos las cargas de los otros, y, de esta manera, cumpliréis la ley de Cristo* (Gál 6,2).

Vengamos a la práctica. Procurad, ante todo, refrenar la ira, tan fácil de inflamarse en ciertas ocasiones de oposición; guardaos de decir palabras que desagradan, y más aún de usar modales altaneros y ásperos, porque a veces aún desagradan más estos modos que las palabras injuriosas.

Cuando acaeciere que el hermano que os ha ofendido venga a pediros perdón, guardaos de recibirle con semblante adusto o responderle con palabras secas y desabridas. No; mostradle entonces afecto, buenos modales y benevolencia. Si, por el contrario, ocurriere que hubieseis ofendido a otro, apresuraos a aplacar su enojo y a alejar de su corazón todo rencor hacia vosotros. Y, según la advertencia de San Pablo, no se ponga el sol sin que de buen grado hayáis perdonado todo resentimiento y procurado la reconciliación con vuestros hermanos (Ef 4,26). Hacedlo lo más pronto posible, venciendo la repugnancia que sintáis en vuestra alma.

No os contentéis con amar a vuestros compañeros de palabra; ayudadles con toda suerte de servicios siempre que podáis, como recomienda San Juan, el apóstol de la caridad: *No amemos de palabra y de lengua, sino de obra y de verdad* (1 Jn 3,18).

También es caridad acceder a las honestas peticiones de los hermanos; pero el mayor acto de caridad es tener celo por el bien espiritual del prójimo. Cuando se os ofrezca la ocasión

de hacer el bien, no digáis nunca: «Esto no es de mi incumbencia, en esto no me quiero entrometer», porque ésta fue la contestación de Caín, el cual tuvo la osadía de responder al Señor: *¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?* (Gén 4,9).

Cada uno está obligado, pudiendo, a salvar al prójimo de la ruina. Dios mismo mandó que cada uno tenga cuidado de su semejante (Eclo 17,12, Vulgata). Procurad ayudar, por lo tanto, a todos en lo que podáis, con palabras o con obras, y especialmente con vuestras oraciones.

Es de gran estímulo para la caridad el ver a Jesucristo en la persona del prójimo y considerar que el bien hecho a un semejante nuestro lo tiene el divino Salvador por hecho a sí mismo, según estas palabras suyas: *En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí me lo hicisteis* (Mt 25,40).

Por todo lo dicho se verá cuán necesaria y cuán hermosa es la virtud de la caridad. Practicadla, pues, y obtendréis copiosas bendiciones del cielo.

[12] Prácticas de piedad

Así como los manjares alimentan y conservan el cuerpo, del mismo modo las prácticas de piedad nutren el alma, fortaleciéndola contra las tentaciones. Mientras seamos observantes en las prácticas de piedad, nuestro corazón estará en buena armonía con todos, y veremos al salesiano alegre y contento de su vocación. Por el contrario, comenzará a dudar de ella y a sufrir fuertes tentaciones en cuanto la negligencia en las prácticas de piedad empiece a abrirse paso en su corazón.

La historia eclesiástica nos enseña que todas las órdenes y todas las congregaciones florecieron y promovieron el bien de la religión mientras la piedad estuvo en vigor entre ellas, al paso que no pocas decayeron, y algunas dejaron de existir, cuando, decayendo el espíritu de piedad, cada uno empezó a *buscar sus cosas propias, y no las que son de Jesucristo* (Flp 2, 21), como de algunos cristianos ya se lamentaba San Pablo.

Por consiguiente, si nosotros amamos como hijos la gloria de nuestra Congregación, si deseamos que se propague y se conserve floreciente para bien de nuestras almas y de nuestros hermanos, tengamos particular empeño en no descuidar jamás la meditación, la lectura espiritual, la visita cotidiana al Santísimo Sacramento, la confesión semanal, la comunión frecuente y devota, el rosario de la Stma. Virgen, la pequeña abstinencia

del viernes y otras cosas semejantes; aunque cada una de estas prácticas por sí solas no parezcan de gran necesidad, contribuyen, sin embargo, eficacísimamente a la mayor solidez del gran edificio de nuestra perfección y de nuestra salvación eterna. *Si quieres crecer y llegar a ser grande a los ojos de Dios,* dice San Agustín, *comienza por las cosas pequeñas.*

La parte fundamental de las prácticas de piedad, y que en cierto modo las abraza todas, consiste en hacer todos los años los ejercicios espirituales, y todos los meses, el ejercicio de la buena muerte.

El que no pueda, por sus ocupaciones, hacer el ejercicio de la buena muerte en comunidad, hágalo por esta vez privadamente, con permiso del director; y el que por igual motivo no pueda emplear todo el día, emplee siquiera una parte, dejando para el día siguiente el trabajo que no sea estrictamente necesario; pero todos, en lo posible, sigan estas reglas:

1) A más de la meditación acostumbrada por la mañana, hágase también media hora de meditación por la tarde, o una conferencia, que versará sobre alguno de los novísimos o sobre algún punto de la Regla.

2) Hágase un examen mensual de la conciencia, y la confesión que deberán todos hacer en este día sea más diligente que de costumbre, pensando que podría ser la última de su vida, y recíbase la sagrada comunión como por viático.

3) Considérese, al menos por espacio de media hora, el adelanto o pérdida en la virtud que se haya tenido en el mes último, especialmente en lo que se refiere a los propósitos hechos en los ejercicios espirituales y a la observancia de las santas reglas, tomando resoluciones firmes de mejor vida.

4) Léanse aquel día en su totalidad, o al menos en parte, las Reglas de la Congregación. Como quiera que algunos no pueden, por sus ocupaciones, hacer esta lectura privadamente, se puede suplir leyendo las reglas en la mesa.

5) Será también muy provechoso elegir en dicho día un santo por protector del mes que comienza.

Creo que se puede dar por segura la salvación de un religioso si todos los meses se acerca a los santos sacramentos y arregla las cuentas de su conciencia como si realmente debiese partir de esta vida para la eternidad.

Si amamos, pues, el honor de nuestra congregación, si deseamos la salvación de nuestra alma, seamos observantes de nuestras reglas, seamos exactos aun en las pequeñas; porque el que teme a Dios no descuida nada de cuanto puede contribuir a su mayor gloria (Eclo 10,19, Vulgata).

[13] De la cuenta de la vida exterior y de su importancia

La confianza para con los superiores es una de las cosas que mejor conducen a la buena marcha de una congregación religiosa y a la paz y felicidad de cada uno de sus miembros.

Por ella el súbdito abre su corazón al superior, y desde luego se encuentra aliviado en sus penas interiores; cesan las ansiedades que suele acarrear el cumplimiento de los propios deberes, y los superiores pueden tomar las providencias necesarias a fin de evitar todo disgusto y descontento; pueden conocer hasta qué punto llegan sus fuerzas físicas y morales, y, en su consecuencia, darles los cargos más a propósito; y si se fuere introduciendo algún desorden, pueden inmediatamente descubrirlo y atajarlo.

Por eso precisamente está establecido que, al menos una vez al mes, cada uno conferencie con el superior. Respecto a esto dicen nuestras constituciones que cada uno debe manifestar con sencillez y prontitud las faltas exteriores que hubiera cometido contra la santa regla, su adelanto en la virtud, las dificultades que encuentra y cuanto sea necesario manifestar, a fin de que pueda, a su vez, recibir consejos y consuelos.

Los principales puntos sobre los que han de versar dichas conferencias son: 1. Salud. 2. Estudio y trabajo. 3. Si puede desempeñar bien las propias ocupaciones y cuál es la diligencia que pone en ellas. 4. Si se tiene comodidad para cumplir las prácticas de piedad y con qué diligencia se hacen. 5. Cuál es el comportamiento en las oraciones y meditaciones. 6. Con qué frecuencia y devoción se reciben los santos sacramentos y qué fruto se saca de ellos, especialmente para vencer la pasión dominante. 7. Cómo se observan los votos: si se han sentido dudas respecto a la vocación. Pero nótese bien que la cuenta de la vida exterior habrá de referirse sólo a las cosas externas y no de confesión, a no ser que el socio quisiere tratar de ellas para su aprovechamiento espiritual. 8. Si se sienten disgustos o perturbaciones internas, o indiferencia hacia alguno, y si hay confianza con los superiores. 9. Si se conoce algún desorden que debe remediarse, especialmente cuando se trata de impedir la ofensa de Dios.

He aquí algunas palabras de San Francisco de Sales sobre la cuenta de la vida exterior: «Todos los meses abrirá cada uno sencilla y brevemente su corazón al superior, y con fiel naturalidad y confianza le manifestará todos los secretos con

la misma sinceridad y candor con que un niño mostraría a su madre los rasguños y las ronchas y picaduras que le hubieren hecho las avispas; pues de este modo cada uno ha de dar cuenta no tanto de su adelanto y progreso cuanto de sus pérdidas y faltas en los ejercicios de la oración, de la virtud y de la vida espiritual, manifestando de la misma manera las tentaciones y penas interiores, no ya tan sólo para su consuelo, sino también para su humillación. *Serán felices los que practiquen ingenua y devotamente este artículo, que incluye en sí una parte de la sagrada infancia espiritual, tan recomendada por Dios nuestro Señor, de la cual nace y por la cual se conserva la verdadera tranquilidad del espíritu*».

Se recomienda encarecidamente a los directores que nunca dejen de recibir semejante cuenta de la vida exterior. Sepa, desde luego, todo hermano que, si la hace bien, con humildad y claridad perfecta, encontrará grande alivio para su corazón y un poderoso estímulo para adelantar y progresar en la virtud, y la congregación reportará de esta práctica grandes ventajas.

El punto sobre el cual recomiendo mayor claridad de conciencia es el que se refiere a la vocación; no se hagan misterios; éste es el punto más importante de todos, de él depende el rumbo que en la vida se ha de seguir. *¡Desgraciado del que esconde las dudas de su vocación o toma la resolución de salir de la sociedad sin haberse antes aconsejado muy mucho y sin el parecer del que dirige su alma! El que tal hiciere, pondría en gran peligro su eterna salvación.*

La primera razón de la importancia y necesidad de manifestarse claramente a los superiores es para que puedan gobernar y dirigir mejor a sus súbditos. El superior tiene el deber de regirlos y guiarlos, porque éste es su oficio, en esto consiste ser director y superior; ahora bien, si él no los conoce porque no se le descubren, es imposible que pueda dirigirlos y ayudarles con sus consejos y advertencias.

La segunda razón, aclaratoria de la anterior, es porque cuanto mejor conozcan los superiores a los súbditos, con tanto mayor cuidado y amor podrán ayudarles y guardar sus almas de los tropiezos y peligros en que pudieran caer, destinándolos a uno u otro cargo, poniéndolos en esta o aquella ocasión.

La tercera razón de la importancia de esta claridad y confianza con los superiores es para que éstos puedan proveer y ordenar mejor lo que conviene al cuerpo universal de la Congregación, cuyo bien y honor, junto con el de cada uno, están

obligados a procurar. Cuando uno se descubre a los superiores y les da entera cuenta de su estado, ellos, guardando con gran cuidado su honor y sin descubrir su falta, pueden tener por mira el bien universal de todo el cuerpo de la Congregación; pero, si uno no se les manifiesta claramente, pondrá acaso en peligro su honra y su alma, y aun la honra de la comunidad, que depende de la suya.

¡Oh qué contento y satisfecho queda un religioso que se ha declarado con entera franqueza a su superior y le ha manifestado todas las cosas que turban su alma! Así, cuando le encarguen algún oficio, puede poner toda su confianza en Dios, que le ha de ayudar, removiéndole los obstáculos. «Señor, podrá decir, yo no me he puesto en este cargo ni en este lugar; antes bien alegué mi insuficiencia y la debilidad de mis fuerzas espirituales para este peso. Vos, Señor, me pusisteis y me lo encomendasteis, y Vos supliréis lo que a mí me falta».

Con esta confianza dirá con San Agustín: *Señor, dadme lo que mandáis y mandadme lo que quisiereis.* De este modo parece como que obliga a Dios nuestro Señor a concederle los auxilios que le pide. Pero aquel que, reservado, oculta sus debilidades, ¿qué consuelo puede esperar? Al hacer tal o cual cosa, no le mueve ni Dios ni la obediencia, sino su propia voluntad, que le hace entrometerse; por esto no es llamado ni mandado: es un intruso y nada podrá salirle bien.

[14] Dudas sobre la vocación

El que se consagra a Dios con los santos votos hace uno de los ofrecimientos más preciosos y agradables a su divina majestad. Pero el enemigo de nuestra alma, comprendiendo que por este medio uno se emancipa de su dominio, suele turbar su mente con mil engaños para hacerle retroceder y arrojarle de nuevo a las sendas tortuosas del mundo. El principal de estos engaños consiste en suscitarle dudas sobre la vocación, a las cuales sigue el desaliento, la tibieza y, a menudo, la vuelta a este mundo, que tantas veces había reconocido traidor y que, por amor a Jesucristo, había abandonado.

Si, por acaso, amadísimos hijos, os asaltare esta peligrosa tentación, respondeos inmediatamente a vosotros mismos que, cuando entrasteis en la Congregación, Dios os había concedido la gracia inestimable de la vocación, y que si ésta os parece ahora dudosa es porque sois víctimas de una tentación, a la que disteis motivo, y que debéis despreciar y combatir como

una verdadera insinuación diabólica. Suele la mente agitada decir al que duda: *Tú podrías obrar mejor en otra parte*. Responded vosotros al instante con las palabras de San Pablo: *Cada uno en la vocación a que fue llamado, en ella permanezca* (1 Cor 7,20). El mismo Apóstol encarece la conveniencia de continuar firmes en la vocación a que cada uno fue llamado: *Y así os ruego que andéis como conviene en la vocación a que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia* (Ef 4,1s). Si permanecéis en vuestro instituto y observáis exactamente las reglas, estáis seguros de vuestra salvación.

Por el contrario, una triste experiencia ha hecho conocer que los que salieron de él las más veces se engañaron. Unos se arrepintieron, perdiendo la paz para siempre; otros cayeron en grandes peligros, y hasta hubo alguno que llegó a ser piedra de escándalo para los demás, con gran peligro de su salvación y de la ajena.

En tanto, pues, que vuestro espíritu y vuestro corazón se hallen agitados por las dudas o por alguna pasión, os recomiendo encarecidamente que no toméis deliberación alguna, porque tales deliberaciones no pueden ser conformes a la voluntad del Señor, el cual, según dice el Espíritu Santo, *no está en la conmoción* (1 Re 19,11). En estos trances os aconsejo que os presentéis a vuestros superiores, abriéndoles sinceramente vuestro corazón y siguiendo fielmente sus avisos. Sea cual fuere el consejo que ellos os dieren, practicadlo y no erraréis; que en los consejos de los superiores está empeñada la palabra del Salvador, el cual nos asegura que sus respuestas son como dadas por él mismo, diciendo: *Quien a vosotros oye, a mí me oye* (Lc 10,16).

[15] Cinco defectos que deben evitarse

La experiencia ha dado a conocer cinco defectos que pueden llamarse las cinco polillas de la observancia religiosa y la ruina de las congregaciones, y son: el prurito de reforma, el egoísmo individual, la murmuración, el descuidar los propios deberes y el olvidar que trabajamos por el Señor.

1) Huyamos del prurito de reforma. *Procuremos observar nuestras reglas sin pensar en su mejora o reforma.* «Si los salesianos, dijo nuestro bienhechor Pío IX, sin pretender mejora en su constituciones, tratan de observarlas puntualmente, su Sociedad será cada vez más floreciente».

2) *Renunciemos al egoísmo individual;* por consiguiente, jamás busquemos la utilidad privada o de nosotros mismos, sino trabajemos con gran celo por el bien común de la Congregación. Debemos amarnos, ayudarnos con el consejo y la oración, promover el honor de nuestros hermanos, no como propiedad de uno solo, sino como esencial y rica herencia de todos.

3) *No murmuremos de los superiores ni desaprobemos sus órdenes.* Cuando llegue a nuestra noticia algo que nos parezca material o moralmente malo, expongámoslo humildemente a los superiores; ellos son los encargados por Dios de velar sobre las cosas y sobre las personas, y ellos, y no otros, son los que habrán de dar cuenta de su dirección y administración.

4) *Ninguno descuide su parte.* Los salesianos, considerados en conjunto, forman un solo cuerpo, es decir, la Congregación. Si todos los miembros de este cuerpo cumplen su oficio, todo marchará con orden y a satisfacción; de lo contrario, ocurrirán desórdenes, dislocaciones, roturas, desmembraciones y, por último, la ruina del cuerpo mismo. Cumpla cada uno, por lo tanto, el oficio que se le ha confiado; pero cúmplalo con celo, con humildad y confianza en Dios, y no se acobarde si ha de hacer algún sacrificio penoso para él. Sírvale de consuelo el pensar que sus fatigas redundarán en utilidad de aquella Congregación a la cual nos hemos consagrado.

5) *En todo cargo, trabajo, pena o disgusto, no olvidemos jamás que, estando consagrados a Dios, por él sólo debemos trabajar y únicamente de él esperar la recompensa.*

Dios lleva minuciosa cuenta aun de las cosas más pequeñas hechas por su santo nombre, y es de fe que en su día las recompensará con generosidad. Al fin de nuestra vida, cuando nos presentemos ante su divino tribunal, nos mirará con rostro lleno de amor y nos dirá: *Muy bien, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor* (Mt 25,21).

[16] Amadísimos salesianos:

Todo lo que aquí se indica brevemente lo tendréis expuesto con mayor amplitud en un manual a propósito. Recibid, entretanto, estas constituciones como testamento para toda la Congregación. Recibid, además, los pensamientos que las preceden como recuerdos que, cual padre, yo os dejo antes de mi partida para la eternidad, a la que advierto me acerco apresuradamente.

Rogad al Señor por la salvación de mi alma; yo lo haré constantemente también por vosotros, a fin de que, con la observancia exacta de nuestras constituciones, podamos vivir felices en el tiempo y, por la divina misericordia, a todos nos sea dado reunirnos un día para gozar y alabar a Dios en la eterna bienaventuranza. Así sea.

Afmo. en J. C.,

JUAN BOSCO, Pbro.

Fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, 15 de agosto de 1875.

Reglas o Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales

I. Fin de la sociedad de San Francisco de Sales

[1] 1. *La Sociedad salesiana tiene por fin la perfección cristiana de sus miembros, toda obra de caridad espiritual o corporal en bien de los jóvenes, especialmente pobres,* y, además, la educación de seminaristas. La Sociedad se compone de sacerdotes, clérigos y laicos.

[2] 2. *Jesucristo empezó trabajando y enseñando;* así también los socios salesianos empezarán por perfeccionarse a sí mismos con la práctica de todas las virtudes internas y externas y con la adquisición de la ciencia; después se consagrarán al bien de los demás.

[3] 3. El primer ejercicio de caridad consistirá en *acoger a los jóvenes pobres y abandonados, y en formarlos en la santa religión católica, especialmente en los días festivos.*

[4] 4. Encontrándose con frecuencia jóvenes tan abandonados que, si no se recogen en un internado, resultan del todo ineficaces cuantos cuidados se les prodiguen, se abrirán, en cuanto sea posible, casas en las que, con la ayuda de la divina providencia, se les dará alojamiento, alimento y vestido. En ellas, *mientras se forman en la fe católica, se les preparará para un arte u oficio.*

[5] 5. Estando, por otra parte, expuestos a muy graves peligros los jóvenes que aspiran al estado eclesiástico, esta Sociedad pondrá esmerado empeño en cultivar en la piedad a los que demuestran buenas disposiciones para el estudio y se distinguen por sus buenas costumbres. *Cuando se trate de admitir jóvenes para estudiar, prefiéranse los más pobres,* precisamente porque no lo podrían realizar en otra parte, con tal de que den alguna esperanza de vocación al estado eclesiástico.

[6] 6. La necesidad de sostener la religión católica se hace sentir vivamente en el pueblo cristiano, sobre todo en las pequeñas poblaciones. Por esto, los socios salesianos se consagrarán con celo a *predicar ejercicios espirituales* para confirmar o encaminar en la piedad a los que, movidos del deseo de cambiar de vida, acuden a escucharlos.

[7] 7. Igualmente, *se esforzarán en difundir buenos libros*

entre el pueblo, usando todas las industrias que inspira la caridad cristiana. Finalmente, con la palabra y con los escritos, tratarán de oponer un dique a la impiedad y la herejía, que de tan variadas maneras intentan insinuarse entre los rudos e ignorantes. Este es el fin que se ha de perseguir con los sermones que de cuando en cuando se predican al pueblo, con los triduos, las novenas y con la difusión de los buenos libros.

II. Forma de esta Sociedad

[8] 1. *Todos los socios viven en común unidos únicamente por el lazo de la caridad fraterna y de los votos simples, que de tal manera los junta que forman un solo corazón y una sola alma para amar y servir a Dios* con la virtud de la obediencia, de la pobreza y de la castidad, y con el exacto cumplimiento de los deberes de un buen cristiano.

[9] 2. Los clérigos y los sacerdotes, aun después de los votos, podrán retener sus bienes patrimoniales y los beneficios simples; pero no podrán administrarlos ni usufructuarlos si no es de acuerdo con el rector.

[10] 3. La administración de los bienes patrimoniales, de los beneficios de cuanto se traiga a la Congregación corresponde al superior general, quien, personalmente o a través de otros, los administrará, y dispondrá de los réditos o frutos mientras el socio permanezca en la Congregación [1].

[11] 4. Al mismo superior, general o local, deberá entregar cada sacerdote el estipendio de la misa. Todos, sacerdotes, clérigos o laicos, le entregarán todo dinero o regalo que por cualquier razón llegue a sus manos.

[12] 5. Cada uno está obligado a guardar sus votos, ya sean trienales o perpetuos. No podrá ser dispensado de los mismos más que por el sumo pontífice o por el superior general en caso de ser dimitido de la Congregación.

[13] 6. Procure perseverar cada cual en la vocación hasta la muerte, recordando siempre las gravísimas palabras del divino Salvador: *Ninguno que pone la mano en el arado y mira atrás, es apto para el reino de Dios.*

[14] 7. Con todo, si alguno saliere de la Congregación, no podrá exigir ninguna compensación por el tiempo que vivió en ella. Recobrará, sin embargo, el pleno derecho sobre todos sus bienes inmuebles y también sobre todos los objetos

[1] Cada uno puede proponer libremente al superior el destino de las cosas de su propiedad, pero su uso debe ser siempre regulado por el superior.

muebles cuya propiedad se hubiese reservado al entrar en la Congregación. Pero no podrá exigir fruto alguno ni pedir cuenta de su administración por el tiempo que pasó en la Sociedad.
[15] 8. Quien trae a la Sociedad dinero, muebles o bienes de cualquier género con intención de conservar la propiedad de los mismos, debe entregar lista de todos al superior, el cual, hecha la comprobación, le entregará un recibo. Si el socio quisiere recobrar sus cosas, las que se gastan con el uso las recibirá en el estado en que se encuentren entonces, sin que pueda exigir compensación alguna.

III. Voto de obediencia

[16] 1. El profeta David rogaba a Dios que lo iluminase para poder cumplir su voluntad. Nuestro Salvador nos aseguró que él había venido a este mundo no para hacer su voluntad, sino la del Padre, que está en los cielos. Y nosotros hacemos precisamente el voto de obediencia para tener la certeza de cumplir en todo la santa voluntad de Dios.
[17] 2. Por lo tanto, *cada uno obedezca al propio superior y téngale en todo como padre amoroso y obedézcale sin ninguna reserva, con prontitud, alegría de corazón y humildad,* llevado de la persuasión de que en la cosa mandada se le manifiesta la voluntad misma de Dios.
[18] 3. Nadie se afane en pedir o rehusar. Si uno sabe que una cosa le es dañosa o necesaria, manifiéstela con reverencia al superior, el cual pondrá el mayor empeño en que se atienda a su necesidad.
[19] 4. Todos tengan gran confianza en su superior; por lo tanto, será muy útil a los socios el dar de vez en cuando a los principales superiores cuenta de la vida exterior. Manifieste, pues, cada uno con sencillez y espontaneidad las infidelidades externas a las Reglas, y, también, el progreso en la virtud, para recibir consejos y consuelos y, si es el caso, las amonestaciones necesarias.
[20] 5. Para no privarse del mérito de la virtud de la obediencia, nadie obedezca con resistencia de palabra, de obra ni de corazón. Cuanto más repugna un mandato al que lo ejecuta, tanto mayor mérito tendrá ante el Señor si lo lleva a cabo.

IV. Voto de pobreza

[21] 1. El voto de pobreza, de que se habla aquí, se refiere únicamente a la administración de cualquier bien material, no a su posesión; por lo tanto, *los que profesan en esta Sociedad conservarán el dominio de sus bienes;* pero les está prohibida en absoluto la administración de los mismos, así como la distribución y uso de sus rentas. Por otra parte, antes de profesar, deben ceder, al menos con un documento privado, la administración, el uso y el usufructo a quien quieran, o a la propia Congregación, si les parece bien. A esta cesión se puede añadir la condición de que sea revocable en cualquier momento; pero el profeso no podrá en conciencia usar del derecho de revocación sin consentimiento de la Santa Sede. Todo esto deberá observarse con respecto a aquellos bienes que el socio herede después de su profesión.

[22] 2. Sin embargo, los miembros de esta Congregación podrán disponer libremente del dominio, ya por testamento, ya con permiso del rector mayor, por otro documento público, en vida. En este último caso, con la cesión del dominio cesará la concesión hecha por él de la administración, uso y usufructo, salvo que hubiese querido que, a pesar de la cesión del dominio, durase aquella concesión durante el tiempo que juzgase oportuno.

[23] 3. Los profesos podrán cumplir, con permiso del rector mayor, todos los actos de propiedad que prescriben las leyes.

[24] 4. Los profesos no podrán apropiarse o reservarse nada de lo que adquieran por propia industria o con los medios de la Congregación. Todo deberá redundar en utilidad común de la Congregación.

[25] 5. Entra dentro del voto de pobreza el tener la celda con la mayor sencillez, procurando adornar el corazón con la virtud, y no la persona o las paredes de la casa.

[26] 6. Ninguno por ninguna razón guarde dinero dentro de casa ni fuera de ella, en su poder o en poder de otros.

[27] 7. *Tenga, por fin, cada uno su corazón desprendido de las cosas de la tierra; dese por satisfecho de lo que la comunidad le ofrece para su alimento y vestido, y nada retenga sin especial permiso del superior.*

V. Voto de castidad

[28] 1. Quien se dedica a la juventud abandonada debe tener gran empeño en adornarse de todas las virtudes. Pero *la virtud que con el mayor esmero se ha de cultivar,* la que siempre se ha de tener ante los ojos, *la virtud angélica, la más agradable al Hijo de Dios, es la virtud de la castidad.*

[29] 2. El que no abriga fundada esperanza de poder guardar, con la ayuda de Dios, esta virtud en palabras, obras y pensamientos, no profese en esta Sociedad, pues constantemente se hallaría en medio de grandes peligros.

[30] 3. Las palabras, las miradas, aun indiferentes, son a veces maliciosamente interpretadas por los jóvenes que ya han sido víctimas de las humanas pasiones. Por lo tanto, *hay que tener cuidado esmeradísimo al hablar o tratar de cualquier tema con jóvenes de toda edad y condición.*

[31] 4. Evítese el trato con seglares cuando se vea peligrar esta virtud, y sobre todo las conversaciones con personas de otro sexo.

[32] 5. Ninguno vaya a casa de conocidos o amigos sin permiso del superior, el cual, en lo posible, le asignará un compañero.

[33] 6. Medios para guardar con toda diligencia esta virtud son: *la frecuente confesión y comunión,* la práctica exacta de los consejos del confesor, la fuga del ocio, *la mortificación de todos los sentidos, visitar a menudo* a Jesús sacramentado y dirigir frecuentes *jaculatorias* a María Santísima, a San José, a San Francisco de Sales y a San Luis Gonzaga, que son los principales protectores de nuestra Congregación.

VI. Gobierno religioso de la Sociedad

[34] 1. Los socios tendrán como árbitro y superior supremo al sumo pontífice, al que con toda humildad y reverencia estarán sometidos en todo lugar y tiempo y en todo lo que disuonga. Es más: *cada socio pondrá el máximo empeño en defender la autoridad y en promover la observancia de las leves de la Iglesia católica y de su supremo legislador* y cabeza, el vicario de Jesucristo en la tierra.

[35] 2. Cada tres años, el rector mayor presentará a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares un informe sobre la Sociedad referente al número de casas y socios, a la obser-

vancia de las Reglas y a la administración de los bienes materiales.

[36] 3. Para tratar de los asuntos de mayor importancia y para proveer a lo que requieran las necesidades de la Sociedad, los tiempos o los lugares, se reunirá el Capítulo general, ordinariamente cada tres años [2].

[37] 4. El Capítulo general, legítimamente convocado, además, podrá proponer los cambios y añadiduras a las Constituciones que crea oportuno, con tal de que sean conformes al fin y a las razones por las que las Reglas fueron aprobadas. Pero estos cambios y añadiduras, aunque sean aprobados por mayoría de votos, no obligarán a nadie si la Santa Sede no da antes su consentimiento.

[38] 5. Las actas completas de los Capítulos generales serán mandadas, para su aprobación, a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares.

[39] 6. Los socios estarán sometidos al obispo de la diócesis donde se halla la casa a que pertenecen, a tenor de los sagrados cánones, salvas siempre las Constituciones de la Sociedad, aprobadas por la Santa Sede.

[40] 7. Cada socio pondrá todo su empeño en colaborar con el obispo diocesano; defenderá en lo posible los derechos eclesiásticos y *promoverá el bien de la diócesis, principalmente si se trata de la educación de la juventud pobre.*

VII. Gobierno interino de la Sociedad

[41] 1. En su régimen interno, toda la Congregación depende del Consejo superior, que se compone de rector, prefecto, ecónomo, catequista o director espiritual y de tres consejeros.

[42] 2. El rector mayor es el superior de toda la Congregación; puede establecer su domicilio en cualquier casa de la Congregación. Dependen totalmente de él cargos y personas, bienes muebles e inmuebles, y las cosas espirituales y temporales. Por lo cual, será de la competencia del rector aceptar o no nuevos socios en la Congregación [3], señalar a cada uno sus obligaciones de orden espiritual o temporal; ejercerá estas misiones, ya personalmente, ya por delegación. Pero no podrá

[2] El Capítulo general está formado por los miembros del consejo superior y los directores de cada casa. Cada director reunirá su consejo particular y con el mismo tratará de lo que juzgue necesario proponer al futuro Capítulo general.

[3] El Superior general puede por propia autoridad recibir a los aspirantes y, a su tiempo, presentarlos o no, según juzgue en el Señor, a que sean admitidos a la prueba del Noviciado o a los votos.

hacer ningún contrato de compra y venta de bienes inmuebles sin el consentimiento del Consejo superior.

[43] 3. Para vender bienes de la Sociedad o contraer deudas, obsérvese lo que prescribe el derecho en los sagrados cánones o en las constituciones apostólicas [4].

[44] 4. Nadie, excepto el Consejo superior y los directores de las casas, puede escribir o recibir cartas sin permiso del superior o de un delegado al efecto. Sin embargo, todos los socios pueden mandar cartas o escritos a la Santa Sede o al Superior general sin pedir permiso a los superiores de la casa a que pertenecen, escritos que dichos superiores no podrán leer.

[45] 5. El rector mayor permanecerá en el cargo doce años y podrá ser reelegido; pero en este último caso no podrá gobernar la Sociedad si no es confirmado por la Santa Sede.

[46] 6. A la muerte del rector mayor, el prefecto hará sus veces hasta que sea elegido el sucesor; mas nada podrá cambiar en la disciplina ni en la administración durante el tiempo que gobierne la sociedad.

[47] 7. Muerto el rector mayor, el prefecto dará inmediatamente noticia de su muerte a los directores de todas las casas, los cuales procurarán aplicar en seguida por su alma los sufragios que las Constituciones prescriben. Además, los convocará para la elección del nuevo rector mayor.

VIII. Elección del rector mayor

[48] 1. Para que uno pueda ser elegido rector mayor se requiere que lleve al menos diez años en la Congregación, que haya cumplido los treinta y cinco años de edad y haya dado claras pruebas de vida ejemplar y de prudencia en el manejo de los asuntos de la Sociedad. Debe ser profeso perpetuo.

[49] 2. La elección del rector mayor se hace necesaria por una de estas causas: por haber terminado los doce años de su cargo o por fallecimiento del antecesor.

[50] 3. Si la elección debe hacerse por haber llegado al término de los doce años, se procederá así: Tres meses antes de que concluya dicho tiempo, el rector mayor convocará el

[4] La Sociedad Salesiana nada posee como ente moral; por eso, salvo el caso en que fuera legalmente aprobada por algún gobierno, no estaría vinculada por este artículo. Por esta misma razón cada salesiano puede ejercer los derechos civiles de compraventa y semejantes sin recurrir a la Santa Sede. Tal fue la respuesta de la Congregación de Obispos y Regulares del 6 de abril de 1874.

Consejo superior y le hará presente el fin inminente de su cargo; después lo notificará a los directores de cada casa y a los que, según las Constituciones, tienen derecho a voto. Al mismo tiempo que anuncia el plazo en que expirará su mandato, fijará la fecha de elección del sucesor. A la vez, ordenará que se hagan oraciones para obtener las luces divinas y advertirá a todos, clara y distintamente, la grave obligación de dar el voto a quien juzguen más idóneo para promover la gloria de Dios y el bien de las almas en la Congregación. La elección del sucesor deberá hacerse antes de que pasen quince días después de que el rector mayor cese del cargo.

[51] 4. Con la misma autoridad que tiene el prefecto a la muerte del rector hasta la toma de posesión del sucesor, el rector mayor seguirá gobernando y administrando la Sociedad desde el fin de su cargo hasta la elección del sucesor.

[52] 5. Intervienen en la elección del rector mayor los miembros del Consejo superior y los directores de cada casa, acompañados por un profeso perpetuo elegido por los profesos perpetuos de la casa a que pertenecen. Si por cualquier causa alguien no pudiera votar, será legítima y válida la elección realizada por los demás.

[53] 6. En la elección se procederá así: de rodillas ante un crucifijo, se pedirá el auxilio divino con el *Veni, creator Spiritus,* etc. A continuación, el prefecto expondrá a los hermanos el motivo para el que han sido convocados. Después, todos los profesos presentes escribirán en una papeleta el nombre de quien consideren digno y la introducirán en la correspondiente urna. Después se elegirán, en secreto y entre todos los presentes, tres escrutadores de los votos y dos secretarios. El que obtenga la mayoría absoluta de votos será el nuevo rector o superior general.

[54] 7. Si la elección debiera hacerse por muerte del rector, sígase este procedimiento: muerto el rector mayor, el prefecto dará noticia epistolar de su fallecimiento a los directores de las casas para que cuanto antes se hagan por su alma los sufragios prescritos en las Constituciones. La elección no deberá hacerse antes de los tres meses ni después de los seis a partir de la muerte del rector. A este fin, el prefecto convocará el Consejo superior y con su consentimiento establecerá el día más oportuno para reunir a los que deben intervenir en la elección, a los cuales notificará y advertirá sobre los extremos consignados en el artículo tercero.

[55] 8. Votarán los que tienen derecho a elegir rector, como se indicó en el artículo quinto del presente capítulo.

[56] 9. El que obtenga la mayoría absoluta de votos será el superior general. A él todos los hermanos deberán rendir obediencia.

[57] 10. Terminada la elección, el prefecto la notificará a todas y cada una de las casas, procurando que la noticia del nuevo rector llegue cuanto antes a todos los miembros de la Sociedad. Con este acto cesa en el prefecto la autoridad de superior general.

IX. Los demás superiores

[58] 1. El prefecto, el director espiritual, el ecónomo y los tres consejeros mencionados son elegidos por los sufragios de los otros socios, con votos perpetuos, que tienen derecho a intervenir en la elección del rector mayor. Para ser elegidos tienen que llevar al menos cinco años en la Congregación, haber cumplido los treinta y cinco de edad y hechos los votos perpetuos. Para que no sufra detrimento el cargo que se les confíe, deberán residir ordinariamente en la casa en que reside el rector mayor.

[59] 2. El prefecto, el director espiritual, el ecónomo y los tres consejeros permanecerán en el cargo seis años.

[60] 3. Su elección tendrá lugar en la fiesta de San Francisco de Sales, tiempo en que suelen ser convocados todos los directores de las casas. Tres meses antes de dicha fiesta, el rector mayor comunicará a todas las casas la fecha en que se realizarán las elecciones.

[61] 4. Por consiguiente, todos los directores reunirán a los profesos perpetuos de sus casas y, junto con el socio respectivo que éstos hayan elegido, acudirán a la futura elección.

[62] 5. En el día establecido, el Consejo superior, con los directores y sus acompañantes, votarán y harán públicamente el escrutinio. A este fin serán elegidos tres escrutadores y dos secretarios. Quien obtenga la mayoría de votos será el nuevo miembro del Consejo superior. Si el director o el delegado de alguna casa, por la excesiva distancia u otra justa causa, no pudieran intervenir, la elección, con todo, tendrá perfecta validez [5].

[63] 6. Las atribuciones de cada miembro del Consejo superior serán señaladas por el rector mayor según convenga.

[64] 7. Sin embargo, al director espiritual se le confiarán

[5] En la elección del rector mayor se requiere la mayoría absoluta, es decir, más de la mitad de los votos. Para los demás miembros del Consejo basta la mayoría relativa, es decir, en comparación con todos los que obtuvieron votos.

de modo particular los novicios. Juntamente con el maestro de novicios, pondrá la máxima solicitud en hacerles conocer y practicar el espíritu de caridad y el celo que debe animar a quien desea dedicarse enteramente al bien de las almas durante su vida.

[65] 8. Es también deber del director espiritual avisar respetuosamente al rector cuando advirtiere en él notable negligencia en practicar y hacer observar las Reglas de la Congregación.

[66] 9. Es también especial deber del director espiritual comunicar al rector mayor cuanto crea útil para el bien espiritual de la Sociedad. El rector mayor se esforzará en proveer según le parezca mejor en el Señor.

[67] 10. El prefecto, en ausencia del rector, hará sus veces, ya en el gobierno ordinario de la Sociedad, ya en las cosas que a él le han encargado de un modo particular.

[68] 11. Llevará cuenta de las entradas y salidas, y anotará las mandas y donaciones de alguna importancia hechas a casas determinadas con un destino concreto. Todos los frutos de los bienes muebles e inmuebles quedarán bajo la vigilancia y responsabilidad del prefecto.

[69] 12. El prefecto, pues, es como el centro de que debe partir y en que debe converger la administración de toda la Congregación. El prefecto está sometido al rector, al que deberá rendir cuenta de su gestión al menos una vez al año.

[70] 13. El ecónomo administra los bienes materiales de la Sociedad. Dependen de él las compras, ventas, edificios y cuestiones análogas. Compete igualmente al ecónomo disponer que a cada casa se le suministre cuanto necesita.

[71] 14. Los consejeros intervienen en las deliberaciones referentes a la aceptación al noviciado, a la admisión a los votos y a la dimisión de algún miembro de la Sociedad; o cuando se trata de la apertura de una nueva casa, o de elegir directores o de hacer contratos sobre bienes inmuebles o en caso de compras y ventas. Las decisiones se tomarán por votación secreta. Si en el escrutinio de los votos secretos que expresan la deliberación la mayoría no es favorable, el rector mayor dejará para más tarde la decisión.

[72] 15. Por delegación del rector mayor, uno de los consejeros cuidará de todo lo tocante a estudios en la Sociedad. Los otros dos, cuando sea necesario, suplirán a los miembros del Consejo superior que, por enfermedad u otra causa, no pudieran atender a su cargo.

[73] 16. Cada uno de los consejeros, excepto el rector, du-

rará en su cargo seis años y podrá ser reelegido. Si algún miembro del Consejo superior cesase por muerte u otra causa cualquiera antes de cumplirse el sexenio, el rector mayor confiará el cargo a quien juzgue mejor en el Señor. Este socio continuará en el cargo sólo hasta el fin de los seis años empezados por el socio que no terminó.

[74] 17. Si es necesario, el rector mayor, con el consentimiento del Consejo superior, nombrará algunos visitadores, a quienes dará el encargo de visitar cierto número de casas, según lo requiera su número o distancia. Estos visitadores o inspectores harán las veces del rector mayor en las casas y asuntos que se les confíen.

X. De cada casa en particular

[75] 1. *Cuando por gracia especial de la divina providencia haya que abrir una casa,* lo primero de todo el superior general procurará obtener el consentimiento del obispo de la diócesis en que ha de abrirse la nueva casa.

[76] 2. Al abrir nuevas casas o al encargarse de administraciones de cualquier género, hay que proceder con gran cautela para no hacer nada contra las leyes.

[77] 3. Si la nueva casa fuese al mismo tiempo un seminario menor o un seminario para clérigos adultos, entonces, además de la dependencia en el sagrado ministerio, habrá una total dependencia en la enseñanza del superior eclesiástico. En la elección de asignaturas y libros de texto, en la disciplina y en la administración temporal deberá atenerse a lo que el rector mayor establezca con el ordinario del lugar.

[78] 4. La Sociedad no podrá encargarse de la dirección de seminarios sin permiso expreso de la Santa Sede. Este permiso deberá solicitarse caso por caso.

[79] 5. El número de socios en las nuevas casas no bajará de seis. El superior de cada una es elegido por el Consejo superior y recibe el nombre de director. Cada casa podrá administrar los bienes donados o dejados a la Congregación con la intención de que sirvan a aquella casa en particular, pero siempre dentro de los límites fijados por el superior general.

[80] 6. El rector mayor visitará las casas al menos una vez al año, ya personalmente, ya por medio de visitadores, para examinar diligentemente si se cumplen los deberes dispuestos por las Reglas de la Congregación y observar si *la administración de las cosas espirituales y temporales tiende realmente al*

fin propuesto, que es el promover la gloria de Dios y el bien de las almas.

[81] 7. El director debe conducirse en su cargo de tal modo que pueda en cualquier momento dar cuenta de su administración a Dios y al rector mayor.

[82] 8. El primer cuidado del rector mayor será establecer en cada nueva casa un consejo proporcionado al número de socios que la forman.

[83] 9. En la elección de este consejo intervendrán el Consejo superior y el director de la nueva casa.

[84] 10. En primer lugar ha de haber catequista, después prefecto y, si es necesario, ecónomo; por último, consejeros, según el número de socios que viven en la casa y según las actividades a realizar.

[85] 11. Cuando la distancia, los tiempos, los lugares surgieran alguna excepción en la formación de este consejo o en la distribución de responsabilidades, el rector tiene plena potestad de hacerlo, con el consentimiento del Consejo superior.

[86] 12. El director no puede comprar ni vender inmuebles, ni construir nuevos edificios, ni demoler los construidos, ni hacer innovaciones de importancia sin el consentimiento del rector mayor. Es de su competencia cuidar de la marcha espiritual, escolástica y material de la casa; pero en las cosas de mayor importancia conviene reunir el consejo y no decidir nada sin su consentimiento.

[87] 13. El catequista cuidará de los intereses espirituales de la casa, tanto respecto a los socios como a los que no pertenezcan a la Congregación. Si fuere del caso, avisará al director al respecto.

[88] 14. El prefecto hará las veces del director, y su principal deber será administrar los bienes temporales, cuidarse de los coadjutores y velar atentamente por la disciplina de los alumnos según el estilo de cada casa y de acuerdo con el director. Debe estar dispuesto a dar cuenta al director de su gestión, siempre que éste se la pida.

[89] 15. El ecónomo, cuando lo haya por haberlo aconsejado la necesidad, ayudará al prefecto en sus deberes, especialmente en los asuntos temporales.

[90] 16. Los consejeros intervienen en todas las deliberaciones de alguna importancia y ayudan al director en la tarea escolar y en todo lo que se les confíe.

[91] 17. Cada director debe dar cuenta anual al rector mayor de la marcha espiritual y material de la casa.

XI. Admisión a la Sociedad

[92] 1. Cuando alguien pida entrar en la Congregación, exíjanse las cartas testimoniales o certificados, de acuerdo con el decreto de 25 de enero de 1848, *Romani Pontifices*, de la Sagrada Congregación de Regulares.

La salud del postulante sea tal que pueda observar todas las Reglas de la Sociedad sin excepción alguna.

Para que los laicos puedan ser recibidos en la Congregación, además de las otras condiciones, es necesario que tengan una buena instrucción religiosa. Finalmente, el rector mayor aceptará al postulante si éste consigue la mayoría de votos en el Consejo superior.

[93] 2. Para admitir postulantes o novicios que deseen abrazar el estado eclesiástico, en el caso de tener alguna irregularidad, se deberá pedir antes dispensa a la Santa Sede.

[94] 3. Pasado el tiempo de la segunda prueba, el candidato dependerá del consejo de la casa a que fue destinado por los superiores. Acabada la tercera prueba, el socio puede ser admitido a la renovación de los votos por los superiores de la misma casa, previo el consentmiento del rector mayor. Si consigue la mayoría de votos, se notificará al rector mayor, el cual, con el Consejo superior, confirmará o no la admisión, según lo juzgue mejor en el Señor.

[95] 4. Si el Consejo no puede reunirse, el rector mayor, por justa razón, puede aceptar en la Congregación y admitir a los votos, y también dimitir de la Sociedad, a los miembros de cualquier casa que él juzgare conveniente: pero esto podrá hacerse después de reunir al consejo de la casa y obtener su consentimiento.

En este caso, el director de la casa en que se dio la aceptación o dimisión deberá notificarlo al Consejo superior, con las oportunas indicaciones, a fin de que el socio sea inscrito en el catálogo de la Sociedad o borrado del mismo.

[96] 5. Para la aceptación de los socios y su profesión de votos simples, obsérvese cuanto prescribe el decreto de 23 de enero de 1848, *Regulari disciplinae*, de la Sagrada Congregación de Regulares.

[97] 6. Para ser admitido a profesar deben haberse realizado tanto la primera como la segunda prueba. Ninguno será admitido a la profesión si no tiene dieciséis años cumplidos.

[98] 7. Estos votos se hacen por un trienio. Pasados los tres años, podrá cada uno, con el consentimiento del consejo,

renovar sus votos por otro trienio, o hacerlos perpetuos si quiere vincularse por toda la vida. Sin embargo, nadie podrá ser admitido a órdenes sagradas *titulo congregationis* si no ha hecho los votos perpetuos.

[99] 8. *La Sociedad, apoyándose en la divina providencia, que nunca falla a los que en ella confían, cuidará de lo necesario para cada uno tanto en estado de salud como en el de enfermedad.* Sin embargo, sólo está obligada respecto a los que han hecho votos temporales o perpetuos.

XII. Estudios

[100] 1. Los clérigos y todos los socios que aspiran al estado eclesiástico se dedicarán seriamente durante dos años al estudio de la filosofía y, durante otros cuatro al menos, al de materias teológicas.

[101] 2. Serán objeto principal de estudio la Sagrada Escritura, la historia eclesiástica, la teología dogmática especulativa y la moral, y aquellos libros y *tratados que versan directamente sobre la instrucción religiosa de la juventud.*

[102] 3. Nuestro maestro será Santo Tomás y los otros autores que gozan de mayor renombre en la enseñanza del catecismo y en la interpretación de la doctrina católica.

[103] 4. Para la enseñanza de las ciencias filosóficas y teológicas, elíjanse con preferencia aquellos maestros, socios o extraños, que sobresalen entre los demás por probidad de vida, ingenio y capacidad de enseñar.

[104] 5. Para completar sus estudios, cada socio, además de participar en las lecciones diarias de moral, procurará componer una tanda de meditaciones y pláticas, pensadas en primer lugar para la juventud y adaptadas, después, a los fieles cristianos en general.

[105] 6. Para poder atender a los estudios prescritos por las Constituciones, los socios no dediquen tiempo, si la necesidad no les obliga, a las obras de caridad propias de la Sociedad salesiana, porque esto, en la mayoría de los casos, redunda en grave detrimento de los estudios.

XIII. Prácticas de piedad

[106] 1. *La vida activa a la cual se dedica principalmente la Sociedad, hace que los socios no tengan comodidad para hacer muchas prácticas de piedad en común. Súplanlo, pues, los*

socios siendo unos para otros luz de buen ejemplo y cumpliendo con perfección los deberes generales del cristiano.

[107] 2. Cada socio se acercará semanalmente al sacramento de la penitencia con confesores aprobados por el ordinario y que ejercen este ministerio en bien de los socios con permiso del rector. Los sacerdotes celebrarán diariamente la santa misa; clérigos y coadjutores asistirán a ella cada día, y harán las comunión los días festivos y los jueves.

La compostura exterior, la pronunciación clara, devota y distinta *en los divinos oficios, la modestia en el hablar, mirar y andar, en casa y fuera de ella, deben brillar de tal manera en los socios, que en esto se distingan de los demás.*

[108] 3. Cada uno tenga cada día, además de las oraciones vocales, media hora por lo menos de oración mental, a no ser que se lo impida el ejercicio del sagrado ministerio. En este caso, lo suplirá con jaculatorias más frecuentes y *ofrecerá con mayor fervor a Dios las obras que le impidan asistir* a las prácticas de piedad establecidas.

[109] 4. Cada día se rezará la tercera parte del rosario de la Inmaculada Madre de Dios y se atenderá, por algún tiempo, a la lectura espiritual.

[110] 5. El viernes de cada semana se ayunará en honor de la pasión de nuestro Señor Jesucristo.

[111] 6. El último día de mes será de retiro espiritual; en él, cada uno, dando de mano, cuanto sea posible, a los cuidados temporales, se recogerá en sí mismo espiritualmente, hará el *ejercicio de la buena muerte* y dispondrá sus asuntos espirituales y temporales como si debiera dejar el mundo y emprender el camino de la eternidad.

[112] 7. Cada año todos harán diez días, o al menos seis, de ejercicios espirituales, que terminarán con la confesión anual. Cada uno, antes de ser admitido a la Sociedad y antes de hacer votos, hará diez días de ejercicios espirituales bajo la dirección de maestros de espíritu, y la confesión general.

[113] 8. Cuando la divina providencia llame a la vida eterna a un socio, laico, clérigo o sacerdote, en seguida el director de la casa en que residía procurará que se celebren diez misas en sufragio de su alma. Los que no sean sacerdotes ofrecerán la comunión, con la misma intención, al menos una vez.

[114] 9. Cuando muera el padre o la madre de algún socio, los sacerdotes de la casa de aquel socio celebrarán también diez misas en sufragio de su alma. Los que no sean sacerdotes ofrecerán la santa comunión.

[115] 10. Al morir el rector mayor, todos los sacerdotes

de la Congregación celebrarán por él la santa misa, y todos los socios no sacerdotes le ofrecerán los sufragios acostumbrados. Esto por dos motivos: como testimonio de gratitud por sus preocupaciones en el gobierno de la congregación y para aliviarle en las penas del purgatorio, que quizá deba sufrir por causa nuestra.

[116] 11. Cada año, el día después de San Francisco de Sales, todos los sacerdotes celebrarán la misa por los socios difuntos. Los demás se acercarán a la sagrada comunión y rezarán la tercera parte del rosario de la Stma. Virgen, además de las oraciones de costumbre.

[117] 12. Cada uno ha de poner particular empeño en dos cosas: primera, en *guardarse cuidadosamente de contraer costumbres de cualquier género, aun de cosas indiferentes,* y segunda, en tener limpios y decentes los vestidos, el lecho y la celda. Pero todos procuren con la mayor diligencia *evitar la afectación y la vanidad. Nada adorna tanto a un religioso como la santidad de vida, que le hace resplandecer en todo a los ojos de los demás.*

[118] 13. *Estén dispuestos a soportar, cuando sea necesario, el calor y el frío, el hambre y la sed, los trabajos y los desprecios, siempre que esto redunde a mayor gloria de Dios, provecho espiritual de los demás y salvación de la propia alma.*

XIV. Noviciado

[119] 1. Todo socio, antes de ser recibido en la Congregación, debe pasar por tres pruebas. La primera precede al noviciado, y es el aspirantado; la segunda es el noviciado propiamente dicho, y la tercera es el tiempo de los votos trienales.

[120] 2. La primera prueba se tiene por suficiente cuando el candidato ha pasado algún tiempo en una casa de la Congregación, o ha frecuentado las escuelas de la misma, y en dicho tiempo se ha distinguido por sus buenas costumbres e ingenio.

[121] 3. Cuando alguno, ya adulto, pidiere entrar en la Sociedad y fuere admitido a la primera prueba, hará antes unos días de ejercicios espirituales, y después, durante varios meses, se empleará en las diversas ocupaciones de la Sociedad, de manera que conozca y ponga en práctica el género de vida que desea abrazar.

[122] 4. Terminado el noviciado y aceptado el socio en la Congregación con el parecer del maestro de novicios, el Conse-

jo superior podrá admitirlo a los votos trienales, período que constituirá la tercera prueba.

[123] 5. Durante estos tres años, el socio puede ser enviado a cualquier casa de la Congregación, con tal de que pueda realizar sus estudios. A lo largo de este período, el director de aquella casa cuidará del nuevo socio como maestro de novicios.

[124] 6. Durante la segunda y tercera prueba, el maestro de novicios y el director de la casa procuren con la palabra y el ejemplo *llevar suavemente a los nuevos socios a la mortificación de los sentidos externos, especialmente a la sobriedad;* pero con tal prudencia, que no se debiliten las fuerzas del cuerpo ni se vuelvan menos capaces de cumplir sus deberes en la Congregación.

[125] 7. Superadas favorablemente estas tres pruebas, si el socio quiere decididamente permanecer en la Congregación con votos perpetuos, puede ser admitido a los mismos por el Consejo superior.

XV. Vestido

[126] 1. El modo de vestir de nuestra Congregación será diverso según la diversidad de regiones en que hayan de vivir los socios.

[127] 2. Los sacerdotes vestirán traje talar, a no ser que razones de viaje u otro justo motivo aconsejen lo contrario.

[128] 3. Los socios coadjutores vestirán de negro en cuanto sea posible. Pero procuren evitar todas las modas de los seglares.

Conclusión

[129] Declara la Sociedad, para tranquilidad de las almas, que las presentes Constituciones no obligan, por sí, bajo pena de pecado mortal ni venial. Por lo tanto, si al faltar a ellas uno se hiciere reo ante Dios, esto no provendrá directamente de las mismas Constituciones, sino de los preceptos de Dios o de la Iglesia, o de los votos que se hicieron, o, finalmente, de las circunstancias que acompañen a la violación de las Constituciones, es decir, el escándalo, el desprecio de las cosas santas y otras semejantes.

2. *INSTITUTO DE HIJAS DE MARIA AUXILIADORA (SALESIANAS)*

Preparación

Don Bosco no se ocupó de fundar una institución que atendiera a las jóvenes hasta unos veinticinco años después de la fundación del Oratorio para chicos en 1841. No se le habían presentado, en cuanto nos consta, especiales mociones de lo alto, precursoras de cada uno de sus pasos.

La primera indicación parece fue un sueño posterior a 1860; probablemente hacia 1862, según testimonia don Francesia (CAPETTI, G., *Il cammino*... I p.12s). El 24 de junio de 1866 respondió a don Lemoyne, su secretario: «Sí, tendremos hermanas; pero no en seguida, sino un poco más tarde...»

Por otra parte, en diciembre de 1855, el sacerdote Domingo Pestarino, nacido el 5 de enero de 1817, fundaba en su pueblo natal, Mornese, con reglamento redactado por Angela Maccagno y revisado por el teólogo Frassinetti, de Génova, la *Pía Unión de Hijas de la Inmaculada*, que agrupaba a unas cuantas jóvenes de la localidad. Entre ellas destacaba por su piedad y generosidad María Dominga Mazzarello, nacida el 9 de mayo de 1837, que con el tiempo iba a ser la cofundadora del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, agregado a la Congregación salesiana.

Encuentros decisivos

El primer encuentro de don Pestarino con don Bosco tiene lugar en 1862. Poco después, aquel sacerdote emite los votos que lo hacen salesiano. En octubre de 1864, con su famoso campamento volante de muchachos, don Bosco pasa por Mornese, donde saluda al grupo de las Hijas de la Inmaculada. María Mazzarello refleja su profunda impresión con estas palabras: «Don Bosco es un santo; yo lo veo claramente».

Del grupo de Hijas de la Inmaculada, María Mazzarello, que, a consecuencia del tifus sufrido, ya no podrá seguir trabajando en el campo, ha aprendido el oficio de modista, y con una compañera ha abierto un taller para las chicas de Mornese.

Se les van uniendo más compañeras, que en octubre de 1867 empiezan a vivir en común. Año y medio después, en primavera de 1869, don Bosco les sugiere un detalle en su reglamento diario, que viene a ser un ensayo de constituciones: procuren tener en común la comida y la recreación.

A estos principios se refiere el recuerdo conservado cariñosamente en la tradición de las salesianas de un saludo escrito mandado por don Bosco (MACCONO, F., ed. 1960, I p.102): «Seguid rezando; pero haced cuanto podáis en bien de la juventud; haced lo posible por impedir el pecado, aunque sólo fuese un pecado venial».

Por fin, el 24 de abril de 1871, don Bosco propone al Consejo superior salesiano el proyecto de fundar una congregación religiosa femenina. La respuesta es afirmativa en la reunión del mes siguiente. Pío IX se alegra de conocer esta decisión, que, por otra parte, había sugerido anteriormente.

Hijas de María Auxiliadora

A mitad de junio de 1871, don Bosco entrega el primer borrador de las Constituciones a don Pestarino y le propone que las futuras religiosas ocupen el edificio que se está ultimando en Mornese para colegio salesiano de chicos. No va a ser fácil el cambio de destino.

El 29 de enero de 1872, 27 Hijas de la Inmaculada, tanto las que viven en comunidad como las que siguen en familia, eligen como superiora de la comunidad a María Mazzarello, que sólo admite el título de vicaria. Pasan al colegio el 23 de mayo, y en pocos meses se preparan para la vestición 15 hermanas, de las que realizarán en la misma fecha la profesión 11; la ceremonia tiene lugar durante los ejercicios espirituales, el 5 de agosto de 1872, presidida por monseñor Sciandra, obispo de Acqui, y con la asistencia y plática de don Bosco (documento 1). El grupo, entre incomprensiones y estrecheces, vive en gran fervor (documentos 2-3) y va atrayendo vocaciones (documento 4), mientras trabaja generosamente entre las chicas.

El 15 de mayo de 1874 muere don Pestarino, y le sucede, como director espiritual del Instituto, don José Cagliero (documento 3), primo del futuro cardenal, y en octubre, por fallecimiento del mismo, don Santiago Costamagna.

El 23 de enero de 1875, monseñor Sciandra aprueba por escrito las Constituciones (documento 5), y el 28 de agosto

del mismo año, hacen por primera vez votos perpetuos nueve hermanas, siendo María Mazzarello una de ellas.

Las fundaciones se suceden a partir del 8 de octubre de 1874. El 14 de noviembre de 1877 parte el primer grupo para América; el 4 de febrero de 1879, la casa generalicia pasa a Nizza-Monferrato, localidad mejor comunicada. Cuando muere allí la cofundadora (14 de mayo de 1881), las hermanas son 139, más 50 novicias, que se reparten en 26 casas y cuatro naciones. María Mazzarello fue beatificada el 20 de noviembre de 1938, y canonizada el 24 de junio de 1951.

El 12 de agosto de 1881, Catalina Daghero, que cuenta sólo veinticinco años, es elegida nueva superiora general (documentos 6-7). Del 11 al 22 de agosto de 1884 tiene lugar el primer capítulo general, donde don Juan Cagliero, el futuro cardenal, actúa como delegado de don Bosco ante las 24 capitulares. Por aquellas fechas don Bosco escribe al director espiritual de la comunidad, don Juan Bonetti, y a su sobrina-nieta Eulalia Bosco, exponiendo algunas líneas fundamentales de su pensamiento sobre las HMA (documentos 8-9).

La última visita

Mientras se hallaba don Bosco en Mathi en 1885, muy acabado ya por los achaques, es invitado insistentemente por las 300 hermanas que se hallan en Nizza haciendo ejercicios. Tanto desean verle y escucharle, que al fin acude el 23 de agosto; celebra la santa misa, preside las nuevas vesticiones y, por la tarde, les dirige la palabra (documento 10). A la salida tiene lugar esta escena emocionante, que sería la última entre sus hijas:

«Las superioras del Consejo le pedían que tuviese la bondad de dirigirles alguna palabra aparte. Acompañado de don Bonetti, entró en la salita-locutorio, donde lo esperaban ilusionadas por aquella dignación.

—Bien, bien; queréis que os diga algo. Si pudiese hablar, ¡cuántas cosas os diría, cuántas!... Pero, como véis, soy un viejo acabado, ya casi no puedo hacerme entender. Sin embargo, quiero deciros que la Santísima Virgen os ama mucho, muchísimo, y que se encuentra aquí, en medio de vosotras.

El buen padre se conmovía; entonces, don Bonetti, para ayudarle, sugirió:

—Sí, cierto. Don Bosco quiere decir que la Virgen es vuestra Madre, y que os mira y os protege.

—No, no—prosiguió don Bosco—; quiero decir que la Virgen verdaderamente está aquí, en esta casa; que está contenta de vosotras; y que, si seguís con el espíritu que tenéis ahora, que es el que desea la Virgen...

Don Bosco se emocionó de nuevo, y más que antes. Don Bonetti vuelve a tomar la palabra para ayudarle:

—Si, ciertamente es así. Don Bosco quiere deciros que, si os mantenéis siempre fieles, la Virgen estará muy contenta de vosotras.

—Que no, que no—se esforzaba en aclarar don Bosco, intentando sobreponerse a su emoción—. Quiero decir que la Virgen está realmente aquí, ¡aquí, en medio de vosotras! La Santísima Virgen pasea por esta casa y la cubre con su manto.

Y con el gesto de extender los brazos y con los ojos inundados en lágrimas y, mirando al cielo, parecía querer dar a entender que él veía realmente a la Virgen andar de un lado para otro por aquella casa como si fuese la suya, y que la tenía toda entera bajo su protección» (MB 17,557; CAPETTI G., *Il cammino* I p.121s).

Palabras programáticas para el Instituto

Después de esta conmovedora despedida, aún tuvo don Bosco ocasión de dirigirse a sus hijas por escrito (documento 11), precisamente el 24 de mayo de 1886. Señala, en su carta, las cualidades que desea ver en sus hijas, especialmente en las que van a ejercer cargos de responsabilidad. Así las preparaba al segundo capítulo general, que se celebraría del 14 al 23 de agosto, con 38 participantes.

Don Bosco, en resumen, ofreció a sus religiosas la misma mies que a los salesianos (MB 14,227); al lado de ellos han trabajado a lo largo de cien años de historia con heroica generosidad y venciendo toda clase de dificultades, humildes y tenaces como su fundador.

Al morir don Bosco, el número de hermanas era 393, más 105 novicias, repartidas en 50 casas y cinco naciones. En 1976, el Instituto cuenta con 17.463 hermanas, 339 novicias y 1.438 casas, distribuidas en 57 naciones.

Los documentos que copiamos a continuación, más directos y personales que las primeras Constituciones, impresas

en 1878, son reflejo, con palabras del santo, del clima que reinaba en el Instituto en sus orígenes. Son, en concreto, alocuciones en el acto de la profesión en 1872 y 1885, y algunas cartas, muy expresivas, referentes a las HMA, cartas que hemos tomado del *Epistolario* del santo.

La solicitud paterna y la exigencia de una entrega sin reservas, el amor generoso y el celo por la salvación de las jóvenes, la necesaria cimentación en la humildad y en el equilibrio, son rasgos que asoman vigorosa y fugazmente en este variado diálogo con sus hijas, en grupo o en particular. La traducción castellana ha sido cuidadosamente compulsada con los textos originales citados vez por vez.

Las Constituciones impresas de 1878

Se conservan, en el Archivo general de las HMA, siete cuadernos manuscritos, revisados por don Bosco y por algunos salesianos: Rúa, Cagliero, Costamagna y Bonetti. Estas redacciones se inspiraron en las Constituciones de la Sociedad salesiana (y precisamente en un texto anterior a la aprobación pontificia definitiva de 1874), y en las Constituciones de las hermanas de Santa Ana de la Providencia, fundadas en Turín por la marquesa de Barolo. En el Archivo general de Roma de estas hermanas se conserva una carta de don Bosco del 24-4-1871 a la superiora M. Enriqueta Dominici (beatificada en 1978). Fotocopia de la misma carta se encuentra en los archivos centrales, tanto de los salesianos como de las HMA. Don Bosco, entre otras cosas, escribe:

«... pongo en sus manos el Reglamento de nuestra Congregación, para que usted tenga la bondad de leerlo y ver si se puede adaptar a un instituto de religiosas en el modo que tuve el honor de exponerle verbalmente... Puede quitar o añadir lo que en su prudencia juzgue más a propósito para que los miembros del instituto que se intenta fundar sean verdaderas religiosas ante la Iglesia y, ante la sociedad civil, libres ciudadanas». El santo dice a la superiora que «le haría un gran favor» si utilizara los «capítulos o artículos de las Reglas de Santa Ana que pudieran ser adaptados».

El primero de estos cuadernos lleva el título: «Costituzioni-Regole delle Figlie di Maria Ausiliatrice...», y ha sido publicado en la *Cronistoria del Instituto* (I [Roma 1974] p. 336-353).

El texto revela la directa dependencia de las Constituciones de Santa Ana, tanto en la estructura como en el contenido, salvo ligeras variaciones. Es significativa, por ejemplo, la supresión del artículo 8 del título IX, que prescribía la disciplina corporal a imitación de Cristo paciente. No fue aceptado por las primeras hermanas de Mornese, más acostumbradas a la mortificación de la voluntad y a las inevitables penitencias del vivir cotidiano. En el original este artículo aparece tachado.

El cuarto cuaderno contiene correcciones hechas por don Bosco durante el verano de 1875, cuando revisó el texto en compañía de don Costamagna y de don Cagliero, en su permanencia en Ovada, pueblo cercano a Mornese, con motivo del centenario de San Pablo de la Cruz.

El sexto cuaderno contiene algunos elementos introducidos por don Rúa, tomados por él directamente del opúsculo *La monaca in casa,* del teólogo José Frassinetti.

Los otros cuadernos, o son simples transcripciones de los anteriores o no presentan modificaciones importantes.

El texto impreso en 1878 deja sentado desde la portada que las HMA son «agregadas a la Sociedad salesiana»: el título responde a la situación jurídica que el Instituto vivió respecto a la Congregación salesiana, es decir, de «agregación» a la misma, hasta el año 1906, cuando, por voluntad de la Santa Sede, se separó de los salesianos.

Aunque la presentación de don Bosco lleva la fecha de la Inmaculada de 1878, no fueron distribuidas a las hermanas hasta el 3 de septiembre de 1879: las entregó don Cagliero al terminar los ejercicios espirituales.

Las Reglas impresas conservan sustancialmente la estructura y los contenidos que aparecen en los textos manuscritos. Algunos artículos, con todo, son fruto del estudio del primer encuentro de directoras efectuado en Mornese en agosto de 1878 (cf. CAPETTI, G., *Note storiche sulle Cost. delle FMA,* Torino 1968).

Este primer texto impreso se conservará en vigor, con ligeras variantes, en las ediciones de 1885 y 1894, hasta 1906, año en que se reelaboró para cumplir las *Normae secundum quas,* de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, de 1901.

En 1922, con motivo de una revisión urgida por el *Código de Derecho canónico,* se recurrió al texto de 1878 como fuente genuina del pensamiento del fundador.

El significado y el valor de las primeras Constituciones im-

presas se encuentra, ciertamente, en el hecho de ser éstas como la raíz histórico-espiritual de los textos constitucionales de las HMA.

Bibliografía

CAPETTI, G. (a cura di), *CRONISTORIA dell'Istituto delle Figlie di Maria Ausiliatrice* (Roma 1974...).
CAPETTI, G., *Il cammino dell'Istituto nel corso di un secolo* (Roma 1972-76) 3 vols. Existe traducción castellana.
MACCONO, F., *Santa Maria Mazzarello, cofondatrice* (Torino 1960).
FIERRO, R., *Santa María Mazzarello, cofundadora* (Madrid 1959).
POSADA, M. E., *Santa Maria Domenica Mazzarello. Lettere.* Introd. e note di... (Milán 1975).

Documentos personales de Don Bosco referentes a las HMA

1. En las primeras vesticiones y profesiones: Mornese, 5 de agosto de 1872

El texto que presentamos es el recogido por hermanas presentes en la ceremonia y copiado de Cronistoria *I p.305-306.*

Don Bosco, sensiblemente conmovido, empieza a hablar. Subraya la importancia del acto realizado y da un toque de atención sobre la santidad de los votos y los deberes que imponen. Alude, con mucha discreción, a cierta desazón que tal vez padezcan, porque todas las cosas de Dios tienen como sello el sufrimiento; pero añade también que todo ello contribuirá a su santificación, pues las hará y conservará humildes.

Entre las plantas más pequeñas, hay una muy olorosa, el nardo, nombrada con frecuencia en la Sagrada Escritura. En el oficio de la Santísima Virgen se dice: *Mi nardo dio un suave perfume.* Pero ¿sabéis qué se necesita para que pueda experimentarse este buen olor? Ha de ser bien pisoteado. No os duela, pues, tener que sufrir ahora. Quien padece con Cristo, también reinará con él para siempre.

Pertenecéis ya a una familia religiosa que es totalmente de la Virgen; sois pocas, sin medios y sin el apoyo de los hombres. Que nada os turbe. Las cosas cambiarán pronto y llegaréis a tener tantas alumnas que no sabréis dónde colocarlas; no sólo alumnas, sino también postulantes, hasta tal punto que os será difícil escoger entre ellas.

Sí. Os puedo asegurar que el Instituto tendrá un gran porvenir si os mantenéis sencillas, pobres y mortificadas.

Observad, por lo tanto, todos los deberes de vuestra nueva condición de religiosas; sostenidas por nuestra tierna Madre María Auxiliadora, pasaréis ilesas entre los escollos de la vida y realizaréis un gran bien espiritual en beneficio vuestro y del prójimo.

Considerad como una gloria ese hermoso nombre de *Hijas*

de María Auxiliadora; pensad a menudo que vuestro instituto ha de ser el *monumento vivo de la gratitud de don Bosco a la excelsa Madre de Dios, invocada bajo el título de «Auxilio de los Cristianos».*

2. Carta a don Miguel Rúa (*Epistolario* 2,292)

Don Bosco escribe por primera vez desde Mornese. Allí, bajo la dirección espiritual de don Pestarino y alrededor de María Mazzarello, va tomando consistencia la segunda rama de la familia de don Bosco, quien en 1871 había dictado las Constituciones a las aspirantes. La impresión de la visita queda, genialmente expresada, en el breve período que precede al saludo final.

Muy querido don Rúa:

En la carta que te adjunto para el canónigo Mottura podrás ver la conveniencia de que don Savio vaya a Chieri. Acuérdate de poner el cuño en la carta. Que avisen a la señora Vicino [Luisa, cooperadora, de Turín] que el sábado iremos tú y yo a comer a su casa.

Aquí disfrutamos de un clima fresco, *aunque haya mucho fuego de amor de Dios.*

Todos te saludan; mientras, me profeso amigo tuyo affmo. en JC.,

Juan Bosco, Pbro.

Mornese, 3-7-1873.

3. Carta a la señorita Francisca Pastore (*Epistolario* 2,388)

Era esta señorita de Valenza, provincia de Alessandria. Ayudaba a don Bosco en lo referente al Instituto de las HMA. El santo no ocultaba su sorpresa por el rápido desarrollo de su segunda congregación religiosa.

Muy apreciada Srta. Pastore:

Estoy en Mornese e intento llenar el hueco dejado por el llorado don Pestarino; es muy difícil. *Uno solo hacía mucho,*

y ahora muchos a duras penas consiguen algo. Confiemos en Dios.

Se nota un gran fervor en las profesas, en las postulantes y en las mismas alumnas; esto es garantía de un feliz futuro. El director actual es uno de mis sacerdotes, de óptimas cualidades, que se llama José Cagliero. Llevaba dos años en nuestro colegio de Varazze como director espiritual; todos están contentos de él.

Tengo verdadera necesidad de hablar con usted; si por cualquier motivo ha de ir a Turín, avíseme; procuraría encontrarme en casa; de lo contrario, habrá que dejarlo todo hasta los ejercicios espirituales [para señoras en la Casa madre de las HMA, en Mornese], en los que, creo, querrá usted participar, ¿no es cierto?

Estoy poniendo mucho interés en esta obra; espero, con la ayuda del Señor, que conseguiré dejarla en condiciones satisfactorias; pero tengo mucha necesidad de su ayuda material, y especialmente del concurso de sus santas oraciones.

Dios le bendiga y le conceda salud y la gracia de unos días felices. Acepte mi siempre sincero aprecio y mi gratitud.

De usted humilde servidor,

JUAN BOSCO, Pbro.

Mornese, 15-6-1874.

P. S.—Ayer tuvimos 13 vesticiones y nueve profesiones.

4. CARTA A SOR MAGDALENA MARTINI (*Epistolario* 2,491)

Fue una gran figura de religiosa entre la HMA. El 6 de julio de 1875, a la edad de veinticuatro años, dejando las comodidades de una familia bien situada, entró en la casa de Mornese, aceptando vivir la dura vida de aquellos inicios de la Congregación. En 1879 pidió y consiguió ser mandada a América. Fue con el cargo de superiora. Sólo vivió cuatro años más, en los que hizo realmente mucho. Murió en Almagro el 27 de junio de 1883. El arzobispo de Buenos Aires, en una carta a don Bosco, tras haber enumerado las obras apostólicas de la difunta, terminaba diciendo: «Su muerte ha sido llorada porque su vida fue un verdadero consuelo para

todos». En sus primeras semanas de Mornese tuvo un momento de crisis. De ella salió gracias al consuelo de la palabra de don Bosco. Esta carta no lleva fecha, pero se puede datar en su primer mes de vida en Mornese.

Querida hija en Jesucristo:

Su marcha a Mornese ha dado tal bofetón al mundo, que éste mandó al enemigo de nuestras almas para inquietarle.

Pero usted escuche la voz de Dios, que le llama a salvarse por un camino fácil y llano, y desprecie toda sugerencia contraria. Más aún. Esté contenta de las molestias e inquietudes que sufre, porque el camino de la cruz es el que conduce a Dios. Por el contrario, si desde el principio hubiese estado alegre y contenta, sería de temer algún engaño del maligno enemigo. Recuerde, pues, lo siguiente:

1) No se va a la gloria si no es con grande esfuerzo.

2) No nos encontramos solos, sino que Jesús está con nosotros; San Pablo dice que con la ayuda de Jesús llegamos a ser capaces de todo.

3) Quien abandone la patria, los parientes y amigos para seguir al divino Maestro, se asegura un tesoro en el cielo, que nadie se lo arrebatará.

4) El gran premio que nos espera en el cielo debe animarnos a tolerar cualquier molestia en la tierra.

Por consiguiente, anímese. Jesús está con nosotros. *Cuando sienta las espinas, piense que son las de la corona del Señor.*

Le encomiendo a Dios en la santa misa. Usted ruegue también por mí, que me profeso en Jesucristo humilde servidor vuestro,

JUAN BOSCO, Pbro.

[Turín, 8 de agosto de 1875.]

5. CARTA AL OBISPO DE ACQUI (*Epistolario* 3,11-12)

En 1875, las Constituciones de las HMA recibieron una forma definitiva, y, habiéndose obtenido sobre las mismas un juicio favorable de la curia episcopal de Acqui, don Bosco suplica al obispo monseñor Sciandra que conceda la aprobación diocesana al Instituto. Fue concedida el 23 de enero de 1876.

Excelencia reverendísima:

V. E. sabe que en Mornese, por obra del celoso sacerdote Domingo Pestarino, de santa memoria, se ha empezado un instituto con el nombre de *Casa o Colegio de María Auxiliadora.* Su fin es educar cristianamente a las muchachas de humilde condición, o pobres y abandonadas, y llevarlas a las buenas costumbres, a la cultura y a la religión, bajo la dirección de las hermanas llamadas Hijas de María Auxiliadora.

V. E. se dignó, con gran bondad, hacerse protector del nuevo instituto, y el 5 de agosto de 1872 leía con complacencia las Reglas, añadiendo las debidas observaciones y presidiendo las primeras vesticiones y profesiones. Poco después enriquecía la obra con varios favores y preciosos privilegios, gracias a lo cual aquel cuerpo moral quedaba, de hecho, erigido canónicamente ante la Iglesia.

Todo ello fue como el grano de mostaza que S. E. sembró y que ha crecido maravillosamente. *El número actual de las religiosas pasa del centenar.* A las hermanas les han sido confiadas las escuelas públicas femeninas del lugar. Al edificio del instituto está unido un internado de jovencitas de clase media, como puede verse en el programa adjunto.

Ya se ha abierto una segunda casa en Borgo San Martino, y otra en Alassio; la cuarta se abrirá este año en Lanzo, cerca de Turín. Se reciben muchas peticiones para fundar casas en otras localidades.

Pero este instituto se sentiría sin su verdadero fundamento si no consiguiese la aprobación eclesiástica, ya que esto marca a los institutos religiosos el camino seguro que conduce a la mayor gloria de Dios.

Para obtener este señalado favor, presento respetuosamente a vuecencia las Reglas del Instituto de María Auxiliadora, como ya se practican de varios años a esta parte, suplicándole que las examine y modifique en lo que su iluminada sabiduría juzgue necesario, y que, si Dios así se lo inspira, dé al Instituto y a sus Constituciones la aprobación necesaria.

A mi petición se unen el sacerdote Santiago Costamagna, director, y todas las religiosas. Será éste un motivo más de nuestra imperecedera gratitud. Le aseguramos que, cada día, dirigiremos nuestras oraciones, comunes y privadas, al Dios de bondad y a su augusta Madre, la Virgen Auxiliadora. Que ellos conserven a S. E. feliz en esta vida por muchos años y, así, pueda contemplar frutos copiosos en la obra que usted se dignó bendecir y enriquecer con gracias espirituales, y proteger y, hasta podemos decir, fundar y sostener hasta la fecha.

Con la máxima gratitud, tengo el honor de profesarme de V. E. Rvdma. afectísimo servidor,

JUAN BOSCO, Pbro.
SANTIAGO COSTAMAGNA, Pbro.
Sor MARÍA MAZZARELLO, superiora.

Mornese, 14-1-1876.

6. CARTA A LA MADRE CATALINA DAGHERO (*Epistolario* 4,75)

Nació en Cumiana, el 7 de mayo de 1856. Hizo la primera profesión el 8 de agosto de 1875. El 12 de agosto de 1881 es elegida esta hermana sucesora de la cofundadora María Mazzarello. Don Bosco, que, acompañado de don Cagliero y don Lemoyne, había presidido la elección, mandó después a la elegida una cajita de confites y otra de caramelos ácidos, con el siguiente billete:

Rvda. Madre superiora general:

Aquí tiene usted unos confites para repartir entre sus hijas. *Guárdese la dulzura y practíquela siempre y con todos. Esté también siempre dispuesta a recibir* los caramelos ácidos, o mejor, *los bocados amargos cuando el Señor quiera mandárselos.*

Dios le bendiga y le dé virtud y decisión para santificarse a sí misma y a toda la comunidad confiada a sus cuidados.

Ruegue por mí, que me profeso de usted, en Jesucristo, humilde servidor

JUAN BOSCO, Pbro.

Nizza-Monferrato, 12-8-1881.

7. A LA MISMA (*Epistolario* 4,244)

Le había escrito a don Bosco sobre ciertos chismes que corrían por las sacristías de Nizza a cuenta de las hermanas. Temía haberle dado motivo de disgusto.

M. Daghero fue superiora general durante cuarenta y tres años, hasta su muerte, ocurrida el 26

de febrero de 1924. Escribió su biografía Josefina Mainetti, editándola en Turín en 1940.

Rvda. Sra. Madre general:

He recibido su felicitación y la de sus hermanas y alumnas. Se la agradezco de corazón y ruego a Dios que les pague abundantemente la caridad que tienen conmigo en sus oraciones.

No presten atención a las palabras que puedan echar a rodar algunos sobre nuestras casas. Se trata de cosas vagas, de malentendidos que se propagan quién sabe con qué sentido. Por lo tanto, el que desee algo concreto que lo diga claramente.

Esté tranquila. Cuando necesito algo, no lo mando decir por otros, sino que se lo digo o se lo escribo personalmente.

Dios le bendiga y les dé la perseverancia a usted y a sus hermanas, y a todas las alumnas que tienen a su cuidado.

Créame, en Jesucristo, humilde servidor,

JUAN BOSCO, Pbro. Rector.

Turín, 25-12-1883.

8. A DON JUAN BONETTI (*Epistolario* 4,288)

Había nacido en Caramagna-Cúneo el 5 de noviembre de 1838. Fue alumno del Oratorio de Turín y, al constituirse la Congregación el 18 de diciembre de 1859, fue elegido consejero de la misma.

Publicó unos 20 títulos de tema devocional y, sobre todo, biográfico. Destaca su obra Cinco lustros de historia del Oratorio. *Fue el primer director y principal redactor del Boletín Salesiano. Sucedió a don Juan Cagliero como director espiritual de las HMA. Murió en 1891.*

Querido Bonetti:

Te has ido a Nizza-Monferrato y me alegro por ello. Pero ahí trabaja poco y, de momento, que tu descanso no dure menos de siete u ocho horas al día. Di a nuestras hermanas que *la obediencia, unida a la humildad, las hará santas a todas;* pero, si esto falta, todo esfuerzo será inútil.

A lo largo de tu vida predica siempre: *No hay que reformar*

las Reglas, sino practicarlas. Quien anda buscando reformas, deforma su modo de vivir. Recomienda constantemente la observancia exacta de las Constituciones.

Recuerda que *el que teme al Señor nada considera de poca importancia* y que *el que desprecia lo pequeño, poco a poco caerá.*

Dios te bendiga. Tenme siempre en JC. affmo. amigo,

JUAN BOSCO, Pbro.

Pinerolo, 16-8-1884.

9. CARTA A SOR EULALIA BOSCO (*Epistolario* 4,289)

José, hermano de don Bosco, tuvo tres nietas salesianas, hijas de su hijo Francisco: Sor Eulalia, nacida el 23-7-1866 y fallecida, siendo consejera general, el 26-2-1938; sor Rosina, nacida el 15-6-1868, y fallecida en Viedma el 21-1-1892, a la que manda un breve saludo en una carta a don Cagliero del 6-8-1884 (Epistolario *4,329*), *y sor Clementina, nacida el 17-3-1870 y fallecida en Chieri el 8-5-1892.*

Esta carta fue dirigida a Eulalia cuando terminaba los ejercicios preparatorios para la vestición de hábito. Sor Josefina Mainetti escribió su biografía (Colle Don Bosco 1952).

Mi buena Eulalia:

Bendije al Señor cuando te decidiste a ser religiosa. Y ahora le doy gracias de todo corazón porque te conservó la buena voluntad para romper definitivamente con el mundo y consagrarte enteramente al Señor. Haz tu entrega con toda tu voluntad, y ten presente la recompensa, que no es otra que el céntuplo en la vida presente y el verdadero premio, el gran premio, en la vida futura.

Empero, mi buena Eulalia, esto no lo tomes a la ligera, sino en serio. Acuérdate de las palabras del padre de la Chantal cuando ésta se encontraba en circunstancias parecidas: «Lo que se da al Señor no debe retirarse».

Ten presente que la vida religiosa es vida de continuo sacrificio, pero que cada sacrificio es generosamente recompensado por Dios. Sólo la obediencia, sólo la observancia de las

Reglas y la esperanza del premio celeste han de ser nuestra fuerza en el curso de esta vida mortal.

Siempre recibí tus cartas; y con agrado. No te he contestado por falta de tiempo.

Dios te bendiga, Eulalia. María sea tu guía y te dé alientos hasta el cielo. Espero que nos veremos aún en la vida presente. De lo contrario, adiós; nos veremos cuando nos encontremos hablando de Dios en la vida bienaventurada. Que así sea.

Que desciendan toda clase de bendiciones sobre la madre general y sobre las hermanas, novicias y postulantes de vuestra Congregación. Debo carta a la madre; ya le escribiré. Ruega por mí y por toda nuestra familia, y considérame siempre, en Jesucristo, afectísimo tío,

JUAN BOSCO, Pbro.

Pinerolo, 20-8-1884.

10. PLÁTICA DEL 23 DE AGOSTO DE 1885 EN NIZZA-MONFERRATO

Según consta en las Memorias biográficas *(17, 555-556), don Bosco, muy debilitado por sus achaques, después de reiteradas insistencias de las hermanas, deja su descanso de Mathi, llevado en brazos por los clérigos Viglietti y Festa, y asiste por la mañana a las vesticiones, y por la tarde dirige esta plática a las numerosas hermanas:*

Os veo en buena edad, y deseo que lleguéis a viejas; pero sin los achaques de la vejez; siempre había creído que se pudiese llegar a viejo sin sufrir tantas incomodidades; mas bien se ve que es ésta una edad inseparable de los achaques. Pasan los años, y ellos se nos echan encima: aceptémoslos como nuestra cruz.

Esta mañana he repartido algunos crucifijos. Hubiera deseado repartir muchos más. Pero algunas ya lo tienen y otras los recibirán más tarde. Lo que sí recomiendo es que todas los llevéis de buena gana, y que todos *busquemos cargar, no con la cruz que nosotros queramos, sino con la que nos destine la santa voluntad de Dios. Llevémosla cada uno alegremente,* pensando que, como los años pasan, pasa también la cruz. Por lo tanto, digamos: «Cruz bendita, ahora tú pesas un poco, pero el tiempo será breve, y esta cruz nos hará ganar una corona de

rosas para la eternidad». Tenedlo bien en la mente y en el corazón, y decid frecuentemente lo que San Agustín: «¡Oh cruz santa: que yo sude llevándote aquí en la tierra, con tal de que después de este trabajo llegue la gloria!»

Sí, hijas mías, *llevemos con amor cada uno nuestra propia cruz y no la apoyemos sobre los demás;* al contrario, ayudemos a los otros a llevar la suya. Cada cual se diga a sí misma: «Ciertamente yo soy cruz para los demás, como también los demás lo son con frecuencia para mí; pero mi cruz la quiero llevar yo solo, y yo no he de ser cruz para otros». Ya os dais cuenta de que, al decir cruz, no me refiero sólo a esa ligera que os repartí esta mañana. Hablo de la otra cruz que nos manda el Señor y que, en general, contraría nuestra voluntad, cruz que nunca falta en esta vida. Vale esto, especialmente, para vosotras, maestras y directoras, que andáis directamente ocupadas en la salvación del prójimo. «Esta tribulación, este trabajo, esta enfermedad, aunque ligera—habéis de deciros a vosotras mismas—, todo esto, quiero soportarlo alegremente y de buena gana, porque es la cruz que el Señor me manda».

Quizás trabajéis mucho y, a pesar de todo, no consigáis que los demás estén contentos. Trabajad siempre por la gloria de Dios, y llevad, siempre, bien vuestra cruz, porque así agrada al Señor. Cierto, habrá espinas, pero espinas que con el tiempo se trocarán en flores que durarán toda una eternidad.

Me estáis diciendo: «Don Bosco, déjenos un recuerdo». ¿Qué recuerdo puedo dejaros? Bien. Os voy a dar uno que quizá sea el último. A lo mejor no nos veamos más. Ya estáis viendo que soy viejo y mortal como cualquiera, y, por lo tanto, que no he de durar mucho. Os dejo, pues, un recuerdo; nunca os arrepentiréis de haberlo llevado a la práctica: Haced el bien, haced buenas obras. *Fatigaos, trabajad todas mucho y siempre por el Señor con buena voluntad.* Sí. No perdáis el tiempo. Haced todo el bien que podáis. *Nunca os arrepentiréis de ello.*

¿Queréis otro? ¡La práctica de la santa Regla! *Cumplid vuestra Regla, y yo os repito que nunca os pesará.* Fijaos: nuestras Reglas, queridas hijas, son infalibles y nos proporcionan muchas ventajas; pero la más importante de todas ellas es asegurarnos la salvación del alma. No os sorprenda la palabra infalible, porque, habiendo sido aprobadas por el romano pontífice, que es infalible, cada uno de sus artículos es también infalible. Leedlas, meditadlas, procurad entenderlas bien y practicarlas. Y esto lo habéis de hacer con mayor razón si sois directoras o maestras o si tenéis alguna ocupación con personal externo.

Os tendré siempre presentes en mis oraciones. En la misa ya tengo cada día un recuerdo especial por vosotras, porque siento que *sois para mí hijas queridas en el Señor*. Vosotras, por vuestra parte, cumplid en lo posible vuestras Reglas. Su observancia os mantendrá serenas en el tiempo y os procurará la eterna felicidad; consolará a vuestras superioras y será de gran satisfacción para este vuestro pobre don Bosco. Sabe que estas Reglas son practicadas en todas las casas y que producen en todos verdadera satisfacción y paz. Don Bosco, como es natural, no puede estar aquí siempre con vosotras. Pero, tenedlo bien presente: en la oración, que os ha de acompañar siempre y en todas partes, *y cuando practicáis vuestras Reglas, contentáis y obedecéis a Dios y a don Bosco*.

Queridas hijas mías, *manteneos alegres, sanas y santas, y estad siempre en paz entre vosotras*. Para tratar de este punto tendría que empezar de nuevo a hablar; pero estoy ya cansado y debe bastaros con que os lo insinúe.

Cuando escribáis a vuestros padres, saludadles de parte mía, y decidles que don Bosco ruega siempre y especialmente por ellos, para que el Señor les bendiga y prosperen sus intereses, y se salven, y para que puedan ver en el cielo a las hijas que dieron a mi Congregación, tan amada como la de los salesianos, por Jesús y María.

Que todo esto contribuya a la mayor gloria de Dios y a nuestra salvación eterna. ¡Rogad por este vuestro don Bosco, por el papa y por la Iglesia! Ahora, recibid mi bendición y la de María Auxiliadora. Os la doy para que podáis mantener las promesas que habéis formulado durante estos días de ejercicios espirituales.

11. Carta convocatoria del Capítulo general de 1886

Se conserva en el Archivo Salesiano de Roma, totalmente escrita por la mano de don Juan Bonetti. Es el último documento enviado por el santo a sus religiosas.

Muy amadas hijas en Jesucristo:

Hoy, que en Turín celebramos la solemnísima fiesta de María Auxiliadora con un concurso extraordinario de personas procedentes de todos los sitios, las cuales acuden como hijos a postrarse a los pies de su tiernísima Madre, me complazco en di-

rigir mi pensamiento hacia vosotras y hacia el Instituto que lleva su nombre.

Sí. Precisamente hoy he recordado a las Hijas de María Auxiliadora en la santa misa y he rezado por ellas. Entre otras gracias he pedido la de *que os conservéis siempre fieles a vuestra santa vocación y seáis religiosas amantes de la perfección y de la santidad;* que, mediante la práctica de las virtudes cristianas y religiosas, y una vida edificante y ejemplar, honréis a vuestro celestial Esposo y a María, vuestra Madre amantísima.

Confío en que también vosotras habréis rezado por mí, y que María Auxiliadora escuchará vuestras oraciones y nos obtendrá del Señor la gracia de vivir todos en el santo temor de Dios y salvar nuestra alma y la de muchos otros.

Entretanto, os anuncio que este año termina el sexenio para el que fueron elegidos los miembros del Consejo superior de las HMA y que, por consiguiente, a tenor del capítulo IV de las Constituciones, debe procederse a una nueva elección. Esta se hará, Dios mediante, en la segunda quincena de agosto y en uno de los días de la octava de la Asunción de María Stma. Por este motivo invito a todas las directoras a que, pudiendo, se encuentren antes del quince de dicho mes en la Casa madre de Nizza-Monferrato, donde probablemente tendrá lugar la elección.

Como de la elección de un buen consejo, y especialmente de una digna superiora general, dependen en gran parte el bien de todo el Instituto y la mayor gloria de Dios, las hermanas electoras tendrán necesidad de muy particulares luces para elegir y dar su voto a las que sean consideradas más hábiles para tan importante cargo. Es necesario que el Señor las ilumine y las guíe en el cumplimiento de este deber, conforme a su divina voluntad, para sacar el mayor provecho. Por lo cual recomiendo que, desde el día en que se reciba esta carta hasta que se haya verificado la elección, todas las directoras hagan rezar o cantar en común, por la mañana, a las hermanas, el himno *Veni, Creator,* y por la noche, el *Ave, maris stella.*

Recomiendo además a cada una de las hermanas que, particularmente y en especial en la santa comunión, recomienden a Dios este asunto y hagan algún acto de virtud o de mortificación para obtener las directoras las luces que necesitan.

Mucho ayudará a las electoras, además de la oración, reflexionar sobre las actuales necesidades del Instituto de las HMA. Por lo que yo juzgo en el Señor, *el Instituto necesita hermanas bien formadas en el espíritu de mortificación y de sacrificio, que estén dispuestas a trabajar y a sufrir mucho por Jesucristo*

y por la salvación del prójimo; necesita hermanas íntimamente persuadidas de que la obediencia exacta, que no sabe oponer reparos ni proferir la menor queja, es el camino que valerosamente deben seguir para llegar pronto a la perfección y a la santidad; necesita hermanas que sepan dominar sus propios afectos y tener el corazón puesto en Dios únicamente, hasta el extremo de poder decir con San Francisco de Sales: «Si supiera que hay en mi corazón una sola fibra que no es de Dios, la arrancaría».

Hermanas que no echen de menos ni el mundo, ni sus bienes, ni las comodidades que han dejado; hermanas que se sientan dichosas de vivir en el estado de pobreza y de privaciones, como su divino Esposo Jesús, el cual, de rico, se hizo pobre para enriquecer a las almas con su gracia y hacerlas herederas del cielo: hermanas que no tengan otra ambición que la de seguir en la tierra a Jesucristo humillado, coronado de espinas y clavado en la cruz, para hacerle corona después en el cielo, exaltado y revestido de gloria entre los esplendores de los ángeles y de los santos; hermanas de buena constitución física, de buen carácter, de espíritu honestamente alegre, deseosas por encima de todo de hacerse santas, y no con acciones brillantes, sino por el camino de las obras ordinarias, para servir al prójimo, y especialmente a las jóvenes, de estímulo y aliento en la práctica de las virtudes cristianas: hermanas, en fin, que sean, o puedan llegar a ser, instrumentos hábiles de la gloria de Dios en el desempeño de los cargos y ocupaciones propias del Instituto.

Ahora bien, para conseguir hermanas adornadas de estas cualidades, es de gran importancia tener al frente del Instituto superioras de buen criterio, que sepan probar y discernir las vocaciones de las jóvenes antes de admitirlas a la toma de hábito y a la profesión; superioras que posean a fondo, y practiquen ellas mismas, las virtudes que deben inculcar a las hermanas. Es necesario que las superioras amen a todas sin distinción como hermanas suyas, como hijas de María, como esposas de Jesucristo; pero a esta caridad paciente y benigna deben unir cierta firmeza de carácter que, cuando haya necesidad, sepa impedir los abusos y la inobservancia de las Constituciones sin la menor violencia, pero también sin respeto humano; una firmeza de carácter, eso sí, prudente y discreta, que mantenga siempre floreciente la piedad y la observancia de las Reglas, sin poner en peligro la salud de las hermanas.

Piense, pues, cada directora y examine detenidamente cuáles son las hermanas que, en mayor o menor grado, poseen es-

tas dotes, y, llegado el momento, dé su voto a las que, delante de Dios y de su propia conciencia, estima más aptas para el puesto que deberán ocupar.

Con la esperanza de poder asistir también yo al Capítulo general convocado, pido a Dios que os conserve a todas en su santa gracia; que *todas, ya sean superiores o súbditas, tanto estén sanas como enfermas, le améis y le sirváis fielmente en el lugar y ocupación que os señale la obediencia*, a fin de que, en cualquier momento en que nuestro Señor Jesucristo os llame a la eternidad, pueda cada una responderle: «Heme pronta aquí, Dios mío; vayamos a aquella felicidad que, en vuestra infinita misericordia, me habéis preparado».

Rogad por mí, y creedme en el Señor vuestro affmo.

JUAN BOSCO, Pbro.

Turín, 24-5-1886.

Reglas o Constituciones para el Instituto de Hijas de María Auxiliadora, agregadas a la Sociedad Salesiana

Laudabit usque ad mortem anima mea Dominum

Mi alma glorificará al Señor hasta la muerte (Eclo 51,8)

(Turín, Tipografía y Librería Salesiana, 1878) *

A las Hijas de María Santísima Auxiliadora

Gracias a la bondad de nuestro Padre celestial, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, al que tenéis la suerte de pertenecer, ha experimentado un gran desarrollo en breve tiempo. En pocos años hemos podido inaugurar un importante número de casas en el Piamonte, Liguria y Francia, e incluso en las lejanas regiones de América.

Cuando el Instituto se hallaba concentrado en la Casa madre de Mornese, bastaban algunas copias manuscritas de las Reglas para que cada hermana pudiese conocerlas. Ahora, con el providencial aumento de casas y hermanas, estas copias son, a todas luces, insuficientes.

Por lo cual, he considerado de la mayor gloria de Dios y de provecho de vuestras almas hacerlas imprimir. Con esta carta, pues, os las presento. Estas reglas ya obtuvieron la aprobación de varios obispos, que las consideraron *plenamente aptas para santificar a una joven que quiera ser toda de Jesús y que al mismo tiempo se proponga dedicar su propia vida al servicio del prójimo, especialmente a la educación de las muchachas pobres*. Es más: el mismo Instituto fue reconocido y aprobado con especial decreto por el reverendísimo obispo de Acqui, en cuya diócesis nació en 1872, y sigue prosperando hoy en día.

Tened en mucho, por lo tanto, estas reglas que lo gobiernan; leedlas y meditadlas. Pero, sobre todo, no olvidéis nunca que de nada serviría saberlas hasta de memoria si no las pusierais en práctica. Por lo mismo, que cada una se entregue con la más viva solicitud a observarlas puntualmente; a este fin se encaminen la vigilancia y el celo de las superioras y la diligencia e imaginación de las súbditas. Obrando así, encontraréis en

* Tradujo sor Amelia Alonso, H. M. A.

vuestra Congregación la paz del corazón, marcharéis por el camino del cielo y alcanzaréis la santidad.

Aprovecho esta ocasión tan a propósito para recomendaros que en vuestras oraciones tengáis siempre presente al muy reverendo don Domingo Pestarino (q.e.g.e.), primer director de las Hijas de María Auxiliadora. De él se sirvió el Señor para echar los cimientos de este Instituto. Por su caridad y por su celo merece verdaderamente nuestra más viva gratitud.

Rogad también las unas por las otras, para que el Señor os ayude a ser constantes y fieles en vuestra vocación, y dignas de hacer gran bien a mayor gloria suya. *Rogad de modo especial por las hermanas que marcharon, o marcharán, a las más lejanas regiones de la tierra a difundir el nombre de Jesucristo y a hacerlo conocer y amar.* Rezad, sobre todo, por la Iglesia católica, por su cabeza visible, por los obispos y pastores locales. Rezad también por la Sociedad salesiana, a la que vosotras habéis sido agregadas, y no os olvidéis tampoco de mí, que os deseo toda clase de consuelos.

La Virgen Auxiliadora nos proteja y defienda en la vida y en la muerte, y con su potente intercesión nos obtenga de su Hijo divino la estupenda gracia de hallarnos un día todos, recogidos bajo su manto, en la eterna felicidad.

Turín, fiesta de la Inmaculada Concepción, 1878.

JUAN BOSCO, Pbro.

Reglas o Constituciones del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora

Título I.—**Fin del Instituto**

[1] 1. *El fin del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora es atender a la propia perfección y colaborar en la salvación del prójimo, especialmente dando a las jóvenes del pueblo una educación cristiana.*

[2] 2. *Las HMA, por lo tanto, procurarán, ante todo, ejercitarse en las virtudes cristianas, y luego se dedicarán al bien del prójimo.* Atenderán especialmente la dirección de escuelas, orfanatos, jardines de infancia, oratorios festivos; también podrán abrir talleres, en beneficio de las jóvenes más necesitadas, en pueblos y ciudades. Donde sea necesario se dedicarán también a la asistencia de enfermos pobres y a otros servicios de caridad.

[3] 3. Asimismo podrán recibir en sus casas a jóvenes de condición humilde, a quienes, sin embargo, nunca les enseñarán aquellas ciencias y artes propias de familias ricas y nobles. *Todo su empeño lo pondrán en formarlas en la piedad, en hacerlas buenas cristianas y capaces de ganarse honradamente el pan de la vida.*

[4] 4. El Instituto se compone de núbiles que profesan vida común en todo y hacen votos cada tres años. Renovados éstos, una o dos veces, el superior mayor, de acuerdo con el Consejo superior, puede admitir a la religiosa a los votos perpetuos si lo juzga útil para ella y para el Instituto.

Título II.—**Estructura general del Instituto**

[5] 1. El Instituto está sometido a la inmediata dependencia del superior general de la Sociedad de San Francisco de Sales, a quien se da el nombre de superior mayor. En cada una de las casas podrá ser representado por un sacerdote con el título de director de las hermanas. El director general será un miembro del Consejo superior de la Congregación salesiana.

El superior mayor confiará al director general la vigilancia

y el cuidado de todo lo que se relaciona con el buen funcionamiento espiritual y material del Instituto.

[6] 2. Todas las casas del Instituto dependen de la jurisdicción del ordinario en lo que concierne a la administración de los santos sacramentos y al ejercicio del culto religioso. Las hermanas de cada una de las casas tendrán por confesor al director particular propuesto por el superior mayor y aprobado para confesar en la diócesis.

[7] 3. El director susodicho, ordinariamente, no intervendrá en el gobierno y la disciplina de la casa, excepto en los casos en los cuales el superior mayor le hubiera dado determinadas incumbencias.

[8] 4. Las hermanas y las jóvenes de la casa estarán sometidas a la jurisdicción del párroco en lo que respecta a los derechos parroquiales.

[9] 5. *Las hermanas conservan sus derechos civiles aun después de hacer los votos;* pero no podrán administrar sus bienes sino en el límite y en el modo que el superior mayor disponga.

[10] 6. Los frutos de los bienes muebles e inmuebles que se hayan traído a la Congregación deben cederse a la misma.

[11] 7. El Instituto proporcionará a cada hermana cuanto necesite para el alimento, el vestido y demás cosas necesarias, ya sea en buena salud o en caso de enfermedad.

[12] 8. Si alguna muriera sin haber hecho testamento, sus herederos serán los que establecen las leyes civiles.

[13] 9. Los votos obligan mientras se vive en la Congregación. Si alguna, por motivos razonables o por prudente juicio de los superiores, tuviese que salir del Instituto, puede obtener del romano pontífice, o bien del superior mayor, la dispensa de los votos. Con todo, procuren todas perseverar en la vocación hasta la muerte, teniendo bien presente estas graves palabras del Salvador: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios» (Lc 9,62).

[14] 10. La hermana que sale del Instituto no podrá pretender compensación alguna, sea cual fuere el oficio que ha desempeñado en el tiempo que permaneció en la Congregación. Recobrará, no obstante, el dominio de todos sus bienes muebles e inmuebles, en el estado en que se encuentren, cuya propiedad se hubiera reservado al entrar en el Instituto. Pero no tendrá ningún derecho de pedir cuenta a los superiores de los frutos ni de la administración de los mismos durante el tiempo que vivió en la Congregación.

Título III.—**Gobierno interno del Instituto**

[15] 1. El gobierno y dirección del Instituto de las HMA está compuesto por un Consejo superior, formado por la superiora general, una vicaria, una ecónoma y dos asistentes, dependientes del rector mayor de la Congregación salesiana.

[16] 2. El Consejo superior será presidido por el superior mayor, o por el director general, o por el director local delegado para ello.

Se reunirá el Consejo superior cuando se trate de abrir una nueva casa o centro y de otros asuntos de interés general para el Instituto.

[17] 3. No se podrá abrir casa alguna, ni asumir la dirección de algún colegio, jardín de infancia, etc., sin que el superior mayor haya tratado con el obispo y esté de pleno acuerdo con él en lo que se refiere a la autoridad eclesiástica.

[18] 4. La dirección de todo el Instituto corresponde a la superiora general, subordinada al superior mayor. De ella dependerá el estado material y moral de las casas de las HMA. A ella le incumbe asignar destinos a las hermanas y cambiarlas de casa según las necesidades. Deberá ponerse de acuerdo con el director general y obtener el consentimiento del superior mayor para comprar y vender bienes inmuebles y para demoler edificios o emprender nuevas construcciones.

[19] 5. La vicaria suplirá a la superiora general y centralizará las entradas y salidas de toda la Congregación; cuidará asimismo de registrar los legados y donaciones referentes a las casas del Instituto. También está confiada a su cuidado y responsabilidad la administración de los bienes muebles e inmuebles y sus frutos. La vicaria actuará siempre bajo la dependencia de la superiora general, a quien deberá rendir cuenta de todas sus operaciones cada tres meses.

[20] 6. A la vicaria le corresponde además el oficio de monitora secreta de la superiora general. No le hará advertencia alguna si no es por motivos graves y después de haber orado y consultado con Dios para conocer si tal advertencia es conveniente y la manera, lugar y tiempo que podrán hacerla más eficaz. La misma superiora le preguntará de vez en cuando si tiene que hacerle alguna observación, para darle así la oportunidad de prestarle más fácilmente este caritativo servicio.

[21] 7. La ecónoma tendrá el cuidado de todo lo que se refiere al estado material de las casas, tal como reparación de edificios, nuevas construcciones, compras, ventas, testamentos

y modo de hacerlos; las provisiones al por mayor para vestido, alimento y enseres; todo lo relativo a estas operaciones está confiado en modo particular a la económa, pero siempre bajo la dependencia de la superiora.

[22] 8. La primera asistente tendrá a su cargo la correspondencia del Consejo superior con todas las casas del Instituto y con las personas externas, siempre por encargo de la superiora general. Se ocupará también de los decretos, cartas y demás documentos que digan relación con las autoridades eclesiásticas, municipales y civiles.

[23] 9. A la segunda asistente le corresponde todo lo referente a la enseñanza en las varias casas del Instituto.

Título IV.—**Elección de la superiora general, de la vicaria, de la ecónoma y de las dos asistentes**

[24] 1. La superiora general y demás componentes del Consejo durarán seis años en sus cargos y pueden ser reelegidas.

[25] 2. Las elecciones podrán hacerse, según el parecer del superior mayor, en cualquier tiempo, pero, si no hay impedimento, se efectuarán en la octava de la fiesta de María Auxiliadora. Por lo tanto, la superiora general, tres meses antes, notificará a todas las casas que termina su mandato y el de sus consejeras.

Al mismo tiempo, el superior mayor ordenará las oraciones que deberán hacerse para obtener luces del cielo, y advertirá a cuantas deben participar en las nuevas elecciones la obligación de dar su voto a las personas que juzguen más capaces para el gobierno del Instituto y más aptas para buscar la gloria de Dios y el bien de las almas.

[26] 3. La elección de la superiora general no deberá retardarse más de quince días después de haber acabado su mandato. Durante este período, la misma superiora general hará las veces de vicaria en todo cuanto se refiera a la dirección y administración del Instituto.

[27] 4. A la elección de la superiora general concurrirán el Consejo superior y las directoras de cada casa. Aun cuando alguna de las votantes no pueda hallarse presente para dar el voto, la elección será igualmente válida.

[28] 5. La forma de la elección será la siguiente: Delante

de una imagen de Jesús crucificado, colocado sobre una mesa o altarcito entre dos velas encendidas, el superior mayor o su delegado entonará el *Veni, Creator,* con la oración conclusiva. A continuación, el superior hará una breve alocución al respecto, y luego todas las electoras, por orden, irán a depositar su voto, doblado, en una urna preparada al efecto. En todo esto se debe proceder con absoluto secreto, de modo que ni antes ni después de la votación conozcan unas hermanas el voto de las otras.

La que haya obtenido la mayoría absoluta de votos será elegida superiora general. Se entiende por mayoría absoluta el conseguir más de la mitad de los sufragios.

[29] 6. Si no se resolviese la elección en la votación primera, podrá procederse de nuevo por dos veces en el mismo día o en los siguientes.

Si por la división de los sufragios no se resolviese a la tercera vez, es facultad del superior mayor elegir a aquella que tuvo mayoría relativa.

[30] 7. Si dos hermanas obtuvieran igual número de votos, el presidente dará su voto a aquella que ante Dios crea más apta para tal servicio. Excepto este caso, el presidente nunca dará su voto.

[31] 8. El superior mayor confirmará con su autoridad dicha elección.

[32] 9. La elección de la vicaria, de la ecónoma y de las dos asistentes se hará del mismo modo, pero la elección será válida con sólo mayoría relativa, esto es, se considerará elegida la que hubiera obtenido mayor número de sufragios.

[33] 10. El escrutinio será hecho por el presidente y por dos hermanas elegidas al efecto por el Capítulo. Después se cantará el *Te Deum.*

[34] 11. Para que una hermana sea superiora general, vicaria, ecónoma o asistente es necesario: 1.° Que tenga treinta y cinco años de edad y diez de profesión; pero el superior mayor, en caso de necesidad, puede modificar estas condiciones. 2.° Haber dado siempre pruebas de una vida ejemplar. 3.° Poseer dotes de prudencia, caridad y celo por la observancia regular. 4.° Ser profesa perpetua.

[35] 12. Si se diera el caso de que cesase en sus funciones alguna religiosa del Consejo superior antes de los seis años, la superiora general, con el consentimiento del superior mayor, elegirá una suplente, la que a la luz del Señor juzgue con-

veniente. Pero ésta ejercerá el cargo hasta terminar el sexenio comenzado por su predecesora.

[36] 13. Si durante el sexenio sucediere la muerte de la superiora general, o por motivos razonables tuviera que abandonar su oficio, se procederá a la elección de una nueva superiora en la forma expresada.

[37] 14. En este caso, la vicaria asumirá temporalmente el gobierno del Instituto, lo comunicará a todas las casas y, de acuerdo con el Consejo superior y con el superior mayor, fijará el tiempo oportuno para la elección de la nueva superiora.

[38] 15. La superiora general visitará todas las casas al menos una vez al año; donde no le sea posible hacerlo personalmente por la distancia o por el número de casas, elegirá, con el consentimiento del Consejo superior, algunas visitadoras, a quienes les encargará de hacer sus veces. Las visitadoras harán las veces de la superiora general en las cosas y asuntos que les hayan sido confiados.

Título V.—**Elección de la directora de cada casa y de su respectivo Consejo. Capítulo general**

[39] 1. Cada una de las casas del Instituto será regida por una directora, a la que obedecerán todas las hermanas de la casa. Esta, a su vez, dependerá de la superiora general, la cual, actualmente, reside en Mornese, pero que podrá fijar su sede en cualquier casa del Instituto. A ser posible residirá con ella el Consejo superior.

[40] 2. El Consejo superior elegirá la directora de cada una de las casas y un consejo particular proporcionado al número de las hermanas de la comunidad. Las primeras elegidas serán la vicaria y las asistentes, según la necesidad. En la elección de éstas participará, con el Consejo superior, la nueva directora.

[41] 3. La directora podrá administrar los bienes traídos a la Congregación y donados a la casa que regenta en particular, pero siempre en los límites fijados por la superiora general. No podrá comprar ni vender inmuebles ni construir nuevos edificios, ni hacer modificaciones de importancia sin el consentimiento de la superiora general. En la administración debe cuidar del bien moral y material, y de la disciplina escolar si hay escuelas, y en las cosas más importantes reunirá su consejo y no tomará resolución alguna sin su consentimiento. Cada año dará cuenta exacta de su administración a la superiora general.

[42] 4. La vicaria hará las veces de la directora cuando ésta esté ausente, y administrará también las cosas temporales. Atenderá con solicitud a la economía doméstica; procurará que no falte nada, que nada se pierda o desperdicie, y hará las provisiones necesarias para la casa. La misma vicaria debe rendir cuenta de su actuación a la directora cuando se lo pidiere.

[43] 5. Las asistentes intervendrán en todas las decisiones de alguna importancia y ayudarán a la directora en la parte escolar, doméstica y en todo lo que les sea confiado.

[44] 6. Cada seis años se tendrá un Capítulo general, en el que tomarán parte el superior mayor, el Consejo superior y las directoras de las casas, si la distancia u otras circunstancias lo permiten. En él se tratarán los asuntos de interés general y hasta se podrán modificar los artículos de las Constituciones, pero según el espíritu del Instituto.

Título VI.—**La maestra de novicias**

[45] 1. La elección de la maestra de novicias la hará el Consejo superior con las directoras de las casas, como se indica en el título IV número 9.

[46] 2. La maestra de novicias debe ser una hermana de probada virtud y prudencia; que tenga una profunda y clara inteligencia de las Reglas, y que se distinga por su espíritu de piedad, de humildad y de paciencia a toda prueba. Debe tener al menos treinta años de edad y cinco de profesión. Durará en su cargo seis años.

[47] 3. La maestra de novicias se esmerará en ser afable y bondadosa, para que sus hijas espirituales se le abran en todo lo que pueda ser útil a su progreso en la perfección. Ella las dirigirá e instruirá en la observancia de las Constituciones, sobre todo en lo que respecta a los votos de castidad, pobreza y obediencia. Sea modelo en todo, para que se observen todas las prescripciones de las Reglas. Asimismo se le recomienda que inspire en las novicias el espíritu de mortificación; pero debe usar de una gran discreción, a fin de que no se debiliten sus fuerzas corporales hasta el punto de hacerlas incapaces de cumplir las obligaciones del Instituto.

Título VII.—**Condiciones de aceptación**

[48] 1. Las jóvenes que deseen ingresar en el Instituto de María Auxiliadora harán su petición a la superiora general, la cual, por sí misma, o sirviéndose de su vicaria, las examinará y pedirá los informes necesarios acerca de su condición, conducta, etc.; y si comprueba que se hallan dotadas de las cualidades necesarias, las admitirá al postulantado.

[49] 2. Condiciones personales: hija legítima, de buenas costumbres, buena índole, sincera disposición a las virtudes propias del Instituto, certificado de buena conducta personal y de su familia expedido por el párroco; buena salud y certificado de haber sido vacunada o de haber pasado la viruela; edad, de quince a veinticinco años.

[50] 3. Las postulantes pagarán de pensión 30 francos mensuales durante el tiempo de prueba. Llevarán un ajuar suficiente, según las indicaciones que se les darán. La dote no será inferior a mil liras. La superiora general, con el consentimiento de su superior, puede modificar este artículo cuando lo juzgue conveniente a la mayor gloria de Dios.

[51] 4. Si una joven durante este tiempo de prueba se fuera a su casa o muriera, se restituirá a la familia la dote y el ajuar; pero correrán por cuenta de los padres los gastos de la pensión, de la enfermedad y de los funerales.

[52] 5. Si sale o muere una novicia, se le devolverá a la familia el ajuar en el estado en que se encuentre, siempre que se le puedan descontar de la dote quince liras mensuales por el tiempo que pasó en el noviciado.

[53] 6. La dote y el ajuar pasan por entero al Instituto si una hermana sale o muere ya profesa [1].

[54] 7. De los bienes que una hermana posea, excepto de la dote y el ajuar, podrá disponer por testamento.

Título VIII.—**Vestición y profesión**

[55] 1. *La joven aceptada como postulante se ejercitará, por lo menos, seis meses en la práctica de las virtudes propias del Instituto, en conocer su espíritu y en capacitarse en todo lo que pueda ser útil para los diversos oficios, y especialmente para la enseñanza y la catequesis.*

[1] El actual Derecho canónico dispone, en caso de salida, lo contrario (N. d. E.).

[56] 2. Terminada esta primera prueba, la superiora general solicitará del superior mayor la facultad para que el director local pueda examinar la vocación de la candidata. Luego se procederá a la votación del consejo de la casa donde se encuentra la postulante; si ésta obtuviera la mayoría de votos, se dará cuenta exacta al Consejo superior, que decidirá sobre su admisión a la vestición de hábito religioso, según las ceremonias prescritas. En caso contrario, se avisará a la familia para que la joven vuelva a su casa.

[57] 3. Después de la vestición se harán dos años de noviciado. Un mes antes de que termine el noviciado se volverán a examinar la conducta y las virtudes de la novicia, y si en el escrutinio que sobre ella se haga obtuviera mayoría de votos favorables, será admitida a la profesión según el formulario prescrito. En el caso de no ser admitida, volverá a su familia, a no ser que el Consejo juzgue conveniente prolongar el tiempo de prueba por seis meses, después de los cuales se efectuará la votación definitiva.

[58] 4. A la vestición precederán algunos días de retiro; y a la profesión, los ejercicios espirituales.

[59] 5. En cada casa del Instituto se llevará un libro en que se anotará la edad, procedencia, nombre y apellidos de las hermanas de la comunidad y de sus respectivos padres. En otro libro al efecto se registrará también el día de la profesión, con la firma de la profesa y de dos hermanas testigos.

[60] 6. De darse motivos graves de moralidad y conducta, las novicias pueden ser despedidas del Instituto por la superiora general, y las profesas, por el Consejo superior, con el consentimiento del superior mayor, que por este solo hecho las dispensa de los votos.

Título IX.—**Virtudes esenciales propuestas para aprendizaje de las novicias y ejercicio de las profesas**

[61] 1. *Caridad paciente, llena de celo, no sólo con las niñas, sino también, y más aún, con las jóvenes.*

[62] 2. *Sencillez y modestia; espíritu de mortificación interna y externa; observancia rigurosa de la pobreza.*

[63] 3. *Obediencia de voluntad y de juicio; aceptar con gusto y sin réplicas los avisos y correcciones y las ocupaciones que les sean confiadas.*

[64] 4. *Espíritu de oración, merced al cual las hermanas se*

den de buen grado a las obras de piedad y se mantengan en la presencia de Dios, abandonándose a su dulce providencia.
[65] 5. *Las HMA han de procurar que estas virtudes arraiguen profundamente en ellas a fuerza de mucho ejercicio, ya que deben armonizar en su vida la acción y la contemplación, haciendo de Marta y María.*

Título X.—**Distribución del tiempo**

[66] 1. Como las ocupaciones de las HMA son muchas y variadas, es menester una gran diligencia para cumplirlas todas con exactitud y buen orden. Por lo cual es de suma importancia una justa y adecuada distribución de las horas del día.
[67] 2. La hora de levantarse, desde el primero de abril hasta el mes de agosto, será a las cinco; y a las cinco y media, desde el primero de septiembre a fines de marzo. Se concederá media hora para el aseo. Al toque de la campana, las hermanas irán a la capilla para hacer en común las prácticas de piedad según el formulario prescrito. A las oraciones de la mañana seguirá media hora de meditación, cuyo tema se leerá en voz alta. Después se participará en la santa misa. El tiempo que va hasta el mediodía, a excepción de una media hora para el desayuno, lo ocuparán en los trabajos que les haya encomendado la obediencia.
[68] 3. Un cuarto de hora antes de mediodía, irán a la iglesia para hacer el examen particular de conciencia, que durará alrededor de diez minutos. Después, en riguroso silencio, se encaminarán al comedor. Durante toda la comida se leerá algún libro espiritual, de lectura más bien amena, que instruya y levante el espíritu.
[69] 4. Antes y después de las comidas se rezarán las oraciones de costumbre. Después de la comida se tendrá cerca de una hora de recreo. Durante este tiempo, las hermanas se entretendrán fraternalmente en común, animándose entre sí en el divino servicio, contentas de encontrarse en la casa de Dios, lejos del peligro de ofenderle. Para recrear el espíritu y el cuerpo no se excluyen los entretenimientos inocentes. Ninguna hermana se ausentará del recreo sin permiso. Al terminar, irán todas a la capilla para hacer una breve visita al Stmo. Sacramento.
[70] 5. Luego, en silencio, se irán a sus respectivas ocupaciones. No obstante, se permite hablar en voz baja durante el trabajo cuando la necesidad o el deber lo exijan, tal como

para entenderse en la marcha de las labores, hacer encargos y dar recados de parte de personas externas.

[71] 6. A las cuatro tendrán en común quince minutos de lectura espiritual. Una media hora antes de la cena, irán a la capilla para rezar la tercera parte del rosario. Si alguna hermana no pudiese hacer en común estas prácticas de piedad, procurará cumplirlas privadamente cuando le venga mejor.

[72] 7. Durante la cena se hará lectura como a la hora de comer. Seguirá media hora de recreo y, luego, irán a la capilla para rezar las oraciones en común; después de haber leído el argumento de la meditación de la mañana siguiente, se retirarán a descansar en riguroso silencio.

[73] 8. A excepción del recreo después de la comida, del desayuno y de la cena, se observará siempre silencio, como se indica en el número 5. En los talleres, sin embargo, se puede interrumpir este silencio durante media hora, después de las diez de la mañana y de las cuatro de la tarde, pero hablando con moderación y entonando cánticos religiosos.

Título XI.—**Prácticas de piedad**

[74] 1. Los domingos, y en todas las fiestas de precepto, las hermanas rezarán el oficio de la Stma. Virgen, a no ser que tomen parte en las celebraciones parroquiales o asistan a la reunión de alguna asociación piadosa. El oficio parvo se rezará con la máxima devoción, lentamente, a coro y haciendo pausa en los asteriscos.

[75] 2. Al sacramento de la penitencia se acercarán, regularmente, cada ocho días. En la acusación de las faltas evitarán referir circunstancias inútiles; sean breves y expongan con sencillez y humildad sus culpas como si las acusaran al mismo Jesucristo. Tengan gran respeto y confianza hacia el confesor, como corresponde a quien Dios ha destinado para ser padre, maestro y guía de sus almas. Pero nunca hablen entre sí de cosas de confesión, y menos del confesor.

[76] 3. Tendrán cada seis meses un confesor extraordinario, nombrado por el superior mayor y aprobado para las confesiones en la diócesis. Si alguna lo necesitara fuera del tiempo establecido, lo pedirá a la superiora.

[77] 4. Por regla ordinaria, la santa comunión se recibirá todos los domingos y fiestas de precepto, los jueves y sábados de cada semana y en el aniversario de la vestición y profesión,

pero, con el permiso del confesor, puede recibirse todos los días.

[78] 5. Se celebrarán con particular devoción y solemnidad las fiestas de San José, San Francisco de Sales, Santa Teresa y Santa Angela Mérici, que son los patronos principales del Instituto.

[79] 6. Los domingos y días de fiesta asistirán a las funciones sagradas en la propia capilla, o bien en la iglesia parroquial.

[80] 7. Las fiestas principales del Instituto son: las solemnidades de la Inmaculada Concepción y de María Auxiliadora, que irán precedidas de una devota novena. Las hermanas se prepararán con sentimiento de profunda piedad, acercándose a los santos sacramentos y agradeciendo al Señor y a la Santísima Virgen el haberles concedido la gracia de la vocación religiosa.

[81] 8. *Ninguna regla prescribe a las hermanas ayunos y abstinencias particulares además de las mandadas por la Iglesia; y aun en éstos no seguirán el propio arbitrio, sino que obedecerán al confesor y a la superiora. Tampoco harán penitencias corporales sin pedir antes el debido permiso.*

Con todo, procurarán seguir la buena costumbre de ayunar cada sábado en honor de María Stma.; pero si durante la semana hubiera otro ayuno ordenado por la Iglesia, o bien el sábado cayera en día de fiesta, el ayuno quedará dispensado.

Título XII.—**La clausura**

[82] Si bien las HMA no pueden guardar estricta clausura, debido a los servicios de caridad que deben prestar al prójimo, observarán, sin embargo, las siguientes reglas:

[83] 1. No introducirán personas externas sino en la parte de la casa destinada a las visitas de seglares y, en caso de necesidad, en las habitaciones reservadas a las educandas. En la parte destinada a las hermanas no será lícito introducir otras personas fuera de las exigidas por el deber y la necesidad, o en casos extraordinarios en que la superiora juzgue conveniente hacer una excepción.

En la enfermería podrán entrar el médico, el director y los familiares más próximos a la enferma, pero siempre acompañados por una hermana.

[84] 2. Ninguna hermana podrá salir de casa, ni de paseo, ni de visita, ni para resolver ningún asunto sin el permiso de

la superiora, quien, vez por vez, la hará acompañar de otra hermana o de alguna señora de confianza.

[85] 3. Salvo en ocasiones de viaje o de alguna obra de caridad, las hermanas procurarán hallarse en casa antes de la puesta del sol.

[86] 4. No se entretendrán por la calle a hablar con persona alguna sino por grave necesidad, justificable a los ojos de quien las vea.

[87] 5. No se hospedarán ni tomarán alimento o bebida alguna en casa de personas seglares, a no ser en caso de viaje o de otra necesidad.

[88] 6. Si durante un viaje debieran pasar la noche en un lugar donde haya hermanas del propio Instituto, se alojarán en su casa, aun cuando tuvieran familiares o conocidos en dicho lugar.

Las hermanas las acogerán siempre con caridad y benevolencia, y no aceptarán ninguna compensación por la hospitalidad ofrecida.

[89] 7. Las hermanas no frecuentarán ni siquiera las casas de los señores párrocos o de otros sacerdotes, ni les prestarán servicios; ni se quedarán a comer ni a reuniones de recreo ni de devoción.

Título XIII.—**Voto de castidad**

[90] 1. El ejercicio continuo de la caridad hacia el prójimo y el trato edificante con las jóvenes pobres requieren un esfuerzo perseverante en todas las virtudes, cultivadas en grado no común. Pero la virtud angélica, la virtud que más que ninguna otra agrada al Hijo de Dios, la virtud de la castidad, debe ser cultivada en grado eminente por las HMA. En primer lugar, porque la *misión que tienen de instruir y orientar al prójimo por el camino de la salvación es semejante a la de los santos ángeles;* por lo tanto, también ellas han de vivir con el corazón puro y en un estado angélico, ya que las vírgenes son llamadas ángeles de la tierra; y, en segundo lugar, porque *para realizar bien su vocación se requiere un total desprendimiento interno y externo de todo lo que no es Dios.*

[91] 2. *Para la observancia de este voto se inculca a las hermanas la custodia vigilante de los sentidos,* porque son como las puertas por donde el enemigo entra en el alma. No deben, pues, vivir ni respirar más que para su celestial Esposo, con toda honestidad, pureza y santidad de espíritu, de palabras, de

porte y de obras, a través de una conversación limpia y angelical, recordando las palabras del Señor que dice: *Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios.*

[92] 3. *Para custodiar tan gran tesoro ayudará mucho el pensamiento de la presencia de Dios, dirigiéndose a él con frecuencia con actos de viva fe, de firme esperanza y de ardiente caridad;* ayudarán también mucho la fuga del ocio y la mortificación interna y externa: la primera sin limitación, y la segunda, en la medida que la obediencia lo permita.

[93] 4. Son también medios eficacísimos para conservar esta virtud la devoción a María Stma. Inmaculada, al glorioso San José y al Angel Custodio; así como el tener presente que las esposas fieles de Jesucristo que hayan vivido y muerto en estado virginal tendrán en el cielo una gloria particular y cantarán con María un himno al Cordero divino que a los demás bienaventurados no les será dado cantar.

Título XIV.—**Voto de obediencia**

[94] 1. *Como la vida de las HMA debe ser un continuo holocausto, le faltaría lo mejor al sacrificio si no entrase en juego la propia voluntad,* que, precisamente con el voto de obediencia, se ofrece a la Majestad divina. Sabemos, además, que el divino Salvador dijo de sí mismo que él *no vino* entre nosotros *para hacer su voluntad, sino la del Padre celestial.* Precisamente, las HMA hacen voto de obediencia para asegurarse de que en todo cumplen la voluntad de Dios.

[95] 2. Este voto obliga a no ocuparse más que en las cosas que la superiora juzgue de la mayor gloria de Dios y bien de las almas, según las reglas del Instituto.

[96] 3. *Las hermanas deberán obedecer con espíritu de fe,* viendo a Dios en la superiora y persuadiéndose de que todo lo dispuesto por la obediencia redundará en gran ventaja suya espiritual.

[97] 4. *Su obediencia sea ilusionada y gozosa,* es decir, sin angustias, sin mal humor, sin protestas.

[98] 5. Sea, en fin, pronta, sin querer examinar o criticar las razones ocultas de lo mandado.

[99] 6. Ninguna hermana pida o rehúse cosa alguna con vehemencia. Pero cuando advierta que algo puede serle nocivo o necesario, expóngalo a la superiora, que proveerá con solicitud a cuanto necesita.

[100] 7. *Tengan todas gran confianza en la superiora y*

mírenla como a madre afectuosa. Recurran a ella en sus dudas y manifiéstenle sus penas y dificultades.

Título XV.—**Voto de pobreza**

[101] 1. La observancia del voto de pobreza en el Instituto de María Auxiliadora consiste esencialmente en el *desprendimiento de todos los bienes terrenos; lo practicarán llevando una vida común respecto a los alimentos y el vestido,* no reservándose nada para el propio uso sin permiso especial de la superiora.

[102] 2. Forma parte de este voto el tener las habitaciones con la máxima sencillez, procurando enriquecer el corazón con las virtudes más bien que adornar la persona o las paredes de la propia habitación.

[103] 3. Ninguna hermana podrá conservar, en el Instituto o fuera de él, dinero en propiedad ni en depósito, bajo ningún motivo, sin permiso expreso de la superiora.

[104] 4. *La pobreza voluntaria nos hace verdaderos seguidores del Salvador,* quien, para dejarnos un gran ejemplo, la practicó desde su nacimiento hasta la muerte.

Título XVI.—**Normas generales**

[105] 1. Las hermanas harán todos los días la conmemoración de los siete dolores de María Stma. distribuidos en siete veces, añadiendo al fin de cada uno un avemaría y la oración: «Eterno Padre, os ofrecemos...», que repetirán con frecuencia durante el día.

Desde las vísperas del sábado santo hasta acabado el domingo *in albis,* y a lo largo de toda la octava de la Asunción de María Stma. al cielo, rezarán a esas mismas horas los siete gozos de María Stma.

[106] 2. Para la lectura espiritual de un cuarto de hora se utilizarán los libros indicados por la superiora. Se recomiendan especialmente: *Ia imitación de Cristo, La monja santa* y *La práctica del amor a Jesucristo,* de San Alfonso, doctor; la *Filotea* de San Francisco de Sales, adaptada para la juventud; *Ejercicio de perfección,* del padre Rodríguez, y las vidas de los santos y santas que se han dedicado a la educación de la juventud.

[107] 3. Todas las hermanas del Instituto deberán ir una

vez al año a la casa central, o bien, si ésta distara mucho, a la casa de la cual dependen, para hacer los ejercicios espirituales. Si debido a las actividades que tienen no fuera posible hacerlos todas juntas, los harán repartidas en dos o tres tandas, según disponga la superiora.

[108] 4. Tanto las cartas que escriben las hermanas como las que reciben serán abiertas y leídas por la superiora cuando lo crea conveniente, quien podrá darles curso o retenerlas.

[109] 5. Sin embargo, las hermanas pueden, sin necesidad de permiso, escribir al sumo pontífice, al superior mayor y a la superiora general, e igualmente recibirán las de éstos, sin que la superiora pueda abrirlas.

[110] 6. Cuando los padres u otras personas vayan a visitar a las hermanas, éstas se presentarán en la sala de visitas acompañadas de una hermana designada al efecto por la superiora. En semejantes ocasiones, de visitas indispensables, se recomienda a las hermanas que usen gran prudencia y modestia cristiana, y a las superioras que tomen todas las precauciones necesarias para evitar cualquier inconveniente. Como las HMA tienen muchas ocupaciones, de no tratarse de asuntos de importancia, no se permitirá que una misma persona venga de visita más de una vez al mes.

[111] 7. Las hermanas se amarán todas en el Señor, pero tendrán buen cuidado de no cultivar entre sí o con otras personas amistades particulares que alejan del perfecto amor de Dios y acaban siendo la peste de las comunidades.

[112] 8. A ninguna le está permitido dar encargos ni a las niñas de clase, ni a sus padres ni a ninguna otra persona sin autorización previa de la superiora, a quien se deberá comunicar cualquier mensaje que se dé o reciba.

[113] 9. Cada una debe reconocerse como la última de todas; por lo tanto, ninguna rehusará los oficios humildes, ni se eximirá de prestar los servicios más ordinarios de la casa, en los que la superiora la ejercitará en la medida de sus fuerzas y según lo que crea prudente en el Señor.

[114] 10. Las HMA estarán siempre alegres con las hermanas, reirán, bromearán, etc., pero siempre como pueden hacerlo entre sí los ángeles; mas en presencia de personas de otro sexo conservarán en todo momento un porte serio y digno. Por la calle caminarán con gran compostura y modestia, no fijando la atención ni en las personas ni en las cosas que encuentren, saludando, con todo, con una inclinación de cabeza a quienes las saluden y a los sacerdotes que pasen junto a ellas.

[115] 11. Hablarán con humildad tanto en casa como fue-

ra de ella, no sosteniendo nunca tercamente el propio parecer, evitando sobre todo cualquier palabra áspera, ofensiva, de reproche o de vanidad respecto a sí mismas o al bien que el Señor se digne sacar de sus obras, realizando todas sus acciones, privadas y comunitarias, sólo por complacer a Dios. No hablarán nunca de su origen familiar, de su edad o de las riquezas que hubieran tenido en el mundo. No levantarán la voz al hablar, aunque sea hora de recreo. En presencia de personas de otro sexo, su conversación será seria y grave, porque, si son de condición superior a la suya, por ejemplo, eclesiásticos, así lo requiere el respeto debido a su estado; y si son laicos, así lo pide el decoro y el buen ejemplo.

[116] 12. *Las hermanas se empeñarán con todas sus fuerzas en testimoniar, tanto por su porte como por sus modales y con toda su persona, lo que deben ser, esto es, imitadoras de Jesucristo crucificado y servidoras de los pobres.* En la iglesia estarán con la máxima compostura, manteniendo el cuerpo derecho; harán la genuflexión hasta el suelo al pasar delante del altar donde se conserva el Stmo. Sacramento.

[117] 13. Tomarán juntas en el comedor el alimento que les sea suministrado. No se quejarán nunca de la comida ni entre sí hablarán de esto; pero, si tienen alguna necesidad, la manifestarán confidencialmente a la superiora. Ninguna hermana podrá entrar en la cocina sin permiso.

[118] 14. Si el local lo permite, cada hermana dormirá en un cuarto independiente, pero no lo podrá cerrar con llave; tampoco podrá entrar en él sin permiso fuera del tiempo establecido. No usarán colchón si no es en caso de enfermedad o por algún otro motivo.

[119] 15. Tendrán junto a la cama una pila con agua bendita, un crucifijo con la cruz de madera y un cuadrito de María Auxiliadora, o de la Inmaculada, con el marco negro.

[120] 16. Toda la ropa será uniforme, modesta y sencilla, como corresponde a religiosas pobres. El hábito será negro, las mangas llegarán hasta los nudillos de los dedos y tendrán 46 cm. de anchura. La esclavina las cubrirá hasta la cintura. Los zapatos serán de piel negra, como corresponde a pobres. No usarán nunca guantes, pero, si se hicieran necesarios, no serán de seda, ni de piel fina, ni de color claro. Las hermanas profesas llevarán visible, al cuello, el crucifijo, y las novicias, la medalla de María Auxiliadora.

[121] 17. La ropa blanca será también la que corresponde a gente pobre; después de la profesión será puesta en común.

Cada hermana tendrá cuidado de mantener su hábito y las cosas de su uso con la máxima limpieza: por lo tanto, estará atenta a doblar el velo, el delantal, etc., cada vez que se lo quite.

[122] 18. Los cubiertos y la vajilla serán del material más resistente posible, pero no de lujo.

[123] 19. Toda la ropa de la comunidad se guardará en la ropería común. La hermana responsable llevará los sábados a la cama de cada una todo lo necesario para cambiarse. Después se encargará cada hermana de llevar la ropa que ha usado al lugar convenido.

[124] 20. Todos los regalos que reciban las hermanas se entregarán a la superiora. Esta podrá disponer de ellos como crea conveniente, y no está obligada a dar cuenta de su actuación al respecto. Las hermanas, sin el permiso expreso, no regalarán cosa alguna ni a personas externas ni entre sí; tampoco les está permitido cambiar o prestarse algo sin el consentimiento de la superiora.

[125] 21. Cada una tendrá cuidado de la propia salud; por ello, cuando una hermana se encuentre enferma, sin ocultar ni exagerar su mal, lo manifestará a la superiora para que provea lo necesario. Durante el tiempo de la enfermedad obedecerá a la enfermera y al médico para que éstos cuiden de su dolencia como mejor juzguen ante Dios. *Procurará mostrarse paciente y resignada a la voluntad de Dios, soportando las privaciones inseparables de la pobreza y conservando siempre una imperturbable tranquilidad de espíritu en manos de aquel Señor, que es Padre amoroso lo mismo cuando nos conserva la salud que cuando nos aflige con enfermedades y dolores.* Para darles mayor consuelo y fortaleza de espíritu a las enfermas que guardan cama se les llevará la santa comunión por lo menos una vez a la semana, siempre que la enfermedad y el lugar lo permitan.

[126] 22. *Procurarán las hermanas mantenerse siempre estrechamente unidas con el dulce vínculo de la caridad, puesto que sería muy deplorable que quienes se comprometieron a imitar a Jesucristo fueran negligentes en la observancia de aquel mandamiento que él recomendó hasta el punto de llamarlo su precepto.*

Por lo tanto, además de la recíproca comprensión e imparcial afecto, queda prescrito que, si una hermana falta a la caridad a otra, debe pedirle perdón tan pronto como con calma de espíritu haya reconocido su falta o, por lo menos, antes de ir a acostarse.

[127] 23. Para mayor perfección en la caridad, cada una preferirá de buen grado las comodidades de las demás a las propias, y en toda circunstancia se ayudarán y alentarán con demostraciones de benevolencia y de santa amistad, y no se dejarán vencer por sentimiento alguno de envidia mutua.

[128] 24. *Aspiren a hacer al prójimo todo el bien que les sea posible y pongan medios eficaces para conseguirlo, siempre con la intención de servir a nuestro Señor Jesucristo en la persona de los pobres,* especialmente asistiendo, sirviendo y consolando a las hermanas enfermas y afligidas, y promoviendo el bien espiritual de las niñas del lugar donde moran.

[129] 25. Para progresar en la perfección religiosa ayudará mucho tener el corazón abierto a la superiora, ya que después del confesor ella está destinada por Dios para dirigirla en el camino de la virtud. Por lo mismo, una vez al mes, y con más frecuencia si es necesario, le manifestarán con toda sencillez y franqueza el propio modo externo de obrar, y recibirán observaciones y consejos para lograr la práctica de la mortificación y la observancia de la santa regla. Sin embargo, se excluyen de este coloquio las cosas internas, y aun las externas si son materia de confesión, a no ser que por espíritu de humildad y voluntariamente quisieran manifestarlas para recibir consejo y dirección.

[130] 26. Todas las hermanas asistirán a la conferencia que la superiora dará los domingos, para instruirlas en sus deberes y corregir aquellos defectos que podrían disminuir el fervor y la observancia en la comunidad.

[131] 27. *Pongan todas la máxima diligencia en los ejercicios de piedad, de cuya observancia nace el fervor interno, que nos mueve dulcemente a uniformarnos en todo a Jesucristo, nuestro divino modelo y Esposo de las almas fieles.*

[132] 28. Por último, *la caridad que ha unido a las HMA en la vida no debe cesar con la muerte.* Por consiguiente, cuando una hermana sea llamada a la eternidad, su muerte será comunicada a todas las casas para que hagan en sufragio de su alma la santa comunión y recen el santo rosario. En la casa donde falleció, además, se celebrará la misa de cuerpo presente y el oficio de difuntos o el rosario entero. Se vestirá el cadáver con el hábito religioso y se le acompañará decorosamente a la sepultura.

[133] 29. A la muerte del superior mayor y de la superiora general, además de los sufragios indicados, se celebrará un funeral en todas las casas del Instituto.

[134] 30. Descienda copiosa la paz y la misericordia de Dios sobre cuantas observen estas reglas.

3. *COOPERADORES SALESIANOS*

Un documento con historia

El 9 de mayo de 1876, Pío IX firmaba el breve *Cum sicuti relatum est nobis,* por el que se conferían a la Unión de Cooperadores Salesianos, como a terciarios de la Sociedad salesiana, las mismas indulgencias que a la Tercera Orden de San Francisco. En esta fórmula cuajó jurídicamente el proyecto de don Bosco de asociar a su obra a todo tipo de personas: sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, religiosos o no, con el objeto de formar como un ejército, bien unido, en provecho de la juventud pobre.

El 12 de julio del mismo año presentaba el Reglamento de los Cooperadores, fruto de elaboraciones sucesivas y cuyos pasos comenta DESRAMAUT, F., en los volúmenes V y VI de *Coloquios sobre la vida salesiana.*

Conviene, por lo tanto, leer el documento que presentamos no como una proclama escrita en un momento de euforia, sino como el término de un largo proceso histórico-jurídico a partir de 1844, y como el fruto de un concienzudo trabajo de reflexión y formulación a lo largo de los años 1873 a 1876, una vez que vio el santo que no había manera de que en las Reglas de la Sociedad salesiana constara un capítulo o, al menos, un apéndice sobre los que él hubiese preferido fueran considerados como socios externos de la Congregación.

Prescindiendo, en obsequio de la brevedad, de matices, aunque sean de cierta importancia, daremos a continuación las líneas fundamentales de los Cooperadores, especialmente en cuanto organizados por don Bosco, sin pasar lista ni mencionar a quienes, sacerdotes o seglares, colaboraron con él.

Vamos a constatar que la estructura que quiso dar a esta organización no fue fruto de un plan preconcebido, sino de la búsqueda realista de las formas más apropiadas para ampliar la obra de los oratorios.

Recogeremos algunas intervenciones cruciales de don Bosco y terminaremos presentando el perfil que, a lo largo del proceso, han ido adquiriendo los Cooperadores.

Colaboradores, sin distinción

He aquí cómo exponía don Bosco el origen de la Sociedad al prologar el proyecto de Constituciones en 1858 (MB 5, 931-933):

«Desde el año 1841, el sacerdote Juan Bosco, juntamente con otros sacerdotes, acogía en locales a propósito a los jóvenes más abandonados de la ciudad de Turín para entretenerlos con juegos y darles al mismo tiempo el pan de la divina palabra [...]. Para conservar la unidad de espíritu y de disciplina, de la que dependen el buen éxito de los oratorios, desde el año 1844 algunos sacerdotes se reunieron para formar una especie de sociedad o congregación, ayudándose mutuamente con el ejemplo y las palabras. No hicieron ningún voto, y se limitaban a una simple promesa de ocuparse en lo que pareciese de mayor gloria de Dios y provecho de la propia alma. Reconocían como superior al sacerdote Juan Bosco. Aunque no se hicieran votos, sin embargo, en la práctica, se observaban generalmente las Reglas que se presentan aquí».

Surge una comunidad de religiosos

Copiamos ahora de un autógrafo, probablemente de octubre de 1876, en que justifica la existencia, ya de años, de los Cooperadores (MB 11,85-86):

«Desde 1852 a 1858 les fueron concedidos varios favores y gracias espirituales, pero aquel año la Congregación se dividió en dos categorías o, más bien, en *dos familias.*

»Los que podían disponer de sí y se sentían con vocación, *se reunieron en vida común,* habitando en el edificio que fue siempre reconocido como casa madre y centro de la piadosa asociación que el sumo pontífice recomendó se llamase *Pía Sociedad de San Francisco de Sales,* como sigue llamándose hoy.

»Los demás, o sea *los externos,* continuaron viviendo en medio del mundo, en sus familias, pero prosiguieron promoviendo la obra de los oratorios, conservando todavía entonces el nombre de *Unión o congregación de San Francisco de Sales,* de promotores o cooperadores, pero siempre dependiente de los socios [de vida común] y unidos a ellos en el trabajo por la juventud pobre.

»En 1864, la Santa Sede concedía el *decretum laudis* a la Pía Sociedad salesiana y confirmaba como tal a su superior. En

la aprobación de aquella congregación está el *capítulo referente a los externos,* que siempre fueron llamados promotores o bienhechores, y, últimamente, *cooperadores salesianos*».

El original capítulo sobre los externos

Don Bosco quiso incluirlos en las Constituciones de la Sociedad salesiana. Lo hizo en el capítulo último, el XVI, en las redacciones del año 1860, 1864 y 1869; y en sendos apéndices en la de 1873 y en la primera edición de 1874. Bajo la amenaza de no ver aprobadas las Reglas, en este último año tuvo que proceder a una segunda edición para suprimir dicho apéndice. He aquí los artículos del mismo (MB 7,885; 18,889):

«1. Cualquier persona, aun viviendo en su propia casa y en medio de su familia, puede pertenecer a nuestra Sociedad.

»2. Tal persona no hará ningún voto, pero se esmerará en poner en práctica aquella parte de las presentes Constituciones que sea compatible con su edad y condición. [En la redacción de 1864 se añadía: 'como sería dar o promover catecismos a favor de los jóvenes pobres, favorecer la difusión de buenos libros, procurar que se celebren triduos, novenas, ejercicios espirituales u obras semejantes, especialmente si se organizan para el bien espiritual de la juventud o del pueblo sencillo'].

»3. Para participar de los bienes espirituales de la Sociedad, debe hacer al menos una promesa al rector de dedicar sus posibilidades económicas y sus fuerzas, de la forma que crea, a la mayor gloria de Dios.

»4. Esta promesa no obliga bajo pena de culpa, ni siquiera venial».

En la redacción de 1864 se añadía: «5. Cualquier miembro de esta Sociedad que [habiendo sido profeso] por cualquier motivo razonable salga de la misma, es considerado como un miembro externo y puede participar siempre de los bienes espirituales de toda la Sociedad, con tal que practique la parte de las Constituciones prescrita a los externos».

Redacción del reglamento de los cooperadores

Don Bosco había redactado trabajosamente las Constituciones de la Sociedad salesiana, aprobadas definitivamente el 3 de abril de 1874. Con su mismo espíritu se había constituido en

1872 una comunidad de mujeres, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, para las que dictó unas constituciones que fueron aprobadas por el abispo de Acqui el 23 de enero de 1876.

Los Cooperadores, o *externos,* a los que no se les podía dedicar sitio ni siquiera en un apéndice de las Constituciones de la Sociedad salesiana, ¿iban a quedar sin unos estatutos del fundador, garantía de unidad, de eficacia y de estabilidad?

Intentó llenar este hueco con una reflexión que duró varios años, como atestiguan sucesivos borradores a lo largo de los mismos. Pueden verse en *Colloqui...* (6,355-373); fue dándoles estos títulos:

1. *Asociados a la Congregación de San F. de Sales,* 1873.
2. *Unión cristiana,* 1874.
3. *Asociación de buenas obras,* 1875.
4. *Cooperadores salesianos, o sea, Modo práctico de favorecer las buenas costumbres y la sociedad civil,* 1876.

Este último manuscrito, completado con los documentos de presentación, por parte de don Bosco, y de aprobación y concesión de indulgencias, de la Santa Sede, es el que, con pequeñas añadiduras, ha sido el Reglamento oficial de los Cooperadores hasta la nueva redacción postconciliar de 1974, que también puede verse en el mismo volumen de *Colloqui...* (6,375-386).

Definición de los cooperadores

De la historia y del documento definitivo puede deducirse un proceso de clarificación de ideas de don Bosco sobre lo que puede llamarse hoy tercera rama de su familia espiritual.

En primer lugar vale la pena recoger los *nombres* que han ido recibiendo sus miembros: externos, asociados a la Congregación de San Francisco de Sales, asociados salesianos; miembros de la unión cristiana, o asociación salesiana, o asociación de buenas obras; y, por último, cooperadores salesianos formando una unión.

En el nombre *cooperadores* pueden descubrirse tres rasgos fundamentales: se trata de una asociación, no de un movimiento espiritual disperso y sin relaciones; cooperadores: buscan no sólo la mutua edificación, sino un trabajo de colaboración; salesianos, es decir, vinculados a la Sociedad salesiana y a su rector mayor.

El fin primario es, ciertamente, hacerse el bien a sí mismos, pero gracias a un tenor de vida semejante, en lo posible, al de aquellos que viven en comunidad. Como orden tercera salesiana condividen la misión del religioso salesiano; son hermanos suyos, tienen el mismo superior, adoptan su misma espiritualidad y se benefician de iguales ventajas espirituales. Permanecen en el mundo esforzándose en vivir el espíritu de la Congregación salesiana, dependiendo de ella y tendiendo a la perfección según un estilo de vida secular. Si don Bosco contrapone piedad y caridad es para acentuar la santificación a través de la caridad activa, base de su espiritualidad.

«El fin de esta Congregación es reunir a sus miembros: sacerdotes, clérigos y laicos, para perfeccionarse a sí mismos imitando las virtudes del divino Salvador, especialmente la caridad hacia los jóvenes pobres».

Los motivos para entrar se pueden ordenar según esta prelación: 1.° Santificación propia. 2.° Caridad activa hacia los jóvenes. 3.° Conseguir mayor fuerza agrupándose. 4.° Abrazar la espiritualidad salesiana, que pide la colaboración de todos.

A cada asociado se le presenta la misma mies que es objeto de la Sociedad salesiana: 1. Actos de piedad. 2. Promoción de vocaciones sacerdotales y religiosas. 3. Promoción de la buena prensa. 4. Caridad hacia los jóvenes en peligro.

Desarrollo de la Unión de Cooperadores

La Unión fue activamente promovida por don Bosco con sus viajes y conversaciones, con sus circulares y cartas personales. Pío IX quiso ser no sólo cooperador, sino el primer cooperador. En todas partes encontró y trató don Bosco con especial atención a seglares que han quedado inscritos con letras de oro en la historia salesiana. Sólo nombraremos a la sierva de Dios doña Dorotea Chopitea (1816-1891), cuyo proceso de beatificación avanza a buenos pasos.

Como elemento de unión e información, don Bosco creó en 1877, y mantuvo con directrices muy concretas, el *Boletín Salesiano*, que a su muerte tenía una tirada de 100.000 ejemplares. Hoy los Cooperadores están organizados en cerca de 900 centros, con unos 50.000 inscritos. El *Boletín Salesiano* tiene un mayor radio de difusión: unos 750.000 ejemplares mensuales repartidos en 34 ediciones.

Bibliografía

E. CERIA, *I Cooperatori salesiani. Un po' di storia* (Torino 1952).
G. FAVINI, *Don Bosco e l'apostolato dei laici* (Torino 1952).
A. AUFFRAY, *Cooperadores salesianos. Con don Bosco y con los tiempos* (Barcelona 1957).
G. FAVINI, *Il cammino di una grande idea. I cooperatori salesiani* (Torino 1962). Trad. española.
G. FAVINI, *Los cooperadores de don Bosco* (Sevilla 1964).
La famiglia salesiana riflette sulla sua vocazione nella Chiesa di oggi (Torino 1973).
J. AUBRY, *Una vocación concreta en la Iglesia: cooperador salesiano* (Madrid 1973).
Nuevo Reglamento de los Cooperadores salesianos (Madrid 1974).
M. MIDALI, *Con don Bosco hoy. Comentario al nuevo Reglamento de los Cooperadores salesianos* (Madrid 1975).
La Familia salesiana estudia y programa su identidad y misión como grupo eclesial (Madrid 1976).
La Famiglia salesiana: Colloqui sulla vita salesiana 5 (Torino 1974).
Il Cooperatore nella società contemporanea: Colloqui sulla vita salesiana 6 (Torino 1975).
De estos *Colloqui* tenemos en español algunos artículos en folletos:
G. RAINERI, *El Cooperador salesiano del siglo XX a la búsqueda de su identidad:* Coloquios sobre la vida salesiana 9 (Madrid 1976).
A. VAN LUYN, *La misión del Cooperador salesiano en la Iglesia y en la sociedad contemporánea:* Coloquios sobre la vida salesiana 10 (Madrid 1976).
J. AUBRY, *La vida espiritual del Cooperador salesiano en el mundo contemporáneo:* Coloquios sobre la vida salesiana 10 (Madrid 1976).
Forze vive. Atti del Congresso del Centenario 1876-1976 (Roma 1977).
A. BURDEUS, *Una dama barcelonesa del ochocientos. La sierva de Dios doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra* (Barcelona 1962).
E. VALENTINI, *Preistoria dei Cooperatori Salesiani:* Salesianum 39 (1977) 114-150.

Cooperadores salesianos, o sea, un modo práctico de secundar las buenas costumbres y ayudar a la sociedad civil

(Sampierdarena 1877)

Al lector

Apenas comenzó la obra de los Oratorios, en 1841, en seguida vinieron en nuestra ayuda para cultivar la mies, que ya desde entonces se presentaba abundante entre los jóvenes en peligro, algunos piadosos y celosos sacerdotes y seglares.

Estos colaboradores, o Cooperadores, fueron en todo tiempo el sostén de las obras piadosas que la divina providencia nos ponía entre las manos. Cada uno procuraba trabajar y uniformarse a la disciplina vigente y a las normas propuestas, pero todos solían reclamar *un reglamento que sirviese como de base y de lazo para conservar la uniformidad y el espíritu de estas instituciones populares.*

Esperamos que este deseo quede ahora satisfecho con el presente librito. El cual no contiene reglas para oratorios festivos o para casas de educación, pues tales reglas están descritas aparte, sino un vínculo con el que los católicos que lo deseen pueden asociarse a los salesianos y trabajar con normas comunes y fijas, a fin de conservar estables e invariables el fin y la práctica tradicional.

En este librito, por lo tanto, hallaréis: 1) La súplica presentada al Santo Padre y el breve con el que Su Santidad se dignó conceder a los Cooperadores salesianos indulgencias especiales. 2) Nota de estas indulgencias. 3) El Reglamento para los Cooperadores. [Esta edición prescinde de los números 1) y 2)].

De esta suerte, los que deseen ejercer su caridad trabajando por la salvación de las almas, además del gran premio proclamado por San Agustín: *salvaste un alma, predestinaste la tuya,* se aseguran también un gran tesoro para sus almas por medio de las santas indulgencias.

Dios, rico de gracias y de bendiciones, derrame sus celestes favores en abundancia sobre todos aquellos que ayudan a esta Obra, a *ganar almas a Jesús Salvador, a hacer el bien a la ju-*

ventud en peligro, y a preparar buenos cristianos para la Iglesia y honrados ciudadanos para la sociedad civil, y, de esta suerte, puedan todos ellos llegar a ser un día afortunados moradores del cielo. Así sea.

Turín, 12 de julio de 1876.

JUAN BOSCO, Pbro.

I. ES PRECISO QUE LOS CRISTIANOS SE UNAN PARA PRACTICAR EL BIEN

En todo tiempo se consideró necesaria la unión entre los buenos cristianos, para ayudarse mutuamente en la práctica de las buenas obras y así mantenerse alejados del mal. Tal hacían los de la primitiva Iglesia, quienes, sin desanimarse a la vista de los peligros que incesantemente los amenazaban, unidos en un solo corazón y una sola alma, se alentaban mutuamente a mantenerse firmes en la fe y a resistir valerosamente los continuos ataques con que se veían combatidos.

El Señor mismo nos enseñó esta gran verdad cuando dijo: «Las más débiles fuerzas, unidas entre sí, se hacen fuertes y robustas, y, si es fácil romper una cuerdecilla sola, es muy difícil romper tres unidas». *Vis unita, fortior. Funiculus triplex difficile rumpitur.* Eso mismo suelen hacer también los hombres del mundo en sus negocios temporales. Y ¿habrán de ser los hijos de la luz menos prudentes que los hijos de las tinieblas?

No ciertamente; los que hacemos profesión de cristianos debemos *unirnos en estos tiempos difíciles para propagar el espíritu de oración y caridad por todos los medios* que nos suministra la religión, y poner así un dique a los males que hacen peligrar la inocencia y buenas costumbres de esta juventud, en cuyas manos está la suerte de la sociedad.

II. LA CONGREGACIÓN SALESIANA ES UN VÍNCULO DE UNIÓN

Habiendo sido aprobada por la Iglesia esta Congregación, puede servir de vínculo seguro y estable para los cooperadores salesianos. En efecto, su fin principal es trabajar por el bien de la juventud, de la que depende el porvenir bueno o malo de la sociedad.

No pretendemos decir que sea éste el único medio de acudir a una necesidad tan apremiante, pues existen otros mil medios, cuya actuación recomendamos vivamente. Por nuestra parte, proponemos uno más, y es la obra de los cooperadores salesianos, *rogando a los buenos cristianos que viven en el mundo vengan en auxilio de los socios de nuestra Congregación.* El número de éstos, es verdad, ha aumentado considerablemente, pero está muy lejos de bastar a las peticiones diarias que se nos hacen de varios puntos de Europa, de la China, de Australia, de América, y muy particularmente de la República del Plata. De todas partes nos llegan reiteradas peticiones para que nuestros sacerdotes vayan a hacerse cargo de la juventud, expuesta a los más grandes peligros; a abrir casas o colegios, a iniciar o, al menos, sostener las misiones, que sienten una gran necesidad de obreros evangélicos. Y para acudir a tantas necesidades llamamos en nuestro auxilio a los cooperadores.

III. Fin de los cooperadores salesianos

El fin fundamental de los cooperadorees es atender a su propia perfección mediante un método de vida que se asemeje, lo más que sea posible, al de comunidad. Muchos abandonarían gustosos el mundo para ir al claustro; pero no lo efectúan, ya sea por razones de edad o de salud, ya por su condición; y muchísimos por falta de medios y de oportunidad.

Haciéndose, pues, cooperadores salesianos, pueden, en medio de sus tareas diarias y en el seno de su propia familia, vivir como si pertenecieran a la Congregación.

Por esto, el sumo pontífice ha considerado esta asociación *como una de las antiguas órdenes terceras,* con la diferencia de que aquéllas se proponían llegar a la perfección cristiana por el ejercicio de la piedad, *y nuestro fin principal es el ejercicio activo de la caridad hacia el prójimo, y muy especialmente hacia la juventud expuesta a los peligros del mundo.*

IV. Medios de cooperación

A los cooperadores salesianos se les ofrece la *misma mies que a la Sociedad de San Francisco de Sales,* a la cual entienden asociarse:

1.° Ayudando a promover *ejercicios piadosos,* tales como novenas, triduos, ejercicios espirituales y *catecismos,* sobre todo

donde se eche de ver más la falta de recursos materiales y morales.

2.° Siendo tan escasas en nuestros días las *vocaciones* al estado eclesiástico, los que estén en situación de hacerlo se ocuparán especialmente de aquellos *jóvenes,* y aun de aquellos *adultos,* que por sus buenas cualidades y aptitudes para el estudio den indicios de vocación, ayudándoles con sus consejos y facilitándoles la entrada en los colegios o seminarios menores, donde puedan ser encaminados. La obra de María Auxiliadora ha sido fundada con este objeto.

3.° *Oponiendo la buena prensa* a la mala mediante la difusión de libros, folletos, opúsculos e impresos de toda clase, en las familias y lugares donde se pueda hacer prudentemente.

4.° Por último, ejerciendo la *caridad con los jóvenes expuestos a extraviarse,* instruyéndolos en las verdades de la fe, acostumbrándolos a frecuentar las funciones de iglesia, dándoles buenos consejos cuando estén en peligro, conduciéndolos hacia aquellos que pueden encargarse de su educación religiosa; he aquí un vasto campo abierto a la acción de los cooperadores salesianos. Los que por sí mismos no puedan hacer alguna de estas buenas obras, pueden efectuarlo por otros, como sería animar a un pariente o amigo a que se preste a ello. Todo esto, que se recomienda para con los niños extraviados, se entiende también de las niñas que se hallen en iguales condiciones.

5.° *Se puede también contribuir a la obra por medio de la oración y de la limosna,* suministrando socorros materiales allí donde se necesiten, a ejemplo de los primitivos cristianos, que deponían a los pies de los apóstoles lo que poseían a fin de que se sirviesen de ello para aliviar a las viudas, huérfanos y demás necesitados.

V. Constitución y gobierno de la Asociación

1.° Cualquier persona que haya cumplido dieciséis años puede ser cooperador, con tal de que tenga la firme voluntad de cumplir las reglas de la Asociación.

2.° La Asociación se recomienda humildemente a la protección y benevolencia del soberano pontífice, de los obispos y de los párrocos, de quienes dependerá absolutamente en todo lo que se relacione con la religión.

3.° El rector mayor de la Congregación salesiana es a la vez el superior de esta Asociación.

4.° El director de cada casa de la Congregación está autorizado para inscribir a los socios, cuyos nombres, apellidos y señas del domicilio deberá transmitir al rector mayor para anotarlos y conservarlos en el registro general.

5.° En localidades donde no exista casa de la Congregación y los asociados lleguen a diez, se nombrará un jefe con el nombre de decurión, prefiriéndose siempre un sacerdote, y, a falta de él, un seglar de conducta ejemplar. Este se pondrá en relación con el superior de la casa más inmediata.

6.° Todo cooperador puede, según las circunstancias que se presenten, exponer al superior lo que juzgue digno de tomarse en consideración.

7.° Cada tres meses, o más a menudo si fuere necesario, se publicará un boletín, que dará cuenta a los socios de las cosas propuestas, hechas o por hacer, y, al fin del año, se les ofrecerá una reseña de las obras que se crea más conveniente promover en beneficio del prójimo. Se participarán al mismo tiempo las defunciones de los socios ocurridas durante el año, a fin de recomendarlos a las oraciones de todos.

8.° En la fiesta de San Francisco de Sales y de María Auxiliadora, cada director o cada decurión reunirá a sus cooperadores para animarse recíprocamente en la devoción hacia esos celestiales protectores, invocando su patrocinio a fin de perseverar en las buenas obras emprendidas, de acuerdo con los fines de la Asociación.

VI. Obligaciones particulares

1.° *Los miembros de la Congregación salesiana considerarán a todos los cooperadores hermanos en Jesucristo,* y se dirigirán a ellos cada vez que su concurso pueda ser útil a la mayor gloria de Dios y al bien de las almas. Los cooperadores, si fuere necesario, recurrirán en sus necesidades con igual libertad a la Congregación.

2.° *Todos los socios, como hijos del mismo Padre celestial y hermanos en Jesucristo, harán lo posible para ayudar y sostener las obras de la Asociación* con sus propios recursos o con las limosnas que recojan de las personas caritativas.

3.° Los cooperadores no tienen señalada ninguna contribución pecuniaria, pero mensual o anualmente harán la limosna que su generosa caridad les inspire. Los fondos recogidos serán enviados al superior para sostener las obras promovidas por la Asociación.

4.° Cada año se tendrán al menos dos conferencias: una en la fiesta de María Auxiliadora, y otra el día de San Francisco de Sales, y en ambas se hará una colecta con el objeto indicado anteriormente en el número 3. Los que no hayan podido acudir a la conferencia remitirán su ofrenda por el conducto más fácil y seguro.

VII. Favores espirituales

1.° Su Santidad Pío IX, felizmente reinante, con decreto dado en julio de 1875, hacía extensivos, a todos los bienhechores de esta Congregación y a los cooperadores salesianos, todos los favores, gracias espirituales e indulgencias que habían sido concedidos a los salesianos como religiosos; hecha la sola excepción de los que se refieren a la vida de comunidad.

2.° Los cooperadores participarán del mérito de todas las misas, oraciones, novenas, triduos, ejercicios espirituales, predicaciones, catecismos; en una palabra, de todas las obras de piedad y caridad que hagan los religiosos salesianos en cualquier parte del mundo donde se encuentren.

3.° Participarán especialmente en las misas y oraciones que se digan a diario en la iglesia de María Auxiliadora de Turín para atraer las bendiciones del cielo sobre los bienhechores y sus familias, y especialmente sobre aquellos que hayan hecho algún beneficio moral o material a la Congregación salesiana.

4.° El día siguiente a la fiesta de San Francisco de Sales, todos los sacerdotes, tanto salesianos como cooperadores, celebrarán la santa misa por los socios finados. Los que no sean sacerdotes procurarán recibir la santa comunión y rezarán el santo rosario.

En caso de enfermedad de alguno, se dará aviso inmediatamente al superior, quien ordenará se eleven oraciones especiales al Señor por él. Lo mismo se hará en caso de muerte.

VIII. Prácticas religiosas

1.° *Los cooperadores salesianos no tienen prescrita práctica alguna exterior; mas para que su vida pueda en algo asemejarse a la vida religiosa, se les recomienda modestia en el vestir, frugalidad en las comidas, sencillez en sus habitaciones, moderación en sus palabras, exactitud en los deberes de su es-*

tado, procurando al mismo tiempo que sus dependientes y subordinados guarden y santifiquen los días de precepto.

2.° Se les aconseja tengan todos los años algunos días de ejercicios espirituales. El último de cada mes, u otro que les fuere más cómodo, harán el ejercicio de la buena muerte, confesando y comulgando como si realmente fuese el último de su vida. Bien en los ejercicios espirituales, bien el día en que se haga el ejercicio de la buena muerte, podrán ganar indulgencia plenaria.

3.° Rezarán todos los días un padrenuestro a San Francisco de Sales, según la intención del sumo pontífice. Están dispensados de ello los sacerdotes y cuantos recen las horas canónicas o el oficio de la Stma. Virgen, a quienes bastará poner la intención al rezar dicho oficio.

4.° *Procurarán acercarse con la mayor frecuencia posible a los sacramentos de la confesión y comunión,* ya que puede ganarse cada vez indulgencia plenaria.

5.° Las indulgencias, tanto plenarias como parciales, pueden ser aplicadas a las almas del purgatorio, exceptuando la concedida *in artículo mortis,* que es exclusivamente personal y no puede ser ganada sino en el momento en que el alma se separa del cuerpo para ir a la eternidad.

Advertencia.—Aun cuando se recomienda vivamente la observancia de estas reglas por las muchas ventajas que de ellas pueden obtenerse, a fin de no dar lugar a escrúpulos de conciencia, advertimos que tal observancia no obliga bajo pena de pecado mortal ni venial, a no ser que se trate de cosas ya ordenadas o prohibidas por los mandamientos de Dios y de la santa Iglesia.

4. *ANTIGUOS ALUMNOS*

Don Bosco y los antiguos alumnos

El *Estatuto de la Confederación Mundial «Ex alumnos don Bosco»* empieza así: «Ex alumnos de don Bosco son los que han frecuentado un centro, un oratorio o cualquier otra obra salesiana.

»Forman parte de la familia salesiana en concepto de la educación recibida.

»Tal educación y la simpatía que suscita don Bosco los reune fraternalmente en un movimiento; en él, los ex alumnos quieren consolidar el vínculo de amistad que les une a sus educadores y entre sí, y conservar y desarrollar los principios que fundamentaron su formación para constituirlos en auténticos compromisos de vida.

»A este fin surgen asociaciones locales [hoy se cuentan 501], que viven en diálogo fraterno el espíritu de don Bosco. Mutuamente se coordinan en una organización que constituye la *Confederación Mundial de Ex alumnos de don Bosco*» (unos 170.000 inscritos).

Qué se hizo en vida de don Bosco

Que los antiguos alumnos de colegios religiosos se mantuvieran en relación con sus educadores no era cosa nueva en tiempo de don Bosco, pero fue una novedad el que empezaran a integrarse en una organización hoy comparable a un ejército sin fronteras: una verdadera novedad en la historia de la pedagogía.

El hecho tenía una preparación psicológica que salta a la vista: la actuación paterna del santo educador era experimentada y sentida por sus educandos y, a la vez, inspiraba un estilo que asimilarían los salesianos con relación a sus alumnos. Es evidente que para los hijos el padre siempre es padre, también cuando han llegado a ser hombres maduros.

Lo reconocía bellamente el antiguo alumno Alejandro Fabre en el brindis de felicitación de 1875: «Usted, don Bosco, durante años fue el pan de mi boca, la escuela de mi inteligencia, el consejo en las dudas, el aliento en las aflicciones, el

perdón en mis fallos, el guía seguro de mi conciencia. En todo fue el sabio educador, el amigo desinteresado y el padre cariñosísimo» (MB 12,357 nota).

Por su parte, don Bosco no cesaba de dar pruebas de afecto paternal a sus antiguos alumnos cuantas veces se le presentaba ocasión. Por esto los invitaba con frecuencia al Oratorio. Si lo necesitaban, continuaba siendo su bienhechor, y cuando ellos le visitaban, los acogía con signos de fiesta, se interesaba por ellos, por sus familias, por sus negocios. Les aconsejaba, les animaba, les avisaba, reforzando cuanto podía las mutuas relaciones; encontraba la forma de hablar a cada uno del negocio de su alma. ¡Cuántos, antes de dejarle, ajustaban las cosas de su conciencia! Más aún, sabiendo que le daban una gran alegría, había quien le llevaba a veces alguna oveja perdida que, al oír de nuevo sus cariñosas palabras, experimentaba los mismos sentimientos de los años pasados en el Oratorio.

Como es natural, en el día de su fiesta, que se celebraba el 24 de junio, se multiplicaban las cartas de felicitación y gratitud de antiguos alumnos, a los que sabía corresponder con afecto. Precisamente con ocasión de su santo nació la idea de las primeras expresiones colectivas de cariño. Aquella fiesta era el triunfo de la gratitud de todos los que vivían en el Oratorio. Pero pronto se asociarían a la fiesta quienes, lejos materialmente, se sentían espiritualmente cerca: el afecto filial borraba distancias.

Estas demostraciones afectuosas empezaron en 1870. Algunos obreros turineses que habían sido los primeros alumnos de don Bosco, se propusieron celebrar el onomástico del padre con un saludo y un obsequio. Serían ellos unos doce. Los capitaneaba Carlos Gastini, interno en el Oratorio ya en 1847. Buscaron un buen número de adhesiones, de forma que el 24 de junio se reunieron unos cuantos en una sala cercana a la iglesia de María Auxiliadora. Se rogó a don Bosco que tuviera la bondad de pasar un momento con ellos. El condescendió. Escuchó sus sentimientos filiales, agradeció su sencillo obsequio (que, según parece, fue un juego de café) y les dijo cuanto le dictó el corazón, conmovido y lleno de consuelo ante aquella manifestación espontánea de gratitud (MB 9,884s; *Annali* 1, 715).

Desde 1876 estos encuentros tomaron nuevas formas, viniendo a ser preludio de la organización que surgiría más adelante. Aquel año don Bosco, queriendo mostrar a los antiguos alumnos su satisfacción por cuanto hacían, decidió fijar en adelante un día posterior al 24 de junio para poder reunir en un

banquete al mayor número posible. Y en 1880 añadió otra novedad: desglosó en dos aquel encuentro: uno en domingo, para los seglares, y el segundo, en jueves, para los sacerdotes. Precisamente de este año 1880 data el primer parlamento del santo que traducimos. Con participación más homogénea, conseguía más fácilmente los fines apostólicos que le movían. Así se repitió hasta el penúltimo año de su vida, ya que en 1887 no se lo permitieron los médicos.

Si la actual Confederación Mundial impresiona con su magnitud, debe atribuirse a la fuerza de la semilla que brotó en el clima del Oratorio y a la caricia del calor vivificante que emanó y emana de don Bosco.

Algunos detalles más de don Bosco con los antiguos alumnos

Fue conmovedor, cuando terminó la guerra de Crimea, el 16 de junio de 1856, ver cómo antiguos alumnos repatriados corrieron al Oratorio para saludar a don Bosco apenas terminada la parada militar de recepción oficial (MB 5,489).

En 1869, mientras el santo hacía una larga espera en Asti por haber perdido el tren, un antiguo alumno le presentó quince compañeros, los cuales se confesaron con él y comulgaron (MB 9,691s).

En 1871, los que le felicitaron en grupo fueron 45, con Jaime Bellia a la cabeza (MB 10,171s). Entonces se introdujo la costumbre de ofrecerle algún objeto para la iglesia cada año.

En 1875 hubo una simpática sorpresa: en pocos meses se había constituido, por sugerencia de don Bosco, una banda de 40 antiguos alumnos que amenizaron con su intervención la fiesta (MB 11,229s).

El 27 de junio de 1877, Carlos Gastini, vestido de juglar, declamó en la sobremesa versos en honor de don Bosco y del que era por aquellas fechas ilustre huésped del Oratorio, monseñor Aneiros, arzobispo de Buenos Aires; lo hizo con tal maestría, que el canónigo Zúñiga le regaló una moneda de oro. Gastini se apresuró a entregarla a don Bosco. Intervino el canónigo: «Si hubiera querido hacer un regalo a don Bosco, se lo hubiera dado yo mismo, pero te lo he dado a ti. Ahora toma esta otra y quédatela». Gastini dio un salto de juglar y volvió a entregar la nueva moneda a don Bosco, mientras el canónigo protestaba: «Es para ti, es para ti». Gastini entonces, dándole las gracias, replicó: «Todos nosotros somos de don Bosco. Aquí

no hay nada nuestro. Todo es de él». Los invitados aplaudieron el gesto y comprendieron su mensaje (MB 13,146).

En 1878 les invitó a formar una sociedad de socorro mutuo. A Gastini, portavoz de los antiguos alumnos, le bastó, para ponerla en marcha recordar el reglamento que don Bosco había redactado en 1850, con fines idénticos para los obreros que acudían al Oratorio festivo (MB 13,759; 4,73-77).

Dos parlamentos dirigidos a los antiguos alumnos

De los que se encuentran en las *Memorias biográficas* y han sido recogidos en castellano en la colección *Antiguos Alumnos* (números 1-2) con el título *Charlas de sobremesa,* hemos recogido, traduciéndolas del original, dos brindis que nos parecen íntegros y representativos de este tipo de intervenciones del santo hacia sus antiguos alumnos.

El parlamento dirigido a los sacerdotes que en 1880 por primera vez don Bosco sentó a su mesa en día distinto que a los seglares fue recogido por don Bonetti y publicado en el *Bollettino Salesiano* de septiembre. Falta la conclusión. Las palabras del santo, precedidas por un saludo cariñoso del párroco de San Agustín Félix Reviglio (MB 14,512), están llenas de inmenso afecto y ardor apostólico, expresado con un ejemplo vivo y claro del estilo salesiano que desea transmitirles a todos.

Antes de las palabras dirigidas en 1884 a los antiguos alumnos seglares, los invitados escucharon al ya mencionado Alejandro Fabre (MB 17,170-172), que se conmovió describiendo cómo los años iban marcando al patriarca. Tuvo esta genial peroración: «Le damos las gracias, querido don Bosco, no sólo por habernos educado y mantenido, sino por haber fundado la Congregación salesiana. Cuando usted goce en el cielo de sus incontables obras buenas, nosotros y nuestros hijos, al venir al Oratorio, siempre le encontraremos a usted, porque siempre permanecerá aquí su espíritu y porque siempre, al franquear este umbral, podremos repetir: Estamos en nuestra casa, porque siempre es ésta la casa de nuestro padre».

Las palabras de don Bosco, como podrá verse, insisten en la necesidad de una vida profundamente cristiana, firmemente unida a la jerarquía, hecha de alegría y laboriosidad.

Cuatro días más tarde, el párroco Reviglio preguntó al santo: «Por favor, don Bosco, díganos: ¿Cómo le podremos pagar todo lo que usted ha hecho y sufrido por nosotros?» La res-

puesto fue lapidaria: «Llamadme padre siempre, y me haréis feliz» (MB 17,174s). «Sí, siempre le llamaremos padre», fue el grito unánime de los presentes al conocer la confidencia. Y esta actitud se perpetúa en el Movimiento de los Antiguos Alumnos de don Bosco.

Bibliografía

U. Bastasi, *Guida organizzativa del Movimiento Exallievi di Don Bosco* (Turín 1965).
Statuto de la Confederazione Mondiale (Roma 1976). Ciclostilado.

1. Parlamento de don Bosco a los antiguos alumnos sacerdotes

(Fiesta de AA. Alumnos del 29 de julio de 1880.
MB 14,512-514)

No os podéis imaginar, mis queridos hijos, la satisfacción que me produce veros congregados en torno a mi persona; no sé de qué modo expresárosla *(Don Bosco se cortó. Todos estaban conmovidos)*.

Sabía ya que os quería mucho, pero hoy mi corazón me da otra prueba concluyente. Soy, y seré siempre, vuestro padre afectuoso.

Mi deseo ardiente sería veros y hablaros más frecuentemente. Pero la mayor parte de vosotros aparece raramente por Turín, y las más de las veces yo no me encuentro presente; en consecuencia, no hay modo de que nos encontremos. Espero que, en adelante, podremos vernos y hablarnos una vez al año por lo menos, porque, por mí, esta fiesta tiene que celebrarse hasta que Dios me lleve de este mundo.

Son muchas las cosas de que os debiera hablar. La primera de todas, que busquéis el modo de *hacer todo el bien posible a la juventud* de vuestras parroquias, de vuestras ciudades, de vuestros pueblos y de vuestras familias. Don Bosco y los salesianos no pueden estar en todos los sitios, ni fundar oratorios y escuelas en todos los lugares donde hacen falta. Vosotros, amadísimos hijos, que recibisteis, precisamente en esta casa en que nos hallamos, vuestra primera educación, que estáis bien embebidos del espíritu de San Francisco de Sales y que aprendisteis las reglas y modos que conviene emplear para mejorar a la juventud, vosotros, habéis de suplir con vuestras fuerzas y habéis de ayudar a don Bosco; así se podrá alcanzar más fácilmente y con más amplitud el objetivo que nos hemos fijado: *la propagación de la religión y el bienestar de la sociedad civil mediante la elevación cultural de la juventud pobre.*

Ciertamente que no habéis de olvidar a la gente adulta; mas sabéis perfectamente que, salvo raras excepciones, no corresponden gran cosa a nuestros cuidados. Por eso, dediquémonos a los jóvenes, alejémoslos de los peligros, atraigámoslos al catecismo, invitémoslos a los sacramentos, conduzcámoslos a la virtud y mantengámoslos en ella. Si obráis de esta suerte, con-

tribuiréis a formar buenos cristianos, buenas familias y buenos pueblos; y levantaréis, para el presente y para el futuro, un dique que se oponga a la irreligión y al vicio que se desmanda.

Pero para que os vayan bien las cosas con los jóvenes, habéis de poner mucho empeño en usar con ellos de buenos modales. *Haceos amar y no temer.* Dadles a entender, y convencedles de que lo que realmente deseáis es salvar su alma. Corregid sus defectos con caridad y paciencia. Sobre todo, no les peguéis. En una palabra: *comportaos de modo que, cuando os vean, corran a vuestro encuentro y no huyan,* cosa esta última que a veces ocurre en algunas poblaciones, y no sin razón, porque tienen miedo de que se les pegue.

Puede que a alguno le hayan parecido baldíos sus trabajos y sudores. De momento quizá sea así; pero no ocurrirá eso siempre, ni siquiera con aquellos que parecen más indóciles. Las buenas máximas de que, con oportunidad o sin ella, les hayáis imbuido, la amabilidad con que los habréis tratado, se les quedarán impresas en la mente y en el corazón. *Vendrá un tiempo en que la buena semilla germinará, echará sus flores y dará sus frutos.*

Como prueba, voy a referiros un hecho que me ocurrió no hace muchas semanas.

A principios de este mes se observó a un militar dando vueltas en las cercanías de la iglesia de María Auxiliadora y del Oratorio; era un capitán. Buscaba con los ojos algo que había cambiado. Después de inútiles vueltas, preguntó a uno de los nuestros que en aquel momento entraba en casa:

—Por favor, ¿me podría indicar dónde está el Oratorio de don Bosco?

—Es éste, precisamente, señor.

—Pero ¿es posible? Si aquí en otro tiempo había un campo, y allí una casucha en ruinas... Hacía de iglesia una pobre capilla que ni siquiera se veía desde el exterior.

—Oí en varias ocasiones que, en efecto, las cosas estaban como usted dice; pero yo no tuve la suerte de verla así. Lo que sí le aseguro es que esto es lo que llaman Oratorio de San Francisco de Sales o, como usted dice, de don Bosco. Si desea entrar, hágalo con toda libertad.

El capitán entró dentro, recorrió la casa entera y, al fin, no saliendo de su asombro, volvió a preguntar:

—Y don Bosco, ¿dónde vive?

—Ahí arriba...

—¿Podría verlo?

—Me parece que sí,

Y me lo presentaron. Apenas me vio, exclamó:

—¡Oh, don Bosco! ¿Me conoce?

—No recuerdo haberlo visto en la vida.

—Y, sin embargo, me ha visto usted, me ha hablado y me ha tratado muchas veces. ¿No se recuerda de un tal V... que por los años 1847, 1848 y 1849 le dio tanta lata y tantos quebraderos de cabeza, y al que le hubo de decir mil veces en la iglesia: ¡silencio!, y que durante el catecismo me tenía que tener junto a usted para que no distrajera a los compañeros, y que a duras penas me iba a confesar?

—¡Pues claro que me acuerdo! Como me acuerdo también, y muy bien por cierto, de que, tan pronto oías la campanilla para ir a la iglesia, entrabas por una puerta y te escapabas por la otra, obligándome a mí a correr detrás de ti.

—Pues aquel fulano soy yo.

Después de contarme sus andanzas de treinta años, todo lo que le había pasado desde 1850 hasta la fecha, me dijo: «Pero yo nunca olvidé a don Bosco y su Oratorio. Acabo de llegar a Turín y, en seguida, he venido a verle a usted. Le agradecería que me confesara». Lo hice con mucho gusto.

Antes de despedirlo, le pregunté:

—¿Qué motivos te han inducido a confesarte?

¿Sabéis lo que respondió?

—Al ver a don Bosco, me vinieron a la memoria todos los ingeniosos recursos de que se valía para llevarme al bien; me acordé de las palabras que me decía al oído y de sus deseos e invitaciones a que me confesara, y *todos estos recuerdos me han ablandado el corazón* y han hecho que me decidiera a hacerlo.

Mis queridos hijos: Si un soldado, en medio de todos los peligros propios de su condición militar y de tantas barbaridades como habrá tenido que oír por esos mundos, conserva, no obstante, el recuerdo de las verdades religiosas oídas en su juventud y, llegada la ocasión propicia, pide confesarse y se confiesa, ¿por qué nos vamos a desanimar y a abatir si en la educación de los jóvenes no nos vemos correspondidos inmediatamente?

Arrojemos la simiente, y, luego, imitemos al agricultor que espera con paciencia el tiempo de la recolección.

Pero, eso sí, os lo repito: no os olvidéis nunca de la dulzura en los modales. *Ganaos el corazón de los jóvenes por medio del amor.* Tened siempre presente la máxima de San Francisco de Sales: *Se cazan más moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre.*

2. Parlamento a antiguos alumnos seglares

(Fiesta de AA. Alumnos del 13 de julio de 1884.
MB 17,172-174)

Querría deciros muchas cosas, pero el tiempo apremia, y no pocos de vosotros tenéis prisa por volver a vuestras ocupaciones y a vuestras familias. No me extenderé, por consiguiente.

Lo primero de todo he de deciros que me da mucha alegría veros reunidos en este lugar; tanto más que este año me sentía mal y apenas sin fuerzas, y hasta pensé que no iba a poder reunirme con vosotros. Pero bendito sea Dios, que me ha concedido encontrarme una vez más entre mis queridos hijos.

Algunos de vosotros han sacado a relucir mi misa de oro, que habría de celebrarse en el 1891. Yo, de verdad, no rehúso participar por estas fechas en tan gran solemnidad, pero hay que hacer bien los cálculos en este asunto, y se ha de empezar por contar con el Dueño de los dueños, con el Señor de la vida y de la muerte. No obstante, ya desde ahora invito a todos a la fiesta; tanto más que en aquel mismo año se ha de cumplir el cincuentenario de la fundación del Oratorio. Si Dios me conserva en vida, cantaremos entonces un tedéum bien solemne.

Hay una cosa de la que desde ahora mismo he de dar gracias al Señor y que *constituye uno de mis mayores consuelos; y es que, por todas partes por donde voy, oigo hablar bien de mis antiguos hijos.* Todos alaban esta fiesta nuestra, porque es un medio eficaz para recordar los avisos y consejos que os daba cuando erais niños. Sí, os lo repito: esto constituye para mí un gran consuelo; y es ello el honor y la gloria de mis últimos años.

Estoy viendo que muchos de vosotros tienen calva, que peinan canas y que ostentan arrugas en la frente. Ya no sois aquellos niños que yo amaba tanto; pero me doy cuenta de que os amo más que antes, ya que, con vuestra presencia aquí, *me dais pruebas de que han arraigado firmemente en vuestro corazón aquellos principios de nuestra santa religión que yo os enseñé,* y de que esos principios son los que os están guiando en la vida. Os amo también más porque me dais pruebas de que vuestro corazón está siempre con don Bosco.

Decís vosotros: «Don Bosco, nosotros estamos aquí para convencerle de que somos enteramente como usted nos quiso en lo referente a la salvación; de que sus pensamientos siguen siendo nuestros pensamientos». Pues yo os digo que soy ente-

ramente vuestro; en el decir, en el obrar y en todas mis acciones.

Habéis dado un aplauso a *nuestro arzobispo* el cardenal Alimonda. Ese aplauso me ha proporcionado también a mí un gran consuelo. ¡Qué bendición, para nosotros, el cardenal Alimonda! Se ha constituido en nuestro verdadero protector, amigo y padre. Cualquier expresión por parte nuestra de gratitud hacia él estará siempre muy por debajo de los favores y del amor con que él nos distingue.

Vuestro viva a nuestro sapientísimo *papa León XIII* ha suscitado, a su vez, un eco particular en mi corazón, agradecido por lo mucho que él hace en favor nuestro: ¡no se puede expresar con palabras su bondad para con nosotros! Lo que sí podemos es rezar a Dios para que supla con sus consuelos y gracias lo que a nosotros nos es imposible hacer.

También os habéis referido a *las misiones*. Es imposible que don Bosco vaya a la Patagonia. Con todo, yo tendría grandísimos deseos de ir allá, a conocer muchas personas a las que debo llamar hijos, que me envían cariñosas cartas y que no he visto jamás. Desearía de verdad, por otra parte, volver a ver a todos que con tanta abnegación partieron de este Oratorio para irse a llevar la civilización cristiana a las tribus salvajes. Pero, si no puedo ir yo, irá monseñor Cagliero. El llevará hasta aquellos confines la fama de vuestra bondad y os pondrá como modelos a sus nuevos amigos: «Venid a Turín—les dirá—y comprobad cómo mis antiguos compañeros son felices dentro de sus familias, en la sociedad y en medio de sus negocios».

Cuando estos salvajes se conviertan y millares de niños sean acogidos en nuestros colegios, aunque nos encontremos en un siglo tan falto de religión, ellos, a su vez, demostrarán al mundo que *se puede amar a Dios y estar al mismo tiempo honestamente alegres; que se puede ser cristiano y, al mismo tiempo, honrado y laborioso ciudadano*.

Termino. Continuad adelante en el buen camino emprendido desde hace ya tantos años; que estéis satisfechos de haber llegado hasta aquí. Don Bosco también lo está; y se gloría de que aquellos jóvenes, tan amados de él en otro tiempo, hechos ahora hombres, conserven y practiquen las enseñanzas que recogieron de sus labios.

Estoy seguro de que continuaréis siendo el consuelo de don Bosco.

Queridos hijos, que el Señor nos ayude con su gracia para que, un día, podamos encontrarnos todos en el cielo.

5. *DEVOTOS DE MARIA AUXILIADORA*

Don Bosco y la devoción a María Auxiliadora

Escritos marianos de don Bosco

En una colección de *Obras fundamentales* de San Juan Bosco no puede faltar uno de sus libros marianos, sobre todo en relación con el título de María Auxiliadora, justamente llamada la Virgen de don Bosco, ya que él fue su más activo devoto y apóstol.

Nueve son sus libros de tema mariano. Data de 1858 su *Mes de mayo consagrado a María Inmaculada.* Apareció anónimo, en 1871, el titulado *Corona de los siete dolores de María.*

Los siete restantes se refieren específicamente a la Virgen bajo el título de María Auxiliadora; fueron las *Lecturas Católicas* correspondientes al mes de mayo de diversos años, salvo el que nombraremos en segundo lugar, publicado en noviembre; son las siguientes:

1) *Maravillas de la Madre de Dios invocada bajo el título de María Auxiliadora* (1868, 184 págs.). Las 140 primeras páginas son densas en motivaciones del título. Es una obra redactada con gran erudición poco antes de ser consagrada la iglesia de Turín.

2) *Recuerdo de una solemnidad en honor de María Auxiliadora* (1868, 172 págs.). Es una crónica vivaz y rica en detalles sobre la construcción y consagración de la iglesia soñada por el santo. Las 70 últimas páginas recogen favores conseguidos por la invocación de este título.

3) *Asociación de devotos de María Auxiliadora, erigida en la iglesia dedicada a ella en Turín, con un informe histórico sobre dicho título* (1869, 96 págs.). Es el libro que nos ha parecido más adecuado para ser incluido en esta selección, porque expresa a un tiempo la doctrina y la práctica de la devoción a María Auxiliadora tal como la entiende el gran apóstol.

4) *Nueve días consagrados a la augusta Madre del Salvador bajo el título de María Auxiliadora* (1870, 104 págs.). Es una novena tradicional, con su exposición, ejemplo y práctica para cada día. Sólo en el primer día se considera el título de Auxiliadora. Se encuentra en BAC 135 (2.ª ed.) p.662-692.

5) *María Auxiliadora: narración de algunas gracias* (1875,

320 págs.). Contiene el relato de 130 favores de la Virgen. Las 80 primeras páginas se refieren al título Auxiliadora y a la iglesia de Turín.

6) *La nubecilla del Carmelo, es decir, la devoción a María Auxiliadora premiada con nuevas gracias* (1877, 117 págs.). Su contenido se reduce a 37 relatos de favores obtenidos.

7) *El arca de la alianza, es decir, la potencia de María Auxiliadora a favor de sus devotos* (1879, 144 págs.). Por diferencias con monseñor Gastaldi, se publica en Sampierdarena y con la firma de J. B. Lemoyne; es una nueva serie de gracias.

La iglesia de María Auxiliadora

Antes de presentar la obra que editamos y, con ella, la doctrina de don Bosco sobre María Auxiliadora, es forzoso hablar, aunque sea brevemente, del templo en que cuajó su devoción y que viene a ser el corazón de toda su obra.

La confesión reiterada del santo de que «todo lo ha hecho María Auxiliadora» es la síntesis de una vida impregnada de intensa devoción hacia ella. Esta devoción había sido muy favorecida por el ejemplo y la palabra de mamá Margarita, la presencia de la celestial Pastora en sus sueños-visión, el comienzo de su obra el 8 de diciembre de 1841 bajo el signo de la Inmaculada, fiesta que siempre destacará aun después de consagrarse con todas sus fuerzas a propagar el título de Auxiliadora.

Los sueños de 1844 y 1845, en vísperas del duro año de continuos traslados, le muestran la gran iglesia que va a levantar. También le impresionan los hechos de Espoleto, curaciones sorprendentes en una ermita semiderruida donde se conserva una pintura de la Stma. Virgen; don Bosco, en las páginas 95 a 103 de su libro *Las maravillas de la Madre de Dios,* extractará la relación del obispo del 17 de mayo de 1862, quien dio de momento el título de Auxiliadora a aquella Virgen, la cual después se llamaría de la Estrella.

El 30 de mayo de 1862 refiere el sueño tenido unos días antes: la nave del papa encuentra apoyo seguro junto a dos columnas: una representa la Eucaristía, con el título Salvación de los creventes, y la otra la Virgen Inmaculada, con la inscripción «Auxilio de los cristianos».

A fines de este año anuncia a sus colaboradores la decisión de construir un templo. Cagliero captó en seguida su intención:

—Será la iglesia madre de todas nuestras obras a favor de la juventud.

—Sí, has acertado. La Virgen es la fundadora y apoyo de nuestras obras—completa el santo.

El primero de febrero de 1863 pide permiso al ayuntamiento y empieza la propaganda. El 8 compra el terreno, «el campo de los sueños». El arquitecto Antonio Spezia, a quien doce años antes había anunciado que volvería a tener necesidad de él, traza los planos, de acuerdo con los deseos de don Bosco, al máximo de lo que permite el terreno: 48 metros de longitud por 35 en el crucero. La nave central tendría una anchura de 11,50 metros.

En mayo de este mismo año (1863) se excavan los cimientos, trabajo que resulta más complejo de lo previsto por la mala calidad del suelo. Interrumpida en invierno, la excavación termina en abril de 1864, que fue cuando Carlos Buzzetti, maestro de obras, invitó a don Bosco a poner la primera piedra. Realizado el acto en forma privada, el santo no pudo ofrecerle, de su bolsillo, más que cuarenta céntimos.

Un año más tarde, el 27 de abril de 1865, terminados los sótanos y llegados los muros a nivel del suelo, se organiza la solemne colocación de la piedra angular. La fiesta es presidida por el príncipe Amadeo de Saboya, el que sería rey de España entre 1870 y 1873.

El 23 de septiembre de 1866 se coloca el último ladrillo de la cúpula, habiéndose vencido las angustias económicas que casi hacían imposible su construcción. Fue decisiva la aportación del comendador Cotta.

En mayo de 1867 se coloca la imagen de bronce que corona la cúpula y que fue bendecida por el arzobispo monseñor Riccardi el 21 de noviembre.

Entretanto se va trabajando en el interior, de forma que todo estará prácticamente terminado el día de la consagración, 9 de junio de 1868.

El cuadro del altar mayor

Fue ideado con gran ilusión por don Bosco, quien así describe el trabajo del pintor Lorenzone, muy simplificado por motivos artísticos respecto a la primera amplísima concepción del santo:

«El más glorioso monumento de esta iglesia es el retablo, es decir, el cuadro que domina el altar mayor, trabajo de Lorenzone. Pasa de los siete metros de altura y tiene cuatro de anchura. Representa la aparición de María Auxiliadora de esta forma:

La Virgen destaca en un mar de luz y majestad, apoyada en un trono de nubes. La cubre un manto sostenido por numerosos ángeles, que, haciéndole corona, la reconocen como su Reina. Tiene a la derecha el cetro, que es símbolo de potencia, como aludiendo a sus palabras recogidas en el Evangelio: *Hizo en mí grandes cosas el Todopoderoso.* Con la izquierda sostiene al Niño, que, con los brazos abiertos, ofrece sus gracias y su misericordia a quien recurre a su augusta Madre. En la cabeza tiene la diadema o corona con que es reconocida como Reina del cielo y de la tierra.

Un rayo de luz celeste desciende desde el ojo de Dios a la cabeza de María, con estas palabras: *La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra,* es decir, te hará fecunda y te fortificará. Desde el otro lado bajan otros rayos desde la paloma, el Espíritu Santo, que también se posan en la cabeza de María con estas palabras: *Alégrate, María, llena de gracia,* el saludo del arcángel Gabriel cuando, de parte de Dios, le anunciara que iba a ser madre del Salvador.

Más abajo están los apóstoles y evangelistas, Lucas y Marcos, de tamaño algo mayor que el natural. En éxtasis, como exclamando: *Reina de los apóstoles, ruega por nosotros,* contemplan atónitos a la Virgen Stma., que se les aparece majestuosa sobre las nubes.

Por fin, en la parte inferior del cuadro, está la ciudad de Turín, con otros devotos que agradecen a la Virgen Stma. los beneficios recibidos y le ruegan siga mostrándose madre misericordiosa en los graves peligros de esta vida.

En conjunto es un trabajo bien realizado, proporcionado y de gran naturalidad; pero el valor que nunca perderá es la impresión religiosa que produce en el corazón de quien lo contempla» *(Las maravillas de la Madre de Dios,* p.126-128).

Milagros

La construcción de la iglesia tiene todos los rasgos de un milagro. Así lo expresó el sacerdote periodista, director de *L'Unità Cattolica,* el teólogo Santiago Margotti:

«Dicen que don Bosco es un sabio, y no le doy importan-

cia; antes bien, se lo echo en cara. Afirman que don Bosco es un santo, y me hacen reír. Me dicen que don Bosco hace milagros, y yo no lo discuto. Pero hay un milagro tan evidente que yo desafío a quien lo niegue: es la iglesia de María Auxiliadora, puesta en pie en tres años, y sin medios: una iglesia que vale un millón» (MB 9,203).

En el capítulo XIX de *Las maravillas de la Madre de Dios,* titulado «Medios con que fue edificada esta iglesia», afirmaba don Bosco en mayo de 1868: «Los gastos hechos superan ya el medio millón. Fallaron las ofertas de entidades públicas, pero los devotos han hecho verdadera la frase de la Escritura: (María) *se ha edificado su propia casa*» (p.129).

Es curado un enfermo que llevaba postrado tres meses, y entrega mil liras que son la paga de la primera quincena de los que excavaban preparando la cimentación. El hecho se publica y provoca frecuentes ofertas por gracias recibidas. «Y si ahora yo quisiera exponer multitud de hechos, debería preparar, no un librito, sino grandes volúmenes» (ibíd., p.133). «Se podría afirmar que cada ángulo, cada ladrillo de este sagrado edificio recuerda un beneficio, una gracia obtenida por esta augusta Reina del cielo. Persona imparcial recogerá estos hechos, que a su tiempo servirán para hacer conocer a la posteridad las maravillas de María Auxiliadora» (ibíd., p.135). Poco más adelante afirma que «sólo una sexta parte ha procedido de ofertas de los devotos; el resto ha sido por favores recibidos» (ibídem, p.136).

La relación de estos hechos invita a todos a ser devotos de una forma muy concreta: acudiendo a María con plena confianza y contribuyendo a su glorificación. Don Bosco proseguirá por este camino en sus escritos posteriores, presentando largas series de gracias sorprendentes obtenidas con esta invocación.

Doctrina sobre María Auxiliadora

No puede reducirse el pensamiento de don Bosco sobre la devoción a la Auxiliadora a un simple recurso en las necesidades concretas. El santo afirma que, al ser invocada con este título, la Virgen se muestra defensora y alentadora de la fe del pueblo cristiano, y firme ayuda de la comunidad cristiana, especialmente de sus jerarcas, y sobre todo del papa. He aquí cómo lo expresa el santo:

«La necesidad hoy sentida por todas partes de invocar a

María no es particular, sino general... La misma Iglesia católica es atacada: en sus funciones, en sus sagradas instituciones, en su Cabeza, en su doctrina, en su disciplina. Es atacada como Iglesia católica, como centro de la verdad, como maestra de todos los fieles. Y es en verdad para ganarse una especial protección del cielo por lo que se recurre a María como a Madre común, como especial auxiliadora de los reyes y de los pueblos católicos de todo el mundo» (*Las maravillas*... «Al lector», p.7).

«La Virgen Stma. nos ayude a vivir firmemente adheridos a la doctrina de la fe, de la que es cabeza el romano pontífice, vicario de Jesucristo, y nos obtenga la gracia de perseverar en el santo servicio de Dios» (*Las maravillas*... p.8).

«Nunca acabaríamos si intentáramos decir la milésima parte de las gracias y favores obtenidos en el pasado con la ayuda de María. Concluyamos, por lo tanto, diciendo que el abate Renato Rohrbacher (que dedicó su vida a estudiar y escribir la historia de la Iglesia católica, por lo que tuvo oportunidad de conocer a fondo los caminos que tuvo y tiene el Espíritu Santo en todos los tiempos para llevar a los hombres a la salvación) exhalaba su último suspiro el 17 de enero de 1856 pronunciando estas palabras: '¡Auxilio de los cristianos!' Que era como decir: María siempre fue la ayuda de los cristianos. María es quien los ayudará en la lucha presente, María es quien les ayudará en la muerte» (*María Auxiliadora: relación de algunas gracias* p.20).

«A la nubecilla vista por el profeta Elías en el Carmelo (1 Re 18) se puede justamente comparar en la actualidad la devoción a María Auxiliadora. Pues a los pocos años de dedicarse en Turín a la augusta Madre del Salvador una iglesia con este título y de honrarle y recurrir a ella con tal advocación, la devoción se ha divulgado de tal manera, que ya no hay pueblo en Italia donde no sea conocida.

»A María Auxiliadora, venerada al principio especialmente en su iglesia de Turín, recurren toda clase de personas, nobles y humildes, ricos y pobres, sanos y, sobre todo, enfermos y afligidos. La invocan los particulares, las familias, las comunidades y las parroquias, y enteras ciudades; no sólo en nuestras regiones, sino en las más lejanas naciones de la tierra. No hay día en que no lleguen personas, cartas o súplicas en petición de gracias a dicho santuario, como trono de la celeste y misericordiosa Reina.

»Esta devoción, es decir, este amor, esta confianza, este recurso a María, Auxilio de los cristianos, va aumentando día

a día en el pueblo fiel y da motivos para predecir que tiempo vendrá en que todo buen cristiano, junto con la devoción al Stmo. Sacramento y al Sagrado Corazón de Jesús, se sentirá orgulloso de profesar una acendrada devoción a María Auxiliadora.

»Nos obligan a pensar así las gracias de todas clases, incluso estrepitosas, que Dios bondadoso concede diariamente a los que invocan a María con el hermoso título de Auxiliadora, como si El quisiera manifestar que esto le resulta particularmente grato; gracias tan numerosas, que si se publicaran todas relatadas por escrito, cada año llenaría un buen volumen.

»Y no cabe duda alguna de su veracidad, ya porque se conservan cuidadosamente los originales en el archivo del santuario, ya porque estas relaciones van casi siempre acompañadas de limosnas en beneficio de esta iglesia, ya también porque, a la limosna material, se une siempre la oración, la confesión y la comunión de los agraciados. Y es sabido que, en nuestros tiempos especialmente, nadie se somete a tales sacrificios sino por un motivo de peso, que aquí no puede ser otro que la convicción de haber sido favorecido por Dios con la intercesión de María Auxiliadora.

»Sirva la publicación de estas gracias para inspirar a todos nuestros lectores la más viva confianza en María Auxiliadora; sea un fuerte estímulo para recurrir prontamente a ella en todas las necesidades, para que, después de haber experimentado los beneficiosos efectos de su protección en la vida, podamos, como nos hace pedir la Iglesia, sentirlos más eficaces en la muerte, consiguiendo una victoria total del enemigo de nuestra salvación» (*La nubecilla del Carmelo* p.5.6.8).

Monumentos vivientes a María Auxiliadora

Don Bosco manifestó su viva devoción a la Virgen a la hora de fundar sus religiosas, las *Hijas de María Auxiliadora:* serán el monumento viviente de su gratitud a la Madre de Dios bajo este título, como afirmó en la histórica jornada del 5 de agosto de 1872.

Llamará también *Obra de María Auxiliadora* a la iniciativa de promover intensamente las vocaciones adultas de los llamados «Hijos de María», que fue aprobada por Pío IX el 9 de mayo de 1876. Ha sido enorme el bien que, tanto en Europa como en las misiones, han realizado estos hombres que don

Bosco ha lanzado al trabajo apostólico después de una breve pero intensa preparación.

La *Asociación de devotos de María Auxiliadora* es el cauce que don Bosco ofreció a todos los fieles cristianos para la práctica de esta devoción. El santo se industrió para ir consiguiendo más y más favores pontificios para la que pronto fue *Archicofradía,* como podrá verse en el número [7] del texto que estamos presentando.

Muerto don Bosco, nuevos documentos pontificios le añadieron aún más atribuciones: Desde el 29 de junio de 1889, la Archicofradía establecida en Turín puede agregar otras asociaciones del mismo título con sede en iglesias regidas por los salesianos. Desde el 19 de enero de 1894, el rector mayor puede erigir, en iglesias y oratorios salesianos, asociaciones que se agreguen a la Archicofradía de Turín. Y, por último, desde el 29 de febrero de 1896 se agregan a la de Valdocco todas las asociaciones del mismo título de cualquier iglesia y diócesis del mundo.

Anotaremos a continuación algunas fechas históricas del templo erigido por don Bosco: El 17 de mayo de 1903, el cardenal Richelmy corona la imagen de la Auxiliadora. El 9 de diciembre de 1906, la iglesia es agregada a la basílica vaticana. El 19 de julio de 1911 es declarada basílica menor. El 9 de junio de 1929 regresa a la basílica don Bosco, glorificado en su beatificación. Y el 9 de junio de 1938 queda concluida su acertada ampliación, que sustituye el antiguo ábside por una nueva cúpula flanqueada por dos amplias capillas.

Bendición, novena y medalla

Don Bosco, el 10 de marzo de 1878, proponía a la Santa Sede, para su aprobación, una bendición personal con la invocación de María Auxiliadora. La Sagrada Congregación de Ritos la aprobó el 18 de mayo de 1878. Es un pequeño monumento de piedad litúrgica y mariana con el que don Bosco obró numerosos milagros, tanto en Italia como en sus viajes por Francia y su visita a Barcelona.

Con frecuencia recomendó la novena. Consiste en el rezo durante nueve días de tres padrenuestros, con una invocación al Stmo. Sacramento y tres salves, con la conclusión «María, Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros». Debe completarse con la confesión y comunión, y una limosna.

Sus biógrafos nos refieren cómo repartió a millares la me-

dalla de la Auxiliadora, como signo de protección y ayuda, y estímulo de la fe que consigue milagros.

Bendición, novena y medalla fueron siempre para don Bosco humildes elementos sensibles con los que favorecía el crecimiento de la fe en quienes acudían a él esperando ser socorridos.

El manual «Asociación de devotos»

Nos parece que, a este opúsculo, sólo el libro *Las maravillas de la Madre de Dios* podría disputarle el puesto a la hora de seleccionar una obra fundamental. Pero, por lo pronto, *Asociación de devotos* ofrece, en solas 31 páginas, un extracto cabal y muy ágil de aquél.

Hemos preferido la tercera edición, de 1881, a la primera, de 1869, pues los sucesivos documentos pontificios emanados hasta 1877 atestiguan los esfuerzos de don Bosco en promover la Asociación.

Don Bosco, en el documento elegido, presenta una base bíblica del título, tomada del Antiguo y del Nuevo Testamento. Después habla de los momentos históricos en que aparece la Auxiliadora de toda la cristiandad: Lepanto, en 1571; Viena, en 1683; fin del cautiverio de Pío VII, en 1814.

Respecto a la Asociación en concreto, merecerían un detenido comentario los 7 artículos, sencillos y sustanciosos (p.771); el santo fue perfeccionándolos con gran esmero tanto al redactar los borradores de la primera edición como al preparar las sucesivas. (Una razón más para preferir la tercera.) Este pequeño reglamento recoge una normativa práctica y certera: sugiere oraciones breves, la participación en actos comunitarios, especialmente en los sacramentos, y un compromiso de vida cristiana ejemplar. Desde un principio presenta como inseparables la devoción mariana y el culto a la eucaristía.

En resumen: tenemos aquí, en pocas páginas, un compendio teórico-práctico, redactado por don Bosco, de la devoción a María Auxiliadora.

Bibliografía

P. STELLA, *I tempi e gli scritti che prepararono il «Mese di Maggio» di Don Bosco:* Salesianum 20 (1958) p.648-694.

BARBERIS, G., *Il culto di Maria Ausiliatrice. Monografia redatta in occasione del primo cinquantenario della consacrazione del su santuario* (Torino 1918).

RICALDONE, P., *Nuestra devoción a María Auxiliadora* (Montevideo 1949).

L'Ausiliatrice nel dogma e nel culto. Relazioni presentate al Congresso Mariologico Internazionale: Biblioteca del Salesianum 13 (Torino 1950).

L'Ausiliatrice della Chiesa e del Papa. Relazioni commemorative del cinquantenario dell'incoronazione (Torino 1953).

Aiuto dei cristiani, Madre della Chiesa. Articoli commemorativi del Centenario della Consacrazione della Basilica di Maria Ausiliatrice (Roma 1968).

E. VALENTINI, *Storia del Santuario di Maria Ausiliatrice a Torino* (1868-1968): Rivista di pedagogia e scienze religiose 6 (1968) p.139-192.

El sentido del título «Auxilium christianorum» a la luz de la teología actual se halla expuesto en:

BERTETTO, D., *Maria nel domma cattolico* (Torino ²1955) p.622-639.

ID., *La vita salesiana oggi nella luce di Maria:* Atti dell'Accademia Mariana Salesiana 9 (Roma 1973) 174-196.

ASOCIACION DE DEVOTOS DE MARIA AUXILIADORA

ERIGIDA EN LA IGLESIA DEDICADA A LA MISMA EN TURÍN, CON UNA NOTICIA HISTÓRICA SOBRE ESTE TÍTULO

Tercera edición (Sampierdarena 1881)

Al lector

Empezada apenas la construcción de la iglesia dedicada a María Auxiliadora en Turín, ya se formularon repetidamente peticiones para que se fundara una asociación de devotos; se buscaba que éstos se mantuviesen unidos por el mismo espíritu de oración y honrasen a la excelsa Madre del Salvador con el hermoso título de *Auxilio de los cristianos;* y, una vez consagrado el templo, estas peticiones, procedentes de todas partes y de personas de toda edad y condición, se multiplicaron considerablemente.

Con el objeto, pues, de secundar este santo deseo, que se ha hecho general, se establece una Asociación, cuyas reglas ofrecemos aquí brevemente.

Pondremos, en primer lugar, una nota histórica sobre el título *María Auxilium Christianorum.* Seguirá después el decreto de erección canónica de la asociación; a continuación, el breve con el que el sumo pontífice se dignó bondadosamente conceder especiales indulgencias a los inscritos, juntamente con los estatutos de la pía Asociación y sus correspondientes indulgencias; finalmente, se añadirán algunas oraciones indulgenciadas para comodidad de quienes quisiesen servirse de ellas a la hora de elevar los afectos de su corazón a la gran Bienhechora de los pobres mortales.

Que la Stma. Virgen, que de tantas maneras ha bendecido y favorecido a los que la han invocado con el precioso título de *Auxiliadora,* siga derramando copiosamente los tesoros del cielo, no sólo sobre los inscritos en esta asociación, sino sobre todos los que la invoquen en sus necesidades espirituales o temporales, de tal manera, que todos tengan motivos de bendecirla en la tierra, para un día alabarla y cantarle su gratitud eternamente en el cielo. Así sea.

[1] María Auxiliadora

El título de *Auxiliadora,* atribuido a la augusta Madre del Salvador, no es cosa nueva. En los mismos libros santos, María es llamada reina que está a la diestra de su divino Hijo, vestida de oro y rodeada de hermosura (Sal 44). Este manto de oro, adornado de hermosura, está constituido, según el espíritu de la Iglesia, por un gran número de piedras preciosas y diamantes, es decir, por los títulos con los que solemos llamar a María.

Por lo tanto, cuando llamamos a María *Auxilio de los cristianos,* no hacemos más que mencionar un título que viene a ser un diamante en su vestido de oro.

En este sentido, María fue saludada ya como ayuda del género humano desde la creación del mundo, cuando a Adán, caído en pecado, le fue prometido un libertador, que había de nacer de una mujer, cuyo pie inmaculado aplastaría la cabeza de la serpiente tentadora.

En concreto: esta mujer fue simbolizada por el árbol de la vida que se hallaba en el paraíso terrenal; por el arca de Noé que salva del diluvio universal a los adoradores del Dios verdadero; por la escala de Jacob que se levanta hasta el cielo; por la zarza de Moisés que arde sin consumirse, y que alude a María, virgen después del parto; por el arca de la alianza; por la torre de David que defiende contra todo asalto; por la rosa de Jericó; por la fuente sellada; por el huerto de Salomón, bien cultivado y guardado. Es figurada en el acueducto de bendición y en el vellón de Gedeón.

En otras partes se la llama estrella de Jacob, hermosa como la luna y elegida como el sol; iris de paz, pupila de los ojos de Dios, aurora portadora de consuelos. Virgen y Madre engendradora de su Señor.

Estos símbolos y expresiones que la Iglesia aplica a María, ponen de relieve los planes providenciales de Dios, para darla a conocer, antes de su nacimiento, como primogénita de todas las criaturas, como la mejor protectora, como ayuda y sostén; más aún, como la reparadora de los males a que está sometido el linaje humano.

En el Nuevo Testamento, los símbolos y profecías la proclaman no sólo auxilio de los hombres en general, sino también ayuda, sostén y defensa de los cristianos. Cesaron ya las figuras y las expresiones simbólicas; en el Evangelio todo es realidad y cumplimiento del pasado.

En efecto: María es saludada por el arcángel Gabriel, que la

llama llena de gracia; Dios mira con complacencia la gran humildad de María y la eleva a la dignidad de Madre del Verbo eterno; Jesús, el Dios inmenso, se convierte en el Hijo de María: de ella nace, por ella es educado y asistido, y el Verbo eterno, hecho carne, se somete en todo a la obediencia de su augusta Madre.

A petición suya, Jesús realiza el primero de sus milagros en Caná de Galilea; sobre el Calvario, es verdaderamente constituida Madre universal de los cristianos; los apóstoles encuentran en ella la guía y maestra de virtud; con ella se recogen a orar en el cenáculo; con ella se dedican a la oración y reciben, al fin, el Espíritu Santo; a los apóstoles dirige sus últimas palabras antes de volar gloriosamente al cielo.

Desde su altísimo trono de gloria, nos dirige sus maternales miradas y nos dice: *Yo habito en la altura, para enriquecer a los que me aman y colmarles de tesoros.* Por consiguiente, desde su asunción al cielo, empezó el constante e ininterrumpido recurso de los cristianos a María, y nunca se oyó, dice San Bernardo, que nadie haya recurrido con confianza a ella, que es Madre piadosa, y no haya sido escuchado.

Esta es la razón de que cualquier siglo, año y día, y, podríamos decir, momento, esté marcado, en la historia, por algún favor concedido a quien la invocó con fe.

Por esto, todo reino, toda ciudad, todo pueblo, toda familia, tiene una iglesia, una capilla, un altar, una imagen, un cuadro o algún signo que acredita la veneración universal demostrada a María y, al mismo tiempo, recuerda alguna de las muchas gracias concedidas a quienes recurrieron a ella en sus necesidades.

Podríamos exponer una serie de hechos que nos refiere la historia eclesiástica; confirmarían sobradamente cuanto decimos. Pero nos limitaremos solamente a algunos que dieron motivo a los sumos pontífices a que propagasen el culto a María, invocada bajo el glorioso título de *Auxilio de los cristianos.*

[2] Batalla de Lepanto

Expuestos, pues, a vuela pluma, algunos de los motivos que más contribuyeron a dar a María el título de ayuda y sostén de los cristianos, pasemos a exponer algunos de los hechos que dieron ocasión a que la Iglesia la proclamara, en particular, Auxilio de los cristianos.

El primero es la batalla de Lepanto,

A mediados del siglo XVI, nuestra península gozaba de relativa paz, pero un acontecimiento bélico en Oriente sumió a los cristianos en la inquietud.

Los turcos, que ya llevaban más de cien años ocupando Constantinopla, veían a disgusto que gentes de Italia, especialmente los venecianos, poseyeran islas y ciudades enclavadas en su imperio. Su primer paso fue pedir a los venecianos la isla de Chipre.

Habiendo recibido respuesta negativa, acudieron a las armas, y con un ejército de 80.000 hombres de a pie y 3.000 caballos y una formidable artillería, guiados por su mismo emperador Selim II, pusieron sitio a Nicosia y Famagusta, ciudades las más fortificadas de la isla. Después de una resistencia heroica, las dos fortalezas cayeron en poder del enemigo.

Los venecianos entonces acudieron al papa implorando su avuda, a fin de combatir y humillar el orgullo de los enemigos del cristianismo. El romano pontífice, entonces San Pío V, temiendo que los turcos, de resultar vencedores, sembrasen la desolación y la ruina entre los cristianos, decidió impetrar la potente intercesión de aquella a quien la Iglesia proclama *terrible como un ejército en orden de batalla.* En consecuencia, mandó que se hiciera oración pública en toda la cristiandad, y recurrió al rey de España, Felipe II, y al duque Manuel Filiberto de Saboya.

El rey de España, habiendo organizado un poderoso ejército, lo confió a su hermano menor, don Juan de Austria. El duque de Saboya envió, por su parte, un grupo selecto de valientes que, con el resto de las fuerzas italianas, se reunieron con los españoles cerca de Mesina.

El enfrentamiento con el ejército enemigo tuvo lugar cerca de Lepanto, ciudad de Grecia. Los cristianos arremetieron con bravura contra los turcos, los cuales oponen dura resistencia. Sin embargo, después de un largo, reñido y encarnizado combate por las dos partes, la victoria queda completamente en manos cristianas.

Las naves turcas huyen hacia tierra, y los venecianos las persiguen y destrozan. El mar queda cubierto de ropas, maderas, sangre y cuerpos mutilados. Murieron 30.000 turcos, mientras doscientas de sus galeras cayeron en poder de los cristianos.

La noticia de aquella victoria proporcionó a los países cristianos una inmensa alegría.

Los senados de Génova y Venecia decretaron que el 7 de

octubre fuese siempre día solemne y festivo, porque en tal día, el año 1571, había tenido lugar el gran suceso.

Entre las oraciones que el santo pontífice había ordenado por el éxito de la gran batalla destacaba el rosario, que durante el combate había estado rezando, juntamente con un grupo de fieles reunidos con él.

En aquel momento se le apareció la Stma. Virgen, revelándole el triunfo de las naves cristianas, triunfo que San Pío V anunció inmediatamente a la ciudad de Roma antes de que nadie pudiese traer la noticia.

Entonces, el santo pontífice, en agradecimiento a María, a cuyo patrocinio atribuía la gloria de aquella jornada, mandó que en las letanías lauretanas se añadiese la jaculatoria: *Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.*

El mismo pontífice, para perpetuar la memoria de aquel prodigio, instituyó la solemnidad del Santísimo Rosario, a celebrarse cada año el primer domingo de octubre.

[3] La liberación de Viena

En 1683, los turcos, para vengar la derrota de Lepanto, se propusieron llevar sus armas más allá del Danubio y del Rhin, amenazando así a toda la cristiandad. Con un ejército de 200.000 hombres, a marchas forzadas, avanzaron hasta poner sitio a Viena.

El sumo pontífice, que entonces era Inocencio XI, decidió recurrir a los príncipes cristianos, instándoles a acudir en auxilio de la cristiandad amenazada. Pero fueron pocos los que respondieron a la invitación pontificia. Por lo que él, a ejemplo de su antecesor Pío V, quiso ponerse bajo la protección de la augusta Reina del cielo. Rezó e invitó a los fieles de todo el mundo a rezar con él.

La ciudad de Viena se hallaba reducida a escombros, y cuando el día de la Natividad de María los cristianos redoblaban sus oraciones, los sitiados, como por milagro, recibieron aviso del próximo socorro. Era Juan Sobieski, rey de Polonia, quien, casi solo entre los príncipes cristianos, atendiendo a la invitación del pontífice, acudía con sus valientes en ayuda. Persuadido de que con el pequeño número de sus soldados le iba a ser imposible la victoria, acudió también él a aquella que es formidable ante los ejércitos más aguerridos.

El 12 de septiembre entró Sobieski en la iglesia junto con el príncipe Carlos de Lorena, y oyeron allí la santa misa, que

él mismo ayudó con los brazos en cruz. Después de haber comulgado, y haber recibido la bendición para sí y para todo su ejército, aquel príncipe se levantó y dijo en alta voz: «Soldados, por la gloria de Polonia, por la liberación de Viena, por la salvación de toda la cristiandad, bajo la protección de María, carguemos contra el enemigo con la seguridad de que saldremos victoriosos».

El ejército cristiano, bajando de la montaña, fue acercándose al campo de los turcos, los cuales, después de haber luchado algún tiempo, se retiraron a la otra orilla del Danubio. La retirada se hizo con tal precipitación y en tan gran confusión, que abandonaron su bandera, unos cien mil hombres, con la mayor parte de sus pertrechos, y todas sus municiones de guerra con 180 piezas de artillería.

Nunca hubo victoria más gloriosa y que costase tan poca sangre a los vencedores. Pudo verse cómo los soldados entraban en la ciudad cargados de botín, arreando gran cantidad de bueyes que los enemigos habían abandonado.

El emperador Leopoldo, enterado del desastre de los turcos, volvió a Viena el mismo día e hizo cantar un solemne tedéum. Persuadido de que una victoria tan inesperada era debida totalmente a la protección de María, hizo entregar a la iglesia mayor del estandarte que se había encontrado en la tienda del gran visir. Y el de Mahomed, más rico aún y enarbolado en el centro del campo, fue enviado a Roma y ofrecido al papa.

El santo pontífice, convencido también de que la gloria de aquel triunfo era exclusivamente de la excelsa Madre de Dios, y deseoso de perpetuar la memoria del beneficio, ordenó que la fiesta del Stmo. Nombre de María, introducida ya en algunos países, fuese celebrada en adelante por toda la Iglesia en el domingo que sigue a su natividad.

[4] Institución de la fiesta de «María Auxilio de los Cristianos»

Estos y otros muchos hechos, tan gloriosos para la Stma. Virgen, crearon el deseo de que la Iglesia interviniera expresamente fijando la forma con que debía invocarse a María bajo el título de Auxilio de los Cristianos.

La Iglesia ya había intervenido, en cierto modo, con la aprobación de cofradías, oraciones y muchas prácticas de piedad indulgenciadas, que en todas partes proclamaban a la Virgen como Auxilio de los Cristianos.

Sin embargo, faltaba algo por establecer: un día al año en que honrar ese título de *María Auxiliadora;* esto es, una fiesta con misa y oficio, aprobados por la Iglesia para una fecha determinada. Hasta que los pontífices llegasen a esta decisión se requirió un hecho extraordinario, que no tardó en producirse espectacularmente.

El modo maravilloso con que Pío VII fue liberado de su cautiverio resultó ser el acontecimiento decisivo que, finalmente, dio ocasión a la institución de la fiesta de María Auxilio de los Cristianos.

El emperador Napoleón I había oprimido de muchas maneras al sumo pontífice: le despojó de sus bienes, dispersó a cardenales, obispos, sacerdotes y religiosos, privándoles también de sus bienes. Además, Napoleón exigía al papa concesiones que no podía hacerle.

A la negativa de Pío VII, el emperador respondió con la violencia y con el sacrilegio. El papa fue arrestado en su propio palacio y, con el cardenal Pacca, su secretario, trasladado a Savona, donde el perseguido pero glorioso pontífice pasó más de un lustro en duro cautiverio.

Pero, comoquiera que, donde está el papa, allí está la cabeza de la religión y, por lo tanto, el centro de los buenos católicos, así, Savona se convirtió en cierto modo en una nueva Roma. Tantas demostraciones de afecto suscitaron la envidia del emperador, que quería ver humillado al vicario de Jesucristo; por esta razón mandó que el pontífice fuese trasladado a Fontainebleau, castillo a poca distancia de París.

Mientras la cabeza de la Iglesia gemía en la prisión, separado de sus consejeros y amigos, los cristianos no podían hacer otra cosa que imitar a los fieles de la Iglesia primitiva cuando San Pedro estaba encarcelado; es decir, orar. Oraba el venerando pontífice y con él todos los católicos del mundo; imploraban la ayuda de la que siempre fue tenida por gran defensora de la Iglesia.

Es creencia común que el pontífice prometió entonces instituir una fiesta para honrar a la Virgen con el título de Auxilio de los cristianos tan pronto como volviese a Roma y se instalase en su trono.

Mientras tanto, todo sonreía al terrible conquistador. Después de haber hecho resonar su temido nombre por toda la tierra, de victoria en victoria, había llevado sus armas hasta las regiones más frías de Rusia, creyendo que allí encontraría nuevos triunfos. La divina providencia, en cambio, le preparaba la derrota y el desastre.

María, enternecida por los gemidos del vicario de Cristo y por las oraciones de sus hijos, cambió improvisadamente la suerte de Europa y del mundo entero.

El rigor del invierno en Rusia y la traición de muchos generales franceses acabaron con todas las esperanzas de Napoleón. La mayor parte de aquel formidable ejército pereció aniquilado por el hielo o sepultado en la nieve. Las pocas tropas que no sucumbieron al rigor del frío abandonaron al emperador. El tuvo que huir, retirarse a París y entregarse en manos de los ingleses, que lo llevaron prisionero a la isla de Elba.

Entonces la justicia volvió de nuevo a sus cauces: el pontífice fue puesto inmediatamente en libertad, y Roma lo recibió con entusiasmo delirante; y como cabeza de la cristiandad, libre ya e independiente, pudo hacerse cargo otra vez del gobierno universal de la Iglesia.

Recuperada de este modo la paz, quiso Pío VII, inmediatamente, dar una muestra pública de su gratitud hacia la Virgen, a cuya intercesión todos atribuían aquella inesperada liberación.

Acompañado por algunos cardenales, fue a Savona a coronar la prodigiosa imagen, llamada de la Misericordia, que en aquella ciudad se venera. Con gran concurso de pueblo y en presencia del rey Víctor Manuel y de otros príncipes, se celebró un solemne acto, durante el cual el papa colocó una corona de piedras preciosas y diamantes sobre las sienes de la venerada imagen.

Una vez en Roma, quiso cumplir la segunda parte de su promesa instituyendo una fiesta especial que diese fe ante la posteridad de aquel gran prodigio.

Consideró, pues, que la Virgen Stma. había sido proclamada en todo tiempo Auxilio de los Cristianos; tuvo en cuenta lo que San Pío V había hecho después de la victoria de Lepanto, cuando mandó añadir a las letanías lauretanas la invocación *Auxilio de los Cristianos, ruega por nosotros,* y deseó completar, ampliando aún más, lo decretado por el papa Inocencio XI al instituir la fiesta del Nombre de María. En consecuencia, para perpetuar el recuerdo de su prodigiosa liberación, juntamente con la de los cardenales y obispos, y la libertad devuelta a la Iglesia, y para que quedase un monumento perpetuo, Pío VII instituyó la *fiesta de María «Auxilium Christianorum»*, a celebrar cada año el día 24 de mayo. Fue escogido este día porque, precisamente en él, el año 1814, había recibido la libertad para volver a Roma entre los entusiastas aplausos de los romanos.

El glorioso pontífice Pío VII promovió el culto de María hasta el fin de su vida. Aprobó asociaciones y cofradías para honrarla y concedió abundantes indulgencias a actos de piedad en su honor.

Para demostrar la gran veneración de este pontífice hacia María Auxiliadora, baste un hecho entre muchos.

En 1817 había sido terminado el cuadro que iba a colocarse en Roma en la iglesia de Santa María *in Monticelli,* regentada por sacerdotes de la Doctrina Cristiana. El 11 de mayo fue llevado el cuadro al papa, al Vaticano, para que lo bendijera y le diese un título. Apenas vio la devota imagen, su corazón se emocionó, y, sin haber recibido indicación alguna, prorrumpió sin más en esta exclamación: «¡María, Auxilio de los Cristianos, ruega por nosotros!»

A estas palabras del Santo Padre hicieron eco los devotos de María, y cuando se descubrió el cuadro por primera vez, el 15 del mismo mes, se produjo una explosión de alegría y devoción en la multitud entusiasmada. Las limosnas, las promesas y fervorosas oraciones continúan hasta nuestros días. En resumen, se puede decir que aquella imagen está siempre rodeada de devotos que piden y obtienen gracias por intercesión de María, Auxilio de los cristianos.

[5] Devoción a María Auxiliadora en Munich y en Turín

Cuando la liberación de Viena, mientras las tropas cristianas daban la batalla, un padre capuchino que predicaba con celo en la iglesia de San Pedro, de Munich, Baviera, exhortaba con fervorosas expresiones a los fieles para que se pusiesen bajo la protección de María Auxiliadora.

Después de aquella victoria, la devoción a la Stma. Virgen Auxiliadora creció de tal manera, que en aquella ciudad se erigió una muy conocida cofradía bajo esa advocación. El duque de Baviera, que en la gloriosa jornada había capitaneado un cuerpo de tropas, quiso pedir personalmente al papa Inocencio XI la aprobación de esta asociación. El papa accedió complacido y concedió la aprobación pedida, con varias indulgencias, en bula fechada el 18 de agosto de 1684.

Pero entre las ciudades que se distinguieron más por su devoción a María Auxiliadora hemos de mencionar, preferentemente, a Turín.

El cardenal Mauricio, príncipe de Saboya, promovió cons-

tantemente esta devoción entre los turineses desde el principio del siglo XVII. Entre otras cosas hizo construir, en la iglesia de San Francisco de Paula, una capilla y un altar dedicados a la Virgen bajo esta advocación.

Aquel famoso purpurado era muy devoto de María, y al morir, mandó en testamento que su corazón, como porción más noble de sí mismo, fuese encerrado en un cofre y colocado en el muro a la derecha del altar [1].

El tiempo había dejado muy mal parada aquella capilla, por lo que Víctor Manuel II mandó que todo fuese restaurado y renovado a sus expensas.

Los turineses, con la seguridad de que el recurso a María Auxiliadora era medio eficaz de obtener gracias del Señor, comenzaron por agregarse a la cofradía existente en Munich, que contaba con cofrades de toda edad y condición de Europa entera. Pero como el número de inscritos creciese extraordinariamente, se acabó por erigir en dicha iglesia de la capital piamontesa otra cofradía, que tuvo la aprobación apostólica de Pío VI con rescripto del 9 de febrero de 1798.

Pues bien: Se encontraba en pleno auge la devoción a María Auxiliadora entre los turineses cuando resultó que tomó cuerpo el proyecto de una iglesia dedicada a la Stma. Virgen en Valdocco, barrio muy poblado de la ciudad. Los medios para llevar adelante la empresa se habían dejado enteramente en manos de aquella que la Iglesia llama constantemente *Virgen poderosa.*

Mientras se estaba deliberando en torno al título con el que debía levantarse el nuevo edificio, una intervención feliz resolvió las dudas. El sumo pontífice actualmente reinante Pío IX, a quien nada escapa de cuanto puede servir para gloria de la religión, informado de la necesidad de una iglesia en el citado lugar, mandó su primera oferta generosa de 500 liras, dando a entender que *María Auxiliadora* le parecía un título indudablemente grato a la excelsa Virgen María.

Acompañaba su caritativa oferta con estas palabras: «Que esta módica limosna atraiga a bienhechores más pudientes y generosos, los cuales ayuden a promover las glorias de la Madre de Dios en la tierra y aumenten así el número de los que un día vayan a hacerle corona en el cielo».

El augurio y la bendición del supremo jerarca consiguieron su efecto y, con la protección de la Stma. Virgen, en el término de unos tres años, se dio cima a la obra. El día 9 de

[1] Cf. *Las maravillas de la Madre de Dios* p.103.

junio de 1868, con gran solemnidad, era consagrado al culto divino por nuestro veneradísimo arzobispo de Turín monseñor Alejandro Riccardi.

[6] Favores concedidos a esta iglesia por el sumo pontífice

El papa ayudó a terminar el edificio empezado con sus limosnas materiales y, más aún, con sus favores espirituales. El 12 de enero de 1867 concedió las siguientes indulgencias a cuantos habían contribuido a la construcción de esta iglesia:

1) La bendición apostólica con indulgencia plenaria en punto de muerte.

2) Indulgencia plenaria cada vez que reciban dignamente la sagrada comunión.

3) Dichas indulgencias podrán aplicarse como sufragios a las almas del purgatorio.

Para animar a todos los fieles cristianos a tomar parte en la consagración de esta iglesia, por breve del 22 de mayo de 1868, concedía indulgencia plenaria a cuantos, confesados y comulgados, visitaran esta iglesia de María Auxiliadora el día de su consagración o uno del octavario.

Terminadas las solemnidades de la consagración con una concurrencia verdaderamente extraordinaria, el fervoroso pontífice se dignaba expresar su satisfacción con la siguiente carta, que, en su bondad, tuvo a bien dirigirnos:

> «Salud y bendición apostólica.
>
> Nos experimentamos casi la misma alegría que tú y los imitadores de tu celo cuando se nos dio a conocer que había llegado a su término, en esta nobilísima ciudad, y había sido consagrado a Dios el nuevo templo erigido a la Virgen bajo la advocación de Auxilio de los Cristianos.
>
> Aunque no nos hayamos podido encontrar presentes en tan jubiloso acontecimiento, sin embargo, tu diligencia hizo posible que nuestra vista contemplara la fachada de la iglesia a través de las medallas primorosamente acuñadas que nos enviaste, así como también la imagen misma de la Madre de Dios.
>
> Mucho contribuirá a aumentar nuestra confianza la vista de estos recuerdos, porque estamos seguros de que no sucedió sin especial inspiración divina el hecho de

que se honre con nuevo título a la celestial Patrona bajo la advocación de Auxilio de los Cristianos.

Es lo cierto que Nos, bajo su protección, abrigamos la confianza de que, protegidos por la divina providencia, saldremos con bien de los males que nos amenazan y, al fin, nos veremos libres de nuestros enemigos. Mientras tanto, para testimoniar nuestra gratitud y benevolencia, impartimos de corazón a ti, a los fervorosos sacerdotes que trabajan contigo y a los jóvenes confiados a tus cuidados, la bendición apostólica como prenda de nuestro gran afecto.

Dado en Roma, a 23 de septiembre de 1868, año vigésimo tercero de nuestro pontificado. Pío PP. IX.»

[7] La edición de 1881 contiene a continuación varios documentos oficiales, más numerosos, como es natural, que la primera de 1869. Damos su lista y su contenido. El último es el que cierra el volumen, pero damos su contenido aquí por su clara relación con los demás. Los documentos se hallan en este orden:

1) Súplica de Juan Bosco, Pbro., al arzobispo de Turín para la erección de la Asociación de Devotos de María Aux. Sin fecha.

2) Mons. Alejandro Riccardi: el 18/4/1869 aprueba la Asociación.

3) Pío IX, el 22/5/1868: concede indulgencia plenaria a cualquier fiel que visite la iglesia en su fiesta o en su novena.

4) Pío IX, el 16/3/1869: concede indulgencia plenaria, *por diez años,* a los asociados cada vez que visiten la iglesia en trece fiestas determinadas.

5) Pío IX, el 11/3/1870: Lo mismo, pero *in perpetuum.*

6) Pío IX, el 5/4/1870: eleva la Asociación a la categoría de Archicofradía, dentro del ámbito de la archidiócesis de Turín.

7) Pío IX, 29/1/1875: concede indulgencia plenaria a cualquier fiel que visite la iglesia, en cualquier día, una vez al año.

8) Pío IX, el 2/3/1877: concede que la Archicofradía pueda agregar otras asociaciones fuera de la archidiócesis, en el ámbito de todo el Piamonte.

Asociación de Devotos de María Auxiliadora

[8] 1) En la Iglesia de Turín, dedicada a María Auxiliadora, existe, con la autorización de S. E. Rdma. el Arzobispo de Turín, una Asociación de devotos, erigida canónicamente, que se propone como *fin promover las glorias de la excelsa Madre del Salvador, para merecer su protección* en esta vida y particularmente en el punto de muerte.

[9] 2) *Se persiguen dos objetivos concretos: Propagar la devoción a la Stma. Virgen y fomentar el culto a Jesús Sacramentado.*

[10] 3) Para ello los asociados, con sus consejos y palabras, con sus obras e incluso aprovechándose de su autoridad, *se esforzarán por que resulten solemnes y devotas las novenas y fiestas a lo largo del año.*

[11] 4) Difundir buenos libros, estampas, medallas y folletos; participar o recomendar la participación en procesiones en honor de María y de la Eucaristía; frecuentar la comunión, asistir a la santa misa y acompañar el viático, son todas ellas cosas que los asociados se proponen promover con todos los medios a su alcance.

[12] 5) Los miembros de la Asociación pondrán todo el empeño, por lo que toca a ellos y a sus subordinados, *en impedir la blasfemia y cualquier conversación contraria a la religión, y en allanar, en cuanto de ellos dependa, todo obstáculo que impida la santificación de las fiestas.*

[13] 6) Según aconsejan el catecismo y los maestros de espíritu, se invita encarecidamente a todo asociado a que, siempre y cuando se lo permitan las obligaciones de su estado, se acerque *cada quince días o cada mes a los sacramentos de la confesión* y comunión, y asista cada día a la santa misa.

[14] 7) Los asociados rezarán cada día en honor de Jesús sacramentado, después de las acostumbradas oraciones de la mañana y de la noche, la jaculatoria: *Sea alabado y reverenciado en todo momento el santísimo y divinísimo Sacramento.* Y en honor de la Stma. Virgen: *María, Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.* A los sacerdotes les bastará con que, en la santa misa, pongan la intención de rezar por todos los asociados.

Estas oraciones constituirán el vínculo con que se unan los socios en un solo corazón y en una sola alma, para tributar

el debido honor a Jesús oculto en la eucaristía y a su augusta Madre, al mismo tiempo que les harán participar a todos de las obras de piedad que realice cada uno.

Ventajas espirituales de los asociados

[15] 1) Todos los asociados, para ayudarse mutuamente en el camino de la salvación, entienden poner totalmente en común las obras buenas, tanto las privadas como las que se realicen en la iglesia de María Auxiliadora o en otra parte.

[16] 2) Se beneficiarán, además, de los actos de culto que se celebran en el altar mayor de dicha iglesia, altar privilegiado cotidiano, según decreto de la Sagrada Congregación del 17 de marzo de 1869. Además de otros actos, en este altar se celebra también una misa a las seis los días laborables, y a las siete los festivos, con el rezo de la tercera parte del rosario, a lo que se juntarán las oraciones particulares de cada fiel y la comunión de los que puedan hacerla.

El glorioso pontífice Pío IX concedió benignamente cien días de indulgencia cada vez a cuantos participen en este ejercicio de piedad.

Todas las tardes habrá cantos sagrados, lectura espiritual, oraciones y bendición con el Stmo. Sacramento, a lo que seguirá el rezo, como por la mañana, del santo rosario.

[17] 3) Cada asociado podrá lucrar indulgencia plenaria en las solemnidades de Navidad, Circuncisión, Epifanía y Ascensión, el domingo de Pentecostés y el día del Corpus.

[18] 4) Indulgencia, también plenaria, los días de la Inmaculada Concepción, Natividad, Presentación, Anunciación, Purificación, Visitación, Asunción y el día en que se ingrese en la Asociación.

[19] 5) Cada asociado, al tomar parte en los actos piadosos de la iglesia con ocasión de triduos y novenas, puede lucrar diariamente indulgencia de siete años.

Conviene recordar que, para ganar las mencionadas indulgencias plenarias, se prescriben la confesión y comunión sacramentales, a no ser que el asociado tuviese la santa costumbre de acercarse a la confesión semanalmente. Si es así, sólo se requiere el estado de gracia.

[20] 6) Cada año, el primer día hábil después de la fiesta de María Auxiliadora, se celebra una misa solemne de difuntos, con otros sufragios, por todos los cofrades fallecidos, y par-

ticularmente por los que durante el mismo año fueron llamados por Dios a la vida eterna.

[21] 7) Si un cofrade cae enfermo, o es llamado por Dios a la otra vida, será especialmente recordado en las oraciones que diariamente se hacen ante el altar de María Auxiliadora, con tal que se avise al encargado de la iglesia.

Aceptación

[22] 1) Quien desee ingresar en la Asociación procurará inscribir su nombre y apellidos y el lugar de su residencia en el libro-registro que se halla en la sacristía de la iglesia de María Auxiliadora. En tal ocasión, si lo desea, le será entregada una estampa, o una medalla, y el manual de la Asociación.

[23] 2) Los párrocos y cualesquiera otros que tengan cura de almas, y los directores de centros de educación y casas de beneficencia podrán inscribir a cualquiera de sus súbditos. Basta con mandar los nombres de los nuevos socios al director de la iglesia, que es también el director de la Asociación.

[24] 3) No existe cuota anual. Cada uno, si lo desea, puede entregar anualmente una limosna para los gastos de la novena y fiesta de María Auxiliadora, y para las otras celebraciones que tienen lugar a lo largo del año en la iglesia titular.

[25] Oraciones y prácticas devotas según el espíritu de la Asociación, que cada uno puede escoger, según su devoción, el día en que se inscribe

Gloriosa Virgen María, Reina de cielos y tierra, en quien, después de Dios, puse toda mi complacencia: humildemente me postro a vuestros pies como el último de vuestros siervos, para consagrarme a vuestro servicio en esta Asociación erigida bajo vuestro amparo; y prometo, con todo mi corazón, practicar fervorosamente cuanto sus reglas prescriben [2], a fin de que, por los méritos de Jesucristo, vuestro Hijo, y por vuestra poderosa intercesión, todos y cada uno de los socios sean preservados de todo mal espiritual y corporal a lo largo de su vida.

[2] Estas palabras, lo mismo que otras de consagración, dedicación, ofrecimiento, donación y promesa, no deben considerarse como un voto, sino como un propósito, una resolución, etc.

Que Dios les bendiga en todas sus acciones y obtengan, al fin, la gracia de morir con la muerte de los justos.

Y puesto que sólo el deseo de complaceros es lo que me mueve a dar mi nombre, humildemente os suplico, Virgen santa, que me recibáis entre vuestros hijos y que me obtengáis la gracia de corresponder con la ejemplaridad de mis costumbres a la honrosa condición de ser siervo vuestro.

¡Oh gloriosa Virgen María! Dignaos mirarme desde vuestro alto trono con esos vuestros ojos, siempre benignamente abiertos sobre quien se consagró a vuestro servicio. Y pues que hoy inscribo mi nombre en el libro de esta Asociación, inscribidlo Vos en vuestro corazón maternal y rogad a vuestro divino Hijo que se complazca en contarme entre los que están inscritos en el libro de la vida. Así sea.

[26] Acto de filiación. Por él se elige a María Santísima como madre

Señor mío Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo único de Dios y de la Stma. Virgen, yo os reconozco y adoro como primer principio y último fin. Os suplico que renovéis, a favor mío, aquel misterioso y amable testamento que hicisteis en la cruz cuando al apóstol predilecto, San Juan, le disteis la condición y título de hijo de vuestra Madre María. Decidle también a favor mío: —*Mujer, ahí tienes a tu hijo.* Hacedme la gracia de pertenecerle como hijo y de tenerla como madre todo el tiempo de mi vida mortal.

Excelsa Virgen María, mi principal abogada y mediadora, yo N. N., miserable pecador, el más indigno y el último de vuestros siervos, humildemente postrado ante Vos, confiando en vuestra bondad y misericordia y animado por el vivo deseo de imitar vuestras hermosas virtudes, os elijo hoy por Madre mía, suplicándoos me recibáis en el número de vuestros afortunados y amantes hijos. Os hago donación entera e irrevocable de todo mi ser. Recibid amorosamente mi petición; mirad con complacencia la confianza con que me abandono en vuestros brazos. Dispensadme vuestra maternal protección a lo largo de mi vida, y particularmente en la hora de la muerte, de tal manera que pueda pasar de este valle de lágrimas a gozar, con Vos, la eterna gloria del cielo. Así sea.

[27] Oración de S. S. Pío IX

Señor Dios omnipotente, que permitís el mal para conseguir el bien: escuchad nuestras humildes oraciones con las que os pedimos seros fieles en medio de tantos asaltos y perseverantes en vuestro servicio hasta la muerte. Dadnos también, por la mediación de María Stma., fuerzas con que cumplir siempre vuestra santísima voluntad.

[28] Siguen 23 páginas con este título: «Serie de oraciones y jaculatorias indulgenciadas», repartidas en estos grupos: a la Stma. Trinidad, a Jesús, el rosario..., varias.

Otras 9 apretadas páginas contienen una exposición divulgadora de la doctrina sobre las indulgencias.

La obra se cierra con el último documento pontificio mencionado ya, poco más arriba, en el [7], al final.

6. *PRIMEROS MISIONEROS SALESIANOS*

Antecedentes

Resumir los planes misioneros de don Bosco y la epopeya americana de los salesianos, aun limitándonos al período que precede a la muerte de don Bosco, es del todo imposible aquí. Sólo daremos unos pocos rasgos como ambientación de los dos documentos programáticos del santo: los recuerdos a los misioneros y el sermón de despedida, ambos de la misma fecha (11 de noviembre de 1875).

La preocupación misionera de don Bosco desde su juventud ha sido perfectamente documentada por Agustín Favale. Don Cagliero declaró en el proceso de beatificación que don Bosco había siempre deseado, desde sus años de seminario, consagrarse a las misiones. El despertar misionero en Francia influyó grandemente en el Piamonte. Don Bosco leía las revistas misioneras de su tiempo. Joven sacerdote del colegio eclesiástico, estuvo en relación con los oblatos y a punto de hacer las maletas para marchar misionero con ellos. Pero consultó antes con don Cafasso, y éste le disuadió, intuyendo otro plan de la Providencia.

Hacia 1852, habiendo jugado con un pañuelo modificándolo a gusto, dijo a sus jóvenes, intrigados por lo que veían: «¡Oh, si pudiera disponer de doce jóvenes como dispongo de este pañuelo! Haría llegar el nombre de Jesucristo no sólo a toda Europa, sino hasta las tierras más lejanas».

En 1854, al ir a visitar al joven Juan Cagliero gravemente enfermo, vio en visión el trabajo que realizaría aquel hijo suyo en medio de los salvajes y que sería promovido al episcopado. Al año siguiente afirmaría delante de algunos clérigos, entre los que se hallaba Cagliero: «Uno de vosotros llegará a obispo».

Don Barberis dijo en el proceso de beatificación: «Desde que le conocí, en 1861, vi que se interesaba mucho por las misiones. Nos hablaba de ellas con entusiasmo... Creo no exagerar al decir que millares de veces le oí hablar con fervor de las misiones».

Recibió la visita de Daniel Comboni, misionero entre los negros, quien le invitó a enviar sacerdotes a África. La presencia de 160 obispos no europeos en el concilio Vaticano I suscitó peticiones frecuentes de obreros apostólicos de Europa.

En el concilio se nombró la incipiente Congregación salesiana y, como consecuencia, don Bosco recibió peticiones concretas de Hong-kong, Savannah (EE. UU.), Australia...

En el invierno del 1871-72 tuvo el primer sueño misionero en el que contempló unos salvajes entre los que trabajaban sus hijos. Y mientras se esforzaba en vano en adivinar, mediante consultas y lecturas, de qué salvajes se trataba, le llegó una propuesta formal de la Argentina.

Juan Bautista Gázzolo, cónsul argentino en Savona, conocía la actuación salesiana en Alassio y Varazze. Habló al arzobispo de Buenos Aires, exponiéndole que los salesianos podrían atender a la iglesia de los italianos y a un colegio en San Nicolás de los Arroyos. Don Bosco comprobó entonces que los salvajes vistos por él en sueños eran araucanos de la Patagonia, y vio que el trabajo entre los emigrantes italianos podía ser una buena preparación para las misiones propiamente dichas. Solemnemente anunció el plan a toda la comunidad del Oratorio el 28 de enero de 1875. El papa aplaudió la iniciativa en las audiencias de febrero y marzo de aquel año. Don Bosco daba la cosa como definitiva el 12 de mayo.

Los salesianos eran en aquel entonces 171; los escogidos entre los muchos que se ofrecieron se pusieron a estudiar a marchas forzadas el español. A la cabeza de ellos iría Juan Cagliero, escogido por don Bosco atendiendo a su buena preparación y grandes cualidades de organizador.

La despedida

Los expedicionarios fueron recibidos en audiencia por el papa el primero de noviembre. Diez días después, en la grandiosa iglesia de María Auxiliadora de Turín, tuvo lugar la emocionante despedida.

Tras el rezo de vísperas, los misioneros suben al presbiterio, donde se hallan revestidos los directores de las ocho casas y todos los sacerdotes de la casa-madre.

Don Bosco pronuncia el sermón que a continuación presentamos. Da la bendición con el Santísimo y, al final, abraza uno a uno a los que inmediatamente van a partir. Los acompañará personalmente después hasta el puerto de Génova.

El santo, en el sermón, subrayó la apostolicidad de la Iglesia, que manda a todo el mundo a sus mensajeros firmemente unidos a Pedro. Los humildes principios, anuncia, se transformarán en una grande obra que primero beneficiará

emigrantes italianos y después a los salvajes. La Sociedad salesiana se siente viva y generosa dentro de la Iglesia. Han de mantenerse católicos y salesianos, y contar con la ayuda de Dios, que los sostendrá en sus fatigas y los premiará.

Al abrazar a cada uno les entrega unos *recuerdos* o consejos, riquísimos de experiencia apostólica. La bondad, el celo, la austeridad, la prudencia y la previsión se expresan en forma sencilla, breve y familiar, pero repleta de sabiduría pastoral. Son una verdadera miniatura del alma de don Bosco.

Los primeros pasos

Llegan a Buenos Aires el 14 de diciembre. Don Cagliero y otros dos quedan en la Iglesia de los italianos. Los siete restantes, capitaneados por don Fagnano, marchan a San Nicolás. La labor inmediata de ambas comunidades es acogida con entusiasmo por el pueblo y el arzobispo.

La expedición del año siguiente, de 23 salesianos, permitió fundar el colegio de Villa Colón, cerca de Montevideo, a las órdenes de don Lasagna, y potenciar San Nicolás y la incipiente escuela profesional de La Boca, lugar trabajado por la masonería. Don Bodrato organiza las escuelas, al mismo tiempo que es párroco de la iglesia de San Juan Evangelista.

La expedición de 1877 constaba de 18 misioneros y 6 misioneras hijas de María Auxiliadora. Estas empezarán su actuación en Uruguay, pero después convertirán Almagro, cerca de Buenos Aires, en el centro de su expansión. A esta ciudad también había sido trasladada la escuela profesional que los salesianos habían empezado en La Boca.

Don Bosco les apremiaba a ponerse en contacto con los indios. Don Bodrato, sustituto de don Cagliero mientras éste estuvo en el Capítulo general, designó dos salesianos, don Costamagna y don Evasio Rabagliati, para que acompañaran al vicario general monseñor Espinosa en un viaje a Bahía Blanca y Patagones, en el Río Negro. El viaje empezó el 7 de marzo de 1878, pero fracasó a causa de una terrible tempestad.

Las misiones empezaron propiamente en 1879, aprovechando una expedición militar. Con monseñor Espinosa iban don Costamagna y el clérigo Luis Botta. Partieron el 16 de abril en ferrocarril, hacia Azul. De allí, en ocho días a caballo, llegaron a Carhué, donde don Costamagna habló con los caciques Eripaylá y Manuel Grande. Cuatro semanas más a caballo y llegaron a Choele-choel, en el Río Negro. El 21 de

junio alcanzan Patagones, ciudad de 4.000 habitantes. El río la divide en dos partes. La del lado derecho se llamará después Viedma, y será el centro de trabajo de los salesianos entre los indios pampas y tehuelches, que eran unos 80.000, aunque muy dispersos.

La Patagonia propiamente dicha tiene al norte la Pampa, y al sur la Tierra del Fuego. Estaba formada por Río Negro, Chubut y Santa Cruz, y contenía entonces unos 35.000 habitantes. El 15 de diciembre de 1879, el arzobispo de Buenos Aires despedía solemnemente a don Fagnano y a cuatro salesianos más, quienes, junto con cuatro hijas de María Auxiliadora, iban a establecerse en Patagones. Viedma, poco después, sería el campo de apostolado de don Milanesio, quien, a fin de quedar más libre para sus correrías apostólicas, pronto sería sustituido en su antiguo puesto por don Beauvoir.

Un paso decisivo en la marcha de la misión se dio en mayo de 1883. Ante el acoso de una nueva expedición militar, el cacique Namuncurá pacta con el ejército argentino, porque está convencido de que es la única forma de conseguir el bien de su pueblo. Don Milanesio interviene eficazmente para que esta decisión llegue a buen puerto.

Asentamiento

El mismo año se mandaba a la Santa Sede una relación de los resultados obtenidos en sólo cuatro años: 5.328 indios bautizados, dos colegios fundados en Patagones, exploradas las orillas del Limay hasta el lago Nahuel-Huapí, y las del Neuquén, hasta Norquín; recorridos el río Colorado, el desierto de Bacheca y todo el río Negro, a lo largo de 1.137 kilómetros. Ya se podía organizar todo aquel terreno de misión.

En noviembre de 1883, la Santa Sede elevaba la mayor parte de la Patagonia a vicariato apostólico, encomendándolo a don Juan Cagliero; mientras que la Patagonia Sur, con la Tierra del Fuego, se convertía en una prefectura apostólica confiada a don Fagnano. El 30 de noviembre de 1884, don Juan Cagliero era nombrado obispo titular de Mágida. Fue consagrado en la iglesia de María Auxiliadora de Turín el 7 de diciembre de 1884.

Desde noviembre de 1886 a enero de 1887, don Fagnano pudo ponerse en contacto con la Tierra de Fuego, donde había unos mil indios yaganes, 3.000 alakalufes y 3.600 onas. En julio, con tres salesianos más, fundaba una comunidad en Pun-

tarenas o Magallanes, que entonces contaba mil habitantes escasos.

Antes de morir don Bosco, los salesianos habían llegado ya a Uruguay, como hemos dicho, y además a Brasil, a Chile y, a última hora, al Ecuador. En América había en total 150 salesianos en 16 casas y 50 hijas de María Auxiliadora.

En 1977 se cuentan 2.919 salesianos, repartidos en 100 circunscripciones de iglesias en formación y en misiones propiamente dichas, por todos los continentes. Las 16 circunscripciones estrictamente misioneras ocupan 1.562.000 km.^{2}, con 20 millones de habitantes, de los que escasamente un 6 por 100 son católicos.

Bibliografía

FAVALE, A., *Il progetto missionario di don Bosco e i suoi pressupposti storico-dottrinali:* Quaderni di Salesianum 3 (Roma 1976).
CHIALA, C., *Da Torino alla Republica Argentina. Lettere di missionari salesiani* (Turín 1876).
ENTRAIGAS, R., *Los salesianos en Argentina* (Buenos Aires 1969-1972), 4 vols. (Relata los diez primeros años.)
TAVELLA, R., *Las misiones salesianas de la Pampa. Etnografía, entradas militares, acción misionera* (Buenos Aires 1924).
Misiones don Bosco. Año ciento. 1875. Salesianos. Hijas de María Auxiliadora. 1877 (Roma 1975).
VALENTINI, E., *Profili di missionari salesiani e Figlie di Maria Ausiliatrice* (Roma 1975).
VALENTINI, E., *Bibliografía generale delle missioni salesiane. I. «Bollettino salesiano» e altre fonti salesiane* (Roma 1975).
La Famiglia Salesiana, famiglia missionaria. Settimana di spiritualità nel Centenario delle Missioni salesiane (Turín 1977).

Sermón de despedida a los primeros misioneros
(MB 11, 383-387)

Nuestro divino Salvador, antes de irse al cielo, cuando aún estaba en esta tierra, reunió a sus apóstoles y les dijo: *Id por todo el mundo... enseñad a todas las gentes... predicad el Evangelio a todas las criaturas.*

Lo que el Salvador daba realmente con estas palabras a sus apóstoles era el mandato, y no simplemente el consejo, de que fuesen a llevar la luz del Evangelio a todas las partes del mundo. De este mandato, o misión, proviene, precisamente, que se les llame misioneros a cuantos parten a predicar la fe desde nuestro país o desde países extranjeros: *Id.*

Después de la ascensión del Señor al cielo, los apóstoles cumplieron puntualmente el mandato del Maestro. San Pedro y San Pablo recorrieron muchas ciudades, muchas regiones y muchos reinos del mundo. San Andrés fue a Persia, San Bartolomé a la India, Santiago a España; y todos, unos en unos lugares y otros en otros, se entregaron hasta tal punto a la predicación del Evangelio, que San Pablo pudo escribir a los romanos: *Vuestra fe se anuncia por todas partes.*

Pero ¿no hubiese sido más acertado que los apóstoles se quedaran a convertir los habitantes de Jerusalén y de toda Palestina? Particularmente, porque hubiesen tenido la oportunidad de reunirse todos a discutir los puntos más importantes de la religión católica, así como también los métodos de propagarla hasta conseguir que nadie de aquellas regiones se quedase sin creer en Jesucristo. Sin embargo, los apóstoles no obraron de ese modo; y es que el Señor les había dicho: *Id por todo el universo.* Pero como no pudiesen recorrer personalmente las enteras regiones del globo y, por otra parte, se les uniesen sucesivamente otros operarios evangélicos, fueron enviándolos a ésos en todas direcciones para que ellos propagasen también la palabra de Dios. San Pedro mandó a Rávena a San Apolinar, a San Bernabé a Milán, y a San Lino a Francia. Y de parecido modo obraron los demás apóstoles en la organización de la Iglesia.

Los papas, sucesores de los apóstoles, siguieron la misma norma; y cuantos marcharon a misionar partieron de Roma o fueron de acuerdo con el Santo Padre.

Todo esto está en consonancia con lo dispuesto por el divino Salvador, quien estableció, porque era necesario, que hubiese un centro seguro e infalible al que todos se refirieran y del que todos dependiesen; y con el que han de concordar cuantos se dediquen a predicar la palabra de Dios.

Ahora bien: cuando estábamos pensando en cumplir, dentro de nuestra poquedad y en lo que daban de sí nuestras fuerzas, el mandato de Jesucristo, *se nos ofrecieron varias misiones en China, India, Australia* y en la misma América. Pero, por diversos motivos, particularmente por hallarse en sus comienzos nuestra Congregación, se prefirió una de América del Sur, de la Argentina. Y por cumplir con lo que era de costumbre, más aún, de mandato del Señor, tan pronto se empezó a hablar de esta misión, se pidió, sin tardanza, el parecer del que es la cabeza de la Iglesia, y nada se hizo sin su consentimiento; y cuando nuestros misioneros estaban a punto de partir para su misión, fueron a rendir acatamiento al vicario de Jesucristo y a recibir su bendición apostólica, para, de este modo, marchar como enviados por el propio Jesucristo.

De este modo nosotros *damos principio a una gran obra;* y no porque estemos en la creencia o tengamos la pretensión de que vayamos a convertir el mundo entero en cuatro días, no; sino porque *¿quién sabe si esta partida de hoy no vaya a ser simiente de la que brote una gran planta?* ¿No será éste, quizá, el pequeño grano de mostaza que germina y poco a poco se desarrolla hasta producir, a la larga, un gran bien? ¿Quién sabe si esta partida no despierte, en el corazón de muchos, deseos de consagrarse a Dios, y se unan sin reserva a nosotros para reforzar nuestras filas? Yo así lo espero. Pude ver que el número de los que se ofrecieron para ser elegidos fue realmente extraordinario.

Para que os podáis formar un juicio cabal de la necesidad de sacerdotes en Argentina, os leeré, simplemente, algunas líneas de una carta que acaba de llegarnos y que procede de un amigo nuestro que allí se encuentra: «Si en estas tierras —escribe— hubiese la comodidad que hay, no digo en la iglesia de María Auxiliadora, sino en el más olvidado rincón de Italia o de Francia, ¡qué afortunadas se considerarían estas gentes y qué obedientes y sumisas se mostrarían a la voz de quien se sacrificase por ellas! Pero aquí, con harta frecuencia, ni siquiera en punto de muerte se puede contar con los consuelos de nuestra santa religión. Y en no pocas poblaciones, hasta se ven privados de la santa misa». Y cuenta de uno de

sus parientes que, deseando asistir a misa un domingo, hubo de partir el jueves anterior; y, para llegar a tiempo, viajó lo más aprisa que pudo, utilizando caballo, coche y cuantos medios encontró a mano, no consiguiendo llegar al poblado hasta la hora de la misa.

Los pocos sacerdotes que hay no son suficientes para la administración de los sacramentos a los moribundos, por ser muchísimos los habitantes a que han de atender y por la distancia entre las poblaciones en que viven.

Llamo de un modo especial vuestra atención —dijo volviéndose a los misioneros— sobre la dolorosa situación de muchas familias italianas, que, en número muy considerable, viven dispersas en aquellas ciudades y pueblos y por aquellos parajes. Padres e hijos, poco o nada conocedores de la lengua y costumbres de la tierra, o no van a los actos religiosos o, si van, no entienden nada. De ahí que nos digan por escrito que os vais a encontrar con gran número de niños y adultos viviendo la más deplorable ignorancia en lo tocante a leer, escribir y a cualquier conocimiento religioso. *Id, pues, y buscad a estos hermanos nuestros, a los que la miseria o la desgracia llevó a tierra extraña. Esforzaos en darles a entender lo grande que es la misericordia de Dios,* pues que os manda hasta ellos para que busquéis el bien de sus almas y les ayudéis a conocer y seguir el camino seguro de la eterna salvación.

Por otra parte, en las regiones que circundan los parajes civilizados *existen grandes hordas salvajes, en las que nunca penetró la religión de Cristo ni la civilización y el comercio,* y donde el pie del europeo no pudo dejar hasta ahora la menor huella.

Estas regiones son las Pampas, la Patagonia y algunas islas adyacentes, que forman en su conjunto un continente tan grande, que quizá sea superior a toda Europa.

Pues bien, todas aquellas vastísimas regiones están ayunas de cristianismo y desconocen en absoluto todo principio de civilización, de comercio y de religiosidad. ¡Ah, a nosotros toca el pedir al Dueño de la mies que mande muchos obreros a su mies, que mande muchos, que sean de los hechos según su corazón, a fin de que se propague por todas estas tierras el reino de nuestro Señor Jesucristo!

Este es el momento en que debiera pedir a cuantos estáis escuchando que recéis por los misioneros; pero ya estoy seguro de que lo haréis. Por lo que toca a nosotros, aquí no de-

jaremos pasar un solo día sin encomendarlos a María Auxiliadora. Y estoy seguro de que ella, que en estos instantes está bendiciendo la partida, no podrá menos de bendecir el resultado de la misión.

Debiera, asimismo, dedicar unas palabras de gratitud a cuantos bienhechores nos ofrecieron, de un modo u otro, su ayuda para que esta empresa tuviese éxito. Pero ¿qué he de decirles? Nos dirigiremos a Jesús sacramentado, que va a ser expuesto dentro de unos momentos para la bendición, y le rogaremos que sea él quien recompense todo lo que se ha hecho por esta nuestra casa, por la Congregación salesiana y por el éxito de la misión.

Hubiera debido hablar además del ilustre personaje que inició, prosiguió y condujo a feliz término esta empresa; pero no puedo, porque está él presente; reservo mis palabras para otra ocasión.

A los que sí me dirigiré ahora es a vosotros, amados hijos, que estáis a punto de emprender la marcha.

Antes que nada os recomiendo que, en vuestras oraciones particulares y comunitarias, nunca os olvidéis de nuestros bienhechores de Europa, y las primeras almas que ganéis para Jesucristo, ofrendádselas al Padre celestial en homenaje y prueba de gratitud a cuantos hicieron posible este empeño. A cada uno de vosotros en particular ya le dije, de viva voz, lo que me inspiraba el corazón y creí de su provecho. A todos, además, en conjunto, *os he puesto por escrito unos cuantos recuerdos* que hacen al caso; para aquellos que, por marchar tan lejos, no vuelva yo a ver sobre la tierra, les *sirvan de testamento.*

La voz me falla y las lágrimas ahogan mis palabras. Solamente os diré que, si mi espíritu en este momento está conmovido por vuestra partida, mi corazón, en cambio, experimenta *un gran consuelo al comprobar que nuestra Congregación se consolida; al considerar que, aun siendo tan poca cosa, también contribuimos con nuestro ladrillo a la construcción del gran edificio de la Iglesia.*

Sí, partid animosos. Pero no perdáis de vista que la Iglesia, que se extiende por Europa y América y por todo el mundo, es la misma que acepta en su maternal seno a cualquier habitante de cualquier nación que desee refugiarse en ella.

Tan salvador es Cristo de los habitantes que hay aquí como de los que pueda haber en cualquier otra parte. El Evangelio que se predica en un lugar es el mismo que se predica en otro,

de tal suerte que, aunque nos hallemos separados corporalmente, espiritualmente podremos vivir unidos, trabajando todos a la mayor gloria del mismo Dios y Salvador nuestro Jesucristo.

Mas en cualquier parte en que os halléis, tened en cuenta que sois sacerdotes católicos, y salesianos.

Como católicos, fuisteis a Roma a recibir la bendición y la misión como tal, de manos del sumo pontífice. Este hecho tiene todo el significado de una fórmula y de una profesión de fe, pues dais con él a entender a todo el mundo que habéis sido enviados por el vicario de Jesucristo a llevar a cabo la misma misión de los apóstoles; esto es lo mismo que ser enviados por Jesucristo.

Por lo tanto, los sacramentos, los evangelios que predicaron Jesucristo y sus apóstoles y los sucesores de San Pedro hasta nuestros días, tienen que ser, exactamente, la religión y los sacramentos que fervorosamente améis y practiquéis, y que única y exclusivamente prediquéis, lo mismo estéis entre salvajes que en medio de pueblos civilizados. ¡Líbreos Dios de decid una sola palabra, de realizar la más mínima acción que sea, o pueda interpretarse, como opuesta al magisterio infalible de la suprema sede de Pedro, que es la sede de Jesucristo, con la que se debe en absoluto concordar y de la que en todo se ha de depender!

Como salesianos, en cualquier parte del globo en que os encontréis, no os olvidéis de que en Italia tenéis un padre que os ama en el Señor, y una Congregación que mirará por vostros en cualquier eventualidad, que os asiste y que siempre os acogerá como hermanos.

¡Marchad, pues! *Habréis de soportar toda clase de fatigas, privaciones y peligros, mas no temáis,* porque Dios os concederá tales gracias que podáis repetir con San Pablo: «Yo solo nada puedo, pero *con la ayuda de Dios soy omnipotente*».

Marcháis, pero no vais solos: os acompañamos todos. No pocos de vuestros compañeros seguirán vuestro ejemplo e irán a reunirse con vosotros en el campo de la gloria y de la tribulación. Y los que no os podemos acompañar en el campo del Evangelio que la Providencia os ha asignado, os acompañaremos con el pensamiento y la oración; y compartiremos con vosotros los consuelos y las aflicciones, las flores y las espinas, y os ayudaremos así a sacar provecho, con la ayuda de Dios,

de cuanto hayáis de pasar para salvar las almas redimidas por Cristo.

¡Marchad, sí! El vicario de Cristo y nuestro venerado arzobispo os han bendecido. Yo también, con todo el afecto de mi corazón, *invoco las bendiciones de Dios sobre vosotros, sobre vuestro viaje, sobre todas vuestras empresas y sobre todas vuestras fatigas.*

¡Adiós! Quizá todos no nos volvamos a ver sobre la tierra. Estaremos, por algún tiempo, corporalmente separados, pero llegará el día en que nos reunamos para siempre. Habiendo trabajado para el Señor, oiremos que nos dice: *Ea, siervo bueno y fiel..., entra en el gozo de tu Señor.*

RECUERDOS A LOS PRIMEROS MISIONEROS (MB 11,389-390)

1) Buscad almas, no dineros, ni honores, ni dignidades.

2) Sed caritativos y en extremo corteses con todos, pero huid de la conversación y familiaridad con personas de diferente sexo o de conducta sospechosa.

3) No hagáis visitas sino por motivos de caridad y de necesidad.

4) No aceptéis jamás, a no ser por gravísimas razones, invitaciones para comer fuera de casa. Cuando tengáis que aceptarlas, procurad ir acompañados de un hermano.

5) Preocupaos especialmente de los enfermos, de los niños, de los pobres y de los ancianos, y os granjearéis las bendiciones de Dios y la benevolencia de los hombres.

6) Sed obsequiosos con todas las autoridades: civiles, religiosas, municipales y gubernativas.

7) Saludad en seguida respetuosamente a las personas investidas de autoridad que encontréis a vuestro paso por la calle.

8) Conducíos de igual manera con los eclesiásticos y con los religiosos.

9) Evitad el ocio y las disputas. Sed sobrios en el comer, en el beber y en el descanso.

10) Amad, venerad y respetad a las demás órdenes religiosas y hablad siempre bien de ellas: éste es el medio de ganarse la estima de todos y promover el bien de la Congregación.

11) Cuidad de la salud. Trabajad, mas sólo lo que os permitan vuestras fuerzas.

12) Procurad que el mundo conozca que sois pobres en el comer, en el vestir y en las habitaciones, y seréis ricos ante Dios y os aduefiaréis de los corazones de los hombres.

13) Amaos los unos a los otros, aconsejaos, corregíos recíprocamente, no seáis envidiosos ni os guardéis rencor: antes el bien de uno sea el bien de todos, las penas y sufrimientos de uno ténganse como penas y sufrimientos de todos, y esmérese cada uno por alejarlas o al menos por mitigarlas.

14) Observad las Reglas. No dejéis jamás de hacer el ejercicio mensual de la buena muerte.

15) Cada mañana encomendad a Dios las ocupaciones del día, y en particular las confesiones, las clases, los catecismos y los sermones.

16) Propagad constantemente la devoción a María Santísima Auxiliadora y a Jesús Sacramentado.

17) Recomendad a los jóvenes la confesión y la comunión frecuentes.

18) Para cultivar las vocaciones eclesiásticas inculcad: 1.° Amor a la castidad. 2.° Horror al vicio opuesto. 3.° Apartamiento de los díscolos. 4.° Comunión frecuente. 5.° Tratad a los jóvenes con caridad, amabilidad y benevolencia.

19) Antes de dar juicio sobre lo que os refieran, o de fallar sobre una cuestión, oíd a las dos partes.

20) No olvidemos, en los padecimientos y en las fatigas, que nos espera un gran premio en el paraíso. Amén.

7. ACTIVIDAD EDITORIAL

Escritor

Desde 1844, apenas acabados sus estudios eclesiásticos, hasta el último año de su vida, don Bosco no cesó de escribir libros y difundirlos por todas partes. En la *Cronología,* a principios de este volumen, pueden verse los títulos publicados, colocados cada uno en su año correspondiente. Son, en total, 135 obras. A continuación señalamos cómo se agrupan, y subrayamos aquellos grupos que quedan representados en este volumen con alguna de sus obras.

I. Textos escolares: cinco obras: Tres historias (de la Iglesia, Sagrada y de Italia) y dos textos de matemáticas (Aritmética y el Sistema métrico).

II. Libretos teatrales: dos obras y otras cuatro obras amenas más.

III. Vidas de santos: 27 obras. La mayoría, 17, son vidas de papas.

IV. Biografías y narraciones de fondo histórico: 13 obras (en el presente volumen se recogen 4 *biografías de jóvenes).*

V. Publicaciones sobre instrucción religiosa y oración: 41 obras. Nueve de ellas son manuales de piedad, entre las que destaca *El joven cristiano;* otras nueve son de tema mariano, entre las que se halla *Asociación de devotos de María Auxiliadora;* cuatro más tratan del jubileo, y tres se refieren a devociones particulares. Las restantes son de instrucción religiosa, en su mayor parte para oponerse a la propaganda de los valdenses.

VI. Escritos relacionados con la Obra salesiana. Son 31 en total. Distinguiremos dos grupos: 18 son informes sobre la Sociedad salesiana o sucesivas redacciones de las *Reglas;* los 13 restantes se refieren al *Oratorio,* a los *colegios,* a las *Hijas de María Auxiliadora* o a los *Cooperadores.*

VII. Aunque se hayan publicado muchos años después de su muerte, hay que mencionar aquí las *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales,* que dejó manuscritas, y el *Epistolario,* que, en cuatro volúmenes, recoge 2.845 cartas. En los últimos años han aparecido bastantes más, que darían para más de un volumen.

Estos números son susceptibles de pequeños retoques, ya

que es posible colocar alguna de las obras más breves entre las circulares y programas. Además está dentro de lo posible que se le haya contabilizado alguna obra que no es suya, mientras que, por el contrario, haya quedado sin contabilizar alguna otra que realmente escribió.

Sorprende la envergadura de esta producción relativamente variada en un sacerdote ocupado intensamente en el ministerio sacerdotal y en la tarea pedagógica, en construcciones de grandes edificios y en cuestaciones constantes a través de circulares, cartas, rifas y visitas, en la fundación de numerosas instituciones y en frecuentes viajes diplomáticos y propagandísticos.

Como autor presenta don Bosco estos rasgos:

1) Finalidad edificante, es decir, de estímulo a la virtud. La historia no le interesa como ciencia, sino como fuente de ejemplaridad: éste es el criterio de selección entre los autores, a veces numerosos, que maneja. No es un crítico, sino un apóstol que predica a través de sus escritos.

2) Voluntad de llegar a muchos lectores, especialmente a los jóvenes y al pueblo sencillo. Efectivamente, busca hacerse entender con toda claridad, sin dificultades, sin cansar a los lectores con un estilo recargado. Escoge casos concretos, acciones ejemplares casi siempre, para aclarar lo que dice y mover a cumplirlo. Esta claridad fue fruto de un duro esfuerzo, llegando incluso a leer sus originales a personas de poca instrucción y cambiando lo escrito según sus reacciones.

3) Rapidez en la redacción. No le preocupa la originalidad; extrae y compila el material que tiene a mano si le parece adecuado. A veces deja frases sin terminar o construcciones al sentido.

4) Resulta poco fluido en las exposiciones teóricas y, como hombre de acción, se mueve mejor en temas prácticos o concretos. Por su número y su calidad destacan las obras de género narrativo. Sin duda la historia era el campo del saber más adaptado a su temperamento.

5) Sentido de responsabilidad ante la palabra escrita. Invita al diálogo a los lectores. Acepta las correcciones de otros, él mismo descubre formas más exactas de expresión. Retoca las diversas ediciones.

Editor

A sus treinta y cuatro años intenta llevar adelante un periódico, *L'Amico della gioventú*. Dos veces a la semana saltaba a la palestra queriendo aportar una visión cristiana en plena efervescencia política (1849). Llegó hasta el número 61, lo que representa una vida de poco más de medio año. Fue, por lo tanto, una experiencia efímera por falta de suscriptores. El campo era difícil, sobre todo para quien se debía a tantas atenciones. Se conservan las cuentas que le presentó el impresor, pero hasta la fecha no se ha dado con una colección de dicho periódico.

En realidad, sus empresas editoriales más importantes son las siguientes:

1) *Las Lecturas Católicas*.—Es su empresa editorial más conocida, iniciada en marzo de 1853 con entregas quincenales; desde el segundo año, las entregas fueron mensuales, de unas 108 páginas. La puesta en marcha fue fruto de diálogos con sacerdotes y obispos. Formó sociedad con el obispo de Ivrea.

Hasta su muerte salieron 432 fascículos, de los que 130 merecieron reeditarse; de éstos uno llegó a la 22.ª edición. Don Bosco mismo es autor de unos 70 títulos. Las *Lecturas Católicas* fueron, por ello, el cauce principal de su actividad publicística. Teniendo en cuenta que hasta 1860 hubo unos 9.000 asociados, y que éstos pasaron a 12.000 a partir de 1870, resulta que hasta su muerte repartió, por suscripción, un mínimo global de 5 millones de ejemplares. Más difícil es precisar cuántos libros sueltos, de la misma colección, llegaron a venderse. Las repetidas ediciones de varios de ellos llevan a la estimación de otros dos millones más. No entran en cuenta las ediciones, iniciadas ya en vida del santo, en francés y en español.

La colección, bendecida por el papa y muchos obispos, tuvo, pues, una difusión excelente en aquella época, y llegó a los puntos más alejados de Italia (cf. *Besucco* c.5).

Aunque la administración quedó en manos de persona designada por el obispo de Ivrea, sobre don Bosco gravaba la responsabilidad de programar, conseguir colaboraciones y suplir los posibles fallos. Las *Lecturas Católicas* fueron muy apreciadas, porque eran oportunas, vivas, populares, puntuales y baratas, detalle este último que ocasionó al santo quebraderos de cabeza cuando llegó la hora de liquidar las cuentas para empezar a imprimirlas y distribuirlas en el Oratorio.

2) *Biblioteca de la Juventud Italiana.*—Obras literarias adaptadas a la juventud. Dirigida por don Celestino Durando. Empezó en enero de 1869 y cerró en el año 1885. Llegó al volumen 204. Contó con unos 3.000 suscriptores. Sus ejemplares sobrepasaron el medio millón.

3) *Selección de autores latinos.*—Empezó en 1865, dirigida por don Juan Bta. Francesia, con comentarios del mismo, de Vallauri, de Bacci y Lanfranchi. Siguió después la *Serie griega,* dirigida por don Juan Garino. Proseguidas ambas series por la SEI hasta nuestros días, aunque en forma más moderna, la serie latina ha alcanzado 180 entregas, y la griega, 120.

4) *Escritores latinos cristianos.*—Empezó en 1877 y dependió de don Juan Bta. Tamietti. Como es natural, se desarrolló menos que la anterior.

5) *Boletín Salesiano.*—Iniciado en 1877, fue acompañado, ya en vida del santo, por las ediciones francesa en 1879 y castellana en 1886. Es una revista mensual, muy difundida, con una tirada de cien mil ejemplares al morir el santo, de información e intercambio para toda la familia salesiana. El primer director fue don Juan Bonetti. Hoy salen 34 ediciones, con un total de 750.000 ejemplares al mes.

6) En 1885 comenzaron las *Lecturas ascéticas,* que hasta 1889 llegaron a 36 volúmenes, a los que hay que añadir los 53 de la *Colección ascética,* los 21 de la *Pequeña Biblioteca Ascética* y los 57 *Folletos ascéticos.*

7) Este mismo año comenzó también la colección de *Lecturas dramáticas,* que hasta 1889 alcanzaron el número de 45 libretos. Parece del mismo año la *Pequeña biblioteca del obrero,* que hasta 1889 llegó a los 16 volúmenes.

8) *Lecturas amenas.*—Son 18 volúmenes hasta 1889.

El catálogo de 1881 de la Librería Salesiana era de 96 páginas, y del mismo se hicieron 40.000 ejemplares. El de 1889 mencionaba 2.500 obras disponibles entonces. Veremos cómo en marzo de 1885 don Bosco, en la carta que transcribimos a continuación, calculaba en unos 20 millones los libros o libretos que había repartido entre el pueblo.

Tipografía salesiana

En septiembre de 1861 se instalaban en el Oratorio dos viejas máquinas de imprimir. Dos Bosco, optimista impenitente, ante aquellos elementos tan pobres animaba a los primeros

alumnos tipógrafos diciéndoles: «Tendremos una tipografía, dos tipografías, diez tipografías» (MB 7,56). Parecían sueños. Pues bien, al morir el santo, los salesianos poseían 8, y en la actualidad cuentan con 73 escuelas de artes gráficas.

Sin duda fue éste el taller que más incremento tuvo en el Oratorio en vida del santo. (Le había precedido los de zapatería y sastrería en 1853; el de encuadernación, en 1854, y el de carpintería, en 1856. Le seguiría el de mecánica en 1862, año en que los artesanos eran unos 300, y en el que los estudiantes pasaban de 500.)

Don Bosco era muy sensible a cuanto se refería a la creación y difusión del libro. De ahí su entusiasmo cuando pudo disponer de una tipografía por más que fuese de escasa importancia. Esta fue desarrollándose en cantidad y calidad hasta imprimir satisfactoriamente las colecciones que acabamos de mencionar. Se ganó la admiración del joven sacerdote Aquiles Ratti, futuro Pío XI, cuando la visitó en el año 1883; así lo recordaba, ya papa, cincuenta años después, en una audiencia a periodistas el 10 de junio de 1934.

> «Don Bosco tenía una predilección especial por la imprenta, y fue a propósito de máquinas de imprimir cuando un día, a Nos mismo, que nos alegrábamos con él de la perfección de su instalación tipográfica, el querido santo contestaba, hablando en tercera persona, como solía hacer para aludir a sí mismo: 'Don Bosco en esto quiere estar, como siempre, a la vanguardia del progreso'».

El interés por la imprenta llevó al santo a embarcarse en el montaje de una fábrica de papel que instaló en Mathi, y cuya renovada maquinaria pudo mostrar a todo género de personas en la Exposición Nacional de Turín.

Exposición Nacional de Turín de 1884 (documento 1)

Fue inaugurada por los soberanos de Italia el 26 de abril de 1884. Don Bosco, en un principio, había pensado exponer la tipografía y su copiosa producción. Pero el presidente de la exposición, al visitar la exposición de Zurich, había tenido ocasión de ver una máquina de fabricar papel que se estaba construyendo en la ciudad para don Bosco. Dicho presidente, Tomás Villa, rogó a don Bosco que la presentara en Turín. Hubo sus dimes y diretes, porque don Bosco señaló dos condiciones:

lugar necesario y descanso dominical. Se le hizo caso y se construyó ex profeso un pabellón de 55 × 20, en el centro de un patio rodeado por el inmenso pabellón del Trabajo. A la entrada del pabellón especial se leía: «DON BOSCO - Fábrica de papel, tipografía, fundición de tipos, encuadernación y librería salesiana».

El plan del santo, como expositor, era atrevido y genial: poner a la vista del público todo el proceso: «Del trapo al libro terminado». La máquina de fabricar papel, «la reina de las máquinas de la exposición», empezó a funcionar el 22 de junio. El público, que acudía en gran número, podía ver perfectamente todo el proceso y cómo los aprendices y profesores, 20 en total, estaban junto a las máquinas, fundían tipos, componían, imprimían la novela *Fabiola* y encuadernaban y despachaban en la librería. Era un plebiscito de plácemes para don Bosco.

Pero hacia el término de la exposición se supo que los premios oficiales no reconocían aquel éxito. El admirable pabellón del santo iba a recibir un premio secundario. La carta que presentamos nos muestra a don Bosco defendiendo sus derechos y recordando su brillante *curriculum vitae* en la industria gráfica, sobre todo en favor de los humildes.

El tribunal, sectario, no hizo caso de las reclamaciones del santo (MB 17,243-255).

Difusión de las buenas lecturas (documento 2)

Un tono totalmente distinto tiene la *Circular a los salesianos para la difusión de los buenos libros.*

Es una exhortación a sus hijos, fechada el 19 de marzo de 1885, tres años antes de su muerte. Les anima a continuar y multiplicar los esfuerzos que el padre ha realizado a lo largo de cuarenta años.

En una redacción solemne y bien limada (acaso debida a la pluma de Lemoyne o Bonetti) se resaltan las virtudes del buen libro, partiendo de la conducta de Dios, que nos ha dado las Sagradas Escrituras, y analizando las relaciones entre libro y lector.

Pasando a un plano más familiar, recuerda sus fatigas en este sector, pondera el volumen enorme de su producción y señala la tarea peculiar del salesiano en la difusión de los buenos libros.

Dedica un largo apartado a resaltar cómo esta producción tendía a satisfacer todas las necesidades de sus jóvenes.

Al final insiste en que se lancen sin respeto humano a esta actividad, apreciando, y no despreciando, esta sencillez buscada en provecho de la juventud.

Lo dicho brevemente hasta aquí muestra cómo don Bosco no sólo fue un escritor fecundo y muy leído, sino editor y promotor de una tipografía de vanguardia. Cien años van demostrando que dio a su Congregación un impulso vigoroso en el campo de la difusión: han surgido en ella tipografías y librerías, escritores y editores al servicio de la juventud y del pueblo.

Bibliografía

R. FARINA, *Leggere don Bosco oggi. Note e suggestioni metodologiche:* La formazione permanente interpella gli istituti religiosi (Torino 1976) p.349-404, con abundante bibliografía.

L. GIOVANNINI, *I primi 15 anni delle* Letture cattoliche *di don Bosco. Un esempio di buona stampa nel s. XIX* (Manuscrito, 1973).

E. VALENTINI, *Don Bosco e l'apostolato della stampa:* Salesianum 19 (1957) 280-308.

1. Al Comité Ejecutivo de la Exposición Nacional
(*Epistolario* 4,299-301)

Distinguido Comité Ejecutivo,
Oficina del Jurado de revisión:

El día 23 del presente mes, firmada por mí, fue remitida una carta a este distinguido Comité, en la cual tenía a bien hacerles algunas observaciones sobre el fallo del Tribunal de calificación y el premio de la medalla de plata que iban a adjudicar a los numerosos trabajos de mis tipografías, expuestos en la galería didáctica de la Exposición Nacional.

Volviendo sobre el asunto, me creo en el derecho de añadir, para conocimiento de dicho Tribunal, algunas observaciones. A saber:

La publicación mensual de los *Clásicos italianos* expurgados, para uso de la juventud y científicamente anotados, que a lo largo de dieciséis años se va realizando en mi tipografía de Turín, y cuyos ejemplares sobrepasan los trescientos mil;

la publicación mensual de nuestras *Lecturas* populares, en edición económica, que alcanza ya los treinta y tres años de vida, y cuyos ejemplares pasan de un millón;

las cien ediciones de *El joven cristiano,* que totalizan los seis millones de ejemplares, juntamente con otras obras de menor volumen, pero de parecida naturaleza, cuya difusión resulta incalculable;

los *clásicos latinos y griegos,* anotados para uso de las escuelas secundarias, que llevan veinte años de amplia difusión;

los diccionarios latinos, italianos y griegos, con las correspondientes gramáticas (compuestos por profesores de mis institutos), apreciados y alabados por hombres competentes y universalmente aceptados, como lo prueban las copiosas y frecuentes ediciones;

otras muchas obras de historia, pedagogía, geografía y aritmética, muy apreciadas y difundidas, y a precios tan modestos, que están al alcance de todos los bolsillos y facilitan extraordinariamente su difusión;

un discreto número de ediciones de formato y de volumen variado, con grabados o sin ellos, pero siempre elegantes en el papel y en la impresión:

éstas, pues, y otras muchas producciones que, por breve-

dad, dejo de mencionar, me parecen motivos suficientes para llamar la atención del Tribunal calificador e inducirlo a que conceda un premio no inferior a los que concedió a otros expositores, cuya producción es en cantidad y calidad inferior a la mía.

He de advertir además al Tribunal que dichos trabajos han sido hechos todos en mis tipografías, por manos de jóvenes de modesta condición, acogidos a nuestros institutos y puestos de este modo en condición de ganarse honradamente el pan; lo que no significa que la ejecución de los trabajos fuera inferior, a juicios de los entendidos, a otras obras expuestas por varios editores que obtuvieron un premio no igual, sino, según se me ha dicho, superior al mío.

No puedo dejar de tener en cuenta que mis obras no han sido debida y oportunamente examinadas y confrontadas por el Tribunal; por lo que creo que su juicio no ha podido ser emitido con pleno conocimiento de causa, ni por lo que respecta al verdadero mérito de lo expuesto (si hemos de creer a expertos editores que expresaron su juicio comparativo sobre nuestros libros y los de los otros), ni tampoco sobre los impresos de lujo ejecutados en el pabellón de mi fábrica de papel.

Respecto a mi máquina de fabricar papel, si no entendí mal, se hubieran contentado con darme un certificado honorífico, excluyéndome de esa manera del número de los concursantes y de los premiados. Supuesto que no se tuviera en cuenta la máquina de fabricar papel por el hecho de ser extranjera, sin embargo, creo que se debió recompensar la perfección con que se la hacía funcionar y la diligencia de quien suscribe al comprarla; ya que, de este modo, no sin grandísimo esfuerzo, a través de esta Exposición Nacional, promuevo en Italia con respecto a este arte, un mayor rendimiento del trabajo y una mayor producción.

Me sorprende también que el Tribunal no haya hecho la menor mención de mi fundición tipográfica, ni tampoco de la composición e impresión de libros y su consiguiente encuadernación: artes, todas ellas, perfectamente representadas en marcha continua en el mismo pabellón. Tanto más que con todo ello se ponía ante los ojos del público el ingenioso proceso con el que, partiendo del trapo, se llega al papel; del metal al tipo y, finalmente, a la encuadernación y al libro.

Por todas estas razones, el juicio del público fue unánimemente favorable; ello debiera haber pesado, ciertamente, en el juicio del Tribunal a la hora de asignar los premios.

Ruego, por lo tanto, al distinguido Comité que, valiéndose del Jurado de revisión, trate de llegar a un fallo más conforme con el verdadero mérito de los trabajos a que acabo de referirme; y así, no dar ningún motivo al público para que emita un juicio desfavorable en el asunto.

Espero que se tendrán en cuenta estas observaciones. De lo contrario, renuncio desde ahora a *cualquier premio o certificado*, y pido que esta Comisión curse las correspondientes órdenes al objeto de que no consten, en absoluto, en la relación destinada a la prensa, *ni el fallo, ni el premio, ni noticia siquiera de certificado alguno.*

En este caso me bastará con haber concurrido mis trabajos a la grandiosa Exposición Italiana de inventos e industria, y haber demostrado con hechos *el empeño que siempre puse, a lo largo de cuarenta años, en promover el bien material y moral de la juventud pobre y abandonada, al mismo tiempo que el auténtico progreso de las ciencias y de las artes.*

Para mí es suficiente premio el juicio favorable del público, el cual tuvo ocasión de constatar con sus propios ojos las características de mi Obra y los méritos de mis colaboradores.

Aprovecho esta ocasión propicia para augurar al distinguido Comité y al respetable Tribunal todo bien de Dios.

Profésome con verdadera estima, de sus señorías ilmas.

s. s.

Juan Bosco, Pbro.

Turín, 25 de octubre de 1884.

2. Circular a los salesianos sobre la difusión de buenos libros (*Epistolario* 4,318-321)

Turín, 19 de marzo, fiesta de San José, 1885.

Amadísimos hijos en Jesucristo:

El Señor es testigo del deseo que siento de veros, de encontrarme entre vosotros, de hablaros de nuestras cosas, de consolarnos con la confianza mutua de nuestros corazones. Mas, por desgracia, queridísimos hijos, mis pocas fuerzas, los restos

que me quedan de mis antiguas enfermedades y los asuntos urgentes que reclaman mi presencia en Francia me impiden, al menos por ahora, secundar el impulso de este mi afecto hacia vosotros.

No siendo posible, pues, llegarme hasta cada uno en persona, voy por carta; estoy seguro de que me agradeceréis el continuo recuerdo que os dedico a vosotros, quienes, por lo mismo que sois mi esperanza, sois también mi gloria y mi apoyo.

Es por lo que, deseoso de veros crecer día tras día en celo y méritos ante el Señor, no he de perder ocasión de sugeriros, oportunamente, lo que juzgue más eficaz para que vuestro ministerio dé el mayor fruto.

Entre todos los medios, es el de *la difusión de los buenos libros* el que yo intento recomendaros ahora encarecidamente, para gloria de Dios y salvación de las almas. *No dudo en calificarlo de divino, pues que Dios mismo lo utilizó en la salvación del hombre.* Fueron los libros que él inspiró los que ofrecieron al mundo la doctrina verdadera. El dispuso que, copias de los mismos, se distribuyesen por todas las ciudades y por todos los pueblos de Palestina, y que cada sábado se leyesen en las asambleas religiosas.

Al principio, estos libros eran patrimonio exclusivo del pueblo hebreo; mas, conducidas las tribus a cautiverio en Asiria y Caldea, he aquí que la Sagrada Escritura fue traducida a la correspondiente lengua, y el Asia entera pudo leerla en su propio idioma.

Cuando la hegemonía griega, los hebreos situaron sus colonias en todos los rincones de la tierra, y en ellas los libros santos se multiplicaron hasta el infinito. Y los *Setenta,* con la traducción que hicieron, vinieron a enriquecer incluso las bibliotecas de los pueblos paganos; en consecuencia, los oradores, los poetas y los filósofos de aquellos tiempos extrajeron no pocas verdades de la Biblia. Dios preparó al mundo para la venida del Salvador valiéndose, principalmente, de sus escritos inspirados.

A nosotros nos toca, pues, imitar el modo de obrar del Padre celestial. *Los buenos libros, repartidos entre el pueblo, son uno de los medios verdaderamente a propósito para mantener el reino de Dios entre las almas.* Los pensamientos, los principios y la moral de un libro católico son, en realidad, sustancia sacada de los libros sagrados y de la tradición apostólica.

Y han venido a ser tanto más imprescindibles cuanto que cada día la impiedad y la inmoralidad utilizan esta misma arma para hacer estragos en el rebaño de Cristo, ya que seducen y arrastran a la perdición a incautos y desobedientes.

Por lo mismo, *ha de oponerse arma contra arma.*

Añadid a esto que *si un buen libro no tiene la fuerza que emana de la palabra hablada, con todo, presenta otras ventajas que en ocasiones son mayores.* Un libro puede entrar hasta en las casas en que no entra el sacerdote, y hasta los mismos malos lo toleran como recuerdo o regalo. Cuando se ofrece a sí mismo, no se sonroja, y si se le abandona, no se enfada; enseña la verdad sin prisas si se le lee, y, despreciado, no se queja, sino que suscita el remordimiento aquel que produce deseos de conocer la verdad: él siempre está a punto para enseñarla. A lo mejor se está, cubierto de polvo, sobre el pupitre del estudio o en el anaquel de la biblioteca, y nadie piensa en él; pero, llega la hora de la soledad, del desánimo, del dolor, de la tristeza, o simplemente de la necesidad de distracción o de la angustia por el futuro, y entonces este amigo fiel se sacude el polvo, abre sus páginas... y se repiten las prodigiosas conversiones de San Agustín, del beato Colombino y de San Ignacio de Loyola.

Comprensivo con los miedosos a causa del respeto humano, se entretiene a solas con ellos sin levantar la menor sospecha; familiarizado con los buenos, está pronto a darles conversación y a acompañarlos siempre y a todas partes. ¡Cuántas almas se salvaron por los buenos libros; a cuántas preservaron de la corrupción y espolearon al bien!

Quien regala un libro, aunque no obtenga otro resultado que el de haber suscitado un pensamiento sobre Dios, ya se apunta ante éste un mérito incomparable. Pero suele lograrse mucho más. Un libro regalado a una familia, quizás no lo lea aquel en quien intencionadamente se pensó, pero lo leerá, en cambio, el hijo o la hija, el amigo, el vecino. Hasta puede darse el caso de que, en un pueblo, un mismo ejemplar vaya pasando por las manos de centenares de personas. ¡Sólo Dios sabe hasta qué punto puede hacer el bien un libro en una ciudad, en una biblioteca circulante, en un núcleo obrero, en un hospital; libro que, quizá, sólo fue entregado como señal de amistad!

Y no se tenga miedo de que un libro bueno pueda ser rechazado por alguien precisamente por esto, por ser bueno. Al contrario: Un hermano nuestro, cada vez que se acercaba a los muelles de Marsella, iba bien provisto de libros buenos

que regalaba a los mozos de cuerda, a marineros y obreros. Pues bien; estos libros siempre fueron aceptados con alegría y gratitud, y, en no pocos casos, se ponían a leerlos con avidez inmediatamente.

Por delante, pues, estas consideraciones, y, omitidas otras muchas que a vosotros mismos se os alcanzan muy bien, os pondré a continuación, más en concreto, las razones que os tienen que animar a difundir los buenos libros por todos los medios y con todas vuestras fuerzas; no sólo como cristianos, sino de manera particular como salesianos:

1) *Esta fue una de las empresas principales que el Señor me encomendó; y vosotros sabéis que la tomé con infatigable empeño a pesar de mil otras ocupaciones. El rabioso odio de los enemigos del bien y la persecución de que fue objeto repetidamente mi persona* son buen argumento de cómo el error veía en mis libros un formidable enemigo y, por la razón contraria, de que se trataba de una empresa bendecida por Dios.

2) Efectivamente, la difusión admirable de estos libros ya es un argumento que prueba una especial ayuda de Dios. Se acercan a los *veinte millones* los opúsculos o volúmenes que, en menos de treinta años, hemos esparcido entre el pueblo. Si bien es verdad que algunos de estos volúmenes habrán quedado del todo olvidados, otros, en cambio, han debido de ser leídos por centenares de lectores; y, en cualquier caso, el número de personas a las que nuestras publicaciones pudieron hacer bien, se ha de dar por muy superior al número de volúmenes publicados.

3) *La difusión de buenos libros es, precisamente, uno de los fines más importantes de nuestra Congregación.* El artículo siete del primer capítulo de nuestras reglas se expresa así, acerca de los salesianos: «Se empeñarán en la *difusión de los buenos libros* entre el pueblo, usando todos aquellos medios que la caridad cristiana inspira. Con la palabra y *los escritos* se esforzarán en poner un dique a la impiedad y a la herejía, que de tantas maneras tratan de insinuarse entre los rudos e ignorantes. A este objeto se encaminarán los sermones que de cuando en cuando se predican al pueblo, los triduos, las novenas y la *difusión de los buenos libros*».

4) Por lo tanto, entre los libros que hay que difundir, yo digo que han de tenerse en cuenta aquellos que tienen fama de ser buenos, morales y religiosos; y aun *han de preferirse las obras salidas de nuestras tipografías:* de una parte, porque

lo que pueda haber de ganancia se transforma en caridad al ayudar a mantener a tantos de nuestros jóvenes pobres; y de otra, porque nuestras publicaciones intentan constituir un todo ordenado, en una visión amplia, con que poder llegar a cuantas clases integran la sociedad humana.

No insisto en esto; únicamente os señalo con complacencia una de estas clases sociales: la de *los jóvenes,* a la que *siempre busqué el modo de hacer el bien; no sólo de viva voz,* sino además, de diversas maneras con la letra impresa, como detallo a continuación.

En efecto: con las mismas *Lecturas Católicas,* si bien es verdad que en una primera intención deseaba instruir al pueblo en general, desde otro punto de vista mi plan era entrar en las casas particulares y dar a conocer el espíritu que reinaba en nuestros colegios y atraer a la virtud a los jóvenes, sobre todo con las biografías de Domingo Savio, de Besucco y otras obras parecidas.

Con *El joven cristiano* me propuse conducirlos a la iglesia, infundir en ellos el espíritu de piedad y enamorarlos de los sacramentos.

Con la colección de clásicos latinos e italianos expurgados y con la *Historia de Italia,* así como con otros libros históricos y literarios, me las arreglé para sentarme junto a ellos en la clase y preservarlos de muchos errores y pasiones que les hubieran sido fatales para esta vida y la otra.

Deseaba también, con ilusión, acompañarlos en sus ratos de ocio, y he pensado estructurar una serie de libros amenos que, espero, saldrán pronto a la luz pública. Finalmente, con el *Boletín Salesiano,* entre otros fines, perseguí también éste: el de mantener en los jóvenes que vuelven a sus familias el aprecio por el espíritu y las máximas de San Francisco de Sales, y el de convertirlos a ellos mismos en salvadores de otros jóvenes.

No es que diga que haya conseguido plenamente mis objetivos, pero sí que os toca a vosotros coordinarlos de tal modo, que aún se puedan alcanzar enteramente.

Os invito y os conjuro, por consiguiente, *a que no desatendáis esta importantísima parcela de nuestra misión.* Y comenzad por no limitaros a desarrollar este apostolado únicamente en favor de los jóvenes; sino que, además, habéis de conseguir de ellos, con vuestras palabras y ejemplos, que se conviertan en otros tantos apóstoles de la buena prensa.

A principio de curso, los alumnos, especialmente si son nuevos, se entusiasman fervorosamente con estas cosas nuestras; tanto más que es bien poco el dinero que hay que desembolsar. Procurad, naturalmente, que sus suscripciones sean espontáneas y no, en modo alguno, impuestas; pero, razonadamente, exhortadles a que se suscriban, no sólo a la vista del bien que dichos libros pueden hacerles a ellos mismos, sino también por el bien que con ellos pueden hacer a otros, enviándolos a sus familias según se van publicando: al padre, a la madre, a los hermanos y bienhechores. Hasta los parientes más fríos en religión se conmueven ante este recuerdo de un hijo o de un hermano lejano, y, muy fácilmente, se sienten estimulados a su lectura; si no por otra razón, por curiosidad al menos. Pongan, eso sí, cuidado en que esos obsequios no tengan apariencia de sermón ni de querer dar lecciones a los suyos, sino, sencillamente, de regalo y de cariñoso recuerdo. Y cuando, más tarde, esos alumnos vuelvan a su casa, que pongan empeño en acrecentar el mérito de sus buenas obras donándolos a sus amigos, prestándolos a otros parientes, regalándolos como propina por servicios recibidos, ofreciéndoselos a los párrocos con el ruego de que los difundan y buscando nuevos suscriptores.

Estad seguros, mis queridos hijos, de que *una propaganda semejante, inteligente, atraerá sobre vosotros y vuestros jóvenes las mejores bendiciones del Señor.*

Termino. Las conclusiones de esta carta toca sacarlas a vosotros: logrando que nuestros jóvenes se impongan en los principios morales y cristianos, preferentemente a través de nuestra producción impresa, aunque sin despreciar la de los otros. He de deciros, empero, que mi corazón experimentó una gran pena al enterarme de que, en algunas casas, las obras que hemos publicado expresamente para la juventud han sido a veces ignoradas o no tenidas en cuenta. No os entusiasméis, ni entusiasméis a otros con aquella ciencia de la que el Apóstol dice que *infla;* recordad, por el contrario, a San Agustín, el cual, cuando llegó a obispo, aunque consumado maestro en el bien decir y orador elocuentísimo, prefería la impropiedad del lenguaje y la inelegancia del estilo antes de exponerse al riesgo de no ser entendido por el pueblo.

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros.

Rogad por mí, afectísimo en Jesucristo,

JUAN BOSCO, Pbro.

INDICE ANALITICO

ESTUDIO INTRODUCTORIO: Los escritos en la experiencia pedagógica de don Bosco. Por Pietro Braido IX

«... para la cristiana educación e instrucción, especialmente, de la juventud pobre y abandonada» XIII.—1. Por encima de los escritos, la experiencia vital XVI.—2. La experiencia vital recogida en los escritos XIX.—3. Un criterio de lectura XXII.—4. Algunas orientaciones XXIV.—5. Invitación a la innovación creativa XXX.

NOTAS PREVIAS 3

Selección de obras 3.—Limitaciones de esta selección 4. Obras enteras 5.—Ordenación cronológica de los escritos de esta selección 6.—Géneros literarios 7.—Traducción: dificultades y criterios 8.—Introducciones y notas 9.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL ESCOGIDA 11

1. Bibliografías 11.—2. Fuentes y obras básicas 11.—3. Ediciones de las obras del santo 12.—4. Biografías principales 13.—5. Estudios 14.—6. La obra de don Bosco 14. Abreviaturas 17.

CRONOLOGÍA 19

Años	*Págs.*	*Años*	*Págs.*	*Años*	*Págs.*	*Años*	*Págs.*
1784	20	1840	23	1860	34	1880	54
1815	21	1845	24	1865	39	1885	61
1830	22	1850	28	1870	43	*1888*	65
1835	23	1855	31	1875	47	1977	68

PRIMERA PARTE

BIOGRAFIAS

1. Biografía de Luis Comollo 71

Don Bosco y el género biográfico 71.—Luis Comollo (1817-1839) 72.—Elaboración del libro 72.—Santa amistad 73.—Nuestra edición 73.—Bibliografía 74.

Rasgos biográficos del clérigo Luis Comollo 75

A los seminaristas de Chieri 75.—Cap. 1: Niñez de Comollo 76.—Cap. 2: Va a Chieri a estudiar 80.—Cap. 3: Viste la sotana. Entra en el seminario de Chieri 85.—Cap. 4: Circunstancias que precedieron a su enfermedad 92.—Cap. 5: Cae enfermo. Muere 96.—Cap. 6: Los funerales 106.—Cap. 7: Consecuencias de su muerte 108.

2-4. Biografías de Savio, Magone y Besucco 113

Una trilogía característica 113.—«La Casa del Oratorio» 113.—Por qué ingresaron 114.—El clima que respiraron 115.—Ideario 116.—Retrato espiritual de cada uno 117. La obra del escritor 117.—Cuadro comparativo 119.

Santo Domingo Savio. Valor literario e histórico de su biografía 120.—Cronología 120.—Energía de carácter 123. Simpatía y amistad 123.—Relación con don Bosco 124.—Cuatro etapas 124.—Panegíricos cualificados 125.—¿Un nuevo tipo de santidad? 126.—Nuestra edición 126.—Bibliografía 127.

2. *Vida del joven Domingo Savio, alumno del Oratorio de San Francisco de Sales* 128

Cap. 1: Patria. Temperamento. Sus primeros actos de virtud 130.—Cap. 2: Su ejemplar conducta en Murialdo. Edificantes rasgos de virtud. Su asistencia a la escuela del pueblo 133.—Cap. 3: Es admitido a la primera comunión. Preparación. Recogimiento y recuerdos de aquel día 135. Cap. 4: Escuela de Castelnuovo de Asti. Un episodio edificante. Sabia contestación ante un mal consejo 137.—Cap. 5: Su conducta en la escuela de Castelnuovo de Asti. Palabras de su maestro 140.—Cap. 6: La escuela de Mondonio. Soporta una grave calumnia 142.—Cap. 7: Mis primeras relaciones con él. Interesantes anécdotas 144.—Cap. 8: Su llegada al Oratorio de San Francisco de Sales. Su estilo de vida al empezar 146.—Cap. 9: Estudia latín. Su conducta en clase. Impide un desafío. Evita un peligro 150.—Cap. 10: Su resolución de ser santo 155.—Cap. 11: Su celo por la salvación de las almas 157.—Cap. 12: Varios episodios. Buenos modales en el trato con sus compañeros 162.—Cap. 13: Su espíritu de oración. Devoción a la Virgen. El mes de María 166.—Cap. 14: Confesión y comunión frecuentes 169. Cap. 15: Sus penitencias 174.—Cap. 16: Mortificación de los sentidos externos 177.—Cap. 17: La Compañía de la Inmaculada 180.—Cap. 18: Sus amigos: su trato con Camilo Gavio 185.—Cap. 19: Su amistad con Juan Massaglia 188. Cap. 20: Gracias especiales y hechos extraordinarios 193. Cap. 21: Sus pensamientos sobre la muerte y cómo se preparó santamente a ella 199.—Cap. 22: Cuidados que prodigaba a los enfermos. Deja el Oratorio: palabras en tal ocasión 202.—Cap. 23: Se despide de sus compañeros 204.—Cap. 24: Se agrava su enfermedad. Se confiesa por última vez. Recibe el viático. Hechos edificantes 207.—Cap. 25: Sus últimos momentos y su preciosa muerte 210.—Cap. 26: Comunicación de su muerte. Palabras del profesor don Picco a sus alumnos 212.—Cap. 27: Imitación de sus virtudes. Muchos se encomiendan a su intercesión y son escuchados. Conclusión 217.

3. *Apuntes biográficos del joven Miguel Magone* 223

Cap. 1: Un encuentro interesante 224.—Cap. 2: Su vida anterior y su llegada al Oratorio de S. F. Sales 226.—Cap. 3: Dificultades y reforma moral 229.—Cap. 4: Hace

su confesión y comienza a frecuentar los sacramentos 231.—Cap. 5: Una palabra a la juventud 233.—Cap. 6: Gran interés de Magone por las prácticas de piedad 236.—Cap. 7: Exactitud en el cumplimiento de sus deberes 238. Cap. 8: Devoción a la Stma. Virgen 241.—Cap. 9: Su empeño y diligencia en conservar la virtud de la pureza 243. Cap. 10: Ingeniosos rasgos de caridad hacia el prójimo 245. Cap. 11: Pintorescas ocurrencias de Magone 248.—Cap. 12: Vacaciones a Castelnuovo de Asti. Virtudes que practicó entonces 251.—Cap. 13: Su preparación para la muerte 254. Cap. 14: Su enfermedad y circunstancias que la acompañaron 257.—Cap. 15: Sus últimos momentos y su preciosa muerte 259.—Cap. 16: Exequias. Funeral de trigésima. Conclusión 263.

4. *El pastorcillo de los Alpes, o sea, vida del joven Francisco Besucco, de Argentera* 267

Cap. 1: Primera educación del niño Besucco. Patria. Padres 268.—Cap. 2: Muerte de la madrina. Amor a las cosas de iglesia. Amor a la oración 270.—Cap. 3: Su obediencia. Un buen consejo. Trabaja en el campo 272.—Cap. 4: Episodios y conducta de Francisco en la escuela 273. Cap. 5: Vida de familia. Pensamiento nocturno 276.—Cap. 6: Besucco y su párroco. Dichos. Práctica de la confesión 278.—Cap. 7: La santa misa. Su fervor. Lleva el rebaño a las montañas 281.—Cap. 8: Conversaciones. Compostura en la iglesia. Visitas al Stmo. Sacramento 284.—Cap. 9: El bendito crucifijo. El rosario. La presencia de Dios 287.—Cap. 10: Da clase de catecismo. El joven Valorso 288.—Cap. 11: La Santa Infancia. El viacrucis. Fuga de los malos compañeros 289.—Cap. 12. Primera comunión. Frecuencia de este sacramento 291.—Cap. 13: Mortificación. Penitencias. Cómo custodiaba sus sentidos. Su aprovechamiento en la escuela 293.—Cap. 14: Deseo y determinación de ir al Oratorio de S. F. Sales 295.—Cap. 15: Episodios de su viaje a Turín 298.—Cap. 16: Tenor de vida en el Oratorio. Primer diálogo 300.—Cap. 17: Alegría 302.—Cap. 18: Estudio y diligencia 303.—Cap. 19: La confesión 306.—Cap. 20: La santa comunión 308.—Cap. 21: Veneración del Stmo. Sacramento 309.—Cap. 22: Espíritu de oración 311.—Cap. 23: Sus penitencias 313.—Cap. 24: Hechos y dichos particulares 316.—Cap. 25: Sus cartas 318.—Cap. 26: Ultima carta. Pensamientos a su madre 323.—Cap. 27: Penitencia inoportuna y principio de su enfermedad 326.—Cap. 28: Resignación en su mal. Dichos edificantes 327.—Cap. 29: Recibe el viático. Otros dichos edificantes. Un pesar 330.—Cap. 30: Recibe la extremaunción. Sus jaculatorias en esta ocasión 332.—Cap. 31: Un hecho maravilloso. Dos visitas. Su preciosa muerte 333.—Cap. 32: Sufragios y sepultura de Francisco 336.—Cap. 33: Conmoción en Argentera y veneración del joven Besucco 337.—Cap. 34: Conclusión 339.

5. **Las «Memorias del Oratorio»** 341

Por qué fueron escritas 341.—Cómo y cuándo fueron escritas 341.—Qué se propuso don Bosco 342.—Anotaciones

al estilo 342.—El primer plano 343.—La presente edición 344.—Bibliografía 344.

Memorias para el Oratorio y para la Congregación salesiana 345

Diez años de infancia. Muerte del padre. Penurias familiares. La madre en viudez 346.—Un sueño 349.

Década primera: 1825-1835 353

1. Primeros juegos. Predicador. Saltimbanqui. Los nidos 353.—2. Primera comunión. Sermones de santa misión. Don Calosso. Clases en Murialdo 355.—3. Los libros y la azada. Una noticia mala y otra buena. Muerte de don Calosso 359.—4. Don Cafasso. Incertidumbre. División de bienes familiares. A la escuela de Castelnuovo de Asti. Músico. Sastre 361.—5. Escuela de Chieri. Bondad del profesorado. Los cuatro primeros cursos de gramática 365.—6: Los compañeros. Sociedad de la alegría. Deberes cristianos 367.—7: Buenos compañeros y prácticas de piedad 369.—8: Humanidades y retórica. Luis Comollo 371.—9: Mocito de café. Onomástico del profesor. Una desgracia 375.—10: El hebreo Jonás 377.—11: Juegos de manos. Prestidigitador. Magia. Tiene que dar explicaciones 380.—12: La carrera. El salto. La varita mágica. En la punta del árbol 383.—13: Estudio de los clásicos 385.—14: Preparación para la elección de estado 386.

Década segunda: 1835-1845 389

1. Imposición de la sotana. Plan de vida 389.—2. Hacia el seminario 391.—3. La vida en el seminario 392.—Diversiones y recreos 394.—4. Las vacaciones 396.—5. Un banquete. El violín. La caza 398.—Amistad con Luis Comollo 399.—6. Un pacto poco prudente 402.—7. Premiado. Encargado de la sacristía. El teólogo Borel 403.—8. Los estudios 404.—9. Sagradas órdenes. Sacerdocio 406.—10. Primicias del sagrado ministerio. Sermón en Lavriano. Juan Brina 409.—11. Colegio Eclesiástico de San Francisco de Asís 411.—12. Fiesta de la Inmaculada Concepción y principio del Oratorio festivo 414.—13. El Oratorio en 1842 417. 14. El ministerio sacerdotal. Aceptación de un cargo en el Refugio (septiembre 1844) 419.—15. Otro sueño 421.—16. Traslado del Oratorio junto al Refugio 424.—17. El Oratorio en San Martín de los Molinos Dora. Dificultades. La mano del Señor 426.—18. El Oratorio en San Pedro *ad vincula*. La criada del capellán. Una carta. Un accidente lamentable 429.—19. El Oratorio en casa Moretta 430.—20. El Oratorio en un prado. Paseo a Superga 433.—21. El marqués de Cavour y sus amenazas. Nuevos trastornos para el Oratorio 435.—22. Despido del Refugio. Nueva acusación de locura 438.—23. Por fin. Traslado al actual Oratorio de S. F. Sales, en Valdocco 440.

Década tercera: 1846-1856 444

1. La nueva iglesia 444.—2. Otra vez Cavour. Tribunal de Cuentas. Guardia cívica 448.—3. Escuela dominical.

Escuela nocturna 450.—4. Enfermedad. Curación. Decisión. de residir en Valdocco 453.—5. Residencia definitiva en Valdocco 456.—6. Reglamentos para los Oratorios. Compañía y fiesta de San Luis. Visita de monseñor Fransoni 458.—7. Empieza el colegio. Primeros residentes 460.—8. Oratorio de San Luis. Casa Moretta. Terreno del seminario 462. 9. Aumentan los artesanos. Su régimen de vida. Las «buenas noches». Concesiones del arzobispo. Ejercicios espirituales 463.—10. Progresos en música. Procesión a la Consolata. Asignación del municipio y de la *Obra de la mendicidad*. El jueves santo: lavatorio de los pies 466.—11. El año 1849. Clausura de los seminarios. La casa Pinardi. El óbolo de San Pedro. Coronación de Pío IX. Oratorio del Angel Custodio. Visita de diputados 468.—12. Manifestaciones patrióticas 470.—13. Un hecho concreto 472.—14. Nuevas dificultades. Un consuelo. El abate Rosmini y el arcipreste Gaudenzi. 473.—15. Compra de la casa Pinardi y casa Bellezza. Año 1850 474.—16. La iglesia de S. F. Sales 476.—17. Explosión del polvorín. Gabriel Fascio. Bendición de la nueva iglesia 479.—18. El año 1852 481.—Año 1853 483.—*Lecturas Católicas* 484.—Año 1854 486.—Atentados personales 488.—Agresión. Lluvia de garrotazos 490.—El perro Gris 492.

SEGUNDA PARTE

PRODUCCION PEDAGOGICA

Las obras que hemos elegido 500.—Bibliografía 502.

1. El joven cristiano 503

Libro importante 503.—Distribución de la materia 503. ¿Se trata de una simple compilación? 504.—Valores espirituales 505.—Documento clave de don Bosco 506.—Nuestra edición 506.—Bibliografía 507.

El joven provisto para la práctica de sus deberes y de los ejercicios de la piedad cristiana 508

A la juventud 508.

PARTE PRIMERA: LO QUE NECESITA UN JOVEN PARA ALCANZAR LA VIRTUD. Art. 1.° Conocimiento de Dios 510.—Art. 2.° El Señor ama de un modo especial a los jóvenes 511. Art. 3.° La salvación del cristiano depende ordinariamente de los años de la juventud 512.—Art. 4.° La primera virtud del joven es la obediencia a sus padres y superiores 513.—Art. 5.° Respeto a los lugares sagrados y ministros del Señor 514.—Art. 6.° Lectura espiritual y palabra de Dios 515.

PARTE SEGUNDA: DE QUÉ DEBE HUIR ESPECIALMENTE LA JUVENTUD. Art. 1.° Fuga del ocio 518.—Art. 2.° Fuga de los malos compañeros 519.—Art. 3.° Evitar las malas conversaciones 520.—Art. 4.° Evitar el escándalo 521.—Art. 5.°

Conducta a observar en las tentaciones 523.—Art. 6.° Astucias de que se vale el demonio para engañar a la juventud 524.—Art. 7.° La más bella de las virtudes 525.—Art. 8.° La devoción a María Stma. 526.—Art. 9.° Consejos a los jóvenes que pertenecen a alguna asociación piadosa o a algún oratorio festivo 529.

Siete consideraciones para cada día de la semana. Primera consideración para el domingo. Fin del hombre 530.—Lunes. El pecado mortal 532.—Martes. La muerte 533.—Miércoles. El juicio 535.—Jueves. El infierno 538.—Viernes. La eternidad de las penas 539.—Sábado. El paraíso 541.

El joven ante la elección de estado 542.—El joven fiel a su vocación 544.—Oración a la Virgen Stma. para conocer la propia vocación 544.

2. Introducción al plan de reglamento 545

Plan de reglamento para el Oratorio 546

3. Recuerdos a los directores 548

Por qué fueron escritos 548.—Contenido y estilo 549.... Nuestra edición 549.

Recuerdos confidenciales a los directores 1871 550.—Contigo mismo 550.—Con los maestros 550.—Con los asistentes y encargados de dormitorios 551.—Con los coadjutores y personas de servicio 552.—Con los alumnos 553.—Con los externos 554.—Con los que pertenecen a la Sociedad 555.—Al mandar 555.

4. El sistema preventivo en la educación de la juventud 557

El documento 557.—Valor del documento 557.—Fuentes 559.—Nuestra edición 560.—Bibliografía 560.

El sistema preventivo en la educación de la juventud 561

1. En qué consiste el sistema preventivo y por qué debe preferirse 561.—2. Aplicaciones del sistema preventivo 563. 3. Utilidad del sistema preventivo 565.—Una palabra sobre los castigos 566.

5. Reglamento para las casas 567

Los diversos reglamentos 567.—El porqué de un reglamento 567.—El reglamento de las casas 569.—Nuestra edición 569.

Reglamento para las casas de la Sociedad de San Francisco de Sales 570.—Artículos generales 570.

PRIMERA PARTE. Reglamento particular 571.—Cap. 16: El teatro 572.—Argumento apropiado 572.—Cosas que hay que excluir 573.—Deberes del encargado del teatro 574.

PARTE SEGUNDA. Reglamento para las casas de la Congregación de San Francisco de Sales 575.—Cap. 1: Fin de las casas de la Congregación de S. F. Sales 575.—Cap. 2: La admisión 576.—Cap. 3: La piedad 578.—Cap. 4: La conducta en la iglesia 579.—Cap. 5: El trabajo 581.—Cap. 6: Conducta en la clase y en el estudio 582.—Cap. 7: Conducta en los talleres 584.—Cap. 8: Conducta con los supe-

riores 585.—Cap. 9: Comportamiento con los compañeros 586.—Cap. 10: Sobre la modestia 587.—Cap. 11: Sobre la limpieza 588.—Cap. 12: Comportamiento en la marcha de la casa 589.—Cap. 13: Comportamiento fuera de casa 590.—Cap. 14: El paseo 592.—Cap. 15: Comportamiento en el teatro 593.—Cap. 16: Cosas rigurosamente prohibidas en la casa 594.—Tres males que deben evitarse con el máximo cuidado 594.

6. Carta-circular sobre los castigos 595

Todo un documento, traspapelado 595.—El porqué del documento 595.—Valoración 596.—Apostillas 596.—Bibliografía 597.

Carta circular sobre los castigos a infligir en las casas salesianas 598.—1. No castiguéis nunca sino después de haber agotado otros medios 599.—2. Escoger para corregir el momento oportuno 601.—3. Evitad todo asomo de pasión 602.—4. Comportaos de tal modo que el culpable abrigue esperanzas de perdón 604.—5. Sobre los castigos que pueden emplearse y a quién compete su empleo 605.

7. Carta al Oratorio sobre el espíritu de familia 609

El documento 609.—Ocasión y motivo 609.—Estructura y elementos 610.—Nuestra edición 611.—Bibliografía 611.

Carta al Oratorio 612.

8. Sobre los jóvenes artesanos 621

La formación profesional antes de DB 621.—La formación profesional en DB 622.—Características de estas escuelas profesionales 623.—Nuestra edición 623.—Bibliografía 623.

Sobre los jóvenes artesanos 624.—Dimensión religioso-moral 624.—Dimensión intelectual 625.—Dimensión profesional 626.

TERCERA PARTE

FUNDADOR

1. Sociedad de San Francisco de Sales 631

Su obra está vinculada a la obra de San Juan Bosco 631.—Una congregación reclamada por los tiempos 631.—Primeros pasos 633.—El día clave 634.—*Decretum laudis* 636.—Hacia la aprobación definitiva 636.—Aprobación de las Constituciones 637.—Concesión de los privilegios 638.—Nuestra edición 639.—Bibliografía 639.

Reglas o Constituciones de la Sociedad de S. F. Sales. Introducción 641.—1. Entrada en religión 641.—2. Importancia de seguir la vocación 642.—3. Seguir pronto la vocación 644.—4. Medios para conservar la vocación 646.—5. Ventajas temporales 648.—6. Ventajas espirituales 649.—7. Los votos 651.—8. Obediencia 652.—9. Pobreza 653.—10. Castidad 655.—11. Caridad fraterna 656.—12. Prácticas de piedad 659.—13. De la cuenta de la vida exterior y de su importancia 661.—14. Dudas sobre la vocación 668.—

15. Cinco defectos que deben evitarse 664.—Conclusión 665.

Reglas o Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales 1877, 667.—I. Fin de la Sociedad de S. F. S. 667.—II. Forma de la Sociedad 668.—III. Voto de obediencia 669.—IV. Voto de pobreza 670.—V. Voto de castidad 671.—VI. Gobierno religioso de la Sociedad 671.—VII. Gobierno interno de la Sociedad 672.—VIII. Elección del rector mayor 673.—IX. Los demás superiores 675.—X. De cada casa en particular 677.—XI. Admisión a la Sociedad 679.—XII. Estudios 680.—XIII. Prácticas de piedad 680.—XIV. El noviciado 682.—XV. Vestido 683.—Conclusión 683.

2. Hijas de María Auxiliadora 684

Preparación 684.—Encuentros decisivos 684.—Hijas de María Auxiliadora 685.—La última visita 686.—Palabras programáticas para el Instituto 687.—Las Constituciones impresas de 1878, 688.—Bibliografía 690.

Documentos personales de DB referentes a las HMA 691. 1. En las primeras vesticiones y profesiones 691.—2. Carta a don Miguel Rúa 692.—3. A la Srta. Francisca Pastore 692.—4. A sor Magdalena Martini 693.—5. Al obispo de Acqui 694.—6. A madre Catalina Daghero 1881, 696.—A la misma 1883, 696.—8. A don Juan Bonetti 697.—9. A sor Eulalia Bosco 698.—10. Plática de 1885 en Niza Monferrato 699.—11. Carta-convocatoria del Capítulo general de 1886, 701.

Reglas o Constituciones del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora 1878, 705.—A las Hijas de María Auxiliadora 705.—I. Fin del Instituto 707.—II. Estructura general del Instituto 707.—III. Gobierno interno del Instituto 709.—IV. Elección de la superiora general, de la vicaria, de la ecónoma y de las dos asistentes 710.—V. Elección de la directora de cada casa y de su respectivo consejo. Capítulo general 712.—VI. La maestra de novicias 713.—VII. Condiciones de aceptación 714.—VIII. Vestición y profesión 714.—IX. Virtudes esenciales propuestas al aprendizaje de las novicias y al ejercicio de las profesas 715.—X. Distribución del tiempo 716.—XI. Prácticas de piedad 717.—XII. De la clausura 718.—XIII. Voto de castidad 719.—XIV. Voto de obediencia 720.—XV. Voto de pobreza 721.—XVI. Normas generales 721.

3. Cooperadores salesianos 726

Un documento con historia 726.—Colaboradores, sin distinción 727.—Surge una comunidad de religiosos 727.—El original capítulo sobre los externos 728.—Redacción del Reglamento de los cooperadores 728.—Definición de los cooperadores 729.—Desarrollo de la Unión de Cooperadores 730. Bibliografía 731.

Cooperadores salesianos, o sea, un modo práctico de secundar las buenas costumbres y ayudar a la sociedad civil 732

Al lector 732.—I. Es preciso que los cristianos se unan para practicar el bien 733.—II. La Congregación salesiana es

un vínculo de unión 733.—III. Fin de los Cooperadores salesianos 734.—IV. Medios de cooperación 734.—V. Constitución y gobierno de la asociación 735.—VI. Obligaciones particulares 736.—VII. Favores espirituales 737.—VIII. Prácticas religiosas 737.

4. Antiguos alumnos 739

DB y los antiguos alumnos 739.—Qué se hizo en vida de DB 739.—Algunos detalles más de DB con los antiguos alumnos 741.—Dos parlamentos dirigidos a los antiguos alumnos 742.—Bibliografía 743.

1. *Parlamento de DB a los antiguos alumnos sacerdotes* 1880, 744.—2. *Parlamento a antiguos alumnos seglares* 1884, 747.

5. Devotos de María Auxiliadora. DB y la devoción a María Auxiliadora 749

Escritos marianos de DB 749.—La iglesia de María Auxiliadora 750.—El cuadro del altar mayor 751.—Milagros 752. Doctrina sobre María Auxiliadora 753.—Monumentos vivientes a María Auxiliadora 755.—Bendición, novena y medalla 756.—El manual «Asociación de devotos» 757.—Bibliografía 757.

Asociación de devotos de María Auxiliadora 759.—Al lector 759.—1. María Auxiliadora 760.—2. Batalla de Lepanto 761.—3. La liberación de Viena 763.—4. Institución de la fiesta de María, Auxilio de los cristianos 764.—5. Devoción a María Auxiliadora en Munich y en Turín 767. 6. Favores concedidos por el Sumo Pontífice a esta iglesia 769.—Lista de algunos documentos 770.—Asociación de devotos de María Auxiliadora (estatutos) 771.—Ventajas espirituales de los asociados 772.—Aceptación 773.—Oraciones y prácticas devotas 773.—Acto de filiación 774.—Oración de S. S. Pío IX 775.

6. Primeros misioneros salesianos 776

Antecedentes 776.—La despedida 777.—Los primeros pasos 778.—Asentamiento 779.—Bibliografía 780.

Sermón de despedida a los primeros misioneros 781.

Recuerdos a los primeros misioneros 786.

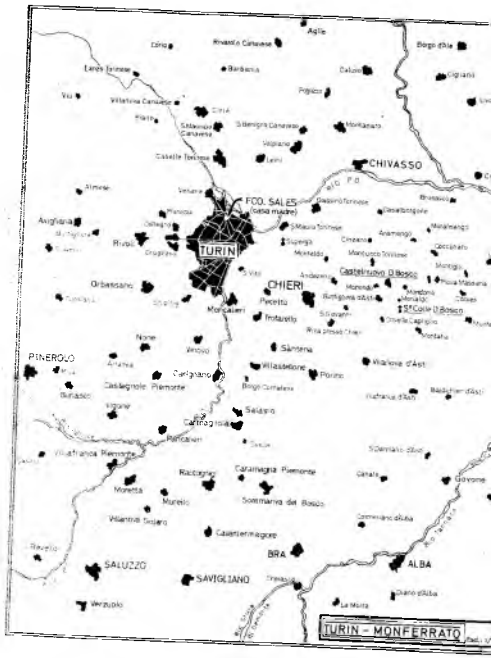
7. Actividad editorial 788

Escritor 788.—Editor 790.—Tipografía salesiana 791.—Exposición nacional de Turín 1884, 792.—Difusión de las buenas lecturas 793.—Bibliografía 794.

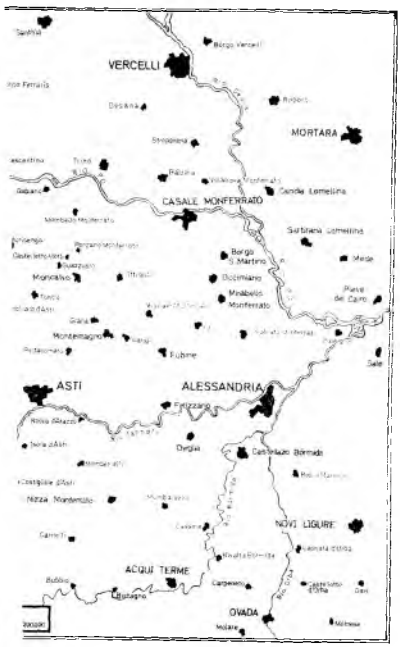
1. *Al comité ejecutivo de la Exposición Nacional* 895.—2. *Circular a los salesianos sobre la difusión de buenos libros* 797.

ÍNDICE ANALÍTICO 803

ÍNDICE ALFABÉTICO 815



Agliè
Borgo d'Ale
Cigliano
Lanzo Torinese
Barbania
Caluso
Pojolo
Villafranca Canavese
Cirié
Piatta
S.Benigno Canavese
Montanaro
Vegliano
Caselle Torinese
Leini
CHIVASSO
Almese
Venaria
FCO. SALES
(casa madre)
Pianezza
Avigliana
Collegno
Rivoli
TURIN
S.Maura Torinese
Sigonzo
Cinzano
Montaldo
Montucco Torinese
Castelnuovo D.Bosco
Orbassano
CHIERI
Pecetto
Moncalieri
Trofarello
S.Giovanni
S.Paolo D.Bosco
Monteiro
None
Vinovo
Santena
PINEROLO
Villastellone
Porino
Villanova d'Asti
Carignano
Castagnole Piemonte
Bruzasco
Bosco Cumatera
Vigone
Salasco
Cantagrillo
Pancalieri
Villafranca Piemonte
Racconigi
Caramagna Piemonte
Moretta
Murello
Sommariva del Bosco
Villanova Solaro
Cavallermaggiore
BRA
SALUZZO
SAVIGLIANO
Verzuolo
ALBA
Govone
Diano d'Alba
La Morra
TURIN - MONFERRATO


VERCELLI
MORTARA
CASALE MONFERRATO
Candia Lomellina
Borgo S. Martino
Mede
Pieve del Cairo
Fubine
ASTI
ALESSANDRIA
Fritzzano
Oviglia
Castellazzo Bormida
Nizza Monferrato
NOVI LIGURE
ACQUI TERME
OVADA


NORTE DE ITALIA
TRENTO
BELLUNO
TREVIS
VICENZA
MESTRE
VENECIA
PADUA
VERONA
ROVIGO
FERRARA
MANTUA
CREMONA
PIACENZA
PARMA
REGGIO NELL'EMILIA
MODENA
BOLOGNA
IMOLA
RAVENNA
FAENZA
FORLI
CESENA
SAN MARINO
PISTOIA
PRATO
FLORENCIA
LUCCA
PISSA
LIVORNO
LA SPEZIA
CARRARA
MASSA
VIAREGGIO
GENOVA
SAVONA
IMPERIA
SAN REMO
NICE
MONACO
CUNEO
ASTI
ALESSANDRIA
TURIN
VERCELLI
VIGEVANO
PAVIA
NOVARA
BIELLA
BUSTO ARSIZIO
MONZA
MILAN
COMO
LECCO
VARESE
BERGAMO
BRESCIA
LAGO MAGGIORE
LAGO DE COMO
LAGO DE GARDA
LAGO DE ISEO
MAR MEDITERRANEO
AREZZO



INDICE ALFABETICO

En este índice único, no exhaustivo por exigencias de espacio y de real utilidad, se hallarán sólo pistas iniciales, no desarrollos articulados de cada tema. En principio se ha dado preferencia a los nombres propios, y especialmente de autores.

1. Los títulos de *impresos* (libros, folletos, periódicos: de DB o de otros) van en *cursiva,* como asimismo las páginas especialmente dedicadas a un tema de cierta importancia. Cuando el título es genérico en su principio, se entra por la voz más característica del mismo. Las *vidas de papas* o santos de los primeros siglos se indican globalmente, es decir, se prescinde de los nombres individuales.

2. Las *personas* van con el nombre de pila o del cargo.

3. Se prescinde de los *nombres de lugar* que tienen una relación muy remota con DB o Domingo Savio.

4. Para los *conceptos* se prefieren las voces más concretas, que son relacionadas con las afines por medio de la sigla *cf.* Así, mientras *papa* indica el oficio en general, las audiencias y otras actuaciones determinadas están bajo los nombres de Pío IX y León XIII, etc.

5. Para simplificar:

a) No indicaremos el número de veces que determinado concepto se halla en la página mencionada (puede estar una o varias veces).

b) *s* significa sólo la página inmediatamente siguiente.

c) El guión entre dos páginas (45-53, p.ej.) indica que el concepto se halla no sólo en las páginas extremas, sino en todas (o casi todas) las intermedias.

d) *San* se conserva como principio en los nombres de población. Los santos del siglo pasado entran por el apellido; los demás, por el nombre. Las iglesias se colocan por el título: Francisco de Asís, Francisco de Sales, Auxiliadora, Corazón de Jesús, Juan Evangelista...

e) Por su presencia muy frecuente no se registran las voces siguientes: actividad, adolescentes, Dios, educación, Italia, jóvenes, Juan Bosco (san), Pablo (san), religión, Turín.

f) Se colocan en *cursiva* las páginas especialmente dedicadas a un tema de cierta importancia.

Abandonados XIII 23s 223 226 343 358 413s 416 419s 422 436 438 471 478 546s 575s 624 633 667 727 732.
Abbondioli, teólogo 454.
Abreviaturas 17.
Accornero, Arquímedes 62.
Acireale 54.
Acqui 38 41 48 51 55 636 685 694-696 705 729.
Afilador 114 320.
Agregación de HMA 684 689 705s.
Agricultor 22 348 358-360 396; — escuelas agrícolas 622.
Aguinaldo espiritual 32 36s 41.
Agustín, san 58 128 195 308 432 440 465 521s 536 584 643 646 663 700 732 742 799.
Aime, Antonio 50.
Aix 53.
Alasonatti, Víctor 30 35 39 259 332 335 634-636.
Alassio 43-50 53 60-62 371 695 777.
Alba 37 40 42.
Albano 49s 129.
Albenga 45 48.
Albera, Pablo 33s 37 39 42 44 51 61 636.
Alberdi, Ramón 14.
Albert, Federico 39.
Albertotti, doctor 59.
Alcántara, Felipe 128.
Alegría 22 73 84 86 88 91 98s 103 105s *115-117* 125s 135 145s 149 156s 164 166 169-172 178 186 200 204 206s 219 229 252 256 261s 269 273 297s 300 *302s* 315s 319s 327-329 331 339 343 368s 392 402 430 442 505 508 *512* 521 524s 613 620 652s 699 701 722 747.
Alessandria 25 46.
Alfiano 23 396.
Alfonso M.ª de Ligorio, san 78 86 412 414 504 516 646-648 721.
Alimonda, cardenal 54s 57 59-66 638 748.
Almagro 52 64 778.
Almanaque 34s.
Alpes 268.
Allamano, Iluminado 24.
Allora, Alejandro 121 140 142 144.
Amabilidad XXVIII 73 76-78 80s 84 90 93 107 123 141 143 150 160s 186 213 235 279 353 358 363 388 393 407 414s 503 550 561 596 610. Cf. *Mansedumbre.*
Amadei, Angel 12s 549.
Amadeo de Saboya 39 751.
Ambrosio, san 646.
América 42 59 686 705 734 776 780 782.
Amico della Gioventù, L' 27 790.
Amistad 73 100s 108 116 136 165 *185-193* 223 225 233s 265 321-323 364 370 373 377 395 415 418 722 739.
Amor filial 131 197s 203 260s 276s 299 320 325 331 355 360 455 740.
Ana, santa: sermón *23*; — fiesta 418; — Religiosas 46 688.
Ancona 50 468.
Andiamo compagni 28 64.
Aneiros, León Federico 50 741.
Anfossi, Juan 30 124 154 201 416 635.
Angel 92 135 158 166 169 173 176 200 204 *228* 250 266 283s 335s 719; — custodio 25 91 138 173 278 720. Cf. *Oratorio del Angel Custodio.*
Angela Mérici, santa 718.
Angelina... devoción a María 35.
Angelina o la huérfana de los Apeninos 43.
Anglesio, Luis 55.
Anselmo, san 651.
Antibes 58 60.
Antiguos alumnos 32 43 49 51 54s 59s 62s 161 612s 617s *739-748.*
Antología 5 13.
Antonelli, cardenal 42 46 459.
Antonelliana, torre 49.
Antonucci, cardenal 27 459 468s.
Aparición 23 36 56 66 74 108s 122 173 217s 402s. Cf. *Bilocación, Sueño.*
Aparición... La Salette 45.
Apologética 4 5 788; — obras apologéticas XXI 28-45. Cf. *Protestante, Valdense.*
Aporti, Ferrando 27 452 559.
Apóstata 30 35s.
Apostolado de la Oración 38.
Aprendiz 26 29 67s. Cf. *Artesano.*
Apuntes históricos sobre la Congregación de SFSales 47.
Aramengo 23.
Arca de la alianza, El 54 750.
Arcade romano 46 49.
Archivo general salesiano 9 11 344 499 595 597 634 688.
Arezzo 64.
Argelia 43 59.
Argentera 115 118 127 268 273 287 298 337.
Argentina 39s 47-50 53 59 65 734 777 780 782.
Aticcia 49.
Ariccio, don 114 227.
Armonía, L' 27 30s 34 472 488.
Arnaud, Jacinto 465 491.
Arpa católica, El. Colección de cantos 58.
Arquitecto 45 477 751.

Artesano 49 64 114 121 396 463 470 501s 621-627 632. Cf. *Aprendiz, Formación profesional, Taller* y cada especialidad.
Artico, Felipe 30.
Artiglia, alumno 30 122 633.
Arzobispo de Turín y la Congregación salesiana, El 50s.
Ascética 73 *641-666 732-738* 771 791. Cf. *El joven cristiano*, plan de vida, virtudes.
Asistencia 563 565 570s 592 615-617. Cf. *Sistema preventivo.*
Asociación de buenas obras 48 729.
Asociación de Católicos (de Barcelona) 63.
Asociación de devotos de María Auxiliadora 43 749 756s *759-775.*
Asti 30 741.
Asunción, Hermanitas de la 58.
Atentados 26-28 30 55s 463 488-495 800. Cf. *Gris.*
Aubagne 55.
Aubry, José 10 13 640 731.
Audisio, Guillermo 435; — Casa Audisio 38.
Auffray, Agustín 13 731.
Australia 47 734 777 782.
Austria 46 59 468s 610.
Autobiografía 3 71s; — *Memorias del Oratorio 341-495.*
Auxiliadora 3 34-37 40-44 47 49-51 54-57 63s 619s 691s 701 714 737 *749-775* 779; — iglesia de 21 24 30 35 37-42 44 61 67 114 422s 448 632 745 *750-752* 756 759 768 771 773 777 782; — bendición, novena, medalla 756s.
Avigliana 23 393.
Avignon 58.
Avisos a las jóvenes 32.
Avisos a los católicos 28 30 485.

Bahía Blanca 778.
Baile 22 399.
Ballesio, Jacinto 122s 173 179 187.
Banaudi, Pedro 22s 372 375.
Banda musical 31 38 64 741.
Barberis, Julio 35 44s 47s 65 422 450 558 569 757 776.
Barbero 26 407.
Barcelona 10 14 50 58s *62s* 622 756.
Bardella 23 122 348 389.
Bardessono, Maximiliano 45.
Bardi, César 43.
Bargellini, Pedro 14.
Bargoni, M. 14.
Baricco, Pedro 452.
Barolo, marquesa de 24s 36 38 420s 425-427 *438* 469 632 688. Cf. *Refugio.*
Bartolini, cardenal 55.
Bartolomé, san 23 396 398.
Barrera, padre XIV 477.
Bastasi, Umberto 743.
Beatificación 30 40 *66-68* 122 127 686 688.
Beauvoir, José 779.
Beca 371 392 403.
Becchi, I 20-47 51s 62 66 68 121 146 155 204 343 *348s* 359 388 408 421 457.
Belmonte, Domingo 37 43.
Beltrandi, Antonio 322.
Bellamy, Carlos 59.
Bellezza, casa 30 39 59 444 474 476.
Bellia, Santiago 27-29 473 633 741.
Bendición papal 103 205 209 260s 336.
Benedicto XIV 132.
Berardi, cardenal 42 45 47s.
Bérgamo 34s 40.
Berlaita, Santiago 35.
Bernardo, san 541 646 649s 654 761.
Bert, Amadeo 486; — Manuel 59.
Bertetto, Domingo 758.
Bertineti, Carlos 379 387.
Berto, Joaquín 46-49 51 58 341 344 376 557 595.
Berulle, cardenal 568.
Besucco, Francisco 13 *37-39* 48 69 73 *113-119* 127 *267-340* 619 790 801.
Bianco, Enzo 13.
Bianco de Barbania, barón 52.
Bianchi, Ramón 637.
Biblia 85 193 760s 798.
Bibliofilo cattolico, Il 11. Cf. *Boletín Salesiano.*
Bibliografía *11-15* 21 74 127 344 352 502 504 560 597 611 623 639 731 743 757s 780 794.
Biblioteca de la juventud italiana 42 44 *791* 795.
Biella 29 37 431 477s 485.
Bilio, cardenal 50 52.
Bilocación 36s 52 62.
Bini, padre 405s.
Biografía XXII 3 11-13 19-68 69 71 113 *117-122* 504.
Biografías de los salesianos fallecidos en 1880 XIV XXI 57; — *en 1881* 58; — *en 1882* 59; — *en 1883-84* 62. Cf. *Lecturas amenas...*
Biographie du jeune Louis Fleury Antoine Colle 58 71.
Bizzarri, cardenal 637.
Blachier, Federico 477.
Blain, Miguel 54.
Blanch, Elisa 63.
Blanchard, comerciante 23 67; — abogado 60 376; — pedagogo 559.
Blanchi, José 461 480.
Blangino, José 37.
Blasfemia 158 161 248s 349s 371 594.
Bodrato, Francisco 39 778.

Boletín Salesiano 11 50s 53 62 65 341 697 730 736 742 801.
Bolonia 39-41 46s 53 57 60.
Boncompagni, Carlos 452.
Bonelli, Juan 43.
Bonetti, Juan 13 32 41 43 51-57 59 122s 149 155 187 376 442 635s 686 688 697 701 742 791 793.
Bongiovanni, C. José 31 37 42 127 169 *184* 187 635.
Bonomelli, Jeremías 471.
Bonzanino, José 28 121 150 464.
Borel, Juan 23 25 27 42 46 403s 406s 420 424 427 431 433s 437 439 443s 454 462s 473.
Borgo Cornalese 39.
Borgo Dora 29 432 465 478.
Borgo San Martino 43s 48-51 55 58s 695.
Bosco, Antonio 21s 27 346 351 358-361 363; — Eulalia 686 698s; — Clementina y Rosina 698; — Francisco 14 21 346; — Henri 14; — José 21s 37 346 698; — Juan, profesor 23 388.
Bosco de Ruffino, conde 154.
Bossuet 559.
Boves 38.
Braia, Pablo 22 369s 372.
Braido, Pedro XVI 9 11 13 127 499 502 545 560 569-571 595 597 609-611 623 639.
Branda, Juan 62s 173.
Brasil 58 62 64 68 780.
Brescia 39.
Breve noticia sobre el fin de la P. S. Salesiana 57 62.
Bricherasio 41.
Brina, Juan 409-411.
Brocardo, Pedro 11.
Brosio, José 24 27.
Buenas Noches XIX 461 463s 499 564.
Buenaventura, san 59 651s.
Buenos Aires 48 50 52 622 693 741 777-779.
Burdeos 49.
Burdeus, Amadeo 731.
Burzio, José 24 72; — canónigo 381 387.
Bustillo, Basilio 345.
Buttigliera d'Asti 22 32 35 197 356s 359 398 419 494.
Buzzetti, Carlos 24 32 44 418 751; — José 27-29 417 465 488 491 613 633.

Cafasso, José, san 12 22 24 28s 33-35 65 67 71 *130* 136 235 361s 382 392 395 402 405-407 411-413 418-420 439 456 481 568 776.
Café 23 375 740.
Cagliero, Juan XV XXXII 29-31 36-38 41 44 46 54 58-61 64s 123 125 137 149 168s 173 175 179s 184 196 201 204 206 596 633 635 686 688s 696-698 750s 766-779; — José 685 693.
Cairoli, ministro 56.
Calabiana, Mons. 62.
Calandra, G XVIII.
Calò-Carducci, familia 52.
Calosso, Juan 22 *357-363* 367 407.
Calumnia 144.
Callegari, Teresa 66.
Callori, conde 41 45.
Cambiano 33.
Camogli 57.
Campana 25 29 42 63.
Campidoglio 67.
Cannes 51 56-58 62.
Canonización 67 122 686.
Canto 24 26 30 54 58 99 103 122 237 266 269 284 338 364 417 435 613 625; Pueri Cantores 122.
Cantú, César 51.
Capetti, Giselda 9 684 687 689s.
Capítulo General SDB XIII 499 569 672; — I XXI XXVI 50s 53 569; — II 55 58; — III XXXI 59; — IV 63-65 501 621-627; — XX (especial) 639s; — HMA 47 55s 65 687 701 704 713.
Capriglio 21s 363 396.
Capuchinos, iglesia 25 431 472.
Carácter 123 131 141 145 162 166 177 226s 269 353 388.
Caramagna 41.
Cárcel 24 31 34 413 416 418s 436 438 453.
Caridad 89s 106 117 123s 129 144 154s 165 168 172 178s 181 184 193 201 245 274 314 321 323 325s 331 376 412 439 555 563 611 614 656-659 692s 701 703 724s 787. Cf. *Amabilidad.*
Carlos «resucitado» 27.
Carlos Borromeo, san 567.
Carlos Alberto 25-27 29 33 448s 463.
Carmagnola 115 224 227 265.
Carnaval 26 31 35.
Carpano, Jacinto 28 444 458s 462.
Carpintería 32 396 622.
Carraglio 31.
Casa (comunidad religiosa local) 677 712 718.
Casa de la fortuna, La 38s.
Casa del Oratorio (Casa Madre de Turín) 3 19 21 25s 29 31s 35s 38s 42 *113s* 121 148s 203s 213s 226 236 250 262 265 277 *294s* 297-300 321 336 343 423 429 448 481-484.
Casaglia, Luisa 40.
Casale 57 59 485 636.
Casalegno, Bernardo 36.
Casalis, diccionario 143.

Casati, ley 31 33. Cf. *Escuelas.*
Casazza-Riccardi, marquesa 475.
Caselle, Segundo 14.
Caselle 52 54 69.
Casellette 36.
Castano, Luis 14.
Castel Lentini, marquesa de 54.
Castelnuovo 21-24 27 29 32 34 66s 121s 130s 137 140 143 197 204 251 290s *348* 353 356 359 361 363 368 382 388 392 396 407s 464. Cf. *Murialdo, Becchi.*
Castellano, Luis 34.
Castidad (pureza, modestia...) 60 77 89 99 110s 116 125 138 140 149 163 166s 176 179 184 235 242-244 390s 399 408 516 *525-528* 551-553 587s 594 607 617 655s 671 718-720 722. Cf. conversaciones.
Castiglia 60.
Castigos XV 58 501 *566 595-608* 617. Cf. *Sistema preventivo.*
Catalá, obispo 63.
Catania 55 58.
Catalina de Mattei de Racconigi, beata 37.
Catecismo XVI 20s 24 26 28s 32 83 90 135 159-161 163 184 275 288 310 323 350 353 355s 369s 377-379 388 396 409 415-417 436 445 450s 463 505 516 735.
Católico en sus prácticas de piedad, El 42.
Católico instruido, El = El católico en el siglo 30 486 490.
Caverot, Mons. 59.
Caviglia, Alberto XX XXIX *13s* 74 116 123-127 132 140 154 168 173 187 192s 200 374 397.
Cavour, Benso de 25 435s 448-450; — Camilo 26 29 34s 459; — Gustavo 26 29 459 468.
Cays, Carlos 31 36 41 50-52 55 58 166 483s.
Caza 399.
Ceccarelli, Pedro 48 54.
Celo apostólico XX 42 50 60 77 116s 124s 147 150s 157-169 188 246-251 255 275 289 310 312 369 408 490 547s 612-620 659 742 793s.
Centenario de san Pedro, El 41s.
Centro de estudios Don Bosco 9 11.
Ceria, Eugenio 12-14 116 123 126s 344s 352 471 499 557 595 623 635 639 731 740.
Cerruti, Francisco 32 39s 122 149 165 169 174 187 204 635s.
Ciego 25 60 66.
Cima, Vicente 22 366.
Cine 67.
Cinzano, Antonio 23 27 34 41 253 389 392 406.
Cinzano 23s 76 80s 92s 372 400 419.
Cirilo, san 647.
Civitavecchia 33.
Clara, santa 647.
Clases de beneficencia del Oratorio de SFSales de Turín, Las 54.
Clásicos 23 41 62 65 81 385s.
Clément, Adela 52.
Coadjutor salesiano 49 59 552 623 627 639.
Cochi, Juan 469.
Cochero 24 28.
Colección de cantos para uso de las misiones 54.
Colección de hechos curiosos 31 490.
Colegio, ambiente de 113 115s 118s 123 126 130 370 387.
Colegio Eclesiástico 24 34 71s 161 343 407 *411-414* 419 776.
Cólera morbo 30s 121 155 197 387.
Colombia 50 64s 68.
Colombo, Sixto 391.
Colomiatti, Manuel 57.
Coloquios sobre la vida salesiana 15 640 726 729 731.
Columnas, sueño 36 750.
Colle, condes 56-61 65 71 74.
Colle Don Bosco 348. Cf. *Becchi.*
Combal, doctor 60 63.
Comboni, Daniel 38 776.
Comillas, casa 63.
Comollo, Luis 13 23-25 *71-111* 113 127 181 371-374 387 393 395 *399-403* 406 504s 513 515 619; — José 80s 372 387 400 419.
Compañerismo 140 143s 149 152-154 164s 203 205 213 240 245 254 263.
Compañero 102 138 140 147 229 238 244 251 276 364 367s 393 519s 586s.
Compañías piadosas 26 31-33 121s 125 180 185 187 191s 205 458 553 567.
Comunidad 15 656-659 665 668 685 727. Cf. *Casa.*
Concepción (Chile) 49 64.
Conceptinos, religiosos 49s.
Conciencias, lee en las 27s 35 37 46 48s 52 62.
Concilios generales de la Iglesia católica, Los 43.
Conferencias de SV de Paúl 28 32 63 481.
Confesión 24s 27 31 33 35s 42-44 47-49 57s 60s 64s 78 99 115s 134 136 148 152 164 170s 182 188 208 219s 225 *230-236* 240 249s 258 278-281 306-308 329 348 356 370 377 406 419 424 446 450 454 553s 580 618s 717 741 746.
Confianza XV 106 145 193 204 233-235 306 343 355 363 459 586 614-619 669 755. Cf. *Confesión, Director, Oración.*
Confirmación 22 26 41 52 459.
Confortola, Faustino 56.

Congregación de Obispos y Regulares. Sobre la aprobación de las Constituciones; consulta sobre una congregación particular 47.
Consejo generalicio 675-679 683 709-712; — local 678s 713.
Consolata 26 407 434 455 466 482.
Consolini, cardenal 60.
Constitución italiana 463.
Constituciones SDB XXI 33s 38 46-48 51 343 555 *631-683* 688 800; — HMA 48 53 587-590 685 694-696 700s *705-725*.
Contratiempos 28-30 32s 36 45s 48 50-52 55-62 64 343 361 365 411 428 472s 480 482 485.
Conversaciones (moralidad) 77 82 84 87 89 162 177 179 248 275 282 284 293s 303 316 356 370s 387 393 *519-522* 528.
Conversaciones entre un abogado... 31.
Conversión de un valdense 31.
Cooperadores salesianos 4 15 47-49 51-57 59-61 63s 343 451 625 *726-738*.
Cooperadores salesianos o modo de favorecer las buenas costumbres 49 729 *732-738*.
Cooperativas 67.
Coppée, Francisco 14.
Corazón de Jesús, templo del 35 52 54-57 60-62 64s.
Coriasco, casa 29 46.
Corio 27.
Corona de los siete dolores de María 45 749.
Corrección 41 143 175 189 228 247 334 395 566 *595-608*.
Corsi, cardenal 34 36 39; — condesa XVII 45.
Costamagna, Santiago XV 33 42 51 56 64 596 685 688s 694-696 778.
Costigliole 45 51.
Cotta, José Antonio 34 42 476s 751.
Cottino, Francisco 22.
Cottolengo, José, san 24 40 55; — institución 29 32 425 438 453 493; — calle 38 197 421.
Coucarda, León 53.
Cravosio, familia 33 66.
Cremona 40 471.
Crimea 32 741.
Crispi, ministro 52.
Crispolti, F 14.
Cristiano guiado a la virtud, El 27.
Crivelle 23 398.
Cronología: — vida y obra de DB *19-68* 343s 359; — Domingo Savio *119-122*; — escritos seleccionados 6.
Croserio, Augusto 39 43.
Crucifijo 29 103 105 127 152 209 243 262 287 334 336 699s.
Cucaña 22.
Cuers 57.
Cuestión rosminiana y el arzobispo de Turín, La 53.
Cugliero, José 114 121 143s 155.
Cumiana 41.
Cumino, Tomás 23 380-382.
Cúneo 38s 45s 268 299 636.
Cúnico 61.
Curación 24s 30 34 37-44 47s 50 52s 55-67 85 110 637.
Czartoryski, príncipe Augusto y familia 58-63.

Chambord, conde de 59.
Cherasco 43s.
Chiacchio Bruno, Jerónimo 267.
Chiala, César 47 49 780.
Chiapale, Luis 635.
Chiatellino, Miguel Angel 466.
Chiaves, teólogo 458.
Chierí 14 22s 32 35s 52-55 67 72-75 87 106s 113 181 251 343 357 365 369s 375s 379s 387 392 394 407 457 466 468 568 692 698.
Chiesa, Mons. 60.
Chile 45 49 64s 780.
China 734 782.
Chiusa de Pesio 45.
Chiuso, Tomás 66.

Daghero, Catalina 56 686 696s.
Dalmazzo, Francisco 35 42 54s 57s.
Danna, C. XV XVI.
Dassano, Bartolomé 22 388.
Dasso, Alejandro 55.
Davico, Modesto 34.
D'Azeglio Roberto 26 470s.
De Ambrogio, Carlos 13.
Deambrogio, Luis 14.
De Angelis, cardenal 40.
De Barruel, Camilo 71.
Deber 80s 86 123 126 129 141 147 153s 160 181 186 200 204 229 238-240 256 304s 317 333 366 392. Cf. *Estudio, Lo ordinario, Voluntad de Dios*.
Decretum laudis 38 636 727.
De Chopitea, Dorotea 58 62 730s.
De Gaudenzi, Pedro 459 473s.
Delicati, Pío 41.
De Lorenzo, Carlos 43.
De Lucca, cardenal 637.
De Maistre, conde 33 39s 59.
Demonio 36 41 50 55 58 61-63 98 176 203 232 250 311 380s 522 524.
De Montigny, conde 61.
Depretis, ministro 49 53.
De Romelley, Matilde 44.
Desafío 23 121 150-154 383-385.
De Societate SFSalesii brevis notitia 46.
D'Espiney, Carlos 53 55 60 495.
Desramaut, Francisco 10-13 74 342 344 640 726.

Deudas 5 57 59s 65 483.
Diálogo 4 5 15 45 146 155 220 230s 302 308s 314 328-331 550-556. Cf. *Director espiritual.*
Diálogo sobre la institución del jubileo 39.
Díaz, Manuel 570.
Dietrich, T. 623.
Dijon 59.
Dimisorias 39 43-45 637s.
Director espiritual 32 79 82s 97 111 124 126 145 147 155 157 170 175 196 204 220 230 233 306 342s 358s 386 411. Cf. *Confesión.*
Director SDB 500 607 661-663 677s 683 736; — consejos al 64 *548-556;* — fiesta del 27 39 47 60 62 64 157 669 740.
Directora HMA 712s 725.
Disputa entre un abogado... 30.
Dôle 59.
Dominici, M. Enriqueta, beata 688.
Dorotea, modelo de virtud 32.
Dupanloup, Mons. 50.
Dupré, José 452 466 481 483.
Durando Celestino 32 39 122 149 635s 791.
Dusmet, Mons. 58.

Ecuador 64s 780.
Editor 30 36 42 44 50 67 *788-802.*
Educación familiar 115 118 126 160 269 278 311 331 348s 356.
Educación y religión XIV 306 370 471 500 505s 547 563s 575 624s 635 667 707 747s.
Egaña, Eladio 14.
Ejemplaridad 67 73 75 81-85 87 90 95 105 107s 111 117 125 129s 136s 140-147 150 154s 171 181 206 213s 216s 219 223 254 264s 266 268 274 302s 305 314 323 327 329 337 368 408 465s 515. Cf. *Madurez.*
Ejercicios espirituales 20 23-49 54 60 63 65 67 81 95 189 240 364 367 402s 406 464s 543 660 667 680-682 693 722; — de la buena muerte: Cf. *Retiro.*
Ejército 32 41.
Elección de alumnos 39 122.
Elencus privilegiorum 65.
Elogio fúnebre 34 71.
Emigración 114 343 777s 783.
Emilio (de Rousseau) 120.
Encuadernación 30 61 622.
Enfermedad 23 25 35 38 45 49s 53s 59-65 109 168 174 186 191 202 206s 214 246 257 326s 403 453-456 536 699 724 737.
Enria, Pedro 31.
Entraigas, Raúl 780.
Episodios amenos contemporáneos 39.
Epistolario XII XV XVII XXIII XXIV XXVI XXVII XXVIII XXXI XXXII 5 7 13 18 28-65 (al fin de cada año) 72 117 154s 190-193 318-325 499 548 595 597s 611 688 690 692-698 795 797.
Equitación 22 24 204 409.
Escándalo 41 162s 165s 329 521s 536s 576 683.
Escapulario 122 198.
Escolapio 40.
Escritor XIII XVI XVIII XIX XX 5-8 19s 71s 74 117 342s 453 788s.
Escrúpulos 120 232s 738.
Escuelas XVI 25 29 31-33 36-38 40 52-57 431 433 450-453 457s 464 473 483; — nocturnas 431 433 450-453 457s 473; — profesionales *621-627.* Cf. *Formación, Estudio.*
Escuelas Cristianas, Hermanos 24s 61 433 454 559 621.
España 56 59 63 65 67 751; — lengua española 790s.
Espinosa, Antonio 47 778.
Espíritu salesiano XIV XV XXVII 11s 14 72s 506 596s 620 638 687 641 730 739 778.
Espoleto 36 750.
Estadísticas 14 19 49 119 622 639 730 780 790-792. Al fin de cada año: de internos 26-37, de salesianos 33-65, de cartas 28-65.
Estados Unidos 777.
Estanislao de Kostka, san 126 515 647.
Este (población) 52s 56.
Estilo literario XXII XXIX 5 7 75 117s 120 128 143 148 342s 397 405 445 452 575s 789. Cf. *Historia, Romanticismo.*
Estudio 80-82 86s 90 94 116 137 141s 150 153 155 201 214s 228 238 273s 282 297 300 302-305 322 324s 348 358 360 363 365 385s 394 404-406 582-584 680.
Eucaristía (comunión, misa, Stmo. Sacramento) 22 24 26 30 36 68 78 84 88 100 107 116 122 134-137 142 148s 167 170-173 180s 184 188 200 241s 293 296 308-311 319 355s 393s 402 428 487 750 757 771s 982s. Cf. *Viático, Visita.*
Evreux 65.
Excmo. Consejero de Estado 57.
Excursión XIX 14 25s 33-35 37s 145s 375 433-435 684.
Exposición a la S. Sede del estado moral y material de la P. S. Salesiana 54.
Exposición del Sac. Juan Bosco a los Emmos... Congreg. del Concilio 57.
Exposición Nacional de Turín 60s 792s 795-797.
Expulsión 45 143 551.

Extasis 47 53 65 84 171 193-195 198s 334s.
Extremaunción 37 65 103 122 209 260 331-333 455.
Eysautier, lugarteniente 295 301 321 334.

Fabre, Alejandro 739 742.
Faenza 50 57 59-61.
Fagnano, José 37 42 59 778s.
Fama de santidad 27-67 217 220 471 478.
Familia de mártires, Una 36.
Familiaridad 60 342 363; — sueño (carta de Roma 1884) 500s 609-620.
Familia salesiana 3 4 14s 67 342 731 739 780 791.
Farina, Rafael XVI 9 11s.
Farini, ministro 28 34.
Fascie, Bartolomé 502 560.
Fassati, marqués XXIV 31 37 39 46 481 483.
Fassio, Gabriel 29 128s 266 479s.
Favale, Agustín 776 780.
Favini, Guido 10 12 14 19 731.
Favores y gracias espirituales de la S.Sede a la P.S.Salesiana 57 65.
Fe 49 89 94s 106 138 168 193 663 754 757.
Felipe Neri, san 42 243 512 563s 578 647.
Fénelon 559 596s.
Fenestrelle 28 42.
Fermo 40.
Ferraris, Antonio 39.
Ferré, Mons. 55.
Ferrieri, cardenal 50 52 60 638.
Festa, José 21; — clérigo 62 699.
Ficcanaso, Il 45.
Fierro, Rodolfo 13s 352 502 690.
Filippi, prado 25 34 433-435 437 441.
Fin del hombre, meditación 530-532.
Fiorito, José 109.
Fissore, doctor 60.
Flandrin, señora 56.
Fleury, Claudio 405 559.
Florencia 39s 42-44 46s 50 53 55-57 64.
Foglio, Ernesto 12.
Foglizzo 65.
Forlí 40.
Formación profesional 49 52 63 67 343 *621-627* 778; — permanente 11.
Fossano 35 45.
Fourier, Carlos 621.
Francés 33 41 50 53 65 71 406 790s.
Francesia 14 29-31 36 39s 43 121 124 149 165 169 173 180 201 206 220 238 264 376 633-636 684 791.
Francia 50 53-56 59 61 610 622 705 756 776.
Franciscanos 23 43 59 386-388.
Francisco de Asís, san: iglesia 24 34 343 407 414 417 420 427; — tercera orden 726.
Francisco de Sales, san: fiesta 20 54 59 595 718 737s; — iglesia 29 33 114 343 422 476-481 483; — virtudes 147 408 *425s* 504s 516 544 578 603 620 645 661s 671 703 721 746. Cf. *Oratorio*.
Francisco Javier, san 647.
Francisco José I 46.
Franchini, Juan 53.
Franchino, alumno 57.
Fransoni, Luis 22-26 28 34 36 392 425 427 436 439 444 456 *458-460* 463 465 471 485 632s 635s.
Frassinetti, José 684 689.
Fréjus 51 53s 60.
Freppel, Mons. 59.
Froshdorf 59.
Fuerza de la buena educación (Pedro o) La 31 71 74.
Fundador XIII XVII XXII 34 37 43s 464s 549 *629-802*. Cf. *Ciudad de cada fundación*.
Fundamentos de la religión católica 45.
Funerales 31 34 66 107 263-266 337.

Gabriel de la Dolorosa, san 126.
Gaeta 27s 468.
Gaiato, Brígida 121 130 197 204.
Galleani d'Agliano, conde 31.
García, Angel 9.
Garelli, Bartolomé 24 414-417 558.
Garessio 66.
Garibaldi, general 56.
Garigliano, Guillermo 22 369s 374 392s 395.
Garino, Juan 41 791.
Garrone, Evasio 52s.
Gastaldi, Lorenzo 20 38 40s 44-48 50-58 60 66s 394 637s; — Margarita 457.
Gastini, Carlos 26-29 34 465 633 740-742.
Gattino, Agustín 29 432 483.
Gaude, cardenal 32 34.
Gavio, Camilo 31 121 128s 185-188 266.
Gazzano, José 371.
Gazzetta del Popolo, La 27; — *Piamontese* 469.
Gazzolo, Juan Bta. 51 777 784.
Generala 31.
Generosidad XXXII 21 29 61 167s 245 361 456s 464 468 470 614 665.
Génova 32s 38s 44s 48-51 53 55-58 622 777.
Gerona 63.
Gheon, Henri 369 495.
Gherna, Jaime 63.
Ghivarello, Carlos 34 635.

Giacomelli, Francisco 23 27 65 393.
Giardiniera, La 30 36 39 444 448 476. Cf. *Bellezza, casa.*
Giarole 38.
Giaveno 29 34s 37 66 635.
Gimnasia, atletismo, fuerza 39 42 354s 373s 383-385 518. Cf. *Juego.*
Gioberti, ministro 27.
Giovannini, Luis 794.
Giraudi, Fidel 21 349 404.
Giusiana, Jacinto 22 371 407.
Golzio, Félix 395 412-414.
Gonella, Marcos XXXII 251s 453.
Gozzano 39.
Gracia de Dios 223 269 271 276 291 331 505 509 524 527 618 642s 645 704. Cf. *Angel, Caridad, Pecado, Santidad.*
Granada, fray Luis de 642.
Gratitud 64 146 251s 270 295 297 299 301 319 321 324 328s 334 407 740 784.
Gregorio Magno, san 525 599 652.
Gregorio Nacianceno, san 643.
Gregorio XVI 24.
Grenoble 63.
Griego 23 62 405.
Grignaschi, Antonio 31.
Grimaldi, Enriqueta 66.
Gris, el 29 31 40 44 58 343 *492-495.*
Guala, Luis 24 392 412s 418 420 568.
Guanella, Luis, beato 47 64.
Guardias municipales 25 55 449s.
Guastalla 40 42.
Gurgo, Segundo 31.

Habert, Luis 643.
Hábito 683 723s. Cf. *Sotana.*
Hambre 347 376 460 682.
Harmel, León 65.
Hebreo 406 463. Cf. *Jonás.*
Hechos amenos de la vida de Pío IX 45.
Hechos contemporáneos 30.
Heroísmo 125 128 132 140 144 150-154 223 236 244s 682.
Herrero 22 37 114 130 133. Cf. *Mecánica.*
Hertling, L. 127.
Hijas de María Auxiliadora 4 37 39s 42 44-49 51-56 62 123 343 *684-725* 729 755 778s 780.
Historia XVIII XXI 73 75s 81 92 117 120 128 134 142 148 150 173 179 224 267 300 338 405 639.
Historia: — de Italia 31s 801; — *eclesiástica* 13 25 46; — *sagrada* XXIX 13 26s 31 445 452.
Horario 444-447 473 716s.
Huérfano 30s 114 184 226s 346s 415 460 576. Cf. *Abandonados.*
Hugo, Víctor 58 61.
Humildad 87 128 144 154 179 188 195s 239 245 252 264 282 302 315 324 350s 361 386 411 652 722s. Cf. *Obediencia.*
Humor 5 65 91 104 156 162 193 205 230 256 512. Cf. *Alegría.*
Huysmans, Jovis Carlos 14.
Hyères 53s.

Iglesia 5 28 34 471 750 753s 758. Cf. *Papa;* — edificios terminados por DB 25 29 42 58 64. Cf. título concreto: *Francisco, Auxiliadora, Corazón de Jesús...*
Iglesia católica y su jerarquía, La 43.
Ignacio de Loyola, san 799.
Ilusionismo, juegos de manos, prestidigitación 23 67 354 380-382.
Imitación de Cristo, La 23 190s 405 516 721.
Imprenta 35s 42 44s 51 57 60 622s *791-794.*
Inauguración 49s 557.
Inauguración del Patronato de San Pedro en Nice 51.
Incendio 44 55 61.
Independencia de DB 27 29 42 45 50 633.
Indice, Congregación del 41.
India 782.
Indios: Argentina S. 779.
Indulgencias 24 28 31 36 41s 48 51 205 209 458 738 769 772.
Infancia espiritual 662.
Infierno 41 72 95 98 177 249 278 283 449 516 524 *538-541.*
Inglaterra 159 195 199 205 560 564.
Inmaculada 24 31-33 37 121s 124 148s 168 180-184 254s 414-417 426 462 689 706 718 720 750; — Hijos de la 684s.
Inocencia 96 111 191 210 213 283 292 306 308 336 511 522 540 651.
Inocencio XI 763 766s.
Inspección 37 39 43s 47 51 55 482.
Inspectorías 53 55s 573s 677.
Inteligencia 5 81 133 141s 143 146 150 153 200s 214s 227 238 246-248 256 274.
Intercesión 110 127 217s 264 266 337-339.
Internos 19 26-39 43 113s 121s 294 300 343 460 462s 468 477 483 557 624 632.
Inundación 39.
Italiano, idioma 34 359 363.
Ivrea 29 32 41 55 485 636 790.

Jacobini, cardenal 55 60.
Jaculatoria 158 211 242 311 313 332s 681.

Jansenismo 412s.
Jefe 224-226 230 364 369 371 395 430.
Jerarquía 5 28s 38 199 299 437 706 735 753 790. Cf. *Papa, Obispo* y nombres concretos.
Jerónimo, san 523 645s 652.
Jesuita 23 34 43 55 63 83 369 405.
Jesús 103 125 129 136 144 148 152 157s 171s 174 178 203s 207s 211s 234 255 326 330 335 349 648 653 659 667 694 724s. Cf. *Eucaristía, Sacramentos.*
Joergensen, Juan 14.
Jonés 23 377-379.
José, san 33 41 46 305 671 718 720; — de Egipto 290.
José de Calasanz, san 621.
Joven cristiano, El XXVII 26 157 169s 211 453 500 *503-544* 558s 795 801.
Juana Chantal, santa 698.
Juana de Arco, santa 126.
Juan Bautista, Vida de san 42.
Juan Bautista de la Salle, san 559 621.
Juan Crisóstomo, san 580 645s.
Juan Evangelista, san (iglesia) 43-46 50 52-54 57s 64.
Juan XXIII 68 122.
Jubileo, El 31 48; — (tema) 24 28 31 39.
Juego XVI 156 160s 164 166 182 186 228-230 238 245 254 257 300 302s 321 394 424 432 518 529 613. Cf. *Ilusionismo.*
Juicio divino 73 96-98 101 105 256 259 280 535-538.
Juliá, doctor 63.
Justicia = defensa del propio derecho 155 793 795-797. Cf. *Cavour, Gastaldi, Registros.*

Kirby, Mons. 55.
Klein, Juan 19 21 344 359.

Lacqua, José 21 25 348.
Lago, Angel 45.
Lanfranchi Pilenga, Catalina 67.
Lanza, Giovanni 39 44-46.
Lanzo 24-26 29s 32s 36-50 52 54s 64s 122 695.
Lapide, Cornelio a 643.
Lasagna, Luis 63s 778.
La Salette 45.
Latín 22 41 148 150 165 190 294s 359 795.
Lavigerie, cardenal 43 62.
Lavriano 24 409.
Lazzero, José 39 50 620 635.
Lecturas 73 77s 135 181s 191 244 277 286 359 388 390 404s 515s 721 791.
Lecturas amenas y edificantes o biografías salesianas 56.
Lecturas católicas XXI 4 29s 32s 39 41 50s 71 145 181 374 *484-487* 624 632 749 *790* 794s 801.
Lefèbvre Portalis 59.
Legión Tebea, Mártires 421 423.
Lemoyne, Juan Bta. XVI *11s* 14 19 38-40 44s 50 54 59s 62s 65 74 344 351 361 376 388 404 408 416 422 499 610s 684 696 750 793.
León XIII 51-61 64-66 620 638 748; — *biografía* 53.
Leonardo de Puerto Mauricio, san 191.
Lepanto 44 761-763.
Leproso 49 65.
Lerma 38.
Lessone 43.
Levrot, Vicente 63.
Libertad XV 153 166 180 194 197 227s 236 240 317 364 408 419 439 445 472 487s 508 512 524 528 543 556 563 566 626 641.
Libros 38 60 668 788-802; — prohibidos 29. Cf. *Lecturas.*
Lieja 60.
Liguria 54 66 705.
Lila 58.
Limosnas 27 33 37s 43 49 51-55 57s 61 63s 735s 773. Cf. *Beca, Deuda, Subvención.*
Liturgia 91 126. Cf. *Eucaristía, Monaguillo.*
Livorno 33.
Loco 25 30 62 65 431 437-440 633.
Lonigo 39.
Lorenzo Justiniano, san 642.
Lorenzone, Tomás 751s.
Loreto 50 63.
Losana, Juan Pedro 477s.
Louvet, Clara 64.
Lucca 53 55 57.
Luis Beltrán, san 647.
Luis Gonzaga, san 20 25s 30 57 73 83 93 104 111 125s 129 132 134 141 145 166 204 208 213s 221 277 328 372 379 458s 480s 483 503s 512-514 519 521 523 527s 532 553 558 613 671.
Lutero, Martín 646.
Lyón 28 57-59 485 610.

Llave del paraíso, La 32.
Lluvia 38 60 251; — pedrisco 61.

Maccagno, Angela 684.
Maccono, Fernando 685 690.
Madrid 62-64.
Madurez, equilibrio 79-83 86s 92 94 105 124s 134 143 147 171 173 200 204 206 236 238 254 267 286 288 304 313 332 344. Cf. *Ejemplaridad.*
Maestro, Víctor 36.

Magdalena, iglesia 58; — monte 268 283.
Magliano, Sabino 50 53 55 57.
Magnasco, Mons. 51.
Magone, Miguel 13 32s 36 48 69 73 *113-119* 127 129 *223-266* 277 298.
Mainetti, Josefina 697s.
Malan, Antonio 58.
Maloria, José M. 370.
Manacorda, Emiliano 44.
Mansedumbre xv 73 76 123 176 350 373s 408 426 556 601-604 658 696 745s. Cf. *Amabilidad, Sistema preventivo.*
Manzoni, Alejandro 28.
Marassi 44s.
Maravillas de la Madre de Dios... Auxilio... Las 42 749 752-754 768.
Marcellino, Luis 187 635.
Marcolini, Ana 67.
Marchisio, Luis 36; — Segundo 620.
Margotti, Jaime 37 64 752s.
María 30 32 34s 39s 45 53 79s 83-85 88 90-92 99 101 104 116 122 129 136 148s 166-169 174 183 200s 205 208 212 241s 243s 257 259 262 284 286-288 292 295 304 306 312 328 333 335 346 350 362 365 391 396s 417 423 526-528 537 544 686s 721. Cf. *Auxiliadora, Inmaculada, Rosario.*
María Auxiliadora: narración de algunas gracias 48 749s 754.
María de los Angeles, Vida de la beata 39.
María Goretti, santa 126.
Marietti, editor 59.
Marmorito 32 122 185 188.
Marsella 50 52-54 56-68 60-64 495 788.
Martí-Codolar 10 63 65.
Martinelli, cardenal 637.
Martini, Magdalena 693s.
Marx, Carlos 621.
Masonería 28 34 60 778.
Massaglia, Juan 32 121s 128s 185 187-193 266.
Mathi 50 57 62 686 699 792.
Matrimonio 21s 56 64 346 544.
Matta, Lucía Planta Vda. 22 365 367s; — Segundo 21.
Mauricio y Lázaro, Orden de los santos 29.
Maximino 47.
Mazzarello, María Dominga, santa 12 47s 56 123 *684-686* 690 692 696.
Mazzarello, José (biografía) 44.
Mazzucco, Jacinto 33.
Mecánica 37 622. Cf. *Herrero.*
Medalla 56 62s 160 226 237 243 757.
Mediador (DB) 39 46 59 471.
Meditaciones *530-542.*
Melica, José 161 169 187.
Memoria, buena 22 41 62 65 146 366s 376 405.
Memorias biográficas (MB) xvii xxviii xxx 11 *12* 19-21 26 28 30 33 35 39 41 44 47s 50 53 56 58s 61s 66s 74 129 140 149 169 175 180 341 344 349 351s 361 365 374 384 388 404 408 417 422 433 450 458 470 495 500 549s 558 560s 568s 595 597 611 623 631 687 699 727 740-744 753 781 786 792s.
Memorias del Oratorio xiv xvii xxi xxiii 3 4 9 13 40 71 113 *341-495* 499 558.
Menabrea, ministro 42.
Mendicidad Instruida, La 453 466s.
Mendrisio (Cantón Ticino) 50.
Mens nostra 67.
Mercier, María Sofía 62.
Merla, Pedro 441.
Mermillod, Mons. 48.
Mes de mayo, El 33 749 757.
Messina 54.
Midali, Mario 14 731.
Milagro 20 26 28 33 35-38 40-42 47 55 63s 66 193 199 752s. Cf. *Conciencia, Curaciones, Multiplicación, Profecía. Resurrección.*
Milagro del Santísimo Sacramento, El 30.
Milán 26 28 39-41 46s 53 62s.
Milanesio, Domingo 779.
Mirabello 37-43 548.
Misericordia 26-28 42 233 533 783.
Misión de DB 3 15 25 235 345 349-351 365 420 439 509 545-547 667 687 730 744 780; — predicación al pueblo 22 54; — confidencial 25 357.
Misiones 24 30 33 37s 40 42 45 47-49 51-53 55-59 61-65 159 289 343 449 648 706 734 748 755 *776-787.*
Mocquerau, gregorianista 58.
Módena 46s.
Moglia, Luis 22 361 494; — Dorotea 23; — Nicolás 22 365.
Mogliano Véneto 55 58.
Moioli, G. 127.
Molineris, Miguel 20s 120 127 140.
Molino, Anastasia 175 210 212.
Molinos Dora 25 426-429.
Monaco, cardenal 52.
Monaguillo 84 103 134 172 285s 311 529 580; — compañía del Pequeño Clero 33. Cf. *Canto.*
Moncalieri 27 466.
Moncucco 22 40 494.
Mondonio 32s 40 115 121s 142-145 150 159 161 188 191 197s 204 206s 365.
Mondoví 45 636.
Monferrato 14.
Montaldo 23 405.

Montebruno, Francisco 32s.
Montemagno 35-39 46.
Montevideo 59 778.
Montpellier 63 610.
Moral 27 306 308 411 414 419.
Moreno, Luis 29 41 485; — canónigo 477; — José 43; — señora 56.
Moretta, casa 25-28 430-433 451 458 462.
Morgades, obispo 63.
Moriondo 40.
Mornese 37-39 41-49 51s 684s 689 691s 696 705 712.
Moroni, diccionario 37.
Mortificación 79 82s 89s 110 116 137 153 157 166s 174-176 178s 202 210 240 255 261 280s 287 293 312-315 318 326s 358s 395 408 523 525 527s 550 682s 689 702 713 718 720.
Mottura, canónigo 393 692.
Muchedumbre 57 62-64 67 343 470 483.
Muerte 20 27 29 31 33s 36-43 47 56s 59 61s 65 93 96 100s 107 122 136 198 210 254 263 266 333-336 339 361 *533-535* 650; — falso rumor de la muerte de DB 61.
Multiplicación de: — avellanas 54 60 62; — castañas 27; — formas 27 61; — medallas 62; — panecillos 35.
Mundo 389s 398s 631 641-647 656 694 730.
Munich 762 768.
Murello 40.
Murialdo, Leonardo, san 26 61; — Roberto 444.
Murialdo 21s 121 131 134s 137 140s 143s 348s 357 359 371 380 386 396 410s 456 494. Cf. *Becchi, Castelnuovo.*
Murmuración 49 85 87 162 178 248 285 618 657 665 697.
Música 22 43 57 107 434 461s 466 473 480. Cf. *Baile, Banda, Canto.*
Musso, don 458.
Mussolini, Benito 67.
Mutuo socorro 28 481 742.

Nadar 23 138-140 164 173 375s.
Nai, Luis 45.
Nápoles 34 40 55.
Nasi, Luis 440 461 466.
Navarre, La 50-52 54 57s 60.
Negro, Provina 66.
Neive (Alba) 40.
Nelva, casa 55.
Nepote, Cornelio 22 366.
Nevissano 122 348.
Nice 42 47-51 53-56 58 60-62 65 557 622.
Nicotera, ministro 49.
Niel, familia 58,
Nieve 133 142 144 270s 426.
Nina, cardenal 52-55 57s 61 386.
Nizza-Monferrato 44-47 51s 54-56 61s 686 696s 699 702.
Norfolk, duques de 61 64s.
Notitia brevis Societatis SFSalesii 42.
Novara 39 431.
Novela amena de un viejo soldado de Napoleón I 37.
Novelas 71.
Noviciado 35 47-50 52-55 64s 627 637s 676 679s *682s 713-715.*
Nubecilla del Carmelo, La 50s 750 754s.
Nueve días... a la Madre de Dios... Auxilio 44 749.

Obediencia 32 77s 81s 86 131 139 174s 181s 201s 253 272 279 285 289 322 350 356 361 364 423s 428 435 456 505 *513s* 555s 568 585s 652s *669* 697s 701 703 *720-722.* Cf. Director, Directora.
Oberti, Ernesto 61.
Obispo 38 41 48 50 55-57 66 503 635s 672; — DB y nombramientos 40 44-46.
Oblatos de María 466 473 776.
Obra de María Auxiliadora para las vocaciones 48 51 755.
Obras publicadas por DB: catálogos 11. Elenco 24-65 (al fin de cada año). Clasificación XXI 778. Nuestra selección 6.
Obreras, asociaciones 625 791. Cf. *Mutuo socorro.*
Occhiena, Margarita 14 21s 25 28s 32 49 62s 169 351 355 *358-363* 367 388 391 408 *456s* 494 568 760; — Mariana 21 28 32 122 346-348; — Miguel 22.
Ocio 243 317 364 408 518s 523. Cf. *Trabajo, Deber.*
Oddenino, Antonio 53.
O'Donellan, Francisco 62.
Ojos 38 53 60 176 242 527.
Olive, familia 64.
Optimismo 87 116 118 440 782 791s.
Oración (devociones, piedad, prácticas, recogimiento) 15 39 73 76 78 82-85 88 90 93-95 100 103-105 116 125s 131-133 136 141-143 145 157 166 168 180 184 190 215-217 234 236s 253s 263 269-270 278 281-289 292 298s 302 304 311-313 322 334 336 348 359 374 387s 408 500 *514s* 519 525s 543 550 *578-581* 647 656 *659s 680-682* 702 *717s* 725 773-775 784.
Oratorio (especialmente SFSales) XV 13 24-27 29-32 35 38 40-42 45 48 50 52s 60 64 71 113 128 142 149 158 161 *294* 314 341-343 353 388 404

414-417 425s 432 441s 444 448 454 458 467 529 *545-547* 567 612 632 717s 726s 740-742 745. Cf. *Casa del Oratorio, Francisco de Sales, Auxiliadora.*
Oratorio de SFSales, El 54.
Oratorio: — del Angel Custodio 27 29 32 469 632; — de S. Luis 26 28s 32 462 470 632.
Ordinario, Lo 74s 86 105 111 117 147 157 193 *244* 246 660 668 680-682 698 703s 737 748 771. Cf. *Deber.*
Oreglia di San Stefano, hermanos 34 43 51 55.
Orione, Luis 66.
Oropa 29 37.
Orte 60.
Ortúzar, Camilo 14 65.
Orvieto 47.
Ovada 48 689.
Owen, Roberto 621.

P*ablo, Vida de san* 33; — ejemplo 601s.
Pablo de la Cruz, san 48 689.
Pablo VI 68.
Pacchiotti, Sebastián 437s.
Paciencia 80s 86 106 122 142 144 174 176s 179 181s 207s 284s 290 315s 327 618. Cf. *Mansedumbre.*
Padua 53.
Palabra al oído XIX 446 464 553.
Palabra de Dios 516. Cf. *Predicador.*
Palmerston, lord 35 760 764.
Pallavicini, Ignacio 28.
Pampa 779s 783.
Panadería 42 483.
Pancracio, Vida de san 32.
Pandillas 27 30.
Pánfilo, L 623.
Papa 13s 20 26 43 60 195 205 345s 468 671 700 753s 777 781s 785s. Cf. *Iglesia.*
Papas de san Pedro a Pío IX, Los 42.
Papel (fábrica) 50 57 60 792s 796.
Pappalardo, Rosario 37.
Paraíso XXVII 35 65 94 99 104 106 115 117 192 201s 205s 232 237 258 262 280 328 330-332 334 337 339s 510 512 *541s.*
Parigi, Agustín 40.
París 42s 52 58s 61 65 610.
Parma 46 56.
Parocchi, cardenal 60 63 66.
Párroco 22 25s 29 35 37s 56 79 115 331 425 531s 465 517 529 554 625 742.
Pascua 20 25 67.
Pascual, familia 63.
Pastor de ganado 21 77 85 114 282s 291 316 351; — pastorcilla (sueños) 350 361 421s. Cf. *Misión de DB.*
Pastore, Francisca 692.
Pastrone, Juan 175.
Patagonia 46 50 54 58s 67 777 779 783.
Patagones (ciudad) 778s.
Paternidad XIII XVIII 128s 131 146 156 202 207 233 265 267s 329 345 348 355 360 388 596 598 602 612 701 739s *742-744* 785.
Patrizi, cardenal 637.
Patrono (DB) 67s.
Pecado 30 116 126 136s 139 148s 154 167 186 203 208 232s 253 269 279s 328 331s 527 *531-533* 555 570 685.
Pecetto 23.
Pedagogía 11-13 50-52 113 170 173 *497-627.*
Pedro, Vida de san XXVIII XXIX 32 53s. Cf. *Centenario.*
Pedro, san: — ad Vincula 24 429s 479; — sueño 59.
Pedro de Alcántara, san 647.
Pellico, Silvio 24.
Pena capital 25 32.
Penango 56.
Pepino, Francisco 114 267 269 278 300s 311 318s 321 324 331 337.
Pera, Ceslao 14.
Perdón 135 137 152 177 245s 275 374 488 599 658.
Perenchio, Juan 50.
Pérez, ministro 54.
Perier, FMA 54.
Periódico 27 46 50 59 61 65.
Perseverancia 81 117 147 191 244 250 313 633 668 708.
Perú 63.
Pesaro, Ca' 52.
Pescarmona, Alejandro 26.
Pestarino, Domingo 37 43s 47 *684s* 692 695 706.
Pettinengo 29.
Pettiva, Segundo 635.
Peveragno 45.
Piacenza 46.
Piamonte 46 66 114 413 463 468 567 637 705 776.
Pianezza 28 32.
Piano, Juan 123.
Pianta, Juan 23 375-377.
Picco, Mateo 28 30 118 122 153 212 213-216 464.
Piccono, Angel 40.
Pieve (Ponzone) 42.
Pinamonti, Juan 95 643 646.
Pinardi, casa 25 27-29 32 114 121 343 404 423 *440s* 444 447 468 *474-477* 632. Cf. *Oratorio, Casa del Oratorio.*
Pinerolo 23 31 60 63 636 698s.
Pino de Chieri 143.
Pino Torinese 34 39.

Pío V, san 762; — VII 765-767; — IX 20 25-28 30 32-34 36-41 43-52 191s 199s *341* 351 459 468-470 632 634 636-639 651 664 685 726 730 737 *775* 768-770 772 *775* 777; — X, san 48 66 68 137 198; — XI 59 67 116 120 123-125 161 792; — XII 67 122 125 349.
Pisa 34 36 39 49 64.
Pistoya 59.
Plan de vida 75 136 *180-184* 243s 254s 302 368 *389-391 408 504-544* 738 771 786s.
Pobreza 29 32 48 65 *114s* 123 142 259s 317 361 388 392 438s 441 457 *653-655* 668-670 673 685 691 708 *721* 723s 751 787. Cf. *Hambre.*
Política 15 26-28 32 34s 59 436 463 *470-473.*
Polonia 57. Cf. *Czartoryski.*
Polvorín 29 127 479 481.
Pons, familia 63.
Ponzano 25.
Ponzati, Vicente 432 440.
Poesía 380.
Porta-Nuova 26 462 632; Palazzo 26; Pía 43.
Port-Royal 559 568.
Portugal 24.
Posada, María Ester 10 690.
Preciosa palabra a las jóvenes, Una 37.
Predicación 7 14 23 25 27-34 37 40-43 46 49 58 64 72 91 115 147 288 353s 357 396s 400 408 419 516 688.
Prensa 735. Cf. *Imprenta, Lectura, Libro, Periódico.*
Presencia de Dios 287 256.
Prina Carpani 32.
Privilegios 48s 52 55 58 60 *638s.*
Probabilismo 412 414.
Procesión 26 35 46.
Proceso de beatificación 12 *66s* 122 207.
Profecía 23 23s 28-43 45-52 54 56-62 64s 68 92s 97 100 199 209 214 255s.
Propósitos 135-137 243s 390 408.
Protestante 4 29-32 38 40 45 49 57 62 165 194 426 453 463 484-486 490 492.
Provana de Collegno, conde 25 28 41 448s.
Provera, Francisco 35 38 46 58 635s.
Providencia 5 77 178 226 273 317 408 411 427s 436 439 475 482 495 648 680.
Prusia 46.
Psicología 12 72 342 353 500.
Pugnetti, Valeriano 22 365.
Puntarenas 65 780.
Puntualidad 88 90 141 176 238 240 275 285 392 529.
Purgario y los sufragios, El 33; tema: 29 102 104 241 255 313 329 332 650.
Puy 42.

Q*uién es don Ambrosio* 40.

Rabagliati, Evasio 65 778.
Racconigi 37 46 161.
Radini-Tedeschi, Mons. 122 134.
Raineri, Juan 731.
Rampolla, cardenal 63.
Randi, cardenal 50.
Rattazzi, Urbano 30 32 36s 48 469 632 634.
Ravello, Juan Bta. 41.
Rayneri, Juan Antonio 452 596.
Rayo 23 32 35 60.
Razzetti, Josefina 44.
Reano, José 187.
Rector Mayor 672-679 681s 707 729.
Recuerdos a los directores xx 44 501 *548-556* 559.
Recuerdo de una solemnidad... de María Auxiliadora 42 749.
Redentoristas 638.
Refugio (Obra Barolo) 24s 404 419 *424-427* 435 438 444 451 453 456 632.
Registro domiciliario 34.
Reglamento xxxi 26 28 49 51 125 147 149 181 458 545 557 560 *567-514* 617.
Reglamento de las Casas de la Soc. de SFSales 51 501 *567-594.*
Reglamento del Oratorio de SFSales para los externos 51 567.
Reglas o Constituciones de la Soc. de SFSales 48 51 *641-683.*
Reglas o Constituciones para el Instituto de las HMA 53 *705-725.*
Regulae Societatis SFSalesii 46s.
Religiosos 31 40 55 63 632 *641-666.*
Respeto humano 163 289s 339 466s 515 617.
Resumen de la doctrina cristiana católica 37.
Resurrección 27 40.
Retiro, día de 660 681 738 787. Cf. ejercicios espirituales.
Reviglio, Félix 27-29 32 633 742.
Ricaldone, Pedro 11 349 502 758.
Ricasoli, Bettino 40.
Riccardi, Alejandro 41s 44 751 769s; — David 66.
Ricceri, Luis 68.
Richard, Mons. 65.
Richelmy, cardenal 66 756.
Rifa 29-33 36 39-41 45s 48 53s 60 478-480.
Rímini 57 67.
Rinaldi, Felipe 51 54; — Ursulina 56.

Río de Janeiro 59.
Río Negro 64 778s.
Riva de Chieri 121 130.
Rivoli 109 466.
Robert, Mons. 55.
Roberto Belarmino, san 646.
Roberto, Juan 22 364.
Robino, Andrés 155.
Roca, general 59.
Rocchietti, José 29s 33 37 633.
Roda, Juan 122 161.
Rodinó, Amadeo 11.
Rodríguez, Alfonso 721.
Rohland, polaca 57.
Rohrbacher, Renato 470 754.
Rollin, Carlos 559 596s.
Rollini, José 34 62.
Roma 9 10 28 33 35 40 42-44 46 49-57 60-64 66 68 195s 199 205 341 609s 634 637 766.
Romanticismo 118 223 253.
Romero, Cecilia 13 352.
Ronchail, José 42 47s 51 58.
Rondó 447.
Ropolo, don 22.
Roque, san 23 400s.
Rosario 20 23s 27s 33 35-38 40s 43-47 51s 62 88 145s 155 204 252 276 287 348 354 396s 430 442 445 447 468 528 763.
Rosas 26 37 55 174 638 700.
Rosati, Mons. 50.
Rosmini, Antonio 26 28 30s 33 37 53 55 459 473-475.
Rossi, José 52.
Rosso, José 56.
Rota, Pedro 40 42 53.
Roubaix 58.
Rougier, Félix 58.
Rovetto, Antonio 635.
Rua, Miguel, beato 12 25 28-31 33s 37 39 41s 44s 49 51s 54 50-64 66 68 122s 129s 140 149s 161 165 173 184 187 196 199 201 204 209 *548* 569 595 *633-636* 688s 692; — Luis 128-130 226.
Rueda (sueño) 35.
Ruffin, Domingo 32-39 300 416.

Saccardi, Ernesto 40 42 117 619.
Sacerdote 23s 40 55 60s 82 89 101 162 165 172 188 242 265 295 351 358 362-364 *406-412* 451 471 487s 499 514s 529 741-746 783. Cf. *Vocación, Seminario.*
Sacramentos 5 35 37 73 78 102 169 232 236 244 247 269 297 370s 417 525 614 771.
Sacristán 403 414s.
Sagrada Congr. de Obispos y Regulares: Consulta para una Congregación especial 48.
Sagra San Michele 23.
Saint Cyr 51 53s 57.
Saint Rambert d'Albon 52.
Sala, Antonio 49.
Salesas 54.
Salesianos 4 11s 14s 19 21 27 29s 33 35-41 43-46 48 53-56 60s 113 119 345 417 423s 464s 499 555 615 *631-683* 727 733s 742 784s; — aprobación 38 42s 45-47 60 636-638. Cf. *Constituciones, Privilegios.*
Saliceto-Langhe 32.
Salotti, cardenal 14 127 137 144 193 206.
Saltimbanqui 23 353-355 359 383-385 390. Cf. *Ilusionismo, Gimnasio.*
Saluggia 35 165.
Saluzzo 41 268.
Salvación 109 146s 156 159-161 203 233 262 325 329 340 488 408 521s 701 740 747.
Sampierdarena 45-53 55 50-62 64 750.
San Benigno Canavese 54-56 59s 62-64 622.
Sangrías 97 122 207 209.
San Nicolás de los Arroyos 48 777s.
San Paulo 61 64.
San Remo 56.
San Salvario 44.
Santa Cruz 779.
Santaculària, Juan 19 21 68.
Santidad 38 43 58 73 80 90 92 106 117s 121 124-129 145 155-157 165 186 188 192 196 206 208 217 311 313 338 505s 514; — de adolescentes 126. Cf. *Heroísmo, Madurez.*
Santísimo Sacramento, Compañía de 32 127 256.
Santuario de N.ª S.ª de Pieve (Ponzone) 42.
San Vito 30.
Sardá y Salvany, Félix 14 63.
Sarriá (Barcelona) 59 62s 622.
Sassi 25 430 454.
Sastre 22 114 364 464.
Sastrería 30 622.
Savini, Angel 38.
Savio, Domingo, santo 9 12s 27 31-35 40 48s 67 71 73 *113-221* 223 236 266 277 298 312 326 328 567 819 801; — Carlos, padre 121 130 133 173 210 218; — Juan, hermano 121 140 198; — Teresa, hermana 122 132 134 173 175 196-198.
Savio, Angel 27s 34 37 44 121 146 187 206 330 635 692; — Ascanio 27 469 473; — Carlos 144; — Domingo 155; — Evasio 22.
Savona 45 765s.
Sciandra, José M.ª 51 685.
Sclopis, conde 28.
Scotton, Andrés 48.
Seglares 741 747s.

Segneri, Pablo 132 134.
Segundo, parroquia de san 44s 47 51s.
Selmi, ministro 37.
Semería, Bernardo 349.
Seminario 23 27 37s 40 57 63s 72 74s 86s 90 102 108 111 113 *391-394* 407 462s 468 667.
Sénas (Arras) 66.
Sensibilidad (afecto) 93 129 192 253 388 407s 440 461 620 744 784. Cf. *Paternidad.*
Serenidad 5 96 105 141 156 193 210 239 251 256 262 301. Cf. *Madurez.*
Serra de Buttigliera 22.
Sestri Ponente 47.
Severino 42.
Sevilla 54 56.
Sheppard, LC. 14.
Silvela, Ministro 62s.
Simeoni, cardenal 59.
Simpatía 28 30 115s 118 123 153 225 271 336 388 447 455. Cf. *Amabilidad.*
Sinceridad 102 226 514 529 613.
Siracusa 54.
Sismondo, José 22 356.
Sistema métrico, El 27s 453.
Sistema preventivo XIV XXV XXVIII 50s 68 358 375 416 500s *557-567* 598 617. Cf. *Amabilidad, Castigo, Mansedumbre.*
Soave, Pancracio 25 440.
Sobieski, Juan 763.
Sobrenatural 48 86 109 125 145 341-343 351 414. Cf. *Gracia, Milagro, Sueño.*
Social, cuestión 59 65.
Societas Sancti Francisci Salesii 41.
Sociedad de SFSales: año 1872 45; — *1874* 47; — *1877* 51; — *1878* 53; — *1879* 54; — *1880* 56.
Sócrates 600.
Sogaro, Mons. 65.
Sommariva 37 224.
Sotana 23s 28-32 48 51 54 56 58 62 65 85s 387 *389-391* 399.
Spaventa, secretario 34.
Speranza, Mons. 40.
Spezia, Antonio 475 751.
Spezia, La 50s 53 57 60 64.
Spínola, Marcelo 14 61.
Stella, Pedro XIV XVIII XX 9 11-14 20 73s 352 500 502 504 507 557 560 597 609-611 640 757.
Strambi, Mons. 32.
Strambino 34.
Strambio, Aníbal 23 53.
Stresa 26 28 31.
Stupinigi 31 434.
Subvención 28-32 34 56 466 469 480. Cf. *Beca, Limosna.*
Sueño 7 12s 20-23 25s 28 30 34-39 41s 44 46 49-53 55 58-65 122 342 *349-352* 363 365 386s 408 421-424 442-444 447s 499 558 *609-620* 631 684 750 777.
Suiza 26 431.
Sunyer, señor 63.
Superga 25s 434s 454.
Susa 636.
Suttil, Jerónimo 64.
Svegliati, Mons. 42.

Taberna 40. Cf. *Bellezza, Giardiniera.*
Talleres 30 32 35-37 464 584s 622-627 684 792.
Tamietti, Juan 791.
Taranelli, Andrés 36.
Taroni, Pablo 50.
Tavella, Roberto 780.
Teatro XX 27 35 38 50 459 483 *572-575* 593 791.
Telepatía 26 35-37 40 43 57 64 112s 194 197 338.
Televisión 68.
Temor de Dios 96 98 105.
Tentaciones 109s 523.
Teppa, Alejandro 559s.
Teresa de Jesús, santa 603 647 718.
Teresita de Lisieux, santa 126.
Ternavasio, teólogo 392.
Tesio, don 430.
Testamento 42 44s 47 59s 556 665.
Testamento espiritual 5 101s 184 325.
Tesoro escondido de la santa Misa, El 191.
Testigos 126 161.
Thea, párroco 32.
Tibidabo 63 68.
Tiempo, aprovechamiento del 86 181 239s 303-305 321 323 339 408 700. Cf. *Deber.*
Tierra del Fuego 68 779.
Tipografía. Cf. *Imprenta.*
Titone, Renzo 127.
Tolón 53s 56-58 60-62 71.
Tomás de Aquino, santo 644 646s 649 651 680.
Tomatis, Carlos 27.
Tor de' Specchi 56s 60 63.
Torretta, Felicita 52.
Torrione Canavese 64.
Tortona 185s.
Toulouse 57.
Trabajo XVII XXVII 20s 123 133 385s 456 581s 623 700 729 736. Cf. *Ocio, Deber.*
Travesuras 134 143.
Trento 65 309.
Trione, Esteban 129 173.
Trivero, José 444.
Trofarello 40-44.
Turco, Juan 30 365; — señores 22 24.
Turchi, Juan 29 35.

Ubaldi, Pablo 56 62.
Aguccioni-Gherardi 40 50.
Unia, Miguel 49 54.
Unión cristiana 47 729.
Unità Cattolica, L' 37s 40 42 44s 59s 752.
Universidad 87 89 123 150 158 162 172 177 239 248 318 587-593 626.
Uruguay 778 780.
Usseaux 42.
Utrera 54 56 61.

Vacaciones 41 52 90 122 189 250-253 371 396 398-401 464.
Vacchetta, clérigo 473.
Vacchina, Bernardo 46.
Vademecum cristiano... 33.
Valdense 4 26 30-32 36 53.
Valdocco 25 29 49 294 421 429 451 456 632.
Valence 63.
Valentín o la vocación impedida 40 71 74 596.
Valentini, Eugenio XVIII XXVII 9 11 14 21 344 359 502 597 611 731 780 794.
Valfré, Carlos 127 192; — antiguo alumno 612.
Valimberti, Eustaquio 22 365s.
Valinotti, canónigo 36 468.
Valorso, maestro 274s 324; — Esteban 288; — Mateo 271.
Valsalice 45 59s 62s 66.
Valsé-Pantellini, Teresa 66.
Vallauri, Francisco 122 200s 481; — Pedro 481.
Vallecrosia 48 50 52 55s 58 61 495.
Van Luyn, A. 731.
Varazze 44s 47s 50 58 61s 777.
Varetti, Domingo 50.
Vaschetti, Francisco 187.
Vaticano I, concilio 43 776s.
Vaticano, estatua de DB en el 67.
Vecchi, maestro 38.
Vegezzi, abogado 39.
Venecia 39 68.
Venerable 66 116 122.
Ventimiglia 50 56 495.
Vercelli 35 38 41.
Vespignani, José XXXII 49 51.
Veuillot, F. 416.
Viacrucis 26 62 283 290 307 312 323 467.
Viale, ministro 54s.
Viarigi 31.
Viático 59 65 99 122 172 208 259 310 330.
Vic 63.
Vicente de Paúl, san 27 639.
Víctor Manuel II 40 42 48 51.
Vida de San Martín 31.
Vida infeliz de un nuevo apóstata 30.
Vidas de papas (y otros santos de los primeros siglos) 13 32-39 788.
Vidas de santos 17 13s 193 402 516 788. Cf. *Biografías.*
Viedma 698 779.
Viena 763s.
Viglietti, Carlos 60-65 699.
Vignale 45s 49.
Vigliani, ministro 46.
Villa Colón 778.
Villa, Tomás 792.
Villafranca d'Asti 49.
Villanueva, Francisco 14 352.
Villastellone 30s.
Villeneuve, conde 53-55.
Violín 23 398s.
Virano, Manuel 22 365.
Virtudes 105s 116 193 245 363s 339s 353 505 555 578 594 608 702s 715s.
Viruela 43s.
Visión 26 98 121 195s 212 218 334s 437 443. Cf. *Sueños.*
Visita al Stmo. Sacramento 78 88 160 171 173 244 253 275 284-286 310 395 405 581.
Vitelleschi, marquesa 40 45; — Mons. 637.
Viú 25.
Vocación 22 39 41 46-49 53 58 62 79 85 108 114s 145s 228 254 301 305 *386-389* 407 465 499 503 505 *542-544* 625 631 642-648 662-664 667 685 735 755 787. Cf. *Noviciado, Seminario, Sacerdote.*
Vola, Juan 25 468; — José 444.
Voluntad de Dios 103 146 155s 186 190 205 258 298s 315 317 322 324s 328 330 669 699s 720.
Von Matt, Leonardo 14.
Votos 36 39 45 48 62 64 240 455s 634 636 *651-656* 679s 685s 691 708.

Wast, Hugo 14.
Wirth, Morand 15.
Wiseman, cardenal 40.

Zama-Mellini 505 516.
Zanardelli, ministro 49 52.
Zapatería 30 622.
Zappata, canónigo 485 636.
Zar 62.
Zattini, Agostino 118 259s 263s.
Zucca, José 32 121; — Juan 121 133s; — Margarita 21s 363.
Zúñiga, canónigo 741.
Zurich 792.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «SAN JUAN BOSCO. OBRAS FUNDAMENTALES», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 19 DE OCTUBRE DE 1978, FESTIVIDAD DE SAN PABLO DE LA CRUZ, EN LA IMPRENTA SÁEZ, HIERBABUENA, 7, MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI